ATENEO

REVISTA MENSUAL



JULIO 1906.

Año I. N.° VII.

81-1

ATENEO

1906 2

ATENEO

G
1.120

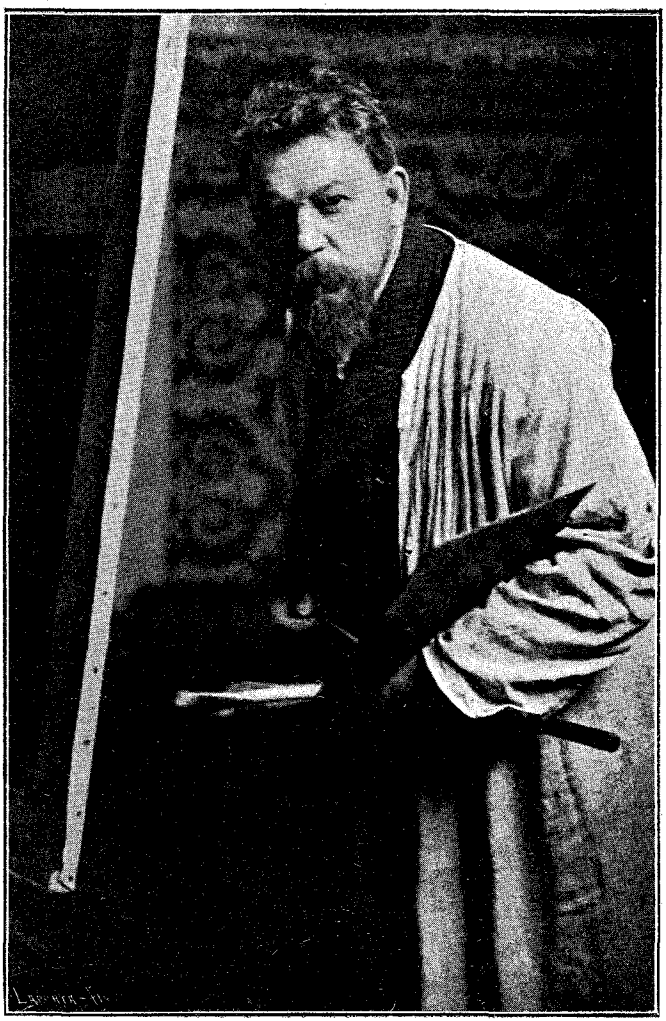
PRIMER AÑO

TOMO SEGUNDO

Julio 1906

BIBLIOTECA NACIONAL

Redacción y Administración:
ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
21, PRADO, 21
MADRID



Joaquín Sorolla.

La Exposición de obras de este artista, celebrada en París, en la Galería Georges Petit, desde el 12 de Junio al 10 de Julio de este año, ha sido, como era de esperar, un triunfo grande, inmenso, para nuestro gran pintor, para nuestro arte y para nuestra patria. La fama del todavía joven pintor valenciano se ha extendido á todos los lugares, por apartados que se encuentren, en que se rinde culto al arte pictórico.

Es Joaquín Sorolla el representante más insigne de la pintura española moderna, y nuestra Revista considera oportuno en esta ocasión publicar los fragmentos *Pintura moderna* y *Joaquín Sorolla* de la obra inédita aún: «Historia de la Pintura Española en el siglo XIX. Elementos nacionales y extran-

jeros que han influído en ella», obra premiada en concurso por el Ateneo de Madrid y original de D. Aureliano de Beruete y Moret.

Pintura moderna.

Se ha venido formando, desde fines del siglo XVIII, una tendencia artística, cuyo origen está en Inglaterra y cuyo desarrollo se debe á los franceses, encaminada á la observación y copia fiel del natural. Sus cultivadores se llamaron realistas, en un principio, naturalistas más adelante, y, por último, impresionistas. Esta tendencia tuvo defensores entusiastas, pero cuando realmente alcanzó su momento de esplendor y fué conocida del público en general, por presentarse, no ya aislada en Francia, sino seguida también por algunos artistas de otros países y manifestada en escuelas enteras, como casi todas las de las jóvenes naciones del Norte, fué en la Exposición Universal de París de 1889. Y en cuanto á lo que nos respecta, podemos afirmar que hasta dicha fecha no influyó ni poco ni mucho en nuestros pintores, y que, en cambio, á partir de aquel momento ha dejado sentir su influencia de manera notable.

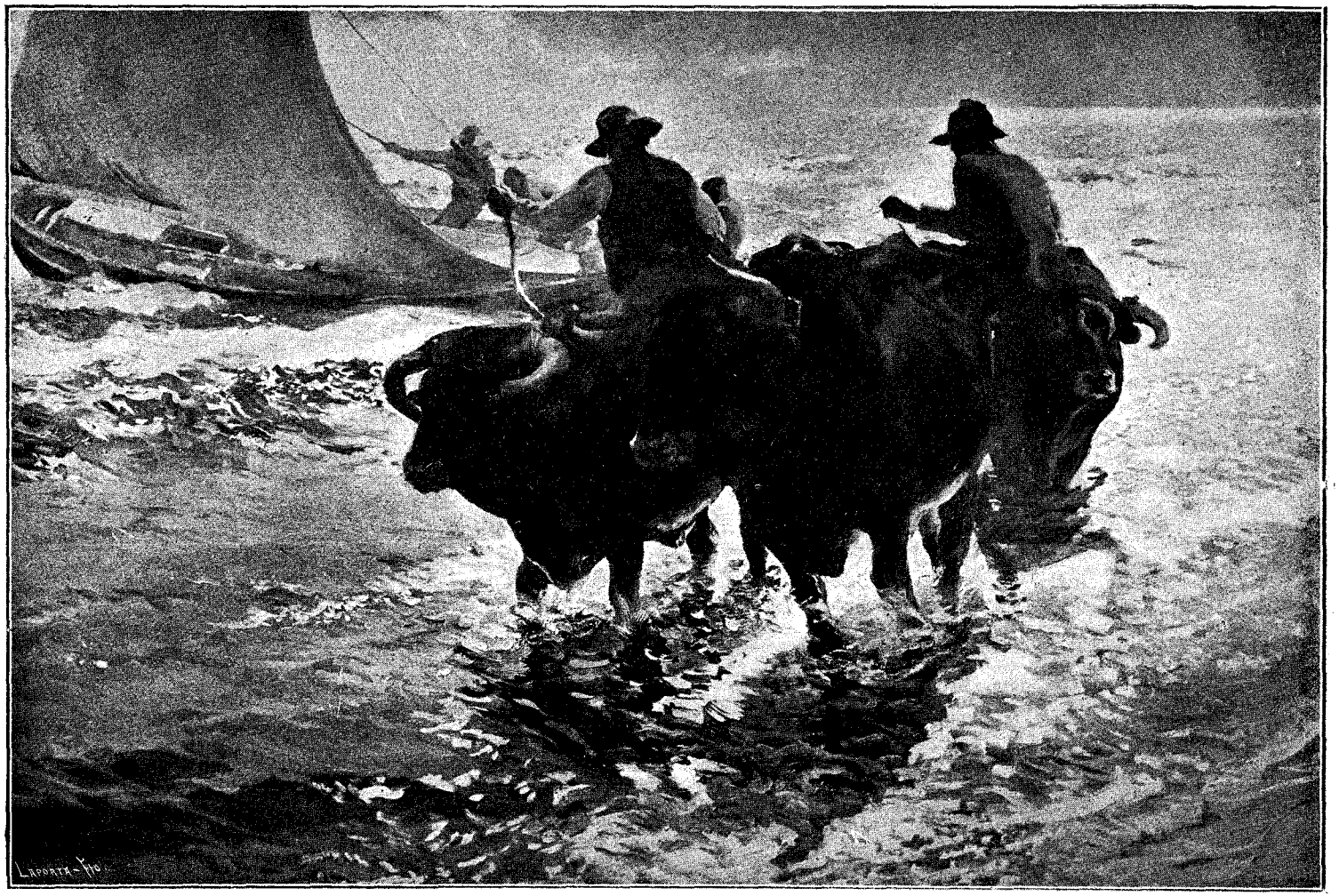
Esta tendencia, manifestada á su vez en multitud de escuelas y variedades, aunque todas dentro de un principio general, una en su origen y muy semejante luego en su desarrollo, en su técnica y en su orientación, recibió, indudablemente á falta de verdadero nombre, la denominación vaga é incompleta de Pintura moderna.

Diremos algo acerca de la evolución de esta fase nueva del arte.

Constituye su esencia el separarse por completo del *absoluto* y no dejarse guiar más que por la observación y la experiencia de la Naturaleza. Claro es que esto tiene su verdadero origen en la filosofía moderna, desarrollándose luego simultáneamente, todo el movimiento en la ciencia y en el arte. La comparación entre la ciencia actual y el arte contemporáneo para deducir la indudable influencia que aquélla ha ejercido en éste, sería un estudio curiosísimo, pero creemos que nos desviaría de nuestro tema, y así preferimos entrar desde luego en materia, dejando estas disquisiciones, propias únicamente de un tratado de filosofía del arte.

En pintura, el origen del movimiento se encuentra, como hemos dicho, en Inglaterra, y se debe especialmente á un paisajista. Fué éste John Constable (1776-1837), poco apreciado en un principio, estimado al fin de su vida (aún más en Francia que en su país), y considerado hoy como el padre del paisaje. Enemigo de aprendizaje en obras de otros maestros, Constable no tuvo más enseñanza que la contemplación del natural, ni más inspiración que la que le proporcionaba la Naturaleza misma. Decía en una carta á un amigo (1): «¿por qué estar siempre viendo y tratando de copiar los lienzos viejos, ahumados y ennegrecidos, en vez de contemplar la vegetación hermosa y el sol?» Y esto fué lo que hizo: contemplar é interpretar luego, de una manera maestra, los campos exuberantes y hermosos de su país. Sentía por la vida de la Naturaleza un gran entusiasmo, según puede verse por lo que escribía, impresionado

(1) *A memoir of the Life of John Constable.* (Londres, 1842.)



Salida de la barca.

por la primavera: «Todo brota, todo florece, todo revive á mi alrededor y á cada paso que doy en estos campos, me parece oir las admirables palabras de la Sagrada Escritura: Yo soy la Resurección y la vida.»

Las obras de Constable produjeron, al ser expuestas en París, gran entusiasmo entre algunos artistas. Los franceses, creadores de aquel arte exquisito de la época de los Luises, no desconocían las bellezas de la naturaleza; hasta la copiaban y la interpretaban con frecuencia, pero á su modo, embelleciéndola, ó, mejor dicho, tratando de embellecerla, humanizándola, si vale la palabra, y persiguiendo el reproducirla contrahecha, sin conservar su virginidad y salvajismo.

No fué Constable el único inglés que siguiera el camino indicado; fué el primero y luego arrastró á otros. Sobresalió entre éstos, Bomington, que trabajó gran parte de su vida en Francia, en donde confirmó el movimiento iniciado por su predecesor, dejando ya definida la nueva corriente de paisaje realista á la que los franceses iban á dar gran desarrollo después. En efecto, los pintores franceses, especialmente los paisajistas, comprendieron todo el valor de aquella fuente de inspiración y crearon una escuela con carácter personal y que quedará siempre como un monumento de verdadero apogeo del arte de su país. La época de este florecimiento puede fijarse en el año 1840. Muchos la denominan así, la escuela de 1840; otros, escuela de Barbison, porque en este pueblecito, próximo al bosque de Fontainebleau, vivían y trabajaban varios de aquellos artistas. Sus nombres están ya consagrados: Rousseau, Troyon, Corot, Millet, Daubigny, y otros no tan célebres; sus obras se cotizan tanto como las de los grandes maestros de los siglos XVI y XVII. Pero estos pintores realistas indudablemente, puesto que en la realidad se inspiraban, no la copiaban siempre con toda su crudeza y verdad, sino que más bien la interpretaban poetizándola.

A las tendencias de los años siguientes, de aquellos en que Zola decía: «La evolución arrastra al siglo é impulsa poco á poco todas las manifestaciones de la inteligencia humana hacia la verdad desnuda»; no les bastaba con el relativo realismo de aquellos pintores y determinóse el paso hacia el naturalismo, lo que llevaron á cabo especialmente Gustave Courbet y Edouard Manet. Courbet se dió á conocer y marcó la tendencia desde el Salón de 1851 y después siguió manifestándose cada vez más naturalista. Sus obras importantes representan en general tipos de aldeanos y campesinos, y su autor decía de ellos en expresión de su idea: «Je voudrais que les êtres que je représente aient l'air voué à leur position et qu'il soit impossible d'imaginer qu'il leur puisse venir à l'idée d'être autre chose que ce qu'ils sont.»

Pero la personalidad más saliente en el naturalismo fué la de Edouard Manet (1832-1883). Manet fué influído por el realismo de los grandes pintores españoles, especialmente de Velázquez y Goya. Más adelante en su vida, no contento con lo que hacía, buscó nuevos horizontes al arte y empezó á trabajar al aire libre *(le plein air, la plaine clarté)* marcando así un paso de adelanto y dando origen al impresionismo. Como ejemplos de sus obras natura-



Escena de playa.

listas, pueden citarse «El bebedor de ajenjo», «Olympia», y «El buen bock»; su preocupación de interpretar el aire libre, se manifiesta, entre otras, en «Almuerzo sobre la hierba».

Naturalmente, contra Manet se desencadenaron multitud de artistas críticos y la mayoría del público, que tarda siempre en entrar por las nuevas corrientes. Algunos, sin embargo, se pusieron desde luego de parte del innovador; reuníanse éstos en un café del barrio de Batignoles y allí se discutían las nuevas teorías y los artistas jóvenes; entre los asiduos á tales tertulias figuraban los pintores Legros, Whistler, Fantin Latour, Desboutin, los literatos Zola, Babou, Duranty, el grabador Belot, el orientalista Guillemet y el escultor Astruc.

En 1874 los partidarios de estas teorías formaron un verdadero cuerpo, y desde esta fecha hasta 1889 celebraron una serie de ocho exposiciones. Los adeptos fueron siendo cada vez más numerosos y por fin llegaron á imponerse. El naturalismo fué persiguiendo cada vez más la interpretación del ambiente, de la luz y del sol, llegando á determinarse la escuela impresionista. Emilio Zola escribía el año 1884 en un prefacio á un catálogo de obras de Manet: «Una sola regla ha guiado á Manet; la ley de los valores, la manera con que un sér ó un objeto se presenta bañado por la luz; la evolución ha partido de aquí, la luz dibuja tanto como da color, la luz y sólo la luz es la que pone cada objeto en su término, pues ella es la vida de toda escena representada por la pintura.»

Un pintor de diferente género iba por otro camino del de Manet, pero tratando de interpretar lo mismo que él, el ambiente. Fué Jule Bastien Lepage (1848-1884) que también pintaba al aire libre y generalmente asuntos de campesinos, pero sin el crudo naturalismo de Courbert y Manet. Era más poético en sus concepciones, más fino en su ejecución y sobre todo más francés. Su obra es muy importante y la pintura actual le debe más todavía que á los anteriores, aun cuando en su época no tuviera su nombre tanta resonancia como el de aquéllos. Son sus lienzos más famosos: «La Canción de la Primavera», «Juana de Arco escuchando la voz celestial» y «Los segadores de heno».

Entre los franceses de la siguiente generación marcaron la tendencia de Bastien Lepage: Hery Gervex, Ernest Duez, Emile Friant y Alfred Roll, este último de ejecución más gruesa y torpe.

Después de los citados, el número de modernistas, cada vez más impresionista, es abundantísimo; citaremos los más importantes: Caillebot, Pissarró, Sisley, Benoir, y sobre todo Claude Monet. Algo posterior á éstos es Albert Besnard. En tal situación, llegó el año de 1889, en que el movimiento en cuestión iba á ser reforzado con una nueva falange de pintores, con los de las escuelas del Norte.

Educados sin tradición artística, libres, independientes y con excepcional talento, aparecían juntos ante el público europeo, por primera vez. Su aspiración era la misma que la de los pintores modernos franceses, interpretar el natural y la luz, tales como son, produciendo una impresión de verdad. En los



La siesta.



El reparto del pescado.

artistas del Norte hay, en general, lo que pudiera llamarse mayor honradez de técnica, esto es, no valerse de procedimientos aprendidos y sometidos á receta, como, por ejemplo, sucede con frecuencia en los *pointillistes* (subclase de impresionistas) que tratan de reproducir en sus lienzos la vibración de la luz, descomponiendo las masas mediante una serie de pinceladas ó puntos de color, mientras que aquéllos son más sobrios de técnica y pintan como ven, sin poner en sus lienzos nada que trate de impresionar más que lo que el natural impresione. Entre estos pintores sobresalieron el dinamarqués Kröyer, el finlandés Edelfelt, los suecos Berg y Zorn y los noruegos Werenskiold y Thaulow.

El arte moderno había triunfado de la pintura de historia, la victoria fué completa, pues si bien se celebró á un artista como Michel de Munkacsy, que seguía cultivando el género anterior, fué por consideración personal á la reputación adquirida, pero no á la orientación que fué determinada por todos en la pintura llamada moderna. Esta, pues, quedó consagrada. No nos creemos obligados á hacer de ella una crítica y análisis extenso; sentemos solamente que es un arte de su tiempo, original, y que ha aportado un elemento nuevo, la interpretación de la luz.

En la Exposición Universal de París de 1889, la sección española de pintura resultó anticuada. Había en ella lienzos de gran mérito, pero en su casi totalidad pertenecían á una tendencia que estaba agonizando. Á los paisajes, llenos de ambiente y luz, á las figuras en el campo, á las escenas sencillas, á los retratos realistas, á todo lo que constituía lo más saliente de las otras secciones, oponíamos nosotros fusilamientos, cabezas degolladas, reyes de armas, judíos y moriscos, todo combinado en dramáticas y horribles escenas que hubieran causado honda impresión años antes, pero que ya estaban en desuso. El público, la crítica y el Jurado quisieron, sin duda, encaminar al arte español por la nueva senda, y los primeros con su elogio y el último con la más alta recompensa, la medalla de honor, otorgada á un cuadro inspirado en las nuevas tendencias, «Visita al hospital», de un pintor que no podía competir en fama, ni en consideraciones anteriores, con otros españoles, Luis Jiménez, confirmaron la verdad de aquel pensamiento de un gran francés, que dice: «Qui de son temps n'a pas l'esprit, de son temps aura tous les malheurs.»

El asombro causado en España al conocerse el triunfo de Jiménez fué grande..., pero pasó algún tiempo, no mucho, y el arte empezó á desviarse de las antiguas corrientes hasta entrar después casi de lleno en el movimiento moderno. La evolución se ha hecho sin dificultad y rápidamente.

Hoy vemos figurar y ser celebradas en los certámenes de Madrid obras que hace poco hubieran sido causa de risa, y quién sabe si rechazadas.

Sin embargo, el temperamento del público no ha ido muy allá en esto del arte moderno.

Los catalanes, sí, han formado una verdadera escuela, modernista en parte, modernísima, ó influída por el neo-idealismo, en el resto; algunos artistas, como Ignacio Zuloaga, hacen un arte personal que habrá que citar aparte, y

un insigne pintor, Joaquín Sorolla, es el único que realmente representa hoy, en primera línea, el arte moderno, realista del ambiente y la luz.

Sorolla.

Joaquín Sorolla y Bastida nació en Valencia el 27 de Febrero de 1863. Huérfano de padre y madre, vivió humildemente sus primeros años. Á los quince, arrastrado por vehementes deseos de cultivar la pintura, empezó sus enseñanzas artísticas en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. En 1881 vino por primera vez á Madrid para ver la Exposición de Bellas Artes, á la que concurrió con tres cuadros de marina que pasaron inadvertidos. En 1884 se dió á conocer con «El Dos de Mayo», cuadro histórico que desde luego mostraba las grandes cualidades del artista, y que en su ejecución señalaba un progreso, porque para hacerlo había colocado los modelos al sol, trasladándolos directamente al lienzo. En aquel mismo año se le concedió á Sorolla una pensión, por la Diputación provincial de Valencia, para pasar á Roma. En los ejercicios de la oposición hizo el cuadro «El Palleter dando el grito de la Independencia», que tiene íntima analogía con el anterior.

Desde Roma, y en el año 1885, marchó á París, en donde lo que más le cautivó é hizo comprender los rumbos de la pintura, fué la contemplación de las obras del ya mencionado Bastien Lapage. De vuelta á Roma, y con la idea de realizar un cuadro trascendental, comenzó «El entierro de Cristo», que expuso en Madrid en 1887, no consiguiendo con él el triunfo que esperaba. Trabajó por esta época en Asís, y comenzó á desorientarse y á dudar entre el ambiente moderno que había podido apreciar en París, y la pintura más anticuada, que aún se cultivaba en Roma. Al fin optó por la primera. En 1890 expuso en Madrid «Boulevard de París», y dos años después se reveló ya como artista de primer orden con «Otra margarita», que era expresión fiel de un gran talento, y encajaba por asunto y técnica con su temperamento de pintor moderno.

Consagrado ya en España, sus alientos no se detuvieron aquí; su cuadro «Otra Margarita» fué expuesto en América, siendo allí adquirido para el museo de San Luis. Comprendió Sorolla que París era la piedra de toque para todo pintor moderno, y concurrió al Salón de 1893 con «El beso de la reliquia». Al año siguiente expuso dos obras de gran importancia, «Trata de blancas» y «La vuelta de la pesca». Pasó á la consideración de *Hors concours* por su segunda medalla, obtenida con el último de sus lienzos, que fué adquirido por el Estado para el museo del Luxemburgo de París, consiguiendo desde este momento su autor alcanzar la categoría de los grandes maestros jóvenes, y demostrando que los países de historia pueden producir manifestaciones de arte tan frescas y lozanas como las naciones jóvenes. «La vuelta de la pesca» y «Cosiendo la vela», que figuran en el Salón de 1897 como cuadros grandes, y «La plaza de Valencia» y «Miserias de la pesca», de técnica distinta á causa de su tamaño reducido, pueden servir de tipo de las innumerables obras que Sorolla ejecutó en los siguientes años, en la costa levantina espa-

ñola, siempre inspirado por aquel natural tan rico de color, vario de aspectos y espléndido de luz.

Poco después, quiso hacer algo de mayor empeño, y no olvidando la realidad, ejecutó «Triste herencia», cuadro influído por el arte de ideas. Con éste y otros del anterior carácter, fué á la Exposición Universal de París de 1900, alcanzando la más alta distinción á que un artista puede aspirar: uno de los Diplomas de gran premio, y el único concedido á España. Desde este instante su nombre figura, como dice un crítico español en su estudio acerca de Sorolla, al lado de los grandes nombres del arte contemporáneo, tales como los de Dagnan, Lembach, Alma Tadema, Kroyer, Zorn y otros de igual fama.

Las aptitudes de Sorolla no solamente se han manifestado en estos cuadros del tipo citado, sino que han acometido otros géneros: el de retrato, el de cuadros de retratos, como «Una investigación» y «Mis chicos» y el paisaje, en el que sabe poner todo su brío pictórico, como lo demuestra en los varios que ha hecho de las rojizas costas de Jávea.

Tiene las cualidades de los grandes pintores españoles; un crítico experto comprendería que es de la raza de Velázquez y Ribera, pero ha sabido inspirarse en el ambiente de su época, primero, con algunos pintores franceses, luego con los del Norte, y ha formado con esta base su notable personalidad. Ha logrado, en fin, el ideal para todo artista: la acomodación del temperamento y de la raza al espíritu del tiempo.



La Exposición Sorolla.

Al año de haberse celebrado en la galería *Georges Petit* una exposición de las obras pictóricas de Albert Besnard, nuestro Joaquín Sorolla y Bastida, en la misma galería, con unos quinientos trabajos casi, entre cuadros, estudios y dibujos, ha obtenido un mayor y más significativo triunfo que el de aquel artista, honor de la Francia contemporánea.

Si por acaso estimábase necesaria una confirmación plena de los altos méritos contraídos por el ilustre pintor valenciano, ahora, esa confirmación se ha realizado de forma tal, que hasta los más descontentadizos y reparones, y los más opuestos en tendencias, lo reconocen así. Como ejemplo comprobatorio de lo último, bastan los siguientes párrafos de una crónica que mi amigo el poeta Eduardo Marquina, dedicó á la Exposición Sorolla:

«¡Oh, pocas veces el cronista se ha sentido tan feliz como hoy en su ser de cronista, que le establece en relator de sucesos y le manumite de toda comparación y toda crítica!

»No fuera yo cronista, y, en el momento actual, las dudas y perplejidades se me vendrían á los puntos de la pluma y harían este artículo enojoso.

»No fuera yo cronista, y me veríais hacer funambulescos equilibrios para fundar en razón un complicado juicio sobre la nutrida Exposición Sorolla, que, á la vez, me gusta y me disgusta; me cautiva y me repele; me encanta como la realidad y me descorazona como la materia.

»No fuera yo cronista, y las palabras se me insubordinarían rebeldes, forzadas por mi razón, pero abandonadas de mi voluntad, en el elogio de este fuerte artista y de este hombre ágil y suelto, del que mi sentimiento está lejos, ¡tan lejos!»

En muchos casos, sucede que no por vieja y repetida, deja de ser exacta en su aplicación la contundente locución de César: *Veni, vidi, vici.* Joaquín Sorolla puede dar cumplido testimonio con ella, de la señalada victoria que acaba de alcanzar en la metrópoli del mundo. «*Todo el París* intelectual, *todo el París* artístico, *todo el París* elegante, *todo el París* curioso, ha desfilado por delante de las 497 composiciones de Sorolla y Bastida»; Bonnat, Carolus Duran, Henry Martín, Detaille, Dujardin Beautmetz, Claretie, Rochefort, Manclair, Paul Adam, Max Mordan, é infinidad de valiosas personalidades, han «garantizado» el éxito, cuya resonancia se halla patente en los artículos laudatorios con que los grandes diarios de la capital de Francia, manifestaron su conformidad de opiniones.

Una íntima y noble satisfacción debemos sentir los españoles al conocer la verdad dicha por unos hombres, no mordidos ni por envidia ni por ruindades, hacia nuestro ínclito compatriota, y que, autorizados por el prestigio de su labor respectiva, bien merecen que se les escuche...

¡La verdad! De sobra me sé que, cuando nos viene una desde lueñas y

extrañas tierras, es de suponer que, libre hasta entonces de nuestros apasionamientos propios, nos llega en óptimas condiciones para que se la reciba sin los distingos y cortapisas que, inevitablemente, surgen aquí con las verdades «autóctonas»—*passer le mot*—merced á tanto juzgador miope de vista, y peor aún de intelecto. También me sé que si aquélla trae además la refrendata de alguien que á la par nos merece crédito y respeto, no hay sino aceptación completa de la cosa enviada.

Por fortuna, una verdad afirmada y contrastada por honorables maestros de las letras francesas no há ni un mes que cruzó los Pirineos para entrar en España. Era la definitiva prueba de suficiencia, por la cual Joaquín Sorolla quedaba incluído en el no muy extenso número de los pintores, ufanía del mundo. Era la más clara muestra de que todavía no es hora de rezar el responso á la nación que tiene á la cabeza de sus artistas, al que, valiente como nadie, se afana por llevar á sus telas y logra encerrar en ellas la visión precisa de nuestro sol, de nuestro suelo, de nuestra raza. Su retina prodigiosa ni se cansa ni se desmaya, sorprendiendo las espléndidas tonalidades que recoge del natural; y su temperamento inquieto ni se rinde ni se fatiga en la busca de lo emotivo, que sugiere una impresión de honda, potente tealidad.

Por esta característica, Henry Rochefort ha podido sintetizar su opinión acerca de Sorolla en una frase rotunda: «Es de la tierra de Velázquez.»

¡Velázquez! Con el Greco y Goya forma la gloriosísima trinidad con que la pintura española se enorgullece. Hablar de Velázquez es hablar de algo divino, de algo intangible, sacrosanto. En Francia, su acendrado culto cuenta con los firmes sostenes de Bonnat y de Carolus Duran. El primero, enamorado de la obra sorollesca, entusiasta de cuanto se inspira en la tradición velazquina y poseedor de un verdadero museo, ha comprado dos de los mejores cuadros expuestos en la Galería *Georges Petit*. El hecho de que un pintor famoso adquiera trabajos de otro, es harto elocuente. Y más elocuente, si aquél se llama León Bonnat, el enorme retratista de Renan y del cardenal Lavigerie.

*
* *

Obligada consecuencia del feliz suceso de la Exposición Sorolla es el total á que asciende lo allí vendido. A los ocho días de inagurada, importó el valor de las adquisiciones 200.000 francos. Después, á la expresada suma, según fidedignos informes, hay que añadir unos 150.000 más. Esto se comprende y se justifica, teniendo presente los precios alcanzados por algunos lienzos. Por dos de ellos ha pagado 35.000 francos D. Pedro Gil, 20.000 por uno que se titula *El Cabo de San Antonio,* y 15.000 por un *retrato* de la hija del pintor. Además, el marqués de Casa Riera, por la primorosa *Bendición de la barca,* 25.000; D. Ivo Bosch, 5.000 por un boceto, y 20.000 por la ejecución de su retrato, que Sorolla pintará en Biarritz, á toda luz, este verano. Y aquí corresponde apuntar un dato precioso: el de que varios artistas franceses se hayan propuesto acompañar á nuestro artista, estando cerca de él cuando plante su caballete para trabajar en la linda playa Gascona.

Entre los compradores figuran el conde de Heeren (que sólo por un gran lienzo, los hijos del pintor, á caballo y con trajes valencianos del siglo XVIII, con envidiable generosidad se desprende de 35.000 francos), Mr. Vignal, Mr. Hochon, Mme. Bryce, Mlle. Clery, el Sr. Candamo, y muchos más extranjeros y españoles.

***

Ignoro si será ó no pública una noticia que para mí fué agradabilísima. Camilo Mauclauir, loco de júbilo ante la obra de Sorolla, solemnemente ha prometido escribir un libro acerca de ese último conquistador de París. No ya un artículo, un libro en donde se analicen y se aprecien las cualidades y las dotes del mago de una paleta, que hoy habría de conmover á Teófilo Gautier, el magnífico, si resucitara.

Aguardemos á que Mauclair cumpla su palabra. Ojalá que de sus investigaciones y enseñanzas saquemos una convicción: «La de que la escuela española quizá reserva para la Europa del siglo XX la sorpresa de algún nuevo genio de orden nada inferior al de Velázquez.» Y ojalá que esas palabras de Salomón Reinach hayan sido escritas pensando en Joaquín Sorolla y Bastida.

ANGEL VEGUE Y GOLDONI.

El aspecto internacional de la Conferencia de Algeciras.

La firma del Sultán de Marruecos en el Acta general de la Conferencia de Algeciras, cierra un paréntesis abierto en Marzo de 1905 con la visita de Guillermo II á Tánger. La «cuestión de Marruecos» existe de muy antiguo; es una cuestión compleja que interesa al mundo todo, porque resolviéndola quedarán abiertos á la explotación universal un país y un mercado, inaccesibles aún para la civilización moderna, que interesa doblemente á las Potencias mediterráneas porque puede perturbar el actual equilibrio de influencias en torno á ese mar, que interesa, singularmente, á España y á Francia, naciones fronterizas de Marruecos cuyos súbditos fueron muchas veces víctimas de la anarquía que aflige al Imperio. De antiguo también, desde que en 1864, Prusia, cándidamente secundada por Austria, puso pie, y por ende mano, en los Ducados daneses, inaugurando la política que la condujo á Sadowa, á Sedán y á Versalles, existe otra «cuestión» que no tiene apellido diplomático, pero que influye en la política universal, cuando no la dirige, y que consiste en la lucha tenaz de los Hohenzollern por la gloria de su nombre, la grandeza de su nación y la vida de su pueblo. La primera, la de Marruecos, parecía próxima á resolverse á principios de 1905, porque Francia, que obtuvo en 1902 el apoderamiento de Italia, en Abril de 1904 el de Inglaterra y en Octubre del mismo año el de España, envió á Fez á Mr. Saint René-Taillandier para negociar con el Sultán para imponerle, quizá, un vasto programa de reformas militares, políticas y económicas. Pero entonces los incidentes de la segunda cuestión, que podríamos llamar «de la Alemania mayor», determinaron la teatral intervención del Kaiser en los asuntos de Marruecos, y durante más de un año ambos problemas se confundieron, siguiendo curso idéntico hasta la Conferencia de Algeciras. Los antecedentes y la historia de ese período, en lo que á la política internacional se refiere, son el objeto del presente artículo.

Si en los comienzos de 1905 le ocurrió al Kaiser comparar la situación interior y exterior de Alemania con la que tuvo en los primeros meses de 1900, grande debió ser su preocupación y su disgusto. Aquel empeño suyo, que tanto dió que hablar á la prensa europea, en sostener que el año 1900 inauguraba el siglo xx, respondía quizá al convencimiento de que jamás siglo ninguno pudo desde su cuna ofrecer á un Imperio tantas y tan lisonjeras esperanzas, como ofreciera el siglo xx á Alemania si la aritmética y el calendario hubieran resultado accesibles á las debilidades cortesanas. Durante el año 1900 Guillermo II, al frente de la Triple Alianza, dirigió la política universal; Francia, aun no reconciliada con Inglaterra ni con Italia, y siempre temerosa de un aislamiento, cuyos peligros no bastó nunca á suprimir la alianza rusa, se aproximaba á su vecina del este, franqueaba las galerías de su Exposición universal á los productos de la ya pujante industria alemana, les ensalzaba en sus periódicos y revistas técnicas, y repartía profusamente entre los expositores alemanes esas medallas de oro y de plata con la figura de la República que tanto adornan las

etiquetas, los prospectos y los carteles comerciales. Inglaterra, la odiada Inglaterra, en un aislamiento que sólo se calificó de espléndido cuando se tuvo la certeza de salir de él muy pronto, tenía que reclamar diplomáticamente contra la procacidad de la prensa satírica francesa, estaba mal con España, que no pudo olvidar tan pronto la conducta del Gobierno de Londres durante la guerra hispano-americana, mal con Rusia, y empeñada, además, en el sur de África en una lucha antipática para el mundo todo, de éxito incierto y costosísima, que poniendo de relieve las muchas deficiencias de la organización militar inglesa, daba pretexto para que dentro y fuera del Imperio se entonasen himnos al modelo alemán.

Es decir; que en lo exterior el Kaiser continuaba la tradicional y sabia política de Bismark manteniendo firmes los vínculos del imperio con Austria-Hungría y con Italia, y avivando en lo posible los odios tradicionales de Francia con Italia y con Inglaterra, de Rusia con Inglaterra y con Austria-Hungría. Pero la *Weltpolitik* de Guillermo II era más vasta y más ambiciosa que la de su primer Canciller; quería hacer de Alemania una gran potencia marítima; cultivaba la amistad de Holanda preparando el matrimonio de su joven Reina con un príncipe alemán; alentaba las aspiraciones del pangermanismo austriaco; se granjeaba la amistad del Sultán de Turquía, y con una habilidad que jamás tuvo Bismark, lograba que el viaje á Palestina representase á un mismo tiempo la afirmación del espíritu cristiano de los Hohenzollern, y la consagración de Guillermo II como defensor de los intereses del mundo musulmán. La vanidad de los burgueses alemanes estaba ahita, porque las tropas europeas en China habían puesto á su frente á un alemán, y la inauguración del canal de Kiel había reunido en aguas alemanas las escuadras de todas las naciones.

En lo interior, Guillermo II podía jactarse de haber corregido los errores políticos del Gran Canciller; derogadas las leyes de represión contra el socialismo (que por un incomprensible absurdo simultaneó Bismark con el Kulturkampf contra las derechas católicas), los demócratas socialistas colaboraban desde el Parlamento á la obra del Imperio, y los discursos académicos habían sustituído á las huelgas sangrientas, mientras los católicos, formando el partido más numeroso del Reichstag, constituían, con los conservadores protestantes, el más firme sostén del trono, satisfechos porque el Emperador había ido á Canossa y alentados también por el sagacísimo León XIII.

La población alemana aumentaba cada año en proporciones enormes y sin embargo la emigración había disminuído considerablemente en el último quinquenio, porque la patria necesitaba todos los brazos porque producía cada vez más y mejor, segura de que el Kaiser que personificaba el Poder público, abriría, con la diplomacia ó con la espada, mercados nuevos á la producción gigantesca del Imperio. La conciencia de esta misión suya tan grande y tan noble, pero tan difícil, debía anublar en el ánimo de Guillermo II con graves temores para lo futuro los esplendores del presente. Porque en el reparto del Africa del Sur tuvo Alemania menos fortuna que la propia Bélgica; cuando

volvió sus ojos á la América latina el triunfo de los Estados Unidos en la guerra del 98 resucitó la doctrina de Monroe, aplicada también á las relaciones económicas del Viejo con el Nuevo Mundo, y cuando buscó la compensación en Oceanía vió erguirse contra ella á los australianos, á quienes alentaban los periódicos de la metrópoli exagerando la invasión de los productos alemanes en el mercado inglés. Quedaba el Asia, y sólo el brillante porvenir de Kiao-Cheu tranquilizaba al Soberano alemán y á sus súbditos.

Comenzó de veras el siglo xx con el año 1901, y el horizonte político del Imperio se obscureció de pronto por todas partes. Una crisis gravísima de sobreproducción afligía á la industria; las fábricas, abarrotadas de productos elaborados sin salida posible, no daban trabajo á todos sus antignos obreros ó se cerraban; multiplicábanse las quiebras; los millones alemanes colocados en empresas italianas se retraían bruscamente, desequilibrando el mercado de la Península que se echaba en brazos de la Bolsa de París, y el tono de las reivindicaciones obreras se hacía más agrio, mientras las derechas lamentaban la docilidad con que hasta entonces habían votado los nuevos tributos destinados á sufragar crecientes gastos militares y navales. No ya para su grandeza, para su vida, necesitaba el Imperio mercados; si el Ejército y la Marina no los procuraban, la política del Kaiser era un enorme fracaso, por que, al fin, las guerras del tiempo de Bismark fueron mucho menos costosas y mucho más remuneradoras que la paz armada y acorazada de Guillermo II.

Pero de 1902 á 1906, las contrariedades políticas del monarca alemán se multiplican hasta hacerse abrumadoras. Francia é Italia se reconcilian con una efusión verdaderamente latina; Austria-Hungría y Rusia transigen en Muerzsteg sus diferencias en los Balkanes; la *entente cordiale* de Francia é Inglaterra resulta tan sincera como inesperada; España sale de su obscuridad para entrar en la órbita de esas dos grandes Potencias; y mientras las naciones mediterráneas se agrupan frente á Alemania, el triunfo colosal del Japón desbarata las ilusiones forjadas sobre el extremo Oriente; ya no podrá ser nunca Kiao-Cheu el Bombay de una India alemana en China, porque para colmo de males, Inglaterra y el Japón conciertan una formidable alianza ofensivo-defensiva.

En lo interior: el socialismo crece y, alentado por los fracasos imperiales, no evoluciona hacia el posibilismo como en la época de la gran prosperidad industrial pudo esperarse; el Centro católico comienza á cobrar caro su apoyo y aun cuando se logra, por mediación de Austria, que fracase la candidatura del francófilo Cardenal Rampolla, Pío X no es para Alemania lo que fué León XIII. Pero hay algo más grave; cuando caducan los tratados de Comercio se plantea un problema insoluble: el Imperio alemán aspira á engrandecer y proteger su industria, mas como los partidos gubernamentales, árbitros de las decisiones del Reichstag, son agrarios, y las naciones vecinas de Alemania predominantemente agrícolas, ni el margen protector que, después de largas y difíciles negociaciones, lograra la pobre agricultura alemana satisface á los grandes y pequeños terratenientes conservadores y católicos,

ni las concesiones hechas á la industria son las que demandan las críticas circunstancias presentes, ni se puede fiar mucho en la solidez de la obra, porque contra ella claman los húngaros, más poderosos hoy quizá que la corte de Viena.

Es moneda corriente atribuir á la política de Mr. Delcassé una buena parte en estos contratiempos germánicos. La realidad demuestra que eso es inexacto. Cuando Mr. Delcassé ocupó la cartera de Negocios extranjeros estaba aún muy vivo en él (que lo había padecido como subsecretario de Colonias) y en todos sus compatriatas el resquemor del incidente de Fachoda.

Sin disparar un tiro, sin más gasto que un puñado de libras, Inglaterra aseguró en Fachoda, á costa de la República, su preponderancia en el África central y oriental. Por eso la política de Mr. Delcassé, hasta fines de 1903, no pudo ser más hostil á Inglaterra. A espaldas del Gabinete de Londres concertó con Italia una cesión de los derechos eventuales de Francia en Trípoli á cambio de los de la Península en Marruecos; estuvo á punto de cerrar con España aquel tratado secreto de 1902, cuyo posterior conocimiento indignó al *Foreign Office;* y llegó á entablar con Alemania unas negociaciones (que conocemos en parte por un artículo anónimo publicado en *Le Correspondant* de 25 de Diciembre de 1903, pág. 1.095), durante las cuales la Cancillería de Berlín se manifestó propicia á grandes concesiones en Marruecos, á cambio del auxilio financiero de los capitalistas franceses para el ferrocarril de Konia á Bagdad y del apoyo diplomático de Francia en las cuestiones que suscitase la muerte de Francisco José, que entonces parecía próxima.

No aceptó la *Wilhelmstrasse* las contraposiciones del *Quai d'Orsay,* no firmó tampoco el Gobierno conservador español el tratado secreto que los liberales negociaran, y entonces Mr. Delcassé, que había fracasado en su empeño de aislar á Inglaterra temerosos de las represalias (á tiempo en que la nación aliada presentaba los primeros síntomas de graves complicaciones interiores y exteriores), se echó en brazos de la Gran Bretaña. Forzado así por las circunstancias un diplomático como Mr. Delcassé, á quien podrá regatearse el acierto, pero no la sagacidad ni el patriotismo, trocó, en el Convenio de Abril de 1904, las hermosas realidades de Egipto, por las turbias esperanzas en Marruecos. Tampoco el acuerdo franco-español de 1904 fué obra espontánea de Mr. Delcassé, sino condición impuesta en el anglo-francés. Han sido, pues, notoriamente ajenas á la voluntad del ministro de la República, las causas que presidieron la aproximación de las Potencias occidentales, iniciada con motivo de los asuntos de Marruecos, consolidada luego por el éxito personal de Alfonso XIII en su viaje á París, por la visita de Mr. Loubet á Madrid, por la boda de nuestro Rey con una Princesa de la Gran Bretaña y aun por los desplantes oratorios del fogosísimo Kaiser.

Otra afirmación inexacta, que goza también libre curso, es la de que Alemania conoció y aprobó tácitamente los Convenios anglo-francés y franco-español, hasta que llegó á su noticia la tremenda derrota de las tropas rusas en Mukden. Se trata de hechos recientes, y es muy fácil reconstituir la histo-

ria, sin más datos que las noticias publicadas en la prensa y los documentos del «Libro amarillo» francés, de 1905 y del «Libro blanco» alemán, de Enero de 1906.

A fines de Marzo de 1904, en una recepción diplomática, el Embajador de Alemania en París pide permiso á Mr. Delcassé para hacerle «una pregunta indiscreta». La pregunta es ésta: «¿Qué hay de cierto en los rumores de Convenio franco-inglés? ¿Se refiere á Marruecos? ¿Qué hará España?» Mr. Delcasse contesta (1): «No hay nada firmado aún, pero hace tiempo que conversamos, y confío en llegar pronto á una inteligencia. Hemos hablado, en efecto, de Marruecos, siempre sobre la base de respetar allí el actual régimen político y la libertad económica. No heriremos tampoco ni los intereses, ni las aspiraciones legítimas de España.» (Libro amarillo, núm. 142, pág. 122.)

Es esta toda la notificación, y la supuesta aprobación de Alemania resulta todavía más deficiente. Se publicó el Convenio anglo-francés el 8 de Abril, y el 12 era ya interpelado el Canciller en el Reichstag, pero como no se había aún discutido el tema en los Parlamentos de las naciones convenidas, limitóse von Bülow á declarar que no tenía motivos para suponer que el Convenio fuese dirigido contra Alemania, ni tampoco que se tratase de desconocer ó de herir sus intereses económicos en Marruecos. Pero en la sesión del 14, después de afirmar que Alemania es bastante poderosa para no temer el aislamiento, pregunta á los que piden una intervención si no creen que un Imperio como el alemán, cuando á ella se decida, ha de lograr su objeto *cueste lo que cueste*. Y añade: «Mientras la guerra del extremo Oriente no permita ver claro, se impone una política *tranquila,* más aún, *reservada,* que abandonaremos cuando nos convenga, sin anunciarlo á gritos previamente». (Libro amarillo, anejo al núm. 150, págs. 126 y siguientes.)

La amenaza era clarísima, pero todavía es más concluyente un despacho del Embajador de la República en Berlín á Mr. Delcassé, fecha 21 de Abril, y en el cual se dice que, no obstante las palabras del Canciller (aludiendo á lo de la política *tranquila* y *reservada),* apenas el Kaiser vuelva de su expedición por el Mediterráneo, imprimirá á la política más actividad y más *hardiesse.* «Le impulsará á ello su carácter y el deseo de mostrar que Alemania no está ni aislada ni desarmada». (Libro amarillo, núm. 153, pág. 129.)

¿Podía decir más claramente el Embajador que no estaba tranquilo?

En efecto, el Kaiser desembarca en Venecia, toma allí el tren; y apenas pisa la tierra alemana, pronuncia en Karlsruhe, el 28 de Abril, un famoso discurso, en el que, so pretexto de contestar á la bienvenida del alcalde, responde á la Europa occidental. Las cartas y los telegramas durante su viaje recibidos, más aún que los parajes visitados, trajeron—dice—á su memoria los tiempos de Federico II. La misión del Imperio alemán es muy difícil, pero «recordando la gran época de la reconstitución de la unidad alemana, las ba-

(1) Para no hacer interminable este artículo no traduzco íntegros los documentos á que aludo, y me limito á extractarlos citando el número de orden y la página, donde podrá el curioso lector comprobar la referencia, de cuya exactitud respondo.

tallas de Wœrth, de Wissemburgo y de Sedán, y ante los *acontecimientos que conmueven el mundo,* todos los alemanes se unirán, sin duda, por si fuera necesario que su patria interviniese en la política universal».

Esa *Weltpolitik* que preocupa al Kaiser, no es sólo la del extremo Oriente, y Mr. Delcassé comprende mejor que nadie lo que significa la evocación de la política de los Hohenstaufen y el recuerdo de la guerra franco-prusiana, pero el ministro francés, que cree contar con la adhesión de sus compatriotas, con la de Inglaterra, la de Italia y la de España, presencia tranquilo la indignación alemana y se limita á dar cuenta á la Cancillería de Berlín, al mismo tiempo que á las de San Petersburgo, Viena, Roma y Washington, no ya del Tratado franco-español (que permanece secreto), sino de la Declaración de Octubre, pocas horas antes de entregar su texto á la prensa. No hay en todo el Libro amarillo una sola sílaba que pueda interpretarse como adhesión explícita de Alemania al nuevo estado diplomático; hay sólo manifestaciones de una indiferencia notoriamente fingida, pero de buen tono, porque el Imperio, como decía von Bülow, no puede amenazar en vano.

Llegamos así al año 1905 y la excitación en los centros coloniales y exportadores de Alemania crece considerablemente. No sólo las noticias de la guerra presagian la ruina del porvenir alemán en el Imperio chino, no sólo las nuevas de la colonia alemana del Sudoeste de África son detestables, porque unas cuantas tribus de herreros y hotentotes tienen allí en jaque al poder colosal de la metrópoli, sino que Marruecos, el último rincón libre de la costa africana del Mediterráneo, va á convertirse en un nuevo Túnez, como pomposamente lo anuncia la prensa francesa con ocasión del viaje de Mr. Saint René Taillandier á Fez. Si el hoy Príncipe de Bülow escribe sus Memorias, serán dignas de leerse las páginas en que se relaten las entrevistas secretas que por aquellos primeros días de 1905 celebraran el impetuoso Emperador y su astuto y reposado Canciller.

Una gota hace desbordar el vaso. Desde mediados de Enero de 1905, el Embajador de Francia en Constantinopla, seguía con el Sultán unas negociaciones para facilitarle cinco millones de libras turcas, que la Puerta pensaba destinar al pago de la anualidad de la indemnización de guerra debida á Rusia, y á la adquisición de material de artillería para las tropas leales en Arabia y en Macedonia. El Kaiser se interpone y logra que el Consejo de ministros turco acuerde adquirir en la casa Krupp los cañones que necesita. Comunícase esta noticia al Embajador alemán el 5 de Febrero, y se le anuncia simultáneamente, que como Francia para realizar el empréstito exige se encargue á casas francesas por lo menos la tercera parte de las nuevas baterías, es preciso que Alemania adelante el dinero, puesto que el Embajador francés amenaza con romper las negociaciones. Pero el Kaiser, que tiene tanta sobra de cañones como falta de dinero, se ve forzado reconocer una vez más la superioridad financiera de Francia, y se resigna á compartir el encargo con la industria rival, empleando toda su diplomacia (durante las largas negociaciones que duran hasta Abril), en regatearla unos cuantos miles de libras.

Entonces se decidió la suerte de Marruecos. Había llegado el instante de abandonar la política *tranquila* y *reservada;* el 8 de Febrero se hace pública la intención del Kaiser de emprender á fines del próximo mes de Marzo una expedición por el Mediterráneo, y el 11 del propio Febrero, el encargado de negocios de la República en Tánger, comunica á Mr. Delcassé, que su colega alemán acaba de advertirle, por encargo formal del conde de Bülow, que Alemania ignoraba los convenios relativos á Marruecos, y que después de haber esperado en vano que se contaría con ella, «había fijado definitivamente su actitud». (Libro amarillo, núm. 224, pág. 196.) La toma de Mukden no tiene lugar hasta el 10 de Marzo.

Esa *actitud* de Alemania se sintetiza en estas palabras: la Conferencia de Madrid *internacionalizó* la cuestión de Marruecos, y claro es que Italia, Inglaterra y España, han podido negociar *sus derechos* con Francia, pero el Gobierno de París, enviando una Embajada á Fez para proponer ó para imponer al Sultán la implantación de una serie de reformas que alterarán el *statu quo*, ha declarado conclusas las negociaciones. Alemania, que calló durante un año esperando ser oída, exige ahora la reunión de una segunda Conferencia internacional.

El 31 de Marzo desembarca el Kaiser en Tánger, permanece allí dos horas y pronuncia cuatro discursos, repitiendo cuatro veces este sola idea: «Es preciso que Marruecos continúe abierto á la concurrencia leal, comercial y económica de todas las naciones.» Seis días después, el 5 de Abril, tres periódicos alemanes, inspirados, sin duda, por el Canciller encarecen simultáneamente las ventajas de una Conferencia de todas las Potencias signatarias de la del 80, para arreglar los asuntos de Marruecos. (Libro amarillo, núm. 235, pág. 206.)

Como lo anunció en 1904 el conde de Bülow, el Imperio alemán interviene resuelto á obtener satisfacción, *cueste lo que cueste,* exponiéndose á una guerra, porque no se trata ya de sus intereses en Marruecos. El Convenio anglo-francés, y por ende el franco-español, aseguraban el *statu quo* de la puerta abierta por un plazo mínimo de treinta años, aun cuando el comercio germano-marroquí, que en el año 1905 ascendía á poco más de siete millones de marcos, pudiese triplicar en esos treinta años, ¿era verosímil que por el remoto peligro de que al cumplirse tan largo plazo, perdiese el Imperio un mercado de 22 ó 24 millones de marcos, se expusiera el Kaiser á la aventura siempre peligrosa de una guerra europea? Si sus propósitos se reducían á obtener ventajas económicas en Marruecos, ¿no habría sido mucho más práctico y menos costoso, explotar en Fez el papel de defensor del Sultán, con tanto fruto explotado ya en Constantinopla?

La verdadera causa del viaje imperial nos la explica el Conde de Bülow en un despacho, modelo de fina y aguda literatura diplomática, que en 11 de Abril de 1905 dirige al Embajador de Alemania en Londres, comentando los ataques de la prensa inglesa. «Defendemos—dice—nuestros intereses, de los cuales se quiere disponer sin nuestra anuencia. *Pero ellos son aquí lo secundario.* Si renunciamos con nuestro silencio á los intereses económicos que noto-

riamente poseemos en Marruecos, alentaremos al mundo que nos contempla á *nuevas faltas de consideración,* que podrán ocasionarnos perjuicios más considerables.» (L. b., número I, pág. 3.) El Canciller pensaba, tal vez, cuando escribía esas líneas, que si dos meses antes hubiera podido negociar en Tánger, habría quizá ahorrado al Imperio la humillación de Constantinopla.

Tal fué el verdadero motivo; las baladronadas de la prensa francesa, que se transcriben á la cabeza del *Libro blanco,* y la imprudencia de M. Saint René Taillandier haciéndose pasar en Fez, según afirma el Sultán (L. b., número 7, pág. 5), como mandatario de Europa, sirvieron de pretexto.

Sin embargo, el tiempo transcurrido nos permite juzgar friamente aquellos sucesos, y el examen imparcial de ellos nos demuestra que sería tan injusto afirmar que el Kaiser deseaba la guerra como suponer que la temía. La tesis de Alemania, discutible como todas las tesis políticas, no era inaceptable, y lo prueba el hecho de que M. Rouvier la admite desde luego á libre plática. El *Libro blanco* pone cierto malicioso empeño en mostrar la discordia que desde el primer instante se introdujo en el seno del Gabinete francés. M. Delcassé, en París, después de la comida en la Embajada alemana, el 13 de Abril por la noche, y M. Bihourd, Embajador de la República en Berlín, el 18 de Abril, tratan de persuadir al Embajador alemán el primero, y al Subsecretario de Negocios Extranjeros el segundo, de que Alemania no tiene razón cuando afirma que Francia prescindió de ella en los asuntos de Marruecos, puesto que los acuerdos anglo-francés y franco-español le fueron oportunamente comunicados en la forma que queda arriba expuesta (L. a., números 243 y 245, páginas 211 y 214). Era esto reanudar las negociaciones, atribuyendo á Francia el papel de víctima. El 28 de Abril, M. Bihourd escribe: *que no ha recibido respuesta del Gobierno de Berlín,* teme que el mutismo de Alemania sea síntoma de que se piensa ir resueltamente á la guerra, anhelada por muchos consejeros del Emperador, y termina aceptando la idea de una Conferencia internacional. (L. a., número 249, pág. 214.) Pues bien; el «Libro blanco», *publicado después,* contiene un telegrama del Canciller al Embajador alemán en París, *que lleva la misma fecha de 28 de Abril,* y que comienza con estas palabras: «Exprese en mi nombre al Ministro presidente mi agradecimiento por sus *declaraciones conciliadoras.*» (L. b., número 8, pág. 5.)

¿Qué declaraciones eran éstas que atribuían á Francia el papel de agresor arrepentido? Lo ignoramos, porque el «Libro amarillo» no contiene ningún documento cruzado entre París y Berlín, desde los que acaban de citarse hasta los que dirige ya M. Rouvier como ministro propietario después de la caída de Delcassé, que tuvo lugar el 6 de Junio. Pero otro despacho incluído en el «Libro blanco» arroja alguna luz sobre el asunto. El Canciller le dice al Embajador, con fecha 22 de Mayo, que, según noticias de Fez, Francia ha prohibido al Sultán que dé cuenta de sus proposiciones á ninguna Potencia, y añade: «Resulta de aquí que el representante de Francia pretende secuestrar al Sultán. *Según las declaraciones que hasta ahora ha hecho M. Rouvier,* creo po-

der asegurar que el Ministro-Presidente reprueba esa conducta.» (L. b., número 12, pág. 6.)

Cae así M. Delcassé, no por obra de Alemania, sino por la de sus compatriotas los diputados, que después del viaje imperial condenaron su política con el mismo celo con que la ensalzaron durante todo el año 1904, y por obra también de su jefe y colega el presidente del Consejo, que, á espaldas de su ministro del Exterior entablaba y seguía negociaciones con el Canciller alemán en asunto de tanta monta.

Mientras el Conde de Tattenbach sigue en Fez una activa campaña para neutralizar el ascendiente que allí había logrado su rival francés, las relaciones entre Berlín y París se hacen mucho más cordiales. Ya ha lanzado el Gobierno marroquí su proposición, notoriamente sugerida por Tattenbach, de reunir una segunda Conferencia; ya ha aceptado Alemania. El Embajador de esta Potencia en París entrega á M. Rouvier una nota, fecha 16 de Junio, según la cual su nación no puede deliberar acerca del programa y objeto de la Conferencia, *sino después que el Gobierno de la República haya aceptado formalmente la invitación que acaba de hacérsele.* (L. a., número 271, pág. 234.) M. Rouvier contesta con una extensa contranota, encaminada á demostrar que si Francia y Alemania llegan á un acuerdo, la Conferencia resulta inútil, y, en caso contrario, peligrosa. La República, de todos modos, no podría aceptarla—dice—sin conocer antes el pensamiento del Gobierno imperial acerca de los temas que en ella hayan de discutirse y de las soluciones que deban proponerse. (L. a., número 272, pág. 235.)

Fué aquél un instante crítico, y las miradas de Europa se fijaron en el Kaiser, recelosas ó esperanzadas, pero inquietas. La situación parecía propicia para un conflicto armado, porque los problemas interiores y exteriores de Alemania se agravarían indefectiblemente con el transcurso del tiempo y se resolverían tal vez con una guerra exterior que renovase los laureles, un tanto marchitos ya, de Woerth, de Wissemburgo y de Sedán; porque no sólo en el círculo de amigos del Emperador, sino en todo el Imperio, preponderaba el temperamento belicoso; porque la situación de Austria-Hungría amenazaba absorber antes de mucho, y quizá por largo tiempo, la atención de la política alemana; porque la enorme cantidad de dinero francés comprometida en Rusia disminuía considerablemente los recursos financieros de la República; porque la deplorabilísima situación interior de Francia presagiaba el inmediato comienzo de una saludable reacción, que los sucesos del 1.° de Mayo último y los recientes debates en las Cámaras han iniciado, en efecto; y porque, en fin, Inglaterra, en plena reorganización militar y en vísperas de un cambio de política, habría renegado de toda su historia si por defender los intereses de Francia en Marruecos, le hubiese prestado otro auxilio que el puramente diplomático, cuando nadie, ni siquiera Alemania, turbaba su pacífica posesión en Egipto.

La negativa de Francia á aceptar de plano la Conferencia, no era, ciertamente, un motivo, pero sí un pretexto para romper las negociaciones, mucho

más plausible que la mayor parte de cuantos utilizó Bismarck en casos tales. Sin embargo, la Cancillería de Berlín no vacila. La contranota francesa lleva la fecha del 21 de Junio, y el 23, el flamante Príncipe de Bülow celebra con M. Bihourd una entrevista, durante la cual le dice sí, que la contestación de su Gobierno ha sido para él una «sorpresa y una decepción», le encarece la conveniencia de terminar pronto una cuestión «mala, muy mala», «bordeada de precipicios y hasta de abismos», pero termina asegurándole que si la República acepta la Conferencia, «la diplomacia imperial adoptará en las ulteriores negociaciones una actitud que seguramente habrá de satisfacerla». (L. a., número 276, pág. 240.)

Era ya probabilísima la transacción; y, en efecto, el 8 de Julio aceptó Francia la Conferencia después de haber hecho reconocer á Alemania la situación excepcional que su calidad de vecina de Marruecos, por la Argelia, le confiere, y el mismo día comenzaron también las negociaciones entre París y Berlín para determinar, de común acuerdo, el programa de la futura Conferencia.

Otro suceso confirmó por entonces el carácter pacífico y al propio tiempo general de la intervención alemana en Marruecos. La transacción del 8 de Julio había de completarse con la retirada de Fez de las dos misiones: la alemana y la francesa, y con tal motivo se hicieron públicos los trabajos secretos, que, durante su estancia en la Corte del Sultán, realizara el Conde de Tattenbach. El enviado alemán había obtenido: la concesión á la casa alemana Borgeaud-Reuteman de las obras del puerto de Tánger (L. a., número 288, página 253), y la promesa de que se levantaría en Alemania un empréstito de 10 millones de marcos con la hipoteca de las propiedades del Majzen en los alrededores de Tánger. (L. a., número 296, pág. 261.) De manera que el Imperio, previendo la posibilidad del fracaso de las negociaciones, cuidó de asegurarse en Marruecos ventajas de carácter económico que le evitaran en lo sucesivo fracasos como el de Constantinopla. ¿Cuál era la utilidad de esta precaución si se premeditaba una guerra?

No encaja dentro del tema del presente artículo, atento sólo á la política internacional, el examen de las dos largas negociaciones que después del acuerdo del 8 de Julio, paralelamente se siguen entre las Cancillerías de París y Berlín la una y entre M. Reuoil y el Dr. Rosen la otra. Ambas terminan el 28 de Septiembre, la primera con el acuerdo recaído acerca de los temas que se someterían al examen de la Conferencia internacional, y la segunda con la renuncia virtual de las ventajas obtenidas por Tattenbach para Alemania. (L. a., números 350, 351 y 352, páginas 306 á 310.)

Llegamos, por fin, á la última etapa, la menos interesante en realidad, del conflicto diplomático franco-alemán: á la Conferencia de Algeciras. Si lo que el Kaiser esperaba de la Asamblea internacional era sólo la consagración de la política que le llevó á Tánger, su triunfo es notorio; si confiaba, además, que se produciría una escisión en el apiñado grupo de las Potencias occidentales, no sólo se han frustrado sus esperanzas, sino que se ha hecho además patente que Italia, ligada por la Tríplice á los dos Imperios vecinos suyos para

cuanto afecte á la política general europea, se atribuye el derecho de seguir y sigue, en efecto, en el Mediterráneo una política independiente de la Triple Alianza, más acorde con sus intereses y más favorable para la paz del mundo.

La batalla diplomática (única parte de la Conferencia que cabe dentro de los límites del presente artículo), se da en la cuestión de la Policía, y á ella se prepara Alemania negándose á reconocer, con motivo de la creación del Banco de Estado marroquí, los derechos que al Consorcio de Bancos confirió el contrato de Fez de 12 de Junio de 1904. (L. a., número 170 y anejos, páginas 141 á 152.) Comprendieron los Delegados franceses la táctica alemana, y seguros de la fuerza financiera de su patria, cedieron, mientras les fué posible, en el terreno económico, manteniéndose firmes en el de la Policía. Pero llega un instante en que no es lícito transigir más, porque la prensa francesa pasa ya de la alarma á la indignación, y la Conferencia, que trabajó hasta entonces con ejemplar rapidez, suspende virtualmente sus tareas; la novena sesión oficial tuvo lugar el 17 de Febrero, y el 1.° de Marzo aún no se había convocado la décima.

Temerosa Alemania de no contar con la mayoría de los Delegados, pretende, sin duda, reducirlos por el aburrimiento y el cansancio, y entonces los representantes de Francia, Inglaterra y Rusia acuerdan cambiar de táctica tomando la ofensiva, y ruegan al Presidente que convoque á sesión plena el 3 de Marzo con objeto de abordar la cuestión de la Policía. En vano intentan Radowitz y Tattenbach retrasar hasta otra sesión el estudio del tema; no sólo son arrollados por el número, sino que se averigua que la internacionalización de la Policía no tiene dentro de la Conferencia más partidarios aparte los alemanes autores de la propuesta, que los Delegados marroquíes y austro-húngaros.

Alentado por este primer éxito, presentó el grupo contrario, en la sesión del 5 de Marzo, por conducto del representante ruso Bacheracht, el proyecto de encomendar la policía á soldados marroquíes mandados por suboficiales argelinos y riffeños y por oficiales franceses y españoles. La respuesta de los Delegados alemanes fué evasiva, el ataque les sorprendía desarmados porque no le esperaban y necesitaban tiempo para consultar con Berlín. Pero sus adversarios cometieron la torpeza de abandonar la ofensiva, y dos días después el Conde Cassini, primer Delegado ruso, comunicó en una conversación particular á Radowitz, que, perdida toda esperanza de arreglo, y puesto que el Duque de Almodóvar tenía que ausentarse para recibir en Madrid á los Reyes de Portugal, iba á proponerle la suspensión, hasta nueva convocatoria, de las sesiones de la Conferencia. No entraba en los cálculos de Alemania, como veremos después, que ésta fracasase, pero en todo caso no quería tomar sobre sí la responsabilidad, y como respuesta al aviso confidencial se anunció muy pronto que el Delegado austro-húngaro presentaría en la primera sesión una fórmula conciliadora, y, en efecto, en la sesión del 8 de Marzo se dió cuenta de ella. Propuso el Conde de Welsersheimb que los policías marroquíes bajo el mando supremo del Sultán, fuesen organizados en

Tánger, Safí, Rabat y Tetuán por oficiales franceses; en Mogador, Larache y Mazagán, por oficiales españoles, y en Casablanca por un oficial superior suizo ú holandés, encargado además de la inspección general en los siete puertos antes citados.

La forma del reparto acusaba un absoluto desconocimiento del problema interior de Marruecos ó una insigne mala fé, pero las concesiones que por conducto de su fiel aliada hacía Alemania eran considerables, por eso la resistencia del grupo de naciones occidentales á aceptar una transacción, cuyas dificultades y peligros no podían apreciar quienes conociesen sólo superficialmente la cuestión de Marruecos, fué mal recibida por la opinión imparcial europea. Nuevamente tuvo el Kaiser un pretexto para recurrir á la fuerza, y también será curioso conocer la historia de aquellos doce días de incertidumbre, en las Memorias del Canciller ó en las de su Emperador. Pero desde el 20 de Marzo pudo advertirse en el tono de la prensa oficiosa, que Alemania, dando una prueba de moderación que sería injusto no proclamar, se aprestaba á ceder y, en efecto, en la sesión del 26 declaró Mr. Radowitz que no tenía inconveniente en asimilar el puerto de Casablanca á los demás, siempre que la gestión del Inspector suizo ú holandés se rodease de las mayores garantías posibles de imparcialidad y de eficacia. Acompañó, sin embargo, su propuesta con observaciones que la conferían el inequívoco carácter de un *ultimatum*.

Francia y España no desmintieron al final, el espíritu conciliador que durante todo el transcurso de la Conferencia les animara, y los buenos oficios del Delegado norteamericano, Mr. Henry White, limaron las últimas asperezas y zanjaron las diferencias aún existentes durante la mañana del 27 de Marzo, y aquella tarde misma terminó políticamente la Conferencia de Algeciras.

La intervención alemana ha complicado algo más la ya compleja «cuestión de Marruecos», pero no es ella la que ahora examinamos. Para la «cuestión de la Alemania mayor», el año transcurrido entre el 31 de de Marzo de 1905 y el 27 de Marzo de 1906, significa un éxito y un fracaso.

El éxito aparece muy claro en estas palabras que pronunció en el Reichstag el Príncipe de Bülow, en la sesión del 5 de Abril, poco antes del desvanecimiento, que tanto hizo temer por su salud y por su vida: «No pretendíamos —exclamaba el Canciller—asentar nuestros reales en Marruecos, porque eso habría debilitado nuestra posición en vez de fortalecerla. No queríamos tampoco regatear ni resistir las reivindicaciones de España y de Francia basadas en la historia y en la política, siempre que respetaran ellas los intereses alemanes. No queríamos, en fin, enemistarnos con Inglaterra, molestos por la aproximación de esta potencia á Francia en el Convenio de 1904. Inglaterra pudo lícitamente disponer, como dispuso, de sus intereses en Marruecos, y Alemania aprobó la parte del Convenio referente á Egipto. Queríamos hacer saber que el Imperio alemán no puede ser tratado como una *quantité negligeable;* que un contrato internacional no debe novarse sin el consentimiento de todas las potencias signatarias; que un campo de exploración tan importante

como Marruecos libre aún y colocado entre dos grandes cauces del comercio universal, ha de seguir franco, para que en él compitan todas las naciones.»

Es notorio que cuando en lo sucesivo los ministros europeos aborden algún grave problema internacional, tratarán á la Cancillería de Berlín con alguna mayor ceremonia que la empleada por Mr. Delcassé; y es notorio también que Alemania ha conseguido arrancar de sus goznes las puertas del comercio marroquí para estar segura de que nadie intentará cerrarlas.

Pero en cambio el mundo sabe ya que la Triple Alianza está herida de muerte y la incorregible vehemencia del Kaiser nos permite ver, además, que Alemania conoce el fracaso de su intervención en la política del Mediterráneo. Cuando el telégrafo, que no se usó para confortar á Italia tomando parte en su dolor por la espantosa catástrofe del Vesubio, lleva á la Corte de Austria ponderaciones del agradecimiento de la de Berlín, por la leal conducta del Imperio aliado en el duelo con el Occidente, se está muy cerca de reprochar á Italia lo que antaño llamó Bülow su coquetería, lo que ya han calificado de traición algunos periódicos alemanes, y se está muy cerca, no de la separación amistosa, sino del ruidosísimo divorcio.

Alemania aparece hoy más sola que nunca; Inglaterra rodeada como no lo estuvo jamás. Era bien inútil el empeño del Kaiser en adelantar el nacimiento de un siglo destinado á ser alemán. Si el calendario no sabe lo que es la adulación, tampoco por lo visto sabe la Historia lo que es el calendario.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

Mortera y Junio de 1906.

Investigaciones históricas.

Intervención de la política de Carlos III en la elección de Clemente XIV.

I

El 2 de Febrero de 1769 murió Clemente XIII, dejando al expirar una división tan profunda entre los Cardenales de la curia romana, que hacía temer, no sin fundamento, la aparición del cisma.

Su antecesor Benedicto XIV, había realizado una política desde la silla de San Pedro totalmente distinta de la realizada por Clemente XIII, y en los días de estos dos Pontífices se dibujan con perfecta claridad dos tendencias contrapuestas, dos distintos propósitos, que dejan sentir sus efectos en la Curia romana, dividiendo el Sagrado Colegio en dos grandes partidos: el llamado de las Coronas, y el que se conocía con el nombre de los *Zelanti*.

Formaban el primero aquellos Cardenales que, en relación constante con las Cortes de los Borbones y de Portugal, realizaban dentro de la política del Vaticano un movimiento evolucionista, que poco á poco iba borrando las intransigencias del pasado y amoldándose á los intereses temporales representados por las Monarquías.

Eran los otros los que, apartándose deliberadamente de los propósitos y de las Cortes, querían mantener á trodo trance, no sólo la independencia absoluta del Pontificado, sino también su supremacía constante sobre los Reyes.

Ambos bandos estaban emplazados desde los días de Benedicto XIV. Los *Zelanti* se habían fortalecido durante el Pontificado de Clemente XIII, representante genuino de una política papal que había girado y se había desenvuelto, no sólo frente á las Cortes de Europa, sino resistiendo la invasión, cada día más avasalladora, de filósofos y enciclopedistas.

El choque entre las dos tendencias ó, mejor dicho, las dos políticas, era inevitable, y el terreno escogido para la batalla lo fué el Cónclave reunido para la elección del sucesor de Clemente XIII.

Con este Pontífice puede decirse que terminaba el esplendor del poderío papal, iniciándose la política de separación entre la gran representación espiritual y los más efímeros y deleznables poderes temporales.

El genio de Canova supo representar en el sepulcro de Clemente XIII la última y más gráfica expresión del poder de los Pontífices: En la Basílica de San Pedro, al visitar el sepulcro del Papa citado, se mira en esta obra del inmortal escultor y á los pies de la estatua del Pontífice, dos leones que por su belleza son la admiración del que los contempla. El uno duerme, queriendo en él significar el artista el símbolo de la mansedumbre y de la confianza. El otro vela, muestra sus garras y aparece dispuesto á la defensa. Aquí quiso representar y representó Canova la imagen de Clemente XIII defendiendo á la Compañía de Jesús y resistiendo á las exigencias de las Cortes borbónicas para que decretara su extinción y su muerte.

En medio de esta política de pasión, en esta encontrada lucha de contrapuestos intereses y de contrarias aspiraciones, se inauguraba el Cónclave para la elección de Papa, y el Sacro Colegio se reunía bajo la influencia de los Embajadores de los monarcas Católicos que habían precisamente recibido instrucciones concretas, definidas y terminantes de Choiseul, de Aranda, de Grinaldi, de Pombal, de Francia y de Kautnitz.

El 15 de Febrero de 1769, á trece días de morir Clemente XI, y al terminar la celebración de las exequias, se abrió el Cónclave. No habían llegado á Roma los Cardenales franceses y españoles, y los Embajadores de las Cortes de los Reyes de Borbón formulaban la petición primera indicando bien claramente sus própositos, y, más que pedir, exigieron que se esperase la llegada de aquellos Cardenales.

El marqués de Aubeterre, Embajador de Luis XV, con altanera exigencia, propia de un Mariscal de la Francia, hizo entender que hasta que el Cónclave estuviese completo no era posible ocuparse de la elección de Papa. Azpurce y Azara en nombre de Carlos III, así como D'Almado, representante de Portugal, y el Cardenal Orsini sometido á la voluntad de Francia, apoyaron la relación del Embajador de Luis XV. Suspendió el Cónclave todo lo relativo á la elección y dentro del mismo germinó desde el primer momento la lucha de influencias, la aparición de la política de intriga, el empleo de los procedimientos dilatorios, toda aquella confusión, en fin, que había de señalar este Cónclave con caracteres especiales, mostrando más tarde á los investigadores que más imperaron en él las egoistas é interesadas miras de la política terrena, que la inspiración espiritual y divina del Espíritu Santo. Las causas que determinaron el fin político que se perseguía en la elección de Papa y en las deliberaciones del Cónclave, hay que buscarlas en época anterior, toda vez que el objeto apetecido no era de aquellos que podían determinarse sin una larga preparación y sin el desarrollo de un plan preconcebido.

Todos los trabajos y maquinaciones de la política monárquica influyendo sobre el Pontificado no hubiesen resultado seguramente ni alcanzado el éxito que consiguieron si antes, y durante el Pontificado de Benedicto XIV, no hubieran conseguido el Breve de 2 de Mayo de 1758, breve de reforma de la Compañía de Jesús.

No hubiere seguramente triunfado la política de los ministros de Luis XV y de Carlos III si en la fecha que concluimos de citar los Cardenales Pasionei y Archinto, eficaces auxiliares de los propósitos perseguidos por el marqués de Pombal, no hubieran prestado á éste el concurso eficaz que le prestaron en la campaña contra la Compañía hecha por el capuchino Norberto, propagada por Pombal, auxiliada por el Jansenismo y utilizada más tarde por la Enciclopedia en su premeditada labor de arrancar las creencias del seno de la sociedad del siglo XVIII.

Los historiadores y los políticos que buscan los orígenes de las grandes transformaciones operadas por la Revolución, más que otras causas, deben examinar en respecto á la verdad histórica estas apasionadas contiendas pri-

mero, implacables luchas más tarde, surgidas entre jesuítas y jansenistas y recogidas por los filósofos del siglo XVIII para acabar primero con el freno de las creencias, salvaguardia eficaz de la Iglesia, y herir mortalmente más tarde las tradiciones, el poder y la supremacía de los Reyes.

El origen de toda la resolución profunda trastornadora del régimen social y del político, arranca del fondo mismo de las conciencias y se trasplanta, por el natural desenvolvimiento de los hechos y de las ideas, de la esfera de la religión á la de la política.

La realidad lo demuestra de manera indudable; no de otro modo se concibe que, históricamente considerado, en el corto espacio de tiempo que media entre Luis XIV, máxima expresión del poderío real, y de Luis XVI, mínima reducción del prestigio monárquico, hayan ocurrido los sucesos que acabaron con toda la autoridad religiosa, social y política.

Entenebrece la pasión las inteligencias; los que se agitan en determinadas épocas en medio de luchas, que sólo se preocupan del presente, olvidando el pasado y desviándose de toda previsión para el porvenir, no piensan que hay multitudes que observan y que, desgraciadamente, aprenden pronto, y en este período que venimos investigando, la suma de enconos, de agitaciones y de violencias no se detuvo, sino que penetró dentro del Cónclave de 1769 y mostró á aquella sociedad, ya preparada para el descreimiento, que ni aun las cosas santas viven desligadas del interés terreno ni deja la acción de los poderosos de inmiscuirse y hasta de resolver los asuntos más importantes que aparecen vivir, por virtud de misteriosa gracia, en la esfera peculiar de lo espiritual y lo divino.

Por procedimientos de investigación vamos á dar á conocer todo lo ocurrido en la elección de Clemente XIV; á estudiar á los hombres de Estado que tuvieron en ella decisivo influjo; á los ponentes del Sacro Colegio, instrumentos los unos de la política de los reyes, desconocedores los otros del tiempo y de las circunstancias, y, como resultado final, la consagración de un pontificado que nace prisionero de la incrédula filosofía de su época y que vive sujeto á las ambiciosas miras de los que, más que del reino de Dios, se ocupan del reino de los hombres.

II

Las miras políticas de la Corte de Versalles tuvieron en este Cónclave su representación en el cardenal Bernis, y si hemos de estudiar por meras apariencias tan interesante período histórico, aparece el cardenal francés como el director de la trama; pero es un efecto tan superficial que, á poco que se investigue, se examinen antecedentes y se estudien documentos, se ve y se demuestra que la dirección la llevó la Corte de Madrid, y que su más eficaz y enérgico intrumento lo fué el cardenal Solís, arzobispo de Sevilla, que ni siquiera dió cuenta á Bernis del plan preconcebido, limitándose á exigir su concurso para realizarlo.

La correspondencia de Bernis con el embajador marqués D'Aubeterre no

pone de manifiesto más que la presuntuosa vanidad del cardenal francés, y para apreciar el concepto que de él tenían los demás cardenales y su escasa autoridad dentro del Cónclave, basta con investigar y examinar todo lo ocurrido en el mismo.

Conviene dar á conocer la personalidad de Bernis, los orígenes de su posición, los medios de que se valió para alcanzarla. Hay que advertir que, sin la nota colectiva de las Cortes, á las pocas horas de reunido el Cónclave hubiera triunfado la política de los *zelanti* con la elección para el pontificado del cardenal Chiggi, designación hecha y aún votada, y que no llegó á ser un hecho por faltarle la necesaria mayoría.

¿Quién era Bernis? Sus méritos, sus prestigios, puede decirse que no existen. En los comienzos de los escandalosos amores con la entonces madame Etiolet, después marquesa de Pompadour y dueña absoluta de los destinos de Francia, el rey tuvo que emprender la campaña de Flandes, trasladándose al teatro de la guerra, á donde no le siguió, con gran habilidad y como conocedora de las pasiones humanas, la intrigante y despierta cortesana, que ya le había entregado en una noche de orgía, si no su corazón, sus materiales favores.

El rey partió en los momentos en que su pasión era más viva y más vehementes sus deseos, quedando la Pompadour haciendo vida de apariencia claustral en uno de los departamentos del palacio de Versalles.

Madame Etiolet recibía constantemente cartas de Luis XV, y aquí entra la intervención de Bernis. Este, entonces joven abate, había sido presentado á madame Etiolet, y supo su viva imaginación, las dulzuras de su lenguaje y el estilo apasionado de su literatura, captarse la amistad y la confianza de aquella ambiciosa cortesana.

No tuvo, aun á pesar de su carácter sacerdotal, reparo alguno en cultivar y utilizar tan indecoroso medio. No repugnó su carácter sagrado el redactar á la querida del rey las cartas de amor con que ésta contestaba á las apasionadas del monarca, y desde el oscuro seno de las concupiscencias reales brotó el que más tarde fué, en lo sagrado, obispo, arzobispo y cardenal, y en lo político, ministro de Relaciones Exteriores.

¡Triste época en que comienza el encumbramiento en el lupanar y en el que se otorgan las altas jerarquías de la Iglesia y la dirección de los grandes intereses del Estado á los cómplices, á los encubridores, casi á los *galeotos,* más que de los amores, de las pasiones reales.

El sacro colegio no desconocía estos hechos ni ignoraba las causas que habían contribuido á la alta posición del Cardenal Bernis, el cual tuvo, en el seno del Cónclave, que devorar grandes amarguras y pasar por bochornosas humillaciones; todo lo cual influyó para que, á pesar de su vanidad y del papel de director que se atribuía en su correspondencia con el marqués d'Aubeterre, Bernis no hubiera obtenido nunca en la elección de Papa el triunfo del partido de las coronas.

Eran en el Cónclave, según datos y antecedentes de la Embajada de Espa-

ña, cardenales favorables al sacrificio de la Compañía de Jesús: Calvachini, Negroni, Serasale, Durini, Corsini, Conti, Neri, Caracciolo, Brauciforte, Pirelli y Ganganelli; totalmente contrarios Buonocorsi, Chigi, Torregini, Castelli, Beronico y Boschi. Se unían á estos, si no con tanta pasión, con igual tenacidad de próposito, Alejandro y Juan Francisco Albani, Veterani, Calini, Rossi, Oddi, Molino, Lance, Buffalini, Spinnola, Prindi, Palaciani, Borromeo, Fantuzzi y Colonna. Aparecían dudosos Stopani, Lante y Sercolini. Indiferentes Pozzolonelli, Malvezzi, Canale, Guglielmi, Pampili y York.

Con estos elementos y con esta clasificación tuvieron que jugar su papel político los españoles Solis y La Cerda y los franceses Bernis y Luynes.

El curso de los sucesos y las artes puestas en juego dentro del Cónclave alteraron esta primera calificación, pues Colonna, unido al partido de los *zelanti,* fué puesto después por Tanucci, á disposición de las coronas, y Malvezzi, no afiliado á ninguno de los dos apasionados bandos, había de ser más tarde, y después de la elección de Langanelli, el que más parte tomara en el Breve de extinción de la orden de la Compañía de Jesús.

Tiempo hubo para todo, porque este Cónclave inaugurado el 15 de Febrero no terminó hasta el 19 de Mayo en que el Cardenal Camarxengo anunciaba desde Roma á la Cristiandad la elección para Papa del Cardenal Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV.

Lo mismo al marqués d'Aubeterre que á los Cardenales franceses Bernis y Luynes se les habían comunicado instrucciones concretas por la Corte de Versalles. En el reservado documento existente en el Archivo del Ministerio de Relaciones exteriores de Francia se encuentran entre las instrucciones dadas el particular siguiente: «El reinado de Clemente XIII ha demostrado claramente que la piedad más sincera, las costumbres más puras y las intenciones más rectas no son suficientes para contituir un buen Papa, sino que son precisos además los conocimientos é ilustración necesaria para la administración tanto espiritual como temporal de que se halla encargado, de los cuales absolutamente careció Clemente XIII. De aquí ha provenido que, ciertamente sin quererlo, y verosílmente sin saberlo, ha hecho más daños á la Iglesia Romana que muchos de sus predecesores menos virtuosos y menos arreglados que él. No tenía ninguna noción fija de las Cortes, de los negocios políticos y de las consideraciones que se deben á toda persona y á la autoridad independiente de los otros Soberanos. Dirigido por consejos apasionados y fanáticos, ha concebido empresas y llevado á cabo medidas cuya injusticia y violencia han obligado á la Francia, á la España, á las dos Sicilias, al Portugal, á la República de Venecia, y á algunas otras potencias, á reclamar altamente contra las inacciones que ha hecho á los sagrados é inalienables derechos de sus soberanías.» Completaban estas la declaración de que S. M. «había resuelto reunir para siempre á su corona la ciudad y el condado de Aviñón»; pero añadían «que el Rey no había formado plan alguno de personalidad, ya sea respecto al trono pontificial ó ya para excluir á tal ó cual miembro del Sacro Colegio». S. M. desea no hallarse en la necesidad de aplicar á alguno de aquellos una

exclusión auténtica, que usarían de aquella prerrogativa Luynes y de Bernis si llegasen á persuadirse que podrían reunirse los votos necesarios para la elección de Papa en favor de una persona cuyas preocupaciones, afecto particulares ó un celo inmoderado é imprudente pudieran hacer su administración peligrosa y quizá perniciosa y fatal á la religión y á la tranquilidad de los Estados católicos» señalando *nominatun* entre estos Cardenales á Torregiani, Boschi, Buonacorni y Castelli. Conociendo estas instrucciones, penetramos en el Cónclave.

Es indudable que la mayoría del Sacro Colegio estaba en oposición á los propósitos de las Cortes, y comprendiéndolo así los embajadores de Francia, de España y de Austria: D'Aubeterre, Azpuru, Azara y el conde de Kautnitz, se encargaron, unidos al cardenal Orsini, representante de Nápoles y sumiso á los planes de Taunci, de preparar las cosas y combinar los medios que diesen el triunfo al partido de los Coronas.

La presuntuosa vanidad del cardenal de Berins, que creyó hacerse dueño del Cónclave por su afectada amabilidad y sus agradables maneras, sufrió desde los primeros días un gran desencanto y una no menor desilusión; y bien lo pone de manifiesto, cuando el 30 de Marzo, al hacerse cargo de la manera de pensar y de sentir del Sacro Colegio, escribe al duque de Choiseul declarando «que cuanto he oído y visto hasta este momento me hace pensar que no seremos bastante fuertes para hacer Papa á nuestro gusto.

»El Cardenal es de parecer que, si no se nos agrega alguna otra persona, sólo tendremos votos para la exclusión. Si se espera á los españoles, es cierto que se nos dará triunfo para fortificar nuestro partido», y tantas dudas se agitan en su espíritu, que no sabe precisar cual de los miembros del Sacro Colegio es el que conviene para Papa á la política de las Cortes, y señala á Fantuzzi y á Corsini, pero sin atreverse á dar sobre ellos una opinión concreta. La vanidad ofusca por completo su entendimiento y, él que tiene que declarar al ministro de Francia las sombras que envuelven al Cónclave y que él no alcanza á disipar, se entretiene quemando incienso en su honor y asegurando que el emperador de Austria, no sólo le trata con distinción, sino que reconoce su habilidad y su mérito; para concluir con la afirmación tristísima que contiene este párrafo de su carta: «Nosotros no tenemos aquí partido, no es á mí á quien me toca juzgar si convendría á la Francia tener alguno; pero es demasiado sencilla la sola previsión de las dificultades de cualquier negociación de nuestra parte, sobre un teatro donde más de las tres cuartas partes de los actores no están de nuestro lado.»

Conviene recoger estas primeras declaraciones del cardenal francés que, unidas á la larga y constante correspondencia que mantiene desde dentro del Cónclave con el embajador de su nación, ponen de manifiesto que aquel cardenal, que se cree poderlo todo, hacerlo todo y dirigirlo todo, no fué más que un instrumento que utilizó la política de Aranda, ejecutada con grande habilidad y energía dentro del Cónclave, por el cardenal Solis, arzobispo de Sevilla.

Tenemos á la vista la correspondencia diaria entre Bernis y el marqués d'Aubeterre. El embajador francés halaga la vanidad del cardenal de su pais que á la vez se ocupa, tanto ó más que de la elección de papa, de sustituir á aquél en la embajada de Roma.

En 2 de Abril el embajador de Francia propone á Bernis que se arranque, al que deba ser elegido, la promesa por escrito de someterse á la política de las Cortes. El mismo embajador, en 10 de igual mes, le señala como candidato agradable á Francia al cardenal Malvezzi, que seguía la política de Benedicto XIV. Bernis rechaza la propuesta de D'Aubeterre, y le declara que «no cree que hubiese dentro del Sacro Colegio quien consintiera en prometer, cometiendo tan grave pecado de simonía».

No se considera en condiciones de acometer el procedimiento que se le indica. Prefiere manejar su intriga y utilizar sus recursos de habilidad y sugestión para que resulte elegido Papa el que satisfaga la aspiración de las Coronas; pero su vanidad vuelve á ser derrotada y pasa por la humillación de que, al avistarse el 18 de Mayo con algunos de los conclavistas para inducirlos á secundar la política de las Cortes, los cardenales Alejandro y Juan Francisco Albani, se opusieron resueltamente á las propuestas del cardenal francés, y al ver que no hacían efecto las amenazas en nombre del poder de los reyes, y con el fin de privar de partido á los Albani, sostuvo que la igualdad debía reinar entre todos los cardenales, puesto que todos se encontraban con igual título y con idénticos derechos. Ante esta afirmación, el anciano Alejandro Albani, quitándose el birrete cardenalicio, exclamó con voz de autoridad y firmeza: «Nada menos que eso, eminencia; los que estamos aquí no tenemos igual título porque no ha sido una vil cortesana la que ha colocado este birrete sobre mis sienes.»

Dentro del Cónclave se evocaba el recuerdo de la marquesa de Pompadour. Bernis se siente humillado y vencido, y al siguiente día le propone d'Aubeterre que la corte de Nápoles exija á los Albani la adhesión en todos conceptos, ya que él y su sobrino disfrutan de las Abadías de aquel reino.

Pasan los días, la intriga se sigue manejando, pero no resulta acuerdo para la elección de Pontífice.

Choiseul percibe la ineficacia de la gestión de Bernis y, en su impaciencia, utiliza las gestiones de su agente secreto Dufour; pero tampoco da resultado práctico la intervención de este servidor del gobierno de Versalles, que cree resolver el asunto por medio de simples contratos de compra venta.

El mismo Dufour se encuentra tan despistado de lo que ocurre dentro del Cónclave, que no reserva una información contraria á Ganganelli, por considerarlo como enemigo del partido de las Coronas.

El 26 de Abril sostiene lo contrario de lo que había afirmado el 24, aplaudiendo la insistencia de d'Aubeterre en favor de Malvezzi, y tan fracasado se considera, que dos días después, desea volverse muy gustoso á cuidar de sus ovejas ó, lo que es lo mismo, á su diócesis de Alby.

Con todos estos antecedentes, con la realidad de los hechos documentados

á que venimos haciendo referencia, se demuestra sin género alguno de duda, que la política de Francia había fracasado dentro del Cónclave en la persona del cardenal de Bernis. Hasta primero de Mayo, el embajador de Luis XV y el protegido de la Pompadour, son los únicos directores de la obra que se estaba representando durante el largo plazo que media entre el 15 de Febrero y el primero de Mayo.

Ni las energías de d'Aubeterre ni las habilidades de Bernis habían conseguido resultado práctico alguno, y ya era ocasionada á escándalo la larga duración de aquel Cónclave que, envuelto en una red de tenebrosas intrigas, no había hallado el acuerdo necesario para dar sucesor á Clemente XIII.

La verdad histórica pone de manifiesto con la realidad de los hechos que hasta la intervención decidida y enérgica de la política de Carlos III no se llegó á la elección de Pontífice, y estos hechos nos darán la razón al investigar cómo, llegando al Cónclave el día 2 de Mayo los cardenales españoles Solís y La Cerda, y poniendo en ejecución todos sus recursos y medios, el ministro don Manuel de Roda desde Aranjuez, y los diplomáticos Azpuru y Azara desde Roma, dan por resultado que el 19 de Mayo fuese elegido Ganganelli para la silla de San Pedro.

III

Tal era, con arreglo á los hechos mismos, el estéril resultado que iba teniendo el Cónclave en relación con las distintas aspiraciones que luchaban en su seno.

El duque de Choiseul presentía ya su ocaso y no disimulaba sus impaciencias por la estéril labor de sus representantes. Los ministros de Carlos III, especialmente Aranda y Roda, sin contrariar la política de Versalles con la que estaban coaligados, dejaban premeditadamente que el cansancio dentro del Cónclave y las estériles maniobras de Bernis preparasen la labor que ellos se habían señalado como más eficaz y práctica.

Intencionado fué, sin duda alguna, el retraso de presentarse en Roma los cardenales españoles. Ellos habían de ser los que pusieran término á la obra política de las Coronas y su retraso favorecía los planes.

Después de dos meses y medio de reunido el Cónclave, entran en juego los cardenales españoles Solís y La Cerda, y, sobre todo, el primero. La decisiva intervención del gabinete de Madrid, aparece con enérgica precisión en la carta que el ministro D. Manuel de Roda envía á D. Nicolás Azara, fechada en Aranjuez el 16 de Mayo: «Me alegro en el alma—dice—saber que al fin han llegado nuestros dos cardenales; espero que, dejando á un lado su figura, no serán de los más invencibles, pues comparándolos con los demás que componen el Sacro Colegio, pueden distinguirse entre muchos de sus hermanos.»

Bien sabía el ministro Roda las condiciones especiales y características del cardenal Solís: sumiso á la voluntad de Carlos III, confidente del conde de Aranda y de D. Manuel Roda, de carácter perseverante, de altanera energía encubierta con una constante y persistente taciturnidad, enemigo de perder

el tiempo en halagar su vanidad personal, ya de él el marqués de Ossun, embajador de Luis XV en Madrid, le había comparado con Catalina de Médicis, y bien seguro estaba el ministro Roda de que cumpliría su misión sin consideración de ninguna especie.

Llegaba tarde al Cónclave y, antes de penetrar en él, tenía un conocimiento exacto del carácter, condiciones y compromisos de los miembros del Sacro Colegio; y había recibido esa preparación porque no hay que olvidar que don Manuel de Roda había sido en fecha próxima anterior embajador en Roma, que conocía á los Cardenales más influyentes y que sabía y aprovechaba mejor dicho, las ambiciones de aquellos, cuya influencia y saber eran notorios.

Roda comunicó al Cardenal Solís las condiciones de Ganganelli. Le había tratado, no ignoraba que desde que obtuvo el capelo soñaba con la tiara; que, cuando dentro del Sacro Colegio, todos rehuían conocer en la canonización de Palafox, el franciscano Ganganelli aceptó la proponencia uniéndose desde entonces en estrecha amistad con el embajador Roda.

Con estos antecedentes, con estos exactos y precisos conocimientos, el Cardenal Solis, desde el día siguiente de su entrada en el Cónclave, dirigió con reserva sus procedimientos á elevar al Pontificado á Francisco Ganganelli y á atraerse con gran habilidad á los Cardenales Alejandro y Francisco Albani para contar con el voto de los *zelanti* y asegurar por este medio la elección.

Pero Solís, ajustándose á las instrucciones de los ministros de Carlos III, quiso tener la seguridad del éxito de su política por medio de previa promesa, de aquel compromiso que había considerado Bernis como torpe y que había asegurado que ninguno de los que formaban parte del Cónclave se atrevería á contraer.

Las miras políticas del Arzobispo de Sevilla eran favorecidas por la conducta que dentro del Cónclave observaba desde el primer momento el franciscano Ganganelli, que, con estudiada habilidad, ni se había hecho hostil al partido de las Coronas ni había perdido la confianza de los *zelanti,* que lo consideraban un jesuíta vestido con el hábito de San Francisco.

Ayudó á Solís en sus trabajos preparatorios otro español, Ignacio de Aguirre, que supo inspirar confianza á los Albini y predisponerlos favorablemente para la elección de Ganganelli, y en la fecha corta que medió entre el 2 y el 18 de Mayo todo se hizo. Se aseguró el triunfo político de las Coronas saliendo de aquella estéril labor á que por espacio de mes y medio se había consagrado de Bernís.

Faltaba sólo el arrancar á Ganganelli un compromiso escrito, y el 16 de Mayo, sin que se apercibiera ningún otro de los Cardenales, Solís se avista secretamente en su celda con el franciscano y obtiene de él una carta dirigida al rey Carlos III en la cual se consigna la siguiente declaración: «Que reconoce en el Soberano Pontífice el derecho de poder extinguir en conciencia la Compañía de Jesús, guardando las reglas canónicas, y que él es de parecer y

pesea que el futuro Papa haga todos los esfuerzos que estén á su alcance para llevar á cabo este deseo de las Coronas.»

Redactada y firmada esta carta de puño y letra de Ganganelli, Solís había triunfado. Había obtenido para su Gobierno la garantía de la promesa escrita; había preparado las cosas de manera que, desconociendo el grupo de Cardenales dirigido por los Albani este compromiso previo y creyendo aún en las palabras del Papa Resonico de que el Cardenal Ganganelli era un jesuíta vestido con el hábito de San Francisco, le dieran sus votos y pusieran término á un Cónclave que ya por sus dilaciones era causa de escándalo en la cristiandad.

Esta fué la hábil política de la Corte de Madrid, secundada con perseverancia é inteligencia por el Cardenal Arzobispo de Sevilla; maniobra tan reservada que el mismo Bernis, el 16 de Mayo, escribía á D'Aubeterre: «Ya está visto que Ganganelli es jesuíta y que ha transigido con ellos, y, si esto es así, las Cortes van á ser el juguete de este religioso»; y, cuando se convence por la orden del Cardenal Solís de que hay que votar en favor del franciscano, á su vanidad no se le ocurre otra cosa que decir al Embajador de Luis XV: «Es preciso tomar precauciones para que Ganganelli crea que nos debe el Papado.»

La verdad histórica no puede por menos de declarar que la elección de Clemente XIV es la obra política del Gobierno de Carlos III; que el Conde de Aranda y D. Manuel Roda habían tenido desde Madrid un conocimiento más perfecto de lo que era á la razón el Sacro Colegio, que lo tuvo el Duque de Choiseul y los distintos elementos políticos de la Corte de Versalles, influídos por las ilusiones presuntuosas que se forjó desde su llegada al Cónclave el Cardenal de Bernis. Soñó este ambicioso abate, encumbrado á la alta posición que ocupaba por intrigas de amor no confesables, que él representaba dentro del Cónclave la primera figura, y hasta hay indicios de que soñó con el Papado, porque entre su correspondencia se ha encontrado la siguiente carta de Voltaire, fechada en 8 de Mayo de 1769: «Ya que estáis, Señor, metido en nuestra caja de tablas aguardando al Espíritu Santo, será muy justo divertir un poco á vuestra Eminencia.

»Sin duda habréis leído las *Quatre Saisons,* de M. de Saint Lambert. Esta obra es tanto más preciosa cuanto que puede compararse con otro poema que lleva el mismo título y que, lleno de imágenes brillantes, tiene un estilo ligero y á cual más florido. Son dos bellos adornos para el gabinete de un agricultor, como el que yo tengo el honor de ser. Ignoro de quién son estas *Quatre Saisons*, á cuyo lado nos atrevemos á colocar el poema de M. de Saint Lambert. En la portada se ven las iniciales de M. el C. de B...; será, sin duda, el Cardenal de Bembo (1). Dícese que este Cardenal es el hombre más amable del mundo, y que se apasionó de la literatura por toda su vida, la cual aumenta sus placeres así como su consideración, aminorando su fastidio, si es que tiene alguno. Quieren decir que actualmente no hay en el Sacro Colegio sino

(1) El Cardenal de Bernis había compuesto un corto poema sobre las *Estaciones.*

una persona que se parezca á Bembo, y yo creo que esa persona vale más que él.

»Hace un mes que llegaron á ver mi celda varios extranjeros y nos pusimos á jugar el Papa á los dados, yo ponía por el Cardenal Stoppani y saqué blanco; pero el Espíritu Santo no estaba en mis manos; lo cierto es que uno de los que hemos jugado será Papa. Si llegáis á serlo vos, me recomiendo á Vuestra Santidad. Pasadlo bien, bajo cualquier título, y no olvidéis vuestras bondades para con el anciano labrador V.

»Fortunatus et ille Deos qui novit agrestes.»

El 19 de Mayo es elegido Papa el que toma el nombre de Clemente XIV, poniendo término al Cónclave reunido en 17 de Febrero del mismo año.

Del estudio que hemos realizado y de los hechos transcritos, no cabe ni puede caber la menor duda de que la elección de este Papa es la obra política de las Cortes y, sobre todas ellas y especialmente, de la de Madrid.

La política de los monarcas que se llamaban católicos, dirigida por el movimiento filosófico de la época, obtuvo un resultado de momento que algunos años antes no se hubiere imaginado ni creido.

Aquellas luchas entabladas y libradas entre el Papado y el Imperio prepararon con irresistible fuerza otros acontecimientos que habían de transformar de modo completo la autoridad de los Papas y la organización de la sociedad. Pero aún la obra política, en lo que se relaciona con la extinción de la Compañía de Jesús, firme propósito del Rey Carlos III no está terminada. Comprende una tercera parte de verdadero interés histórico y político; que es aquella que tiene por objeto obtener, como se obtuvo, el Breve de extinción. Esta tercera parte complementa todo el plan de la Corte de Madrid; pone término á un asunto político de la mayor trascendencia, y del cual nos hemos de ocupar en un sucesivo estudio.

Ponemos término al actual circunscripto, á la intervención política del Gobierno de Carlos III en la elección de Clemente XIV. Dejamos para otros trabajos, que han de subseguir á estos, el estudio de aquella época en lo que se relaciona con nuestra nación, así como en las derivaciones que tuvo en lo que se refiere á la política de otros Estados.

Por un procedimiento de investigación y de crítica histórica queremos estudiar las causas que han dado origen á la transformación operada en la manera de ser de las Sociedades y de los Gobiernos.

Son estos días que venimos estudiando el ocaso de instituciones tradicionales, que en las causas que agitan las conciencias apasionando los espíritus, está el origen de las grandes transformaciones que han variado de modo completo la manera de ser los pueblos.

ANTONIO GARCÍA ALIX.

Junio 1906.

Poetas Americanos.

MARÇHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
¡Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompasan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales.

Los claros clarines de pronto levantan sus sones,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
Él dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los condores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—

Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.—
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor á los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
clarines, laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
á aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas—;
y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmórtal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha triunfal!...

Ruben Darío.

A BYRON

Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo;
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
y bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo
pasmate con enigmas la fe ciega;
te pusiste la máscara de un tipo,
como el actor de la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
subió un vapor que obscureció tu juicio:
te dejaste arrastrar por la corriente,
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta;
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías,
como cediendo á impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías,
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombro,
pasaste con tu cítara en la mano,
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
vivo placer á las riberas solas,
cuando—soberbio nadador—rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo á que tendías;
y audaz y atronador y hecho montaña,
te alzabas hasta él y lo escupías!

No envidiabas al piélago sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
montruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco?—Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor... ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolonghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para tí extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime:
tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
mientras palpite el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo á tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

Salvador Díaz Mirón.

PRELUDIO

También el alma tiene lejanías,
hay en la gradación de lo pasado
una línea en que penas y alegrías
tocan en el confín de lo soñado:
también el alma tiene lejanías.

En esos horizontes del olvido
la sujeción de la memoria pierdo,
y no sé dónde empieza lo fingido
y acaba lo real de mi recuerdo
en esos horizontes del olvido.

La azul diafanidad de la distancia
en el cuadro los términos reparte,
aquí mi juventud, allá mi infancia,
y entre las dos, la pátina del arte...
la azul diafanidad de la distancia.

Ese tono del tiempo que completa
lo que en el lienzo deja la pintura,
hace rugoso el cutis del asceta
y á la tez de la virgen da frescura,
ese tono del tiempo que completa.

Pulimento y matiz del mármol terso
es en la vieja estatua, y melodía
en la cadencia rítmica del verso,
donde adquiere la antigua poesía
pulimento y matiz del mármol terso.

Color de las borrosas lontananzas
es del alma en los vagos horizontes,
donde envuelve recuerdos y esperanzas
en el azul de los lejanos montes,
color de las borrosas lontananzas.

Francisco A. de Icaza.

A TODOS

La vida es un gran campo de combate;
ved al hombre luchar de polo á polo;
yo le llamo vencido al que se abate
porque se ve sin armas y está solo.

Más nocivos que el buitre carnicero,
y que la sierpe que veneno entraña,
son el amigo hipócrita y artero,
el hijo ingrato y la mujer que engaña.

La verdad es la luz; el hombre vano
que más la oculta, en su maldad se estrella;
que no me extienda su alevosa mano,
quien no me dé su corazón con ella.

Evitar á otros daños y amargura,
ser en sus penas bálsamo y testigo,
secar su llanto, darle la ventura
y servirle sin premio, es ser su amigo.

No confundáis lisonja y alabanza;
distintos son el lucro y el cariño;
no mueva el interés á la esperanza;
amad como la madre ó como el niño.

La experiencia es la hermana de la duda;
no es fiero todo aquel que está en campaña,
ni amigo todo aquel que nos saluda,
ni hermano todo aquel que os acompaña.

Abrid los ojos, pobres caminantes,
sed del humano batallar testigos,
que cual llegan á odiarse dos amantes,
llegan hasta matarse dos amigos.

No contrariéis el propio sentimiento
ni la noble verdad neguéis por nada,
preferid á riquezas y talento
franco carácter y palabra honrada.

Juan de Dios Peza.

Del libro *La corte de los poetas*, florilegio de rimas modernas, recientemente publicado.

Información ibero-americana.

NOTA POLÍTICA

El temperamento del partido liberal.

En la política española todo es natural y al propio tiempo todo artificioso. Natural ha sido la inevitable caída de Moret y, no obstante, ha sido una caída artificiosa. ¿Dónde está el artificio? En el propio partido liberal.

Desde hace tiempo, mucho tiempo, hay en la política española algo ruinoso. Las situaciones en cuanto nacen empiezan á entrar en la agonía. La segunda etapa del partido conservador no fué otra cosa que una sucesión de bautizos y de entierros, y la actual etapa del partido liberal ya lleva estendidas las actas de nacimiento de tres presidentes y las de defunción de dos, no contando en la serie los innumerables ministros que, sin casi apenas dar señal de vida, han fenecido durante el actual reinado. Esta manifestación de inconsistencia sería bastante en un país que se estudiara, para denunciar la caduquez de sus organismos políticos. La ruina de las organizaciones políticas es notoria, aunque no se percate nuestra indiferencia hasta que se desplome el edificio por completo.

Un partido político para realizar una misión, no para consumir un turno, ha de tener un principio de unidad. Todo partido político que en su propio seno tenga elementos contradictorios, no hará otra cosa que anular sus propias energías, consumiéndolas en rozamientos inútiles. En el partido liberal se da ese caso, y en virtud de sus propias contradicciones y como resultante de las mismas, la mecánica política ha anulado la situación anterior y ha creado la nueva sin que por eso resulte una señalada finalidad. La cuestión se ha planteado, al parecer en términos radicales, pidiendo Moret la disolución de las actuales Cortes y mostrándose las restantes representaciones del partido, como resueltas mantenedoras de la situación parlamentaria que apenas ha tenido tiempo de vivir. De esto resulta una diferenciación del partido liberal favorable, de una parte, al mantenimiento, y de otra, á la disolución de las representaciones electivas. ¿Qué significa esto? ¿Entraña de una y otra parte algo fundamental, algo sustancial, algo que emane de la influencia vivificadora de los principios, ó se trata pura y simplemente de una de tantas explosiones del instinto de conservación y por lo tanto un imperioso predominio de las influencias é intereses personales?

Quién se fije en lo último y lo analice es el que estará más en camino de ver á toda luz el fondo de las cosas.

Hace tiempo, mucho tiempo, que el ideal ha muerto en la política española. Durante todo el siglo XIX, aunque predominara en muchas ocasiones la política de intriga, nuestro temperamento político fué propenso á la erupción, y el estado volcánico de la conspiración y de la rebeldía constituyó nuestra

incorregible manera de ser. La política de la Restauración y aun más acentuadamente la de la Regencia, fué una política encaminada sobre todo á enfriar nuestra corteza. Lo consiguió y fué un bien, un bien muy grande, pero á veces estos enfriamientos tienen el peligro de penetrar demasiado, de llegar al alma, de influir en el corazón, en la voluntad y en el entendimiento. Efectivamente: en nuestra sociedad en general y más aun en la sociedad política, penetraron muy hondo las corrientes del positivismo práctico que si de una parte han llamado la atención hacia los problemas verdaderamente restauradores, como el económico, de otra han hecho nacer generaciones destetadas con el acíbar del escepticismo y la indiferencia. Alguien sostiene que no tenemos juventud, y lo que parece evidente es que la juventud dura poco y que nuestros jóvenes discurren pronto como viejos. Parece que no hay otro problema que el del pronto y bien asegurado disfrute de la vida consiguiéndolo no en virtud del desgaste generoso de las propias fuerzas, sino utilizando las agenas. Es el enano que se eleva más alto que el gigante, subiéndose sobre sus hombros.

En el partido liberal hay mucha cabeza, y casi toda ella peina canas. Y eso de la cabeza ha tenido tanta importancia en el partido liberal, que el tupé de Sagasta, aquel tupé tan elocuente cuando el orador lo agitaba con gallardía, fué un símbolo de vida y á veces de revolución. Ahora ¿de qué sirven los crespos y zainos cabellos de Canalejas formando piña con las testas blanqueadas de Monteros Ríos, López Dominguez, Vega Armijo y demás ancianos? (Moret se libra por lo calvo.) El tono general es de vejez; de predominio de lo frío y seco; de resistencia á las temperaturas elevadas, ya en este Agosto abrasador, ya en las arrebatadas estufas invernales; de quietismo; de buen régimen; de vida ordenada, con absoluta proscripción de las reacciones violentas; de pasos contados en un ir y venir parsimonioso; de ideas sesudas; de apego á la tradición con tanto arraigo como el árbol añoso, de raíces inarrancables y, en fin, con todas las buenas ordenanzas y cuidados para llegar á viejo y seguir siéndolo.

¿Y es así, con esa cabeza y ese corazón, restos de revolucionarios armazones, como se van acometer esos problemas de laicismo, luchando con Roma como luchó el Cid, según nos cuentan los romances viejos? ¿Y es así como la tribuna parlamentaria va á recobrar los bríos Setembrinos cuando estas Cortes, después de su actual convalecencia, quieran demostrar que aún les queda vida?

Pensemos cuerdamente que hay dos cosas imperiosas y estacionales que se imponen á su turno y que, tal vez, tal vez, definen la suerte del añejo y gastado partido liberal.

Una de esas cosas ya la estamos pasando: las imperiosas vacaciones del estío.

Otra de esas cosas no tardará en llegar.

¡Los cuarteles de invierno!

X.3

Un poeta del Perú.

La prensa americana llegaba á nosotros hace unos cuantos años, salpicada de versos de nuestros poetas. Zorrilla, Núñez de Arce, Becquer, Campoamor, Reina, Palacio, Rueda, eran nombres tan familiares á los lectores de allende el Océano como á nuestros buenos aficionados á la poesía.

Los escritores, los oradores, los poetas de allá tenían fija su atención en España, imitaban en el fondo y en la forma á nuestros poetas, á nuestros oradores, á nuestros literatos, y tan distanciados nos seguían, tan de lejos, que cuando llegaban allí las modas, ya no se estilaban aquí, motivo por el cual solían caer en el ridículo, bien pudiera decir que todos los americanos que á España venían y ocupaban la cátedra del Ateneo ó la tribuna de algún otro análogo Centro literario.

No se le oculta esto á la mayor parte, pero ¿cómo desistir? Los intelectuales americanos apetecen la sanción de España, porque significa para ellos algo así como la revalidación de sus méritos y títulos en un tribunal superior, mediante lo que su personalidad adquiere todo el relieve que necesita para ser en su patria advertida y estimada.

He conocido, tratado y atendido con verdadero afán, en cuanto me ha sido posible, á muchos americanos de los que vinieron á Madrid con sueños de gloria y he asistido al fracaso de casi todos ellos, fracaso que al través de las millas resonaban en su patria todavía como un éxito brillante del que siempre podrían envanecerse.

De entre los triunfantes, no creo que alguno se haya hecho conocer y admirar tan rápida y eficazmente como el poeta del Perú, José Santos Chocano, autor del libro *Alma América,* no ha mucho tiempo aparecido.

Cierto que, en pocos años, ha sufrido tal revolución el intelectualismo hispano-americano que las circunstancias, antes adversas á los de allá, les son hoy propicias, toda vez que la inspiración poética y ciertas literarias modas de París vienen ya de América á España en vez de ir, como antes, de España á América; pero, de todos modos, es extraordinario el hecho, porque al talento indudable del elocuente poeta, se une una voluntad firmísima, una ambición tenaz, claramente expresadas por el autor en el *ex libris* de su obra con el valiente lema: *O encuentro camino, ó me lo abro.*

Aplaudidos, admirados habían sido aquí Rubén Darío, Amado Nervo, Francisco A. de Icaza, Juan de Dios Peza y tantos otros poetas que pusieron cátedra con la brillantez de sus cantos y la novedad de sus rimas, pero ninguno de ellos empleó sus horas, como Chocano, en hacer que los periódicos de Madrid diesen cuenta de su llegada de América y le publicasen el retrato y una poesía; ninguno se preocupó tanto de hacerse presentar aquí á nuestros hombres ilustres en la política, la literatura, la ciencia ó el arte, ninguno supo halagarnos cantando á nuestro rey, á nuestras mujeres, á nuestra Armería Real, á nuestro Museo del Prado, etc.; ninguno como él supo aprovechar las ocasiones que se le presentaron de hacerse oir y hacer sonar su nombre. No lo digo en tono de censura, sino en su elogio. Chocano no es un tímido, tampoco es un bohemio. Es un indio de espíritu aristócrata, que aguanta el cuello alto almidonado y hasta lo exagera por cuanto ayuda á levantar la frente, que sabe conservar y retorcerse el bigote, calzar guante blanco y sombrero de copa, que alterna en sociedad, sin melenas ni extravagancias, atrayéndose á fuerza de talento la atención que otros buscan con necios llamativos y estudiadas ridiculeces.

Le conocí hace más de un año en un banquete de la Bombilla, con el que se obsequió al genial escultor francés Rodin que, en compañía de nuestro afrancesado compatriota el pintor Zuloaga, había venido á visitar Madrid.

En el amplio comedor de *La Huerta* hallábanse congregados los más ilustres artistas, periodistas y literatos de la corte.

Era el momento de lanzarse.

A la hora del Champagne surgieron de uno y otro lado felicitaciones y brindis.

Chocano levantóse al fin.

Su levita contrastaba con las americanas de todos.

Su aspecto de indio, robusto, ancho de hombros y cargado de espaldas, la cabeza erguida, el pelo echado atrás y las facciones grandes, llamaron menos nuestra atención que unas cuartillas que llevaba en las manos.

Unas cuartillas en un banquete producen un terror indescriptible. Pero en aquella ocasión, en vez de sembrar el pánico entre los comensales, produjeron la general hilaridad, porque el lector que se había levantado, según dijo, *en nombre de la joven América,* hacía al leer un lamentable, continuado galleo que daba pie para tomar á broma lo excesivamente retórico del brindis, fuera de tono y de medida.

Chocano comprendió bien su error, en el que seguramente no habrá vuelto á incurrir, observó desde el primer momento las risas y el general desagrado, pero no quiso darse por vencido ni saltarse en la lectura una sola línea de su escrito.

Y así, cuartilla tras cuartilla, leyendo más despacio cada vez, nos hizo llegar con él hasta el final. Chocano se acordó, sin duda, de su lema y no *encontrando camino, se lo abrió.*

Confieso que su equivocación me pareció justificable y su conducta me fué simpática, y que la referida actitud de los comensales me resultó, en cambio, tan... inadecuada, por no emplear un calificativo más fuerte, como el brindis retórico del poeta de América.

Una hora más tarde, Chocano y yo nos apeábamos de distintos coches á la puerta del Ateneo.

Nos presentaron, y me dijo que deseaba de mí el honor de ser presentado á Echegaray y á Moret, para quienes traía cartas. Aquella tarde misma le presenté á Echegaray. A casa de Moret no fuimos hasta algunos meses después.

Hicimos amistad y, pasado el veraneo, ingresó de lleno en el grupo de mis íntimos, entre los cuales tiene admiradores entusiastas.

La noche de la velada á Navarro Ledesma, presidente que fué de la sección de Literatura del Ateneo, Chocano leyó *La elegía del órgano.* Con general extrañeza fueron escuchados los primeros versos de esta hermosa composición, pero el inteligente auditorio reaccionó bien pronto y se dejó seducir por la elegancia y la armonía del ritmo, la inspiración solemne y la esplendidez de las imágenes del poeta, acabando por tributarle una ovación tan grande como no se recuerda otra en mucho tiempo.

Los socios del Ateneo apetecieron, entonces, una lectura de versos del poeta del Perú, la cual ni se hizo esperar mucho ni defraudó las esperanzas de nadie.

No sucedió lo mismo con *Alma América,* tantos meses en prensa como si nunca hubiera de ver la luz.

Apareció la obra en los escaparates de las librerías coincidiendo con los elogios que en las columnas de los distintos periódicos prodigaban al poeta los que fueron favorecidos y obsequiados con los primeros ejemplares del nuevo libro.

Yo, el más obligado á ello, acaso sea el último en cumplir con este deber, pero es que yo no quería hacerlo meramente por cumplir con un deber de amistad, cortesía ó correspondencia, sino con el detenimiento debido ya que se trata, en mi concepto, de una obra á todas luces transcendental y grande.

Comprende el libro más de un centenar de composiciones, en su mayor parte sonetos,

endecasílabos ó alejandrinos de varia rima, modelo de plasticidad y de elegancia, en los que como con cincel aparecen esculpidas las luminosas ideas.

Las demás composiciones del libro, escritas en variedad de metros y rimas, con preferencia las de arte mayor, de once, doce, catorce y diez y seis sílabas, puesto que octosílabos sólo hay unas quintillas y unas décimas, acreditan al poeta de versificador admirable. Predominan los alejandrinos pareados y merecen especial mención, por su artística y bella forma, las composiciones tituladas *Ante las ruinas* y *El Tesoro de los Incas,* en versos, para mí nuevos, de diez y siete sílabas, y las escritas en versos libres de medida, asonantados, tras número vario de hemistiquios de á cuatro sílabas como en *La elegía del órgano* y *Los caballos de los conquistadores;* de á cinco sílabas como en la titulada *Bajando la cuesta,* y de á seis como en *Égloga tropical* y *El salto del Tequendama,* todas muy notables, opulentas de imágenes y de sonoridad sinfónica y natural y elocuente onomatopeya.

El poeta se nos presenta «con majestad de inca y orgullo de español» como alma primitiva de los Andes y las selvas, cuyos maestros

.... «los árboles vibrantes
en que el fleco de los ábregos se enreda,
y las fuentes bullidoras que se encajan
en el verde terciopelo de las cuencas,
y los rasgos de la brisa
que retozan en las fauces de las ávidas cavernas,
y los antros que sollozan,
y las cúspides que sueñan,
y los troncos que dan ramas, y las ramas que dan flores,
y las flores que son bocas que se callan pero besan...»

le enseñaron

«unas cosas siempre nuevas
para el hombre: los secretos armoniosos
de la gran Naturaleza;
y pusieron en el arco de *su* lira,
que es de piedra,
una cuerda más: la cuerda de las músicas salvajes.»

Aprendió de Goethe que «la poesía es el arte de pensar en imágenes», y se define á sí mismo diciendo «mi poesía es objetiva; y, en tal sentido, sólo quiero ser poeta de América».

En efecto, Chocano más que lírico es épico, gallardamente heroico.

«No tienen mis estrofas—dice—sino calor y vida»; y así es, en verdad, pero calor y vida, como afirma Unamuno, «que irradian hacia fuera, no calor y vida que se repliegan en sí y en sí se consumen».

La riqueza de imágenes es acaso excesiva en las poesías de Chocano: tiene la monotonía de lo recargado, de lo excesivamente dulce; inunda, ciega el paladar.

Como poeta de América, nos describe en magníficos sonetos los *Andes,* «tropel de héroes membrudos»; el *istmo de Panamá;* las *bocas del Orinoco;* las *punas;* las *selvas;*

«la selva tropical que por frondosa
finge la cabellera de una hermosa;
de día, entre penumbres se recata,

y de noche, sujeta su peinado
con un fulgor de luna, atravesado
como si fuese un alfiler de plata...»

las *Minas de Potosí,* cuyo oro es luz del sol petrificada; la *caoba,*

«cuna de niños y ataud de ancianos;
lecho en que duerme impávida hermosura;
pórtico de un alcázar de ventura;
y hasta trono de regios soberanos»;

el *maiz,* cuyo tallo parece

«un brazo fugitivo
que se escapa del fondo de la tierra
con un estuche que revienta en oro».

las *orquídeas,* «ánforas de cristal»; la *piña,* «cuajada de rubíes y diamantes»; el *añil,*

«... nunca más noble en sus antojos
que cuando, en un pincel, recoge el cielo;
¡y en dos lo parte, para hacer dos ojos!»;

los sueños del *boa,* del *caimán* y del *condor;* el *sinsonte;* la *magnolia,* que

«... es pura y es blanca y es graciosa y es leve,
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
ó como una paloma que se queda dormida...»;

los *cocuyos,* que

«á fuerza de brillar entre la sombra
acrisolan su brillo, como el alma
que á fuerza de sufrir se hace más pura...»;

el *guacamayo,* «estuche de los resplandores», que

«con el orgullo que en la selva misma
se erguirá en la sala lleno de facetas
como si lo viesen á través de un prisma...»;

la *patata,* cuya flor llevó Luis XIV en el ojal de su casaca augusta; el *charro,* el *llanero,* el *gaucho;* la *campesina costarricense;* la *iguana,* breve dragón sin alas; y, en fin, nos presenta en otros metros las *Momias incaicas* y los *Pieles rojas* y en muy bellas páginas de pareados alejandrinos, que parecen fragmentos de un gran poema, la *Ciudad Fundada* (Santa Fe de Bogotá); la *Ciudad Moderna* (Santa María de los Buenos Aires); la *Ciudad Colonial* (Lima-Perú); la *Ciudad Conquistada* (Tenochtitlan-México); *La Ñusta,* episodio de la conquista del Perú; *La Tapada,* crónica del virrey Conde de Nieva y otros muchos cuadros llenos de hermosura, color y novedad, que interesan é impresionan, á la vez, dejando después, cerniéndose en nuestra memoria—según exacta expresión del sabio rector de Salamanca, prologuista del libro,—«cadencias, resonancias, visiones y tal ó cual verso restellante y nítido».

Pero Chocano es más, Rubén Darío lo dice: «Vive de amor de América y de pasión de España»; y así, también nuestra patria le inspira bellas composiciones como las citadas antes.

«Chocano—y vuelvo al texto del maestro Unamuno—es de la América española, y de la más española acaso de las tierras americanas: del Perú... Su poesía americano-española, muy americana sin duda, pero no menos española, si es que no más, presenta casi todas las cualidades características de nuestra poesía.»

Vaya, para terminar, un párrafo de otra crítica, que se publicó á la hora de ponerse á la venta el nuevo libro:

«En suma; es un poeta español, muy á tono con nuestra sensibilidad calderoniana, férreo en el vocabulario y colorista en la visión... Por eso triunfará sobre el alma del público.»

Por eso ha triunfado, podemos decir ya.

MARIANO MIGUEL DE VAL.

Portugal.

"Si estallase la guerra con España.„—"El delirio de la unificación ibérica.„

Salvo honrosas y contadas excepciones, no ha sido frecuente que en el país hermano se ocupasen de las relaciones hispano-lusitanas con aquella sensatez de juicio y aquella mesura de expresión que la trascendencia del asunto exigía y la cortesía demandaba, y como más ruído hacen cuatro personas gritando que cuarenta que guarden silencio, la desenfrenada patriotería de algunos mentecatos que no acertaban á referirse á España sino en términos de mal disimulado desvío ó de desdeñosa ironía, podría fácilmente llevar el error al ánimo de los que no conocen bien al notable y generoso pueblo portugués y no están al tanto de la alteza de miras de los grandes pensadores lusitanos, honra de nuestra raza, y hacer suponer la existencia de irreductibles diferencias é infranqueables escollos entre los pueblos peninsulares. Afortunadamente, y por más que no hayan sido encerrados en las prisiones ó manicomios que les corresponden los que por criminales ó dementes—muy pocos, por cierto, unos y otros—pretenden retrotraer la historia al año 1640 y resucitar un pasado deplorable, va abriéndose camino la verdad, va triunfando el buen sentido, y seguro de su fuerza y consciente de su derecho, desdeña la opinión pública en Portugal, las absurdas menciones de nuestros propósitos de dominación con que se había intentado extraviarla, y los publicistas lusitanos, cuando tratan de nuestras mutuas relaciones, lo hacen por punto general en la forma que corresponde á su manifiesta cultura é indiscutible competencia. Buena prueba de ello son algunos artículos de la amena y notable revista lisbonense *Illustraçao Portugueza,* los títulos de los cuales encabezan estas líneas:

«Si estallase la guerra con España» es una serie de tres artículos, bien meditados y galanamente escritos. Supone su autor, como el título indica, que surge una guerra entre España y Portugal, y poniendo de relieve algunos defectos de la organización militar portuguesa, describe la imaginaria campaña hasta una batalla en Celorico, donde los soldados lusitanos sucumben á la falta de medios de combate y á la superioridad numérica de nuestro ejército.

Cree el articulista que el ejército invasor, entrando por la frontera de nuestra provincia de Salamanca, penetra en la provincia portuguesa de la Beira para llegar á Lis-

boa por el camino más fácil, ya que no el más corto. Sorprendidos los portugueses por la rapidez de nuestros movimientos, desguarnecida la frontera, difícil la concentración de los efectivos, van siendo batidos en detalle, primero en un combate en Cerdeira, y después en la batalla de Celorico, á que antes me he referido. En esta batalla, muy bien expuesta por cierto y acompañada su descripción por excelentes planos, termina su trabajo el articulista, dejando sin explicar cómo nos valdríamos para forzar las posiciones del Bussaco y llegar, por último, al campo atrincherado de Lisboa. Según mis noticias, á tanto alcanzaba el plan del autor, detenido en sus propósitos acaso por presiones oficiales, estimando suspicazmente algún Centro que no era discreta la noble franqueza con que aparecían señalados los puntos débiles y sacados á la luz los defectos de organización.

«Si estallase la guerra con España» trae á mi memoria un librito de escaso volumen y substancioso contenido, que publicó años ha en Madrid, el distinguido escritor militar D. Juan Lapoulide. Se titulaba: «Pobre España», perseguía el mismo objeto que estos artículos á que me refiero, se valía para ello de parecidos medios, y, por desgracia, resultó casi una profecía. Más afortunados los portugueses, no tendrán ocasión de comprobar lo más ó menos fundado de los temores que abriga el autor de «Si estallase la guerra con España».

En cuanto á la parte militar de estos artículos, no es posible poner grandes reparos á su competentísimo autor. Supone, y supone bien, cuál había de ser la parte del territorio portugués primeramente invadida. En efecto, de las tres invasiones que han puesto en peligro á Lisboa, dos de ellas se hicieron por la Beira, la de D. Juan I de Castilla, que luego fué derrotado en Aljubarrota, y la del ejército francés, mandado por Massena, que fué á estrellarse ante las famosas líneas de Torres-Vedras, concepción acaso la más notable de aquel genio de la guerra que se llamó Wellington. La única invasión hecha casi en línea recta desde Badajoz á Lisboa, teniendo que forzar el paso del Tajo, fué la del ejército de Felipe II cuando tomó posesión de la corona de Portugal, que le correspondía por herencia, después de la muerte del Rey-Cardenal D. Enrique, Pero Felipe II tenía á su favor casi toda la nobleza y el alto clero, tan preponderante en aquella época, los mejores capitanes y soldados habían sucumbido como buenos con el Rey D. Sebastián en la infausta jornada de Alcacer-Kibir, y sólo algunos frailes andariegos y gente de la más maleante de la plebe seguía al pretendiente D. Antonio, prior do Crato. Únase á esto que los aguerridos tercios de Castilla iban mandados por el viejo y expertísimo Duque de Alba, que pudo ser un gobernante cruel, pero fué uno de los más grandes caudillos que nuestra historia militar registra, y por el valiente y hazañoso Sancho Dávila, y se comprenderá cómo pudo entrar en Lisboa nuestro ejército sin vencer más obstáculos que la menguada resistencia que la opusieron en la ciudadela de Cascaes un patriota valiente pero obcecado, y en Alcántara una turba indisciplinada de frailes y mendigos.

De haber tenido que luchar con los ejércitos portugueses, harto más difícil hubiera sido el avance por aquella línea y el paso del Tajo, en el que tiene la capital portuguesa su mejor defensa. No hablo de las tentativas desgraciadas de invasión de D. Juan de Austria, el bastardo de Felipe IV, y del Marqués de Caracena, porque fueron prontamente rechazadas, ni de las entradas de Junot y de Soult cuando la guerra napoleónica, porque á semejanza de lo ocurrido con el Duque de Alba, el estado del país hizo fácil la ocupación.

Así, pues, hay que convenir que, siendo el objetivo de una campaña nuestra en Portugal la conquista de Lisboa, indudablemente el grueso del ejército español destinado á

las operaciones más importantes y eficaces, entraría por la Beira, partiendo de las proximidades de Ciudad Rodrigo, procuraría avanzar forzando las posiciones del Bussaco—empresa verdaderamente difícil, si estaban medianamente defendidas—y dominar el valle del Mondego para avanzar, poco más ó menos, por el camino que llevó D. Juan de Castilla desde Coimbra y el valle del Tajo para poder seguir por la orilla derecha de este río hasta Lisboa.

Para nadie es un secreto que Portugal no puede reunir de momento grandes efectivos, que su Caballería es escasa, su Artillería también y además de modelo anticuado en su mayor parte, pero en lo que no es posible estar conforme con el articulista es en que nuestra frontera esté bien guarnecida y nosotros preparados para una lucha, porque tampoco es secreto para nadie que no tenemos en esa frontera una sola plaza de guerra que merezca tal nombre, y la guarnición de Badajoz, que tan numerosa supone el autor de «Si estallase la guerra con España», se compone de dos regimientos de Infantería, uno de Caballería y un pequeñísimo destacamento de Artillería, éste sin más misión que la de hacer las salvas los días de gala, y estos Cuerpos, sólo con el reducidísimo efectivo á que las mal entendidas economías de nuestros gobiernos obligan. De la red de destacamentos, hábilmente distribuídos á lo largo de la frontera, según el autor, vale más no hablar, porque más que en previsiones de orden militar, tienen su razón de ser en los intereses locales y la obligada complacencia de los gobiernos con las peticiones de los caciques que quieran una guarnición para cada pueblo de su distrito.

Y no es que España carezca por completo de medios, no sólo para guarnecer eficazmente la frontera portuguesa, que es por cierto la más abierta y peligrosa de las nuestras, sino aun para tener siempre acumulado un número de fuerzas, que sin despertar recelos hiciera posible un audaz golpe de mano. Es que en España nadie, entiéndase bien, absolutamente nadie, piensa en una guerra con Portugal, y sería lamentable que las patrióticas intenciones del autor de los artículos á que me refiero, limitadas á desear una mejor organización del ejército portugués, pudieran ser explotadas en perjuicio de la amistad de ambos pueblos. Además, la actual situación de la política mundial y más concretamente nuestra aproximación á Francia é Inglaterra, la fiel y constante aliada de Portugal, demuestran lo absurdo que sería el temor de una guerra.

Por eso, los españoles no tenemos para qué preocuparnos cuanto Portugal haga para ponerse en condiciones de defensa, toda vez que no vamos á atacarle, y debemos limitarnos á dar un buen consejo. Mientras el remedio no pase de disposiciones, como las del decreto de 27 de Junio del año actual, modificando el «Reglamento para la movilización del ejército de campaña», que el gran periódico lisbonense *O Seculo,* considera debido al «saludable aviso» de la *Illustraçao Portugueza,* agradezca el pueblo portugués el celo de sus gobernantes. Pero si con tal motivo, mejor dicho pretexto, han de causarse nuevos gastos y aumentar las pesadísimas cargas que abruman á los contribuyentes, razón habrá para que los que no padezcan la obsesión del peligro español, prefieran el *statu quo* militar á que los frutos del trabajo de un pueblo sufrido y laborioso, vayan á llenar las cajas de las fábricas de Krupp y Schneider.

El otro artículo de la *Illustraçao Portugueza,* á que me refería al principio, titulado: «O delirio da unificaçao iberica», es una breve digresión histórica acerca de las tentativas hechas desde tiempos de Alfonso V de Portugal—el que en la batalla de Toro vió sus ambiciones tan duramente castigadas—hasta los comienzos del reinado de Don Carlos I para la constitución de la Monarquía ibérica. Pocas novedades ofrece el artículo para los medianamente informados en esta cuestión, salvo ciertos curiosos detalles acerca de los proyectos de Olivenza Martins y el empeño que demuestra el autor de rei-

vindicar para los monarcas portugueses la primacía de los esfuerzos en pro de la unidad peninsular bajo su cetro. Sea así enhorabuena y no regateemos esa gloria. La única objeción que puedo hacer al articulista, aparte de censurar la crudeza de ciertos calificativos que prodiga á algún Soberano ó personaje español, y que me parecen impropios de un trabajo serio y algo reñidos con el buen gusto, es la de que no hay motivo para preocuparse por lo que pueda ocurrir en un futuro próximo. Ni hay razón para suponer que el matrimonio de D. Alfonso XIII no sea fecundo, ni aunque así fuese, dejaría de estar asegurada la legítima sucesión á la Corona de España, sin mengua para la independencia portuguesa. *Ni por el himeneo ni por la espada, hay peligro para ella.*

Limitémonos, pues, unos y otros á conocernos bien, porque cuanto mejor nos conozcamos, más nos amaremos.

Tenga el Gobierno español buen acierto al elegir sucesor para la plenipotencia de Lisboa al actual ministro de la Gobernación D. Bernabé Dávila, que por sus excepcionales dotes de talento, bondad y cortesía, ha dejado allí tan grato recuerdo; foméntese sin descanso las relaciones entre los dos pueblos, que con todo ello habrá por ahora bastante. Y, después... en Historia hay que ser algo fatalista. Lo que haya de suceder, sucederá.

SALVADOR DÍAZ-BERRIO.

América.

Argentina.

Población y civilización argentinas.—La inmigración y el concepto de la nación.—Estadistas y Diplomáticos.—Las conferencias panamericanas.—Teoría de Drago.—Robustecimiento de las soberanías americanas.—Sus actuaciones en el Haya.—Abolicion de la intervención armada para reclamar Deudas.—La próxima conferencia en Rio Janeiro.—Diferentes aplicaciones de la constitución de Estados Unidos y la Argentina.—Gallardías de Sáenz Peña.—Armonía de Europa y América.—Para la Argentina es una cuestión económica.

Una prueba de la honestidad que rige en la administración del país argentino, es el problema de la población. Dos habitantes por kilómetro cuadrado significan casi el desierto, en el que no se acierta á concebir una civilización completa.

La Argentina no es partidaria de atraer la inmigración por los procedimientas usuales en algunos Estados del Brasil. Á la República Argentina le bastan la virtualidad de su producción, de sus leyes, y de sus condiciones de vida para inspirar el concepto de que nada hay dentro ni fuera de la nación que sea superior á la nación misma.

Estadistas y diplomáticos son los encargados de propalar por el mundo, que el país está en condiciones de favorecer toda iniciación de riqueza; que allí todo esfuerzo humano es fructífero; que la Argentina se ha conquistado el respeto de todas las naciones, principalmente por sus mercados, y que el perfeccionamiento intelectual argentino asegura al país un progreso verdadero.

En la conferencia continental de Washington, Quintana y Sáenz Peña, deshicieron una profecía de Bolivar, atajando el principio de Monroe, con el de «Sud-américa para la Humanidad».

Y como no sería justo huir de la absorción sajona, sin cerrar las puertas á toda aspiración conquistadora de Europa, Drago hizo reconocer en Montevideo la falta de personalidad y de derecho de ningún Estado para proteger por la via diplomática ó por

medio de la fuerza, á los tenedores extranjeros de las deudas nacionales, afirmación que en definitiva, equivale al afianzamiento de las soberanías americanas, para actuar con personalidad propia en los tribunales arbitrales del Haya.

Los capitalistas que anticipan dinero á los Estados, lo hacen teniendo en cuenta los recursos del país, y el mayor ó menor crédito de éste es lo que sirve á los banqueros para estipular las condiciones más ó menos onerosas también del empréstito.

El acreedor no puede desconocer que trata con una entidad soberana, y que una de las condiciones de la soberanía, es la de no admitir procedimientos ejecutivos que amenacen la independencia de los gobiernos.

Cualquiera que sea la desigualdad de fuerzas de los Estados, ante el Derecho Público Internacional, son todos perfectamente iguales y dignos del mismo respeto.

Entre las conquistas legítimas de las riquezas y las de las soberanías, la Argentina ha puesto esa barrera infranqueable, que Francia ha querido traspasar en Venezuela y los Estados Unidos procuran traspasar en Santo Domingo tenazmente.

Camino de Rio Janeiro van los delegados americanos á la tercera Conferencia panamericana, continuación de la que en 1902 se celebró en México.

En Europa, acostumbrados á juzgar estos movimientos por el sentido literal de los brindis que pronuncian los diplomáticos, es común creer que la influencia sajona que mueve estas conferencias resultaría incontrarrestable, si el calor de la sangre latina no rebullera á borbotones en favor de la raza de origen.

Pero el movimiento es pura y simplemente una afirmación constitucional de todo el Continente americano, que marcha y marchará paralelo durante mucho tiempo á las Constituciones de Europa.

En cuanto los Estados Unidos derive en su provecho los razonamientos, surgirá una obstrucción como la que hizo Chile en la conferencia de México, suficiente para que la preponderancia sajona se atasque y la preponderancia latina aparezca triunfante.

Tiene mucho de ilusoria la llamada lucha de razas en estos casos, que tampoco pueden llamarse con propiedad luchas de continentes.

Los Estados Unidos ponen especial empeño en demostrar que desdeñan una sola pulgada de terreno americano, buscando solo la comunidad de ideas y fines para todos los pueblos; ni siquiera pueden hablar de comunidad de intereses, porque los de la América del Norte y los de la América del Sur, no pueden ser más encontrados. Y los adalides de la América del Sur hoy por hoy son los Argentinos.

La Constitución Argentina, trasunto de la Norte americana, reconoce sin embargo el derecho de intervención sobre las Provincias de su territorio, caso que niega el art. 11 de los Estados Unidos á ningún Estado sobre otro Estado de la Unión, y por consiguiente á los ciudadanos de un Estado extranjero.

Se previene así la Argentina contra la mala fé, el desorden y la insolvencia deliberada y voluntaria tan prevista en las Leyes de Europa, que le surten de brazos, de ideas y de parroquianos para sus inmensos productos, como los Estados Unidos le surtieron en otro tiempo de un sistema federal que contuvo la desmembración del *triángulo* de la antigua confederación Argentina.

La República del Plata ha purificado en el estudio y en el contacto con el mundo, todos sus sentimientos nacionales, y por eso respecto al punto concreto de la declaración de deudas, interiores ó internacionales, ha colocado por encima de la Nación un tribunal Supremo que garantice el cumplimiento de los compromisos, dejando á los Estados deudores la facultad, el modo y tiempo de efectuar el pago; es decir, salvando siempre el crédito y la honorabilidad de los pueblos.

Con esta jurisprudencia elevada á principio nacional se preparaba la República Argentina á contrarrestar el sentido rígido y temerario de la Conferencia de Río Janeiro, demostrando así de una vez que las conferencias panamericanas no son esponjas de la influencia norteamericana, como se cree en Europa, sino que deben resultar en realidad una afirmación del derecho de todas las Repúblicas del Continente á vivir en la más perfecta armonía con Europa y con América.

Argentina asintió al principio de Monroe mientras los publicistas, pensadores y periódicos europeos, señalaban los territorios sudamericanos como los más propicios para la expansión colonial, y consideraba que el medio más sencillo de conseguir Europa la sustitución de autoridades locales por Gobiernos europeos, era precisamente la intervención financiera.

Pero una vez que normalizó el pago de la Deuda inglesa, interrumpido durante treinta años de anarquía, sin ninguna presión por parte de los acreedores, Argentina dió gran ejemplo de lealtad designando el arbitraje de Inglaterra para dirimir la ardua controversia de límites con Chile.

Las naciones sudamericanas se van sintiendo con energía y virtud suficiente para llegar á su completo desenvolvimiento. El ideal podrá ser los Estados Unidos, pero aspiran á un modelo propio.

Designado Sáenz Peña, ministro actual de Madrid, para representar á la República Argentina en la Conferencia de Río Janeiro, en unión de Luis Drago, no era posible dudar cuál sería la actitud de representantes de su alcurnia en las materias que se van á debatir.

El anhelo patriótico de Drago era hacer respetar sin mistificaciones su doctrina. El de Sáenz Peña afirmar la personalidad de la República Argentina y recabar para ella una representación directa en el Haya, único tribunal con carácter reconocido para dirimir las contiendas de los Estados.

Abonan los sentimientos del primero en Europa autoridades de importancia tan universal como Federico Passy, presidente de la Sociedad francesa para el arbitraje entre las naciones; Moynier, del Instituto Internacional de Génova; Westlake, profesor de Cambridge, perteneciente al mismo Instituto; L. V. Bar, profesor de Gottingen; Torres Campos, catedrático de la Universidad Central y delegado permanente al Congreso de la Haya; Ferand-Giraud, presidente del Tribunal Supremo de Francia; Weis, profesor de la Sorbona; J. E. Holland, catedrático de Oxford; K. de Olivecsona, del Tribunal Supremo de Suecia; F. M. C. Asser, del Tribunal permanente del Haya; Charmes, del Instituto de Francia, y Fiore, catedrático de Nápoles.

Sáenz Peña, el noble combatiente de toda causa justa, era también natural que tratara de emancipar á la Argentina de esa especie de protectorado que los Estados Unidos intentaran ejercer sobre los pequeños Estados americanos en la próxima Conferencia del Río, recabando su representación total para el Haya.

Desde el punto de vista económico, la República Argentina no puede orientarse hacia los Estados Unidos, en detrimento de Europa, que le envía su emigración y muchos capitales necesarios al desenvolvimiento de la industria. El Comercio de la República Argentina con todo el Continente americano no pasa de la octava parte de su movimiento total. Por eso, en el Congreso aduanero de Nueva York se discutió una tarifa diferencial en favor de los productos americanos con perjuicio de los europeos, que rechazó el delegado del Gobierno argentino. Y por eso, indudablemente, ha preferido Sáenz Peña la representación de la Argentina en Madrid, donde tanto puede desarrollar el concepto armónico de las relaciones intercontinentales, sin detrimento de sus doctrinas de siempre.

Los estadistas y diplomáticos argentinos cumplen serenamente el deber cívico de sacrificar los intereses de su prestigio personal ante las conveniencias de la Nación.

Sáenz Peña es hoy el hombre más popular de la República Argentina, y no faltará en su país quien crea que, aceptando la Legación de Madrid, presenta ante la opinión pública su renuncia á la candidatura presidencial.

En nuestro sentir, Sáenz Peña engrandecerá su figura. Madrid y París son dos puntos estratégicos, fronterizos al Arbitraje del Haya. Los principios conciliadores del arbitraje financiero, acaso tengan en Europa mayor desarrollo que en Rio, y desde luego una eficacia más decisiva.

Sáenz Peña en Madrid, en París y en el Haya, será el adalid esforzado del arbitraje que en América aspira á ser una afirmación de derechos y no una ficción como la que propalaron Inglaterra y Rusia; la primera, momentos antes de exterminar el pueblo boer; la segunda, preparándose á la conquista de Corea, sin tener en cuenta que existía el pueblo nipón.

Sáenz Peña en Europa más puede hacer hoy que en Río por afirmar las soberanías americanas, consolidar la paz y elevar á institución de Derecho la aspiración altruista del arbitraje. Es un hombre de cultura recta y de grandes inspiraciones del corazón.

La República Argentina nos distingue otra vez, enviándonos para representarle á tan esclarecido espíritu del Derecho.

JULIÁN DE LA CAL.

Honduras.

¡Triste sino el de los pueblos de la América que fué española! Apenas luce para ellos, en breve espacio, la paz, á cuya sombra se desarrollan y crecen, cuando surge de nuevo el fantasma de la guerra, ya intestina ó internacional, si así puede llamarse la lucha entre quienes tuvieron un mismo origen y tan ligados están por lazos de toda especie.

Nunca tal sino se ha visto pesar más claramente que en estos días anteriores sobre la República de Honduras. Merced al esfuerzo y á la previsión de un Gobierno serio y honrado, iba logrando convalecer de la gran sacudida que la campaña de 1903 le había hecho experimentar. En su presupuesto, saldado el de aquellos días tristísimos, volvía á reaparecer el *superabit,* y las fuerzas todas del país convergían, no á luchas cruentas y estériles, sino á las que dan por resultado el levantamiento del nivel intelectual y material de un pueblo, cuando se dedica á desarrollar todos sus elementos de vida y de cultura, empleando sus recursos todos en lo que constituye la obra de la civilización y del progreso.

Podemos señalar en Honduras, en este lapso de paz apenas de tres años, larga serie de importantes obras públicas, entre las que descuella la magnífica carretera del Sur, de extensión de 151 kilómetros, que, empezada con todo empeño por la administración anterior, ha venido en ésta á tener fin y remate con numerosas obras de arte de verdadera consideración, como los puentes de piedra sobre los ríos Moramulca y Pespire, y las demás que han sido necesarias para obra de tanto interés que facilita grandemente el tráfico desde las orillas del mar Pacífico á la capital del Estado.

Consignado queda en estas columnas el gran desarrollo adquirido también por la costa Norte de Honduras, á lo largo de la cual se extienden numerosas vías férreas eco-

nómicas que fomentan, no sólo la producción agrícola á la que se dirige su construcción, sino que son ellas el elemento poblador más eficaz de regiones antes desiertas y poco menos que desconocidas.

La apertura reciente de la Biblioteca Nacional en su nuevo y elegante edificio, la terminación del destinado á Escuela Normal Central y tantos otros de la misma índole, en la capital y en los departamentos, muestras son de los beneficios de la paz y de que ésta es bien aprovechada.

Pero rencillas caseras, pleitos injustificados y más prevenciones y recelos que motivos fundados y serios, han hecho se fueran á las manos guatemaltecos y salvadoreños, y que Honduras se viera envuelta en la cuestión y obligada á ponerse en pie de guerra.

Sensible bajo todos conceptos es esto; pero sin que dejemos de deplorar que á las artes y á los trabajos de la paz hayan reemplazado preparativos de guerra, debemos admirarnos del espectáculo que ha ofrecido el pueblo hondureño, llegado que ha sido el momento de rechazar la agresión que amenazaba sus fronteras. El Gobierno, dictando las órdenes de movilización de las milicias y destinando á mandarlas los jefes que creyó oportuno, al mismo tiempo que dotaba á las fuerzas reunidas de elementos de combate y de mantenimientos, y el pueblo respondiendo al llamamiento como un solo hombre, acudiendo á engrosar las filas y marchando entusiasta á los puestos de defensa, han probado que los sentimientos de patria y de libertad anidan muy hondo en los pechos hondureños.

Por fortuna, Honduras, cuyas tradiciones bélicas son bien conocidas, en la ocasión presente ha extremado la prudencia, y así como no dió motivo á la guerra, que ha sido la primera en deplorar, acogió gustosa la mediación de los Estados Unidos del Norte y de Méjico para el restablecimiento de la paz.

Ha lucido ésta de nuevo para Centro de América, y de la contienda pasada las naciones que la constituyen sacan un fruto precioso: que no podrán surgir otras entre pueblos unidos por tantos intereses y á los que el común origen y su situación en el planeta convidan á fundirse en uno solo para ser grandes, prósperos y adelantados. El principio del arbitraje, consignado en el nuevo pacto de paz, no será en lo sucesivo letra muerta, sino medio eficaz de resolver pacíficamente toda clase de querellas, ya que la resolución se confía á vecinos poderosos y dispuestos á hacer efectivos los buenos oficios que se les encargan.

Sensible ha sido que el no haber en la pasada emergencia, en Centro América, agente diplomático ninguno de España, haya privado á ésta de prestar su contingente á la obra de paz y de concordia, realizada con tanto éxito por los representantes de Méjico y de los Estados Unidos.

Un hecho consignamos con satisfacción. Durante la contienda, ni aun en los momentos álgidos de la movilización y el armamento, el Gobierno de Honduras no ha suspendido las obras de progreso emprendidas, ni la vida regular del Estado ha sufrido sensiblemente.

R. F.

Francia.

El término del "affaire„.

Al fin se ha desenlazado en Francia ese extraordinario y largo proceso conocido con el nombre del *affaire Dreyfus*. Al fin se ha reparado el error judicial que llevara á un inocente por falsas presunciones á la inhospitalaria isla del Diablo, donde durante cinco años, sin comunicación con los suyos, sin otra esperanza que la de su voluntad firmísima, se viera maltratado por la injusticia y el deshonor.

El largo calvario que para Dreyfus empieza en 1895, no termina hasta el 13 de Julio de 1906, en que el Parlamento francés le reintegra en el ejército honrado y enaltecido.

Ha sido el *affaire* durante todo ese tiempo una pesadilla para el pueblo francés, porque de tal modo se han excitado las pasiones, hasta tal punto se han enardecido los espíritus, que momentos ha habido en los que ha llegado á temerse que esas rivalidades y esos odios adquirieran una manifestación sangrienta.

Fueron al principio muy escasos los que se atrevieron á arrostrar el dictado de antipatriotas, defendiendo la causa del ya comandante de artillería del Ejército. Entre esos deben citarse Bernard Lazare, que aportó á la obra generosa su sana crítica, adiestrada en los métodos científicos; el senador Scheurer-Kestner, aquel noble alsaciano, muerto á consecuencia de las contrariedades y disgustos que su campaña le produjese; Trarieux, el iniciador de la Liga de los derechos del hombre; el general Picquard, que denunció en 1896 al Gobierno las falsedades cometidas para fundar la condena de Dreyfus, y sobre todo Emilio Zola, el denunciador célebre del monstruoso error judicial cometido.

Al principio, todos estos espíritus generosos tuvieron que luchar con una sugestión equivocada de las muchedumbres. Late en el fondo de la gran nación francesa vivo y poderoso aún el sentimiento de la revancha contra los alemanes. Las heridas recibidas en 1870 no se han cicatrizado todavía, tardarán mucho en cerrarse por completo. Los generales todos, jefes de Dreyfus, afirmaban la culpabilidad de éste, y había una circunstancia que prevenía en contra suya; Dreyfus era judío, y para muchas gentes la religión judaica es sinónimo de traición y falta de caballerosidad.

Este aspecto interesante del asunto dió origen á consideraciones por extremo atinadas del defensor de Dreyfus ante *La Cour supreme,* Mr. Monard. Á Dreyfus le persiguió primero la prevención de sus compañeros, que acechaban sus actos, que espiaban sus menores acciones, viendo en él una materia dispuesta para la comisión de los más infames delitos. Después, de la supuesta traición se apoderó el partido antisemita, tan extendido y poderoso en Francia, que sostiene un periódico, *La Libre Parole,* donde M. Drummond da suelta diariamente á todo género de invectivas contra los semitas.

Desde el principio, pues, el *affaire* fué una lucha de sectas, de partidos, de intereses encontrados y hasta de jerarquías sociales. No hubo en unos ni en otros serenidad suficiente para acallar la voz de las pasiones é ir de frente, sin vacilaciones ni tibiezas á la conquista de la verdad. Los de la derecha hicieron de la culpabilidad de Dreyfus un caso de patriotismo y de honor nacional, como si estas palabras pudieran servir para autorizar las equivocaciones y los verdaderos delitos perpetrados en el Estado Mayor del Ejército francés. Los de la izquierda, por el contrario, extremaron la nota, y en lugar de pedir el castigo de los jefes y de los oficiales indignos, extendieron sus calificativos de modo que parecía inspirarles no sólo el deseo justificado de rehabilitar á un

inocente, sino el propósito sectario de debilitar el prestigio de las instituciones armadas y minar por su base la disciplina militar.

Resultó complicado el problema, confundido con otros de índole religiosa y social, con grave daño para la justicia y la debida reparación á la víctima de los Mercier, los Steny y demás individuos del Ejército francés que se hicieron indignos con sus actos de vestir el uniforme.

El Consejo de Guerra de Rennes vino ya á probar que la culpabilidad de Dreyfus no sólo no era cosa probada, como habían pretendido varios generales, sino que la supuesta traición sólo se fundaba en hablillas, conjeturas y supuestos, fuera de los documentos, que resultaron ser falsos, y del famoso *bordereau,* del cual se declaró autor Esterhazy.

En ese Consejo de Guerra de Rennes fué de notarse que uno de los jueces del de 1894, Areytaefter, dijo que le habían engañado por su desconocimiento del Derecho; y tanto de ésta como de otras manifestaciones de diferentes testigos se dedujo que el Consejo de Guerra de 1894 había juzgado con error evidente.

Persistió el error, aunque atenuado en el de 1899, y ha sido preciso un último fallo del Tribunal Supremo francés para que, al fin, tenga término este asunto.

Tanto el consejero ponente, Mr. Moras, como el procurador general, Baudoin, y abogado de Dreyfus, Monard, han esclarido en absoluto y por completo las obscuridades del voluminoso *dossier,* que pesaba abrumadoramente sobre Dreyfus, más por la profusión de los documentos que por la eficacia de los cargos en ellos contenidos; y es de notar, y esto indica el cambio que en la opinión pública francesa se ha operado, que después de los debates del Tribunal Supremo, un periódico que al principio había sido hostil á la causa de Dreyfus, *Le Temps,* se expresaba en estos términos:

«Todos los hechos que resultan del examen al que se entrega el Tribunal Supremo son la demostración irresistible de la inocencia de Dreyfus. La anulación, pues, de la sentencia de los jueces militares de Rennes se impone y nadie lo pone en duda.»

La inocencia de Dreyfus y su rehabilitación han encontrado ya últimamente pocos contradictores. Las cifras de la votación del Senado y de la Cámara de los Diputados no pudieron ser más elocuentes: en el Senado votaron por la reintegración de Dreyfus al Ejército 180 senadores, y en contra solamente 30; por la de Picquard, 185 en pro y sólo 25 en contra. En la Cámara de los Diputados, 432 consideraron á Dreyfus digno de ser comandante de artillería, y sólo 32 opusieron lo contrario. Respecto del teniente coronel Picquard, 449 votaron la proposición haciéndole general de brigada, sólo 32 lo hicieron en contra, y para eso, de esos 32 hubo alguno, como el diputado conservador Mr. Cochrin, que dijo que votaba en contra de Picquard porque éste había escrito en *L'Aurore...*

No prevalecieron, afortunadamente, en la sesión del 13 de Julio, las pretensiones de algunos socialistas, que querían proceder contra determinados elementos del Ejército, pues esto hubiera agitado nuevamente las pasiones.

La nación francesa honra al que fué víctima de infames maniobras, y como sanción de las culpas cometidas, pone en los labios del Gobierno aquella frase lapidaria de Waldeck Rousseau:

«Hay castigos más severos que los que pronuncia la ley; la justicia que se siente en los pretorios no es toda la justicia, que hay otra, formada por la conciencia pública, que atraviesa las edades; es la enseñanza de los pueblos, y se incorpora á su historia.»

P. Z.

La Vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid.

Escuela de Estudios Superiores.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

(RESUMEN DE LAS CONFERENCIAS EXPLICADAS POR D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN EN LA ESCUELA DE ESTUDIOS SUPERIORES, DURANTE EL CURSO DE 1905 Á 1906).

SUMARIO: 1. La filosofía musulmana.—2. Su carácter general.—3. Avempace.—4. Abentofáil.—5. Averroes.—6. Mohidín Abenarabí.

1. Expuesta durante el curso de 1904 á 1905 la evolución de la filosofía española, desde los tiempos primitivos hasta el siglo XII, pasando por las épocas romana y gótica y estudiando el período cristiano de los siglos VIII á XII, dedicó el Sr. Bonilla el curso de 1905 á 1906 á tratar del período no-cristiano, comprendido dentro de los siglos mencionados, ocupándose especialmente en la consideración de la filosofía arábigo-hispana. A ello invitaba el estudio hecho de los trabajos de la famosa escuela fundada en Toledo por el arzobispo D. Raimundo, que dió á conocer al Occidente los progresos del pensamiento oriental, influyendo de un modo extraordinario en el desarrollo de la filosofía escolástica. ¿Qué trabajos eran esos que la escuela toledana transmitió al Occidente? ¿Qué importancia y qué representación tenían esos pensadores musulmanes, cuyos libros fueron traducidos al latín, por obra de españoles y extranjeros congregados en aquella histórica ciudad?

Los libros de Schmoelders (París, 1842), Munk (París, 1859), Renán (París, 1852) y Dugat (París, 1878) y los modernos trabajos del Dr. Leclerc y Carra de Vaux en el extranjero, juntamente con las interesantes investigaciones de D. Julián Ribera y de D. Miguel Asín en España, á la vez que las ediciones dadas á luz por los libreros de Constantinopla y de Bulaq, entre otros elementos, han aportado material suficiente para que nos demos cuenta, con cierta exactitud, de lo que el pensamiento musulmán representa en la historia general de la Filosofía.

2. Entre los árabes, el vocablo *filosofía* se aplicó especialmente á los cultivadores de la tradición griega, la cual tuvo, merced á los persas y á los sirios, una influencia singular en Oriente durante el califato de los Abbasidas (750-1000) y sobre todo en tiempos de Almamún. Y es que la *filosofía* fué siempre entre los musulmanes algo extranjero y opuesto al Islam propiamente dicho, sin que esto obste para que, tanto en los pensadores de Oriente (Alkindi, Alfarabi, Avicena, Algacel), como en los españoles, se descubra una relativa originalidad.

La filosofía árabe de Oriente se enlaza con la griega por medio de la escuela peripatética de Alejandría, es decir, por medio de Porfirio, de Themistio, de Simplicio y de Filópono. No consta, según Renán (aunque ya veremos que su afirmación es bastante discutible), que los árabes tuviesen conocimiento de Plotino, si bien la tradición de las *Enneadas* es patente en Avempace, como la doctrina de Alkindi es un eco de la doctrina de los sirios.

Tres escuelas se dibujan principalmente en el cuadro general de la filosofía musulmana:

A) La escuela de los peripatéticos *(Alfálsafa,* por antonomasia), cuyos dogmas capitales son: la afirmación de la eternidad del mundo, y la negación de la Providencia y de premios y castigos en una vida futura;

B) La escuela de los *motacálimes* ó teólogos *(Alcalam),* fundada por un copto, y que representa entre los musulmanes lo que el Escolasticismo entre los cristianos, figurando entre sus principios la afirmación de la unidad de Dios y de la creación *ex-nihilo;*

C) La escuela de los *sufíes* ó místicos *(Ataric Asufía),* partidarios de cierto panteismo teosófico en el que no deja de observarse la influencia neoplatónica. A esta última escuela pertenece el más grande de los pensadores musulmanes de Oriente: Algacel (m. 1111), y á ella pueden referirse, exceptuando quizá Averroes, todos los grandes filósofos arábigo-hispanos, cuyo influjo en los místicos cristianos, aunque interesantísimo, dista mucho de estar bien estudiado todavía.

3. La importancia del elemento mozárabe y del elemento muladí en los primeros momentos de la historia arábigo-hispana, cosa es que no puede ponerse en duda. Pero esa importancia decreció muy pronto considerablemente, y puede afirmarse que era nula en tiempos de Alhácam II.

Los pensadores que descuellan en la evolución del pensamiento musulmán español, y que constituyen la materia de este curso, son Avempace, Abentofáil, Averroes y Mohidín Abenarabí.

Abubéquer Abenasaig Abenbadjah, llamado por los escolásticos *Avempace,* nació en Zaragoza y vivió en Sevilla y en Granada, residiendo últimamente en Fez, donde murió, envenenado por el médico Abulalá Abenzuhr, el año 1138. Fué, como casi todos los literatos musulmanes, un escritor enciclopédico. Trató de filosofía, de medicina, de ciencias naturales y de poesía. Discípulo suyo fué Abentofáil, de quien luego hemos de hablar.

La obra capital de Avempace, desde el punto de vista filosófico, es su *Régimen del solitario,* trabajo que no conocemos en su texto original, sino solamente por el extenso análisis que de él hizo en el siglo XIV el judío Moisés de Narbona, comentarista de Abentofáil. Este último, en el curiosísimo prólogo del *Filósofo autodidacto,* afirma que, entre sus contemporáneos, no hubo «nadie de más agudo ingenio, de mejor comprensión y más entregado al atento examen de las cosas que Abubéquer Abenasaig (Avempace); pero que el mundo le tuvo siempre ocupado hasta que le arrebató la muerte antes que se manifestaran los tesoros de su ciencia y se divulgaran los secretos de su sabiduría: de tal modo que la mayor parte de sus escritos que se han encontrado han quedado imperfectos y faltos del final, tal como sucede con el libro *Sobre el alma,* el titulado *Régimen del solitario,* y lo que escribió sobre la *Lógica* (1) y la *Ciencia natural* (física). Sus escritos completos ó perfectos son solamente algunos tratados breves y algunas cartas escritas á vuela pluma. Él mismo hace esta declaración, y dice que lo que se propuso demostrar en su epístola *Al-itiçal,* no lo daba á conocer con suficiente claridad este discurso, sino con gran dificultad y después de gran trabajo; que el método de que se sirvió para su explicación en algunos pasajes, no es el más perfecto, y que si el tiempo le hubiese dejado vagar suficientemente, tenía el propósito de cambiarlo.»

Avempace es un seguidor de Avicena. Entiende que al sufismo se asciende por la

(1) Parte de ello se conserva actualmente.

especulación racional, pero auxiliada por el auxilio divino. Su misticismo no es, por lo tanto, enteramente *racionalista*. Afirma que las propiedades de los bienaventurados, que bien podemos llamar propiedades *divinas,* «las concede Dios á quien le place de entre sus siervos», y Abentofáil explica estas palabras de un modo que no deja lugar á duda tocante á su sentido.

La doctrina del *Régimen del solitario* puede sintetizarse en los siguientes términos:

El filósofo es algo necesario en la especie humana, pero, al mismo tiempo, algo radicalmente apartado de ella. Él vive con los demás hombres, y parece participar de sus penas y de sus alegrías, pero en el fondo está *solo,* porque no comulga con los seres vulgares que le rodean. Todas las acciones humanas pueden clasificarse en cinco grupos, según la *forma* que aspiran á realizar: hay acciones materiales, correspondientes á una *forma corporal;* hay acciones, más elevadas, correspondientes á una *forma espiritual,* pero que no traspasan la esfera de lo *individual;* hay acciones que tienen por fin el *deleite,* aunque éste sea espiritual, como el que se logra mediante la poesía; hay acciones que se proponen un fin *desinteresado,* como es la Ciencia; y hay, por último, acciones que persiguen una forma *espiritual-universal,* y que son las más perfectas de todas. Á estas últimas aspira el *Solitario,* el cual procura separarse de lo corpóreo y de los hombres *hílicos* ó materiales, para tender á la Verdad. La más pura forma de las Ideas es el *entendimiento adquirido,* emanación del *entendimiento agente,* el cual, comunicado al sér racional, le hace conocerse á sí mismo. «Del mismo modo—dice Avempace—que decimos del intelecto que hay en nosotros, que está en nosotros *en acto,* así absolutamente debe decirse de esos intelectos que están en el mundo (fuera de nosotros). Esas formas pueden ser pensadas en toda su perfección, cuando todos los objetos de nuestra inteligencia, ó por lo menos la mayor parte, han llegado á ser *inteligibles en acto;* entonces el intelecto deviene *intelecto adquirido,* y dichas formas inteligibles llegan á ser formas para el intelecto, en tanto que *intelecto adquirido.* El intelecto adquirido es en cierta manera el *substratum* de esas formas, mientras que á la vez es una forma para el intelecto en acto, el cual, á su vez, es como un substratum y una materia para el intelecto adquirido; (por otra parte), el intelecto en acto es una forma para la sustancia (en que reside), y esta sustancia es como una materia.

Así, puesto que el intelecto *activo* es indivisible, quiero decir, puesto que todas las formas específicas juntas no son en él más que una sola, ó, por lo menos, puesto que sus esencias son cosas indivisibles (ó sea, puesto que cada una de las formas específicas existe como unidad en él), la ciencia de este intelecto separado, en razón de su elevación, es *una,* aun cuando los objetos de esta ciencia sean múltiples, según la multiplicidad de las especies. Si las formas que vienen de él son múltiples, no es sino porque se producen en materias diferentes. En efecto, las formas que se encuentran hoy en ciertas materias, son, en el *intelecto activo,* una (sola) forma *abstracta;* pero no en el sentido de que hayan sido abstraídas después de haber existido en las materias, como acontece en el *intelecto en acto.* Nada impide al intelecto en acto hacer esfuerzos para aproximar á él poco á poco estas formas separadas, hasta que llegue á la concepción (puramente) inteligible, es decir, al intelecto adquirido; por eso la esencia del hombre, ó el hombre por lo que forma su esencia, es lo que hay más inmediato al *intelecto activo.* Nada impide tampoco á este intelecto (adquirido) dar á luz lo que los otros intelectos dieron antes, es decir, el movimiento para pensarse á sí mismo; y entonces llega la verdadera concepción inteligible, es decir, la percepción del ser que, por su misma esencia, es *intelecto en acto,* sin haber tenido necesidad, antes ni después, de algo que le hiciera salir del

estado de *potencia*. Esa es la concepción del *intelecto separado*, ó sea del *intelecto activo*, tal como se concibe á sí mismo, y ese es el fin de todos los movimientos.»

Este es, á juicio de Moisés de Narbona, el proceso del camino que, según Avempace, ha de seguir el filósofo para elevarse, mediante el estudio y la meditación, hasta la manifestación más elevada de las *formas especulativas*, que tienen su entelequia en sí mismas. Así el pensador, que al realizar en sus acciones (entendiendo por *acción humana*, dice Avempace, la que procede de la voluntad reflexiva) la forma corporal es un sér humano, al realizar las espirituales es un sér más elevado, y al realizar las inteligibles, un sér *divino*.

Así explica Avempace el *régimen (tedbîr)* del solitario, puesto que llama *régimen* al concurso de acciones que juntamente se dirigen á un fin. El régimen del solitario debe ser la imagen perfecta del Estado modelo, en el cual no hay médicos ni jueces. El *solitario* es una *planta* que vive en un Estado imperfecto según las reglas de la república perfecta, *extranjero*, como dicen los sufíes, á su familia y á la sociedad.

En su *Carta de despedida (Risâlat-al-widâ; Epistola expeditionis* en la versión latina de las obras de Averroes), habla también Avempace de la *unión* con el intelecto activo, como fin del alma (1). Ahora bien, ¿qué quieren decir estos vocablos: *intelecto activo, intelecto agente, intelecto en acto, intelecto adquirido*, que ahora oímos por primera vez, aun cuando en Oriente ya los hubiesen usado Alkindi en el siglo IX y Alfarabi en el X?

Proceden esos términos de la teoría aristotélica del entendimiento, contenida en el libro III del tratado *Acerca del Alma*. Antes de Aristóteles, Anaxágoras de Klazomenes había hablado de un principio ordenador, al que llamaba *Inteligencia* (Νοῦς), y que suponía ser *inmutable, infinito* y *no mezclado con nada*, y además primer motor de la masa infinita de las *homeomerías*.

Aristóteles juzga que, cuando la inteligencia piensa, *se hace una con las cosas que piensa*, y que aquélla es verdaderamente lo que es, no cuando tan pronto piensa como no piensa, sino cuando está separada y es esencialmente en acto. Esta inteligencia—dice—es la única *inmortal* y *eterna*. Y así como en toda naturaleza deben distinguirse la *materia* (ὕλη), ó sea lo que todas las cosas son en potencia; y la *causa* (τὸ αἴτιον), que es aquello que obra; así, esas diferencias se encuentran en el alma: hay un intelecto pasivo (νοῦς παθητικὸς), perecedero, y un intelecto activo y creador (νοῦς ποιητικὸς), comparable á la luz.

El pensamiento aristotélico no está claro. Su poca precisión dió lugar á dos distintas direcciones:

A) Una, según la cual el intelecto agente no es *algo del alma*, sino substancia separada, resultando ser *uno* el intelecto de todos los hombres (Averroes, con antecedentes en Avicena y en Alfarabi);

B) Otra, según la cual el intelecto agente es *algo del alma*, y se multiplica según la multiplicación de los hombres (Santo Tomás de Aquino).

En nuestra opinión, Aristóteles *sólo atribuye inmortalidad al intelecto agente*, el cual no es nada personal, sino la misma Ciencia, la propia Verdad. Por eso, como vere-

---

(1) Vid. también los *Comentarios de Lógica*, escritos en Sevilla por el año 1118 y que se conservan manuscritos en la Biblioteca de El Escorial. Abenabí Osaibia trae la lista de los escritos de Avempace. El nombre arábigo de éste es Abubéquer Mohámmed Abenyahya, llamado también *Abensayeg* (el hijo del orífice) y *Abenbadjah*. Algunos escritores árabes (Cf. Almakkari en la *Vida de Abenaljatib)* dicen que *badja* procede de una palabra que significa *plata* en el idioma de los Francos de Occidente (cristianos).

mos, la opinión de Averroes es la que más se aproxima á la mente genuina del Estagirita. Avempace le abrió camino con sus doctrinas del *Régimen del solitario*.

4. Abubéquer Mohámmed ben Abdelmélic ben Tofáil Alkeisí, nació á principios del siglo XII, en Guadix (provincia de Granada). Las fuentes para su biografía son Abdelwahid, de Marruecos (siglo XIII) y Abenaljatib (siglo XIV). Fué médico, poeta, matemático y filósofo. Disfrutó de gran predicamento en la corte de los almohades, y fué secretario del walí ó gobernador de Granada, y médico y visir de Abuyácub Yúsuf, segundo monarca de la dinastía almohade. Averroes cuenta cómo Abentofáil le presentó al monarca almohade. Murió nuestro filósofo en Marruecos, el año 1185. Escribió un *Tratado del alma* y varias obras de medicina, poesía y astronomía. En esta última ciencia sobresalió bastante: combatió las teorías de Ptolomeo acerca del movimiento de las esferas, y dejó un discípulo ilustre: Albitrodji (el *Alpetragoi* de los Escolásticos).

La obra que ha hecho famoso el nombre de Abentofáil y en la que vamos á ocuparnos, es la titulada *Hay Benyocdán* (El viviente, hijo del vigilante), traducida al latín por Pococke, en Oxford, el año 1671, con el título de *Philosophus autodidactus*, y al castellano por D. Francisco Pons Boigues, en 1900. Fué comentada por el judío Moisés de Narbona (comentador también de Algacel, de Averroes y de Maimónides) en el siglo XIV, habiendo terminado el comentario en Cervera, el 22 de Mayo de 1349.

El Filósofo autodidacto, de Abentofáil, es una novela filosófica que recuerda el *Somnium Scipionis,* de Cicerón, el *Symposio* platónico y el mito de *Er el Armenio*, intercalado por el mismo Platón en el último libro de su *República*. El título y parte del plan de la obra, están tomados de Avicena (siglos X-XI), cuya alegoría mística: *Hay Benyocdán,* fué publicada por Mehren, en Leyden, el año 1889. Pero, á pesar de la igualdad de títulos, difieren notablemente las producciones de Abentofáil y de Avicena: Avicena tiende, sobre todo, al *resultado* (unión con el entendimiento activo) y es esencialmente místico; Abentofáil se fija especialmente en el *procedimiento,* y es ante todo un psicólogo; en Avicena la idea de la *soledad* del personaje no aparece; en la ficción de Abentofáil, esa idea de soledad es la clave de la obra.

La vida de Hay Benyocdán, tal como la refiere Abentofáil, puede dividirse en tres períodos:

A) Infantil-solitario;
B) Reflexivo-solitario;
C) Reflexivo-de relación.

A) Dice Abentofáil que, según la tradición, entre las islas de la India existe una, colocada bajo la línea ecuatorial, en la cual nace el hombre sin padre ni madre. Sea de esto lo que quiera, Abentofáil, después de exponer distintas opiniones acerca del nacimiento de su héroe, le coloca en una isla desierta, donde una gacela le cría. El niño creció así en compañía de la gacela y de las cabras monteses, «llegando su voz á remedar el sonido de tales animales, hasta el punto que apenas se advertía diferencia entre ambos». Cuando ya se fijaban en su mente las imágenes de las cosas después de apartarlas de su vista, concibió afección hacia algunas y aversión hacia otras. Afligióle su debilidad natural, comparándose con los demás animales que veía, y que, más fuertes que él, solían arrebatarle la comida; pero luego echó de ver que su mano reunía más excelencias que las de las fieras, pues podía con ella cubrir su desnudez y coger un palo con el cual pudiera ahuyentar á las bestias, sin que necesitara ya aquellas armas naturales que antes había deseado.

Andando el tiempo, un día paralizáronse todos los movimientos de la gacela, cesando todas sus funciones y sobreviniéndole la muerte. Cuando el niño la vió en semejante

estado, se afligió con extremado dolor, y se puso á examinar todos los miembros de la gacela, sin encontrar el lugar donde radicaba la lesión que suponía existir. Imaginando que la lesión podía darse en algún miembro oculto á la vista, decidióse á abrir, con fragmentos de piedras duras y algunos pedazos de caña seca á manera de cuchillos, el pecho de la gacela. Así lo hizo, llegando hasta el diafragma, examinando luego los pulmones y, por último, el corazón. Miró con toda minuciosidad las cavidades de éste, y vió que el receptáculo del lado izquierdo estaba vacío, por lo cual pensó que el objeto que buscaba no estaba en él, y que, al separarse de allí, lo dejó hueco. Esto le hizo representarse al cuerpo como cosa vil y despreciable, en comparación con aquel otro sér, del cual supuso mentalmente que hubiese residido largo tiempo en él y que luego se hubiese separado. Consagróse, pues, á la meditación acerca de esta entidad, qué sería, cómo existiría, qué fuera lo que la unió á aquella carne, adónde se había dirigido, por qué puerta saliera cuando se ausentó del cuerpo, cuál la causa que la determinara á salir, si fué contra ó según su voluntad, y, en este último supuesto, cuál fuera la causa por la cual se le hiciera tan odioso el cuerpo, que se decidiera á abandonarle.

B) La muerte, como se ve, es el primer motivo del nacimiento de la reflexión *metafísica* (valga el vocablo) en nuestro salvaje. Abentofáil muestra en esto aguda penetración, porque, en efecto, la razón natural indica que la muerte debió de ser el fenómeno que más llamase la atención del hombre primitivo, y al mismo tiempo el hecho que más reciamente se negase á admitir.

Enterrado el cuerpo de la gacela (para evitar su hedor), el solitario descubre un día el fuego, y piensa desde luego que es una substancia celestial, por su tendencia á elevarse, averiguando después que ese mismo fuego, ó mejor, cierto *vapor húmedo ó caliente,* era la causa del movimiento de los animales, y que, cuando se separaba de éstos, dejaban de existir.

Aparece luego á su inteligencia, por sucesiva gradación de reflexiones, que, aunque cada uno de los individuos del reino animal sea *múltiple* por sus miembros y sean varios sus sentidos y movimientos, es *uno,* sin embargo, por aquél espíritu cuyo principio dimana de un solo centro (el corazón) y que se distribuye por todos los demás miembros partiendo de él. Observa después que el reino animal era también *uno,* y que la multiplicidad le sobrevenía por accidente. La misma unidad echó de ver en el reino vegetal y en el mineral, y, comparando entre sí los tres reinos, concluyó que todos los cuerpos eran *una sola cosa,* y que toda la creación era como *una unidad.* Examinó luego la noción de *corporeidad,* y vió que se componía de otras dos: *gravedad* y *ligereza* (1), y que la esencia de cada sér se halla compuesta de la noción de corporeidad y de otra cosa, una ó múltiple. Después encuentra otra noción, la de la *extensión,* como atributo que corresponde á todos los cuerpos, animados é inanimados; y más allá descubre las ideas de *materia* y *forma* ó naturaleza, como elementos integrantes de todo ente natural.

Lo más simple que encuentra en los cuerpos sensibles son los cuatro elementos naturales (aire, agua, tierra y fuego). A continuación inquirió la esencia de las formas, y vió que no eran más que *la aptitud del cuerpo para unos movimientos con preferencia á otros.* Estudia luego el cielo y los astros que en él existen, y ve que son cuerpos, que su forma debe ser esférica, que la luna es llevada de oriente á occidente, y que los planetas se mueven en diferentes esferas, contenidas todas dentro de una superior, que pone en movimiento á las demás.

---

(1) Hegel, en su *Filosofía de la Naturaleza,* considera también el *peso* como esencia de los cuerpos.

Medita en la unidad del mundo y en la cuestión de si tuvo ó no un Creador, decidiéndose por la afirmativa, en vista de la imposibilidad de proceder *in infinitum* en el orden de las generaciones, y concluyendo también que este Creador no puede ser corpóreo, y por lo tanto no hay medio de que sea percibido por los sentidos. Comprende más tarde, por una serie larga de consideracionos, que la perfección y delectación de su propia esencia no pueden consistir en otra cosa que en la *visión perenne* de aquel sér necesariamente existente, y se prepara al éxtasis mediante un procedimiento especial, cuyos fundamentos son reducir el alimento, en cantidad y en calidad, á lo estrictamente necesario, y apartar su mente todo lo posible de la contemplación de lo corpóreo. Y así «cuando se hubo abstraído de su esencia y de todas las demás esencias, y no veía en la naturaleza sino al *sér único, vivo y permanente,* y contemplaba lo que veía y luego volvía la vista á otras cosas diferentes, cuando retornó de aquel estado que se asemejaba á la embriaguez, ocurrióse entonces á su mente que él no tenía esencia por la cual se distinguiese de la esencia del supremo sér verdadero, y que la verdadera razón de su esencia era la esencia de aquel sér verdadero, y que aquella cosa que antes había considerado como su esencia, distinta de la esencia de aquel sér verdadero, no era realmente nada, ni venía á ser otra cosa que la esencia de aquel sér verdadero; y que esto era á la manera de la luz del sol que cae sobre los cuerpos densos y ves que aparece en ellos; y aunque se atribuye al cuerpo en el cual aparece, realmente no es otra cosa que la luz del sol, y si se quita este cuerpo, desaparece su luz y permanece la luz del sol en su misma cantidad; ni se disminuye por la presencia de este cuerpo, ni se aumenta por su ausencia; y cuando ocurre que este cuerpo se pone en aptitud de recibir semejante luz, la recibe; y cuando desaparece el cuerpo, desaparece esta recepción y nada significa.»

C) Llegado á esta conclusión panteista, muy semejante á otras análogas que se leen en el *Bhagavad-Gita* y en el maravilloso tratado *De divisione Naturae* de Escoto Eríugena, empieza para Hay Benyocdán la vida de relación. En una isla próxima á la que él habitaba, vivían dos hombres deseosos del bien, llamados el uno Asal y el otro Salmán. Asal era dado al aislamiento y á la meditación mística. Salmán, por el contrario, gustaba de la vida social y del trato de las gentes. Habiendo tenido noticia de la isla desierta, Asal decidió trasladarse á ella en una embarcación. Allí encontró á Hay Benyocdán, quien primero se asustó de verle, y después se familiarizó con él, adquiriendo el convencimiento de que era un semejante suyo, y aprendiendo, gracias á él, el lenguaje humano, é instruyéndose en los dogmas de la religión musulmana, que vió ser conformes con todo aquello que él había ya averiguado con sus luces naturales. Sintió luego Hay vivos deseos de comunicar á los hombres los misterios de aquella sabiduría que él había logrado alcanzar, y se trasladó para ello á la isla de donde era jefe y soberano Salmán. Pero muy pronto echó de ver que, en vez de amor, cobraba enemistad y odio con sus predicaciones, y que la mayor parte de los hombres eran vulgares y de bajos instintos, por lo cual regresó á su isla, donde sirvió á Dios con Asal hasta que les visitó la muerte.

Abentofáil es realmente un místico. Pero hay dos clases muy diversas de misticismo: una, el de las beatas y el de los imbéciles, que han perdido el criterio en el entendimiento y la energía en la voluntad; otra, el de aquéllos que acatan el poder misterioso de la Naturaleza, comprendiendo que el hombre es arrastrado continuamente por corrientes de fatalidad incontrastable, y que siempre la esfera de lo no-previsto y de lo no-comprendido es infinitamente más vasta que la de lo calculado y entendido. Por eso todo gran pensador, sea cual sea el objeto de sus investigaciones, es un gran místico

y lucha por la Unidad en la filosofía y en la vida, amando entrañablemente á todos los seres, porque el Amor es la más sublime y adecuada propedéutica para la Unidad.

El panteismo llegó probablemente á los árabes (y, por lo tanto, á nuestro Abentofáil) por conductos que les llevaron influencias índicas. Sería muy extraño que, habiendo influído tan notablemente la literatura índica en la arábiga, como es de ver en el *Calila e Dimna,* en el *Libro de los engaños e los asayamientos de las mugeres* y en las *Mil y una noches,* no hubiese repercutido en el orden filosófico.

Dentro del pensamiento árabe, Abentofáil quiso conciliar la razón y la fe. Los Escolásticos que siguieron luego esta tendencia, no le olvidaron por completo. En cuanto á las coincidencias que se han observado entre el Hay Benyocdán de Abentofáil y el Andrenio de *El Criticón,* de Baltasar Gracián, no pasan de ser meramente fortuítas. Es casi seguro que Gracián no conoció la novela árabe, y, por otra parte, Gracián dista mucho de ser un gran pensador: es tan sólo un desenfrenado, ingenioso y agudísimo conceptista.

5. El filósofo más célebre de cuantos musulmanes españoles se han distinguido en esa esfera, es sin disputa Averroes, cuyo propio nombre fué: Abulwalid Mohámmed ben Ahmed ben Mohámmed ben Ahmed ben Ahmed ben Roxd. Las fuentes de su biografía, aparte de los modernos trabajos de S. Munk *(Mélanges de philosophie juive et arabe;* París, 1859) y E. Renan *(Averroès et l'Averroïsme;* 5.ª éd.), son: en lo antiguo, Abenalabbar, en su *Assila* ó Continuación del Diccionario biográfico de Abenpascual; El-Ansâri, en su Continuación de las dos obras anteriores; Abenabí Osaibía, en su conocida *Historia de los médicos;* Addhabi, en sus *Anales;* y León el Africano, en su libro acerca de los hombres ilustres entre los árabes, obra publicada por vez primera en latín, por Hottinger, en 1664.

El siglo XII es el gran período de florecimiento del pensamiento arábigo-hispano, así como el siglo X es el período de la erudición; y, sin embargo, en el siglo XII es cuando el fanatismo se entroniza y cuando se persigue la libertad del pensamiento, lo cual prueba que la especulación filosófica es independiente de estas trabas. Algo análogo sucede luego entre los cristianos: durante el período en que impera en España el régimen inquisitorial (siglos XVI á XVIII), brillan en nuestra patria pensadores de indiscutible mérito (Vives, León Hebreo, Gómez Pereira, Huarte de San Juan, Pedro de Valencia, Francisco Sánchez, Fr. Luis de León, Fox Morcillo, Francisco Vallés, Alejo Venegas, Francisco Suárez, Isaac Cardoso, Martín Martínez, Piquer, Martínez Pascual, etc., etc.); en cambio en el siglo XIX, cuando ese régimen ha perdido por completo su fuerza, no hallamos un sólo pensador digno en justicia del nombre de filósofo.

Nació Averroes en Córdoba, el año 1126. Su padre y abuelo fueron cadíes de aquella ciudad. Distinguióse como médico, como jurisconsulto y como filósofo, y estuvo en relación con muchos grandes personajes de su tiempo. En 1153 le hallamos en Marruecos, en la corte de Abdelmumen. Abdelwahid cuenta la presentación de Averroes, por Abentofáil, á Yúsuf, sucesor de Abdelmumen, y dice que á las instigaciones del mismo Abentofail se debió que Averroes emprendiese los Comentarios á Aristóteles. En 1169 fué cadí de Sevilla, y más tarde, como su padre y abuelo, cadí de la gran mezquita de Córdoba. Hizo viajes frecuentes á distintas regiones, disfrutando de gran favor con Yacub Almansurbillah (sucesor de Yúsuf), de quien era primer médico en 1182. Después fué desterrado á Lucena (cerca de Córdoba), probablemente á consecuencia de haber sido acusado de propalar doctrinas contrarias al dogma de la religión musulmana. Volvió á entrar en la gracia de Almansur, pero falleció en 10 de Diciembre del año 1198, dejando varios hijos.

A pesar del renombre que llegó á adquirir entre los Escolásticos cristianos, Averroes no disfrutó de gran fama entre los musulmanes. Alkifti, en su *Historia de los filósofos*, no trae siquiera su nombre, y Hachi-jalfa sólo incidentalmente le menciona. Este silencio puede obedecer, según Renán: 1.° A la mala reputación que los *filósofos* tenían en el Islam. 2.° A la espantosa decadencia de la filosofía entre los musulmanes después de la muerte de Averroes. Y 3.° A que los historiadores arábigos no le consideran aislado, sino en relación con sus predecesores, cuyas obras y cuyo mérito conocen mucho mejor que nosotros.

La lista de las obras de Averroes es inmensa: 67 números trae el catálogo que de ellas hace Renán, y seguramente se queda corto, pero esto no es de admirar, dada la fecundidad extraordinaria de los literatos musulmanes y las facilidades que para ella da la misma escritura arábiga. Contrayéndonos á las propiamente filosóficas, podemos mencionar:

A) Los Comentarios á Aristóteles. Suelen dividirse en tres grupos:

a) Paráfrasis ó Sumas. En ellas habla siempre Averroes en nombre propio.

b) Comentarios medios. En ellos se citan siempre las primeras palabras del texto aristotélico, pero, en lo demás, no se hace distinción entre lo que es de Aristóteles y lo que pertenece al comentarista.

c) Grandes Comentarios. Aquí se distingue con toda claridad el texto aristotélico del comentario averroista, dividiéndose los libros en *Sumas*, y éstas en capítulos y en textos. No conservamos los comentarios á la *Política* ni á la *Historia de los Animales;* la primera obra no la conoció Averroes, y, en cuanto á los comentarios de la segunda, se han perdido. En nuestra Biblioteca Nacional (núm. XXXVII del *Catálogo* de Guillén Robles), se conserva un códice del siglo XV que contiene el texto árabe de las *Paráfrasis* á los libros de la *Física, Del cielo y del mundo, Del alma* y de la *Metafísica,* con el título general de *Quitab alchuma (Libro de las Sumas).*

B) El *Tehafot al-Tehafot* (Destrucción de la Destrucción), obra escrita para refutar la *Destrucción de los filósofos* de Algacel.

C) Dos tratados sobre la unión *(itiçâl)* del intelecto separado con el hombre, titulados respectivamente, en la versión latina: *De animæ beatitudine* y *Epístola de connexione intellectus abstracti cum homine.*

D) Un Comentario á la *República* de Platón.

E) Unos *Prolegómenos de la filosofía,* existentes en la Biblioteca del Escorial, y que contienen doce disertaciones acerca de materias de Lógica y de Psicología.

F) Los siguientes opúsculos: 1.° Dos tratados sobre el *intelecto material.* 2.° *De substantia Orbis* ó *De compositione corporis cœlestis.* 3.° Un tratado sobre el silogismo condicional. 4.° *Epístola de primitate prædicatorum.* 5.° Resumen de Lógica. 6.° Un tratado sobre la existencia eterna y la existencia temporal. 7.° Otro tratado sobre si Dios conoce los entes particulares. 8.° Un libro sobre la opinión de Aristóteles acerca de la *materia prima.* 9.° Cuestiones sobre la Filosofía. 10. Idem sobre el tiempo. 11. Idem sobre el libro *Del alma.* 12. Idem sobre el *Del cielo y del mundo.* 13. Dos libros sobre la ciencia del alma. 14. Comentario al libro de Alejandro de Afrodisia sobre el intelecto. 25. Idem á ciertas cuestiones tratadas por Avicena en su libro *Alschefa.* 16. Idem *(medio)* sobre la Metafísica de Nicolás de Damasco. 17. Idem sobre Alfarabi y sobre la censura que él hizo de los *Últimos Analíticos* de Aristóteles. 18. Refutación de la clasificación de los seres hecha por Avicena. 19. Exposición de las opiniones de Alfarabi acerca de la Lógica. 20. Cuestiones sobre el *Organon.* 21. Comentario de la epístola de Avempace acerca de la unión del intelecto con el hombre. 22. Un opúsculo

sobre el concierto entre la religión y la filosofía. 23. Un resumen complementario del opúsculo anterior. 24. Un Comentario al *Akidet* del imam Mahdi. 25. *Demostración de los dogmas religiosos*. 26. Un opúsculo acerca de la relación entre la doctrina de los filósofos y la de los motacálimes acerca del modo de la existencia del mundo (1).

La edición príncipe de la versión latina de Averroes salió á luz en Padua por los años 1472 á 1474, pero sin duda la más accesible en la actualidad es la de los Juntas de Venecia, de 1553. El estilo es hórrido y durísimo, comprendiéndose que despertase la indignación de los humanistas del Renacimiento, pero ha de tenerse en cuenta: en primer lugar, que Averroes desconocía el griego, por lo cual sus interpretaciones son á veces bastante extrañas; y además, que al manejar estos textos, hemos de considerar que nos hallamos por lo común frente á la versión *latina* de una traducción *hebrea*, hecha sobre un texto *árabe* que interpreta la versión *siriaca* de un original *griego*, porque Averroes se sirvió de las traducciones siriacas de Aristóteles.

A cinco extremos referiremos la exposición de las ideas de Averroes: A) Psicología. B) Religión. C) Metafísica. D) Física. E) Moral individual y social.

A) En materia de Psicología, lo más interesante que ofrece la doctrina de Averroes es lo referente á la teoría sobre la *unidad del entendimiento*.

Ya hemos visto los antecedentes de esta doctrina en Aristóteles y en Anaxágoras de Klazomenes. Averroes combate á Alejandro de Afrodisia porque hace del intelecto una *disposición* y no un verdadero *sujeto*. Habla hasta de cinco clases de intelectos *(activo, pasivo, material, especulativo* y *adquirido)*, y entiende que el conocimiento se verifica por el concurso del intelecto subjetivo *(pasivo)* con el objetivo *(activo)*.

Avempace había hablado, en obscuros términos, del intelecto *adquirido*, del intelecto *en acto* y del intelecto *activo*. Abentofáil hace alguna alusión á ellos y distingue la percepción *en acto* de la percepción *en potencia*. Entre los orientales, Avicena estimó al intelecto activo como un *Lógos* inmediato al Sér supremo. Pero el precursor más inmediato de Averroes es Avempace, para quien la esencia del hombre es lo más semejante al intelecto activo.

Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino interpretaron la doctrina de Averroes en el sentido de que éste proclamaba la *unidad de las almas*. No hay nada de esto, ni tampoco es la teoría del *alma del mundo* profesada antiguamente por los estóicos. Para Averroes, el intelecto pasivo es *individual* y *perecedero*, pero el activo (lo que Aristóteles comparaba con la luz) es *eterno, separado* y ÚNICO. Este viene á ser, en opinión del pensador musulmán, algo así como la Razón y la Humanidad: *quia intellectus noster*—dice—*in actu nihil aliud est quam comprehensio ordinis et rectitudinis existentis in hoc mundo, sequitur de necessitate quod quidditas intellectus agentis hunc nostrum intellectum nihil aliud est quam comprehensio harum rerum*. Por influjo del intelecto activo, el adquirido llega á la *unión* con lo inteligible, pero en este punto Averroes se muestra mucho menos *místico* que Abentofáil. Cree, además, que las *inteligencias separadas* (ángeles, esferas, intelecto activo), pueden ser percibidas por el hombre. En cuanto á la cuestión de la inmortalidad, Averroes sólo la atribuye al intelecto separado, y niega la resurrección de los cuerpos, fundándose en que el sér corruptible no puede devenir idéntico á sí mismo.

B) Acerca de las opiniones de Averroes en materia de religión positiva, existen opiniones contradictorias. Durante la Edad Media, los cristianos, personificando en él al arabismo, le tuvieron por portaestandarte de la incredulidad. Otros, por el contrario

(1) Vid. Renan, obra citada, págs. 58 á 73.

(y entre ellos figura D. Miguel Asín, autor del notable trabajo recientemente publicado acerca del *Averroismo de Santo Tomás de Aquino),* entienden que Averroes, no solamente no es irreligioso, sino que toma siempre por criterio último y árbitro supremo *el texto literal* del libro sagrado. A nuestro juicio, los primeros están mucho más en lo cierto que los segundos.

El *Tehafot-olfalásifa* de Algacel nos pone de manifiesto la lucha entablada dentro del Islam entre *filósofos* (peripatéticos) y teólogos; y los dos tratados de Averroes: *Sobre el concierto de la religión con la filosofía,* y *Sobre la demostración de los dogmas religiosos,* publicados por J. Müller en 1859 con el título de *Philosophie und Theologie des Averroes,* prueban que pertenecía más bien al gremio de los primeros que al de los segundos. Averroes es un deista, pero no un ortodoxo musulmán; y si sus principios de interpretación de las religiones positivas se aceptan, todas ellas se convierten en manifestaciones históricas, sin que una sola, aisladamente, pueda preciarse de poseer la Verdad absoluta.

Considera Averroes que el culto más sublime que cabe ofrecer á la Divinidad es el conocimiento de las obras de ésta, y afirman que el verdadero sabio jamás debe hablar de Dios de un modo equívoco, ni decir nada en contra de una religión establecida, porque el hombre, antes de tener creencias propias (y son muy pocos los que las poseen) debe tener creencias generales, estando facultado para interpretarlas sólo cuando la reflexión le capacita para ello. Sobre esta base, Averroes busca, sí, la conciliación entre la Razón y la Religión, pero los principios que con tal objeto sienta conducen al *racionalismo* más desenfrenado, y no sólo no puede sostenerse que fueron profesados por Santo Tomás de Aquino, sino que éste afirma todo lo contrario. Véanse, si nó, esos principios:

1.° *Todas las religiones positivas son instituciones necesarias,* cuyos principios fundamentales derivan de la razón y de la revelación.

2.° *Las religiones positivas enseñan lo mismo que la filosofía, aunque por un método asequible á la totalidad de los hombres.*

3.° *Todo texto revelado, cuyo sentido literal contradice á una verdad apodícticamente demostrada, debe ser interpretado alegóricamente.*

Santo Tomás de Aquino sólo atribuye el carácter de necesidad á la revelación mosáica, niega que la razón se extienda á los mismos límites que alcanza la revelación, y entiende que si en la ciencia se halla alguna *verdad* contraria á la revelación, debe rechazarse como falsa. *(Quidquid... in aliis scientiis invenitur veritati huius scientiæ* [revelatæ] *repugnans, totum condemnatur ut falsum).* Si en algo siguió (y este es un hecho que no puede negarse) santo Tomás á Averroes, de quien pudo tener noticia por Raimundo Martín, fué en lo secundario, pero las principales tésis teológicas son opuestas.

C y *D)* En el Comentario al libro XII de la *Metafísica* de Aristóteles, trata Averroes de las teorías de la generación y de la creación. Entiende que aquella es un movimiento que supone un sujeto (materia prima), el cual no es otra cosa que la mera posibilidad y existe eternamente. El tiempo existe gracias á la existencia del movimiento. Dios no conoce otra cosa que las leyes generales, y su Providencia es la razón general de las cosas. El cielo es un sér vivo, eterno, sin peso, materia ni forma; compónese de varios orbes con sus correspondientes inteligencias, que son sus *formas* y sus *motores*, que transmiten el movimiento de la primera esfera. Su intelecto está siempre en acto.

E) En materia de moral, Averroes combate la opinión de los Motacálimes, según los cuales el bien es lo que Dios quiere y únicamente porque lo quiere. Procura conciliar la libertad con la necesidad, afirmando que el alma es libre en el *esse*, y que, como la materia prima, puede recibir formas contrarias.

Las principales ideas de Averroes en materia de Política, están contenidas en su comentario á la *República* de Platón, que toma muy por lo serio. Considera perniciosa la poesía, y aboga por la supresión de los jueces, y por la reducción del ejército á la función de la defensa. Censura la injusta servidumbre en que se tiene á la mujer, entendiendo que es apta aun para la guerra y el gobierno.

En orden á la Estética, las Paráfrasis de la *Retórica* y de la *Poética* tienen un valor histórico indiscutible, porque esta última obra no llegó sino mucho más tarde á conocimiento del Occidente cristiano. Concede una importancia excepcional al principio de la imitación, y define la tragedia como arte de alabar, y la comedia como arte de vituperar. Para Averroes, la Retórica es una parte de la Lógica, y el entimema es el silogismo retórico.

El averroismo tuvo un dilatado desarrollo. Maimónides es un discípulo (no personal, sino doctrinalmente) de Averroes, cuyos escritos conoció por los años de 1190 á 1191. Su teoría sobre el intelecto activo es una prueba de esa filiación. El fanatismo almohade obliga después á los judíos á refugiarse en la España cristiana, donde olvidan el árabe y escriben en hebreo, comenzando á traducir las obras de Averroes en los siglos XIII y XIV. En este trabajo se distinguen, entre otros, Moisés Abentibbon; Zerachia ben Isaac, de Barcelona; los dos Calonymos; y Sem Tob ben Isaac de Tortosa. En el siglo XIV, Levi ben Gerson comenta brillantemente á Averroes. Lo mismo hace Moisés de Narbona, y aunque se observa cierta decadencia en el averroismo judío del siglo XV, todavía la mayor parte de los manuscritos hebreos de Averroes que poseemos son de esta época. Elías del Médigo, maestro de Pico de la Mirándola en Padua, es también averroista.

Los traductores de la escuela toledana dieron á conocer por vez primera las obras de Averroes á los escolásticos de Occidente. Miguel Escoto es el primer introductor, por los años de 1230. Hermann el Alemán traduce al latín las obras retóricas y morales. Guillermo de Auvernia cita ya á Averroes, llamándole *philosophus nobilissimus,* pero Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino le combaten, principalmente en orden á sus teorías sobre el intelecto activo y el principio de individuación.

Raimundo Lulio es el adversario más encarnizado y furibundo del averroismo, en el sentido del racionalismo religioso. La teoría *de las dos verdades* (científica y religiosa), que, como hemos visto, no es precisamente la de Averroes, puesto que él busca su conciliación, encuentra en Lulio un decidido adversario. En cambio los franciscanos en general respetan al pensador musulmán, cuya autoridad como *comentarista* de Aristóteles domina en el siglo XIV y continúa en el XV, en cual Luis Onceno de Francia, al reglamentar la enseñanza filosófica en 1473, recomienda que se estudie «*Aristotelis doctrina eiusque Commentatoris Averroys*». El estilo bárbaro y durísimo de las versiones latinas de Averroes, influye poderosamente en la decadencia de la lógica escolástica en manos de los okkamistas de últimos del siglo XV.

En la famosa escuela de Padua (al N. E. de Italia), la influencia arábiga comienza en la esfera de la Medicina, para pasar luego al terreno de la Filosofía. Juan de Jandún, Pablo de Venecia (que acepta paladinamente la teoría del intelecto), Gaetano de Tiena, Savonarola (que llama á Averroes: *ingenio divinus homo),* Cassandra Fedele de Venecia, Pomponazzi (sólo en parte), Cremonini (m. 1631), y últimamente Cardano y Vanini, son los principales representantes de la doctrina averroista en esa tendencia.

En cambio, la mayor parte de los humanistas (y singularmente el valenciano Juan Luis Vives), tratan á Averroes con extraordinaria dureza, fijándose, sobre todo, en el selvático lenguaje de sus versiones, y en los *lapsus* históricos que suele cometer.

En cuanto comentador de Aristóteles, Averroes merecerá siempre particular respeto, por la sagacidad de sus interpretaciones. Es maravilloso cómo pudo desentrañar, á veces, tan admirablemente el pensamiento del Estagirita, con los imperfectos materiales de que disponía el filósofo musulmán. En otro sentido, la personalidad de Averroes es todavía más simpática: durante largos siglos, Averroes y los llamados *averroístas* son los portaestandartes y los símbolos de la libertad del pensamiento. En éste como en aquél concepto, Averroes fué utilísimo á la causa del progreso, y, aun después de muerto, puede afirmarse que, como el Cid, ganó batallas.

6. Las cartas del filósofo murciano Abensabín, enderezadas á Federico II de Sicilia, y que versan sobre la eternidad del mundo, la naturaleza del alma, el método metafísico y teológico y el valor y número de las categorías, pueden darnos una idea de la indecisión del criterio filosófico en aquella época, en que había pasado el tiempo de los grandes pensadores.

Mayor importancia ofrece un paisano de Abensabín, llamado Mohidín Abenarabí (m. 1240), cuyas doctrinas religioso-místicas y psicológicas nos han dado á conocer recientemente los Sres. D. Julián Ribera y D. Miguel Asín.

A pesar de lo desconocida que hasta el presente ha sido para los historiadores de la filosofía la personalidad de Mohidín, es indudable que tuvo en su época una gran importancia, que llegó á formar escuela, y que hasta hubo de formar un especial Vocabulario para la inteligencia de los términos empleados en sus numerosos escritos.

Mohidín es, principalmente, un místico, que sigue la tendencia representada por el persa Algacel en la monumental síntesis filosófico-teológica que contiene su *Ihía*. En este sentido, son de apreciar dos trabajos de Mohidín: uno, el *Fotúhat* (que consta de cuatro colosales volúmenes en la edición publicada en el Cairo el año 1293 de la Hégira); otro, muy breve, el *Tóhfa*, compendio del anterior.

Algacel había dicho que el hombre ignorante en ciencias profanas es más apto que el filósofo para alcanzar la *iluminación* ó éxtasis. Mohidín, en su *Tóhfa*, expone la propedéutica para alcanzar este resultado, y recomienda, entre otras cosas: permanecer solo y sentado en celda obscura y cerrada; ablución constante; inhibición de todo pensamiento referente á las preocupaciones mundanas; constante ayuno; escasísimo sueño; silencio absoluto; atención asidua á las observaciones del *director espiritual* y confesión á él de todos los pensamientos y emociones; abnegación absoluta de la propia voluntad por la del director espiritual; docil sumisión á la Providencia divina; oración constante, única (debe reducirse á la fórmula: *No hay otro Dios sino Alá)* y atenta.

Así se llega á la unión mística *(al-wosul)* con Dios, que Mohidín describe con todo detalle en el *Fotúhat*, donde cuenta que la noche 4.ª del mes de Rebí 2.º del año 627, vió en éxtasis la esencialidad individual de Dios por modo intuitivo (ni más ni menos que el krausista D. Cipriano del cuento de *Clarín* vió en la Moncloa la Unidad del Sér dentro de sí), y que «su figura era de luz *blanca* sobre fondo *rojo*, también *luminoso*..... y se movía dulcemente en sí misma».

La mística no es filosofía (y en este sentido Mohidín no es un filósofo); es una novela más ó menos poética ó más menos entretenida. No ha de perderse de vista que el *mens sana in corpore sano* es dogma fundamental de toda educación, y que la inteligencia, sea cual sea su naturaleza, tiene evidentemente una fase física y corporal, y trabaja y funciona con instrumentos corpóreos también. Si esa base se altera ó se desequilibra (y no puede por menos de alterarse y desequilibrarse con la obscuridad, la falta de comunicación, el poco dormir, el constante ayuno, la supresión de toda iniciativa y la obsesión brutal de una fórmula escueta), la razón debe trastornarse forzosa-

mente, y, en tal caso, sus indagaciones no merecen confianza alguna. ¿Embriagaríamos á un cochero para que dirigiera bien nuestro carruaje?

Lo indudable es que la mística arábiga, influída por la mística índica y la neoplatónica, repercutió poderosamente en la cristiana. Las funciones del *director espiritual*, especificadas en Algacel y en Mohidín, reaparecen con extraña semejanza en los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola y en la *Guía espiritual* del quietista Miguel de Molinos.

En resumen, la filosofía arábigo-hispana ha prestado dos grandes servicios á la causa de la cultura: 1.°, ha interpretado y ha dado á conocer en la Edad Media el pensamiento griego; 2.°, ha introducido en el desarrollo intelectual una corriente de *orientalismo* que había de producir sus mejores resultados en el siglo XIX.

Aparte de este mérito *transmisor*, el pensamiento arábigo-hispano tiene un valor propio indiscutible. Avempace, con su idealismo metafísico; Abentofáil, con su psicología ingenua, al par que profunda; Averroes, con sus infatigables ardores de comentarista y sus osadías de psicólogo y de teólogo; Mohidín, con sus alucinaciones místicas, muéstransenos como el intelectual de que nos habla el *Régimen del solitario*, como el pensador que mira á lo alto (mientras los demás hombres miran hacia el suelo), y, sin perder de vista aquella Luz suprema que ilumina á todo sér que viene á este mundo, procura acompañar y consolar á sus semejantes en las aflicciones y en los desfallecimientos.

***

Las últimas conferencias del curso fueron dedicadas por el Sr. Bonilla á dar una ojeada de conjunto á lo que había de ser materia del siguiente, ó sea á la filosofía judaica, exponiendo sus caracteres generales, sus antecedentes en el mosaismo, sus principales escuelas, la fundación de la Academia hebrea de Córdoba y las notas distintivas de las doctrinas profesadas por Abengabirol, Judá Leví, Moisés Maimónides (el Aristóteles del judaismo), Sem Tob y José Albó de Soria (1).

Z*****

Conferencias.

EL FERROCARRIL DE DAKAR AL ESTRECHO DE GIBRALTAR, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR

Conferencia dada en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, el día 22 de Marzo de 1906, por D. José Marvá (2).

Señores: Todos sabéis que aunque los famosos navegantes portugueses dieron á conocer el litoral africano hace muchos siglos, el interior de este continente permaneció envuelto en el misterio hasta hace poco, á excepción de la costa Norte del Mediterráneo y del Cabo de Buena Esperanza; pero todo el tiempo perdido en este sentido, ha sido ganado con creces en estos últimos cincuenta años, y numerosos explotadores, viajeros y sabios intrépidos, desafiando los rigores del clima y la inhospitalidad de los habitantes del país, han penetrado en su interior y nos han revelado todo lo que estaba oculto. ¿Procedieron así por simple curiosidad? ¿Es que en estos propósitos no había más que el noble

(1) Las conferencias de este curso fueron explicadas los días 10, 17 y 24 de Noviembre; 1 y 15 de Diciembre; 19 y 26 de de Enero; 9, 16 y 23 de Febrero; 2, 9, 16, 23 y 30 de Marzo, y 6 de Abril.

(2) Tomada de cuartillas taquigráficas.

objeto de enriquecer las ciencias geográfica y etnográfica? No; lo dicen en pocas pero expresivas palabras los mismos negros: «Primero misionero ó viajero, después comerciante y por último soldado.» Es decir, el establecimiento del comercio, y con pretexto de la protección del comercio, la ocupación del territorio.

Y es que África no era ese montón de arena inculta, árida, que muchos suponían, sino que encerraba grandes riquezas en su suelo y en su subsuelo, y no parecía natural que Europa, que había explotado Asia, América y Oceanía, despreciase el continente que estaba, por decirlo así, á las puertas de su casa. Por eso envió, efectivamente, sus misioneros y sus viajeros; estableció la factoría; la factoría fué el embrión de la colonia, las estaciones hospitalarias fueron pretexto para la ocupación de terrenos; y por más que todo ello se encubriera con los propósitos de represión de la trata y de introducción de la cultura y de la verdadera religión en el interior de África, todos sabemos que, detrás de tales palabras, se ocultaban pensamientos menos desinteresados; porque en esos cuarenta millones de kilómetros cuadrados de la tierra africana, veía Europa un desahogo para el exceso de su población y un mercado para la plétora de su producción industrial. El mercado es la gran palanca que hoy mueve muchos intereses.

Y, á propósito de esto, porque viene como anillo en el dedo, me permitiréis que repita unas palabras que dije en cierta solemnidad académica:

«El espectáculo que ofrecen al presente las naciones civilizadas confirma una vez más la ineficacia de la vía *amicábilis,* no obstante los amplios horizontes que de día en día se dilatan al impulso universal de la actividad pacífica. Es evidente que en todas las palpitaciones de la vida de relación es cada vez mayor el influjo del respeto, de la tolerancia, de la civilidad, y que hay comunión jurídica con el extranjero, como hay entre los Estados mutualidad de cordiales relaciones. No cabe negar que los avances hacia una codificación del Derecho internacional, el acatamiento á la soberanía de las naciones, el sistema de arbitraje, la unión monetaria, métrica y postal, los principios de extradición y libre navegación, los convenios de propiedad literaria, industrial, artística, y demás conquistas realizadas por el espíritu de compenetración, han hecho solidarios los intereses humanos, y producido invencible aversión al fenómeno *guerra* que los compromete.

Todo esto es positivo; pero los verdaderos estadistas ya saben á qué atenerse respecto á esas rosadas perspectivas. Ellos advierten que la lucha por la existencia reviste hoy formas templadas, pero tan agresivas en el fondo, que regresamos en cierto modo á las brutalidades de la barbarie. El nuevo régimen de vida por el trabajo multiplica la producción en tales términos, que los pueblos más laboriosos se ven amenazados por derrame sanguíneo, como los más indolentes mueren por derrame seroso. Mientras el propio consumo mantiene el equilibrio económico, se cumplen normalmente las funciones del cuerpo social; pero cuando, ahíto el país, suspende la demanda, es preciso dar salida á la producción como á una plétora humoral que ahoga. Entonces se vislumbra el espectro de la miseria y aparece la bestia humana, el hombre salvaje arrojándose á la presa, la nación atisbando un pedazo de geografía; el Estado, famélico, disputándose el mercado á punta de bayoneta, como el hambriento disputa el mendrugo á punta de navaja. Así se explican los crímenes políticos en plena civilización, los desbordamientos piráticos de Pekin, la sangrienta mutilación de nuestras Indias, los ignominiosos desafueros del Transvaal. Así se comprende que un pueblo tan poco belicoso como Norte-América sienta arder en sus entrañas el fuego del imperialismo, y que á los proyectos de desarme pregonados por los filántropos contesten: Bülow, proclamando el «saludable egoísmo nacional»; Chamberlain, invocando el «supremo interés de Inglaterra»; Roose-

welt, invadiendo el territorio de América Central; Francia penetrando en el Moghreb; los Balkanes agitándose, y la Rusia y el Japón viniendo á las manos. Así, en fin, se ve por qué á los suaves acordes del Congreso de La Haya replican clamores de guerra en ambos continentes, y responden aprestos estruendosos de armamentos formidables que amenazan convertir el mundo en un inmenso campamento.

Esta es la explicación de todas esas teorías del *protectorado,* de las *zonas de influencia*, de la *penetración pacífica*, del *statu quo* y de la Conferencia de Algeciras. Ello es que todas las naciones europeas se han apresurado á ocupar fajas de terreno en la costa del continente africano. Aun las que parecían más separadas geográficamente y más alejadas por sus intereses, acuden con el ansia del comensal que cree llegar tarde al banquete. Una vez en la costa, surge después la idea de penetrar en el interior para adquirir nuevos territorios, para sacar á luz las riquezas que encierran; y esa penetración y explotación de riquezas ¿con qué se hace? Con el ferrocarril.

Según la fiel y clara expresión del eminente geógrafo Reclus, África puede considerarse como una gran fortaleza. Los ferrocarriles que parten de la costa son como las trincheras, son como los caminamientos para conquistarla; y con esa mira han construído las naciones desde muy poco tiempo á esta parte, numerosos caminos de hierro coloniales. África que no hace mucho no disponía de un metro de vía férreas, tiene hoy una red inmensa.

Francia, aparte de su red argelina, y de la línea férrea que une esa red con el interior de Africa, y ha de enlazar sus posesiones de Argelia con el Senegal, tiene un gran número de kilómetros de vía férrea en explotación y construcción en sus colonias del Senegal, costa de Marfil, Congo francés, Guinea francesa, en Madagascar y hasta en el país de los Somalis; tanto, que hoy día cuenta con cerca de 3.000 kilómetros. Inglaterra, además de los ferrocarriles del Egipto, tiene toda la red del Cabo de Buena Esperanza, la del Orange, del Transvaal, el ferrocarril que se está construyendo desde el protectorado de la costa E. hasta el interior de los Lagos; en una palabra, Inglaterra sin contar el ferrocarril de Egipto y el de Karthun, en la confluencia del Nilo blanco y el Nilo azul, tiene cerca de 17.000 kilómetros de vía férrea en explotación y construcción.

Alemania construye también vías férreas en sus posesiones africanas, en sus colonias. Realmente Alemania nos dá un ejemplo sorprendente de lo que se puede conseguir con voluntad y patriotismo, porque en muy pocos años ha sabido formar cuatro colonias gigantescas que son: Togo, en el Dahomey; con 82.300 kilómetros cuadrados, y 2.500.000 habitantes; Kammerun (Guinea), 493.600 kilómetros, mayor que Francia; Sud-Oeste con 830.960 kilómetros y 300.000 habitantes; y en la Costa E. hacía la región de los lagos, con 995.000 kilómetros cuadrados, dos veces Alemania, y 6.000.000 de habitantes; esto es un total de 2.401.860 kilómetros cuadrados, y más de 8.800.000 habitantes.

Portugal cuenta con cerca de 1.000 kilómetro de vía, las colonias belgas tienen cerca de 900 kilómetros de vía férrea, y las italianas 150. En este cuadro no figura España y á este propósito podría hacer algunas indicaciones que están en el ánimo de todos los presentes. Los datos que acabo de exponer demuestran cuán importante es la idea del ferrocarril de Dakar al estrecho de que voy á ocuparme correspondiendo á los requerimientos cariñosos de los Sres. Salillas, Torres Quevedo y Antón.

No se me ocultan las dificultades que esta empresa tiene, y las tiene muy grandes; ¡qué duda cabe! Sería, sin embargo, preciso hacer un estudio, ó simplemente una lectura de la construcción de los ferrocarriles africanos, para convencernos de que estas dificultades han existido también en otras partes. Claro está que la obra necesita examen detenido, profundo, con objeto de no arriesgar capitales, de no inmovilizarlos siquiera.

A este propósito citaré la línea, construída por cierto por oficiales ingenieros ingleses, de Wad-Yalfa á Karthun que tiene una extensión de 927 kilómetros. Pues bien, esa vía férrea, en una gran parte, atraviesa los desiertos de la Nubia en que falta el agua completamente, y hubo necesidad de hacer la explotación trasportando en cada tren cinco vagones de este líquido, es decir cuarenta toneladas; y fué preciso vencer todos los inconvenientes que resultan del empleo de la arena como balasto, que es malo para la vía y para el material móvil. Y, sin embargo, esa construcción se realizó con una rapidez tal, que el asiento avanzó á razón de más de un kilómetro por día, y á veces hasta cuatro kilómetros y medio.

Tenemos, también, el gran ejemplo que ofrece el ferrocarril trascontinental africano, que ha de unir el Cabo de Buena Esperanza con Alejandría, proyecto debido al cerebro del famoso Cecile Rhodes. Es la vía férrea más larga de todas las que hoy día existen, como que tiene 10.000 kilómetros de desarrollo, siendo así que la del transiberiano cuenta 8.000 kilómetros, y el ferrocarril de Nueva York á San Francisco de California tiene 4.000. Esta obra fué considerada como una fantasía, como un absurdo, como una obra de imposible realización, como una obra muerta apenas nacida.

Es un ferrocarril que en la mitad de su desarrollo atraviesa regiones de una población muy pequeña, de raza negra; que en la cuarta parte de su desarrollo va paralelo á rios navegables, que en las tres quintas partes recorre paises, en los que la vida del blanco se hace imposible; una vía que acorta poco el viaje del Cabo á Londres, toda vez que ha de tardar en llevar á los viajeros 14 ó 15 días hasta el Cairo, y tres ó cuatro desde el Cairo á Londres, mientras que el viaje marítimo invierte dos días menos. A pesar de esto y de que no abundan las razones políticas, económicas y militares á favor del preyecto, se ha construído ya, por el S. desde el Cabo de Buena Esperanza, á través de la colonia del Orange, y la del Trasvaal, llegando más allá de Victoria-Falls, en el Zambese, y por la parte del N. hasta el Sur de de Karthum, es decir unos 5.000 kilómetros de vía, la mitad del desarrollo total próximamente.

Al tratar del ferrocarril de Dakar al estrecho de Gibraltar, no me he de ocupar del aspecto financiero de la cuestión; del tráfico probable que podría tener, y que yo creo pequeño en lo que respecta al concurso del país que atraviesa la línea por el Sahara. Ni la productividad de estas regiones parece ser grande, ni las necesidades de la población tampoco, por su índole y por el número de sus habitantes. Se ha fantaseado mucho sobre una y otra cosa: el *Adrar* mismo, país relativamente fértil y extenso, no tiene, según Théveniot, más de 6.000 habitantes.

La densidad de población es escasísima en esas regiones; y no hay que contar con que aumente merced al ferrocarril, como ha sucedido en N. América, en que la línea de Omaha á San Francisco ha hecho surgir poblaciones enormes en países antes deshabitados; porque este desarrollo está en relación de las dimensiones del suelo cultivable, que aquí es muy pequeño.

Lo que el suelo no produce, ¿lo darán las riquezas minerales del subsuelo? Poco se sabe de esto. Hay quien lo asegura; pero aun en todo caso, aun existiendo, sería preciso encontrar obreros (no son muy á propósito los tuaregs, que no van á cambiar sus hábitos de repente) y agua para las explotaciones, y estudiar si los gastos de explotación y los del transporte estaban en relación con los beneficios industriales.

Es, pues, de examinar, si estos limitados recursos y población del Sahara tienen importancia suficiente para justificar la inversión é inmovilización de capitales.

Pero si el tráfico que el Sahara proporciona no es suficiente para alimentar el ferro-

carril en la región que atraviesa, puede bastarle la mercancía de tránsito, la que procede de la América del Sur.

Aun aquí habrá que estudiar el resultado de la lucha, desde el punto de vista económico, de las tarifas, entre el transporte terrestre paralelo á la costa (recargado con los precios de descarga y carga en un puerto de la costa occidental de África, y en el Estrecho de Gibraltar) y el hecho por barcos, el flete, no olvidando el perjuicio que las mercancías pueden sufrir por los calores de tales regiones y el aumento de coste en el tráfico que esto supone.

Todo esto es vago, indeterminado; hay falta de datos.

No me he de ocupar tampoco de la posibilidad técnica. El Sahara se compone de llanuras y dunas de arena, y también de mesetas rocosas, pedregosas, cuya descomposición alimenta, con los detritus, á aquéllas. El asiento de vía, la lucha para evitar los enarenamientos, la elección de un buen material para traviesas que no tenga la combustibilidad de la madera y arda como la yesca (como en Túnez y en el Senegal), ni sea corroída por las sales del subsuelo, caso de ser metálicas; los fenómenos de dilatación por la enorme diferencia de temperatura que se producen durante el día (de 60 á 80° á veces); la escasez de agua, dado que el Sahara no es, ciertamente, una esponja, y su calidad, condiciones importantes en la construcción y en la explotación; el combustible, que aquí, en ausencia de minas de hulla, no da el suelo, como sucede en el transiberiano, que cuenta con la madera, y el transcaspiano, que tiene el petróleo; la mano de obra y número de obreros, dada la poca densidad de la población, y que los obreros blancos no pueden dedicarse á rudos trabajos; estas y otras incidencias constituye dificultades que no son invencibles, pero sí dignas de ser tomadas en consideración. No indican imposibilidad absoluta, pero sí la necesidad de un estudio serio de la cuestión antes de arriesgar capitales.

A mí me ha tocado hablaros de los problemas militares que se relacionan con la vía de comunicación de Dakar á Ceuta, y de ellos he de ocuparme efectivamente, haciendo el estudio del ferrocarril desde el punto de vista político-militar; he de hacer también este estudio desde el punto de vista de la defensa de la construcción, y de la explotación misma que habrá necesidad de realizar á pesar de la hostilidad probable, no hay que hacerse ilusiones, de los habitantes de ciertas regiones que ha de atravesar la línea, lo mismo en el Sahara que en Marruecos; y, por último, he de señalar los recursos con que la ingeniería militar puede contribuir á la realización de la idea por medio de su material especial de ferrocarriles de campaña, de puentes desmontables y otros elementos que emplea para la construcción y reconstrucción de estas líneas.

***

Por lo que respecta al Sahara, el ferrocarril objeto de estas conferencias ha de atravesar la parte de terreno comprendida entre el río Draa, que viene á formar la frontera del Mediodía de Marruecos, y San Luis de Senegal y Dakar.

De ellos daré ligera idea utilizando, entre otros datos, los que me ha facilitado el Capitán de Ingenieros Sr. Hernández, comisionado en los años de 1903 y 1904 para reconocer los terrenos de la costa, comprendidos entre Cabo Juby y Cabo Blanco.

Debajo del cabo Juby hay un buen fondeadero que se llama Mata de los Majoranos; y más al Sur el de Las Bocas en la desembocadura del Seguía-el-Hamra. Pocos kilómetros por debajo del cabo Bojador, hay otro fondeadero llamado Parchel; siguen después por este orden, como fondeaderos mejores ó peores, que de esto hemos de hablar también, el llamado Boca de la Aguada, el de la Bombarda, Morro del Ancla, la ensenada de

Buenjardín y el puerto formado por la península de Río de Oro. Entre esta península y cabo Blanco, abundan los buenos fondeaderos y anclajes; Angra de Cintra y Gorey, verdaderos puertos; más abajo el fondeadero formado entre cabo Barba y el islote Virginia, después la bahía del Oeste, frecuentada por los pescadores canarios; y, por último, la famosa bahía del Galgo, que es excelente. Tenemos, en suma, unos cuantos fondeaderos, algunos buenos, entre el cabo Juby y Río de Oro; un buen puerto que es Río de Oro, y puertos buenos desde Río de Oro al cabo Blanco.

La península de Río de Oro, de 37 kilómetros de longitud y cinco ó seis de anchura, forma con la costa inmediata una ría anchísima de 13 á 14 kilómetros, en la cual, á pesar de una barra próxima á su embocadura, existe un canal grande que permite el fondeadero de los trasatlánticos. En el fondo de la ría está la isla de Herne.

El fondeadero denominado Matas de los Majoranos, situado al Sur del cabo Juby, es bastante abrigado, pero en sus inmediaciones el terreno no ofrece ni agua ni abundancia de vegetación, solamente hay algunas matas de tarey y algunas gramíneas. Inmediato á éste se encuentra el Méano de Santiago, y más abajo el fondeadero de Las Bocas, lugar que parece ser la desembocadura del río Seguía el Hamra, que tiene intermitencias, como todos los ríos del Sahara, pero que es una especie de oasis por su fertilidad, donde hay grupos compactos de árboles corpulentos, agua abundante, pastos y vegetación, por más que según el capitán Sr. Hernández, cerca de su desembocadura no se descubre esa fertilidad decantada por algunos viajeros.

Debajo del cabo Bojador está el fondeadero de El Parchel, muy bueno; es ensenada abrigada, capaz, con fondo bastante, hasta de 12 metros de profundidad de agua á 500 metros de la orilla; de manera que pueden anclar barcos de gran calado. Debajo del fondeadero El Parchel está el llamado Boca de la Aguada, y más abajo al Sur el denominado La Bombarda. En esta parte de la costa hay manantiales que, aunque poco abundantes en la actualidad, con buenos trabajos de alumbramiento podrían aumentar de caudal; pero el agua, aunque aparece transparente é inodora, después de embotellada adquiere olor sulfídrico y se enturbia.

Sigue después el fondeadero llamado Morro del Ancla. La costa, que está acantilada, es de acceso algo difícil.

Más inmediata á Río de Oro está la ensenada de Buenjardín. Tiene bastante abrigo y agua, y en el interior alguna vegetación, aunque pobrísima, consistente en gramíneas y matas de tarey; y aunque en ciertos sitios hay restos de terrenos cultivables, son pequeños.

La composición de los terrenos de la costa en Río de Oro y sus inmediaciones es: en la superficie, una capa de arena; sigue después otra de toba caliza, perteneciente á la formación terciaria marina, conteniendo abundantes fósiles marinos, y de un espesor medio de dos metros; debajo de esta capa se encuentra otra de arenisca blanca, á la que siguen areniscas amarillentas y verdes, sumando un espesor de seis á 10 metros; y después terreno arcilloso, en donde se suele encontrar agua; de manera que los pozos que se abran en esta parte, porque la organización del subsuelo es en toda la costa poco diferente de la antes descripta, no tienen profundidades mayores de 10 á 12 metros.

El agua que en ellos se recoge tiene un fuerte olor sulfídrico, es de sabor alcalino, contiene gran cantidad de cloro, procedente del cloruro sódico, y de ácido sulfúrico, proviniente del sulfato de cal. Son, además, ricas en materias orgánicas y, como hemos dicho, tienen hidrógeno sulfurado.

En la factoría de Río de Oro hay, además de los empleados y de la guarnición,

algunos moros que están al servicio de ella. Varias tiendas de moros, alineadas formando calles, se agrupan al exterior de la factoría.

De la factoría de Río de Oro no he de hablar, ni de su comercio que es escasísimo; bien es verdad que no se hace gran cosa para mejorar tal situacion comercial. A los moros no se les paga en dinero, sino en vales, con los cuales pueden adquirir efectos en la factoría: pero no los que quieran, sino los que les señalan los empleados de ésta; de aquí que prefieran llevar las mercancías al Senegal, en donde encuentran todo lo que necesitan. Además, hay que advertir que los franceses subvencionan á los jefes de las tribus para que encaminen las caravanas á su colonia, y para atraerlos, les dan fusiles modernos, para cuyo municionamiento les es forzoso acudir á aquélla.

En toda esta zona lo único que tiene valor positivo son las pesquerías. La mínima cantidad de pescado en condiciones de sufrir una preparación industrial para el consumo es de 20.000 toneladas; y téngase en cuenta que los procedimientos de pesca y de preparación del pescado son primitivos y rudimentarios, que de emplear los modernos las cifras anteriores se duplicarían y aun triplicarían. Además, los despojos del pescado no se utilizan, siendo así que pudiera extraerse aceite de ellos y emplearlos también en la fabricación de abonos.

El centro de las pesquerías es Río de Oro; de aquí su importancia.

El terreno inmediato á la costa no es plano, tiene ligeras ondulaciones, con muchas dunas de arena y vegetación pobre; en algunas partes hay pequeñas extensiones de tierra vegetal, pero tan escasa, que no sería posible que arraigasen plantas de raíces profundas.

A bastante distancia de la costa existe la región llamada Adrar-Tmarr, que mide unos 350 kilómetros en dirección N. S. y próximamente 250 en sentido E. O. Sus pequeños montes, valles y riachuelos alimentan rebaños numerosos y una población que cuenta con algunas industrias, principalmente armas y cueros.

***

Por la influencia, desde todos puntos de vista, incluso el militar, que tienen los ferrocarriles á través del Sahara, bosquejaremos los diversos proyectos franceses.

El problema del ferrocarril transahariano, se viene agitando en Francia desde 1859. Diferentes comisiones fueron nombradas para estudiar el terreno, que partieron de Argelia y del Senegal; entre las primeras, la que costó la vida al coronel Flatters, cerca de los pozos de Assiú en 16 de Febrero de 1881.

Cuatro son los proyectos franceses que, por orden de situación, de Oriente á Occidente, vamos á enumerar:

1.° Es el más moderno, parte de Túnez, del golfo de Gabes, y se encamina bastante al Oriente del lago Tchad; se aspira en este proyecto á enlazar esta vía con las de la región de los lagos y ferrocarril que va al Cabo de Buena Esperanza.

Es el trazado más corto.

2.° Trazado (Central).—Parte de Philippe ville (Provincia de Constantina, en Argelia), y se dirige por Biskra y Amguid (en el Sahara), al lago Tchad, con un ramal desde Amguid á Burum, en la parte oriental del codo N. del Niger, al E. de Timbuctú. Longitud, 3.500 kilómetros.

3.° Trazado (Central).—Desde Argel, baja por Laguat, El Goleah, llega cerca de Insalah uniéndose en este punto—Turist—al occidental, y separándose para ir por Timissao á Burum (Niger).

4.° Trazado (Occidental).—Orán-Fignig-Igli-el Tuat. Sigue el curso de los ríos

Zusfana y Saura; atraviesa el desierto en su menor anchura (1.000 kilómetros), llega á Timbuctú (en el codo del Niger) y allí se pone en relación por el ferrocarril de Kulikoro-Kayes, con el curso inferior navegable del río Senegal y con San Luis; y por la línea férrea de Kayes á Tyes, con el ferrocarril Dakar-San Luis.

Este ferrocarril, de 2.700 kilómetros, está construído en más de su mitad; de su importancia militar trataremos al hablar de Marruecos. Solamente diremos ahora, que desde Saida á Ain Sefra, hasta Bechar, ha sido construído por avances sucesivos, levantando primero una línea de fuertes fortificados, que servían de almacenes y depósitos susceptibles de ser defendidos por pequeñas guarniciones, y permitían á las columnas móviles estar más tiempo en operación, alejadas de su base, sin tener que conducir convoyes numerosos cuya defensa hubiera absorvido una parte de esas columnas. Estos fuertes eran después unidos por la línea férrea.

El problema militar del ferrocarril de Dakar al Estrecho tiene dos fases: la primera, que podríamos llamar internacional, y se refiere á las relaciones político-militares con las demás naciones; y la segunda, puramente local, que tiene en cuenta la hostilidad probable de los habitantes de las comarcas que ha de atravesar la vía férrea, y los medios que hay necesidad de emplear para defenderla contra los ataques de los naturales del país.

Nos ocuparemos de la primera. La importancia militar de la vía férrea depende, en una parte, del valor comercial que tenga; puede decirse que no hay vías comerciales ni militares, porque toda vía que es militar la aprovecha el comercio, y toda vía comercial tiene gran importancia militar. En caso de guerra, uno de los objetivos es atacar al enemigo en sus intereses comerciales, y principalmente se trata de atacar esas vías comerciales, destruirlas si son terrestres é interceptarlas si son marítimas; de manera que un buen trazado, desde este punto de vista, sería aquel que cumpliera estos dos objetivos, que sirviera de base para atacar las vías comerciales de los enemigos probables, y al mismo tiempo que no estuviese en condiciones de ser atacado.

Prescindiendo de la primera y estudiando la segunda, veamos qué territorios son los que ha de atravesar la línea férrea. Esta vía ha de franquear el país comprendido entre la colonia del Senegal y el paralelo que pasa por el Cabo Blanco; después los territorios inscritos por los paralelos de Cabo Blanco y Cabo Bojador, territorios sobre los cuales tenemos soberanía y derechos reconocidos, por más que nuestros buenos amigos los franceses traten de mermarlos. Examinando las cartas francesas, se observa de qué manera, prescindiendo de las reglas de *hinterland* que aplican todas las demás naciones, para apropiarse el Adrar, que lo consideran como una especie de dependencia comercial del Senegal, limitan nuestras posesiones á bien poca cosa, haciendo pasar un paralelo al N. de Cabo Blanco, quebrando un meridiano caprichosamente para excluir el Adrar, dejándonos generosamente unos cuantos kilómetros cuadrados de dunas de arena.

Entre el paralelo que pasa por el Cabo Bojador y el río Draa, que limita Marruecos por el Sur, existen terrenos sobre los cuales tenemos algún derecho, aunque sea dudoso. Algunos viajeros españoles, entre ellos los enviados por la Sociedad Geográfica Comercial, como D. José Alvarez, han hecho excursiones por este país, concertando tratados con sus naturales, que reconocieron la soberanía de España.

Conviene anotar que el Sultán de Marruecos, receloso de la influencia que España iba á tener, compró hace unos años á los ingleses la factoría de Cabo Juby, fundada por Mackensie, por la cual se hacía un gran comercio de armas y pólvora con los Tuaregs y gentes de Tafilete y del Atlas.

Más allá del río Draa se encuentran las vegas del Sus y del Nun, sobre las

cuales tal vez pudiera tener el día de mañana España alguna pretensión. Hay que advertir á este propósito que no sería la primera vez que estos terrenos perteneciesen á España, porque, según el erudito Sr. Jiménez de la Espada ha demostrado con documentos auténticos, en tiempo de los Reyes Católicos, el año 1499, los jefes de estas tribus rindieron espontáneo vasallaje á la Corona de Castilla, con cuyo motivo se creó una Capitanía general de la costa de África anexa á las Canarias. Estos valles fueron recorridos por el famoso valenciano Badía (Ali-bey-el-Abassi) en tiempo de Carlos IV con designios de mayor alcance que los de simples viajes; y también es oportuno recordar que en la guerra de África, el año 1860, algunos jefes de estas tribus fueron á visitar en Tetuán al general O'Donnell para proponerle la alianza.

Por último, el ferrocarril habría de desarrollarse en una nación, Marruecos, cuya independencia está reconocida por todas las demás.

Resumiendo; el país comprendido entre Cabo Blanco y el río Dráa, tiene por límites: el imperio marroquí, por la parte Norte; el Sahara, por la parte Oriental, pero teniendo, á guisa de barrera, el ferrocarril transahariano francés de Orán á Timbuctú; las posesiones francesas por el Mediodía y el Océano Atlántico por el Oeste.

Dos trazados se podían desarrollar partiendo de San Luis: uno interior que atravesando el Adrar pasase por todos los oasis que pudiera encontrar, que llegara á Seguia el Hamrra, cuyo curso tiene relativa fertilidad, penetrando después en Marruecos por el valle el Sus; el otro trazado es el de la costa.

El primer trazado, el del interior, no cabe ninguna duda que tiene mucha mayor importancia militar para España; desde luego afirmaría su soberanía en territorios que realmente nos pertenecen, después nos serviría de base para el día de mañana si aplicando el *hinterland* del mismo modo que las demás naciones, nos conviniera avanzar hacia el interior en dirección Este; pero precisamente por todo esto, el trazado habría de ser visto con suspicacia y recelo por parte de los franceses, porque siguiendo una posición paralela á la de su ferrocarril transahariano occidental, ejercería alguna influencia sobre el mismo Sudán y le restaría también una parte de tráfico. Estos recelos habrían de ser mayores si se tiene en cuenta que la línea transahariana francesa no tiene solamente por objeto la unión de la colonia argelina con la del Senegal, sino también el de rodear Figuig, Tafilete, el curso del Draa; y, por un ramal dirigido al Oeste, unir sus regiones Argelina con el Atlántico en un trayecto más corto estableciendo á modo de un acordonamiento del imperio marroquí por la parte meridional; y el ferrocarril en que nos ocupamos, si se elige el trazado por el interior, puede hacer sombra á estos proyectos presentes y futuros.

Si fuere atacado ese ferrocarril por una nación civilizada, la unica defensa que pudiera tener la habría de sacar del mar, ya que los extremos, Senegal y Marruecos, nos habían de estar vedados. Sería preciso para la defensa contar con escuadras de que no hemos de disponer en mucho tiempo, las cuales tendrían como base, y base excelente, las Islas Canarias, que á su vez estarían necesitadas de esa misma protección. Viénese á comprobar una vez más que es inútil, es ilusorio, soñar en colonias sin disponer de marina.

El trazado inmediato á la costa se presta más á ser socorrido en la hipótesis que estamos considerando; pero también, como sucede á todos los ferrocarriles costeros, puede ser más fácilmente dominado, cortado, interrumpido, por ataques marítimos.

En suma; los peligros para la integridad del ferrocarril, existen del lado de tierra y del lado del mar, y no pueden ser conjurados, dada nuestra situación actual, con ninguno de los dos trazados.

Es de importancia, también, para el objeto de esta conferencia, el conocimiento de las costumbres y cualidades morales de los habitantes de los territorios saharianos que ha de atravesar el ferrocarril, y de los medios de que pueden disponer para oponerse á la construcción y explotación de la línea.

Respecto al primer extremo, las opiniones de los que de estos asuntos tratan y de los viajeros y exploradores de esos países, no pueden ser más contradictorias; aquí encaja, perfectamente, el proverbio «cada uno habla de la feria según le va en ella».

Hay que reconocer que los Tuaregs no gozan, en general, de muy buena fama, y que una buena parte de la necrología de viajeros del África se debe á ellos. Ahí está, entre otros, el asesinato del coronel Flatters, francés, y de parte del personal de su expedición.

También las españoles cuentan algunas víctimas de las hazañas de los habitantes del Sahara, en Río de Oro. En 7 de Marzo de 1885, varias caravanas de moros armados, poco tiempo después de empezar sus operaciones comerciales de cambio de productos con la factoría, la atacaron, mataron seis españoles, secuestraron diez y seis, pidiendo por su rescate 7.000 pesetas, incendiaron un edificio de madera y demolieron en parte otro en construcción.

Pero, insistiendo en lo que antes dije, hay opiniones para todos los gustos.

Tienen el instinto del robo—dice el Sr. Quiroga al relatar su viaje de Río de Oro á la frontera occidental del Adrar,—por él están en guerra continuamente unas tribus con otras. Su compañero de expedición, el entonces capitán de Ingenieros Sr. Cervera, aún es más severo en sus juicios, y califica á los habitantes de esta parte del Sahara, de fanáticos, poseídos de odio mortal á los cristianos, falsos y embusteros, ladrones, entregados por completo al merodeo y al robo.

En cambio, el viajero D. Lorenzo Rubio (1885), dice que el carácter de los indígenas es bueno, pacífico y confiado; y en apoyo de esta opinión cita el hecho siguiente: llegó á la factoría de Río de Oro un indígena del interior con plumas de avestruz por valor de 3.000 pesetas, y al decirle que no tenían dinero disponible para pagarlas, respondió que esto no era obstáculo para que se quedasen con ellas, y que cuando volviese por allí ya se las pagarían.

Otro escritor (Eduardo Lusini) dice que si á veces cometen actos reprochables, quien sabe si apurando el origen se encontrarían abusos y atropellos que los disculparan en cierto modo; porque la moralidad, buena fe y recta justicia, no siempre brillan en los europeos.

El capitán de Ingenieros Hernández, en sus expediciones á Río de Oro y á la costa hasta Cabo Bojador, pintó de esta manera á los moros de la factoría de Río de Oro y á los que vió del interior:

Son más tolerantes que los marroquíes, á veces demostraban serlo más que los soldados de la guarnición de la factoría; pues mientras algunos de éstos se mofaban de sus genuflexiones y rezos, lo cual les valió la reprensión de Hernández, ellos, durante la misa, suspendían sus ocupaciones y guardaban respetuoso silencio. Muestran gran indiferencia por la civilización. «Vosotros los europeos—decía á Hernández un cheik ó jefe religioso—os cuidáis mucho de las comodidades y de las cosas de este mundo, pero todo eso es transitorio; de lo que hay que ocuparse es de la otra vida.»

Se puede sacar partido de ellos conciliando la energía con la justicia, y cumpliéndoles las palabras, las promesas, siendo fieles con ellos en los contratos. Esto no obsta para que se tenga prudente desconfianza; porque son, en efecto, embusteros y con inclinaciones al robo.

Sus cualidades físicas son: vista de lince, agilidad y robustez. Los criados que tomó á su servicio Hernández le fueron sumamente útiles.

Estas gentes están armadas con fusiles de chispa, de dos cañones, arma que prefieren para sus cacerías y combates, porque les es más fácil municionarse y adquirir balas y pólvora, mientras que las modernas de retrocarga exigen el cartucho metálico, que es obra de arte cuya fabricación, en mucho tiempo, no estará á su alcance. De aquí el que estén acostumbrados á tirar á distancias cortas, pero lo hacen con gran acierto, y son aptos para poder disparar á grandes distancias con fusiles modernos, y así lo demostraron al Capitán Hernández.

Su bello ideal es tener un arma moderna: «fusil que mate sin ver», definición que da perfecta idea de su carácter; es decir, un fusil de gran alcance con el cual puedan emboscarse, herir, matar á su adversario. No son, pues, muy de fiar, y hay que contar con su hostilidad para adoptar las medidas necesarias á la defensa de la explotación y construcción de la vía. No hace mucho tiempo, en el mes de Enero, el transhariano francés ha sido atacado por más de seiscientos hombres.

Para hacer el estudio del mejor trazado del ferrocarril desde el punto de vista de la defensa local, tenemos el ejemplo de lo sucedido á Francia en Argelia. ¿Por qué tardó tanto tiempo en penetrar con decisión en el sur oranés? Porque no había ocupado los oasis, de los cuales, precisamente, partían las *razzias,* y en ellos se refugiaban los que las efectuaban. Comprendiéronlo los franceses así, y crearon las compañías ó tropas de oasis, destinadas á su ocupación y defensa, y entonces cambió por completo el estado de la cuestión, porque con la ocupación se hicieron dueños de las plantas, de los pastos, los granos, el ganado y de todos los recursos. Por medio de penetraciones sucesivas fueron construyendo puestos fortificados, y después la línea férrea, y al mismo tiempo se atraían en cierto modo á los naturales, cuya hostilidad es muchas veces un efecto de su alejamiento.

Dentro de estas ideas, que son perfectamante aplicables al Sahara, claro está que conviene más el ferrocarril de trazado interior, que permitiría el dominio del Adrar y el de los oasis, pocos ó muchos, que se encuentran al paso hasta llegar á las estribaciones del Atlas que forman los valles del Sus y del Nun en Marruecos, si bien este sistema de penetraciones sucesivas es el más lento.

Para asegurar con mayor rapidez la defensa de la línea, no cabe duda que el mejor trazado es el de la costa, porque es más fácil establecer simultáneamente puestos fortificados en diversos puntos, aprovechando los fondeaderos que he citado antes; y también resultaría facilitada la construcción, ya que sería posible desembarcar los materiales en la costa y comenzar las obras en varios puntos.

Cierto es que queda en pie la posibilidad de que los ataques partan de los grandes oasis, pero aquí debe procederse de un modo parecido al que siguen los ingenieros en el sitio de una plaza. No caminan directamente hacia ella, sino que empiezan por construir una trinchera que envuelva el frente de ataque, llamada *paralela,* y de allí hacen partir otros ramales en dirección de la plaza, apoyándolos á cierta distancia con otras paralelas. Este es el procedimiento que debe seguirse aquí y en casos parecidos.

Importa, pues, construir esta vía férrea principal, próxima á la costa, porque estaría mejor defendida y protegida que la del interior, sin perjuicio de hacer alguna otra línea transversal, provista de fuertes y defendida del modo que ya se dirá después, dirigida á los oasis y lugares habitados. Cierto es que de esta manera se aumenta la red, pero después de todo, esta línea transversal puede hacerse con el material de campaña, que es baratísimo, de una gran movilidad, y se puede variar de colocación á medida de

las necesidades; y estas líneas transversales servirán de barrera para las *razzias* que pudieran hacer los indígenas. Este procedimiento ha sido empleado con gran éxito por los ingleses en el Transvaal, en la guerra con los boers.

JOSÉ MARVÁ,
Coronel de Ingenieros.

(Continuará).

Ateneo de Cádiz.

JUEGOS FLORALES

La Junta directiva del Ateneo de Cádiz convoca á un Certamen científico, literario y artístico, en el que podrá tomar parte todo el que lo desee, y cuyos temas y condiciones se enumeran en el siguiente programa:

Tema 1.° «Poesía». con libertad de asunto y metro, que no exceda de ciento cincuenta versos.—Premio de honor: flor natural

Tema 2.° «Oda á España».—Premio del infante D. Carlos: un reloj de sobremesa.

Tema 3.° «Boceto al óleo», representando una escena popular de cualquier región de España. (Dimensiones: 75 por 50 centímetros.)—Premio de los infantes doña María Teresa y D. Fernando: un jarrón con figuras.

Tema 4.° «Rapsodia española» para violín y piano.—Premio de la infanta doña Isabel: un juego de café de porcelana.

Tema 5.° «Estudio crítico de la obra legislativa de las Cortes de Cádiz de 1812 y de su influencia en la política española.» — Premio del Sr. D. Segismundo Moret: un objeto de arte.

Tema 6.° «A Cádiz», soneto.—Premio del señor duque de Nájera: un objeto de arte.

Tema 7.° «Pequeñas industrias marítimas que se pueden implantar en Cádiz.»—Premio del señor conde de Villamar, capitán general del departamento: un juego de reloj y candelabros de bronce, con figuras.

Tema 8.° «Al soldado español», poesía en décimas.—Premio del señor duque de Nájera: un objeto de arte.

Tema 9.° «Fotografía artística», con libertad de asunto. (Dimensiones mínimas: 9 por 12 centímetros.)—Premio del Sr. D. Antonio Llamas y Novac, gobernador civil de la provincia: una cartera de escritorio, con tapa de plata.

Tema 10. «Medios que podrían emplearse para desarrollar y facilitar el tráfico entre los pequeños centros rurales y las vías férreas ó puertos, con aplicación á la provincia de Cádiz.»—Premio de la Diputación provincial: un objeto de arte.

Tema 11. «Estudio crítico de *El Buscapié,* su autor, mérito de la obra, principales controversias acerca de ella».—Premio del Sr. D. Cayetano del Toro, alcalde de Cádiz: dos jarrones con figuras modernistas.

Tema 12. «Aspecto económico de las Diputaciones provinciales: bases en que debe descansar una buena Hacienda provincial.»—Premio del Sr. D. Cándido Prieto, presidente de la Excma. Diputación provincial: figura alegórica del trabajo con aplicación de luz eléctrica.

Tema 13. «Poesía festiva» que no exceda de ciento cincuenta versos.—Premio del marqués de Bertemati, senador del reino: un objeto de arte.

Tema 14. «Influencia de la marina militar en la prosperidad de los pueblos».—Premio del Sr. D. José M. Lazaga, senador del reino: un objeto de arte.

Tema 15. «Influencia de los actuales Aranceles en el comercio de Andalucía.»—Premio del marqués de Mochales, diputado á Cortes: un objeto de arte.

Tema 16. «Cuento en prosa.»—Premio del Sr. D. Bartolomé Bohórquez, diputado á Cortes: un objeto de arte.

Tema 17. «Dibujo á pluma», estudio del natural. (Dimensiones: 25 por 20 centímetros.) Premio del Sr. D. José García Guerrero, diputado á Cortes: un objeto de arte.

Tema 18. «Dibujo de una máquina ó de parte de ella», acompañado de una breve explicación acerca de su uso y aplicaciones en la industria á que se destine.—Premio del marqués de Comillas (para obreros y alumnos de Escuelas de Artes é Industrias): un estuche de matemáticas.

Tema 19. «Cartilla higiénica popular», conteniendo las instrucciones necesarias para la lactancia artificial.—Premio de la Real Academia de Medicina de Cádiz: medallas conmemorativas de las bodas reales, con marco de estilo Luis XV.

Tema 20. «Estudio acerca de la conveniencia de declarar á Cádiz puerto franco ó de concederle una zona neutral.»—Premio de la Cámara de Comercio: un objeto de arte.

Tema 21. «A la mujer andaluza.» Poesía con libertad de rima que no exceda de cien versos.—Premio del Casino Gaditano: columna con figura de bronce y aparato para luz eléctrica.

Tema 22. «Influencia del comercio y la industria» en la cultura de los pueblos.—Premio del Centro Mercantil é Industrial: un objeto de arte.

Tema 23. «Biografía del biógrafo gaditano D. Nicolás María de Camblaso y Verdes, marqués de Méritos.»—Premio del Sr. D. Santiago Casanova y Patrón, cronista oficial de la provincia: Un ejemplar de la obra *Descripción de España,* por Xerif Aledris, conocido por el Nubiense, con traducción y notas de D. José Antonio Conde.

Tema 24. «El anarquismo», estudiado en sus aspectos político, jurídico y social.—Premio del Sr. D. Rafael de la Viesca, presidente del Ateneo: una figura de arte moderno.

Bases y condiciones.

1.ª Los trabajos que se presenten al certamen deberán ser originales é inéditos, no llevarán firma, rúbrica ni indicación alguna que revele quién es su autor, y los escritos deberán estar en castellano, con letra clara y legible, advirtiéndose que quedarán excluídos del concurso todos los que contravengan en algún modo los mencionados requisitos.

2.ª Cada trabajo habrá de ostentar un lema, el cual habrá de copiarse en el sobre, que, convenientemente cerrado y lacrado y conteniendo el nombre y señas del autor, deberá acompañar á todas las composiciones que se presenten.

3.ª El plazo de admisión para todos los trabajos, que es improrrogable, terminará el día 5 de Septiembre próximo, á las doce de la noche.

4.ª Se entenderán presentados dentro de dicho plazo, además de los trabajos recibidos en la secretaría de la Sociedad (á donde se dirigirán todos), los que antes de la fecha mencionada hubiesen sido depositados en la Administración de Correos del punto de origen.

5.ª Al tema 18 solamente podrán concurrir (según se indica anteriormente), los obreros y los alumnos de las Escuelas de Artes é Industrias, cualidad que deberán acreditar los primeros con un certificado expedido por el jefe del taller en que trabajen ó hayan trabajado, y los segundos por el certificado del director de la Escuela en que cursen sus estudios. Estos documentos se deberán encerrar en el sobre á que se refiere la base 2.ª

6.ª Al tema 9.º se podrá concurrir con una ó varias fotografías, y se otorgará el premio al ejemplar ó á la colección.

7.ª Las obras para obtener premio deberán tener mérito suficiente, no bastando el relativo en comparación con las otras presentadas.

Revista de Revistas.

ALEMANAS

Universum.—*Julio.*

Rembrandt, por A. Stiehler.—Trescientos años han pasado desde que vino al mundo este gran pintor (15 de Julio de 1605), y todavía no se ha logrado descorrer por completo el velo en que está envuelta su maravillosa personalidad. En libros, en revistas, en conferencias, se han expresado las más variadas y contradictorias opiniones sobre él: quién le niega genialidad y hasta talento artístico; quién, por el contrario, le coloca en primera fila entre los grandes artistas que ha producido el mundo; este le considera realista, aquél idealista; tal hay que le tiene por optimista, mientras para otro es abiertamente pesimista; Goethe se ocupó de él como pensador y muchos otros le han hecho objeto de sus trabajos, examinando su individualidad como teólogo, como judío y como moralista; se sabe de él que fué millonario y que murió pobre; pintó y dibujó más de 50 auto-retratos que apenas se parecen entre sí. Todo lo que á Rembrandt se refiere, tiene un sello de misterio y de enigma, que contribuye á hacer más atractiva é interesante su figura.

El primer rasgo que se observa en Rembrandt es la originalidad. El influjo que sus dos maestros, Jacobo de Swanenburgh y Pedro Lastmaun, pudieron ejercer sobre su manera de pintar fué tan efímero, que apenas se advierte en sus primeras producciones. El pintó según su gusto personal, sin recibir inspiraciones de nadie, y el desarrollo de su talento artístico fué tan rápido, que en muy poco tiempo tuvo en su estudio más discípulos, y en su bolsillo más florines que ningún otro pintor de aquel tiempo. Esto le permitió alhajar su casa espléndidamente con objetos de arte, telas preciosas, y, sobre todo, cuadros de los maestros preferidos por él y que pagaba á precios exajerados para aquella época. Así, en su colección se veían obras de Lucas de Leyden, Brouwer, Palma el Viejo, Giorgione y hasta un Rafael, sin contar infinitas copias y grabados de Miguel Angel, Tiziano, Holbein y Rubens. Pero su preferencia por estos maestros no llegó jamás á convertirle en imitador de ellos y de igual modo se mantuvo ajeno al influjo de sus contemporáneos: Velázquez y Van Dyck. El quería ser un pintor original, con personalidad propia, un pintor holandés, en suma; no un italiano ó un español tratados á la holandesa.

Rembrandt no conoció los obstáculos y las dificultades con que tienen que luchar los principiantes; mucho de ello debido á la rápida evolución de su talento artístico, pero no poco también á su buena estrella. Ya sus primeras producciones (retratos principalmente) de la época en que residía en Leyden, le valieron fama y provecho; pero en Amsterdam fué donde logró sus más preciados triunfos. Cuando tenía poco más de veinticinco años, pintó su *Lección de Anatomía,* por algunos considerada como su obra maestra, que de un golpe le puso á la cabeza de los pintores de su país. En esta famosa obra, de sobra conocida para hacer su descripción, lo que sorprende y cautiva es la portentosa composición de las figuras. En los cuadros de sus contemporáneos que tienen asunto parecido (estaba muy en boga en aquel tiempo este género de pintura en los Países Bajos), se ve que la principal preocupación del pintor ha sido hacer una serie de retratos, descuidando un tanto la composición y considerándola como cosa secundaria. Aún en un pintor de la talla de Franz Hals es perceptible este defecto. Pero Rembrandt, con su arte prodigioso, supo evitar este escollo, y concediendo al parecido de los personajes la importancia que merece, logró dejar á la posteridad una obra que se tendrá siempre por un modelo de composición. Este célebre cuadro estuvo mucho tiempo en el anfiteatro de Anatomía de Amsterdam; fué vendido en 1828 por la suma de 32.000 florines de oro para remediar la situación de las viudas de cirujanos y ahora figura entre las perlas de la Escuela holandesa, en el Museo de La Haya.

Del período 1632-1637 se conocen unos 40

retratos, en los que está reproducida la gente de mayor viso de aquella época; el número y la calidad de las personas retratadas son un dato elocuente de la fama que gozaba Rembrandt. De este período son también la mayoría de sus auto-retratos, en los que aparece en los más distintos trajes, posturas y expresiones. Los que le tachan por esto de presumido ó de extravagante van demasiado lejos, en nuestra opinión. Lo que él se proponía era, indudablemente, mostrar el extraordinario influjo que todos esos elementos ejercen en una misma figura y como al variar aquéllos determinan también una variación en ésta.

Hasta el año 1640, el genio de Rembrandt sigue en progresión ascendente. La obra culminante de esta época es el *Retrato del autor con su mujer Saskia,* que se conserva en el Museo de Dresde. En ella aparecen, quizás más poderosamente destacadas que en ninguna otra, las maravillosas facultades del maestro: su técnica insuperable, la vida y la expresión que sabe dar á sus figuras y sus dotes especiales de retratista. Los muchos y buenos retratos que de su mujer se conservan, entre los cuales figura en primera línea el que se encuentra en el Museo de Dresde, prueban el grande afecto que por ella sentía. En ellos logró Rembrandt poner tan de relieve lo que aquélla tenía de elegante y de distinguido, que si no se supiera que distaba bastante de ser una hermosura, sus retratos nos convencerían de lo contrario; se ve que están pintados con los colores del amor. De Saskia tuvo el pintor cuatro hijos, de los cuales murieron tres. El que sobrevivió, criatura enfermiza y afeminada, fué retratado por su padre y su figura delicada y pálida se admira hoy en el Museo de Berlín, al lado de un retrato de Saskia que hizo el maestro de memoria, á los dos años de la muerte de aquélla.

Pero en lo que nadie ha superado todavía á Rembrandt es en las aguas fuertes. De esta clase de trabajos ha producido una cantidad fabulosa y con una variedad de asuntos y motivos que prueban lo multiforme de su talento: escenas bíblicas, episodios de la vida diaria, figuras de pastores, de pobres, paisajes, retratos. En todos ellos resplandece el realismo y la vida que se admiran en las obras de este pintor, y hay algunos que hacen la misma impresión que si fueran cuadros. Los dos más famosos son el que representa á Cristo consolando y curando á los enfermos y á los pobres, y el que tiene por asunto la resurrección de Lázaro.

El examen de los asuntos bíblicos tratados por Rembrandt muestran claramente el punto de vista y las tendencias del maestro: él no representaba, como los pintores del Renacimiento italiano, la escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, dejándose llevar de su fantasía y poniendo en las figuras cristianas los tipos paganos de belleza de los griegos, no; él pintaba, por decirlo así, á lo protestante, después de un examen y una interpretación de la Biblia que le daban la idea, el pensamiento, el motivo, y después la ejecución era lo más realista posible. Así, por ejemplo, su *Sacra familia* no es más que una familia de carpinteros holandeses. La gran cantidad de asuntos bíblicos que trató, muchos de ellos repetidas veces, hasta conseguir la expresión que á él le parecía justa, pone bien de relieve la seriedad y el interés que ponía en este género de arte.

Como paisajista ofrece Rembrandt igualmente notas de absoluta originalidad. No se propone conseguir efectos de grandiosidad, á veces ni siquiera de belleza; pinta un trozo de naturaleza tal cual es, y, en medio de la sencillez y sobriedad con que trata el paisaje, sabe dar la impresión exacta, desentrañar el carácter, el alma de lo que tiene ante sus ojos. Entre sus aguas fuertes se pueden admirar los maravillos efectos de perspectiva conseguidos con un par de líneas. No se ha vuelto, desde el tiempo de Rembrandt, á encontrar la fórmula del paisaje sencillo y realista de éste.

Contemporánea de la *Lección de anatomía* es la otra obra, famosa entre todas las de Rembrandt, que se conoce por *La guardia nocturna.* Es curiosa la historia de este cuadro: se encargó al pintor la tarea de retratar la compañía de treinta hombres que, al mando del capitán Frans Bannig Cock, estaba dedicada á velar por la seguridad de los habitantes de Amsterdam. Los que tal encargo hicieron al artista, pensaron que aquél se limitaría á hacer una serie de retratos lo más parecidos posible. Pero el genio de Rembrandt no admitía tan estrechos moldes, y así, agrupando á su gusto á

los soldados, los representó en el momento de salir del cuartel, sin formar aún. La ejecución de este cuadro, de un alarde de composición y colorido insólito en aquella época, no satisfizo á los retratados (sobre todo á aquellos que habían quedado en la parte más sombría del cuadro y que no comprendían cómo el pintor había podido sacrificar sus figuras á la verdad de los efectos de luz); y aquella obra inmortal, que ha conquistado la gloria para su autor después de muerto, no le dió en vida ni honra ni provecho, hasta el punto de que no recibió más encargos de esta clase. A principios del siglo XVIII, cuando se trasladó el cuadro al Ayuntamiento de Amsterdam, un edil poco escrupuloso le mandó cortar por los dos lados para que cupiera entre dos puertas. Los dos recortes se pagarían hoy seguramente á un precio que hubiera dejado atónito al atrevido profanador.

A partir de 1650 se observa en muchos cuadros de Rembrandt la aparición de una cabecita de mujer, con grandes ojos negros. El pintor había tomado á su servicio una labradora joven y bonita, que pronto llegó á ocupar en la casa una posición que no era la de sirviente. No se ha llegado á saber si, como algunos pretenden, el artista se casó con ella; pero lo que sí es probado es que tuvo con ella una hija. La fantasía del maestro recibió nuevo impulso desde que conoció á esta mujer, y su crudo realismo se suavizó hasta llegar en ocasiones á una idealidad que no se hubiera sospechado en él, á juzgar por sus obras anteriores. A los pocos años (hacia 1656), un negocio, en que Rembrandt tenía interesado su capital, fracasó por completo y precipitó al pintor en la miseria más absoluta. Pero no desfalleció su ánimo ante la desgracia, y su trabajo incesante, junto con la inquebrantable y abnegada adhesión de su compañera, le pusieron en situación de satisfacer las numerosas deudas que se vió obligado á contraer. Lo que no logró fué restituirse á su primitiva posición, y aquel hombre de gustos refinados y aristocráticos tuvo que llevar una vida modesta y retirada.

De los últimos años de su vida se tienen pocas noticias. Uno de sus auto-retratos le representa ya viejo, con gesto de cansancio y desaliento. La muerte de su hijo y la de su segunda mujer debieron producir honda impresión en su ánimo. Los relatos de algunos de sus contemporáneos hablan de la vida borrascosa del artista en años de vejez; otros hacen referencia á un nuevo matrimonio. Los únicos datos positivos de aquella época son: la fecha de su último cuadro, una *Crucifixión,* pintada en 1668, y la de su muerte, acaecida en 1699.

BIBLIOGRAFÍA

Del anarquismo y su represión.

El último atentado anarquista produjo en todos los espíritus generosos una honda, una justificada indignación. Todavía convalecen lenta y penosamente de sus heridas muchos infelices que encontraron el dolor en una fiesta de alegría; aún no se han secado las lágrimas de las esposas que perdieron á sus maridos, ni las de los hijos que lloran á sus padres.

Aún las gentes se extremecen de horror y al pasar por el sitio donde el crimen se cometiera, las invade una sensación de indefinible espanto, cual si fuera á verse de nuevo la fisonomía de Mateo Morral, y su cuerpo apareciese en el balcón, llevando en las manos la destrucción y la muerte.

Pero es preciso, como decía el ilustre Azcárate, ese maestro incomparable de moral y de derecho, al tratar de la *Filosofía de la anarquía,* una vez pasada la excitación de los primeros momentos, no dejarse impresionar ó influir sobremanera del efecto producido en el espíritu por la brutal y criminal propaganda por el hecho, hasta el punto de no parar mientes en que tras eso ó con eso hay una doctrina, é importa no olvidarlo porque el Codigo Penal, que es adecuado para

combatir lo uno, es insuficiente por inadecuado para combatir lo otro.

Y decimos esto, porque las referencias, los proyectos, las distintas ideas vertidas á raiz del atentado sobre la mejor manera de extirpar el mal de la anarquía terrorista, han cristalizado en un libro, que por la posición social y los méritos del autor no debe pasar inadvertido. Nos referimos á la obra de don Antonio María de Mena, distinguido teniente fiscal de la audiencia de Madrid, que se titula *Del anarquismo y su represión.*

Loable es por extremo la intención del digno teniente fiscal, las páginas de su libro revelan un criterio muchas veces acertado, siempre respetable, pero nos parece que si hubieran de pervalecer en su integridad las ideas del Sr. Mena, y si el Gobierno se inspirase en ella para la reforma de la legislación actual, sufrirían gravemente la libertad de la prensa, del libro y de la tribuna.

Si las consideraciones del Sr. Mena, relativas á una organización mejor de la policía, análogas á la que ya hacía en 1896 el señor Cadalso en su libro *El Anarquismo y los medios de represión*, no pueden ser más acertadas donde ya flaquea la augumentación, es principalmente al hablar de los medios preventivos contra la secta.

Es frecuente incurrir en la equivocación de mirar lo que es un gran problema social, desde un punto de vista político. Para el señor Polo Peyrolon por ejemplo, en su folleto *El Anarquismo* el origen de todo, consistía en que el duque de Madrid, por causas insuperables, no se hallaba en condiciones de hacer la felicidad de los españoles. Si algún día reinara, no habría más anarquistas en España.

Observada la cuestión desde este punto de mira simplicista, claro es que no ofrece dificultad. Pero el problema es más hondo y complicado.

El error filosófico de la anarquía ha sido puesto de relieve recientemente en un trabajo del inglés Shaw, *Las imposibilidades de la anarquía,* y sobre todo en el del profesor de la Universidad de Jena, Zenker: *Crítica de las teorías anarquistas.* Pero aun habiendo en ellas una equivocación científica, no es posible equiparar al miserable que tira una bomba, con el hombre que discurre sobre las bases de una organización futura.

El Sr. Mena, recogiendo unas frases de la obra del obispo de Jaca, que lleva el título de *Los daños del libro*, da á entender la conveniencia de impedir la circulación de libros ó folletos anarquistas, y esto, de llevarse á la práctica, daría por origen que no pudieran ser leídos, no ya los trabajos francamente revolucionarios de Bakounine, Kropotkine, Malato, Malatesta, Sebastián, Faure, etc., sino ni siquiera los de Max Stirner, Tolstoi ó Carlos Albert.

Además, si lo que no debe ser leído es todo lo que puede producir un daño social, y si buscamos el germen de las acciones delictivas en el desarrollo intelectual de las ideas, vamos, sin querer, á las exageraciones del *Índice* y á las arbitrariedades de la autoridad.

Lo mismo ocurre con lo que se refiere á las agrupaciones de carácter social revolucionario. De la *Internacional* se dijo que una de las razones de su inmoralidad era que atacaba á la propiedad. ¿Cree el Sr. Mena que la crítica de la organización existente sea un acto inmoral?

Deben, sí, llevarse á la legislación aquellas medidas necesarias para garantir la seguridad del ciudadano, pero sin caer en las intransigencias de algunos espíritus y sin confundir cosas que no deben confundirse. El jurisconsulto francés Mr. Garraud, abogado de la «Cour d'appel» y profesor de derecho criminal en la Universidad de Lyon, demuestra en su libro, *La anarchie et la repression,* las injusticias que en Italia se cometieron, merced á ciertas leyes represivas contra los círculos socialistas y las asociaciones cooperativas. El temor de que la violencia contra toda idea radical fuera en España el resultado de preceptos restrictivos, no puede menos de estar justificado por una triste experiencia y por la falta, en gran parte, de nuestras autoridades, de la idoneidad suficiente y la prudencia bastante para no hacer un arma política de determinadas disposiciones.

Si vamos á legislar nuevamente contra el anarquismo, no dejemos de hacerlo, estableciendo esa distinción necesaria entre la doctrina científica equivocada, pero no perseguible, y el hecho criminal, independiente la mayor parte de las veces, pues regicidas ha habido siempre, antes de que se escribieran folletos y libros anarquistas.

Los Estados Unidos nos ofrecen en una de sus últimas leyes la muestra clara de esa distinción. El Estado de Nueva York ha dictado el 3 de Abril de 1904 una ley preventiva contra el anarquismo, pero contra el anarquismo calificado por la ley de criminal, es decir, contra la doctrina que trata de derribar al Gobierno regular por violencias ó asesinatos, tanto colectivos, como dirigidos contra el jefe del Poder ejecutivo ó los funcionarios de los Gobiernos.

No; ni el respetable obispo de Jaca ni el Sr. Mena en su bien escrito y razonado libro se acomodan siempre exactamente á la realidad de las cosas. Los medios preventivos no consisten en la limitación sistemática de la palabra y del pensamiento, en la ocultación de noticias, ó en todos esos arbitrios propios de un tratamiento sintomático que dejaría subsistente la causa del mal, sino que más que nada habrá éste de remediarse, como justamente reconoce el Sr. Mena, con lo que él mismo llama el equilibrio del bienestar social.

P. ZANCADA.

***

De la tierra española, cuentos originales de M. R. Blanco-Belmonte.

Los libros de prosa de los poetas suelen ser intensamente originales y, muchas veces, superiores á sus libros de versos.

En el número anterior de esta Revista dimos cuenta del triunfo alcanzado por Blanco-Belmonte con la lectura que recientemente dió, en la cátedra del Ateneo, de algunas poesías de su último libro *La vida humilde.*

No sería, á buen seguro, menor el que obtuviera con la lectura de sus cuentos.

Son todos ellos interesantes, conmovedores, sencillos, delicados y, al mismo tiempo, brillantes en su forma y hasta musicales como poemas.

La prosa de Blanco-Belmonte es castiza, natural, rica y sonora. Y tiene el arte de retratar las figuras, describir las escenas, definir las pasiones é interesar hondamente con muy pocas palabras, pero diciendo mucho más con ellas de lo que cabe en el reducido espacio que ocupan.

Es el arte envidiable cuyo secreto conocen sólo quienes, como Blanco-Belmonte, poseen abundante léxico y tienen maestría para manejarlo con propiedad y elegancia.

Felicitamos, pues, al poeta de *La vida humilde* por su libro de cuentos *De la tierra española,* obras ambas puestas á la venta casi á un tiempo, que merecidamente han valido al autor los unánimes elogios de la crítica y el favor de los aficionados á la buena lectura.

V. A. L.

***

La vida y la muerte, por el Dr. A. Dastre.

Hemos recibido el segundo volumen de la versión castellana que la casa editorial de José Ruiz está haciendo de la *Biblioteca de Filosofía científica,* publicada en Francia bajo la dirección del Dr. Gustavo Le Bon.

En este trabajo de investigación se demuestra no sólo la profundidad de los conocimientos del profesor de la Sorbona, sino sus admirables dotes de estilista, que le hacen huir de toda afectación dogmática, presentando las cuestiones más complejas con una precisión y claridad de lenguaje verdaderamente extraordinarias.

Sirve de introducción á este libro un análisis histórico de las doctrinas biológicas y sus nuevas transformaciones en la época moderna. Dastre no combate las antiguas ideas del animismo y del vitalismo, ya casi proscriptas de la Ciencia, sino en los puntos perfectamente demostrados por la observación y la experiencia. La Filosofía espiritualista no es censurada por él más que en aquella parte que implica contradicción con las leyes de la *Energética.* La crítica de las doctrinas fisiológicas del autor es concluyente, marcando los campos largo tiempo confundidos de la Filosofía y la antigua Física, empeñada en considerar la vida como manifestación exclusiva de los seres orgánicos. La doctrina de la Energía, cuyas leyes rigen por igual todos los seres, es asunto tratado por Dastre con tal copia de datos y tal originalidad de pensamiento, que revelan su dominio absoluto, no sólo de la Fisiología, sino de sus ciencias afines. Asombran los conocimientos del autor en la parte dedicada á reseñar las manifestaciones de vitalidad que la Ciencia moderna acaba de descubrir en los cuerpos llamados inorgánicos y, especial-

mente en los cristales, cuyas transformaciones en nada difieren de las que sufren en el curso de su existencia los animales y las plantas. Para Dastre, la vida es universal: existe una continuidad en el Todo; es, en suma, la eterna cadena que presintió Aristóteles en la gradual ascensión de las formas.

Por último, el problema de la muerte está admirablemente expuesto en la parte final de su libro. Originales las indagaciones de Dastre acerca de lo perenne en los individuos complejos y la inmortalidad de los protozoarios y células poco diferenciadas, hasta llegar á las investigaciones de las miserias humanas: la enfermedad, la vejez, las desarmonías de la naturaleza orgánica y el instinto de la vida y la muerte. Al tratar esta cuestión que tanto nos preocupa, si no llega Dastre, como Condorcet, á ofrecernos una vida ilimitada, una verdadera inmortalidad, nos promete, en cambio, de acuerdo con el célebre filósofo Metchnikoff, una vejez sana, vigorosa y lo suficientemente larga para que podamos realizar nuestra misión sobre la tierra. Esto, que á primera vista parece un sueño, nos lo anuncia Dastre en nombre de la Ciencia y en un porvenir no muy remoto.

***

Almas que pasan. Últimas prosas de Amado Nervo.

Es otro libro en prosa de otro poeta elegantísimo, inspirado y genial.

Lo hemos leído con indescriptible agrado.

Son páginas que se hacen amar porque nos llegan á lo más hondo y vibran en nuestro espíritu dejando dulces huellas de virginales perfumes y suaves armonías.

El instinto de sacrificio y de abnegación de la desgraciada Lía, «verdadera cenicienta cuyo pié no iría nunca á buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapín de cristal hallado en el camino»; el hermoso poema en prosa titulado *El miedo á la muerte; La última guerra,* bajo cuyo dictado, la imaginación del autor fantasea sobre la revolución que, tras centenares de siglos, emprenderán los animales contra el hombre como «candidatos á la humanidad»; la historia tiernísima y delicada de *Los dos claveles,* donde la figura de Antonia tiene conmovedor relieve; el diálogo entre un cañón y un telescopio, *Los dos rivales;* el trágico suceso de *Una esperanza;* el dulce cuento de *El viejecito;* la chistosa *Humillación,* de Fierabrás, infeliz super-gato, terror de las sabandijas, y *El final de un idilio,* por su delicadeza y finura, son relatos atrayentes, deleitables, primorosamente artísticos.

Si *Almas que pasan* fuese la primera producción literaria de Amado Nervo, hubiera hecho ruido, como se dice vulgarmente. Pero que un talento acreditado ya y reconocido, de á luz una nueva obra de mérito, no es una novedad aunque sea un acontecimiento. Y en verdad que cuando los lectores agotan en las librerías los ejemplares de un libro, la crítica no tiene nada qué decir.

M. M. V.

***

El Microscopio, por Ernesto Caballero. — Volumen LXIV de la Biblioteca de *Manuales Soler.*

Las bibliotecas de manuales, servidas por suscripción ó por venta á precios módicos y bien planeadas y dirigidas, son llamadas á prestar los mayores servicios en la instrucción y educación de los pueblos.

Muchas son las importantes colecciones que en el extranjero se publican con este noble fin de la difusión de la cultura, y á ellas deben las más adelantadas naciones no pocos avances en la marcha de la civilización.

En España comenzó también hace algunos años la publicación de colecciones brillantes que deben ser por todos estimuladas y atendidas.

Entre ellas ocupa distinguido lugar la Biblioteca de *Manuales Soler,* de la que acabamos de recibir el último volumen.

Enunciados quedan el título del libro y el nombre de su autor.

Destinada la obra á iniciar á los principiantes en el estudio de la micrografía, se ha prescindido en ella de toda exposición teórica que no sea absolutamente necesaria para darse razonada cuenta del empleo de los aparatos de que se supone puede disponer el lector.

Comienza dedicando un capítulo á las nociones de óptica geométrica precisa para que este compendio de *El Microscopio,* aun formando parte de una serie de Manuales que recíprocamente se completan, pueda ser leído con provecho y como unidad independiente, por las personas menos versadas en los conocimientos de aquella parte de la Física.

A continuación, en diferentes capítulos, se estudian el microscopio simple y el compuesto; el manejo de los varios instrumentos de esta clase; sus cualidades, su instalación y conservación, utensilios y reactivos; práctica de una observación sencilla como el examen de una gota de agua; técnica de las preparaciones permanentes; aplicaciones, etc.

Basta con lo indicado para acreditar el interés y la utilidad del Manual á que nos referimos.

Todos los volúmenes de esta importante biblioteca son igualmente notables por el interés de los estudios á que se dedican y por la autoridad de los ilustres tratadistas que colaboran en la obra, entre los cuales figuran eminencias como Azcárate, Echegaray, Ramón y Cajal, Costa, Piernas, Carracido, Posada, Marvá, etc., nombres que constituyen por sí solos el mayor elogio.

X.

Libros recibidos.

El Microscopio, por Ernesto Caballero.—Volumen LXIV de la biblioteca «Manuales Soler». Barcelona. 1906. Un tomo.

La incredulidad moderna (cartas pastorales), por Victoriano Guisasola, arzobispo de Valencia.—Valencia, 1906. Un folleto.

Investigaciones de la paternidad natural (tesis doctoral), por Alejandro Rey Stolle.—Santiago, 1906. Un folleto.

Verso la guerra? Il desidio fra l'Italia e l'Austria, por Battista Pellegrini.—Roma, 1906. Un tomo.

Hambre y vergüenza (pintura sociológica), por J. Just y Lloret.—Barcelona, 1905. Un tomo.

Criminalogía de los gobiernos españoles (estudio político-social), por J. Just y Lloret.—Madrid, 1906. Un tomo.

Congreso de los Diputados.—Presupuestos generales del Estado. Datos sobre la discusión de ellos, desarrollo y liquidación de los correspondientes á los ejercicios 1876-77, por Antonio Mora.—Madrid, 1906. Un tomo.

Organización económica industrial de los arsenales y astilleros del Estado, por Antonio Navarrete (Fusler N.) Madrid, 1906. Un folleto.

Discurso de recepción en la Real Academia de Medicina, por Juan Cisneros y Sevillano.—Madrid, 1906. Un folleto.

Tirso de Molina (comedias), colección ordenada é ilustrada, por Emilio Cotarelo.—Madrid, 1906. Nueva Biblioteca de autores españoles. Un tomo.

Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, por Cecilio Roda.—Madrid, 1906. Un folleto.

The Cathedrals of Northen Spain, por Charles Rudy.—Boston, 1906. Un tomo.

Madrid en 31 de Mayo de 1906.—Madrid, 1906. Un folleto.

Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, por Juan Pérez de Guzmán.—Madrid, 1906. Un folleto.

Elogio de D. Antonio José Cavaniller, por José Pizcueta.—Madrid, 1906.—Un folleto.

Recuerdos de mi vida, por Martín Rico. s. a. Un folleto.

Bodas Reales: El matrimonio de Alfonso XIII, por Práxedes Zancada. Madrid. s. a. Un tomo.

Almas que pasan. Últimas prosas de Amado Nervo.—Madrid, 1906. Un tomo.

Las fronteras de la enfermedad, por el Dr. J. Hericourt.—Madrid, 1906. Un tomo.

Cartas íntimas (sociología vulgar). Prólogo de Vicente Casanova.—Madrid, 1906. Un tomo.

Entre dos Españas, crónicas y artículos de Miguel S. Oliver.—Barcelona, 1906. Un tomo

La traslación de los presidios de África y la Reforma penitenciaria.

(HISTORIA PALPITANTE)

A) *El autor debiera estar satisfecho.*—B) *Porqué no está satisfecho el autor.*—C) *Hagamos historia.—Primer período.—Desde el Tratado franco-español.—a)* Primer propósito de trasladar los presidios de África.—*b)* Planteamiento de la reforma penitenciaria á partir de la traslación de los presidios de África.—*c)* La reforma en el Consejo Penitenciario.—*d)* La primera ponencia ó de procedimiento para la traslación.—*e)* Un proyecto del Ministerio de la Guerra.—La isla de Sálvora.—*f)* La protesta y la crítica.—*g)* Solución eliminatoria.—*h)* El voto del Consejo Penitenciario.—D) *Hagamos historia.—Segundo período.—Después de la conferencia de Algeciras.—a)* Un paréntesis.—*b)* Reanudación de las iniciativas penitenciarias.—*c)* Traslación de los presidios de África.—El castillo de Figueras.—*d)* ¿Por qué se pensó en el castillo de Figueras?—E) *Hagamos psicología.*—A) *Psicología de las organizaciones políticas y administrativas.—a)* Porqué infunde miedo el presidio.—*b)* Nuestro fracaso administrativo.—*c)* Psicología burocrática.—*d)* Cómo esta la función penitenciaria.—B) *Psicología de las colectividades sociales.—a)* Análisis de una solicitud.—*a')* El tipo moral de la comarca.—La criminalidad.—*b')* El tipo moral de la comarca.—La locura y el alcoholismo.—*c')* El carácter catalán.—*d')* Ideas de somatén.—*e')* Ideas económicas.—*b)* Criterio eliminativo.—*c)* Alma anglo-sajona.—F). *A los poderes públicos, á las corporaciones, á los partidos políticos y á la Sociedad en general.*

A) EL AUTOR DEBIERA ESTAR SATISFECHO.—El que esto escribe, ha sentido rugir la tormenta de la protesta al volver de Galicia, de Cataluña y de Santoña, cumpliendo comisiones oficiales para instalar en la Península los deshauciados presidios de la costa septentrional de África.

Y sin embargo, el que esto escribe no debiera sentirse en modo alguno pesaroso, sino satisfecho, grandemente satisfecho. Debiera considerar que la protesta es un éxito suyo, y que como sembrador de vientos le toca en la ocasión presente recoger tempestades. El espíritu de rebeldía contra el presidio, lo sembró hace muchos años, según puede verse en el artículo XI, «La periferia (contagio externo)», publicado en la más leida y difundida de todas sus obras, *La vida penal en España,* que empezó á publicarse en *El Liberal,* se continuó en la *Revista de Legislación y jurisprudencia,* y salió últimamente en libro aparte en 1888.

En ese artículo se trata la cuestión de las poblaciones que solicitan el presidio, y de las que lo rechazan, y se les dá la razón á las últimas. «Sentir el contacto del presidio—se dice—es suficiente para cobrarle repugnancia.» «Mientras tanto, el presidio no cesa en su perniciosa actividad, y allá va el delito con él. Mudar el presidio es hacer un trasiego de delitos, transportar la epidemia.» «Sí; el presidio puede ser un remedio contra la pobreza originada por la invasión filoxérica ó por cualquier otra calamidad; remedio admisible si se limitara á sustituir rentas con rentas; pero el dinero del presidio envilece; es usurario, se cobra en delitos, indemniza á los perjudicados por la filoxera, á la vez que disemina en las poblaciones otra filoxera, otra plaga peor. Son dos presidios: uno, el económico de Figueras; otro, el infeccioso de las otras localidades, y no pueden ir separados, van juntos, va unida á la moneda la propagación del contagio. Quien desee el dinero del presidio, tendrá que mantener con él relaciones de las que saldrá perjudicado. El presidio es reproductible como la especie y como el círculo en las aguas del estanque. Toda población que tenga un presidio en su vecindad, tiene un presidio en todo su radio. El presidio es entonces el centro, y la población su periferia. Un presidio cerrado crea necesariamente un presidio libre.»

Todo esto se demuestra en el citado artículo, con abundantes hechos y con estadísticas concluyentes.

B) PORQUÉ NO ESTA SATISFECHO EL AUTOR.—En primer término, porque no busca

éxitos ni satisfacciones meramente personales. Es, acaso, satisfactorio el poder decir: —«Lo veis; lo que yo os decía hace diez y ocho años. Esa es la consecuencia de haber perdido el tiempo inutilmente. Ese es otro y espantoso desastre. Al presidio lo rechazan Galicia, Cataluña y el N. de Castilla. ¿Por qué? Porque sienten y conocen que es el presidio de antes, que no ha cambiado y por eso les repugna y les atemoriza su vecindad.»

Efectivamente, el presidio no ha cambiado, pero ¡ay de nosotros! tampoco ha cambiado la sociedad.

El autor es muy enemigo del presidio, lo ha combatido siempre, lo combatirá en toda ocasión hasta que desaparezca por completo. Entiéndase bien, del presidio malo, porque el Presidio correccional de Valencia, obra de Montesinos, siempre será glorioso.

El autor es también muy enemigo de otra cosa, de la indiferencia social y lo puede traer á cuento con palabras y declaraciones de ese mismo artículo *La Periferia*. «Analizando los hechos—se decía en ese artículo—resulta un cargo para la sociedad y para los poderes. ¿Por qué es así el presidio? Por abandono. Un buen sistema penitenciario es una garantía social, que no la tendrá nunca ni la indiferencia ni el egoismo. Es muy cómodo decir «que escarden mi campo»; pero como el derecho es de todos, necesita que todos lo mantengan. La indiferencia social en materias penitenciarias produce en las ciudades gran cosecha de plantas adventicias. Así, siendo la sociedad indiferente y el presidio activo, resulta que el presidio está en la sociedad y la sociedad no está en el presidio. Anteriormente está dicho, que no todas las localidades se hallan en condiciones de tener un establecimiento penitenciario, porque no en todas existen los elementos indispensables para ser convertidos en medio correccional. Precisamente lo que el establecimiento penitenciario necesita es que la ciudad influya en él, no él en la ciudad, y en ciertas localidades aisladas y sin espíritu de moralización y de cultura, estará la penitenciaría como en desierto ó como en muro viejo la planta trepadora.»

El autor, que era joven cuando tales cosas escribía, las puede ofrecer como frutos maduros y tan frescos como las más recientes enseñanzas de la ciencia. Nada tiene que rectificar, sino afirmarse en el mismo sentido y en la misma orientación. Lo propio sucede con la declaración final del artículo citado. «La gran reforma consistirá en variar en la opinión el concepto de la delincuencia. Es preciso que todo el mundo vea en el delincuente un hombre, y en el hombre, un enfermo. ¡Ese es el derecho! Es preciso que todo el mundo vea en la delincuencia la desgracia y el error de que nadie está redimido; que se vea á sí mismo en ese estado; que piense con aquella cristiana máxima de Quevedo: «Quien compadece al miserable, de sí se acuerda». ¡Esta es la religión! Es preciso que todo el mundo medite que el delito es una contribución á su sosiego y á su fortuna, porque el delito es enormemente caro é impone fuertes gravámenes. ¡Este es el interés! Derecho, religión é interés: tres factores necesarios para destruir la periferia presidial.»

C) Hagamos historia. — Primer período. — Desde el tratado franco-español.—Para tratar ordenadamente las cuestiones que los antecedentes apuntados nos han de presentar, conviene hacer historia de lo sucedido, historia que no se encontrará en ninguno de los apasionamientos emanados de la protesta, ó que se la encontrará alterada, no de propósito, sino en virtud de ciertas suposiciones enteramente gratuítas que ofuscan la verdad de los hechos.

a) *Primer propósito de trasladar los presidios de África.*—El último Gabinete del partido liberal conservador, presidido por D. Antonio Maura, siendo ministro de Gracia y Justicia D. Joaquín Sánchez de Toca, abordó resuelta y previsoramente la traslación de los presidios de Africa.

En el preámbulo del Real decreto de 5 de Abril de 1904, creando el Consejo penitenciario, se dice: «pendiente además de especial estudio la más pronta sustitución de nuestros presidios del Norte de Africa»; y más adelante: «hasta por decoro nacional, nos urge apartar del Norte de Africa la triste muestra de nuestros presidios de Melilla y Ceuta, y no nos hemos precavido ni siquiera por mero acto de pensamiento, con alguna previsión anticipada de soluciones posibles ante estas eventualidades apremiantes». En la Real orden de 10 de Mayo de 1904, dirigida al Presidente del Consejo Penitenciario, remitiéndole el *Expediente general para preparar la Reforma penitenciaria,* se alude á lo mismo y refiriéndose á cosa no aplazable. «Se complicaría extraordinariamente esta penuria de locales disponibles al plantearse con urgencia, como lo aconsejan altos intereses nacionales, la supresión de los presidios del Norte de África.» En la sesión de Constitución del Consejo penitenciario (8 de Mayo de 1904), las declaraciones hechas en el discurso que pronunció el ministro de Gracia y Justicia, D. Joaquín Sánchez de Toca, son aún más terminantes: «Estando todo por hacer, y siendo obligatorio hacerlo todo, hay algo que tiene prelación. La reforma penitenciaria la determinan necesidades de todos órdenes, pero hay algunas de carácter nacional, vivamente sentidas desde hace mucho tiempo y reiteradas actualmente en circunstancias que no pueden ser desatendibles. La triste muestra de vida política que damos con nuestros presidios del Norte de África, exije una renovación. El presidio penal, que en otros tiempos y en otras circunstancias, ha prestado buenos servicios y ha sido verdaderamente útil en su asociación con el presidio militar, ya no es compatible con las aspiraciones de la vida civil que tiende á mantener nuestra influencia en el continente africano, acrecentándola por vías de penetración de muy distinto modo. Esta es la realidad presente y esto es lo que se impone, obligándonos á variar nuestra organización penal en su mismo origen, toda vez que los presidios penales de esa costa han sido el patrón de los presidios peninsulares, con tales ó cuales variaciones en sus nuevos acomodos.»

b) *Planteamiento de la reforma penitenciaria, á partir de la traslación de los presidios de África.*—Bien lo expresan las anteriores declaraciones. El presidio de África es el patrón de los presidios peninsulares, y esto nos obliga «á variar nuestra organización penal en su mismo origen». Y añade inmediatamente: «La supresión de los presidios del Norte de África plantea con apremio la reforma general y demanda soluciones acomodadas á nuestro estado social y económico.»

En este sentido se inspiran todos los actos del en aquel entonces ministro de Gracia y Justicia, que continuaba el desarrollo de un plan inaugurado con la obra reformista del Sr. Dato, desenvuelta en nueve importantísimos Reales decretos, y prestigiada con estar incluída en el plan de reformas del Discurso de la Corona.

El Sr. Sánchez de Toca quiso dar garantías de unidad y permanencia á la obra que se iba á acometer y por ese motivo constituyó el Consejo penitenciario. «La necesidad de proceder de ese modo—dice en el indicado discurso,—estableciendo un organismo de verdadera garantía, se advierte dirigiendo una mirada sobre nuestros presidios, que, considerados como edificios, aparecen envueltos en una inmensa ruina material, y si se penetra en el contenido, aparece otra ruina moral todavía más entristecedora. Al ver las multitudes acumuladas en los encierros penales, se experimenta el horror de que se hayan podido cometer tantos crímenes, y al reparar el abandono en que se las tiene, se siente la extrañeza de que no se hayan cometido más. En el seno de nuestros presidios se dibuja una especie de infierno.»

Las orientaciones de la reforma aparecen bien señaladas en la Real orden de 10 de Mayo de 1904. «El problema penitenciario no es meramente una cuestión de alojamiento

ó hacinamientos, ni se debe consentir por más tiempo que nuestro proceder penal se reduzca á una especie de régimen de aprisco para tener encerrados á los hombres durante el período señalado por la ley. Es problema que entraña atenciones mucho más trascendentales, que se han de abordar con toda elevación de propósitos, pensando en que una cosa es mantener el aislamiento social, y otra la de procurar que estos seres vivan humanamente, reeducándose, preparando á los que puedan enmendarse para que vuelvan adecuadamente á la vida normal, ya normalizados en sus tendencias.

»Por de pronto, mientras se edifican nuevas prisiones celulares ó se organiza nuestro sistema penitenciario, se pueden hacer muchas cosas que deben hacerse y no se hacen. Aun dentro de las actuales cárceles y presidios cabe rectificar y reformar mucho para que su régimen interior responda mejor al alto sentido de que el penado es un hombre, y con frecuencia un niño, y que por ser penados el hombre y el niño no pierden sus derechos naturales.»

c) *La reforma en el Consejo penitenciario.*—Designó inmediatamente el Consejo una Comisión ponente á fin de dictaminar acerca del «Procedimiento para la traslación de los presidios penales del Norte de Africa», formándola los consejeros D. Rafael María de Labra, D. Javier Ugarte, el conde de San Simón y D. Rafael Salillas.

En la sesión de 24 de Mayo de 1904, ya expuso el Sr. Labra el plan que la ponencia se proponía desenvolver. En la sesión de 7 de Junio se presentó el dictamen. Empezó la discusión el 14 de Julio. El Sr. Valdés Rubio leyó un contraproyecto proponiendo instalar los presidios de África en Fernando Póo, Annobon, Elobey y los territorios del Muni. Se discutió el contrapoyecto. Sigue discutiéndose el contraproyecto en la sesión de 19 de Julio y fué desechado. Continúa la discusión de la ponencia. El Sr. Calbeton mantiene el criterio de que los penales de África pueden permanecer, no obstante el nuevo régimen que ha de implantarse. Pregunta si es terminante el acuerdo de trasladar los presidios de Africa. Se acuerda preguntarlo al señor ministro de Gracia y Justicia. Se acuerda igualmente que la ponencia que ha dictaminado respecto á la traslación se entienda con la que tiene que dictaminar acerca del trabajo al aire libre, colonia agrícola y colonización interna. En la sesión de 5 de Julio de 1904 se dió cuenta de la reunión de las dos ponencias y de los acuerdos tomados. En 12 de Julio se leen las bases acordadas por las dos ponencias reunidas y se aplaza la discusión, defiriéndola á una reunión especial solicitada por el Sr. Moret. Siguió la discusión de la primera ponencia: «el Consejo acordó favorablemente á la traslación del presidio de Melilla, instalándolo en la isla de Sálvora, con un régimen análogo al del actual presidio militar, y que, para conseguir esto, debe recabarse la oportuna autorización legislativa ó la reforma del Código penal en la parte correspondiente á este fin».

En la sesión de 15 de Julio se leyeron las conclusiones de las dos ponencias reunidas, y con este motivo el Sr. Moret expuso verbalmente la ponencia que se le había encomendado, desenvolviendo todo el plan de la colonización penitenciaria, valiéndose de mapas y otros elementos demostrativos. El plan completo lo desenvolvió el Sr. Moret en la sesión de 5 de Diciembre, leyendo y comentando su ponencia escrita. Discutióse la ponencia en la sesión de 2 de Enero de 1905. Se acordó encomendar al Sr. Moret un proyecto de ley en consonancia con las conclusiones de su ponencia.

d) *La primera ponencia ó de procedimiento para la traslación.*—Comprende cuatro partes: «Cuestión legal», «Modificaciones en el capítulo V, título III, libro I del Código penal», «Proyecto de reforma del Código penal» y «Orden que ha de seguirse en la traslación de los penales del Norte de África».

Reproduciremos íntegramente la primera parte para que resalte el punto de vista

en que se colocó la ponencia, apreciando en toda su integridad la realidad de las circunstancias.

«Acordada la supresión de los presidios del Norte de Africa, el artículo 106 del Código Penal obliga á llevar los penados de cadena perpetua y temporal, ó á otro punto de África ó á Canarias; lo de Ultramar ya no puede tener aplicación.

»Si hubiera de resolverse con sujeción á ese precepto, el dictamen se limitaría á definir dos órdenes de posibilidades y también dos órdenes de conveniencias. ¿Es posible la instalación de las poblaciones penales á que se refiere el citado artículo 106 en Río de Oro, en Fernando Póo y Annobon ó en el territorio del Muni? ¿Es conveniente? ¿Es posible hacer la misma cosa en alguna de las islas Canarias? ¿Es conveniente?

»Supóngase que, estudiado con particularidad el asunto, resultara terminantemente la conclusión de la imposibilidad ó de la inconveniencia, y en tal caso habría que suprimir las localizaciones del artículo 106 substituyéndolas con otras en que ocurrieran condiciones de posible y conveniente realización.

»Procediendo de esa manera no se abordaría la cuestión legal ni tampoco la cuestión penitenciaria. Se procedería—aún teniendo que modificar un artículo del Código—semejantemente á otros casos análogos que nos pueden servir de ejemplo.

»No hace mucho que fueron suprimidos los Establecimientos Penales de Valladolid y de Zaragoza. Estas dos ciudades—independientemente de otras conveniencias—repugnaban la vecindad del presidio. Valladolid se fundaba en una comparación estadística muy elocuente. Los dos Juzgados de la Audiencia y de la Plaza instruyeron, en el quinquenio de 1.868 á 1.873, existiendo el presidio, 2.883 causas criminales, y en el quinquenio siguiente—suprimido el presidio, que luego se volvió á instalar—sólo 1.796. Hubo una disminución de 1.087 causas criminales, que se atribuyeron á influjos del presidio. Sin alegatos estadísticos desenvolvió este razonamiento el Ayuntamiento y el Casino Industrial, Mercantil y Agrícola de Zaragoza, diciendo en su solicitud «que á medida que van transcurriendo los años y cumpliendo los penados sus condenas, se va creando una población de hombres avezados al crimen y dispuestos á la perpetración de nuevos delitos».

»Quede lo de la mala influencia del presidio para otras consideraciones, que muy en breve han de surgir, y atengámonos por ahora á la analogía de los casos.

»Melilla, como Valladolid y Zaragoza, persiste en reclamar la desaparición del presidio allí instalado. No le conviene seguir teniéndolo: le estorba. En Melilla se manifiesta una creciente evolución. La plaza militar, sin dejar de serlo, ha ido transformándose en plaza comercial, y si el régimen de plaza jurada requería, con sus necesidades y sus restricciones, la cooperación del presidio penal, el nuevo ambiente es contrario en absoluto á la cooperación forzosa: demanda la libre concurrencia.

»Aunque en las demás localizaciones africanas del presidio no se haya significado una moción tan persistente, la Sociedad Geográfica, mantenedora de una nueva política en Marruecos, ha denunciado como perjudicial á los intereses nacionales la permanencia de los presidios africanos.

»Hállanse comprendidos en una misma serie todos los movimientos que han obligado á desalojar el presidio de las localizaciones que ocupaba y de las aplicaciones que tenía, serie que en las manifestaciones de Valladolid y Zaragoza, á que pueden añadirse las de Cervera, y en cierto modo las de Santoña y Puerto de Santa María, manifiestan un repudio social, y en la substitución de los trabajadores penados por trabajadores libres en carreteras, canales, puertos y minas, un acomodo social.

»Si por tales tendencias el presidio se halla de una parte repudiado y de otra desacomodado, estas dos gravísimas manifestaciones vienen á plantear el problema, no del

procedimiento para suprimir y reinstalar los presidios del Norte de Africa, sino otro mucho más importante si se reconoce que lo que se desea no es una reinstalación, que, como todo lo adventicio, sería transitoria, sino una reorganización.

»He aquí en toda su integridad el problema de la reforma penitenciaria, determinado por un hecho análogo á los muchos que han venido repitiéndose en la accidentada historia del desahucio y del inquilinato del presidio. Ya no se puede acudir al expediente de buscar locales desalojados para convertirlos en encierros. La premura de las resoluciones pudo disculpar en otras épocas este proceder simplemente acomodaticio; pero hoy, con otras miras, con otras enseñanzas, hay que pensar de muy distinto modo; hay que plantear el problema en todos sus detalles; hay que resolverlo orgánicamente.

»La Ponencia no se conceptúa facultada para una labor cuya amplitud ha de exigir necesariamente muchas subdivisiones, pero al iniciarla y al tocar las primeras dificultades, ha creído que le correspondía descuajar el terreno que ha de ser roturado, nivelado, sembrado, plantado y edificado por los que le sucedan en la importantísima obra ya emprendida.»

El descuaje legal es el primero que se impone. Los preceptos de la sección segunda del capítulo V, título III, libro I del Código penal, ofrecen muchas trabas para el desenvolvimiento de una reforma y no responden al espíritu que la reforma penitenciaria ha de seguir.

Resulta, por lo tanto, con toda claridad que lo mismo el Ministerio que el Consejo penitenciario abordaron la cuestión á partir no de un caso accidental y un acomodo de momento, sino abarcando radicalmente todo el problema de la reforma penitenciaria, discutiéndola en sus bases más esenciales.

En cuanto á la cuestión del orden que había de seguirse en la traslación de los penales del Norte de Africa, la Ponencia terminaba afirmando lo siguiente:

«Se parte del supuesto de que los penados de Africa han de ser trasladados á la Península, rectificándose en este punto lo dispuesto en el art. 106 respecto de Canarias.

«En cuanto al modo y condiciones económicas y de seguridad de los penados para ser trasladados á la Península, la Ponencia no se determina á presentar solución ninguna concreta por el doble motivo de que aquella obra dependerá principalmente de los medios que en la actualidad tenga la Administración para llevarla á efecto, y de que una parte considerable de esa solución es la materia especial de la Ponencia designada para organizar el trabajo al aire libre en la Península.

»Sin embargo, los que abajo subscriben, se reducen por el momento á afirmar que la traslación de los penados de Africa debe realizarse lo antes posible.

»Tratándose de los penados de Melilla, la traslación debe ser inmediata, porque Melilla no tiene vecindad alguna que la ligue al presidio, y, por tanto, la supresión de éste puede verificarse en el momento en que se tenga posibilidad material y económica de hacerlo.

»No sucede lo mismo en Ceuta. El presidio está ligado á muchas aplicaciones de la vida general y ha de ser substituído en ellas por agentes libres. Conviene, por lo tanto, con la anticipación necesaria, dictar las disposiciones oficiales para que esa substitución se vaya preparando, comunicándolo con la debida oportunidad al Ministerio de la Guerra.

»Aunque no tiene igual importancia la supresión, conviene adoptar las mismas precauciones en lo concerniente á Chafarinas, Alhucemas y Peñón de Vélez.

»Y esto es lo único que, por de pronto, conviene prever.»

e) *Un proyecto del Ministerio de la Guerra.—La isla de Sálvora.*—En las actas

del Consejo penitenciario constan las siguientes referencias. Sesión de 25 de Junio de 1904. Final del discurso del Sr. Martínez del Campo. «¿No se considera conveniente que vayan á Canarias? ¿A dónde van? ¿Á la isla de Sálvora? El Consejo no tiene noticia de esta resolución. ¿Á qué otra parte? Estas son cuestiones que el dictamen no resuelve. —El Sr. Conde de San Simón informa al Consejo que el asunto referente á la isla de Sálvora, iniciado por el Ministerio de la Guerra, se tramita en expediente que se está cursando.» En la sesión del 5 de Julio se vuelve á hablar del mismo asunto. «Dióse cuenta de la reunión de las ponencias encargadas de dictaminar sobre la traslación de los presidios de África y sobre la colonización interna.—El Sr. Labra expuso lo que se había tratado en esa reunión. Se cambiaron impresiones y se acordó presentar separadamente uno y otro dictamen. Una de las ponencias mantenía el principio de la evacuación gradual de los presidios de África. El de Melilla se podía trasladar sin inconveniente alguno. ¿A dónde? La solución que ofrece el Ministerio de la Guerra es la de la isla de Sálvora. Enumeró las condiciones de esa isla según las noticias que hasta entonces se habían facilitado. Dedúcese que reune condiciones para mantener una determinada población penal. Esta ha de destinarse á los trabajos que el citado Ministerio tiene en proyecto. No ofrece esto inconveniente alguno, ni el de la concurrencia á los trabajadores libres, porque se trata de obras que no se llevarían á cabo de no utilizar todos los medios beneficiosos de que el Estado puede disponer. Si el presidio de Melilla—que es un presidio de poca población penal, poco más de 300 penados,—ha de trasladarse á Sálvora, ¿cómo ha de hacerse? Por la vía marítima. Así lo aconsejan razones económicas y humanitarias.» Por último, en la sesión de 2 de Enero de 1905 volvió á tratarse el asunto al discutirse la ponencia del Sr. Moret y con ocasión de algunas manifestaciones del Sr. Labra se dijo lo siguiente: «El Sr. Salillas hace uso de la palabra, manifestando que el Consejo, en el acuerdo que adoptó, no hizo otra cosa que aceptar un ofrecimiento del Ministerio de la Guerra. Si se tratara de establecer un centro penal allí, no tendría la menor importancia, pues es una isla que, á lo más, tiene 50 hectáreas de cultivo. La importancia de la isla de Sálvora se encuentra en las obras de fortificación que el Ministerio de la Guerra tiene decretadas, para lo cual necesita que se le faciliten obreros; y esta y no otra razón es la que determina el establecimiento de un penal en aquella isla.»

Con esto habría suficiente para indicar el cómo y el porqué del proyecto de trasladar parte de los presidios de África á la isla de Sálvora.

Esta isla ocupa la entrada de la ría de Arosa, bifurcándola en dos canales, como las islas Cies ocupan la entrada de la ría de Vigo. La naturaleza parece que ha querido señalar defensas fáciles á las magníficas y codiciadas rías bajas gallegas, pero los Gobiernos nada han hecho para utilizar las buenas disposiciones naturales. La última iniciativa, la que decidió utilizar la isla de Sálvora para comienzo de ejecución de las obras de defensa proyectadas por los ingenieros militares, quedó enteramente anulada en virtud de la protesta contra el establecimiento de un presidio en la citada isla. Todo se redujo á nombrar una comisión compuesta de un comandante de ingenieros (el señor García del Campo) y dos jefes de Administración de la Dirección general de Prisiones (Sres. Cadalso y Salillas) que el día 6 de Agosto de 1904 salió en el tren correo de Galicia, llegó á la noche siguiente á Villagarcía, dedicó todo el día 9 al estudio de la isla de Sálvora, practicó después los estudios é informaciones necesarias para emitir el dictamen que en la noche del día 11 quedó redactado, discutido y aprobado, regresando la comisión á Madrid el día 14 con su encargo cumplido.

f) *La protesta y la crítica.*—Conocido en la provincia de Pontevedra el propósito de situar un presidio en la isla de Sálvora, comenzó á fermentar la protesta, adquiriendo

rápida generalización y creciente intensidad. Esta fué tan grande que el día que llegaron los comisionados á Madrid, el 15 de Agosto, se publicó un artículo editorial titulado *Un desatino*—y el título hará formar idea de su contenido—que trataba destempladamente la cuestión.

El articulista hacía ciertas malévolas insinuaciones. «Alguna combinación particular debe de haber detrás de ese desatino.» «Favorecerá el traslado á media docena de contratistas influyentes que colocarán á alto precio sus ladrillos ó sus tablazones...» ...«únicamente saldrán ganando los que vendan el solar y los que contraten las obras».

A nosotros, que no tenemos para qué suponer dobles intenciones en un proyecto que nos parece encaminado á desenvolver un plan de fortificación existente en las oficinas de ingenieros militares del Ministerio de la Guerra, lo que nos importa discernir es si penitenciariamente ó por otro concepto, la acusación de «desatino» está ó no legitimada.

En primer término, no parece desatinado querer aplicar á trabajos de fortificación una población penal dedicada tradicionalmente á ese género de obras. Cuando las poblaciones penales se utilizan con tales fines, se implantan, naturalmente, allí donde las obras han de hacerse. ¿No es el sistema irlandés un sistema penitenciario modelo? Pues el segundo grado de ese sistema se cumple, tratándose de *convicts* habituados al trabajo de la tierra, en Spike-Island, dedicados á obras de fortificación. Los que tienen oficio van á Philipstown. ¿No están en Escocia bien sistematizadas las prisiones? Pues todos los condenados á servidumbre penal la cumplen en la prisión de Peterhead, trabajando fuera del establecimiento, en el puerto de refugio, bajo la dirección de la marina. ¿No se envanecen los ingleses, con razón, de haber creado un sistema penitenciario después que hubieron de desistir de la deportación penal? Pues en ese sistema no se ha abandonado desde 1848 el trabajo de obras públicas. En ese año resolvió el gobierno inglés construir en Porland un dique gigantesco destinado á proteger la rada y hacer un puerto que sirviera de refugio á toda la flota de guerra. Los penados extrajeron la piedra de las canteras vecinas y en veintitrés años de trabajo no interrumpido terminaron el dique que tiene dos millas inglesas de longitud, forma una doble muralla con profundidad de 50 á 60 pies y comprende una extensión de mar de más de 21.000 acres. Este éxito fundó, á imitación de Portland, las prisiones de Portsmouth y Chantan, habiendo en Portland 1.600 penados trabajadores, en Chantan 1.700 y en Portsmouth 1.300. Los ingleses tienen positiva experiencia de los beneficios que reporta la aplicación del trabajo penal. Bien lo demuestran los datos referentes á la construcción de la prisión celular de Pentoville, una de las dos que se edificaron en Londres. Fué construída en 1842 para 500 penados, y ampliada en 1865 y en 1870. Así se completaron sus seis galerías de cuatro pisos con un total de 1.026 celdas. El importe de cada celda en 1842 fué de 1.960 francos; en 1865 de 1.770 francos, y en 1870 la mitad menos, es decir, 885 francos. Se debió esta economía al empleo del trabajo de los penados que lo hicieron todo, fabricar los ladrillos, extraer las piedras, montar el andamiaje, fundir y forjar las piezas de hierro. Con el trabajo de los penados se construyeron después 1.889 celdas que costaron 2.325.000 francos, y que hechas por contratistas hubiesen importado, según cálculos del gobierno, 4.120.000 francos.

Nuestros ingeniosos militares también tienen larga experiencia de lo mismo y saben las economías alcanzadas en las obras de fortificación y en otra clase de obras hechas en las poblaciones del Norte de África en virtud de la beneficiosa aplicación del trabajo penal. ¿Por qué entonces ha de ser «un desatino» en Galicia, lo mismo que los ingleses, escoceses é irlandeses hacen en sus puertos, ya que no quiera tomarse como término de comparación lo que en África hemos hecho nosotros? «Dejados de la mano de Dios—dice

el articulista—están los Gobiernos españoles; pero aun así, á ninguno se le hubiera ocurrido espontáneamente la idea de establecer un presidio de la peor especie en el corazón de las rías bajas.» ¿Y por qué no, si ese presidio lo conceptuaban necesario para la ejecución de obras imprescindibles? Si se tratara de establecer un presidio porque sí, ya sería otra cosa, y tal vez fuera una equivocación—lo de «desatino» es demasiado caluroso—el situarlo en la isla de Sálvora, que no es de las más indicadas para establecer una Penitenciaría.

g) *Solución eliminatoria.*—«Condenado se halla por la ciencia penal el dislate en proyecto»—dice el articulista.—¿Por qué está condenado? «Establecimientos como el de Melilla no caben dentro de una zona cual la marítima de Pontevedra y la Coruña, ni aun bajo la custodia de numerosos soldados. En Australia fundaron los suyos los ingleses. En Cayena los tiene Francia; en el Occidente de África, Portugal, y otros Estados europeos en sus más lejanas colonias.

»Oportuno y necesario, mil veces lo hemos pedido nosotros, es el retirar de Ceuta y de Melilla los establecimientos penales, pero no para traerlos al cogollo del litoral gallego, sino para llevarlos á Fernando Póo, á Río de Oro ó al Muni.»

Estudiemos punto por punto, aunque de pasada, la pretendida condenación.

Acudamos en primer término á la experiencia y á la ciencia inglesa. *En Australia fundaron los suyos los ingleses...* Es verdad, pero se trata de cosa muy antigua para servir de ejemplo, y además los ingleses no lo recomiendan. En sus orígenes es un caso de verdadera esclavitud. La primera forma de deportación *(transportation)* fué el destierro simple, y se remonta á los reinados de Isabel y de Carlos I. Durante el cuarto año del reinado de Jorge I esta pena tomó el carácter que conservó después, sustituyendo al destierro en un lugar determinado, la servidumbre del trabajo forzado. Una *act* del Parlamento dió á las personas que se encargasen de transportar los penados á las posesiones inglesas de América y á sus herederos ó representantes el derecho de disponer en toda propiedad del trabajo de estos malhechores durante el tiempo de su condena. Fué una verdadera trata que se hizo abiertamente y bajo la protección de la ley, despertando la indignación de las colonias inglesas y mereciendo los enérgicos reproches con que Franklin censuró el régimen seguido por el Gobierno británico de vaciar en el mundo nuevo las prisiones del antiguo. Porque este sistema de cómodo trasiego se practicó primeramente en las colonias de América hasta que lo interrumpió la guerra de la independencia. Entonces, y por una orden del Consejo de 6 de Diciembre de 1786, se dispuso fundar una nueva colonia en la costa oriental de Australia. Cuando esto se hacía, dice León Faucher que «el sistema penal estaba entrevisto por algunos publicistas y vagamente prescrito por un acta del Parlamento, pero muy distante de pasar á la práctica administrativa y *de haber llegado al estado de ciencia*». No hay para qué hablar de la crisis continuada de la deportación, de las reiteradas protestas de las colonias, de la oposición que le hicieron los espíritus más eminentes de la época, y, en fin, del total abandono del sistema. Todavía, como la fuerza de inercia es tan grande aun en las sociedades progresivas, se le buscó á la transportación un último refugio queriendo acomodarla en el Norte de Australia, en el Golfo de Carpentaria, en las islas Falkland y hasta en las Hébridas, pero después de una larga información el Comité de la Cámara de los Lores en 1856 decidió en sus conclusiones que no debía recomenzarse la experiencia intentada en 1787 y que valía más conservar los delincuentes en Inglaterra que enviarlos á una tierra desierta y mal preparada á recibir colonos libres.

Los desastres de la deportación merecerían un largo capítulo. Baste decir que en el período de la deportación penal la mortalidad fué enorme, pereciendo las dos quintas

partes. «Es una vergüenza que un sistema de esta índole haya podido existir bajo el pabellón inglés», decía lord Grey en 1847. Además fué enormemente costoso, declarándolo el mismo lord Grey, «tan elevado que bastaba para asegurar en Inglaterra el castigo eficaz del mismo número de penados». La lección útil que nosotros debemos recibir es la de escarmentar en cabeza ajena. «El Gobierno británico—dice Faucher—estableciendo colonias de deportación en Australia ha dado al mundo, por lo desastroso de la empresa, una saludable enseñanza.»

Pero no argumentemos con razonamientos que pudieran parecer de larga fecha. Acudamos á la ciencia actual y á la de un experimentado autor inglés. M. Griffiths, el inspector de las prisiones de Londres, impresionó hondamente al Congreso internacional de Antropología criminal celebrado en Ginebra en 1896 con la lectura, en la sesión de 29 de Agosto, de su informe *sobre el tratamiento práctico de la reincidencia*. En ese informe, y acerca de la cuestión que debatimos, dice lo siguiente:

«Algunos preconizan la colonia penal ultramarina alimentada por la deportación ó la transportación. *La opinión inglesa es decididamente opuesta á este sistema, no obstante sus ventajas aparentes.* Numerosos y costosos ensayos nos han convencido de que los inconvenientes exceden á las ventajas. La más grande objeción que puede hacerse al establecimiento de una colonia penal lejana es la dificultad de una eficaz inspección. Por eso decimos nosotros:

«Relegad vuestros prisioneros en un establecimiento de agricultura especial, pero cerca de vosotros, sin perderlos de vista. Es el único medio de impedir los abusos y de aplicar juiciosamente el tratamiento que conviene á los penados.»

»Otra consideración nos hace reprobar el procedimiento de las colonias penales lejanas, y es la de la injusticia que se comete respecto de esas regiones que la metrópoli envenena por medio de la traslación de elementos dañinos que las regiones no pueden absorber enteramente y fácilmente y que las infestan por largo tiempo.»

En Cayena los tiene Francia... Menos grave hubiera sido la referencia si en vez de á la Guyana, á la mortífera Guyana, al *cementerio nacional,* que dicen los franceses, se hubiese aludido á Nueva Caledonia. Recientemente decía M. Paul Mimand en *Le Correspondant:* «Allí vemos que el ingreso anual es próximamente de 400 relegados y que la pérdida anual es de 280; vemos también que del total general de 13.000 relegados enviados á las dos colonias penitenciarias, el número de defunciones ha sido de 8.000, de los cuales 5.600 corresponden á la Guyana. No se encontrará ciertamente un país en que la población se renueve tanto, ni tampoco una constancia semejante en los esfuerzos conducentes al fracaso.» M. J. Leveillé, profesor de la Facultad de Derecho de París, vicepresidente de la Sociedad general de Prisiones y tan resuelto partidario de la transportación, que cree en ella á pesar de su fracaso y á condición de que «el porvenir no reproduzca las faltas del pasado», declara que «la fiebre palúdica proviniente del suelo, la disentería emanada de las aguas impuras, la anemia originada por el clima húmedo y cálido á la vez, aniquilan á los desventurados y hacen necesaria la habilitación de espaciosos hospitales.» Otro prestigioso criminalista francés, Henry Joly, ha declarado que la relegación no es defendible. «La utopia de la colonización por masas de libertos está definitivamente muerta por esta sola razón, porque no ha nacido viable.» ¿Y en cuanto á lo económico? «Diez años de deportación—decía P. Merruan en 1873—le han costado al Estado de 50 á 55 millones. ¿Qué han producido? Nada.» Según los cálculos de Edmond Planchet, los reclusos le cuestan al Estado, como máximo, 70 céntimos de franco diarios, y el transportado dos francos. Económicamente, le parece que la transportación se debe desenvolver en la Guyana porque los gastos de

transporte serán dos terceras partes menos que á Nueva Caledonia, y calcula que la relegación costará en la Guyana de siete á ocho millones por año. Calcula al propio tiempo que la ley de reincidentes implicaría un aumento de 12.000 francos diarios.

En el Occidente de África, Portugal... Portugal envía relegados á las islas de Cabo Verde, á Mozambique, á Macao y á Goa, pero después de haber sufrido parte de la condena en los establecimientos de la Metrópoli.

Y otros Estados europeos en sus más lejanas colonias... ¿Qué Estados? Algo podría indicar de los holandeses en las Molucas. ¿Qué Estados? Rusia solamente, en Siberia y en la isla Sakhaline. ¡Maldita isla! Esa exclamación arranca el artículo de George Claretie, comentando el libro de M. Labbé, *Un bagne russe*. «Se habla con horror de nuestras tierras de deportación. Pero en la Guyana hay sol y hay luz, y también hay vida. Aquí está la sombra, la noche y el escalofrío de las horas heladas.» Además, lo que dijo M. Leveillé cuando el último Congreso penitenciario internacional de París, lo afirmó más sinceramente con respecto á la colonización penal rusa la Sociedad jurídica de San Petersburgo. «En suma—decía Leveillé—la empresa penitenciaria de la Guyana, contrariada por toda clase de errores é incidentes, hay que rehacerla por completo sobre nuevas bases y con distinta orientación.» La Sociedad jurídica de San Petersburgo habló con más franqueza: «Llevamos trescientos años de deportación y no hemos aprendido á organizarla.» Y en efecto, Rusia, rectificando sus procederes, empezó á decretar la supresión de la deportación en 1901.

Después de tan abrumadoras enseñanzas, ¿á qué queda reducido ese alarde de condenación? ¿Debemos pensar en la mudanza de los presidios de Africa á Fernando Póo, á Río de Oro ó al Muni?

h) *El voto del Consejo penitenciario.*—Hay dos votos coincidentes: el del antiguo Consejo penitenciario y el del actual. El dictamen del primitivo Consejo es de Marzo de 1882 y lo firma como Presidente D. Laureano Figuerola, y entre otras firmas prestigiosas que lo suscriben, figuran las de D. Vicente Romero Girón, D. Luis Silvela y don Francisco Lastres.

Dice la conclusión 3.ª de ese dictamen:

«El legislador que conserva la vida de un hombre condenado á penas de larga duración para secuestrarlo de la sociedad con la remota esperanza de su rehabilitación, no tiene derecho de imponerle hipócritamente una muerte cierta relegándole á un clima mal sano, y tiene aún menos derecho de diezmar á los infelices guardadores de los penados, obligados por la ley al servicio público del Ejército y de la Armada, y destinados por obediencia debida á perecer ó á contraer enfermedades que acorten la existencia.»

Dice la conclusión 8.ª:

«Aun cuando fuese posible encontrar el personal suficiente con las condiciones especiales que requiere, los gastos de instalación, conducción, custodia y sostenimiento de los penados y de la construcción de edificios adecuados, sumarían cantidades fabulosas, inmensamente superiores á los modestos cálculos hechos por el actual gobernador de Fernando Póo, como acreditan los hechos por Inglaterra en Australia y por Francia en Nueva Caledonia, sumas más que suficientes para construir todas las penitenciarías de la Península.»

Doña Concepción Arenal elogia mucho este dictamen y termina sus comentarios diciendo: «El *Consejo Penitenciario* ha prestado un gran servicio, porque si no es posible colonizar con penados á Fernando Póo, con motivo de la colonia podrían sacrificarse muchos millones y muchas vidas, sin más resultado que atentar legalmente á la justicia y descubrir un nuevo filón á la rapacidad.»

El actual Consejo Penitenciario trató esta cuestión en las sesiones de 14 y 19 de Junio al discutir el proyecto del Sr. Valdés Rubio que proponía la instalación de los penados en Fernando Póo, Annobon, Elobey y los territorios del Muni. En la sesión del 14 lo combatieron los Sres. Salillas y Ugarte. «El Sr. Ugarte sostiene que el legislador, al redactar el artículo 106 del Código penal, sólo pensó en el Norte de África. Habló de las condiciones de los territorios que se quieren colonizar. En Fernando Póo, fuera de una zona, al europeo le está privado el acceso á las alturas. Las compañías de Infantería de Marina van á causar estancias á los hospitales. A los oficiales se les autoriza á volver á España sin necesidad de licencia. En estas condiciones la pena constituiría agravación, equivaliendo en muchos casos á la pena de muerte. Hablar de la colonización del Muni es caminar al acaso. Este problema general de la colonización no es de la competencia del Consejo. Con la solución propuesta por el Sr. Valdés se llevaría á la colonización occidental de África un elemento perturbador, y sobre todo inútil, porque los penados no trabajarían, no por penados, sino por las condiciones fisiológicas de la raza á que pertenecen. Hace referencias al fracaso de la colonización en tiempos del general Gándara.»

En la sesión del 19 habló primeramente el Sr. Maluquer. «Intervengo en el debate —dice—para exponer algunas consideraciones de carácter puramente práctico, pues en ese terreno es en el que únicamente las funciones del Consejo pueden dar resultado.» Declara que ha tenido ocasión de estudiar algo que se relaciona con nuestras posesiones del golfo de Guinea y que ha visitado la factoría de Río de Oro. A esta pequeña península, «el agua la tienen que llevar de Barcelona en un pequeño vapor que emplea dos noches, pues no puede arribar sino cuando las mareas están altas». Para hacer un pequeño plantío en aquella factoría, hubo necesidad «de pedir un metro cúbico de tierra á Canarias». Lo deplorable que sería llevar penados á Fernando Póo lo demuestra, manifestando que en cuanto lo supieran las sociedades anónimas que explotan esos territorios, es muy posible que sus acciones sufran la baja de algunos enteros. «No hay ninguna de esas sociedades que no tenga en sus estatutos la cláusula de que sus funcionarios tienen derecho á regresar á la Península al año, ó lo más tarde á los diez y ocho meses de permanencia, pues de lo contrario están en evidente peligro de muerte.»

«El Sr. Lastres le recuerda al Sr. Valdés Rubio que ha sido víctima del mismo error en que él incurrió cuando en 1875 la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas abrió un concurso sobre un tema de la misma índole del que se está discutiendo. En ese concurso presentó una Memoria que fué premiada, defendiendo la misma solución que el Sr. Valdés Rubio propone. Se arrepintió inmediatamente al leer el trabajo de Doña Concepción Arenal, y para que la rectificación fuese inmediata, obtuvo autorización para poner una nota en su escrito, antes de que se publicara, declarándose convencido por los razonamientos de aquella insigne maestra. En el Congreso de Stokolmo, del que formó parte como delegado español, y al que concurrieron ilustres personalidades de todos los países, «adquirí el convencimiento de que la pena de deportación es desigual é inmoral».

«El Sr. Labra hace el resumen de la discusión, declarándose enteramente conforme con las manifestaciones hechas por el Sr. Lastres. Analiza el sentido de la reforma del artículo 106 del Código penal, indicando que en él se habla de tres localizaciones penales, Africa, Canarias ó Ultramar, y por circunstancias bien fáciles de determinar, no podemos mantener la amenaza de la importación de presidiarios en Canarias. El asunto de la colonización propuesto por el Sr. Valdés Rubio es todavía más grave. La coloni-

y á la plenitud de su vida en una época dada. Por esto necesita desbordar y realizar el desbordamiento con todas sus energías sanas y fecundas. Por lo mismo no puede realizar la colonización con elementos enfermos, ni llevar su idea por medios contraproducentes y que en el fondo la niegan. Tampoco la nación colonizadora debe dar como muestra de su poder y su autoridad ante pueblos incultos y atrasados, el ejemplo de sus pecadores más ó menos arrepentidos. Y ni el Estado debe comprometer sus fuerzas en el doble empeño de colonizar nuevas tierras y de refrenar y educar á sus deportados, realizando una doble obra, contraria en sus datos esenciales. Y tampoco esos deportados deben agotarse realizando á la vez la doble empresa de regenerarse por la pena y de educar, con elementos muy discutibles, á gente atrasada pero quizá de mejores antecedentes y más moralidad que ellos. Las colonias penitenciarias de América y Asia no se crearon precisamente para colonizar, sino para alejar de las metrópolis los elementos malsanos ó para aumentar la dureza de las penas. Luego se quiso realizar esta tendencia dándole cierta nota de humanidad. Pero este ya es un sistema universalmente rechazado. El proyecto del Sr. Valdés no es viable por otras razones meramente prácticas. Primera, porque implica una obra considerable de colonización para la cual no estamos preparados de ninguna suerte. En el Muni apenas si está establecido algún Gobierno. Todo el interior de Fernando Póo está por reducir. El Gobierno no tiene idea precisa sobre aquella empresa consagrada en el presupuesto provisional de nuestras posesiones africanas de Guinea. Las Cortes, con grandísima dificultad y quizá con carácter temporal, han votado en estos tres últimos años un presupuesto anual de dos millones de pesetas y es notoria la impopularidad que pesa sobre esta empresa colonial. El proyecto del Sr. Valdés implica bastantes millones de pesetas, de que el Gobierno no dispone y que levantaría protestas de todas partes. Es de aplicación inmediata, literalmente imposible. Luego hay que considerar que en 1902 se constituyó en el Ministerio de Estado una Comisión bastante numerosa para discutir y proponer al Gobierno un sistema político, económico, financiero, judicial, internacional y de todo género, aplicable á Fernando Póo, el Muni y Río de Oro. La Comisión, después de mucho trabajo y largos debates, ha hecho una serie de proyectos análogos á los que constituyen el orden colonial del Congo belga, el Congo francés. El Gobierno aplazó la reforma arancelaria de Fernando Póo y suspendió la venta y arriendo de tierras en el África occidental. Sin embargo, los proyectos de la Comisión yacen en el Ministerio de Estado por dudas y dificultades del Gobierno para llevarlos á las Cortes y sobre todo para darles realidad inmediata en África. No hay que decir lo que supondría el intento del Consejo Penitenciario de pasar por cima de todas estas contrariedades y estas competencias. Hay, pues, que reducir nuestra obra á cosa más modesta, dentro de nuestros medios positivos y de la urgencia que se nos recomienda.»

«Declarado el punto suficientemente discutido, el Sr. Presidente hizo la pregunta de si se tomaba en consideración el contraproyecto del Sr. Valdés Rubio, y el acuerdo del Consejo, en votación ordinaria, fué negativo.»

i) *Estado de la cuestión al finalizar este primer período.*—Es evidente que el último Ministerio presidido por D. Antonio Maura había tomado el acuerdo terminante de proceder á la traslación de los presidios de Africa. Para que no quedara duda hizo el Ministerio una declaración afirmatoria con motivo de la consulta que se le dirigió referente á la firmeza del acuerdo, á instancia del Sr. Calbetón. En la sesión de 12 de Julio de 1904, lo hizo notar el Sr. Silvela (D. Francisco). «El Sr. Silvela entiende que es indispensable reconocer el obstáculo de los presidios de África para cumplir otras

consignando en el proyecto de presupuestos 250.000 pesetas para proceder á la traslación de los presidios de África.

El Consejo penitenciario significó con este motivo la orientación que la reforma había de seguir, pronunciándose:

1.º Resueltamente en contra de la traslación de los presidios á cualquiera de las posesiones españolas africanas.

2.º En pro de las colonias penitenciarias interiores y del desenvolvimiento de la reforma penitenciaria con la fórmula del trabajo al aire libre, aceptando la ponencia del Sr. Moret.

3.º Accediendo á las instancias del Ministerio de la Guerra para que parte de los presidiarios de África continuaran en la isla de Sálvora, bajo la dependencia de la Comandancia de ingenieros militares, dedicados á las obras de fortificación en las rías bajas gallegas.

La opinión gallega, sostenida por parte de la prensa de Madrid, protestó de la última de las soluciones.

D) Hagamos historia. Segundo período. Después de la Conferencia de Algeciras.—a) *Un paréntesis.*--Mientras no truena, no nos acordamos de Santa Bárbara. Este refrán quiere decir que somos imprevisores y que en un momento de peligro ó de apremio queremos subsanar las desidias de nuestra olvidadiza manera de ser. El Sr. Silvela (D. Francisco) muy conocedor de los temperamentos gubernamentales y muy desengañado ya, lo presentía y así lo dicen sus declaraciones en la sesión celebrada por el Consejo penitenciario en 5 de Julio de 1904. «La traslación de los presidios africanos no se adelantaría porque sin vacilaciones acordáramos la reforma de la ley penal. Sus mayores dificultades son las materiales, y hasta que se venzan del todo habrá tiempo suficiente para que se prepare y se vote la reforma del Código penal. La parte práctica del proyecto tiene tantas dificultades que vencer, que puede asegurarse que tendremos presidios de África por más tiempo del que se necesita para llevar á cabo la reforma que el Sr. Valdés Rubio propone.»

En efecto, caída la situación política presidida por el Sr. Maura, el asunto quedó arrinconado por completo, sin otra memoria que la conservación en el proyecto de presupuestos de la cifra consignada para realizar la traslación de los presidios de África.

Así marchan las cosas durante todo el período del Ministerio Villaverde, del Ministerio Montero Ríos y primera etapa del Ministerio Moret, como lo descubre el haber suprimido del proyecto de presupuestos la consignación mantenida por los gobiernos conservadores.

b) *Reanudación de las iniciativas parlamentarias.*—El Sr. Moret no pudo exteriorizar su plan reformista hasta vencer los dos grandes obstáculos con que luchó parlamentariamente: la ley de jurisdicciones y la votación de los presupuestos.

Inmediatamente de esto se reanudan las iniciativas penitenciarias, y hay que decirlo de este modo porque se siguen los mismos planes y acuerdos del Gobierno conservador, dando con ello un gran ejemplo de *solidaridad gobernante,* como dijo el Sr. Canalejas en su artículo publicado en la *Revista penitenciaria.*

La primera iniciativa fué la de la constitución de la Escuela de Criminología por el Ministro de Gracia y Justicia D. Manuel García Prieto, en 20 de Enero del corriente año. La Escuela había sido creada por el Sr. Dato (Real decreto de 12 Marzo de 1903), tenía crédito en presupuesto y el Consejo penitenciario había dado dictamen favorable en 5 de Julio de 1904, siendo ponentes los Sres. Canalejas, Dato y Labra.

La segunda iniciativa fué la presentación al Senado por D. Manuel García Prieto,

en 26 de Febrero, del proyecto de ley sobre Colonias penitenciarias agrícolas. El señor Sánchez de Toca en la Real orden de 10 de Mayo de 1904 al Presidente del Consejo penitenciario, había dicho: «Pero hay, además, otra fórmula, la más moderna de todas en las preferencias científicas, aunque también la más tradicional de todas en sus aplicaciones primeras, y, sobre todo, la más concordante con el sistema que tradicionalmente fué seguido en nuestro país. Es la del trabajo al aire libre, con la solución de la colonia agrícola.» Dice luego que «se enlaza esta solución con un problema nacional para nosotros tan considerable como el de la colonización interna». Ya se ha dicho que el Consejo penitenciario le encomendó la ponencia al Sr. Moret, que la presentó ultimada en 4 de Diciembre de 1904. (Está publicada en el tomo II de la *Revista penitenciaria,* pág. 74 y 173). Anteriormente había tratado la cuestión el Sr. Moret en una interesante conferencia ante el Consejo, auxiliándose de mapas, planos y otros elementos demostrativos. «Una colonia penitenciaria—decía—puede realizar gradual y ordenadamente los siguientes fines:

1.° Las obras hidráulicas para establecer los riegos.

2.° La labor agrícola para establecer los cultivos.

3.° La labor urbana para construir núcleos de población.»

Señaló en el mapa con todo detalle tres regiones donde sería posible desenvolver ese régimen colonial.

«El deslinde de la primera región se halla entre las provincias de Ciudad Real, Jaén, Córdoba y Toledo, señalándolo el espacio comprendido entre el ferrocarril de Ciudad Real y Badajoz, desde la estación de Puertollano á la de Almadenejos, al Sur; una línea desde Retuerta, pasando por Piedrabuena, hasta Almodóvar del Campo, al Este; los montes de Toledo, al Norte y una línea desde Almadenejos á Navahermosa por el meridiano primero, al Oeste.

»La segunda región está incluída en las provincias de Cáceres y Salamanca, en el territorio comprendido entre Ciudad Rodrigo, Sequeros y Coria, hasta Zarza la mayor y la frontera portuguesa.

»La tercera región comprende desde Puebla de Sanabria á la Gudina, Biana del Bollo y Sobradelo, apoyándose sobre la frontera portuguesa.»

Con ser considerablemente extensa la demarcación, todavía hay más, mucho más, en los despoblados españoles, que siguen siendo despoblados por diferentes causas y la principal la de no haberse dado las condiciones de transformación del suelo para que el hombre se establezca y arraigue.

En tanto esto sucede, tenemos estancada é inactiva en nuestros presidios una fuerza proviniente de la clase agrícola en más de un 60 por 100. Esta fuerza se podría aplicar de manera qne se hiciera «cambiar rápidamente el aspecto de un país haciendo creer que allí ha intervenido lo maravilloso».

«Pero no hay maravilla—añadía el Sr. Moret—aunque los resultados lo aparenten, *donde existe una necesidad y donde existen fuerzas y elementos disponibles para utilizarlos siempre que se quiera poner el pensamiento en acción.* Para llevar la vida á las soledades, tristezas y pobrezas de nuestro suelo, tenemos confinada en el recinto de los establecimientos penales una numerosa población *que ociosamente deja transcurrir la vida,* y esa población procede en más de un 60 por 100 de los campos donde se familiarizó desde la infancia con ocupaciones de las cuales la retrajo la penalidad *y á que puede hacerles volver el sentido penal moderno con la fórmula del trabajo al aire libre.* A estos individuos el Estado los mantiene, los viste, los calza, les da utensilio y habitación, y sólo falta *para que en bien de su salud y de su país* utilicen todas estas repa-

raciones de su energía que el Estado les facilita, el ejercicio de la misma actividad que desplegaron y que han de volver á desplegar cuando retornen á la vida libre. Por eso mismo si la vida penal, para que dé los frutos de la corrección, debe organizarse de modo que procure inhibir todo lo malo, ha de procurar á la vez conservar todo lo bueno, y entre esas conservaciones se halla la de la actividad, provechosa para el mismo individuo.

»He aquí un dato económico. El obrero, para llevar á cabo la obra reclamada por una evidente necesidad nacional, existe. No solamente existe, sino que lo tenemos alimentado y equipado, sin obligarle á trabajar ó sin darle ocasión de que trabaje y no teniendo medios de que trabaje en su propio oficio. Un obrero con aptitudes definidas y con la vida económica asegurada, tiene necesariamente que facilitar el desenvolmiento del problema, simplificando considerablemente una de las más costosas partidas del presupuesto de las explotaciones rurales.»

El proyecto de colonias penitenciarias agrícolas presentado por el Sr. García Prieto al Senado en 26 de Febrero, incluye los principios fundamentales de la Ponencia del Sr. Moret pero desarrolla en toda su amplitud el principio del trabajo al aire libre, incluso en la manera de cumplir la pena de arresto.

La tercera iniciativa se refiere á la traslación de los presidios de África, y este punto merece puntualizarse con toda precisión.

c) *Traslación de los presidios de África.—El castillo de Figueras.*—Esta parte de la historia que estamos escribiendo, tiene que empezar por un trabajo de depuración.

En la reunión celebrada el 26 de Junio á las diez menos cuarto de la noche en el Salón de Ciento de las Casas consistoriales de Barcelona, D. Ramón Albó y Marti, persona de mi mayor aprecio por la actividad que despliega en la obra penitenciaria y en otras obras sociales y filantrópicas, pero que tiene sus apasionamientos, como cada hijo de vecino, hizo algunas afirmaciones enteramente gratuitas y que conviene esclarecer para que la historia sea real y no supuesta.

Comenzó diciendo que la Asociación para la reforma penitenciaria se adhería «á la protesta justa del Ayuntamiento de Figueras contra *un acto preparado en la sombra* (¡¡)

»Señala las contradicciones en que ha incurrido el que se supone ha inspirado al Señor Moret la idea del traslado, el Sr. Salillas.»

Más adelante «pone de manifiesto las contradicciones en que ha incurrido el Sr. Salillas, á quien en su calidad de ninfa Egeria del Sr. Moret en asuntos penitenciarios, achaca la paternidad del descabellado proyecto» (*La Vanguardia* del 27 de Junio).

Yo soy hombre algún tanto metódico y por tener bien ordenados mis papeles puedo precisar algunas cosas, que aunque no tengan importancia, como no la tiene la modestia de mi vida, sirven alguna vez, como ocurre en la ocasión presente, para despejar las sombras de las suposiciones del Sr. Albó. Yo puedo precisar, y aun justificar documentalmente, en qué ocasiones he visto al Sr. Moret desde que fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros. Lo saludé en el Ateneo la tarde del Domingo 3 de Diciembre de 1905 y asistí á su conferencia inaugural de Extensión Universitaria. Lo saludé en la noche del Jueves 7 de Diciembre en la sesión celebrada por el Instituto de Reformas Sociales. Celebramos Junta Directiva del Ateneo, presidida por él en la tarde del Miércoles 4 de Abril de 1906. Asistió en la tarde del 18 de Abril al Tribunal Supremo á la sesión del Consejo Penitenciario en que tomó posesión del Cargo de Consejero D. Antonio Maura. Unicamente al acompañarlo á la salida de la cátedra del Ateneo después de su conferencia le pregunté: — ¿Llevará V. ahora adelante su proyecto de colonias penitenciarias agrícolas?—Y me prometo hacer muchas cosas más, me contestó. En la sesión

del Consejo Penitenciario dió cuenta de los planes de gobierno sobre colonias penitenciarias agrícolas y sobre la traslación de los presidios de África. Y esto es todo.

La primera noticia de que se pensaba instalar los penados de África en el Castillo de Figueras la tuve al conferenciar con el Ministro de Gracia y Justicia, D. Manuel García Prieto á las doce y media de la mañana del día 22 de Mayo en su despacho oficial. Aquella tarde se celebró Consejo de Ministros y ese fué el «*acto preparado en la sombra*» de que habla siniestramente el Sr. Albó. En *El Liberal* del día siguiente leí que se había acordado que fuese yo á visitar el Castillo de Figueras. No pude ver al Sr. Ministro para recibir sus instrucciones. A la mañana siguiente, jueves 24, la Ascensión del Señor, recibí una carta de puño y letra del Ministro de Gracia y Justicia don M. García Prieto en que me decía: «Mi distinguido amigo: no pude esperar á V. en el Ministerio por tener una conferencia urgente con el Ministro de Estado.

»He convenido con Moret en que salga usted hoy jueves para Figueras y ya el general Luque ha telegrafiado para que faciliten la visita de inspección que lleva usted el encargo de realizar.

»Buen viaje y hasta la vuelta.»

Salí directamente para Figueras en el exprés de aquella tarde y regresé también en el exprés, llegando á Madrid en la mañana del día 29.

d) *¿Por qué se pensó en el castillo de Figueras?*—Me lo pregunto para darme una contestación prudente y me lo pregunto ahora que tengo á la vista cuantas suposiciones se han hecho en Cataluña con ocasión de la enconada protesta. Ni cuando fuí ni cuando volví de Figueras se me ocurrió preguntarlo, por la sencillísima razón de que no podía ver en ello segundas intenciones.

«No creo—decía el Sr. Bastardás, presidente de la sesión celebrada en el histórico Salón de Ciento—que el Gobierno, al trasladar los presidios de África al castillo de Figueras, lo haga con el propósito de inferir un agravio al pueblo catalán, porque semejante conducta sería suicida; pero si tal propósito existiera encontraría un solo corazón para sentir el agravio, una sola inteligencia para impugnarlo y una sola y firme voluntad para impedir que se consumara.»

¡Propósito de inferir un agravio al pueblo catalán!..... ¡Suponer que pueda existir propósito semejante!..... ¡Dios mío! ¡Qué cosas se piensan! ¡Qué cosas se dicen!

«El Sr. Monegal, concejal del Ayuntamiento de Figueras, se lamentó de que el Gobierno trate á Cataluña como si fuese una colonia, enviando á ella los presidiarios, y dice que Cataluña no puede consentir el borrón que pretende arrojar sobre ella un Gobierno que se muestra descentralizador de todo lo malo.»

¡La misma nota!

«Cataluña—añade el Sr. Albó—exporta los productos de su industria y su comercio para recibir, en cambio, la hez de la sociedad española.»

¡La misma nota!

Ya analizaremos estas notas más adelante.

Sin esfuerzos de psicología ni penetraciones sutiles, se puede asegurar que el señor Moret pensaba en la solución de un problema planteado por el Gabinete conservador y reavivado por la Conferencia de Algeciras. Consiste ese problema en proceder lo más urgentemente posible á la traslación de los presidios de África para inaugurar una nueva política en Marruecos, y la solución inmediata y urgente de ese problema obliga á pensar no en Cataluña ni en ninguna otra comarca, porque el caso no es ese, sino en una instalación, en un local, en un recinto. ¿Que alguien indicó el castillo de Figueras porque lo conocía? ¿Lo indicó acaso por estar donde está ó por ser lo que es?

La psicología de semejantes decisiones en nuestra historia penitenciaria, es bien conocida. Es pura y simplemente la psicología del inquilinato cuando una familia se ve obligada á mudarse de casa y se acomoda donde puede y no donde le conviene. La familia penal domiciliada en Ceuta, Melilla, Alhucemas, Chafarinas y Peñón de Vélez ha sido dos veces desahuciada por el casero: una, cuando el Tratado franco-español, y otra, después de la Conferencia de Algeciras, y el encargado de esa familia, la Administración Central, se ha visto obligado á buscar urgentemente un nuevo domicilio, no preocupándose, como les ocurre á los que están en ese caso, ni de localidad, ni de distrito, ni de calle, ni de orientación, ni nada más que de una cosa, de *un local en que quepan,* de un *albergue en que puedan acomodarse.*

¿Que al enterarse protestan los vecinos? Esa es otra cuestión. Los vecinos pueden protestar de lo que les moleste por conceptuarlo insalubre, peligroso ó incómodo, pero no es razonable que los vecinos involucren las cuestiones. Pueden tener razón en la protesta, pero pueden estar fuera de razón si atribuyen al hecho una intencionalidad que por ninguna parte se descubre y que, por el contrario, se ve que es natural secuela de una causa perfectamente notoria porque la viene manifestando toda nuestra larga tradición de imprevisiones, descuidos é incurias administrativas en la administración penitenciaria que han dado lugar á que en los comienzos del siglo xx penitenciariamente no tengamos casa propia y tengamos que buscar atropelladamente la ajena cuando un desahucio forzoso, por el motivo que fuere, nos obliga á ello.

La cuestión queda reducida, para apreciar las decisiones que señalaron el castillo de Figueras como nuevo albergue de los presidiarios de África, á estos dos factores:

1.º Apremiante necesidad de traslación de los presidios de África en virtud de un nuevo orden de cosas.

2.º Apreciación de que el castillo de Figueras *es el local* más adecuado, más apropósito, de cuantos se hallan á disposición del Gobierno, para resolver el conflicto.

¿Que luego surge la protesta manifestándose un factor nuevo que complica la cuestión, contradice las primeras soluciones y obliga á pensar en lo que no se había pensado hasta entonces?

Este es un nuevo punto de vista muy interesante bajo diferentes conceptos, y que no significará nada, será uno de tantos *motines de opinión*, ó calará más hondo y obligará á proceder como hasta ahora no se ha procedido, constituyendo el planteamiento de la *crisis penitenciaria* que obligue á una solución definitiva y no á una de tantas soluciones circunstanciales que han dado lugar á lo que sucede.

De ese modo vamos á tratar la cuestión, proponiéndonos decir verdades á diestro y siniestro, y para ello saldremos, sin abandonarlo del todo, del terreno de la historia, para entrar en el terreno de la psicología colectiva, dividiéndola en dos partes:

A) Psicología de las organizaciones políticas y administrativas.

B) Psicología de las colectividades sociales.

E) Hagamos psicología de las colectividades. A) Psicología de las organizaciones políticas y administrativas. a) *Por qué infunde miedo el presidio.*—Que el presidio infunde miedo, es indudable. De todas partes lo rechazan. Lo rechaza Galicia, lo rechaza Cataluña, lo rechaza la provincia de Santander, lo rechaza el Puerto de Santa María.

«Es un azote—decía el citado artículo de *El Liberal*—que ni apariencias tiene de favor, el penal de rematados que se pretende llevar á una de las comarcas más feraces y ricas de la provincia de Pontevedra.» «Si el proyecto se realiza, aquellos honrados y numerosísimos habitantes tendrán que vivir en continua zozobra.» «Y no ya las gran-

jas, sino las villas, se verían gravemente amenazadas en vidas y haciendas.» «Quitará para siempre el sueño á miles de labradores y ciudadanos.» «Con lo que ahora se intenta, sujeta vivirá á constantes peligros é inquietudes toda la parte meridional de Galicia.»

El poeta Marquina ha escrito en 1.° de Agosto y publicado en el número de *España Nueva,* correspondiente al 4 de este mes, una interesante crónica, reflejando el pavor de los ampurdaneses.

«Por la comarca ampurdanesa, que el cronista ha ido recorriendo en tartana, parándose á beber en los ventorros y entrando á tomar fresco en las *masías* y cabañas, la indignación no es tan violenta como en Figueras, pero el pánico es mayor.

»—Vea el señor, cuando el Gobierno se empeña así en traérnoslo, ¡qué mal será para nosotros el presidio!

»—Los mercados, los mercados ampurdaneses, tan alegres, morirán con la inseguridad de los caminos...

»—Y el cronista, melancólicamente, evoca el cuadro de un mercado en Figueras..... (Sigue la descripción.)

»El río abigarrado de la muchedumbre se desagua en todas direcciones, inundando de estrépito y color, en la paz de las puestas, la vega ampurdanesa.

»—¡Y todo esto concluyó!—decían las gentes al cronista.

»—Ya no estaremos en casa en adelante.

»—Francia ha pedido un cordón de tropas en ciertos sitios de la frontera. Por algo debe ser.

»—La llave de la casa, que no servía desde los *carlistas* y estaba toda roñosa en aquel clavo, volverá á conocer el frote del aceite, y la cerradura rechinará otra vez todas las tardes, cuando dejen de rechinar las ruedas del carro...

»—Aquí el presidio... ¡y yo con hijas!... ¡Por qué no he muerto antes de verlo!—me decía una viuda apergaminada y trágica, renovando en mi alma el sabor del fatalismo antiguo.

»Hay una mirada de odio al Gobierno en todo el Ampurdán. Y todavía estas gentes desconocen todo el horror de una población penitenciaria á la española... Tienen el vago pánico de una desgracia desconocida... En las estadísticas de Lombroso aparece el Ampurdán como *una comarca donde la criminalidad es nula*... Este es el cesto de las frutas sanas que el decreto del Gobierno va á hacer entrar en putrefacción...

»Los tiranos antiguos eran menos insensatos...»

¿Por qué infunde miedo el presidio? Marquina dice: «Y todavía esas gentes desconocen todo el horror de una población penitenciaria á la española.»

El presidio—¡hay que decirlo con sinceridad!—infunde miedo porque está mal conceptuado, porque no ofrece garantías, porque no ha perdido su aspecto, porque sigue siendo lo que fué.

Las manifestaciones de opinión hay que entenderlas en lo que significan. Si nuestra administración penitenciaria se mira ahora en el espejo de la opinión, se encontrará por lo menos con semblante desapacible, y si las poblaciones cuando se les anuncia la instalación de una población penal en el centro urbano ó en las inmediaciones «tienen el vago pánico de una desgracia desconocida», la administración penitenciaria debe entender que no está bien vista y que hay contra ella asomos de desconceptuación.

En la actualidad ocurre lo propio que cuando hace diez y ocho años escribí el artículo *La periferia.* Dentro de las poblaciones que protestan, la opinión no es unánime aunque se aparente que lo es. Hay una corriente de opinión favorable á recibir el presidio porque éste constituye un *aumento de vida económica.* En este sentido hay que interpretar

el ofrecimiento del Ayuntamiento de Santoña, y seguramente la conveniencia económica no la desconoce ningún vecino de la localidad que razone. Tal vez cada uno, en orden de razonamientos de utilidad, repita lo de la antigua instancia del Ayuntamiento de Figueras pidiendo la instalación de un presidio: «Así se atraería mayor número de gente, y con ella multitud de pequeñas industrias y comercios, que darían vida y reanimarían el espíritu público.»

Pues bien; con ser tan poderoso el imperativo económico, principalmente en poblaciones de poca animación como Santoña y Puerto de Santa María, el miedo al presidio puede más. En una instancia de vecinos de Santoña la manifestación es evidente: «Que este pueblo—dicen,—su comarca y toda la provincia son total y absolutamente opuestos á que pueda verificarse la traslación de los penados de Africa á esta localidad.» «Que sólo por excepción y ante apremios de diversa índole ha podido esta villa venir soportando ó conllevando que se mantenga en su término municipal la penitenciaría en ella existente contra todo el deseo y las aspiraciones más vivas del vecindario, el cual persiste en su decidido propósito de que por lo menos se arranque de aquí dicho presidio y se le traslade desde luego al inmediato barrio del Dueso para evitar los enormes males y peligros de todo género que origina su actual instalación, entre los cuales figura de un modo capital lo que su influencia puede afectar á los sentimientos morales de la localidad y á la numerosa juventud que concurre á la Institución Manzanedo, el más importante de los Institutos docentes de fundación particular del Norte de España y quizá de España entera.»

En Puerto de Santa María se significa un sentir de la misma índole, aclarándolo la *Revista Portuense* en su editorial de 1.º de Agosto bajo el título de «Voz de alarma». Suponiendo que hay el propósito de llevar los penados de Africa al ex-convento de la Victoria, hace manifestaciones terminantes en contra. «La protesta—dice—debe ser unánime, y nosotros creemos que á la hora que estas líneas sean conocidas de nuestros lectores, ya se habrán adoptado por las personas á quien corresponde las determinaciones que sean necesarias para impedir que ese proyecto llegue á ser una realidad.» «De un antiguo convento se ha pretendido hacer un Establecimiento penal, y después de invertir el Estado crecidas sumas, se encuentra con un edificio viejo, ruinoso, y sin una sola de las condiciones que señalan los adelantos penitenciarios á esta clase de Establecimientos.»

La opinión catalana es más despectiva, como lo descubren las últimas declaraciones del discurso del Sr. Monegal en el Salón de Ciento, «afirmando que no consentirá jamás Cataluña *que se la ensucie* enviando á ella la mitad de la población penal española».

¡Ante las manifestaciones de la opinión, á las organizaciones políticas y administrativas les toca hacer muy recogidamente examen de conciencia!

b) *Nuestro fracaso administrativo.*—Con plausible sinceridad lo declaró, siendo Ministro de Gracia y Justicia, el Sr. Sánchez de Toca: «El cuadro actual de nuestros servicios de penales es sobrado aflictivo.» «Nuestras cárceles, en general, adolecen del mismo estado de caducidad que nuestros establecimientos penales. Hay muchos edificios de deplorabilísima instalación, que es vergonzoso continúen como testimonio viviente de inmunidad. No cumplen la antigua fórmula de «seguridad y comodidad», sino aquella de «donde toda incomodidad tiene su asiento». En ocasiones parecen lugares para el contagio y para la muerte. Hay, por desgracia, más de un ejemplo que ofrecer como comprobante.» (Real orden de 10 de Mayo de 1904.) «En la actualidad no podemos decir que en nuestro régimen penitenciario exista nada que obedezca á las derivaciones de un sistema fijo. Todo es accidental, inconsistente, provisional é inorgánico, y todo está por hacer. Tenemos algunas Prisiones celulares y no podemos decir que se haya ensayado

el sistema celular; muchas de esas prisiones carecen hasta de reglamento.» (Preámbulo al Real decreto de 5 de Abril de 1904.)

El fracaso administrativo está declarado de otro modo. «El hecho que resalta con mayores apremios—decía el Sr. Sánchez de Toca en la mencionada Real orden—es el de la falta de capacidad de los establecimientos penales.» Indica luego que «no pocos de los establecimientos existentes reclaman, por sus deplorables condiciones, perentoria sustitución», é indica seguidamente que no se debe incurrir en los antiguos expedientes para salir del paso. «No cabe ya en este caso, como se ha hecho en situaciones análogas, buscar antiguos conventos, antiguos cuarteles ú otros locales sin aplicación en las localidades en que estén, para habilitarlos apresuradamente é instalar allí las poblaciones penales que no tienen cabida donde están. Así no se resolvería nada y mantendríamos la misma situación provisional y de total desorganización de estos servicios en que vivimos tradicionalmente.» El mismo concepto lo repite el Sr. García Prieto, en el preámbulo del Proyecto de ley de Colonias penitenciarias agrícolas. «Desde luego—dice—debe desecharse el procedimiento, ya en otras ocasiones seguido en casos análogos, de trasladar la población penitenciaria de un edificio á otro de semejantes condiciones al que se abandona, porque el sistema, aunque de sencilla ejecución no resuelve de modo eficaz y permanente, ninguna de las dificultades de que adolece nuestro régimen penitenciario.»

Con estos antecedentes está muy en su lugar la 3.ª de las conclusiones votadas en el Salón de Ciento, que así dice: «Protestar de la imprevisión de no haberse construído oportunamente, establecimientos penitenciarios con arreglo á las exigencias de la ciencia penitenciaria.»

Imprevisión y algo más que imprevisión. La *Revista Portuense* dice que «después de invertir el Estado crecidas sumas, se encuentra con un edificio viejo, ruinoso y sin una sola de las condiciones que señalan los adelantos penitenciarios». Es verdad, el Estado ha gastado crecidas sumas y la Administración penitenciaria las ha invertido torpemente, encontrándose á la postre con edificios viejos y ruinosos, ó con desenvolvimientos arquitectónicos que significan un verdadero retroceso. En un estudio publicado por nosotros en la *Revista penitenciaria* (Tomo III, pág. 432-435) comparábamos nuestra situación con las diferentes naciones europeas en un doble cuadro, referente el primero á la arquitectura de las cárceles, y el segundo á la de los establecimientos penales. «Nosotros podemos figurar—decíamos en cuanto á las cárceles—en puesto no desventajoso por el número de celdas, al lado de Francia é Italia, y en mejor lugar que Austria, Hungría y Rusia.» «El estudio comparativo, en lo que concierne á los establecimientos penitenciarios, no nos es tan favorable como en las cárceles. *En este punto ocupamos el último lugar,* y la conclusión es bastante desfavorable para la Administración central, porque la reforma carcelaria es obra de otra clase de iniciativas.» En la Administración central ha reinado el más absoluto desconcierto y la más supina ignorancia, procediéndose como si en el mundo no hubiera ejemplos que seguir, modelos que imitar y enseñanzas que aprender. La Administración central ha sido modelo de desahogo y de rutina. Su obra en el último decenio del siglo XIX, ha sido del más inconcebible retroceso.

Pero, en fin, no es en esto solo donde la Administración central ha vivido apartada de toda previsión y toda ciencia, y donde se significa su completo fracaso.

c) *Psicología burocrática.*—La burocracia es como la han hecho, y por eso hay que estudiarla en cada país. Como burocracia laboriosa, tiene fama la inglesa. Se ha dicho que un empleado inglés trabaja como diez empleados franceses. Novicow ha dicho que el burócrata trabaja un par de horitas diarias, y generalmente en papeleo inútil. Como

burocracia modelo de organización se cita la alemana. Ferrero cree que es la gran creación de la Alemania moderna.

La burocracia inglesa, es como es por haberse desarrollado en aquel ambiente político y social. La burocracia alemana es como es por haberse formado, creecido y desenvuelto en el régimen de aquella subordinación, que no admite morosidades ni desidias.

El tipo de nuestra burocracia se define con solo advertir el papel considerable, verdaderamente dominante, que en ella tienen los negociados de personal. Así lo requiere el país, en que los intereses personales lo son casi todo. Si el teclado de timbres de cada Ministro ó cada Director general, registrara las impresiones papilares, el botón de la oficina de personal excedería enormemente en el número de presiones. Si la puerta de la oficina registrara las aberturas y los cierres, resultaría la puerta más movida. Si las suelas del calzado registraran el porqué de los desgastes, seguramente que los pasos que hace dar el personal, son los que más benefician á los zapateros. No hay que decir que el Negociado de personal es el más activo. ¡Lo que se gasta en personal!

Hay situaciones que se gastan en eso solamente y hay Directores generales que no llegan á hacer otra cosa. Algunos, los más identificados con la política, creen que esa es su misión. La política tiene una fórmula imperante, la de «servir á los amigos», y cree que el que llega á la categoría de alto funcionario no trae otra misión que la de dejarse alhagar y la de corresponder con concesiones á las cartas y visitas. La política ha convertido la Administración en un interminable petitorio.

Por su parte, los cuerpos y funcionarios educados en el régimen faraónico de la recomendación, no piensan en otra cosa que en pedir ó por la vía recomendatoria ó por la de los homenajes. Los que más se han distinguido en los últimos años como paladines del Cuerpo de prisiones, no han sido otra cosa que hábiles farautes del apadrinamiento, manejando las artes conocidas de las instancias colectivas, comisiones, mensajes, banquetes, é item más la tributación adulatoria de las placas, albuns, orlas, fototipias y también algo más entallado y más vistoso.

Para apreciar estas cosas sintéticamente, es preciso acudir á ciertas locuciones demostrativas. De un individuo caracterizado por sus tendencias generosas, elevación de sentimientos, espíritu de filantropía, etc., etc., se dice que es *todo corazón*. De otro individuo en que predomine la mentalidad, la intelectualidad y que todo lo resuelve por estudios positivos, análisis particularizado y demostraciones concretas, se dice que es *todo cerebro*. De igual modo se podría decir del individuo que sólo piensa en su bienestar, en su conveniencia, en sus apetitos y en sus gustos que es *todo estómago*. Y lo que se dice de un individuo en particular se puede afirmar igualmente de las colectividades y corporaciones, clasificándolas según sus propias tendencias, ostensiblemente manifestadas, en *cordiales, cerebrales* y *estomacales*. A la política también se le pueden aplicar estos conceptos, porque la política en distintos paises y en distintas épocas ofrece uno ú otro de esos predominios, y hay pais, que sin señalarlo especialmente todo el mundo lo puede conocer, en que la política tiene un estómago muy grande, un corazón muy pequeño y un cerebro mezquino, casi insignificante, porque piensa con el estómago, con la vida vegetativa, como los idiotas y los imbéciles, aunque lo disimule con apariencias que engañaron y que ya no engañan.

He aquí el mal constitutivo que padece nuestra desorganización y que lo ha engendrado el desmedido imperio de la política en la mayor parte de las organizaciones administrativas que se han particularizado atendiendo cada vez más á sus conveniencias y dejando que se amortiguen y se atrofien los órganos nobles que dan elevación á las ideas y firmeza y consistencia á las sociedades.

Hay organizaciones en que poco á poco se dejan en desuso el cerebro y el corazón, no tratándose de aquellas cosas que al estómago le conviene mantener.

d) *Como está la función penitenciaria.*—Respondiendo «en tal pais vivimos», se diría todo.

En lo penitenciario ha habido señaladas corrientes de regeneración, pero no corrientes internas. La obra de Doña Concepción Arenal, tan persistente y tan importante como las obras más elevadas y de mayor esfuerzo, no ha penetrado, ni poco ni mucho, ni en la Administración penitenciaria ni en la vida de las prisiones.

Es más, las reformas trascendentales que han alcanzado la sanción oficial, también han encontrado cerrada la puerta con la antigua fórmula de «se obedece, pero no se cumple». En un reciente libro del mayor y más prestigioso de nuestros criminalistas, el profesor Dorado *(Los peritos médicos y la justicia criminal),* se dice á este propósito: «No ha faltado en España algún gobernante progresivo que lo haya entendido así. Refiérome al Sr. Dato, que fué quien refrendó, siendo ministro de Gracia y Justicia, una porción de disposiciones acertadísimas sobre materias penitenciarias, disposiciones tan bien orientadas que, de haberse cumplido, estaría ya iniciada y hasta adelantada la reforma en este orden, en el que, como en varios otros, constituímos una vergonzosa excepción europea. Pero con ser acertadas esas disposiciones, ni se han puesto en práctica ni hay miedo de que lo sean por ahora. Son muchos los estorbos que lo impiden» (pág. 217). No solamente no se han puesto en práctica, sino que el Sr. Dato es el reformador más impopular en el Cuerpo de Prisiones. Este Cuerpo, en un plebiscito organizado por uno de sus periódicos, votó en contra de una de las más significadas reformas del Sr. Dato. Las demás, como dice Dorado, no se ponen en práctica porque «son muchos los estorbos que lo impiden». El preámbulo del Real Decreto de 22 de Abril de 1903 dice que «es indispensable, si han de purificarse las costumbres penales, que desaparezca de manos del penado un elemento de corrupción que en ninguna penitenciaría europea es permitido, y que entre nosotros rige por costumbres no rectificadas: el dinero». «Desapareciendo el numerario de los establecimientos penales, es seguro que se pondrá término á contaminaciones peligrosas que interesa hacer imposibles.» La cosa, en efecto, es bien sencilla, pero la implantación de la reforma no se ha podido conseguir, y donde se ha hecho ha sido aparentemente.

Uno de los decretos que más elogia el prestigioso profesor, también está incumplido. «A la serie de aquellas (reformas)—dice—pertenece el muy notable Real decreto, fecha 18 de Mayo de 1903, sobre *Régimen de tutela y tratamiento correccional de los penados,* en el que se propone como «único» fin de la privación de libertad el tratamiento reformador de los delincuentes con caracteres de acción tutelar constante, ejercida individualmente en vista de los antecedentes y estado actual del penado.» ¡Régimen de tutela y tratamiento correccional en las prisiones españolas! Eso es todavía un sueño generoso.

Las prisiones españolas no han cambiado más que en algunas exterioridades. No hay más que reparar en lo mucho que subsiste de lo antiguo. «El comandante de un presidio—dice Boix—era una especie de soberano incógnito»... ¡Qué difícil es renunciar á ciertas soberanías! Entonces se decía «mandar» un presidio, y aunque hoy, con el cambio de títulos, se debiera «dirigir», el mando es lo que en efectividad subsiste. Y el mando á la antigua, porque la antigua organización no ha desaparecido, consistiendo ésta en que las funciones penitenciarias de mayor entidad se les confiasen no á empleados libres, sino á funcionarios reclusos y sometidos al imperio de la ley. Así resulta una verdadera desproporción en las funciones jurisdiccionales entre el elemento libre y el

penado, como se puede demostrar con los datos de que disponemos. Helos aquí, sin incluir el elemento director.

Funciones directivas:

Vigilantes:	33 jefes de vigilancia	181
	148 vigilantes	
Celadores penados		1.181
Cornetas penados		54
Voceadores penados		40

Funciones administrativas:

Funcionarios administrativos	»
Escribientes penados	371

En un estudio oficial *(Expediente general para promover la reforma penitenciaria,* pág. 132), decíamos nosotros á este propósito:

«El presidio aún mantiene sus muros y su organización y sus tradiciones. Si hasta el árbol cortado por el pie retoña, lo que no ha sufrido un cambio radical, no sólo mantiene sus raices, sino el tronco y parte de las ramas.

»La plana mayor ha cambiado: los Comandantes son Directores de muy distinta procedencia; los Mayores, Administradores, y hoy Inspectores; los Ayudantes, Oficiales.

»La plana menor ha cambiado del mismo modo: en vez de capataces, vigilantes.

»La plana penal no ha cambiado: penados eran los antiguos cabos de vara y penados son los modernos celadores; han cambiado de nombre.

»Además, en las oficinas siguen otros penados con la misma denominación: los escribientes.»

La psicología de este régimen disciplinario y burocrático, la puntualizó en *El Presidio-Escuela* el comandante Canalejas. «Regularmente — dice — los escribientes, son *gente lista:* sus condenas, con algunas raras escepciones, de estafa y falsificación. Muchas veces, por su expedición en el manejo y confección de los papeles y documentación, *son de disposiciones aventajadas respecto de los capataces,* y más de un ejemplo pudiera citar en afirmación de casos *en que los Jefes han descansado por completo en la inteligencia de los escribientes penados.*»

Recuérdame esto las singulares observaciones de Sergi *(Le degenerazioni umane),* al tratar de la degeneración orgánica de los señores dueños de numerosos esclavos. «Se degenera de mil modos — dice — incluso en la disposición de las propias acciones y de las propias necesidades; un enflaquecimiento general de la personalidad sucede á la inhabilidad, y todo se hace depender del servicio externo de los esclavos.» Cuenta que éstos tenían que advertir á sus señores cuando era la hora de tomar el baño ó de sentarse á la mesa. Séneca dice que para estos señores constituía un verdadero esfuerzo preguntarse si tenían hambre. Luciano refiere que en Roma todas las personas de calidad cuando iban de paseo, hacían que sus esclavos les advirtiesen de la menor aspereza del terreno ó del menor obstáculo. Los trataban como ciegos. El mismo Séneca refiere el caso del potentado Cabrisio Sabino que, queriendo pasar por instruído y siendo enteramente ignorante y falto de memoria, hizo que uno de sus esclavos aprendiese de memoria á Homero, otro á Hesiodo y otros á los nuevos poetas líricos, y colocándolos detrás de él en las fiestas que daba, le sugerían los versos que había de citar oportunamente en el curso de la conversación.

Así sucede con todas las soberanías fundadas tan sólo en un poder material, de la índole que fuere, y así ha degenerado muy hondamente nuestro régimen penal que, por su misma constitución viciosa y por sus mismas dejadeces, tenían que caer necesariamente en manos esclavas. Y el vicio estriba en que, esencialmente, nuestro régimen penal es régimen de esclavitud y no otra cosa, y «el esclavo representa la sujeción absoluta del hombre al hombre», y por ser ese el vicio constitutivo de nuestro régimen penal, se produce la doble degeneración de que habla Sergi. «Si la condición de esclavo hace degenerar á los que la sufren, ésta degeneración estiende á la vez sus tristes efectos á la clase libre, á los dominadores.»

Por eso, donde reine la esclavitud con sus dobles influencias degenerativas, es inútil buscar aquéllas elevadas aspiraciones que surgen de la mente ó del corazón. No puede existir nada de eso. El régimen de esclavitud está ligado á otras vísceras. «Al siervo — dice Sergi — hay necesidad de llenarle la panza, y al servil hay que ofrecerle las comodidades de la vida, y uno y otro estarán tranquilos bajo cualquier régimen, con tal que se hallen bien nutridos; pero ambos, faltándoles la cebada, serán los primeros en rebelarse y en hacer traición á su amo; y si á éste lo amenaza algún peligro, lo traicionarán con el nuevo amo que les asegure la vida y el sustento.» Lo de la cebada, lo dice, seguramente, Sergi acordándose de que Aristóteles comparaba al esclavo con un animal doméstico, como el caballo ó el buey.

Nuestra función penitenciaria es tan meramente servil, tan vegetativa, tan inferior, que apenas si se cumplen en ella otras funciones que las que se podrían llamar de simple aprisco. Se encierran los penados, se los hacina en los dormitorios, se los deja solearse en los patios, comen y duermen y trabajan algo, más por propia tendencia que por organización sistemática. El mismo trabajo, por lo menos en los datos oficiales, se halla en lamentable decadencia. En el ejercicio económico de 1888-89, importaron los productos al Estado 95.370 pesetas, y en el de 1904, solamente 39.420: una baja de 55.950 pesetas. De elemento educativo, ni una palabra, absolutamente ninguna. Lo más elemental de que se puede disponer, la escuela, por ejemplo, como si no existiese. Con la escuela va unida la Biblioteca en la titulación correspondiente del presupuesto, y sólo existe una Biblioteca en función en el penal de Cartagena montada por el patronato de dicha ciudad, suministrándole elementos para ello el Consejo penitenciario y dos importantes donativos de personas que sienten amor á este género de instituciones. Y es posible que hasta esa misma Biblioteca vaya poco á poco cayendo en desuso.

Ahora bien, en las obras, en el contenido que tienen, en su significación, es donde se analiza la personalidad de las colectividades, porque lo que no se halla en las obras no existe, de seguro, en la colectividad, y el aspecto y la substancia de aquéllas indica si la colectividad se singulariza, como hemos dicho antes, por un predominio del corazón, del cerebro ó del estómago, resultando que esta última víscera es la que alcanza desusadas proporciones en aquellas colectividades que no hacen otra cosa que pensar en sí, procurar para sí, agitarse en busca de beneficios, gracias y mercedes, llevar la anotación de la *graduatoria,* como dicen los italianos, ó del ascenso, como decimos nosotros, fortaleciendo el yo corporativo, que no es precisamente la idea elevada del espíritu de cuerpo.

Y este análisis se hace por sí mismo, porque las cosas en nuestra sensibilidad se revelan como son, sintiendo el particular influjo que de ellas emana, y por eso ocurre la manifestación social que en tantas partes ha repugnado el contacto del presidio, porque las cosas atenidas á una materialidad vegetativa, no se aman nunca, se apetecen tan

sólo, y porque el presidio no infundirá simpatía mientras en él no existan aquéllas emanaciones del corazón y de la inteligencia que se llaman sentimiento é idealidad.

Para que esto se logre, la transformación ha de operarse en el interior del presidio y en el ambiente social; y en este ambiente hay cosas de tan desapoderado egoismo, que justifican la conceptuación de «presidio suelto» de que habló el general O'Donnell.

B) Psicología de las colectividades sociales.— *a) Análisis de una solicitud.*—Es un documento muy digno de ser analizado, la solicitud que en 4 de Junio dirigieron al Presidente del Consejo de Ministros «el Ayuntamiento constitucional de Figueras, provincia de Gerona, y representaciones de la prensa local, de Sociedades patronales y obreras, agrícolas, políticas y recreativas, de la industria, del comercio, del foro y de la banca, y de todas, en fin, las entidades que en esta población y su comarca constituyen las fuerzas vivas de la misma».

No hay por qué regatear la importancia del acto. La protesta pudo no ser del todo espontánea, pero está muy bien organizada y responde á una solidaridad evidente. En estos hechos hay una evolución definida que, cuando se la estudia puntualizando los diferentes elementos que la constituyen, permite distinguir diferentes fuerzas, tales como la fuerza política á la que después, en sucesivas repercusiones, se van uniendo los diferentes factores de la fuerza social. En uno de los documentos se habla de «la campaña puramente política que en Barcelona se hace contra esto», y habla así uno de los que con más ahinco piden que no se lleve á Figueras el presidio. En un documento confidencial de personas que no repugnan que se lleve el presidio al castillo de Figueras, se dice, entre otras cosas, que la manifestación «se compuso de doscientos cuarenta manifestantes, de los cuales los doscientos eran forasteros». Claro está que, para los efectos políticos, la manifestación se compuso de miles de manifestantes.

Pero, en fin, el regateo no conduce á nada y lo evidente es que la significación de la protesta descubre un espíritu predominante en Cataluña, nazca de donde naciere, y que no está repelido, y mucho menos al presente, por un espíritu contrario. Importa, por lo mismo, analizar este espíritu con el mayor desapasionamiento, y como en la solicitud dirigida al Presidente del Consejo de ministros se alega que se van á sufrir dos daños, el daño moral y el material, á estos dos aspectos se ceñirá nuestro análisis.

a') *El tipo moral de la comarca. La criminalidad.*—«La criminalidad en Figueras es absolutamente nula. El carácter pacífico de sus habitantes, su cultura, su amor al trabajo, su honradez acrisolada, evidencian por modo elocuente que para ellos están de más los presidios y las prisiones.» Esto dice la instancia, y lo dice con bastante razón, aunque no conviene ser excesivamente ponderativos. En la delincuencia de sangre, en la brutal, la provincia de Gerona, con las de San Sebastián y Orense, acusa la menor delincuencia, ocupando lugar también muy ventajoso las provincias de Barcelona y Lérida, siendo una excepción Tarragona. En la delincuencia contra la propiedad, Barcelona se significa mucho y contrasta grandemente con las otras tres provincias. Pero no es la de Gerona la menos delincuente de las tres: lo es Lérida menos que aquélla, y, sobre todo, Tarragona, que es la más violenta y sanguinaria de las tres provincias, pero la de mayor probidad.

La mezquindad de nuestra estadística no nos permite hacer diferenciaciones especiales respecto del Ampurdán, teniendo que englobarlo en el tipo general delincuente de la provincia de Gerona.

b') *El tipo moral de la comarca.—La locura y el alcoholismo.*—No es con datos estadísticos con los que podemos tratar punto tan escabroso. Las informaciones verbales de un distinguido médico conocedor de la provincia, nos permiten decir que la de

Gerona ocupa el segundo lugar en la cifra de locos, con un gran predominio de locura mística, y que se halla bastante desarrollado el alcoholismo. Señalaba también otros fenómenos de degeneración muy dignos de ser estudiados, porque si importa mucho reconocer y ponderar las excelencias, conviene á la salud del cuerpo, á la del alma, al porvenir de los individuos, familias, sociedades y nacionalidades, reconocer el fondo de las miserias fisiológicas que, por permanecer oculto, da lugar á la creencia falsa de que los males surgen inopinadamente. Los males, generalmente, los fragua la desidia.

De regreso de Figueras iba, el que esto escribe, recorriendo la carretera de San Feliu de Pallarols á Olot, y el tartanero le hizo reparar que estaban recomponiendo casi todos los almohadillados y pretiles destruídos en una extensión considerable. «—En una noche de borrachera lo hicieron los payeses»—le dijo el tartanero, suministrándole también bastantes referencias respecto al alcoholismo.

c') *El carácter catalán.*—No se crea que vamos á acometer sin elementos tan difícil estudio; porque no queremos incurrir en temeridad de ninguna clase. Lo único que queremos preguntarnos es si Cataluña tiene el carácter que en la actualidad la distingue por depuración de condiciones nativas ó por una determinada conformación social. Cervantes dijo de los catalanes: «gente enojada, terrible, pacífica, suave» *(Persiles,* B. A. E., tomo I, pág. 561, col. 1.ª). Históricamente, Cataluña no tiene la honorabilidad que actualmente la distingue. Es la región señalada del bandolerismo. Cervantes sólo cita bandoleros catalanes: Roque Guinart, en el *Quijote;* unas compañías de bandoleros cerca de Igualada, en *Las dos doncellas,* y otra en Perpiñán, en el *Persiles.* La institución del somatén parece originada en estos hechos. Una comarca propensa á inundaciones levanta diques y obras defensivas contra ellas. Una fuerza social como la del somatén, es enteramente análoga á uno de esos diques para impedir otra clase de desbordamientos.

El que esto escribe suponía que el somatén había quedado solamente como un vestigio, como un recuerdo histórico, y así lo manifestó en el prólogo de la obra de Nicéforo, *La transformación del delito.* «Cataluña—decía—fué la región del bandolerismo, y es hoy la región industrial por excelencia. Del bandolerismo se defendió con los *somatenes* hasta extirparlo, y esa fuerza defensiva aún subsiste con organización inquebrantable, aunque no sea necesaria.» Sin embargo, referencias directas le hicieron saber que esa organización es necesaria todavía y que si no existiese daría lugar á la renovación de anteriores peligros, si no en la forma antigua en la moderna. Cataluña no cesa en sus procedimientos defensivos contra la gente maleante, y de uno de esos procedimientos, llamado *dar el pasaporte,* tuvo particular noticia, descubriéndole cuán activamente depuradora es la acción social en este país y afirmándole en la consideración que seguía á la parte copiada del citado prólogo: «Hay diques sociales que tienen que ser tan permanentes como los diques hidráulicos.»

Lo que convendría indagar es el influjo que ha tenido el somatén en la organización social de Cataluña, en las costumbres catalanas y en el mismo carácter catalán. El somatén ha contribuído, indudablemente, á hacer á las gentes pacíficas, y por lo tanto suaves, como Cervantes dice, á las mismas gentes que antes eran terribles por el enojo. El somatén tiene, indudablemente, mucho influjo en la psicología del pueblo catalán. Cataluña se distingue por dos características actualmente muy evidenciadas: el fortalecimiento de la vida interior y une cierta aspereza contra los influjos exteriores. Y esto es algo de lo que el somatén significa.

Valiéndonos de la última fórmula política, podemos decir que el somatén es una manifestación histórica, constitutiva de la solidaridad catalana. Ninguna organización más

solidaria que ésta. Se acomoda perfectamente á lo que lo palabra significa, porque solaridad (de *sólido)* es firmeza, y el somatén se halla instituído para fines de *seguridad.* Es un dique, un muro, un baluarte social. Dentro de él, afirmada la seguridad, contenidas las tendencias disolventes, se ha constituído la personalidad catalana y se ha ido definiendo el carácter catalán tal y como es en sí. De este carácter se podría decir que *es muy hacia adentro*, es decir, poco comunicativo, muy dado á lo suyo, muy aficionado á sus propias pertenencias. Por lo mismo, el carácter catalán se distingue del de las demás regiones de la península por ser el que opone, en ciertas relaciones con lo exterior á él, mayor número de fronteras y puestos defensivos, y el que más resiste y quiere resistir las penetraciones extrañas por creer que su contenido es lo verdaderamente puro y que de fuera sólo ha de venirle la adulteración. Podría demostrarse con mucho género de pruebas pero en este estudio sólo cuadran las que sean pertinentes al análisis que estamos haciendo.

d') *Ideas de somatén.*—En la referida instancia oponiéndose á la traslación de los penados al castillo de Figueras, se le pide «al Gobierno que desista de semejante propósito, cuya realización vendría á herir en lo más vivo *la pureza de sentimientos de estos habitantes y á empañar la limpia historia de esta honrada y laboriosa comarca*».

«Figueras y otros pueblos de este partido judicial, *se verían invadidos* por otra colonia de gente maleante que, á no dudar, convertiría la vida tranquila y patriarcal de que hoy gozan sus habitantes, en una vida llena de recelos, inquietudes y zozobras, determinante de un cuotidiano malestar.»

«Pero si, por desgracia, la población penal de África, ó de otro punto, se traslada al castillo de San Fernando, no cabe duda que habremos de ser testigos á veces de escenas no muy edificantes y tal vez víctimas de las rapacidades de la gente maleante, que gira siempre en torno de los presidios, y habremos de pasar también, andando el tiempo, *por la amargura de ver cómo se transforma el modo de ser de Figueras, perdiendo su fisonomía propia y característica, adquiriendo, poco á poco, la que le imprima esa población que la fatalidad coloca en nuestro camino.*»

«El pueblo de Figueras, cuya cultura, laboriosidad y honradez determinan su modesto bienestar *y son firme garantía de su tranquilidad duradera y completa,* no puede ver con agrado, sino con muestras de vivo descontento, que la colonia penitenciaria de África, con su escuela de gente maleante, *venga á turbar su dicha y á manchar su nombre.*»

«Pueblo que trabaja, pueblo que estudia, pueblo que se redime, pueblo, en fin, que rindiendo culto al progreso, organiza concursos, certámenes, exposiciones, fiestas que constituyen inportantísimas manifestaciones del trabajo, del arte y de la inteligencia, en las cuales se templa el espíritu para mejor continuar la lucha á que la humanidad se halla sujeta, no merece que se la convierta en población penal, con sus tristezas y sus negruras, ahogando así sus iniciativas, matando sus aspiraciones, *marcando su frente purísima con el sello infamante del presidio.*»

Llamamos «ideas de somatén» á las que quedan apuntadas porque pueden distribuirse en dos agrupaciones perfectamente definidas: satisfaciones interiores y peligros de la invasión exterior.

Satisfacciones interiores: «pureza de sentimientos de estos habitantes», «vida tranquila y patriarcal de que hoy gozan», «firme garantía de su tranquilidad duradera y completa», «frente purísima». Todo esto lo resume la instancia que al Presidente del Consejo de Ministros le dirigió en 27 de Junio el Fomento del Trabajo Nacional, diciendo que «precisamente se ha elegido para recluir dichos presidiarios la capital de una

comarca que, cual el Ampurdán, es considerada verdadera síntesis de todas las virtudes, de todos los rasgos y de todos los caracteres peculiares de la *raza catalana*».

Invasión exterior: «herir en lo más vivo la pureza de sentimientos», «empañar la limpia historia», «se verían invadidos por otra colonia de gente maleante», «vida llena de recelos, inquietudes y zozobras, determinante de un cuotidiano malestar», «habremos de ser testigos á veces de escenas no muy edificantes y tal vez víctimas de las rapacidades de la gente maleante», «venga á turbar su dicha y á manchar su nombre», «ahogando así sus aspiraciones, manchando su frente purísima con el sello infamante del presidio». Los mismos conceptos lós resume la referida instancia del Fomento del Trabajo Nacional al decir que «llevar la población criminal á Cataluña, es verdadero baldón de ignominia del que nuestra región no es merecedora». La instancia de Figueras también dice: «No merece Figueras semejante agravio.»

En Cataluña es muy firme el sentimiento de que solo viviendo en sí, de por sí y para sí, puede mantener y agrandar su personalidad histórica, de que se siente más que satisfecha. El credo catalanista, no consiste en otra cosa. Las bases para la Constitución Regional Catalana, acordadas en Manresa, están llenas del *ego* catalán. «La lengua catalana será la única...» «Solo los catalanes, ya sean de nacimiento, ya por virtud de naturalización, podrán desempeñar en Cataluña cargos públicos.» Esto que en política se llama aspiración autonómica ó aspiración de independencia, en el análisis psicológico significa algo más, que, por de pronto, no hemos de decir.

La significación que resalta en las manifestaciones que estudiamos, ni por la psicología del miedo pueden explicarse. Se trata de algo más singular, de algo como el instinto del armiño á no mancharse, y hasta de un cierto sentimiento místico á temer y rechazar al enemigo, que es poderoso incluso para cambiar la naturaleza del hombre ó de la sociedad á que se incorpora. Así dice la instancia de Figueras: «y habremos de pasar también, andando el tiempo, por la amargura de ver cómo se transforma el modo de ser de Figueras, perdiendo su fisonomía propia y característica, adquiriendo poco á poco, la que le imprima esa población, que la fatalidad coloca en nuestro camino».

«Estar alerta» contra las asechanzas del demonio, dice la religión á los fieles. *Som attens,* dice la fuerza social armada en Cataluña, contra los enemigos declarados ó encubiertos de vidas y haciendas. *Som attens* ha dicho la solidaridad catalana: la pureza está en nosotros; el enemigo que nos corrompería, ha de venir de fuera.

e') *Ideas económicas.*—«Además—dice la instancia de Figueras,—los penados se dedican á labores que, por confeccionarlas á muy reducidos precios, perjudidarían gravemente á los industriales y obreros de Figueras y su comarca, que en modo alguno podrían resistir la competencia.»

Dice Max-Nordau, que el inglés es un compuesto de teología y economía política. En otros estudios se habla también de esta singular contradicción del alma anglo-sajona. Así un obrero, arrancado de la taberna por los *Revivals* de los Estados Unidos, decía, valuando económicamente su redención, que rezar era aumentar el salario. Quien sabe si el sentido económico catalán ha influido poderosamente en la moralización de las costumbres. Aunque un ilustre hispanista inglés, al ponderarle yo las excelencias de su país me contestaba, que ellos eran «los catalanes del Norte,» no creo que el catalán sea un compuesto de la misma naturaleza definida por Max-Nordau, aunque pueda ser un compuesto análogo.

En efecto, en el catalán es muy predominante lo económico, el negocio, y el mismo asunto que ahora ve con antipatía y repulsión, la instalación de un presidio en el castillo de Figueras, lo vió con simpatía hace algún tiempo, porque lo vió con ojos econó-

micos, y en una situación en que apremiantemente tenia necesidad de ver las cosas de ese modo.

El Presidente del Consejo de Ministros Sr. Moret, en las muchas contestaciones telefónicas y telegráficas cambiadas con las corporaciones catalanas, hubo de insinuar algo de esto y el presidente del «Centre catalá» de Sabadell le dirigió un telegrama redactado en catalán, que traducido dice así: «30 de Junio de 1906. Para poder dar valor á vuestra respuesta, precisa antes saber las asociaciones importantes que según se desprende del telegrama de V. E. han reclamado el traslado de los presidios de Africa á Figueras, donde Cataluña no los quiere.» El Sr. Moret contestó con el siguiente despacho: «La petición á que me he referido en mi telegrama anterior consta en el archivo del Ministerio de Gracia y Justicia y se menciona en el libro de Rafael Salillas titulado *La vida penal en España...*

»El Ayuntamiento de Figueras pedía la instalación del presidio como medio de remediar la pobreza originada por la filoxera y años estériles, y afirmaba que en el castillo podían confinarse 10.000 hombres.

»Para esto daba razones extensas y lógicamente desarrolladas. Entre otras cosas decía la instancia textualmente:

»Así se atraería mayor número de gentes y se crearían multitud de pequeñas industrias que darían vida y reanimarían el espíritu público.» *(El Noticiero Universal,* 3 de Julio de 1906.)

Efectivamente, todo el razonamiento de la parte citada de mi libro, tiene como tema el sentido económico de la proposición del Ayuntamiento de Figueras. «Hay poblaciones—se dice al comenzar—que codician la instalación de un presidio en su perímetro ó en su contorno.» Figueras codiciaba entonces algo más que la instalación de un presidio: quería las dos terceras partes de la población penal. «Y efectivamente—se añadía como comentario—desde el punto de vista económico local, no es mal procedimiento sustituir las vides dañadas con hombres corrompidos. Haciendo un cálculo de lo que cada presidiario consume, se podía saber sin error al producto de cuantas cepas equivalen las necesidades de 10.000 hombres. Económicamente, la idea tiene las proporciones de un buen negocio, y aunque no son los hombres vegetales, parece que se trata de una sustitución de cultivos. De lo que sí se trata (como si el presidio fuera lagar) es de sacar el jugo.

»Esta clase de compensaciones no son nuevas en nuestro país, y sirva de ejemplo Alcalá de Henares, donde presidiarios y galerianas llenan, en cierto modo, el hueco económico que dejó la antigua población escolar. Si se investigara el hecho, se evidenciaría en ciertas poblaciones que los barrios donde estuvieron situados los presidios han venido á menos, á no obtener con posterioridad otro elemento de riqueza. Esto confirma la intuición del Ayuntamiento de Figueras, que ya partió de la exactitud de asimilarse casi dos terceras partes de la Sección 6.ª del Presupuesto general del Estado. Además, la perspicacia proteccionista vió, sin duda con más claridad que ningún otro solicitante, que un presidio atrae gentes, crea industrias y comercios, en una palabra, coloniza.»

Aunque en la referida é importante reunión del Salón de Ciento, el Sr. Albó (D. Ramón) puso particular empeño en señalarme contradicciones, y aunque el contradecirse puede no ser pecado, sino rectificación naturalísima en el curso de la evolución de las ideas, el asunto es de tal índole que ni me he contradicho ni podía contradecirme. «Para hacer más palmaria la contradicción flagrante en que incurre el criminólogo español—dice el relato de la *Vanguardia,*—cita textos de obras y artículos publicados en diferentes épocas y en los cuales considera, con acritud, el sistema penitenciario en

España, calificándolo de ignominia y oprobio para el país.» Y lo sigo considerando y lo sigo calificando como ha podido verse en el desenvolvimiento de estos apuntes históricos y de estas indicaciones psicológicas. Entonces estaba en contra, radicalmente en contra del sentido codiciosamente comercial y en contra también de las indiferencias y egoísmos sociales y no he rectificado, ni estoy en camino de rectificar tales puntos de vista. Dije y repito que «las poblaciones codiciosas ó necesitadas padecen grave error al resolver el problema con un balance comercial» y dije y repito que en orden de solicitar ó de rechazar el presidio, hay las representaciones de dos presidios, «uno, el económico de Figueras» (cuando esta población lo quería por razón económica), y «otro, el infeccioso de las otras localidades» como Zaragoza, Valladolid, Cervera, el Puerto de Santa María, un Gobernador militar de Santoña y ahora Figueras y Cataluña, que lo rechazan por dañino.

Pero he de añadir—porque en el referido artículo así lo dí á entender, lo he precisado en diferentes ocasiones y ahora lo quiero remachar,—que si por una razón no me son simpáticas las localidades que quieren el presidio porque económicamente les conviene, no encuentro grandeza alguna, sino muy señaladas conveniencias y egoísmos, en las otras localidades que procuran desprenderse del presidio ó lo rechazan si se les avecina, todo por la razón de mera conveniencia, de que *no quieren ensuciarse,* como el Sr. Monegal diría, y de que ya no les hace falta lo que antes les pudo convenir.

Y he aquí por qué no creo que el catalán sea, como el inglés, al decir de Max Nordau, un compuesto de Teología y Economía Política, ni vea singulares contradicciones en el alma catalana como las ven algunos en el alma anglo-sajona. Veo pura y simplemente dos situaciones sociales que hacen apreciar la cuestión de dos modos distintos, pero no veo aún la reacción social que se operó en los ingleses cuando experimentaron una crisis más grave que la que á nosotros nos amaga y que ha dado grandeza á las asociaciones de asistencia social ampliamente desarrolladas en ese gran país y de que más adelante hablaremos.

Para terminar este punto, bueno será advertir que Cataluña, de tres presidios que tenía, dos lo eran con carácter económico. Me refiero al presidio del Canal de Urgell, que fué suprimido al terminar las obras. Me refiero igualmente al presidio de Tarragona, acerca del que convendrá citar algunos párrafos de la Real orden de 31 de Enero de 1883: «La Real orden del Poder ejecutivo dictada por el Ministerio de la Gobernación y dirigida al de Fomento en 3 de Abril de 1869, y el Decreto de la Regencia del Reino de 18 de Octubre del mismo año, autorizaron á la Junta denominada de Obras del puerto de Tarragona para llevar éstas á cabo por administración y disponer al efecto de 500 presidiarios elegidos por el Ingeniero Director de las mismas, abonándoles los pluses que se señalan en los artículos del 6.° al 10 inclusive de la Ordenanza adicional á la general de presidios 2 de de Marzo de 1843. Además se impone á la Junta la obligación de suministrar á los confinados la sopa matutina, sin que se la obligue á cumplir con todas las prescripciones del artículo 55 de la referida Ordenanza adicional, que trata del régimen dietético de los confinados ocupados en obras públicas. Los privilegios creados por las referidas disposiciones, si favorecen los intereses marítimos de la ciudad de Tarragona, perjudican notoriamente á los confinados en el concepto de la exigua recompensa que por sus trabajos se les asigna, y en el trastorno consiguiente que en su salud sobreviene por efecto de una alimentación insuficiente é igual á la que se suministra á la población penal ociosa, cuando es sabido que las obras del puerto obligan á los confinados á un trabajo rudo é insalubre que necesita ser compensado con alimentos reparadores y precauciones higiénicas.»

Durante unos diez y seis años tuvo á su disposición la Junta de obras del puerto de Tarragona 500 presidiarios elegidos, abonando diariamente á los peones ordinarios 24 maravedises, á los de oficio ó arte útil á las obras 40 maravedises y á los cabos de vara 42 y á todos, como alimentación por cuenta de las obras, una sopa matutina hecha con un cuarterón de pan por plaza.

Barcelona tuvo un presidio, el de San Pedro de las Puellas, que fué trasladado á la Universidad de Cervera cuando la fiebre amarilla. Cervera protestó y en Febrero de 1873 fué desalojada la Universidad y enviados á Zaragoza los 700 y pico de penados que contenía.

b) *Criterio eliminativo.*—La conclusión 2.ª de las aprobadas en el Salón de Ciento, no lo dice claro, pero parece que responde al criterio eliminativo. «Hacer constar—dice—al Gobierno el sentimiento profundo de todas las fuerzas sociales reunidas, por la desaparición de la única colonia penitenciaria que tenía España, que, no siendo sustituída por otra, lo será por un presidio solamente y determinará una regresión en nuestra historia penitenciaria, un atentado á la justicia y humanidad con que debe tratarse á los penados y una infracción notoria del artículo 106 del Código penal.»

Este artículo que se infringe dice así: «Las penas de cadena perpetua y temporal se cumplirán en cualquiera de los puntos destinados á este objeto, en Africa, Canarias ó Ultramar.»

De manera que se lamenta «la desaparición de la única colonia penitenciaria que tenía España», colonia que está en África, y para no infringir el artículo 106 del Código penal, no pudiendo pensarse en manera alguna en Ultramar, ni siendo prudente acordarse para este objeto de Canarias, hay que pensar de un modo forzoso en otro punto de África.

El Sr. Albo (D. Ramón), que estuvo acertadísimo al enaltecer «la memoria de Doña Concepción Arenal, de aquella esforzada propagandista», debió pensar si tuvo parte en esa conclusión, que aquella «mujer con cerebro de sabio y corazón de santa», como con acertada frase dijo el Sr. Bastardás, de estar presente, y si estaba su espíritu así lo haría, hubiera votado, como votó en vida, resueltamente en contra.

Para comprobarlo, además de las obras en que trata especialmente de este asunto, pueden verse sus contestaciones á las preguntas 33, 34 y 35 del Cuestionario que se circuló para promover la reforma penitenciaria.

También hay una contestación suya que es tan en contra de la instalación del presidio en el Castillo de Figueras, como de que estuviese en los presidios militares de África y plaza de Ceuta.

31. *¿Deben ser edificados los establecimientos penales dentro de las plazas fuertes?*—No.

Pero además hay esta otra que le sigue y que conviene hacer constar:

32. *¿Deben hallarse los presidios cerca ó lejos de los grandes centros de población?*—Cerca, á ser posible.

Por último, la contestación á otra pregunta revela que las regiones que han repugnado el presidio, son las que la insigne mujer conceptuaba preferentes para el cumplimiento de largas condenas.

36. *¿No sería conveniente, para cortar las innumerables dificultades que lleva consigo todo sistema de calefacción, situar los establecimientos en que han de ser extinguidas condenas largas en el Mediodía de España y en las comarcas templadas del Norte?*—Mejor en las costas del Norte.

También el Fomento de la Producción Nacional se decide por el criterio elimina-

tivo. Por cierto que están tan arrinconadas las pobres cuestiones penitenciarias que cuando las desempolvamos para cualquier menester circunstancial, resultan tan traídas y llevadas, que dan ganas de que la autoridad las recoja como á los mendigantes callejeros.

La prestigiosa Corporación que tan eminente autoridad tiene en las cuestiones económicas, termina su instancia proponiendo la solución que ya hemos dilucidado y combatido con testimonios de enorme fuerza probatoria. «Suplica respetuosamente al Gobierno no lleve al histórico castillo de Figueras los presidios de África, procure de momento improvisar en la forma que pueda las Colonias Penitenciarias en otras posesiones de África mismo, no contiguas á Marruecos, y estudie de manera debida la creación de dichas Colonias Penitenciarias en forma que armonice perfectamente con los adelantos de la ciencia penal y que no sea atentatoria á la dignidad de ninguna región.»

Esto es dar una solución en la que hay tres elementos comprendidos: el castillo de Figueras, Marruecos y las regiones españolas. No se han de llevar los presidios de África al castillo de Figueras; no han de situarse contiguos á Marruecos; al crear las Colonias Penitenciarias no se ha de atentar «á la dignidad de ninguna región». ¡Ni una palabra más! Comprendido.

Y eso que cuando se dice que se hagan estas cosas «en forma que armonice perfectamente con los adelantos de la ciencia penal», como cuando se afirma que al hacer otras «se niega rotundamente todo respeto á los mandatos de la ciencia penal», se queda uno perplejo y aturdido.

Es lo mismo que me ocurrió al leer en el *Heraldo de Madrid* del 29 de Junio el telegrama que la Sección segunda del Congreso de Higiene le dirigió al Presidente del Consejo de Ministros: «La Sección de higiene social del Congreso, en el momento de empezar sus tareas, acordó protestar con la mayor energía de la traslación á Figueras de los presidios de África, *atentado de lesa higiene social* en pleno siglo xx. Francia é Inglaterra envían á lejanas colonias á los penados *para evitar el contagio,* ya durante su condena, ya especialmente después de su liberación.

»Además, es imposible por las condiciones del Castillo de San Fernando, opuestas en absoluto al interés físico y moral de los que extinguen condena.

»Las demás secciones del Congreso se adhirieron con entusiasmo.»

Aquí, como en la conclusión 2.ª del Salón de Ciento y como en el final de la solicitud del Fomento del Trabajo Nacional, siempre la idea eliminatoria, la de alejar á los penados, la de relegarlos, y lo que no sea eso, es negar el respeto á los mandatos de la ciencia, es un atentado á la justicia y á la humanidad, es un atentado de lesa higiene social, es una regresión. Incluso en el telegrama dirigido por el «poble Sabadell congregat en public assamblea» protestando de la traslación á Figueras de las colonias penitenciarias de Africa, se dice: «Protesta que fa non sols per l'interes social de Catalunya sino tambe en benefici dels propis penats.»

El «benefici dels propis penats», persistiendo firmemente en la idea de la colonia lejana, es la envolvente de la instancia del Fomento. «Como única esperanza de que nuestro deplorable y vergonzoso régimen penitenciario pudiera algún día seguir las huellas del mundo civilizado, contábamos desde el año 1889 con un principio de Colonias Penitenciarias, que tal era la organización que, con muy buen acuerdo, se había dado á alguno de los llamados presidios africanos. La vida del presidiario, en Ceuta, por ejemplo, venía resultando, hasta cierto punto, compatible con la cualidad de ser humano. La higiene, la satisfacción de las necesidades del espíritu, la educación misma, son en dichos presidios objeto de algún miramiento.» El Real decreto de 23 de Di-

ciembre de 1889, no hizo otra cosa que legalizar un sistema tradicional y espontáneo desarrollado en el presidio de Ceuta y coincidente con las pautas del sistema progresivo. La colonia de Ceuta fué con toda propiedad comparada con la colonia de locos de Gheel. La costumbre de convivir con los locos desde el siglo VII, formó esta colonia singular. La costumbre de convivir con presidiarios desde el siglo XV, es la que singularizó el tipo constitutivo de la colonia penal de Ceuta.

Pero de todos modos, la idea que de las colonias penitenciarias se expone en la instancia referida, es algún tanto retórica y bastante acomodaticia. «En aquellas naciones — dice — que van á la vanguardia del progreso jurídico, que quiere decir tanto como ir á la vanguardia de la civilización, en Alemania, en Italia, en Bélgica, en Inglaterra y en otros países, la reforma penitenciaria es realizada y estudiada con un amor y decisión proporcionados á la importancia que para los pueblos tiene el que los desgraciados que delinquen, lejos de acabarse de hundir en el crimen y en el oprobio, se rehabiliten ante la sociedad por medio de una educación moral y de su instrucción. En los pueblos que se han citado, el criminal desde el momento en que cae bajo la acción correctiva del Estado, pasa á ser en las Colonias Penitenciarias, montadas con todos los adelantos de las ciencias *moral, social, pedagógica é higiénica*, un verdadero alumno del bien, y como tal, una promesa de utilidad para el Estado.»

Lo primero que se debe decir es de qué clase de colonias penitenciarias se trata, porque la finalidad de la instancia del Fomento se refiere en exclusivo á las colonias externas. Después de esto ¿donde se hallan las colonias penitenciarias internas ó externas de Bélgica? Bélgica solo aplica escropulosamente el régimen celular. Ninguna de las naciones citadas tiene colonias penitenciarias exteriores. En Italia no pasa inmediatamente á las colonias penitenciarias agrícolas el penado. Precisamente G. Cusmano se lamenta de las disposiciones del Código penal que no permiten al condenado trabajar al aire libre hasta extinguir una parte de la pena, sustrayendo durante algún tiempo fuerzas que podrían ser utilmente destinadas á trabajos agrícolas. *(Le case penali agricole nel bilancio dell' Interno)*. En Suiza, lo preferente en el régimen penal, no es el trabajo al aire libre. Se practica ya en Thorberg, Witzwill y Saint-Johanse. Precisamente Otto Kellerhals, el prestigioso director de la colonia agrícola de Witzwil, se lamenta de que las nuevas soluciones no se abran camino. «Ahora bien—dice,—el hecho de que los especialistas sean en su mayor parte contrarios á los trabajos agrícolas al aire libre de los penados, no basta á persuadirnos de que se deba renunciar á ellos. Es, por otra parte, muy natural que los viejos directores de las prisiones, y los profesores de Derecho penal, que predominan en las asambleas y en los congresos, estén generalmente mal dispuestos, y de una manera definitiva contra las novedades, que no han tenido ocasión de aplicar; las ocupaciones, alguna vez monótonas, que los absorben en el transcurso de los tiempos, ¿no contribuyen tal vez á formarles ese estado de ánimo? Seguramente por tal motivo niegan su aprobación á los reformatorios americanos, que, rompiendo con las viejas y desacreditadas tradiciones burocráticas, han introducido, por el contrario, valerosa y decididamente, métodos racionales, basados en un trabajo enérgico y saludable del penado, en provecho de la sociedad en general.» Alemania ha sido muy expansiva en cuanto al desenvolvimiento del trabajo penal al aire libre. Sus procederes permiten incluso la concesión de penados á los particulares. Prusia, con esta aplicación de la fuerza penal, será, en un porvenir muy próximo, el mayor propietario de viñedos de Alemania. El consejero Krohne da cuenta *(Blätter für Gefangnisskunde,* XXXV, III) de los trabajos de roturación é irrigación, repoblación forestal, construcción de puentes, regularización de los cursos de agua, etc., realizados en 1901 por 2.300 penados, todo

con mucho éxito. Los mismos resultados excelentes consigna Liffler, director de la reclusión de Munich, en los trabajos análogos en Gorremberg, Wetan, Szconer, etc. De Inglaterra ya se ha apuntado antes lo necesario para desvirtuar referencias infundadas.

Esta nueva tendencia es precisamente la solución de la reforma penitenciaria dada por el Gabinete presidido por el Sr. Moret, con el proyecto de ley de Colonias penitenciarias agrícolas, presentado al Senado en 26 de Febrero de 1906 por el entonces ministro de Gracia y Justicia D. Manuel García Prieto, á cuyo proyecto, con tanto hablar de colonias, no se hace la menor referencia en los documentos de la protesta catalana.

Sí, se hace una referencia genérica en los conceptos despectivos de la última parte de la conclusión 5.ª de las votadas en el Salón de Ciento, que dice: «Y no con proyectos, discusiones, comisiones y congresos de que tan pródiga es nuestra burocracia, prometiendo siempre lo que nunca cumple.»

En primer lugar, nuestra burocracia no es, desgraciadamente, pródiga de semejantes cosas: es una burocracia de expedienteo y de tramitación. Los países que han llevado adelante la reforma penitenciaria es porque la han sabido preparar activa y pacientemente con proyectos, con discusiones, con comisiones y congresos. ¿Qué congreso penitenciario ni de semejante índole ha preparado en ninguna ocasión nuestra burocracia ni nadie en nuestro país, imitando el consejo saludable de los países que tienen esto como norma? En ello hay dos pobrezas: una pobreza de ilustración científica y una pobreza, todavía más grande, de manifestaciones de opinión. Decir esto no es propio de la *Asociación para la Reforma penitenciaria en España,* que nació pujante en Barcelona en 17 de Diciembre de 1879 en el Salón de Juntas del Trabajo Nacional, y que actualmente no es más que un vestigio y no ha realizado la obra que se propuso, porque le han faltado, como al país entero, las manifestaciones de esa fuerza expansiva, que ha sido la vivificadora en todas partes.

En *La voz de la Caridad* (t. XI, n. 236) saludaba doña Concepción Arenal esa obra, que pudo ser grande llevada con empuje y persistencia, acudiendo al único apelativo á que se puede recurrir para que la reforma penitenciaria sea un hecho. «Convencidos—decía—de que la reforma penitenciaria no podrá emprenderse por esfuerzos parciales hechos en el aislamiento, hemos clamado por la Asociación: al fin la asociación aparece; agrupémonos alrededor de ella y prestémosle apoyo. Sólo la asociación, sólo el conjunto de muchos esfuerzos reunidos y perseverantes puede sacar de su letargo á la opinión pública, y sólo cuando la opinión pública haya despertado, la reforma penitenciaria podrá empezar á ser una verdad.»

¡Pero he aquí que la opinión pública despierta herida en sus intereses, en su amor propio para rechazar lo que le repugna, «para evitar el contagio», como dijo el Congreso catalán de Higiene, para excluir á los miserables, defendiendo la solución del criterio eliminativo!

c) *Alma anglo-sajona.*—El telegrama del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Moret, contestación al del Presidente de la Sección de Higiene social, terminaba diciendo lo siguiente: «Como contestación, la más apropiada á sus observaciones, recomiendo á los congresistas lo que sobre el asunto publica la *Revista Penitenciaria* del mes de Junio, página 368 *(La Tribuna,* 3 de Julio).

El Sr. Albo (D. Ramón), en su discurso del Salón de Ciento, al señalar mis contradicciones, dijo que yo, «en un artículo publicado en la *Revista Penitenciaria,* que se titula modestamente órgano de las más altas representaciones sociales y políticas de España, combate á los que se oponen á un traslado que implica la desaparición de la colonia penitenciaria de Ceuta y de las demás establecidas en el litoral africano, y les

supone impulsados por un egoísmo social y empequeñecidos moralmente.» *(La Vanguardia,* cit.)

En primer lugar, la *Revista Penitenciaria* no se titula ni modesta ni inmodestamente como el Sr. Albo supone, siendo temeraria la suposición deducida de que al enumerar los «autorizadísimos dictámenes» en contra de la transportación de penados á otras colonias africanas, se indica también «el del actual Consejo, donde figuran las más altas representaciones políticas y sociales». La *Revista Penitenciaria* quiere ser modesta, como lo exige lo espiritual y desinteresado de su obra, y por eso la mayoría de los artículos ni siquiera ostentan la firma del autor.

Lo que se hace en el citado artículo, es un análisis del espíritu social con ocasión de la «protesta contra el presidio», preguntando si la sociedad que lo rechaza ahora es diferente de la que en tiempos lo solicitó.

«La diferencia estriba tan sólo en la índole del interés que determina uno y otro hecho, pero en los dos aparece una sociedad igualmente interesada, y registrando el fondo social se descubriría una cosa que, si implica progreso económico, no señala ni los menores rudimentos de un progreso moral.»

«Hay dos maneras de que la sociedad responda en asuntos penitenciarios: una muy antigua, que es la represión, y otra propia del espíritu civilizado, que es la asistencia.»

Esta segunda manera no asoma en modo alguno en las manifestaciones de protesta contra el presidio, en ninguna de las regiones protestantes. A Cataluña, como dice el Fomento, le parece la vecindad del presidio «un verdadero baldón de ignominia». En la instancia de los ampurdaneses el tono de desprecio está mucho más acentuado. «La morada del heróico defensor de la inmortal Gerona, el edificio que ha velado el sueño eterno del bizarro general Mariano Alvarez de Castro, *no puede ser profanado, no puede ser hollado por la planta inmunda del presidiario.*» Con sólo esto, estaría legitimado cuanto en el artículo se dice y que se puede resumir, para no citar más textos, en lo siguiente:

«Los protestantes contra el presidio están inspirados por la represión y tan apartados de la asistencia, que no solamente no quieren ocuparse en una obra que les parece pertenecer del todo á la administración penitenciaria, sino que conceptúan que se trata de algo lazarino que conviene poner en un sitio muy aislado y muy distante para que el contagio no se pueda producir. Así les parece que están seguros y que no experimentan las asechanzas de los enemigos sociales. Se equivocan por completo, porque cuando Inglaterra seguía por egoísmo é insensibilidad social, el procedimiento de la represión, veía aumentar los delincuentes conforme los arrojaba de su seno, porque la represión no ha tenido de por sí ninguna eficacia curativa. Toda la eficacia en la disminución de la criminalidad en Inglaterra, se debe á los desenvolvimientos de la asistencia social.»

El alma anglo-sajona se despertó cuando las colonias cerraron sus puertas á los penados de la metrópoli y ésta tuvo que encargarse de ellos. De esta necesidad, y en virtud de muchos proyectos, muchas comisiones, muchas discusiones y mucho estímulo, Inglaterra organizó el sistema penitenciario de que legítimamente se envanece y el alma anglo-sajona con el fervor que pone en las obras sociales, organizó toda la red de instituciones de asistencia dedicadas al cuidado de los presos y á la preservación de los licenciados de las prisiones. La *Discharged prisoners aid Society*, fundada en Londres, en catorce años extendió su acción benéfica á 7.111 liberados. El Parlamento votando la ley de 1862 que facultaba á los magistrados para conceder á las sociedades dos libras esterlinas por cada uno de los condenados liberados de las prisiones, contribuyó á fundar el presupuesto de éstas y á multiplicar su número. La *Metropolitan discharged*

prisoners relieg society, fundada en Londres en 1864 y dedicada á socorrer á los licenciados de las prisiones del condado de Middlesex, en siete años benefició á 4.112. En los condados estas asociaciones son muy numerosas.

¿Y cuál fué el resultado positivo de la obra social? En 1869, el número de condenas de servidumbre penal ascendió á 2.587; en 1870, descendieron á 2.105, y en 1871 á 1.818. Jamás se ha visto una disminución tan rápida.

La obra admirable no surgió de pronto, aunque en un determinado momento adquirió su mayor intensidad. Le dió incremento la implantación del sistema de Crofton, en el cual la vigilancia y el patronato se alían y se sostienen mutuamente. Hasta 1857 nada se había hecho, existiendo tan solo algunas sociedades de patronato en los condados. En Londres se interesaban algunas personas, entre las que se distinguen un simple particular sin fortuna, Mr. Nash, que tuvo la idea en 1848 de alquilar una habitación, recibiendo é instruyendo en ella dos ó tres liberados, con tal éxito, que poco después alquiló dos habitaciones más y luego una casa entera, garantizando un Comité la nueva institución, que ya tenía medio de patrocinar hasta cien licenciados de las prisiones.

Así, así, en virtud de afinidades filantrópicas, se funda la obra de asistencia, que es imposible de constituir donde se fomenten los sentimientos repulsivos, como ahora sucede en la protesta contra el presidio, en Cataluña y fuera de Cataluña, demostrando lo mezquino que todavía es nuestro espíritu social. «Para juzgar de nuestro estado de conciencia—se decía en el citado artículo,—tenemos dos hechos muy significativos. Es el primero, que todos los intentos de organización penitenciaria de la asistencia social han fracasado, y lo poquísimo que existe se mantiene á puro de esfuerzos de alguna que otra persona que hace de por sí algo mientras le duran sus propias energías individuales. Es el segundo, la fácil repercusión de la protesta contra el presidio, descubridora del arraigo que tienen los intereses egoístas.»

F) Á LOS PODERES PÚBLICOS, Á LAS CORPORACIONES, Á LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y Á LA SOCIEDAD EN GENERAL.—No por hacer historia, no por hacer psicología, ni muchos menos por hacer literatura se ha escrito esta historia palpitante de nuestras últimas vicisitudes penitenciarias.

Tampoco, aunque se censura muchas veces, ha habido el propósito directo de censurar ni de mortificar á nadie. El autor, aunque no ejerce la Medicina, se educó en esta Facultad, y señala, como en la Anatomía patológica y en la Patología se hace, las manifestaciones de un padecimiento que interesa conocer para curarlo.

Penitenciariamente estamos muy enfermos, muy degenerados; revelándolo numerosos estigmas. Esto se ha dicho en documentos oficiales de que queda hecha mención y en declaraciones solemnes, y esto se ha repetido con toda verdad y con toda exactitud en la protesta catalana y en las conclusiones de la Asamblea celebrada en el Salón de Ciento.

«3.ª Protestar de la imprevisión de no haberse construído oportunamente establecimientos penitenciarios con arreglo á las exigencias de la ciencia penitenciaria.»

«5.ª Reclamar con urgencia la reforma penitenciaria para toda España en nombre de la humanidad, de la ciencia y del decoro nacional, pues el régimen penitenciario vigente es corruptor y arcaico.»

La protesta y la reclamación están enteramente legitimadas, y debe ser urgentemente atendido lo que en la conclusión 5.ª se desea. No más aplazamientos, no más desidias; no más volver la espalda, cerrar los ojos, los oídos y la memoria á las obligaciones. El problema está llamando con aldabonazos repetidos en demanda de una solución. El problema está planteado, estudiado y casi resuelto. Sólo falta la voluntad de plan-

tear las cosas como deben plantearse y de hacerlas como deben hacerse. Sólo falta elegir el camino recto, cegando para siempre los caminos tortuosos, que han sido nuestra perdición.

Lo que se dice ahora ya se ha dicho hace mucho tiempo y ya no se debe repetir más tarde, por no dar ocasión á que se repita.

«Mirada en razón y en conciencia—decía en 1880 D.ª Concepción Arenal,—más peligros ofrece una prisión española que el mar tempestuoso; porque el naufragio que amenaza la vida es menos terrible que aquél en que perecen la virtud y la honra.»

«Gran pecado comete la sociedad al preparar establecimientos depravadores del delincuente, en vez de proporcionarle medios de corrección, y con ser ese pecado de los que llevan consigo la penitencia, todavía no la mueve el arrepentimiento. Castigada está y afligida por tantos crímenes y delitos como se cometen.»

La sociedad, en efecto, está más castigada cada día por los crímenes y delitos que se cometen, fomentados por su incuria, por su desatención, por su displicencia, por su egoismo, por desconocer que esos males son suyos, enteramente suyos, aunque no los padezca el cuerpo de cada persona, sino el cuerpo social de que todos formamos parte. Y esos males de la sociedad no se curan fuera de la sociedad, sino en ella misma, imitando á los padres que atienden en su propia casa al cuidado de sus hijos y á los hijos que en su propia casa atienden al cuidado de sus padres.

En la familia social, los fuertes han de ser los amparadores de los débiles, los sanos de los enfermos, los adultos de los menores, y en esta moral única hemos de depurarnos y regenerarnos. Hay que romper el dualismo que inspira sentimientos de desafección y desamparo, y que tiene acordonadas las instituciones penales como se hacía antes con desamor y sin éxito para combatir las epidemias. La ciencia penitenciaria, hermanándose con los sentimientos filantrópicos lo fía todo de la asistencia social y la ciencia criminológica identificándose con el concepto de la naturaleza patológica del delito, convertirá en hospitalario lo que en la actualidad es expiatorio, y entonces el alma generosa de la sociedad, depurada de sus egoismos, escribirá en los hospitales y sanatorios á donde envíe á sus delincuentes, el mismo lema que figura á la entrada del Hospital de Santa Engracia, en Zaragoza, y de Santa Cruz, en Barcelona:

Domus infirmorum urbi et orbi.

RAFAEL SALILLAS.

oOo

La enseñanza laica.

Habrá muchos á quienes sorprenda que, al abordar esta cuestión, que la actualidad política ha puesto sobre el tapete, se formule esta pregunta: ¿el problema pedagógico, la reforma de la enseñanza, es una cuestión política?

No, se trata de un asunto de interés general: problema nacional lo llamó *Clarín;* los mismos defensores de la neutralidad de la escuela, argüirán que para sustraer la enseñanza á toda influencia de secta ó de partido debe organizarse la instrucción sobre bases de completa indiferencia religiosa.

El que la enseñanza no sea católica no quiere decir que haya de ser anticatólica, suele repetirse por los más discretos defensores de la enseñanza laica.

Desgraciadamente, sin embargo, en estas cuestiones de enseñanza el aspecto pedagógico es lo que menos se tiene en cuenta; la reforma escolar se elige como terreno donde se han de ventilar las luchas políticas, y yo no sé si puede llamarse *neutral* la escuela defendida por uno de los beligerantes.

En el fondo de este hondo problema pedagógico se agita la lucha entre la Iglesia y el Estado por el predominio social, en uno de los aspectos más importantes de las relaciones humanas: la instrucción.

Que la Iglesia haya aspirado á dirigir la enseñanza, era cosa natural y lógica: su misión es docente, educadora *(ite et docete);* poseedora de la Verdad, es lógico que pretenda defenderla y oponerse al error.

Fundado el Estado sobre la base de la libertad de pensamiento proclamó la libertad de enseñanza, y ateniéndose á su función jurídica, *no enseña,* pero hace justicia á los que se dedican á enseñar, y respeta y regula sus derechos.

Si el Estado se limitase á esta pasiva posición en esta cuestión de la enseñanza, el problema sería sencillo; los hombres, sueltos ó asociados, lanzaríanse á organizar, según sus preferencias, las instituciones docentes, y éstas serían laicas ó confesionales en proporción natural con el número de familias, religiosas é indiferentes que utilizasen las escuelas.

Pero es que el Estado no se ha limitado á *permitir* que se enseñe, se ha preocupado de promover la instrucción, y ya con esto ha intervenido más directamente en las instituciones escolares. Así y todo, todavía no ha surgido la idea del Estado docente porque una cosa es *enseñar,* y otra cosa muy distinta *sostener* la enseñanza.

En el concepto clásico de los llamados *fines históricos* del Estado (de tan grande influencia en la mentalidad de los hombres políticos de esta generación), el Gobierno se preocupa de atender á la enseñanza y á los demás fines sociales, porque la Sociedad no está preparada para proveer á ellos, por sí sola, pero esa intervención es circunstancial, interina, transitoria, como toda tutela; el Estado sólo espera la oportunidad para volverse á su retiro individualista y ceñirse á su función extrictamente jurídica.

***

Vicente Santamaría, acude á un razonamiento ingenioso que por su propia sencillez se quiebra: el padre, dice, tiene el deber de alimentar y educar á sus hijos, y el Estado garantiza y afianza esta obligación mediante la instrucción obligatoria.

¿Es que realmente la enseñanza obligatoria es una institución tutelar, establecida *en beneficio del hijo?* Siempre me ha parecido muy peregrino esto de que el Estado *proteja á un hijo contra su padre* (y por eso me parece más odioso el sistema legitimario del Código civil que la libertad de testar, porque ¿quién va á tener más interés por mí? ¿mi padre ó Alonso Martínez?); pero aun es más extraño que el Estado se cuide tanto de la educación y deje por completo el alimento, ¿por qué, en efecto, el Gobierno se ha apresurado tanto á preocuparse de que el número de escuelas sea el preciso para que *todos los niños tengan instrucción* y no se cuida de que todos ellos tengan pan? El Estado no se fía de los padres, no está tranquilo respecto á la educación de los niños *si no los ve en la escuela.* ¿Cómo no se cuida de verlos comer? ¡Ah! Es que al Estado le importa menos el cuerpo débil de los pobres niños que la formación de su mentalidad. Es que la enseñanza obligatoria no se ha establecido respondiendo al interés particular del hijo (en el cual caso sería una institución de derecho civil y un capítulo de la tutela); es que la *enseñanza obligatoria* se propone defender el interés público (y por eso es una institución de derecho administrativo).

El Estado se cree con derecho á dirigir el desarrollo mental de todos sus miembros, y en estos últimos años se ha repetido en Francia, á propósito de la cuestión de enseñanza, esta frase de Danton: los hijos no pertenecen á sus padres, sino á la República.

He aquí por qué presentaba antes la duda de si la cuestión escolar es una cuestión política porque, en efecto, el problema de la enseñanza laica no se ha planteado realmente sino después de haberse establecido la *enseñanza obligatoria,* y así aparece formulado, en efecto, en los programas radicales: *enseñanza laica y obligatoria.*

Cuán lejos estamos ya de aquella indiferencia del Estado individualista que se limitaba á proclamar la libertad de enseñanza, reconociendo, en todos, el derecho de enseñar y de aprender.

Cuán lejos estamos también de aquella arbitraria concepción de los *fines históricos,* suponiendo que el Estado se mezclaba de mala gana en la instrucción y *deseaba dejarla* cuanto antes. No, no; el Estado ve un interés nacional, un interés político en que la enseñanza sea por él dirigida, hasta tal punto que, en vez de fomentar la libertad y de esperar sus ópimos frutos, desconfía de ella, cree que no *puede dejarse sola á la sociedad,* y la somete, no á la tutela que necesita el menor de edad, sino á la reglamentación que exige el hombre peligroso.

Si á la Sociedad se la dejara sola, teme el Estado que las instituciones escolares se organizaran por la Iglesia, y en eso ve un peligro para los intereses públicos, cuya apreciación circunstancial varía según los tiempos.

Por eso el Estado organiza la enseñanza obligatoria y laica, para suplantar á la Iglesia en su influencia social; y á fin de hacer más eficaz su propósito, completa su plan impidiendo que los padres de familia lleven á sus hijos donde quieran; y esto por dos medios: el uno negativo, prohibiendo la enseñanza á determinadas Asociaciones ó Congregaciones religiosas (expulsándolas por peligrosas como otros Gobiernos expulsaron á los moriscos y judíos), y el otro positivo, obligando á todos los niños á ir á las escuelas oficiales, donde la enseñanza es laica precisamente.

***

Con razón decía antes que el problema de la enseñanza laica es la lucha entre la Iglesia y el Estado sobre la dirección educadora de la sociedad.

La Iglesia dice: Sólo mis verdades se pueden enseñar, y garantiza históricamente su mandato con el brazo secular de la Inquisición ó mantiene sus resortes morales de la Congregación del índice, el *imprimatur,* la excomunión.

El Estado dice, por el contrario: todo se puede enseñar menos la religión, sea católica ó protestante; y establece la enseñanza laica.

Sólo nosotros podemos enseñar, decía la Iglesia cuando sometía á su autodad el régimen escolar.

Todos pueden enseñar menos vosotros, dice el Estado á aquellos miembros de la Iglesia cuya influencia considera contraria á los intereses políticos ó á las conveniencias nacionales.

Y ayer la Iglesia con la Inquisición, y hoy el Estado con las leyes secularizadoras y con las expulsiones, aplican, sucesivamente, á la dirección del pensamiento, el sistema de la protección arancelaria.

No hay exageración en este punto. Ayer la Iglesia quería que la enseñanza fuera *siempre* católica. Hoy el Estado dice que no lo sea *nunca.* Nunca ya, si se hace laica la enseñanza primaria. De la Universidad y del Instituto no puede dudarse de que están secularizados. Los obispos no reclaman ni ejercen las atribuciones que les reconocía el Concordato y la ley de instrucción pública. Hace ya muchos años que á ningún catedrático se le priva de su función *por difundir ideas perniciosas* (según la frase de la ley de Moyano).

En la Universidad y en el Instituto hay verdadera libertad de la cátedra. Si los profesores españoles no hacemos cosas de más provecho, no es por falta de libertad.

En la escuela primaria, sin embargo, al hacerse laica, se limita la libertad del maestro. Acostumbrado á enseñar doctrina cristiana, tendrá que prescindir de ella. Es que, en efecto, para la idea secularizadora, el catecismo constituye *una doctrina perniciosa.* Ahora se prescribe lo que antes imperaba. Yo creo, repito, que es algo difícil conciliar la neutralidad con el exclusivismo.

Moyano excluyó la enseñanza no católica. Ahora se trata de excluir de la enseñanza primaria la *doctrina cristiana.* Siempre resultarán frente á frente los dos términos que indicaba antes; el Estado y la Iglesia luchando por la hegemonía docente, que es decir por el predominio social. Apoderémonos de la

mente de los hombres y lo demás vendrá por añadidura. Dominar, apoderarse de las inteligencias; he ahí el pugilato. ¿Cabe neutralidad en una empresa eminentemente *conquistadora?*

***

Es evidente, pues, que la enseñanza láica se manifiesta como una empresa política, convirtiendo la instrucción, de fin social, en medio político, y haciendo de la escuela, no ya lugar sagrado sustraído á toda contienda, sino trinchera para quebrantar la influencia social de la Iglesia y asegurar el predominio de determinadas formas políticas.

Bastará á probar este aserto, la observación elemental de que, hoy, la enseñanza laica y la libertad de enseñar son términos antagónicos, y así resulta que la marcha de los tiempos ha invertido los términos y dislocado las cosas de tal modo, que, actualmente, los defensores de la libertad son, precisamente, los llamados reaccionarios, y los que piden que esa libertad se restrinja son los liberales, que, con mayor razón, cambian su nombre por el de radicales.

Y es que la libertad es una situación de indiferencia, de verdadera neutralidad, un *modus vivendi,* bajo cuyo régimen pueden existir ideas opuestas, combatiéndose y respetándose, pero deseando siempre conquistar el poder para convertirlo en propio y exclusivo provecho.

Los católicos se contentan con pedir libertad, porque, con ella, tienen bastante para prevalecer y con ánimo de aspirar al exclusivismo el día del triunfo.

Tal es el proceso histórico de la Iglesia: persecución, tolerancia, libertad, protección, exclusivismo. Desde los innumerables mártires á la unidad católica hay un mundo de luchas y de combates hasta llegar al triunfo.

La libertad de enseñanza para los católicos es una etapa de ese proceso, una concesión, un *modus vivendi,* que se desenlaza en el predominio de la Verdad, aspiración sincera de todo creyente, según dijo el P. Didón.

Pero los partidos políticos modernos han afirmado que la Iglesia es un peligro para la sociedad, no proclaman la neutralidad ni la indiferencia, sino la hostilidad; esa es la frase de Gambetta, al señalar como enemigo el clericalismo; y el clericalismo es un concepto social más amplio que el ultramontanismo, que es una idea política.

Los partidos conservadores clásicos, los regalistas, no son ultramontanos (son ideas antagónicas), pero á juicio de los partidos avanzados, son clericales. En el concepto vulgar es clerical todo lo que aspira á mantener la influencia social de la Religión. Ni los curas ni los fieles deben salir de los templos, porque si salen de ellos á ostentar sus creencias realizan un acto clerical (cuando no se les acusa de provocación), si penetrados de la íntima transcendencia social de la doctrina de Cristo, fundan hospitales, escuelas, sindicatos, gremios, instituciones económicas y sociales, realizan una obra clerical.

Al Estado no le es indiferente, supuesto esta premisa de la *temibilidad* de la Iglesia, que en la escuela se enseñe la doctrina cristiana; es preciso, es forzoso, es obligatorio *que no se enseñe.*

Y es que el sentimiento anticatólico, al principio, se contenta con la libertad, pero, al advertir que, en igualdad de circunstancias, las escuelas religiosas prevalecen sobre las laicas, piden, ya, en favor del más débil, la intervención coactiva del Estado, en la forma que señalábamos más arriba.

Por eso la enseñanza laica es una restricción de la libertad, porque, así como en la Universidad y el Instituto, el catedrático expone sus ideas con entera independencia de pensamiento y, así, han podido convivir en un mismo claustro, Salmerón y Ortí y Lara, el día que se implante la enseñanza laica, el maestro de instrucción primaria, aunque sea católico, tendrá que reprimir sus convicciones religiosas, pues cualquiera indicación que acerca de ellas se le escapase, resultaría una deslealtad al Estado laico, á quien sirve, y que le manda enseñar laicamente.

***

No creo que haya necesidad de grandes esfuerzos para comprobar que la enseñanza laica no es una cuestión pedagógica, ya que con esta reforma no se procura mejorar la instrucción, sino asegurar el predominio social del Estado, históricamente representado por determinadas convicciones políticas.

Conviene insistir en este punto, porque la sinceridad obliga á reconocer el carácter tendencioso de ese programa.

El Estado, que, en el individualismo clásico, se contentaba con reglamentar la libertad, dejando á los hombres que se fuesen solos, ahora aspira á dirigir toda la vida social, cuidando del niño antes de nacer (reglamentación del matrimonio, nuevos impedimentos, como los indicados en el proyecto de Montilla), tutelando la infancia con ese conjunto de medidas de selección que se comprenden bajo el nombre de *puericultura,* preocupándose de la educación del niño, desconfiando de la familia, donde puede influir la Iglesia, y tomándole el Estado bajo su protección.

Conviene que el niño no se eduque en completa libertad. No debe aprender lo que quiera su padre, sino lo que mande el Gobierno, el cual, como representante del Estado, tiene miras más amplias que el estrecho horizonte del hogar doméstico. De ahí que la llamada enseñanza laica tiene dos etapas: una negativa y otra positiva; la primera señala las cosas *que no se deben enseñar* (todas las que trasciendan á doctrina religiosa); la segunda indica lo que se debe aprender, lo que al Estado y á la Nación conviene que se aprenda.

Los radicales franceses, en su reciente campaña anticlerical, formalizan gráficamente el programa escolar de la República: la aspiración de los maestros es lograr la *unidad moral de la Francia.*

¡La unidad moral de la Francia! ¿Á qué queda reducida entonces la libertad de pensamiento? ¿Con qué autoridad puede exigir el Estado que *todos los ciudadanos piensen y sientan lo mismo?*

Se ha echado en cara á la Iglesia su intransigencia inquisitorial cuando dice: «Yo soy la Verdad, y sólo la verdad tiene derecho á difundirse»: principio y consecuencia de la unidad católica.

Pero, ¿qué decir del Estado que se erige en director de la mentalidad nacional y organiza las iustituciones docentes con el propósito de lograr la *unidad moral del país?*

Se explica, por eso, la reacción ácrata y el hecho evidente de que las reformas más radicales avivan, en vez de amortiguar, los gérmenes anarquistas.

Para el escéptico, para el indiferente, ¿qué más da imponer coactivamente la *unidad católica* que la *unidad moral?*

Pierde, evidentemente, su inviolabilidad el pensamiento con cualquier género de violencia, y lo mismo ha de sentir el tirón de la derecha que el de la izquierda.

***

Ahora bien; ¿puede abordarse el problema de la enseñanza laica desde el punto de vista puramente pedagógico? Yo no sé si será temeridad intentarlo, tratándose de un asunto que tanto apasiona los ánimos. He de recordar aquí aquellas discretas observaciones de Spencer en su *Introducción á la ciencia social sobre los prejuicios,* y no sé si el profesar la religión católica me impedirá ver las cosas con serenidad. De todos modos, yo no puedo hacer más, en abono de mi sinceridad, que advertirlo, y hasta me tranquiliza el doble y muy repetido precedente de hombres católicos que, protestando de la integridad de su fe, defienden la enseñanza laica, y de otros que, si bien la ensalzan, protestan, aun no siendo católicos, de no combatir á la Iglesia ni á nadie, limitándose á proclamar el dogma liberal de la neutralidad de la escuela.

¿Realmente es un mal la religión? ¿Verdaderamente es peligroso que la mentalidad del niño se inicie en una doctrina religiosa? Porque este es el fundamento de la enseñanza laica como reforma *pedagógica:* que al niño hay que darle una educación positiva, que debe educársele en el bien, en la verdad, en los deberes cívicos, pero prescindiendo de toda explicación sobrenatural de la vida.

Así se plantea el problema de un modo muy sencillo y demasiado rectilíneo, pero la verdad es que yo conozco algunos hombres de probada y serena indiferencia, absolutamente incrédulos, cuya sinceridad se aquilata por la circunstancia valiosísima de que ni sufren daño ni sacan ventaja de su modo de pensar (y no hay que decir lo que esto significa), y, sin embargo, no se inquietan de que sus hijos reciban educación religiosa, no creen que les secuestren la conciencia ni les deformen la mentalidad, y hasta opinan que puede ser de no poco provecho la doctrina cristiana, no ya para ganarse el cielo, sino para vivir en la tierra.

Y eso quisiera yo apuntar en este artículo, sin ánimo de hacer una observación seria, ni siquiera una indicación estimable: si aun, desde el punto de vista positivo (pues me dirijo á los que no comparten mi fé religiosa), puede ser *útil*

muertas es perder el tiempo, que debe enseñarse el francés, el inglés y el alemán, que sirven para la vida, y abandonar el latín y el griego, que no sirven para nada.

Pues bien: un espíritu tan libre y de tan amplio criterio como el difunto Leopoldo Alas, un hombre de su grandísima autoridad pedagógica, salió á la defensa del latín, con su pluma brillante de periodista, en una de las muchas veces que se planteó el problema de la segunda enseñanza; y aparte el carácter *educativo* de la instrucción clásica, la disciplina del entendimiento que con esa enseñanza se logra (Angel Mosso dice en su libro sobre *La enseñanza en los Estados Unidos,* con referencia á los alumnos de aquel país, que los que sabían latín resultaban con más aptitud para las matemáticas), concluía el ilustre escritor con esta frase bien sencilla: «Entre saber latín y no saber nada, la elección no es dudosa.»

¿Es que la doctrina cristiana no puede ser de alguna utilidad?

Dos direcciones puede tener la labor pedagógica de la escuela (aparte el aspecto de educación física ó gimnástica): el desarrollo de las facultades intelectuales y la disciplina de la voluntad. El maestro ha de preocuparse de la educación intelectual y de la educación moral del niño.

Y la doctrina cristiana tiene una primera aplicación, como medio de desarrollar la memoria. Lo primero que aprenden los niños es una oración, y antes de comprender el sentido religioso de sus palabras, despiertan, éstas, en su inteligencia, esas facultades retentivas que son de innegable provecho para el ulterior desarrollo de la mentalidad infantil. El rezo mismo, que con tanto cuidado cultivan las madres en sus tiernos niños, tiene, repito, más de ejercicio mental que de acto piadoso, y cuando dos hermanos pequeños entablan en sus camitas esos deliciosos pugilatos por quién reza mejor, no compiten realmente por quién sea el de más acendrada fe religiosa, sino por quién de ellos es el que *se sabe* mejor las oraciones.

Aun desde el punto de vista de la cultura general, la doctrina cristiana, el resumen de los principios y creencias de una religión que ha tenido tal influencia en la historia de la humanidad, no puede menos de ser útil y conveniente.

Si Aristóteles dijo que el hombre es un animal político, con no menos razón puede decirse que es un ser religioso, y no puede llamarse propiamente *integral* aquella educación que prescinda de tan importante aspecto de la vida humana.

En otro orden de consideraciones, aun los que no creen en la doctrina cristiana no pueden rechazar, por inútil, su conocimiento.

Falsas son las mitologías clásicas, y es agradable su estudio y es útil su recuerdo, porque proporciona un arsenal fecundo para mil expresiones alegó-

Prescindiendo de la divinidad de Cristo, su figura humana es de tal relieve en la historia de la humanidad, que todos los niños deben oir hablar de Él. No sólo como Dios, como hombre y como pedagogo hablaba cuando dijo: «dejad que los niños se acerquen á mí»...

*
* *

Desde el punto de vista educativo ó en el sentido moral de la educación (que toda la enseñanza, tanto la física como la intelectual, ha de ser *educadora*), la doctrina cristiana es, en su misma sencillez, un verdadero código para la conducta.

Los mandamientos de la ley de Dios, prescindiendo del valor *subjetivo* de los mandatos, cuya importancia se encarece á los ojos del pueblo por la autoridad del que los ordena, son objetivamente un compendio de reglas cuya observancia conviene al Estado, cualquiera que sea su organización. *No matarás:* imposible hallar forma más imperativa de amparar el derecho á la vida; y si fuéramos á bucear en el alma de los filántropos abolicionistas de la pena de muerte, encontraríamos, por bajo de todas las capas de cultura, superpuestas en un largo proceso de estudios, dudas, doctrinas y sistemas, aquel sencillo mandamiento de la ley de Dios.

¿Y el cuarto mandamiento: *honrar padre y madre?* ¿Qué interés político y social puede haber en que ese mandamiento no se aprenda, incorporándolo luego á la conducta de todos los hombres?

El sexto mandamiento es la fórmula sencilla de la castidad, que coincide precisamente con las conveniencias sociales, ya que la incontinencia y la lujuria no sólo comprometen la salvación del que cree en la otra vida, sino que amargan y perturban la existencia del que no piensa moverse de este mundo.

No hurtarás: es un precepto de justicia eterna que, en todos los tiempos, ha de aplicarse, aun en aquellas organizaciones sociales y económicas que profesan el principio de que la propiedad es un robo; porque la propiedad, en lo que tiene de natural es permanente, si bien varían sus manifestaciones históricas. En un régimen capitalista, el *no hurtarás* protege al cupón y al dividendo; en un régimen de propiedad común, el *no hurtarás* prohibe al vecino apoderarse de los bienes comunales, y al regular su aprovechamiento, ampara el fajo de leña que para su consumo personal (no para su ahorro capitalizador) puede coger cualquier hijo de vecino; y en un régimen *colectivista*, el *no hurtarás* apoyaría la inviolabilidad de los *vales* que cada uno recibiría á cambio de su trabajo para poderlos cambiar en los almacenes colectivos por los artículos de consumo; y en un régimen *comunista*, donde, no sólo la producción, sino el consumo mismo se hiciera *en común*, llegaría un momento en que el manjar sacado del plato general ó la cucharada metida en la boca de un individuo, serían realmente *suyos*, y el quitárselos violentamente resultaría injusto, por ese eterno *no hurtarás* de la doctrina cristiana.

Se dirá, sin embargo, que la educación del hombre no debe basarse en una idea religiosa, y que se debe obrar la justicia y el bien por su propia virtualidad y *no porque lo mande Dios*.

Aunque esto fuese así, no se alcanza la necesidad de suprimir, en la educación infantil, la base religiosa por una consideración muy humana y esencialmente positivista.

Es elemental, en la sociología moderna, aquella afirmación de que la evolución del individuo reproduce los caracteres de la evolución de la colectividad. De ahí la semejanza entre el niño y el hombre primitivo, y que no sea una frase retórica aquella tan manoseada de la *infancia de la humanidad*.

Siendo, pues, evidente que en los hombres primitivos el concepto de la vida era, principalmente, religioso, es natural que el niño construya también sobre esa base, sus ideas sobre todo lo que ve en su derredor, y en tal concepto afiance su conducta.

Despertar en el niño la idea del deber como una cosa plástica, como un mandato, es colaborar con la naturaleza, y puesto que él ve en su casa la relación íntima entre lo que su padre ordena, y lo que sus hijos, sus criados ó sus obreros ejecutan, es lo natural que piense y crea que hay Uno que ha mandado lo establecido en los mandamientos de la ley de Dios. ¿No es esto más sencillo, más natural, menos violento que querer suscitar *tan pronto* la idea de un *imperativo categórico?*

La idea del deber sobre la base religiosa, es, pues, por lo menos, un andamiaje para construir después los conceptos de Derecho y de Sociedad.

Acaso el niño de ayer prescinda luego de los Mandamientos de la ley de Dios y quiera lo bueno y justo en ellos contenido por muy otras razones; ¿pero qué ha perdido con haber aceptado de buen grado la idea y haber creido un día (los dulces é inocentes días de la infancia) que lo que ahora consideraba bueno por un determinismo sociológico, sólo en Dios tenía su razón de ser?

¡Ah! Todavía hay muchos hombres hechos y derechos que acatan las leyes sólo por la presión autoritaria del mandato. ¿Es más perfecto el ciudadano que se ajusta á la ley por miedo á la guardia civil, que el niño que se aparta del mal por miedo al infierno?

Pues, nótase, en ventaja de la doctrina cristiana, que hay en ésta una distinción hermosísima, fecunda para la elevación de la conducta: la diferencia entre el dolor de *contrición* y el *dolor* de *atrición*. Bien dirigida la voluntad del niño en el sentido de la contrición, el efecto de esta acción pedagógica sería perfeccionar el sentido ético del hombre de mañana basando el deber, no en el *temor,* sino en el *amor*. ¿No hay, en esto, una riqueza educativa, tan grande, por lo menos, como en el imperativo kantiano?

***

Repito que no se me alcanza la necesidad pedagógica de suprimir la doc-

principios religiosos sean un obstáculo á la función intelectual ni á la educación moral del hombre. De creerlo así, sería una hipocresía ó una contradicción confesar ni permitir siquiera una religión de tal modo incompatible con el interés social.

Por cierto que hay, en este punto, que deshacer un equívoco muy frecuente, cual es el confundir la enseñanza laica con la secularización de la enseñanza. La idea de seglar se opone á la de clérigo. La idea laica es término antagónico de lo religioso.

Sin salir de la enseñanza católica, se puede discutir, si conviene, pedagógica, política ó socialmente, que los profesores sean clérigos ó sean seglares: y uno de los aspectos más interesantes del problema de la libertad de enseñanza en España, es ese, precisamente. Cuando los profesores de Ciencias y Letras protestan contra la enseñanza de las congregaciones religiosas, plantean una cuestión de libertad profesional. Se oponen á la enseñanza de los Jesuítas, Agustinos, Maristas, Escolapios, etc., porque la mera profesión religiosa les da, á todos ellos, las mismas ventajas que el título universitario y hacen una competencia irresistible. La mayor parte de los licenciados y doctores en Ciencias y Letras, no anuncian sus colegios como centros de enseñanza laica, y hasta suelen ponerlos bajo la advocación de un santo: prueba evidente de que este anticlericalismo no encierra hostilidad á la religión y á la Iglesia, sino que es una competencia profesional que agrava, innegablemente, la justa y precaria situación de nuestro proletariado académico.

En este sentido, la circular de D. Amalio Gimeno, habrá muchos católicos que la aplaudan (todos los que tengan colegios y sufran la competencia de las congregaciones religiosas); lo que creo difícil, es que haya católicos que vean con simpatía la enseñanza laica y obligatoria.

Igualmente, habrá muchos católicos que defiendan la secularización del régimen docente: que el Estado tenga libertad completa para organizar sus enseñanzas, como la Iglesia debe tenerla para regir la suya.

En tal sentido, cualquiera tentativa por parte de los Prelados para reivindicar las funciones de inspección que, en la enseñanza pública, les reconocen la ley del 57 y el Concordato del 51, produciría una estupefacción grande, y no serían los partidos conservadores quienes menos entereza mostraran en recabar la supremacía del Poder civil: pero que, en las escuelas desempeñadas por seglares y gobernadas por el Poder seglar, se suprima la enseñanza de toda idea religiosa, esto ya parece cosa muy distinta, y será muy difícil, repito, que el católico más tibio vea con indiferencia esa mutilación de la educación infantil.

Puede defenderse la libertad de cultos como un imperativo del derecho de gentes, como una exigencia de las relaciones internacionales, de la mutua penetración de unos pueblos con otros, y de la inevitable convivencia de personas de diferente religión; puede defenderse la separación de la Iglesia del Estado como recurso heróico para suprimir el peligro del regalismo y el peligro del ultramontanismo: lo que ya me parece más difícil, es separar la escuela de toda idea religiosa, porque la enseñanza es una función social y la religión

es un vínculo de cohesión entre los hombres; prescindir del elemento religioso, es desconocer un aspecto importante de la vida humana.

Se puede separar la Iglesia del Estado, pero ¿puede separarse la religión de la sociedad?

Y, sobre todo, ¿puede separarse la religión cristiana de la sociedad española?

Los abogados ó los políticos contestarán, acaso, afirmativamente, con su proverbial desenvoltura; pero los historiadores y los sociólogos, los que estudian la realidad sin preocupación, abrigarán, seguramente, dudas muy racionales y prevenciones muy discretas.

La Institución libre de Enseñanza, á pesar del carácter neutral de su función y de que, realmente, sus ilustres maestros se despojan de todo espíritu de hostilidad y tienen innegable atractivo, no ha podido realizar una obra social proporcionada al mérito y esfuerzo de aquellos sabios profesores.

Y lo que no ha podido hacer D. Francisco Giner, ¿lo va á realizar el general López Domínguez? ¿Va á ser de mal tono creer en Dios y tendremos que creer en la *Gaceta?*

El tiempo lo dirá; pero yo me atengo á aquellas luminosas ideas de Joaquín Costa en la Academia de Ciencias Morales cuando dijo que todas las leyes están sometidas al *referendum* tácito del pueblo, que es quien, en definitiva, las sanciona.

Y ¿está el pueblo español en disposición de aplicar en él la *enseñanza laica y obligatoria?*

ANTONIO ROYO VILLANOVA.

POETAS NUEVOS

BALADA

Han corrido el universo
nuevas de tu duro azar.
Un viejo mago perverso
te ha logrado cautivar
en una torre que el mar
acaricia, glauco y terso.
Yo te vengo á libertar
blandiendo mi espada: el verso.

Mi pregón vuela disperso;
va de lugar en lugar:
Si el mundo en sentido inverso
revuelve no ha de lograr
á mi pesquisa escapar
el mago; en su sangre inmerso
le sabré, por fin, dejar
blandiendo mi espada: el verso.

No será mi sino adverso.
Tu égida me ha de salvar;
mi broquel, lleva en su anverso
tu trasunto singular.
Si logro al mago apresar
á tu devoción converso
tus plantas le haré besar
blandiendo mi espada: el verso.

ENVÍO

Princesa: hechizo diverso
tu amor es: me hace alentar,
y siempre lo he de guardar
blandiendo mi espada: el verso.

BOHEMIA

Somos felices. Aunque el pan nos falte
siempre estamos alegres,
y más alegres cuanto más nos falta..
¡y en verdad que anda escaso muchas veces!

Somos felices. Nuestras vestiduras
casi se transparentan;
pero, como los astros, tienen brillo:
tienen lo augusto de las cosas viejas.

Somos felices. Nuestra mesa nunca
deslumbró los sentidos
con las vajillas de cristal y plata,
pero, á veces, por ella corre el vino.

Somos felices. Si buscando el techo
nuestras miradas flotan,
nunca descubren las escuetas vigas
sino del Arte la visión gloriosa.

Somos felices. Al abrir el día
sus amplios ventanales
viene á verter en nuestra estancia el oro
nuestro pródigo amigo, el Sol radiante.

Somos felices. En las noches claras,
dejando sus alturas
desciende hacia nosotros amorosa
nuestra querida pálida: la Luna.

Enrique Díez-Canedo.

TIERRA HIDALGA

SIN CABALLERO

Un molino
perezoso á par del viento.
Un son triste de campana.
Un camino
que se pierde polvoriento,
surco estéril de la tierra castellana.

Ni un rebaño
por las tierras. Ni una fuente
que dé alivio al caminante.
Como antaño,
torna al pueblo, lentamente,
triste y flaco sucesor de Rocinante.

Una venta.
Un villano gordo y sucio,
de miserias galeote.
Soñolienta
la andadura de su rucio...
No aparece en la llanada Don Quijote.

Terruñero
de la faz noblota y ancha,
descendiente del labriego castellano:
Escudero,
ya no tienes caballero;
ya no templas, con prudencia de villano,
las locuras del hidalgo de la Mancha.

TARDE

Las brumas en la tarde silenciosa,
son cortejo de gris melancolía,
y al soslayar el sol tintas en rosa
se esfuman en la vaga lejanía.

Los árboles agitan su ramaje
al blando soplo de callado viento,
y entre sombras y luz muere el paisaje
á toque de campana, triste, lento.

Tornan por los senderos las ovejas
con sones melancólicos de esquilas,
que evocan dulces remembranzas viejas
de tardes eglogales y tranquilas.

En la vertiente de empinado risco,
al montaraz abrigo de los canchos,
ondulan las fogatas del aprisco,
en donde forman los pastores ranchos.

La yunta de los bueyes, cruza lenta
por los terrones duros del rastrojo,
y la figura del gañán, se aumenta
al recortarse sobre el cielo rojo.

Enrique de Mesa.

Del libro *La corte de los poetas*, florilegio de rimas modernas, recientemente publicado.

Información ibero-americana.

España.

NOTA POLÍTICA

Los problemas artificiales.

El mayor éxito de la gestión del actual Gobierno le corresponde al señor Ministro de Hacienda. Se ha sentido en todas partes.

Por lo tanto, la política económica que el Sr. Navarro Reverter representa y el éxito de la firma del Tratado provisional de Comercio con Suiza no pueden estar comprendidos en el título de esta Nota.

Tampoco está comprendida otra disposición de resonancia que D. Melquiades Alvarez, en su discurso de Gijón, definió como un éxito personal del Conde de Romanones.

Pero... ¡que te quemas!... ¡que te quemas!

La cuestión religiosa, que es á lo que se alude, puede ser y puede no ser un problema artificial. ¿Cuándo es lo uno y cuándo es lo otro?

El anotante, tratándose de ciertas cosas delicadas, no ha tenido nunca ni competencia, ni autoridad, ni pretensiones de definidor, y suele, para salir del atasco, apelar, cuando las hay á mano, á definiciones hechas, acogiendo por ahora las que la actualidad le ofrece en el discurso del más *actualista* de nuestros grandes oradores.

«No podemos soñar con el jacobinismo de Combes, porque no tenemos como en Francia veinte años de política laica de Gambetta y Freycinet.»

He aquí señalado el artificio. La realidad de ciertas cosas que son más allá y no pueden ser por ahora más acá de los Pirineos, y que tan no pueden ser que ni «podemos soñar» con ellas, es la terminante condenación de todo programa de anticipos. Desde Castelar, lo artificioso en política se puede definir como «lo no posible». Todo llega... pero ¡tan largo me lo fiáis!

«La clave del problema en España es que aquí el Vaticano es copartícipe de la soberanía nacional.»

«Para afirmar la libertad de todos hay que establecer la libertad de cultos, base esencial de la vida moderna en todos los pueblos civilizados.»

Con estas dos afirmaciones hay bastante, no para poner los puntos sobre las íes, porque puestos están, sino para tratar la cuestión religiosa con tanta mesura y diplomacia y á la vez con tanta franqueza y claridad, que se consiguieran muy pacíficamente dos efectos, el de resolver la cuestión por negociaciones de sentido común, y el de recoger las credenciales al jacobinismo y al vaticanismo.

¿Qué se diría si propusiéramos confiar una parte de nuestro problema religioso á una Comisión de Límites?

¿Qué se diría si propusiéramos confiar la otra parte de nuestro problema religioso á una Comisión internacional de ferrocarriles?

Pues son dos cosas perfectamente racionales. Si «aquí el Vaticano es coopartícipe de la soberanía nacional», la cuestión de límites queda plenamente confesada. El Estado español, como cualquier otro Estado tiene, ó debe tener, perfectamente demarcadas sus fronteras, y por lo visto nuestras únicas fronteras mal amojonadas ó con los mojones alterados, son las que tenemos con los espirituales, y en ocasiones terrenales, Estados pontificios. El remedio está en el regalismo y el regalismo es en puridad una cuestión de límites. Tan lo es, que por haberla descuidado nuestros gobiernos y nuestras oposiciones, los gobiernos y las oposiciones que ahora se escandalizan, está más encogido de lo que debiera el poder civil y está más ensanchado de lo que la legalidad permite, el poder religioso, y siendo esto así todo se reduce á un tira y afloja que restablezca la proporcionalidad.

En lo que concierne á los ferrocarriles internacionales, la cuestión de «la libertad de cultos, base esencial de la vida moderna en todos los pueblos civilizados», es pura y simplemente la cuestión de la tercera vía. Sabido es que por ser distinta la anchura de la vía en la red general de ferrocarriles franceses y españoles, los viajeros que van de España ó que vienen de Francia tienen que trasbordar en la frontera, reconociéndose como una necesidad para facilitar las relaciones, que un mismo tren pueda ir directamente de París á Madrid ó viceversa y esto se consigue añadiendo una tercera vía, tomando una de las dos anchuras como tipo. Claro está que la tercera vía religiosa no se ha de acomodar á lo más estrecho—la tolerancia religiosa—que es lo que tenemos nosotros, sino á la libertad de cultos, que es la vía ancha de la libertad de conciencia que todos los pueblos tienen. Las vías de diferente anchura se establecieron por precepto defensivo para dificultar las invasiones, y la vía estrecha en lo religioso obedece á la misma meticulosidad y ni una ni otra cosa son defensas. La verdadera fortaleza de los pueblos no consiste en un impedimento tan insignificante, ni tampoco la verdadera fortaleza de la fe. El catolicismo que gana terreno en Norte-América, que es el pueblo de las más expeditas y rápidas relaciones, lo pierde, aunque parezca lo contrario, en los paises en que, como sucede en el nuestro, hay que hacer trasbordo, porque si otras religiones catequistas no ganan terreno ó lo ganan con mucha lentitud, en cambio la pereza de la vida es el campo donde la incredulidad y la indiferencia se extienden como el jaramago donde no hay escarda.

«Todas las reformas—dijo Melquiades Alvarez—que el Gobierno que preside el general López Domínguez anuncia, no son sino nueva forma de la fábula clásica: *Mons parturiens.* Saldrá de ellas un ratoncillo, porque el imperio del clericalismo no radica en el mayor ó menor número de frailes que existen en el país. Abundan mucho en los Estados Unidos, y no es allí la religión católica sino una de cuantas existen.»

La tercera vía de los ferrocarriles, y la tercera vía en el orden religioso, constituyen evidentemente la enmienda necesaria de un problema artificiosamente planteado, y en orden de artificios tanto pecan los vaticanistas que quieren mantener posiciones absolutamente desalojadas por la realidad de los tiempos, como pecan los jacobinos que, como niños impacientes, quieren hacer lo que han visto hacer y no pueden hacerlo. En su edad son los niños tan antojadizos é impotentes como los viejos en la suya.

¿Y quién duda de que ha sido pura niñería la moderna historia de nuestros partidos liberales y republicanos? ¿De qué se quejan? ¿De que la libertad no les ha servido para nada? Tampoco les sirve la actividad á los parlanchines acostumbrados á que se les vaya la fuerza por la boca. Niñería es pasar el tiempo proclamando con solemnidad «que está detentada la soberanía», mientras los retrógrados, aprovechándose de la libertad y laborando para sus fines, llenaban las ciudades y los campos de instituciones suyas, y por falta de cooperación no podían salir de sus estrecheces, ni la Institución libre de Enseñanza, ni la Asociación para la enseñanza de la mujer.

Si á partir de este hecho entráramos nada más que en someras consideraciones, la trama del artificio aparecería tan al descubierto, que con tirar de un hilo se deshilacharía la ropa de nuestra frivolidad política.

De aquí que esos problemas que apasionaron á nuestros ascendientes manteniendo el encono de las discordias civiles y que siguen siendo problemas de muchísima consideración, no despierten entusiasmo alguno, ni interés, ni curiosidad. La desconfianza nos hace apartar los ojos del escaparate para husmear en la trastienda. No se cree en lo que se ve, sino en lo que está oculto. Por eso no se habla del problema religioso, sino de la crisis que se avecina.

Todo el problema religioso puede consistir en que se coloquen dos santos nuevos: uno en la peana de la Presidencia del Consejo de ministros, y otro en la del Congreso de los Diputados.

No serán dos santos, pero sí dos santones.

X 3.

Un gran predicador olvidado.

Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera. (Tomo II de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.)

I

Ciertamente que no es el mejor papel en España el que les toca hacer á esos contadísimos beneméritos hombres que consagran su vida á los duros trabajos de investigación propia, penosa labor que si ha de ser concienzuda y útil, excluye todo otro amor y no permite el más breve ocio, imponiendo todo género de privaciones y sacrificios.

Observad á qué materias, á qué asuntos dedican sus páginas los periódicos

diarios ó semanales, y hasta las ilustraciones y revistas, pero singularmente los primeros, que son los verdaderos campeones de la propaganda, y encontraréis columnas enteras de lo que llaman *sucesos,* columnas enteras de revistas de toros, de revistas de tribunales, de revistas de teatros, de revistas políticas y parlamentarias, y nada tan olvidado ó descuidado como la sección académica, la de publicaciones ó libros nuevos. Por excepción encontraréis en los diarios una sección de crítica literaria, y si topáis con ella y leéis dos ó tres artículos tan sólo, os disgustará el insustancial y reiterado bombo con que se os roba el tiempo llamando vuestra atención no hacia los méritos ó excelencias del libro ó libros en cuestión, sino hacia los más ó menos postizos de erudición y literalismo que el crítico se esfuerza en acreditar vengan ó no á punto sus digresiones y sus citas.

Sucede que la mayor parte de las publicaciones y los periódicos diarios todos, obedecen á un fin político, nada disimulado ni encubierto, de influir en la opinión y conquistarse un prestigio que luego, en repetidas ocasiones, se utiliza; y, naturalmente, para lograr esto es indispensable empezar por conseguir la apetecida circulación, la cual no se alcanza en un país donde la generalidad sabe sólo de los libros, acaso que los ha visto alguna, rara vez, en los escaparates de las librerías, no se alcanza, repito, hablando á las gentes de lo que no entienden ni les interesa, sino *dándoles paja,* porque aquello de que *dándoles grano comen grano,* se ha demostrado todavía bastante mal.

La prensa, pues, no es en realidad culpable de conocer al público y servirle; el derecho á la vida, el instinto de conservación lo justifican todo; lo que hay es que no siempre ha de guardar silencio quien se lamenta de que un torero tenga derecho á la inmortalidad y de que un anarquista ó un simple concejal, ó una *chanteuse, disseuse, gomeuse* ó *danseuse,* protagonistas de la escena contemporánea, ó cualquier sacatripas, pendenciero de taberna ó de oficio, sean más *periodísticos* que la ciencia y el verdadero arte y la seriedad y la honradez en todo.

Hay que advertir que esto, dicho sea para consuelo de mal de muchos, no ocurre sólo en España. Difícilmente viviría un periódico francés, por ejemplo, sin *notas de sport.* Y eso de negarse á la suscripción de un diario por la sola razón de que *no trae ecos de sociedad* ó no publica la *lista de la lotería,* lo sufren igual, por pequeñeces análogas, todas las publicaciones del mundo, siendo en general preferente el suceso de la calle, el crimen y la huelga ó el cataclismo, que les permiten agotar fabulosas tiradas, á la reflexión seria y al análisis detenido de importantes descubrimientos ó estudios que requieren mayor fijeza y suponen en el lector siquiera mediana cultura.

En lo que sí la prensa extranjera nos aventaja es en que, sin perjuicio de la preferencia referida, atiende también á estimular el trabajo oscuro y á propagar los adelantos y progresos en todos los órdenes. Autorizadas firmas son encargadas, mediante retribuciones espléndidas, de poner al corriente á los lectores del movimiento científico, literario y artístico no solamente nacional sino universal. Es decir que la prensa, aun sin dejar de ser más informa-

tiva que educadora, á medida que un país es más culto, se hace menos superficial y más profunda, menos vulgar y más docta. No va nunca á la cabeza de la civilización sino á par de ella.

Nuestro país no está todavía preparado para apetecer y digerir determinados manjares, pero aun cuando esta no fuese la única razón de que no le sean servidos y de que apenas nadie los eche de menos, hay que pensar en que su omisión significa un defecto grande que lastimosamente enturbia el brillo que pudiéramos ostentar á la faz de Europa.

El Ateneo de Madrid, que juntamente con la Asociación de la Prensa y la de Escritores y Artistas, se honró con la iniciativa y la organización del homenaje nacional á Echegaray, no terminó su labor con aquella empresa. Los nombres ilustres que engrandecen con su genio los gloriosos timbres de la patria, han de hacerse populares para llevar á todos los ánimos la conciencia del nacional valer y no alimentar el desaliento de los decaídos espíritus.

Uno de los hombres á quienes más debe España, apenas sin darse cuenta de ello, es D. Marcelino Menéndez y Pelayo. ¿No es un dolor que sea su nombre menos conocido que el del más insignificante *maleta* del *redondel?* Pues siendo esto tan vergonzoso, tengo por vergüenza mayor todavía que, dentro del mismo campo de la literatura, la aparición de uno de los notables episodios de Galdós sea acogida por la prensa con bombo y platillos, y en cambio se pague con el silencio más absoluto la aparición de una de las monumentales, insuperables obras de D. Marcelino. Y esto sólo por la infortuna de trabajar desinteresadamente, sin cuidarse de hacer amigos en las redacciones de los periódicos ni de enviarles á tiempo ejemplares afectuosamente dedicados y capítulos sueltos de la obra nueva para su publicación y propaganda.

En el número primero de nuestra Revista dábamos cuenta de la empresa acometida por la Casa Editorial «Bailly-Baillière é Hijos» de continuar y completar la antigua *Colección de Autores Españoles* que publicó D. Manuel Rivadeneira.

La *Nueva Biblioteca,* cuya dirección ha sido acertadamente encomendada al más ilustre de nuestros críticos, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuenta ya con cuatro volúmenes que son verdaderos monumentos literarios dignos del más detenido estudio y de la mayor alabanza.

Es el primero, el tomo de *Introducción* á los *Orígenes de la novela.* Comprende el *Tratado histórico de la primitiva novela española,* por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Es el segundo, el tomo primero de *Predicadores de los siglos XVI y XVII.* Comprende los *Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera,* con un discurso preliminar de D. Miguel Mir, de la Real Academia Española.

Es el tercero, el tomo primero de *Comedias de Tirso de Molina,* colección ordenada é ilustrada por D. Emilio Cotarelo, de la Real Academia Española.

Es el cuarto, el que contiene las *Autobiografías* y *Memorias* de reyes, ministros, conquistadores, navegantes, viajeros, militares, aventureros, escritores, clérigos, mujeres, etc., coleccionadas por D. M. Serrano y Sanz.

Con el solo enunciado de los temas y sus autores, se acredita la importancia que ha de alcanzar y ya tiene la obra tan acertada y espléndidamente acometida.

En el indicado lugar de esta Revista, nos referimos ya al primer volumen de la *Nueva Biblioteca;* ATENEO consagrará, además, muy en breve uno de sus números á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, homenaje que debe esta Casa al más sabio de sus maestros, como España se lo debe igual al más grande de sus críticos.

Hoy nos ocuparemos, pues, únicamente, en el segundo volumen aparecido, ó sea el primero de *Predicadores de los siglos XVI y XVII,* que comprende los sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera.

II

En la historia de la literatura española se advertía el inmenso vacío de la elocuencia del púlpito. Los nombres de nuestros escritores ascéticos Fr. Luis de Granada, el Maestro Juan de Avila, Fr. Juan de los Angeles, Fr. Luis de León; de nuestros teólogos insignes Melchor Cano, Báñez, Suárez, Juan de Santo Tomás, etc., resplandecen demasiado en la maravillosa eflorescencia universal producida por el espíritu cristiano, para que pueda merecernos crédito la generalizada afirmación de que en nuestra historia literaria no hemos tenido oradores sagrados que puedan compararse con los que otras naciones tuvieron en las épocas más brillantes de su cultura intelectual, aun cuando á primera vista nos deslumbren los nombres gloriosos de Bossuet, Massillon, Bourdalone, Fenelón, en Francia, ó Segneri y Bartoli, en Italia; nombres que, en efecto, no pueden ponerse en parangón con los de nuestros más grandes predicadores.

Pero es que se impone una cuestión previa, magistralmente presentada en el discurso preliminar del libro por el erudito académico de la Española, don Miguel Mir, cuyo notabilísimo trabajo sigo en estas notas: la de si al hacer el estudio de la elocuencia en general se ha de medir con iguales reglas á las distintas clases de oradores, singularmente á los cristianos y profanos, como si otras altas y poderosas razones no pudieran alterar ó modificar las enseñanzas y preceptos de Aristóteles, de Cicerón y de Quintiliano.

Los tratadistas que no han pensado en esto han incurrido, ciertamente, en una falta indisculpable.

«Se ha dicho y repetido de mil maneras, y por mucho que se diga y repita no se repitirá bastante—palabras que textualmente copio del citado discurso preliminar—que Nuestro señor Jesucristo al venir al mundo, vino para renovarlo todo, para dar á todo vida nueva y vida más noble, sobrenatural y divina. Todo el humano vivir recibió con el advenimiento de Cristo impulso más vivo, más alto y generoso. Ciencias, artes, filosofía, todo lo renovó y engrandeció la fé soberana de Cristo.

»Pero si eso es verdad, de todas las partes y elementos de que se compone el vivir humano, una de las cosas en que desde el principio se manifestó muy

especialmente, esa renovación y engrandecimiento, fué en el instrumento por el cual se comunicó exteriormente esta fé soberana.

»La palabra del hombre, débil como es, inperfecta, participante de todas las flaquezas del que la aplica, es el mensajero de la palabra divina, de la Buena Nueva, del Evangelio, en quien está librada la salvación del mundo.»

Es decir que el orador sagrado tiene que atender, por encima de cuantas reglas de elocuencia hayan existido y puedan existir en el mundo, á acomodarse al divino modelo de la predicación de Jesucristo, imitado del Maestro por sus discípulos los Apóstoles, y de estos por sus continuadores los Padres y Doctores de la Iglesia; divino modelo al que responde la verdadera y legítima tradición de la predicación cristiana.

Y se comprende que así sea, porque aun reconociendo todos magnífico el arte de la elocuencia de Aristóteles, de Cicerón y de Quintiliano, ha de parecer inadecuado, á la explicación fiel del Evangelio, cualquier artificio profano ó mecanismo irreverente que haga fijar más la atención del auditorio en la forma que en el fondo, puesto que el orador sagrado tiene por misión especial, la de mover los espíritus hacia el bien, y encenderlos en fervoroso amor á Dios, y no ha de ser obra de vanidad su obra, excitando la admiración en vez de mover al arrepentimiento, sino semilla del Evangelio discretamente lanzada para que arraigue y fructifique en los corazones de los hombres.

Con textos de P. Juan de Mariana, en el libro *Sobre el Rey y su Educación;* de D. Gregorio Mayans y Siscar, en la *Oración en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia española;* del P. Ventura Ráulica en la *Escuela de los milagros;* del P. Antonio Vieria, cuando al hablar de lo que se debe pretender en los sermones decía: «No es que los hombres salgan contentos de nosotros, sino descontentos de si; no que les parezcan bien nuestros conceptos, sino mal sus costumbres, sus vidas, sus pasatiempos, sus ambiciones, en fin, todos sus pecados...» se afirma cuanto es preciso el sustentado aserto, que apoyaron igual Fr. Luis de Granada, el Maestro Juan de Avila, quien preguntado por un virtuoso teólogo sobre el consejo, para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: «Amar mucho á Nuestro Señor,» y, en fin, tantos otros varones insignes, cuyo testimonio pudiéramos aducir igualmente.

Sentado esto, ya solo falta saber si la elocuencia sagrada española cuenta, dentro de esta clase de tradicional predicación cristiana, con monumentos bastantes á contradecir, la tan generalizada afirmación de nuestra pobreza en ese importante ramo de la literatura.

La afirmativa nos la dan nombres cuya enumeración sería infinita: Osio, el grande Obispo de Córdoba, San Gregorio Bético, San Panciano de Barcelona, Pedro de Zaragoza, Bachiario de Galicia, Apricio de Béjar, San Martín Dumiense, San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro, San Ildefonso. Esto en la edad Antigua. Y en la Media, Juan de Sevilla, Froilán de León, Bernardo de Toledo, Santo Domingo de Guzmán, San Antonio de Padua, San Ramón de Peñafort, San Pedro Pascual, San Vicente Ferrer y otros muchos que pu-

dieran verse en el *Discurso sobre la Elocuencia Sagrada en España,* del Doctor D. Pedro Antonio Sánchez, obra publicada en Madrid en 1778.

«La patria española, una de las más favorecidas en las gracias y dones sobrenaturales con que la bondad divina quiso enriquecer á los hombres, con la Revelación de Cristo, no fué pues, de las menos enriquecidas y aventajadas en este linaje de predicación.»

Nos referimos singularmente al siglo de oro de nuestra literatura, de nuestra mayor cultura intelectual. Porque en la segunda mitad del siglo XVII y en el XVIII, y más adelante aún, puede afirmarse, por el contrario, que acaso la española fué la predicación que más se apartó de la verdadera norma de la elocuencia cristiana.

Largo espacio se necesitaría para la comprobación de esta verdad, y muy numerosos y gruesos volúmenes para contener los testimonios abundantes que pudieran sacarse á luz, si bien ello representaría una obra, punto menos que imposible por lo inexplorada y prolija.

Santo Tomás de Villanueva; Fr. Jerónimo Bautista de Lanuza, obispo de Albarracín; el P. Fr. Francisco Ortiz, *Monarcha prædicatorum;* Fr. Juan Márquez, *Flumen et fulmen eloquentiæ;* Hortensio Félix Paravicino, llamado también *Rey de los Predicadores* y *Predicador de los Reyes* y tantos otros famosos varones de la iglesia cuyas biografías, con la indicación de las obras de cada uno, se encuentran en la *Biblioteca hispana nova,* de Nicolás Antonio, llenarían con sus nombres un período brillante de nuestra clásica elocuencia sagrada, pero dentro de su aparente uniformidad es tal la variedad de formas que ofrece nuestra oratoria del púlpito, que ni aun así podría formarse de ella un concepto no ya exacto y fiel, pero ni siquiera aproximado.

Y esta es la razón, por la cual el erudito académico D. Miguel Mir se declara partidario de poner un ejemplo, no más, entre los muchísimos que pudieran ponerse de aquéllos en quienes se realizaron los principios de la tradicional elocuencia cristiana, juntamente con «otras condiciones comunes á todas las obras literarias y muy especiales de la elocuencia del púlpito; es, á saber: claridad del concepto, acertado ordenamiento de las ideas, propiedad y galanura del lenguaje, y todas cuantas cualidades se requieren para que una obra sea artísticamente bella y humanamente atractiva».

Para poner este ejemplo, el P. Mir no elige entre los predicadores de fama, sino entre los totalmente desconocidos, uno del montón del vulgo para mayor prueba de los inmensos tesoros que todavía quedan por descubrir en el campo de las patrias letras: el P. Fr. Alonso de Cabrera, de la Orden de Predicadores, orador admirable, que por la sencilla corrección de la forma, la claridad y viveza del concepto, la imaginación fresca, la cultura rica, la abundancia de vocabulario y la variedad de medios y primores de natural y espontáneo estilo, merece ponerse por modelo á cuantos ejercen el ministerio de la palabra divina.

III

Su nombre no figura en ninguna de nuestras historias literarias.

Don Antonio Ferrer del Río en su discurso de ingreso en la Real Academia Española sobre *La oratoria sagrada española en el siglo XVIII,* le cita refiriéndose á su Sermón funeral de Felipe II, y demostrando desconocer, en absoluto, los méritos de su predicación.

Han hablado también del P. Maestro Fr. Alonso de Cabrera: Nicolás Antonio en su citada obra; Quetit y Echard en sus *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, la *Biografía eclesiástica,* el P. Alonso García de Morales en su *Historia de la Ciudad de Córdoba,* el P. Fr. Antonio de Lorca en su *Historia de la Provincia de Andalucía de la Orden de Predicadores*, y el P. Fr. Antonio Martínez Escudero en la *Historia del Convento de Santo Tomás de Madrid;* obras (estas tres últimas manuscritas) que apenas contienen noticias para formar una mediana biografía del predicador eminente.

Se sabe que nació en Córdoba hacia 1549, hijo de noble familia, y que fué educado é inclinado desde los primeros días de la juventud, á la piedad y á la religión. Profesó en el convento de Padres Predicadores de su ciudad natal, y fué enviado á estudiar á Salamanca, distinguiéndose siempre por su virtud y raro ingenio.

En América, en la Isla de Santo Domingo, empezó á ejercitar el oficio de la predicación que alternó al volver á la patria con la enseñanza de las ciencias filosóficas y teológicas en el convento de San Pablo de Córdoba, primero, y en la Universidad de Osuna, después, donde recibió el grado de Maestro, de grande importancia en la Orden Dominicana.

Fué, además, prior del convento de Portaceli y del de Reginaceli, en Sevilla, y del de Santa Cruz en Granada.

De Granada pasó á Madrid á predicar una Cuaresma, y los aplausos que ganó en ella le valieron la merced que le hizo el rey D. Felipe de darle el título de *Predicador de Su Majestad.*

Unos cuatro años hubo de permanecer Fr. Alonso en Madrid, y para las honras que se celebraron por el alma del Monarca, fallecido en el Monasterio de El Escorial el 13 de Septiembre de 1598, fué elegido predicador. Su oración fúnebre pronunciada en una de las honras más solemnes, las que se celebraron el 19 de Octubre en la iglesia de Sto. Domingo el Real, es un documento importantísimo, tanto como obra histórica como por su valor literario.

Un mes más tarde, el gran predicador acometido de una inesperada enfermedad, cuando aún no había cumplido los cincuenta años de su vida, falleció en el convento de Santo Tomás, de Madrid, llamado vulgarmente de Atocha, donde recibió sepultura.

En Noviembre de 1606, sin que se conozca la causa, el Prior del convento de Dominicos de Almagro, trasladó á esta villa los restos mortales del predicador insigne.

De los muchos tomos de sermones que dejó el P. Fr. Alonso de Cabrera, sólo fueron publicados los siguientes:

Dos tomos, en 1601, de *Consideraciones sobre los Evangelios de la Cuaresma desde el Domingo cuarto y Ferias hasta la Resurrección.*

Dos tomos, en 1609, de *Consideraciones sobre los Evangelios de los Domingos de Adviento y festividades que en este tiempo caen hasta el Domingo de Septuagésima.*

El sermón que predicó en las citadas honras fúnebres de Felipe II.

Y un *Tratado de los escrúpulos*, impreso en Valencia en 1599, obra que, como la anterior, mereció los honores de ser traducida al italiano.

Entre sus obras manuscritas, que seguramente se habrán perdido, figuran:

Tres tomos de festividades de Santos.

Dos de sermones funerales.

Uno de pláticas.

Y varios sermones sobre las postrimerías del hombre.

Nunca hasta ahora se había hecho una colección bastante ordenada y digna de la importancia de aquel varón insigne, gloria del púlpito español. Plácemes y elogios merece por ello el sabio académico de la Española, de cuyo brillante estudio podrá formarse idea por cuanto queda dicho.

La biografía que el autor ha podido formar del P. Maestro Cabrera, no es detallada, pero basta á rèconstruir la vida de aquel virtuoso fraile en sus momentos más culminantes y solemnes, dejando adivinar, como en penumbra, cualidades muy nobles, y dotes de figura y agrado que harían venerable su persona.

El libro comprende las *Consideraciones* sobre todos los Evangelios de la Cuaresma desde el Domingo cuarto y Ferias hasta la octava de la Resurrección, sobre los Evangelios de los Domingos de Adviento y los Domingos después de la Epifanía, y termina con el Sermón predicado en las honras de Felipe II.

En todos ellos el orador raya á una altura verdaderamente insuperable.

El P. Mir le define diciendo: «No es tan elocuente como Fr. Luis de Granada, ni tan vehemente y afectuoso como el Maestro Juan de Avila, ni tan atildado como Fr. Luis de León, ni pasando á los profanos, tan dulce y harmonioso como Lope de Vega, ni tan ingenioso como Cervantes, ni tan conciso y sentencioso como Quevedo; pero á todos ellos excede en naturalidad de expresión, en copiosa variedad de vocablos, en libertad de construcción y de sintáxis, en la galanura que puede dar á la frase una imaginación rica, fecunda y amena. Es Fr. Alonso de Cabrera, entre nuestros maestros del siglo XVI, el hombre que ha hablado mejor la lengua castellana, el que la ha manejado con más garbo y gentileza, y al propio tiempo, con más llanura y naturalidad.»

Este juicio no es exagerado.

Pero solo leyendo los sermones del Fr. Alonso se puede formar concepto de toda su grandeza y de lo que sería oirle, si tan grato resulta leerle, cuando á las maravillas de su palabra se unieran la presencia venerable del santo

varón, la entonación sencilla, á veces familiar, de su voz y el ademán tranquilo y justo, y se sintiera el dulce vuelo de aquella imaginación que tan suavemente pasa de lo intrincado á lo fácil, de lo ideal á lo real, del ejemplo á la enseñanza y que con igual llaneza intercala una frase erudita que un chispeante diálogo ó una atrayente historia.

Se trata pues, de un nuevo tesoro de nuestra incomparable mística, modelo del pensar y del decir, que merece ser leído, estudiado y meditado, porque á la vez que instruye y deleíta, deja honda huella en el espíritu, huella sublime de nobleza y de amor.

MARIANO MIGUEL DE VAL.

Portugal.

Las elecciones de Diputados.

Poco á poco van conociéndose detalles de las elecciones generales últimamente verificadas en el pais hermano y aunque los escrutinios definitivos pudieran alterar algo los resultados conocidos, tales alteraciones serán de escasa monta y no modificarán sensiblemente la composición de la nueva Cámara.

Dos notas curiosas ofrecen estas elecciones. Una, el extraordinario alarde de fuerza que el gobierno del Sr. Joao Franco ha hecho en el Norte del país enviando crecido número de tropas para asegurar el orden en las Asambleas electorales, convirtiendo las pacíficas poblaciones de aquella hermosa comarca en verdaderos campamentos. La otra particularidad de estas elecciones ha sido la relativa tranquilidad con que se han verificado y la ausencia de grandes escándalos y de descarados chanchullos, frecuentes allí aunque no en tan alto grado como los que aquí suelen proporcionarnos nuestro gobiernos, para espanto de los electores y provecho de los caciques.

Acaso puedan suponer algunos que la tranquilidad del acto electoral haya dependido del exceso de precauciones tomadas por el Gobierno, y que á semejanza de la paz que reinaba en Varsovia, no ha habido grandes protestas, no por falta de motivos, sino por temor á extremadas represiones. No lo creo así, y basta para llegar á tal convicción recordar que salvo el partido republicano, los demás, si no de perfecto acuerdo van á la lucha contando con la benevolencia del Gobierno y lo mismo que en España, se respeta el acta de los personajes más significados de las oposiciones.

Los republicanos han realizado un esfuerzo considerable, siquiera solo en parte se haya visto coronado por el éxito, ganando en Lisboa los puestos de las minorías. No llegaron á tanto en Porto apesar de considerarse esta ciudad como la Meca del republicanismo portugués, y la única en todo el pais donde llegó á estallar un pronunciamiento en pró de la República.

Gozan los republicanos portugueses la ventaja de una unión absoluta, de una identidad de ideales desconocida para sus correligionarios de España. La unidad de raza y la poca extensión del pais quita á las reivindicaciones descentralizadoras el antipático sello de antagonismo, entre diversas comarcas, que aquí tan impremeditadamente se fomenta, cuando solo puede ofrecerlos el porvenir. Como nunca existió en Portugal la

República, no hay tampoco esa lucha latente entre los viejos que acusan á los jóvenes de poco entusiastas y egoistas por no verles dispuestos al sacrificio, y los jóvenes que acusan á los viejos de ineptos porque tuvieron una República y la dejaron perder. Por último, el temperamento portugués, poco propenso á los delirios del entusiasmo, no llega ni á consagrar santones ni á erigir dictadores, con lo que los partidos extremos se ahorran los irreductibles antagonismos personales que han destrozado con frecuencia á nuestros republicanos. Tenían pues en pró esos factores y el apoyo de los descontentos, y no con falta de razón, que no fian en partido alguno gubernamental, porque ven el escaso fruto que el pais ha obtenido de su gestión en el Poder; habían hecho una propaganda activa y bien dirigida, presentaban la candidatura de hombres de evidente valor, indiscutible probidad y prestigiosísimo nombre. Sin embargo solo han triunfado en Lisboa. ¿Por qué?

Creo que la principal causa de que el triunfo de los republicanos no haya traspasado esos modestos límites, se debe, en primer lugar, á la división electoral del país, repartido en grandes circunscripciones que eligen un cierto número de diputados, en vez de la combinación de circunscripciones que eligen varios, y distritos que eligen uno, como ocurre en España. En un país de general cultura y perfecto conocimiento de los deberes cívicos, tal división electoral traería la ventaja de que, siendo muchas las poblaciones comprendidas en cada circunscripción, sólo podrían resultar elegidos hombres de general prestigio, y no obtendrían el acta los que no pueden ostentar otro título que el de «personas de arraigo en el país», eufemismo con que aquí se disfraza generalmente á los más odiosos caciques, azote de las pequeñas localidades, de las que disponen á su antojo, gracias á una riqueza, adquirida á veces por la usura y el acaparamiento, aptos, cuando más, para dedicarse á las más humildes funciones de la agricultura, y comparsas ridículos de los personajes de su partido, á quienes apoyan con sus votos sin haber tenido jamás una idea propia. Además, ofrece el sistema portugués la ventaja de asegurar siempre los puestos de las minorías, cosa que no cabe en el distrito en que solo se puede votar un candidato. Pero en Portugal, como en España, ni la cultura es tan extensa como fuera menester, ni los ciudadanos se percatan siempre del valer y la significación del derecho de sufragio, y los Gobiernos aprovechan bien las circunstancias, sirviéndoles los votos de los campesinos, gente por lo general, menos ilustrada, más apegada á la rutina y poco ganosá de novedades, para contrapesar los votos de la gente de las ciudades, donde las propagandas de libertad encuentran siempre mejor acogida, donde la cultura es mayor y donde los ideales nuevos se abren más fácilmente camino. Por eso no faltó razón á los republicanos portugueses para decir, cuando se procedió á la división electoral hoy vigente, que iba exclusivamente contra ellos, oponiendo á los sufragios de los hombres conscientes de las grandes ciudades, los de los campesinos, embrutecidos por la rutina ó esclavizados por el cacique. El mismo jefe del Gobierno lo ha reconocido así, y recientes son sus promesas de modificar la división electoral.

También hay que confesar que el presidente del Consejo, Sr. Joao Franco, ha luchado tenazmente en la propaganda. En Portugal, como en España, era cosa inusitada ver á un jefe del Gobierno presentándose en los mitins electorales para solicitar los sufragios del país, exponiendo su programa, y el Sr. Joao Franco lo ha hecho no sólo en Lisboa, con verdadero riesgo personal en ocasiones, sino yendo á Porto con el mismo objeto, y tratando de hacer olvidar con su conducta presente las antipatías que le atraía el haber unido su nombre, cuando fué ministro del Interior, á una ley de represión generalmente detestada. Felizmente para Portugal, ya ha llegado allí la hora en que la

exposición de los programas se haga ante el pueblo, y no en conciliábulos secretos y previas consultas y autorizaciones de quienes en rigor no están llamados á ello.

Échanse de menos entre los republicanos electos los nombres de Teophilo Braga, el polígrafo eminente; de Bernardino Machado, el sabio catedrático, y de Guerra Junqueiro, el poeta genial y valiente, el único sostén de la musa de la libertad en nuestra península, el autor de los versos demoledores que han abierto brecha profunda en las ideas tradicionales. Séame lícito decir que tal vez hayan salido ganando los republicanos portugueses y los mismo ilustres candidatos derrotados. Paréceme labor más adecuada para Teophilo Braga y para Bernardino Machado ir preparando en la cátedra generaciones nuevas que alcancen una perfección moral y mental que no le es ya dado alcanzar á la presente, ir infiltrando con el libro en todos los espíritus el credo de sus ideales generosos, y aunque los dos tengan excelentes condiciones para el Parlamento, y uno de ellos, Bernardino Machado, dió brillante muestra de ello, prefiero verlos apartados de las luchas de la política activa, elevados á las regiones serenas de la ciencia, á donde no alcanzan las salpicaduras del lodo de las pasiones desatadas.

En cuanto á Guerra Junqueiro, creo que más puede contribuir al triunfo de la causa que defiende una sola de sus vibrantes estrofas, que harían palidecer á la mayor parte de los insustanciales poetas glaucos al uso, que unas cuantas páginas de amazacotada prosa en el *Diario de Sesiones*. No me he convencido jamás de que sea útil la colaboración de los genios en una labor de buena administracción, que más que nuevas leyes necesita Portugal, por lo mismo que no puedo concebir á los apóstoles regulando las funciones del culto ó administrando los fondos de obras de fábrica en una parroquia.

En cambio, los republicanos electos por Lisboa, si tienen la prudencia bastante para no dejarse arrastrar por los aplausos de la galería, si moderando sus ímpetus hacen una labor seria, si prescinden de los latiguillos de efecto seguro para los cándidos espectadores, si no llegan hasta donde algunos de sus correligionarios del lado de acá de la frontera, capaces de culpar con trágicos acentos al régimen vigente, hasta del mal estado del piso en un camino vecinal ó de una irregularidad en el aforo de consumos, están llamados á desempeñar un papel brillante. Uno de los electos es el médico Antonio José d'Almeida, antiguo y consecuente republicano. Los otros tres son abogados, Joao de Menezes, orador distinguido y enérgico, avezado á vencer las dificultades de la tribuna; Alesandre Braga, hijo del ya fallecido y eminente jurisconsulto del mismo nombre, joven entusiasta, que aspira á continuar la honrosa labor de su padre, y Affonso Costa, el mayor prestigio del foro portugués, catedrático de derecho, pero más apto para los vigorosos arranques desde el banco de defensor que para las serenas explicaciones desde el sillón del aula, hábil dialéctico y orador elocuentísimo. Los cuatro son tipos acabados de políticos batalladores y expertos que pueden, no obstante ser tan pocos en número proporcionar muy malos ratos al Gobierno.

En los partidos monárquicos pocas figuras nuevas se destacan. Casi todos los primates han sido elegidos y hay entre ellos hombres de indiscutible merecimiento que pueden hacer una labor provechosa para el país y para las instituciones, que aún tienen hondas raíces en el pueblo portugués. El único peligro serio para el Gobierno está en lo heterogéneo de la composición de la mayoría.

Como recordarán los lectores de ATENEO que se hayan tomado la molestia de fijar su vista en mis anteriores artículos, dije cuando subió al poder el Sr. Joao Franco, que éste aceptaba el encargo contando con la benevolencia del partido progresista. En efecto, el Sr. Joao Franco era jefe de un grupo disidente del partido regenerador, que acaudilla Hitze Ribeiro, y disponía con escasos elementos, lo que me hace creer que fué

llamado porque no había otro á quien llamar. Consecuencia de estas especialísimas circunstancias, ha sido el pacto electoral entre el Gobierno y los progresistas, al pacto que dieron el nombre de concentración liberal, y que ha valido á los progresistas una nutridísima representación en el Parlamento. Así que sin contar con los diputados por las colonias de Africa, India y China, de cuyas elecciones aún no tengo datos, la nueva Cámara se compone de 67 adictos al Sr. Joao Franco, que se titulan regeneradores liberales, 42 progresistas, 27 regeneradores de los que siguen á Hintze Ribeiro, cuatro republicanos, cuatro progresistas disidentes, tres independientes y un nacionalista, residuo de la política de sacristía, el canónigo Antonio Homen de Gouveia, elegido por Funchal (1).

Si el acuerdo entre el Gobierno y los progresistas sufre el menor quebranto, la situación del Sr. Joao Franco no puede ser más comprometida, toda vez que no tiene mayoría absoluta, de suerte que, sin contar con que necesita que la buena gestión de los negocios públicos le atraiga las simpatías de la opinión, tendrá que complacer en el reparto de prebendas á sus aliados, para no provocar un descontento que se traduzca en una votación contraria y ésta dé lugar á una crisis que obligase á nuevas elecciones. En verdad que mucho tacto necesita el Gobierno portugués para consolidar su situación y poder realizar su programa, que no detallo, porque figurándome cual había de ser, lo anticipé en artículos anteriores como probable.

Ocasión tiene ahora el Sr. Joao Franco, si pequeñas ambiciones no se le oponen, de consagrar en definitiva su nombre como jefe del partido, sobre todo, si añade á su programa la abolición del impuesto de consumos, odioso en todas partes y de exacción brutal en aquel país. Si secunda la noble campaña emprendida en ese sentido por *O'Seculo,* ganará muchas voluntades y evitará grandes obstáculos, porque no hay que olvidar que la masa del pueblo portugués se queja justamente de las crecientes dificultades económicas de la vida. El hambre es mala consejera, eficaz auxiliar del deseo de innovaciones acaso peligrosas, y aunque sea una verdad perogrullesca, es una gran verdad que quien quita la ocasión quita el peligro.

SALVADOR DIAZ-BERRIO.

América.

Honduras.

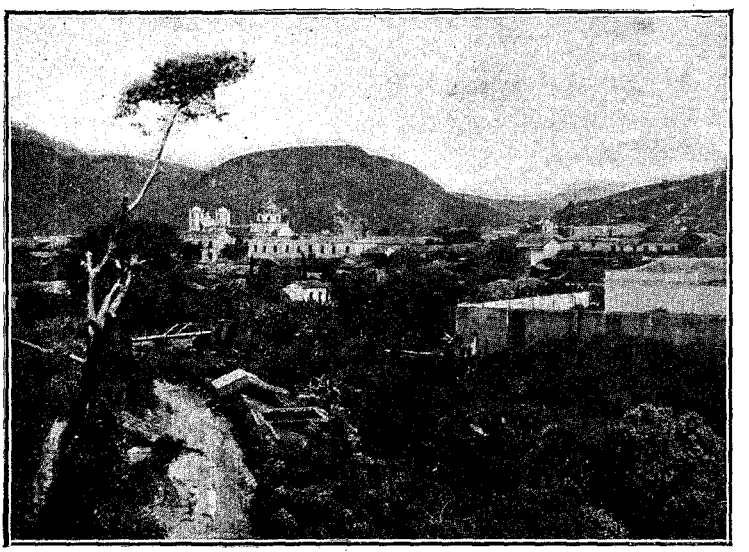
La función de Mercedes. (Costumbres hondureñas.)

Pídeme mi buen amigo el Bibliotecario del Ateneo y Secretario de la Redacción de esta Revista, que le envíe para ella algún escrito sobre «costumbres de Honduras». Más que difícil es para mí cumplir el encargo, que no es mi cuerda, si alguna tengo, la de describir costumbres, lo que exige serenidad de espíritu y disposición particular de ánimo de que carezco. He querido, sin embargo, complacerlo, y para ello, rebuscando por los rincones de la memoria, he conseguido surja el siguiente recuerdo, si no tan brillante y tan vivo como

(1) En Portugal tienen capacidad legal los clérigos para ser elegidos diputados.

yo quisiera, á lo menos como reflejo pálido de una realidad animada y llena de colores.

Conste para comenzar, y como antecedente, que el título de este articulejo es exactamente el nombre que chicos y grandes, ignorantes y letrados dan á las festividades con que se celebra la octava de la Virgen de las Mercedes en la que fué Muy Noble Villa de San Miguel y Heredia, como desde 1762 fué llamado el hasta entonces Real de Minas de Tegucigalpa, hoy Tegucigalpa, á secas, capital de la República de Honduras. Conste también, que la fiesta que trato de describir, eminentemente religiosa é inspirada por el más puro sentimiento tradicional y cristiano, se celebra en un pueblo en el cual la Iglesia está enteramente separada del Estado, y en el que hasta al último *indio de la Cuesta* asombraría grandemente que no fuera así, y hasta que se discutiese



Vista general de Tegucigalpa.

siquiera la libertad de cultos, hecho consumado para ellos desde hace muchos años, del que, sin embargo, jamás se acuerdan ni les estorba para celebrar sus funciones (1). Y conste, por último, que lo que anuncio como recuerdo, es todavía hecho actual; como prueba vaya lo que decía recientemente un amigo en carta que envió desde Tegucigalpa: «Tata Chico (2) Zabala asegura que habrá función aunque haya guerra»; es decir, que ni las preocupaciones ni los trastornos de una situación excepcional, serían parte para que los buenos tegucigalpenses dejaran de celebrar *las Mercedes*.....
.....

(1) *Dícese función á las solemnidades y diversiones con que un pueblo celebra la festividad de su patrón ó la advocación de la Virgen de que es devoto. Forman parte del programa de ella la fiesta religiosa en el templo y la procesión consiguiente, y los espectáculos y diversiones como toros, cucañas, fuegos artificiales, juegos públicos, etc., etc.*

(2) *Tata,* padre, persona de edad avanzada. *Chico,* Francisco.

«Señor doctor, señor doctor, aquí tiene usted á los mostrencos, usted es de los nuestros, con que á ver qué nos da para la función de nuestra Madre.» Así me saludó en mi despacho, en la que después se llamó casa del Banco, por haberla ocupado esta dependencia, el ya nombrado don Chico Zabala, que con algún otro amigo se ocupaba en «recoger la limosna» para la función de la Virgen de las Mercedes. De esto hace ya mucho tiempo, más de un cuarto de siglo, y el último verano que pasé en Tegucigalpa, en 1904, todavía tuve el gusto de recibir la visita de aquel buen amigo, por el que no pasan años, aunque lleva bien corridos los ochenta, con gallardía que para mí quisiera con apenas mis cincuenta, algo larguitos de talle.

Figúrese cualquiera mi sorpresa al oirme llamar mostrenco, no obstante el



Iglesia parroquial de Tegucigalpa.

señor doctor, pues casa y hogar tenía y mi título académico poníame á cubierto contra el significado que el diccionario da á tal palabra; pero como mis visitantes se la aplicaban también, debí entender que no se trataba de cosa mala.

En efecto, la octava de las Mercedes la celebran la autoridad eclesiástica y los gremios, las mujeres y los niños, repartiéndose los días de ella entre sí, rivalizando en éstos en ostentación y en lujo, como rivalizan también en la fe cristiana y en el culto á la tradición y á las costumbres.

Los artesanos se agrupan, y también los que no lo son, según su ocupación ú oficio, y aquellos que no se reunen en número bastante para constituir un gremio son los que forman el de los mostrencos. La aplicación del nombre será un tanto forzada; pero es el que se les da, y he aquí como médicos, abogados, comerciantes, banqueros, artistas y artesanos de oficios diversos, llegan á no tener ninguno y á llamarse mostrencos.

Con anticipación bastante todos los gremios hacen sus colectas, preparándose para su día, y si el año ha sido bueno ó sea si el maíz *se ha dado* bien, puede augurarse desde luego que la limosna será abundante y la función lucida por consiguiente, si el *tuerce* (1) no hace que un *aguaje* (2) inoportuno lo eche todo á perder. La función de Mercedes cae después de la canícula, y por consecuencia pasada la época en que se suspenden las aguas; pues no debe olvidarse que el *invierno* intertropical, que así es llamada la estación lluviosa, comprende de mayo á octubre de todos los años, mes en el cual se *levantan* las aguas ó deja de llover que es lo mismo.

La función es costeada, durante los ocho días, en la forma siguiente: el primer día, por el Sr. Cura de la Parroquia y los mayordomos de la Virgen; el segundo, por las señoras mujeres; el tercero, por los zapateros; el cuarto, por los carpinteros; el quinto, por los sastres; el sexto, por los mostrencos; el séptimo, por los labradores, y el octavo y último, por los muchachos.

Para cada gremio ó agrupación, comienza la fiesta en el día anterior al que le está señalado, al toque de vísperas; pero sin éstas, con solemnes repiques y con lanzar á los aires multitud de cohetes que atruenan el espacio, y que, por su calidad y número, dan la medida de lo que será el rumbo con que realizará su empeño el gremio que de tal manera se anuncia.

Pero á esto ha de preceder necesariamente el *convite,* también proporcionado á lo que será la fiesta. Tíranse para aquél, en vistoso papel de color, poesías, debidas á la inspiración de vates populares. En ellas se encomia á sí propio el gremio festejante, hace alarde de su esplendidez para la fiesta, y convida á ella, y también para que al anunciarla se le asocien los vecinos, aumentando la alegría quemando cohetes, que, á lo que parece, aquélla está en razón directa de la pólvora consumida y del ruido que se produce.

Feliz me considero por poder insertar unas muestras de esa literatura popular, las que debo á la buena memoria de un estimado compañero y amigo, que la mía no llega á tanto: al César lo que es suyo. Véase la clase.

«CONVITE

De las fábricas de Londres
y París viene el calzado;
¿qué le queda al zapatero
de un país tan adelantado?
La esperanza que en María
con fe ardiente tiene puesta;
por eso es que se ha esforzado
en hacer solemne su fiesta,
pidiendo que, por billete,
lancéis á las doce un cohete.

Los Zapateros.»

(1) *Tuerce,* desgracia.
(2) *Aguaje,* chaparrón.

Modestos se manifiestan al pedir ruido los maestros y oficiales de obra prima; no así los sastres; véase si no:

«Toda moda es crinolina (1),
túnicos (2), levas (3), calzones;
en la mujer, los tacones,
en el varón, la esclavina (4);
los sastres, á esta rutina,
inventamos otra pieza:
que se reviente una gruesa
de cohetes al medio día;
así lo exige María,
que pagará tu fineza.»

En ocasiones, y no las menos frecuentes, no se reduce á esto el convite, sino que se dirige á zaherir á los otros gremios ó á personas determinadas, y á poner de relieve defectos ó hechos que merecen censura pública, la que no escasean ni recortan los vates de ocasión.

Este convite es encanto de chicos y diversión de desocupados. A efectuarlo salen varios *montados,* hombres vestidos de *mantudos* ó sea de mogiganga, que así se dice también al conjunto, y que, jinetes en cuartagos, recorren á carrera tendida las calles de la capital, precedidos de otro *montado,* que toca un clarín, repartiendo las poéticas invitaciones á la fiesta, entre el gritar de los chicos y las risotadas y el aplaudir de los mayores.

En las primeras horas de la tarde, las campanas convidan para *el paseo del atributo,* y tras el disparo de otros cohetes al toque de oraciones, vuelven las lenguas de bronce á llamar á la gente para que se regocije presenciando los fuegos que, indefectiblemente, han de quemarse en las ocho noches, por supuesto si el tiempo no lo impide, como se dice de las corridas de toros.

Como se ve, campanas y cohetes hacen el gasto ó sea ruido y más ruido; pero no es el menor el de la alborada. A las tres ó las cuatro de la mañana, lo más tarde, empieza en la torre de la Merced el consabido convite, parecido al de sermón, en cuaresma, en los pueblos españoles, y poco después la verdadera alborada, con repique general, cohetes y *carreras de bombas* (5). Dicho se está que el amanecer de los días de función no es para dormilones ni enfermos.

La pólvora sigue haciendo el gasto á la hora de la misa solemne, con que termina su fiesta, cada día, la agrupación que la costea. En el momento de alzar la Sagrada Hostia, quémanse en el atrio de la iglesia una ó más *carreras de bombas,* y que éstas sean largas y sus explosiones no interrumpidas, es la gala de los devotos que las ordenan.

A este propósito recuerdo la costumbre de una piadosa señora, que ya no

(1) *Crinolina,* miriñaque.
(2) *Túnico,* traje de mujer compuesto de enagua y de cuerpo.
(3) *Leva,* levita.
(4) *Esclavina,* capeta, capa corta sin el aditamento, precisamente, que se llama en España esclavina.
(5) *Carrera de bomba,* lo que en Valencia es traca.

existe, madre de distinguida y muy estimable familia de Tegucigalpa, y que por su religiosidad y amor al culto se distinguió durante su vida. Cuando se aproximaba la función de San Miguel, patrono de la exvilla de su nombre, hacía llamar á un honrado artesano de Comayagüela, población separada de la capital por el río Choluteca únicamente, y que es como continuación de ella. Cesáreo Coello, que éste era el nombre del *cohetero,* recibía el encargo de fabricar la *carrera de bombas,* y á la vez el de esmerarse en ella; si llegado el momento de quemar la *carrera* ardía sin interrupción y las explosiones se sucedían sin intervalo, era de ver el contento de la señora, quien lo demostraba pagando al artesano en *bambas* (1) relucientes; pero si la *carrera* tenía interrupciones, no servía, según ella, y la excelente señora pasaba verdadero mal rato, que en su bondad traducía pagando el importe despectivamente, al cohetero; pero en moneda menuda.

El *paseo del atributo* se verifica en la tarde. Mezcla de procesión religiosa y de manifestación cívica, merece párrafo aparte.

El *atributo* ó paso, como le llamaríamos aquí, cambia cada día y en exornarlo ponen esmero los festejadores de la Virgen. Se compone de unas andas ó armazón de madera, cubierta generalmente de tela de algodón con dibujos pintados ó sobrepuestos de papel de colores, banderitas, flores y otros adornos, en lo alto de la cual, y sobre un dragón, copa, tulipán ó algo semejante, va colocada la imagen que de esta manera recorre las calles, procesionalmente, á hombros de devotos entusiastas.

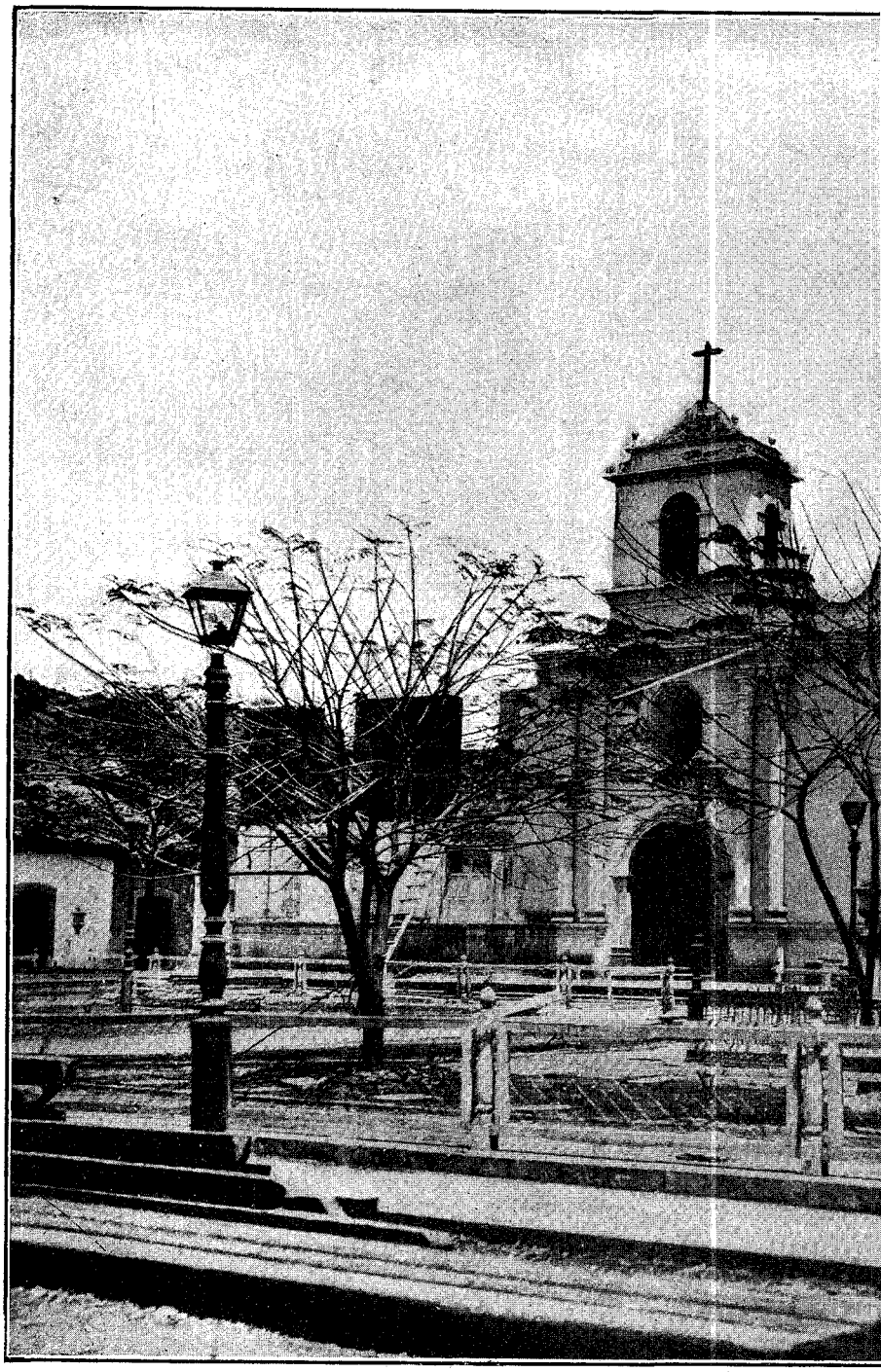
Este paseo triunfal de la imagen se repite cada día, y el *atributo* en cada uno de ellos es distinto. Pero si toda esta serie de procesiones ó paseos son notables por su alegría y por el concurso, tanto de asistentes como de devotos, verdaderamente típico es el de los agricultores.

Tienen éstos en el barrio que llaman de la Plazuela, la que denominan Casa de la Virgen, cuyo destino se reduce á servir de albergue un día en el año, á la imagen de la *Señora.* Allí se arma el *atributo* y de allí sale adornado primorosamente de flores y de follaje, y sobre los frutos de la tierra se alza la sagrada imagen.

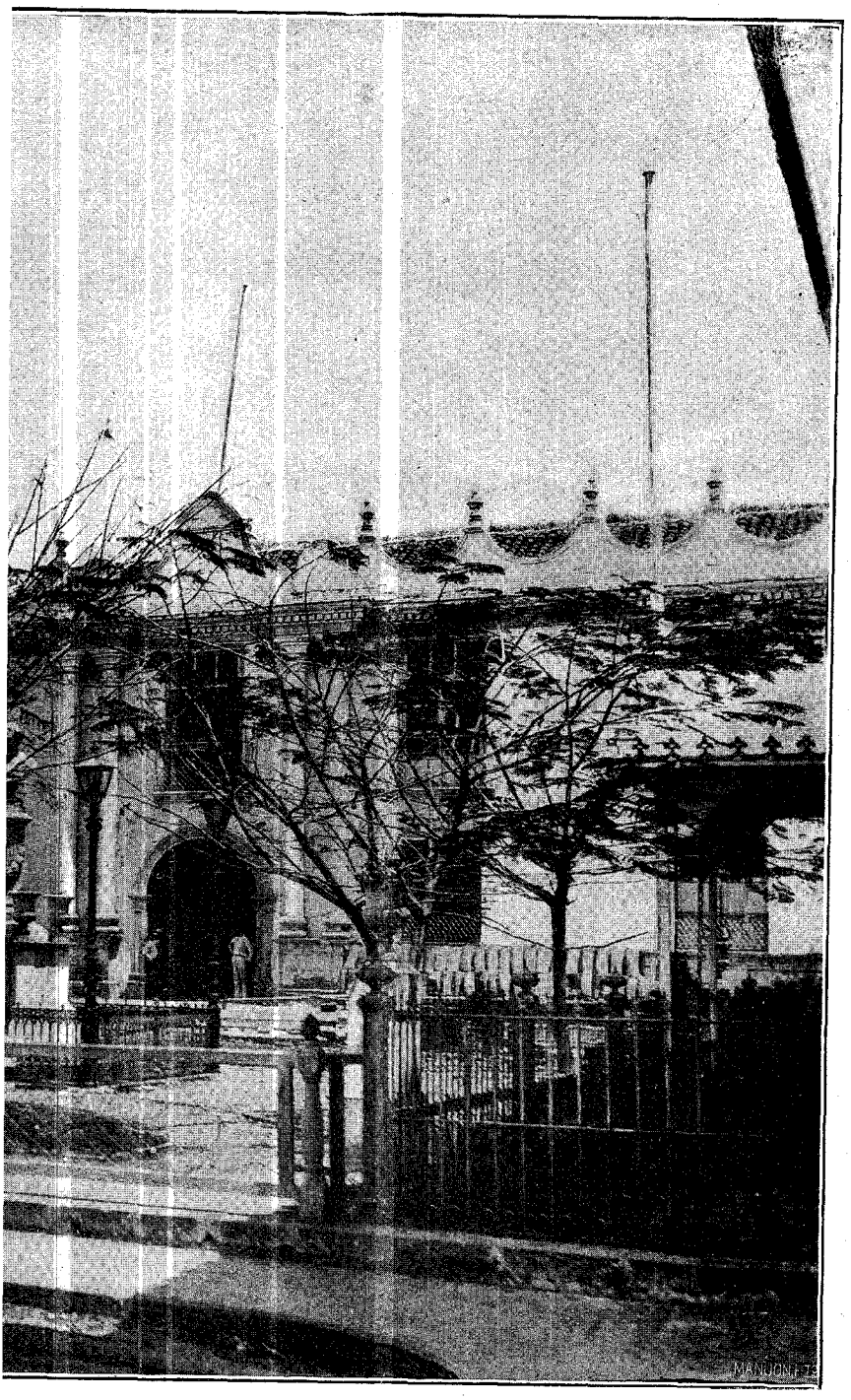
Rodeánla los individuos del gremio llevando frescas palmas, ramos olorosos ó largas y frondosas cañas, y un pueblo alegre y dominguero al que alborozan, no tanto como su propio contento, los acordes de la banda que sigue al *atributo.* Y así recorre las calles, en medio de una multitud que se apiña á su paso, un día y otro día, en la que guardaríame bien de averiguar cuál es el espíritu que la impulsa.

La última vez que ví el *atributo* faltóme junto á él un concurrente indispensable en todos los actos religiosos de Tegucigalpa, pues sólo en ellos se le veía. Era un ancianito modesto, de cara afeitada y pelo cortado y cano. Vestía de chaqueta entallada, pantalón ligeramente acampanado y sombrero de junco, de los que aquí llaman de Panamá ó Jipijapa. Detalle característico: no

(1) *Bamba,* monedas de peso duro ó sean como las de cinco pesetas.



TEGUCIGALPA.—Parque Cabañ



é iglesia de la Merced.

recuerdo haberlo visto nunca, y lo ví muchas veces, sin el pañuelo de *yerbas* asomando al bolsillo derecho de la chaqueta, ni sin un violín enfundado debajo del brazo izquierdo. Don Benito Sevilla, ó tío Benito, como familiar y afectuosamente le llamábamos todos, constituyéndonos en sobrinos postizos de aquel humildísimo anciano, de quien podría decirse con justicia, parodiando á los escritores místicos, que no perdió nunca la gracia del bautismo; tal era su candor, por decirlo así, y su grandísima hombría de bien; no hubo jamás fiesta, procesión ú otro acto del culto á que no asistiese, y en más de una ocasión lo ví, en la misa cantada de los sábados, en la iglesia de la Merced, siendo con su violín y con su voz apagada por los años, toda la orquesta y el cantor único.

Apenas anochece empiezan á lucir las *luminarias*. No se trata de alumbrado en ventanas ni balcones, sino de candeladas ú hogueras de leña de ocote, que los gremios encienden en las cercanías de la iglesia, mientras que una música toca diferentes piezas en el parque de Cabañas.

Sigue entretanto el campaneo del convite y empieza á cruzar los aires algún que otro cohete, y á medida que acude la gente circulan entre ella *cohetillos* y *cachinflines* ó *buscaniguas,* para que cuando la concurrencia llegue á su apogeo hagan su aparición *escupidores* y *cohetes coleados* (1), entablándose entre los asistentes verdaderas batallas, que alumbran, á las veces, muy lindas bengalas. Quémanse después ruedas y artificios, no escaseando castillos y otras piezas de gran tamaño, con multitud de cohetes, bombas y voladores.

Pero la gran alegría, el motivo de entusiasmo y de algazara es el *torito de fuego*. Es éste una armazón de cañas imitando la figura de un toro, cubierta de un cuero, sin que le falte el aditamento de su buen par de *cachos,* tan finos y bien dispuestos que para sí los quisieran muchos toros de plaza. Por sobre el pseudo toro corren y se entrecruzan *escupidores, cachinflines, bombas* y toda clase de fuegos, que van ardiendo pausadamente, arrojando raudales de chispas y de luces de colores, entre el gran estrépito del reventar de las bombas.

Lleva al toro en la cabeza un muchachón ó un hombre fuerte, y corriendo de un lugar para otro pone en dispersión á las masas de concurrentes, con gran algazara de éstos y alegría de los chicos, que á costa de algún revolcón, se apretan contra la *fiera,* la hostigan y la acosan hasta que sale de ella la última chispa y se apaga su postrera luz. Y conste que la fiesta se creería deslucida si no hubiera el repetido torito, siendo el colmo del rumbo que á uno siga otro, y á veces más.

En los conductores del toro hay verdaderas notabilidades: recuerdo al buen Cirilo *barrigón,* denominado así por estar bien dotado de carnes, tablajero de oficio ó *pesero,* como por allá se dice, especialidad en eso de hacer *diablos de zacate* (2) con el torito en la cabeza, bien entendido que también con algo *caliente* en el estómago.

---

(1) *Cohetillos,* especie de triquitraques. *Cachinflin* ó *buscaniguas,* buscapiés. *Escupidor,* candela romana. *Cohete coleado,* al que se le ha quitado un pedazo de la varilla, lo que le dificulta la ascensión.

(1) *Hacer diablos de zacate,* travesuras.

Y así, entre campaneos y cohetes, músicas, paseos, toritos y cachinflines, pasa la octava de la Virgen, y con el fin de ella llega á su término *la función de Mercedes*. Ciérranla los muchachos, mayordomos del último día, el más alegre según el común sentir, aunque para mí no es sino uno de tantos, del que tal vez se conserve más grato recuerdo por los chicos y por ser el postrer holgorio.

Cuéntanme á este propósito, que un venerable sacerdote, que por sus virtudes, por su talento y por su inspiración, floreció en Tegucigalpa en el siglo anterior, el P. Reyes, protector decidido de los débiles y de los pequeños, *capaba las carreras de bombas* que en él depositaban los gremios, dispuestas para todos los días de la función, para acumular en el último todos los frutos de su *industria*, y dar con ellos más grande alegría y mayor ruido á la fiesta de los muchachos.....

.....

¡Felices los pueblos que en sus expansiones y regocijos, como en todos sus actos, viviendo del presente, no desdeñan de volver la vista al pasado, sin dejar por eso de tenerla fija en el porvenir!

A. Ramírez Fontecha.

Madrid, Agosto de 1906.

México.

Algunos Mexicanos.

Sr. D. Mariano Miguel de Val. Ateneo.

Mi distinguido amigo: Con sobra de galantería me escribe usted que mi crónica mexicana, aparecida en uno de los números de su culta Revista, *ha gustado mucho*, y que desearía usted *que me tomara la molestia de escribir otra* con destino al número de Agosto.

Ahí me las den todas (me refiero á las molestias), y pues *tú lo quisiste tú te lo ten:* Ojalá que esta segunda sea leve á los lectores de Ateneo, y al avío.

Ahora quiero hablarle de algunos hombres de mi país.

En mi anterior me refería á nuestro floreciente estado económico, y citaba con muchas cifras, tres nombres, el de nuestro Presidente, el de nuestro Secretario de Hacienda y el de nuestro Secretario de Instrución Pública.

Quiero ahora referirme á varios mexicanos distinguidos, que han puesto noblemente al servicio del país, una gran suma de voluntad y de intelecto, y que muy brillantemente contribuyen á nuestros progresos.

Seré *breve... pero compendioso*, como dijo Alarcón, haciendo solo constar que lo que en el tintero se me queda, es cuando menos otro tanto de lo que de él sale por los puntos de la pluma.

Empezaré por nuestro Ministro de Relaciones ó Ministro de Estado como dicen ustedes.

D. Ignacio Mariscal, es uno de los hombres más respetados en México, y uno de los colaboradores más meritorios del General Díaz.

Al gran Juárez le sirvió en puestos de confianza, con una lealtad y una devoción á toda prueba. Lleva luengos lustros en la diplomacia, y es nuestro mejor veterano en la

carrera. Dios sabe los conflictos que él ha resuelto, con una sagacidad de Ulisés (que á haber sido santo sería el patrono de los diplomáticos). Dios sabe los nudos gordianos que ha deshecho (sin cortarlos como Alejandro).

Pero hay un aspecto de su personalidad, al que deseo especialmente aludir.

D. Ignacio Mariscal es, no solo uno de los escritores más cultos y castizos de América (la Academia le cuenta entre sus correspondientes), sino el conversador más ingenioso y ameno que yo he conocido en mi vida. A los setenta y seis años de edad, conserva una lozanía, una vivacidad de espíritu, una rapidez de comprensión, una agudeza de réplica, que yo para mi quisiera.

Hablar con él es por todo extremo solazoso.

¡Cómo afila el epigrama, cómo prodiga el *mot d'esprit*, que cantidad de anécdotas se sabe! ¡Cuánto y que bien ha vivido y sabido ver la vida!

En cierta ocasión hablábamos de lo que ha dado en llamarse *modernismo* y *modernistas*, y D. Ignacio me decía:

—Conocí en Nueva-York hace muchos años, á un Director de Orquesta muy distinguido, el Maestro Moderati; y hablando en cierta ocasión de música, le pregunté:

—¿Y usted que opina de Wagner?

—«¡Ah!—me respondió el maestro Moderati, con un énfasis y un fuego netamente italianos.—¡La obra de Wagner es grandiosa, magnífica, sublime!»

«¡Sublime... inefable!,» repetía agitando los brazos...

«*¡Ma non e musica!*»

—Pues así es la poesía de ustedes los *modernistas*, añadía D. Ignacio: grandiosa, magnífica, sublime, inefable... *ma non e musica.*

En otra ocasión me decía:

—No hay duda que á veces ustedes los modernistas hacen bellos versos: claros, bien medidos, ortodoxos...; *pero luego se arrepienten.*

***

De D. Ignacio Mariscal es la mejor versión que se ha hecho del *Cuervo*, de Edgard Pöe. Querría yo tener en alguna ocasión (y claro es que aprovecharé la primera), el deleite, porque deleite es, de leer en el Ateneo esa versión magistral que ha acertado á conservar toda la imponente, la trágica, *la lívida* (si me permiten ustedes el epíteto), la lívida hermosura del original.

El Sr. Mariscal tiene otros muchos merecimientos literarios... Pero ¡ay! es preciso que recuerde la recomendación de usted, mi buen amigo, tocante á la extensión de mi crónica, y que ponga un punto á esta nota.

D. Enrique C. Creel.

D. Enrique C. Creel es uno de los hombres que más contribuyen en la actualidad á la transformación que se está operando en México.

En este hombre, verdaderamente admirable, se han aliado las grandes cualidades de la raza sajona con las grandes cualidades de la raza latina.

Tiene del inglés el espíritu eminentemente reflexivo, práctico, serio, laborioso, emprendedor, el rápido golpe de vista para los negocios, y del español, esa hidalguía de corazón, esa fineza de sentimientos, esa liberalidad de gran señor y esa acometividad franca y simpática que caracterizan á la vieja estirpe.

D. Enrique Creel, como las mujeres honradas y los pueblos felices, no tiene historia. No hay en su vida ni grandes choques ni grandes conflictos. Es una existencia diá-

fana y serena de labor y de inteligencia, durante la cual su alma fuerte ha franqueado todas las etapas que llevan á la conquista de la fortuna, de esa fortuna que, de una manera tan hábil y tan liberal, utiliza para robustecer un sinnúmero de actividades nacionales.

Posee D. Enrique C. Creel considerable hacienda y, además, administra uno de los capitales más grandes de México: el de su padre político, el ilustre general D. Luis Terrazas.

¿Qué uso ha hecho del poder, de la influencia, de los recursos que este dinero le da?

Empezaré por decir que ni ha comprado yates, ni ha corrido automóviles, ni se ha divertido en París, ni ha jugado en Montecarlo, ni ha enamorado en Niza.

En cambio, no hay institución de crédito en México en que no haya intervenido, no hay empresa progresista que no haya pratrocinado, no hay hombre de talento ó artista que á él haya acudido en vano, ni circunstancia ú ocasión capaz de influir en el bienestar de su patria, que haya desaprovechado.

Transplantador lúcido y paciente de todo lo que significa progreso en el extranjero, son múltiples las adaptaciones é ingertos de cosas nuevas y buenas que le debe nuestro país. Espíritu esencialmente moderno, libre en absoluto de rutinas y de prejuicios, joven aún y perfectamente consciente de la importancia y valer de una honrada colaboración personal en los adelantos del país, ha hecho de su vida una especie de laico apostolado de progreso con este lema: «Todo por la patria, todo para la patria.»

D. Enrique Creel es hijo de uno de los Estados más ricos de la República, de Chihuahua, inmensa región fronteriza, que en unión de Durango formó, en tiempos de la Colonia, la provincia de la Nueva Vizcaya.

Los chihuahuenses, á quienes la vecindad con los yanquis ha hecho prácticos y que tienen un buen sentido á toda prueba, pensaron que un hombre que oficiosamente, como si dijéramos, derramaba bienes en su comarca, oficialmente podría aún derramarlos con mayor amplitud, y le eligieron, primero, gobernador interino y después gobernador á secas de su Estado natal.

Esta elección es muy reciente, es de ayer; apenas dos años, si no me equivoco, ha regido el Sr. Creel los destinos de Chihuahua.

¿Qué ha hecho en esta época?

Habría más bien que preguntar: ¿qué no ha hecho?

En efecto, lean ustedes los siguientes datos:

Ha logrado llevar la Hacienda pública á un bienestar que en este año se traduce ya por una reserva de 260.000 pesos, ó sean unas 730.000 pesetas, poco más ó menos.

Ha destinado *el cuarenta por ciento* de las rentas del Estado á la instrucción pública; ha señalado á las obras materiales *millón y medio de pesos,* que se dedican al abastecimiento de aguas potables, ampliación de calles, construcción de edificios, establecimientos penales, oficinas públicas, jardines, monumentos, etc.; ha reformado por completo los métodos de enseñanza; ha impulsado con profundo amor los modernos sistemas de cultivo y explotación agrícola; ha removido y modernizado todos los ramos de la administración; ha consolidado todas las instituciones de crédito; ha puesto, en fin, todo su talento, toda su energía, todas sus actividades, sencillamente, francamente, al servicio de su región y de la patria.

A las siete de la mañana, este hombre incansable, ha tomado ya su baño, y empieza á despachar con sus taquígrafos su numerosa correspondencia.

Jamás deja sin contestar una carta.

A las diez ha concluído este primer capítulo de su vida cotidiana, é inicia labores de otra índole. No reposa de un trabajo sino ejecutando otro nuevo.

Recibe á todo el mundo; trata todos los negocios con profunda calma; es frío en apariencia, metódico, incapaz de una exaltación. Una eterna sonrisa discreta y suave vaga por sus labios. Profundamente bien educado, jamás dejará traslucir un movimiento de impaciencia ante las digresiones de un tonto ó las inoportunidades de un tozudo solicitante. Oye con suma atención antes de resolver, y sabe con una claridad y una precisión de criterio notables, simplificar una cuestión, aclarar un problema, sugerir un expediente, reducir las discusiones ociosas á un postulado breve, ó á términos precisos.

Y este hombre que ha pasado el día en una labor enorme, que sin precipitarse jamás lo ha hecho todo, que, como reza el proloquio, *se viste despacio cuando está de prisa,* este hombre tendrá aún tiempo de atender á la vida social, hará visitas, asistirá á reuniones (sobre todo á aquellas de gente de talento, donde puede cambiar ideas), hallará una hora libre para dedicarla á las expansiones de la familia (la suya es ejemplar), y se contentará con cinco ó seis horas de sueño, para volver á la ciclópea faena de la mañana siguiente.

Como sabe que hace mucho bien, que sus días son fecundos, está siempre contento y ama la vida. Un suave optimismo ilumina todos sus juicios. *Jamás le he oído hablar mal de nadie.*

El Estado de Chihuahua está orgulloso de su gobernante y el Presidente de la República, cuyas virtudes políticas se esfuerza en imitar el Sr. Creel, se siente sin duda satisfecho de este incomparable discípulo.

D. Joaquín D. Casasús.

Es D. Joaquín D. Casasús uno de esos espíritus *poliédricos* de que tan avara se muestra la naturaleza; porque no es lo común que el intelecto humano descuelle en varios conocimientos á la vez, si ha de lograr en todos ellos la completa excelencia.

Casasús llegó muy joven de una ciudad de la costa del Golfo, á la metrópoli de México. Hizo con infinitos trabajos y privaciones su carrera de abogado, y concluída ésta se lanzó resueltamente á la conquista del porvenir.

Tenía excepcionales armas, y triunfó.

Jurisconsulto, economista, sociólogo, escritor, poeta, diplomático, todo lo ha sido y se ha distinguido en todo.

La naturaleza había modelado su cerebro justamente para un país como el nuestro, joven aún, que se despierta á la vida, que tiene reducidos hombres y numerosos problemas, en el cual, como en la parábola evangélica, *la mies es mucha y los operarios pocos,* y donde, por lo tanto, fuerza es que los individuos de acción multipliquen sus aptitudes y sus esfuerzos, afronten problemas disímbolos y atiendan á muy diversas exigencias nacionales.

¡Y á cuántas ha atendido, en efecto, este hombre singular!

El problema de nuestra moneda, resuelto tan admirablemente por el Sr. Limantour, debe á Casasús estudios justamente alabados por los grandes economistas franceses, colaboraciones muy luminosas, desvelos muy nobles. Como abogado, llegó á hacer de su bufete el primero de la República.

Sus negocios dábanle una renta con la cual se hubieran sentido felices muchos duques. Pero cuando más prósperos eran sus negocios, el país necesitó de sus servicios para el primero de nuestros puestos diplomáticos, para nuestra Embajada en Washing-

ton. Para este empleo, excesivamente delicado, Casasús reunía condiciones muy difíciles de encontrar. El Gobierno solicitó, pues, sus servicios, y él aceptó un puesto que exigía nada menos que el casi total abandono de su clientela y de sus negocios y cuyo desempeño, dada la explendidez de gran señor con que Casasús hace todas las cosas y á pesar del decorosísimo sueldo de que disfruta, debe costarle más de un millón de reales por año.

Casasús es un trabajador formidable, como Creel.

A las ocho de la mañana está en su despacho, que no abandona sino unos minutos al medio día para tomar un ligero almuerzo, y del cual no se retira sino entrada la noche.

Entonces busca reposo en las conversaciones amables, en los afectos sinceros. Su casa en México es el punto de cita de todo lo que vale en la metrópoli: hombres de negocios, hombres de ciencia, literatos, músicos, poetas.

Secundado admirablemente por una esposa excepcional y excepcionalmente amada en mi pais gracias á su talento y su corazón: Catalina Altamirano, la hija de aquel indio admirable que fué un gran tribuno, un gran literato y un gran patriota, Casasús ha logrado hacer de sus reuniones el *rendez vous* más delicioso que darse pueda.

Enamorado de la poesía, que ha cultivado siempre con extraordinaria oportunidad, de la música en la que es muy entendido, ¡cuántas inteligencias nacionales han encontrado en él apoyo absoluto, cuántos hombres de talento le han debido una posición decorosa, cuántos artistas gracias á él han podido luchar, triunfar, vivir!

Porque este hombre admirable que lo ha sido todo: jurisconsulto, economista, sociólogo, literato, poeta, diplomático, latinista benemérito, al cual debemos versiones de Horacio, de Tibulo, de Catulo, de Propercio, de Virgilio, de las que podrían hablarnos don Marcelino Menéndez Pelayo y el padre Mir; que además ha traducido en verso y con habilidad suma la Evangelina de Longfellow que habla el inglés y el francés como su propia lengua: este hombre admirable es, además de todas estas cosas, sobre todas estas cosas, un gran corazón.

AMADO NERVO.

Información extranjera.

Francia.

La ley de separación.

Las relaciones entre Francia y el Vaticano no pueden ser más ásperas y tirantes. Sin embargo, no hay que perder la esperanza de que se hallará una fórmula de armonía que evite luchas y conflictos, siempre perjudiciales para los pueblos. Puede contribuir á ello el haberse encontrado cerrado el Parlamento de la vecina República en los momentos en que Pío X aconsejaba á los católicos franceses resistiesen el cumplimiento de la ley. Es de presumir que en la Cámara la poderosa mayoría radical se hubiera manifestado en forma tal que las pasiones caldeadas por la violencia del choque religioso, adquirieran caracteres de hostilidad peligrosa.

No es, sin embargo, presumible, que se produzca en Francia un movimiento de resistencia armada contra el Gobierno actual y la aplicación de la ley. Ni siquiera ocurrirá algo de lo que pasó con motivo de los famosos inventarios de las iglesias, que originaron algunos desórdenes en determinados pueblos de la Bretaña, pero sin que tampoco tales manifestaciones aisladas trascendieran al resto del país.

El proceso de la ley de separación y de las medidas de carácter anticlerical en Francia, presenta distintas fases, que deben ser someramente indicadas.

El periódico oficial del Vaticano el *Osservatore Romano,* explicando la lucha entablada entre Francia y la Santa Sede, pretende que de esa lucha, que de ese pugilato ya antiguo entre los dos poderes es responsable la República, fundada en las teorías de la enemiga á la Iglesia católica.

A decir verdad esta afirmación no es del todo exacta, ni se ajusta á la realidad de los hechos históricos. En todo caso lo que puede decirse es que las responsabilidades han sido mutuas y recíprocas, y es muy difícil á la hora de la ruptura precisar á quien incumbe la mayor culpa de ésta.

Si se oye á los periódicos y políticos franceses, aun los más moderados, como son los progresistas que siguen á Mr. Ribot, muchos de los cuales no votaron la ley de separación, la política anticlerical inaugurada en 1879, no fué sino una consecuencia de los manejos clericales de 1873 y 1877. El 24 de Mayo de 1873 y el 16 de Mayo de 1877 los clericales franceses, según esas afirmaciones, comprendiendo entre ellos algunos miembros eminentes del clero, se dejaron comprometer por los monárquicos en tentativas encaminadas á derribar la República.

Es más, León XIII que comprendió lo improcedente de tal conducta, trató de apartar de ella á los católicos, juzgándola contraria á los verdaderos intereses de la Iglesia.

Pero el movimiento de las masas radicales, el impulso dado á la política anticlerical era poderoso en extremo, y vino á relacionarse con el aumento de las asociaciones religiosas, y con un hecho económico que es su consecuencia obligada y natural; la dilatación por todo el territorio francés de los bienes de las congregaciones monásticas.

Los políticos radicales franceses, vieron á un tiempo mismo dos grandes peligros

para la República. De un lado, ese aumento de la asociación religiosa, llena de fuerza, interviniendo más ó menos directamente en la política, con el arma formidable de la enseñanza, con el poder y el ascendiente espiritual sobre las conciencias, eran un peligro para la República, peligro que se hacía mayor por la otra consideración, la de que iban extendiendo sus tierras, constituyendo grandes núcleos de propiedad en un país donde predominan los pequeños propietarios, que iban á ser fácilmente absorbidos por aquella concentración operada á nombre de un sólo principio, quizá también con un sólo y exclusivo objeto.

Entonces es cuando Waldek Rousseau presenta la ley de asociaciones, y entonces es cuando entabla ese duelo que siguió extremado con Combes, que continuó con Rouvier, que está á punto de desenlazarse con Sarrien.

Era Waldek-Rousseau un gran espíritu jurídico, un hombre sereno, frío, dialéctico, temible, con condiciones de verdadero estadista. No estoy haciendo su apología, ni quiero mostrarme parcial en el pleito que se ventila entre Francia y el Vaticano, pero esa justicia rendida á la memoria de Waldek-Rousseau, no le ha sido negada por sus mismos enemigos. La prueba de la imparcialidad con que hablo, es que creo sinceramente que Combes carece de las debidas condiciones de gobernante, que Combes agravó los términos del problema, que cayó en los excesos censurables del jacobinismo, y que hizo necesario fuera al poder Mr. Rouvier á mostrar cualidades de tacto mayor y de flexibilidad más prudente y acomodada á las circunstancias.

La ley de la separación no se votó en un ambiente de intolerancia y sectarismo, todo lo contrario.

Aún están en la memoria de todos, las discusiones habidas en la Cámara francesa, y seguramente recordarán los lectores de la Revista que la ley de separación de la Iglesia y del Estado se votó en una atmósfera de verdadera armonía entre la mayor parte de las fracciones del Parlamento.

Es más: precisamente la parte de la ley que no se cumplirá de no buscarse acomodos decorosos y términos hábiles de concordia, es aquella que toda la derecha de la Cámara y todos los diputados católicos, desde el Conde de Mun al Abate Gayraud, votaron con entusiasmo, porque suponía una concesión importante, por la que se aseguraba el ejercicio del culto católico.

La ley de separación de la Iglesia y del Estado había sido ya condenada por Pío X en una Encíclica anterior á la que en este mes ha agitado los ánimos en Francia. En esa primera Encíclica, después de condenar solemnemente la ley, anunciaba que dirigiría á los miembros del Episcopado francés instrucciones prácticas para asegurar el ejercicio del culto, *con objeto de que tuvieran una regla de conducta segura.*

Pero en su segunda Encíclica, el Pontífice renueva la condenación y el anatema contra la ley y la forma que la ley impone al culto público de Francia, la Asociación cultural, pero no se puede considerar como instrucción práctica esta recomendación general hecha á los Obispos. «Sólo os resta, venerables hermanos, poner manos á la obra y tomar todas las medidas que el derecho reconoce á los ciudadanos para disponer y organizar el culto religioso.»

Pío X en esta segunda Encíclica da á entender cuáles serían los términos en que el Vaticano aceptaría la ley de separación.

Helos aquí:

«Mientras la ley sea tal cual es, nosotros declaramos que no es permitido ensayar este otro género de Asociación mientras no conste de una manera cierta y legal que la divina constitución de la Iglesia, los derechos inmutables del Pontífice Romano y de los

Obispos, como su autoridad sobre las bases necesarias de la Iglesia, particularmente sobre los edificios sagrados, serán irrevocablemente en plena seguridad con tales Asociaciones, pues lo contrario no podemos autorizarlo sin traicionar la santidad de nuestra misión y sin ocasionar la ruina de la Iglesia en Francia.»

Es decir, que Pío X parecía dispuesto á autorizar la ley, siempre que ésta fuese modificada en el sentido por él señalado. El Vaticano ha ido más lejos en sus demandas que los mismos católicos franceses. Uno de los políticos franceses más significados por su clericalismo, senador por un departamento de sentimientos reaccionarios bien conocidos, Morbihan, Mr. de Lamarzelle ha publicado no hace mucho, un *Comentario teórico y práctico de la ley de 9 de Diciembre de 1905,* en que se expresa de bien distinto modo que Pío X, respecto del alcance y el valor jurídico y religioso de la asociación cultual.

Es indudable que el gobierno francés, así lo ha declarado además categóricamente el ministro de Cultos Mr. Briand, no se presta á modificar la ley en la forma solicitada por el Pontífice romano. ¿Qué pasará entonces? Probablemente lo que daba á entender el periódico inglés *The Thimes,* apreciando la encíclica de Pío X. Que la «Iglesia romana después de hacer una declaración de principio irreductible, encontrará en su diplomacia sagaz una salida á esta situación, muy parecida á un *in pace*».

No conviene tampoco al gobierno francés mostrarse duro é intransigente, aunque se encuentre en su derecho para aplicar la ley, y aunque éste cuente con la aprobación de la mayoría del país.

La ley debe aplicarse tal como ha sido votada por el Parlamento, pero cabe dentro de esa aplicación un criterio amplio y flexible, que es el más adecuado al gobierno liberal y democrático de la República francesa.

PRÁXEDES ZANCADA.

La Vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid.

Conferencias.

EL FERROCARRIL DE DAKAR AL ESTRECHO DE GIBRALTAR, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR

SEGUNDA CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO-LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID, EL DÍA 29 DE MARZO DE 1906, POR D. JOSÉ MARVÁ (1).

Desde el cabo de Tres Forcas, inmediato á Melilla, al NO., avanza un macizo montañoso en dirección SO., el cual, en unión de otro dirigido al E., forma el valle del río Muluya, tan ambicionado por los franceses, que desemboca casi enfrente de las islas Chafarinas. El primero se ensancha, formando una gran cordillera central, conocida con el nombre de Djebel Aiachi, cuyas cimas, de más de 4.000 metros de altura, están cubiertas constantemente de nieve. Del macizo de Aiachi al del Glaui, la cadena sigue con la misma elevación, y orientada al SO. En Glaui se bifurca; la rama más septentrional va á parar al cabo Guir en el Atlántico; la meridional termina cerca de la desembocadura del Nun; ambas forman el valle del Sus, que desemboca en Agadir.

Destácase del Atlas, en dirección NO., el macizo montañoso del Riff, que llega hasta Ceuta y cerca de Tánger.

Estos elevados montes dan nacimiento á numerosos y muy importantes ríos; únicamente mencionaré los más principales, que son: el Muluya, que vierte sus aguas en el Mediterráneo; el *Luccus* de los romanos, que pasa por Alkazarquibir, población famosa, en cuyas inmediaciones encontró la muerte el Infante D. Sebastián de Portugal; el río *Sebú,* importantísimo, que baña los muros de Fez y cuyo curso, navegable en gran parte, puede utilizarse como una buena vía de penetración; el *Morbea* y el *Tensif,* todos los cuales desembocan en el Atlántico, al norte del fértil valle del río *Sus,* que desemboca en Agadir, y del *Nun,* que corre más al Sur. Por último, en esta región Sur, corren el río *Guir* y el *Draa.*

Colocado el espectador en una de las cimas centrales del enorme macizo del Atlas, en el Aiachi, por ejemplo, vería á sus pies el país dividido en cinco zonas:

Al NE., $^1/_4$ al N., la llanura que riega el Muluya, subdividida á su vez en tres valles por pequeñas crestas orográficas orientales NE. SE.

Al N. el macizo montañoso del Riff, con sus estribaciones del lado de la Costa del Mediterráneo, de Melilla á Ceuta, y paralelas á ella más abajo.

Al NO. el valle del Sebú, y planicie de Cherarda; y al O. y SO. los valles del Regreg, Morbea y Tensif.

Al SO., el Sus, abrigado y fértil, empotrado en la especie de horquilla que forma aquí el Atlas.

Entre SO. y SE. se desarrolla la llanura del Sahara, que surca el Draá, país con sólo raras palmeras y oasis, y los oasis de Tafilete, por los que corre, en parte, el río Zis.

El valle del Sus no comunica con las regiones vecinas sino por la costa, y la región Mequinez-Marruecos no puede comunicar con el valle del Draá y Tafilete, sino por pasos difíciles del macizo del Atlas.

Los valles del Sebú y Fez no tienen más comunicación con el del Muluya que un estrecho desfiladero de 20 kilómetros, cuya entrada parece guardar Taza, de manera que semejan cinco grandes compartimientos, separados por montañas, que se agrupan en el Gran Atlas.

La región del Atlas y los macizos del Riff están habitados por la raza primitiva de los bereberes, independiente, no dominada. Pueblan las llanuras comprendidas entre el gran espinazo del Atlas y la costa del Atlántico: la raza árabe, tanto la nómada como la

(1) Tomada de cuartillas taquigráficas.

sedentaria; los antiguos moros y moriscos procedentes de España, que habitan las poblaciones y ocupan los principales cargos y altos puestos, y, por último, la raza hebrea.

Grande es la fertilidad del suelo, regado por las lluvias que proceden del Atlántico; y á pesar de que los procedimientos de cultivo que emplean son rudimentarios y primitivos, se cosecha toda clase de productos en abundancia.

De la riqueza mineral del subsuelo nada se puede decir, y mientras no cambien de modo de pensar los marroquíes, poco se hará para explotarla, porque profesan la idea de que todo lo que existe en el seno de la tierra ha sido colocado por Dios para que no vea la luz; por lo tanto, es oponerse á sus altos designios extraerlo. No hace mucho tiempo, los franceses, que tenían idea de la riqueza de la región marroquí próxima á Orán, quisieron descubrirla, y á este objeto, comisionaron á personas que, por su conocimiento de los árabes y de sus costumbres, parecía que no debían serles sospechosas; pero apenas les veían acercarse al suelo para coger una piedra, les amenazaban de muerte, apuntándoles con los fusiles.

Por la agrupación de los cinco grandes compartimientos que acabo de citar, por el bosquejo orográfico, hidrográfico y étnico de que os he dado cuenta ligeramente, comprenderéis la razón por la que los sultanes de Marruecos no han podido dominar en estos cinco grandes compartimientos á la vez. Han podido avasallarlos sucesivamente para cobrar los tributos, pero en cuanto desaparece el Sultán con su ejército, se desvanece como el humo su autoridad, y aquellas regiones vuelven al pristino estado de independencia.

Este bosquejo geográfico y étnico, explica también la division *clásica* que se hace del territorio marroquí en dos partes:

1.° *Bled* (ó Blad), el *Maghacen* (ó Makzen), que quiere decir *país de administración,* con sus funcionarios, en el que los impuestos se pagan, aunque de modo desigual é intermitente, pero al fin efectivo. Este *país de administración*, comprende las llanuras de Fez, Mequinez y Marruecos, y á veces las que riega el Muluya.

Las llanuras entre el Sebú y Cabo Guir están habitadas por raza laboriosa, ocupada, principalmente, en labrar la tierra, que es fértil, de clima templado, con lluvias frecuentes del Atlántico y surcada por los numerosos ríos que nacen en el Atlas.

2.° *Bled es Siva*, ó país de anarquía y de robo.

Comprende:

a) Las regiones montañosas del Riff, en las que los bereberes viven casi independientes y en hostilidad muchas veces con el Sultán. El camino directo de Tánger á Fez, que parece debiera ser el más seguro del imperio, está muy lejos de serlo, gracias á los riffeños; los convoyes y los viajeros prefieren dar un rodeo, contorneando la costa. Bien recientes son las hazañas del famoso Raisulí casi á las puertas de Tánger.

b) Las regiones del Atlas. No solamente en el centro de los macizos del Atlas, sino al pié de los contrafuertes más abruptos, ejercen sus rapiñas los bereberes, hasta las puertas mismas de Fez y de Mequinez, llegando en sus correrías, para saquear las llanuras, hasta no lejos de la costa del Atlántico. En el Sus, en el Nun y en el Draa, la autoridad del Sultán es, también, muy poco eficaz entre las tribus nómadas y sedentarias que pueblan estos territorios.

Los bereberes que habitan Bled es Siva, no han sido sometidos nunca; reconocen al Sultán como jefe religioso, á lo sumo: le siguen, si conviene á sus intereses, para guerrear con otras tribus con las cuales tienen diferencias; y á su vez los Sultanes aprovechan estas ocasiones para castigar y aniquilar á unas tribus apoyándose en otras. Pero, á pesar de estas diferencias, conviene no fiarse mucho, porque en estas divisiones endémicas que ellos tienen, hay un lazo común: el odio al cristiano, hasta el punto de que si se proclama la Guerra Santa, habrá que contar con una de esas luchas difíciles, tenaces, en que no se encuentran batallas aunque se busquen, y aunque se encuentren y se alcancen victorias, la campaña se pierde ganando batallas.

JOSÉ MARVÁ,
Coronel de Ingenieros.

(Continuará).

Revista de Revistas.

FRANCESAS

Revue Politique et Parlamentaire.—*Agosto.*

El incidente de Tabah da motivo á monsieur René Gounard para hacer consideraciones interesantes sobre el estado presente de la política internacional.

El incidente de Tabah ha sido un episodio de la lucha entablada entre Alemania é Inglaterra para la preponderancia en el Oriente musulmán, y para el dominio de los caminos que por tierra conducen á las Indias, lucha en la cual Francia, después de haber vacilado (asunto del camino de hierro de Bagdad) se ha decidido por Inglaterra, procurando además inclinar de este lado todo el peso y la influencia rusa.

El papel que las diplomacias francesa y rusa han jugado en el asunto de Tabah puede servir de base para una inteligencia anglo-rusa que ya se anuncia como inminente.

Las miras de Alemania sobre Turquía no son de hoy. Ya Roscher hablaba hace medio siglo de que las provincias turcas debían ser una herencia de Alemania. Y actualmente el Imperio germano, seguro de su fuerza, deseoso de expansiones, piensa obtenerla en Oriente. Un momento hubo en que Alemania creyó posible establecer en Kiao-Tcheou los primeros fundamentos de una colonia lucrativa y provechosa. Las victorias japonesas le han cerrado el Extremo Oriente.

Pero para que Alemania pueda realizar en Turquía sus designios, es preciso que se instale entre las dos potencias que han sido hasta ahora las dos grandes rivales en la dominación del Asia Menor y Media, Inglaterra y Rusia.

Rusia lo hubiera tal vez permitido de triunfar en la Mandchuria, porque entonces su política de expansión la hubiera llevado al Extremo Oriente con gran fuerza; pero vencida, concentrada en Europa, ha de hacer todo lo posible por evitar ese predominio.

La actitud de Inglaterra no es dudosa. Inquietada por los progresos de Alemania en Turquía, hostil al camino de hierro alemán de Bagdad, como lo fuera en otra ocasión al canal francés de Suez, alarmada del avance turco-alemán hacia el Golfo Pérsico, del que desea hacer un nuevo lago inglés, Inglaterra busca aliados contra el Kaiser y el Sultán.

Los ha encontrado, no sólo en Europa, sino fuera de ella. En efecto, ha despertado el nacionalismo árabe, suscitando la revuelta aún latente en la Arabia, y ha opuesto al Sultán el Khedive de Egipto.

Pero además, la Gran Bretaña deseaba aliados europeos, y su rival misma se los ha proporcionado con su conducta.

La inteligencia anglo-rusa será el tercer éxito de la política inglesa en el Oriente. Por el primero, ó sea la alianza con el Japón, Inglaterra ha consolidado su dominación en la India; por el segundo, la inteligencia con Francia, se ha asegurado el Egipto y ha neutralizado Tánger, y por la alianza con Rusia fortificará su posición en toda la parte meridional del Imperio turco, en Egipto y en la Arabia, haciéndose dominadora del Golfo Pérsico.

***

Revue Bleu.—*Agosto.*

Le theatre catalan de Santiago Rusiñol, por Desdevises du Dizert.—A juicio del escritor francés, Santiago Rusiñol, como hijo de una raza intermedia entre Francia y España, presenta rasgos comunes á la fisonomía espiritual de los dos pueblos; tiene del carácter francés, su amor al trabajo, su visión penetrante de la realidad, el encanto y la delicadeza de su arte, y del español el gusto por las contemplaciones melancólicas y la poesía emanada de las cosas del pasado.

En sus dramas líricos *Caminantes de la vida, La alegría que pasa,* y sobre todo en *El jardín abandonado,* se refleja esa manera de ser de su temperamento artístico. En *El jardín abandonado* se respira el alma entera de la vieja España.

Cuatro obras maestras que no son ni comedias ni dramas, representan la parte más seria y moderna del teatro de Rusiñol. Estas son *El héroe, Las buenas gentes, Libertad* y *La fea.* En *El héroe* se ve lo que la guerra puede hacer de un obrero débil de carácter y poco laborioso. En *Las buenas gentes,* el

autor ataca la avaricia; *Libertad* es una sátira de determinadas teorías igualitarias, y *La fea,* que, á juicio del autor del artículo, es la más completa de todas por la feliz armonía de elementos cómicos y patéticos, por la individualidad vigorosa de cada personaje, por la vida intensa de todo el drama que conmueve á los espectadores y hace de *La fea* una obra verdaderamente moderna y verdaderamente popular.

El teatro de Rusiñol, aplaudido en toda Cataluña, empieza á penetrar en Madrid, y merece ser presentado al público francés, pues el nombre del artista escritor es digno de la popularidad en todas las tierras latinas.

P. Z.

ALEMANAS

Die Woche.—Agosto.

De la fatiga mental producida por los trabajos escolares, por el profesor Dr. Griesbach.—Con el nombre de fatiga mental se designa un estado del cerebro en que queda disminuída la excitabilidad de los elementos nerviosos que de aquel dependen. Esta fatiga se aprecia según diferentes métodos, de los cuales el más usual es el empleo de un aparato llamado estesiómetro, con el cual se mide la sensibilidad de los nervios del tacto. Este aparato no es sino una especie de compás, de puntas muy finas; y la manera de usarlo consiste en apoyar simultáneamente las dos puntas en un lugar cualquiera de la piel de la persona, cuya fatiga se desea apreciar. Para una determinada separación de las puntas, se verifica que éstas producen una sola sensación en vez de dos. La explicación de este fenómeno está en que las dos puntas del compás, si hay bastante distancia entre ellas, impresionan cada una un nervio, al paso que si están lo suficientemente próximas, impresionan uno sólo. La distancia á que las dos sensaciones se confunden en una, varían de un lugar á otro de la piel; así, por ejemplo, es mayor en la frente que en la yema de los dedos. Claro está que siendo en un mismo punto siempre la misma la separación de los extremos de los nervios, la doble impresión se convertiría constantemente en una, para una misma abertura del estesiómetro, si no hubiera un factor que cambia, que es la receptividad de la conciencia. Así para ciertos estados de ésta, aunque la citada distancia es en realidad invariable, nos hace el efecto de que aumenta ó disminuye. Todo lo que contribuye á alterar el estado del cerebro, es causa de una alteración correspondiente en aquella.

Ahora bien; entre estas causas está la fatiga mental, que produce un aumento en la distancia de las puntas del estesiómetro proporcional á su intensidad. Numerosos experimentos han demostrado la correspondencia entre una y otra. De ellos, los más recientes, y quizá los más importantes, son los que ha llevado á cabo una comisión de veinte personas, bajo la dirección de M. Binet, profesor de la Sorbona, en las escuelas de París, midiendo con el estesiómetro la fatiga mental de los niños, á diferentes horas y en distintas circunstancias. Las conclusiones á que ha llegado dicha comisión establecen que la fatiga mental varía según la clase de trabajo, la duración del mismo y la hora en que se ejecuta. En las clases de la tarde es cuando ofrece su máximun de intensidad, por la relativa pobreza de sangre del cerebro después de la comida. También se ha apreciado, mediante estos experimentos, la fatiga mental, producida por los ejercicios corporales, la que proviene de los trabajos de los escolares en su casa y la causada por los exámenes.

El autor considera como fuente principal de fatiga en los escolares alemanes los trabajos en casa. La escuela, dice, exige diariamente tres grandes esfuerzos mentales: las clases de la mañana, las de la tarde y los trabajos en casa. Las clases de la escuela tienen una duración media de seis horas, que á veces llega á siete y hasta ocho. Por lo que toca á los trabajos en casa, en casi ninguna parte de Alemania está fijado el tiempo que se ha de consagrar á ellos, y donde lo está es igual que si no lo estuviera, por la dificultad de comprobar el cumplimiento de lo preceptuado en esta materia. Según las investigaciones hechas por el autor en alumnos suyos, el tiempo que ocupan los trabajos en casa es en muchos casos la mitad, y á veces las dos terceras partes, del que suponen las clases de la escuela, llegando en ocasiones á igualarlo y aún á superarlo. Así, hay días en que la totalidad del trabajo que la escuela impone

al alumno es de diez y de doce horas. Agréguese á esto las lecciones particulares que muchos alumnos tienen en su casa, y resultará que si el muchacho quiere dedicar algún tiempo á juegos al aire libre, á divertirse, ó simplemente á estar con su familia, tiene que restar horas al sueño para poder cumplir con sus deberes escolares. Innecesario es insistir sobre los nocivos efectos que la falta de sueño produce en un muchacho que se está desarrollando: de todos son conocidos.

Además, los trabajos que se encargan al escolar para que los haga en su casa, suelen estar mal repartidos. Por ejemplo, los miércoles y sábados, en que tienen la tarde libre los alumnos de la mayoría de los centros de enseñanza alemanes, son los días que más encargos recibe de sus profesores, quedando de esta suerte privados, en parte ó totalmente, del ejercicio al aire libre á que debían dedicar esas horas.

Lo primero que debe hacer un profesor que se preocupe de sus alumnos es averiguar en qué emplean las horas que no pasan en la escuela. Para la educación del muchacho es indispensable que el maestro posea este dato, pues es harto frecuente el hecho de que en la casa sufra aquel influjos que dificultan y contrarrestan la acción de la escuela. En el punto concreto de que nos ocupamos, á saber, la fatiga mental producida por los trabajos escolares, no hay para qué encarecer la utilidad del indicado dato. Claro está, que el maestro ha de encontrar dificultades para hacer esta investigación; pero si procura atraerse al alumno y logra ponerse de acuerdo con los padres, quedará muy facilitada su tarea.

El autor presenta una serie de indicaciones, obtenida por este procedimiento, acerca de sus alumnos de segunda enseñanza. En seguida salta á la vista al examinarlas, la gran cantidad de tiempo que consumen los trabajos hechos en casa y que, en general, no baja de cinco horas, llegando en ocasiones á cerca de siete (el total del trabajo escolar realizado por un alumno de catorce años, de capacidad normal, varía entre nueve horas y doce, según los días y las materias). Otra observación inmediata es la de que los trabajos escritos exigen, por término medio, casi el triplo de tiempo que la proporción de lecciones orales. Este dato varía mucho de un alumno á otro; según que predomine la fantasía ó la memoria; así son más fáciles el trabajo escrito ó la preparación oral, respectivamente. Además de las investigaciones que relatadas quedan, el autor ha hecho experimentos acerca de la calidad de los trabajos preparados á diferentes horas en casa, obteniendo los mejores resultados, los días en que no habido clase por la tarde, en las horas de 5 á 7, y también los domingos por la mañana.

Está reconocido por todos los pedagogos que los trabajos en casa pueden influir desfavorablemente en la personalidad y el carácter del alumno. En efecto, hay muchos de estos que, ó por no sentirse capaces de ello, ó por no intentar siquiera el esfuerzo, hacen que sus padres, sus hermanos, ó alguno de sus compañeros más adelantados les preparen los trabajos que han de llevar á la escuela al día siguiente, habiéndose llegado á veces á formar, entre los mismos escolares, sociedades para explotar la ineptitud ó la pereza de sus compañeros. Ya se comprende qué valor pueden tener esos trabajos, cuya originalidad es tan difícil de averiguar.

Los experimentos hechos por el autor con el estesiómetro, para medir la fatiga mental á distintas horas, han venido á demostrar que el promedio de los escolares llega por la mañana á clase con una pequeña fatiga (debida á algún trabajo hecho antes de las horas de escuela, ó bien á insuficiencia de sueño), que, naturalmente, se va acrecentando conforme el alumno pasa de una clase á otra. El descanso de dos horas y media al mediodía no basta, con mucho, para volver el espíritu al estado en que se encontraba por la mañana. Después de las clases de la tarde y, más aún, al terminar los trabajos en casa, la fatiga es tan excesiva, que el sueño no consigue extinguirla por completo. En los experimentos hechos con el estesiómetro en un alumno de catorce años, la separación de las puntas de aquél, que en el estado normal del muchacho, es de 3,5 milímetros en la frente, sube á 5 antes de comenzar las clases; después de cuatro horas de escuela llega á 13, baja á 10 al terminar el descanso de mediodía; y el máximum (22) se produce después de la preparación de los trabajos en casa.

El efecto de toda esta fatiga acumulada no puede ser más pernicioso, tanto para el

desarrollo físico, como para el desarrollo mental de la juventud. Pero si se quiere desarraigar por completo este mal que aqueja á la enseñanza alemana, hay que transformar por completo la organización de ésta. Por lo que toca á la segunda enseñanza, que es lo que el Dr. Griesbach ha visto más de cerca, como, en su opinión, una de las causas del recargo mental de los alumnos de dicho grado de enseñanza es la eterna rivalidad entre los *gymnasien,* los *realgymnasien* y las *realschulen,* propone que no haya más que una clase de establecimientos para aquél; pero pidiendo, ante todo, que en ellos se dé á la educación física toda la importancia que merece, sacándola de la postergación en que ahora se tiene. Por lo que toca á la organización de las clases, cree que éstas no deben durar más de 40 á 45 minutos, comenzando á las ocho y terminando á las doce ó doce y media, y quedando suprimidas las de la tarde. Los trabajos en casa deben reducirse á un mínimum, y suprimirse por completo los grandes ejercicios de memoria, como el aprender fechas y más fechas históricas, largas tiradas de versos, etc. En lugar de éstos se harían ejercicios de redacción para perfeccionarse en el manejo del lenguaje. Las tardes se consagrarían á ejercicios y juegos de todas clases, quedando dos horas, de cinco á siete, para los trabajos en casa. Finalmente, se suprimirían los exámenes en absoluto.

Termina el artículo haciendo el autor un llamamiento á los padres y en general á los amigos de la juventud, para que se lleve á cabo una reforma en la organización de la enseñanza, en el sentido por él indicado.

BIBLIOGRAFÍA

Saneamiento y Regularización del Río Manzanares en Madrid. Proyecto de D. Mauricio Jalvo, Arquitecto.

Las reformas de Madrid, ya se refieran á la parte estética de mejorar sus calles, ya á garantizar la salud de los 600.000 madrileños, por los sistemas modernos de saneamiento y acumulando, dentro y fuera, espléndidos arbolados que purifiquen el ambiente, constituyen siempre tema de segunda fila para los grandes diarios que se ocupan de estos asuntos á falta de un enconado debate político, de un crimen y proceso pasional con pinceladas *sicalípticas* ó de la reseña detallada, ordenada y sazonada de las corridas ordinarias y extraordinarias del día anterior.

A falta de otra materia nos recuerdan que en Madrid muere más gente, en proporción, que en Londres ó en Viena; que vivimos de milagro, ¡la tala del Retiro! ¡Madrid-aduar! ¡¡¡Madrid peor que Marruecos!!!

No precisa que esto se escribiera á diario ni escribirlo en esa forma.

Pero es el caso que, cuando se dice, ó es por alimentar el estragado gusto del público de saborear de cuando en cuando «carne de ingeniero», como dice un notable publicista español, ó con las censuras se trata de envolver á determinado enemigo político, que ocupa un puesto en la plaza de la Villa.

Por fortuna, al tratar de higiene de la población, no todo el mundo repentiza y el proyecto del Sr. Jalvo, claramente sintetizado en el libro que nos ocupa, demuestra, que son extremos distintos trazar á grandes rasgos cuatro ideas sobre reformas y abusos para combatir á tal ó cual ingeniero ó arquitecto, y estudiar á fondo la cuestión encomendándose á las cifras, leales informadoras siempre de una idea en proyecto.

Se calcula en 7.000 por año las víctimas que produce la falta de higiene de la población, y ese dato bien merece fijarse.

El Manzanares es discutido en todo. Mesonero Romanos le llama río loco y todos los madrileños nos reimos de lo poco abundante del cauce, renegando al mismo tiempo de lo menos agradable de sus márgenes. Sin embargo, dentro de nuestra Casa, una ilustre consocia rompió lanzas á favor, cuando desde la cátedra disertaba sobre Goya, afirmando, que el río que rodea la Corte era injustamente vilipendiado, pues ni carecía de corriente, ni las orillas dejaban de poseer cierta belleza.

Los datos del aforo resaltan la opinión del

principal historiador de Madrid. En Julio lleva un caudal de 12 litros por segundo; 86.000 en Febrero, y el 17 de Noviembre de 1885, llegaron á pasar *195.000*.

Mesonero Romanos no ha sido injusto.

En cuanto á la estética, tiene verdadera hermosura el cauce, en la parte deshabitada que pudiéramos llamar; el paisaje del Pardo es muy bonito y pintoresco.

Pasado el Puente de los Franceses en el abrazo desde el NO. hasta el SE., de Madrid, el río es imposible á la vista.

Todo tiende á remediarse, y se remediará.... cuando el proyecto se ejecute.

El cauce normal y uniforme, las orillas amplias, pintorescas, cubiertas de espléndida vegetación y abundante arbolado, iguales á las que sirven de fondo á las fiestas de las majas y chisperos, en los cuadros de costumbres de la Corte de Carlos IV.

No tratamos de imprimir á estas líneas el carácter de un índice concentrado. Queremos dar relieve á la esencia del proyecto para que todos nuestros lectores alcancen su importancia y la necesidad, verdaderamente urgente, de alguna de las partes que integran la obra que se proyecta.

Se titula el proyecto-Jalvo «Saneamiento y regularización del río Manzanares»; falta á nuestro juicio, la palabra embellecimiento, pues no sólo se intentan corregir los dos primeros fines, sino también el tercero, ya que desaparecerían de la vista si la obra se llevase á términos de ejecución, todas las salidas del alcantarillado, toda la presentación del lavado de ropa del pueblo de Madrid, toda la irregularidad de la sección transversal del río, y en lugar de lo apuntado, hallaría la vista una corriente constante y navegable, cuenca de perfil uniforme y márgenes pobladas de extenso y magnífico arbolado, si á imitación de Carlos III se daba asiento á las raíces de otros 2.000.000 de árboles como hizo aquel monarca urbanizador de la Corte.

Figuran en el plan dos condiciones: una, corriente constante y navegable; otra, perfil uniforme, higiene, belleza de las márgenes.

Lo primero exige un embalse regulador del gasto.

Lo segundo requiere grandes colectores que suplan al río en su cometido poco delicado, ó por lo menos, que lo centralicen fuera de las vistas, lejos del último puente.

El embalse regulador, facilita en el abrumador estiaje todo aquel agua que la naturaleza regala con esplendidez durante el invierno con las lluvias, las nieves de la sierra y á veces con la rotura de algún balsón del Guadarrama. El embalse es un ahorro, un depósito de agua á la que damos salida, cuando en días determinados, que todo los años suelen ser los mismos, el caudal es pobre y el río parece un estanque mal vaciado. En esto consiste la regularización.

Paseando hoy por los terrenos indicados, vamos, desde el puente del Rey hasta Atocha, pasando revista á la salida de las siete galerías generales que tiene la Corte, alguna como la de Atocha, que vierte 420 litros por segundo. El saneamiento estriba en formar un *colector*. Así como en una casa aislada corre por los paramentos de un muro del patio un tubo de fundición, al cual acometen parcialmente los que proceden de cada piso, la idea se aplica á la suma de viviendas, á la población; sólo varían las escalas. Los pequeños tubos de acometida se sustituyen por las actuales galerías subterráneas; y el tubo vertical de 15 centímetros y de fundición, es, al generalizar la idea, el gran *colector* de de dos ó tres metros de diámetro.

En la construcción de dos grandes colectores, que corriendo lateralmente por cada orilla del Manzanares lo suplan en una enojosa misión, estriba el proyecto ó lo que el proyecto tiene de saneamiento.

Bosquejada la idea, vamos á reseñar el modo como el Sr. Salvo pretende llevarla á efecto, después de minuciosos estudios.

Un pantano ó embalse regulador, es un gran depósito de sección triángular, construído en su dos terceras partes por la Naturaleza, ya que presenta un cauce de pendiente rápida entre dos laderas también de inclinación grande. La tercera pared, la construye el ingeniero mediante una presa, cuya altura la regula con arreglo á la capacidad interior, que se determina por el cerramiento.

Sección transversal: un triángulo mistilíneo; dos lados, dos partes de las curvas naturales de nivel que se cortan en el vértice del talweg, por donde corre el agua; el tercer lado, el paramento interior de la presa de sección recta, curva ó recta y curva.

En ciento cincuenta días al año lleva el

Manzanares tan poca agua, que se necesita abrir los grifos del gran depósito ó embalse que se proyecta, para que suministre la cantidad, el gasto mínimo aceptable, que debe conservar el río.

Este gasto inferior son 1.000 litros; descontada el agua que pasa sin recurrir ordinariamente á obra alguna, resultan para almacenar 14.000.000 de metros cúbicos.

El depósito natural viene marcado en la intersección del Manzanares con el arroyo de la Majadilla, en un silio denominado la Garganta, cuatro kilómetros agua arriba del pueblo de Manzanares el Real. El terreno que rodea el estrechamiento del río, es firme y apto para apoyar cualquier clase de obra.

Según el informe del ingeniero D. Lucas Mallada, la composición del terreno en la parte alta de la cuenca del Manzanares, es granito, de grano grueso, uniforme; el feldespato (primero de sus tres componentes), ortosa blanco; el cuarzo, gris azulado, y la mica, negra y muy escasa.

Según informa D. Rogelio Inchaurrandieta, ni la teoría ni la experiencia ponen racional obstáculo á la ejecución de presas de 57 metros. Se justifica esta altura, porque, con 50 metros la cabida del vaso son nueve millones de metros cúbicos, y con 57 amenta la capacidad hasta 14.068.668 metros cúbicos.

La presa se descompondrá, en cuanto á la naturaleza de los materiales, en tres partes: hormigón en su empotramiento lateral y apoyo de cimiento; mampostería ordinaria, todo el núcleo interior, y mampostería careada los paramentos.

La altura de la presa trae consigo un gran peso sobre cimientos que, al componerse con el empuje del líquido, determina una fuerte compresión sobre cimientos; según el cálculo, trabaja la mampostería del fondo á 14 kilog. $\times$ cm.^{2}, cifra que no es excesiva.

La *Mecánica de las Construcciones* del coronel Marvá, señala precisamente esa cifra para coeficiente de trabajo del hormigón de cemento, material que sirve para fundamentar á toda la obra; por otra parte, la experiencia existe en otras obras de índole análoga. La presa de New-Croton altanza 72,54 metros.

El presupuesto de esta primera parte del proyecto general, alcanza una suma de pesetas 4.984.405,62.

En la obra que se proyecta para sanear el río Manzanares, figura como núcleo importante el sistema de colectores.

Al llegar las aguas al puente de Toledo, llevan vicios de origen. Si es verano su escasez y su escasa velocidad. En ambos datos se apoya la salubridad de un cauce. Los estanques, cuya velocidad es cero, son por regla general contrarios á la higiene. Además, las aguas al llegar á aquellos lugares, llevan los resíduos de varias alcantarillas que, mezcladas con mucha agua, no implican nada, pero puede importar en el estiaje con el gasto débil, y aunque eso no suceda siempre, el agua será sucia y á la vista está lo que ocurre.

Por otra parte, llevados los residuos á un sitio determinado, en vez de ser nocivos, pueden ser útiles, porque una de dos, ó se purifican sépticamente las aguas como hoy puede hacerse muy bien, ó se utilizan directamente para el riego.

En el proyecto Jalvo se adapta una solución mixta. Tratándose de colector cerrado, los residuos experimentan dentro la fermentación aneoróbica fuera del alcance del aire y de la luz.

A la salida, atraviesan en los sistemas de esterilización, filtros de cok y escoria que terminan la purificación. Dice el autor del proyecto que pueden utilizarse desde luego, para el riego, dadas las condiciones del subsuelo y clima madrileño; se apoya sin duda, en que el primero es permeable, y por consiguiente, se dejará atravesar fácilmente, alejando el peligro del estancamiento, y con éste, el de la fermentación exterior, la cual no será favorecida, ó por lo menos adelantada, por el calor del aire ambiente dado nuestro clima.

De día en día adquiere mayor relieve el estudio de la gran cuestión del saneamiento de la casa y de la ciudad. Tema es ese que ha bastado para crear una nueva rama de investigaciones llamada *Ingeniería Sanitaria,* á la cual dirigen sus pasos muchos hombres de ciencia. Actualmente existen muchos tratados dedicados exclusivamente al asunto. De los primeros publicados, figuran los de *Freycinet,* en 1870. El *Byrne,* en 1894; *Denfer,* en 1897; *Stevens-Hellyer,* en 1889.

Más reciente es la obra inglesa de *Wood* (1992) y *La Casa Higiénica*, del comandante de Ingenieros *Avilés*, publicada en 1901.

Los colectores tienen que sujetarse al programa complejo de dar paso:

I. Resíduos ordinarios, 2.000 l. × 1″.

II. Aguas que procedan de las lluvias más los resíduos. Por término medio, 12.000 l. × 1″.

III. Lluvias extraordinarias, 30.000 l. × 1″.

En nuestra modesta opinión, esta parte del proyecto encierra el mayor acierto, pues el autor, pretende resolver con sección media del tubo, los tres casos posibles, y del modo más científico y práctico. Calculada la sección para un gasto de 12.000 litros, si aumentara el agua, con una compuerta que se elevase automáticamente y diera salida al sobrante se resolvía el problema. Esto sería poco higiénico. Madrid siempre saludable; pero en cuanto lloviera algo más de lo debido, á expensas del agua, elemento de vida, se infectaría el río, que en el verano con el calor y en el estiaje permanece tan sano.

Calcula la sección para 30.000 litros, cuando lleve solo 2.000 resultará vacío. El problema entonces estaría resuelto de un modo antieconómico y antimatemático.

La solución es sencilla é ingeniosa.

Si la sección debe ser capaz de 12.000 litros y al terminar el tubo colocamos un sifón que nos eleve el agua hasta el canal de riego, entonces disminuímos la pendiente de la línea de carga y, por consiguiente, la velocidad del agua en el interior de la cañería y el gasto (sección por velocidad), disminuirá desde 12.000 hasta 2.000.

Por otra parte, si la acometida de las alcantarillas parciales al colector se constituyen como tuberías cerradas y desaguan seis ú ocho metros más arriba de donde lo realizan hoy, la pendiente de la línea de carga, crece por aumentar la ordenada del extremo, y el gasto puede pasar de 12.000 á 30.000.

La sección no es uniforme: se divide en tres trozos, que, de mayor á menor, son: Puente de Toledo, del Rey y de los Franceses.

La última sección aguas abajo tiene de diámetro cada colector 2,05 metros; la del Puente del Rey, 1,65; gasto, 12.000 litros.

Si el gasto desciende á 2.000, la ordenada en el extremo de la línea de carga puede elevarse 12,85 (se conoce la velocidad), y á esa cota se podrá colocar el canal para el riego.

El material que se propone es el hormigón armado. Es el adoptado generalmente para esta clase de obras. Reúne admirables condiciones de impermeabilidad, y, sobre todo, el acarreo para la construcción está simplificado, y de ello resulta, como consecuencia inmediata, la baratura en comparación con otros sistemas. Hay que transportar sólo los hierros y el portland; la arena y la piedra y el agua se encuentran al pie de la obra en este caso y en la mayor parte de los que se presentan en la práctica.

La sección circular del colector, de dentro afuera, se descomponen los 150 mm. de espesor en la forma siguiente, referente á la mayor sección:

1.°	Zona comprimida de hormigón.....	70 mm.
2.°	Zona neutra.....	20 »
3.°	Zona extendida.....	60 »
		150 »

3.ª Zona. { Directrices. Hierros T 40 × 40 × 5.
Generatrices. Hierros redondos de 11 milímetros diámetro.

El presupuesto de los colectores terminados, suponiendo 320 pesetas por metro lineal (317,77), asciende á la cantidad de 4.288.000, cifra pequeña, si se tiene presente que el desarrollo total, pues es doble, son 134.00 metros, casi la distancia al Pardo desde la Puerta del Sol.

La elección del sistema, la bien entendida armadura interior, los minuciosos requisitos que el pliego señala á las mezclas, acreditan al Sr. Jalvo como un buen constructor de cemento armado, ya dado á conocer por algunas construcciones y por un manual relativo á la ejecución. Este arquitecto y el ingeniero Martínez Unciti han sido en España los más entusiastas de la causa, predicando con el ejemplo, de verdadera originalidad en las obras que han construído.

La parte final del proyecto la constituye la canalización, el complemento de las otras dos.

Su objeto es clarísimo y está en la conciencia de todos.

¿Cuántas veces nuestros lectores habrán pensado en la belleza de la márgen izquierda del Manzanares, pasado el puente de los

Franceses, entre el río y el camino del Pardo? Se trata de rodear á Madrid de una zona igual, tan rica y frondosa en vegetación, pero situada más cerca.

Acompáñese con la urbanización del intervalo comprendido entre el río y el centro y se completa el total de la obra.

El perfil del río en proyecto es de trapecio rectangular isósceles, con una altura de agua mínima de dos metros. El ancho de la base mayor, la que la vista observa, son 50 metros.

La canalización para llevarse á efecto exige, ó bien una presa subálvea que nos eleve el agua, constituyéndose un segundo embalse de gran superficie y pequeña altura, ó bien excavando el actual lecho; lo primero no puede aceptarse económicamente; la segunda solución está dentro de la realidad, y consiste en dar la profundidad de dos metros al lecho en el punto más bajo, y desde ahí partir á nivel, de donde vendrán á resultar ocho ó diez metros en el punto más alto del perfil, ó sea en el Puente de los Franceses.

Los métodos de dragado los conocen nuestros lectores, pues tienen casi todos los puertos dragas para limpiar y aumentar el calado. Entre dos flotantes se dispone un entramado metálico; un eje superior sostiene un tambor que comunica el giro á un rosario cuyos cangilones de acero limpian el fondo; cada flotante tiene su caldera ó máquina; la de uno, se acopla al motor del rosario; la del otro, á una bomba que lanza las materias del fondo, bien á babor ó á estribor; aplicadas las máquinas á las hélices, la draga se instala donde conviniere.

En el proyecto se citan dos: una de rosario que draga hasta seis metros; fuerza de 460 caballos; 160 para el movimiento del tambor, y 300 para la impulsión á una orilla; la otra draga es de succión, también á seis metros, y ambas rinden 200 m.^{3} por hora.

La instalación comprende un gasto de 1.212.000 pesetas.

Tratando el Sr. Jalvo de la necesidad de la obra y su conveniencia, fija su orientación en lo que pudiéramos llamar política municipal, emitiendo opiniones que por lo discretas merecen conocerse, y mucho más por tratarse del arquitecto del Ayuntamiento de Madrid.

«Entendemos que ese proyecto es un principio de las mejoras que necesita Madrid, y que no se reducen á urbanizar calles en el ensanche ni cambiar el nombre de las del interior; es preciso rodear la población de jardines amenos, bosques poblados que purifiquen la atmósfera, quitando las causas de contagio.»

La cuestión se plantea de modo que si el limitado presupuesto para urbanizar, en vez de ir íntegro al interior, se llevara íntegro á las afueras, en ellas podía aprovecharse bien por el menor valor de la propiedad; entonces, la población se expansionaría, y la propiedad del interior sería menos tiránica y podía entonces urbanizarse á menos precio.

En la marcha apuntada, dice el autor con indiscutible acierto, «se desnivela extraordinariamente el valor del terreno del interior al ensanche, evitando y conteniendo la expansión; se fomenta el hacinamiento y con él la insalubridad; se fomenta el antagonismo de barrios extremos, que *no tienen ni aceras, ni alcantarillados, ni agua, mientras en el interior se gasta en lo superfluo*; y el antagonismo de barrios crea el de personas, porque en los extremos vive gente pobre, y en los del centro gente acomodada».

Desde el Hipódromo á la Fábrica de Tabacos sigue el terreno una curva de nivel. El suelo es firme, de carretera; hasta la estación es un modelo de firmes bien cuidados; pasada aquélla, existen baches de 50 centímetros, y el estado del piso asombra; continúan estas rondas, que unen las dos estaciones y ligan á éstas con las carreteras de Toledo, Andalucía y Extremadura, y van empeorando hasta tal punto, que basta lluevan cuatro gotas para que sea un absurdo intentar el paso por el lado de la línea férrea de circunvalación. Es indudable que las reformas de Madrid deben democratizarse un poco, pues lo que decimos de las rondas es un reflejo exacto de lo que ocurre con todos los servicios municipales en los distritos del Sur.

El proyecto total que á grandes rasgos pretendemos dar á conocer, importa *doce millones;* una Compañía inglesa, en 1901 presentó otro que ascendía á *ochenta;* aunque á este descrito se le sumen siete que valen las expropiaciones, resulta una cifra económica, si atendemos á que los terrenos de las orillas crecerían en valor, y á las

195.000 pesetas anuales que se obtendrían del producto de la venta de los residuos para el riego.

De todos modos, los madrileños debemos agradecer y tributar elogios á quienes por medio de cálculos, planos, estados de dimensiones y presupuestos, tratan de embellecer y sanear la Corte, quitándola ese aspecto de poblado del Riff, según nos dicen á diario más ó menos autorizadamente.

Proyectos como el del Sr. Jalvo inician en la cuestión de modo más definido y terminante.

CARLOS BARUTELL.

***

E. Rousselot: *Le mobile du Subjonctif*. Madrid, Bernardo Rodríguez, sin a.—Un foll. de 61 págs. en 8.º

En la época decadente del Escolasticismo, la Gramática, como, en general, todas las disciplinas que componían el *Trivium*, estaba exageradamente influída por la Dialéctica nominalista. Los renacientes determinaron con sus trabajos la reacción contraria, y adoptaron precisamente el nombre de *gramáticos* como enseña de oposición contra los *dialécticos*. De ahí aquellas palabras que Juan Dullard de Gante dirigía á su discípulo el valenciano Juan Luis Vives: «Quanto eris meior Grammaticus, tanto peior Dialecticus et Theologus!»

Pero la reacción de los hombres del Renacimiento fué también exagerada, y trajo como consecuencia el olvido de aquella parte fundamental de la Gramática que fué estudiada por Aristóteles en el *Organon*. Así esa ciencia fué gradualmente adquiriendo un carácter extremadamente árido, seco y formalista, de tal suerte que, al desenvolverse la Filología en el siglo XIX, sus cultivadores rara vez se desprenden del viejo *horror* á la reflexión filosófica, y convierten sus trabajos en verdaderas tablas de logaritmos, donde quizá se admire la *paciencia*, pero no el *talento* ni la *genialidad* del escritor.

No pertenece, por fortuna, al grupo de estos antipáticos investigadores el Sr. Rousselot, sino que endereza sus tiros á mayor altura, é intenta, con base y método propiamente filosóficos, resolver una de las dificultades más graves que ofrece el estudio de la gramática francesa, y, en general, la gramática de cualquier idioma: el empleo del *modo subjuntivo*.

Las interminables *reglas* que las gramáticas al uso suelen dar acerca del empleo de este modo, adolecen indudablemente de tres grandes defectos: primero, son incompletas; segundo, son oscuras, y tercero, están abarrotadas de excepciones. Después de leerlas—dice bien el Sr. Rousselot—el alumno desmaya y adquiere la convicción abrumadora de que en su vida logrará aprender de un modo seguro *cuándo* deberá emplear el subjuntivo. El Sr. Rousselot se propone dar con la clave del enigma y, después de un breve é interesantísimo preámbulo, donde examina la naturaleza de la *sensación* y del *sentimiento*, siguiendo las tradiciones de la escuela sensualista francesa, llega á la conclusión de que el modo *indicativo* es *la manera de señalar á nuestra atención una sensación determinada entre otras muchas indiferentes* (presentes, pasadas ó futuras), mientras que el modo *subjuntivo* expresa *que el acto de una persona es el objeto del sentimiento de voluntad de otra*, ó sea que el acto de aquella está subordinado al sentimiento de ésta. El Sr. Rousselot llama *móvil del subjuntivo* al «sentimiento dirigido por la persona productora: A, sobre la segunda persona subyugada: B, objeto de aquel sentimiento». El *móvil* puede ser activo ó pasivo, pero siempre va unido indisolublemente al subjuntivo, de tal suerte, que no se concibe el uno sin el otro. El Sr. Rousselot comprueba luego con varios ejemplos y hasta con un ejercicio de carácter general, la exactitud de su teoría sobre la naturaleza del subjuntivo, para llegar á la conclusión de que, teniéndola en cuenta, el alumno adquirirá con toda seguridad el *flair* de aquella modalidad del verbo.

El trabajo del Sr. Rousselot es muy sujestivo y de esos que se leen siempre con fruto, pero, quizá por su excesiva concisión, resulta en ocasiones un tanto oscuro. Así, en el ejemplo de la página 35:

«Le problème de la direction des ballons est le problème le plus difficile que la technique moderne ait affronté.»

¿Cómo se justifica el uso del subjuntivo? El Sr. Rousselot lo explica así: la persona que habla en la frase es la que *produce* el sentimiento (opinión), dirigiéndolo sobre la técnica moderna, que es el objeto. Pero

¿acaso no encontramos el mismo fenómeno en frases donde sólo se emplea el modo indicativo? Si yo digo:

«Je vois un feu qui brûle»

¿no hay aquí una persona *productora* también (yo), y un objeto (el fuego) al cual dirijo ó sobre el cual recae mi sentimiento (opinión), y, sin embargo, empleo el indicativo? El Sr. Rousselot diría (véase la página 37 de su obra) que aquí sólo expreso una sensación, pero no un *móvil;* á lo cual responderíamos que tampoco es un *móvil* mi *opinión* en el caso anterior, porque la dificultad de la técnica no es un *efecto* de mi parecer personal.

De todos modos, en lo fundamental, la indagación del Sr. Rousselot representa un gran avance respecto á lo hecho anteriormente sobre la materia. Si á su opinión agregásemos la de Andrés Bello, según el cual las formas subjuntivas son aquellas que se subordinan ó pueden subordinarse á los verbos *dudar, desear,* entendemos que el problema estaría á dos dedos de su resolución definitiva.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

***

Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Segovia, por Gabriel María Vergara y Martín. Guadalajara, 1904. —Un volumen de 616 págs. en folio.

Los beneméritos concursos de la Biblioteca Nacional han producido, como consecuencia, la publicación de importantísimas monografías, bibliográficas unas, bio-bibliográficas otras, acerca de buen número de provincias y regiones españolas (entre ellas Extremadura, provincias bascas, Toledo, Alcalá de Henares, Burgos, Madrid, Zamora, Sevilla, Medina del Campo, Guadalajara y Córdoba). Pero además de estos trabajos, hay otros análogos debidos únicamente á la iniciativa y al desprendimiento particulares, y prueba de ello son algunos referentes á Santander, León, Baleares y Valencia, de los cuales este último, cuyo autor es el señor Serrano y Morales, constituye un verdadero modelo en la materia.

A este segundo grupo de obras pertenece la que motiva las presentes líneas, y en ella el Sr. Vergara y Martín recoge, con exquisito celo, considerable número de datos acerca de los siguientes extremos:

1.° Papeles impresos ó manuscritos, cartas, mapas, planos, etc., que tratan ó tienen relación con asuntos generales de la provincia de Segovia.

2.° Papeles impresos ó manuscritos que tratan de asuntos locales de la misma provincia.

3.° La imprenta en esta provincia.

4.° Hijos de la provincia de Segovia, insignes por cualquier concepto.

El caudal de noticias es verdaderamente grande, y el libro contiene, además, algunos documentos de interés. Por todos estos conceptos, la obra del Sr. Vergara y Martín es de la mayor utilidad, y merece un honroso puesto en toda biblioteca.

Nada más sencillo ni fácil que señalar lunares en trabajos de esta índole, pero no debemos omitir que las descripciones bibliográficas nos parecen hechas con demasiada brevedad, por no decir ligereza, y que algunos números de la última parte merecían mayor extensión que la que el Sr. Vergara y Martín ha creído oportuno darles. Por mucho interés que despierte San Frutos (páginas 493 á 497), es mucho mayor el que inspiran Cardillo de Villalpando (págs. 460 á 463), Pablo Coronel (pág. 477) ó Antonio Fernández Coronel (pág. 492). Sin gran trabajo el estudio de Cardillo podía haber sido ampliado considerablemente, y, por otra parte, los trabajos filológicos de Pablo Coronel en Alcalá y los filosóficos de Antonio Fernández Coronel en el mismo punto, son dignos de algo más que de unas cuantas líneas, sobre todo si tenemos en cuenta que al citado San Frutos se le dedican cuatro grandes páginas. Y no hay que decir de Domingo de Soto (páginas 596 á 599), gloria de las más insignes de la raza hispana, que tiene aquí una representación insignificante.

Adviértase, además, que de citar *María ó la hija de un jornalero* (pág. 203), como obra donde se hace alusión á Segovia, no hubiera estado de más mencionar el *Buscón*, de Quevedo, por aquello del Licenciado Cabra (el cual fué un personaje real, que moró, efectivamente, en Segovia), y aun *Las aventuras del Bachiller Trapaza,* de Castillo Solórzano, por ser el Bachiller hijo de la insigne ciudad y constar en la novela muchas referencias á ella.

Entre otros que pudiéramos citar, los da-

tos referentes al novelista Miguel Moreno (pág. 549 y 550) son deficientísimos. No se da la fecha de publicación de sus *Avisos* (no *Aviso,* como escribe el Sr. Vergara y Martín) *para los oficios de Provincia* (1631), ni de sus novelas *El cuerdo amante* (1628) y *La desdicha en la constancia* (varias ediciones desde el siglo XVII); se equivocan los títulos de éstas (llamándolas: *El curioso amante* y *La desdicha en la constanza*), y se omiten por completo los *Avisos políticos.*

También debemos advertir que el *Reportorio* de Juan Villuga, que menciona el señor Vergara en la pág. 25, como manuscrito, fué impreso en Medina del Campo por Pedro de Castro en 1546. Yo lo cité largamente en mis Comentarios al *Diablo Cojuelo,* de Vélez de Guevara, y no ha mucho que Mr. Archer M. Huntington ha hecho del *Reportorio* una bellísima reproducción.

Pero aun con tales lunares, la obra del Sr. Vergara y Martín es notoriamente laudable. ¡Ojalá hubiese muchos libros como éste, con relación á todas las provincias españolas!

A. B.

***

El Anarquismo, según las fuentes suecas y extranjeras, por Federico Lindholm. Versión directa del sueco, prólogo y notas por Emilio Miñana. Madrid, Góngora, 1906.—Un folleto de 161 páginas en 8.°

El Sr. Miñana, bien conocido por sus excelentes versiones directas del alemán, del noruego y del danés (amén de trabajos originales de la mayor novedad), acaba de traducir del sueco este interesantísimo folleto, lo mejor que hasta el presente podemos leer en castellano sobre la materia.

Precede á la obra un importante estudio del Sr. Miñana, donde investiga el *concepto, causas* y *remedios* del anarquismo. El valor doctrinal de esta introducción es bastante superior al del mismo texto, y da idea de lo interesante que hubiera sido la labor del traductor, si en vez de limitarse á interpretar el pensamiento ajeno, se hubiera decidido á exponer el propio, escribiendo un libro original sobre el asunto.

El estudio de Lindholm vale más como *historia* del mal llamado *anarquismo de hecho,* que como exposición de la doctrina. En el primer sentido es un trabajo utilísimo, donde en claros y concisos párrafos se da cuenta de todo lo que interesa saber acerca del caso. No así en el segundo; el capítulo *La teoría y la propaganda anarquistas,* es deficientísimo. En él se afirma que sobre la teoría de Max Stirner (autor del curioso libro *El Único y su propiedad),* «han basado sus teorías sus sucesores, desde Proudhon hasta los anarquistas de nuestros días». Lo dudo mucho; no puede negarse que Proudhon, como Hegel, influyó en Stirner, pero sí cabe negar, mientras no se pruebe, el fenómeno inverso. Por otra parte, la resurrección del libro de Stirner, llevada á cabo principalmente por los alemanes, es una resurrección *erudita;* el libro de Stirner permaneció, durante docenas de años después de su primera publicación (1844), sin que nadie se percatase de su existencia, y aún hoy, en que un entusiasmo súbito lo ha divulgado, serán muy pocos los que hayan tenido paciencia para leerlo por completo.

Además de todo esto, se imponía una racional clasificación de las teorías anarquistas, porque éstas no comulgan más que en un principio: *la supresión de la autoridad coactiva,* pero, en lo restante, difieren profundamente. ¿Qué tiene que ver el anarquismo *egoista* de Stirner con el anarquismo *cristiano* de Tolstoï? ¿Qué de común existe entre el anarquismo *social* de Grave ó el *económico* de Krapotkin?

El anarquismo — dice el Sr. Miñana (página 11) — *destruye todo organismo social.* Nada más distante de la verdad. Lo que el anarquismo quiere destruir, no es la organización social en general, sino la organización social *coactiva.* Véase el capítulo XIII *(Autorité et Organisation)* del hermoso libro *La Société future,* de Juan Grave (uno de los más caracterizados representantes del anarquismo), y se verá cuán equivocadas son la mayor parte de las opiniones corrientes acerca del ideal anarquista.

Por eso no hay que confundir el Estado *anárquico* con el Estado *amorfo.* El hombre primitivo y ciertos pueblos salvajes, podrán quizá haberse encontrado ó encontrarse en condición *amorfa,* por carecer socialmente de organización, pero, desde luego, no se hallan ni se han hallado nunca en condición *anarquista.* Esta condición es un sueño, no realizado todavía, y muy distante de reali-

zarse, merced á la tendencia suicida de todos los pueblos actuales hacia el socialismo.

Aparte de estas consideraciones, el libro de Lindholm, como en un principio decíamos, es útil, y el *Estudio* del Sr. Miñana, sobremanera interesante. La recomendación con que termina es profundamente sabia: «Que el terror producido por crímenes alarmantes no nos quite la serenidad de juicio necesaria para obrar cuerdamente, pues, al fin y al cabo, esos crímenes terribles del anarquismo (?) y esas hecatombes humanas más terribles aún, á las que no obstante producir un número infinitamente mayor de víctimas, no se les da el nombre de crímenes, es decir, las guerras, considerados desde un punto de vista elevado, no son más que conmociones dolorosas de la continua gestación de transformaciones sociales de la humanidad.»

A. B.

***

Hemos recibido el número 34 de la importante revista agrícola *Agros*, el cual, como todos los anteriores, contiene notables é interesantes trabajos todos originales, sobre agricultura y ganadería, como puede verse en el siguiente

SUMARIO

«Los Sindicatos agrícolas», por Vilosade.

«La Higiene en la producción de la leche», por el Profesor H. Raquet.

«Las hojas y los cuellos de remolacha en la alimentación del ganado», por Juan del Campo.

«La fiebre vitularia.—Medio sencillísimo y eficaz para curarla», por Miguel Doaso.

«Humus y abonos», por el Profesor Roussel.

Noticias.—Exposición castellana.—La cosecha de cereales.—El cultivo olivarero.—La próxima cosecha de vinos.—Campos de demostración.

Revistas de Revistas.—«La conservación del estiércol», por el Doctor Immerdoff.—«Nuevo tratamiento cúprico de las semillas», por el Profesor Bréal.—«Acción del estaño en la nutrición vegetal», por P. de Heen y Micheels.—«La sílice como alimento de los cereales», por Hall y Morison.

Sección de consultas.—«Servidumbre de paso y pastos», por el Dr. A. Barcia.—«Infecundidad de la yegua», por H. R.

Ofertas y demandas.

Mercados.—Precios de los productos agrícolas en los principales mercados de España.

Folletón.—«El manzano y la sidra», por Miguel Doaso.

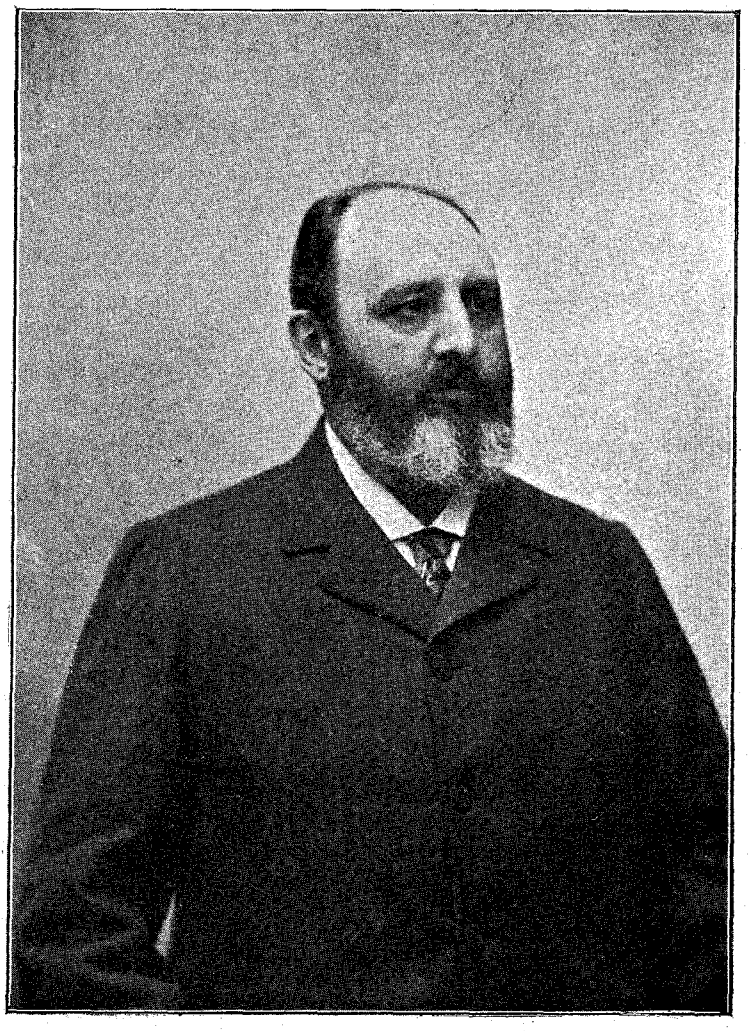
Libros recibidos.

Saneamiento y regularización del río Manzanares en Madrid, por Mauricio Jalvo.—Madrid, 1905. Un tomo.
Congreso de los Diputados.—División territorial para las elecciones de Diputados á Cortes.— Madrid, 1905. Un tomo.
Instituto de Reformas Sociales.—Jurisprudencia de los Tribunales acerca de los accidentes del trabajo.—Madrid, 1906 Un folleto.
Versos de varia edad, por Juan Pérez de Guzmán.—Madrid, 1906. Un tomo.
Estadística Minera de España en 1905.—Madrid, 1906. Un tomo.
Un gran penalogo español.—El coronel Montesinos, por Rafael Salillas.—Madrid, 1906. Un folleto.
Cuenta general del Estado del año económico de 1903.—Madrid, 1906. Un tomo.
La Trinidad, por Ubaldo Romero Quiñones.—Madrid, 1906. Un tomo.
El anarquismo, por Federico Lindholm.—Traducción de E. Miñana.—Madrid, 1903, Un tomo.
Tratado de tecnicismos, por Juan B. Puig.—Gerona, 1906. Un tomo.

Errata importante.

El número anterior contiene una errata que deseamos salvar.

En el artículo del Sr. Maura, página 28, línea 33, tratando de los diplomáticos españoles, franceses é ingleses, se dice: «cometieron la torpeza» en lugar de «no cometieron la torpeza».



D. Leonardo de Torres y Quevedo.

Motivo de sincera satisfacción y honor muy grande es para mí el encabezar el número en que la Revista ATENEO va á ocuparse de la vida y de los trabajos científicos del distinguidísimo Ingeniero cuyo nombre sirve de título á estas líneas.

Siento hacia el Sr. Torres y Quevedo una admiración grande, un respeto verdadero y profundo, y una amistad sincera: sus vastísimos conocimientos científicos, su clarísima inteligencia, su ingeniosidad inmensa, y complementando á estas cualidades, una modestia sin límites, hacen de él una figura altamente simpática y atractiva en el orden social, y un sabio é inteligentísimo In-

geniero cuya vida y cuyo nombre inspiran profundo respeto en el orden científico.

No es mi propósito juzgar su meritísima obra, que ha sido ya examinada y que ha merecido el fallo laudatorio de los más eminentes técnicos de nuestro país y de algunos sabios de la vecina República. Echegaray, Saavedra, Marvá, Madariaga, Arrillaga y tantos otros en España, han informado favorablemente sobre la labor del Sr. Torres y Quevedo; Daprez, Poincaré, Apell, Sarrau, Cailletet, etc., han aconsejado en repetidas ocasiones á la Academia de Ciencias francesa, la publicación de las obras científicas de nuestro compatriota entre los trabajos de los sabios extranjeros. La personalidad científica de D. Leonardo Torres, ha sido, pues, universalmente consagrada y sólo nos toca felicitarnos sinceramente porque podemos contar entre nosotros, técnicos insignes cuyos trabajos traspasan las fronteras y cuyo nombre ocupa un distinguidísimo lugar entre los hombres de ciencia.

Parece que estas líneas debieran tener cierto carácter biográfico; pero la vida del Sr. Torres es la labor jamás interrumpida de un luchador incansable que trabaja por descubrir y revelar los secretos de las ciencias puras y matemáticas, que no descansa, que no se detiene nunca en el camino emprendido y que llega á la cima de los conocimientos y del saber todavía joven, siempre animoso y siempre ansiando ir aún más allá, dejando tras de sí resueltos arduos problemas de la mecánica y con un porvenir todavía brillantísimo. No hay en su vida fechas más memorables que las de sus descubrimientos ni épocas que más merezcan pasar á la historia, que aquéllas en que va resolviendo los distintos problemas sometidos en su examen. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos desde muy joven, su vida son sus obras y sus obras constituyen toda su vida. Su personalidad científica se ha cimentado sobre sólidas bases, siendo su característica su ingeniosidad inmensa, demostrada en la resolución de las mayores dificultades de la mecánica. Las máquinas de calcular, los globos dirigibles, el telekino, el sistema que últimamente ha propuesto á la Real Academia Española de Ciencias exactas, físicas y naturales, de descripción de máquinas por un método original y abreviado que permite comprender un mecanismo y su funcionamiento sin necesidad de conocer su descripción verbal, sistema que dentro de breve plazo será sometido al examen de la reunión internacional de Academias de Ciencias, en una palabra, todo cuanto el Sr. Torres y Quevedo ha ideado, revela una inteligencia clarísima para concebir y una imaginacion amplia y fogosa que realiza inmediatamente la teoría concebida. En las máquinas de calcular ecuaciones de grado superior, luce el ilustre Ingeniero su fecunda inventiva en todo su esplendor, pues la variedad de los mecanismos en ellas empleados es inmensa y lo sería aún más si el Sr. Torres hubiera dedicado sus estudios á la construcción de distintos modelos de estas máquinas. En los distintos telekinos que ha experimentado, encontramos siempre algo originalísimo y digno de una especial mención. La última patente de globos dirigibles, señala también nuevos caminos y nuevos horizontes y expone nuevas ideas aprovechables en el problema de la aero-

náutica. El Sr. Torres y Quevedo impone á todas sus obras un sello de originalidad y de ingenio que pocos inventores han logrado imponer á las suyas, y que constituyen el rasgo más característico de su personalidad científica.

Aparte de los inventos antes citados, son muchos los trabajos del señor Torres y Quevedo, y como algunos de ellos se citan en distintos lugares de este número, renunciamos á su enumeración; pero sí queremos citar especialmente la Memoria dirigida á la Academia de Ciencias francesa, en que rebatía el autor las teorías del insigne M. Renard sobre estabilidad de los aerostatos, sobre aplicación de la fuerza ascensional, sobre los efectos del *empenage* y del *ballonet,* que sirvieron á M. Renard para realizar sus famosas experiencias con un globo suspendido y sometido á una corriente de aire, etc.; esta Memoria es un interesantísimo estudio de aerostación que merecía ser mucho más conocido. Añádanse los numerosísimos artículos técnicos, los discursos pronunciados en solemnidades académicas, los varios aparatos inventados por el Sr. Torres y que esperan en su laboratorio ocasión propicia para su ensayo y experimentación, y se comprenderá hasta qué punto ha dedicado su vida al trabajo y cuánto merece tan distinguidísimo ingeniero nuestra consideración y respeto. Algo hizo ya el Gobierno hace unos dos ó tres años para auxiliarle en sus estudios é investigaciones, pero puede y debe hacerse más para poner á su alcance los medios de trabajo y los elementos que pueda necesitar su clara inteligencia, en la seguridad de que este auxilio ha de ser provechoso y fructífero.

Hace pocos días hemos leído con satisfacción grandísima en la *Gaceta* el Real Decreto concediendo á D. Leonardo de Torres y Quevedo la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, en atención á los relevantes servicios prestados á la cultura nacional, distinción pocas veces otorgada con tanta justicia y merecimiento.

Como á continuación se describen los principales trabajos científicos del Sr. Torres y se publican los juicios que los mismos han merecido de eminentes hombres de ciencia, después de esta innecesaria modesta presentación, no queremos por más tiempo privar á los lectores de la Revista, del estudio de los inventos, ya consagrados por la práctica, del ilustre socio del Ateneo, lectura mucho más interesante y provechosa que estos pobres y deslavazados renglones.

A. de Gálvez Cañero.
Ingeniero de Minas.

LOS INVENTOS DEL SR. TORRES QUEVEDO

Máquinas algébricas.

El telequino.

Los globos dirigibles.

Las máquinas de calcular ecuaciones de orden superior ó máquinas algébricas.

Su interés científico.—Exposición de su fundamento por el Sr. Torres y Quevedo.—Informe de la Academia de Ciencias francesa.—Dictamen de la Real Academia Española de Ciencias exactas, físicas y naturales.

Su interés científico.

Las máquinas algébricas son, cronológicamente, el primer invento del señor Torres y Quevedo, y es de tanto interés, que por sí solo hubiese bastado para consagrar su reputación científica. Su teoría, su fundamento y su construcción han sido descritos en distintos trabajos del autor, de los cuales tienen particularísimo interés *Machines à calculer,* memoria presentada á la Academia de Ciencias del Instituto de Francia, impresa en París en 1901; *Sur la construction de machines algebriques,* trabajo publicado en los meses de Septiembre y Octubre del mismo año por la *Revue de Mécanique,* y la *Memoria sobre las máquinas algébricas,* que vió la luz pública en Bilbao en el año 1895.

He aquí lo que sobre este notabilísimo invento decía el excelentísimo Sr. D. Francisco de Paula Arrillaga, en su discurso de contestación al pronunciado por el Sr. Torres y Quevedo con motivo de su recepción pública en la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales:

«Entre todas cuantas invenciones se han realizado ó ideado para ejecutar mecánicamente operaciones de cálculo, con ser tantas y muchas de ellas dignas de admiración, ¿hay ó hubo alguna jamás más sorprendente que la de las máquinas algébricas del ingeniero español D. Leonardo de Torres y Quevedo?

»A esta pregunta, que á sí mismo se hizo un egregio ingeniero y profesor francés (1) luego que conoció los trabajos de nuestro compatriota, debería yo contestar en este discurso, si el mismo matemático no la hubiera contestado á continuación de formularla; si la Academia de Ciencias de París, á propuesta de Marcel Deprez, Poincaré y Appell (2), no hubiera dado de tan raro invento el mismo honroso y público testimonio de mérito extraordinario; ó si,

(1) Maurice d'Ocagne.—*Génie civil*, del 18 de Enero de 1896.

(2) *Comptes rendus des séances de l'Academie des Sciences*, t. CXXX, séance du 2 avril 1900.

antes que otro alguno, nuestra Real Academia, mediante ponencia del sabio Presidente de la Sección de Exactas, D. Eduardo Saavedra, no hubiese informado con el merecido encomio sobre la memoria y aparato presentados ante nosotros en 1893 (1).

»Todos, con perfecta unanimidad de pareceres, declaran que las máquinas algébricas de Torres y Quevedo resuelven en teoría el problema del cálculo mecánico, de manera absolutamente general y completa, para la resolución de ecuaciones ó de sistemas de ecuaciones de cualquier grado, algébricas y transcendentes, con determinación de sus raíces reales é imaginarias, según principios rigurosamente matemáticos, por procedimientos directos é inmediatos, con mecanismos sencillos y algunos de singular originalidad: teoría y mecanismos comprobados en la práctica con una máquina para trinomios, con el proyecto de otra para ocho términos, y con otra tercera para la resolución de ecuaciones de segundo grado con coeficientes imaginarios, exhibida en la Exposición de París.

.....

»La claridad y la magistral lucidez con que de nuevo ha puesto ante nuestra vista la génesis en su mente de tan fecundas investigaciones demuestran, además, no sólo las facultades intelectuales de que goza y lo mucho y muy fructuosamente que las ha cultivado, sino su resuelta vocación por las ciencias exactas, y lo que es más plausible, la devoción con que á ellas se ha consagrado.

.....

»¿Cuáles son las máquinas algébricas hasta ahora ideadas ó realizadas?

»Ideadas han sido varias, si bien no en tan gran número, naturalmente, como los planímetros y aritmómetros; mas ninguna de ellas puede invocarse como precedente de las que ahora alabo.

»Emprender su estudio en toda su generalidad, lo hizo, aunque de distinta manera, antes que el Sr. de Torres y Quevedo, solamente Ernesto Stamm, Ingeniero dedicado al estudio de los talleres de hilados y tejidos automáticos, quien en 1863 dió á luz un opúsculo muy instructivo sobre *Automática pura* (2). Nada realizó; pero escribió sobre la posibilidad de realizar movimientos dados por la ejecución automática de las operaciones indicadas ó contenidas en las expresiones ó funciones algébricas, con ayuda de las cuales se pueden representar estos movimientos; todo por medio de la recta, el círculo y el plano combinados.

»Stamm, por su profesión, dió en este género de investigaciones, al estudiar los diferentes sistemas de máquinas, en las que ha habido que recurrir á platillos y rodajas ó á conos movidos por correas para la produción de movimientos de curso indefinido. Parecióle que todas estas combinaciones se fun-

---

(1) *Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de 1895*, pág. 202.

(2) *Essais sur l'Automatique pure.*—Milan. G. Daelli y Co., editeurs du Politecnico, et Paris, Mallet-Bachelier, imprimeur-libraire de l'Ecole Politechnique et du Bureau des longitudes.—Quai des Augustins, 55.

dían en una teoría general, cuyas bases se debía buscar más bien en las evoluciones misteriosas del pensamiento creador de sus inventores que en las teorías geométricas elementales, por medio de las cuales se exponen estas mismas combinaciones en los tratados de tecnología. Así se explica que pusiera todo su empeño en generalizar el principio fundamental de los planímetros y en construir expresiones algébricas por sucesivas *genealogias* ó integraciones.

»Tal principio conduce, como queda dicho, al empleo de platillos y rodajas, cuya insuficiencia práctica, prescindiendo de los inconvenientes de las transmisiones por contacto, tiene el Sr. de Torres y Quevedo patentemente demostrado en su memoria de 1895.

»Stamm, por su parte, como los demás inventores, no apreció la dificultad, que convierte en ilusorios los resultados prácticos, de representar entre amplios límites, directamente, por recorrido de los móviles, las variables mismas; dificultad vencida por Torres y Quevedo con la mera adopción de los logaritmos de los valores de las variables, á los cuales corresponden los trayectos recorridos por los móviles, logrando, al propio tiempo, la constancia en los errores.

»Cúmpleme también citar en este punto una invención del Sr. Guarducci, ingeniero italiano inteligentísimo, al servicio del Instituto Geográfico de Florencia, con cuya amistad me honro, y que precisamente en 1892, cuando el Sr. Torres y Quevedo redactaba su primera memoria y construía su primera máquina, presentaba á la Academia *dei Lincei* de Roma una memoria sobre el modo de resolver mecánicamente un sistema de ecuaciones lineales y de determinar las raíces reales de una ecuación de cualquier grado. Y le cito en este punto porque, á mi juicio, su invención tiene algo de los aritmómetros y mucho de los generadores de Stamm en su último intento, en el de resolver parcialmente ecuaciones de cualquier grado (1), sirviéndose de platillos, rodajas y varillas.

»Y otros habrá quizá, desconocidos para mí, que hayan ideado máquinas algébricas; debiendo advertir que el mismo Marcel Deprez, ponente ante la Academia de Ciencias de París, para juzgar de la obra de Torres ideó una, fundada en los desarrollos del sen.^{m} x y cos.^{m} x, sin que la cite, ni otra alguna, en su informe.

»Hay, por último, un órgano en las máquinas de nuestro novel compañero, el husillo sin fin, destinado á sumar la construcción de un monomio con la de otro, que realza á mucha altura su inventiva poderosa, y le acredita de mecánico originalísimo. Ejecuta automáticamente tal husillo el cálculo de logaritmos aditivos de Gauss, expresando la relación

$$Y = \log. (10^{x} + 1).$$

»Se hacen lenguas de su ingeniosísima traza y artificio cuantos de él se dan

(1) *Sulla risoluzione meccanica delle ecuazioni.*— Memoria del Dott. Federico Guarducci.—Roma, tipografia della R. Accademia dei Lincei.—1902.

cuenta ó tienen noticia; y en él veo yo también, en efecto, lo más culminante de la invención.

»Mas no me maravilla sólo porque construye mecánimente el logaritmo de una suma en función de los logaritmos de los sumandos, sino porque además, al idearle, realizando un peregrino invento, lo consigue sin tanteos, deductiva y directamente, como proceden los matemáticos de verdad, como ha procedido en todo el Sr. de Torres y Quevedo: leed en este punto su memoria, ó meditad en su discurso y quedaréis edificados.»

Al laudatorio testimonio del Sr. Arillaga se podrían agregar otros muchos de distinguidísimos hombres de ciencia. Prescindiendo de ellos, coviene entrar en la descripción de las máquinas de calcular ecuaciones, dejando exponer sus principios fundamentales al inventor mismo, por ser su descripción la más interesante y clara de cuantas pudieran hacerse de esta teoría.

Exposición de su fundamento por el Sr. Torres y Quevedo.

En el discurso que, con motivo de su regreso en la Real Academia Española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pronunció el Sr. Torres y Quevedo, expone el inventor su teoría y fundamento científico y describe el funcionamiento de alguno de los varios modelos por él ideados. Es tan interesante este trabajo que ya que no es posible reproducirlo íntegro, insertamos sus primeros párrafos que bastan para llegar á comprender en qué consisten las máquinas de resolver ecuaciones y cómo pueden construirse.

Dice así el citado discurso:

I

Una máquina algébrica es un aparato que impone, entre los valores simultáneos de diferentes elementos, las relaciones expresadas matemáticamente en una fórmula analítica. Todo aparato que permita reproducir á voluntad un fenómeno físico, cuyas leyes estén formuladas matemáticamente, puede en rigor denominarse máquina algébrica.

Algunos ejemplos lo pondrán claramente de manifiesto.

En el movimiento oscilatorio del péndulo simple existe cierta dependencia entre el tiempo que dura una oscilación y la longitud del péndulo: el tiempo es proporcional á la raiz cuadrada de la longitud. Esta última se determina de ordinario, directamente, midiéndola, y la fórmula que expresa la ley del fenómeno se utiliza para calcular la frecuencia de las oscilaciones. Pues, inversamente, un péndulo dispuesto de modo que pueda hacerse variar su longitud, serviría para obtener, sin cálculo ninguno, la raiz de un número cualquiera; bastaría darle la longitud expresada por este número y medir cuánto dura una oscilación.

La temperatura de una cierta cantidad de aire ó de otro gas perfecto es proporcional al producto del volumen por la presión. Imaginemos un cuerpo de bomba con un émbolo perfectamente ajustado que corre á lo largo de él, una escala graduada para indicar la posición del émbolo, ó más bien, el volumen ocupado por el gas, y, por último, un manómetro y un termómetro para acusar la presión y la temperatura.

¿Queremos efectuar una división? Calentando ó enfriando el aire y cargando en el

émbolo más ó menos peso, haremos que se lean al mismo tiempo los valores del dividendo y del divisor: el primero, en el termómetro, y en el manómetro, el segundo. El valor del cociente ha de ser igual al volumen ocupado por el aire, y se leerá en la escala graduada.

Y así podríamos multiplicar los ejemplos tanto como se quisiera.

En general, cada uno de los elementos de un fenómeno sometido á leyes matemáticas está representado por una variable, y las variables todas están sujetas á ciertas condiciones indicadas en una fórmula, á la cual—por ser ella expresión de la ley del fenómeno—satisfarán constantemente los valores simultáneos de todos los elementos.

Esta circunstancia permite deducir de los valores de algunos de entre ellos, que sean conocidos, los que corresponden á los otros, y determinar así, por medio del cálculo, ciertas magnitudes, sin necesidad de medirlas directamente. Pues lo mismo permitirá, procediendo á la inversa, sustituir á un cálculo un experimento: los datos que habían de servir para efectuar el cálculo determinarán las condiciones en que el experimento ha de verificarse; siendo preciso que, al producirse el fenómeno, cada elemento correspondiente á una de las variables conocidas alcance el valor que á esta variable se atribuye, para que entonces, midiendo los elementos restantes, obtengamos directamente el valor de las incógnitas.

Así se explica la gran variedad de máquinas propuestas. Sistemas de balanzas más ó menos complicados, aparatos hidráulicos, aparatos eléctricos, y otros muchos, fundados en muy diferentes principios, se han propuesto con frecuencia; pero el tipo que más abunda es el de las máquinas puramente cinemáticas, en las cuales se utilizan para efectuar los cálculos ciertas relaciones, establecidas por medio de enlaces mecánicos, entre los valores simultáneos de los espacios recorridos por diferentes móviles.

Y es natural esta preferencia; la Cinemática presenta ventajas incontrovertibles, y sólo de ella pueden esperarse soluciones generales en la construcción de máquinas algébricas. Fijémonos en el ejemplo del aire comprimido. ¿Quién fabricará escalas, monómetros y termómetros que midan con precisión bastante los volúmenes, las presiones y las temperaturas? ¿Quién ajustará el émbolo, de suerte que no escape nada de aire? ¿Quién vencerá, en suma, las mil dificultades técnicas que se presentarían al construir el aparato?

Y, sobre todo, aun admitiendo que pudieran vencerse, ¿quién malgastaría su tiempo y su trabajo en manejar este artefacto, abandonando el procedimiento usual, mucho más rápido, cómodo y exacto?

Pues análogas y aun mucho mayores dificultades se encontrarían de ordinario en las aplicaciones.

La intensidad de un campo magnético, la presión de un fluido, la longitud de una onda sonora ó luminosa, y, en general, casi todos los elementos que figuran en las fórmulas de la Física, ni pueden medirse con aproximación suficiente, ni se prestan de ningún modo á la representación adecuada de las variables. Además, no todos los fenómenos físicos pueden reproducirse con facilidad á cada momento, ni encontraremos siempre un fenómeno cuya ley esté expresada por la fórmula que deseamos calcular.

II

En las máquinas cinemáticas se suprimen algunos de estos inconvenientes y se aminoran los otros. La construcción de fórmulas analíticas no ofrece, en pura teoría—cuando á ellas se acude,—dificultad ninguna. Plantear el problema en términos precisos es

casi resolverle, y se plantea por sí mismo sólo con definir las máquinas cinemáticas en forma adecuada, de manera que la definición ponga en evidencia la analogía entre las máquinas y las fórmulas; analogía que no aparece claramente, porque las definiciones generalmente admitidas sólo se aplican, en realidad, á las máquinas industriales.

Los grandes progresos de la maquinaria pusieron de manifiesto, á fines del siglo pasado, la necesidad de estudiar sistemáticamente los diferentes medios empleados para conseguir la transformación de unos movimientos en otros.

Monge, en 1794, al plantear la organización de la Escuela Politécnica, proponía que se dedicaran dos meses al estudio de los *elementos de las máquinas* (1); Carnort, poco más tarde, ponderaba la utilidad de utilizar los *movimientos geométricos* (2), y otros hombres de ciencia, cuyos nombres es inútil citar ahora, trataron, más ó menos directamente, de la cuestión que nos ocupa; pero generalmente se estima que Ampère es quien constituyó la teoría de los movimientos geométricos en su *Ensayo sobre la Filosofía de las Ciencias* (3). En este libro se comprenden, bajo un solo nombre, dos teorías distintas, que más tarde han sido estudiadas separadamente por diferentes autores: la *Cinemática pura* y la *Teoría de los mecanismos.*

Ampère, después de exponer el concepto general de la Cinemática, define una máquina diciendo que es *un instrumento con ayuda del cual se puede cambiar la dirección y la velocidad de un movimiento dado;* y luego añade: «Resulta así esta definición independiente de la consideración de las fuerzas que obran sobre la máquina: consideración que sólo puede servir para distraer la atención de quien trata de comprender su mecanismo. Para formarse idea clara, por ejemplo, del engranaje que obliga á la aguja de los minutos de un reloj á dar doce vueltas, mientras la aguja de las horas da una sola, ¿es preciso atender á la fuerza que pone el reloj en movimiento? El efecto del engranaje, en cuanto este último establece la relación de velocidad entre las dos agujas, ¿no es siempre el mismo cuando el movimiento procede de una fuerza cualquiera distinta del motor ordinario, cuando, por ejemplo, se hace girar con el dedo la aguja de los minutos?»

Critica Willis en su libro *Teoría de los Mecanismos* (4) la definición de Ampère, porque habla ésta, según hemos visto ahora mismo, de la transformación de un movimiento *dado,* es decir, de un movimiento cuya dirección y velocidad sean conocidas; mientras Willis entiende, y con razón, que la máquina se limita á regir las relaciones de velocidad y de dirección entre los dos móviles enlazados por medio de ella; pero que la conexión establecida y sus efectos son independientes de las velocidades actuales.

Tomando al pie de la letra la definición de Ampère, la transmisión citada en su ejemplo serviría para transformar un movimiento determinado (el de la aguja de los minutos) es decir, una rotación cuya velocidad es de una vuelta por hora, en el movimiento de la otra aguja. Willis quiere que la definición no se funde en los movimientos reales, sino en sus relaciones, y por eso, según él dice, la conexión entre las dos agujas del reloj rige la relación de sus velocidades angulares, que han de estar siempre en la proporción de doce á uno, y además impone la condición de que ambas agujas giren en cada momento en el mismo sentido: las dos en sentido directo ó las dos en sentido inverso. Podrán marchar de prisa ó despacio; con movimiento continuo ó con movimiento

(1) *Essai sur la composition des Machines,* par MM. Lanz et Bétancourt. París, 1908, p. 1.
(2) Carnot (L.M. N.), *Geometrie de position.* París, 1803.
(3) *Essai sur la Philosophie des Sciences,* par André-Marie Ampère. París, 1834, p. 51.
(4) *Principles of Mechanism,* by Robert Willis. London, 1891, pág. XIII.

alternativo, esto es indiferente: la máquina se limitará á imponer las dos condiciones mencionadas.

Esta crítica no tiene gran alcance, pues se refiere á un error de redacción en Ampère; pero Willis estaba interesado en ponerle de relieve para justificar una nueva clasificación de mecanismos, y yo he querido recordar sus palabras, porque, además de ser muy justas, nos encaminan directamente á nuestro objeto.

La máquina establece una conexión entre dos móviles; Willis la define teniendo en cuenta la relación entre sus velocidades, y nosotros la definiremos teniendo en cuenta la relación entre los espacios recorridos por aquellos móviles. Cada aguja del reloj describe al moverse un cierto ángulo, y los dos ángulos descritos por las dos agujas, medidos á partir de una posición elegida arbitrariamente, estarán en la relación de doce á uno.

Vemos ahora ya á la máquina imponiendo, de una manera mecánica, cierta dependencia entre los valores simultáneos de dos ángulos variables, lo mismo que una ecuación expresa, en lenguaje algébrico, cierta dependencia entre los valores simultáneos de dos variables abstractas. Pero estos ángulos son cantidades muy fáciles de medir por medio de limbos graduados y de contadores que cuenten automáticaménte el número de vueltas de cada aguja: podremos, pues, constuir un aparato, en el cual se leerán directamente los valores simultáneos de los ángulos descritos por las dos agujas, ó, para hablar más brevemente, los valores simultáneos de sus *desplazamientos,* y estos dos valores estarán ligados por una condición, á la cual, necesariamente, han de satisfacer siempre, cualesquiera que sean los movimientos de la máquina. La ecuación dice que un desplazamiento ha de ser igual al otro multiplicado por doce, y el aparato impone realmente esta condición.

Hemos venido, en resumen, dando un largo rodeo, á considerar las máquinas como se consideran los sistemas en la Mecánica racional, y á definir los efectos cinemáticos de los enlaces, formulando las ecuaciones impuestas entre los valores simultáneos de los desplazamientos de diferentes móviles.

Y, en verdad, no es fácil establecer diferencias fundamentales entre los sistemas ideales de la Mecánica y las máquinas que se consideran en la Teoría Geométrica de los Mecanismos, compuestas, como Bour, de cuerpos ficticios, que sólo tienen las propiedades que nosotros les hayamos atribuído para simplificar la cuestión (1).

Es cierto que en un sistema puede haber un número cualquiera de movimientos indepedientes, y en una máquina, *tal como se ha definido hasta ahora,* no habrá nunca más que uno sólo: basta conocer el movimiento de un mecanismo determinado para deducir el movimiento de la máquina toda, la cual constituye—como ahora se dice—un sistema de un sólo parámetro ó de un sólo grado de libertad de movimiento.

Tal limitación, aplicable á las máquinas industriales, que por razones de orden práctico tienen siempre un solo motor, es completamente arbitraria é inaceptable en la teoría de las máquinas cinemáticas, cuyo objeto es resolver con toda la generalidad posible el problema de la transformación de unos movimientos en otros.

Tan cierto es esto, que en realidad casi todos los autores— contradiciendo la definición admitida—plantean este problema, aunque sólo de un modo subrepticio, al estudiar las que generalmente se llaman combinaciones de movimiento. Todos recordáis cómo, por medio de los trenes epicicloidales, se imponen mecánicamente ciertas condiciones entre los movimientos de tres móviles: cómo se puede hacer, por ejemplo, que el

(1) *Cours de Mécaniques et Machines,* par M. Edm. Bour. París. 1865, p. 15.

ángulo descrito por uno de ellos sea igual á la suma de los ángulos descritos por los otros dos.

En el aparato así construído no habrá transformación de un movimiento en otro, sino de dos movimientos en uno; y podrá encargarse un experimentador de cada uno de los móviles que representan los sumandos y hacerle marchar á su antojo: los enlaces mecánicos arrastrarán al otro móvil, obligándole á marchar en tal forma que los valores simultáneos de los tres desplazamientos satisfagan siempre á la ecuación impuesta, y el desplazamiento del móvil, arrastrado por los enlaces, será constantemente igual á la suma de los dos desplazamientos que hayan determinado de un modo arbitrario los dos experimentadores.

A cierta combinación de ruedas dentadas, que establece entre dos móviles una conexión, en virtud de la cual el desplazamiento de uno de ellos ha de ser doce veces mayor que el del otro, damos el nombre de máquina; pues máquina es igualmente otra combinación de ruedas, en virtud de la cual el desplazamiento de un móvil ha de ser igual á la suma de los desplazamientos de otros dos; y máquina llamaremos también, para ser lógicos, á toda combinación más ó menos complicada de mecanismos, que enlace un número cualquiera de móviles y establezca cierta dependencia entre ellos. Por eso en la memoria que informásteis benévolamente el año 94 (1), propuse esta definición: UNA MÁQUINA ES UN INSTRUMENTO QUE ENLAZA VARIOS MÓVILES É IMPONE MECÁNICAMENTE CIERTAS RELACIONES ENTRE LOS VALORES SIMULTÁNEOS DE SUS DESPLAZAMIENTOS.

III

No es difícil ya imaginar la disposición general de una máquina algébrica, que sólo se diferenciará de otra cualquiera en ciertas particularidades de orden práctico, y especialmente en las disposiciones adoptadas para que puedan leerse con facilidad los valores de los desplazamientos.

Se compondrá de varios cuerpos, fijos los unos, y móviles, con relación á éstos, los otros; distinción puramente empírica, pues no hay ó no sabemos que haya cuerpos en reposo absoluto, y cualquier Tolomeo de la relojería podría explicar el movimiento de un reloj, suponiendo quieta una de las agujas, mientras giran alrededor de ella la esfera y la caja, arrastrando todas las ruedas, convertidas en otros tantos epiciclos. Pero en la práctica, la distinción se impone casi siempre: así, cuando hablamos de los movimientos de un reloj, suponemos todos implícitamente que la esfera permanece inmóvil, y á nadie le ocurrirá, de seguro, explicar el movimiento de un torno ó de una máquina de coser, suponiendo que el pedal está quieto y que la máquina toda oscila.

A cada variable real corresponderá en la máquina un móvil, guiado de manera que cada uno de sus puntos se mueva siempre sobre una línea determinada, trayectoría del punto.

Esta clase de movimientos son precisamente los más usuales en toda clase de máquinas: en las de vapor, por ejemplo, todos los puntos del émbolo describen constantemente, en su movimiento de vaivén, trayectorias rectilíneas, mientras los puntos del volante describen trayectorias circulares. Y adviértase que ninguna influencia tiene en la determinación de estas trayectorias la conexión establecida entre ambos móviles por medio de la transmisión de biela y manivela: si estos órganos desaparecieran, serían los dos movimientos independientes uno de otro, pero el émbolo sólo podría marchar en

(1) *Memoria sobre las Máquinas Algébricas.*

línea recta, deslizándose á lo largo del cuerpo de bomba, y el volante sólo podría girar alrededor de su árbol. Pues lo mismo ha de suceder con la máquina algébrica que vamas imaginando: cada uno de los móviles, destinados á representar las variables, estará ligado á los cuerpos fijos por conexiones que le obliguen á marchar siempre según una trayectoria determinada. Una escala en correspondencia con cada uno de estos móviles permitirá apreciar por una simple lectura el valor de su desplazamiento, y entre la escala y el móvil constituirán un aparato propio para representar una cantidad real cualquiera, positiva ó negativa.

Estos aparatos—que por indicación de D. Eduardo Saavedra he designado con el nombre de *aritmóforos,*—pueden ofrecer muy variadas disposiciones, que no es del caso examinar aquí: bastará á mi propósito indicar, en forma esquemática, la manera de realizar mecánicamente, en la representación de variables, los procedimientos usuales de la Geometría. Un botón, sujeto por un movimiento de corredera á moverse á lo largo de una ranura rectilínea, será el equivalente mecánico de un punto que se mueve á lo largo de una recta. Marcaremos al lado de la ranura un punto fijo, que será el cero; trazaremos, á partir de él, la escala de las cantidades positivas en un sentido, y la de las negativas en sentido contrario, y podremos representar una cantidad real cualquiera, corriendo el botón á lo largo de la escala, hasta colocarlo frente á la división que corresponda á esta cantidad.

También una cantidad imaginaria puede representarse por medio de un móvil, guiándole de manera que cada uno de sus puntos haya de moverse siempre sobre una superficie determinada. Imaginemos, para seguir copiando el procedimiento geométrico, un plano material; una regla sujeta á él por medio de un eje, alrededor del cual gira, moviéndose siempre sobre el plano; en esta regla, una ranura rectilínea, y en la ranura un botón que corre á lo largo de ella; tracemos al lado de la ranura una escala cuyo cero coincidirá con el eje de giro, y en el plano un círculo graduado; y ya tenemos un aparato que permite representar cualquier cantidad imaginaria: su *módulo* estará dado por la posición del botón sobre la escala, y su *argumento,* por la posición de la regla sobre el círculo graduado.

En suma: un aritmóforo se compone de un móvil, cuyo desplazamiento representa la variable, y de una ó dos escalas—según que se trate de cantidades reales ó imaginarias—para medir este desplazamiento.

Decir que hacemos variar una cantidad, ó que le damos un valor determinado, valdrá tanto como decir que hacemos marchar el móvil correspondiente ó que le fijamos en una posición determinada.

Tenemos ya la armazón, la parte inmóvil de la máquina; tenemos también varios aritmóforos correspondientes á otras tantas variables; pero como los móviles de estos aritmóforos son aún todos independientes unos de otros, sin ninguna relación necesaria entre sus posiciones simultáneas, no existe aún ninguna dependencia entre las variables representadas.

Establezcamos ahora conexiones entre estos móviles por medio de mecanismos que impongan cierta solidaridad entre ellos.

Habrán de verificarse entonces sus movimientos con arreglo á ciertas leyes, y éstas se formularán en un sistema de *ecuaciones de condición,* relativas á los desplazamientos de los móviles; es decir, á las variables representadas en los aritmóforos. Diremos propiamente que las *ecuaciones de condición quedan construídas en la máquina,* y el problema consiste en averiguar si pueden construirse, cualesquiera que ellan sean.

. . . . . .

Analiza después el Sr. Torres en aquel discurso tan lleno de doctrina y tan interesante la manera de construir una función explícita cualquiera, el cálculo de funciones implícitas, las ecuaciones diferenciales, etc., dando soluciones para todos los casos, que por su extensión considerable no se reproducen aquí, y termina aquel notable trabajo, ocupándose de las aplicaciones á los cálculos usuales, exponiendo las dificultades prácticas que pueden presentarse y la manera de resolverlas satisfactoriamente.

Informe de la Academia de Ciencias, Instituto de Francia, sobre una Memoria del Sr. Torres Quevedo titulada "Máquinas de calcular„.

Ponentes: MM. Marcel Deprez, Poincaré, Apell.

La Memoria que el Sr. Torres Quevedo ha presentado á la Academia estaba dividida en dos partes. En la primera, el autor expone puntos de vista teóricos generales sobre la posibilidad de construir máquinas que representen relaciones dadas, cualquiera que sean, entre variables reales ó complejas. En la segunda indica procedimientos prácticos de construcción que dan, bajo la forma más cómoda, la aproximación relativa mayor posible; después estudia en detalle algunas máquinas adecuadas á la representación y resolución de ecuaciones algebraicas.

La Memoria del Sr. Torres es el resumen de investigaciones realizadas durante varios años, cuyos principios fundamentales han sido comunicados á la Academia en una nota pesentada por M. Marcel Deprez en la sesión de 29 de Julio de 1895.

En la *Mecanique Analitique,* Lagrange ha considerado sistemas materiales cuyos enlaces se expresan por relaciones entre las cordenadas ó parámetros que sirven para definir la posición del sistema. Se puede, y esto es lo que hace el Sr. Torres, colocarse en un punto de vista inverso. Dadas relaciones algebraicas ó trascendentales entre parámetros, el autor demuestra que es posible, de una infinidad de maneras, construir un sistema material que realice los enlaces dados: este sistema en cuya construcción entran solamente cuerpos rígidos de formas apropiadas que actúan por contactos, sin intervención de frotamientos, resulta entonces una máquina que permite calcular los valores de los parámetros, considerados como dependientes, en función de los que son arbitrarios. El Sr. Torres Quevedo demuestra en particular que se puede siempre suponer que cada variable está representada por un punto que describe una curva fija; esta curva podrá graduarse de tal manera que dé el valor mismo de la variable correspondiente á cada posición del punto, ó una función de este valor, el logaritmo por ejemplo.

En este orden de ideas se pueden evidentemente suponer ciertas variables complejas, porque una relación entre cantidades complejas equivale á dos relaciones entre cantidades reales. En particular, para construir relaciones algebraicas, el autor establece primero aparatos que realizan las cuatro operaciones elementales con cantidades complejas; la combinación de estos aparatos permite obtener todas las relaciones algebraicas.

Así es como el Sr. Torres Quevedo ha construído un aparato muy elegante que da las raíces de un trinomio de segundo grado con coeficientes complejos; sería de desear que este aparato se construyese de tal modo que permitiese á las variables en él representadas variar entre límites bastante extensos para que se pudiese seguir fácilmente la permutación de raíces.

Desde el punto de vista práctico, el Sr. Torres ha demostrado que es necesario emplear mecanismos sin fin, tales como discos giratorios para que la variación de las variables sea

ilimitada en ambos sentidos. Además, para evaluar las variables con la misma aproximación relativa conviene emplear una graduación logarítmica; el número de vueltas del disco da la característica del logaritmo, y se leen sobre el disco mismo las cifras significativas del número.

El autor se refiere particularmente á la construcción de operaciones algebraicas; se propone, dados los coeficientes $a, b, c, \ldots$ una variable x y los exponentes $np \ldots$ construir

$$\log. (ax^n + bx^p + cx^q + \ldots)$$

Primeramente, con ayuda de un equipo de ruedas dentadas característico del exponente n, se enlazan dos ruedas de tal manera, que siendo log. x el desplazamiento angular de una de ellas, el de la otra sea n veces mayor, es decir, log. x^n: por adición se construye log. ax^n. Se trata entonces conociendo de este modo los logaritmos de los monomios ax^n, $bx^p \ldots$ construir el logaritmo de su suma. Para esto el Sr. Torres copia en la construcción mecánica el cálculo de los logaritmos aditivos de Gauss, realizando un huso sin fin de una gran ingeniosidad que expresa la relación

$$y = \log. (10^x + 1).$$

En estos principios está basada una máquina que el Sr. Torres ha presentado á la Academia para la resolución de las ecuaciones trinomias; su Memoria contiene las indicaciones necesarias para la construcción de una nueva máquina que permita resolver ecuaciones de ocho términos. Pudiera ser conveniente para las personas que no han visto las máquinas ya construídas que el autor desarrollase más algunas indicaciones de detalle.

En resumen, el Sr. Torres ha dado una solución teórica, general y completa de problema de la construcción de las relaciones algebraicas y trascendentes por máquinas; además, ha construído, efectivamente, máquinas de un manejo cómodo para la resolución de ciertos tipos de ecuaciones algebraicas que se presentan frecuentemente en las aplicaciones.

La Comisión solicita de la Academia que se ordene la inserción de la Memoria del señor Torres en el *Recueil des Savants étrangers.*

Este acuerdo de la Comisión fué inmediatamente adoptado.

Informe sobre una máquina para resolver ecuaciones [1].

Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.

Ponente: Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.

La fuerte tensión de inteligencia que exigen los cálculos aritméticos, á poco prolongados que sean, ha excitado constantemente á buscar medios de aliviar la fatiga del operador, evitando al paso ocasiones de equivocarse. El cálculo gráfico, nacido en la aplicación del Algebra á la Geometría, y brillantemente desenvuelto con los nuevos medios que proporciona la Geometría Superior, ha realizado un progreso indudable, sobre todo en la resolución de muchas cuestiones de Mecánica; pero aun así, y á pesar de la elegancia de los procedimientos y de la claridad de los resultados, es preciso conocer que no se llega por su empleo á obtener siempre, ni una precisión suficiente, ni toda la rapidez y desembarazo que son de desear.

Incesante ha sido la tarea de investigación en este sentido; y la de enumerar cuantos recursos y artificios se han puesto en práctica ó se han imaginado simplemente, sería interminable; pero todos se comprenden en uno de los cuatro grupos que podrían denominarse aritmético, geométrico, estático y cinemático.

Los medios puramente aritméticos se reducen á coleccionar valores, previamente calcu-

(1) *Anuario de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.*—1895.

lados, de las funciones de mayor uso; formando así tablas de productos, de intereses compuestos, de logaritmos, de líneas trigonométricas, de funciones elípticas, de fórmulas astronómicas, y otras varias de común manejo.

Permite la aplicación de la Geometría reemplazar las tablas por los abacos, representativos de fórmulas correspondientes, cuya construcción se simplifica con el empleo de las anamórfosis y de las propiedades de las figuras correlativas (1). El uso de los abacos es de gran provecho y comodidad en la práctica de los servicios técnicos, donde se ha de hacer repetidas veces el cálculo de una fórmula con datos muy variados, aunque comprendidos dentro de ciertos límites; pero no es aplicable al problema general de resolver las ecuaciones superiores al cuarto grado, no obstante los esfuerzos intentados por Lalanne (2), el gran propagador del sistema. Sólo las ecuaciones de tres términos pueden, en general, caber en un abaco; y de tal puede calificarse el instrumento propuesto por Cuningham (3) para resolver las ecuaciones trinomias. Este aparato se compone de un plano en que están previamente trazadas parábolas de diversos órdenes, y un semicírculo graduado, transformado por la anamórfosis, cuya aplicación sobre el plano determina el valor de las raices sobre el eje de abscisas.

Nada de esto llega al *desideratum* de substraer totalmente la inteligencia al trabajo material del cálculo; pues lo que se persigue es hallar un medio material de obtener los resultados una vez conocidos los datos.

Las máquinas calculadoras han de estar dispuestas de tal suerte que, colocando en ciertas posiciones las piezas que correspondan á las cantidades conocidas del problema, el mecanismo por sí solo ejecute todas las operaciones convenientes para que las cantidades buscadas, ó incógnitas, aparezcan en los sitios oportunos.

Para conseguir este objeto, algunos matemáticos ilustres han querido utilizar las leyes de la estática, aplicándolas desde luego á la resolución de las ecuaciones numéricas. Si se mira cada coeficiente como expresión de la medida de un peso, y cada factor variable como un brazo de palanca, la ecuación dada representará el equilibrio de rotación de dichas fuerzas alrededor de un punto, y no habría más que buscar el medio de que los diferentes brazos de palanca correspondan á las diferentes potencias de la incógnita.

Berard, en 1810 (4), ideó para ello labrar en un tablero vertical cierto número de ranuras, en forma de parábolas de diversos grados, que sirvieran de guías para que, al bajar horizontalmente una palanca, se colocaran en sus brazos los pesos iguales á los coeficientes respectivos, de modo que siempre fueran las distancias al punto de apoyo las mismas potencias de la altura descendida por dicha palanca; y á los valores de la incógnita correspondían entonces las posiciones de equilibrio de los pesos dados alrededor del punto de giro.

Lalanne, que ya en 1839 había construído una especie de romana (5) para calcular términos medios, propuso al año siguiente algunas mejoras en la balanza algebráica de Berard (6) con el fin de remediar las dificultades que ofrecía el aparato hacia los límites de su carrera; y, últimamente, el profesor Boys ha inventado (7) un sistema de palancas paralelas, distribuidas en dos grupos, uno fijo y otro movible, y enlazadas mutuamente por medio de hilos, de tal modo que el equilibrio se establece en cuanto cada uno de los brazos horizontales iguales de todas estas palancas equivale á una raiz de la ecuación, aumentada en una unidad.

Sin negar que el instrumento es muy ingenioso y que el rozamiento de las guías queda en él evitado, no se puede desconocer que su manejo sería embarazoso y sus resultados poco precisos.

---

(1) Véase *Nomographie,* par Maurice d'Ocagne.—Paris, 1891.
(2) *Comptes rendus des Séances* de l'Ac. des Sc., 1875, 2.° sem.
(3) *Philosophical Magazine,* t. XXI, 1886.
(4) V. *Comptes rendus,* 1840, 2.° sem.
(5) Ibidem, 1839, id., id.
(6) Ibid., 1840, id. id.
(7) *Philosophical Magazine,* vol. XXI, London, 1886.

En lugar de las fuerzas de la gravedad, M. Lucas emplea las eléctricas para hallar de una vez todas las raices, reales é imaginarias, de una ecuación. Aplicando una generalización del conocido teorema de Rolle (1) por él ideada, elige en una placa metálica cierto número de puntos arbitrariamente colocados, y, haciendo llegar á cada uno una cantidad de electricidad proporcional á determinada función de las coordenadas de dichos puntos y de los coeficientes de la ecuación, obtenida por el método de la descomposición de las fracciones racionales, demuestra que los *puntos-raices* del polinomio dado son los puntos nodales de las curvas equipotenciales del régimen eléctrico. Estas curvas se pueden realizar en la placa por la electrólisis ó la exploración galvanométrica, mediante cierta aplicación de la teoría de las atracciones, ya mucho antes expuesta por el sabio matemático (2) que ha dado con sus varias memorias, referentes á este asunto (3), una prueba más de su rara penetración; pero el aparato no corresponde al programa de una verdadera máquina, pues exige una preparación analítica previa, y una determinación geométrica posterior.

Las máquinas menos sujetas á los inconvenientes enumerados en lo que precede son las puramente cinemáticas, ó dependientes sólo del movimiento geométrico de sus piezas combinadas; y éstas son las verdaderas máquinas calculadoras.

Modelo de este género es el pequeño aparato que sirve en los escritorios para estampar una numeración correlativa, el cual va dando guarismos que difieren entre sí de unidad en unidad, sin más refuerzo que el de una pequeña presión ejercida con la mano. Y este sistema, amplificado en grande escala y modificado con singular ingenio, ha dado origen á las maravillosas máquinas, cuya primera composición ideó Pascal en 1642; que mejoraron sucesivamente, entre otros, Roth (4) y Maurel y Jayec (5), y que con el aparato de Thomas de Colmar, llamado Aritmómetro (6) ha tenido ya entrada en los principales establecimientos comerciales y científicos de Europa.

Pero estas máquinas, lo mismo que la famosa de Babbage, principiada en 1821, proceden de una manera discontinua, ó por diferencias finitas; y para el cálculo algebráico es indispensable arbitrar medios de engendrar la cantidad continua, lo cual no se ha logrado en realidad hasta la invención del planímetro hecha en 1825 por Gonella, y perfeccionada después por Ernst y Opikoffer. Lalanne modificó este instrumento, llamándole Aritmoplanímetro, y propuso ya su empleo para el cálculo de monomios (7); pero el primero en considerar la cuestión en toda su generalidad ha sido Stamm (8).

Con los elementos esenciales de este instrumento, á saber, el disco horizontal giratorio y la rodaja de borde agudo, perpendicular á su plano, constituye lo que llama generador; y, combinando varios generadores en serie sucesiva, ó genealogía, llega á producir cualquier término de una función racional, por más que, llevado á la práctica, el sistema de comunicación del movimiento por simple roce habría de conducir á grandes inexactitudes. Sin embargo, este principio genealógico ha dado origen á los aparatos integradores de segundo y tercer grado de Amsler y de Marcel Desprez, y Sir W. Thomson ha propuesto un modo muy ingenioso de utilizarlo para integrar las ecuaciones diferenciales lineales de cualquier orden (9).

Faltaba otro paso para conseguir la formación automática de polinomios; y al mismo Stamm cabe el mérito de haber aprovechado para ello un tren epicicloidal, compuesto de dos ruedas dentadas iguales que engranan en un mismo piñón cónico, y comunican á una tercera rueda, paralela á las primeras, un movimiento igual á la mitad de la suma alge-

---

(1) *Comptes rendus,* 1883, primer sem.
(2) *Comptes rendus,* 1879, 2.° sem.
(3) Ibidem, 1888, primer sem.
(4) *Bul. de la Soc. d'encourag.,* 1843.
(5) *Ann. des Ponts et Chaussees,* 1854, 2.° sem.
(6) *Ann. des Ponts et Chaussées,* 1854, 2.° sem.; *Rev. de Obras públicas,* 1854.
(7) *Comptes rendus,* 1839, 2.° sem.; *Ann. des Ponts et Chaussées,* 1840, 2.° sem.
(8) Stamm, *Essai sur l'automatique pure,* Milán, 1863.
(9) *Proceedings of the Royal Society,* vol. XXIV, pág. 271.

bráica de los que éstas poseen. Mas la complicación de las diferentes genealogías, precisas para componer cada uno de los términos del polinomio, impide que tan curioso invento llegue á obtener aplicación provechosa.

El Doctor Federico Guarducci (1) ha simplificado notablemente el aparato de Stamm, haciendo que cada generador produzca por sí solo una función exponencial de grado diferente, y empleando para la suma de todos los términos un conjunto de cordones y poleas. Esta pequeña máquina no podría, sin embargo, funcionar con precisión, porque los ejes de las rodajas son tornillos que han de avanzar por una tuerca á medida que giren aquéllas; y es evidente que el roce del borde con el platillo es fuerza demasiado pequeña para vencer la resistencia de los filetes en las hembras.

Previa una preparación especial de las ecuaciones, Kempe, en 1873, intentó construirlas (2) por medio de un polígono de varillas articuladas. Para ello empieza por sustituir á la incógnita un coseno arbitrario, y después transforma las potencias de ese coseno, por medio de fórmulas conocidas, en cosenos de los arcos múltiplos, cada uno de ellos multiplicado por un factor constante, función de coeficientes de la ecuación dada. De este modo cada término de la transformada se puede considerar como la proyección sobre un eje de una longitud conocida, que forma con dicho eje cierto ángulo. El aparato dispuesto para utilizar esta propiedad se compone de varillas que se pueden graduar á la longitud que se quiera, y enlazadas de modo que todas formen entre sí ángulos siempre iguales, aunque variables; y así, al poner en movimiento la primera, todas las demás van tomando las posiciones que les corresponden para representar por sus proyecciones respectivas sobre el eje los diversos términos de la ecuación, cada una de cuyas raices angulares conduce á una posición en que la proyección de la resultante del polígono es igual al término conocido.

El cristal cuadriculado del capitán Lill, cuyas aplicaciones ha amplificado nuestro compañero el Sr. Echegaray (3), ofrece alguna analogía remota con este sistema, por cuanto la incógnita es una línea trigonométrica, se ha de trazar para determinarla un polígono, y la resultante de este polígono ha de ser igual á una línea dada; pero realmente dicho artificio no constituye propiamente una máquina, porque su aplicación exige un trazado geométrico, y la cuadrícula constituye un modo muy inexacto de proceder.

No hay para qué detenerse en enumerar otros aparatos de aplicación más restringida, como el cuadrilátero articulado de Saint-Loup para resolver ecuaciones de tercer grado, (4) ó los destinados á resolver grupos de ecuaciones determinadas de primer grado. A este fin se han aplicado algunas de las combinaciones antes descritas. Guarducci, por ejemplo, (5) emplea los generadores de su aparato diversalmente combinados; Thomson (6) las varillas giratorias enlazadas con cordones; y el mismo Guarducci un conjunto de palancas con pesos.

La relación que procede, tal vez sobrado difusa, es necesaria para hacerse cargo del estado de la cuestión en el momento en que la Academia tiene que dar dictamen sobre un nuevo invento de este género.

El Ingeniero de Caminos D. Leonardo de Torres y Quevedo ha solicitado del Gobierno algún auxilio para poder estudiar en el extranjero un presupuesto detallado del coste de una máquina de su invención para resolver las ecuaciones numéricas de todos los grados, y la Dirección general de Instrucción Pública ha remitido á informe de esta Academia dicha solicitud, con la Memoria y dibujos que la acompañan.

La nueva máquina tiene por objeto producir de una manera continua y automática los valores sucesivos porque va pasando un polinomio racional y entero, á medida que la variable crece ó disminuye; y en este concepto podría denominarse *generador de polinomios*.

---

(1) *Sulla risoluzione mecanica delle equazioni.*—Roma, 1892.
(2) V. *Philosophical Magazine,* vol. XXI, pág. 241.
(3) *Revista de Obras públicas,* 1867.
(4) *Comptes rendus,* 1874, 2.° sem.
(5) *Memoria citada.*
(6) *Proceedings of the R. S.,* vol. XXVIII, 1878

Tres órganos esenciales componen la nueva máquina, á saber: el generador de cantidades, el generador de monomios, y el generador de sumas: cada una de las cuales merece examen separado y detenido.

El Sr. Torres empieza en su Memoria por discutir cuál es la escala ó modo de representación que conviene á las cantidades, sean datos ó resultados; y, teniendo presente que todo aparato de proceso continuo tiene un límite de aproximación, dependiente de la posibilidad de hacer la graduación material, busca la ley de esta graduación cuyo error relativo sea constante, encontrando, como es natural, que esta ley es el logaritmo.

La escala logarítmica presenta, además, la ventaja de que, poniendo la graduación, de uno á diez, de modo que ocupe toda la circunferencia de una rueda, se tienen en esa extensión todas las mantisas posibles, y basta añadir ó quitar un número entero de circunferencias para obtener las características sucesivas, crecientes ó decrecientes. Por tanto, si á una rueda, graduada como queda dicho, se añade un contador de vueltas, las cifras del contador serán las potencias de diez, por las cuales habrá que multiplicar el guarismo indicado en la rueda, ó, lo que es lo mismo, el número de lugares á derecha é izquierda que se ha de correr la coma de los decimales. Pero como para apreciar las cantidades con pequeño error relativo, sería preciso dar á la rueda un diámetro muy grande, el autor emplea en su lugar un cilindro, en cuya superficie marca la graduación sobre una hélice que da cierto número de vueltas, teniendo cuidado de indicar, con un sencillo mecanismo, en cuál de las espiras se debe leer la graduación. Esta pieza recibe del autor el nombre de *pletómetro;* pero parece más exacto y adecuado llamarla *aritmóforo,* pues su oficio es sólo llevar los números de la escala.

El empleo de los logaritmos conduce á convertir en sumas las operaciones necesarias para formar los monomios, y el Sr. Torres aplica á este objeto los trenes epicicloidales. Una de las dos ruedas paralelas del tren está fija al aritmóforo, y la otra recibe el movimiento de una rueda especial, cuyo giro engendra los valores sucesivos que se dan á la incógnita.

La comunicación de este último movimiento se hace por medio de un engranaje plano, cuyas dos ruedas tienen los radios en la relación de la unidad al exponente de la incógnita; y así, mientras la rueda de esta última gira determinado arco, la del tren gira otro, tantas veces mayor como unidades tiene dicho exponente: ó, lo que es lo mismo, da el logaritmo de la incógnita, elevada al mismo exponente. La combinación del tren produce en la rueda diferencial un giro igual á la semisuma de los movimientos de las dos ruedas conjugadas, é igual, por consiguiente, á la mitad del logaritmo del producto del coeficiente dado en el aritmóforo por la potencia correspondiente de la incógnita.

Este mecanismo tiene por objeto que el coeficiente del término que se construye esté siempre fijo y á la vista; pero sería tal vez conveniente simplificar el sistema, suprimiendo el tren epicicloidal, y aplicando directamente al aritmóforo el piñón del engranaje plano, correspondiente á la incógnita, porque de ese modo se sumarían, por agregación directa, el logaritmo dado del coeficiente con el de la potencia correspondiente de la incógnita.

Para formar los polimonios ofrece gran dificultad el sistema logarítmico adoptado; y el modo de vencerla es lo más curioso y original del invento.

El Sr. Torres echa mano para ello del artificio de Gauss para sus logaritmos de adición; sólo que, en vez de sacar siempre como factor el sumando más grande, según hace el ilustre geómetra alemán, saca el primero que se ofrece en la serie de los términos, pues no le es dable saber cuál será el mayor ó el menor. Después de estudiar la forma de la función que da el logaritmo de cualquier número variable añadido á la unidad, observa que, á partir de ciertos límites no muy distantes, á un lado y otro del origen, la curva representativa de la función se confunde sensiblemente con sus dos asíntotas: una que es el mismo eje de abscisas en su parte negativa, y otra que es una bisectriz del ángulo de los ejes; y esto sólo le permitiría limitar el órgano de transmisión del movimiento á una porción finita, comprendida entre límites fijos, dependientes del grado de aproximación que se quisiera dar al aparato. Pero tal propósito es irrealizable, porque al principio de la transmisión tendría que

transformar un movimiento nulo en otro finito, lo cual conduciría á una relación infinita de velocidades que iría disminuyendo gradualmente hasta llegar á la relación de igualdad en el otro extremo.

El inventor acude para remediar tamaño inconveniente á un cambio de ejes coordenados, por medio del cual se transforma la relación infinita en una fraccionaria impropia, y la de igualdad en otra fraccionaria propia, exactamente recíproca de la primera. Con este artificio, la transformación de movimiento deseada se puede hacer por medio de dos troncos, inversamente colocados, de dos superficies de revolución, alrededor de los cuales se arrolla una faja dentada á modo de hélice. Una rueda parasitaria, muy hábilmente montada, comunica el movimiento de un tambor á otro, permaneciendo fija en cada uno de los extremos, siempre que la relación de velocidades caiga fuera de los límites escogidos. El valor dado por estas singulares piezas, que el autor llama *husillos sin fin,* se suma, por medio de un nuevo tren epicicloidal con el factor separado para preparar el argumento del logaritmo de adición; y la rueda diferencial da definitivamente la suma de los dos monomios, dispuesta para combinarse con otro tercero en un nuevo juego de husillos.

A cada término corresponde un aritmóforo, con el generador especial de la potencia de la incógnita; entre cada dos términos se interpone como enlace un juego de husillos; y la máquina puede componer un polinomio de tantos términos como elementos contenga. Poniendo los aritmóforos en la graduación que corresponda á los diversos coeficientes, y haciendo girar por un movimiento común de manubrio todas las ruedas representativas de la incógnita, el resultado final de todos los movimientos combinados dará los valores sucesivos de la suma de los términos variales; y cuando la rueda última que registra esta suma pase por el valor del término conocido, la rueda de la incógnita habrá llegado al valor correspondiente á una raiz.

El mecanismo descrito no da más que sumas aritméticas de términos, sean todos positivos ó negativos, pero no puede formar diferencias á causa de la transformación introducida en los husillos. Si una ecuación contiene términos de diferente signo, el autor pone el polinomio en forma de diferencia de dos sumas, que hace calcular á su máquina enlazando con independencia las transmisiones que corresponden á una y otra, y resta los dos resultados por medio de un tren epicicloidal, hasta encontrar el logaritmo de la unidad en la rueda final.

Aunque la investigación de las raíces reales sea lo que generalmente interesa en la resolución de las ecuaciones numéricas, el Sr. Torres lleva más allá su noble ambición, y propone medios muy curiosos y sin grave dificultad practicables para hallar las raíces imaginarias. A este fin, reemplazada la variable por una función circular, subdivide la ecuación, como se acostumbra, en dos simultáneas, de dos variables; y añadiendo una combinación de bielas y guías, oportunamente calculadas, describe una máquina que podría dar el módulo y el argumento de la raiz sin ninguna eliminación previa.

Pero ésta, lo mismo que otra adición relativa á las ecuaciones trascendentes, no son sino meras indicaciones acerca del alcance á que pueda llegar el invento, sin pretender por ahora que pase de más modestos límites. Sin embargo, resultaría tan elegante un procedimiento que fuera dando automáticamente todas las raices, reales é imaginarias, de una ecuación por un solo movimiento, que se debe estimular al inventor para que prosiga los estudios en tal sentido.

La utilidad de una máquina de esta clase, si se consiguiera hacerla funcionar con precisión y regularidad suficientes, es incontestable, pues varios problemas de Física y de Astronomía conducen á ecuaciones de quinto grado y de grados superiores, y los métodos de que dispone el Algebra para resolverlas son largos y molestos. Y aun cuando el aparato no diese toda la aproximación necesaria en ciertas cuestiones, obtener pronto y sin fatiga un valor muy cercano al que se necesita, es ya un gran paso para llegar después al límite exigido.

Si se quiere ahora apreciar la originalidad y mérito propios de la nueva máquina, se ve desde luego que corresponde al género de las cinemáticas, y que la precisión del movimien-

to de sus órganos depende sólo de la habilidad con que estén ejecutadas las transmisiones, en las cuales no hay ninguna causa intrínseca ó esencial de error.

La idea de establecer la graduación numérica en la circunferencia de una rueda es común á muchos instrumentos; pero la de que esa graduación se ajuste á una escala logarítmica es propia del autor, por más que algo hubiera indicado Lalanne para su balanza aritmética (1), y que se haya utilizado de una manera más directa, aunque dejando á la función la forma exponencial, por Guarducci (2); aunque es de advertir que, cuando este sabio dió á luz su sistema, ya el Sr Torres tenía construído un modelito de su máquina. En ella se ha empleado también por primera vez la graduación á lo largo de una hélice cilíndrica para poder apreciar bien las últimas divisiones (3), condición indispensable en una máquina de generación continua, en que, por punto general, ni los datos ni los resultados han de ser números conmensurables, al revés de lo que suele suceder en las operaciones que se piden al aritmómetro.

El tren epicicloidal para sumar los logaritmos y obtener los monomios es idéntico al empleado por Stamm, y no constituye, por consiguiente, invención verdadera; pero lo es, y con carácter originalísimo, la de los *husillos sin fin,* mecanismo acerca del cual no hay el menor antecedente.

El juego exacto y preciso de todas estas piezas, tan ingeniosamente concertadas, puede ser el mayor obstáculo, aunque puramente práctico, que ofrezca la nueva máquina; y el estudio de los procedimientos técnicos para llevar á cabo una construcción tan delicada ha de ser el principal objeto que se proponga el Sr. Torres al visitar los mejores talleres de instrumentos del extranjero, á fin de formar un proyecto y presupuesto serios de su aparato. Para esto solicita de nuestro Gobierno un auxilio; y lo que no negó el inglés á Babbage, ni el sueco á los señores Schentz, puede muy bien ser concedido á un español, que tantas vigilias ha consumido en provecho de la ciencia. No irá el autor desprevenido en esta campaña; porque, aparte de la Memoria presentada al Gobierno, se ha entregado á largos y bien pensados cálculos para determinar las cuatro constantes que entran en la construcción de los husillos, consignados en un voluminoso cuaderno que ha facilitado en consulta á esta Academia. También ha presentado á la misma un modelo, cuyo alcance llega á ecuaciones de tres términos, que, no obstante ser tan sólo un esbozo rudamente ejecutado, manifiesta de una manera práctica la posibilidad material de que el sistema funcione conforme al plan ideado.

En resumen: el ponente que subscribe opina que la máquina para resolver ecuaciones, inventada por D. Leonardo de Torres, reune condiciones suficientes para que pueda corresponder á su objeto; que el pensamiento que ha guiado al autor en su composición es aceptable, sin que nada indique ningún género de imposibilidad material; y como de realizarlo podrían resultar positivas ventajas á las ciencias de aplicación, es de desear que en la medida de lo posible se atienda á lo solicitado y se faciliten al recurrente los auxilios necesarios para preparar el proyecto definitivo de su aparato...

Madrid, 15 de Enero de 1904.

Los informes anteriormente transcritos constituyen el mejor elogio que del ingeniosísimo invento del Sr. Torres puede hacerse, y revelan los profundos estudios que el autor ha realizado en esta rama de las Ciencias exactas.

---

(1) *Comptes rendus,* 1889, 2.° sem.

(2) Memoria citada.

(3) Después de escrito este informe, *Le génie civil,* de 14 de Octubre de 1903, ha dado la noticia de una modificación análoga en la regla logaritmica, inventada en 1879.

EL TELEKINO

Ideas generales.—Dictamen de la Comisión informadora española.—Experiencias con los aparatos ideados por el Sr. Torres, realizadas en París, en Madrid y en Bilbao.—La patente del telekino y las experiencias francesas de Antibes.—Algunas consideraciones sobre las aplicaciones del telekino.

Ideas generales.

De todos los inventos del Sr. Torres Quevedo, el más genial, el más interesante, el más conocido y que más ha popularizado su nombre es el *telekino* (1).

La palabra telekino viene de dos raíces griegas: τέλος (*telos,* fin, extremo) y κίνω (*kino* en dialécto dórico) ó κίνησις (*kinosis* en dialecto ático), que significa movimiento; esto es, movimiento desde un extremo, movimiento dirigido desde lejos (2).

La realización del movimiento de un mecanismo cualquiera desde una distancia más ó menos grande tendría tan numerosísimas y útiles aplicaciones y prestaría tan grandes servicios á la humanidad, que se comprende que un gran número de inventores hayan dirigido sus investigaciones y sus trabajos por este camino, desde que el descubrimiento de la telegrafía sin hilos y las notables experiencias de Marconi demostraron la posibilidad práctica de este *sueño* de la mecánica eléctrica, que nuestros abuelos hubieran atribuído á diabólicas causas.

En muchos órdenes de la vida encontraría, en efecto, un vastísimo campo de aplicación científica la ejecución de determinadas acciones y movimientos sin la directa intervención del hombre, y es ya muy larga la lista de experiencias realizadas en todos los países con este fin; aunque la orientación particular de cada inventor es distinta, el objetivo principal es siempre el mismo, y vemos, por ejemplo, á Guarin aplicando las propiedades de las ondas hertzianas al funcionamiento automático de los advertidores de incendios para comunicar á los bomberos la noticia de un siniestro y el lugar en que se ha producido; á Boulanger y á Calvo y á Rojas, distinguidos Ingenieros del ejército español haciendo uso de los mismos principios á la voladura de minas; á un número considerable de técnicos tratando del lanzamiento de torpedos; y, por

(1) Hemos oído opinar que debiera decirse telecino, del mismo modo que se dice cinemática. No es esta ocasión para discutir este asunto, ni tiene gran importancia; aceptaremos la denominación de telekino, que es la más admitida.

último, á Branly, cuyas experiencias (1) se realizaron en Junio de 1905 en el Palacio del Trocadero de París, utilizando los fenómenos eléctricos, antes citados, para el arranque y parada de un motor, para el encendido de lámparas y para otras diversas acciones mecánicas.

Más recientemente aún, al principio del año actual, se han realizado en Antibes (Alpes Marítimos) experiencias con un aparato cuya semejanza con el telekino es tan grande, tan absoluta, que constituye una verdadera usurpación científica de la cual nos ocuparemos después más extensamente.

Torres Quevedo aplica conocimientos de la ciencia eléctrica á mover desde la orilla un bote en el cual va instalado su telekino, realizando con él toda clase de maniobras. El mecanismo ingeniosísimo y verdaderamente notable de que se vale para la realización de su invento, ha sido sometido al estudio é informe de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, cuyo dictamen interesantísimo suscrito por tres técnicos tan eminentes como los señores Marvá, Madariaga y Echegaray, se reproduce íntegro á continuación por ser el estudio más acabado que se ha hecho del telekino y por su gran interés científico.

Dictamen de la comisión informadora española.

El problema de gobernar desde lejos, por medio de señales telegráficas, una máquina ó conjunto de máquinas, es decir, de ponerlas en marcha haciéndolas ejecutar diversos trabajos, de cambiar su velocidad y de pararlas, ha sido abordado por diferentes inventores.

Entre los sistemas propuestos para este objeto creemos deber citar como más importantes los siguientes:

El de Mr. Cecil Varicas ensayado en 1898 en los baños públicos de Jewil (cerca de Weymouth) y después en mar libre, reducido á poner en marcha por medio de telegrafía sin conductores un solo electromotor destinado á mover el timón de un torpedo, en un sentido, venciendo la acción antagonista de un muelle que tendía á hacerle girar en el contrario. La distancia á que se hizo la transmisión por las ondas de Hertz fué de 200 m. (2).

Método y aparatos para manejar los timones por medio de ondas caloríficas, luminosas ó eléctricas, por A. Orling y G. G. Brauncrhjelm, patente inglesa n.° 1.685, de 26 de Enero de 1899, aceptada en 13 de Enero de 1900. En este sistema el cierre del circuito de un electroimán, cuando se hace por las ondas eléctricas, determina el de otro circuito, provisto como el primero (relevador) de su pila correspondiente: la armadura de otro electroimán, que en el segundo existe, mueve una aguja que cuando pierde, por aquella acción, su posición de equilibrio, inclina en un sentido ó en otro una pieza, sujeta á oscilar alrededor de un eje fijo que le atraviesa, y que cierra, al girar, uno ú otro de dos nuevos circuitos, en los que las armaduras de los electroimanes correspondientes producen, en definitiva, el movimiento del timón en uno ú otro sentido (3)

Gobierno de torpedos por las ondas hertzianas, por W. Jammeson y J. Frotter, el trans-

(1) Estas experiencias pueden considerarse como ensayos de laboratorio, sin interés práctico ó industrial, pero se refieren al mismo orden de ideas que el telekino, y tanto las pruebas como el aparato en ellas empleado, están descritas en *La Revue Technique* en el número de 25 de Octubre de 1905.

(2) V. *La energía eléctrica*, de 25 de Julio de 1901; y la obra *Torpedos automóviles* de los Sres. Monreal y Núñez.—Imp y lit. del Ministerio de Marina. 1904.

(3) V. *Les applications pratiques des ondes électriques* par A. Furpain. Paris. 1902; y *Les procédés de commande á distance au moyen de l'électricité* par R. Frilley, Paris 1906.

misor es un excitador de Lodge de tres esferas, y el receptor comprende un tubo radio-conductor, *coherer,* que puede tener en actividad un relevador: éste cierra el circuito de una batería de acumuladores, del que forma parte un electroimán; al atraer á su armadura, deja en libertad un colector de dos virolas, que, bajo la acción de un muelle, gira, entonces, 180° enviando la corriente, ya á uno, ó á otro, de dos solenoides en forma de arco, los cuales, al atraer á sus armaduras respectivas, obran sobre la palanca del timón inclinándole hacia babor ó hacia estribor (1).

Como se ve en estos tres sistemas, la acción de los aparatos de gobieno, ó manejo á distancia, está limitada al movimiento del timón, en un sentido ó en otro.

Puede formarse grupo distinto con otros sistemas, entre los que merece citarse el del Ingeniero militar español Sr. Rojas, cuyo proyecto fué informado favorablemente por la Academia de Ciencias, E. F. y N., en Enero de 1905. En ellos, una rueda distribuidora sobre la cual puede girar al rededor de su eje una palanca metálica, cuando por la acción de las ondas eléctricas queda en libertad un aparato de relojería, permite cerrar los diferentes circuitos de los electro motores que ponen en marcha al propulsor, ó el timón.

En la estación de origen, ó piloto, las señales se mandan manejando la palanca del manipulador por el intermedio de un aparato de relojería sincrónico con el del receptor que lleva el torpedo ó embarcación empleada, lo cual permite precisar exactamente las maniobras. A este grupo parece que deben corresponder los aparatos empleados por los Sres. Lalande y Devaux en los ensayos verificados recientemente en Antibes, con un torpedero submarino (2).

Todavía debemos mencionar las dos notas presentadas á la Academia de Ciencias de París por el célebre físico, inventor de los tubos radio-conductores, Mr. E. Branly, sobre la «Distribución y comprobación de las acciones producidas á distancia por las ondas eléctricas» (3). Por medio de los aparatos, á que en ellas se hace alusión, parece que Mr. Brauly ha efectuado algunos ensayos en la sala de fiestas del Trocadero, produciendo, desde lejos, la incandescencia de una lámpara, el arranque de un electro motor, ó una explosión.

En el sistema proyectado y ensayado por el Ingeniero español D. Leonardo de Torres Quevedo (4) se resuelve el problema del manejo ó gobierno de máquinas á distancia con completa generalidad por procedimientos diferentes, en su conjunto, de los apuntados anteriormente.

La descripción que sigue del aparato de su invención, que denomina *telekino,* palabra derivada del griego, que significa movimiento á distancia, hará comprender la exactitud de esta afirmación, que se verá confirmada por algunas consideraciones que le han de seguir.

En toda estación telegráfica de recepción lo mismo en la telegrafía ordinaria que en la telegrafía sin conductores existe, como órgano principal, un electroimán, cuya corriente de excitación se establece ó se corta á voluntad desde la estación de transmisión. Este electroimán, que en el sistema Breguet se utiliza para hacer marchar la aguja sobre el cuadrante, y en el Morse para trazar puntos ó rayas, sirve en el telekino para manejar un conmutador, que rige los movimientos de varios servo-motores; y cada uno de estos, á su vez, manda una de las palancas de maniobra de las máquinas que se han de gobernar desde lejos.

Describiremos primero, esquemáticamente, los medios de conseguir este resultado, y, al final, hablaremos de algunas precauciones convenientes para asegurar en lo posible la transmisión cuando ésta ha de hacerse recurriendo á la telegrafía sin conductores.

El aparato se compone del telekino, propiamente dicho, y de los servomotores (fig. A).

El primero tiene por objeto poner en acción la pila local P, cerrando uno de los circuitos indicados en la figura; es un conmutador.

---

(1) V. *Electrical Review de New-York,* 1899.

(2) V. *La Nature,* París, 21 de Abril 1906.

(3) *Comptes rendus de l'Academie de Sciences,* 20 Mars y 26 Juin 1905.

(4) V. Patente de invención del telekino de 10 de Diciembre de 1902; adición á la misma de 1.° de Diciembre de 1903; y Nota presentada por el Sr. Torres á la Academia de Ciencias de París en 3 de Agosto de 1903.

Cada servomotor consta:

a) De un motor eléctrico que no es preciso describir, y está representado en el dibujo por el rectángulo B C.

b) De un disco D, que engrana con un tornillo sin fin montado en el eje del inducido I, y lleva incrustados dos segmentos metálicos semicirculares *c c'* aislados de aquél, cada uno de los cuales está constantemente en contacto con una de las *escobillas colectoras e e'*, y que además (según la posición del disco), puede estarlo con una ó varias de las *escobillas orientadoras* VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII.

c) De dos electroimanes E E', que rigen la marcha del motor en tal forma, que cuando la armadura $\left\{\begin{matrix}A\\A'\end{matrix}\right\}$ se apoya en el tope de trabajo y la $\left\{\begin{matrix}A'\\A\end{matrix}\right\}$ en el de descanso, el disco marcha en la dirección de la flecha $\left\{\begin{matrix}F\\F'\end{matrix}\right\}$.

Supongamos que el manipulador M pisa sobre el botón de contacto 7; inmediatamente se establecerá el circuito (1).

(1) +, υ, M, 7, VII, c', e', E', W, B, V, —,

y el disco girará en el sentido de la flecha F' hasta que la escobilla VII deje de estar en contacto con c'. En aquel momento se cortará la corriente del electroimán E' y se parará el motor. Si continúa marchando en virtud de la inercia hasta que la escobilla VII se ponga en contacto con F, se cerrará el circuito (2).

(2) +, υ, M, 7, VII, c, e, W, B, V, —;

marchará el disco en sentido contrario, y después de algunas oscilaciones parará definitivamente, de manera que la *escobilla activa,* es decir, la VII, quede entre los dos segmentos semicirculares. Cuanto se acaba de decir pudiera repetirse con relación á otra posición cualquiera del manipulador, y se ve que no hay dificultad en maniobrar por medio de él los dos discos D D', de manera que ocupe cada uno de ellos una cualquiera de las posiciones determinadas por sus escobillas orientadoras.

Se concibe que uno de los discos puede manejar directamente el timón y el otro el *controller* ó aparato de maniobras de la hélice; y también podrían añadirse más servomotores para manejar otros aparatos diferentes.

Queda por ver cómo se mueve por medio de la telegrafía sin conductores el manipulador M, y cómo el juego de las armaduras de E y de E' rige la marcha del servomotor.

En los diferentes tipos de telekino que el Sr. Torres ha construído ó proyectado, la disposición de los botones de contacto 1, 2, 3... (fig. B) y la manera de maniobrar el manipulador son siempre las mismas.

Aquéllos y la placa de ebonita en que van incrustados presentan una cara plana, sobre la cual se apoya y resbala el extremo del manipulador M, constituído por una lámina flexible. Este manipulador va unido á una rueda R, que avanza un paso, por la acción del trinquete *p,* cada vez que el electroimán E atrae á su armadura A; de manera que cada vez que se establece el contacto H por medio de la telegrafía sin conductores ó por otro medio cualquiera, el manipulador M avanza un paso en el sentido de la flecha.

En el dibujo se indican los conductores, que llevan la corriente á la escobilla orientadora que ha de funcionar en cada caso, y el conductor B, por donde ha de volver la corriente á la pila, lo mismo que en la figura A. Pero en vez de ir directamente á la pila, este conductor pasa por la palanca *d* y el tope *e,* que constituyen una disposición especial, á la cual el inventor ha dado el nombre de *contacto retrasado.*

Cada vez que el electroimán E atrae á su armadura, el brazo c tropieza con la palanca *d* y rompe el contacto; cuando la armadura vuelve al tope de descanso, la palanca *d,* solicitada por un resorte, vuelve á la posición del dibujo, pero lo hace muy lentamente, gracias á un freno que no es necesario describir aquí. Resulta de todo esto que cuando se hacen varias señales consecutivas, no hay tiempo bastante entre una y otra para que el contacto

retrasado se restablezca; y por consiguiente, no se cierra ningún circuito á través de ella hasta un momento después de haber llegado el manipulador M á su posición definitiva. Así se impide que mientras recorre los botones de contacto intermedios se verifiquen, ó, por lo menos, se inicien maniobras innecesarias.

Además figura en el esquema un timbre T, que sonará siempre que el manipulador ocupe la posición indicada en el dibujo. Esto puede ser útil, sobre todo en experimentos de laboratorio, para conocer y corregir fácilmente cualquier error en la posición del telekino, debido á una equivocación en la cuenta de las señales ó á cualquiera otra causa.

Pero para ensayos de más importancia será preferible emplear el procedimiento de *vuelta al cero,* adoptado en los telekinos ya ensayados.

Este telekino (fig. 1) funciona lo mismo que el anterior en todo lo que se refiere á la maniobra de la rueda R, por medio de contactos breves en H, pero además lleva una disposición especial que permite volver al cero, es decir, llevar el conmutador M á una posición determinada, siempre que se produce en H un contacto de bastante duración.

Incrustados en una placa horizontal de ebonita, que se representa por medio de un rayado en la figura, van los botones de contacto 1, 2, 3... y, además, un anillo metálico Q, interrumpido solamente en I. En un eje vertical, situado en el centro de la placa, van montados á diferentes alturas: el disco D que engrana con un tornillo sin fin, R'; la rueda de roquetes, B, y la rueda R. Estas dos últimas son solitarias y pueden girar libremente en sentido de la flecha, pero no en sentido contrario á causa del trinquete T, fijo en el disco D.

El tornillo R', que va montado en el eje del inducido del motor G, no es solidario con él, pero la presión del resorte *r* le obliga á seguirle en su rotación mientras no haya algún obstáculo que lo impida y le haga resbalar venciendo el rozamiento.

La armadura del electroimán E', que gira alrededor de O', lleva en uno de sus extremos un tacón *b* colocado á la misma altura del diente *a* que va unido á la rueda R. Cuando A' se apoya en el tope de descenso, *a* puede girar libremente sin tropezar con el tacón; pero cuando el electroimán E atrae á su armadura, el tacón *b* se aproxima al centro de la rueda R é impide el paso del diente *a*. Además, conviene tener en cuenta que cuando la armadura está en el tope de descanso se establece el contacto *p,* cortándose los *m, n,* y que ocurre precisamente lo contrario cuando la armadura está en el tope de trabajo.

El motor G marcha, mientras está en circuito, arrastrando al disco D, y también á las ruedas B, R, — siempre que no lo impida el tacón *b* — en el sentido de la flecha.

Se ven también en la figura dos contactos retrasados, el uno entre *e* y *d,* el otro entre *e'* y *d'*; ambos se rompen cuando se hacen señales y maniobra la armadura A; y se restablecen: el primero, *e d,* cuando transcurre algún tiempo sin que pase corriente por el electroimán E, y el segundo (*e' d'*) cuando el contacto en H se prolonga, de manera que la armadura A no abandona durante algún tiempo su tope de trabajo.

De cada uno de los contactos 0, 1, 2, 3... parte un conductor que va á cada uno de los bornes 0', 1', 2', 3'... aunque no se han dibujado por no complicar la figura.

Esta sucinta descripción permitirá comprender el modo de funcionar el aparato.

Si se hace una señal breve en H, se establece el circuito rojo (a).

(a) $+$, W, γ, p, δ, E, ε, ν, H, $-$

y avanza un paso el manipulador M. Repitiendo la señal el número de veces que sea necesario, se le lleva á la posición que se desee, y un momento después de terminar las señales, al restablecerse el contacto, *e d,* se cierra el circuito (b).

(b) $+$, W, θ, M, α, servo-motor, B, d, e, υ, $-$

y el servo-motor ejecuta la maniobra correspondiente.

Cuando se hace una señal larga, al cabo de cierto tiempo se establece el contacto *e' d'* y como consecuencia el circuito (1).

(1) $+$, W, θ, M', Q, λ, μ, d', e', ν, ρ, E', π, V, H, $-$.

La armadura A', atraída por el electroimán, corta el contacto *p* y establece los contactos *m, n*. Al cortarse el circuito rojo se desprende la armadura A y corta en *e' d'* el circuito (1), sin embargo de la cual, el electroimán E retiene su armadura, porque pasa á través de él la corriente que circula por el circuito (2).

(2) +, W, γ, θ, M', Q, λ, σ, n, τ, G, φ, π, V, H, —
+, W, γ, m, ρ, E', π, V, H.

Además, en el momento de establecerse el contacto *n* se pone en marcha el motor G, que se encuentra en el circuito (3).

(3) +, W, γ, θ, M', Q, λ, σ, n, τ, G, φ, x, π, N, H, —.

El motor arrastra el disco D y éste á la rueda R, hasta que el diente *a* tropieza con el tacón *b*, es decir, hasta que el aparato vuelve al cero; en este momento el frotador M, queda frente á la interrupción I, no toca con el anillo Q, y por consiguiente rompe el circuito (3) y para el motor. El circuito (2) no se rompe hasta que se corta el contacto con H; y es necesario que el (3) se corte antes—como se consigue por el procedimiento indicado—porque si los dos se rompieran á un tiempo, al desprenderse la armadura A' y dejar libre el diente *a*; cuando todavía el motor está en marcha, éste, en virtud de la inercia, arrastraría á la rueda R, la cual, por consiguiente, no quedaría en el cero.

Este telekino, con el cual el inventor ha realizado muchos experimentos haciendo marchar desde su laboratorio, sobre la *cancha* del *frontón* de *Beti-Jai* un triciclo [1], presenta algunas ventajas, pero era enojoso de arreglar, porque si el relevador H estaba perezoso, con facilidad se reunían dos señales breves en una, como se hicieran algo de prisa, y si se templaba demasiado el resorte antagonista se corría el peligro de que se cortara la señal larga.

Para evitar esta dificultad imaginó el Sr. Torres el tipo de telekino usado en los botes, que sólo exige señales breves.

Difiere este telekino (fig. 2) del que se describió al principio (fig. B) en que se ha suprimido el timbre T y se han añadido los mecanismos necesarios para la vuelta al cero.

La armadura del electroimán E', que gira alrededor de *o'*, forma parte de una pieza de tres brazos, uno de los cuales, el *b*, lleva en su extremo un punzón, articulado en *c*, el cual tiende por la acción de los resortes *r r'*, á colocarse perpendicularmente á *b*. Este punzón sirve para manejar el frotador *f* que gira alrededor del eje *c*. Supongamos que se corta la corriente del electroimán E' y su armadura A' se desprende; entonces el punzón se alejará del frotador y los resortes le colocarán en su posición normal (como aparece en la fig. 7), mientras que el frotador permanecerá inmóvil. Cuando vuelva á pasar la corriente por E', el punzón tropezará en la cavidad *n* y cambiar á la posición del frotador, rompiendo el contacto de los conductores azules, *p*, y estableciendo el de los conductores rojos, *q*. La misma operación se repite alternativamente, en uno ú otro sentido, de manera que la posición del frotador *f* cambia á cada oscilación de la armadura A'.

La armadura del electroimán E, lleva en su extremo inferior una horquilla que mueve la pieza acodada *g*, estableciendo un contacto metálico entre esta pieza y la *h* cuando la armadura A se separa del electroimán, y rompiendo cuando es atraída por éste.

El aparato funciona del modo siguiente:

Partimos de la posición dibujada, que es la normal.

Cuando se hace una señal se establece el circuito (1)

(1) +, υ, γ, E, δ, ε, W, H,—

---

[1] Véase *Boletín Industrial* de 5 de Abril de 1905.

y avanza un paso la rueda R. Después que ésta ha llegado á su posición definitiva, al cerrarse el contacto en *e d*, se establece el circuito (2).

(2) $+, \upsilon, \pi, \eta, \rho, p, e, d, E', \sigma, \nu, -$

el electroimán E' atrae á su armadura, interrumpe el contacto *p* y establece el *q*, con lo cual se corta el circuíto (2); pero de ordinario la armadura A' sigue atraída por que se establece el circuito (3).

(3) $+, \upsilon, \pi, M, \alpha_i$, servo-motor, $\beta, \varkappa, \tau, e, d, E', \sigma, \nu, -$

Al terminarse la maniobra del servo-motor, queda cortado como ya sabemos, el circuito (3) y, en este momento se desprende la armadura A', estableciéndose el contacto entre el brazo *o' s*, que sirve de conductor, y el tope de descanso *t'*.

Entonces se realiza la vuelta al cero. Al establecerse el circuito rojo (4).

(4) $+, \upsilon, \gamma, E, \delta, \mu, s, t', \theta, 9, \lambda, g, h, \upsilon, V, -$

el electroimán E atrae á su armadura; ésta al final de su carrera, rompe el circuito (4) en *g h*, con lo cual la armadura se desprende, y el circuito vuelve á establecerse, y así continúa marchando la rueda R, hasta que el frotador M, llega al botón de contacto *o*, porque entonces se establece el circuito (5).

(5) $+, \upsilon, \pi, M, \varphi, E', \sigma, \nu, -$

se rompe el (4) en *s t'* y quedan las cosas en la misma situación que al principio, después de realizada la maniobra.

Si la maniobra que se ha mandado, es una que está ya ejecutada, no puede establecerse el circuito (3) y el telekino vuelve al cero en cuanto se establece el contacto retrasado.

Al describir este servomotor (fig. 3) supondremos primeramente que se suprimen las piezas y conductores representados por líneas de trazos, que no son siempre necesarios; después diremos cuándo hacen falta, é indicaremos su objeto.

Los circuitos azules son los que ya se indicaron en la figura A. La corriente llega por uno de los conductores á una escobilla orientadora, que es en este caso la escobilla activa, y pasa por uno de los semicírculos de contacto *c c'* y uno de los electroimanes E, E' al conductor β.

Del servomotor sólo se ha representado el inducido I; el inductor ha de estar constantemente en corriente, de manera que I se encuentra en un campo magnético invariable.

Cuando es atraída la armadura A se establece el circuito (1)

(1) $+, Z, A', \gamma, h', h, \gamma', A, Z',$

y el disco D marcha en el sentido de la flecha F; y cuando es atraída la palanca A se establece el circuito (2)

(2) $+, Z, A, \gamma, h, h', \gamma', A', Z', -$

y el disco marcha necesariamente en sentido contrario; que eran las maniobras anunciadas al describir la figura A.

Cuando se emplea uno de los dos primeros telekinos descritos, esta disposición es siempre suficiente, pero no lo será con el telekino figura (2), si se quiere obtener gran exactitud, en la posición del disco D, por exigirlo así la necesidad de enfilar bien el timón. Al llegar el disco, marchando con una velocidad relativamente grande, á la posición que debe ocupar, queda momentáneamente la escobilla activa entre los dos semicírculos de contacto,

y no vuelve corriente ninguna al telekino, por β; cuando esta corriente falta se inicia la vuelta al cero, se rompe entonces el contacto retrasado y no puede ya pasar corriente ninguna por los electroimanes del servomotor, de manera que aunque, en virtud de la inercia, el disco D rebase de la posición, en que debe quedar, no puede ya volver á ella. Es muy poco lo que se desvía, porque al volver las dos armaduras á sus topes de descanso, ponen en corto circuito el inducido y constituyen así un freno poderosísimo; por eso, esta disposición puede usarse como se hace en el bote que el Sr. Torres ha ensayado, hace algunos meses en Bilbao (1) aun con el telekino de la figura 2, con un servomotor destinado á mover un *controller,* dando á las piezas de contacto una amplitud angular superior á los errores de posición debidos á aquella causa.

Por si se quiere evitar ese error, es preciso acudir á la disposición indicada con líneas de trazos; *b* es un colector provisto de un apéndice radial *d* que está en contacto precisamente con la escobilla colocada entre dos segmentos semicirculares; en este colector se apoya el extremo de una escobilla *g* unida por medio de un alambre á la escobilla *m*. Cuando el motor gira, merced á la fuerza centrífuga, la bola *x* articulada en el manguito M y el tope *y*, que forma cuerpo con la corona M' se ponga en contacto, y, entonces, se establece el circuito (3)

(3) α_i, d, b, g, R, ∂, M M', ε, B, (2)

Cuando el motor se para, el resorte dibujado en la figura rompe el contacto *x y*. De manera que en este caso para que la corriente del conductor quede cortada, es necesario que la escobilla activa esté entre los dos semicírculos de contacto, cuando el motor esté parado ó casi parado.

Ha proyectado el Sr. Torres para el globo dirigible de su invención (fig. 4) otra disposición, indicada en la figura 4, que cree fundadamente que permitirá simplificar y aligerar mucho los aparatos. Los representados en esta figura de conjunto son análogos á los que venimos describiendo, aunque el contacto retrasado (entre el martillo *m* y el tope *t)* se ha representado en otra forma; y creemos que se entenderá su manera de funcionar sin descripción ninguna de los mecanismos. Sólo advertiremos que la escobilla del manipulador es doble, y toca al mismo tiempo en uno de los botones 1, 2, 3... y en uno de los semicírculos K K'.

En la posición dibujada en la figura circulará la corriente por el circuito (1).

(1) o, W, m, t, V, h, h', K', 7, VII, c', e', β', X, —,

y el disco girará en el sentido que indica la flecha. Si rebasa de su posición y entra en contacto la escobilla activa con el semicírculo *c,* la corriente que atraviese el inducido cambiará de signo, porque irá del polo positivo al centro *o* de la pila.

Con esto basta para llevar el disco á su posición definitiva. Sin embargo, si oscila demasiado antes de llegar á ella, pueden suprimirse ó acortarse las oscilaciones poniendo el colector *b* con su apéndice radial, la escobilla *g* y el alambre, porque de este modo, mientras la escobilla orientadora activa está entre los dos semicírculos, las dos escobillas del inducido están en corto circuito.

Todo lo que antecede puede aplicarse al servomotor de la izquierda y aun á otros que pudieran montarse (fig. 5).

El servomotor dibujado en la figura 3 manda directamente el movimiento del timón en el bote, con el que actualmente se hacen ensayos en la Casa de Campo; pero en el de Bilbao, que es más grande y demanda más fuerza para la maniobra, se ha elegido otra solución,

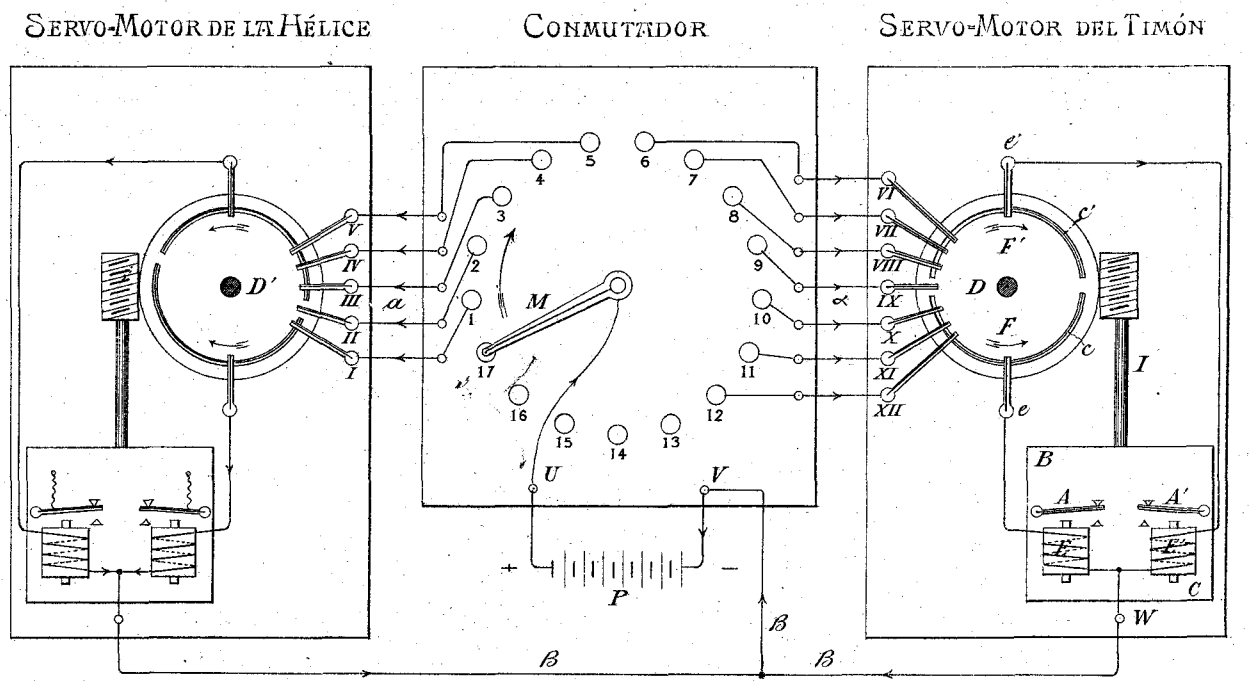
---

(1) V. *Porvenir Vasco* que más adelante se cita; y *The Times.*

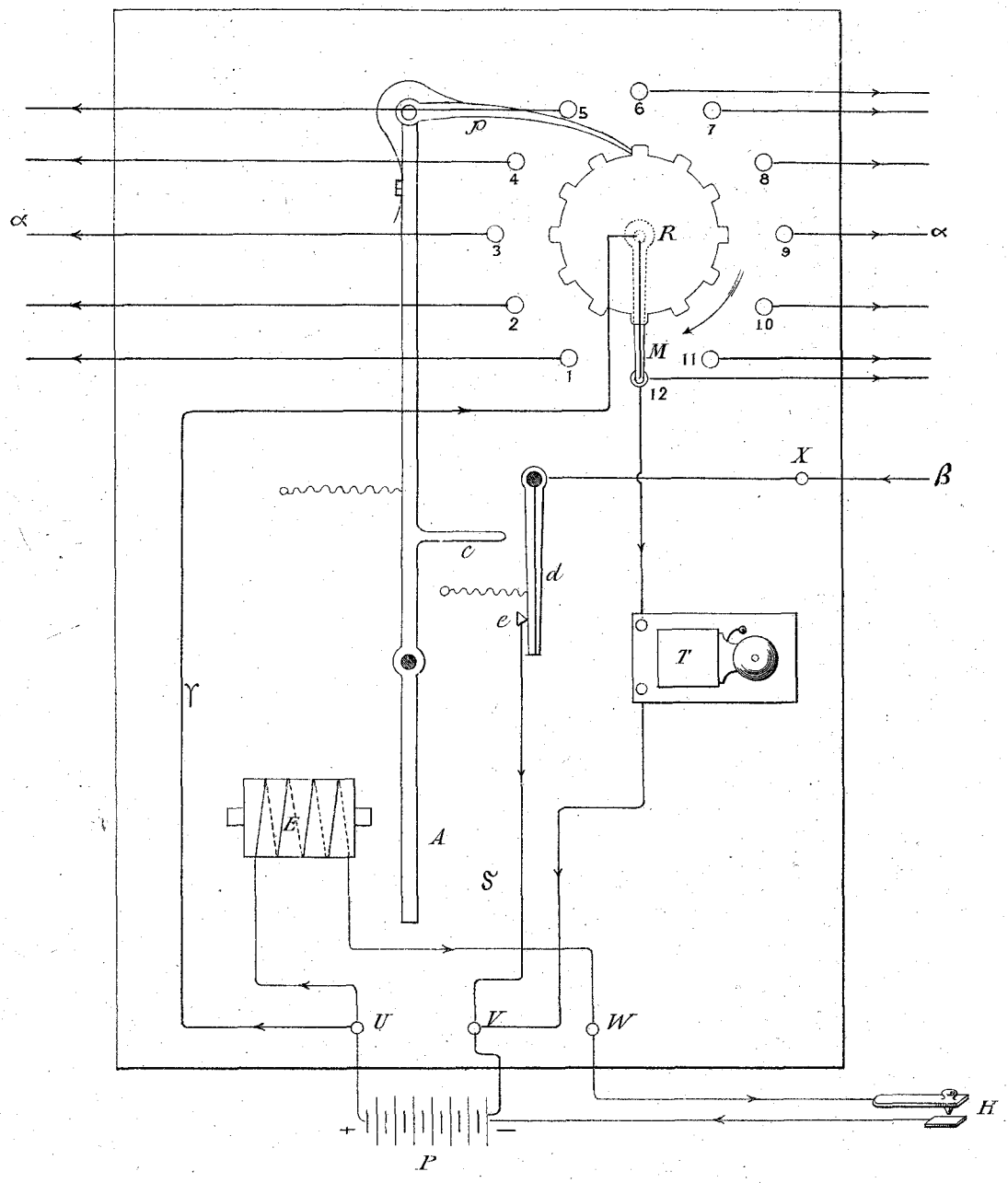
(2) *R* es una resistencia necesaria para no dejar en corto circuito el electroimán, que se queda en derivación con ella.

Disposición adoptada en el Triciclo y en los Botes

Fig. A.

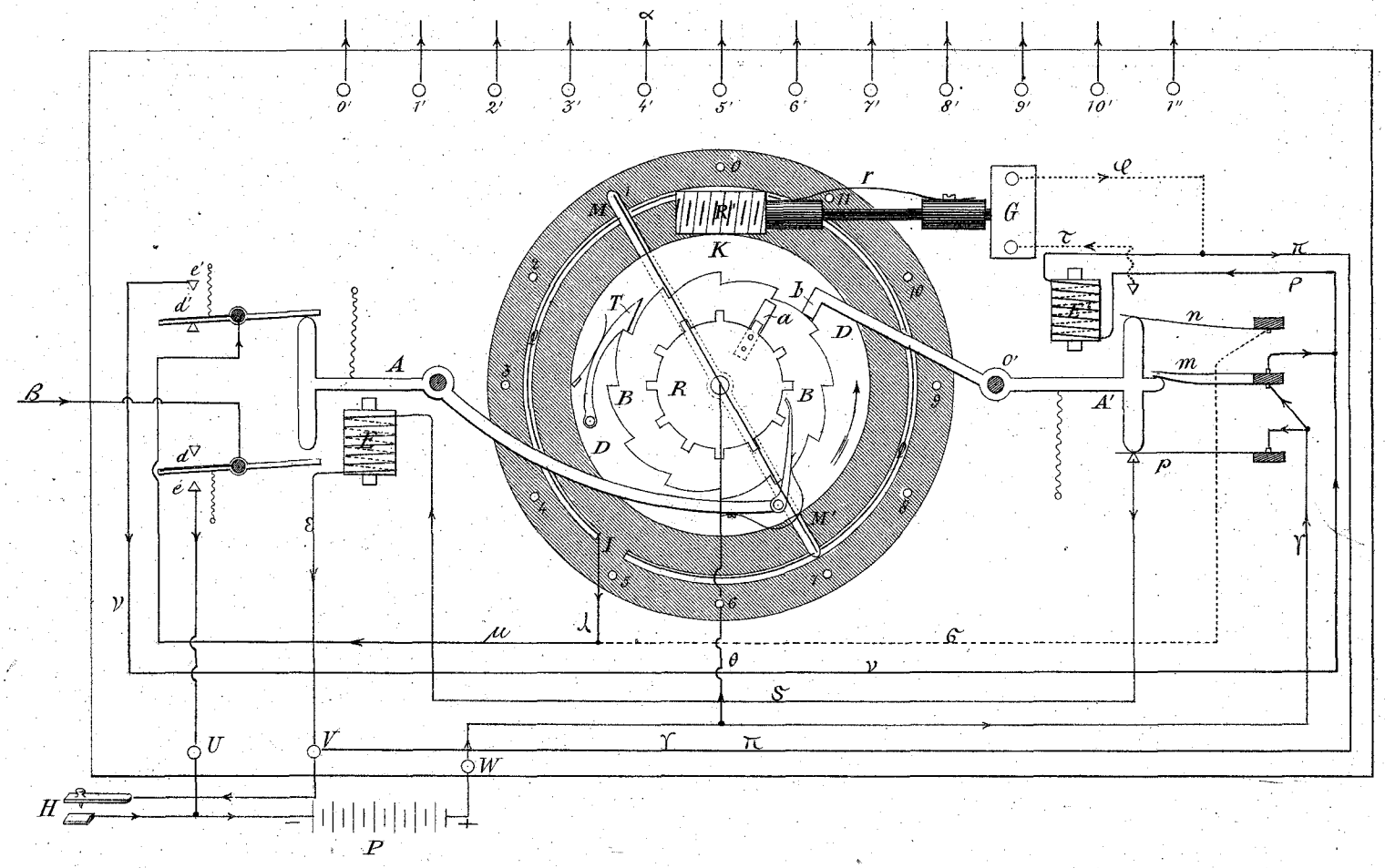


TELEKINO SIN LA VUELTA AL CERO FIG. B.

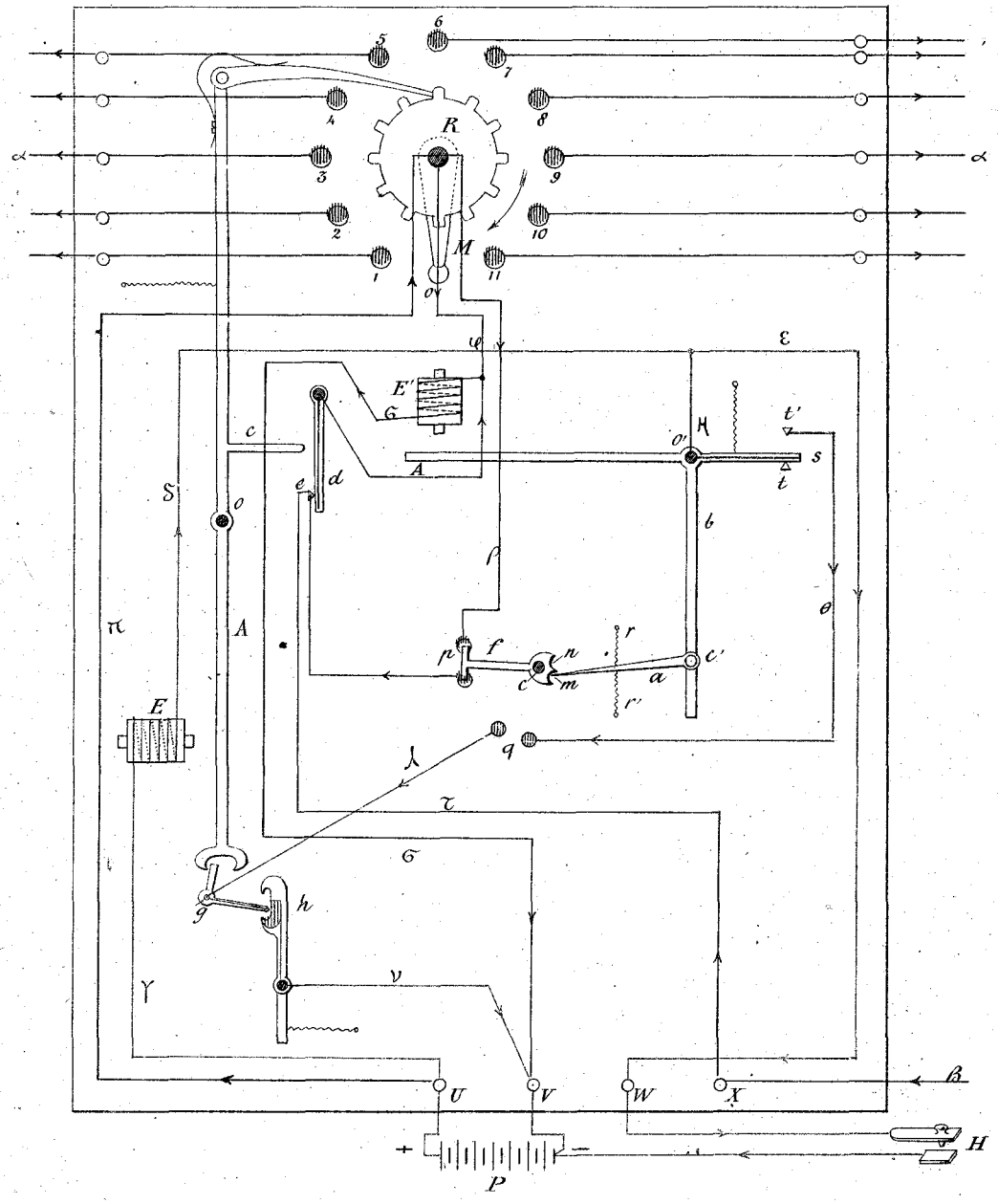


TELEKINO DEL TRICICLO

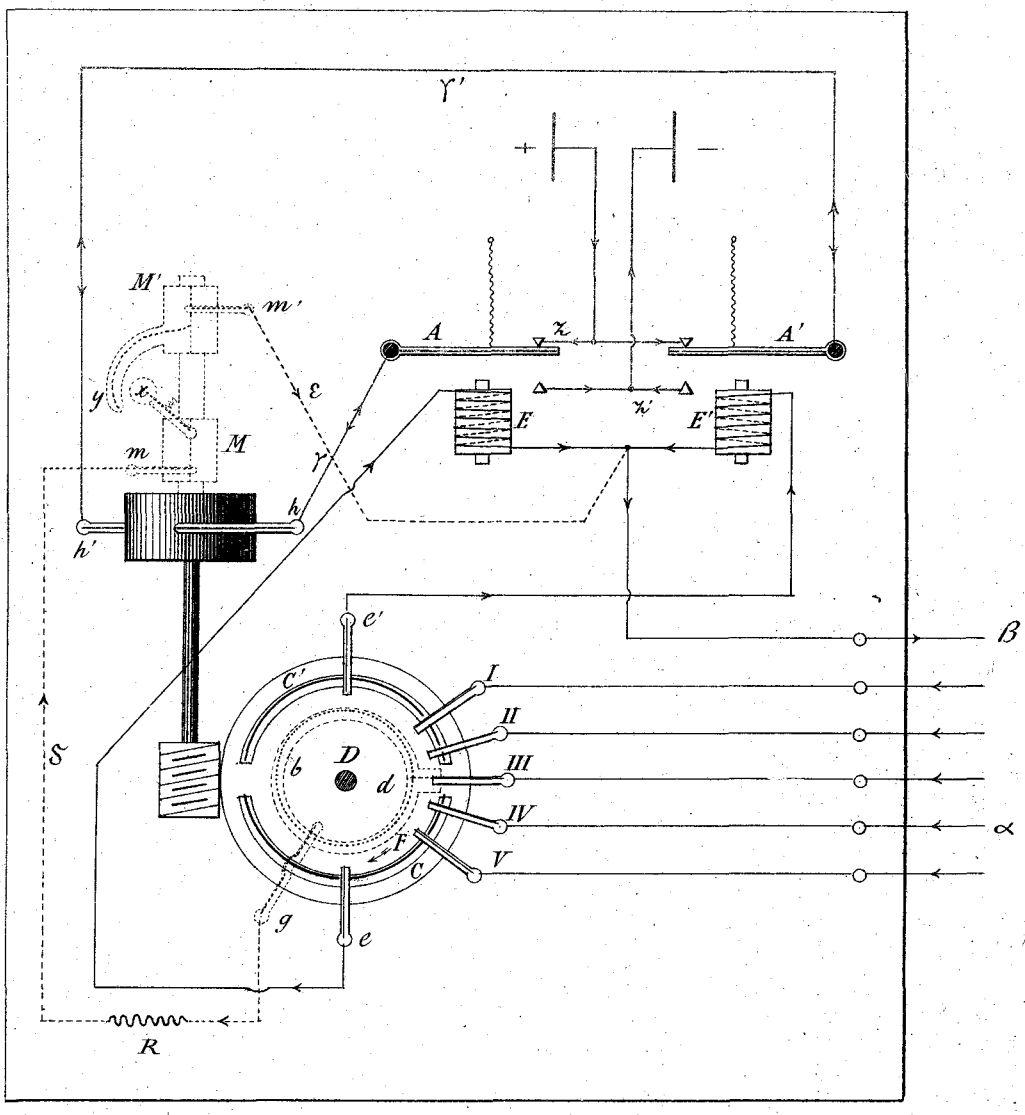
FIG. 1.



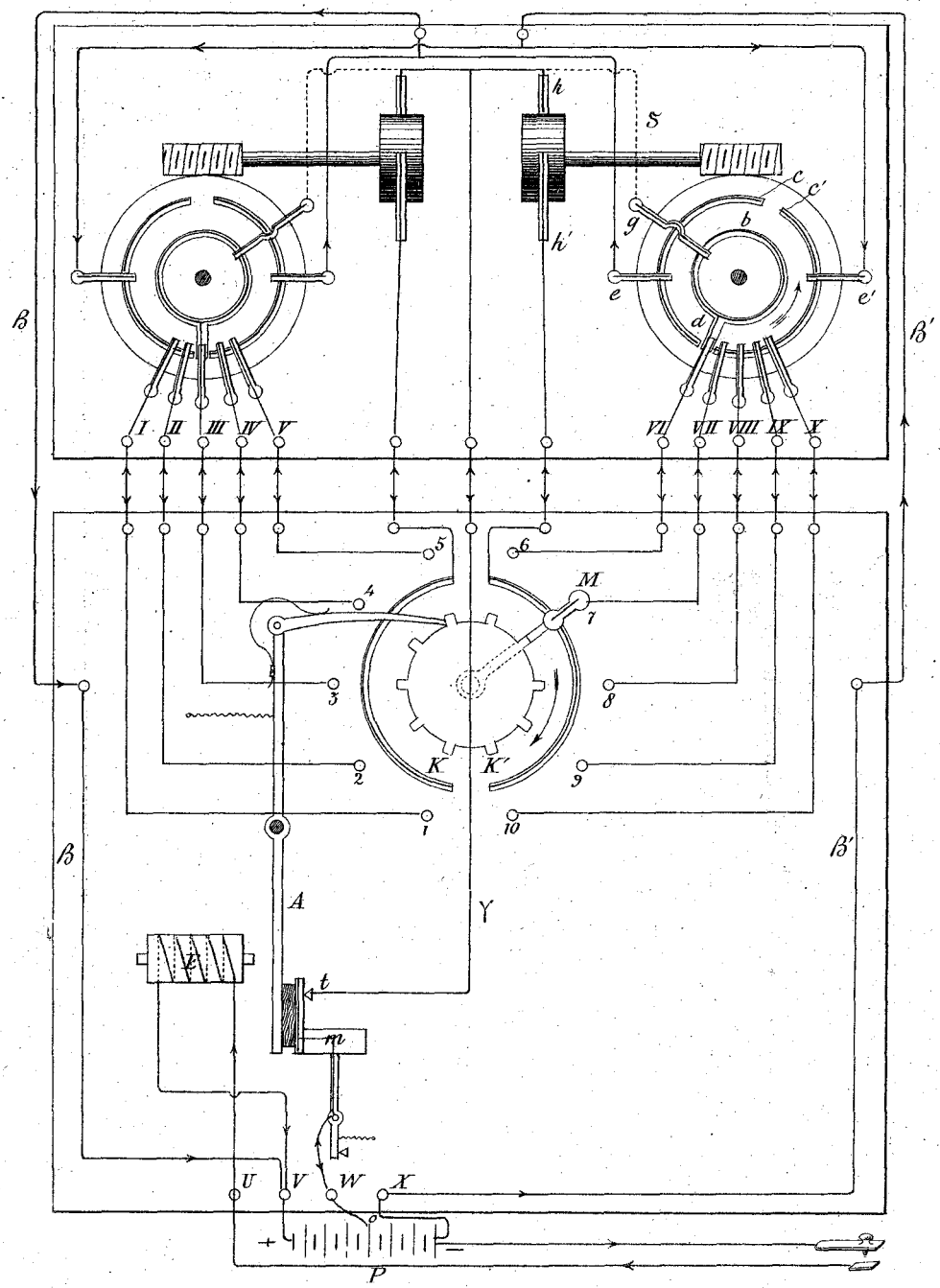
TELEKINO DE LOS BOTES FIG. 2.



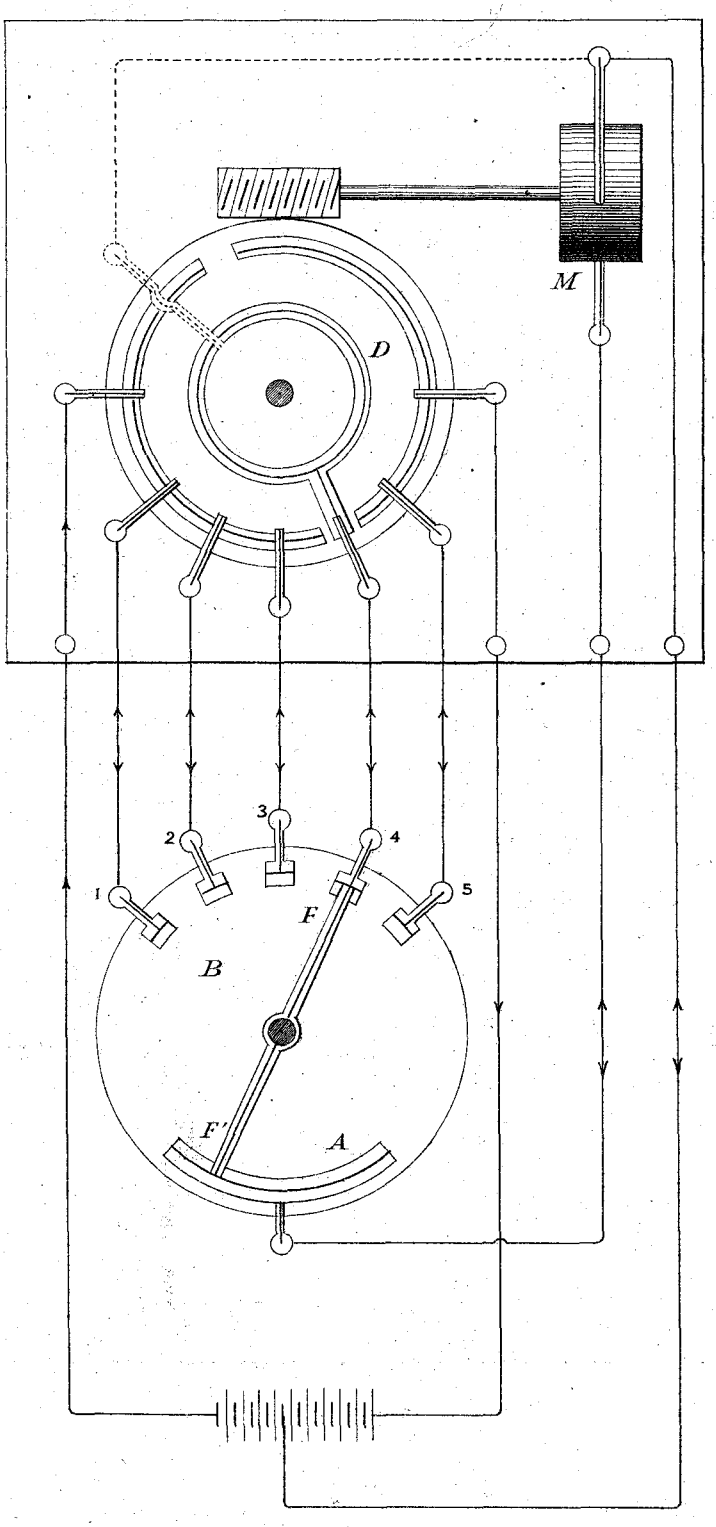
SERVO-MOTOR FIG. 3.



TELEKINO Y SERVO-MOTORES DEL GLOBO FIG. 4.



GOBIERNO DEL TIMÓN FIG. 5.



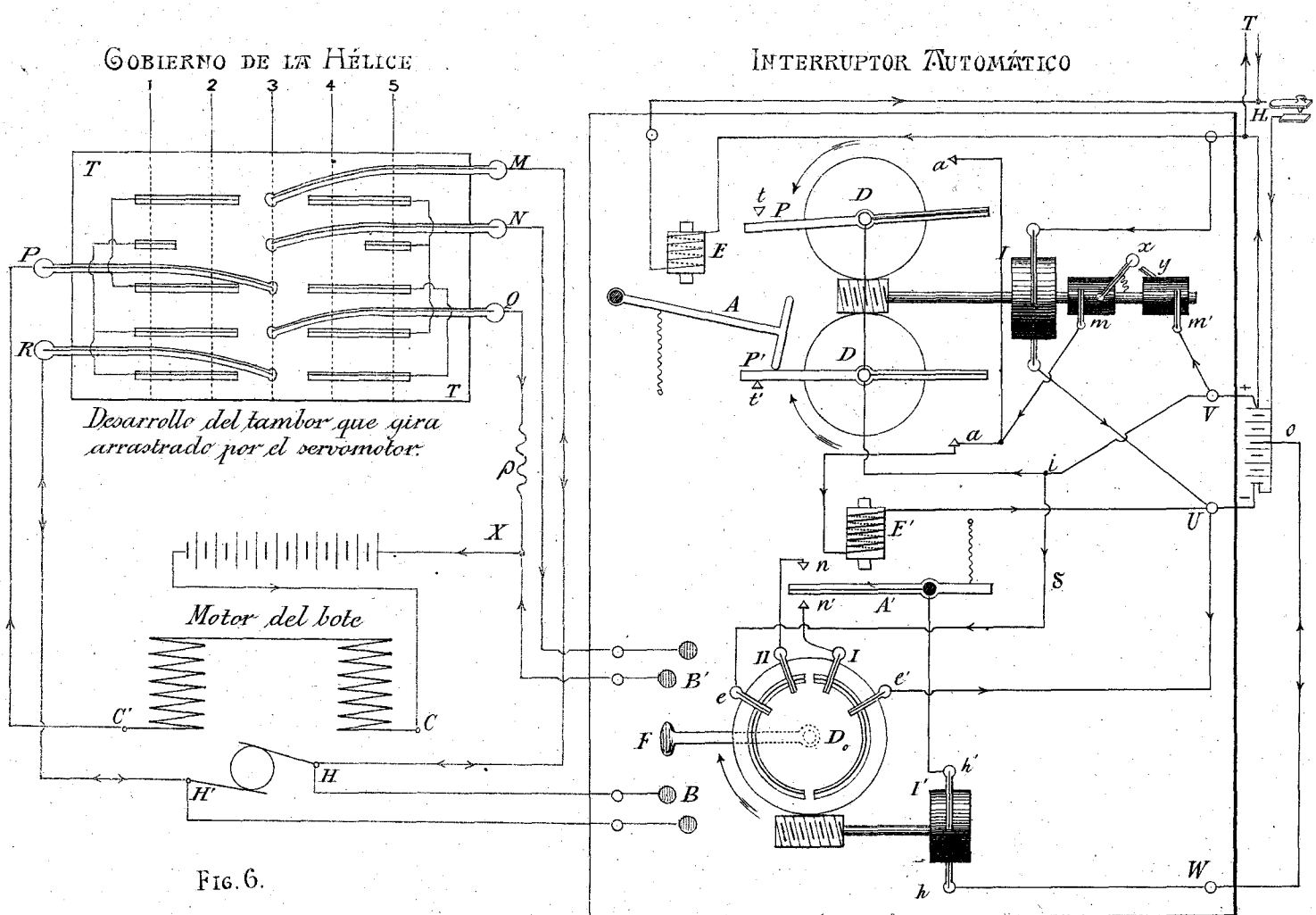
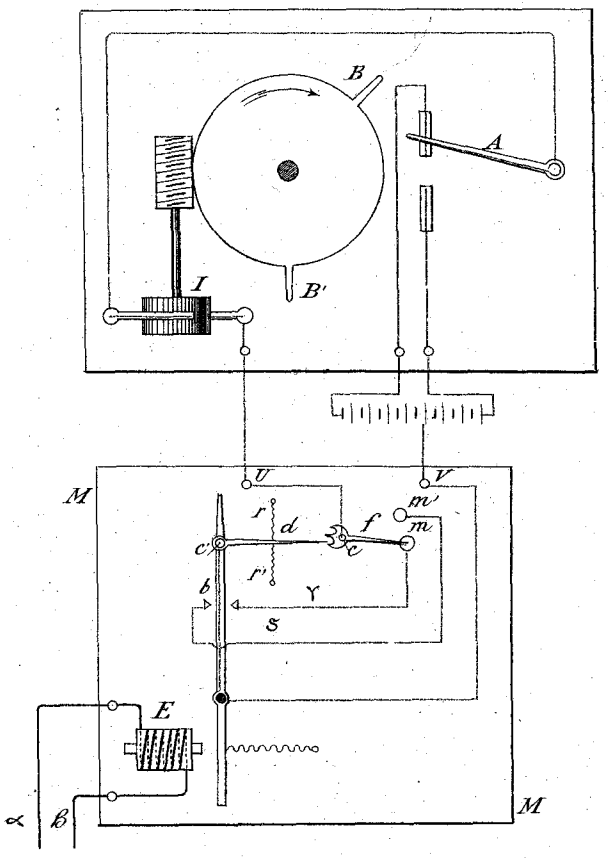
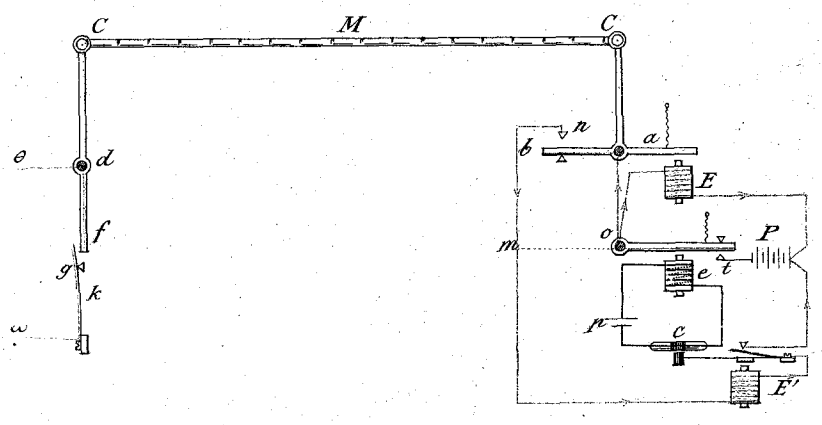

GOBIERNO DE LA HÉLICE
INTERRUPTOR AUTOMÁTICO
1
2
3
4
5
T
M
N
P
Q
R
T
Desarrollo del tambor que gira arrastrado por el servomotor.
ρ
X
Motor del bote
C'
C
H
H'
B'
B
T
H
a'
t
P
D
E
I
x
y
A
m
m'
P'
D
t'
a
V
o
i
U
E'
n
S
n'
A'
II
I
e'
e
F
D₀
h'
I'
h
W

FIG. 6.

MANIOBRA DE LA BANDERA FIG.7.



RELEVADOR DEL TELEKINO FIG:8.



haciendo que el servomotor se limite á mover, solidariamente con el disco D, un frotador F F' (figura 5), cuyos extremos se apoyan en un disco fijo B, que lleva cinco contactos iguales, 1, 2, 3, 4, 5, y otro mucho más largo, A.

El motor M funciona exactamente lo mismo que el servomotor de la figura 4.

El rectángulo T (fig. 6) representa el desarrollo del tambor que sirve de *controller* al motor de la hélice. Para que funcione, es necesario que el frotador F se coloque sobre los dos botones de contacto B', poniéndolos en comunicación; supongámoslo así, y veamos cómo cambia la marcha de la hélice, con la posición del tambor T. Admite éste cinco posiciones, es decir, los extremos de las escobillas M, N, P, Q, R, pueden quedar en contacto con una cualquiera de las generatrices 1, 2, 3, 4, 5.

En la posición 3 (la dibujada) no hay corriente ninguna y el motor está parado; consideremos sucesivamente las otras cuatro posiciones.

(2)	+, c, c', P, M, *H*, *H'*, R, Q, P, X, —	marcha lenta avante.
(1)	+, c, c', P, M, *H*, *H'*, R, N, B', X, —	marcha rápida avante.
(4)	+, c, c', P, R, *H'*, *H*, M, Q, P, X, —	marcha lenta atrás.
(5)	+, c, c', P, R, *H'*, *H*, M, N, B', X, —	marcha rápida atrás.

Con esto bastaría en rigor si hubiera la absoluta seguridad de que la telegrafía sin conductores y los aparatos del telekino han de marchar siempre con absoluta regularidad; pero como no puede haber seguridad de que esto ocurra siempre, ha creído el Sr. Torres necesario disponer un aparato para evitar que durante los ensayos pueda quedar el bote, en marcha, sin tripulación y sin gobierno, expuesto á naufragar chocando en la costa. Este aparato detiene al bote automáticamente cuando no recibe señal ninguna en veinte segundos.

El electroimán E está montado en derivación con el que lleva el mismo nombre en el telekino (figura 2), de manera que funciona al mismo tiempo que aquél siempre que se hace una señal en H.

El motor eléctrico I, representado en la figura solamente por el inducido, está constantemente en marcha, y pone en movimiento dos discos D D', que giran en el sentido indicado por las flechas respectivas, y arrastran cada uno de ellos una de las palancas P P', sujetas á rozamiento suave; de manera que aunque el disco marcha siempre, la palanca se detiene en cuanto tropieza con un tope, y retrocede si la empuja la armadura A.

Esta armadura lleva en cada oscilación las dos palancas á los topes *t t'*, y como los discos D D' giran muy lentamente, las palancas se separarán de los topes muy despacio; pero si la armadura permanece inmóvil en la posición dibujada porque no recibe señal ninguna, la palanca P seguirá marchando hasta llegar al tope *a*, y si por algún desarreglo de los aparatos queda el elecuroimán E en corriente continua, entonces la armadura A permanecerá atraída, y será la palanca P' la que tropiece con el tope *a'*; en cualquiera de los dos casos quedarán en corto circuito, según indica el dibujo, las escobillas *m m'*, y lo mismo sucederá si se para el motor I, porque entonces se pondrán en contacto la bola *x* y el tope *y*. De manera que si se deja de mandar señales, ó si las enviadas no son bien obedecidas, y también si por cualquier motivo se para el motor I, en ambos casos quedan en corto circuito las escobillas *m m'*, y esto produce, como vamos á ver, la parada del motor.

En cuanto quedan en comunicación metálica *m* y *m'*, se establece el circuito (1).

(1) +, ν, m', m, a', E', V, —,

el electroimán E' atrae á su armadura, con lo cual se cierra el circuito (2).

(2) +, ν, ί, ὸ, e, II, n, A', h', h, W, o,

y el disco D gira en sentido contrario al que indica la flecha hasta llevar el frotador F á la posición B.

Al cortar el contacto B' se interrumpe la comunicación directa entre N y X, pero deja estos puntos en comunicación á través de la escobilla Q y la resistencia P; de suerte que se acorta la marcha del bote si es que antes de la maniobra era rápida, y un momento después, al establecerse el contacto B', se pone el inducido en corto circuito y el motor se para.

Si la parada ha obedecido á falta de señales, al hacer una nueva, cualquiera que ella sea, se rompe el contacto entre la palanca P y el tope *a*, la armadura A' vuelve al tope *n'*, la escobilla orientadora I pasa á ser activa, y el motor I' vuelve á marchar para cortar el contacto B y restablecer el B'. Si se para el motor I, cosa que sólo puede ocurrir en caso de avería, es necesario corregirla para que sea posible poner en marcha el motor del bote.

El frotador *f* (fig. 7) cambia de posición á cada oscilación de la palanca *b*, según se dijo al describir el telekino (fig. 2).

El aparato M sirve para establecer ó interrumpir la comunicación entre los bornes U V. Si las dos palancas *b* y *d* están en contacto con el mismo conductor (γ ó δ) hay comunicación, y en el caso contrario está cortada; al atraer el electroimán E á su armadura no se produce alteración ninguna en esto, porque cambian al mismo tiempo la posición de ambas palancas; cuando se produce aquélla es al desprenderse la armadura, porque entonces cambia la posición de *b* solamente.

Cuando se establece la comunicación entre U y V, se pone el motor I en marcha; el sentido del movimiento depende de la posición del conmutador A, y como este último es maniobrado por los brazos B B', se ve que el movimiento del disco ha de ser alternativo.

Parece que se conseguiría el resultado más sencillamente prescindiendo de los conductores γ δ, y poniendo en comunicación eléctrica el punto *m'* con el borne V; pero es más conveniente la disposición indicada para fijar exactamente la bandera (al detenerla) en la posición que se desee. Las maniobras más frecuentes y más importantes (hélice y timón) han de ser las que se manden con menor número de señales; por eso exigirá un gran número de ellas (13 en el bote de Bilbao) la maniobra de la bandera, y sería difícil empezar en el momento preciso y hacerlas con el ritmo necesario para terminar cuando la bandera llega al punto prefijado. Con la disposición indicada esto no es necesario. Se hacen trece señales; el electroimán E atrae á su armadura, que queda atraída porque la corriente que vuelve al telekino por el conductor β no se corta, y el telekino no vuelve al cero; al llegar el momento oportuno se hace una sola señal, se rompe el contacto retrasado del telekino, se corta la corriente de β, la bandera se detiene y el telekino vuelve al cero instantáneamente.

La figura 8 indica la disposición adoptada en la estación de recepción tal como se ha empleado para el servicio del telekino. Se ha prescindido de todos los detalles, suprimiendo en el esquema todo lo que no es necesario para la inteligencia de los dos puntos que hay interés en poner de relieve:

a) La disposición ideada por el Jefe de Telégrafos Sr. Santano, á las órdenes del Sr. Torres, para asegurar un buen contacto en el relevador que dá corriente al electroimán E.

b) La adopción de la caña M, para impedir falsas maniobras del telekino (fig. 2.)

La modificadión Santano consiste en hacer que el electroimán E (fig. 8) sirva de relevador al electrcimán E, que pone en movimiento el descohesor. Para ello ha bastado suprimir el conductor *o m*, que existe ordinariamente, reemplazándole por los dos conductores *o a*, *m n*, que se ponen en contacto cuando el electroimán atrae á su armadura. Este mismo electroimán ha de dar otro contacto (el H de la fig. 2) y éste se verifica entre el extremo inferior de la palanca *d f* y la pieza flexible *g*.

De ordinario los dos electroimanes E E', están en derivación, y atraen á sus armaduras al mismo tiempo, de manera que la descohesión se produce al llegar la armadura del electroimán E al tope de trabajo, y aun quizá, antes; el contacto entre la armadura y el tope será brevísimo, y podrá, en muchos casos, no durar lo suficiente para saturar las núcleos del electroimán E del telekino, y hacer que éste atraiga con fuerza la armadura.

Con la disposición Santano, al producirse la cohesión y establecerse el contacto *t*, funciona el electroimán E, establece, primero, el contacto *f g* y luego el *b n*, y sólo después que éste se ha establecido, entra en circuíto el eletroimán E, que ha de provocar, la decohesión.

El objeto de la caña M se comprende fácilmente. Si la suprimiéramos sería preciso llevar los dos coductores *o m* al punto donde se produjera el contacto, al lado de los aparatos de recepción, y estos dos alambres servirían de *antenas,* y facilitarían el que las chispas de los servomotores del telekino provocaran la cohesión del tubo radio-conductor.

No es esta disposición absolutamente necesaria, y prueba de ello es que no se adoptó en el triciclo, que, sin embargo, funcionó con regularidad; pero es indudable que da una gran seguridad y permite emplear un cohesor más sensible.

El plano señalado con el número 9 indica la disposición del conjunto de elementos que llevamos descritos, aplicados al bote de Bilbao y á su vista es fácil darse cuenta del modo de funcionar de todo el sistema, sin necesidad de nueva explicación.

Sobre algunos puntos de este interesante aparato, indicados en la descripción que antecede, conviene, sin embargo, llamar la atención nuevamente, para hacer resaltar el mérito de la invención del Sr. Torres.

a) Cerrado por la acción de las ondas Hertz el circuito que hace girar, con la rueda dentada, el conmutador del telekino, era necesario que no se produjese ninguna de las maniobras anteriores á la que se quiere ejecutar, al pasar el dicho conmutador por los contactos á aquellas correspondientes. A esta necesidad responde el *contacto retrasado,* que, como se ha visto, las hace ineficaces, de modo que al emitir en la estación de origen siete series de ondas, correspondientes á otros tantos cierres de la llave del manipulador, para mover por ejemplo el timón del bote hacia babor, el paso del conmutador por los seis contactos anteriores no produce ninguna de las maniobras que estos contactos significan.

b) No hubiera sido imposible, pero sí expuesto á error, llevar la cuenta del número de señales efectuadas, al pasar de una maniobra á la siguiente: el aparato de *vuelta al cero* evita, como se ha dicho, este error, haciendo que después de cada maniobra, y transcurridos pocos segundos, el conmutador vuelva á la posición de origen señalada con el número *o.*

Todavía el inventor de las máquinas algébricas, cuya fecunda inventiva para idear habilísimas disposiciones cinemáticas es admirable, ha proyectado y construído un aparato, no representado en los dibujos que acompañamos, pero que hemos visto funcionar, el cual dispensa al operador del cuidado de contar el número de veces que ha de cerrar la llave del manipulador, en cada maniobra. Un teclado circular lleva inscripto en cada una de sus teclas aquel número; basta oprimir con el dedo la tecla necesaria en cada caso para que, ya por medio de conductores, ó por las ondas de Hertz, se mueva el conmutador del telekino hasta el punto que corresponde á aquel número de señales.

c) Era posible que un bote en marcha, dirigido desde la costa, quedase expuesto, por no recibir señales ó por no obedecerlas, á chocar contra las rocas. El *interruptor automático* detiene el bote cuando ocurre aquella contigencia, evitando así su posible destrucción.

Se ve, pues, que el Sr. Torres ha salido al encuentro de todas las dificultades del problema, ideando las disposiciones necesarias para vencerlas. Por esto decíamos, al principio, que su invención es de carácter más general que las demás que conocemos relativas á este mismo asunto y que dejamos mencionadas.

Y ahora, debemos en justicia llamar la atención de la Superioridad sobre la cantidad de trabajo que significan, no solo la invención, sino la construcción y ensayo de todos estos aparatos. Algunas visitas al laboratorio instalado en el frontón de Beti-Jai convencen al visitante inteligente de la acertada y provechosa aplicación que se ha hecho de los elementos que el Estado ha puesto, con buen acuerdo, á disposición del Centro de ensayos de aeronáutica.

Pídesenos informe en la Real orden de 28 de Abril último sobre la «eficacia y trascendencia de estos trabajos» que el Sr. Torres viene desarrollando.

En lo que toca al telekino, al que ahora limitamos este informe, ya hemos dicho que por el mayor número de maniobras que permite ejecutar este sistema, ha de ser, en nuestra opinión, eficaz en mayor número de casos que otros que han sido ideados para resolver este problema con menos generalidad; y en todo caso, bien puede afirmarse que no ha de resultar en práctica inferior á ellos. Una circunstancia lleva consigo la invención del Sr. Torres, que

es inherente á su misma perfección y generalidad: la mayor complicación. ¿Qué será más eficaz en la práctica, verse imposibilitado de efectuar ciertas maniobras porque el sistema no dispone de los elementos necesarios para ello, ó correr el riesgo, poseyéndolos, de la mayor probabilidad de un contacto imperfecto, de que se afloje un tornillo, ó deje de aplicarse exactamente una escobilla al colector correspondiente? Sólo la práctica puede decidir sobre esto; pero es evidente que aquella probabilidad será tanto más remota cuanto mayor sea el grado de perfección con que se construyan los aparatos.

Podemos citar á este propósito el hecho relatado por los periódicos locales (1), del ensayo realizado en el bote de Bilbao en el otoño último, de un bote que funcionó con regularidad hasta una distancia de 1.500 á 1.800 metros de la costa; y el de haber presenciado los que suscribimos las pruebas efectuadas, bajo la dirección del Sr. Torres, con el bote que actualmente hay en el estanque grande de la Real Casa de Campo. Hemos visto marchar este bote á diferentes velocidades, virar á babor y escribor, retroceder en su marcha, venir al punto de partida, volver á salir, y todo esto obedeciendo con perfecta regularidad á las señales enviadas desde la orilla por la telegrafía sin conductores. La distancia máxima en estos ensayos fué de unos 250 metros. Esta distancia, independiente del telekino propiamente tal, está subordinada á la potencia de los aparatos de telegrafía sin conductores que se empleen.

Recordaremos que, como vá indicado en la descripción que antecede, el telekino que ha de aplicarse al globo, se ha simplificado, para disminuir las contingencias de una señal no obedecida, y porque en él no se ha de precisar, dado su objeto, un grado de exactitud tan grande como en el de los botes.

Conviene advertir, aunque claramente se deduce de lo que llevamos expuesto, que el telekino puede marchar por la telegrafía ordinaria; pero cuando el aparato receptor está instalado en un sistema móvil, como un bote, un globo, etc., es necesario acudir para dirigirle, á las ondas de Hertz. Debemos, al tratar este punto, llamar también la atención sobre la posible ineficacia de una señal transmitida, y no por imperfección del telekino, sino como consecuencia de las múltiples causas, que, ya inherentes á los mismos aparatos de la telegrafía sin conductores, ya á las condiciones atmosféricas, ó á otras causas menos fácilmente apreciables, hace difícil y á veces imposible la buena aplicación de las ondas eléctricas.

Y no estará fuera de lugar anticiparse á una duda que pudiera ocurrir. El inventor del telekino se vale de la telegrafía sin conductores, como de medio indispensable, en muchos casos, para hacer que aquel aparato ponga en marcha éste ó el otro servomotor; pero no se ha introducido en aquel modo de transmisión de señales por el medio ambiente, modificación que la ya justificada del Sr. Santano, ni se ha pretendido evitar los efectos perturbadores de una posible interferencia de las ondas enviadas con las procedentes de otro origen.

Y dicho esto sobre la eficacia del telekino fácilmente se contesta á la pregunta relativa á su transcedencia, pues bastará para ello mencionar las importantes aplicaciones que de él pueden hacerse. La dirección de un bote desde la costa ó desde otra embarcación, ya como salvavidas, ó con otro objeto, figura en primera línea, por aquel fin caritativo; la de una boya ó torpedo sumergido ó flotante, como elemento de destrucción, por desgracia hoy necesario en la guerra, puede ser también intentado con el telekino, aunque en este caso habrá que resolver, además, el problema muy interesante de la visión á distancias de 15 ó más kilómetros.

Surgió, á lo que parece, en la mente del Sr. Torres la idea del telekino al considerar la conveniencia de efectuar los ensayos de estabilidad del globo dirigible de su invención—en construcción hoy muy adelantada,— sin necesidad de exponer á un peligro, acaso posible, al aeronáuta que habría de manejar los motores y aparatos accesorios en las diferentes evoluciones del aerostato. Y esta es una nueva aplicación muy importante, no ensayada, que sepamos hasta el presente, y en la cual es de esperar que el telekino ha de responder á las previsiones y esperanzas en su empleo fundadas.

---

(1) Véase en *El Porvenir Vasco* de 10 de Noviembre de 1905, el acta levantada sobre la marcha del bote *Vizcaya*.

Experiencias con los aparatos ideados por el Sr. Torres, realizadas en París, Madrid y Bilbao.

En distintas ocasiones y con aparatos diferentes, pero cada vez más perfectos, ha realizado el Sr. Torres Quevedo experiencias de sus telekinos, todas muy notables é interesantes y algunas de ellas concluyentes, como demostración de la posibilidad de la trasmisión del movimiento á distancia.

Estas pruebas, ya numerosas, se han hecho en distintos puntos también, y su resultado se ha hecho público en revistas profesionales, en los diarios locales y en los de gran circulación, y estos elementos nos van á servir para su relato, tomando de todas estas publicaciones algunos de los párrafos más interesantes, que son los que dan cuenta de algunas experiencias del telekino en París, en Madrid y en Bilbao.

En los mismos días en que este número está en prensa van á realizarse nuevos experimentos oficiales en Bilbao, cuyo satisfactorio éxito es fácil de prever, dado el perfeccionamiento ya conseguido por el Sr Torres en la construcción de su aparato y el resultado obtenido hace unos días en las pruebas particulares, cuyo éxito ha sido completo, según hemos tenido ocasión de oir de labios de un testigo presencial. Es, pues, el telekino un aparato sancionado por la práctica, pero no por eso tienen menos interés los ensayos anteriores.

***

En la sesión de 3 de Agosto de 1903 presentó el ilustre ingeniero español á la Academia de Ciencias de París su primer aparato, encerrado en un estuche, el cual consistía sencillamente en una caja provista de una hélice y de un timón, cuyos movimientos podían ser dirigidos, desde una cierta distancia, por medio de la telegrafía sin hilos.

Acompañaba al aparato, una Memoria del Sr. Torres Quevedo, descriptiva del mismo y de su fundamento, y experimentado ante los académicos franceses, el inventor realizó con él los distintos movimientos que se había propuesto (1). Auxiliaron entonces á nuestro compatriota en sus ensayos y trabajos M. Kœnigs, que puso el laboratorio de Mecánica de la Sorbona á su disposición, y M. O. Rochefort, que prestó los aparatos de telegrafía sin hilos necesarios para estas experiencias y su concurso personal, contribuyendo ambos al éxito del primer ensayo del telekino, por lo que es justo consignar aquí sus nombres en señal de agradecimiento.

Estas experiencias fueron, en realidad, de laboratorio, pero sirvieron de base á las que después se habían de realizar con miras prácticas, como el movimiento del bote que sirve actualmente al Sr. Torres para sus ensayos.

***

El *Boletín Industrial,* en su número de Abril de 1905, da cuenta de las pruebas realizadas en el frontón Beti-Jai, con un triciclo, en el cual iba montado el telekino del Sr. Torres y Quevedo, en las líneas siguientes:

(1) *Comptes rendues des seances de l'Academie de Sciences.*—Año 1903. Tomo II, pág. 317.

«Ya tienen noticia nuestros lectores de este curiosísimo invento, que está llamado á ser un éxito universal para su autor, tan pronto como experiencias y perfeccionamientos próximos lo hagan absolutamente práctico.

Durante una de las últimas tardes de Marzo pasado, el Sr. Torres Quevedo tuvo la amabilidad de verificar unas interesantes pruebas de su invento ante los profesores de la Escuela de Ingenieros Industriales y la mayor parte de los alumnos que cursan en la misma los últimos años de carrera.

No podemos por hoy dar detallada noticia á nuestros lectores de lo que es el invento; pero la muchísima amabilidad con que el ilustrado inventor se nos ha ofrecido, nos hace concebir la esperanza de que muy pronto podremos ampliar nuestra información y hacerla más técnica que ahora.

Aun á riesgo de decir algo ya sabido, indicaremos que esta invención tiene por objeto transmitir órdenes á distancia, y hacer que esas órdenes sean ejecutadas por un aparato capaz de imprimir el movimiento dispuesto á un vehículo, un tren, un buque, etc.

La transmisión de *la orden* se hace utilizando un radiador y una antena que transmite las ondulaciones eléctricas á la atmósfera.

Esas ondas son recogidas por otra antena y un cohesor, colocado actualmente en un triciclo que puede moverse por la cancha del frontón Beti-Jai, que es donde presenciamos las experiencias.

Hasta aquí se trata sencillamente de una transmisión telegráfica sin hilos, pero el receptor de ese telégrafo es insuficiente por sí mismo para producir el esfuerzo necesario al movimiento del triciclo, y aquí entra el telekino para transformar esa insignificante energía y ser causa de que se produzca otra mayor.

Sobre el mismo triciclo va instalado un conmutador, cuyo órgano de conmutación, accionado por la onda, puede cerrar un determinado circuito de más potencia, producido por un generador independiente, que en el aparato actual es una batería de acumuladores.

Cada uno de esos circuitos, obtenido en cada una de las posiciones del conmutador, produce una maniobra diferente sobre un electromotor alimentado por esa batería y capaz por consiguiente de producir esfuerzos apreciables, y esos esfuerzos, transmitidos mecánicamente á las ruedas del triciclo ó á su directriz, producen los distintos movimientos que se desean y las direcciones distintas en el sentido de la marcha.

Lo que sí podemos añadir es que los que tuvimos la satisfacción de presenciar las pruebas del Beti-Jai, quedamos admirados de la inconsciente y puntual obediencia del aparato, que retrocedía, adelantaba, paraba ó se ponía en marcha á derecha ó izquierda, según las órdenes que previamente nos anunciaba su inventor.

Y no sólo somos nosotros los admirados, sino que los sabios miembros del laboratorio de la Soborna han admirado también la utilísima y muy curiosa aplicación que ha hecho el Sr. Torres Quevedo de las ondas hertzianas.

Mucho agradecemos al distinguidísimo Ingeniero sus atenciones para con nosotros, y mucho le deseamos que el éxito corone sus esfuerzos y que á nuestro modesto aplauso y nuestra simpatía por su obra se unan las simpatías y los aplausos del mundo entero.»

***

Realizadas en Bilbao (1) nuevas pruebas parciales y generales de carácter privado, y

(1) *La Energía eléctrica*, 10 de Diciembre de 1905.

de acuerdo la Comisión con el inventor del telekino, se convino en realizar las públicas en la tarde del 7 de Noviembre. Consistieron éstas en dar al bote eléctrico *Vizcaya,* en el que se instaló el telekino, una dirección determinada hasta el centro de la desembocadura de la ría; hacerle virar hacia Algorta; pararse; marchar hacia atrás; obligarle, en una palabra, á obedecer, con regularidad y precisión, las indicaciones de marcha que se les transmitían desde la estación transmisora, instalada en la terraza del Club marítimo del Abra. El éxito fué completo: el bote *Vizcaya,* á cuyo bordo iban ocho personas, maniobró con precisión matemática, á distancias que pasaron algo de dos kilómetros de la estación transmisora, donde estaba el Sr. Torres Quevedo.

Presenciaron tan brillantes pruebas el presidente de la Comisión de ensayos D. Adolfo de Urquijo, todos los vocales de la misma, gran número de ingenieros, arquitectos, médicos y otros profesionales; representantes de la prensa local y madrileña; Comisiones de los Ayuntamientos de Las Arenas y de Algorta y numeroso público de Bilbao y pueblos de ambas márgenes de la ría. *La Energía Eléctrica* comisionó, para que le representase en tan importante ensayo, á su competente colaborador el reputado ingeniero D. Manuel Malo de Molina, director de la Cooperativa Eléctrica.

La estación transmisora en nada se diferenciaba de una de telegrafía sin hilos, habiéndose utilizado el sistema *Telefunken* (1), nacido de la fusión de los *Braun* y *Slaby-Arco,* que explota en España la representación de la A. E. G., potente Sociedad unida para el negocio de la telegrafía sin hilos con la casa Siemens; constaba, por lo tanto, de los circuitos siguientes: 1.°, del motor ó del origen de energía; 2.°, del interruptor ó primario del carrete de inducción; 3.°, del secundario del carrete; 4.°, del excitador, y 5.°, del radiador.

El origen de energía era una batería de acumuladores *Tudor;* la capacidad intercalada en el circuito excitador, una batería de condensadores Leyden; el carrete de inducción, una bobina *Runkorf* ordinaria.

En el bote se montó la estación receptora de telegrafía sin hilos (con sus circuitos colector, cohesor, descohesor y auxiliar ó de gran intensidad), que actúa cuando á ella llegan las ondas hertzianas, sobre los dos servomotores, de la hélice el uno, y del timón el otro, por intermedio del telekino. Lo mismo que en la estación transmisora, en la receptora utilizóse una batería de acumuladores *Tudor,* intercalada en el circuito auxiliar ó de gran intensidad, del que forma parte el relevador, montado á su vez en el circuito del cohesor.

En el montaje de los aparatos que componen la estación receptora se ha introducido una modificación muy importante para el mejor funcionamiento del telekino, sobre la cual insistiremos oportunamente.

El día 10 de Noviembre, bajo la presidencia del Sr. D. Adolfo de Urquijo, se reunieron en la Diputación provincial de Vizcaya los señores D. Leonardo Torres Quevedo, D. Evaristo de Churruca, D. Enrique Gadea, D. Luis de Urrutia y D. José L. Torres Vildósola, que constituyen la Junta de *El Telekino,* los cuales acordaron hacer constar, como consecuencia del examen y pruebas efectuadas con el aparato *Telekino,* de la invención de D. Leonardo Torres Quevedo:

1.° Que han visto, con gran satisfacción, que con dicho aparato se halla resuelto el problema de la dirección y maniobra de embarcaciones á distancia, utilizando como medio transmisor de *señales órdenes,* la telegrafía sin hilos.

2.° Que dicho aparato responde por completo al fin perseguido por el inventor, pro-

(1) *La Energía eléctrica,* 10 de Marzo de 1906.

yectando aún sin embargo este señor, completar aquél con modificaciones de detalle que simplifiquen y aseguren sus maniobras, sin que afecten para nada á la esencia del problema, el cual debe considerarse definitivamente resuelto; y

3.º Por indicación del inventor; en atención á lo avanzado del otoño, y para dar lugar á la ejecución de los detalles indicados, la suspensión de los ensayos hasta la primavera del año próximo.

***

Por último, la *Revista general de Marina,* en Junio de 1906, decía:

«Una verdadera novedad hemos visto, que nos sorprendió porque no teníamos de ella conocimiento, y es el aparato electro-mecánico, que pudiéramos llamar *de seguridad,* ideado por el Sr. Torres Quevedo, para detener el movimiento del motor principal del bote, cuando no logren hacerlo las señales hertzianas, por un entorpecimiento accidental de la comunicación radio-telegráfica.

Reconoció el Sr. Torres lo necesario de este *aparato de seguridad,* durante las últimas experiencias de Bilbao, en las cuales hubo momentos de correr la embarcación verdadero peligro de estrellarse, por no parar su hélice cuando se ordenaba desde tierra.

También sin pretensiones de describir el aparato, y sólo como noticia de él, diremos que consiste en dos pequeños motores eléctricos, puestos en movimiento constantemente por la energía de los acumuladores, desde que el bote comienza á maniobrar. Estos motores activan y desactivan unos electroimanes que interrumpen el paso de la corriente de los acumuladores al motor principal; sin que impidan el paso de la misma, tan luego se reciban las señales hertzianas para continuar la marcha de la embarcación. Aunque el funcionamiento de este aparato exige que se halle siempre en marcha, su consumo es insignificante, pues no llega á 0,2 de amperio, y la batería de acumuladores puede producir hasta 40 amperios.

Terminada nuestra visita al Centro de ensayos, nos llevó el Sr. Torres á la Real Casa de Campo, en cuyo estanque funciona otro Telekino en un bote de muy pequeñas dimensiones, y allí pudimos ver el manejo práctico y efectivo de cuanto habíamos visto antes en el Centro de ensayos; aunque en escala más reducida.

La pequeña estación transmisora, con su antena, estaba situada en la orilla del estanque, y la manejaba un Oficial del Cuerpo de Telégrafos, á quien acompañaban otros varios que deseaban presenciar las experiencias de aquella tarde. El bote conteniendo el receptor hertziano, el Telekino y los motores, arbolaba también la antena receptora. Su funcionamiento fué perfecto: á nuestro mandato abrió el bote del muelle, al pie de la estación; marchó en línea recta; evolucionó por ambas bandas; dió avante y atrás, y regresó al punto de partida con tal precisión que parecía como si un hilo invisible, ó un poderoso imán, lo atrajese al lugar donde nos encontrábamos. Todas estas maniobras las repitió tantas veces como quisimos, sin tropiezo, y causaba una especial sensación contemplar los movimientos de aquella navecilla silenciosa, sin más voluntad que la nuestra desde tierra.

Sacamos de allí la impresión de que el problema del gobierno á distancia está resuelto, y que los perfeccionamientos sucesivos lo harán cada día más práctico y viable. Claro es que se trataba de un pequeño bote y de un estanque; pero, dadas las circunstancias, todo funcionó á maravilla.

Nos pareció también que su principal aplicación; por lo menos, la que primero habrá

de dársele, es la del torpedo dirigible; pero habrá que resolver antes dos problemas importantísimos, que son: la desaparición, ó, al menos, la disminución de la altura de la antena, y la inmunidad á la acción de otros aparatos radio-telegráficos, que bien pueden ser los que á propósito lleve todo buque para librarse de los ataques del torpedo *radio-dirigible.*

Respecto al primer problema, algo nos dijo el Sr. Torres Quevedo, y algo le manifestamos por si pudiera servir. Desde luego, tuvimos ocasión de ver que se podía suprimir la antena transmisora, porque desconectándola de la estación, funcionaba, sin embargo, el receptor, como cuando estaba la antena conectada. En cambio nos dijeron que era imposible suprimir la antena receptora, precisamente la que lleva el bote, y la que es importante hacer que desaparezca.

Se nos ocurrió que, multiplicando las antenas, podrían hacerse, en cambio, menos elevadas, á lo que respondió el Sr. Torres que experimentaría en tal sentido; pero creemos que aun cuando se lograra disminuir la altura de las antenas, y, por tanto, su visibilidad, habría un aumento de resistencia á la marcha del torpedo casi sumergido.

En cuanto al problema de la inmunidad radio-telegráfica, nada podemos decir. Difícil creemos su solución, pero ignoramos los trabajos del Sr. Torres en este terreno.

Resumiendo: la amabilidad del Sr. Torres nos ha permitido ver todo lo que él ha alcanzado, que es mucho, en el problema del gobierno á distancia. Cuanto hemos escrito es la verdad, y nos parece que, por lo menos, no se ha llegado á más por ningún otro inventor.

Nuestra más sincera y entusiasta felicitación al sabio ingeniero, y nuestro agradecimiento por las atenciones que nos ha dispensado.»

***

Ha prestado su valioso concurso al Sr. Torres y Quevedo en todos sus trabajos de aplicación de las ondas hertzianas, el Sr. Santano, distinguidísimo oficial del cuerpo de Telégrafos, inventor del sistema *Duplex,* de trasmisión simultánea de dos despachos y notable electricista, el cual merece en estas notas la especialísima mención que le dedicamos gustosos.

La patente del Telekino y las experiencias francesas en Antibes.

Recientemente la prensa francesa se ha ocupado con elogio de las experiencias realizadas por M. Devaux, en Antibes, puerto perteneciente al departamento de los Alpes Marítimos, con un nuevo aparato de transmisión eléctrica á distancia, sin hilos, en los tres primeros meses del año actual.

Los ensayos citados tuvieron lugar en un radio de acción de 400 á 1.800 metros, y según las referencias á que hemos aludido su éxito fué completo, asegurando el autor, en una Memoria publicada por el *Bulletin de la Société Internationale des electriciens,* que puede aplicarse el aparato al movimiento de un submarino sin tripulación, lo cual desde el punto de vista militar presenta grandes ventajas.

No dudamos del éxito de las experiencias de Antibes, pero tampoco cabe pasar en silencio la notable semejanza, la identidad mejor dicho, que existe entre el aparato de Devaux y el telekino, tal como el Sr. Torres Quevedo lo describe en su *Addition au brevet d'invention núm. 327.218,* de 1.º de Diciembre de 1903, á la patente que el año anterior había obtenido en Francia.

Conocen los lectores lo suficientemente bien el telekino, para dispensarnos de repetir una vez más su descripción: será suficiente reproducir la lámina esquemática que lo representa y compararlo ligeramente con el aparato de Mr. Devaux y con los esquemas del mecanismo ideado (!) por este señor. La figura C representa el telekino del Sr. Torres Quevedo y la figura 1.ª repre-

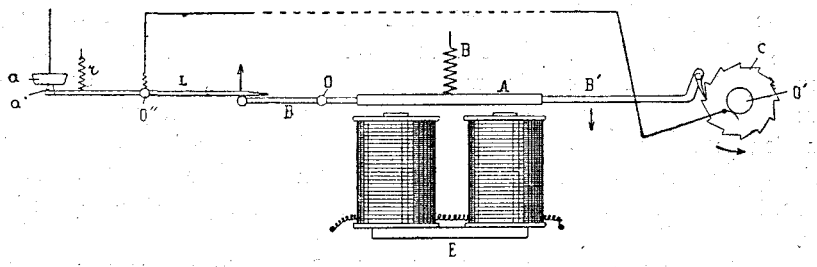


Figura 1.ª

senta en el aparato de Devaux, el electro E, que puede atraer una armadura A mantenida por un resorte antagonista *r,* y con un eje en O.

«Esta armadura—dice Mr. Devaux—se prolonga en ambos sentidos por los brazos B y B′. El brazo B′ provisto de un diente, engancha en la rueda C que lleva el eje O′ de un distribuidor y la hace avanzar un diente á cada excitación

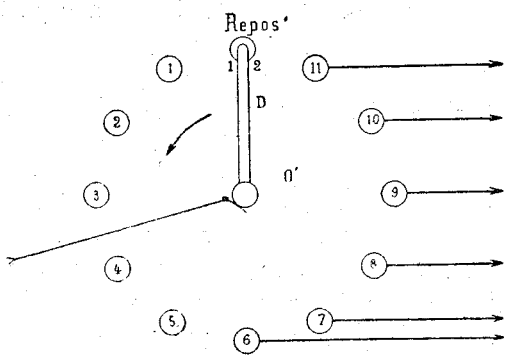
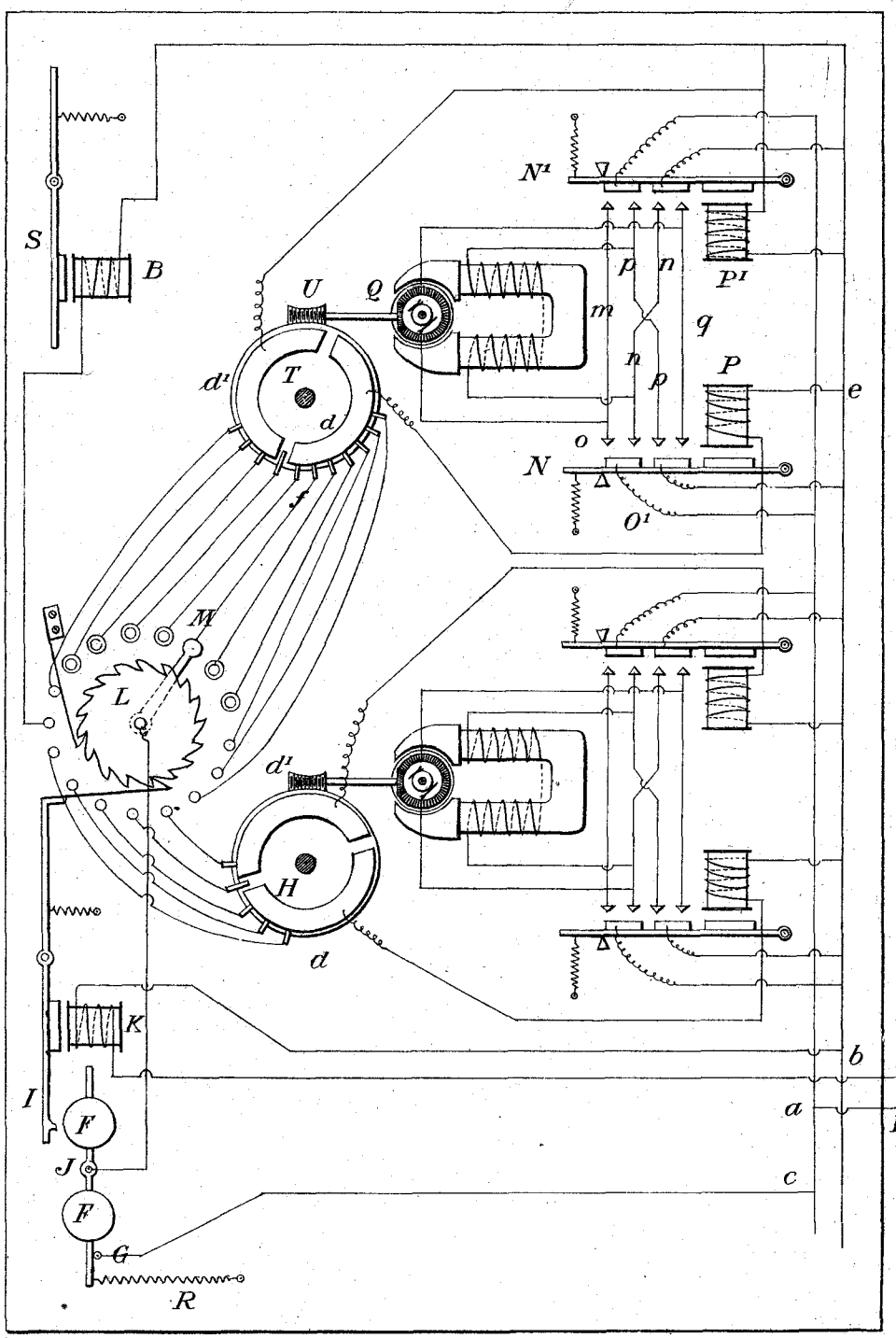


Figura 2.ª

del electro. El brazo B choca en cada excitación con el extremo de la palanca articulada en O″ y forma su conmutador en *aa′*.

»En la prolongación del eje O′ se encuentra un brazo D cuyo otro extremo toca á una serie de *plots* 1, 2, 3,... 12 (fig. 2.ª), y permite distribuir así la co-

FIG. C.



rriente que llega por el eje O′ sobre estas doce diversas posiciones y los circuitos que representan.

»El avance del distribuidor es de un *plot* á cada excitación del electro E.»

¿Cabe mayor semejanza entre uno y otro aparato? La identidad es tan absoluta que basta la inspección de las figuras para comprenderla inmediatamente. Pero aún hay más: la única variante entre los dos aparatos, estriba en el procedimiento de hacer volver la palanca J del Sr. Torres lentamente á su posición para evitar que al pasar de una maniobra á otra no se realicen las intermedias, y este detalle del que prescinde el Sr. Torres en su adición de patente citada y que después ha resuelto por variadísimos é ingeniosos procedimientos, ha inducido á emplear á Mr. Devax, un mecanismo que no puede funcionar, según puede demostrarse fácilmente, lo que no hacemos por evitar dar á este asunto demasiada extensión.

Contituyen, pues, los aparatos y experiencias de Antibes, una usurpación científica del invento español, lamentable y triste para nosotros, pero cuyo satisfactorio éxito es una nueva demostración del que ha tenido el telekino y de lo mucho que aún la ciencia puede esperar de este aparato.

No sabemos si el Sr. Torres Quevedo ha realizado alguna gestión reclamando la primacía de los derechos de inventor sobre el aparato ensayado en Antibes; pero si se ha hecho, ha debido ser inmediatamente atendida, pues no cabe mayor identidad entre ambos mecanismos.

Algunas consideraciones sobre las aplicaciones del telekino.

Expuestos ya los principios fundamentales del más popular invento del Sr. de Torres y Quevedo, conocidos los laudatorios dictámenes que ha merecido en España y en Francia, relatadas las experiencias que en distintos puntos se han realizado con éxito completo, sólo queda pensar en el porvenir de este invento y en las numerosas é interesantes aplicaciones de que puede ser objeto.

Como dicen en su dictamen los ilustres Académicos españoles debe pensarse en primer término en su aplicación á la dirección de un bote desde la orilla ó desde otra embarcación como salvavidas en caso de peligro, pudiendo con su uso cumplir un fin altamente noble y caritativo.

En otro orden de ideas cabe utilizarlo como elemento en destrucción para el lanzamiento de torpedos, fin en que es también necesario pensar por desgracia. Y ya que nos ocupamos de los servicios que el telekino puede prestar á la marina de guerra, es pertinente recordar la lamentable decisión de nuestro ministerio del ramo, condensada en una Real orden de fin de Marzo, la cual fué muy comentada y objeto de tristes reflexiones. Negábase en ella al Sr. Torres y Quevedo el auxilio necesario para realizar experiencias de direc-

ción de torpedos automóbiles que había solicitado como Ingeniero director del Centro de Ensayos de Aeronáutica.

Aquella Real orden contenía algún párrafo enteramente impropio de un centro oficial, y sólo por realizarse experiencias análogas en Francia se consideraba que pudiera tener interés las que pretendía realizar el Ingeniero español. No insistimos más sobre este asunto, lamentando sinceramente el contraste que ofrecen las dificultades de Madrid, con las facilidades de todo género que ha encontrado Mr. Devaus para sus experiencias de Antibes y para aplicar el invento al movimiento de submarinos y torpedos y á cuantas miras tiendan á la defensa nacional.

El Sr. Torres y Quevedo ha pensado también en utilizar el telekino para los ensayos de estabilidad y dirección de aerostatos, que pudieran ser peligrosos para el aeronauta, y con este fin han de realizarse dentro de breve plazo algunas pruebas y experiencias con el globo por él ideado también, y del cual encontrará más adelante el lector una descripción y varias fotografías. Y caben aún numerosas y nuevas aplicaciones, pudiendo decir, en resumen, que el telekino es un aparato de interés inmenso, cuyo porvenir apenas se vislumbra, pero que se comprende que reserva á la humanidad grandes y señalados servicios.

LOS GLOBOS DIRIGIBLES

Primeros trabajos del Sr. Torres Quevedo.—Juicios de las Academias de Ciencias francesa y española, favorables á los mismos.—La nueva patente de globos fusiformes.

Primeros trabajos del Sr. Torres Quevedo.

Antes que del telekino, se había ocupado el Sr. Torres Quevedo de estudiar el más interesante de los problemas que á la ciencia moderna se presentan, el de la aerostación. Como resultado de estos estudios, presentó en 1902 á la Academia de Ciencias de París, una Memoria estudiando un ante-proyecto de globo dirigible, y otros dos trabajos á la Academia Española, titulados *Memoria descriptiva,* en que se funda la petición de privilegio para ciertos perfeccionamientos introducidos en los aerostatos dirigibles, y el segundo, *Nota sobre el cálculo de un globo con quilla y armadura interior.*

Antes de tratar de estos primeros trabajos del Sr. Torres, cumplimos un deber de justicia al hacer una especialísima mención del Sr. D. Alfredo Kindelán, distinguido Capitán de Ingenieros, habilísimo piloto y aeronauta intrépido, el cual—así como el Sr. Santano ha auxiliado al Sr. Torres en sus trabajos sobre el telekino—ha prestado su inteligentísimo concurso al inventor en todas sus investigaciones, estudios y experiencias de aeronáutica. El señor Kindelán pertenece á ese grupo de jóvenes oficiales del cuerpo de Ingenieros, los cuales, con el Sr. Vives á la cabeza, han colocado á tan gran altura nuestro Parque de Aerostación Militar de Guadalajara y nuestro nombre en la esfera internacional.

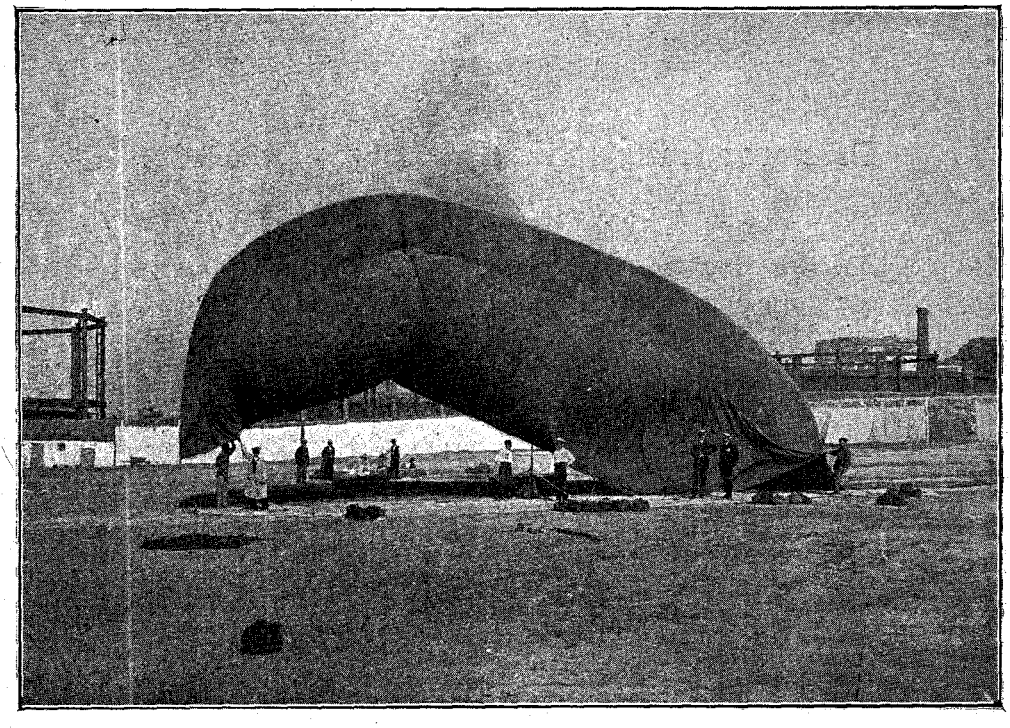
El problema de la dirección de los globos ha preocupado durante muchísimos años á una infinidad de hombres de ciencia, y á un número todavía más grande de soñadores que sin base científica ninguna han pretendido darle las más disparatadas y contradictorias soluciones.

El Sr. Torres Quevedo ha realizado con gran competencia un trabajo que, como suyo, es serio, importante y digno de estudio.

En el problema de la navegación aérea, hay que considerar dos aspectos principales: el de la fuerza necesaria para la marcha del globo y el de la estabilidad del mismo.

El primer aspecto ha sido hasta hace muy poco tiempo el predilecto de los inventores, pero hoy día este problema puede considerarse como defini-

tivamente resuelto, puesto que han llegado á construirse ligerísimos motores de petróleo que realizan considerables esfuerzos con muy poco peso, con 4 kilos, y aun menos, de peso por caballo de fuerza producido. Se puede, por lo tanto, llevar fácilmente en el globo un motor capaz de vencer la resistencia del aire y de marchar aun con viento contrario en la mayor parte de los casos, puesto que la velocidad de las corrientes de aire no excede por regla general de unos 12 metros y es fácil darle al globo 15 ó más metros de marcha por segundo. Queda, pues, por resolver el problema de la estabilidad



LÁM. I.—Al empezar á llenar el globo.

del globo en el aire y á este objeto ha dedicado el Sr. Torres todos sus esfuerzos y su clara inteligencia.

El problema, como se ve, entra de lleno en el terreno de la mecánica. En la *Memoria descriptiva* antes citada, analiza el Sr. Torres las condiciones de estabilidad de los globos ordinarios de suspensión exterior, barquilla á bastante distancia del globo y motor y hélice colocados en la barquilla; de este sistema era el globo *La France,* de Renard y Krebs, el *Santos Dumont* y otros muchísimos peor estudiados que estos dos.

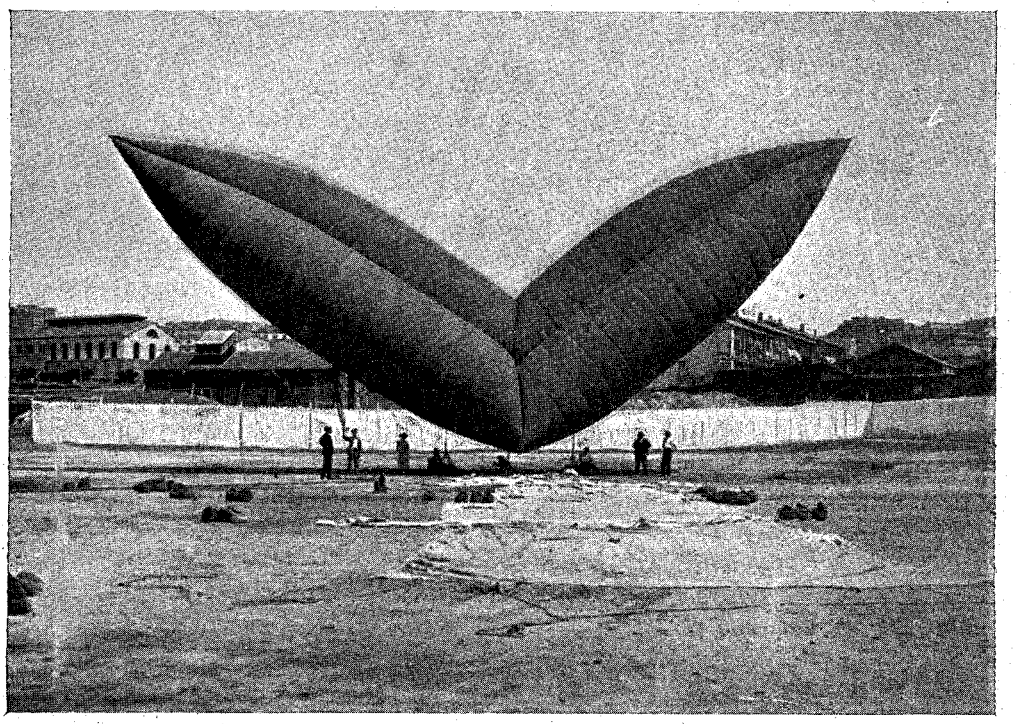
«Todos estos sistemas—dice D. José Echegaray en su informe sobre la Memoria citada—tienen un inconveniente para el equilibrio, á saber: que la fuerza motriz y la resistencia están en líneas horizontales distintas y á bas-

tante distancia una de otra, de donde forzosamente nace un *par* (1) de fuerzas que tiende á inclinar el globo y la barquilla.

Y, en efecto, lo inclinan.

Pero de esta inclinación nacen otro *par* de fuerzas, el de la fuerza ascensional y el peso del aerostato, que, no coincidiendo en la misma vertical, engendran otro *par* que tiende á equilibrar el primero.

El Sr. Torres estudia este problema por medio de fórmulas sencillísimas



LÁM. II.—Á la presión de cuatro kilogramos por metro cuadrado.

que no hemos de reproducir, porque el cálculo está desarrollado con toda claridad en la Memoria.

En ella se hace aplicación al globo «La France», suponiendo la velocidad de 6,50 metros, realizada en 1885, y la velocidad puramente teórica, porque no llegó á realizarse, de 13 metros, y calcula los ángulos de inclinación, que en este último caso hipotético hubieran llegado á ser superiores á 8 grados.

De toda esta primera parte del trabajo del Sr. Torres, se deduce, que el ángulo máximo depende de la diferencia entre la velocidad ficticia de la hélice (es decir, el paso multiplicado por el número de vueltas) y la velocidad del globo.

(1) Llamado *par perturbador*.

Y, además, se ve que para velocidades considerables, que hasta ahora en la práctica no se han conseguido, pero que se aspira á conseguir, el globo tomaría inclinaciones peligrosas. No bastarían, pues, las antiguas condiciones de equilibrio.

Esto parece que induce á aproximar todo lo posible el eje de la hélice al eje del globo; pues cuanto menor sea dicha distancia, menor será el par perturbador de equilibrio.

De aquí nace la idea que ha desarrollado el Sr. Torres: *reducir la expresada distancia á cero.*»

La idea fundamental del sistema ideado por el ilustre Ingeniero español, era, como se ve, colocar en coincidencia el eje de la hélice con el eje del globo. Este era prolongado y simétrico, tanto respecto al plano medio horizontal, como al plano medio transversal, pero no con relación al plano horizontal que pasa por el eje.

El tercio central era prismático, ó si se quiere cilíndrico. El tercio anterior y el tercio posterior terminaban en punta y en prolongación del eje del globo iban la hélice y el timón. En la parte inferior del globo y adherida á él iba la barquilla con la máquina motora, el depósito de petróleo y todos los accesorios.

Desde esta barquilla se transmitía por un cable la fuerza motriz á la hélice, y desde ella se maneja el timón.

Todos estos pormenores están minuciosamente estudiados por el Sr. Torres, y pueden verse en las láminas que acompañan á su Memoria.

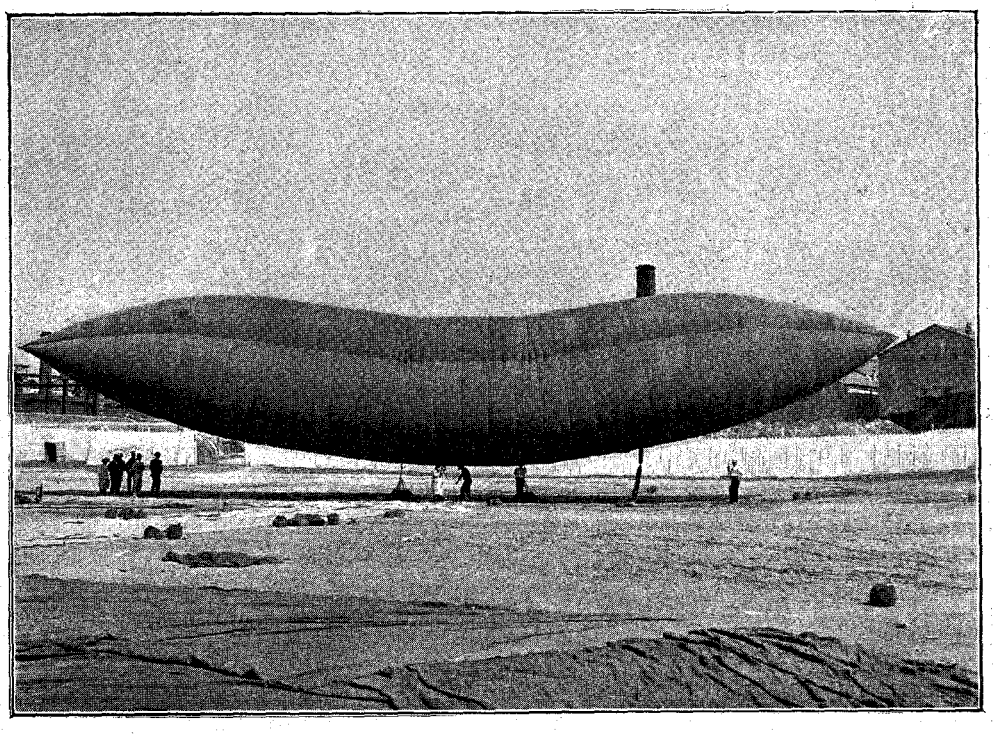
Este primer globo, lo mismo que el que ha sido objeto de nueva patente, y que más adelante se describe, llevaba una armadura interior formada de triángulos isósceles, sobre los lados de los cuales iba montada la tela en forma de segmentos en análoga forma que en la nueva patente.

También había adoptado ya entonces el Sr. Torres la boya suspendida de los dos extremos del eje del globo por medio de dos tirantes para situar más bajo el centro de gravedad, sólo que los tirantes formaban un triángulo isósceles con el eje del globo en vez del triángulo rectángulo que forman en el modelo actual.

Aunque sumariamente, queda en estas líneas descrito el primer modelo de globos ideado por el Sr. Torres Quevedo, que, aunque haya sido después muy perfeccionado por el autor, no por eso es menos interesante y digno de estudio, por contener ya muchas ideas aprovechables y constituir un adelanto en la época en que fué estudiado y calculado.

Juicios de las Academias de Ciencias francesa y española favorables á los mismos.

Sometidos estos primeros trabajos al estudio de la Academia de Ciencias de París, ésta designó como ponentes á MM. Sarrau y Cailletet, los cuales leyeron su informe en la sesión de 21 de Julio de 1902; este informe, en el cual se hace la descripción del anteproyecto y se insertan algunas consideraciones



LÁM. III.—Á la presión de siete kilogramos por metro cuadrado.

sobre la teoría general de los aerostatos confirmando en un todo los trabajos de nuestro compatriota, y mostrándose perfectamente de acuerdo con ellos, termina diciendo que «el trabajo del Sr. Torres constituye una contribución muy interesante á la teoría de los globos dirigibles. El anteproyecto está bien estudiado, y aunque se tengan en cuenta las dificultades prácticas de ejecución, la Comisión estima que sería de gran interés para el progreso de la ciencia que el aerostato del Sr. Torres fuera experimentado».

***

Poco tiempo después, el ilustre Sr. D. José Echegaray emitía su dicta-

men (1) sobre los trabajos del Sr. Torres Quevedo sobre aeronáutica. Por su gran interés y por completar la descripción sumaria que hemos hecho del primer sistema de globo, insertamos á continuación parte de este dictamen, que hizo suyo la Real Academia de Ciencias.

«El globo del Ingeniero español difiere de casi todos los empleados hasta aquí, en que no consiste en una envolvente flexible, llena de gas hidrógeno, y cuya rigidez depende única y exclusivamente de la tensión interior del gas; de suerte que todos estos globos son como grandes vejigas hinchadas á fuerza de presiones interiores.

Mientras los globos son esféricos ó casi esféricos, no hay en esto grave inconveniente, porque el globo tiene poca tendencia relativa á cambiar de forma, aunque algo cambie.

Pero cuando el globo se prolonga, es claro que pierde condiciones de rigidez y que es fácilmente deformable; como que se convierte en una especie de saco prolongado á cuya sola vista asalta el temor de que pueda fácilmente doblarse por la mitad. Así, en el globo «La France», para impedir tal deformación, la barquillla dejaba de ser barquilla para convertirse en una especie de viga de gran longitud, que casi llegaba de extremo á extremo del globo, prestándole rigidez transversal y convirtiéndose en una verdadera quilla de aerostato.

Realmente se han propuesto y empleado antes de ahora varios globos armados como los de Zepplin, Tissandier, Roze, etc.; pero el Torres difiere esencialmente de todos ellos.

De las consideraciones que preceden nace la idea del Sr. Torres, y por ella impulsado fué resueltamente á las soluciones extremas como hacen con frecuencia los hombres de talento y de gran energía.

Puesto que conviene, según decíamos, colocar el eje de la hélice lo más cerca posible del eje del globo, el Sr. Torres en el eje mismo del globo la coloca.

Y puesto que los globos prolongados han de tener quilla, y cuanto más próximos estén el globo y la quilla tanto mejor, el Sr. Torres coloca la quilla dentro del mismo globo.

Pero como la quilla es preciso sostenerla en el plano de simetría y para ello se necesitan piezas rígidas ó barras, y sobre todo un sistema de tirantes, el inventor coloca todo esto dentro del mismo globo, y así justifica el título que da á su invención, á saber: *Globo dirigible de quilla y armazón interior. (Quille intérieur et suspentes intérieures.)*

Con esto, en rigor, queda descrito el invento de nuestro compañero.

Pero es tan interesante y tan digno de estudio, que todavía hemos de detenernos en él algo más, para que vea la Academia con qué profundidad y con qué minuciosidad científicas ha estudiado el Sr. Torres todos los problemas secundarios que se enlazan con el problema principal.

Hemos dicho que el globo del nuevo sistema está provisto de una quilla metálica interior, que sigue exactamente la línea meridiana del globo por la parte de abajo, y que corre de punta á punta.

Esta quilla es una especie de viga armada plana, compuesta de un larguero superior y otro inferior, unidos de trecho en trecho por barras verticales y reforzada por cruces.

Claro es que dicha quilla, abandonada á sí misma, no tendría estabilidad transversal y caería á uno ú otro lado.

Para mantenerla en su posición normal se han establecido de trecho en trecho, precisamente en los sitios en que están las barras, unas especies de cerchones triangulares compuestos de tirantes. Estos triángulos son isósceles, con el vértice en la parte inferior y la base en la parte superior.

Resultan, en resumen, formados por el tirante de la base, y por cuatro tirantes, que partiendo de los dos vértices de aquélla, van á parar á los extremos de cada barra.

Los dos vértices de la base están firmemente unidos á la tela superior del globo, de modo

(1) Publicado en la *Revista de Obras Públicas*, año 1902, números 1.401 y 1.402.

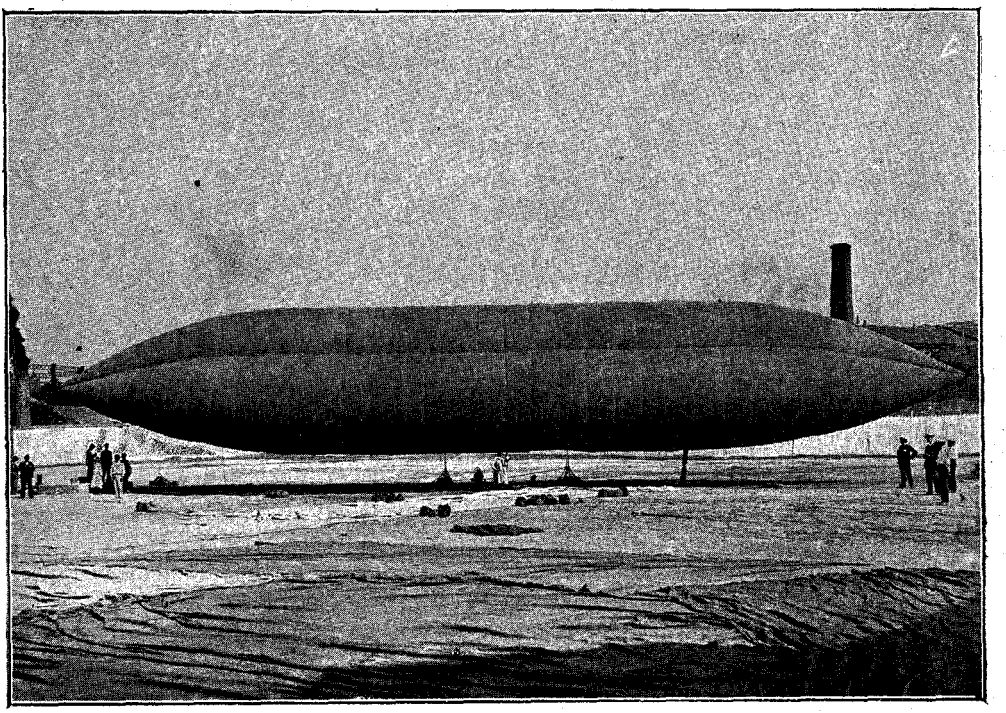
que el triángulo, que por estar compuesto de tirantes es flexible, cuelga, por decirlo de este modo, de la envolvente.

Claro es que dicho tirante superior impide que la presión interna separe los dos extremos de la base del triángulo.

Hemos indicado que los triángulos son flexibles; pero hay dos que no lo son, á saber, los que corresponden á los extremos de la parte cilíndrica de la envolvente, como puede verse en las figuras 4, 5 y 8.

Estos triángulos son rígidos y les dan rigidez tres barras que desde un punto central van á los tres vértices.

La serie de cerchones triangulares están unidos unos á otros, ó mejor dicho, á los dos



LÁM. IV.—Á la presión de once kilogramos por metro cuadrado.

triángulos rígidos, horizontal y verticalmente, por medio de tirantes, como puede verse en las figuras citadas.

En resumen, el interior del globo es una armazón metálica, pero relativamente ligera, compuesta de la quilla, de barras y de tirantes, que presenta rigidez en todos sentidos.

Su forma general es la de un prisma triangular de sección isósceles en el tercio del centro; y este prisma se va adelgazando, por decirlo así, hasta los extremos del globo.

Dicha armazón es la que ha de revestirse con la tela del globo mismo, la cual está dividida en cuatro partes, á saber: dos fajas convexas y adelgazadas hacia las puntas para cubrir las bases superiores de los triángulos, y otras dos simétricas que recubren los lados iguales de dichos triángulos á una parte y otra del plano de simetría del globo.

El Sr. Torres ha calculado minuciosamente todas las piezas de este sistema, que en el fondo es muy sencillo, pero no hay para qué entrar en pormenores que no ofrecen dificultades de ningún género.

Asimismo ha calculado la transmisión teledinámica desde la barquilla á la hélice, y las presiones que ejerce sobre el globo el doble cable al pasar por varias poleas y transmitir la energía propulsora del motor á la hélice.

Forma parte muy interesante de la Memoria, desde el punto de vista científico, el cálculo de la curva que afecta la tela del globo, tanto en la parte cilíndrica como en las regiones de popa y de proa.

El primer cálculo es muy sencillo, y, en rigor, el problema es análogo al que se resuelve en las catenarias, porque, considerando una sección recta en dicha parte prismática, todo se reduce á calcular la forma de una curva de peso uniforme por unidad de longitud y sometida á esfuerzos normales, que serán las diferencias entre las presiones del hidrógeno en el interior y las presiones de la atmósfera.

Está hecho el cálculo con tal minuciosidad, que el Sr. Torres tiene en cuenta hasta las variaciones de presión á diferentes alturas de la tela.

Hemos dicho *minuciosidad,* y la palabra no está bien empleada, porque si el Sr. Torres no hubiera apreciado estas diferencias, hubiera cometido errores de importancia al calcular el perfil del globo.

Uno de los méritos del trabajo del Sr. Torres, en el orden científico hoy y más tarde en el orden práctico, es el de plantear problemas y señalar puntos de vista que tienen verdadera trascendencia para el problema general de la estabilidad de los globos, y que hasta aquí, para la mayor parte de las personas, exceptuando para algunos especialistas, habían pasado completamente inadvertidos.»

La nueva patente de globos fusiformes

Muy recientemente ha obtenido el Sr. Torres y Quevedo una nueva patente de globos fusiformes, la cual constituye un gran perfeccionamiento sobre el sistema anterior. Comprendiendo el inventor los inconvenientes de la rigidez del aerostato y de situar una hélice única en el extremo del eje del globo, ha ideado un nuevo modelo enteramente flexible, con dos hélices, una á cada lado del eje.

Ha adoptado la flexibilidad del globo porque si éste no pudiera doblarse al quedar parcialmente vacío, el gas se acumularía en la punta más elevada y pasaría de una á otra en cada oscilación, produciendo la misma inestabilidad que ocasiona en un barco un lastre movible. En el sistema propuesto, el globo se dobla por el centro y la estabilidad es perfecta. Claro es que en cualquiera de los dos casos es preciso parar el motor en cuanto queda el globo flácido.

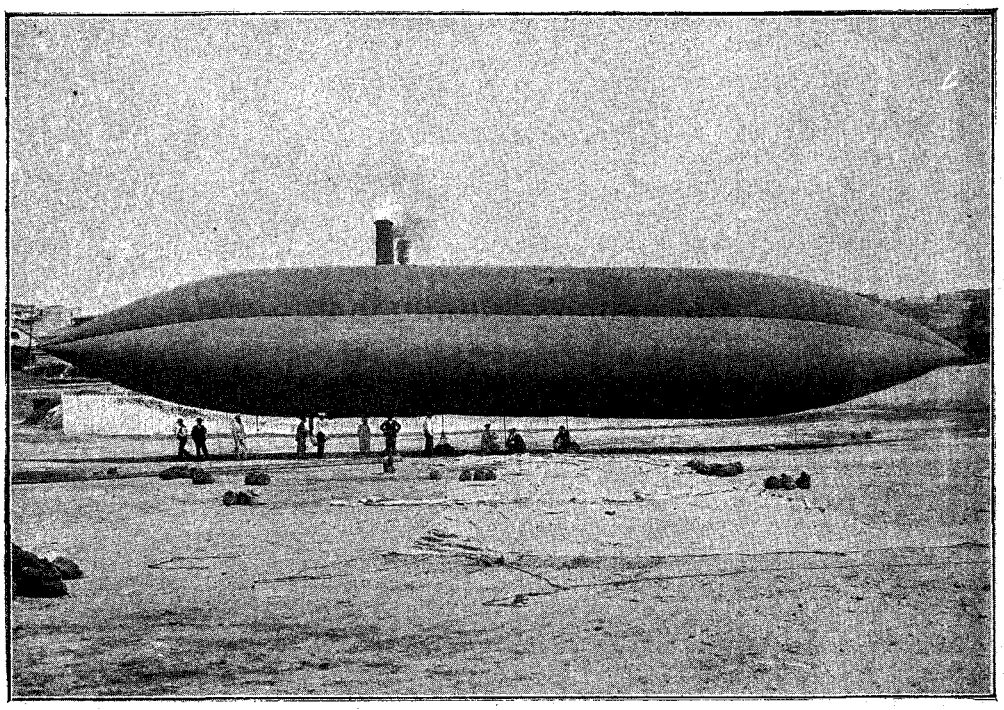
Para que los tirantes que sostienen la boya no se opongan á que suban las puntas, llevará el aeronauta á la mano una cuerda, atada por su extremo superior á la boya. Esta cuerda, va floja de ordinario; pero en cuanto la presión del globo disminuya, el aeronauta tirará de ella y suspenderá la boya.

La descripción de este nuevo sistema, tomada de la Memoria que acompaña á la solicitud de patente de invención, es la siguiente:

«Los globos dirigibles, lo mismo que los barcos, presentan una forma alargada, que se va afilando en sus extremos, para constituir una proa y una popa, destinadas á facilitar su marcha.

La fuerza ascensional se reparte á lo largo del globo, mientras que el peso—representado principalmente por los aeronautas, las máquinas, el lastre y los diferentes objetos que los aeronautas necesitan llevar á mano—ha de ir concentrado en un punto, hacia el medio del globo, de suerte que éste tiende á doblarse levantando las dos puntas.

Esta deformación se evita generalmente por medio de piezas rígidas, sea construyendo una armadura que se aplica directamente al globo (Zeppeling), sea empleando una barquilla muy larga que se sujeta á él por medio de tirantes de suspensión (Renard, Santos Dumont), sea acudiendo á otras soluciones, por ejemplo, la aplicada por Jolliot en el Lebaudy; pero siempre estas construcciones rígidas ofrecen inconvenientes de importancia: cuando se emplea una barquilla suspendida, su unión con el globo deja mucho que desear, y á pesar de



LÁM. V.—Á la presión de cuarenta kilogramos por metro cuadrado.

la suspensión triangulada, será imposible obtener en el sistema constituído por el globo y la barquilla toda la rigidez conveniente para marchar con gran velocidad; y si se emplean armaduras en una ú otra forma, éstas han de ser necesariamente quebradizas, aun siendo más pesadas de lo que convendría, y además han de estorbar considerablemente el transporte y manejo del globo.

Todas estas dificultades se evitan en el sistema objeto de esta patente, que consiste en construir dentro del globo una *armadura flexible,* destinada á impedir su deformación, pero compuesta únicamente de cuerdas ó telas, que se mantienen tirantes por efecto de la presión del gas que llena el globo, la cual ha de ser constantemente algo superior á la del aire ambiente. En estas condiciones, el globo conservará su forma mientras las fuerzas que tienden á deformarlo no produzcan en ninguna de las piezas de la armadura flexible un esfuerzo de compresión superior al esfuerzo de tensión que por efecto de la presión del gas le corresponde. Pero esta última es proporcional á la diferencia entre la presión interior y la exterior, mientras que las fuerzas deformadoras (peso y fuerza ascensional) son prácticamente inde-

pendientes de las presiones, de suerte que se concibe la posibilidad de mantener todas las piezas de la armadura en tensión, aumentando hasta donde sea necesario la presión del gas.

Es necesario, sin embargo, procurar que ésta sea moderada para no verse en la necesidad de exagerar la resistencia de la envolvente y los tirantes ni el poder de los ventiladores.

Pudieran adoptarse muchas soluciones diferentes fundadas todas en este mismo principio, pero me limitaré á describir una que se ha aplicado con buen éxito á un globo de 600 metros cúbicos, construído en el Centro de Ensayos de Aeronáutica, y otra que tengo proyectada.

La forma del globo á que acabo de referirme se ve claramente en las fotografías adjuntas. Su sección está limitada por tres semicírculos trazados sobre los tres lados de un triángulo equilátero. Su longitud es de 35,m1, de los cuales corresponden 15,m6 á la parte central cilíndrica y 9,75 á cada una de las proas.

En los encuentros de los tres lóbulos que constituyen la envolvente del globo se forman tres aristas, y á lo largo de cada una de ellas va uno de los *cables principales* A, B, C (fig. 1.ª), sujeto á las telas de los lóbulos, según indicaré más adelante.

Estos cables principales están unidos entre sí, dos á dos, de trecho en trecho, por unos cables ó cordones transversales *m, n, p;* á éstos daremos el nombre de travesaños, y llamaremos nudos á los puntos en que se amarran á los cables principales. Los tres travesaños correspondientes á una misma sección forman un triángulo equilátero, y la distancia entre dos triángulos consecutivos es constantemente de 40 cms. en el globo que vengo describiendo.

Para completar el sistema se añaden á los cables principales y travesaños de que queda hecha mención tirantes inclinados representados en la figura por líneas finas, con lo cual queda constituída una viga triangular, perfectamente rígida mientras todos los tirantes estén en tensión.

Estos tirantes existen en la cara superior lo mismo que en las dos laterales, cuya proyección (una misma para ambas) se ve en la figura, pero en estas últimas existen, además, los tirantes de suspensión que parten de los nudos superiores y concurren en cuatro puntos de amarre: dos centrales, M N, de donde ha de colgar la barquilla, y otros dos más próximos á las puntas, P, Q, destinados á soportar la gasolina para el motor y la boya de estabilidad.

La unión de la viga flexible á envolvente está indicada en la figura 2, que representa un trozo de la arista inferior del globo. Las otras dos son enteramente iguales.

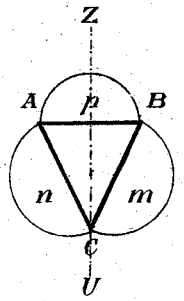
La arista propiamente dicha está formada por la cortina *a* (fig. 2) que va de una punta á otra, ligando dos telas muy fuertes K, K′ representadas con líneas gruesas en el corte transversal. A estas telas se cosen las que forman la envolvente E, E′, y además van sujetos entre ellas cables parabólicos análogos al G, cada uno de los cuales va de un nudo N al inmediato N′. Este cable—idéntico en su teoría á los de un puente colgante—refiere á los nudos toda la carga repartida uniformemente á lo largo de la arista rectilínea. Las cintas H H′ son bandas de impermeabilidad.

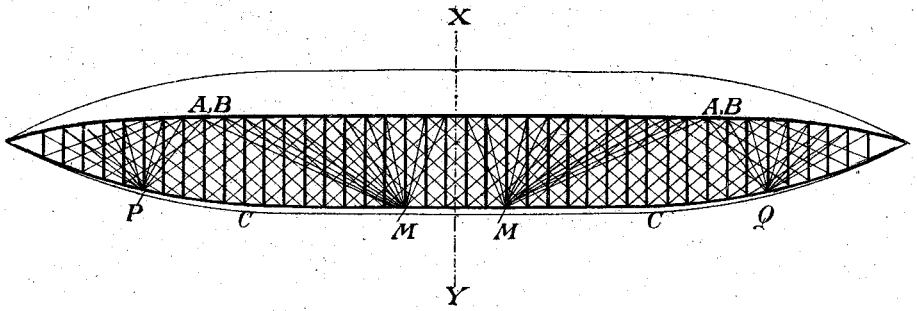
En el corte longitudinal he sombreado las telas K, K′ con líneas verticales, en la envolvente E con líneas transportables, y las bandas de impermeabilidad con líneas inclinadas. La única cortina que trabaja en malas condicionos es la *a*, pero las telas K K′ que son en realidad cintas de ocho ó diez centímetros de anchura, pueden elegirse tan fuertes como se quiera sin recargar excesivamente el globo, y siendo las telas fuertes no hay dificultad en reforzar la cortina todo lo que sea necesario.

Doy el nombre de aristas al conjunto de los cables G y C, las telas K K′ y las bandas de impermeabilidad H_1, H'_1, H''_1; y convendrá no hacer estas aristas demasiado largas, y aun quizá dejarlas un poco cortas, para que al llenarse el globo de gas á presión, sean ellas y no las telas de la envolvente las que resistan á la tensión longitudinal. Pero este resultado se consigue sin tomar precauciones especiales, porque las telas que se emplean en los globos se alargan considerablemente antes de desarrollar un esfuerzo de tensión apreciable.

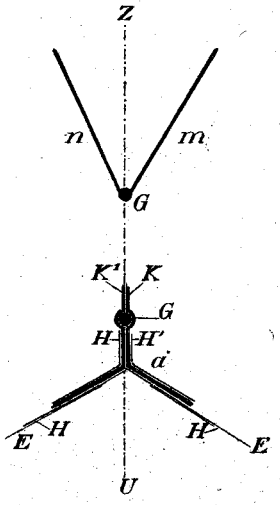
En un globo construído con arreglo á estas indicaciones, se conseguirá mantener forma invariable sin necesidad de comprimir exageradamente el gas interior. El que se ha construído en este Centro se ensayó en el Parque del Aéreo-Club el día 26 de Junio último, llenándolo de gas del alumbrado.

LA NUEVA PATENTE DE GLOBOS FUSIFORMES

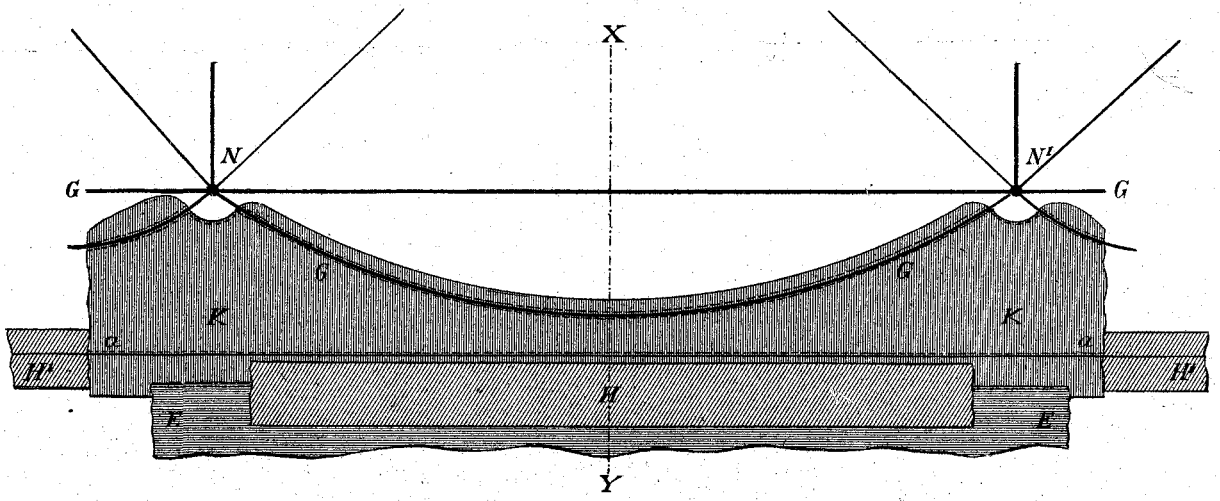




Corte por XY



Corte por ZU

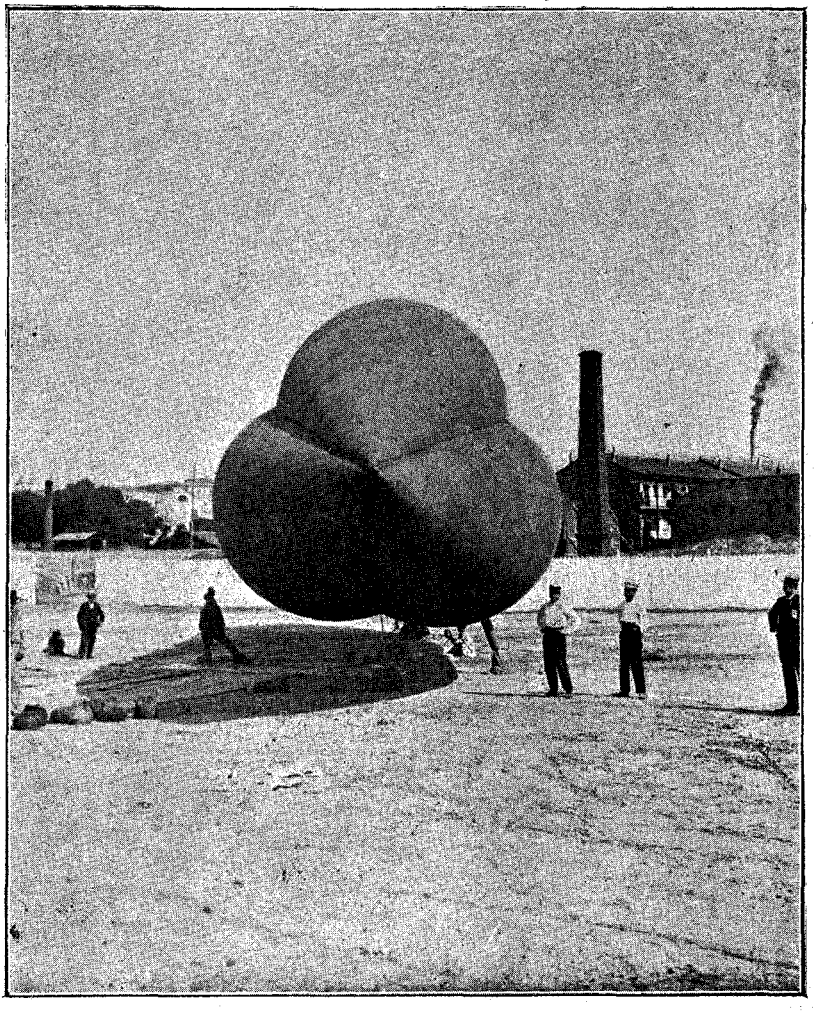


FIGURAS 1ª Y 2ª

En los fotograbados adjuntos se ha representado el globo en diferentes momentos:

Lám.	I	al empezar á llenarle.					
	II	á la	presión	de	4	Kg. por metro	cuadrado.
	III	»	»	de	7	» »	»
	IV	»	»	de	11	» »	»
	V	»	»	de	40	» »	»
	VI	Vista lateral del globo.					

Y, según se ve, á la presión de 11 Kg. por metro (muy inferior á la que generalmente se



LÁM. VI.—Vista lateral del globo.

mantiene en los globos dirigibles), toma el globo su forma normal, á pesar de que no tiene peso ninguno en las puntas, caso el más desfavorable que puede presentarse; por mejor decir, caso que no debe presentarse nunca. Si en vez de llenarle de gas del alumbrado le hubiéramos llenado de *hidrógeno*, la *presión necesaria* hubiera sido algo más considerable, pero siempre muy pequeña.

La construcción de la viga tal como se ha descrito resulta algo enojosa por el gran número de tirantes que exige, y además parece posible que en alguna ocasión se enreden estos tirantes al guardar el globo, y origina alguna dificultad cuando se quiere inflar de nuevo. Por eso creo que convendrá ensayar la nueva disposición que tengo proyectada, y consiste en formar la viga flexible con tres cables colocados en la arista misma y tres telas permeables, cada una de las cuales ha de ocupar una de las caras de la viga, sustituyendo así á los travesaños y tirantes inclinados. En este caso, como no hay nudos, resulta innecesario el cable ondulado y la arista quedaría formada, según se indica en el corte correspondiente. Los tirantes de suspensión terminarán por la parte superior en unas patas de ganso para repartir su esfuerzo de tensión á lo largo del cable principal; convendrá coserlos á las telas que forman la cara de la viga para evitar todo peligro de que se enreden unos con otros, y además los extremos de los cordones ó cintas que formen las patas de ganso se coserán á las telas K y al cable principal para que no puedan resbalar sobre éste.»

Este globo que ya se ha construído, será muy pronto ensayado, siendo el pensamiento del autor, aplicar el telekino á los primeros ensayos de estabilidad para evitar las posibles contingencias de su manejo al aeronauta que lo conduzca. No dudamos del éxito de estas pruebas que serán un nuevo triunfo para el Sr. Torres y Quevedo, que presenciaríamos con la más íntima satisfacción.

21 Globo 19

En justa demanda.

Todo lo anteriormente expuesto, demuestra que la labor científica del señor Torres Quevedo ha sido grande, fecunda y provechosa.

No es nuestro ilustre consocio un inventor de imaginación viva que se lanza en busca de lo desconocido sin saber dónde va á parar ni lo que quiere descubrir: estos inventores casi nunca resuelven nada ni inventan nada de provecho y utilidad. Torres Quevedo es un hombre de ciencia, cuyos conocimientos están cimentados sobre sólidas y verdaderas bases, que investiga en campo largo tiempo cultivado por él, y que lleva, por lo tanto, todas las garantías posibles de que el éxito corone sus esfuerzos posteriores, como ha coronado ya los que hasta ahora han ocupado bastantes años de su vida.

Además, el ilustre inventor de las máquinas de resolver ecuaciones, no se lanza en aventuradas y estériles empresas, sino que estudia siempre problemas de resolución posible, la cual puede prestar grandes servicios á la humanidad y muy especialmente á nuestra querida España, tan necesitada del trabajo de sus hijos.

Hay, pues, muchas probabilidades de que se continúe la serie de inventos del Sr. Torres Quevedo, si se ponen á su disposición los elementos materiales de estudio y de trabajo que pueda necesitar para sus investigaciones científicas. Hombres tan ilustres como D. José Echegaray, han participado de esta opinión y no han vacilado en trabajar sin descanso hasta conseguir del Gobierno de S. M. una subvención para que el inventor pudiera atender á los grandes gastos de construcción de sus aparatos, ensayos y experiencias de los mismos y nuevos estudios sobre los interesantes problemas científicos sometidos á su examen.

Pero no debe detenerse aquí la protección oficial: garantida la seriedad del trabajo del Sr. Torres Quevedo, demostrada con numerosísimas pruebas la utilidad de sus inventos, patente y claro su ardiente deseo de vencer en la lucha, é indiscutible su probidad, el Ateneo acude en respetuosa demanda de

protección para uno de sus más ilustres socios, ante las altas esferas del Gobierno.

Ateneo se atreve á pedir, por considerarlo de justicia, que no se dejen malograr los esfuerzos de una inteligencia tan privilegiada como la de Torres Quevedo por falta de medios para realizar sus concepciones: y así como en otros casos se ha concedido á ilustres pensadores españoles los elementos con que llevar á la práctica sus ideas, pedimos al Gobierno y á las Cortes, con la confianza puesta en el porvenir, que se monte un Laboratorio de Mecánica Aplicada para el desarrollo de las iniciativas del ilustre Ingeniero español, y lo pedimos con absoluta fe y seguridad de que el sacrificio del país no ha de resultar estéril.

Por muchos que sean los medios particulares de que pueda disponer un investigador para dar forma y realidad á sus concepciones, nunca serán iguales á los que el Estado le pueda proporcionar. En tal concepto, es de justicia que el Estado español facilite el modo de que el Laboratorio de Mecánica Aplicada pueda ser instalado conforme á las necesidades sentidas por el Sr. Torres Quevedo, para completar sus estudios y bajo su dirección.

Por si fueran necesarias algunas garantías, que no lo son, ahí están las pruebas últimas que, coronadas del mayor éxito, han tenido lugar en el Abra de Bilbao ante las representaciones de Cuerpos docentes, Academias y Corporaciones, incluso el Ateneo de Madrid, la del Gobierno de S. M. y la personal de Don Alfonso XIII. Si estas comisiones representan algo, es la prueba evidente de que los inventos de Torres Quevedo interesan al mundo oficial. La manera mejor de mostrar el interés no es otra que contribuir á su realización facilitando los medios económicos. Y estos auxilios solamente del Estado se pueden recibir.

Los descubrimientos y adelantos científicos son los verdaderos triunfos modernos del país donde tienen lugar; y pretender triunfar después por aquello que en su día no se protegió, como se pudo, sería arrogarse un derecho sin fundamento real y positivo.

Para esta Revista será siempre un honor haber promovido la idea de que se cree un Laboratorio de Mecánica Aplicada subvencionado por el Estado español, y bajo la dirección del eminente Ingeniero español D. Leonardo de Torres y Quevedo.

Ateneo.

La Ópera nacional.

Los excelentes propósitos que animan al actual ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Sr. D. Amalio Jimeno, en lo relativo á la música, dan actualidad nueva al viejo é interesantísimo problema de la Ópera Nacional.—Consagrado yo á su estudio desde que tocaba el violín, como director de orquesta después, como compositor, como académico y por último como director del Conservatorio, nadie extrañará que vuelva á la palestra y llame una vez más la atención del público para que se preocupe de asunto tan vital.

Tal vez la forma y tendencia de este escrito no se ajusten bien á la norma de la Revista del Ateneo...—Por si acaso y á precaución, pido al digno señor presidente y á los lectores de ella dispensa humildemente, que no dudo obtener en gracia de la buena intención que dicta mis palabras. También incurriré en el pecado de repetir conceptos y argumentos empleados otras veces; la razón es obvia: como el tema es el mismo y diverso el público ó diversa la forma en que á él me dirijo, para algunos tendrán novedad y carecerán de ella para otros; mas en todo caso, nuevos ó viejos, siempre serán de interés para quienes presten el suyo á este ideal.—Juzgo y vuelvo á rogar que me baste de excusa esta explicación.

***

He calificado de vital el problema de nuestra Ópera y lo es así desde cualquier punto de vista que se considere.

Si nos fijamos en el punto de vista artístico, observaremos el caso verdaderamente contradictorio de que el Estado costee un Conservatorio, si no modelo, muy superior á lo que creen los que no lo conocen, en el que reciben la educación musical multitud de alumnos en todas las manifestaciones del arte, y una Academia de Bellas Artes en Roma á la que van los compositores distinguidos, sin que luego ni el Estado ni la actividad musical española contemporánea, ofrezcan campo abonado de experimentación, ambiente favorable en que volar, teatro en fin donde manifestarse á los que proceden de uno y otro Instituto. Solo el alumno que se dedica á instrumentos de viento ó de cuerda, logra andando el tiempo y por la fuerza de las cosas, encontrar colocación en las orquestas ó en las bandas ó en los *sextetos* (!) que engendró y ha multiplicado nuestra miseria artística. Perdido casi por completo el antiguo género llamado de Zarzuela grande y no habiendo sido substituido por otro de proporciones análogas y de más alto vuelo, oficial ni particularmente, el alumno de canto y el de composición, no tienen más porvenir que emigrar aquél á Italia á sostener incruenta lucha y este, solicitar un libreto de género chico, dificilísimo de obtener de autor calificado, en el que el número más saliente suele ser hoy un tango ó cualquiera otra pieza bailable.

Los compositores que van á Roma, tienen que escribir por prescripción reglamentaria, Motetes, Óperas, Sinfonías... que componen en efecto. Si son

buenas ó malas esas composiciones, lo saben solo los señores jurados; al Estado y al público no les importa ni se enteran nunca, á menos de que el propio interesado provea al abandono oficial y á fuerza de paciencia, de peticiones y de sacrificios, consiga hacerlas ejecutar como Dios le de á entender, en medio de la más glacial indiferencia. El Estado ni el público ni apenas la crítica, se han preocupado jamás de esa insignificancia. ¡Para tal consecuencia, no se necesita la enseñanza superior; y es condenar al suplicio de Tántalo á los que van á Roma, solo para llenar su espíritu de ilusiones, ambición y quimeras!— Sin relación ni vínculo alguno los dos citados centros, sin Teatro lírico nacional alguno subvencionado, porque el Real es un Teatro italiano tan inaccesible hoy al autor español como el de la *Scala,* no tiene nuestro pobre arte otra manifestación teatral que la que le ofrecen los géneros chico é ínfimo (¡!).... En este género pues, con sus dos matices chico é ínfimo, es en el que pueden realizar sus ilusiones, desenvolver su genio, desarrollar sus cualidades, energías y potencia creadora los compositores españoles buenos y malos, viejos y jóvenes, así hayan ido á Roma ó no hayan pasado de Pozuelo, alentados y jaleados, salvo contada excepción, por una crítica superficial, y desdeñados por la que llamaremos culta y solo se ocupa de Bach, Gluck, Beethoven, Wagner y los modernísimos; estos, entre los que hay ya quien considera á Wagner como modesto precursor...

El Estado español, que cada dos años celebra una Exposición de Pintura, Escultura, Arquitectura, Grabado y Arte decorativo, hasta ahora no ha tenido á bien convocar un Concurso musical para premiar una ópera, una zarzuela, una cantata... *¡eso es música!*... Con este torpe chiste, que retrata el concepto que á muchos de nuestros intelectuales merece la más pura, la más fina, la más delicada, la más social é íntima de las bellas artes, salen generalmente del paso los que nos dirigen; siendo de justicia alegar en su abono, que la opinión, si no les aplaude precisamente, tampoco significa el deseo de que varíen de conducta. Los contados Concursos musicales que se han celebrado en Madrid, hánse debido á la particular iniciativa de la Academia de San Fernando ó á la de Sociedades particulares, dándose el increíble ejemplo de que las obras premiadas en el último—de la Academia—no han encontrado aún acogida en ninguna parte para ser ejecutadas.

***

Si del punto de vista artístico pasamos al material, bastará, para hacerse cargo de su importancia, fijarse en la sangría suelta que representan los sueldos que han venido y vienen percibiendo en España los artistas extranjeros cultivadores de la ópera italiana, siquiera desde los benditos tiempos de Farinelli—mediados del siglo XVIII—hasta la última función regia celebrada en el año de gracia de 1906.—También sufrieron otros países esa sangría; pero en los más de ellos está ya cicatrizada la incisión. El nuestro, que no es menos apto para el arte que cualquiera otro, ni siquiera la ha ligado todavía; la herida sigue manando, manando...

Aun si lo que se trae de Italia: obras, intérpretes, directores... fuera de altura tan extraordinaria que el contemplarla diera vértigos, podría tildarse la protesta de audaz, de arrogante é insensata...; pero si no es así. Con un poco de ambiente artístico que aquí se creara y un algo de interés que la opinión dispensase al asunto, bastaría para demostrar con hechos, muy pronto, que no separan leguas ni kilómetros, ni quizás menores distancias, al extro nacional del extranjero; ni es tampoco para asustar la técnica revelada en las obras que monopolizan hoy el género llamado ópera. Puede que no sea aventurado afirmar que estimulado el sentimiento nacional por el público y el Estado á su vez, produjera el romántico genio español muy luego, un arte músico más característico y de no menos valor que el ruso y el francés, que el alemán y el italiano. Si el arte es uno, ¿cómo dudar de que pueda llegar la música en España un día adonde llegaron su poesía, su pintura y su teatro? Esas maravillosas fábricas de piedra, esos templos que esmaltan la península, erigiólos *un favorable estado de opinión*. Velázquez, Lope y aun Cervantes, al cabo, tuvieron Reyes y grandes por Mecenas y público culto, apasionado, orgulloso y enamorado de su arte. Tal sucedió á los grandes maestros alemanes desde Bach hasta Wagner... Pues si comparamos nuestro estado presente en lo que atañe á la música, dejando aparte la protección que la augusta Real Familia concede á muchos artistas, rara vez agradecida por el público y jamás secundada por los gobiernos, ¿qué vamos á tener aquí, si á unos les embarga el más negro pesimismo y opinan otros que la única y genuina y verdadera y espléndida manifestación del arte músico nacional es la que se cultiva en los teatros de Apolo, Cómico y Eslava?... Esto no es verdad; no puede, no debe serlo. La protesta es justa, es patriótica, es ya necesaria. Hay que salir de tan menguada situación; hay que levantarse de tal bajeza...

***

En una conferencia que leí en el Ateneo—5 de Febrero de 1904—sobre este mismo tema, indiqué el procedimiento que á mi juicio nos conduciría al objeto que desde tanto tiempo persigo, á la creación de la ópera nacional. Todos los que la oyeron aplaudiéronla calurosamente, conviniendo en que estaba bien pensada, que era muy lógica, muy patriótica, etc., etc.

Pero es de notar que entre el auditorio, compuesto en su mayor parte de músicos, había también buen número de periodistas, y éstos—muchos de ellos amigos míos—que no escatimaron por cierto sus aplausos, decían: «Está bien, muy razonada, obsérvase profundo conocimiento de la materia; pero esto se realizará en el porvenir; hoy no es posible y el público no está por eso...» ¡Qué error!—El público no piensa en eso ni en lo otro; aplaude lo que le agrada y viceversa. Si le dan ópera española y se la dan bien, la acepta gustosísimo; si mal, la rechaza; pero si no se la dan ni buena ni mala, ni nadie le habla de tal asunto, él no se congrega para pedirla. Esa es la misión que corresponde á la prensa, como portavoz de la opinión pública; mas por el camino que llevamos,

amenaza ser un ideal de porvenir eterno, alimentado sólo por unos pocos, que ni aun salir pueden á diario á conmover la opinión, porque se corre el riesgo de que parezca personalísimo lo que debe tener muy amplio y general carácter.—El objeto de artículos y conferencias, es el de buscar el calor, la ayuda, el auxilio de todos aquellos á quienes nuestro arte debe interesar; de músicos y críticos principalmente, para que rodeen al ideal de atmósfera simpática...; pero si estos mismos que en el fondo lo juzgan bueno no hacen nada en su favor y no sale de los muros del Ateneo ni la impresión más débil de una conferencia, así sea para contestarla y discutirla, y se deja extinguir el fuego pequeño ó grande que el artículo trata de avivar; ¡todo trabajo será completamente inútil, la redención un sueño... habrá que dejar rodar la bola y que sigan adelante el género chico, el ínfimo, los sextetos y los cinematógrafos!

Sin altruismo, sin entusiasmo, no se puede alcanzar, no se ha alcanzado nunca nada grande. Yo llamaba con fuertes voces á la opinión, y ésta permaneció muda. No se ha de creer que de propósito ni mucho menos por hostilidad, sino por flojedad, por desidia, por falta de confianza en el público tal vez... ¿Qué hacer en este caso?... ¿Renunciar?... No en mis días; tomar otra senda, porque yo no cejo ni cejaré mientras tenga alientos. Séame permitido imitar al famoso censor romano.

***

Además de á la opinión, dirigíame al Sr. Ministro de Bellas Artes, para que unidas ambas fuerzas, lográsemos en no lejano porvenir ver realizado el ideal; pero dormida la opinión ó indiferente, estimo hoy por hoy de secundaria importancia la acción directa del Estado; no así la indirecta. Esta, si lentamente, puede ser de grandísima eficacia.

Una de las mejoras que debería introducir el Sr. Ministro, es la de crear premios nacionales para óperas; sinfonías con motivos populares, de que tenemos riquísimo venero; cantatas, que conmemoren los hechos más culminantes de la hidrópica Historia patria... *pero con la precisa finalidad de ejecutarlas dignamente;* de otro modo, serían letra muerta. — Cuando la ciudad de París publica uno de estos consursos, se cuida muy bien de destinar un crédito importante para costear la ejecución de la obra premiada. Esto es lo lógico, esto lo fecundo.

Si alguien considera esta petición como una gollería, recuerde que las otras artes hermanas de la música, tienen, como más arriba apunto, sus exposiciones periódicas, y observe también que el estupendo Museo del Prado, florón inapreciable de España, no ha nacido por generación espontánea, sino que ha costado mucho dinero.

Otra disposición que se impondrá al ministro que quiera poner orden en asuntos musicales, es la de que se cumpla el R. D. de tiempos del Sr. Conde de Toreno, relativo al *Diapasón Normal.* Yo tuve el honor de pertenecer á la junta que entendió en ello y presidía el Excmo Sr. D. José Cárdenas, Director de Instrucción Pública á la sazón. Se estudió; se discutió el proyec-

to—que es importante,—se aprobaron las conclusiones de la junta, se decretó en fin la adopción del diapasón normal francés en España, se compró un magnífico instrumental de orquesta para el Conservatorio... ¡y de ahí no pasó el efecto de tan acertada medida! Tan agudo y rabioso es hoy el diapasón que predomina en España, verdadero martirio de los pobres cantores é insidioso tormento de nuestro sistema nervioso, como lo era cuando se decretó la adopción del normal.—Para que dicha medida cristalice y sea práctica, es indispensable que el Ministerio de la Guerra ordene la modificación de los instrumentos de metal, que sean de ello susceptibles, en las bandas del ejército, y substituya los de madera, mediante el crédito necesario; y que las autoridades gubernativas no autoricen la apertura de ningún Teatro, cuya orquesta no se ajuste á dicho diapasón. La adquisición de nuevos instrumentos de viento, por los profesores respectivos, representa un sacrificio muy leve por el procedimiento de prorrata, comparado á los beneficios y trascendencia de la reforma.

Sería asimismo prudente, acertado y también trascendental, que una Junta de personas competentes, dependientes de los Ministerios de Instrucción Pública y Gobernación, interviniese en todo lo relativo al funcionamiento de los teatros y limitase el número de éstos á proporción debida. Es absurdo, es contra el arte, es hasta inmoral, el número de teatros que hay en Madrid. No cuenta nuestra capital población bastante para mantener catorce teatros. París debería tener en relación á Madrid setenta, y apenas tendrá veinticinco. Viena debería tener veintiocho ó treinta, y tal vez no pasen de siete... ¡Las consecuencias de este desorden son funestas!—En la lucha que entre las empresas se entabla, el arte no puede menos de perder; porque el público, fuera de los preceptos que impone la moda, acude—me refiero al espectáculo lírico,—no adonde le dan mejor arte, sino *adonde se lo dan más crudo*... Á eso queda reducida entre nosotros la educativa y civilizadora misión del Teatro. Esa anarquía es la que sugirió y decidió á las empresas madrileñas al mísero y lamentable sistema de funciones por horas.—Yo encuentro materialmente vergonzoso que el público soberano de Madrid esté todas las noches esperando pacientemente, la mayor parte en la calle, con lluvia ó con frío y aun con nieve, á que se desaloje el Teatro para entrar á las Secciones segunda, tercera y cuarta; y no en teatros de arrabal, sino en muy principales teatros. — Costumbre es impropia de una gran capital, que ha arraigado, por el abandono de los que debieran velar por el decoro del público y del arte. ¿Qué arte cabe en esos espectáculos? ¿Qué de artístico y levantado pueden idear el poeta ni el músico en término tan breve—*sesenta minutos de obra lírico-dramática*—tras una producción de millares y millares de piezas en un acto que ha estragado el paladar del público, sino el de suministrarle pimienta y mostaza á todo pasto, ó sea talcos, relumbrón, descoco, contorsiones y acrobatismo?...

Otra consecuencia fatal de nuestras novísimas costumbres, es la de que terminen las funciones teatrales en Madrid á hora tan avanzada, tan escandalosa pudiera decirse, que seguramente no tiene par en ciudad ni pueblo gran-

de ni chico de ninguna parte del mundo. Téngase en cuenta que me refiero á teatros, no á lupanares ni garitos; y digo novísima costumbre, porque hace un siglo, ocupando España la misma latitud que ahora, con el mismo calor y el mismo frío, entraba y salía la gente de los teatros á las mismas horas que entra y sale hoy en los del centro de Europa.

En París hubo época que á los espectáculos de orden secundario se les imponía una fuerte contribución destinada á subvencionar los primarios: Grande Ópera, Ópera Cómica, Francés y Odeón. Aquí no están los teatros olvidados, ciertamente, del Fisco, pero sobran lo menos la mitad. Con un Teatro de Ópera Nacional de primera, otro de Ópera popular y otro de Zarzuela en un acto en lo lírico, otro tanto en lo dramático y uno de Variedades, tendría Madrid lo justo. La vida sería más tranquila, las Compañías más robustas, los programas más artísticos y selectos.—He citado antes Viena y París, y torno, no á despropósito, á citarlas. Siempre que he querido entrar á oir una Ópera en los dos grandes teatros de dichas capitales, he tenido que formar en la cola para comprar el billete. En algún pomposo Teatro de Madrid *se regalaban* las butacas, la mitad ó un tercio lo menos de temporada, por sólo el precio del ingreso (!). Y no es porque los públicos vienés y parisién sean más aficionados al Teatro que el madrileño, no; es porque allí se disputan su favor *menos espectáculos,* y forzosamente están más concurridos. Es porque allí no basta que á un Juan ó á un Pedro, á un Bonifacio ó á un Felipe se le antoje edificar un Teatro sin condiciones de tal y donde le venga en gana. El antojo, si se tiene, se examina y estudia por un Comité, que lo autoriza ó lo deniega, fundado en razones de orden artístico y social. Aquí lo entendemos de distinto modo; por eso estamos en invierno llenos de teatros y barracas, bien que exhaústos de arte... Y no se traiga á colación la libertad y el absolutismo, que si Viena es cabeza de un Imperio, París lo es de una República.

También podía el señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes dictar ó hacer cumplir la orden de que todos los niños y niñas aprendan rudimentos de Música y Canto *en las Escuelas de instrucción primaria*. Así se practica en casi toda Europa.—Algo existe acerca de esto en nuestra legislación, pero no se cumple sino en algunas localidades de Cataluña.—Añádase á las Cartillas y libros de estudio Solfeos y Corales que aficionen insensiblemente y despierten el gusto por la Música, *la más educadora de las artes,* porque al Canto van ó deben ir siempre unidos altos conceptos y máximas morales que, aprendidos é inculcados en la niñez, nunca se olvidan, y daría por resultado á su tiempo un fondo tan sólido como suave que influirá y dulcificará poderosamente la dureza de nuestro carácter. Por lo menos se contendrá la salvaje tala del árbol y se librarán de morir á mano airada en provecho de nuestra Agricultura los millones de pájaros que sacrifica incesantemente la ambiente brutalidad.

Esto, á manera de inciso; pues yo no me resigno á esperar una nueva generación para realizar el sueño de toda mi vida, sobre que no lo considero indispensable.

***

Maltrecha y ya en ridículo por vieja la doctrina de que sólo se puede cantar buena música *en italiano*—es la única conquista que me atrevo á señalar desde que entré en la lucha,— proponía yo en la Conferencia citada que el Estado destinase una cantidad, que no pasaría de 500.000 pesetas, para el trabajo de traducción al español y adaptación de las óperas más en boga y asegurar la marcha del Teatro en que se plantease el proyecto.

Sepan quienes lo ignoren que todos los teatros nacionales extranjeros están subvencionados por el Estado, el municipio, el rey ó emperador, llegando en Francia la subvención á sólo el Teatro de la Academia Lírico-Nacional—antigua Grande Opera—á la respetable suma de 800.000 francos *anuales*. Yo sólo pedía 500.000 pesetas *sin periodicidad...;* pero como á este proyecto debía ir unido el apoyo de la opinión, y ésta no ha respondido todavía con la vehemencia necesaria, es cándido esperar que las Cortes del Reino voten este crédito para hacer otro ensayo.

En tal estado el problema, lo lógico y sensato parece renunciar á él; pero yo, vuelvo á decir, no renuncio sino á la fuerza. Creo verlo tan claro, tengo tanta fe en el procedimiento y me da tanta pena de que por falta de un poco de dinero perduren nuestros males y el problema no se resuelva, que lo que hoy no puede pedirse al Estado español, debe solicitarse del público. Un rico bastaría, bastarían diez filántropos, veinte, ciento, mil entusiastas de la idea, del progreso y de cultura patrias. — Apórtense 100.000 duros por una, por veinte, por ciento, por mil, por más personas, y nombren éstas una junta que los administre y vigile su inversión dentro del programa artístico; distribúyase el trabajo de traducción y adaptación, á poetas y músicos de responsabilidad; tómese un Teatro, el de la Zarzuela, casi indispensablemente, para que comience á funcionar un año después de constituída la Sociedad, término bastante para preparar el necesario número de obras en su principio; llámese simultáneamente á los mejores autores y compositores nacionales para que trabajen el género; combínese una buena compañía de artistas propios y extraños, sin pensar en estrellas, con orquesta y coro notables y directores de mérito; pónganse las obras con decoro y propiedad y un precio á las localidades en armonía con la fortuna pública para que acuda el verdaderamente aficionado, y ¡á trabajar!... ¡A trabajar entusiasta, normal y tranquilamente! Los 100.000 disminuirán, aumentarán ó se perderán totalmente — más adelante indicaré la manera de defenderlos;—pero responden bien administrados, de una vida de seis ú ocho años, sin ahogos, sin angustias ni usureros. ¡Pues si á eso llegáramos, si un teatro de ópera española funcionara artística y serenamente durante ese tiempo, seis ú ocho años, es seguro, es segurísimo que la opinión, esa opinión hoy remisa é incierta—porque el público, es más cobarde que valiente, no precede, sigue á los hechos, gusta de que se le impongan,— no á los seis ú ocho años, sino á los cuatro ó á los cinco, pediría á una voz que ese espectáculo nacional fuera trasladado á su casa y verdadero centro, al teatro Real; y ya en él, sin discusiones ni distingos, con los mayores elementos que su público ofrece, continuaría su tradición en la lengua

castellana y se hombrearía con los primeros teatros de Europa! — Así puede crearse la Ópera Nacional y dar el paso que requieren, que exigen nuestro honor y nuestro amor propio; así tendríamos personalidad artística eminente; así tendríamos grandes músicos y se enterarían el nuestro y los demás públicos de que los teníamos; pues aún en esto anda la opinión asaz desorientada... Unos ponen á veces lo que tenemos á los pies de los caballos, otros lo elevan hasta el cielo en que coloca Mahoma las huríes... Crisol sería el Teatro que propongo, en el que se apreciaran exactamente los quilates de nuestro valer; todo por un poco de dinero y otro poco de buena voluntad.

***

Los que no conocen estas cosas, creen que es imposible organizar una buena compañía de Ópera que no cueste un sentido, y están en un error. No es fácil, pero es hacedero. No saben los que opinan de aquella suerte, que un tenor, por ejemplo, inmediatamente antes de cobrar miles de pesetas por función ha cobrado menos de cientos. Yo he oído en Milán artistas de indudable mérito: tenores y bajos, contraltos y tiples, y me he sorprendido al saber el modesto, el irrisorio sueldo que ganaban. El secreto estriba en que los artistas trabajan barato, baratísimo, hasta de balde, y algunos dan dinero encima por conquistarse un cartel; que cuando lo logran, ya saben luego desquitarse.

Puede recordarse también, en contra de mi proyecto, el intento desgraciado de Ópera Española en el primitivo teatro Lírico. Mas hay que considerar que aquél fué muy distinto plan que éste. Allí se persiguió el imposible de crear un género de golpe y porrazo. Por equivocados cálculos además, se invirtió materialmente una fortuna antes de que las puertas del Teatro se abrieran al público; y por si esto fuera poco, no se pensó en la retirada; sólo se contó con el éxito, decidiéndose en principio que todas las obras en preparación iban á ser muy buenas ó que por lo menos iban á gustar mucho al público (!)... Basta con lo expuesto para comprender la debilidad de aquel plan ideado con tan buena intención como frágil fundamento. Aun si al primer fracaso hubiera podido la empresa responder con un *Lohengrin,* una *Aida* ó una *Bohemia* bien cantadas en español, quizás no viniera á tierra el ideal con tanto estrépito; pero ¿dónde estaba la compañía capaz de tales arrestos, ni quién se había cuidado de traducir las obras citadas?

Estos errores, perfectamente humanos, son los que ilustran la experiencia y al par segura prenda de que no se incurrirá más en ellos; sin por eso asegurar que el procedimiento que yo propongo sea inmejorable en absoluto. A mí me parece, á riesgo de equivocarme, muy bueno y muy práctico y nada más; y como hoy en el Gobierno no puede fiarse *exclusiva* é inmediatamente para su realización, ¿á quién volver los ojos sino al público?... al público sano, al público entusiasta, al público celoso del buen nombre español?

***

Aunque vengo descartando la acción directa y *exclusiva* del Gobierno por

las causas antedichas, no podría prescindirse, sin embargo, de su apoyo é intervención, ni podría tampoco, aunque quisiera, permanecer ageno á un movimiento nacional tan importante *que sería el primero en utilizar,* como más adelante explicaré, sirviendo al mismo tiempo de garantía á los accionistas que constituyeran la Sociedad, mirado el asunto desde el punto de vista financiero.

Yo tengo la fe, repito, de que contando con la suma de 500.000 pesetas, orden y moralidad, el proyecto se realizaría. No creo difícil encontrar cien españoles entusiastas que aportaran cada uno 5.000 pesetas al negocio ó quinientos que aportaran 1.000; mas lo que sí dudo, es que todos esos accionistas renunciaran generosamente desde luego al reintegro siquiera de la cantidad aportada. Y aunque mi confianza es grande, casi absoluta, en el éxito artístico del proyecto, en que la pública opinión indiferente ó dormida, despertaría y resurgiría potente á virtud del trabajo y lo noble y patriótico de la idea hasta llevarlo al Teatro de la plaza de Oriente para su total y magnífico desarrollo, debo leal y honradamente declarar que del éxito financiero no me atrevo á pensar de igual modo. No es tampoco que dude de él precisamente; ni dudo ni creo; puede ser como negocio, bueno, puede ser malo. Si yo tuviera fortuna para aventurar ese capital, no vacilaría en exponerlo, al paso que no respondería personalmente de la más pequeña cantidad. Son tantos los factores que influyen en esta clase de negocios—el de la suerte entre otros—que es imposible predecir, pensando seria y racionalmente, su resultado final. Pero, aquí de la acción del Gobierno en la persona del señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Si la opinión y la fortuna públicas no consienten hoy solicitar del Estado la cantidad tantas veces indicada para destinarla á ese fin, sí podría, en cambio, pedírsele una subvención anual de 50.000 pesetas, por ejemplo, una vez en marcha el anhelado Teatro lírico.—Es más que probable que esa subvención bastase á garantir el capital social; y fuerza es convenir en que el sacrificio que se impondría la nación es bien insignificante comparado al beneficio que á la nación misma reportaría, así artística como financieramente. No puede calcularse el movimiento de capitales que el desarrollo de la Música en su aspecto teatral pondrá en juego cuando todos, cantores y cantatrices, directores y músicos, coristas y bailarinas, pintores y atrecistas, copistas é impresores sean nacionales, habida cuenta de la repercusión indudable, inmediata, fatal, del proyecto en provincias y en la misma América española.

***

Indiqué antes que el Gobierno sería el primero en utilizar con gran ventaja para los intereses nacionales este movimiento, y la explicación es la siguiente:

Por la nueva y feliz orientación de España, que la pone cada vez más en contacto con las naciones extranjeras, es frecuente la necesidad de celebrar funciones regias, cuyo gasto tiene forzosamente que sufragar el Gobierno, sin regateos y á todo trapo, como suele decirse.—En espacio de tres años se han

celebrado lo menos cuatro de estas funciones en Madrid.—Cuando coinciden con el Teatro Real abierto, se sale del paso con relativa facilidad y total ausencia de la manifestación musical española; mas cuando dicho Coliseo está cerrado, surge el apuro... Que es *Don Giovanni* ó *Il Barbiere di Sevíglia* ó *Lucia di Lammermoor* la ópera elegida para el caso... Aquí de los agentes, aquí del telégrafo, aquí del crédito... para pagar al tenor... ocho mil francos (!)... seis mil á la tiple (!)... otro tanto al director de orquesta—porque hasta éste acostumbra á traerse de fuera,—y así sucesivamente en relación á los demás artistas, los cuales en un ensayo, de prisa y corriendo, zurcen la obra que el Gobierno español ofrece al Monarca ó Presidente, Cuerpo Diplomático y Sociedad invitados. ¡Nada más antiartístico, menos nacional y más costoso!—Contemplemos el mismo ejemplo invertido é imaginemos que en París, Berlín y Viena los respectivos Gobiernos hubieran ofrecido á Don Alfonso XIII durante su visita á aquellas Cortes sendas óperas *cantadas en italiano*... ¡Qué juicio formaran nuestro joven Rey y su séquito del progreso musical de aquellas naciones!—Una vez, por iniciativa de altísima dama, se interrumpió la rutina y se compuso la función dada á dichos personajes, de dos obritas líricas españolas, cuyas obras, escritas para otra clase de público y marco más modestos, si pasaron, no satisficieron á todos, y es más que probable, seguro, que no se repetirá el ejemplo.—Aun dentro de nuestra mezquina producción, pudo elegirse algo más elevado y propio; pero los elementos de que disponemos son tan pocos y se hallan tan diseminados, que tal vez no habría sido posible ofrecer á los egregios huéspedes un conjunto digno de su importancia.

¡Qué penuria! ¡Qué dolor!... ¡La raza de los García, Malibrán, Carrión, Lema, Salas, Azula, Padilla, Volpini, Uetam, Cepeda, Aramburo y Gayarre, no puede organizar hoy una compañía de talla bastante para dar una función regia!... Todos esos grandes artistas y más que no cito, se reproducirían y aumentarían prodigiosamente, si creásemos ambiente favorable á su desarrollo. Las provincias vascongadas, Aragón y Cataluña, producen voces admirables; Valencia... no hay que decir. Sólo esta hermosa región es capaz de producir tantos artistas cuantos se necesiten, y su altura y su mérito serán tan grandes, por lo menos, cuanto lo requiera el nivel á que se llegue.

De propósito no aludo á los notabilísimos artistas españoles que hoy brillan *en el arte italiano*—perfectamente conocidos de nuestro público—por no incurrir en involuntarias omisiones; cuya notoriedad da fuerza elocuentísima á lo que sustento, aunque á primera vista parezca contradictorio. Todos juntos, á duras penas, constituirían una gran compañía; mas bastan á demostrar cuantas podrían formarse en breve tiempo, si cultivásemos el género como lo cultivan italianos, franceses y alemanes.

Con el dinero que el Estado español invierte en esos ineludibles compromisos, que no han terminado ni es de presumir que terminen, basta y sobra para fundar algo propio, estable, serio y digno de España, que ofrecer á todo emperador, rey ó presidente que nos honre con su visita, sin caer en ridícu-

lo; porque ridículo, es representar en Madrid á estos señores un *D. Giovanni* una *Lucía,* peor cantadas y puestas que en los paises de origen, tras de costar tanto dinero.

Hay que elevar y nacionalizar en España el arte de la música. Esto es lo práctico, lo positivo, lo patriótico. El día que suavemente, artísticamente, financieramente, se haya impuesto la lengua castellana en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona, se habrá levantado un dique incontrastable á los pujos separatistas de la industriosa región.—La Sociedad de Conciertos de Madrid dió en la suicida manía de traer directores del extranjero sin cuento ni tasa; unos buenos y otros malos... pues todos ellos ni toda su influencia valen ni significan para el arte español, lo que la más modesta obra española que haya merecido justamente el público aplauso. Esto queda, aquéllo pasa. ¿No lisonjeará y halagará más nuestro amor propio nacional y acrecentará nuestra valía la Ópera ú óperas españolas que en el término tantas veces señalado hayan obtenido la sanción del público y queden en el repertorio, que todas las emociones producidas por la mera interpretación de obras extrañas? Y, ¿no hay derecho á esperar que creado el Teatro que propongo, estimulada la musa nacional, en breve plazo tendríamos tres, cuatro, media docena de óperas, tan buenas, por lo menos, como tantas que de Italia principalmente nos sirven?...

Concluyo. Todo lo que antecede, más bien que un programa completo, es una idea que lanzo al viento á modo de semilla; si alguien la recoge y fructifica, la patria y el arte lo agradecerán. Yo no pido nada para mí; lo pido para el desatendido arte musical español. No deseo ni aspiro á direcciones ni intervenciones de ninguna clase; lo que sí deseo y ambiciono es campo artístico abonado, en el que los que se sientan con alientos é ilusiones puedan manifestarse y medir sus armas, que sólo así se templan y afinan. Hay en España, sin contar á los que ya doblamos la pendiente de la vida, jóvenes llenos de talento y de entusiasmo que hoy se agiian en el vacío—pues la manifestación puramente instrumental, de concierto, entre nosotros es aún coto cerrado por carecer de atmósfera adecuada—ávidos, ansiosos de trabajar en un medio artístico más sano y robusto que el vergonzoso y mefítico que nos envuelve y asfixia. Hay que orear el ambiente: interesa á todos; no sólo á los que por fuerza tenemos que girar en él, sino á los que pudiendo modificarlo y mejorarlo lo contemplan con indiferencia digna de censura.

La Ópera Nacional debe y puede crearse. Es cuestión de unas cuantas pesetas que en manos del público está el suministrar y en las del Gobierno garantir.

Uno y otro tienen la palabra.

T. Bretón.

Astillero, Agosto, 1906.

LA CATEDRAL DE BURGOS

¡Cuán bella ante mi vista, que la contempla absorta,
al resplandor dudoso del moribundo día,
destácase su mole que brusca se recorta
sobre el rojizo cielo, fantástica y sombría!

Miradla, cincelada cual florentina joya,
su solidez encubre con elegancia suma,
y altiva, despreciando la tierra donde apoya
con majestad la planta, parece que no abruma
al suelo que la sufre, su pesadumbre inmensa.
Y así cual la banquisa de congelada espuma,
cuando de pronto el frío la cuaja y la condensa,
como esculpida en hielo, conserva aprisionada
de las movibles olas la forma inconsistente,
la Catedral augusta guardó petrificada
la imagen de la vida de aquella edad dichosa
que, uniendo en un abrazo firmísimo y fecundo
la Religión y el Arte, su fábrica orgullosa
alzó atrevida al cielo para asombrar al mundo.

Al gótico edificio, carácter dando y vida,
cual rúbrica de genio, doquiera repetida,
mirad la línea grácil, incierta y misteriosa,
que ya, cual débil tallo de fina enredadera,
surgiendo del cimiento dirígese hacia arriba;
ya en ágiles esguinces quebrándose angulosa,
adornos y resaltes con rapidez esquiva;
ya rígida se tiende; ya en curva caprichosa
se enrosca en las labores del rosetón cautiva;
ya, libre, de los muros por la extensión, ligera
deslízase á lo largo, cual sierpe fugitiva;
ó ya, flexible y dócil, cual cimbradora rama,
se encorva y se doblega para formar la ojiva,
con esbeltez de junco y ondulación de llama.

Doquier fijos los ojos, cautivan y suspenden
innúmeras bellezas la mente deslumbrada:
mirad la doble fila de santos que la entrada
del templo se dijera que guardan y defienden;
mirad los Serafines y Arcángeles que tienden
el sosegado vuelo por la ojival arcada;

la rica y minuciosa labor filigranada
que el pórtico corona, como en caliente cera,
en piedra resistente por el cincel tallada;
y en confusión prolija, mirad por dondequiera
las gárgolas que adornan los firmes botareles;
que imitan mil grotescas, quiméricas figuras;
los fustes coronados por ricos capiteles,
ceñidos y adornados por hojas y molduras;
los nichos caprichosos y góticos doseles
que encierran y cobijan las pétreas esculturas,
y cómo, desplegando con libre gallardía
su lujo incomparable, del templo en las alturas,
se yergue del crucero la esbelta crestería,
que, símbolo del alma que en su impaciente anhelo,
en su mezquina cárcel se agita prisionera,
y por su eterna patria suspira desde el suelo,
cual viva llamarada de temblorosa hoguera,
se eleva palpitando desde la tierra al cielo.
Y ved sobre este cuadro magnífico en que unidas
se admiran y hermanadas la gracia y la nobleza,
sus dos gemelas torres, que elévanse atrevidas,
portento de equilibrio, de audacia y de belleza.
¡Miradlas! Y admirando conmigo su hermosura,
su airosa gallardía, su gracia y su esbeltez,
creeréis que nunca pudo la humana arquitectura
labrar tal maravilla, que un genio en su locura
de leve y fino encaje las fabricó tal vez,
y Dios, que complacido las vió desde la altura,
su trama inconsistente trocando en piedra dura,
les dió, por un milagro, firmeza y solidez.

*
* *

Bajo la excelsa nave conmigo entrad; dispuesta
de su Patrona augusta para la alegre fiesta,
con sus mejores galas se adorna y atavía;
es todo luz y aromas, y música y rumores;
ante el dosel que cubre la imagen de María
en profusión las velas fulguran entre flores,
y al vivo centelleo de su oscilante llama
relumbra su diadema de rica pedrería
y el oro que en sus ropas magníficas recama.

Del órgano resuena la ronca tubería,
y sus vibrantes notas, poblando de armonía

el ámbito espacioso de las sonoras naves,
escápanse ligeras cual bulliciosas aves
que el nido abandonaran al despuntar el día.

Dan paso á los fulgores del sol resplandeciente
caladas, rosetones y ojivos ventanales,
en que formara el arte mosaico trasparente,
uniendo y combinando polícromos cristales.
Sus rayas, penetrando por ellos á raudales
en el recinto augusto del templo, que perfuma
el oloroso incienso que en vagas espirales
las bóvedas anega cual blanquecina bruma,
proyectan sus variados y vivos resplandores
en la humareda leve que se dilata y sube,
cual tiende el arco iris sus franjas de colores
sobre el flotante velo de la esponjosa nube.
La luz tornasolada, rasgando la ligera
neblina perfumada que flota en las alturas,
las naves ilumina de súbito, y doquiera
que se proyecta, copia las orlas y figuras
que adornan y matizan la espléndida vidriera;
é imágenes y grecas, al ser reproducidas
doquier que el tibio rayo su claridad refleja,
coloran los tapices del coro, divididas
por las espesas barras de la maciza reja;
esmaltan con sus tonos el oro en los altares,
de un nimbo circundando las santas esculturas;
quebrándose en los gruesos y sólidos pilares,
recórtanse truncadas en nichos y molduras;
con vivo titileo vacilan temblorosas
por cima del gentío que humilde se prosterna,
y píntanse extendidas en las marmóreas losas,
igual que las grotescas figuras caprichosas
que arroja sobre el lienzo la mágica linterna.

.....

¿Quién puede tal grandeza mirar indiferente?
¿Quién tal prodigio, mudo de admiración, no ve?
¿Y quién contempla altivo sin humillar la frente,
del templo soberano la fábrica imponente,
en donde el Arte emula los triunfos de la fe?

Manuel de Sandoval.

Del libro *Aves de paso.*

AMOR, ALMA DEL MUNDO

Cuando estaban ya los astros en activo movimiento
y el espacio enrojecía de la luz el resplandor,
la sonrisa creadora relumbró en el firmamento
y, lo mismo que una nube disipada por el viento,
difundióse, como el alma de los mundos, el amor.

—

Todo el orbe estremecido, palpitante de alegría,
transformado á la influencia de su mágico poder,
se inundó dichoso entonces, de hermosura y lozanía,
de colores y perfumes, de entusiasmo y poesía,
de esperanzas lisonjeras y de sueños de placer.

—

Relumbraron, como nunca, las estrellas á millares,
descorrióse, amaneciendo, de la noche el negro tul,
aprendieron de las auras, las Nereidas sus cantares,
y la inquieta y cristalina superficie de los mares
retrató, como un espejo, de los cielos el azul.

—

Disipáronse las sombras con solemne pesadumbre,
los cendales del Oriente se tiñeron de arrebol,
de la luz del nuevo día llegó un rayo hasta la cumbre,
y, al sellar sobre la nieve los destellos de su lumbre,
nácar, perlas y rubíes con sus besos hizo el sol.

—

Sonrió la lejanía coronándose de brumas
como el nácar, relumbrantes de topacio y de zafir,
adornáronse las aguas de los mares con espumas,
con aljófares las plantas, y los pájaros con plumas,
que de múltiples colores vino el iris á teñir.

—

Como sierpe cristalina que entre flores se desata
con sus aguas el arroyo los verjeles fué á besar,
recreóse enamorado trovador de mata en mata
y fundiéndose con otros en hirviente catarata,
deslizóse por las cuencas de los ríos hasta el mar.

—

Sobre el césped y á la sombra de la plácida arboleda,
bellas flores encontraron alfombrado camarín,

los capullos besó el aura, que á los pájaros remeda,
y luciendo los matices de sus pétalos de seda
con su aroma embalsamaron el ambiente del jardín.

—

Desplegadas las corolas arrogantes de las flores
todo fué ya poesía y esplendente inundación
de sonrisas y murmullos, de cambiantes y fulgores,
de matices y de néctares, de perfumes y rumores,
que en la mente enardecían la sublime inspiración.

—

La primera enamorada fué una bella y pura rosa
seducida por las artes de un intrépido clavel;
portador de sus amores, fué una blanca mariposa
que, libando de los pétalos la substancia deleitosa,
revolaba de él á ella y tornaba de ella á él.

—

Remedando estos amores, entre cánticos y risas,
persiguiéronse los céfiros y las auras sin cesar;
blandos aires en la altura se fundieron, y las brisas,
que hasta entonces por las playas divagaban indecisas,
no tuvieron ya otro móvil ni otro estímulo que amar.

—

Y los gérmenes se amaron en la sombra, cuando presos
bajo tierra presintieron de la aurora el arrebol,
al abrirse remedaban el chasquido de los besos,
y ofrecieron, estallando del placer en los excesos,
á la tierra sus raíces, y sus vástagos al sol.

—

Y se amaron, vagarosos y ondeantes, los aromas
que su esencia remontaban hasta el cielo en espiral,
y las pálidas neblinas y las cándidas palomas,
y los bosques y las fuentes, con poéticos idiomas
que entonaban sus amores en concierto universal.

—

¿Qué placer el de aljófar sobre el césped esparcido
y en el seno de las flores despertando su ilusión!
¡Qué sorpresa de alegría la del pájaro en el nido
cuando, oculto entre el follaje y en las sombras escondido
vió salir á sus polluelos al romperse el cascarón.

—

¡Qué emoción la de los mundos cuando, dulce y placentera,
como virgen soberana de benéfico poder,

cruzó alegre las campiñas la dichosa Primavera,
y el amor y la hermosura, que animaban la pradera,
se fundieron en un beso y engendraron la mujer!

—

Desde entonces en las almas resplandece la alegría
con un nimbo portentoso de radiante claridad
y palpita por doquiera la sublime idolatría
como rítmicos arpegios de entonada melodía
que en el ánimo infundieran eternal felicidad.

—

El amor es de las almas, el aroma y el aliento,
la belleza de la vida y el sostén de la virtud,
el fulgor de una mirada, la dulzura de un acento,
es el faro luminoso que descubre el pensamiento
navegando por los mares de la blanca juventud.

—

Es el sueño del espíritu y el valor de la hermosura,
de la sangre la pureza, de la mente la ilusión,
ideal insuperable de platónica dulzura,
savia, encanto y alegría, gloria, bálsamo y ternura
de las fibras juveniles que estremece el corazón.

—

¿Y qué importan ya las locas veleidades de la suerte
al que ver pudo en la tierra conseguido su ideal?
¿Qué le importa, cuando en polvo la materia se convierte,
ni lo breve de la vida, ni lo amargo de la muerte,
si las almas quedan juntas y el amor es inmortal?

—

Vedlo allí, por todas partes, en distintas direcciones,
encantados, se dispersan los amantes dos á dos,
y sus manos entrelazan, y de idílicas pasiones
se alimentan, y se unen en fervientes oraciones,
y se postran de rodillas y se elevan hasta Dios.

—

¡Oh ventura incomparable!—¿Quién gozar así pudiera
de ese amor que es el abrigo de la patria y del hogar?
Si esa dicha seductora que persigo consiguiera,
ni tesoros codiciara ni laureles pretendiera,
que en el mundo es más hermoso tener ídolo, que altar.

Mariano Miguel de Val.

Del libro *Edad dorada*.

Información ibero-americana.

España.

La apertura del curso.

El 1.º de Octubre es la fecha en que las diez Universidades españolas abren sus puertas y con toda solemnidad inauguran el comienzo de las tareas académicas: la ceremonia, para el que la presencia por vez primera es agradable y *sugestiva,* como ahora se dice. Fuera del Paraninfo, la juventud escolar animada, bulliciosa, rebosante de vida que se trasluce á través de los ademanes sueltos y rápidos, el hablar alto, el disputar, el reir, el correr unos tras de los otros jugueteando por los claustros: es el ambiente sano de la calle, renovado de modo incesante, que penetra á torrentes en nuestros—por lo general—vetustos edificios universitarios, antiguos conventos en su mayoría, erigidos para rezar en la soledad de la celda ó salmodiar en el coro pausados cantos, pidiendo á Dios el olvido de los mundanos intereses, de sus pompas y vanidades.

De pronto hienden aquella masa escolar, maceros vestidos con arcáicos trajes, tras de ellos desfilan lentamente buen golpe de señores serios, estirados, la cabeza tocada con grandes gorros multicolores, el cuerpo embutido en togas y mucetas, trajes extraños, que no suelen verse más que aquel día: entre ellos van mezcladas comisiones de las entidades doctas, Cabildo, Sociedad económica, Ateneo, Ayuntamiento, Diputación; el público no habituado al acto, mira con curiosidad aquel desfile, semejante al de esos reyes asiáticos ó africanos que con su séquito cubierto de exóticos vestimentas, recorren las principales cortes europeas, é intenta reconocer bajo aquellas raras vestiduras á los sujetos con quienes se codea á diario, á D. Fulano, el médico que le asiste cuando está enfermo, á D. Mengano, el abogado en cuyas manos encomienda la defensa de sus intereses.

Toman todos asiento pausadamente y en sitios designados de antemano para que no surja entre aquellos graves varones una enojosa cuestión de etiqueta, pues la alta representación que todos ostentan trueca su natural de hombres corrientes y sencillos en personajes vidriosos y susceptibles de los prestigios de la corporación que les envía, y tras algunos campanillazos que apagan los acordes de la música —cursi por lo general— que ameniza el acto, el murmullo producido por las mil conversaciones sostenidas en voz baja, el leve ajetreo de los femeniles abanicos y el ruido de las sillas al instalarse en ellas quienes las ocupan, sube á la tribuna uno de aquellos señores, designado de antemano por turno entre las Facultades y antigüedad en el escalafón, y comienza el discurso.

Suele ser éste de *circunstancias;* al escribirlo el catedrático, á veces con poco tiempo disponible, no puede echar de sí el recuerdo de la naturaleza de la obra: será leída ante un público heterogéneo en sumo grado, *habrá señoras;* ha de ser breve, pues el Rector suele susurrar á su oído que *el material* toca á su fin; no conviene que sea muy técnico, pues sólo podrían entenderlo escaso número de especialistas; es de rigor que sea docto, científico: no es él, es la Universidad quien habla; el profesor, que, cual ocurre con la mayoría de los nuestros, carece de la costumbre de escribir porque

su oficio consiste en hablar, lo único que produce dinero es la publicación de los libros de texto, y éstos se escriben de una vez para siempre, se encuentra perplejo ante la elección de tema y su desarrollo; de otra parte, él no se dedica á investigaciones especiales sobre nada, se limita á cumplir concienzudamente sus deberes universitarios, y esto se logra entre nosotros, llenando estos tres requisitos: 1.°, dar todo el programa, no un trozo de la asignatura; 2.°, explicar todos los días, es decir, ser orador de chorro continuo, no pasar la clase preguntando, y 3.°, estar al tanto de la asignatura, lo cual supone modificar el programa en algunos epígrafes cada año. Tras un plazo, á veces largo, en que á medida que pasa el tiempo la perplegidad sube de punto, el profesor al fin se decide por uno de esos temas generales y vagos que se prestan á disertar y que están *sobre el tapete,* verbi gratia, *el anarquismo,* si es de Derecho; *los terremotos,* si es de Ciencias naturales, á fin de que se vea que toma parte en el movimiento y sigue de cerca los problemas contemporáneos; se buscan unos cuantos libros que traten del asunto, se leen, y ya queda el futuro disertante en disposición de acometer su trabajo.

Suele empezar éste por un largo prólogo en el que se lamenta la necesidad que obliga á escribir y se asegura que sin los deberes del reglamento... no se hablaría, porque siendo, además, el disertante el último de todos, el menos apto, etc., etc., el silencio y la oscuridad son la natural situación en que debe estar; quién lee todo esto saca la consecuencia de que el autor es un señor que se dispone á escribir de mala gana de lo que entiende poco; sigue el cuerpo del trabajo en el que se elogia la importancia del tema, la necesidad de que se estudie detenidamente, en ocasión más propicia, etc., y, por último, acaba con otro trozo retórico dirigido á los jóvenes escolares, encareciéndoles las dulzuras del estudio en las aulas y afirmando que ellos (los jóvenes) son los que han de sacar á la Patria del atasco en que se encuentra.

Al terminar el discurso, los compañeros é invitados felicitan al orador, los estudiantes y el público aplauden; se distribuyen los premios, si concurren los premiados, y luego, tras declarar abierto el curso el Rector, sale la comitiva formada como entró, y en la sala rectoral pronuncia el Rector breves, pero elocuentes frases—así dicen los periódicos al siguiente día—agradeciendo á todos, en nombre de la Universidad, la asistencia al acto.

Los chicos entretanto piropean y aplauden á las muchachas cuando salen y abandonan el templo de Minerva al fin; el curso queda abierto: al siguiente día á clase á conocer á los catedráticos, á comprar los libros de texto, á proveerse de cuadernos y lápices para que no se pierda nada de cuanto salga de los sapientísimos labios de los profesores; al otro día á escuchar de tres, de cuatro, á veces de cinco señores, sucesivamente, el concepto de la Ciencia, ó, cuando menos, el del Derecho, ó de la Historia ó de la Literatura.

El nuevo curso empieza.

***

¿Qué si me agrada esta ceremonia?

Hace ya bastantes años que asisto á ella, cumpliendo el deber reglamentario. Sí, benévolo lector, dentro de pocos días, por vigésima vez me vestiré de colorines, iré en fila, me sentaré gravemente, aplaudiré y felicitaré al compañero; al otro día hablaré del concepto de la Ciencia y de la Historia; hay que comenzar la *explicación* de la asignatura; ¡y floja que es la mía!: ya ves, lector pío, la ley me manda contar lo ocurrido en el mundo desde *la aparición de los primeros padres hasta nuestros días,* según la con-

sabida frase; y todo eso en un curso; ¡calcula donde me quedo si me descuido ó me entretengo!

Pero así en secreto, te diré, que cada vez que asisto á una nueva apertura, salgo de ella más entristecido, más cabizbajo; no, no es aquello lo que me agrada, no van por ahí mis deseos, mis cariños, mis ideales.

¿Que cuáles son estos? ¿Que no basta emprender labor crítica y señalar defectos? ¿Que es preciso junto á la censura el remedio, junto á la piqueta que demuele el andamio para edificar?

Pues óyeme: cierra los ojos, abstráete de lo que te rodea, no pienses en D. Fulano, ni te acuerdes de lo que dice D. Mengano, aparta tu vista del edificio conocido, de las aulas frecuentadas... sueña.

***

Es el 1.º de Octubre, día de la apertura del curso: la Universidad no está instalada en esos edificios enclavados en el corazón de las grandes urbes que, cual oasis en medio del desierto, fueron construídos para que buscaran la paz del alma, aislándose del mundo, espíritus elegidos ó desengañados, gentes fatigadas del tráfago social; no hay largos y sombríos claustros, celdas frías y obscuras: pequeños pabellones en medio de jardines albergan las cátedras y laboratorios, sueltos unos de otros, fuera de la ciudad; allí va el estudiante por la mañana, asiste á las clases, almuerza en el *restaurant* escolar económico, inspeccionado por el Rector, estudia en las Bibliotecas, juega al aire libre ó bajo techado, según el clima y la estación, para desarrollar los músculos y estar ágil y fuerte; regresa á la noche á la ciudad: los profesores acuden á dar sus cátedras en tranvía ó automóvil, tal vez pronto en aéreoplano.

Al finalizar el curso anterior, cuando el Claustro se ha reunido para exponer las observaciones pertinentes que cada cual ha hecho en el año y buscar juntos el remedio, antes del banquete final, donde los profesores comen juntos y se despiden al comenzar las vacaciones—los exámenes ya no existen,—el Rector advierte que es preciso pensar en la apertura: nada de turnos de Facultades, ni de orden de antigüedad dentro de ellas; la indicación rectoral basta. El cuerpo de profesores lo constituye—en su mayoría—un conjunto de especialistas: cada cual investiga por sí en una rama de la ciencia; cada cual, pacientemente, persigue la resolución de un problema histórico, jurídico, médico, etc.; entre los cuarenta, cincuenta, á veces más de cien profesores en los grandes Centros, alguno estará en ese momento indescriptible en la investigación, ese instante que expresó Arquímedes con su famoso Εὕρηκα *(eureka)*, es decir, cuando se rasga el velo de lo desconocido y brota vívido el destello de lo nuevo, ese himeneo en el que la verdad cae un momento en nuestros brazos y su virginidad se quiebra para que nosotros entremos en posesión de sus encantos por breve plazo, pues lo sabido y lo conocido en cuanto lo son ya mueren, y truécanse de esperanzas en realidades, y de éstas en recuerdos; pues bien, ese que ha encontrado algo nuevo, que resuelve total ó parcialmente la investigación emprendida, sea el más antiguo ó el más moderno, médico, abogado ó filósofo, se acerca al Rector y le dice: «Puedo dar noticia de esto, lo prepararé en las vacaciones.» Y el Rector oye, acepta, á veces escoge entre los varios que ofrecen, buscando lo más importante, más conveniente ó más adecuado á la situación y fines de la Ciencia y la Universidad.

En sazón oportuna la prensa diaria y sobre todo la científica profesional, anuncian que el día de la apertura el profesor tal ó cual, dará pública cuenta del resultado de sus trabajos sobre la materia cuyo estudio emprendió; no es un señor que escribe *cum-*

pliendo un deber reglamentario, es un especialista reputado que va á decir lo que encontró en dos ó tres años de investigación. Los médicos si es médico, los abogados si es jurisconsulto, se disponen á oir al compañero; aquello les interesa, no es un tema retórico el que va á exponerse, es el resultado de una labor de años realizada por quien siempre se ocupó de la misma materia; merece la pena de ir á oirlo.

El día de la apertura acuden los escolares, preferentemente los de la Facultad á que el disertante pertenece, los colegas profesionales de éste, las autoridades académicas; huelgan las señoras, esas abigarradas comisiones de drogueros con bandas concejiles ó caciques rurales con la medalla de representantes de la provincia, y ante un público homogéneo de inteligentes, así como el padre presenta con júbilo y orgullo al hijo que acaba de nacer, el catedrático, llevando la voz de la Universidad habla y expone el resultado de sus vigilias consagradas á la investigación. El alumno ve que para oir á su maestro acuden y aplauden los técnicos; esto realza á sus ojos la figura de éste más que todas las cruces, medallas y colorines; la sesión se celebra sin aparato, allí se va con el interés de oir, no de verse unos á otros; no se invita á nadie, va sólo el que entiende de lo que se trata y le interesa, claro es que ese no vocea ni alborota; al día siguiente la prensa dedica amplio espacio no á describir el salón y la concurrencia sino á la materia científica desarrollada; la sociedad se entera de la utilidad que le prestan aquellos señores que trabajan; los alumnos se habitúan así á estas prácticas y ejemplos, y todo se desliza de un modo natural, espontáneo, sin artificiosas preparaciones, ni bombos ni platillos; así obra la Naturaleza cuando lentamente y por sus pasos contados realiza esas admirables obras, que, cuando son definitivas nos encantan y embelesan. Al siguiente día en cada cátedra el profesor presenta en su lección inaugural el resultado de su propia labor inquisitiva; en el extranjero estas lecciones suelen publicarse; el alumno ve lo que sabe hacer aquel señor en cuya compañía va á trabajar; es como el desperezo del atleta que estira los nervios é hincha los músculos demostrando que es un sujeto de buenos puños; al día siguiente á trabajar juntos todos...

***

Despertemos. ¿Cuando ocurrirá todo esto? No lo sé: lo peor es que no se ve á nadie marchar en la dirección. Cuando yo era chico jugábamos á carlistas y republicanos, y esto trascendía á todo, hasta á la enseñanza; hoy seguimos *jugando* á lo mismo: nuestros ministros, para dar gusto á la galería respectiva, se ocupan sólo en apretar ó aflojar las clavijas á los frailes y buscar el aplauso del grupo más numeroso y que más alborota, la primera enseñanza: en lo demás, hay ministro liberal que inventó un decreto sobre disciplina académica, que muy satisfecho hubiera firmado Torquemada; ni prensa ni público piden más; los profesionales—por lo general—ponemos nuestro conato en los aumentos de sueldo, ese es el nudo del problema.

Paciencia pues; ya lo tengo todo preparado, la toga con vuelillos, la muceta, la medalla, el birrete, los guantes blancos, las botas de charol, la corbata.....

Me voy á la apertura.

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ.

Zaragoza, Septiembre, 1906.

———— ooo ————

Portugal.

Compás de espera.—Diputados retribuidos.

Pasadas las elecciones generales, y mientras se reune el nuevo Parlamento, ha entrado la política portuguesa en un periodo de relativa calma, durante la cual, el Gobierno da la última mano á los proyectos que ha de someter á la deliberación de las Cámaras, y los Pares del Reino y Diputados de oposición vigorizan con el aire puro de las playas, los pulmones de que tanto habrán menester en los próximos debates, ya que de algún tiempo á esta parte no se distinguen las Cortes portuguesas por la apacibilidad de sus sesiones, en las que muchas veces sustituye la potencia de la voz á la fuerza de convicción de los razonamientos, y se habrá podido no escuchar discursos repletos de doctrina, pero indudablemente se han escuchado enérgicos discursos. Una interrogación, una duda, existe para los que no apasionados por partido alguno de los que en Portugal se disputan el favor de la opinión, miran serenamente las cosas. Esta duda es el efecto que podrá producir en la marcha de la política, la presencia en las Cortes de los cuatro Diputados republicanos electos por Lisboa.

Hace ya algún tiempo que los adversarios de las instituciones vigentes en Portugal no alcanzaban representación parlamentaria, así que los Gobiernos no tenían la preocupación de lo que pudieran obstar los republicanos al logro de sus propósitos. Las oposiciones monárquicas, si bien cuando se han exacerbado las pasiones, han llegado á extremos de gran violencia, no han pasado de producir tempestades en un vaso de agua. Por terribles que fueran los amagos de obstrucción y la energía de los discursos, tenía que quedar forzosamente á salvo el régimen que para todos era indiscutible. Además, y sobre todo no haciendo cuenta del encarnizamiento con que siempre han luchado los disidentes de cualquier partido, que son siempre los más enconados enemigos, las dos grandes agrupaciones gubernamentales, progresistas y regeneradores, nunca han podido extremar la nota de oposición, porque sobre ellas pesaban iguales culpas é idénticos errores y al fin y al cabo no habían de tratar á los Gobiernos con tal rigor, que ocasionara represalias al sustituirles en el poder. Con los republicanos no sucede así. Conservan éstos la virginidad política, entendiendo por tal, que como jamás han llegado al poder, como no han sido manchados por las impurezas de la realidad, como no han tropezado en los escollos de la práctica, y no han salido de las esferas de la teoría, no se puede emplear con ellos la socorrida fórmula del «más eres tu», con que se han obsequiado en las Cortes portuguesas José Luciano de Castro, Hintze Ribeiro, Alpoim, Joao Franco, Dias Ferreira y cuantas figuras preeminentes ha tenido la política de Portugal en los últimos tiempos. A las acusaciones de los republicanos no podrán contestar echándoles en cara desaciertos cometidos en un Gobierno de que nunca han disfrutado, ni será posible la amenaza de futuras obstrucciones que tan seguro efecto ha causado siempre en los partidos que esperan el poder en un plazo más ó menos largo.

A juzgar por lo que dice la prensa republicana de Portugal, se han de ver en las nuevas Cortes cosas nunca vistas; se ha de practicar una oposición verdad; se han de sacar á la pública vergüenza cuanto chanchullos é inmoralidades han estado callando todos los partidos porque todos resultaban comprometidos en ellos; se ha de hacer la disección del régimen y de las agrupaciones monárquicas; se han de poner en claro los

actos y se ha de abrumar á los hombres de la Monarquía, no faltando quien asegure que, mal que pese á la Constitución, que no admite discutir en modo alguno la conducta irresponsable y la personalidad inviolable del Jefe del Estado, mal que pese al Reglamento de la Cámara, á las energías de su presidente, á la actitud de los monárquicos, hasta tan alto han de dirigir su puntería los cuatro republicanos electos por la circunscripción de Lisboa.

Coméntanse palabras atribuídas al monarca más fiel aliado de la dinastía portuguesa, Eduardo VII, y de ellas se saca partido para creer que Inglaterra no se opondría á un cambio de régimen en Portugal si tal era la voluntad del pueblo. Hay quien se regocija suponiendo próximo este cambio.

Me permito opinar que no serán los diputados republicanos los que hagan desalojar el Palacio das Necessidades á sus actuales y augustos moradores. No se me oculta que sobre Portugal pasa una á modo de ráfaga de indisciplina política y acaso social; no dejo de conocer que existe en la opinión, sobre todo en las grandes poblaciones, un desasosiego poco tranquilizador; no olvido que las energías y experiencia de Almeida, los viriles arrestos de Joao de Menezes, las juveniles energías de Alexandre Braga, la habilidad y la elocuencia de Alfonso Costa, son factores de cuya importancia no es lícito dudar. Pero el estado de la masa, de la enorme legión de resignados de los campos y las aldeas, de la multitud de analfabetos no preparados para el ejercicio y disfrute de la libertad, no permiten esperar la facilidad ni la proximidad del cambio. Y los republicanos portugueses, que son portugueses antes que republicanos, no querrán cargar su conciencia con el grave peso de llevar á su hermoso país una perturbación de tristes consecuencias; habrán de percatarse que no iban á gobernar sólo para los intelectuales de Coimbra y para las exaltadas muchedumbres de Lisboa y Porto, y preferirán, si no han perdido la medida de lo justo y lo conveniente, hacer una oposición enérgica, sí, pero seria y reposada; ir sembrando poco á poco la semilla democrática en el alma del pueblo; ir, en fin, preparando el procedimiento evolutivo, único que sirve de fundamento sólido á las transformaciones políticas en los actuales tiempos en que toda violencia debe ser excluída y no son de eficacia bastante unos cuantos discursos ó el éxito de un pronunciamiento para cambiar en algunos días el estado de un pueblo.

Si así no pensaren los diputados republicanos, mírense en nuestros ejemplos y recuerden que con las instituciones políticas venidas á destiempo, ocurre como ciertos niños nacidos prematuramente, que ó crecen raquíticos ó se malogran.

***

Entre los proyectos que más ó menos fundadamente se atribuyen al Gabinete Joao Franco, figura la asignación de sueldo á los diputados. El caso no es nuevo en Portugal. Por ley de 25 de Abril de 1845 se les concedió el subsidio de 2.800 reis diarios, ó sea poco más de 15 pesetas de nuestra moneda, é indemnizaciones de viaje. Las leyes de 25 de Julio de 1856 y 25 de Junio de 1864, confirmaron estas disposiciones; en la ley de 8 de Abril de 1869 se fijaron estos emolumentos en 300.000 reis por legislatura, y por último, la ley de 10 de Mayo de 1878 dispuso que cada diputado percibiese el subsidio mensual de 100.000 reis, precepto mantenido con ligeras variantes por el decreto de 29 de Julio de 1886 y la ley de 1.º de Septiembre de 1887. Desde esa fecha no hubo alteración hasta el decreto llamado de «salvación pública» de 15 de Septiembre de 1892, en que se suprimió la asignación de los diputados al hacerse grandes reducciones en todos los gastos para atenuar la crisis económica, una de las mayores que ha atravesado Portugal. Puesta ahora sobre el tapete la cuestión, se discute con viveza la mayor ó menor con-

veniencia de restablecer el sueldo de los representantes del país. Sobradamente conocidos son de todos los argumentos que pueden aducirse en pro y en contra y los ejemplos de otros países. Por mi parte, diré que señalar emolumentos á los diputados sin que sea un hecho la más rigurosa ley de incompatibilidades, que en Portugal es letra muerta, no me parece justo, y el pueblo creerá, no sé si con razón ó sin ella, que si sus diputados acuerdan restablecer los sueldos, están tan sumamente decididos á emprender los caminos de la reforma y del mejoramiento, que empiezan por reformar su estado económico y mejorar sus propios bolsillos.

SALVADOR DÍAZ BERRIO.

Septiembre.

América.

Argentina.

Los terremotos de Chile y la Argentina.—*Mendoza.*—Las ruinas de la catástrofe pasada.—Su reconstitución rápida.—Campiñas y viñedos.—La ciudad de los álamos.—Estancamientos de aguas.—Galerías subterráneas.—Pronósticos de Bravard.—El Tupungato.—Hipótesis científicas.—Cómo ocurrió el terremoto de 1861.—¿Son hechos aislados los terremotos?—Solidaridad humana.—Detalles interesantes.—Supervivencia de las víctimas.—Mendoza y Chile.—Rasgos y auxilios.—Esplendidez de la Mendoza actual.—El centinela de los Andes.

Cablegramas de diversas partes del mundo anuncian una de esas catástrofes que de tiempo en tiempo vienen á aterrar á la humanidad, demostrando que la fuerza de la naturaleza es superior á todas las previsiones.

La capital de Chile ha sucumbido á la trepidación sísmica, que, de creer á las primeras manifestaciones de horror, ha hinchado las olas del Pacífico, y ha hecho tambalear la mole augusta de los Andes.

Una de las ciudades castigadas por el bostezo subterráneo de la tierra, ha sido la bellísima capital del Occidente Argentino, la espléndida y desgraciada Mendoza, fundada por Pedro del Castillo en el año de 1560 y destruída totalmente por otro terremoto ocurrido en 1861, que aplastó á más de 10.000 personas.

La audacia y firme iniciativa de sus moradores había logrado levantarla de sus cenizas, conservando como testimonio de aquella gran catástrofe las ruínas, majestuosamente conservadas de los templos de San Agustín, San Francisco y Santo Domingo.

Contaba en la actualidad más de 30.000 habitantes y su hermosa campiña de viñedos, que constituye también una gran riqueza, da al paisaje un aspecto semejante al Mediodía de Europa.

Respecto de la catástrofe actual, á la hora de escribir estas líneas sólo puede saberse que el estallido ha sido espantoso, que el terremoto se ha sentido á la vez en Lima, en Mendoza, en San Luis y en la Paz, y que el centro principal ha sido Valparaiso, donde los muertos se elevan á muchos centenares y los edificios de barrios enteros se han convertido en montones de cascote.

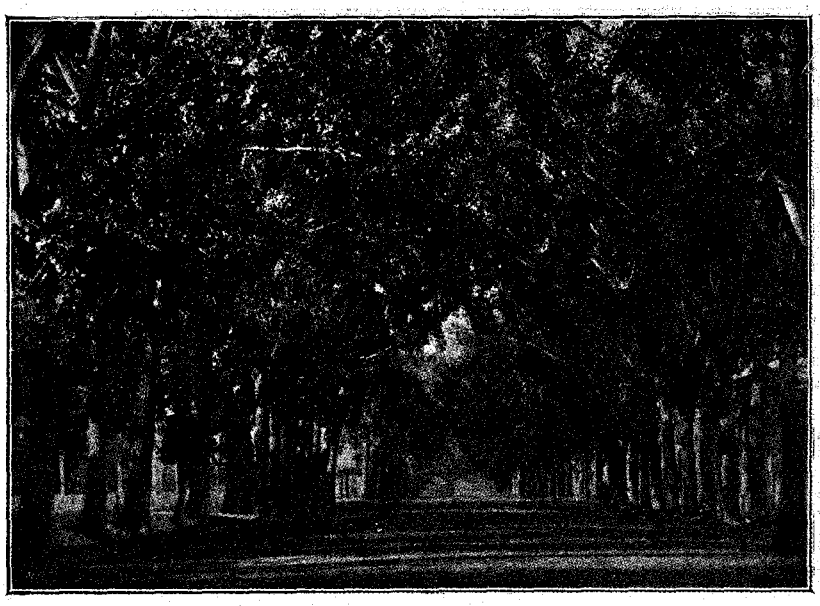
La valerosa firmeza de un telegrafista que aguantó la conmoción al pie del aparato pudo comunicar la noticia á los dos continentes, pero después, cortados los hilos y suspendidas las comunicaciones, sólo podemos apreciar la magnitud del desastre por las

conjeturas científicas de los pocos privilegiados que en el mundo se pueden permitir ilustrar á la raza humana en estos accidentes.

Por lo que pueda contribuir á explicar el presente fenómeno, creo muy oportuno recoger algunos antecedentes del terremoto ocurrido en 1861 en Mendoza.

Mendoza está situada sobre una costra vegetal, gruesa y rica, normalmente reseca, allí donde la mano no puede llevar artificialmente el riego.

En sus calles bien empedradas, como en sus campos asendereados por toda clase de vías, el polvo levanta nubes que se mantienen en equilibrio en el aire. Las calles sin embargo, están bordeadas de álamos altísimos, entre cuyas filas corren canales de agua y



MENDOZA.—Calle San Martín.

los caminos y veredas, los viñedos y las posesiones se hallan limitadas por masas enormes de vegetación y arbolado.

Porque el agua es abundantísima en toda la comarca, pero nada quiere hacer por si misma. Se detiene en los terrenos; se combina con los elementos calcáreos; se trasforma en azoato de potasa; y cuando alguna vez invade las labranzas es para destruirlas, por la corrosión.

La sequedad aparente de Mendoza es, pues, debida á la insumisión de las aguas que solamente rompen su canal para formar escavaciones profundas y volver á esconderse en el terreno.

M. Augusto Bravard, sabio geólogo francés, que pereció en el terremoto de 1861, fundó en las corrientes subterráneas de Mendoza, una especie de pronóstico de la catástrofe en que perdieron la vida 10.000 personas. Le mereció tal fe aquella pesadilla de las corrientes cruzadas bajo la ciudad de Mendoza, que tenía resuelto marcharse á Chile el 21 de Marzo de dicho año, y el 20 del mismo mes y año por la noche, ocurrió la catástrofe en que perdió la vida.

La gran abundancia de aguas termales existentes en la provincia, parece demostrar

el aserto de M. Bravard. Pero después de todo, la historia geológica, la extensión longitudinal de las cavidades supuestas en las faldas de los Andes, los levantamientos plutónicos, las masas carboníferas representadas por una vegetación exuberante, los depósitos alternados de masas y asperones, que se supone alejaron el mar unas 200 leguas, no son más que hipótesis científicas, que á lo sumo sirven para agrandar la cronología de la tierra. Ni más ni menos.

M. Bravard, había sentido varias veces, á las altas horas de la noche, ruidos profundos, parecidos al golpe de un gigantesco pisón, acompañados de estremecimientos ligeros en el patio de una casa. ¿Era una fiebre investigadora lo que Bravard padecía? Así debió entenderlo él mismo, cuando se conformó con saber que los demás habitantes no advirtieron esos golpes de pisón en las recónditas profundidades.

Sin embargo, la catástrofe sobrevino. Sobre la cresta eternamente nevada del volcán Tupungato, apagado desde tiempo inmemorial, se formó un «cúmulo» denso y parduzco que parecía gravitar sobre el macizo de los Andes. No se movían las hojas de los árboles. El cielo estaba limpio. Una pesadez inquietante se apodera de muchas personas, mientras otras no parecían darse cuenta de nada. Aquella sensación extraña era juzgada por algunos como el principio de una enfermedad, hasta que se sintió un trueno sordo y continuado; después un huracán, en seguida un rugido espantoso que agitaba los techos y las aldabas de las puertas; y durante tres segundos, que debieron parecer eternidades, la tierra se elevaba y deprimía en ondas; personas y edificios rodaron por el suelo, formándose un estado ambiente y elástico y espeso, en que hasta el dolor y los recuerdos se borraron á impulsos del miedo, dejando solamente en la carne bruta la parte de espíritu limitado á acusar la vida...

Sobre las ruinas uniformes de las calles, surgieron las llamas y las aguas; siendo un obstáculo para los que lograban despertar ilesos del terror, los cadáveres de sus vecinos, de sus hermanos y de sus padres, las piernas, troncos y fragmentos de seres humanos, que los impedían trepar por los escombros, ni acudir en auxilio de nadie.

El resumen de las observaciones hechas después de la catástrofe de 1861, acaso sirva ahora también para determinar que el foco motor está en el Tupungato, sólo que extendiéndose ahora el cordón sísmico por el lado de Chile, puesto que la conmoción mayor parece que se ha sentido en Valparaiso.

En 1861, el Tupungato abrió un cráter eruptivo cuyos humos se vieron unas horas antes de la conmoción de Mendoza, y mientras otras poblaciones á igual distancia que Mendoza, sintieron apenas la conmoción, el radio de movimiento se extendió hasta Buenos Aires y Bahía Blanca. No será aventurado suponer que procediendo ahora de otro foco ígneo correspondiente también á las cavernas del Tupungato, haya desarrollado su mayor amplitud en el sentido inverso, por la parte occidental de la cordillera, formando una galería en dirección á Chile.

Como quiera que sea, la teoría que los grandes terremotos son fenómenos aislados que no se apoyan en hechos y observaciones dignas de crédito, debe ir desapareciendo para abrir paso á una mayor actividad de investigaciones científicas.

Herculano y Pompeya, destruídos por el fuego del Vesubio, hubieran debido servir de escarmiento á las recientes catástrofes de las cercanías de Nápoles. De no haber sido considerado hecho casual aislado, tampoco hubieran osado acercar los napolitanos las construcciones de los pueblos á la boca del monstruo. Los hundimientos y aperturas de Río de Bamba, próximo á Mendoza, que tragaron centenares de personas, resultó otro hecho aislado, hasta que el movimiento de tierras seguido de la invasión del mar en Talcahuano, en la costa del Pacífico, ofreció el registro de otra catástrofe, también

como hecho aislado. Los grandes terremotos de Lisboa, Callao, Quito, Tacna, Illúpel, Copiapó, Junín, Mendoza, Granada y Málaga, Filipinas, Martinica, San Francisco de California, y últimamente de Valparaíso, Santiago, Mendoza, La Paz, San Luis y Lima, quien dudará que corresponden á las leyes geológicas, cuyo mayor ó menor desconocimiento se podría llamar «hechos aislados» en los pasados siglos. ¡Pero hoy!...



MENDOZA.—La vendimia.

Si la disecación de la naturaleza enseña con toda certeza cómo se forma y transforma la costra de la tierra, las corrientes de aguas, las cavernas donde se alojan los gases, el origen de los derrames internos, las depresiones de la corteza terrestre; y los aparatos seísmicos, perfeccionados, sirven además para demostrar, aunque sea con algún error, la intensidad, la duración y hasta la longitud de las trepidaciones, no ha de ser imposible fijar algunas leyes que determinen el mayor ó menor grado de probabilidades

eruptivas en las zonas volcánicas, habitadas y habitables, así como el determinar un sistema de construcciones más adecuado para aminorar los efectos de esas hecatombes que tan frecuentemente nos sorprenden.

Franklin libró del rayo á la humanidad con su sencillo invento, y ya es cosa de diversión desbaratar las tormentas atmosféricas disparando cañones, cohetes y morteros contra las nubes. La luz de la inteligencia jamás se apaga, ¿por qué desconfiar de los futuros descubrimientos que libren á la humanidad de las tremendas sacudidas que produce la expansión natural de los gases en las cavernas que antes han formado las aguas subterráneas?

Un deber elemental, mientras tanto, obliga por igual á los habitantes de la tierra á levantar las ruinas que la naturaleza ocasiona. Contraída la atención al espectáculo, verdaderamente imponente, surgen por todas partes Volney de erizados cabellos, ante la desolación y la muerte de sociedades enteras que desaparecen en un cerrar y abrir de ojos. Pero después hay que levantar los corazones hasta desafiar las iras de la naturaleza con la solidaridad humana y los esfuerzos de la ciencia.

Refiriéndose solamente á Mendoza, para dejar íntegro á la sección de Chile el ocuparse de Valparaíso y Santiago, todavía pregonan su origen y fundación españoles las ruinas de los soberbios templos citado, testimonio de inaveriguables caprichos del hundimiento. Y más que los templos y las ruinas los habitantes que lograron vivir muchos días enterrados en los escombros ó cobijados en los huecos de las puertas, á cuyos relatos sobrios, porque muchos viven aún, débense curiosas observaciones que han tenido comprobaciones oficiales.

Ningún niño desde la edad de un día á diez y seis años sobrevivió en 1861 en Mendoza.

Es para imaginar el valor y la constancia de una monja llamada sor Sylvia, á quien el terremoto sorprendió con unas tijeras en la mano, y permaneció diez y siete días enterrada en los escombros, trabajando constantemente con las tijeras para buscarse la respiración. En el establecimiento de enseñanza á que perteneció Sor Sylvia perecieron cien niñas, pertenecientes á las principales familias de Mendoza.

Uno de los casos más curiosos fué el haber encontrado vivo á los siete días un niño de diez meses, acostado en su cuna. Se supone que la mujer muerta que yacía al pie de la cuna era la madre, y que ésta viviría, á lo menos cinco días, alimentándole con su seno. La pobre criaturita no quiso aceptar el pecho que le ofrecieron muchas madres después de hallado. En cambio se dirigía con avidez á un plato de comida. Poco después sucumbió.

Un hombre joven pudo resistir diez y siete días, moviendo el dedo índice entre los labios para apartar la tierra y respirar. A los dos días de hallado, murió de extenuación. Ejemplos de familias que habían logrado la salvación individualmente y perdieron la vida por buscar á un sér querido, se podrían citar muchos.

Precisamente se acusó á la autoridad encargada de organizar aquel salvamento de no haber desplegado bastantes energías para evitar que perecieran centenares de habitantes que encontraron la muerte buscando los seres que gemían entre las ruinas. ¡Qué había de desplegar! Víctima como los demás ciudadanos, había perdido tres hijos, y cuando el gobernador de San Luis, Guillermo Sarmiento, envióle auxilios, los desairó, y cuando las víctimas le pedían socorro, volvió las riendas de su caballo, y haciéndose acompañar por 80 hombres, abandonó las ruinas de la ciudad, dirigiéndose á reponer la emoción en su hacienda de las Tres Acequias.

Ocultemos su nombre, por si era una fase más del dolor aquella apariencia de crueldad salvaje.

Mendoza, dada la dificultad de comunicaciones de aquella época y la *apatía* de su gobernador, permaneció muchos días sin extraño auxilio, y aún después de meses aparecieron cadáveres.

A su ambiente sanísimo por las grandes masas de arbolado, atribuyeron las comisiones médicas que no se desarrollara una epidemia, como se temió, porque los cadáveres sepultados, según los cálculos, pasaron de 12.000.

Los primeros auxilios que llegaron de Chile fueron aportados por el periódico *El Mercurio,* cuyo primer día de suscripción produjo 18.000 pesos. Después corrieron como regueros de toda la República Argentina.

Los colegios de señoritas tuvieron la feliz idea de comisionar á éstas para la recolec-



MENDOZA.—Las ruinas.

ción de fondos. Los teatros dedicaron sus ingresos durante muchos días para Mendoza. Las más importantes municipalidades crearon loterías. Las niñitas de la buena sociedad tuvieron á gala volcar para Mendoza los ahorritos de sus bolsas de seda, y precisamente la ciudad de Chile que más se distinguió por la cuantía y apresuramiento en llevar socorros, fué la hoy desgraciadísima Valparaíso.

Gracias á la eficacia y cuantía de los auxilios se reedificó la ciudad moderna al lado de la antigua, en terrenos designados por una comisión de supervivientes y comisionados del Gobierno nacional: la antigua Mendoza ocupaba el segundo lugar de las ciudades argentinas, la moderna, espléndida y pintoresca, fantástica por el arbolado y los canales de sus calles; higiénica, rica, con sus edificios blancos y airosos como palomas en medio del vivísimo color verde de sus campos, bien merecía llegar al pie del progreso á que se encaminaba.

Entre sus hijos laboriosos y sobrios se mantienen muy vivos los recuerdos de las expediciones organizadas para libertar á Chile. En Mendoza las tradiciones patrióticas

son muy ardientes, porque no ha corrido su sencillez el cosmopolitismo, y lo único que ha hecho ha sido modernizar las costumbres imperantes antes de su extinción.

Altiva, industriosa, comercial y rica, tiene tanto ó más carácter chileno que argentino porque no olvida que debe su origen á los conquistadores de Chile. Allí se organizó la libertad de medio continente y San Martín dió en ella forma á sus conquistas. Su proximidad á la capital de Chile le hacía proveerse rápidamente de los productos de Europa llegados por el Pacífico. Después de su reconstrucción varió la dirección de su comercio hacia la Argentina, comunicándose con Buenos Aires por el ferrocarril Gran Oeste. Se desmedró la gran riqueza minera que le hacía merecer el concepto de nueva California, y creó una riqueza nueva, el viñedo, que le hace experimentar grandes vicisitudes.

La catástrofe actual no debe, por fortuna, alcanzar en Mendoza las proporciones que eran de temer, conocidas las de Valparaíso y Santiago.

A la hora de escribir estas líneas nada se sabe con precisión de la participación que á Mendoza corresponda en el terremoto.

Muy sinceramente deseo que la hermosa ciudad no se vea precisada á renovar sus lutos.

JULIÁN DE LA CAL.

20 Agosto.

ooo

La Vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid.

Conferencias.

EL FERROCARRIL DE DAKAR AL ESTRECHO DE GIBRALTAR, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR

SEGUNDA CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID, EL DÍA 29 DE MARZO DE 1906, POR D. JOSÉ MARVÁ (1).

(Continuación.)

Antes de entrar decididamente en el tema, y por lo que hace relación á Marruecos, he de decir algunas palabras respecto á la situación en que este país se halla hoy ante las potencias europeas, ó mejor dicho, respecto á las aspiraciones que las potencias europeas tienen respecto á ese país.

Las naciones que poseen intereses más ó menos grandes en Marruecos, se celan mútuamente, porque la presa despierta rivalidades. No solamente á estas naciones, sino á todas en general, los asuntos de Marruecos interesan por la situación especialísima que ocupa en el Estrecho.

Las llaves de éste son cuatro: Gibraltar, inglesa; Ceuta y Tarifa, españolas, y Tánger, de Marruecos. Estas cuatro llaves necesitan, para serlo, el apoyo de escuadras; la acción única de los cañones no es bastante para que sean tales llaves. El día en que cayesen en una sola mano, sería ésta dueña, á su antojo, de cerrar ó abrir el paso. Y como quiera que los cañones de las escuadras siguen siendo el elemento eficiente, la superioridad naval de Inglaterra, verdaderamente abrumadora, haría que, si se apoyase además en Tánger, bastase esto para obstruir el Estrecho y que nadie, sin su permiso, pasase del Océano al Mediterráneo y viceversa.

Para España, en caso de guerra, tal situación sería muy grave. España, admirablemente situada sobre el Océano Atlántico, por una parte y por otra sobre el Mediterráneo, ese mar que ha sido la cuna y el vehículo de la civilización aparecida en Europa, como el sol, por el Oriente; ese mar que baña Europa, África y Asia, y es camino obligado al Oriente por el canal de Suez; ese mar, en fin, cuya posesión, en plazo más ó menos largo, han de disputarse los que aspiran al dominio del mundo; España, repito, si ve interceptar el Estrecho, vería al propio tiempo, cortadas, divididas, sus aguas en dos partes aisladas: del Golfo de Vizcaya á Cádiz (salvando esa para nosotros desdichada solución de continuidad, que se llama Portugal), de un lado; del otro, desde Málaga al Cabo de Creus. Arsenales y escuadras separados, comercio marítimo interrumpido, costas expuestas á un golpe de mano, tales serían las consecuencias de semejante estado de cosas.

---

(1) Tomada de cuartillas taquigráficas.

No somos, ciertamente, los únicos que padecerían con esa falta de libertad del Estrecho. Francia quedaría en situación análoga, bloqueada en el Mediterráneo y separada del Océano, sobre cuyos dos mares tiene costas é intereses. Y esta situación se agravaría si Inglaterra contase, además, con el apoyo de Italia, cuya potencia marítima es respetable. Rusia padecería también en estas condiciones, si después de cerrarle los Dardanelos se le cerrase el Estrecho. Alemania está lejos de desinteresarse en esta cuestión, ya que la línea Océano-Mediterráneo-Mar Rojo tiene evidente interés en mantenerla libre.

Por su parte, Inglaterra necesita á todo trance que las llaves del Estrecho no caigan en manos de sus rivales, porque sería esto lo mismo que verse excluída, eliminada del Mediterráneo y del Egipto y del camino directo á su imperio de la India.

El Mediterráneo, que debía ser un mar latino, es casi un mar sajón, porque en él predomina Inglaterra con sus poderosísimas escuadras, con esos puestos militares tan importantes que se llaman Gibraltar, Malta, Chipre, ocupando el Egipto y jalonando de esta manera el camino de su gran imperio de las Indias. De manera que Inglaterra ha de vigilar con mucho cuidado todo cuanto ocurra en Marruecos, para aprovecharse de todas las eventualidades, de todos los trastornos y de todas las contingencias. No es que Inglaterra quiera hacer de Marruecos una colonia por medio de las armas, no; está muy reciente para ella el asunto del Transwaal, y aquí como allí la enorme potencia de sus escuadras le habría de servir de muy poco, habría de necesitar grandes sacrificios en hombres y dinero para conseguir algo, y prefiere la acción más lenta y más segura de su diplomacia y de sus agentes comerciales. Inglaterra lo que quiere á toda costa es mantener el dominio en el Estrecho. Por lo demás, hoy por hoy, no tiene propósitos de conquistar el territorio marroquí; ya lo dijo esto uno de sus diplomáticos, lord Landsdowne, al ocuparse del concierto anglo-francés, de esa especie de concesión hecha á Francia para intervenir en Marruecos á fin de hacer cesar la anarquía; ya decía aquel diplomático que Inglaterra no estaba dispuesta, ni á asumir todas las responsabilidades, ni á afrontar todos los sacrificios que esto pudiera traer como consecuencia.

Francia presenta un poco más de acometividad y miras más ambiciosas respecto á la ocupación del territorio marroquí. No es que los franceses desconozcan todo lo difícil y peligroso de este asunto; mucha parte del pueblo francés no quiere meterse en aventuras, porque conoce las dificultades que éstas traen consigo y preferiría resolver el problema de una manera más sencilla y más económica en dinero y en sangre. No obstante, las gentes piensan seriamente en el problema de la ocupación del territorio marroquí; y militares franceses, muy distinguidos, no ocultan proyectos de penetración á viva fuerza en Marruecos, no limitándose á la acción del ferrocarril de Figuig del cual, como ya dije, pudiera derivarse el ramal que, envolviendo el mediodía de Africa, facilitara la invasión por esta parte de Marruecos; ya tienen sus planes de penetración por su frontera argelina y el valle del río Muluya, que tanto ambicionan, posesionándose previamente de Uxda, cabeza de etapa de gran importancia militar, que podrían utilizar para aprovisionamientos, almacenamiento de víveres, establecimiento de ambulancias, y que con una gran guarnición, serviría de punto de partida para sus proyectos de invasión. Uxda, por lo demás, no habría de presentar grandes obstáculos para ser expugnada, porque, aunque es plaza fortificada, sus defensas no resistirían á la artillería de campaña.

La línea de invasión seguiría desde Uxda á Taza, trayecto más difícil de lo que parece, en atención á lo quebrado del terreno y á las tribus levantiscas que lo pueblan; pero una vez en Taza, sería esta ciudad excelente base de operaciones para penetrar hasta

Fez, la capital, inviolada por los cristianos, cuya ocupación habría de tener gran resonancia, sin perjuicio de continuar después, si fuese necesario, hasta el Atlántico.

Alemania, pletórica de productos industriales, busca á toda costa mercados. Ya os dije el otro día de qué manera había constituído en poco tiempo colonias africanas de más de 2.400.000 kilómetros cuadrados y cerca de diez millones de habitantes; pero Alemania comprende que para tener colonias es necesario tener escuadras y puntos de escala para esas escuadras. En cuanto á lo primero, es asombrosa la labor que han hecho los alemanes en muy poco tiempo, de tal suerte, que empieza á infundir recelos á Inglaterra, cuya política en cuestión de marina de guerra ya sabéis cuál es: ser superior á la marina de guerra de las dos ó tres potencias navales más importantes. Alemania posee tantos ó más acorazados que Francia, y muy superiores por su potencia ofensiva y defensiva y por su homogeneidad, elemento importantísimo del valor de una escuadra.

Los puntos de escala, los establecimientos navales situados en las vías marítimas, son hoy de imprescindible necesidad. Hubo un tiempo en que los barcos de vela podían hacer cruceros de cuatro, cinco ó seis meses y más; no necesitaban motor, ni propulsor, sino que el viento se encargaba de moverlos; en sus bodegas podían almacenarse víveres suficientes para una campaña larga; la artillería que entonces se empleaba no exigía ni municiones tan abundantes ni tan pesadas.

En cambio, los barcos de guerra modernos, verdadero prodigio y resumen de todas las ciencias aplicadas al arte naval, son sumamente delicados y tienen numerosas necesidades. En primer lugar, se mueven á velocidades grandes, pero es merced á máquinas potentísimas que hacen un consumo extraordinario de carbón; y por grandes que sean las carboneras de los barcos, al cabo de pocos días se extingue este elemento combustible; y es necesario también, para conservar esta velocidad, limpiar los fondos con gran frecuencia, de modo que no pueden separarse mucho tiempo de la costa. Llegados al puerto, una nube de ingenieros, electricistas, mecánicos, de oficios variadísimos, invaden el barco para arreglar sus máquinas, sus aparatos eléctricos, sus mecanismos de todas clases, para avituallarlo de municiones y de combustible. De manera que forzosamente los barcos modernos necesitan puntos de escala, de la misma manera que una locomotora necesita estaciones donde hacer aguadas, donde proveerse de carbón, depósitos en donde pueda también hacer las reparaciones que sean necesarias á la máquina, y estos puntos de escala son los que le faltan á Alemania por ahora. Por de pronto, en Marruecos lo que busca es, más que otra cosa, un mercado, y lo que no quiere es que ese mercado se lo lleve otra nación.

Italia no parece muy inclinada á aventurarse en Marruecos; sin embargo, no deja de tener sus miras sobre la región tripolitana, si es que no se encuentra allí con Alemania. Y respecto á España me he propuesto no decir nada en esta conferencia, y no lo diré; me limito á hacer votos por que nuestros políticos se ocupen algo menos de derribarse mutuamente y algo más de los intereses de la patria.

***

Sin aquiescencia del Sultán es inútil pensar en que se pueda hacer ferrocarril ninguno en Marruecos, porque sería necesario declararle la guerra, y entonces estarían con él todos sus súbditos, que se le habrían unido en su odio al cristiano, y sería necesario invadir el territorio marroquí, y disponer de ejércitos numerosos de ocupación, empresa cuyas dificultades no necesito demostrar.

Es necesario, pues, que el Sultán dé su aceptación; hay que buscarla, porque no parece que la pueda dar sin resistencia; ha de oponerse más ó menos abiertamente, porque

á él no se le oculta que este ferrocarril no es solamente un ferrocarril comercial, es un ferrocarril que pasa por el corazón del territorio suyo, que puede ser un arma de dominación, y es entregar, por lo tanto, ese arma á los extranjeros.

El ferrocarril pudo penetrar en las comarcas deshabitadas de la América del Norte y pasar por las llanuras de Nebraska y por las asperezas de las Montañas Pedregosas, ¿por qué y de qué manera? Por la guerra de exterminio que hicieron los norte americanos á unos cuantos millares de indios que andaban errantes por aquellos territorios. El ferrocarril ha entrado en el Japón, y no tiene nada de extraño, porque el Japón poseía una civilización antigua excelente; y el ferrocarril existe en China merced á la apatía de sus habitantes, y ha penetrado también en el centro y mediodía de África porque puede decirse que allí no existen nacionalidades, son tribus que no tienen cohesión; pero en el norte de esa península africana, en sus dos extremos oriental y occidental, se hallan dos naciones igualmente celosas de su independencia: al Este Abisinia, al Oeste Marruecos. En Abisinia, su rey Menelik rompió ese aislamiento y abrió sus puertas á la civilización; no sabemos si esto será causa de la salvación del país ó de su ruina. Marruecos sigue rebelde á toda idea de civilización; el fanatismo se opone á todo progreso y por consecuencia á vías de comunicación. Ignoro si es sólo por fanatismo ó si es que tiene una intuición del peligro que corre su independencia.

Este temor era el que movía al famoso y nunca bastante alabado Krüger, el Presidente del Transwaal, de quien nadie puede negar que era un hombre de un gran sentido y de una gran perspicacia, á oponerse constantemente al establecimiento de vías férreas en su territorio. «Si la diligencia—decía—me trae todos los días diez ingleses, cuando haya ferrocarril me traerá mil.» Únicamente cuando no pudo menos, cuando le fué absolutamente imposible continuar en el aislamiento en que estaba, después de muchísimas y grandes reflexiones, fué cuando estableció el ferrocarril en su país. ¡Demasiado comprendía que el ferrocarril es un arma de dominación!

Nosotros ofrecemos, por desgracia, un ejemplo de esta verdad, con la pérdida de nuestras colonias; en Filipinas no habíamos constituído más que una pequeña línea férrea; en las regiones central y oriental de la Isla de Cuba, las vías de comunicación estaban como las dejó Dios y como las encontró Colón. No cabe duda que la dominación hubiera sido más efectiva y las rebeliones más fácilmente dominadas, si hubiéramos contado con una buena red de vías de comunicación.

Pero se dirá: Marruecos no puede perdurar en esa oposición al progreso, no ha de tener constantemente cerradas sus puertas á la civilización; y, efectivamente, las clases elevadas de ese país empiezan á sentir el soplo del progreso. Pero aun suponiendo que el Sultán acceda, aun suponiendo que, efectivamente, proteja á las empresas con toda su influencia y con todo su poder religioso, civil, moral y material, no hay que olvidar que queda por resolver otro problema importantísimo: el de la construcción y explotación del ferrocarril á la manera que se hace en los países civilizados, porque para construir un ferrocarril en Marruecos, lo primero que se necesita es que cese la anarquía, que haya un Gobierno regular, y no sucede ésto, pues todos sabéis el estado de rebelión de muchas tribus, que tienen todas las energías de las razas primitivas, el vigor del guerrero y el fervor del fanático. Esas tribus son opuestas á todo lo que sean vías de comunicación, porque ven en ellas un motivo para perder su independencia, que creen más asegurada al abrigo de sus montañas y de sus ríos casi inaccesibles. Esta es una dificultad que es necesario tener en cuenta; no es que no se pueda vencer, pero hay que tomarla en consideración. De modo que es preciso resolver el problema de la construcción y de la explotación, contando con los ataques posibles, casi seguros, de

esas tribus rebeldes, y de esto es de lo que me voy á ocupar en la presente conferencia.

Desde el punto de vista estratégico, para dominar á Marruecos, no cabe duda de que el trazado que reune mejores condiciones, es el que pasara por Marruecos, Mequinez y Fez, que son tres de las capitales más importantes del territorio marroquí, especialmente Fez, que es la capital intelectual, religiosa y política del país. El trazado habría de seguir por Wazan y Alkazarquivir, que es una posición de importancia militar, porque domina los caminos que desde Tánger van á Mequinez y á Fez, pasar después hacia el N. para terminar, ó bien en Tánger, ó bien doblando hacia el E., atravesando la parte de la cadena montañosa del Riff, llegar á Tetuán y desde allí, por la costa, dirigirse á Ceuta.

El considerar como punto de término Tánger, claro está que sería más útil á las naciones extranjeras, especialmente á Inglaterra, que á nosotros, porque equivaldría á entregarles la herramienta con que se puede labrar y explotar á Marruecos. A nosotros nos convendría más, desde el punto de vista del tráfico, el ferrocarril que fuera á terminar en Ceuta, claro está que haciendo un puerto y teniendo una escuadra para protegerlo.

Pero tal vez sea pretender demasiado el resolver de una vez el problema militar que supone el trazado del interior. Puede repetirse aquí lo que ya dije á propósito del ferrocarril del Sahara. Habría de encontrar menos dificultades de toda especie, no solamente técnicos, sino también internacionales, de construcción y explotación, el ferrocarril de la costa; sin perjuicio, más adelante (considerando esta línea como una pequeña *paralela* dispuesta para tomar esa plaza que se llama Marruecos), de establecer ramales dirigidos al interior, hacia el Atlas, que sirvieran también como de avenamiento para el comercio. A este fin concurrirían los ríos navegables, sobre todo el Sebú, que lo es hasta cerca de Fez para lanchas cañoneras y pequeños vapores remolcadores de grandes lanchas.

***

Las dificultades técnicas no han de ser invencibles en cualquiera de los dos trazados; nuestros ingenieros están acostumbrados á resolver problemas más arduos. La dificultad de la construcción y de la explotación, reside en los ataques de las tribus indómitas y salvajes que habitan en el Atlas y macizos montañosos del Riff, y que habrían de interrumpir la explotación y la circulación.

Y es una ilusión creer que esto se arreglaría en seguida, que la acción civilizadora del ferrocarril habría de ser de efecto inmediato; no es tan fácil desarraigar inclinaciones y costumbres que son obra de muchos siglos.

Desde este punto de vista, la traza del interior habrá de presentar más inconvenientes, porque atraviesa un país más montuoso, que exigirá hacer trincheras más profundas, mayor número de obras de arte, túneles, viaductos, puentes, etc. Todos estos son puntos débiles de la vía, atacables, y al multiplicar su número se multiplican también las exigencias de la defensa y los elementos extraordinarios para recomponer la vía cuando estuviese interrumpida, y hacer efectiva la circulación.

***

Vamos á ver los obstáculos que pueden irse presentando en cada uno de estos trazados, teniendo en cuenta los terrenos que atraviesan y las condiciones del país.

Algunos de los datos que poseo, relativos al itinerario del ferrocarril, los debo al jefe de Ingenieros Sr. Cañizares, que permaneció en Africa tres años, desde 1891 á 1894; estuvo con el Sultán é hizo varias excursiones desde Mazagán á Marruecos, Marruecos á Mazagán, Mazagán á Rabat, Rabat á Mequinez, y á lo largo de la costa, etc.

El ferrocarril, al penetrar desde el Sahara, puede, como ya os dije, ó bien seguir la costa para tomar las estribaciones de los dos grandes contrafuertes que forman el valle del Sus, ó bien penetrar directamente por el interior á través de estos dos contrafuertes.

Por lo que respecta á la cuestión de la defensa de la línea, hay que advertir que los habitantes de este valle pertenecen á Bled-es-Siva, ó país de la anarquía; pero no sería difícil tratar con ellos, dándoles á conocer las ventajas que podría reportarles este ferrocarril.

En cuanto á las dificultades técnicas, si para internarse en el imperio de Marruecos se quisiera atravesar las cordilleras que forman la horquilla que encierra el valle del Sus, á fin de ir más directamente á la capital Marruecos, el trazado ofrecería mayores dificultades de ejecución, pues esas ramas montañosas son muy abruptas. No solamente el punto de unión (macizo del Glani) es elevadísimo y corre parejas con el Aiachi, sino que hacia el punto medio de la longitud de cada una de esas ramas, se encuentran alturas elevadas; en la meridional, el Djebel Sirua; y hacia el medio de la septentrional, las crestas volcánicas de Djebel Tubkal, de 3.000 m., cubiertas de nieve y el Tizi-n-Tar'rat, próximo al anterior, también cubierto de nieve.

Salvados estos obstáculos, se llega á *Marruecos,* capital del reino de su nombre.

Llegó á tener, según algunos historiadores, 500.000 habitantes. Ha decaido mucho y hoy tiene 50.000 solamente. Sus fortificaciones están constituidas por murallas almenadas de 12 kms. longitud y 7 m. altura, hechas de tapial, y torres cada 30 á 40 m. para el flanqueo, pero que parecen más bien contrafuertes por su pequeña salida. En las puertas de entrada hay torreones de mampostería. Encuéntrase aquí abundante agua, de que se provee por acueductos numerosos; tiene como principales industrias las de cueros y tejidos de seda, y pólvora, hecha con salitre, abundante en los alrededores. Mantiene un gran tráfico con Mazagán, Safí y Mogador, y es el punto á que concurren las caravanas del desierto que conducen esclavos, oro y marfil.

De Marruecos á Fez (ó á Mequinez) se pasa al pie de la vertiente occidental del gran Atlas, poblado por los inquietos bereberes.

Por el estudio del itinerario hecho por Cañizares en 1891, cuando fué de Marruecos á Rabat, se deduce que hay que atravesar el río Tensif, de cáuce muy ensanchado en este sitio; los montes Yibilat, que arrancan del Atlas y envuelven á Marruecos; llanuras cultivadas; desfiladeros largos; el río Abid ó de los esclavos. Hay gran número de karbas ó castillos en esta región, en las que se encierran los ganados y personas por la noche, pues es poco seguro el pernoctar fuera. Los habitantes de la provincia (Tadla) gozan de mediana reputación.

Se atraviesa también después el Morbea (ó Um-er-Rbea), y poco más allá hay que habérselas con las kábilas de Ait-Sojoman, cerca de Gorm el Salam, un poco más allá de Zidamia. Para ver lo que son, diremos que á más de los 2.000 hombres de ejército que llevaba el sultán, y de habérsele unido un hijo suyo (Muley es Abbas) con tres regimientos de infantería y 2.500 caballos de las kábilas, hubo que tomar precauciones para proteger á los que íban por agua á un arroyo próximo; y al menor descuido, los habitantes robaban el ganado y hasta el armamento de los soldados. Seis años antes, el sultán había mandado contra estas kábilas fuerzas á las órdenes de un tío suyo; las reci-

bieron bien, y cuando estaban confiadas, sorprendieron y mataron al príncipe y á todos los que no pudieron huir.

En las montañas al SE. de Mequinez y de Fez se encuentra el territorio de los Ait-Sagaró, en el que desde tiempo inmemorial nunca se han atrevido los sultanes á penetrar.

Desde Gorm-el-Salam hacia Rabat, cerca del primer punto, está *Sjort Dyaya,* lugar importantísimo (que tendrá que pasar cerca de la línea Marruecos-Mequinez) situado en la confluencia de estas provincias y tribus:

Provincias.	Tribus.
Chaulla.....	Beni Ahsam.
Tadla.....	Beni Madan.
Zair (Zaiam).....	Beni Zemmurs.
Smala.....	Beni Jiran.

La kábila de Beni Jiran es nómada; no puede contarse con su sumisión.

Entre Mequinez y Rabat está la tribu de los Zemmurs, ó Beni Zemmurs, que se compone de varias kábilas.

Todas las que habitan esta región no reconocen la autoridad del sultán, y hacen difíciles las comunicaciones de Mequinez con Rabat, acometiendo y robando á todo viajero que se aventura en su territorio; algunas veces se reunen en gran número y salen á la llanura para saquear los aduares próximos.

En la campaña llevada á cabo por Muley Hassan en 1888, el capitán de artillería Smith, de la misión francesa, cometió la imprudencia de separarse del campamento á distancia de un kilómetro para pescar en el río Beht, y sorprendido por individuos de las kábilas próximas, le hicieron prisionero y le dieron muerte.

En 1891, en la expedición de Muley Hassan, á pesar de llevar más de 20.000 hombres, al acampar en estos sitios, robaron del campamento mulas de los equipajes del sultán, y hasta los arreos del elefante que hacía poco tiempo le había regalado la reina Victoria. Y algunos días después se atrevían á hacer frente al ejército del sultán, á no mucha distancia de Mequinez. Se apoyan en el montuoso país, valle del río Beht, formado por estribación del Atlas.

Llegados á Fez, nos encontramos con una de las capitales más importantes del imperio, porque es el centro del intelectualismo marroquí. Puede calcularse que tiene una población de 125.000 habitantes lo menos, y en punto á fortificación está por el estilo de Marruecos, con la diferencia de que esta ciudad se asienta en una llanura, mientras que Fez esta dominada por alturas más próximas en muchos sitios, y, por lo tanto, tienen menos valor sus fortificaciones, consistentes en torres almenadas en no muy buen estado.

Entre Fez nueva y Fez vieja está la Kasba de Cherarda, una especie de fortaleza pequeña donde se aloja la guarnición de Fez. Tiene, además, algunos fuertes exteriores, pero que están descuidados y no poseen ningún valor militar. Fez está muy bien dotada de aguas por el río Fez ó Fas.

Mequinez, que es la tercera capital del imperio, tiene también industrias de tejidos, empleando procedimientos primitivos, y la de curtidos; hace algún comercio con Rabat y Casablanca.

Entre Mequinez y el río Sebú (en dirección de Tánger), está la famosa tribu ladrona de los Beni Hassen, que hacen zanjas al lado de los caminos para disparar.

Alkazarquivir, desde el punto de vista militar, tiene excepcional importancia, porque su posición puede considerarse como punto de paso obligado para ir á Fez ó Mequinez.

Encuéntrase, antes de Alkazarquivir, la gran llanura de Cherarda.

Aun más allá de Alkazarquivir hay un valle estrecho y muy cubierto de monte bajo, donde son frecuentes las sorpresas y ataques á los viajeros.

José Marvá y Mayer,
Coronel de Ingenieros.

(Continuará).

En atención al interés de la materia consagrada á los inventos del Sr. Torres Quevedo, hemos suprimido algunas de las habituales secciones de la Revista, que serán continuadas en los números sucesivos.

Los discursos de apertura en las Universidades españolas.

El del señor Ministro de Instrucción Pública.

I

Tengo sobre la mesa los discursos leídos en las diez Universidades y el del Sr. Ministro del ramo: no creo ocioso el ver qué manifestaciones contienen referentes á las necesidades de la enseñanza; allí donde el régimen autonómico felizmente impera, no hay que preguntar las aspiraciones de los centros docentes; pueden éstos llevarlas á la realidad, y las llevan en cuanto es posible; donde la Universidad conserva, como entre nosotros, el carácter burocrático y centralista, apenas su opinión pesa para organizar la enseñanza; pocas veces se la consulta; si acaso ocurre alguna vez, convencidos en provincias de que en Madrid los centros superiores no hacen mucho caso de nuestras opiniones, se contesta deprisa y de mala gana; en muchos casos no cumplen esta misión los catedráticos; de ella se encargan los jefes, rectores y decanos; suelen ser éstos los más antiguos en cada Facultad y llevan naturalmente á tales informes el peso de sus años y su dilatada experiencia; por eso sus opiniones suelen ser excesivamente conservadoras; no conviene perturbar la enseñanza con peligrosas novedades, cierto es que Alemania.... seguramente en Francia... acaso en Inglaterra.... tales medidas sean excelentes ¡pero aquí! ¡en España! el medio, la raza, la tradición, la costumbre, todo dificultan esas innovaciones; precisamente por olvidar lo antiguo, las 15 faltas, los rigurosos exámenes, la lista diaria, la enseñanza se derrumba: quien desee averiguar en lo futuro la psicología de la Universidad española á través de sus informes oficiales, seguramente habrá de tener en cuenta para sus juicios estas circunstancias, si no quiere establer afirmaciones desprovistas de fundamento.

Por eso es interesante el ver las opiniones expuestas sin acuerdo previo, singularmente, en esta especie de plebiscito espontáneo que forman los discursos de apertura: en ellos surge á veces la opinión escueta, radical, clarísima de que un señor que acaso envuelto entre sus compañeros de Facultad ó Claustro no hablaría de aquel modo: es tal vez la única ocasión de conocerlas, aquí donde los profesionales no nos solemos ocupar públicamente de estas materias y donde hasta hay quien opina que esa no debe ser labor del catedrático, pues para legislar y proponer en materia de enseñanza están los centros y autoridades académicas, el papel de los demás consiste en oir, obedecer y callar.

Claro está que no voy á entrar en el juicio que técnicamente puedan merecerme estos discursos; tratan algunos de materias de las que no entiendo ni jota: de las de otros sólo tengo sumarias noticias: no voy por ahí: he de ocuparme tan sólo de afirmaciones pedagógicas y aun de éstas no con el carácter de crítico, mas tan sólo con el de compilador y expositor casi siempre y allá

donde discrepe y lo manifieste, claro está que con la salvedad de que mis frases van á discutir mesuradamente puntos doctrinales, nunca á molestar á dignísimos compañeros.

Los discursos forman tres grupos: los de los Sres. Ureña (Madrid), Fairen (Zaragoza), Román (Salamanca) y Párraga (Sevilla), desarrollan los respectivos temas sin meterse en problemas pedagógicos: quedan apartados para nuestro objeto: los de los Sres. Fernández Osuna (Granada) y Ventura (Valencia), piden que se modifique la ceremonia de la apertura como símbolo de nuestro sistema de enseñanza; los de los Sres. Soriano (Barcelona) y Eleicegui (Santiago), contienen afirmaciones sobre problemas generales de enseñanza y de ello tratan, aunque más incidentalmente, los de los Sres. Benito (Oviedo) y López Rodríguez (Valladolid); esto nos da trazado el plan de nuestro estudio.

Granada.—Sr. Fernández Osuna; catedrático de Patología general: edad 53 años, 26 de profesorado, cordobés, ha servido en Sevilla (1); su opinión es la más franca y radical: merece ser conocida: ahí va.

«Considero estas arcáicas y rutinarias solemnidades (las de apertura de curso), inútiles y aun perjudiciales; desprovistas de finalidad práctica, sin otra nota simpática que la adjudicación de premios á estos jóvenes escolares...

Ni la nobleza está siempre en el título nobiliario, ni la virtud se cubre exclusivamente con el hábito talar, ni la ciencia se oculta en toda ocasión bajo la toga doctoral. En su manifestación externa, estas fiestas sólo sirven para alucinar nuestros sentidos é imbuirnos falsas ideas de sabiduría. La blusa del trabajador manual é intelectual, me inspira gran respeto. Los colores vivos y abigarrados de nuestra toga doctoral, me producen la impresión de disfraz caprichoso, de mal gusto estético, que simula, en esta exhibición de conjunto, especie de mascarada científica.

Sin vestir este atributo de ciencia descubrió Watt, simple obrero mecánico, la máquina de vapor; Stephenson, vulgar minero, la locomotora; Fulton, modesto tallador de diamantes, la navegación de vapor; el inmortal Guttenberg, adocenado industrial, la imprenta; Franklín, impresor, el pararrayo; Gramme, carpintero, la primera dinamo eléctrico-industrial; Faraday, encuadernador, importantísimas leyes físicas; Ruhmkorff, obrero mecánico, la bobina de inducción; Breguet, relojero, el telégrafo eléctrico; Edisson, vendedor de periódicos, el fonógrafo; Montgolfier, fabricante de papel, la navegación aérea; Niepce, oficial de infantería, la fotografía; Després, auxiliar del ingeniero Combes, la transmisión á distancia de la energía eléctrica; Senefelder, cronista de teatros, la litografía; Colón, rudo marinero, el Nuevo Mundo; y tantos otros que pudiera citar, gloria de la Humanidad y de la Ciencia. ¡Cuántos millares de doctores podría traer á cuento que no hemos inventado nada! No os sorprendáis de este lenguaje y de este proceder. Ocultar los propios

(1) Tomo estos datos y los sucesivos análogos, del escalafón; conviene á veces tenerlos en cuenta para juzgar los escritos.

defectos, dar el valor de virtudes á los vicios, es hipocresía, soberbia, osadía. Como miembro de la familia universitaria puedo ostentar mayor derecho á censurar los vicios de sus individuos.

¿Qué finalidad práctica perseguimos con estas aparatosas solemnidades? La exposición de trabajos técnicos originales de orden experimental ó especulativo, de verdadera importancia y trascendencia, son más propios de una Academia que de un Claustro universitario, de las grandes inteligencias, que de los hombres vulgares; yo formo en la fila de los últimos. La discusión de problemas de enseñanza, de cuya resolución tan necesitados estamos, no despierta la atención de nuestros legisladores. Nuestros Directores de la Instrucción Pública, si por excepción los afrontan, prescinden de nuestras reclamaciones y consejos, para atender preferentemente los de algún adlátere, con la seriedad aparente de un superhombre y la realidad efectiva de un vulgar adulador. Muy preocupados de las exigencias de escuela, de partido ó de personas, desconocedores de ordinario de las cuestiones de enseñanza, han llevado la universitaria al estado de perturbación, de caos, en que hoy se encuentra sumida.

Excitamos á los profesores y á los escolares á la aplicación y al trabajo, al cumplimiento de nuestros deberes académicos. ¿Atendemos nosotros aquéllas excitaciones? Ni entiendo de convencionalismos, ni sé disfrazar mi pensamiento.

Discutimos con ardor la mezquindad del sueldo: esperamos con ansia angustiosa el ascenso del escalafón, pero nos cuidamos poco de justificar con el trabajo asíduo, con el celo por la enseñanza, una mayor remuneración, una más justificada posesión del ansiado ascenso. Y no sería difícil señalar casos de quienes descienden de esta tribuna, después de haber declamado en tonos patéticos acerca de las excelencias y satisfacciones del trabajo y la aplicación, para comenzar al día siguiente faltando al más elemental de los deberes: la asistencia á cátedra.

¿Y qué hacen nuestros escolares? Alucinados y desorientados por estos perjudiciales convencionalismos, mal dirigidos, viciosamente educados, se abandonan á la holganza y á la desaplicación, pareciéndoles que el único fin de los estudios universitarios sea la consecución de un título académico, aunque no garantice la posesión de los conocimientos que para conseguirlo hubieran debido acreditar. No es este el camino de nuestra ansiada regeneración.

En vez de congregarnos aquí al comenzar nuestras tareas para formular programas, entonar cánticos al trabajo y exponer los más sanos propósitos, presentándonos como enamorados y víctimas de la Ciencia, debiéramos concurrir todos, alumnos y profesores, al finalizar el curso, á dar estrecha cuenta de la inversión dada á tan precioso tiempo; del esfuerzo realizado en el cumplimiento del deber; de si fuimos tan solícitos en trabajar como en cobrar; de si respondimos con las obras á aquellas promesas y á aquellos propósitos de la palabra. Los entusiasmos de la apertura no han servido para corregir nuestra habitual indolencia. Es posible que fuese remedio más eficaz la acu-

sación de nuestra pereza y abandono. Puede esperarse la regeneración del que se confiesa y reconoce sus vicios y defectos. Jamás se enmendará quien erróneamente se cree poseedor de todas las virtudes.

Hay aún más, Excmo. Sr.: La solemnidad de este acto, los colores vivos y el aspecto impresionable de nuestra indumentaria doctoral, los himnos entonados con excesiva frecuencia é indudable exageración á la Ciencia y Cultura nacional, ofuscan y exaltan indudablemente nuestra inteligencia, alucinan nuestros sentidos y nos conducen, en el terreno científico, á iguales falsas ideas de que estábamos poseídos en el político y militar cuando los últimos desastres coloniales nos hicieron ver la realidad. Teníamos un ejército y una marina que calificábamos con énfasis invencibles, y fuimos ignominiosamente derrotados. Tenemos diez Universidades, cientos de profesores, miles de escolares y la cultura nacional es deficientísima. Es necesario destruir de lo viejo lo arcáico, lo inútil, lo desacreditado, para construir con los nuevos materiales que nos ofrecen los directores del Progreso y del Saber: más trabajo y menos solemnidades.»

No tengo el gusto de conocer al Sr. Fernández Osuna personalmente; le felicito por estas ideas, que suscribo, y por la sinceridad y valentía al exponerlas; conviene que de vez en cuando se oigan tales acentos, y que á ellos vayan acostumbrándose las gentes.

Valencia.—Sr. Ventura Traveset, catedrático de Literatura General y Española; edad, cuarenta y cuatro años; cinco años de profesorado; granadino; sirvió en Santiago.

También pide la modificación de la apertura, mejor dicho, del discurso de apertura, para «hermanar el secular símbolo de la apertura de curso con las necesidades de la enseñanza extensiva, que tanto desarrollo alcanza en las Universidades extranjeras»; á este fin, propone que el discurso de apertura, «impreso en tamaño molesto, no encuadernable y de mal acomodo en las tablas de toda librería (discurso que algunos oyen, pocos leen y ningún extraño á la Universidad disfruta), sea sustituído por un razonable tomo anual de gran tirada, que entre en el comercio público y pueda canjearse con otros similares para formar colección; especie de *compte rendu* de nuestra vida universitaria española, campo abierto á la colaboración de cuantos profesores cultivan la misión docente: galería monográfica anual del progreso de la ciencia oficial ibérica, en donde en breve espacio se rinda culto á la última palabra de cada rama; muestra práctica, en fin, de la vida intelectual de cada centro y de cada región».

Además de éste, y para «no romper de repente con nuestros hábitos académicos», propone que se conserve el discurso de apertura en su forma actual, «menos académico y más de circunstancias y de actualidad»; que se lea, pero no se imprima. Cree el Sr. Ventura que con esta medida podrían escribir muchos que hoy no escriben por no tener editor ó medios para editar sus producciones.

Se desprende que el Sr. Ventura, lejos de proscribir los discursos de aper-

tura, los duplica; su idea del *Anuario* no cambia la naturaleza del trabajo; los que escriben discursos ahora declaran que lo hacen no por gusto, mas por obligación; así se nutriría forzadamente el *Anuario;* el que quiere escribir de materias que no sean extravagantes ó rarísimas, encuentra hoy medios de publicar: las revistas acogen las producciones científicas á veces muy medianas; no he conocido á nadie que se arruinase publicando libros discretamente, es decir, del tamaño, forma y precios generalmente usados. Créame mi amigo el Sr. Ventura: el *ineditismo* es hoy afección que ataca preferentemente á los incapaces; el que nada dice es que no suele tener nada que decir; en muchos casos, es preferible un discreto silencio á esa producción científica extraída con la *Gaceta* á guisa de forceps.

Barcelona.—Sr. Soriano Sánchez, catedrático de Literatura Latina; edad, cincuenta y ocho años; trece de profesorado numerario, y otros trece antes de auxiliar; murciano.

Para el Sr. Soriano, la apertura del curso es solemnidad que simboliza el culto á la ciencia, que todos los pueblos adoran como su más preclara gloria. El disertante se muestra perplejo ante la elección de tema, exclamando: «¿Qué podré yo deciros que no se haya manifestado ya en este mismo sitio? ¿Qué verdades proclamar que no estén en la conciencia de todos?» Por eso se decide á emprender lo que denomina *Miscelánea académica,* ó sea, á exponer su opinión sobre varias cuestiones de enseñanza.

1.° *Métodos de enseñanza.* — El autor opina que debe ser distinto que el científico: el primero varía con la edad de los alumnos, es circunstancial; el segundo es absoluto, como la ciencia misma; no deben confundirse, y el hacerlo acarrea graves dificultades.

El alumno es un ser en quien residen la verdad y el bien, y sólo debe dirigírsele sin imponerle nunca opiniones ajenas: el profesor no tiene como misión, «la de definir, dividir, enseñar reglas fatigando la memoria del discípulo; no tiene el encargo de pronunciar discursos en la cátedra para lucir sus dotes oratorias, propios de Ateneos y Academias: su obligación se concreta puramente á guiar la atención del alumno»... «El profesor debe ser como el orador religioso: cuanto enseñe, cuanto exponga, debe él mismo practicar; sus costumbres influyen notablemente en el enseñando...; debe llevar á cabo su obra con dulzura, con familiaridad, con extremada paciencia, y jamás manifestar interés, indiferencia ú orgullo.» El autor reconoce que este modo de proceder no es común entre nosotros; agrega que debe formarse el corazón de los jóvenes dentro de las enseñanzas religiosas católicas.

Afirmo mi conformidad absoluta con todas estas máximas y por haberlas expuesto, felicito al autor.

2.° *Libros de texto y programas.* — Se manifiesta el Sr. Soriano de acuerdo con la famosa proposición del Marqués de Villaviciosa; esto es, la supresión de los libros de texto como obligatorios, y pide la redacción de cuestionarios oficiales donde se limite claramente la extensión, contenido y límites de cada asignatura.

El Sr. Soriano llama á estas ideas radicalísimas; vamos á establecer un pugilato de radicalismo: yo voy más allá que mi distinguido compañero.

En la práctica, la supresión del texto obligatorio es letra muerta: quien examina, califica y aprueba ó suspende, indirectamente puede obligar á usar tal texto ó emitir tal opinión: suprimidos los exámenes, se suprime en absoluto el problema; cada cual estudia lo que le place con quien quiere; los cuestionarios, en muchos casos, v. g., en las Clínicas, en las Cátedras de investigación, en Filosofía y Letras, no pueden redactarse de antemano, ¿cómo voy á saber los enfermos que han de entrar ó los documentos que habrá que leer? En otros casos son difíciles de redactar á gusto de todos, y al que no le guste no le agradará explicar así la asignatura; hay algunas en formación, ¿quién traza el contenido v. g. de la Sociología? Sigo más radical: que cada cual explique lo que le plazca; no hay otro sistema racional.

Respecto de jubilaciones, el Sr. Soriano la pide obligatoria á los setenta; y en cuanto á disciplina escolar, propone que se alargue el curso en cada cátedra tantos días como faltas colectivas se han cometido. También aquí soy más radical que el Sr. Soriano: juzgo que la asistencia á clase debiera ser voluntaria, y constituir no un deber sino un derecho por parte del alumno; claro que así se extinguen las faltas colectivas, y no hay que pensar en disciplina académica para este caso.

Santiago.—Sr. Eleicegui, catedrático de Materia farmacéutica vegetal; edad treinta y dos años, siete de profesorado; coruñés; sirvió en Barcelona.

Ocúpase en su discurso de la reorganización de los estudios de Farmacia: á este fin expone los planes de Francia, Alemania y Suiza, y encuentra en el nuestro graves deficiencias reducidas á tres grupos: 1.°, falta de estudio de algunas asignaturas y poca extensión dada á otras cuyo conocimiento es hoy indispensable al farmacéutico; 2.°, las enseñanzas en España no tienen carácter práctico; 3.°, el boticario español puede abrir farmacia sin que *oficialmente* se le exija práctica profesional.

Discretamente, á mi juicio, dice el Sr. Eleicegui que no basta aumentar enseñanzas, que lo que es necesario cambiar es el modo de darlas: «Es preciso tener en cuenta que encajando más en nuestro carácter el régimen oratorio y el alarde de conocimientos, que las prolijas y delicadas operaciones de laboratorio, pocos serían los que dejasen el fácil y brillante camino de las nociones teóricas por el espinoso y modesto de los trabajos prácticos.» Insistiendo en esta manera de enseñar, más adelante agrega: «Cuantos han visitado las aulas extranjeras han podido ver que en ellas las explicaciones se limitan á lo más fundamental, consagrando en cambio la mayor parte del tiempo, á los ejercicios prácticos..., aprenden la parte práctica al mismo tiempo que la teórica, y en Alemania los alumnos al salir de las escuelas son capaces de hacer investigaciones que aumentan siempre su reputación científica y muchas veces su provecho personal.»

Estoy completamente de acuerdo con el Sr. Eleicegui y juzgo sus deseos muy razonables y discretos.

Oviedo.—Sr. de Benito, catedrático de Derecho Penal, veinticuatro años, uno de catedrático numerario; toledano, sirvió en Santiago.

Piensa el Sr. de Benito «que el profesor tiene no pocas ocasiones en el libro, en el folleto, en el periódico profesional, en el Ateneo, de disertar anchamente acerca de su asignatura... las Universidades, es menester que se acerquen á la opinión pública dando muestras de que son entidades sociales antes que corporaciones burocráticas ú oficinas de títulos científicos..., pensando en ésto, decidí tratar un tema de Pedagogía y examinar las necesidades y las tendencias sociales en el desenvolvimiento científico nacional y la misión de las Universidades para enderezar las unas y encauzar las otras», mas desgraciadamente los propósitos del autor no se lograron: el atentado contra los reyes de España le lleva á ocuparse del anarquismo, alejándole de esa otra labor.

Basta, sin embargo, con lo apuntado para ver lo que el profesor ovetense piensa en algunos problemas pedagógicos.

Valladolid.—Sr. López Rodríguez, catedrático de Derecho Internacional; cuarenta y cuatro años, cinco de profesorado; sirvió en Valladolid: ha fallecido en 18 de Septiembre último.

Cree el autor que la base de nuestra regeneración pedagógica, está en favorecer el desarrollo de la enseñanza primaria: examina con este motivo el número de escuelas y analfabetos, y aboga por la enseñanza obligatoria, elevando el sueldo al maestro y dignificando la clase.

Estudiando en conjunto las aspiraciones del Profesorado universitario, se descubren dos conclusiones:

1.ª En nadie se ve interior satisfacción con el estado actual: nadie lo reputa aceptable, todos demandan modificaciones, cambios, variaciones; puede afirmarse que la Universidad atraviesa un período de crisis.

2.ª No están definidos y concretados los deseos ni las tendencias pedagógicas: cada cual pita por su lado; no sólo no hay directores de orquestas, no hay ni orquestas; cada uno toca en la esquina de su casa la sonata que le place, en el instrumento que le gusta.

La Universidad y la enseñanza están enfermas; se quejan de muchas dolencias; á la cabeza de la Instrucción Pública hay un experto Galeno, ¿habrá acertado en el diagnóstico? Vamos á verlo.

II

Confieso que al leer en la prensa los extractos del discurso del señor ministro quedé defraudado: juzgué que abarcaría los principales problemas de todos los grados de la enseñanza, y especialmente iría enderezado á adaptar su resolución á las necesidades y recursos actuales de España; esa parece que debería ser la labor del gobernante: el discurso se concreta tan sólo á la enseñanza primaria, y parece desarrollar el siguiente tema: «Lo que yo haría si

gobernase en distinto país de aquel en que gobierno, ó si el país que yo gobierno fuera de otro modo.»

Cumple el señor ministro la tradición política española de los Gobiernos liberales: en otros países, la política pedagógica de los diferentes partidos tiene profundas diferencias que nacen en el terreno de las ideas, á veces de fuentes puramente pedagógicas: aquí prescindimos de ideaciones y toreamos con división de plaza; los ministros conservadores García Alix, Domínguez Pascual, legislan sobre enseñanza universitaria; el uno organizó la Facultad de Letras, el otro intentó crear el primer centro de enseñanza autónomo y con patrón nuevo, la *Escuela de Estudios Árabes;* los liberales se ocupan de los maestros; Romanones consigue que el Estado les pague; Jimeno intenta que sean funcionarios del Estado; todos muestran su amor á la enseñanza, como esos aficionados á aventuras entre bastidores; los unos galantean á las tiples, los otros al coro.

Leí después el susodicho discurso y me agradó de modo extraordinario la brillantez y nervio de su estilo, la frase justa y acertada: el señor ministro, quizá á fin de no distraer su atención y no alargar demasiado su discurso, se ocupa sólo de la necesidad de luchar contra el analfabetismo y la ignorancia: para ello es preciso aumentar escuelas, instalarlas en locales higiénicos y adecuados, mejorar la condición del maestro en sus aspectos material (sueldo) é intelectual (preparación técnica); como consecuencia, necesidad de reformar las Normales; tal es, en substancia, su discurso; la prensa diaria ha dado extensos resúmenes del mismo, lo cual me dispensa de seguir extractándolo.

Aparte de esto hay en él algunas afirmaciones merecedoras de detenido examen y aun de respetuosa y doctrinal discusión.

Yo no admito que la enseñanza en todos sus grados sea como una religión con gerarquía sacerdotal y templos de capacidad distinta (catedrales, ermitas, universidades, escuelas), y, sobre todo, que deba ser organizada y sostenida por el Estado; yo no creo que haya derecho para imponer á los que no la necesitan ni la utilizan el gravamen que el sostenimiento de la enseñanza *en todos* sus grados representa; esta es una Estatolatría perjudicialísima por muchos conceptos, y los que la sostienen y aplauden no tienen derecho á lamentarse de la escasa fuerza que entre nosotros tiene la iniciativa privada en materia de enseñanza, cuando ellos se dedican cuidadosamente á impedir con sus medidas que pueda desarrollarse.

Comprendo que la misión tutelar del Estado se dirija á subvencionar la enseñanza de los pobres y á sostener aquéllas que por sí mismas no puedan vivir de modo espontáneo siendo necesarias para la cultura, pero no á mantenerlas todas y en todos los casos; quienes así piensan podrán llamarse liberales, pero en el campo pedagógico-científico recuerdan los famosos tangos de la cuestión Nozaleda: *van pa atrás;* me explico al Estado cuidando amorosamente un invernadero; nunca prohibiendo sembrar trigo á todos para sembrar sólo él, obligándonos á comer *pan de munición.*

Pide el señor ministro que los españoles nos adiestremos en la escuela y en

la Universidad para la vida; á eso nos enseñará la vida misma; ¿cómo voy á adquirir por los libros ú oyendo discursos, cualidades que ó son congénitas ó se desarrollan lentamente y por influjo de circunstancias muy complejas, de familia, comarca, oficio, medio social, etc.? Se forjan la ilusión de que porque las escuelas y profesores son en el extranjero mejores que las nuestras, sólo por eso sale de ellas la juventud mejor dispuesta, sin ver que á esa mejor disposición contribuye la vida entera: de familia, de sociedad, de trabajo, de religiosidad, de ahorro, de respeto, de tolerancia. Lo que puede ocurrir y de hecho ocurre, es que al romper desatinadamente, por ir cual las alondras tras los espejuelos, el equilibrio social, elevando con artificios fuera del medio ordinario, ciertas instituciones y personas, queden éstas en desacuerdo con aquellas otras á quienes deben servir, ilustrar y guiar; en tal caso, el guía se considera un desgraciado digno de mejor suerte, á quien su mala estrella condena á vivir entre esos bárbaros que él soporta; esta suele ser la posición de la mayor parte de nuestros intelectuales; todos nos quejamos de que el público nos abandona y no lee, ni compre, ni respeta, ni paga; todos soñamos con tiempos y países mejores, todos decimos que «aquí no se puede hacer nada», nadie acepta con la frente erguida y el músculo tenso para el trabajo la situación en que la Providencia le ha colocado haciéndole nacer en este país, en este tiempo y en este medio, y convierte su actividad en adaptarse á las circunstancias sacando de ellas el mejor partido; soñadores ó desfallecidos, eso somos y no hay que ser eso sino cumplidores de nuestros deberes como puedan ser cumplidos ahora.

Sólo así hay derecho á pedirle sacrificios á la Patria.

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ.

Zaragoza, Octubre 1906.

———oOo———

Gigantes del mar.

Según cuentan, en 1902 se estableció un tratado entre ingleses y japoneses con cláusulas secretas. En una quedó estipulado que el Japón informaría de un modo claro y categórico por medio de planos y memorias de cuanto en el mar ocurriese á su flota, caso que llegara á combatir.

Es indudable que la idea de una futura guerra estaba prevista por ambas partes y que Inglaterra quiso de antemano sacar el mayor partido técnico de la contienda.

Y hay que convenir, que esa cláusula es el colmo de la previsión, de la astucia militar.

El acorazado en el día es el resumen, el compendio de la ciencia y de la industria moderna. No puede decirse qué parte es la más admirable: si las características del acero de la coraza, ó la energía de las bocas de fuego ó la velocidad que lleva la fortaleza flotante.

Todo ello se estudia y tantea en los proyectos; se comprueba la regularidad de la marcha, navegando y maniobrando, y de la potencia ofensiva dan idea clara las experiencias de tiro en los polígonos y en el mar.

Ahora bien; en la guerra varían mucho todos esos factores por depender del lugar, de la corriente, del tiempo y de la inseguridad que proporciona la lucha.

Plan inglés: Construir ó dirigir para otros una escuadra á imagen y semejanza de las que ellos disponen. Bien dotada, con tripulantes de instrucción sólida y espíritu de temple, á combatir, y después, luego, los combatientes á razonar los resultados en secreto, para distinguir lo bueno de lo malo, de lo innecesario y saber á qué atenerse en la trascendente cuestión del material de guerra.

¿Será cierto ese tratado originalísimo? No puede afirmarse. Lo que desde luego no cabe duda es que el 2 de Octubre de 1905 se puso la primera pieza de la quilla del *Dreadnought* (1), y que el 10 de Febrero de 1906, ciento veintiocho días más tarde, el casco se lanzó al agua en los astilleros del gran puerto militar de Portsmouth, rodeando el acontecimiento de la mayor reserva.

El Almirantazgo inglés ha llevado en la construcción de este gran acorazado mucho misterio; ha falseado los datos para los anuarios; dícese que en el moderno buque se encuentran aplicadas las conclusiones dictadas por la experiencia en el combate de Tsushima, referentes á marinas militares.

Sin embargo, una revista alemana y otra americana dieron á principios de este año noticias del buque, demostrando que individuos de ambas nacionalidades habían logrado quebrantar, romper el misterioso velo que guardaba tan magna fortaleza.

Y después viene lo más notable. El *Dreadnought* desplazará 18.500 tonela-

(1) *Dreadnought,* traducido literalmente es: *temer nada,* el que no teme á nada.

das á su término, 2.000 más que el *King Edward VII,* que ya posee 16.500, límite antes inconcebible; pero para entonces ó un poco más tarde, surcará los mares el *Delaware* (2), acorazado norte-americano de 20.500 toneladas. El proyecto de este buque está discutido, aprobado y concedido el crédito preciso.

El *Dreadnought* montará diez cañones de 30,5 cm.

El *Delaware* doce. El primero lleva además otros diez cañones de 23,4 centímetros, también de gran potencia perforante. Es de advertir que el citado *Eduardo VII* sólo lleva cuatro cañones de 30,5 y cuatro de 23,4; en 1903 se botó el último; en dos años hay que observar este nuevo aumento.

Difieren esencialmente ambos buques en la situación de las piezas.

Dreadnought.—Dos torres en caza y retirada con dos piezas de 30,5 cada una, en montajes dobles. Las otras seis en casamatas, tres en cada borda; por consiguiente, pueden disparar siete por babor ó por estribor.

Delaware.—Seis torres con piezas gemelas en tres cotas diferentes, con giro casi completo; los doce cañones de 30,5 pueden disparar en uno ú otro costado simultáneamente.

Son factores comunes, la coraza, la artillería y el motor.

La protección se obtiene con aceros al cromo-níquel, cementado. El acero, de los clasificados como dulce; en cuanto á la proporción de carbono obtenida con la inyección, digámoslo así, de gas del alumbrado, se reparte gradualmente desde la superficie al núcleo.

El blindaje tiene que cumplir dos condiciones. Primera: Tenacidad suficiente, á fin de localizar el choque en el impacto. Es decir, que lo primero que se procura es que, caso de penetrar el proyectil, hiciese un orificio limpio, cilíndrico á ser posible, de tal modo, que á pocos centímetros la plancha no presentase la menor aboyadura, de igual modo que la bala del Maüser atraviesa una plancha de hierro ordinario de un centímentro.

La dosis de carbono es contrapudente al choque. Ya se sabe que la fundición la más rica en carbono dentro de los productos derivados del hierro, es eminentemente quebradiza; por eso las aleaciones que constituyen el blindaje son de aceros dulces como base y se incorpora el níquel, cuyo efecto es aumentar la tenacidad.

Segunda: Compacidad, masa suficiente para disminuir la penetración una vez realizado el impacto, para que al explotar la granada perforante dentro de la plancha, quede una parte intacta; el cromo, unido á la cementación exterior, es el que realiza ese aumento de densidad.

Los cañones que llevan estos buques destinados á combatir entre sí, son de calibre 30,5 cm. Arrojan estas piezas granadas de 400 kilogramos por término medio; se tiende á disminuirlas para obtener mayor velocidad inicial; son cañones pesados, algunos llegan á 70 toneladas, con longitudes de 15 metros; la velocidad inicial del proyectil fluctúa entre los 600 y 1.000 metros por segundo.

(2) El presidente Rooselvet, quiere que cada buque lleve el nombre de un estado. A este le corresponde el de *Delaware,* situado al Este de *Washington,* en la costa del Atlántico.

Las granadas son de acero al cromo, con caperuza de metal blando, idea del general ruso Makaroff; metal blando que pretende absorber la energía del choque para que, deformándose, el verdadero proyectil penetre burlando la cementación; además, sirve de guía. En lo referente á espesores de penetración, no se pueden dar reglas fijas; las fábricas ocultan esas experiencias y las que publican suelen ser falsas ó exageradas por la cuenta que trae; 40 cm. de plancha Krupp á 2.700 metros es límite que puede admitirse.

El motor es lo característico de estos buques y merece detenerse algo en su examen.

Revue Scientifique publicó hace poco un trabajo en el cual se concreta las tres grandes diferencias que distinguen al barco moderno de casco de hierro del antiguo de madera.

1.ª *La forma.*—El buque de hoy es más agudo, más fino y corta mejor la corriente.

2.ª *La sección.*—El antiguo tenía una en la cual se cambiaba de curvatura dos veces por costado; las cuadernas recordaban algo al arco ojivo-conopial; en el día, las bordas son rectas y eso permite aumentar la capacidad y facilitar la distribución.

3.ª *El motor.*—La máquina clásica de Watt, con sus oscilaciones está llamada á desaparecer, por lo menos eso se busca en la marina.

Tratándose de obtener movimiento circular, es lógico pretender que el vapor sea quien lo comunique al árbol, ventaja realizable con la turbina.

En teoría, las turbinas de vapor son iguales á las de agua. En las últimas la diferencia de nivel que dá la presa, determina la caida del agua con tanta mayor velocidad cuanto mayor sea el desnivel.

La turbina de vapor es también un receptáculo que aprovecha un desnivel, una catarata térmica, como diría D. José Echegaray.

Hierve el agua en una caldera; á los 100° pasa al estado de vapor. Continúa obrando el manantial, y en virtud de la ley de Gay-Lussac, por cada grado de aumento de temperatura, el gas se dilata $\frac{1}{273}$ de su volumen. No puede dilatarse porque la caldera tiene dimensiones fijas; aquel aumento de calor se traduce en aumento de presión, y si continúa actuando el fuego, la presión puede romper la caldera.

Se da salida á ese vapor; por la ley de Mariotte y Boyle, al disminuir de presión aumenta el volumen en razón inversa, y el trabajo de expansión es el que determina el movimiento del émbolo.

Todos nuestros lectores conocen el funcionamiento de una máquina de vapor ordinaria y de una turbina; si insistimos es para observar que la base de las dos es la misma y la misma su aplicación; para comprenderlo basta suponer que el émbolo y la barra de una máquina ordinaria se coloca el primero en prolongación y no perpendicular á la segunda, y que el árbol motor está *erizado* de barras normales á su eje.

Los émbolos, ahora paletas, no son planos circulares sino superficies curvadas unos 30°.

A cada lado hay otras dos paletas fijas con curvatura igual y situada inversamente.

Entre dos líneas de tres paletas así dispuestas, se forma una cavidad análoga á la del cilindro; allí se expansiona el vapor y ese trabajo lleva consigo el desplazamiento de la paleta móvil, su giro hasta encontrarse con el vapor de las otras paletas fijas y de esta manera el giro directo del árbol.

La habilidad del calculador está en que el vapor no choque y sí actúe por presión, repartiendo el trabajo gradualmente sobre la paleta.

Los dos grandes acorazados llevan turbinas.

El inglés 23.000 caballos, cuatro hélices y 20 nudos.

El yanqui 25.000, igual número de hélices y 21 nudos de velocidad.

No es ocasión de discutir detalladamente, pero á fin de que puedan juzgar nuestros lectores con claridad, expondremos de las ventajas, las indiscutibles, de la transformación.

1.° Disminuir el espacio preciso en elevación.

2.° El movimiento alternativo de émbolos dentro de un barco, es uno de los obstáculos más grandes para su estabilidad.

Hay que obviarlos con contrapesos y combinar unas máquinas con otras, lo que á veces es complicadísimo. Las turbinas tienen movimiento de rotación perfectamente uniforme.

3.° El diámetro pequeño de las hélices permite bajarlas hasta muy cerca de la superficie del agua.

4.° Instalación fácil, funcionamiento silencioso, pocos lubrificantes, menor vigilancia, vapor de agua exento de materias impuras, y, por consiguiente, agua que se pueda aprovechar en la condensación.

¿Trae ventajas á la navegación sustituir las máquinas de émbolo por las turbinas?

Se afirma que sí. Para demostrarlo, hay que pesar todos los elementos de uno y otro grupo motor; calderas, máquinas, condensadores, bombas de aire, de circulación, árboles y hélices.

Una vez obtenido el peso, se determina la potencia de las máquinas por medio del indicador.

Dividiendo el peso primero por el número de caballos, tenemos el peso por caballo hora, que resulta ser en las turbinas,

$$14 \text{ kg. á } 19 \times \text{caballo.}$$

Con las máquinas oscilantes, el mínimun son,

$$20 \text{ kg.} \times \text{caballo.}$$

Este detalle sólo basta para justificar la importancia de la adopción de estos motores.

El *Delaware* dispone de 25.000 caballos. Con turbinas necesita 450 toneladas de maquinaria, y empleando máquinas ordinarias 525. Esos 75.000 kilos pueden muy bien aprovecharse en otro servicio, por ejemplo, en calderas.

Pesa en contra, y no poco, el no poder invertir la marcha, para lo cual ó se llevan otras turbinas ó un grupo ordinario. Si lo primero, se aumenta el peso, y lo segundo resulta ingrato para el nuevo motor, pero no quedan más que esas soluciones; el problema, como se vé, no está del todo resuelto.

La turbina permite aumentar la velocidad.

Es su principal ventaja. En un torpedero en que el peso es mediano, no tiene duda. Se trata de correr, y para esto conviene un motor ligero que dé muchas revoluciones y en el que el máximo rendimiento pueda realizarse.

En los grandes acorazados hay que discutirlo todavía.

Si el que hizo la ley, hizo la trampa, el que construye acorazados, fabrica torpedos; de los dirigibles, aún no está resuelta su marcha regular, pero, en cambio, en los automóviles se alcanza de día en día mayor progreso. Hasta ahora el *Whitehead* resolvía el problema con una velocidad de 22 nudos en 1.800 metros; el yanqui Bliss Leavitt ha llegado á obtener 36 nudos en 1.100 metros, lo que antes ocurría con 28.

El calibre de este nuevo sistema es de 53 centímetros (hasta ahora el máximum era 46). Transporta en cabeza 60 kilogramos (1) de algodón pólvora, y el aire que acciona el motor va comprimido á 156 kilogramos por centímetro cuadrado. El propulsor es movido por turbinas que giran 10.000 vueltas por minuto.

El precio de un torpedo de esta clase son 25.000 francos. Bien los vale si logran echar á pique á ejemplares como los que acabamos de reseñar, cuyo importe, calculado por lo bajo, asciende á la respetable suma de 45.000.000 de francos.

Cada disparo del cañón de 30,5 vale 2.000, y pueden hacerse dos por minuto; puede darse el caso de costar 40.000 francos el fuego durante un minuto de las piezas mayores del tiro perforante.

Siguiendo el curso de los últimos combates navales no se alcanza qué relación pueda tener el aumento de tonelaje para el porvenir de la guerra marítima.

Se dijo á raiz del desastre de la escuadra del Báltico, que el almirante ruso quiso tener autonomía en la batalla librada con los barcos de Togo; deseo traducido en llenar los barcos de carbón para maniobrar con entera independencia de los transportes carboneros. Más pesados los buques, bajó su línea de flotación y con ello estuvieron dominados por el fuego perforante, que se llevó á los puentes y reductos. Esto al menos escribió *The Enginner*.

Pues bien, ahora resulta que se aumenta el tonelaje para duplicar la artillería pesada y no para aumentar las carboneras (?).

Toda esta masa se guardará de acercarse á la costa sólo por el temor, algo remoto, de los obuses, cuyo tiro curvo siempre es peligroso. Ventaja de la artillería de costa; pues hasta ahora los barcos más potentes sólo están dis-

(1) Los 60 kilogramos de algodón pólvora, son suficientes para producir un hornillo de mina en terreno de roca cuya línea de mínima resistencia sea muy próxima á 3 metros.

puestos á combatir con el fuego rasante del cañón, cualquiera que sea su calibre; el tiro por la ordenada máxima es teórico.

Bombardear sí es posible, más para ello no se necesitan tantos cañones.

Los yanquis construirán ese inmenso acorazado en sustitución de otros dos de 16.000 toneladas, pero los ingleses no explican la razón; ó es un ensayo del tipo, ó es un alarde de fuerza, de energía y de riqueza.

Con el *Delaware* y los 265 millones de francos invertidos en la defensa de la bahía de Chesapeake, se acredita de lleno el imperialismo de los Estados Unidos.

Para aquéllos que por sus locuras, su falta de estudio y despilfarros pasados, tienen que conformarse con observar estas grandes demostraciones desde las alturas de un último piso, no deja de ser entretenido los torneos de tonelajes y velocidades prodigiosas, forma concreta de ambiciones sin límites.

Las naciones imperialistas de hoy quieren ser dueñas del mar; repartirse sus aguas y las arenas de las playas.

Hace poco eran tres ó cuatro, todas europeas, las que se repartían el Océano en toda su integridad; pero en lo que va de siglo, han demostrado con actos de presencia, otras dos, una por el sol naciente, y otra por el poniente, que están dispuestas á que los europeos concentren sus energías del Norte contra el Sur, respetando en lo sucesivo el Este y el Oeste del mundo.

Para diplomáticos también sirven reunidas; y las otras no han intervenido para nada en la paz última, ni se repitió lo de 1894 (1).

Parecen como señalar que el porvenir del europeo es África.

Y si eso se dice y así fuese, cabe preguntar cuál es el porvenir de las magnas fortalezas flotantes que acabamos de reseñar, las mayores del mundo.

CARLOS BARUTELL.

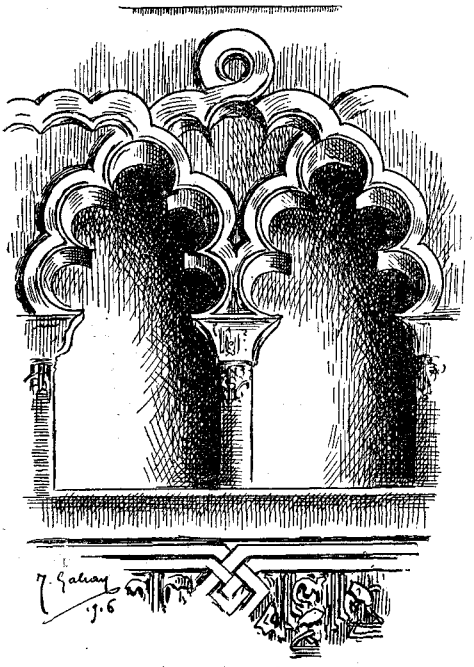
(1) Port-Arthur, Wei-hai-wei y Kiao-tschao.

El Castillo de La Aljafería.

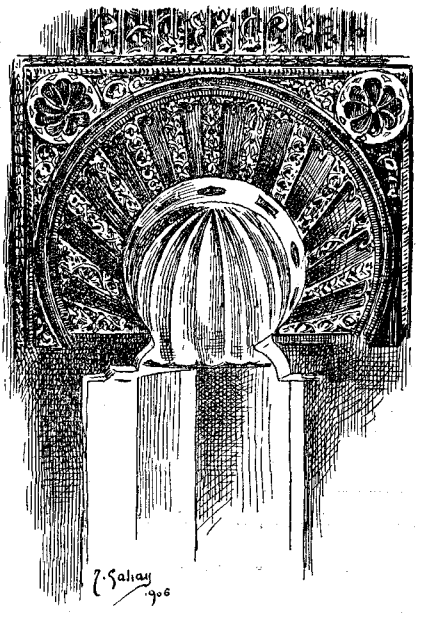
La Mezquita.

Es la Mezquita de hoy una lóbrega y reducida estancia,—tendrá unos veinte metros cuadrados de superficie—de planta octógona, de cuyos muros arrancan ocho arcos, uno de ellos de *herradura* y los demás *mixtilíneos*.

La decoración de los entrepaños fórmanla trepados de gusto exquisito donde el arte oriental muéstrase en todo el esplendor de su incomparable belleza, más estimable y más difícil de lograr por lo mismo que el artista se desenvolvía dentro de moldes geo-



Arcos dentados.



El mihrab y arco de herradura.

métricos, elementos adecuados para producir una monotomía antiestética, mejor que las sublimes manifestaciones de que es muestra elocuente la que describimos.

Bajo el arco de herradura á que antes nos referimos, situado á la izquierda de la puerta de entrada, el visitante observará en el muro un hueco, al que pone remate una linda concha. Es el espacio que en la antigua Mezquita se destinaba á *mihrab,* lugar donde reyes y emires, primeros habitantes del que fué más que alcazaba, suntuoso y encantador palacio, realizaban sus rezos cuotidianos.

Sobre los ocho arcos corre un estrecho friso de igual traza decorativa en toda su longitud; encima de él se apoya un segundo grupo de arcos no menos artísticos y esbeltos que los anteriores, en que remata la altura de los muros.

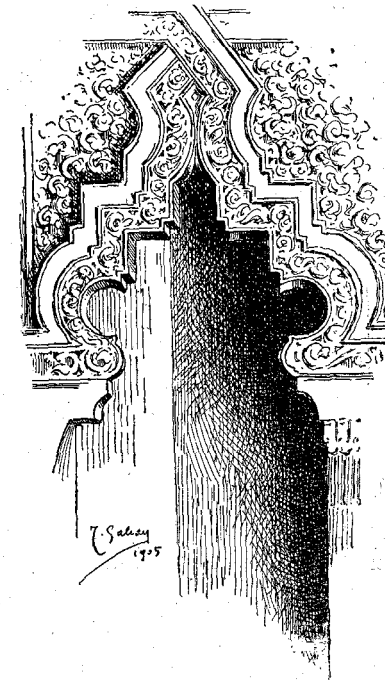
Son estos segundos arcos de los llamados *apuntados,* y está constituído cada uno de ellos por cinco festones semicirculares.

Las habitaciones reales.

Hecha la visita de la Mezquita, el guía conduce al visitante por estrecho pasadizo, para ir á un pequeño patio de luces en el que se ve altísimo torreón de gruesos muros, restos al parecer de los varios fuertes que circundaran en tiempos la primitiva fábrica.

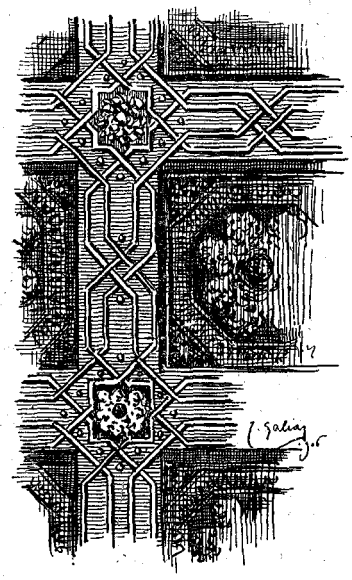
Penetrando en este nuevo cuerpo de edificio, súbese enrevesada escalera pasando por delante de la *celda del trovador,* que nada tiene de particular como obra de arte, salvo el interés que despierta en el visitante el recuerdo de la popular tradición.

Una nueva sala de elevado techo que sirve de almacén militar, comunica el torreón con el cuerpo del edificio donde se encuentra la Mezquita, y sobre el que están construídas las *habitaciones reales.*



Uno de los arcos mixtilíneos.

Son éstas la llamada sala y alcoba de Santa Isabel, una pequeña y reducida salita, otra idéntica á ésta y el salón del trono.



Detalle del artesonado del salón del Trono.

Todas ellas datan de la época de los Reyes católicos.

La primera que se encuentra en la visita es la de la Santa; sala de regulares dimensiones y que se prolonga por uno de sus lados, constituyendo un pequeño recinto donde se dice nació Isabel, reina que fué de Portugal.

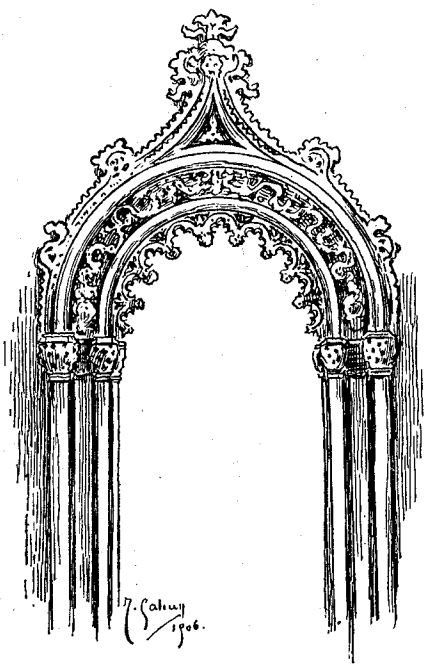
Este recinto llamado alcoba tiene el techo de vigas labradas y pintado al temple; el pavimento es de azulejos, hoy deterioradísimos por el continuo pisar.

En una de las paredes aparece enclavada sencilla lápida de mármol blanco, con la siguiente inscripción:

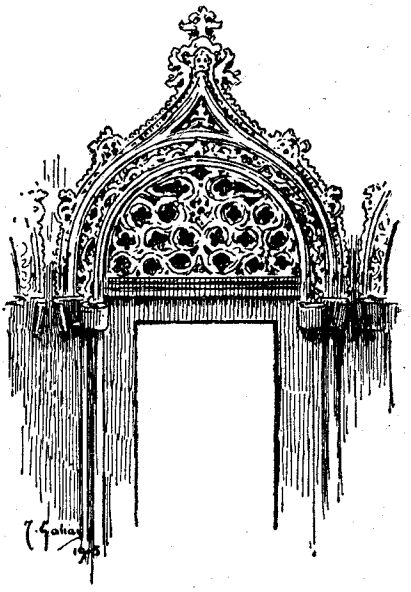
«AQUÍ NACIÓ SANTA ISABEL DE PORTUGAL A. D. 1271. FUÉ BIZNIETA DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, NIETA DE D. JAIME EL CONQUISTADOR, HIJA DE PEDRO III DE ARAGÓN—CA-

SADA CON DIONISIO REY DE PORTUGAL.—MURIÓ A. D. 1336 Á 4 DE JULIO. FUÉ CANONIZADA POR URBANO III EN MAYO DE 1625. R. P. N.»

La sala de que forma parte aquella estancia, tiene en su techo riquísimo artesonado

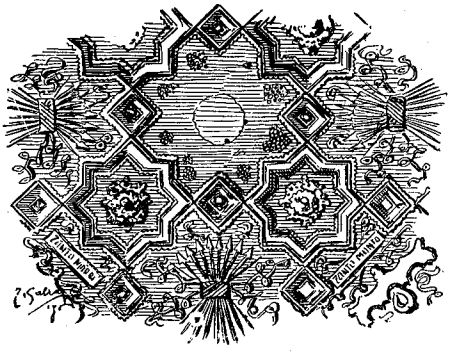


Arco gótico.

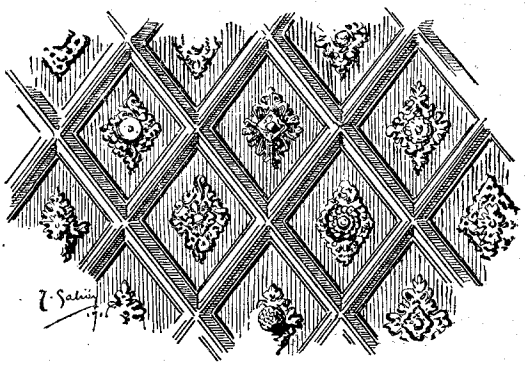


Ventana gótica de la escalera.

de poco relieve, tallado en cuadrados: que entrelazándose forman dieciseiságonos. En el centro y hueco mayor, formado por estos enlaces, debió existir algún escudo real como



Techo de la sala de Santa Isabel.



Artesonado del gabinete.

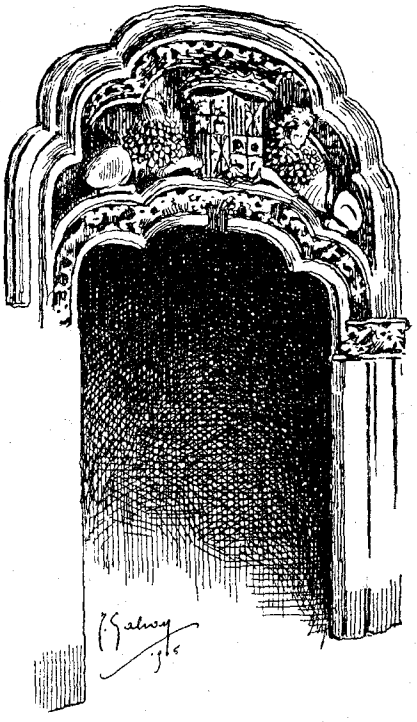
sucede en otra de las estancias que después se ve. En otros huecos más pequeños aparecen dos yugos y entre ellos el lema *Tanto monta.*

Contiguo á los locales reseñados, hay otro no muy grande tampoco, de forma cuadrada, de suelo de pelados azulejos y techo artesonado, constituído este por pequeños rombos, en el centro de los cuales penden doradas piñas.

Sigue á ésta otra habitación de dimensiones parecidas, pavimentada también de azulejos y de techo artesonado; pero este mucho más rico que el anterior, á semejanza del primero está formado por dieciseiságonos, ostentando en el centro del techo el escudo de los Reyes Católicos. En los huecos laterales se ven los consabidos yugos y el *Tanto monta* y en otros más pequeños, preciosos esclavos, de ricos calados, en su mayoría.

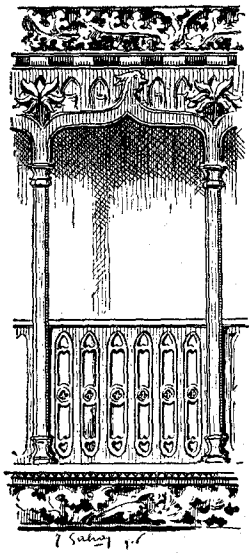
En la parte alta de las paredes de todos estos salones, corre estrecho friso cuya cinta central lleva sobre fondo azul una inscripción en oro—la misma en los tres—y que dice lo siguiente:

FERDINANDUS HISPANIARUM, SICILIÆ, SARDINÆ, CORSICÆ, BALEARUMQUE, REX, PRINCIPUM OPTIMUS, PRUDENS, STREMUS, PIUS, CONSTANS, JUSTUS, FELIX: ELISABETH REGINA RELIGIONI ET ANIMI MAGNITUDINI SUPRA MULIERUM INSIGNI, CONJUGES AUXILIANTE CHRISTO VICTORIOSISSIMI, POST LIBERATAM A MAURIS BÆTICAM, PULSO VETERI FERO QUE HOSTE HOC OPUS CONSTRUEDUM CURARUNT ANNO SALUTIS MCCCCXCII.



Puerta de entrada al salón del Trono.

De aquí, tras corta galería de acceso, encuéntrase una decorada puerta de arco gótico sobre el que se vé una bien ejecutada escultura, reproduciendo un escudo con las armas de Aragón, Castilla, Granada y Sicilia, sustentado por dos leones *tenantes*.



Detalle de la galería del salón del Trono.

Es esta la puerta de entrada al salón del Trono, estancia mucho mayor que las demás y de alta techumbre, que ostenta como las otras lujoso artesonado, de un relieve muy profundo, formando su trazo octógonos en gruesas maderas. En los huecos de estos octógonos vénse inmensas piñas. Las caras internas del grueso del artesonado están decoradas con el tan repetido motivo de yugos y haces de rayos.

El trazado general de este artesón tiene más sabor mudéjar que los de las restantes habitaciones, aunque sus detalles no correspondan francamente á este tipo.

Circunda esta estancia en su parte alta, una airosa galería que tiene como base, ó sostén, un ancho friso de ricas y primorosas labores góticas y en su centro la misma inscripción que figura en las otras salas.

El aspecto de este salón es grandioso. Su elegancia y riqueza hacen pensar en lo altamente bello que resultaría su conjunto cuando aparecieran sus paredes cubiertas por suntuosos tapices que seguramente completaron su regia grandeza.

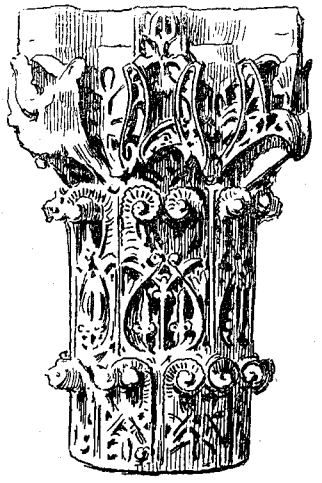
Dicen los historiadores que el abundante dorado que en las tallas de frisos y artesonados se vé en las habitaciones reales, está hecho con el primer oro que Cristóbal Colón trajo de América.

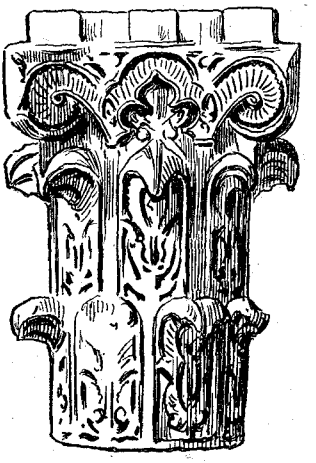
La escalera de gala.

Con la impresión recibida por la suntuosidad y riqueza de las habitaciones llamadas reales, sale el visitante á la titulada *escalera de gala,* hoy de pobre y mezquino aspecto, pero con detalles arquitectónicos dignos de ser observados.

Dos largos y amplios tramos constituyen la *escalera de gala.* Su techumbre de robustas vigas labradas y su bóveda tienen abundante y bella decoración.

Todo el enmaderado ostenta primorosos dibujos hechos con oro y azul. La pintura de la bóveda está al *temple* y representa unos haces de rayos, y el yugo, completando la decoración el lema *Tanto monta,* tan usado por los Reyes Católicos, y que como motivo ornamental se ve en todas las habitaciones que quedan descritas.





Serie de capiteles árabes que existen en el Museo provincial de Zaragoza, procedentes del castillo de Aljafería. (Se supone pertenecieron al salón de mármoles.)

En la meseta situada entre los dos amplios tramos de la escalera, existe un ventanal constituído por tres arcos góticos, de los que dos están macizados, permitiendo tan sólo el central el paso de la luz.

Haciendo *pendant* con ellos se conservan en la misma meseta y enfrente, otros del mismo estilo arquitectónico. Como en aquellos, también los laterales están tabicados.

El arco central sirve de puerta de acceso á diversas dependencias allí instaladas, del cuartel.

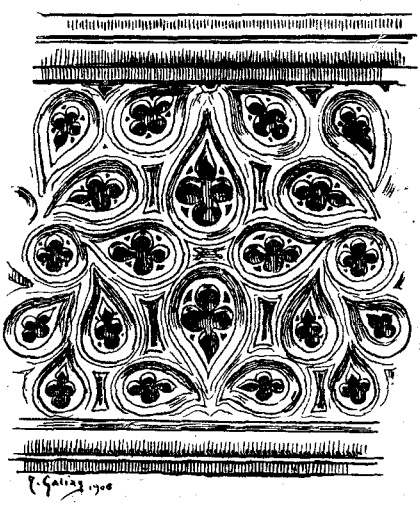
Los arcos laterales de que nos ocupamos tienen en la parte opuesta á la de la escalera

unas preciosas basas bastante mejor conservadas que los arcos y columnas de la puerta y ventanal.

Todas estas filigranas se encuentran hoy borrosas, siendo presumible no esté lejano, desgraciadamente, el día en que todos los detalles queden envueltos por el abundante enjabelgado que propinado con demasiada frecuencia, por razones higiénicas, vá, aunque insensiblemente, obturando por completo tan rica labor.

Es la barandilla, en esta escalera, un gran macizo de yeso, de labor gótica y de gran relieve, y de algún sabor árabe—en su conjunto—el pequeño trozo horizontal de la parte superior.

Nada queda en este lugar que ofrezca particularidad alguna. Desciéndese de aquí al pasadizo que comunica con el primer patio del castillo—donde comenzó la visita—pasando antes junto al patio de Santa Isabel, en el que, según se dice, existieron hasta ha pocos años tres hermosísimos arcos, restos todavía de la primitiva fábrica, de la dominación árabe. Hoy, uno de ellos está depositado en el Museo provincial y los dos restantes en el Arqueológico de Madrid.



Trozo de barandilla en la parte alta de la escalera.

***

Hasta aquí lo que en pié queda del histórico castillo. En páginas sucesivas recogeré gráficos é impresiones de los restos que por ahí andan desparramados, siendo padrón de ignominia no sólo para los vándalos que destruyeron tanta belleza artística, sino para los que, concediendo el mínimo valor de su riqueza á estos inapreciables tesoros, no laboran por conseguir la reconstitución *sobre el terreno,* contentándose con darles inadecuado almacén y custodia, como los que puedan darse á los más vulgares é inútiles enseres en la casa menos cuidadosa.

Lo que debió ser la Aljafería.

Aunque pocas las referencias que conocemos de la magnificencia artística ostentada en nuestro Castillo desde su edificación por Aben-Alfaje, las descripciones de fiestas reales hechas por cronistas de distintas épocas nos permiten afirmar si no una idea precisa y clara de lo que aquello fué, sí algo que, aunque vago, esté dentro de lo más verosímil.

Nos hablan de la *sala de los mármoles,* de la *cuadra de la chimenea,* de la *sala de las jarras* y otras estancias más, pero sin precisar donde existieron.

De la decoración que todas esas estancias construídas por Aben Alfaje debieron tener,

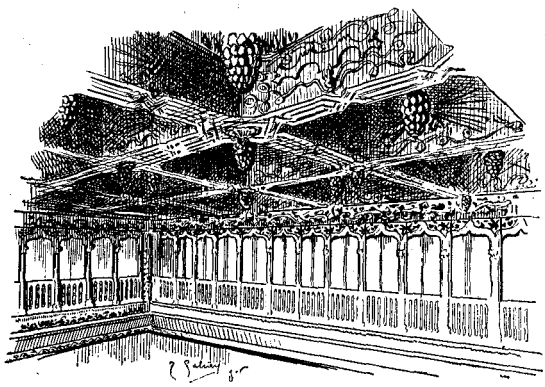
nos dará una idea aproximada la multitud de restos árabes que, procedentes de la Aljafería, pueden verse en nuestro Museo provincial.

De todos ellos se ignora donde debieron figurar, por lo que la labor de designarles sitio en las desaparecidas habitaciones es un punto menos que imposible.

Ciento dieciocho son los ejemplares de restos árabes que aparecen descritos en el catálogo del citado museo.

Diecisiete capiteles de alabastro dicen pertenecieron tal vez al salón de los mármoles.

Estos capiteles son distintos todos ellos en tamaño y decorado, y su aspecto general permite clasificarlos á unos dentro de un tipo semejante al *orden corintio* y á otros dentro del *compuesto*.



Galería y artesonado del salón del trono.

Su gracia y su talla, delicadísima y pura, seducen. Lástima grande que estén laborados en un alabastro sucio, feo, indigno de su primoroso cincelado.

Esta colección de capiteles fué más numerosa, pero disposiciones superiores hicieron se destinasen cuatro de ellos—tal vez los mejores—al Museo nacional de arqueología.

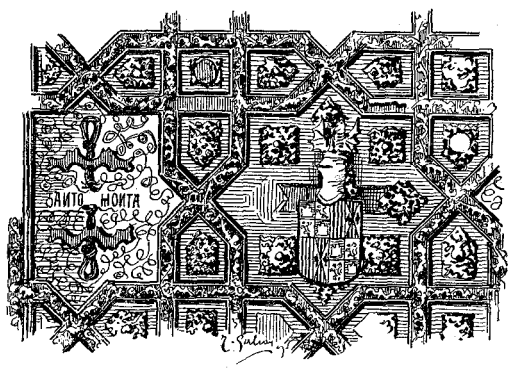
Conserva además el Museo de Zaragoza, dos hermosos tableros, hábilmente calados, que debieron servir tal vez de paso de luz ó celosías.

Varios mármoles de muy buen gusto y unos entrepaños también preciosos, complementos de aquellos.

Múltiples fragmentos de un arco de herradura de fajas talladas y simplemente pin-tadas otras.

Restos de un friso de columnitas, y arcos con sus fondos policromados.

Unos baldosines probablemente de pavimentos ó zócalos, de habitaciones menos ricas.



Artesonado de la antecámara.

Consérvanse también, aunque en forma fragmentaria, uno de los tres arcos que existieron en el llamado patio de Santa Isabel; los dos restantes fueron remitidos á Madrid, juntamente con los cuatro capiteles antes dichos.

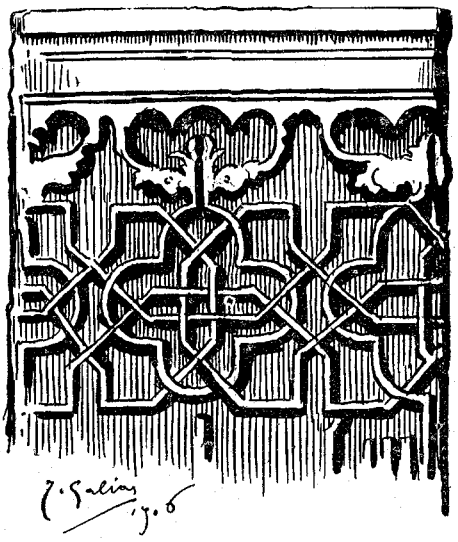
Hay multitud de trozos de distintas partes, con sus fondos pintados de rojo, amarillo y azul.

Fragmentos con caracteres árabes y otros con trozos de leyendas.

Puede verse un tablero no muy grande, de mármol blanco, perteneciente sin duda al pavimento del *salón de los mármoles* ó al de algún baño.

Muchos fustes de columnas de hermoso mármol y más y más pequeños detalles, todos ellos muy bellos é interesantes.

José Galiay.



Tablero de escayola.

Nuevos aspectos para el estudio del pueblo atlante.

Preliminar.—Series astronómicas.—Correlaciones astro-químicas.—Clasificación evolutiva de los cuerpos celestes.—Conclusiones respecto de nuestro sistema planetario.—Las Estancias cosmogónicas del Libro de Dzyan y otras doctrinas arcaicas á la luz de nuestra teoría.—Los ibero-atlantes en Extremadura y en el resto de España.

1.º—Preliminar.

Acaso no existe en la ciencia de la historia problema más vasto, más vital, más esencialísimo que el de inquirir las huellas de toda clase que haya podido dejar sobre el planeta ese gran pueblo occidental cuyos lejanos ecos han repercutido primero en nuestros oídos con los diálogos de Platón: *el Timeo* y *el Critias,* con las dispersas alusiones de Prodo, Marcelo, Aeliano y Diodoro Sículo, no menos que con las veladas revelaciones del *Popul Vuh*, de la isla misteriosa de iowas, dakotas, aztecas y toltecas, y con los fabulosos relatos y periplos de los griegos ó de los fenicios.

Pueblo de tan lejano pasado—que alguien hace remontar hasta millones de años en su cuna, y ser quizás colindante en sus postrimerías con los pueblos ya históricos como el Egipto—es, si realmente ha existido, el verdadero *eslabón perdido* que enlazar pueda á la historia escrita con esotros prodigiosos anales de la paleontología, la antropología y la lingüística.

Por extraña ley de solidaridad, allí mismo donde parecen cegarse las clásicas fuentes de la historia, ábrense otras tan peregrinas como fecundísimas en las ciencias de la Naturaleza, cual si, en problema tan esencial á los terrestres destinos de la humana raza, callase el hombre y hablase por él la propia tierra, de más leales y perdurables testimonios.

Referida solidaridad hace, en efecto, que el problema del gran pueblo y continente perdidos comience á esclarecerse, á partir de aquellas tradiciones, por los sondeos marítimos, por los estudios de fauna y flora comparadas entre Europa, Africa y América, por la investigación geológica del lecho del Atlántico y de los archipiélagos que de él afloran, por el estudio crítico comparativo de unas con otras lenguas arcaicas y por el examen, en fin, de los fósiles humanos, en especial sus cráneos, de los que tanto partido ha sacado la antropología.

El objeto del presente trabajo es un eco también de aquel problema histórico, una prueba más de tamaña solidaridad entre las humanas disciplinas, un perfil infalsificable del gran pueblo, una revelación, en fin, del pueblo atlante, revelación que no es sólo procedente del hombre, ni tampoco de la tierra sólo, sino de los cielos mismos..., de la incomparable astronomía, en dichoso consorcio con las tradiciones más primitivas, que hoy con sello sin igual de autenticidad nos ha dado reunidas una escritora, en la que no se sabe qué admirar más, si su intuición ó su valentía.

No se llame á engaño, pues, el lector creyendo encontrar en lo que sigue una investigación histórica al uso, investigación que bien documentados haremos algún día, sino un atisbo explotable para aquel problema y que se resume en la conclusión siguiente, consignada aquí á guisa de premisa. Examinados con toda detención los números definidores del Sol y del sistema planetario, se pueden deducir para este sistema nuevas leyes evolutivas; pero de ser ciertas semejantes leyes, nos encontraremos sorprendidos con el hecho de que, leídos á la luz de sus principios los rasgos más típicos de los mitos

antiguos, pierden éstos su carácter enigmático y cabalístico para presentarse claramente como sublimes símbolos de la misma verdad que hoy por aquella exégesis numérica hallamos ser novísima, cuando en realidad no sería entonces más que una *verdad perdida,* hija de la investigación científica de un pueblo astrónomo precaldeo, ó quizás de una Revelación Primitiva recibida por tradición, y por tradición transmitida por ese pueblo en sus postrimerías á otro pueblo, el ario, llamado á sucederle en la terrestre herencia y también á transmitírnosla á nosotros en los momentos mismos en que nuestro esfuerzo científico nos lleva á nuestra vez á descubrirla.

Planteada así la cuestión, es inevitable el tratar primero de hacer un resumen de aquellas deducciones astronómicas y después una exégesis, á la luz de ellas, de algunas tradiciones de Oriente, en buenas fuentes escogidas. Inútil es añadir que la digresión astronómica previa es tan extensa, que forma un libro (1) y constituye por sí sola un problema independiente de la historia humana, tal como en Occidente la concebimos, aunque indispensable para poder leer aquellas tradiciones con fruto.

2.ª—Series astronómicas (2).

1).—Toda investigación positiva comienza por el casuísmo y el empirismo, sigue por la observación, continúa por la experiencia y termina bajo la férula matemática ó numérica. Así se ha visto en todas las ramas de la ciencia de la cantidad, la extensión y la fuerza: en la Física, la Cosmografía, la Química, la Botánica, la Zoología, el Arte militar, la Arquitectura, la Música, etc., etc.

2).—La heterogeneidad y aparente desorden de las cifras numéricas (volúmenes, masas, densidades, rotaciones, traslaciones, excentricidades, etc.), definidoras del Sol y los planetas parecen impedir á primera vista toda correlación, toda serie evolutiva entre ellos, como puede verse por el cuadro adjunto que tomamos del *Annuaire du bureau des longitudes.*

PLANETAS	**Volúmenes** (el de la Tierra = 1)	**Masas** (la de la Tierra = 1)	**Densidad** (la de la Tierra = 1)	**Densidad** (la del agua = 1)	Duración de su rotación ó día solar en ellos. — **Horas. Mtos.**	Duración de su traslación ó año solar respectivo. — **Años. Días.**	Excentricidades.	Inclinaciones sobre el plano de la órbita terrestre. — **Grados Mtos.**
Sol	1.283.720	324.439	0,25	1,39	»	0—25	»	0 — 0
Júpiter . . .	1.279	310	0,24	1,33	9 — 55	11—314	0,048	1 — 18
Saturno. . .	719	92	0,13	0,70	10 — 47	29—167	0,056	2 — 29
Urano. . . .	69	14	0,19	1,07	?	81—7	0,046	0 — 46
Neptuno . .	55	16	0,30	1,65	?	164—280	0,008	1 — 47
La Tierra .	1	1	1	5,50	23 — 56	1	0,016	0 — 0
Venus. . . .	0,97	0,79	0,81	4,44	?	0—224	0,006	3 — 23
Marte. . . .	0,15	0,10	0,71	3,91	24 — 37	1—322	0,093	1 — 51
Mercurio. .	0,05	0,06	1,17	6,45	?	0—88	0,205	7 — 0
La Luna. .	0,02	0,01	0,71	3,83	?	0—27,7	0,054	5 — 8

3).—Heterogeneidad semejante se observara en la Química hasta que Dumas diseñó las primeras *familias naturales* de los cuerpos simples. A Dumas siguieron Wendt con

(1) *Evolution solaire et séries astro-chimiques,* del mismo autor. París, Schleiger, 1906.

(2) Lo que sigue es un extracto de las conferencias del autor en el Ateneo de Madrid, en Marzo del presente año.

su *sistema bio-genético,* Döbereiner con sus *triadas analógicas,* Newlands y Law con sus *octavas musicales químicas* y Mendeleeff y Meyer con su *serie baro-atómica* que ordenando convenientemente los cuerpos por sus pesos atómicos pudo vaticinar todas las propiedades de futuros cuerpos nuevos que después, en efecto, se descubrieron (Galio y Escandio).

4).—La idea de orden y de serie, consustancial con la idea de número y base de todas las matemáticas superiores, debe resplandecer, ó al menos insinuarse el sistema solar por encima de aquel aparente desorden de sus cifras, aunque todavía no lo haya descubierto nuestra Astronomía.

5).—Meditando sobre los elementos numéricos del sistema que traen los *Anuarios* hallamos, desde luego, un perfecto contraste, sobre el que aun no se ha detenido bastante la ciencia, entre los planetas exteriores y los interiores al anillo de asteroides de entre Marte y Júpiter.

6).—Los rasgos contrapuestos entre unos y otros planetas son, en efecto, los siguientes:

1.° La duración de las revoluciones orbitales de los planetas en torno del Sol (años).—Estos tiempos son comparativamente muy largos en los planetas exteriores—de 12 á 164 años terrestres—y muy cortos en los interiores de dichos anillos—de 80 á 680 días de la Tierra.

2.° La duración de sus revoluciones diurnas (días).—Estos tiempos son también é inversamente cortos en los planetas exteriores—de 9 á 10 horas—y largos en los interiores de 23 á 24 horas (1).

3.° El volumen planetario.—Este volumen, respecto de la Tierra tomada como unidad, es enorme en los planetas exteriores—de 55 á 1.279—é ínfimo en los interiores—de 0,97 en Venus hasta 0,05 en Mercurio.

4.° La densidad planetaria, respecto de la Tierra.—Ella es muy pequeña en los planetas exteriores—de 0,13 á 0,30—y mayor en los interiores—de 0,61 ó 0,71 á 1.—Hecho recíproco también del de los volúmenes.

5.° La densidad de los planetas respecto del agua.—Elemento numérico que es vecino á la de este líquido en los exteriores—de 0,70 á 1,65—y mucho mayor en los interiores—de 3,38 ó 3,91 á 6,45.

6.° Satélites que cortejan al planeta.—Los planetas exteriores cuentan con gran número de satélites, mientras que los interiores sólo presentan aparentemente tres: Deimos, Fobos y La Luna, y en realidad no tienen ninguno, pues que los dos primeros por todos sus caracteres parecen más bien asteroides aprisionados por Marte, cual podrá quizás serlo algún día Eros que circula entre Marte y la Tierra.

7).—La Luna es satélite también de la Tierra en el sentido cinético, pero no en el evolutivo ó laplaciano, pues se observa: a), que las órbitas de todos los satélites del Sol (planetas) y las de los satélites de Júpiter y Saturno están en el plano del ecuador del astro central respectivo y la órbita de la Luna, en cambio, no está en el plano del ecuador terrestre, sino vecino al de la eclíptica, que es sensiblemente el plano de las órbitas de todos los demás planetas; b), que ningún satélite del Sol ni de los planetas alcanza á ser la milésima de su astro principal y la Luna es $\frac{1}{81}$ de la masa de la Tierra, lo que asemeja al par Luna-Tierra á los sistemas de las estrellas dobles; c), que todos los satélites tienen rotación independiente de la traslación y la Luna carece de rotación

(1) Y hasta de muchos días, si hemos de creer sobre Mercurio y Venus las ideas de Schiaparelli.

propiamente dicha, ya que su período es el mismo de su traslación; la Luna fué en tiempos un planeta independiente que ha sido luego atraído por la Tierra.

8).—Los grandes planetas exteriores: Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter, son aptos para producir satélites por sus masas, rotaciones rápidas, etc.; los pequeños planetas interiores: Asteroides, Marte, Luna, Tierra, Venus, Mercurio, no son aptos todavía. Los unos podíamos decir que son púberes, é impúberes los otros en el sentido evolutivo ó laplaciano. Los pseudosatélites de Marte y la Tierra son remedos de un grado evolutivo superior, á la manera de los remedos vegetales de muchos minerales de cobre y manganeso; ó de los remedos animales de la *mimosa púdica;* ó de los remedos humanos de ciertos animales: un anticipo, un esbozo, un *racconto,* una demostración de que nunca procede por saltos la naturaleza.

9).—Los planetas exteriores son los más antiguos, los más emancipados, por alejados de su hermano mayor el Sol. Su densidad respecto del agua (0,70 á 1,65) es análoga á la de los seres que se llaman orgánicos, ó sea aquellos seres en que las facultades creadoras están más manifiestas. Los planetas interiores, por el contrario, son los más modernos, viven, por decirlo así, placentariamente unidos á su madre el Sol. Su densidad respecto del agua (3,3 á 6,5) es muy análoga á las substancias minerales más comunes en la Tierra, llamadas por Haüy *tierras* y *piedras*. Se hallan, pues, éstos planetas, en un grado evolutivo notoriamente inferior á aquéllos.

10).—Siguen, por consecuencia, los planetas, ley muy semejante á la de los cuerpos simples de la Química: tanto en unos como en otros preséntanse en razón inversa la densidad y la energía. Así vemos que los interiores que son más densos, son más pobres en facultad cosmogenésica, en velocidades rotatorias, y en general en toda manifestación activa, que los exteriores, igual que acontece en Química, donde los cuerpos de menor peso y densidad como el fluor, el cloro y el oxígeno, tienen más poder de combinación, más energía cinética, que los de pesos atómicos elevados. De aquí el que los planetas interiores, como la Tierra, estén mucho más atrasados en su evolución astronómica que los exteriores, como Júpiter y Saturno.

11).—Los volúmenes de los planetas exteriores crecen de fuera adentro.—55 Neptuno; 69 Urano; 719 Saturno; 1.279 Júpiter, siendo Tierra = 1.—Los de los interiores decrecen á uno y otro lado de la Tierra.—0,15 Marte; 0,25 la Luna; 1 la Tierra; 0,97 Venus; 0,15 Mercurio.—Se ve, pues, que el máximo volumétrico de los primeros se fija en Júpiter, y el máximo de los segundos en la Tierra. Pero ¡cosa singular! entre el Sol, Júpiter y la Tierra, prototipos de las tres clases de astros ó tipos evolutivos del sistema, media esta curiosa relación:

A) Volumen de la Tierra = 1 (una unidad).
» de Júpiter = 1 millar y 279 unidades.
» del Sol = 1 millón y 283 unidades de millar.

Esto es, una ley milesimal casi perfecta entre los tres tipos referidos, ley que se presta á serias meditaciones.

La Tierra, sin embargo, como mundo más imperfecto que los otros dos, no sigue con ellos el paralelo anterior en cuanto á masa, densidad, etc., pero el paralelo continúa entre el Sol y Júpiter, verdadero sol en germen ó miniatura, como lo prueban las correlaciones siguientes.

B) Densidad de los dos astros respecto de la Tierra:

La de Júpiter = 0,24.
La del Sol = 0,25.

C) Densidad de entrambos respecto del agua:

La de Júpiter = 1,33
La del Sol = 1,39

D) Masa relativa de entrambos:

Tierra = 1.
Júpiter = 310 unidades.
El Sol = 324 unidades de millar.

E) Comparación del año de Júpiter con el período más típico que nos presenta el Sol, período deducido de los aspectos de la corona solar en los eclipses:

Año de Júpiter = 11 años y 314 días.
Ciclo coronal del Sol = 11 años y un período no bien precisado, pero que se aproxima á 314 días.

Frente á esta correlación podemos, pues, afirmar, sin incurrir en nota de fantaseadores, un hecho de altísimo interés. Dada la concordancia entre el ciclo traslaticio de Júpiter y el período de máximo y mínimo de la corona del Sol, resulta que la atonía vital que suponga para Júpiter su máximo alejamiento del astro-rey en el afelio parece conexionarse con los momentos de mínima actividad coronal del Sol y la mayor proximidad de Júpiter en el perihelio con los períodos de máxima actividad de la corona, cual si ambos padeciesen atonías en sus alejamientos y exacerbaciones de sus poderes cuando se hallan más próximos. Concordante con este hecho singular está también el de las manchas del Sol, cuyos máximos relativos distan entre sí cantidades sensiblemente iguales á los períodos de traslación de Júpiter, Saturno y Urano combinados en sus conjunciones.

F) Luz propia de entrambos:

—El Sol es astro dotado de luz propia, como tantos otros en el firmamento.
—En Júpiter los últimos estudios comienzan á acusar indicios de luz propia también.

Esta diferencia, si bien es considerable, muestra á entrambos como un par estelar, ya que hay estrellas, como la compañera de Proción, que sólo emite $\frac{1}{20.000}$ de la luz de su estrella principal. Tiéndese así el puente evolutivo entre soles y planetas. Júpiter en un sol pequeño en vías de formación.

12).—Tras lo dicho, podemos escribir en series los cuerpos de nuestro sistema de este modo:

			El Sol		
Neptuno	Urano	Saturno	Júpiter		
Asteroides	Marte	La Luna	La Tierra	Venus	Mercurio.

Existe correspondencia serial entre los elementos de las dos últimas líneas horizontales y también correspondencia milesimal volumétrica entre el Sol, Júpiter y la Tierra sobre los que parecen fijadas tres evoluciones distintas. Dicha correspondencia vertical no está clara entre los demás por ser diferentes los grados de sus respectivas evoluciones.

Pero, si como hemos dicho, Júpiter y Saturno son á manera de soles en miniatura en sus satélites respectivos, se deben repetir armónicamente las consideraciones que hemos hecho respecto á los satélites del Sol (planetas).

Así resulta, en efecto, para las masas de los satélites de Saturno, dadas en milloné-simas de la de su planeta:

9.° Satélite (Febo);	8.° (Jafet);	7.° (Hiperión);	6.° (Titán);		
10,00 (?)	10,00	100,00 (?)	212,77		
5.° Satélite (Rea);	4.° (Dionea);	3.° (Tetis);	2.° (Encelado);	1.° Minas;	Anillo
4,00	1,87	1,10	0,25	0,07	1610,00

La analogía salta á la vista. Los cuatro grandes satélites exteriores (9.° al 6.°) presentan con los cinco pequeños é interiores (5.° al 1.°) el mismo contraste que hemos notado entre los cuatro satélites exteriores del Sol (Neptuno á Júpiter) y los cinco interiores (Marte á Mercurio), analogía puntualizada por los siguientes caracteres, repetición de los de aquéllos:

1.° Por la duración de las revoluciones en torno del astro central.—Período que es largo en los exteriores—de 21 á 546 días terrestres—y corto en los interiores—de 1 á 5 días.

2.° Por la masa.—La de los cinco satélites interiores reunidos no alcanza á la del más pequeño de los exteriores.

3.° Por las distancias relativas al astro central, definida por una ley serial que veremos después.—Las relaciones de masa no son arbitrarias, sino que se regulan por esta proporción casi exacta: *la masa del mayor satélite de Saturno* (Titán, el Júpiter del sistema solar saturniano) *es á la de su sol* (Saturno) *como la masa de Saturno es á la del astro-rey,* pues que entrambas relaciones sólo difieren como los números 2,3 y 2,7. *También la masa de Dionea es á la de Saturno como la de la Tierra es á la del Sol.*

13).—Cuenta asimismo Júpiter con cuatro grandes satélites exteriores y otros interiores (5 probablemente, de los que sólo se conocen hoy tres).

Pero si escribimos la serie geométrica de razón *dos*

$$11 : 22 : 44 : 88$$

escribimos al par las respectivas masas del 1.°, 2.°, 4.° y 3.° de los grandes satélites, que son respectivamente iguales á

15, 23, 42 y 88 millonésimas de la de Júpiter.

14).—Si á partir, no ya de 11 sino de 7 formamos otra serie de razón *dos,* tenemos la nueva serie:

$$7 : 14 : 23 : 56 : 112 : 224 : 448$$

que con algunos vacíos se aproxima á la de los pequeños satélites de Saturno.

15).—No conocemos aún las masas de los cuatro satélites de Urano, pero los tiempos de sus traslaciones forman en lugar de la serie:

$$2 : 4 : 8 : 16 \text{ días}$$

la serie de

2,5, 4, 8, 13 días.

16).—Para completar las analogías, recordemos que la famosa y semicabalística ley de Bode permitió vaticinar los cuerpos del anillo de asteroides extramarcianos antes de ser conocidos. Dicha ley *empírica* (?) se aplica á los satélites de este modo:

Tomemos el número 6. A partir de su mayor divisor, el 3, y con razón igual á su otro divisor, el 2; escribamos la serie matriz:

0, 3, 6, 12, 24, 48, 96, 192, 384

si á sus términos se agregan *cuatro unidades,* tendremos la clásica ley de Bode:

4, 7, 10, 16, 28, 52, 100, 196, 388

que sabemos define con bastante aproximación las respectivas distancias de los planetas al Sol.

Mas, si agregamos, no ya cuatro, sino tres unidades, nos resultan los números:

3, 6, 9, 15, 27

que apenas difieren de la verdadera serie de las distancias de los satélites de Júpiter á Júpiter, á saber:

2,6 5,9 9,5 15,1 26,5

Y si en vez de 3 agregamos 2,5 á la serie-eje, tendremos

2,5 5,5 8,5 14,5

que apenas difiere de la verdadera de los satélites de Urano que, en radios del planeta, es:

2,5 4,3 8,6 13,1

Y si escribimos, en fin, la serie natural de los números

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9,

tendremos que ella difiere poco de la de los pequeños satélites Saturno:

1,5 á 2,2	3,1	3,94	4,9	6,2	»	8,7 »
Anillo	Minas	Encelado	Tetis	Dionea	»	Rea »

Para terminar, consignemos el siguiente cuadro de las revoluciones anuas de los diversos satélites:

Serie tipo:	0,5	1	2	4	8	16	días
Satélites de Júpiter.	0,5	»	2	4	8	16	días
» de Saturno.	0,5	1 y 1	2	3	4	»	16 días
» de Urano.	»	»	2	4	8	13	días

En todas estas correlaciones se dejan adivinar posibilidades de nuevos satélites para todos los colosos planetarios.

3.º—Correlaciones astro-químicas.

Aun á riesgo de fatigar á nuestros lectores y de aumentar su extrañeza ante el aserto de que todo este estudio pueda conexionarse en algún modo con el del debatido pueblo atlante, apuntaremos las más salientes correlaciones entre los números definidores de astros y átomos.

17).—Es sabido que los pesos atómicos de los halógenos se derivan con bastante aproximación, multiplicando el primero de la serie (el del fluor), por 2, por 4 y por 7.

Pero si escribimos la serie halogénica

Fluor Cloro Bromo Iodo

y debajo

Neptuno Urano Saturno Júpiter

nos sorprenderá la coincidencia de que el peso atómico del bromo es la semisuma del del cloro y del iodo, que respectivamente le antecede y le sigue y que, análogamente, el volumen de Saturno es la semisuma no menos exacta de los de Urano y Júpiter.

También en la serie de los planetas pequeños: Asteroides, Marte, Luna, Tierra, Venus, Mercurio, nos encontramos con que el volumen del mayor, la Tierra, es igual á la suma de los de la Luna y Venus, sus vecinos, y asimismo no poco aproximado al de los asteroides Marte y la Luna, por un lado, y al de Venus, más el de Mercurio, por otro. Además, el volumen de Marte es media proporcional entre los de la Tierra y la Luna.

18).—Las notabilísimas correlaciones entre los pesos atómicos de todos los cuerpos simples están tan acabadamente tratadas en las series de Mendeleeff y de Meyer, que juzgamos inútil el repetirlas aquí, recordando sólo el enunciado, ya clásico, de que *todas las propiedades de los cuerpos simples son función periódica de sus pesos atómicos.*

19).—La masa de Titán (el Júpiter del sistema solar saturniano), la de los pequeños satélites de Saturno y la de su anillo, guardan una correlación serial vecina á la de los volúmenes de Urano, Saturno y Júpiter, claro indicio de que en los sistemas solares los planetas pequeños se llegan á integrar al fin con la evolución, en la masa de un sólo y gran planeta. Hecho importantísimo.

20).—Tenemos también que *la relación del peso atómico del litio*—primero y más ligero de los metales—*con el del hidrógeno*—primero y más ligero de los cuerpos de la química—*se mide casi por el mismo número abstracto 6,9 que la relación entre la densidad 6,5 de Mercurio*—primero y más denso de los planetas—*y el agua*—primero y más esencial de los cuerpos de la naturaleza.

Las excepcionales cifras 6 y 7 que tantas veces ha de jugar en el presente trabajo, se presentan en química con deliciosa insistencia. En efecto:

Un litro de agua, á 0° y 760 m. m. pesa ..... 1000 gramos.
» de aire..... 1,293 »

$$\text{ó sea } 2 \times 0{,}65 = \tfrac{1}{5} \times 6{,}5 \text{ gramos.}$$

Un litro de hidrógeno, en iguales condiciones, pesa:

$$0{,}69 \times 1{,}293 \text{ gramos} = 2 \times \frac{6{,}5 \times 6{,}9}{100},$$

cantidad que difiere muy poco de

$$2 \times \frac{6{,}9^2}{100} \text{ ó de } \tfrac{1}{5} \text{ de } 6{,}3 \times 6{,}9.$$

Pero todavía entonces encontraremos que la relación $\frac{1}{0{,}0693}$ entre el peso del aire y el del hidrógeno, es igual por otra análoga coincidencia fortuita (?) á 14,44, que es la relación de masas entre Urano á Neptuno y la Tierra.

Además, la densidad del hidrógeno líquido se encuentra entre 0,12 y 0,18, ó sea entre $2 \times \frac{6}{10}$ y $2 \times \frac{7}{10}$, ó sea entre $\frac{1}{5}$ de 6 y de 7 con relación al agua, á la que integra.

Nos encontramos pues, el número 6,5 ó 6,4 de la densidad de Mercurio respecto del agua, sea solo, sea ligado á factores sencillos 1, 2, 0,1, 0,01, y como si esto no fuera bastante, vemos que el mismo número es la constante en la clásica *fórmula de Dulong y Petit*, que define la relación entre los pesos atómicos y los calores específicos de los

cuerpos simples, y, por tanto, una de las constantes de la *ley de Zenger* sobre los estados alotrópicos de los cuerpos.

21).—Los calores específicos de las llamadas *tierras raras,* con el boro á la cabeza, pueden recordar también, con bastante aproximación, las cifras de los volúmenes de los planetas interiores. Omitimos sus detalles en honor á la brevedad.

4.º—Clasificación evolutiva de los cuerpos celestes.

22).—No se ha intentado hasta aquí semejante clasificación, merced: a), á los viejos prejuicios acerca de la inmutabilidad de los cielos, tan contrario á sus verdaderas leyes evolutivas; b), á la creencia que los sistemas de estrellas dobles constituían la excepción en los astros, siendo así que hoy el espectroscopio ha desdoblado multitud de ellas, antes tenidas por únicas, y ha calificado también como dobles la totalidad de las llamadas variables y temporarias con lo que ya los soles únicos en su sistema, como el nuestro, constituyen la excepción y no la regla; c), á que no se han conocido hasta hace poco los movimientos propios de las estrellas y el del Sol hacia La Lira, revelando para él una dependencia evolutiva de un centro que aún se ignora; ch), á que el estudio de los satélites no había recibido el impulso actual con el descubrimiento del noveno satélite de Saturno, los tres pequeños de Júpiter y la composición meteorítica del anillo de aquél; d), á que no se ha roto todavía con el prejuicio de suponer que todos los astros que giran directamente en torno del Sol, son de naturaleza análoga, siendo así que, aparte su enlace dinámico, hay una diferencia esencial entre los grandes y los pequeños planetas, diferencia que perdura entre los grandes y los pequeños satélites de Júpiter y Saturno, y e), á no haberse generalizado la *ley de Bode* con la amplitud que nosotros lo hacemos, abarcando con su serie fundamental ó tipo las distancias también de los satélites á sus planetas.

23).—A continuación damos nuestro *ensayo de clasificación,* deplorando no poderle dar aquí los necesarios desarrollos que tiene en citado libro:

Clasificación evolutiva de los cuerpos celestes.

LOS CUERPOS CELESTES SON DE TRES CLASES SEGÚN QUE

- Dependan laplacianamente de otro conocido: su proteismo físico-químico aún es prácticamente nulo. Sin satélites.
  - La dependencia laplaciana no está bien determinada y probablemente es de 3.° ó superiores grados. — Su masa guarda con el astro de quien proceda la relación infinitesimal del átomo con el mundo: TIPOS: *moléculas químicas saturadas en su afinidad; masas meteoríticas; colas de los cometas* (?); *bólidos y estrellas fugaces.*
  - La dependencia laplaciana debió ser doble ó de 2.° grado, pero sólo se conoce el astro origen mediato del cuerpo. — Su masa guarda, con la del astro de quien procede, una relación ínfima y como billonesimal. TIPOS: *Ceres, Vesta, Palas y demás asteroides de entre Marte y Júpiter.*
  - La dependencia laplaciana es doble ó de 2.° grado, siendo conocidos los dos astros orígenes mediato é inmediato del Cuerpo.
    - Su masa guarda con su astro central una relación próximamente mil veces milesimal (millonesimal), á la manera de la de La Tierra con la del Sol. TIPOS: *V y VI satélites de Júpiter; 1.° al 5.°, inclusives, satélites de Saturno; satélites ignorados de Urano.*
    - Su masa guarda con la de su astro central, á la manera de la de Júpiter con la del Sol, una relación próximamente milesimal. TIPOS: *Satélites 6.° al 9.°, inclusives, de Saturno: Io, Europa, Granimides y Calisto; de Júpiter, y todos los conocidos á Urano y á Neptuno.*
  - La dependencia laplaciana es sencilla ó de primer grado, no conociéndose para el cuerpo más que un astro originario, un millar de veces mayor que él por lo menos. TIPOS: *Los planetas interiores desde Marte hasta Mercurio.*
- Dependan laplacianamente de otro conocido: su proteismo físico-químico, aunque pobre, es ya ostensible. Con satélites: TIPOS: *Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter.* APÉNDICE: *Componentes oscuros de ciertas estrellas dobles del primer miembro de la llave que subsigue.*
- No dependen laplacianamente de ningún otro conocido. De considerable proteismo físico-químico. Con satélites.
  - Son únicos hasta hoy en su sistema. TIPO: *El Sol y las estrellas que no son dobles.*
  - Son varios, formando un sistema propio. Sus masas relativas guardan siempre entre sí relaciones de igualdad ó de diferencia centesimal á lo sumo.
    - Con movimientos claramente orbitales.
      - La estrella ó estrellas satélites son sólidas y oscuras. — Satélites de β Persei y de las 25 estrellas variables del tipo Algol. Astro oscuro 3.° de los 4 de ζ Cancri. Astro hipotético del espectro justapuesto de Nova Persei.
      - La estrella ó estrellas satélites son aún sólidas; pero ya luminosas. — Satélites de Proción y de Sirio. Los 4 astros de Tikhoff del espectro de β Aurigae. Los tres astros visibles del sistema ζ Cancri. La compañera de Capella y las dos secundarias de ε Lirae.
      - La estrella ó estrellas satélites son luminosas y fluidas. — Satélites de β Lirae, ε Aurigae y γ Cygni. Conglomerados típicos ω Centauri; 3 y 5 de Messier, y por extensión los demás, cual los de Praesepe y Cabellera de Berenice.
      - La masa, en lugar de ofrecer satélites, es gasiforme ó ultragasiforme y nebular.
        - aún es oscura..... — Nebulosidades de los espectros Novae Persei, Aurigae et Coma borealis.
        - es ya luminosa..... — Nebulosas θ Orionis, Canes Venaticorum, Lirae y demás catalogadas como tales.
    - Sin movimiento orbital aparente ó de órbita milenaria.
      - en sentido paralelo: Pléyades (cerca de 2.000 estrellas); Hyadas; β, γ, δ, ε ζ Ursa majoris 61 Cygni, α Geminorum. Las dos principales del sistma ε Lirae.
      - en sentido divergente: 1.830 de Groombrigde; 21.185 y 21.258 de Lalande.

Sólo haremos notar que en la clasificación anterior juegan, como puede verse, cuantos caracteres definen á un astro en masa, volumen, densidad, proteismo físico químico, dependencia laplaciana, astros subordinados y subordinadores, movimientos orbitales, etc. Del principio al fin de la clasificación se ven evolucionar todos estos conceptos y, prescindiendo aquí de los últimos términos ó *soles,* vemos para los planetas seis tipos perfectamente definidos, á saber: *masas meteoríticas, asteroides fragmentarios, satélites pequeños, satélites grandes* y *pequeños y grandes planetas,* asunto de excepcional interés para poder interpretar fielmente ciertas tradiciones arcaicas, veladas por un sencillo simbolismo.

24).—Prescindiendo del postulado que de nuestra clasificación se deriva relativo á que en la evolución cosmogónica todos los astros son soles ó caminan á serlo en lo futuro, en demanda de lo que Kant llamaría verdadera espiritualización de los cielos, diremos que existen razones para creer que el estado actual de los pequeños planetas interiores no es definitivo, cinética ni evolutivamente, sino que están llamados á desaparecer millones de siglos más tarde para formar sus masas unidas un nuevo y gran planeta intermediario entre Júpiter y el Sol, hacia los sitios del espacio donde la *luz zodiacal* ha trazado su misteriosa huella.

Por de pronto remitimos al lector á la brillante obra del Dr. G. Darwin, hijo, sobre las mareas planetarias y á la certidumbre cinética, corroborada también por el Dr. See, de que la Luna estrecha de día en día su órbita sobre la Tierra, con la que se confundirá al fin en una sola masa, alterando como es consiguiente todos los elementos matemáticos del Planeta, en especial su volumen, masa y densidad.

Esta perturbación es lógico se haga sentir principalmente en los otros pequeños planetas. En éstos, además, y lo mismo en los otros dos grupos de *masas meteoríticas* y *asteroides,* se nota aun hoy mismo un evidente fenómeno de disgregación cual la de todos los cuerpos naturales cuando pierden esa cohesión que constituye su vida. Aquellas masas, en efecto, que determinan el fenómeno de las *estrellas fugaces* y *lluvias de estrellas,* proceden en su totalidad de núcleos cometarios disgregados, rotos. Los numerosos asteroides proceden de otra disgregación análoga de un planeta que ocupara el rango primero entre los pequeños planetas que acusan todas las investigaciones seriales anteriores, y en cuanto á Marte y á la Luna, planetas intermediarios de la serie entre aquél ya desaparecido y la Tierra, son vehemente indicios de disgregación vecina sus grietas y canales, para no pocos astrónomos. Aun la misma Tierra acusa quizás los prodromos de su agrietamiento en esas simas oceánicas donde no tocan fondo los sondeos. Notorio contraste ofrecen todas estas masas con el estado superior y más definitivo de los grandes planetas quienes, en lo que sabemos, tienen una fluidez hasta inferior á la del agua, al modo y remedo de esotros soles dobles espectrocópicos, de densidad semejante á la del aire, son focos, sin embargo, de las potentísimas energías físico-químicas de una más excelsa vida.

¿Se miran tal vez en futuro aun más remoto estos grandes planetas—entre ellos ya á la razón el integrado por los de la serie Tierra—dando lugar á un *sol-satélite,* compañero del actual, quien pasará así á sistema binario ó doble como la casi totalidad de los que brillan en el espacio? En realidad no lo sabemos, ni aquí podemos tampoco detenernos á demostrar esta intuición hermosa, origen en nuestro sistema de *esas células solares dobles conjugadas* remedando á los *ganglios estelares de la Vía-Láctea,* que llamarían la atención del poético Tourner. A ella nos inclinamos, sin embargo, por las enseñanzas astronómicas y.... las de la historia: en ella creemos como génesis de las remotas nebulosas, último, más que primer estado, de la evolución cosmogónica ya que, como

parecemos evidenciar en citado estudio mediante nuestras *series en color* de los cuerpos simples, caminamos, contra lo que hoy se cree aún, hacia la desintegración de la materia cósmica, con la reintegración consiguiente de la cósmica energía, recorriendo así la parte ascendente de un inconmensurable ciclo evolutivo.

5.°—Conclusiones evolutivas respecto de nuestro sistema planetario.

25).—De la rápida exposición que antecede—en la que no hemos podido entrar en detalles relativos á las edades de los soles para no prolongar demasiado esta reseña con las series químicas en color—surge la demostración de este hecho saliente que podemos presentar á guisa de resumen: en nuestro sistema solar coexisten, de mayor á menor, las siguientes evoluciones:

1.ª Una evolución solar, que conduce al Sol desde su primitiva categoría de astro obscuro, planeta de un centro hoy desconocido, al estilo de las compañeras de las 36 estrellas del tipo Algol, hasta su categoría futura de un sol del tipo blanco, como Sirio, á través de su pasada evolución roja (1) y en actual evolución que le hace astro de color naranjado ó amarillo.

2.ª Una evolución de los seis grandes planetas que comienza por un anillo de grandes asteroides allende Neptuno (2)—restos de un gran planeta ya desintegrado—sigue con Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter, donde aparece hoy fijada y terminará con la formación de un sexto gran planeta intrajoviano al que llamaremos planeta X ó futuro, merced á la unión de las masas de los seis planetas interiores desde los asteroides, considerados como un planeta solo que fueran antaño, hasta Mercurio. La síntesis ulterior ó corona de esta evolución planetaria acaso sea la formación de un gran sol-satélite con las masas unidas de los seis grandes planetas. El Sol actual pasaría así por evolución á la categoría de sol doble, como la mayoría de los que observamos en el firmamento.

3.ª Una evolución de 6 planetas pequeños, á saber: el ya disgregado de entre Marte y Júpiter, Marte, la Luna, la Tierra, Venus y Mercurio. Los tres primeros términos parecen haber pasado ya por casi todos sus períodos, y aquella resulta hoy fijada en la tierra.

4.ª La evolución concreta que en lo relativo á la Tierra suponen sus períodos geológicos ó edades primitivas, secundaria, terciaria y cuaternaria.

A estas evoluciones parecen referirse todas las Cosmogonías arcaicas como pasamos á demostrar.

6.° —Las estancias cosmogónicas del libro de Dzyan y otras doctrinas arcaicas á la luz de nuestra teoría.

26).—Iniciando una corriente nueva, de muy diferente finalidad y alcance que los sabios estudios orientalistas de Renán, Max Müller, etc., siguiesen, han aparecido una serie de libros muy curiosos á fines del pasado siglo, entre los que descuella por sus aserciones atrevidísimas, su erudición y sus singulares puntos de mira, el titulado

(1) Esta teoría, cumplidamente demostrada á nuestro juicio en citado libro, parece inversa de la actual, que concede más edad á los soles rojos que á los blancos, suponiendo que todos tienden á extinguirse.

(2) No caben aqui los detalles matemáticos referentes á la probabidad de que existan varios asteroides trasneptunianos. Pueden ellos verse en nuestra obra.

«La Doctrina Secreta: resumen de la ciencia, religión y sabiduría», por H. P. Blavatsky (1).

Por encima de las burlonas frivolidades á que se presta para nuestro rutinario modo de pensar occidental, no es posible mirar con ligereza la citada obra, que si para algunos puede ser piedra de escándalo por los rudos embates que entraña contra el materialismo imperante y contra nuestras mal interpretadas tradiciones, pasadas en autoridad de cosa juzgada, para todo pensador serio es al menos un arsenal copiosísimo de citas, paralelos, etimologías y rasgos comunes á todas las religiones asiáticas, en una exposición, acaso confusa y desordenada por la premura en escribirla, cuanto por el imperfecto conocimiento de su autora en la lengua inglesa, en que lo verificó, pero exposición hasta hoy la más completa é inesperada que podía soñarse de unas ideas filosóficas y científicas, harto superiores á las más selectas de griegos y latinos.

Muy lejos de nuestro intento el hacer aquí la apología ni menos la crítica de tan profundo libro, sino de tomarle como exposición, la más auténtica por hoy de las doctrinas cosmogónicas de los bhramanes. Dada en efecto, la gran antigüedad de esta institución al par sacerdotal y científica, como genuina atesoradora del saber de los arios, las tradiciones bhramánicas pueden bien ser, según ellos mismos afirman, eco mucho más puro de las del pueblo atlante cuando aquél era aun joven y este ya viejo. A evocar tamaño eco se encamina nuestra investigación actual, en el más genuino de los textos que poseemos, cual es, á nuestro juicio, «La Doctrina Secreta», aun tomada sólo en su aspecto histórico á la manera cómo un libre pensador, por ejemplo, puede tomar la Biblia ó los Evangelios cristianos.

27).—Toda la expresada obra, á pesar de su volumen, se concreta á comentar algunas de las estancias del llamado *Libro de Dzyan*.

«Hay un sólo ejemplar de un libro antiguo—el *Libro de Dzyan,* dice la escritora rusa afirmando que le ha visto...—De él datan el *Siphrah Dzenionta,* el *Sepher Jetzirah,* y los numerosos volúmenes de *Kiuti,* la Biblia china *Shu-King,* los volúmenes del *Thoth-Hermes,* los *Puranas*, el *Libro de los números,* caldeo, y el *Pentateuco*. Fué escrito en lengua senzar, conforme á las palabras de los Seres Divinos que los dieron á los Hijos de la Luz en el Asia Central á los comienzos de la Quinta Raza. El senzar era entonces comprendido por igual entre los atlantes y los antecesores de los toltecas. Dicho libro acaba al empezar el Kali-Juga (4.989 años ha) á la muerte de Krishna.» «Lo que se halla contenido en esta obra, puede encontrarse— añade—esparcido en los millares de volúmenes que encierran las Escrituras de las grandes religiones asiáticas y europeas primitivas, oculto bajo jeroglíficos y símbolos é inadvertido hasta la fecha á causa de este velo.» Consecuente con estas ideas y con el de Svâmi Dayanand Sarasvâti, el mejor sanskritista indo, asevera que «ha existido una revelación primitiva y se conserva; no se ha perdido, pues, y reaparecerá».

Examinemos ahora, después de estos antecedentes indispensables, cuantos detalles astronómicos encierren tales *Estancias* arcaicas y mejor sus comentarios.

28).—Quien haya leído los libros orientales se admirará sin duda de la persistencia con que el número 6 y el 7 juegan en todos ellos.

---

(1) H. P. Blavatsky (fallecida en 1891), fue una inteligentísima dama rusa, que pasó buen número de años entre los bhramanes de la India y lamas del Tibet. Después fundó en Norte-América la primera «Sociedad Teosófica», hoy ya extendida por todas las partes del mundo [y á la que ilustres personalidades pertenecen. Iniciada en los secretos de Oriente, y consagrada durante casi toda su existencia al estudio comparado de creencias y mitos arcaicos, nos ha dado resumidas sus ideas, ó mejor las de sus Instructores, en los tres gruesos volúmenes de citada obra y en los de «Isis sin velo».

Filón, en su «Creación del Mundo», dice que estaba completado éste con arreglo á la naturaleza perfecta del número 6 y del 7. Celso habla de la «escala de la creación» con siete puertas y por encima la octava, *cerrada siempre*. Valentín pondera la grandeza del número 7, como el número de «los grandes misterios divinos». Los pitagóricos, á quienes tan notables progresos debe la Geometría, afirmaban que la doctrina de los números, y entre ellos la de los sagrados 6 y 7 había sido revelada al hombre por las Deidades Celestes. A los Dragones y Serpientes simbólicas de toda la antigüedad, se les asignaban casi siempre «siete cabezas, con siete cabellos cada una». «Tratad de resolver el problema de las 777 (ó mejor de las $7 \times 7 \times 7$) encarnaciones», dice un oráculo antiguo. ¿Buscáis los misterios?, pregunta Jesús en Pistis Sophia: no hay ninguno mejor que el de las siete vocales (verbos, palabras), que conducirán vuestras almas á la Luz de las Luces. Los Titanes revelados contra Saturno eran 6 y el 7.º Phoreg. En el principio los Elohin, después de formar el Cielo y la Tierra (espíritu y materia cósmicos), según el Siphra Dtzenionta, formaron á los mundos *de seis en seis*. Siete veces, siete vidas pasadas ó por pasar en la Tierra, asigna el Libro de los Muertos, egipcio, á todo ser humano. El número 7 es el de los Grandes Misterios Divinos—ó evolutivos—(Kabalah). «*Los siete* permiten á los mortales que vean sus viviendas, pero se muestran únicamente á los iniciados ya puros (Arhats)», dice un proverbio de oriente. El Arbol Sephirothal (del Bien y del Mal) tiene á su alrededor siete palacios de los siete Angeles creadores, operando en las esferas de los siete planetas sobre nuestro globo. (V.º 32 del Libro del Misterio Oculto de la Kabalah.) Los Constructores ó Cosmocratores de todas las religiones son siete y siempre siete, ya se los llame los primitivos Rishis—Prajâpatir, Grandes Dioses egipcios con Oriris, su jefe, Amshaspends de los zoroastrianos con Ormazd á la cabeza, Espíritus de la Faz de los siete Sephiroth, Querubines bíblicos que asisten al trono de Dios, etc., etc.

—¿Qué pensar, pues, de una tan grande insistencia en las tradiciones asiáticas acerca del carácter sagrado de semejantes números?—Lo mismo, sin duda, que Blavatsky indica cuando dice que «la importancia del número 7 á través de toda la antigüedad, no fué debida á fantásticas imaginaciones de sacerdotes ignorantes, sino á un conocimiento profundo de la Ley Natural y constituye ella el registro no interrumpido durante millares de generaciones de videntes y sabios cuyas experiencias respectivas se llevaban á efecto para comprobar tradiciones transmitidas oralmente de una raza á otra acerca de las enseñanzas de Seres Superiores exaltados que velaron sobre la infancia de la humanidad. Durante largas edades, los *Hombres Sabios* de la Quinta-Raza (aria), pertenecientes á los restos salvados del último hundimiento de los continentes, pasaron sus vidas consagrados á la investigación; aprendiendo, no enseñando».

Si el carácter universal de una tradición la da, según reglas de sana crítica, condiciones de verdad indiscutible, ¡cómo no tener por cierto que la de los números sagrados 6 y 7 encierra un gran misterio cosmogónico que ha conocido por tradición ó por estudio directo un pueblo más antiguo todavía, tal como el pueblo atlante, del que parecen no quedar ya restos históricos? Sí. El misterio existe y tras la detallada exposición de las series astro-químicas que anteceden, levanta ya, en lo astronómico al menos, la punta de su velo: 6 evoluciones sucesivas y una final determina un cambio esencial para nuestro planeta; 6 planetas pequeños de la serie *Tierra*—planetas que acaso también recorre el ser humano evolutiva y sucesivamente—suponen al reunirse en otro planeta grande, séptimo ó síntesis, la repetición en mayor escala del mágico argumento numérico; 6 planetas grandes á su vez de la serie de Neptuno-Júpiter al sintetizarse en una masa sola, séptima, suponen la formación de un sol-satélite del Astro-Rey;

6 cambios sucesivos de coloración de nuestro Sol desde el rojo, á la manera de los operados también, según cierta tradición caldea, en la hoy blanca luz de Sirio, que antaño dice fuera roja, le llevan á una categoría séptima más excelsa; seis... ¿á qué continuar recordando algo de esos mágicos y correctamente ordenados átomos de carbono del benceno, en torno de un ignorado centro de fuerzas que constituyen el esqueleto de casi todas las substancias tintóreas y aromáticas en más de la mitad de los cuerpos que la Química orgánica cataloga? Empezamos á descubrir la suprema verdad de aquellas tradiciones kabalísticas, tantas veces ridiculizadas por incomprendidas, tan luego como lanzamos ojeadas de conjunto sobre el vastísimo panorama de la Naturaleza y no bien hemos comenzado cuando nos asalta la vehemente sospecha de que los pueblos antiguos de la historia ya sabían algo parecido por lo menos, cosa nada de extrañar si se tiene en cuenta, como dicen Blavatsky y tantos otros, de que éstas y otras cosas que acaso ignoramos, se enseñaban en el secreto de los Santuarios, durante las iniciaciones en esos Misterios de Samotracia, Menfis, Mithra, Elensis, etc., de los que con respeto tan profundo hablaran siempre hombres como Cicerón y Séneca.

Semejantes conocimientos cosmogónicos relativos al pasado y al futuro más lejano de los miembros todos de la familia solar, debieron constituir iniciaciones de grados superiores, cuyos grados primeros ó preliminares podían ser, por ejemplo, la doctrina de la rotación de la Tierra, enseñada, en secreto, por Hicetas el pitagórico 500 años antes de J. C. y también por Ecphantus y Heráclides, discípulo de Platón; la inmovilidad del Sol y traslación de la Tierra, demostrada por Aristarco de Samos (281 antes de J. C.). La teoría heliocéntrica y los movimientos de la Tierra y de los demás planetas eran demostradas prácticamente mediantes las *danzas sagradas* más extrañas, en las que oficiara de sol el propio hierofante y convividas por Seleuco en el Tigris y por Arquímides en su *Psammites*. Todos estos conocimientos tomados por los griegos á egipcios y caldeos, como se ve en Aristóteles y en Plinio, no son, en suma, sino ecos de la verdad tradicional arcáica por indos, parsis, caldeos y egipcios recibida; huellas, en fin, elocuentísimas del alto saber astronómico del perdido pueblo atlante, que hoy, al cabo de siglos sin cuentos, viene á testimoniar su existencia más que por las obras de sus cuerpos y los ecos perdidos de su lengua, por los maduros frutos de sus cultísimas inteligencias para prueba sublime de que el hombre, transitorio por su débil cuerpo, es, sin embargo, por su mente eterno.

Enseñanzas muy consoladoras se derivan de todo esto, y es una de ellas, sin disputa, la de que nuestros descubrimientos científicos suelen ser las más de las veces nuevos hallazgos de verdades sepultadas y que á partir de la noche medioeval hasta nuestros días mismos, nos vamos iniciando por nuevos procedimientos de observación y de experiencia en todos los misterios cosmogónicos de los antiguos templos, desde los descubrimientos de Galileo, Copérnico, Kepler y Newton, respecto á los movimientos planetarios y la fuerza que los preside, hasta los que se dejan entrever ya respecto á las posibilidades evolutivas del gran conjunto solar y de sus astros integradores, haciendo así y por partida séptuple también, religión, astronomía, química, física, cosmología, poesía é historia; porque, como dice Max Muller «la mitología es una mera enfermedad del lenguaje: la locura está en tomarla por revelación divina cuando es, en verdad, el pensamiento primitivo y el depósito de la ciencia antigua. Un fósil, bien interpretado, es la muerte de las Teogonías», y como añade Blavatsky las pruebas que se han presentado en corroboración de las antiguas enseñanzas se hallan esparcidas en todas las escrituras de las antiguas civilizaciones: los Puranas, el Zend Avesta y los clásicos antiguos están llenos de ellas; pero *nadie se ha tomado el trabajo de recopilar hechos*

y confrontarlos. La causa es la que todos estos sucesos fueron registrados simbólicamente y que la mente de los más expertos se ha obscurecido por conceptos preconcebidos». El hecho es á la mitología, lo que á la moral la parábola, lo que la graba en las imaginaciones infantiles. «Para comprender, pues, la idea, base de la cosmogonía antigua, es necesario, al par que conocimientos científicos superiores quizás á los nuestros, el estudio y análisis comparativo de todas las grandes religiones de la antigüedad, pues sólo así se puede poner en claro la idea fundamental que las preside... El concepto único, original y trascendente—probablemente astro-químico—velóse gradualmente con la exuberancia de la humana fantasía.»

29).—Aunque el criticismo moderno tenga quizás perfecto derecho dentro de las exageraciones de su método experimental á negar en el hombre, y con mayor razón en el astro, nada espiritual, nada que no acusen en él nuestros instrumentos y sentidos, es un hecho cierto la poética grandeza de todas las concepciones orientales y tradicionales, que atribuyen unánimes al uno como al otro, individualidad propia, exhornada de facultades sublimales por encima de la grosera materia testimoniada por aquellos sentidos. Sea el principio cierto, como probablemente lo es, sea falso y meramente poético, á su luz hay que leer dichas concepciones cosmogónicas.

Así las Estancias antropogenéticas del Libro de Dzyan, empleando el más hermoso de los simbolismos, hablan claramente de las evoluciones planetarias superior é inferior por las mónadas humanas desfilan sucesivamente en estos términos:

«El Lha (centro de fuerzas, Espíritu Planetario) que hace girar al Cuarto (á la Tierra, cuarto planeta de la serie pequeña) es el servidor (el que está por bajo ó en más ínfima categoría) de los Lhas de los Siete (el del Sol satélite y el de los seis grandes planetas), los que dan vueltas conduciendo sus carros alrededor de su Señor, el Ojo Uno de nuestro Mundo (el Sol). Su aliento dió vida á los Siete». (Estancia II, v.° 1.°)

«Dijo la Tierra: «Señor de la Faz Resplandeciente, mi casa está vacía... envía tus Hijos á poblar esta Rueda (mundo). Tú has enviado tus Siete Hijos al Señor de la Sabiduría (Espíritu del Planeta). Siete veces te ve él más próximo á sí, siete veces más él te siente. Tú has prohibido á tus servidores los Anillos pequeños interceptar á su paso tu gran Munificencia. Envía esta ahora á tu servidor». (ib., v.° 2.°)

«Dijo el Señor de la Faz Resplandeciente: «Yo te enviaré un fuego cuando hayas comenzado tu obra. Eleva tu voz á otros Lokas (planetas); acude á tu padre el Señor del Loto en demanda de tus hijos... Tu Gente estará bajo el mando de los Padres. Tus hombres serán mortales. Los hombres del Señor de la Sabiduría, no los hijos de Soma (región del par Luna-Tierra), son inmortales. Cesa en tus quejas. Tus siete pieles (edades progresivas) están aún sobre tí ó por venir... Tú no estás preparada. Tus hombres no están preparados...» (ib., v.° 3.°)

Aun está más clara la repetida idea de las dos evoluciones planetarias superior é inferior ó grande y pequeña que defendimos antes en el terreno de la astronomía Occidental, en las siguientes *Estancias Cosmogónicas,* objeto de los comentarios del primer tomo de la «Doctrina Secreta».

»*La Tela* (la masa informe generadora de los planetas, el substractum nebular que diría Laplace) por su extremo superior está unido al Espíritu, Luz de la obscuridad única (Sol central, é invisible, Logos, etc.) y por el inferior á la Materia, su extremidad de sombras.... La Tela se ensancha (aumenta de volumen) cuando el Soplo de Fuego (vida, síntesis) se extiende sobre ella y se contrae (diversifica en varios pequeños planetas) cuando La Madre le infunde su aliento.... Los hijos se disgregan entonces y se esparcen (forman planetas y satélites) para volver al Seno de la Madre (nebulosa pri-

mordial) al final del Gran Día (el día de «¡Sed con nosotros!» del *Libro de los Muertos*) y ser de nuevo unos con ella, cuando la Tela se hace radiante y se enfría. Sus hijos se dilatan y contraen (evolucionan) dentro de sí mismos y en sus Corazones y abarcan así el Infinito» (Estancia 3.ª, v.º 11 y 12).

«Hijos de la Tierra (planeta inferior) oid á nuestros Instructores los Hijos del Fuego (Espíritus de los grandes planetas). Aprended lo que nosotros, que descendemos de los Siete Primeros, lo que, nosotros que nacimos de la Primitiva Llama, hemos aprendido de nuestros Padres».... (4.ª, v.º 1 y 2).

«El Uno, salido del Huevo (embrión) los 6 y los 5 (los 5 planetas pequeños y el anillo, generadores del Uno) Después los tres y el uno, los cuatro, el uno, los cinco, los dos veces siete, la suma total (esto es los ciclos evolutivos, el círculo dado por la razón matemática de la circunferencia al diámetro ó sea el n.º $\pi = 3{,}1415...$)» (ib., v.º n.º 3.º).

«... Estas eran las legiones de la Voz (el Verbo, la Palabra creadora) la Divina Madre de los Siete (el Sol). Los destellos de los Siete (grandes planetas) están sometidos y son los servidores del Primero (planeta origen de los asteroides marcianos) del Segundo (Marte) del Tercero (Luna) del Cuarto (Tierra) del Quinto (Venus) del Sexto (Mercurio) y del Séptimo (Planeta futuro ó síntesis). Estas son llamadas Esferas, Triángulos, Cubos, Líneas y Modeladores (retorno al n.º cíclico π), pues así está el Eterno Nidana (serpiente, ciclo); el O-i-ha-hon (el Verbo, las siete vocales de la Evolución)... Después de aquellos los segundos Siete producidos por los tres (los tres ciclos solar y planetarios). El Hijo desechado (puesto á parte, el Sol) es Uno; los Hijos Soles son innumerables» (ib., v. 4.º, 5.º y 6.º).

«Los Siete primitivos *(animae-solis)* producen á su vez el Torbellino de Fuego con sus Sagrados Alientos de Movimiento Circulatorio, y de él hacen el Mensajero de su voluntad. El Dzyn (aliento solar ó de los Dzyan) se convierte en Fohat (aliento planetario, vida) el Hijo Veloz de los Hijos Divinos *(animae magnae planetae)* cuyos Hijos son los Liprika *(animae terrae)* corre circulando mensajes... Atraviesa las nubes de fuego: da 3, 5 y 7 pasos á través de las 7 Regiones superiores y de las siete inferiores. Alza la Voz, llama á las Chispas innumerables y las reune... Las Chispas (Mónadas) del Reino Inferior (Tierra) se ciernen y tiemblan gozosas en sus radiantes moradas y forman con ellas los gérmenes de las Ruedas (planetas, ciclos). Él las coloca en las 6 direcciones del Espacio (6 órbitas ó sitios distintos) y una en el Centro, la Rueda Central (para el gran Planeta X, futuro). Fohat une por una espiral (ciclo progresado ó trascendido) la 6.ª á la 7.ª» (Estancia 5.ª, v.º 4.º)

«El Veloz y Radiante Uno produce los 7 centros Laya (vacíos, órbitas), contra los cuales nadie prevalecerá hasta el Gran Día «¡Sed con Nosotros!»... ...«Los Lipika (directores de los pequeños planetas) circunscriben á la región inferior con el Triángulo, el primer Uno, el Cubo, el segundo uno, y el Pentaclo dentro del Huevo (n.º π). Este es el Anillo llamado «No se pasa» para los que descienden (mónadas humanas que encarnan) y para los que ascienden (desencarnan); para los que durante el Kalpa están marchando hacia el Gran Día (el de la formación del Gran Planeta ó del Sol-Satélite)... Así fueron formados los Arupa y los Rupa. De la luz Única Siete luces; de cada una de las Siete, Siete y Siete veces Siete (satélites). Las Ruedas (ciclos grandes) vigilan el Anillo (ciclos pequeños que los integran)» (Estancias 5.ª, v.º 6, y 6.ª, v.º 1.)

La teoría evolutiva del Sol y de los grandes planetas parece indicarse también en el siguiente Comentario antiguo que Blavatsky cita: «Ocho casas fueron construídas por la Madre (nebulosa primordial) ocho casas para sus ocho hijos divinos; ocho brillantes soles (astros) en armonía con su edad y méritos. Bal-i-lu—Mârttânda, el Sol—no estaba

satisfecho, aunque su casa era la mayor: procuró devorar á sus hermanos (atraerlos á sí por la gravitación). Los cuatro mayores (Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter) estaban muy lejos, allá en la frontera de su reino. Ellos no fueron despojados y se rieron: haced cuanto podáis, Señor, no nos podéis alcanzar, dijeron ellos. Pero los más pequeños lloraron. Ellos se quejaron á la Madre, quien desterró á Bal-i-lu al centro de su reino, de donde no podía moverse. Él vigila y amenaza y les persigue girando lentamente en torno de sí misma, apartándose ellos rápidamente de él y él siguiendo desde lejos la dirección en la cual se mueven sus hermanos en el sendero (órbita) que rodea á sus moradas. Desde aquel día se alimenta con el sudor del cuerpo de la Madre. Por lo tanto ella le ha rechazado.

La Ogdoada, primogénita de los gnósticos, era en Teogonía el 2.º Logos, hijo del 1.º, que era séptuple. En su astrolatría el Sol, Marttanda, era el 8.º hijo de Aditi, la materia nebular primordial, hijo, á quien ella rechaza mientras conserva y fomenta á los otros 7 (grandes planetas). Estos dioses astronómicos eran los hijos también de Ialdabaoth (niño, huevo) hijo de Sophía Achamoth, hija á su vez de Sophía, cuya región es Pleroma. Ialdabaoth produce de sí mismo estos 6 ó 7 hijos, espíritus planetarios. «Hay 7 tierras abajo, dice la Qabbalah de Myer: entre cada tierra extiéndese un ciclo (espacio vacío)... ¿De dónde vienen las tierras inferiores? Pertenecen á la *cadena de la Tierra* y arriba á la de los Cielos (la gran cadena).» 70 planetas (7×7) están relacionados con los 70 antepasados del pueblo de Israel (Regentes de otros tantos orbes integradores de los grandes planetas). Las Mónadas del pueblo escogido por Jehovah son las de Saturno ó Sabaoth, añaden todos los kabalistas. El origen planetario de las mónadas fué señalado por los gnósticos. Orígenes enumera los siete Devas encadenados (en serie) con Thoth-Hermes á la cabeza y ministros todos de Ahrimán. Señores del Zodiaco transformados luego por grosera interpretación en Ángeles Rebeldes, animaban á sus astros respectivos como sus dioses propios y hacían de ellos templos mismos del Dios, el Impronunciable é Incognoscible. Fiel á la tradición gnóstica pudo, pues, Yung decir en su poema que «cada astro es una casa de religión» y á ella respondía Kepler cuando afirmaba que un Ángel Director guía á cada planeta, cosa que puede verse hasta en el propio filósofo de Aquino y que no repugna tampoco á sabios como R. Wallace cuando sostiene que la evolución humana fué dirigida por Inteligencias Superiores cuya intervención la juzgara factor necesario en la obra de la Naturaleza en armonía con platónicos y pitagóricos. A ellos, en fin, pudo referirse también Kant al decir en su *Träumeeines Geistersehers:* «confieso que me siento muy dispuesto á asegurar la existencia de naturalezas inmateriales en el mundo y á colocar á mi propia alma en la clase de estos seres. En lo futuro, no sé cuándo ni cómo, se demostrará que el alma humana permanece aun durante esta vida en comunicación indisoluble con todas las naturalezas inmateriales del mundo espiritual y que recíprocamente obra ésta sobre ellas y de ellas recibe impresiones.» Conviene advertir, sin embargo, que para la alta filosofía tradicional de Oriente ninguna de estas deidades ó Poderes Planetarios dejaba de estar indisolublemente enlazadas en el mundo real ó corporal apreciado por nuestros sentidos, lo que, si para inteligencias vulgares puede saber á materialismo, es altamente espiritualista y armónico por hacer un solo Todo del Cosmos y de sus Fuerzas y leyes.

30).—No terminaremos este capítulo sin decir algo relativo concretamente á los astros vecinos de nuestra *cadena:* la Luna, Venus y Mercurio, en la doctrina tradicional atlante que los indos nos han trasmitido en citadas *Estancias*.

Nuestra manera de considerar al *astro de las noches* está de acuerdo perfecto con la doctrina arcaica. «En realidad—dice Blavatsky—la Luna es satélite de la Tierra sólo en

un sentido, sea en el de que la Luna gira en torno de la Tierra. Pero en cada uno de los demás aspectos, es la Tierra el satélite de la Luna. Por sorprendente que parezca esta declaración, no dejan de confirmarla los conocimientos científicos. Son evidencias en favor de ello las mareas, los cambios cíclicos en muchas formas de enfermedades que coinciden con las fases lunares; puede observarse en el desarrollo de las plantas y es muy marcada su influencia en los fenómenos de la concepción y gestación humanas. La importancia de la Luna y su influencia sobre la Tierra, eran reconocidas por todas las antiguas religiones, especialmente por la judía, y ha sido notada por muchos observadores de fenómenos físicos y psíquicos. Pero según cuanto la ciencia conoce, la acción de la Tierra sobre la Luna hállase limitada á la atracción física, que es causa de que gire en su órbita. Y si alguien persiste en objetar que este hecho por sí sólo constituye una evidencia suficiente de que la Luna es verdaderamente el satélite de la Tierra, en otros planos de acción puede contestársele preguntando si una madre, que pasea en torno de la cuna de su hijo velando por él, está subordinada á su hijo ó si de él depende. Aun cuando en un sentido es ella su satélite, sin embargo, es ciertamente superior en años y en desarrollo al niño por quien vela.»

«Mercurio y Venus no tienen satélites, pero sí padres, justamente como la Tierra, añade la doctrina arcaica, y antes que llegue aquélla á su séptima Ronda, la Luna se habrá disuelto en aire sútil (habrá desaparecido como el planeta extramarciano). Cómo habrá sucedido ésto con las lunas de otros planetas es problema que no ha resuelto aún ningún Edipo de la Astronomía. La Luna ahora es frío resíduo, sombra arrastrada tras el nuevo cuerpo, la Tierra, á donde han pasado por trasfusión sus poderes y principios vivientes. Es un cuerpo muerto y, sin embargo, vivo.»

La posición excepcional de Mercurio, como último de la serie de los pequeños planetas por los que parece discurrir sucesivamente la humanidad que hoy ocupa la Tierra, según la enseñanza tradicional, le concede importancia evolutiva extraordinaria hacia los umbrales de la gran transformación cósmica generadora del 6.° gran Planeta 7.° ó síntesis de la serie pequeña. De aquí su excelsitud para la ciencia antigua. «Mercurio alquimista (el testigo y fautor de esta colosal transformación), tenía que estar siempre cerca de Isis (la evolución) como su ministro, y despertó los recelos del propio Júpiter. Sin él ni Isis ni Osiris (la Materia planetaria y el Sol), no pueden llevar á cabo cosa alguna «(Herme-Trimegisto)». Mercurio, como planeta astrológico, es aún más oculto y misterioso que Venus, é idéntico al Mithra mardeista; el Genio ó dios establecido entre el Sol y la Luna, él compañero perpetuo del Sol de la Sabiduría. Pansanias lo muestra teniendo un altar en común con Júpiter (planeta antecesor del futuro con cuya intervención ha de formarse) y de aquí el fabuloso destierro y retorno de Mercurio, símbolo de evolución tamaña. Tenía Mercurio alas para expresar que asistía al Sol en su curso y era llamado el Nuncio y el Lobo del Sol «*solaris luminis particeps*». Era el jefe y evocador de las almas y el Hierofante. Virgilio lo describe tomando su vara para evocar (á vida superior) las almas precipitadas en el Orco: «*tum virgan capit, hac animas ille evocat Orco*». Es el dorado Mercurio, el Χρυσοψυχής Ερμής á quien los Hierofantes prohibían nombrar. Está simbolizado en la mitología por los lebreles que cuidan el ganado celeste (Sabiduría Oculta) ó Hermes Anubis y Agathodaemon. Es el Argos que vela sobre la Tierra y sus destinos futuros, á quien ésta toma equivocada por el Sol mismo. El emperador Juliano oraba todas las noches al Sol Oculto por la intercesión de Mercurio, pues como, dice Vossius: «todos los teólogos aseguran que Mercurio y el Sol (el Sol futuro, fruto de la evolución final por él insinuada) *son uno*... Era el más elocuente y sabio de los dioses, pues se hallaba tan cerca de la Sabiduría (el Sol), que fué confundido con ella». La

astrología precaldea tuvo también uno ó varios nombres para el gran planeta X, sucesor de Mercurio en la evolución. Su huella celeste ó *semilla* se la llamó *Semele* entre los griegos y por eso se la hizo esposa (compañera) de Júpiter y madre de Baco, cuyos seis dados que se disgregaban bajo el hálito de Tifón (el mal, la inercia) y luego se recomponían, eran la representación fiel de los 6 planetas pequeños de la serie Tierra. «Ella fué llevada al Cielo (luz zodiacal) después de su muerte y allí preside entre Marte y Venus, bajo el nombre de Reina del Mundo (futuro), á cuyo nombre todos los demonios (seres inferiores) tiemblan». «Píndaro cantaba su asunción. Ella se sienta al lado de *su padre* (ó antecesor) Júpiter y es más poderosa que todos los otros». «*Casta fove Lucina, tuns jam regnat Apollo,*» que escribió Virgilio. Estos dados de Baco, son algo análogo á los Titanes sublevados que intervinieran en todos los destronamientos de los Dioses mayores ó grandes planetas (destronamiento que en el lenguaje del símbolo equivale á la pérdida del lugar al Sol más vecino). Así los vemos ayudar á Saturno contra su padre Urano, á Júpiter contra su padre ó antecesor Saturno y sublevarse al fin contra éste hasta ser aprisionado en el Tártaro (región planetaria inferior) y allí representados por Prometeo el semi-dios prototipo de la mente humana, encadenado, según el drama de Eschylo, hasta que ponga fin á su suplicio «el hijo adorado de un padre enemigo» (Planeta futuro).

31).—Nada de extrañar estas citas que anteceden y cien otras análogas que acumularse podrían por cuanto «los iniciados orientales sostienen que han conservado anales del desarrollo de las razas y de sucesos de importancia universal desde el principio de la Cuarta Raza ó Atlante, siendo tradicional su conocimiento de sucesos anteriores á aquella época. Los seres semi-lunares, semi-divios de la Tercera Raza... transmitieron su saber á Egipto y Grecia, como los discípulos de los Iniciados atlantes la transmitieron á sus Cíclopes y de ellos pasó á los sacerdotes gnósticos».

Ciertamente que los antecesores atlantes de los antiguos astrónomos eran hombres peritísimos en estas ciencias de la Naturaleza. «Los sistemas astronómicos de éstos pasaron por Iniciación á sus sucesores caldeos y egipcios, de los que Proctor, en su *Myths and Marvels of Astronomie* y Bailly en su *Astronomie antique,* acreditan como poseedores de los más exactos sistemas astronómicos muchos siglos antes de Jesucristo. Los anales egipcios tienen para Simplicio (siglo VI) una antigüedad no menos de 630.000 años, y Levis, en su *Astronomie of the Anciens,* dice de los sacerdotes de este pueblo que estuvieron estudiando en secreto la Astronomía durante 40.000 años antes de comunicarla al mundo. Jámblico, en su *Proclus,* asevera que no solamente han conservado los asirios los anales de sus 270.000 años, como dice Hiparco, sino también los apocatástasis y períodos todos de los Siete Gobernadores del Mundo.»

32).—El mito griego de Baco fué traído de Egipto. El cuerpo del dios es para muchos pueblos arcaicos un verdadero proteo. Tifón, la Serpiente, el Genio del Mal, el hálito de la destrucción que en la Naturaleza no es más que la ley benéfica del transformismo evolutivo, divide el cuerpo sagrado del dios en seis fragmentos, pero á la larga, después de mil eventos singulares, estos seis trozos (dados) se recomponen y se agrupan resucitando el dios con mayores esplendores.

Este notable proteismo, que, como todos los relatos mitológicos, no debe ser tomado al pie de la letra, nos parece una alusión directa al proteismo evolutivo que se hace jugar en nuestra teoría á los seis planetas inferiores. La masa de ellos fué primitivamente nebular y *única* hasta que la evolución formó de ella los seis astros que conocemos. Mas estos *dados* del Baco astronómico se desarrollan y se agrupan al fin y Baco resucita, es decir, se transforma en un planeta grande de la naturaleza de los exteriores,

siendo capaz, á su vez, de tornar á descomponerse en seis *dados* ó satélites, sean pequeños como los de Saturno entre Titán y el anillo, sean grandes y por sucesivas síntesis de seis en seis, como los seis grandes satélites de este planeta, á saber: los cuatro exteriores ya formados, el 5.°, que deberá formarse con los pequeños satélites unidos, y el 6.°, que surgirá mucho más tarde con la integración análoga de los satélites de grado inferior, que se consolidarán á expensas de su anillo, consolidación ya avanzada desde el momento que ya se muestra dividido en tres anillos concéntricos desde el *límite de Rocher* hasta cerca de la superficie misma de su planeta. La última transformación de Baco sería la ya dicha, que formase con los seis grandes planetas un segundo Sol compañero del hoy solitario Apolo.

La misma idea astronómica viene á expresar el mito greco-romano de Saturno. Su excelente hábito de engullir cuantos hijos le daba Rea, se ha interpretado como la acción de Cronos, el tiempo, que todo lo destruye; pero es interpretación análoga aunque mucho más profunda la de la citada ley astronómica del mito de Baco, que se cumpliese á la formación del coloso, así como la resurrección de ellos merced al brevaje de Metis no sería otra cosa que la formación ulterior de sus satélites. El miedo de este dios respecto á la profecía del Destino, que le anunciase su destronamiento por su hijo (sucesor) Júpiter, tiene una interpretación en nuestra teoría, alusiva á la evolución planetaria que había de privar al fin al dios planetario de su preeminente lugar de último y mayor de los planetas, puesto en el que Júpiter le sucedería. Igual argumento se repite también con los Titanes, como hemos visto.

Hasta los mismos proverbios vulgares indios acusan la repetida Ley. Uno de ellos dice que un hijo es *un mundo,* un nieto *la inmortalidad* y un biznieto *los rayos del Sol,* pintoresca manera de expresar la ley aquella que genera en primer lugar un hijo ó mundo, cual la Tierra; después un astro de segundo grado que le transforma de hecho en inmortal; y el astro, en fin, de tercer grado, quien á la manera del Sol tiene astros á él subordinados, recibe de la evolución, que recompensa ó corona, la brillante apoteosis solar que los mayores proteismos de sus energías simbolizan.

Sería interminable el seguir paso á paso el paralelo entre nuestras ideas astronómicas y la interpretación á su luz de la mitología arcaica, pero no pondremos fin á este capítulo sin consignar varios hechos muy salientes que revelan la existencia de una tradición astronómica, procedente, ya de una Revelación Primitiva, ya de progresos increíbles del pueblo atlante en estas disciplinas científicas.

Es el primero de las tradiciones persas ó caldea relativas á Sirio. Decía una de ellas, consignada en la «Descripción de las estrellas fijas del árabe» Al Sufí (1), que Sirio en tiempos remotísimos había atravesado la Vía-Láctea de Norte á Sur. Atendido lo insignificante del movimiento paraláctico de Sirio y su posición actual al Sur de la Vía-Láctea, es incalculable el número de siglos que para operar tal traslación aparente hubo de necesitar la brillante *α Canio Majoris.* El hecho, pues, no parece tradicional de un pueblo que pudiera observarlo, sino más bien una conclusión científica que sólo puede hacer un pueblo de conocimientos astronómicos profundos.

Otra de las tradiciones de la hermosa estrella la califica en un tiempo de intenso color rojo, cual hoy Aldebarán ó Antarés. El hecho no ha podido ser histórico dado el decurso de siglos que supone el tránsito de un sol de rojo á blanco, según nuestras teorías y á él pueden aplicarse idénticas inducciones.

La presencia del signo Sagitario en lo alto de los estandartes asirios, revela asimis-

(1) Discurso de D. Vicente Ventosa, astrónomo, á su ingreso en la Real Academia de Ciencias (1905).

mo una gran antigüedad de 12 mil ó 12 multiplicado una ó varias veces por 26 mil años para dicho pueblo, ó al menos el conocimiento (reciente aún en Europa) de la precesión de los equinoccios, que hace de Sagitario, el más bajo hoy de los signos del zodíaco y el más alto ha 12.000 años. Dicho conocimiento fué probablemente tradicional como tantos otros.

Las krittikas (ó Pléyades), dicen los comentarios antiguos, vigilan la obra gigantesca de la evolución planetaria, y ¡cosa extraña! el astrónomo Mädler, según puede verse en el citado discurso del Sr. Ventosa, ha demostrado que no existe región alguna del cielo donde los movimientos propios de las estrellas sean excepcionalmente veloces, tales como deberían resultar de la acción de un centro preponderante aunque invisible y que en cambio existía, sin duda alguna, una acumulación de movimientos propios muy lentos y acordes con los paralácticos en el grupo de las Pléyades y en sus inmediaciones, donde, de consiguiente, creyó poder colocar el centro dinámico del sistema sidéreo. La estrella más brillante de este grupo, Alcione, sería en esta hipótesis el *Sol Central*—el mismo *Sol Central* de los ocultistas—y cuya distancia al nuestro, por ingeniosas consideraciones, fijó el astrónomo de Dorpat, en 34 millones de radios de la órbita alrededor de dicho centro, en unos 18 millones de años»...

¿Qué extraño tiene, pues, ahora el que Virgilio en sus Geórgicas cantase á las siete pléyades y las llamase Atlánticas, las de las grandes y perdurable obra? ¿Quién no ha visto también en toda la poesía arcáica cantos análogo á la pléyade Taigete y á todas las del simbólico grupo que parece una miniatura motivada por la mayor distancia de las figuras constelares de *las dos Osas*, mayor y menor, Casiopea y Pegaso? Convengamos de una vez en que el problema de este artículo está por aclarar, faltándonos, como nos faltan, datos científicos suficientes por un lado y datos mitológicos por otro.

7.°—Los iberoatlantes en Extremadura y en el resto de España.

33).—Puesto que este epígrafe ha sido tratado por nosotros con más extensión en un artículo de igual índole (1) sólo haremos aquí un breve resumen y citaremos de paso algunas fuentes particulares distintas de las por todos conocidas.

El arqueólogo inglés sir Rwett Carnac habló en la Real Academia de la Historia, de Madrid, acerca de los jeroglíficos más primitivos del mundo, consistentes en tallados hemisféricos sobre la piedra, ó *copas y cazoletas,* que, en número de una á cinco, representaban las vocales del alfabeto, únicas letras, según él, del lenguaje primitivo. Tan luego como nosotros practicamos investigaciones en Abertura, Miajada y Magacela, pueblos todos de Extremadura, nos convencimos de que, allí al menos, el simbolismo de cazoletas dejaba de ser fonético para ser genuinamente astronómico, pues que entre las 40 ó más figuras vistas, las había en gran número, remedando algunas á determinados grupos constelares y abandonando muchas de las cazoletas su tallada circular por otras elípticos, rectangulares, en forma de trazo ó vírgula, etc.

A más de estos notabilísimos documentos de un pueblo precaldeo y occidental, como se asegura fuera el atlante, tenemos desde entonces acá los siguientes:

a) La losa sepulcral de Solana de Cabañas (obrante ya en nuestro Museo Arqueológico) con el tallado en pizarra de una lanza, espada, espejo, mitra, y carro de combate y á más el de un guerrero *con cuatro de dos tan sólo en cada mano* y su escudo ó

(1) *Nuestro Tiempo*, núm. 54.—Junio de 1805; *Revista de Extremadura*, tomo VIII, pág. 417, y Boletines de la Real Academia de la Historia de los años 1903 y 1904.

pelta en torno de la cual figuraban á guisa de clavos cazoletas con la inscripción ógmica *ao-ao-a* análoga á la de los berracos de Ávila y Segovia (Rivett), á la de las rocas de Galicia (Maciñeira) y á la del Templo de Esculapio en la Argólide (P. Fita).

b) El *berraco de Botija,* análogo á los que cita como demarcadores de caminos para el ganado trashumante prehistórico D. Vicente Paredes en sus *Framontanos celtíberos.*

c) La Venus prehistórica de Santa Ana, cuya tosca cultura puede verse en citados artículos.

d) Las citanias lusoiberas, descriptas también por nosotros en la *Revista de Extremadura* (tomos 3.º y 4.º) y en el *Boletín de la Academia.*

e) Las *antas—¿atlantas?*—prehistóricas de la ribera del Búrdalo en Miajadas.

f) Los diversos trabajos prehistóricos del Sr. Marqués de Monsalud sobre la Vega de Haznina (Almendralejo) y otros lugares extremeños.

g) Los sabios trabajos de D. Manuel Antón acerca de la raza líbio-ibera (atlante?) que tanto interés han despertado por sus conferencias en el Ateneo de Madrid y del que se puede hacer buena aplicación, en especial al Oeste de la Península.

h) La excelente monografía que sobre *Arquitectura Tartesia y necrópoli de Antequera,* ha publicado el Sr. Gómez-Moreno M., en el *Boletín de la Academia* de Julio-Septiembre de 1905, y otro sobre la región del Duero, por el mismo.

i) La compilación de los geniales trabajos de nuestros hermanos los portugueses, á partir de Martim Sarmento, en las comarcas de Alentejo y Entre Duero y Miño, los que pueden verse principalmente en la Revista *O Archeólogo Portugués.*

j) Las recientes excavaciones de Numancia por el profesor Schültzen, de Göthinga, y las analogías de la citania numantina con las luso-extremeñas, sobre las que llevamos ya practicadas algunas excavaciones.

La mera enunciación de todas esas fuentes seduce el ánimo hacia la idea de una recopilación seria, concienzuda, de toda esta riqueza y alguna más aquí y allá esparcida para gloria de nuestro suelo, que es acaso uno de los pocos que continúan emergidos desde la catástrofe Atlántica. El estudio de las postrimerías de este pueblo, como ya parecen presentirlo Hübner, Fernández y González y otros, no es en suma sino el del pueblo ibero y el de su antecesor el ligústico, como diría el Sr. Gómez-Moreno.

k) Hay otra fuente de autores poco conocidos, que hoy no se puede utilizar aún con fruto en la ciencia positiva por depender la autenticidad objetiva de ella de premisas harto obscuras, relacionadas con los más debatidos problemas psicológicos; por eso guardamos hoy silencio sobre tales obras, alguna de las cuales se ha publicado y agotado en Inglaterra.

Detallar, en fin, el centenar ó más de palabras y dioses iberos contenidos en las inscripciones pseudo-romanas descubiertas en estos últimos años en Extremadura y ya tenidas en cuenta por eruditos como Pierre París, daría á este trabajo proporciones de libro.

Hagamos, pues, punto aquí en espera de desenvolver todos estos aspectos y otros varios más del gran pueblo atlante en ocasión más oportuna.

M. Roso de Luna.
(Correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la *Société d'Archeologie* de Bruselas.)

DE POETAS FALLECIDOS

FANTASÍA

Dieron doce campanadas
En el reloj de la iglesia
Y se poblaron las naves
De sombras y de tristezas;
Desclavóse un Cristo viejo
De la ancha cruz de madera
Y arrastró sus pies desnudos
Sobre las losas de piedra;
Apartando de la peana
Mil religiosas ofrendas.
La Virgen de los Dolores
Llorando angustias y penas,
Salió al encuentro divino
Del Rey de cielos y tierra
Y le besó las mejillas
Escuálidas y sangrientas;
Las lámparas se encendieron
Y en procesiones siniestras
Los santos de los altares
Llevaban cirios y velas;
En las urnas cinerarias
Se retorcían las letras
Y los obispos difuntos,
Asomándose en las huesas,
Rezaban graves responsos
Por las ánimas en pena;
Sacando fuera del lienzo
Las venerables cabezas
Discutían á sus anchas
Cuestiones de transcendencia,
Un San Pablo de Murillo
Y un San Pedro de Rivera.
Del oscuro carnerario
Se abrieron las fuertes rejas
Y con crugidos de huesos
Miradas de órbita hueca,
Castañeteo de dientes
Y espantosas volteretas

Muchos esqueletos pálidos
Subieron las escaleras;
Los paños del catafalco
Llenos de mugre y de cera
Procuraron á sus ansias
Una diversión siniestra;
En sus pliegues se envolvían,
Bailaban sobre las telas,
Se mofaban de la muerte,
Daban saltos de cabeza,
Y muchos en aquel juego
Perdieron las calaveras;
Creció el desorden y el ruido,
Las estatuas de madera
Dejaron sus pedestales
Y acudieron á la fiesta;
Bajaron por las ojivas
Monstruos y ángeles de piedra
Hubo una orgía de muertos
Y haciendo espantosas muecas
Acompañada del órgano
Cantó una lechuza vieja.
. . . . . .
La luz del alba asomaba
Por las redondas vidrieras;
Cesó el baile de repente
Y las visiones quiméricas
Se fueron desvaneciendo
Vagas y calenturientas
Como el ensueño de alguna
Imaginación enferma;
Cruzó aprisa el presbiterio
El sacristán de la iglesia;
Sonaron las recias llaves
Y al entreabrirse las puertas,
Alegre y despierto el bronce
Y atronando la plazuela
Dió un repique de campanas
Para la misa primera.

Luis Ram de Viu.
Barón de Hervés, fallecido recientemente.

TRISTEZAS

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en vuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño incente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito,

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida
para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre y sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba á las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares

como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino,
entre las nieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por donde;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánita me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡Y ese Dios, no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido:
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,

nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intrincadas espesuras,
desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿A dónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fe desalentada y yerta
—¡Anímate y despierta!—
como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

Gaspar Núñez de Arce.

De *Gritos del combate.*

Información ibero-americana.

Portugal.

Los primeros debates.—Proyectos beneficiosos.

El Parlamento portugués ha visto resucitar en su recinto la época gloriosa de los grandes tribunos campeones de la libertad. Las mezquindades de bandería han cedido el puesto á la elevada discusión de los principios y los debates que actualmente ocupan á aquellos representantes del país, marcarán una fecha solemne en los anales parlamentarios de Portugal. En la Cámara de los diputados, la oposición republicana, seria y mesurada en la forma, enérgica é implacable en el fondo, sin desplantes extemporáneos ni alardes chabacanos, va correspondiendo á las esperanzas que hacía concebir el prestigio de los hombres que la componen. El partido republicano puede estar satisfecho de sus elegidos, y la opinión liberal que allí está en inmensa mayoría, puede confiar en que aquellos centinelas avanzados en las ideas progresivas, están ojos avizor para dar la voz de alarma, si en Portugal hubiera, que no hay afortunadamente, quien ignorante ó mal aconsejado cayese en la estulticia de creer que los muertos resucitan, cuando esos muertos se llaman, privilegio, reacción ó fanatismo.

Pero no sólo es la labor de la Cámara popular la que solicita la atención del observador, es la Cámara de los Pares, el Senado, la que acaso merece la preferencia de cuantos se preocupen de la cosa pública en el país hermano.

Es el Senado en algunos otros paises, un asilo de inválidos de la política, una mansión donde el reuma y el catarro tienen su asiento, un paraiso de los espíritus plácidos donde no hay otra misión que apagar entre palabras suaves, porque en ella no vibra la energía de la juventud, y toses fuertes porque los achaques á ello obligan, todas las palpitaciones de la voluntad popular que se sienten en la Cámara baja; es el lugar donde no tienen cabida los atrevimientos, donde no encuentran eco las justas reinvidicaciones, donde se estrellan los impulsos más generosos, donde se esterilizan las iniciativas más nobles, donde la tradición tiene su más fuerte baluarte, escudada en la rutina y sostenida por la impotencia de los espíritus y la flojedad de los cuerpos. El Senado portugués en un día, en una hora, ha logrado echar lejos de sí tales cargos. La palabra vigorosa unas veces, terriblemente irónica otras, elocuentísimas siempre de Joao Arroyo, ha operado el milagro.

Se discutía la última crisis, una de esas crisis que en otras partes llamarían *oriental* para no llamarla anticonstitucional con todas sus letras, y el ilustre Arroyo pedía cuentas estrechísimas á quienes estaban el deber de darlas: el jefe del gabinete anterior, Hentze Ribeiro, y el del actual, Joao Franco. Al ocuparse de las causas de la crisis y empleando habilísima figura retórica que dejaba á salvo el respeto al jefe del Estado, aludió á ciertas abejas palaciegas que habían sido los factores decisivos de aquel acontecimiento político y habló de una carta dirigida por el Rey D. Carlos al que fué Presidente de su Consejo, denegándole el aplazamiento de la reunión de Cortes, que como recordarán los lectores del ATENEO fué el motivo de la caída del Gobierno regenerador. En vano los Sres. Hintze Ribeiro y Joao Franco quisieron atraer sobre ellos todas las res-

ponsabilidades. El tiro había sido certero y el efecto estaba producido. ¡Vengan nombres, vengan nombres de esas abejas gritaban el Presidente y el ex-presidente del Consejo y los senadores, que allí llaman «do Paço», es decir de Palacio, por desempeñar altos puestos en la Casa Real. Fué necesario que se prometiera solicitar la venia del Monarca para leer su carta ante el Senado, y concedida la autorización y leída la carta, fijóse el gran parlamentario en uno de los párrafos en que se hablaba de un plazo de veinticuatro horas tomado para obtener informes y resolver y exclamaba: En ese plazo no fueron consultados los Presidentes de las Cámaras, no lo fueron los jefes de partido, no lo fué el Consejo de Estado (1), no lo fué nadie, absolutamente nadie de los que la buena práctica constitucional aconseja, ¿quienes fueron entonces los oficiosos informadores del Monarca que llevaron á su ánimo el convencimiento de que era improcedente la pretensión del Sr. Hentze Ribeiro? La pregunta no ha tenido contestación satisfactoria, pero se han hecho duros comentarios y el debate encierra la profunda enseñanza de que en Portugal no pueden pasar en silencio las crisis hechas á espaldas del país, que es el primer interesado en su resolución.

***

Pecadora enriquecida que á la vejez trata de hacer olvidar con piadoso desprendimiento el origen de su fortuna, D. Juan de Robres «arte nova» que después de haber causado la indigencia de muchos infelices, se arrepiente á última hora y construye un hospital donde mueran con relativa tranquilidad los pobres cuya vida acortó; D. Juan Tenorio de la política que después de haber trocado á la libertad de virgen en mártir, cree con nuestro poeta que un acto de contrición puede salvar un alma, el presidente Sr. Joao Franco quiere desvanecer la mancha del pecado original de su subida al poder, y sus antiguos y abominados actos de gobernante con multitud de proyectos en los que hay que reconocer sinceridad, buen deseo y acierto. Entre otros que se han presentado al Parlamento figuran los de responsabilidad ministerial, defensa de los industriales contra los frecuentes y exagerados aumentos de alquiler de los locales que para sus industrias ocupan, y aumento de sueldo á los militares y empleados civiles. Respecto á este último no puedo resistir á la tentación de copiar algunos trozos del preámbulo, y plagiando una frase de aquel gran humorista que se llamó D. Manuel Silvela, recomendar su lectura á todos nuestros políticos que sepan leer. Dice así el preámbulo:

«Al paso que las clases que viven de la Agricultura, del Comercio ó de la Industria, y hasta la propia clase obrera han visto aumentar su bienestar ó sus salarios ó conservarse regularmente, salvo excepciones y crisis parciales, el equilibrio entre el coste de la vida y el valor del trabajo, los funcionarios del Estado, lejos de ser amparados contra el encarecimiento de las subsistencias, sintieron aun el cercenamiento de sus remuneraciones, ya desproporcionadas con el precio de la vida material...

»Además de una obra de justicia, es una medida de buena administración, porque pagar mal es casi siempre ser mal servido y los sueldos actuales de los funcionarios, fijados en tiempos que pasaron hace decenas de años, se encuentran hoy en desproporción flagrante con las necesidades y exigencias de la vida, sobre todo para una clase que necesita respetar las apariencias y convenciones sociales, y cuyos miembros tienen que residir en general en los centros más populosos, donde las subsistencias son más caras, más elevado el precio de la habitación, y más cuidada tiene que ser la indumentaria.»

Así es la verdad, y aun podía haberse añadido que el funcionario público mal pagado,

(1) Conviene advertir que no existe apenas analogía entre ese Cuerpo y el español del mismo nombre, y sus funciones son muy distintas, así como su composición.

si no es un candidato permanente al cohecho, es porque tiene una honradez á prueba de privaciones y siente vocación de mártir, y mártires habrá pocos en Portugal. Como yo no tengo que guardar el respeto á ciertas preocupaciones que obligan al gobierno portugués á no ser más explícito, puedo señalar este extremo.

***

Explicación de la crisis... sana doctrina acerca de la intervención de los diferentes Poderes... proyectos de ley justos y útiles... no tener que ocuparse de frailes y monjas porque allí no hay de eso... Decididamente, en algunas ocasiones, y contrariando las leyes de la Naturaleza, la luz viene para nosotros de Occidente.

SALVADOR DÍAZ-BERRIO.

Octubre, 906.

América.

El Perú.

A Mariano M. de Val.

I

PASADO

Por dos veces ha tenido el Perú la supremacía en Sud-América: en el Imperio y en el Virreynato.

Cuando el Inca ceñía con pompa asiática, que nada tenía que envidiar á asirios y persas, ese vasto organismo imperial que señala el caso único de un socialismo en práctica, los límites del Perú eran el mar y el bosque: por el mar entró la Conquista; en el bosque no ha penetrado todavía.

Cuando el Virrey, más tarde, sobre la ciudad de Pizarro, asentaba el poderío de España, Lima era como el vértice de un ángulo que abrazaba toda Sud-América, hasta el punto de que el Virrey de México, que merecía bien de la Corona, era trasladado en recompensa al virreynato del Perú: no en vano á la Universidad de Lima—fundada en 1555 con las prerrogativas de la de Salamanca—acudieron por luces los hombres de dos siglos, desde Santa Fe de Bogotá al Norte y desde Córdoba del Tucumán al Sur.

Tal fué el sino del Perú que para la Independencia hubo de ser preciso que, también, concurrieran á él los hombres armados de ese tiempo, desde las montañas de Colombia en el Norte y desde las pampas de la Argentina en el Sur.

El Perú en el Imperio fué el mayor dominio de Sud-América, en el Coloniaje el primer centro del poderío español y en la Independencia la plaza decisiva de ese episodio de la raza.

II

PRESENTE

La orgía llegó tras de la victoria; porque la Independencia se encarnó en Córdoba, ese general de veinte años que todo lo tenía menos *juicio*. La cornucopia que la Naturaleza había vaciado sobre todos los territorios del Perú, no fué bastante para el regocijo de dos generaciones, que crecieron en la inconciencia del derroche y se amamantaron con la leche de las siete vacas gordas del gran sueño. No tuvo el Perú un tirano, sino que tuvo por tiranos á todos; y en las disputas intestinas quedó descuartizada muchas veces la túnica inconsútil. El metal corruptor afeminó á las gentes: una onza de oro, que no una gota de agua, horadó todas las voluntades y perforó verticalmente las conciencias. Se llegó á los refinamientos de la decadencia: los señores jugaban sus tresillos con una elegancia digna de los romanos, apuntando en los tapetes fichas que valían esclavos.

Hubo de venir la bancarrota. Y en el incendio de la catástrofe sólo se perfilaron inútiles pero bellísimos gestos de heroismo. Después, la generación que nació sobre los charcos de sangre y fué fajada con los girones de la bandera rota, trabajó. Jamás en el Perú se trabajó como ahora. El militarismo pasó, la politiquería fracasó; y al fin se abrió paso el esfuerzo de la generación que, sin militares ni políticos, sólo quiere el trabajo.

En el momento actual se trabaja con fe; y eso es bastante: mejor dicho, eso es todo. En otros tiempos la fe trasportaba las montañas; hoy las trasporta la voluntad, que es como la fe en uno mismo.

III

PORVENIR

El mar y el bosque fueron los límites del Perú de los Incas: hay que reconquistarlos. La conquista del mar la hará el Perú con el Canal de Panamá; la conquista del bosque la hará el Perú con el Ferrocarril al Amazonas.

Cuando el Canal de Panamá esté abierto y el Ferrocarril al Amazonas tendido, convendrá repetir la frase de Humboldt: *Esta será la cuna de una nueva Humanidad.*

¡Ay del que fíe en las armas para tales empresas! ¡Ay del que con tales empresas quiera hacer política! El porvenir no puede ser de militares ni de políticos, sino de trabajadores.

Santa Cruz, con su mirada de águila napoleónica, veía claro el porvenir: ya es tiempo de preocuparse seriamente de lo que veía el grande hombre.

Y es para entonces—el Canal abierto y el Ferrocarril tendido—para cuando el Perú ha de obtener tercera vez la supremacía en Sud América. El porvenir del Perú está en el mar y en el bosque: algo de esto escucha el Poeta entre el clamor de las olas y el murmullo de los árboles...

José Santos Chocano.

Madrid, á 5 de Noviembre de 1906.

Honduras.

"La Puyada"

(Costumbres hondureñas.)

Llevaron los españoles á América con su idioma, su religión y tantas otras cosas más, la afición á correr toros, y para que ésta pudiera tener desarrollo, llevaron también la primera materia ó sean los toros.

Pero no en todos los pueblos americanos, como tampoco en todos los de España, el número de sus habitantes y sus recursos consienten ni podrían sostener una plaza de toros. Súplese el redondel con la plaza principal del pueblo, las barreras con vallas, y los tendidos y palcos con tablados más ó menos extensos; sustituyendo á las cuadrillas «profesionales» del toreo, especiales para las fiestas populares, y á falta de éstos el pueblo soberano.

En la capital de Honduras han desaparecido las lidias de toros en la forma en que voy á relatarlas, y aun en cualquiera otra, pues últimamente se han dado por allá corridas con toreros *de veras,* arrojados, más que llevados, por el temporal de la mala fortuna, de cuyo naufragio los ha salvado la afición tegucigalpense, hábilmente explotada por un macareno, no sevillano, sino de Zaragoza; pero tan listo y entendido en negocios, como es abierto y campechano aquel simpático baturro.

Conste, pues, que mi narración se refiere á lo que ocurría y se realizaba hace ya casi treinta años, cuando el hoy «Parque Central» no era sino la plaza de la Parroquia, en la que no existían verjas elegantes, paseos embaldosados, lindos jardines y profusión de estatuas, entre todo lo cual sobresale hoy la ecuestre del general D. Francisco Morazán, hijo de Tegucigalpa, y guerreador infatigable por la unión federal de Centro América.

Mencionado el vencedor de la Trinidad, no resisto á la tentación de consignar por primera vez en letras de molde, una frase que escuché hace casi veintitres años de labios de un anciano prócer, pero en modo alguno muy entusiasta partidario del general Morazán, ídolo de gran número de sus paisanos.

El 30 de Noviembre de 1883, fué inaugurado el monumento aludido, al que corona la estatua ecuestre del guerrero, figura simpática y de bastante mérito artístico. Habíame yo ausentado, durante unos meses, de Tegucigalpa, cuando apenas comenzaban á cimentar el monumento, encontrándolo á mi regreso concluído y ya inaugurado. Era la novedad de la temporada, y natural fué, por consiguiente, que al visitar yo al personaje á quien aludo, éste me preguntara si había visto el lindo parque y la elegante estatua. Respondíle que sí, agregando, á su instancia, mi opinión modestísima respecto al mérito de la obra. Sí—me contestó mi interlocutor—es un excelente trabajo: «¡lástima que la estatua no tenga la cabeza de tornillo». El anciano y muy probado liberal, conocía bien lo instable de todas las cosas, especialmente de las popularidades, mucho más en aquella tierra. Vuelvo á mi narración ó sea á los toros.

La *función* de San Miguel, á la que quizás un día dedicaré un recuerdo, fué el motivo ó pretexto para las corridas. Eran éstas seis y se celebraban en la plaza de la Parroquia convertida en coso, aun cuando este nombre no se aplicara al redondel, sino al chiquero ó toril, improvisado en uno de los ángulos de aquélla.

La plaza se cerraba por medio de *barreras,* que en España serían talanqueras ó

tranqueras, formadas por trancas colocadas horizontalmente, introduciéndolas, para su apoyo, en los agujeros de las agujas (1) allí plantadas. En un ángulo se hacía el toril, cercado más pequeño al que denominaban *coso*, y alrededor establecían las familias sus tablados, desde donde seguían todos los incidentes de la lidia.

La fiesta de toros tenía su prólogo en irlos á *encontrar* al pintoresco lugar de Guacerique, que lo era entonces mucho más que hoy, y en el *paseo* que precedía al encierro de las reses.

Al *encuentro* iban multitud de aficionados, jinetes en mulas los más y otros á caballo, con el pueblo soberano que en reunión tan alegre no podía faltar, como tampoco una banda de música que con sus acordes la amenizara.

Venían los toros mancornados, cada uno con su *madrina* (2), y arreados por *campistas* (3) y mozos. En Guacerique se unían á ellos los del *encuentro,* y desde allí se organizaba el *paseo* por las calles de la ciudad, en el que tomaban parte chicos y grandes, y hasta encopetadas autoridades y personajes sobresalientes, entre el tocar de la música, los gritos de los muchachos y el estruendo de los cohetes, que como en toda fiesta pública no podían faltar en ésta tan bulliciosa como animada.

Encerrado el ganado y desenlazados los mansos, se corría á la una de la tarde un *toro de prueba,* y á las cuatro comenzaba la corrida, anunciada también por cohetes, y para la que convidaba al pueblo la campana del cabildo.

Uno de los mayores alicientes del *paseo* y encanto de los chicos, lo constituía el *mico de hoyo* que había de hacer papel principal en la corrida. Era éste un individuo vestido de *sándalo* ó sea percalina, mitad rojo ó verde y mitad negro, con cara y manos *entiladas* (4), provisto de larga cola con la que daba golpes á los muchachos, á los que éstos respondían de revuelo, con gritos atronadores.

A las cuatro empezaba, como he dicho, la corrida, en la que no había otras suertes que las de capa, las puyas ó picas, el jinetear á los toros y el *mico de hoyo.*

Era éste el entremés, como el payaso ó clown en los circos, delicia de espectadores de menor cuantía y elemento tan principal de la fiesta, que de faltar se creería ésta deslucida.

Para su *trabajo* hacían en el centro de la plaza un hoyo, que se podía tapar por medio de una puerta de madera provista de uña cuerda, que desde dentro del hoyo tirando de ella se cerraba.

Sacábale una suerte, al toro, el mico, corría la fiera tras de él y éste buscaba refugio en el hoyo, cerrando con precisión la puerta, sosteniéndola así por medio de la cuerda, en tanto que el toro husmeaba el escondite y trataba de levantar la puerta con los *cachos.* Dicho se está que esta suerte daba ocasión á incidentes más ó menos trágicómicos; pero siempre de gran regocijo para los espectadores.

La suerte de *puyar* el toro ó de picarlo, la hacían «profesionales» de ocasión, sin traje de luces por supuesto, que tampoco usaban los lidiadores. Venían los puyadores de Talanga, de donde eran los famosos Regalados, no faltando tampoco toreros de Te-

(1) *Aguja.* Ya la Academia ha dado cabida en el Diccionario á este americanismo, en el concepto de «cada uno de los maderos agujereados que se hincan en tierra y que con otros horizontales sirven para formar una tranquera».

(2) *Madrina.* Manso que amarran, no por los cuernos como dice el Diccionario, sino por el pescuezo, con un toro bravo para conducirlo sin peligro de un lugar á otro.

(3) *Campista.* Vaquero á caballo. Es típica en ellos la *pealera* ó lazo, cordel hecho de cuero *crudo* ó sin curtir, secado al sol, raspado y trenzado, que amarran á la cola del caballo y cuelgan, enrollado, al ación derecho ó detrás de la silla de montar, y que les sirve para lazar el ganado y conducirlo de un lugar á otro.

(4) *Entilar.* Pintar con *tile* ú hollín.

gucigalpa, de donde fué el buen Teodoro Bustillo, conocido por *Gurrumina,* no por contemplador con exceso de las gracias de su mujer, que en esto no entro ni salgo, sino por lo *cachero* (1) y agencioso.

La salida de cada toro se anunciaba con cohetes. Lidiábanlo los improvisados diestros con *chamarros* (2), *mangas* (3) ó frazadas, entre el alborozo de la multitud y el repicar de las campanas.

Merecen párrafo aparte los jineteadores, suerte en la que demuestra, el que la realiza, estar á prueba de cabriolas y sacudidas. Figúrense un toro al que se le pasa un *mecate* ó cuerda del pescuezo al rabo, con vueltas por la barriga, dejándole en los costados dos gazas en las que ensarta los dedos gordos de los pies un individuo que monta al toro, y que para sujetarse se agarra con una y otra mano á las cuerdas que pasan por el lomo del animal, y figúrense también los saltos mortales que éste dará cuando lo sueltan al redondel, al sentirse el jinete sobre sus costillas. Siempre he admirado al ver esta suerte, que hubiera quien soportara, con integridad de su individuo, tan grandes sacudidas.

El último día de la fiesta había *encamisada* por la noche, la que describiré brevemente. Sobre el lomo de un toro ponían un armatoste de carrizo, con bombas, *cachinflines, escupidores* (4) y demás fuegos de mano, unidos por hilos de pólvora. Conducido el animal al coso, se le daba fuego á la punta de los hilos, con lo que reventaban las bombas, se desprendían los *cachinflines,* que buscaban los pies de las gentes, en tanto que el toro corría como desesperado.

Hoy han desaparecido los toros de Tegucigalpa, donde, convertidas las plazas en jardines, no hay lugar apropiado para las corridas. Pero todavía son éstas atractivo principal en las fiestas de Concepción, en Comayagüela; y en la mayoría de los pueblos y poblados de la República, son las puyadas ó corridas de toros el primer aliciente de sus funciones.

Véase, pues, hasta que punto el atavismo se impone.

A. Ramírez Fontecha.

Madrid, Octubre de 1906.

---

(1) *Cachero.* Listo para obtener con diligencia lo que le produce utilidad. Negociante en pequeño y en sea lo que fuere. Buscavidas.

(2) *Chamarro.* Manta vieja ó estropeada.

(3) *Manga.* Manta tosca de fabricación indígena, de grandísimo abrigo. Las fabrican en Guatemala.

(4) *Cachinflines y escupidores.* Buscapiés y candelas romanas.

Información extranjera.

Inglaterra.

Situación política.

El Parlamento inglés reanudará muy en breve sus tareas. Es el momento oportuno para ofrecer á nuestros lectores un balance de la situación política de la Gran Bretaña.

Hemos dado cuenta en anteriores crónicas de la formación de la Cámara de los Comunes. El gobierno obtuvo una brillante victoria, y el pueblo inglés envió á la Cámara una mayoría liberal tan numerosa como no se había visto desde 1832. Frente á los 158 diputados conservadores de la minoría se sientan 387 liberales, 41 miembros del partido del trabajo y 84 nacionalistas irlandeses. La entrada de John Burns, el ministro obrero, en el *Local Governement Board,* asegura al gobierno, si no la adhesión absoluta del partido del trabajo en masa, por lo menos su apoyo circunstancial, que no le ha de regatear seguramente mientras sir Henry Campbell-Bannermann, siga demostrando sus inclinaciones favorables á la clase obrera como lo ha hecho en la discusión del *Trade Disputes Bill.* Sabido es que hace algunos años la Cámara de los Lores, como tribunal de justicia, había sentado la jurisprudencia, con motivo del famoso *Taff Vale judgment,* de que las Trade Unions debían ser pecuniariamente responsables de todos los actos de sus miembros y delegados. Con esta doctrina quedaba anulada de hecho la intervención de estas sociedades en las huelgas. El ministerio actual presentó á la Cámara el *Trade Disputes Bill* en el que se negaba á los patronos el derecho á exigir á las Trade Unions tal responsabilidad. Este proyecto no satisfizo á la representación obrera y el miembro del *Labour Party,* Mr. Hudson, presentó una enmienda en la que se niega en absoluto toda acción contra una Trade Union por cualquier acto de cualquiera de sus miembros, es decir, eximiendo al sindicato de toda responsabilidad solidaria por un acto individual. Campbell-Bannermann no hizo cuestión de gobierno la enmienda de Mr. Hudson, pero la apoyó como diputado. La enmienda fué votada por una mayoría de 416 votos contra 66 y agregada al proyecto gubernamental.

Cito este hecho como muy significativo para deducir las relaciones del gabinete con la representación parlamentaria del trabajo, significación que se aumenta por la presencia en el gabinete de Mr. Burns. Podrá el socialismo ganar terreno en las Trade Unions por los trabajos de Keir Hardie, pero no parece probable que en un país como Inglaterra cuya cultura y cuyo sentido práctico son proverbiales, las masas obreras, incluso las de los *unskilled,* ya en gran parte organizadas, vengan á crear dificultades á un gobierno y á una mayoría tan dispuestos en su favor y de los que obtienen desde luego mejoras palpables, por seguir teorías mejor ó peor fundadas, pero aun vagas é intraducibles en programas políticos prácticos. La nación inglesa y el partido liberal inglés han sabido adelantarse á los acontecimientos y dar una intervención directa en el gobierno del país al partido obrero en un momento oportuno y decisivo, encauzando sus aspiraciones legítimas y prácticas, y realizando ideales que de otra suerte en lugar de servir de fuerzas legítimamente impulsoras, como están sirviendo, serían causa de perturbación y desquiciamiento.

En cuanto á los diputados irlandeses, ni por su número, ni por su actitud, ni por el espíritu conciliador que hoy, borradas anteriores acritudes, predomina en unionistas y nacionalistas, en Irlanda y en Inglaterra, puede temerse que sean tampoco obstáculo á la vida del gobierno.

Entra, pues, éste, después de un breve descanso, en la segunda etapa parlamentaria con todas las garantías de fortaleza que pueden asegurar una larga y provechosa existencia. El partido liberal recoge el fruto de haber entrado á tiempo en el gobierno, después de haber dejado agotarse por completo la vida del partido y de las cortes conservadoras, y de haber entrado previa la indicación clara y terminante de la opinión pública á su favor.

El actual partido liberal inglés ha recogido para su programa las inspiraciones, aún no realizadas, del antiguo partido de Gladstone, ha ensanchado sus moldes para dar cabida á las aspiraciones de los partidos obreros, ha recabado la simpatía de elementos conservadores disgregados de este partido por causa de sus tendencias proteccionistas y exageradamente imperialistas; cuenta con los liberales que siguieron á Lord Rosbery, como Mr. Asquith y sir Edvard Grey, que forman parte del Gabinete actual. Es, pues, un partido que compuesto de elementos hetereogéneos, á la usanza de los nuevos partidos políticos liberales, forma un bloque poderoso liberal avanzado, cuyos radicalismos hallarán el contrapeso que deban hallar en el espíritu conservador y tradicionalista de la nación.

No hay para qué entrar en detalles de escaso interés para la generalidad de los lectores españoles, pero en líneas generales quisiera hacer alguna indicación acerca de los problemas principales que están llamados á abordar el Parlamento y el gobierno inglés.

Hay una aspiración de interés universal que aún no ha pasado de tal, pero que patrocinada por una nación poderosa podría tal vez traducirse en soluciones prácticas mucho antes de lo que espíritus rutinarios y bien avenidos con lo existente piensan y hasta quizá desean. Esa aspiración es el ideal pacificador que trata de acabar, ó por lo menos de posponer á término extremo, el régimen de fuerza y de violencia que preside las relaciones internacionales. La conferencia interparlamentaria celebrada en Londres en Julio pasado es un paso en favor de la paz. Si sus miembros no han ostentado la representación oficial de sus naciones, es muy digno de tenerse en cuenta que tampoco son sabios ni tratadistas llamados allí para discurrir en el terreno de la ciencia, sino individuos de los parlamentos de distintas naciones, es decir, políticos activos llamados á gobernar y á legislar. Entre ellos figuraba el primer ministro de Inglaterra Campbell-Bannermann que se ha expresado en un tono de tal elevación y de tal idealidad, que trae á las mientes el recuerdo del venerable Gladstone. Sus palabras en pro de la paz universal eran al fin y al cabo las palabras de un jefe de gobierno, y su política como tal no podía estar en contradición con sus palabras. En efecto, fiel á su tradición el partido liberal representa hoy en Inglaterra, en oposición al partido conservador, la tendencia pacificadora y conciliadora en las relaciones exteriores, y á tal tendencia obedece de un lado la conducta del gabinete inglés fomentando la inteligencia con Francia y con Italia, y tratando de atenuar los rozamientos con Alemania, y de otro los proyectos de limitación del contingente del ejército y la armada, proyectos anunciados por sir Edvard Grey, ministro de Estado, en pleno Parlamento, y traducidos en cifras por el ministro de la Guerra Mr. Halden presentando un presupuesto con la reducción de 1.500.000 libras esterlinas en el gasto anual. En cuanto á la marina de guerra es sabido que la política inglesa ha consistido hasta ahora en sostener una fuerza naval más poderosa que la de las flotas combinadas de las dos potencias navales más podero-

sas, fueran las que fueran esas potencias y la combinación de sus escuadras. Esta política absoluta se ha cambiado en una política relativa ó discrecional. Las palabras pronunciadas por Campbell-Bannermann en la sesión de la Cámara de 27 de Julio pasado al discutirse el presupuesto de Marina, significan que Inglaterra de aquí en adelante apreciará anualmente para sus gastos de marina cuál sea el estado de la política internacional inglesa y cuáles las dos potencias cuyas flotas sumadas hayan de tenerse en cuenta para robustecer y aumentar ó para disminuir la flota inglesa. Sir Henry ha dicho: «Cuando habláis de las dos primeras potencias navales no podéis prescindir de pensar quiénes son esas potencias. Cuando oimos los cálculos de lo que Francia y Alemania están construyendo, ¿quiere decir que sea una combinación probable que Francia y Alemania se alíen y nos hagan la guerra?» En una palabra, que el gobierno inglés sin renunciar á que su marina esté preparada para cualquier eventualidad, no parece dispuesto á sostener ese enorme gasto que representa una supremacía marítima absoluta, y tiende á reducirlo á términos racionales, dependientes de las circunstancias políticas. Por lo pronto, esta nueva tendencia se refleja en el presupuesto de marina con una economía de más de dos millones y medio de libras esterlinas en el programa de construcciones navales para 1907-08, cuya efectividad queda supeditada á los resultados de la próxima conferencia del Haya.

No hay para qué decir la influencia decisiva que en esta tendencia á la reducción de los gastos de guerra han tenido el partido obrero y la masa popular inglesa en general, que, aparte de otros ideales más elevados—que son una fuerza real—se ha inclinado en este sentido por la doble amenaza próxima que encerraba la tendencia imperialista y guerrera, á saber: el proteccionismo para obtener dinero para sostener esos gastos enormes de guerra y el servicio obligatorio militar, cosas ambas que atacan á los más arraigados principios de la sociedad inglesa y del espíritu nacional inglés.

En el orden económico la política del gobierno es fácil. La opinión pública se ha declarado terminantemente en contra del proteccionismo y de las represalias, y el gobierno no ha de hacer más que sostener el clásico y tradicional sistema del libre cambio.

Conocida es la importancia que la cuestión de Irlanda tiene en la política inglesa. El gobierno actual puede obrar en este punto con ventaja sobre los anteriores, porque hoy, las pasiones, tan violentas y desbordadas otras veces, están acalladas, y porque su gran mayoría le procura una absoluta independencia de los diputados nacionalistas irlandeses. Además, la ley de 1903 *(Land Purchase Act)* ha mejorado notablemente el estado de la cuestión; el landlordismo está muerto y la distribución paulatina de la propiedad va realizándose. Los unionistas ingleses é irlandeses están informados actualmente por un espíritu más moderado y más racional; son unionistas en cuanto se oponen á la creación de un parlamento independiente, pero coinciden con los nacionalistas en cuanto admiten una mayor y más directa intervención de los irlandeses en sus propios asuntos, convencidos de que es inaceptable en la materia una política negativa, innecesaria para conservar la unión nacional ni para mantener la supremacía del parlamento imperial. Los nacionalistas siguen en su aspiración de un Parlamento propio irlandés, pero á juzgar por los síntomas, y según opiniones autorizadas, aceptarán las mejoras y concesiones que se les concedan.

El gobierno de Bannerman está comprometido, si no á llegar al *Home Rule,* sí á caminar en esa dirección; sus proyectos son todavía desconocidos, sólo existen declaraciones oficiales muy expresivas, pero indeterminadas. Hay quien cree llegado el momento de constituir un cuerpo, ó consejo de gobierno, electivo para intervenir la administración de

los asuntos peculiares de Irlanda y fijar y administrar el gasto del producto de los tributos irlandeses, viniendo á conceder á esta región una especie de autonomía administrativa y financiera. Se exceptúa de esta situación la fuerza de policía que seguirá siendo imperial. Quizás á esto se agregue la reorganización y simplificación de los centros y departamentos numerosos á través de los cuales se gobierna y relaciona Irlanda con el poder central, y quizás se lleven los proyectos de ley que atañen á Irlanda en el Parlamento á una comisión irlandesa, como se hace con los de Escocia. Sea esto ú otra cosa, es positivo que algo en ese sentido autonómico ha de hacerse, porque la opinión así lo espera.

Del *Education Bill* he hablado en otra crónica. El proyecto presentado por el ministro de Educación *(President of the Board of Education)* Mr. Birrel, no ha intentado la escuela laica (institución poco popular en Inglaterra) sino sencillamente la supresión de la enseñanza confesional en las escuelas, autorizando solamente la explicación de la Biblia, y tampoco obligatoria, sino voluntaria, para aquellos niños cuyos padres quieran que asistan á ella. Las escuelas confesionales subvencionadas por la ley anterior de 1902 pasan á poder del Estado, que se encarga de conservar los edificios, dejándolos fuera de las horas de clase á disposición de la Iglesia, y permitiendo al clero dos veces por semana que enseñe el catecismo á los niños que lo deseen, y además, en las escuelas en que las cuatro quintas partes de los niños sean de la misma confesión podrá continuar la enseñanza confesional como antes. Este proyecto ha sido modificado por una enmienda, aceptada por el ministro, en virtud de la cual se autoriza, bajo ciertas condiciones, la enseñanza confesional durante las horas de clase. Esta modificación no ha sido bien recibida por los elementos radicales de la Cámara, que han sumado sus votos, contrarios á la ley, con las oposiciones. No obstante, la ley ha sido aprobada y ha pasado á la Cámara de los Lores. Y he aquí el problema planteado: ¿qué hará la Cámara de los Lores? La opinión general es que desvirtuará por completo el proyecto no sólo por convicción, sino porque el partido conservador, que no puede hacer oposición rigorosa al gobierno en la Cámara de los Comunes, parece que tiende á servirse de la de los Lores como arma de combate entorpeciendo la política liberal.

Si esto ocurre con este ó con otro proyecto de ley, quizás llegaran las cosas á tal punto que se pusiera sobre el tapete la cuestión, ya tratada alguna vez, de la conveniencia de suprimir ó modificar esa alta Cámara. Medios tendría el gobierno en el caso del *Education bill* de hacer prevalecer su criterio de un modo indirecto concretándolo en forma de ley financiera que la Cámara de los Lores no tiene derecho á modificar, pero de todas suertes si esa actitud hostil y entorpecedora de la obra de los Comunes llegara á ser un hecho no es temerario pensar que el gobierno liberal y la Cámara Baja habrían de saber impedirlo á toda costa.

En las cuestiones sociales y en la legislación del trabajo puede esperarse mucho de este gobierno y de esta Cámara. La actitud del primer ministro se ha determinado claramente en la discusión del *Trades Disputes Bill;* el programa del ministro obrero John Burns es conocido. Su interés apasionado por la clase de donde salió es patente, y su decisión de dar solución ó contribuir á darla á problemas como el de los *sin trabajo* es firme. Su discurso del mes de Julio sobre la *Unemployed Workmen's Act,* obtuvo un éxito enorme en todos los lados de la Cámara. En él esbozó una serie de reformas sociales y prometió un crédito de 200.000 libras para empezar el estudio experimental del problema de los *sin trabajo*. La jornada de ocho horas y la ley de retiros para la vejez están en su programa, dando de lado á sus proyectos de socialismo municipal, de impuesto progresivo sobre la renta y otros menos prácticos y viables por el momento.

Sostenido este gobierno por la opinión pública, como lo está, y reuniendo las circunstancias ya dichas en la Cámara y el valer personal de sus miembros, y conocida la estabilidad de la política inglesa no es aventurado pensar con un cronista político norte americano que «vivirá hasta que la ley de los siete años *(Septennial Act)* ponga fin á su existencia, y á no ser que ocurra algún acontecimiento político inesperado, volverá al poder aunque con una mayoría menos numerosa». No es de extrañar que esta predicción del americano oida aquí, en España, parezca una enorme exageración.

J. Uña y Sarthou.

—o—

Alemania.

El Congreso socialista de Mannheim.

La asamblea anual del partido socialista alemán, celebrada este año en Mannheim, ofrecía especial importancia por la naturaleza de las cuestiones que en ella se iban á tratar, de un lado, y de otro, por las circunstancias particulares en que se encuentra el partido, que justifican la inmensa expectación con que se esperaba el resultado de la conferencia y la gran afluencia de socialistas á la convocatoria.

El partido socialista alemán podía hasta hace poco presentarse como un modelo de organización y de disciplina, y aunque en él, como en todos los partidos, se dibujaban las tendencias avanzada y gubernamental, sin embargo, no se había llegado nunca á un conflicto entre las dos, y el marcado predominio de la primera en todos los actos y resoluciones del partido parecía un hecho unánimemente reconocido y aceptado. La propaganda activa con que el socialismo alemán buscaba adeptos á sus doctrinas tenía éxito creciente y continuado, aumentaban prodigiosamente las suscripciones á los periódicos del partido y el número de votos con que contaba llegó á alcanzar la enorme cifra de tres millones. Pero, debido principalmente á los acontecimientos de Rusia, la izquierda socialista acentuó su significación radical, estimando que los procedimientos moderados eran ineficaces para lograr las soluciones preconizadas por las doctrinas socialistas. Esta tendencia tuvo su consagración en el Congreso que se reunió en Jena el año pasado y en el cual se votó la conclusión de que el partido socialista consideraba necesario el empleo de la huelga general como medio para defender los derechos de la clase obrera y singularmente los derechos electorales y de asociación, y para conseguir todas las reivindicaciones sociales que, á justo título, pretenden las clases proletarias.

Inmediatamente, como ocurre siempre después de uno de estos movimientos progresivos, vino la reacción en sentido contrario. La derecha socialista no vió con agrado la resolución adoptada en el Congreso de Jena. Constituída principalmente por sindicatos obreros, y poco afecta á las luchas políticas, cifra sus esperanzas en los efectos de la asociación y de la solidaridad y no tiene simpatías ninguna por los procedimientos violentos. Este estado de opinión, acentuado como protesta contra el radicalismo del indicado acuerdo, se cristalizó en el Congreso de sindicatos celebrado en Colonia hace unos meses, que votó una orden del día condenando la huelga general como procedimiento político. Ya estaba producido el conflicto entre las dos ramas del partido. Según la figura empleada por un periódico alemán, los dos caballos que arrastraban el carro del socia-

lismo en aquel país marchaban á paso desigual y no parecían obedecer á un mismo conductor.

En este estado las cosas, se convocó el Congreso de Mannheim. De él iba á salir, ó la completa ruptura entre las dos tendencias socialistas, ó el predominio de la una en detrimento de la otra. Se comprende, pues, la importancia que para la vida del partido ha tenido esta asamblea. A ella han acudido las personalidades más salientes del socialismo alemán militante: Bebel, el jefe, el patriarca que, á pesar de su edad avanzada, no pierde su entusiasmo y su actividad y parece tener los mismos bríos que hace cuarenta años, cuando comenzó á organizar el movimiento socialista de su país; Vollmar, el exoficial del ejército prusiano, hoy jefe de la derecha socialista; Bernstein, el antiguo desterrado de Londres, también de la derecha; Singer, el fabricante judío, que tantos sacrificios ha hecho por la causa del socialismo. Esto, para no citar más que los de primera fila. La representación extranjera ha sido muy numerosa, contándose en ella muchos rusos y polacos.

La cuestión fundamental, casi se podría decir la única, que interesaba al Congreso, á saber: la solución de las diferencias entre derecha é izquierda llegó á feliz término, gracias al tacto y á la prudencia de Bebel que, acogido con grandes muestras de entusiasmo por los congresistas, consiguió en un magnífico discurso llevar á sus oyentes la convicción de que sólo uniéndose todos podrían abordar los grandes problemas sociales cuya solución persiguen. Para llegar á la concordia presentó y defendió una conclusión que fué aprobada, según la cual, el Congreso declaraba que se mantenían las conclusiones del de Jena; pero que para el caso de declararse la huelga general habría que ponerse de acuerdo con los sindicatos de obreros, estimando que la organización y propaganda de éstos es el mejor medio de luchar en favor del proletariado, y preconizando la armonía entre la organización política y la organización sindical. Antes de llegarse á la aprobación de la proposición de Bebel, hubo muy empeñadas discusiones entre radicales y moderados, que llegaron en ocasiones á tonos muy violentos; pero por fin se impusieron los temperamentos de concordia y se logró conservar, por lo menos en apariencia, la unidad del partido, que estaba gravemente amenazada. De suerte que no se ha proscrito la huelga general, como creen algunos, si no que se ha subordinado á la aprobación de los sindicatos.

Pero ha habido, además de esta cuestión, otros puntos que ha tratado el Congreso y que, si bien no son de importancia tan vital para el socialismo alemán, han contribuído, no obstante, á dar á la Asamblea de este año cierto carácter y cierto aspecto que no han tenido las anteriores.

De ellos, quizá el que más interés ha despertado ha sido el problema de la educación del niño, tratado principalmente por la señora Zetkin en un discurso sumamente aplaudido y que se estimó de tal importancia, que se acordó su impresión en folleto aparte. Su contenido puede resumirse en los siguientes puntos: hay que educar al niño para que sea un ciudadano sano en todos sentidos y libre de prejuicios, y para ello es necesario que la educación no se limite á la escuela, sino que la familia la continúe y complete en la casa; la educación debe ser igual para el niño que para la niña, y no debe haber trabajos ni ocupaciones reservados exclusivamente á uno ú otro sexo; es indispensable explicar á los niños el proceso de la generación y no hacer de esta función una cosa misteriosa y oculta como hasta ahora se ha venido haciendo (1); la educación que se dé al

(1) Esta cuestión es en la actualidad objeto de grandes discusiones entre los pedagogos alemanes. La revista *Zeitschrift für Pädagogische Psychologie, Pathologie und Hygiene* viene publicando una serie de interesantes artículos acerca de ella.

niño debe ser de tal naturaleza que haga de él un ser libre y sustantivo, no un instrumento al servicio del capital; entre la familia y la escuela debe reinar un perfecto acuerdo, excepto en el caso en que la educación no se acomode á los principios que, en el concepto moderno, deben ser su norma; en este caso, la familia no debe vacilar: es preferible la ignorancia á la educación en malas direcciones; es preciso educar á las familias y crear centros educativos socialistas. Un maestro de Brema, Schultz, se expresó también en análogo sentido, aunque no tan radicalmente.

Otro rasgo característico de este Congreso ha sido la asamblea de mujeres socialistas que tuvo lugar el día antes de inaugurar aquél sus tareas. Las cuestiones feministas de actualidad fueron allí discutidas en sentido radical; también ocuparon la atención de las asambleistas los problemas políticos interiores é internacionales, singularmente la situación de Rusia, y terminó la reunión con un entusiasta saludo á todas las mujeres que luchan por la redención de su sexo y con un mensaje de adhesión á las revolucionarias rusas.

Finalmente, mencionaremos el hecho de que la presencia de los delegados rusos y los discursos revolucionarios que pronunciaron, particularmente el de la señorita Balabanoff, acogido con tempestades de aplausos, constituyeron otro de los rasgos más salientes del pasado Congreso, que ha dejado, en general, la impresión de que se ha evitado la escisión entre las dos tendencias del partido socialista gracias al prestigio y á la autoridad de Bebel, y también la de que el socialismo alemán va ensanchando de día en día los horizontes de su programa y procura cada vez más estar en contacto con los socialistas de otros países.

José Ontañón.

La Vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid

Conferencias.

EL FERROCARRIL DE DAKAR AL ESTRECHO DE GIBRALTAR, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR

Segunda conferencia dada en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, el día 29 de Marzo de 1906, por D. José Marvá (1).

(CONCLUSIÓN)

Si se tuerce por el Fondak á Tetuán, se penetra otra vez en el *Bled es Siva*.

***

Por lo que respecta al trazado por la costa, nos encontramos, primeramente, con Agadir, rada bastante buena y natural desembocadura de todos los productos del valle del Sus; pero como está cerrada al comercio exterior, Mogador hace de puerto. Mogador tiene una rada de las mejores de la costa, abrigada por algunos islotes que hacen el oficio de escolleras. Toda la costa, en treinta kilómetros al Sur y al Norte de la ciudad, es de dunas: de arena movible, unas; otras, fijas y con alguna vegetación; otras, por último, que se podrían fijar más si se emplease el pino marítimo. Estas dunas rodean á la población por el Este hasta cinco kilómetros hacia el interior, y llegan á alcanzar una altura de 100 á 110 metros.

Al Norte de Mogador, siguiendo la costa, se encuentra Saffí, ciudad accidentada en forma de anfiteatro, que no tiene importancia desde el punto de vista militar y comercial, y cuya rada es sumamente peligrosa.

Continuando el trazado con dirección al Norte, daríamos con Mazagán, ciudad de origen portugués, cuyo recinto, de planta rectangular, tiene 200 á 240 metros de lado y está defendido por grandes cortinas y baluartes en los ángulos. Allí dentro vive la población mora de alguna importancia, los hebreos y europeos, formando una ciudad que tiene algo de europea por sus calles, más anchas y más limpias que las demás de Marruecos; el resto de la población vive fuera del recinto murado, en chozas de barro. Como plaza fuerte, tiene poca importancia, y sus muros no resistirían un ataque ni por mar ni por tierra; alcanzan seis ó siete metros de altura y 80 centímetros de espesor, con un adarve de ocho metros, en donde están montadas unas cuantas piezas lisas sobre cureñas podridas de madera. En el lado próximo al mar, hace las veces de foso una especie de canalizo que, en marea alta, sirve para desembarcar las mercancías.

Más allá de Mazagán encuéntrase Azimmur, antigua población romana, con fortificaciones de escaso valor.

De Azimmur á Casablanca, el terreno es despejado, dedicado al cultivo casi hasta las inmediaciones de esta última ciudad.

Casablanca es uno de los puertos más principales de la costa, el segundo después

(1) Tomada de cuartillas taquigráficas.

de Tánger, y su rada, sin ser completamente buena, es bastante abrigada, merced á los arrecifes del cabo Dar Beida, formados por una piedra esquistosa, en la cual la acción erosiva de las aguas ha labrado profundos surcos paralelos, que en alta marea dan lugar á un espectáculo curioso al ser invadidos progresivamente por las aguas.

Casablanca no ha dejado de ser algo inquieta, y en alguna ocasión, no hace muchos años, toda la población exterior atacó al Gobernador, y fué necesaria la intervención de los cónsules, apoyados por tres barcos de guerra, uno inglés, otro portugués y otro español, para restablecer el orden.

De Casablanca á Rabat se atraviesa parte de la provincia de Chaulla, cuyos habitantes, aunque sometidos á la autoridad del Sultán, son algo revoltosos. Por eso toda la comarca está llena de pequeñas *fortalezas* para asegurar la dominación del país y dar refugio á los gobernadores y albergue á los viajeros. Suelen esos fuertes tener forma cuadrada ó rectangular, con torres cada 30 ó 40 metros. En el interior, además de la vivienda del Gobernador, queda sitio para la venta de las provisiones más importantes.

En toda esta comarca existen muchas huertas y campos cultivados, porque hay agua en abundancia, alumbrada por medio de pozos y norias, parecidas á muchas de las que existen en España.

La población de los campos se alberga en aduares de chozas, fabricados con barro y paja, mientras que la población nómada vive bajo tiendas de tela de pelo de camello, que se levantan y arman á medida del capricho del habitante.

Después de Casablanca, se llega á Rabat, población importante que está á la izquierda de la desembocadura del río Regreg, y que se fundó para someter á Salé, situada á la orilla derecha de este río. Rabat, desde el punto de vista militar, es la que posee mejor artillado; tiene, por la parte de tierra, doble recinto con una ciudadela en que uno de los frentes da al río y el otro al mar, y delante, tres baterías de poca importancia, las cuales, como el recinto, no podrían resistir los efectos de la artillería moderna.

El terreno de los alrededores de la población pasa por ser uno de los mejor cultivados de todo el imperio marroquí.

Salé, la más fanática y la más inhospitalaria de las ciudades de la costa, está defendida por baterías que cruzan sus fuegos con las de Rabat. Salé fué el centro de la piratería de Marruecos cuando tenía marina.

Después, el trazado habría de ir por una parte que no ofrece gran seguridad. Más allá de Rabat, á la desembocadura del Sebú, está el famoso bosque de Mammora, una de las muchas riquezas inexplotadas de Marruecos, pero que es un vivero de bandidos; tanto, que hay algunos castillos y pequeños puestos fortificados para proteger á los viajeros, que corren gran peligro al atravesarlo.

Como véis, el trazado de la costa habría de exigir menor número de obras de fábrica, viaductos, túneles, puentes, etc., y por tanto, el número de puntos débiles sería menor; los territorios que hay que atravesar son mucho más pacíficos que los inmediatos al Atlas, por más que desde Casablanca á Rabat y entre Rabat y Sebú, la explotación y construcción estaría necesitada de algún amparo.

***

¿Á quién debería estar encomendada la protección de la vía? Ya dije que en el Sahara no era difícil emplear á los mismos naturales del país tratándoles con energía, pero al mismo tiempo con justicia. Y aun cuando no falta quien opina que el formar las guar-

niciones de las obras defensivas del ferrocarril con nómadas del Desierto, equivale á reclutar la guardia civil en los presidios, puede afirmarse que el éxito depende de la habilidad y del tacto que se despleguen en esto.

Por lo que respecta al Imperio marroquí, dicho se está que la vía no podría defenderse con tropas extranjeras, porque necesitarían, á su vez, un ejército para apoyarlas; pero no sería difícil hacer la guarda de los puntos fortificados con tropas reclutadas en el país; algo parecido á lo que se quiere hacer en la Conferencia de Algeciras respecto á la policía de los puertos.

Por lo demás, los medios de que dispondrían los naturales del país, las tribus independientes del Atlas, para oponerse á la explotación y construcción, son inferiores á los empleados en la guerra anglo-boer por Dewet y sus compañeros, bien armados y montados, y disponiendo á veces de cañones ligeros de campaña.

En Marruecos hay bastantes armas portátiles de retrocarga; allí han vaciado los desechos de su ejército muchas naciones, entre ellas Inglaterra, que ha colocado numerosos fusiles Martini-Henry. Todas estas armas, aunque de retrocarga, no son modernas; y aun habrían de ser menos temibles si se tiene en cuenta que aquellos habitantes, pobres en general, no podrían disponer de municiones abundantes, que son caras.

Además, no son muy cuidadosos en su manejo. Yo recuerdo haber oído á Cañizares decir cómo vió á los askaris del ejército marroquí meter la punta de la bayoneta en el cañón del fusil, haciéndola girar á guisa de barrena, destruyendo el rayado, meter tierra en el mecanismo y otras operaciones por el estilo; no disponen tampoco de medios para componer los desperfectos, y así se explica que muchos prefieran la espingarda, porque la pólvora la tienen con facilidad y las balas las hacen con un pedazo de plomo.

Hay muchos Martini-Henry procedentes de los ingleses; y se estableció en 1888, en Fez, una fábrica de armamento de este sistema, en ocasión en que el difunto Muley-Hassan, que tenía debilidad por la diplomacia italiana, concedió al diplomático Escobasso la instalación y explotación en Fez de una fábrica de armas; pero al cabo de cinco años, y después de gastar cinco millones, aquella fábrica no daba ni por valor de una lira, y el Sultán Muley-Hassan, en sus últimos tiempos, cerró la bolsa y no dió más dinero.

***

Réstame ocuparme de las dos últimas partes que abrazaba mi programa: procedimientos conocidos y empleados en las guerras modernas para defender las líneas férreas durante su construcción y explotación, y por último, elementos con que cuenta la ingeniería militar para coadyuvar á la resolución del problema que es objeto de estas conferencias, por medio del material especial de campaña que tiene para la construcción, reconstrucción y explotación, con la gran rapidez que es condición especialísima de todas las operaciones de la guerra, de esta clase de vías.

Cuanto al primer punto, empezaré por hablaros de la trocha de Júcaro á Morón, en la isla de Cuba, defendida en los últimos años de nuestras guerras coloniales de tal suerte, que no pudo ser salvada por los insurrectos. En esa trocha había un ferrocarril de 67 á 70 kilómetros, defendido de la manera siguiente: á unos 60 metros al lado de la vía, se estableció una fuerte alambrada, elemento de defensa que no consiste tan sólo en una simple valla formada por una fila de postes y unos cuantos alambres tendidos de uno á otro, sino en cuatro filas de postes, á distancia de dos metros, cruzadas por alambres de espino tendidos entre los postes de una valla, y entre las diversas filas diagonalmente, formando una red muy difícil de atravesar; y aun suponiendo que se pudieran derribar

algunos de los postes, es tal la maraña que se forma, que resulta siempre un gran obstáculo, sobre todo cuando hay que atravesarlo bajo el fuego del enemigo.

Cada 1.000 metros, se construyeron torres de planta cuadrada, de mampostería, de hormigón hecho en encofrado, de unos 6 metros de lado, provistos de matacanes y aspillera corrida en la parte superior, con cubre cabezas formados por filas de carriles. La cubierta era de palastro ondeado, y sobre ella se elevaba una garita para recibir el aparato de iluminación, obtenida por medio de la luz oxhídrica que, como sabéis, consiste en un dardo de oxígeno á través de gasolina, proyectado sobre cilindro de cal viva. No había reflectores; eran proyectores de lente biconvexa. El oxígeno era dado por cilindros de 40 litros á 125 atmósferas. Cada luz consumía 100 litros de oxígeno por hora, de modo que un cilindro servía para cincuenta horas próximamente. Las torres tenían, además, comunicación telefónica con las inmediatas y con los campamentos próximos. Entre cada dos torres, se estableció un blockhaus de madera, encofrado de grava; y, además, cada 5 kilómetros, un campamento fortificado (de una á dos compañías), con recinto de trincheras, flanqueado con tambores y con barracones de guano para la guarnición. En los kilómetros 15 y 45, se construyeron cuarteles de mampostería de dos pisos, para un batallón.

Claro está que aquí se luchaba con dificultades mucho mayores que las que ha de presentar la defensa de las vías africanas. Solo he tratado de presentaros un ejemplo, y aún he de mostraros otros muy notables que nos ofrece la guerra del Transwaal. Allí los ingleses tuvieron que vencer grandes obstáculos para poner en explotación las vías que fueron destruídas por los boers, enemigos más formidables todavía que los marroquíes, porque sumaban á todas las energías de las razas primitivas, todos los elementos con que cuentan los hombres civilizados; iban bien montados, bien armados, provistos de fusiles modernos y de artillería, y estaban mandados por hombres como Dewet. Los *raids* que llevaron á cabo fueron memorables, y tuvieron los ingleses que tomar precauciones grandísimas para poner en explotación una parte de la red del Cabo de Buena Esperanza y las de Natal, Orange y Transwaal.

La defensa de una línea férrea puede ser de dos clases: fija y movible. La primera consiste en establecer puestos fortificados á lo largo de la línea, y también en dirección normal, pues de esa manera se evita que el enemigo pueda acercarse con facilidad porque tiene que dar más rodeo, y estas líneas transversales de fuertes, son una barrera puesta á su movilidad. La defensa móvil, consiste en trenes acorazados, que circulan por la vía á guisa de fuertes transportables.

Os daré una ligera idea de los diversos blockhaus ó fuertes que emplearon los ingleses en la defensa de sus líneas de Natal, Orange y Transwaal. Eran unos de planta exagonal, de paredes compuestas de dos palastros ondeados, paralelos, cuyas ondas estaban colocadas horizontalmente. El intervalo, de 12 á 20 centímetros de ancho, se rellenó con arena ó grava, que tiene un gran poder resistente para detener las balas de los fusiles modernos. Un foso situado á pequeña distancia, aumentaba su potencia defensiva. El puesto estaba guarnecido por un cabo y seis soldados, los suficientes para mantener un centinela. Las aspilleras se abrieron en una especie de ventana que se cerraba con una plancha de acero especial (acero al cromo y al níquel) de gran resistencia á la penetración de las balas.

Hicieron últimamente, porque resultaban más baratos y mucho más fáciles de construir y transportar, los fuertes de planta circular; porque la rigidez que dá al palastro el encorvado en forma de cilindro, evitaba la colocación de bastidores de madera para asegurar las planchas. Como en el tipo anterior, los intervalos entre ellas se rellenaban con arena.

También emplearon la mampostería en los fuertes más importantes, colocando la puerta á una cierta altura para defenderla mejor contra todo ataque por sorpresa; y á veces, para aumentar el poder defensivo de las vallas, ponían una especie de delantales, piezas de madera inclinadas, entre los cuales colocaban también alambres de espino. Además de las vallas que rodeaban á los fuertes, había entre cada dos contiguos, unas alambradas y dos fosos laterales para hacer mayor el obstáculo.

Como no tenían dispuesto el alumbrado del campo, tal como se hacía en la trocha de Júcaro á Morón, y los ataques nocturnos eran muy de temer, idearon procedimientos ingeniosos de señales automáticas de alarma, de los cuales os presentaré uno como muestra de los recursos aplicables en casos semejantes.

Consiste en atar á los postes de la valla fusiles, cuyos disparadores están unidos á los alambres, y contrapesados con una piedra; cuando se corta el alambre, la piedra queda en libertad, hace tracción en el disparador y parte el disparo.

Otras veces las señales consistían en martillos, que al caer machacaban un fulminante, el cual encendía una materia inflamable ó la pólvora de un petardo ó de un torpedo. Empleaban otros muchos procedimientos de que no os hablaré porque no tengo tiempo para ello; por ejemplo, las baterías de rifles fijas para poder disparar por la noche, fijando la puntería durante el día.

Por lo que respecta á la defensa móvil, empleáronse trenes acorazados, á guisa de fuertes móviles, que se trasladaban de un punto á otro para rechazar los ataques del enemigo, y también, para arrastrar vagones de socorro con todos los elementos necesarios para poder recomponer la vía. Se hizo invulnerable la locomotora, acorazándola con grandes planchas de acero, de seis á ocho milímetros de espesor, de resistencia suficiente para detener las balas de los fusiles modernos. Hicieron uso de vagones acorazados, destinados unos á contener guarnición de infantería, y dispuestos otros para recibir artillería. Armaron los vagones con cañones de varios calibres, de seis y de tres libras, y también de ametralladoras.

El tren se formaba poniendo la locomotora en medio; al lado, un gran depósito de agua; á derecha é izquierda, vagones defensivos para infantería, mandados por un oficial; en los extremos, se situaban los vagones de artillería, para poder hacer fuego de cañón y, por último, inmediato á la locomotora, un vagón especial con una dinamo movida por el vapor de la caldera, y un proyector para iluminar de noche todo el campo y alumbrar los trabajos de reparación.

Todo esto resultó costoso, es cierto; hay que tener en cuenta que se construyeron más de ocho mil puestos fortificados, y se gastó cerca de un millón de libras esterlinas; pero en cambio aseguraron la explotación de cerca de 7.000 kilómetros de vía, que se hizo con la misma seguridad que en tiempos normales y además este gasto fué reproductivo, puesto que se consiguió la derrota de los boers, gracias á lord Robert y Kitchener.

***

Entre los varios recursos que tienen los ingenieros militares para poder cooperar á las obras de ferrocarriles que atraviesan territorios como los que han sido objeto de esta conferencia, merecen especial mención los ferrocarriles desmontables, de vía estrecha. No hay que olvidar que si bien en las colonias africanas de los diversos paises, predomina la vía de un metro de ancho, se han empleado y se emplean también, vías más estrechas:

—En el ferrocarril del Congo belga, desde Matadí á Stanley Pool, que tan graves

dificultades de construcción ofreció, vencidas merced á la energía y á la inteligencia del coronel Thys, la vía es de 75 centímetros de ancho.

—Portugal tiene, en la parte de Mozambique (de Beira á Umtali), una vía de 65 centímetros.

—En el Senegal (francés), se han construido ramales de 0,60 m., que por cierto han prestado excelentes servicios.

—En el Cabo tienen los ingleses un pequeño ferrocarril de 90 kilómetros, de 0,56 m. de anchura.

—Alemania, que encontró en su colonia africana del SO. grandes dificultades para la construcción de ferrocarril por la escasez de materiales, de víveres, de trabajadores y de personal de maquinistas, fogoneros, conductores, etc. y de agua, que era poca y mala, empleó vía de 0,60.— La mayor parte de los puentes sobre torrentes están hechos de tipos desmontables, para trozos de 20 metros.

La vía de campaña (menor de un metro) tiene, entre otras ventajas, la de su flexibilidad para adaptarse al terreno; la de exigir explanaciones, obras de arte, etc., de pequeñísima importancia; la de permitir curvas de radio muy pequeño, y especialmente, la de prestarse á un asiento velocísimo.

Compuesta de trozos de vía ya armados, provistos de sus traviesas correspondientes, con un peso pequeño, pueden ser transportados y puestos en obra por 4, 2 y hasta por un hombre, como sucede con la vía tipo Dolberg. El empalme de los trozos ó elementos es rapidísimo; como que se economizan las pesadas operaciones de distribución de traviesas, cajeado, colocación de carriles, su unión á las traviesas, comprobación de la anchura, colocación de bridas, etc. El ancho de la vía es variable: de 0,50 á 1 metro; promedio 0,75, con carriles de 7 á 12 ó 15 kilógramos por metro; con traviesas de madera ó metálicas, y disposiciones variadas para el empalme de los trozos. El coste del material es pequeñísimo: de 8 á 10.000 pesetas el kilómetro.

Sobre la explanación, que no ha de exigir en general grandes movimientos de tierra, se extiende una pequeña capa de balasto, de que deberá prescindirse siempre que el terreno lo permita. El material es conducido, en vagones, por la parte de vía ya tendida; una brigada lo descarga; otra, sigue avanzando en la colocación, y otra á retaguardia, se ocupa en consolidar y arreglar en perfil la parte antes asentada. Poco importa que la vía resulte algo irregular en plano y perfil; el objeto es avanzar; las modificaciones y perfeccionamientos en su asiento vienen después.

Las rampas pueden llegar á ser en estos sistemas de 30 á 35 milímetros, y las curvas de 50 á 70 metros de diámetro. El tipo de locomotora-ténder, de 10 á 12 toneladas de peso, es muy aceptable, así como el de 2 T para los vagones, como límite superior, para que aquélla y éstos puedan ser descompuestos en elementos de cómodo transporte hasta el sitio en que hayan de armarse. Como ni las explanaciones ni las obras de arte serán en general grandes ni importantes, las averías que á mano armada se causen en estas vías no pueden ser de consideración, y serán prontamente reparables.

Tales vías no dejan de tener su potencia de tráfico. La de la línea de Festiniog (de 0,^{m}60) en Inglaterra, daba hace algún tiempo 40.000 pesetas por kilómetro.

He de hablaros, también rápidamente, de lo que se refiere á los puentes desmontables, que son un elemento importantísimo con que la ingeniería militar puede contribuir á esta clase de obras.

El modo más seguro y fácil de interrumpir la circulación en un ferrocarril, consiste en la destrucción de las obras de arte, túneles, puentes y viaductos. Unos cuantos kilogramos de explosivo bastan para inutilizar, en pocos minutos, un puente metálico, ma-

ravilla tal vez de la siderurgia y de la mecánica, para abatir la elevada pila del viaducto que salva el abismo, ó para hundir la bóveda de un túnel abierto en la montaña á costa de grandes sacrificios.

La reconstrucción de estas obras, encomendada á los ingenieros militares, constituye uno de sus más difíciles cometidos. La dificultad del problema de reparación no hay por qué encarecerla; al alcance está de las personas más ajenas á la ciencia del ingeniero.

Cuando el curso de agua y las orillas lo permiten, se modifican las rasantes y se hace el paso provisional más sencillamente, á través del mismo talweg. Otras veces no es esto posible, y hay que apelar al empleo de cepas, caballetes, cuchillos, etc., hechos con maderas *ad hoc.*

Ejemplos notabilísimos nos ofrece la guerra de secesión de los Estados Unidos de América; entre otros, el puente de Etowah, de 219,^{m}50 de largo y 25,^{m}60 de altura, recompuesto en seis días por 600 trabajadores; el de Chattahootchie, de 260 metros de largo y 30,^{m}7 de alto, en cuatro días y medio; y el viaducto de Rappahanoch, de 208 metros de largo por 12 de alto, reconstruído en diecinueve horas de trabajo. Sin embargo, aquel país ofrecía recursos extraordinarios en maderas y en obreros habilísimos en la carpintería gruesa y en el manejo del hacha.

El momento en que un ingeniero se encuentra delante de un espacio que hay que franquear, no es el más apropósito para preguntarse dónde ha de buscar y encontrar los materiales que necesita.

De aquí surgió la idea de resolver este apremiante problema por medio de un material preparado de antemano, y han aparecido numerosos sistemas de *puentes metálicos desmontables, portátiles,* cuyos elementos sean de poco peso y puedan transportarse con facilidad y que puedan armarse y correrse en breve tiempo y fácilmente también.

A nadie se le oculta la dificultad de encontrar un buen sistema de puentes desmontables, pues á más de las cualidades antes citadas, han de cumplir con estas otras, difíciles y hasta antagónicas algunas:

a) *Los elementos distintos han de ser en pequeño número é intercambiables.*— Han de ser, pues, de construcción esmerada y precisa en sus dimensiones, en la colocación y dimensiones de los agujeros para el paso de los pernos de unión. No se han de construir como cualquier entramado metálico, en los que si no hay ajuste existe el socorrido empleo del suplemento, sino como piezas de máquina.

b) *Idoneidad para luces diversas.*—Con los mismos elementos (convenientemente yuxtapuestos y superpuestos), han de poder construirse vigas de luces diversas dentro de ciertos límites.

c) *Rigidez.*—La unión de los diversos elementos ha de efectuarse de modo que no haya holguras entre ellos, porque dan lugar á choques y determinan, sumadas, dislocaciones y deformaciones que, unidas á las elásticas, pueden producir, entre otras cosas, desigual repartición de cargas y esfuerzos en piezas simétricas de los dos cuchillos.— Perno y roblón.

d) *Facilidad de corrimiento,* sin máquinas ni aparatos excepcionales, y sin que el metal padezca.

Numerosos son los sistemas; desde el más antiguo, Marcille, hasta el más moderno (Khon), pasando por los de Cottrau (italiano), Eiffel, Henry, Brochocki, etc.

No es éste lugar ni ocasión de hacer tal estudio; ni de decir porqué hay que eliminar, en su organización, los sistemas de puentes en arco, los de arco estirantado (bowstring), los tipos de puentes suspendidos (ordinarios ó de suspensión rígida), ni por qué razón hay que apelar á los sistemas de vigas rectas, con preferencia las rígidas, de

alma llena, ó de celosía, estrecha ó ancha, tubulares ó no, sin que deban excluirse los sistemas de vigas articuladas americanas. Esto solo puede interesar á los profesionales, y sería una digresión.

Semejante material, así como el de los ferrocarriles de campaña, permite construir con gran rapidez, y es sumamente útil para obras del género del ferrocarril de Dakar á Ceuta.

También podría hablar de otros elementos importantísimos para nuestro objeto, como son los almacenes, depósitos, aguadas, y de las palomas mensajeras para establecer la comunicación entre los fuertes, pero no tengo tiempo y he de prescindir de ello.

Terminaré con breves palabras. Con todo lo que os he dicho habréis visto de qué manera esta empresa tiene partes que son de fácil realización, ó por lo menos de realización posible. Las dificultades técnicas hay que darlas por descontadas, esas se vencen; las dificultades militares en lo relativo á la defensa del ferrocarril, se vencen también, Pero ha de advertirse que unas y otras, si se vencen, es con dinero; por consecuencia, los dos grandes problemas del ferrocarril Dakar-Ceuta, son el diplomático ó internacional y el económico. Ninguno de estos me toca á mí tratar, y como he abusado bastante de vuestra paciencia, doy fin á mi discurso.

José Marvá y Mayer
Coronel de Ingenieros.

Escuela de Estudios Superiores.

LA SINFONÍA MODERNA

(Resumen de las lecciones explicadas por D. Cecilio de Roda durante el curso de 1905 á 1906.)

Más que un verdadero curso de Estudios superiores, ha de tener éste un carácter de cultura crítica, basado en la audición de las obras, en el conocimiento directo del documento, dentro del marco reducido que impone esta cátedra, haciendo el estudio de la moderna sinfonía, ni tan superficial que quede reducido á la escueta audición de la obra, ni tan detallado que una sola sinfonía pueda ocupar más de dos lecciones.

La sinfonía constituye el grado más elevado de la música instrumental pura. La sonata para uno ó dos instrumentos, el trío, el cuarteto, etc., no son sino aspectos de la composición sinfónica; algo análogo á lo que representan el dibujo, la acuarela, el pastel, el gran cuadro al óleo. De aquí que, al estudiar la sinfonía y su evolución, haya que extenderse muchas veces al proceso evolutivo de la música instrumental toda.

Dentro de ella, de la música instrumental pura, conviene distinguir varios períodos: el *arcáico* ó primitivo, encerrando en él las obras de Gabrielli, Merulo y Frescobaldi; el *intermedio* ó de formación, en el que empieza á esbozarse la forma sinfónica; el *clásico,* en el que, fijados ya la forma y el patrón de la sinfonía, va perfeccionándose y evolucionando desde Haydn á Beethoven; el *postelásico* ó de transición, iniciado por Mendelssohn y Schumann; y, finalmente, dentro de la época actual, el presente con sus dos tendencias características: la *nacionalista,* que aporta á la sinfonía toda la fresca savia del canto popular, y la *secesionista,* que poco á poco va prescindiendo de los moldes consagrados para conservar sólo un remoto parentesco con el tipo clásico, y que de Berlioz y Liszt viene á encarnarse actualmente en Ricardo Strauss como su más genuino representante.

Este estudio ha de arrancar del período *post clásico;* pero como al empezarlo en él tendrían que ser frecuentes las digresiones y referencias á períodos anteriores, es preferible dar, á modo de introducción, algunas indicaciones sobre el origen de la sinfonía; sobre su forma, estudiando en ella la general y la individual de cada tiempo; sobre sus elementos morfológicos (melodía, ritmo, harmonía é instrumentación), y sobre la tendencia estética que en ella ha ido dominando, desde el arabesco hasta la marcada intención expresiva.

***

ORIGEN DE LA SINFONÍA.—El siglo XVI puede considerarse como el principio del arte musical, al menos en lo que á música instrumental se refiere. La música que absorbe á los maestros, la única que cultivan, es la vocal en el más puro estilo polifónico. Los preceptistas, con la austeridad de sus reglas, continúan dogmatizando en el sentido pitagórico, y ni los compositores religiosos, consagrados á sus motetes, himnos, misas y salmos, ni los que comienzan á cultivar el arte profano con madrigales y canciones, se salen nunca del estilo y de las reglas que sujetaban la composición contrapuntística.

La palabra sinfonía, que había servido en Grecia para designar la consonancia de octava, y más tarde se había aplicado á un instrumento, al *organistrum,* aparece ya en el siglo XVI dando nombre á unas composiciones musicales, á las publicadas por Waelrant en 1594 con el título de *Sinfonia angelica de diversi eccellentisimi musici a 4, 5 e 6 voci.*

Las tendencias musicales que en este siglo se dibujan tienen para este estudio escasa importancia: los trabajos de los neerlandeses, en el sentido de perfeccionar y ductilizar la composición polifónica; el coral protestante, que aporta á la música una frescura en completa contraposición con la sequedad de los dogmáticos; la *camerata florentina,* con su creación de la ópera, no necesitan sino una mención en este lugar; sólo la última, al adoptar la monodía acompañada, al introducir la declamación, al oponer en sus *assolo* la voz á los instrumentos, más que influir, prepara un influjo posterior en la música instrumental, sobre todo, á partir de la introducción del *continuo,* por Viadana (siglo XVII).

La música instrumental pura en el siglo XVI casi está reducida á lo que había sido en la época anterior: á servir de acompañamiento en los festines de los nobles ó á ejecutar aires de danza para ser bailados.

Los cromornos, laúdes, teorbas y arpas, ya figuraran solos, ya acompañando á la voz en los banquetes de los señores, no ejecutan sino danzas; danzas son también las únicas composiciones instrumentales sin canto que aparecen en los libros de vihuela de nuestros Milán, Pisador y Valderrábano; los instrumentos, cuando actúan solos en el siglo XVI, es siempre en una derivación más ó menos fiel del arte popular, del ritmo de los bailes del pueblo ó de las danzas cortesanas; sólo alguna que otra vez, y con el título de *Fantasías,* suele aparecer en los vihuelistas alguna composición libre, en un cierto carácter de lo que hoy llamaríamos *impromptu* ó improvisación.

Las primeras formas empiezan á dibujarse en Italia dentro del siglo XVI. Comienzan con la *Fantasía* y el *Ricercare* del fundador de la escuela veneciana, Villaert, para canto, órgano y un instrumento, por lo general; construídas con motivos libres, sin *cantus firmus* ni base obligada, admitiendo la *Fantasía* varios temas ó motivos sucesivos, y encerrándose el *Ricercare* en un motivo único, por lo que algunos, no sin razón, lo consideran como el progenitor de la fuga.

A la *Fantasia* y al *Ricercare* siguen la *Canzona* de Gabrielli (1510-1586) para órgano, con varios temas imitados; á ésta, la *Toccata* de Merulo (1532-1604), donde la idea fundamental, expuesta sencillamente, va desenvolviéndose durante el curso de la composición en complicaciones mayores; y después y para cerrar la aparición de formas en el siglo XVI debe mencionarse al clavicordista inglés Bird (1537-1623), con sus arias variadas para virginal

Tal es la herencia que deja el siglo XVI: de un lado, las *Fantasías, Ricercari, Toccata* y *Canzona,* hijas de la composición polifónica; de otro, la de variar un tema en formas diversas.

Con el XVII, continúa el progresivo desarrollo anteriormente iniciado: aparecen los *Preludios* y *Sonatas,* así llamadas porque (según Prætorius) han de ejecutarse sonando, no cantando, en estilo grave y magnífico, y Schütz publica en Venecia (1629), sus *Symphoniæ sacræ* para una, dos y tres voces, con acompañamiento y ritornelos para órgano y hasta tres instrumentos; sinfonías llamadas así, según Brendel, por no ser ni motetes ni *canzone;* según Kircher (1650), por cuadrar ese nombre á todo lo que carece de forma, á los cantos espirituales y profanos para instrumentos ó voces, ó para ambos á la vez.

El primer paso de verdadero interés que se da en la música instrumental, es el de Montalbano, al publicar (Palermo, 1629), sus *Sinfonie ad uno e duoi violini et tromboni con partimenti per organo, con alcune á quatro viole,* al que sigue á Kempis con sus *Symphoniæ unium, duorum et trium violinorum* (Amberes, 1649). Todas estas composiciones, estas sinfonías, constan sólo de un movimiento, y su parentesco con la polifonía al uso es tan próximo, que casi deben ser consideradas como obras de esa escuela.

Realmente, el origen de la sinfonía arranca de Frescobaldi (1583-1644). Su larga estancia en los Paises Bajos, sus profundos estudios contrapuntísticos y más que nada su genio, le llevaron á introducir ciertas innovaciones en el estilo y modelos dominantes. Es el primero que introduce en una misma composición, movimientos diferentes, comenzando con un *animato,* siguiendo con un *maestoso* ó movimiento lento y terminando con un *vivo* en tiempo de giga, todos de cortas dimensiones y enlazados, pero perfectamente individuales y característicos; y el primero también que escribe arias en estilo popular, haciéndolas seguir, de variaciones rítmicas, en estilo de gallarda, corriente, etc.

Sus discípulos continuan la evolución. Pasquini (1637-1710), prosigue en el modelo del maestro, introduciendo dos temas en el primer tiempo y dibujando así la que después había de constituir la característica de la sinfonía, titulando alguno de sus andantes, *Pensiero;* Buononcini (1640-1678), al trabajar sobre el modelo de Pasquini, introduce un embrión de trabajo temático, y Alejandro Scarlatti (1659-1725), por último, hace oir el segundo tema á la quinta del primero, empleando este primer tema como final, y consagra el patrón de Frescobaldi de los tres movimientos (allegro-grave-presto), en algunas de sus sonatas y sobre todo en la *Sinfonía instrumental,* que servía de introducción á sus óperas.

No terminan aquí las novedades de forma que en la música instrumental presenta el siglo XVII. Entre otras menos interesantes, conviene apuntar la obertura de Lully, anterior á la de Alejandro Scarlatti, compuesta de tres movimientos—grave, presto, grave—para ser ejecutados sin interrupción, obertura destinada á preceder á la ejecución de la ópera. Estas oberturas de Lully alcanzaron gran boga: se ejecutaban indistintamente, no vinculándose cada obertura en una ópera, sino sirviendo á capricho, para

cualquiera. Andando el tiempo llegó á ser universalmente conocida con el nombre de *overtura alla francese*.

Esta corriente derivada del elemento sabio, no era la única: la música instrumental no podía renegar de su abolengo, de las danzas y bailes, y con los ritmos y el carácter de ellos se engendran las *Suites, Sonatas* ó *Partitas,* compuestas de varios números de baile, un poco á capricho: la *Pavana, Gallarda, Corriente* y *Tripla* primero, la *Alemana, Zarabanda, Gavota, Minué, Rigodón, Pasapié, Burré* y *Chacona,* más tarde. Las únicas características de estas *Suites,* eran la de estar todos sus números en una misma tonalidad, la de ir precedidas de una obertura en el estilo de Lully, y la de terminar con una giga, cuyo ritmo vivo y animado daba la impresión de final.

La *Suite* adquiere bien pronto dos formas distintas en la *Sonata da chiesa* y la *Sonata da camera.* La primera adopta resueltamente el *Præludium* en vez de la obertura, y la Fuga como sustitución de la giga, reemplazando los números centrales por arias y construyéndolo todo al estilo polifónico. La segunda conserva más el patrón de las suites y de ella van derivándose las *Partitas* (suites de cortas dimensiones); las *Casaciones,* apropósito para ejecutadas al aire libre al final de los conciertos, ó como música de festín, y las *Serenatas,* caracterizadas por estar sustituídos en ellas los aires de danza, por una alternada sucesión de marchas y minuetes, y que cultivadas por Mozart, se ilustran en nuestra época con el ilustre nombre de Brahms.

El siglo XVIII es el que realiza la mayor parte de esas derivaciones de las sonatas *da chiesa* y *da camera;* el que funde ambos géneros por un cambio recíproco de sus elementos, y el que continúa la evolución de la sinfonía de Alejandro Scarlatti con el *Concerto grosso* y el *Concerto da camera,* para uno ó más instrumentos. En el segundo hay un instrumento principal, reduciéndose la función de los demás á dibujar ó realizar un acompañamiento: en el *grosso* se presentan dos masas distintas, la obligada y la de *ripieno,* con importancia análoga. Torelli es su cultivador más antiguo y más excelente, dibujándolo sobre el patrón de la sinfonía italiana de Scarlatti. Corelli, Locatelli y Tartini, continúan trabajando en él, introduciendo la giga á modo de final, sustituyéndola después por un *presto,* y escribiendo el tiempo lento en una tonalidad distinta de la primera y del final, generalmente en la subdominante del tono con que empezaba. Händel da nuevo desarrollo á los Conciertos, con los célebres para órgano y orquesta; Juan Sebastián Bach, se nutre principalmente de los de Vivaldi, y los compone para uno, dos y tres claves, para clave, flauta y violín, etc., con acompañamiento de otros instrumentos.

En Händel y en Bach, el Concierto es por lo general más contrapuntístico que melódico. La tradición de tantos siglos, hace que los maestros sólo cultiven el estilo *severo,* despreciando el *galante,* el de las *Suites* y *Conciertos* italianos; pero de cualquier manera, la incubación va dando sus frutos, y aun los maestros mismos no desdeñan un cierto cultivo del género nuevo.

Las sinfonías empiezan ya á producirse en el mundo musical desde principios del siglo XVIII, aunque sin forma determinada, sin obedecer á un patrón único. Así se publican en Alemania las de Agrell, para cuarteto, y en algunas con trompa de caza, oboe, trompetas y flautas dulce y travesera, las de Gebel, Scheibe, Stamitz y otros; en Italia las hacen Veracini, Porpora y Sanmartini, cuyas obras encantaban al príncipe Esterhazy, el protector de Haydn, quien constantemente se las encargaba y pagaba al precio corriente, por entonces, de 90 pesetas; en Francia, Gossec y algún otro.

Es el de entonces un período de fecundidad y de avance en el arte, de innovaciones y de tendencias atrevidas, algunas de las cuales cuajan y maduran, mientras otras se

eclipsan para volver á acentuarse con vigor siglo y medio después. Entre estas últimas, merece mencionarse la de la objetividad expresiva, primer apunte de la música de programa, cultivada por los Couperin y otros clavicordistas y por Tellemann, compositor fecundo, que además de sus cien *Suites,* produce algunos verdaderos poemas sinfónicos, entre ellos *Don Quijote* y *El mar.*

La Sinfonía de Scarlatti, llega por fin en su evolución á cristalizar y á dar nombre á un género en manos de Carlos Felipe Manuel Bach. Su padre, Juan Sebastián, no quiso dedicarle á la música, pretendió que cultivara este arte como un adorno, algo superficialmente, sin la profundidad ni la severidad de los maestros, dejándole consagrarse al *estilo galante* y al género ligero que imperaba en las *Suites* y en las obras de algunos clavicordistas.

Sus sinfonías, como sus cuartetos y sonatas, constan sólo de los tres movimientos característicos del modelo que los había venido incubando: de un *allegro* moderado, en cierto carácter contrapuntístico, basado en un tema principal, y en otro segundo tema de menos importancia; de un tiempo lento, de cortas dimensiones, influído ó derivado, bien del aria *da chiesa,* bien de la canción popular, y de un final generalmente en carácter de giga y de no muy largas dimensiones.

El año en que muere Juan Sebastián Bach, produce Haydn su primer cuarteto (1750). No hace sino continuar la tendencia de Carlos Felipe Manuel, aportando á ella grandes mejoras, haciendo el primer tiempo más elevado, más largo, dándole mayor importancia al trabajo temático; construyendo el segundo *(andante)* en la forma de *lied* ó en la de tema con variaciones; agregando un tercer tiempo, derivación directa de la forma de los bailes en la *Suites*, en ritmo y carácter de *minué,* y ampliando también el final.

Las innovaciones que aporta Mozart á la sinfonía, son más bien de estilo que de forma. Su temperamento, su educación, le arrastran hacia el estilo italiano; de ahí su abundancia melódica, sus características principales, la suavidad de sus andantes. Sólo en el rondó (tiempo final), perfecciona el modelo de Haydn con una cierta libertad.

De los otros sinfonistas de la época—Pleyel, Rosetti, Ryba, Albrechtsberger, Boccherini, Gretry, Dittersdorf—no hay para qué hacer un estudio detallado.

Beethoven, en su primera época, no hace sino ensanchar un poco el molde y tipo tradicional, sustituyendo el minué (que poco á poco había ido perdiendo el carácter de esta danza), por el *scherzo;* después alarga aún más las dimensiones de los movimientos, principalmente del primero, el fundamental y más característico, hasta operar una transformación radical en su última época—y al hacer esta afirmación, es preciso comprender en ella no sólo su obra sinfónica, sino también su obra de cámara—dándole á la sinfonía un carácter de unidad y de individualidad, convirtiendo el primer tiempo en tiempo de preparación; haciéndolo seguir del *Scherzo;* siguiendo el aumento de interés con el *andante;* y terminando con esos maravillosos finales, el grado más alto en cada obra, é introduciendo en ellos (en su novena sinfonía) el cuarteto vocal y el coro mixto, procedimiento que, aunque no de uso frecuente en la actualidad, ha sido empleado por Mahler en una de sus sinfonías, haciendo cantar una soprano en el final, por Busoni, en su concierto de piano (final con cuatro voces de hombre), y por Saint-Saëns en su sinfonía para orquesta, órgano y piano á cuatro manos.

Forma de la sinfonía.—La sonata, el cuarteto, la sinfonía, son obras vaciadas en un mismo molde. El marco más pequeño, suele encerrarse en la Sonata de piano cuando adopta el carácter de Sonatina ó de simple Sonata. La Sonatina, reducida á dos tiempos: el primero, en la forma clásica, y el segundo en la de andante ó rondó, y la

Sonata con sus tres tiempos característicos, sin el *Minué* ó *Scherzo,* que forman el tercer tiempo de la gran sonata, del cuarteto ó de la sinfonía.

El orden general de colocación de estos tiempos es el iniciado por Haydn, continuado por Mozart y seguido, generalmente, por Beethoven en sus primeras obras: *Allegro, Andante, Minué* ó *Scherzo, Final.* Pero ya en las últimas obras, Beethoven suele cambiar de puesto el *Scherzo,* colocándole como segundo tiempo, y en sus sonatas y cuartetos finales, suprime ó aumenta tiempos, según su propósito expresivo. Sirvan de ejemplo en las sonatas de piano, las obras 90 *(Allegro-Andante),* 109 *(Vivace. Adagio.—Prestísimo.—Andante con variaciones),* y 111 *(Allegro con brio-Arietta con variaciones),* en los cuartetos, la obra 130, compuesta de seis tiempos, y la 131 repartida en siete números, y como sinfonías la Pastoral, en la que se agrega un número, descriptivo de una tempestad, á los cuatro tradicionales.

Esto por lo que respecta á la ordenación general de tiempos en la obra sinfónica. Cada uno de ellos se sujeta en su construcción á reglas especiales, que vamos á esbozar brevemente. Todos obedecen á una división tripartita.

Primer tiempo.—Es el fundamental, el que siempre obedece al mismo modelo. Se divide en tres partes: exposición, trabajo temático ó desarrollo, y reproducción.

La primera parte ó de exposición se construye en esta forma: 1.° Un primer tema ó tema principal. 2.° Una transición para pasar al segundo tema. 3.° El segundo tema. 4.° Un período de cadencia que cierra esta parte. Ambos temas—primero y segundo—deben ser característicos, con personalidad é individualidad propia: el primero en la tonalidad fundamental del tiempo; el segundo en la dominante del primero considerada como tónica si el primero está en modalidad mayor ó en el relativo mayor, si el primero está en modalidad menor. Los dos períodos de transición y de cadencia se mueven en mayor libertad, construyéndose, ya con elementos de los temas anteriores, ya con motivos ó ideas extraños á ellos. Muchos consideran esos períodos como episodios. Esta parte se repite íntegramente al acabar su exposición.

La parte de trabajo temático ó de desarrollo, es libre y en ella actúa la fantasía del compositor. Haydn y Mozart suelen construirla exclusivamente con elementos ó desarrollos del primer tema: Beethoven emplea frecuentemente la combinación de ambos, el segundo sólo, y aun en alguna ocasión, elementos extraños á ellos, háyanse producido ó no en la parte expositiva.

La reproducción repite la primera parte ó parte expositiva, unas veces abreviada, otras aumentada en interés, sin otra alteración substancial que la de hacer oir el segundo tema en la tonalidad del primero, cuando éste está en mayor; la de producirlo en el homónimo mayor, cuando el primero está en menor; y la de alargar el período de cadencia para convertirlo en coda ó final.

A veces suele preceder á la exposición del primer tema una introducción independiente en movimiento lento, y suele formar el final una larga coda construída por lo general, ó como *stretta* utilizando los temas anteriores, ó como un nuevo desarrollo temático (Beethoven, 3.ª sinfonía) ó sobre un motivo nuevo (Beethoven, 7.ª y 9.ª sinfonías).

El primer tiempo puede, pues, sintetizarse gráficamente en esta forma, llamando A al primer tema, *t* á la transición, B al segundo tema, *c* al período de cadencia, (I) á la Introducción y (C) la coda, y eligiendo las tonalidades de do mayor y do menor para el tema primero.

DO MAYOR. (I) A (do) *t.* B (sol) *c.*—Trabajo temático.—A (do) *t.* B (do) *c.* (C).
DO MENOR. (I) A (do menor) *t.* B. (mi bemol) *c.*—Trabajo temático.—A (do menor) *t.* B (do mayor) *c.* (C).

Las proporciones de cada grupo son muy variables: en las sinfonías de Haydn suele

tener la primera parte unos 80 compases, la segunda unos 50, y la tercera ó de reproducción algo menos que la primera, mientras Beethoven suele alargar considerablemente el trabajo temático, y en muchas ocasiones prescindir de algún período. Como ejemplo pueden citarse casi todas sus últimas sonatas y principalmente las obras 109 y 111; la primera sin transición ni cadencia, sustituído el segundo tema por una fantasía, y la segunda con su primer tema largo, en oposición al segundo que sólo ocupa seis compases.

Segundo tiempo: Andante.—Su tonalidad suele ser la de la subdominante del primer tiempo considerada como tónica, aunque es frecuente el empleo de otras (dominante, relativo menor, homónimo mayor, etc.). Su patrón no es tan exclusivo como el del primer tiempo, y puede adoptar las formas siguientes:

A) Forma del primer tiempo, reducidos los períodos de transición, de cadencia y de trabajo temático, y dando por lo tanto la forma:

A (fa mayor) *t.* B (si bemol) *c.*—T T (corto).—A (fa) *t.* B (fa) *c.*

B) Forma de aria, ó de cavatina, compuesta por un primer tema, un segundo, generalmente á la quinta, repetición del primero, y coda.

C) Andante con variaciones, susceptible de dos nuevas formas.

a) Variaciones regulares, en las que el tema, con sus dos partes características, va adornándose con arabescos ó figuraciones nuevas que le dan en cada variación una fisonomía especial, ya melódica, ya rítmica, tipo muy usado por Haydn y Mozart.

b) Variaciones libres, en las cuales el compositor procede con mayor libertad y fantasía, no sujetándose estrictamente al tema ni á una figuración determinada en cada variación, ni separando éstas regularmente (Beethoven, cuarteto en *do* sostenido menor (ob. 131, 5.ª y 9.ª sinfonías).

D) Derivación de los aires de danza: *Allegretto,* compuesta de tres partes: la primera en modo menor, por lo general; la central ó trío en mayor; y reproducción abreviada ó variada de la primera con gran libertad (Beethoven, 3.ª y 7.ª sinfonías).

Tercer tiempo: minué ó scherzo.—Por lo general, en la misma tonalidad del primero y en $^3/_4$. Su forma es la de los aires de danza en las *suites,* forma continuada hasta hoy y dividida en tres secciones: la primera se subdivide en dos partes, de las que cada una se repite al terminar; la primera parte presenta el tema principal del tiempo y lo termina con una modulación á la dominante; la segunda comienza con una derivación del mismo para exponerlo de nuevo y conducirlo á la tónica.

La segunda sección ó trío ofrece la misma construcción que la primera, diferenciándose de ella por un contraste en el carácter.

La tercera no es sino la reproducción exacta de la primera, sin las repeticiones. El esquema de este tiempo podría marcarse por

A. *a* A = B. *b* B. = A *a* A.

El minué exige como compás esencial el de $^3/_4$. El *Scherzo* lo adopta también, por lo general, aunque no es raro encontrarlo en $^3/_8$, $^6/_8$ y aún en $^2/_4$. En la 9.ª Sinfonía de Beethoven el *Scherzo* está en $^3/_4$ y el trío en $^2/_4$; en las 4.ª, 6.ª y 7.ª á la tercera sección sigue la repetición de la segunda, y á esta, otra nueva indicación de la primera; algunos de sus últimos cuartetos ofrecen particularidades muy curiosas, y en el *Scherzo* de *El sueño de una noche de verano,* de Mendelssohn, el trío está sustituído por una especie de trabajo temático.

Cuarto tiempo: final—Siempre en la tonalidad del primer tiempo si este estaba en

modo mayor: en el homónimo mayor, si el primero se produjo en modo menor. Es susceptible de las siguientes formas:

A) Forma del primer tiempo, en carácter más vivo, y con mayor importancia en la *coda* para la que á veces se emplea un movimiento más rápido. (Beethoven, 5.ª sinfonía.)

B) Forma de tema con variaciones: en sus dos aspectos de variaciones regulares (Beethoven, 3.ª sinfonía) y variaciones libres (Beethoven, 9.ª sinfonía.)

C) Forma de rondó, derivada de los aires de danza. Su característica consiste en que el tema principal, de carácter significativo, aparece con frecuencia y siempre en la misma tonalidad. Entre las varias formas individuales del tipo rondó, las dos más comunes son las siguientes:

a) Dividida en tres partes: la primera consta de un tema principal (A); un segundo tema (B), á la quinta; transición para el primer tema *(t)* y primer tema en su tonalidad (A). La segunda parte la constituye un trabajo temático sobre los elementos anteriores, comenzando la tercera con el primer tema (A), siguiendo con el segundo (B) en la tonalidad del primero, la transición, nueva aparición de A, variado ó adornado, y la *Coda,* por lo general terminada con una *stretta.*

b) La segunda forma sólo se diferencia de la anterior en que la parte central la constituye una parte alternativa ó trío, análogo al del *scherzo* ó al del *allegretto.*

La forma del rondó puede encerrarse así:

ABtA.—Trabajo temático ó parte alternativa.—ABtA.—Coda.

El tiempo final puede también admitir otras formas: la de fuga (Beethoven. Sonatas de piano número 29 y 31), y alguna otra de mayor libertad (último Cuarteto de Beethoven, etc.)

ELEMENTOS MORFOLÓGICOS DE LA SINFONÍA.—Son la melodía, el ritmo, la harmonía y la instrumentación.

Melodía.—En su sentido más amplio y general es toda sucesión de sonidos relacionados entre sí de tal manera que produzcan una impresión lógica. La melodía sinfónica adopta principalmente el carácter de *tema*—pensamiento musical completo y característico;—temas formados, por lo general, por la utilización de uno ó varios *motivos* (simples gérmenes de formaciones temáticas). En la terminología corriente, y sobre todo en las modernas obras alemanas estos conceptos no aparecen perfectamente precisados, aplicándose muchas veces el nombre de motivo á una idea corta, esté ó no formada por la unión de varios de ellos, y el de tema á todo pensamiento musical de algunas dimensiones.

La melodía sinfónica obedece en su formación á varias descendencias y á diferentes circunstancias. Su principal origen es la melodía vocal; su carácter está muchas veces determinado por la naturaleza de los instrumentos.

La melodía vocal reviste varias formas, según su descendencia.

A) La derivada de la melodía de los contrapuntistas, en la que la construcción del motivo ó del tema obedece principalmente á las condiciones especiales que ha de tener para prestarse á los artificios y procedimientos característicos del género; inversiones, estrechos, desmembraciones, etc. Suelen adolecer de cierta sequedad, si bien más tarde se refrescan por virtud de la influencia italiana, sobre todo en manos de Beethoven. (Beethoven; final del cuarteto número 8 (ob. 59, núm. 2), obra 133; finales de las sonatas de piano números 29 y 31, andante de la primera sinfonía, *Scherzo* de la novena, etc.)

B) La derivada de la melodía vocal ó monodía acompañada, que puede descomponerse en distintos modelos.

a) Formadas por la repetición de motivos.

a') De un motivo corto engendrador de la melodía (Mozart: primer tiempo de la sinfonía en sol menor. Beethoven: *allegretto* de la octava sinfonía).

b') De motivos largos constituyendo una frase (Beethoven: primer tiempo de concierto de piano en do menor).

c') De un nuevo motivo derivado de un fragmento de otro motivo anterior (Beethoven: coda del primer tiempo de la quinta sinfonía donde el motivo característico de ella engendrado por las notas *re, mi bemol, fa (re),* es un fragmento del segundo tema de este tiempo.

b) No formadas por la repetición de motivos (Beethoven: andante de la sonata patética).

La naturaleza de los instrumentos influye también en la creación melódica.

A) Los recursos y características del clave en el siglo XVIII, instrumento inepto para cantar y muy á propósito para la ejecución de trazos rápidos y de toda clase de adornos, extienden su influencia á toda la melodía instrumental, que en gran parte de la obra de Haydn y de Mozart se desenvuelve en un sentido de melodía de clave.

B) Los instrumentos que sólo producen la escala de harmónicos (trompas, trompetas), teniendo limitado el número de notas que pueden hacer oir, determinan, á veces, la melodía, según su escala propia (Beethoven: primer tema de la sinfonía heroica, y trío de su scherzo; trío del tercer tiempo de la Pastoral, final de la novena sinfonía).

C) La mayor duración que en los valores pueden sostener los instrumentos, comparados con la voz (Beethoven: andante de la novena sinfonía, canzona del cuarteto número 15) y la mayor extensión de sonidos que pueden recorrer, influyen también en la construcción y carácter de la melodía.

Otros elementos menos importantes pueden citarse también y otras formas de melodía, como la melodía rítmica, en la que el interés melódico está subordinado al interés rítmico (Beethoven: primer tiempo de la séptima sinfonía).

La melodía puede constituir un medio de unidad sinfónica, haciendo intervenir á una misma en los distintos tiempos de una obra. Este procedimiento, muy frecuente en los compositores modernos, lo emplea Beethoven por primera vez, introduciendo en el final de la quinta sinfonía un trozo del *allegro* anterior; haciendo oir sucesivamente en el final de la novena los motivos característicos de los tres tiempos precedentes; en algunas de sus últimas sonatas y cuartetos, ofreciendo uno de ellos cierta curiosidad. La gran fuga, que primero formaba el final del cuarteto en *si bemol* (ob. 130), publicada después como obra independiente (op. 133), estuvo pensada primitivamente para final del cuarteto en *la menor* (op. 132), y es digno de notarse que el motivo de la fuga no es sino una modificación de los primeros compases de este último cuarteto.

Ritmo.—Los griegos los consideraban como el elemento masculino de la música, y á la melodía como su elemento femenino. No debe confundirse la rítmica (relaciones de duración de los sonidos) con la métrica (relaciones de acentuación): por muy estrechas que sean las relaciones que entre sí guarden ambos factores; hay que considerarlos en su estudio independientemente.

El ritmo hay que considerarlo en un doble aspecto: como condicionador de la melodía y como elemento independiente.

A) Como elemento condicionador de la melodía, no es en su esencia más que una derivación de la palabra, una sucesión de sílabas largas y breves diversamente ordenadas. En la poesía griega y en los clásicos latinos la construcción rítmica obedece á la

agregación de varias unidades; el pie, el kolon ó miembro de frase, el período y la estrofa. Esa misma construcción suele ser la de la melodía clásica.

a) Pie.—Es la unidad inferior, la composición primaria de sílabas largas y breves formando grupos ordenados: á veces en la unión de pies aparece el último de éstos falto de una sílaba ó sílabas, constituyendo entonces un pie kitaléctico. Los ritmos originados por la sucesión de pies, puede decirse que son los engendradores de la melodía clásica. Como ejemplos pueden verse los siguientes, considerando que la sílaba larga equivale á dos breves, ó que la breve (υ) representa la mitad de duración de la larga (—).

Pies de tres sílabas breves ó su equivalencia:

a') Tróqueo (larga y breve) — υ. Beethoven: Primer tiempo de la tercera sinfonía.

b') Yámbico (breve y larga) υ —. Beethoven: Trío del Scherzo de las sinfonías cuarta y sexta.—Bach: Pasacalle.

c') Pírrico ó tribraquio (tres breves)—υ υ υ. Beethoven: Scherzo de la heroica; Larghetto de la segunda sinfonía.

Pies de cuatro sílabas breves ó su equivalencia:

a') Dáctilo (larga y dos breves).—υ υ. Beethoven: Allegretto de la séptima sinfonía.

b') Anapesto (dos breves y una larga) υ υ —. Mozart: Primer tiempo de la sinfonía en sol menor.—Beethoven: Allegretto de la octava sinfonía.

c') Espóndeo (dos largas) — —. Beethoven: Canzona del cuarteto en *la* menor (obra 132).

Pies de cinco sílabas breves ó su equivalencia:

a') Crético (larga, breve, larga) — υ —. Ritmo de zortzico: poco usado.

b') Báquio (dos largas y una breve)— — υ. Cantos populares rusos. Ambos pies se encierran en el compás de $^{5}/_{4}$: el primero medido á 3 y 2, y el segundo á 2 y 3.

Pies de seis sílabas breves:

a') Jónico mayor (dos largas y dos breves) — — υ υ. Beethoven: Sinfonía pastoral: tiempo final, segundo tema.

b') Jónico menor (dos breves y dos largas) υ υ — —. Beethoven: Scherzo del cuarteto en *fa*, op. 59, núm. 1.

c') Hexabraquio (seis breves) υ υ υ υ υ υ.

b) Kolon ó miembro de frase. Es un género de muchos pies que pertenecen á un mismo género rítmico y equivale al verso en la poesía. Como ejemplos de combinaciones de pies, pueden citarse:

a') Tres anapestos y un kataléctico υ υ — | υ υ — | υ υ — | — | . Mozart: Primer tiempo de la sinfonía en *sol* menor, con cuatro kolon simétricos.

b') Dos tróqueos, un pirrico y un kataléctico — υ | — υ | υ υ υ | — | . Beethoven: Primer tiempo de la sinfonía heroica.

c') Dos jónicos menores, un hexabraquio y un kataléctico. υ υ — — | υ υ — — | υ υ υ υ υ υ | —. | Beethoven: Scherzo del cuarteto en *fa*; op. 59, núm. 1.

Etcétera.

c) Frase, reunión de *kola* con un sentido más ó menos completo.

d) Período, que ya encierra un sentido defidido.

e) Estrofa, con sentido completo y personalidad independiente.

f) Sucesión ó combinación de estrofas que pueden ordenarse.

a') Sin simetría.

b') Simétricamente, constituyendo el primer sistema la estrofa y el segundo la

antiestrofa, y sucediéndose así ordenadamente en *sicigias*. Es la forma ordinaria de aires de danza, y en la sinfonía del scherzo ó minué.

c') Siempre simétricamente, en constitución monoestrófica: forma del canto popular, y en la música, del tema con variaciones.

d') Agregando á la estrofa y antiestrofa un tercer sistema:
al principio: proda.—Introducción;
en medio: método.—Forma de la cavatina;
al final: épodo.—Coda.

La ordenación varia de estas unidades es una de las características principales del sistema melódico. En la melodía italiana puede notarse la simetría rítmica de *kola*, frases y períodos, la simetría musical de cadencias, con el empleo casi exclusivo de acordes de primer orden por agrupaciones simétricas, que dan la impresión rítmica del verso corto. La alemana, por el contrario, procede asimétricamente ó á lo sumo por grandes secciones.

B) El ritmo como elemento independiente, es por lo general una derivación del ritmo de danza, empleado este concepto en su sentido más amplio. Los más usados en la música sinfónica son el minué, característico de uno de los tiempos, el de marcha y marcha fúnebre, etc. La séptima sinfonía de Beethoven ofrece una gran variedad, aun dentro de cada tiempo, de ritmos de danza.

El motivo rítmico puede engendrar por sí sólo una melodía y aun servir de lazo de unión entre los distintos tiempos de la misma. El primer tiempo de la quinta sinfonía de Beethoven, puede decirse que está completamente construído sobre un motivo rítmico formado por tres breves y una larga: ◡ ◡ ◡ — | . Este mismo esquema repartido en distintas formas de compás, según la velocidad del movimiento, va apareciendo como importante y característico, aunque en distintas formas melódicas, en el *scherzo* de la misma sinfonía entonado por las trompas (compás 20 y siguientes), en otros pasajes del mismo y en varios momentos del final, y singularmente como ritmo constitutivo de todo el segundo tema.

Puede también el motivo rítmico aparecer en forma escueta, esto es, sin melodía, y como opuesto á otro motivo melódico (Beethoven, *scherzo* del cuarteto en *fa*, op. 59, núm. 1); dominar por su importancia á todo el resto de la composición (Beethoven, séptima sinfonía, primer tiempo y final), y aún reducido á la misión de acompañamiento de la melodía ser tan característico que se convierta en elemento esencial (Beethoven, andante de la cuarta sinfonía).

La tendencia moderna, cuando no las emplea deliberadamente, procura emanciparse de las simetrías rítmicas, combinando los valores en forma asimétrica, abandonando los pies rítmicos aun en los acompañamientos, prescindiendo del motivo rítmico tan característico de la escuela italiana, ó combinando los valores en tal forma que den la impresión de un aritmo ó de un ritmo indeciso ó libre. Los ejemplos son numerosos en Wagner principalmente (acompañamiento del duo en el segundo acto de *Tristan*, primer tema del preludio de *Parsifal*, etc.); y, sin embargo, hasta tiempos muy recientes la influencia de Mozart en la música, ha hecho que su modelo sinfónico, su ordenación y constitución de tiempos, y la formación y carácter de sus temas y motivos, en cierto estilo italiano, sea el casi universalmente seguido.

Harmonía.—Los dos géneros: el harmónico y el contrapuntístico; la monodía acompañada y la escritura polifónica suelen compartirse en la sinfonía. En la presentación de temas, prevalece por lo general la exposición monódica acompañada (Beethoven: primer tiempo de la sinfonía heróica, etc.); en el trabajo temático, el desarrollo contra-

puntístico. La índole de este estudio no permite detenerse en el de este particular: sólo lo relativo á las tonalidades necesita una indicación.

La tonalidad que da nombre á la sinfonía es la de su primer tiempo, donde los temas van presentándose en el orden ya indicado al tratar de la forma de la sinfonía. El primero y último tiempo, y aun el tercero, en la mayoría de los casos están en la misma tonalidad, el andante suele componerse en la subdominante de aquella.

El modo menor fué considerado durante mucho tiempo como impropio para la composición. La levadura pitagórica se extendió tanto, que los músicos, en el siglo XVIII, consideraban todavía el acorde menor como imperfecto é insuficiente para dar una impresión de descanso ó de terminación, y de aquí que aun las piezas escritas en modo menor acabaran siempre en el acorde mayor. Este desuso del modo menor se comprueba en la obra Haydn, quien en más de 125 sinfonías sólo escribe dos en modalidad menor, y en la de Mozart, quien de 49, sólo escribe dos en menor, y ambas en sol menor. Aun en éstas, si bien el primer tiempo termina en su tonalidad propia, el final lo está en el homónimo mayor, y así lo continúa haciendo Beethoven en sus sinfonías quinta y novena.

La elección de la tonalidad no es tampoco indiferente. Del tono de do mayor, tono neutro, aumenta la brillantez de las tonalidades según van cargándose de sostenidos en su formación por quintas ascendentes, y van sombreándose á medida que aumenta el número de bemoles. Gevaert ha estudiado particularmente este punto en su *Tratado de Orquestación.*

Instrumentación.—Las primeras sinfonías de Haydn, como las de Stamitz, Gossec y Sanmartini, están escritas para cuarteto (los violonchelos y contrabajos marchan siempre unidos), dos oboes y dos trompas. Después les agrega Haydn una flauta ó un fagot; luego ambos instrumentos; más tarde consagra un tipo de instrumentos para el que escribe 19 sinfonías (cuarteto, flauta, dos oboes, dos fagotes y dos trompas), á los que añade después dos trompetas y timbales.

Mozart suma á estos instrumentos, dos clarinetes: rara vez emplea dos flautas, en algunas escribe cuatro trompas, y en sus últimas sinfonías separa los violonchelos de los contrabajos, escribiendo para éstos una parte distinta.

Beethoven comienza utilizando el tipo mozartiano, que es el que ha quedado como clásico en la sinfonía: dos flautas, dos oboes, dos clarinetes, dos fagotes, dos trompas, dos trompetas, dos timbales y cuarteto de cuerda: en la tercera sinfonía utiliza tres trompas y separa (como en todas las posteriores) los violonchelos de los contrabajos: en la cuarta usa sólo una flauta; en el final de la quinta agrega el contrafagot, tres trombones y flautín; en la sexta el flautín y dos trombones en la tempestad, y en la novena emplea las cuatro trompas, y en el final á la intervención de las voces añade un flautín, contrafagot, tres trombones, triángulo, bombo y platillos.

En las sinfonías de Haydn y Mozart, el cuarteto es la base de la instrumentación. Como instrumentos monódicos sólo se destaca el oboe, pocas veces la flauta y las trompas, menos aún los fagotes. La instrumentación de Beethoven va introduciendo sucesivos avances, no sólo en el empleo de los instrumentos de madera y metal como monódicos, sino en la agrupación y empleo simultáneo de varios instrumentos. Los tres primeros tiempos de la novena sinfonía ofrecen, sobre todo, curiosos ejemplos de la instrumentación beethoveniana.

TENDENCIA ESTÉTICA DE LA SINFONÍA.—La música sabia hasta el siglo XVIII es una parte de las ciencias matemáticas, una hermana de la Aritmética, de la Geometría y de la Astronomía. La composición buena no es la composición bella, es la que está más

ajustada á las reglas, la que las observa más fielmente, y de aquí que el criterio estético no tenga para ella ningún valor al lado del dogmático.

La primera tendencia independiente que se produce, es la de la camerata florentina. Con el propósito de reproducir el arte griego y de renovar sus efectos, estos compositores abandonan la polifonía para hacer la declamación, y poco á poco la declamación va haciéndose melódica hasta lograr la conquista de este nuevo elemento, de la melodía cantable, de la monodía acompañada, que tan transcendentalmente influye en la historia de la música.

Aparte de ellos, de la música sabia y de la música escénica, existió la música instrumental en un carácter genuinamente popular, sin otra finalidad que la de el entretenimiento y solaz de los señores. El infante D. Juan Manuel apuntaba ya que «el placer del cantar et de los estrumentos non a y en él otro bien, sinon el placer solamente, que es una cosa que pertenece se cae bien en las casas de los señores». Y para proporcionarse ese placer, los señores sostienen músicos asalariados y agregan á su cámara los compositores, cuya misión única es la de componer para ellos, para su recreo y solaz en una producción constante. En este estado se llega á la segunda mitad del siglo XVIII, estando reducido todo el cultivo de la música instrumental á las capillas que sostenían los príncipes y señores, y á la que los menos favorecidos por la fortuna hacían privadamente por puro recreo ó distracción.

Haydn escribe sus primeras obras al servicio del Conde de Morzin; después al del príncipe Esterhazy; más tarde, hasta 1790, al de su hijo, príncipe del mismo nombre. La sinfonía trata de amalgamar por entonces la que había dado en llamarse *suavidad* italiana con la tradición alemana, y en su esencia, en su finalidad estética, no es sino la manifestación de la personalidad del compositor, sin ningún propósito deliberado, ni una intención expresiva preconcebida. Así Haydn, siempre atildado, sencillo, simple en sus aficiones, consagrando diariamente las mismas horas á la composición, encabezando sus trabajos con *In nomine Dei* y terminándolos con *Laus Deo,* rebosa en sus obras esa simplicidad y sencillez del hombre bueno que vive tranquilamente, sin luchas ni grandes ambiciones. Su espíritu humorístico le empuja muchas veces á llevarlo á sus obras; un día es el príncipe Esterhazy que piensa en reducir el número de músicos de su capilla, y Haydn escribe una sinfonía en la que los instrumentistas van acabando sucesivamente sus partes y marchándose, hasta quedarse solo el violín concertino; otro es en Londres, donde nota que los oyentes se duermen en la ejecución de los andantes suaves, y escribe otra sinfonía en la cual el andante se desarrolla en un pianísimo esfumado, interrumpido de pronto por un *tutti* que ataca la orquesta entera en fortísimo, con gran redoble de timbales. En su obra total, los tiempos tienen una sola significación: el primero es el fundamental, el del compositor, donde éste revela su inspiración y su saber; el andante va dirigido al corazón, á hacer sentir; el minué es su opuesto, un número de diversión, con la frescura de su trío; el final diríase que va encaminado á buscar el aplauso.

Casi la misma es la tendencia estética de Mozart. Las condiciones personales de Haydn hay que sustituirlas aquí por una maravillosa aptitud musical, por un sentimentalismo penetrante, por una gracia y frescura deliciosa. Lo mismo cultiva la gran ópera dramática en el *Don Juan,* que la ópera cómica en *La flauta encantada,* que la comedia musical en *Las bodas de Fígaro.* Su genio se extiende á todo y en todo produce obras de primer orden: en el género religioso, en el *Lied,* en el sinfónico, en el de cámara. Su sentimiento, cuando su alma está dolorida, es, según la observación de un crítico, más ético que patético, es la melancolía, el dolor del creyente, sin asomos de desesperación. Ya en sus obras, comienza á iniciarse un tránsito del propósito del entretenimiento al

desahogo espiritual, ciertamente muy limitado aún, casi inconsciente, pero perfectamente perceptible. El quinteto en *sol menor* escrito al poco tiempo de morir su madre, acusa un estado de alma transitorio: no es todavía el propósito expresivo, pero es algo que se le acerca.

Y sin embargo Mozart, como ha hecho notar Wagner, casi representa un retroceso en la historia de la música instrumental alemana por el cariño y por el empleo frecuente de la forma melódica italiana y de los procedimientos al uso entre estos compositores. De todos modos, la sinfonía, lo mismo en Haydn que en Mozart, recuerda siempre al modelo de origen de la música instrumental: los aires de danza, la música de entretenimiento, la ausensia de todo propósito expresivo deliberado, pues hay que tener en cuenta que todos esos nombres con que aparecen rotuladas algunas sinfonías de Haydn y de Mozart, *La caza, Militar, Júpiter,* fueron agregados por los editores.

El arte de Beethoven es al principio un continuador casi inconsciente, desde el punto de vista estético, del arte de Haydn y de Mozart. Wagner apunta que después elevó la sinfonía á una amplitud y una potencia tal de forma, dotándola con variedad de riquezas melódicas tan grande é irresistible, que con ella se engendró para el mundo una obra á la que el arte de ninguna época ni de ningún pueblo ha podido oponer nada que se le asemeje ó aproxime.

Y si esa afirmación es exacta en lo que se refiere al aspecto formalista, mayor y más transcendental debe ser el elogio cuando se mira á la reforma interior, al cambio operado en el fondo estético.

Sus dos primeras sinfonías encierran ya algo de unidad característica, de unidad fundamental en la intención y en la expresión; pero más que en ellas, en las otras obras que produce durante este período comienza á acentuarse ya el propósito expresivo determinado: en la sonata patética, en la en *do sostenido menor* (ob. 27, núm. 2), en la en *re menor* (ob. 31, núm. 2).

Con la sinfonía heroica se inicia un nuevo período. Bien conocida es la historia de su composición: su primitivo título de *Sinfonía Bonaparte,* la desilusión de Beethoven cuando Napoleón se hizo coronar, el cambio del título primitivo por el de *Sinfonia eroica per festeggiare il sovvenire d'un grand' uomo,* y el cambio introducido sustituyendo la marcha heroica que constituía el segundo tiempo por la marcha fúnebre. Toda la obra respira grandeza, tiene el carácter de homenaje á su primitivo inspirador; podría decirse que era el retrato de su alma y de sus hechos, idealizado por Beethoven: hasta las variaciones del final no se mueven en el sentido en que las habían construído Mozart y Haydn, sino que sucesivamente van ganando en grandeza, hasta hacer explosión en la titánica del final. Hay un detalle en esta sinfonía que aunque no he visto mencionado en ninguna parte, tiene una gran significación y que demuestra el valor ideal atribuído por Beethoven á sus temas y motivos. El principio de la marcha heroica que primitivamente constituyó el segundo tiempo, lo aprovechó como final de la quinta sinfonía, simbolizando en él, como luego veremos, un triunfo de otra especie: el triunfo sobre el destino. El motivo con que comienza es el mismo que le sirve para iniciar el trío de la marcha fúnebre, como si en ella llorara su anterior entusiasmo y primera admiración.

La sinfonía cuarta es de las que menos se ejecutan, á pesar de su gran belleza, de su maravilloso Andante, sólo comparable al de la novena sinfonía, á pesar de las novedades de su *scherzo;* quizá por la falta de significación idea, precisa, por la falta de conocimiento del origen de su inspiración.

En cambio, la quinta constituye el germen de un poema sinfónico. «Así llama el destino á nuestra puerta», decía Beethoven á Schindler al definir la significación ideal de

su primer motivo, y el destino es el que, ciegamente, como un torbellino, arrastra todo el tiempo primero y se impone con su terrible fatalidad, sólo interrumpido por las dos apariciones del tema segundo, como un lamento, con el cual coexiste también el motivo típico y dominante. Del Andante ha hecho Griveau un estudio curioso. El primer tema tiene algo de meditativo, un pensamiento tenaz que acaba en una interrogación. La interrogación se repite con insistencia. La respuesta viene de lo alto, dulcemente, enigmática, como una promesa de consuelo. Y en cuantas ocasiones el problema se presenta, cuantas veces aparece la interrogación, unas suave, otras imperativa, otras llenas de inquietudes, la respuesta, ó no aparece, ó aparece sin modificar su carácter primero; siempre igual, repetida, descendiendo de lo alto. Esta sinfonía no tiene *scherzo;* el tercer tiempo es un *allegro,* en el que al principio parecen dibujarse en los dos primeros motivos un problema y el propósito de la resolución, apareciendo á poco el motivo del destino menos inflexible que en el primer tiempo, aunque siempre con su característica fatalidad. El tránsito para el final es curioso: la resolución se ha acentuado antes con carácter menos dubitativo, menos indeciso; ahora es el problema el que persistentemente conduce á la explosión triunfal (el motivo del triunfo en la tercera sinfonía). Hay en el final un momento de desaliento, un retroceso á las dudas, que al fin desaparece en el vértigo del triunfo, como si el destino hubiera sido dominado por la voluntad.

La sexta sinfonía es sobrado conocida, con su expresión subjetiva á veces, objetiva otras, con los títulos característicos de sus tiempos, con sus fiestas de pastores, llena de detalles, como el del fagot interpretado por Berliotz, su tempestad y canto de gracias final.

La séptima estuvo oscurecida durante mucho tiempo, quizá más que por nada, por la falta que en ella encontraban muchos de significación ideal. Wagner la llamó «la apoteosis de la danza», y poco después entró en la popularidad, conducida por los directores de orquesta, que dieron de ella interpretaciones distintas, pero siempre satisfactorias, cuando las animaba un propósito expresivo.

Una vuelta á lo antiguo, tal como la entendía Beethoven, representa la octava. Vuelta á los antiguos moldes, con los procedimientos nuevos, al antiguo minué, á la antigua tendencia estética. ¿No asomará en esta obra un dejo de ironía, un apunte humorístico, como en el Cuarteto en *si bemol* (ob. 130), en el conocido *allegretto scherzando,* con su sonrisa burlona, su construcción melódica italiana, su cadencia *felicitá* y su inesperado final, máxime teniendo en cuenta que su tema fué una broma dada por Beethoven á Maelzel, el inventor del metrónomo?

De todas suertes, se cierra aquí el período segundo de Beethoven. Su pesimismo de luchador deja el puesto á una resignación grandiosa. La sordera lo había aislado del mundo, y al vivir sólo vida interior, su espíritu se había agigantado, convirtiéndose la música en el único medio de comunicar su alma á los demás. En 1824 escribía á Schott: «Apolo y las Musas no querrán aún entregarme á la muerte porque aún les debo mucho, y es preciso que antes de mi tránsito á los Campos Elíseos deje tras de mí lo que el Espíritu me inspira y me ordena terminar. Me parece que hasta ahora no he escrito más que algunas notas. Sólo el Arte y la Ciencia pueden hacernos entrever y esperar una vida más alta.» Esta renegación de su arte anterior sólo es comprensible atribuyéndola á la tendencia estética. Ya no es el arte, para él, el arabesco de sus primeras obras ni la expresión mixta de subjetiva y objetiva de sus creaciones posteriores, es sólo la expansión espiritual, las *memorias* de su alma. Basta ver sus últimas sonatas, sus cuartetos finales; cómo compuso el en *la menor* (ob. 132) y la separación de tendencia entre los dos primeros tiempos y los dos finales; el *Muss es sein?* de su último cuarteto, la Novena sinfonía, en fin, con la significación ideal de cada uno de sus tiempos.

Contrapuesta la estética de Haydn y de Mozart á la de las últimas obras de Beethoven, ésta no podía ser comprendida ni apreciada mientras imperaba aquélla. Los ejecutantes necesitaban penetrarla en un sentimiento de belleza distinto de las demás obras al uso para imponerlo al oyente; y como Mozart y su estética imperaban en el mundo del Arte, la entrada de Beethoven en él fué retrasándose hasta tiempos muy recientes. A Beethoven no podía oírsele ni comprendérsele como un placer de los sentidos, con la sonrisa en los labios y la vista distraída: sus obras necesitaban en el oyente ese estado de abstracción máxima, de despojo de toda influencia exterior no espiritual que Schopenhauer coloca como precursor del sueño, en el estado de concentración artística que Wagner exige en el oyente, dejando el teatro á obscuras.

Estas tendencias de estética práctica tomaron cuerpo en teorías diferentes expuestas por filósofos, críticos y pensadores.

Kant fué el primero en tratar seriamente de la estética de la música. Dividía las artes en artes de la palabra (elocuencia y poesía), artes figurativas (plástica y pintura) y artes del bello juego de sensaciones como impresiones sensibles exteriores (música y colorido). Las sensaciones del sonido pueden considerarse como simples impresiones sensibles ó como el efecto de un juicio que pronunciamos sobre una cierta forma en el juego de muchas sensaciones auditivas, y así constituir un bello juego de sensaciones auditivas (arte bello) ó un simple juego de sensaciones agradables (arte agradable). Desde su punto de vista la pintura es el arte de mayor valor estético: después de ella, viene la música, si se considera la atracción y emoción del espíritu; pero como habla por sensaciones, no deja campo para la meditación ó la reflexión, limitándose á emocionar pasajera y variamente, representa más bien un goce que una cultura, y para la razón constituye el grado ínfimo de las artes.

La doctrina más extendida, la que durante muchos años ha absorbido el campo de la estética musical, es la de Hanslick. Comienza distinguiendo la sensación del sentimiento: la primera, percepción de una cualidad material por los sentidos; el segundo, conciencia adquirida de una modificación en el estado del alma por movimiento de ensanche ó de compresión, para venir á concluir que la sensación es el único principio y condición del placer estético, y que ni la música, ni ningún arte despierta sentimientos en el que la escucha. El arte de los sonidos es específico, posee una belleza independiente que no necesita tomar de fuera su substancia, sino que ésta radica ya en los sonidos y en sus combinaciones; la idea musical tiene por sí misma una belleza independiente, su fin es ella misma, y no es medio ó materia que sirva para expresar nuevos pensamientos, no debe el compositor tratar de pintar tal ó cual pasión, sino inventar una melodía de tal ó cual carácter. De aquí que la idea musical deba ser apreciada en sí y por sí misma, que lo que es descripción en otro arte, no pase de ser metáfora en la música, y que ésta, en sumo, no tenga más finalidad que la de ver como se dibujan y se entrelazan sus líneas; como se entrelazan en el arabesco, y forman figuras en el kaleidoscopio. Este sentido, meramente formalista y exterior, podía servir para explicar el arte de Haydn y de Mozart.

Hegel da un paso adelante. El arte no es sino la representación bajo formas diferentes del desarrollo del espíritu; de ahí que el grado de espiritualidad sea el que marque el lugar que cada arte debe ocupar. La arquitectura es el más imperfecto: representa vagamente el pensamiento con formas de la materia inorgánica. La escultura hace ya intervenir el espíritu, pero como idéntico al cuerpo, y sólo con forma corporal. La pintura representa el lado más íntimo y profundo del alma, la pasión y el sentimiento moral, pero con apariencias sacadas de la forma visible. Pero el alma necesita signos más confor-

mes con su naturaleza, si forman material, excluyendo los conceptos de extensión y fijeza; por eso la música es el alma en sí misma, se vale de signos no materiales, invisibles, se dirige al oido, el sentido más espiritual y menos contemplativo, y su objeto es expresar los sentimientos del alma, sin objetividad, en la subjetividad más abstracta. Es el arte del sentimiento, análogo á la pintura, pero superior á ella, porque la pintura necesita valerse de imágenes exteriores (fisonomía y forma de las personas), con la que estamos en relación de contemplación, mientras los sonidos no son susceptibles de ella, desaparecen apenas han penetrado en el alma; por eso es su carácter de sencillez abstracta. La música sin asunto, sin lado espiritual, es una música sin sentido, vacía, no es arte bella. Su grado más excelso es la música instrumental pura. De los diferentes modos de oir: el placer de los sonidos, el interés racional siguiendo el curso melódico y harmónico; el abandonarse á las impresiones de la música sólo el último es el bueno, el único mediante el cual se puede penetrar en su intimidad y profundo sentimiento.

Por muy grandes que fueran las invectivas de Schopenhauer contra Hegel, no puede desconocerse que la doctrina estética del filósofo pesimista no hace más que avanzar por la senda que Hegel había iniciado. El placer estético se compone de dos elementos: unas veces proviene de la concepción de la idea, otras de la serenidad de alma que causa un conocimiento libre de todo querer y de toda individualidad. Mientras todas las artes son una reproducción de las Ideas, esto es, de la objetivación adecuada de la Voluntad, la Música es una objetividad de por sí, una reproducción de la Voluntad misma; mientras las otras artes expresan las sombras, ella habla del sér. Jamás expresa el fenómeno, sino su esencia íntima, su interior, la voluntad misma; no tal ó cual alegría, tal ó cual aflicción, sino la alegría misma, la aflicción misma, todos los sentimientos, abstractamente, dándonos su esencia sin accesorios. Y cuando nuestra fantasía busque la encarnación de esos sentimientos en un paradigma sacado del mundo real, esta aplicación no tendrá más valor que el de un ejemplo arbitrariamente elegido, porque en la música no hay más que la generalidad de la forma pura, su expresión se refiere á la cosa en sí, no al fenómeno; da, en cierto modo, el alma sin el cuerpo; por eso expresa lo que hay de metafísico en el mundo físico, y el mundo podría ser llamado la encarnación de la Música, con tanta razón como la encarnación de la Voluntad. Hay en la Música algo de inefable y de íntimo; y considerada de una manera exterior y empírica, no es para nosotros «sino un procedimiento que permite conocer sin intermediario é *in concreto* un gran número de cosas y las complicadísimas relaciones que las unen, y que no podrían, sin el auxilio de la Música, ser inmediatamente comprendidas sin pasar por las abstracciones».

Todavía esta doctrina de Schopenhauer avanza y profundiza más en manos de Wagner (folleto sobre Beethoven), pero con esto basta para juzgar el avance recorrido en el camino de la estética.

A los progresos operados por Beethoven en la Sinfonía en el aspecto formal, en la invención de temas, en las novedades rítmicas, en los períodos intermedios, en la individualidad y unidad de cada obra, haciendo de ella, no una arbitraria sucesión de tiempos, sino ordenándolos en la forma de discurso, dejando de buscar el entretenimiento ó el aplauso para mirar sólo á la emoción, hay que sumar su avance en la estética. En ella y sólo en ella es donde resulta revolucionario su genio, porque si sus obras se miran con el criterio kanslickiano del arabesco y el kaleidoscopio, hay que dar la razón á Fetis, á Grinzpaller y á los que miraban la última parte de su creación como delirios de un extraviado, como aberraciones de un enfermo, mientras que oídas en la tendencia de

Schopenhauer, esta toma vida propia, realidad práctica, y aun casi podría tachársela de insuficiente para profundizar en todo el sentido de las últimas obras beethovenianas.

(Concluirá.)

ASAMBLEA NACIONAL DE AGRICULTORES Y FABRICANTES DE HARINAS

En el salón de actos de nuestra casa, se ha celebrado, durante los últimos días del mes corriente, del 26 al 28, ambos inclusive, una interesante Asamblea que por varias razones puede calificarse de trascendental.

Motiváronla dos instancias presentadas al señor Ministro de Hacienda, una por don Juan Pascual Costa, fabricante de harinas, domiciliado en Barcelona y otra por el Centro Castellano de Madrid, solicitando: el primero, con fecha 1.° de Abril del año actual, la admisión temporal de trigos extranjeros á fin de transformarlos en harina y exportarlos después, y protestando el segundo, con fecha 22 de Mayo, de que la referida instancia del Sr. Costa pudiera ser atendida.

Muy importante el debate por la suma de intereses representados en la Asamblea, y muy viva la discusión, abundaron los incidentes por la lucha que necesariamente había de producirse entre los agricultores y harineros del interior y los harineros del litoral.

Las discusiones fueron dirigidas por D. Victoriano Llorente, Presidente del Centro Castellano, y D. Rafael Salillas, Presidente del Centro Aragonés, actuando de Secretario general D. Jesús Rubio Coloma.

Acudieron numerosísimos delegados representantes de provincias españolas, interviniendo brillantemente los Sres. Salillas, Corella, Calderón, Muñoz Chaves, Odriózola, Ortega, Mauro, Miguel, Silió, González Domingo, Maldonado, Coloma, Valverde, González de Gregorio, Iranzo, Laffitte, Gallego, Ibarra, Sacristán y otros.

Con el carácter de acuerdos definitivos, la Asamblea, después de discutirlas ampliamente, ha aprobado las siguientes proposiciones:

Una, cuyo primer firmante es el Sr. Ortega, pidiendo se solicite del Gobierno:

Primero. La denegación de todas las peticiones que se le han dirigido para que conceda admisiones temporales de trigos y que tal denegación sea publicada en la *Gaceta*.

Segundo. Que aclare el art. 2.° de la ley sobre admisiones de 1888, en el sentido de que sus preceptos no se refieren á los trigos.

Tercero. Que autorice á los centros regionales de Madrid para celebrar una federación agrícola con objeto de defender los intereses de la agricultura española, y

Cuarto. El restablecimiento por ahora del impuesto transitorio de 2 pesetas 50 céntimos sobre la importación de trigos.

Otra del Sr. Muñoz Chaves proponiendo se solicite de los poderes públicos que con la mayor urgencia se inicien la revisión de las tarifas de ferrocarriles para obtener una rebaja que facilite la circulación de los productos agrícolas.

Otra pidiendo la negociación de tratados de comercio que faciliten nuevos mercados á los productos de la agricultura nacional y que se hagan las necesarias concesiones para que, sin causar nuevos perjuicios, se protejan debidamente los intereses agrícolas desamparados por el actual arancel.

Otra, rogando al Gobierno que antes del mes de Marzo, denuncie nuestro tratado de comercio con Portugal y que adopte medidas y ejerza la necesaria vigilancia para impedir la entrada libre de derechos de ganados extranjeros en nuestro territorio.

Y, finalmente, otra para que se nombre una numerosa comisión encargada de redactar y presentar al Gobierno una exposición que condense las aspiraciones de la Asamblea, que no son otras que la defensa de los intereses agrícolas nacionales.

El Sr. Muñoz Chaves solicita de los numerosos representantes en Cortes que asisten á la Asamblea que apoyen en las Cámaras las aspiraciones de ella, y así lo prometen los señores Barrio y Mier y Gallego (D. Texifonte); terminando la sesión y con ella las tareas de la Asamblea, en medio del mayor entusiasmo, con breves y elocuentes palabras del presidente Sr. Salillas.

Tenemos autorizada noticia de que la Federación de los Centros Regionales de Madrid está en vías de ser muy pronto un hecho.

Con lo dicho basta para acreditar la razón con que calificamos de trascendental el acto verdaderamente solemne llevado á cabo con tan buen éxito por los agricultores y harineros de toda España.

BIBLIOGRAFÍA

La Justicia y el Foro en las legislaciones comparadas, por D. Leopoldo González Revilla, con un prólogo de D. José Canalejas y Méndez.—Madrid, 1906. Centro editorial de Góngora.

Algo tarde viene á las páginas de esta REVISTA la mención del libro del benemérito oficial mayor del Consejo de Estado, autor de tan notables obras ya reputadas como *magistrales;* pero precisamente á tiempo de hacer constar que, á los pocos meses de su publicación, este nuevo trabajo merece igual calificación que otros anteriores del propio autor. *De mérito relevante* lo ha calificado nada menos que la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en informe de que fué ponente D. Gumersindo de Azcárate, y cuidado si los dictámenes de este maestro, tan sabio como severo, obtienen universal acatamiento en las materias sobre que el libro versa.

Deseoso González Revilla de contribuir con sus estudios á la obra de las reformas legislativas, hace tantos años en estudio y ya ahora en proyecto *gacetado,* ha puesto á contribución cuanto se halla vigente en todos los países sobre *organización judicial, enjuiciamiento civil y criminal* y *ejercicio de la abogacía,* teniendo á la vista los textos originales, manejados con la *poderosa herramienta* del conocimiento de los idiomas en que están escritos, y aun aportando la experiencia personal que sus viajes y el ejercicio del foro en diversos países extranjeros han dado al autor; de tal modo, que en este libro se refleja, no un mero extracto de disposiciones legales ó reglamentarias, sino *la propia vida, en activa y viva función,* de las instituciones judiciales del mundo entero.

Así desde su aparición, fué celebrada esta obra con grandes encomios por las Revistas jurídicas tanto de España como del extranjero; ha sido objeto de justos elogios bajo la firma de los más doctos jurisconsultos y prácticos; y con razón dice su autorizadísimo prologuista: *que no conoce estudio tan completo, ni propio ni extraño, y que este libro figurará en la biblioteca de todo jurisconsulto, como figuran ya otros que acreditan la gran cultura del autor y su laboriosidad insuperable.*

Elementos de Geografía y Estadística económico-industrial y mercantil, por D. Mariano Carreras y González. Séptima edición, refundida por don Leopoldo González Revilla. — Madrid. Páez y compañía, sucesores de Hernando.

La laboriosidad de este autor es, en fin, tan insuperable, que aún tiene tiempo para salir del campo habitual de sus estudios, haciendo excursión á otros tan valiosos como la refundición de este Tratado de Geografía, modelo de libros de texto, ya por su contenido, ya, sobre todo, porque su aceptación por las escuelas (contra lo que suele suceder), está libre de toda imposición y bien acreditada al través de siete copiosas ediciones.

La actual, de cuya aparición damos cuenta, merece ser especialmente celebrada, porque el trabajo personal del refundidor ha traído al libro un valiosísimo ambiente de ciencia moderna, no ya con el único provecho de los alumnos para quienes está aquél compuesto, sino con aplicación á investigaciones de orden más elevado: en sus páginas pueden encontrar datos de consulta, de fechas actuales, los estadistas, los políticos y hasta la prensa periódica, menos documentados á veces, aquéllos y ésta, de lo que fuera de desear.

Sobre todo, las derivaciones presentes de las ciencias geográficas tienen un eco curiosísimo en las páginas de esta obra, pues su última parte, enteramente nueva, dedicada á la *antropogeografía,* presenta en forma amenísima un completo resumen de la evolución de los productos naturales é industriales, y de todos los desarrollos de la población y del trabajo humanos.

RAFAEL ANDRADE.

***

Javier Vales Failde. *Rosalía de Castro.*—Madrid, imprenta de la Revista de Archivos, 1906.—Un vol. in 8.° de 155 págs.

Poco habría que espigar en la poesía contemporánea de Galicia para recoger la que podría llamarse *letanía rosaliana,* engarzando los piropos que le han echado los demás poetas en el hilo de luz de la admiración común.—*Cantora das beiras do Sare, Regalo das Musas, Rosiñor namorado da verde pradeira, Druidesa dos céltigos castros, Es-*

trela destos campos (1); *Virxe da gallega poesía, Reiseñor gallego* (2); *Rola de Galicia, Rousiñol da miña patria, Pombiña con pico douro* (3); *Gran Rosalía, Nobre poetisa* (4); *Sol da miña patria, Luz que sempre brilla, Estrela ermosa, Muller subrime* (5); *Vervo da musa gallega* (6); *Musa dos pobos* (7), y muchos más nombres que no cito le han sido dados á Rosalía por los demás poetas. En cuanto á conceptos de elogio que pudiéramos entretejer en esta letanía, como por ejemplo: «*Xa temos patria nos; ti nol a deche*» (8), y el sintético de Alfredo Vicenti: «*El velo de tu musa nos sirve de bandera*» (8), la cosecha de los que pudiéramos recoger sería abundantísima.

Rosalía, que así es como se la llama (por el nombre á secas, y abonda bien) en Galicia toda, es uno de los más grandes poetas hispanos del siglo XIX, y uno de los poquísimos cuyas obras no han muerto. Por el contrario, cada día están más frescas, y los ejemplares de sus agotadas ediciones se conservan como oro en paño. Yo he visto algunos de estos libros guardados en las viejas arcas de las casas aldeanas, entre las demás cosas que constituyen el tesoro de la intimidad de las familias pobres, cosas santificadas cada una por un recuerdo y por un afecto de lo íntimo. Esto es así porque Rosalía ha llegado al corazón de su pueblo, y ha hecho su asiento en él. ¡Cuán pocos son los poetas de los cuales se pueda decir otro tanto!

Sin embargo, á pesar de que «el velo de su musa nos sirve de bandera», y á pesar de que para el pueblo gallego el nombre de Rosalía es venerando, el Sr. Vales Failde asegura con razón que tan grande y perdurable poeta es una celebridad desconocida en el resto de España, acaso por la lengua en que canta; pero acaso también (pudiera añadirse), por lo mismo que ha sabido encarnar y dar forma material al alma de su pueblo, emparentada mucho más de cerca por su poesía popular y legendaria con Alemania que con Castilla, como ya hizo notar Fernando Fulgosio.

(1) D. Francisco de la Iglesia.
(2) D. Juan Barcia Caballero.
(3) D. Valentín Lamas Carvajal.
(4) D. Alberto García Ferreiro.
(5) Doña Filomena Dato Murnais.
(6) D. M. Núñez González.
(7) D. Manuel Curros Enríquez.
(8) García Ferreiro.

Cuando se publicó *En las orillas del Sar*, en 1884, el más acertado de sus críticos, Barcia Caballero, nos habló al próposito de poesía y de poetas alemanes, particularmente de Enrique Heine. De Enrique Heine se había hablado también cuando aparecieron *Follas novas*. Aquél, que fué el último tomo de versos publicado por la autora, fuera el primero que ella escribió; en él se marca la orientación de su espíritu hacia su pueblo, y la Musa popular, que había de iluminar esplendorosa y robusta las páginas de *Cantares gallegos* (1863) (1), y *Follas novas* (1880), es la misma que inspira aquellas sublimes estancias, que son acaso el más acabado modelo de alta y sincera lírica que tenemos en toda España, y que no á todos es dado saborear y comprender. *En las orillas del Sar* es un libro que se anticipó al tiempo en que fué escrito, y al nuestro.

Justamente aquí veo yo un defecto en el estimabilísimo libro del Sr. Vales Failde, que no toca, y que apenas señala en una breve referencia (2) esta fase, interesante en muy alto grado, de la obra rosaliana, obra tan transcendental é importante, que de ella puede sin hipérbole decirse que hizo todo un ciclo en la intelectualidad gallega. *En las orillas del Sar* es un libro que explica los de *Cantares* y *Follas*, porque sólo desde su altura se pueden abarcar los dilatados horizontes que los últimos han abierto al alma de Galicia. El poder creador que dió vida á la vigorosa (3) poesía que en ellos resplandece, no hubiera podido existir en un alma que no supiera elevarse á la altura espiritual en que han sido pensados todos los versos del primero.

En esta altura pudo Rosalía bañarse en los raudales de luz del ideal patrio que consagra *Orillas* y sus otros dos libros de versos por que Rosalía, digámoslo ante todo, es uno de los poquísimos poetas de por estas tierras que han sabido encarnar un ideal verdaderamente nacional. He aquí lo que la eleva sobre casi todos los grandes poetas españoles

(1) La segunda ed. es de 1872.
(2) Pág. 98. Verdad es que teniendo limitado el tiempo, no le era dado hacer más de lo que hizo.
(3) Empleo el adjetivo vigorosa con toda intención y como repulsa á la vulgaridad corriente entre escritores y literatos de suponer que en Rosalía no hay más que «la eterna queja de la melancolía gallega».

de su siglo, cuyas obras, releídas ahora, nos suenan á hueco.

Mas no por eso es menos cierto que á *Cantares* y á *Follas* debe Rosalía su fama, tanto por ser éstos los libros suyos que han echado raíces en el corazón de su pueblo, como por haber sido primero y segundo en el orden cronológico de publicación. Pero su fama corrió más que sus versos, y aun cuando en Cataluña fueron éstos elevados hasta las nubes por la crítica y traducidos muchos al catalán por poetas catalanes, es lo cierto que en Castilla sólo se conoce á Rosalía por el nombre. Su obra puede darse por desconocida en estas tierras carpetanas. Y por eso el Sr. Vales Failde, con el mayor acierto, eligió á Rosalía como tema de la conferencia que en Mayo último pronunció en la Asociación de Conferencias para Señoras, cuya tribuna habían ocupado antes que él hombres ya de antiguo consagrados por la fama, y cuyo auditorio es «toda la aristocracia española que tiene su residencia en esta villa y corte». El autor ha hecho imprimir esta conferencia, y aquí tenemos la causa ocasional del presente libro.

Es, pues, un libro de vulgarizar, documentado con poesías rosalianas y autorizado con notas abundantes, que ilustran, unas y otras, la lección. Su primer párrafo está dedicado á pintar la fisonomía moral de la inimitable poetisa, su hidalga ascendencia y su vida dolorida y gloriosa. Trata después el Sr. Vales del libro de *Cantares gallegos,* de cómo fué escrito y de lo que contienen sus páginas perfumadas por el robusto aliento de la musa popular, y en las que vibra y late la vida aldeana toda entera; aspecto este último que el Sr. Vales mira con ojos de sociólogo expertísimo que es. Viene después el discurrir sobre las penas que martirizaron á Rosalía depurando cada vez más su espíritu, y dando como producto inmortal el admirable volumen de *Follas novas.* Muy acertadamente rectifica el Sr. Vales (aunque sin mención expresa), aquello del «pesimismo corrosivo» que el P. Blanco (1) atribuye á la autora; no es pesimismo ni corroe nada; es sencillamente un misticismo á la vez refinado y simplicísimo que anda muy extendido por toda la haz moral de la tierra del Noroeste, y que yo, en la soledad de mis reflexiones, me he resuelto á llamar «misticismo de raza», una de las más curiosas características del espíritu del país y del alma del pueblo gallego.

Fuera enterrada Rosalía (1) en el cementerio de Adina (el mismo á quien ella dedicara versos tan poderosamente sentidos que parecen estar escritos con viva lumbre), pero Alfredo Brañas (2) se propuso y consiguió que sus restos preciosos fueran trasladados al templo ojival de Santo Domingo, en Santiago. Como el Sr. Vales, que es muy mozo, pese á la envidiable madurez de su talento, asistió cuando joven á la solemne traslación del cuerpo, conserva de ella impresión muy viva y se complace en terminar su libro evocando la visión del suntuoso entierro en que el clero con cruz alzada, el ayuntamiento de Santiago, el de Conjo, la Universidad, el Seminario y todas cuantas entidades había en la histórica ciudad, llevaron á Rosalía muerta y la metieron en su sepulcro de mármol con glorificación fastuosa y justísima. Con esto y con la descripción del sepulcro termina la parte esencial del libro, prescindiendo ahora del exordio y del apéndice.

La habilidad con que está hecho, atendiendo principalmente á su carácter de libro de vulgarizar, lo hacen utilísimo para que aquí en Castilla se pueda conocer y apreciar á este prestantísimo poeta que se llamó Rosalía, cuya influencia es potísima en Galicia entera; y mucho más por estar agotados y ser de difícil hallazgo sus libros en los que hoy, y para mucho tiempo todavía, se refleja como en un espejo el alma gallega, con absoluta precisión y limpidez.

AURELIO RIBALTA.

(1) La literatura española en el siglo XIX. Tomo III.

***

Curso de Geografía y Estadística económico-industrial y comercial, por D. Mariano Carreras, refundida la última edición por D. Leopoldo G. Revilla.

Contiene esta obra tres partes: en la primera se hace un estudio económico-in-

(1) Muerta en Padrón el 15 de Julio de 1885.

(2) Entonces (25 de Mayo de 1891) el pobre Alfredo estaba en todo el vigor de la actividad espiritual, que fué su asesino. Hoy está tendido en su románico sepulcro, dibujado por la mano amiga y piadosa del ilustre pintor Pepe Fenollera, precisamente enfrente del sepulcro de Rosalía, en la misma iglesia de Santo Domingo y en la misma capilla de la Visitación.

dustrial, enlazado con la llamada Geografía física y con las vías de comunicación; la estadística, en su doble aspecto teórico y práctico, indicando los métodos de exposición y de inducción para formar los datos que la constituyen; la segunda parte se consagra al detallado estudio geográfico descriptivo, en los aspectos físico, económico y político, y por último, la tercera parte contiene la evolución de las razas, de los productos naturales é industriales y de los medios de transporte; un estudio, al fin, de Geografía comparada.

La obra, aparte de ajustarse á un programa, sirve para los *no* alumnos tanto ó más; el asunto es de gran amenidad, y en las páginas existe abundancia de datos, cuidadosamente escogidos y comparados con suma discreción.

El título podría ser «Geografía General»; abarca de lleno todos los puntos de vista, desde los cuales se enfoca la esencia del trabajo; y si aparece el título-índice, no es debido al autor ó al refundidor, como se desprende de la advertencia-título que encabeza la obra, sino á la necesidad de servir á un plan de estudios con nombres fijos de asignaturas oficiales que no pueden pronosticarse como perennes.

Dice el refundidor que la Geografía se encuentra evolucionando actualmente. Expone lo que hoy señala el límite de estos conocimientos.

Comprende esta ciencia la descripción de los diversos lugares del globo (Geografía descriptiva); investiga la relación entre la forma, exposición de las tierras y clima (Geografía física); el influjo de la altitud, del declive y de la naturaleza del terreno en la constitución de la vida animal y vegetal (Geografía biológica); las relaciones entre todo lo citado y la agricultura, la industria y el comercio (Geografía económica); las entidades de población, asociaciones políticas que forman los pueblos (Geografía política). Añade el Sr. Revilla: «Y aún ha de llegar á fórmulas ó leyes que determinen, por ejemplo, la relación entre la idea artística y religiosa de un pueblo y el medio natural en que se ha desarrollado y vive.»

La ciencia geográfica, cósmica, si quiere llamarse, comprende también el aspecto matemático, y las tres grandes ramas científicas de Astronomía, Geodesia y Topografía, se encuentran en la agrupación de Geografía matemática.

Hay estudios generales de todo lo citado; se abordan los problemas, comparándolos, y ese aspecto comparativo es el que se llama Geografía general.

Modelo de estos libros es el publicado en 1904, por la casa Colin, de París, *La Terre. Geographie Générale*, de P. Camena d'Almeide, profesor de Geografía de Burdeos.

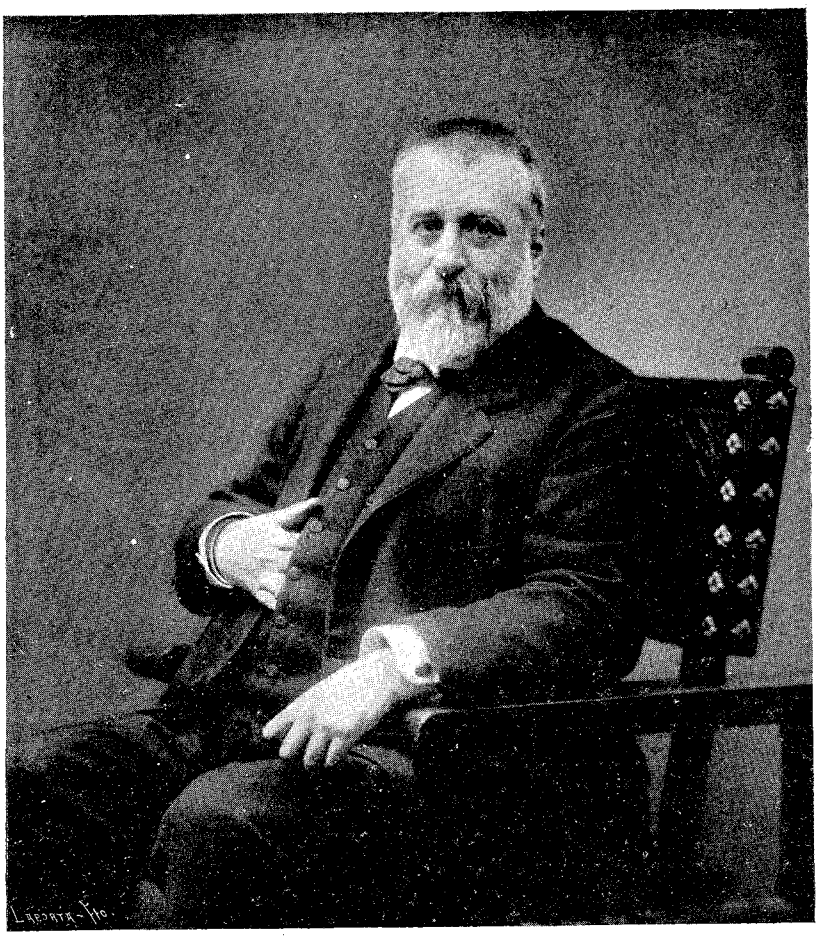
La casa Gotha tiene un atlas geográfico-estadístico-político-comercial, que es obra ilustrada de este género.

El texto del Sr. Carreras es un tratado excelente de Geografía general, recomendable por toda clase de conceptos para quienes pretendan figurar como personas cultas.

En pleno siglo xx, y con tanto como se escribe, no es pedir mucho á una persona que tenga ideas, por lo menos, de la naturaleza del terreno que pisa, de la atmósfera que le envuelve, del clima, accidentes del suelo, vías y medios de comunicarse con los demás; todo, en una palabra, lo que constituye la relación con el medio. Otra cosa es pasar la vida á ciegas.

Obras como el *Curso de Geografía*, del Sr. Carreras, contribuyen á vigorizar la afición, creciente cada vez á los estudios de la descripción del Universo, la más amena de las ciencias, la más práctica y la más esencial en sus fines, ya que se ocupa de cuanto nos rodea: del sol, del aire, de la tierra y de sus pobladores.

CARLOS BARUTELL.



M. Menéndez y Pelayo

Fotografía de Kaulak.
Fotograbado de Laporta.

FRAGMENTO DE CRÍTICA LITERARIA

Y POESÍAS

del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo



El poema del Cid.

(Fragmento del tomo XI de la *Antología de poetas líricos castellanos,* por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; Madrid, 1903; páginas 314 á 317.)

Es imposible dejar de saludar de pasada este singular monumento de nuestra poesía heroica, el más puro y genuino de toda ella, y una de las obras más profundamente homéricas que en la literatura de ningún pueblo pueden encontrarse. Agotados parecen en obsequio suyo los términos de la alabanza, desde que en 1779 tuvo la fortuna y la honra de publicarle el erudito D. Tomás Antonio Sánchez, medio siglo antes de que empezasen á salir del polvo las innumerables canciones de gesta francesas (1). A ninguna de ellas, incluso el *Rollans,* cede la de *Mio Cid* la palma épica; y en la general literatura de Europa no encuentra más rival que los *Nibelungen,* aun con la desventaja de ser nuestro poema trasunto de la vida histórica y carecer del fondo mítico y tradicional propio de la epopeya germánica. A los ojos de la crítica moderna, poco importa la tosquedad y rudeza de las formas lingüísticas y métricas, que tanto ofendía á los críticos académicos de otros tiempos. Nadie cae hoy en la insensatez de regular los productos de la inspiración primitiva con el canon de las escuelas clásicas. Sólo á los griegos fué concedido, por especial privilegio de su índole estética, lograr á un tiempo la espontaneidad de la infancia y la perfección de la edad madura. En las demás literaturas, cuando la reflexión artística llega, el genio épico huye ó se transforma en lírico. Lo que constituye el mayor encanto del *Poema del Cid* y de canciones tales, es que parecen poesía vivida y no cantada, producto de una misteriosa fuerza que se confunde con la naturaleza misma, y cuyo secreto hemos perdido los hombres cultos. La persona del poeta, juglar ó rapsoda, nada importa, y por lo común es desconocida. Su asunto le domina, le arrastra, le posee enteramente, y pone en sus labios el canto no aprendido, indócil muchas veces á la ley del metro y al yugo de la rima. Ve la realidad como quien está dentro de ella, la traslada íntegra, no por vía de representación, sino por vía de compenetración con ella, y alcanza así la plena efusión de la vida guerrera ó patriarcal, tanto más sana y robusta cuanto más se ignora á sí propia.

Además de las condiciones universales del género, tiene nuestro poema otras peculiares suyas, que le dan puesto muy alto entre los productos de la musa épica. Una es el ardiente sentido nacional, que sin estar expreso en ninguna parte, vivifica el conjunto con tal energía, que la figura del héroe, tal como el poeta la trazó, es para nosotros símbolo de nacionalidad, y fuera de

(1) En 1832 inauguró este género de publicaciones Paulino París con el *Roman de Berthe.* La *Chanson de Rollans* no fué publicada hasta 1837, por Francisco Michel. En esto, como en tantas otras cosas, nos adelantamos los españoles, quedándonos rezagados después.

España se confunde con el nombre mismo de nuestra patria. Débese tan privilegiado destino, no precisamente á la grandeza de los hechos narrados, puesto que muchos mayores los hay en nuestra historia y nunca volaron en alas del canto, sino al temple moral del héroe, en quien se juntan los más nobles atributos del alma castellana, la gravedad en los propósitos y en los discursos, la familiar y noble llaneza, la cortesía ingenua y reposada, la grandeza sin énfasis, la imaginación más sólida que brillante, la piedad más activa que contemplativa, el sentimiento sobriamente recatado y limpio de toda mácula de sofistería ó de bastardos afectos, la ternura conyugal más honda que expansiva, el prestigio de la autoridad doméstica y del vínculo militar libremente aceptado, la noción clara y limpia de la justicia, la lealtad al monarca y la entereza para querellarse de sus desafueros, una mezcla extraña y simpática de espíritu caballeresco y de rudeza popular, una honradez nativa, llena de viril y austero candor. Si alguna de estas cualidades lleva consigo su propia limitación: si el sentimiento realista de la vida degenera alguna vez en prosaico y utilitario; si la templanza y reposo de la fantasía engendra cierta sequedad; si falta casi totalmente en el poema la divina (aunque no única) poesía del ensueño y de la visión mística, reflexiónese que otro tanto acontece en casi todos los poemas heróicos, y que á la mayor parte de ellos supera el *Mio Cid* en humanidad de sentimientos y de costumbres, en dignidad moral, y hasta en cierta delicadeza afectuosa que se siente más bien que se explica con palabras, y que suele ser patrimonio de los hombres fuertes y de las razas sanas. No debía de ser muy bajo el nivel del pueblo que en pleno siglo XII acertó á crear á su imagen y semejanza tal figura poética, comenzando por desbastar la materia en gran parte informe que le ofrecía un héroe histórico, ciertamente de primera talla, pero á quien el criterio más indulgente y benévolo no puede reconocer exento de graves impurezas éticas y políticas, de verdaderos rasgos de ferocidad y codicia, de fría y cautelosa astucia en sus tratos con infieles y cristianos. Pero debajo de esta escoria bárbara estaba el oro purísimo del alma heróica del Cid, y éste es el que el gran poeta anónimo acertó á sacar por un instinto de selección estética que acaso en ningún otro tema épico ha rayado tan alto.

Afortunadamente, el *Poema* es bastante conocido de los lectores cultos de todo país, para que pueda cualquiera comprobar por sí mismo la certeza de las observaciones precedentes, y descubrir otros nuevos aspectos dignísimos de loor en esta nacional y sagrada antigualla; ora se atienda á la enérgica simplicidad de la composición, que procede arquitectónicamente por grandes masas, ora á la variedad de tonos dentro de la unidad del estilo épico y de la precisión gráfica que le caracteriza, ora á la valentía en las descripciones de batallas, ora al cuadro incomparable y grandioso de la asamblea judicial de Toledo, ora á los toques variados y expresivos con que estaban caracterizados los amigos y los émulos del Campeador. Y cuando subamos con el Cid á la torre de Valencia, desde donde muestra á los atónitos ojos de su mujer y de sus hijas la rica heredad que para ellas había ganado, nos parecerá que hemos

tocado la cumbre más alta de nuestra poesía épica, y que después de tan solemne grandeza sólo era posible el descenso (1).

(1) Oyd lo que dixo el que en buen hora nasco:
«Vos, querida e ondrada mugier, e amas mis fijas,
My coraçon é mi alma,
Entrad comigo en Valençia la casa,
En esta heredad que uos yo he ganada.»
Madres é fijas las manos le besauan,
Atan grand ondra ellas á Valençia entrauan.
Adelinó myo Çid con ellas al alcaçar,
Alá las subie en el mas alto logar;
Oios velidos catan á todas partes,
Miran Valençia commo iaze la çibdad,
E del otra parte a oio han el mar,
Miran la huerta, espessa es e grand,
Alçan las manos pora Dios rogar,
Desta ganancia commo es buena e grand.
Myo Çid e sus compañas a tan grand sabor estan,
El yuierno es exido, que el março quiere entrar.
Dezir uos quiero nueuas de alent partes del mar.
(Versos 1603-1620).

Cuando el rey de Marruecos planta sus tiendas delante de Valencia, exclama el Cid:

«Grado al Criador é a padre espirital!
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant:
Con afan gané a Valençia, e ela por heredad,
A menos de muert no la puedo dexar;
Grado al Criador e a Santa Maria Madre,
Mis fijas e mi mugier que las tengo acá;
Venidom' es deliçio de tierras dalent mar,
Entraré en las armas, non lo podré dexar:
Mis fijas e mi mugier verme an lidiar,
En estas tierras agenas veran las moradas commo se fazen,
Afarto veran por los oios commo se gana el pan.»
Su mugier e sus fijas subiolas al alcaçar,
Alçauan los oios, tiendas vieron fincadas:
«¿Qués esto, Çid, si el Criador vos salue!»
«Ya, mugier ondrada, non ayades pesar!
Riqueza es que nos acreçe marauillosa e grand;
A poco que viniestes, presend uos quieren dar;
Por casar son uuestras fijas, aduzen uos axuuar.»
....
Mugier, sed en este palaçio e si quisiéredes en el alcaçar;
Non ayades panor porque me veades lidiar,
Con la merçed de Dios é de Santa Maria Madre,
Creçem el coraçon porque estades delant;
Con Dios aquesta lid yo la he de arrancar.»
(Versos 1633-1656).

Sigo la numeración del Sr. Menéndez Pidal, cuya edición paleográfica ha dejado fuera de uso todas las anteriores, entre las cuales, además de la de Sánchez, merecen honroso recuerdo las de Damas Hinard (1858), Bello (edición póstuma, 1881), Janer (1864), Volmöller (1879), y la más reciente de Archer M. Huntington. Sólo los tres últimos editores tuvieron presente el códice del Poema, que existía en Bivar en tiempo de Sánchez, y hoy posee D. Alejandro Pidal. Las enmiendas de Bello y Damas Hinard son conjeturales, y lo mismo otras varias, á veces muy atinadas, propuestas por Milá, Lidforss (1895), Cornu y otros filólogos.

EPÍSTOLA Á HORACIO

(Odas, epístolas y tragedias, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; 2.ª edición; Madrid 1903; páginas 17 á 25.)

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino:
en sus hojas do quier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
á la censoria férula sujetas,
vése la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores;
en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
y pasajes sin cuento subrayados;
y *addenda,* y *expurganda,* y *corrigenda,*
todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso en solitarios días
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!,
Mas no en tersa edición, rica y suntuosa:
no salió de las prensas de Plantino,
ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca,
famélico impresor meció su cuna;
ad usum scholarum destinóle
el rector de la estúpida oficina,
y corrió por los bancos de la escuela,
ajado y roto, polvoroso y sucio,
el tesoro de gracias y donaires
por quien al Lacio el Ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
á cuántos quitó el sueño ese volumen,
lidiando siempre por alzar el velo
que tus conceptos al profano oculta!

¡Cuánto diste suavísimo deleite
á quien perseveró en la ruda empresa,
y cuánto de sudor y de fatiga
á ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto
miles de ideas en algún cerebro;
llenástele de luz y de armonía,
y al influjo potente de tu ritmo,
el *ritmo* universal le revelaste.
Por tí la antigüedad brilló á sus ojos;
por tí Venus Urania, de los cielos
bajó á las mentes de adorarla dignas,
y allí habitando, cual perfecta idea,
dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
al armónico son de tus canciones,
brotando de la tierra y del Olimpo,
del escolar en torno revolaban,
que ante la dura faz de su maestro
de largas vestimentas adornado,
absorto contemplaba sucederse
del mundo antiguo los prestigios todos:
clámides ricas y patricias togas,
quirites y plebeyos, senadores,
filósofos, augures, cortesanas,
matronas de severo continente,
esclavas griegas de ligera estola,
sagaces y bellísimas libertas,
aroma y flor en lechos y triclinios,
múrrinos vasos, ánforas etruscas:
en Olimpia, cien carros voladores;
en las ondas del Adria, la tormenta,
en el cielo, de Júpiter la mano;
la Náyade en las aguas de la fuente,
y allá en el bosque tiburtino oculta
la dulce granja del cantor de Ofanto,
por quien los aureos venusinos metros
en copioso raudal se precipitan
al ancho mar de Píndaro y de Safo!

Yo también á ese libro peregrino,
arca santa del gusto y la belleza,
con respeto llegué, sublime Horacio;
yo también en sus páginas bebía

el vino añejo que remoza el alma.
Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,
mente pelasga, corazón romano;
el vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
la ática sal, las mieles del Himeto,
el ditirambo que á los cielos sube,
el canto de Eros que inspiró Afrodita,
el *Otium Divos* que la mente aquieta,
y el júbilo feroz con que en las cumbres
del Citeron, en la ruidosa noche,
su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste
como nadie en el mundo la ha encarnado.
Á tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
rindióte Jonia las melosas voces
con que Anacreon arrulló á Batílo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
loara al púgil en la lid triunfante,
y al vencedor en la cuadriga rauda;
del enemigo de Licambo hubiste
el crudo hierro convertido en yambo,
la alada estrofa en que de Cleis la madre
supo inflamar con férvidos amores
á bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
y el son de Alceo, entre borrascas hórridas,
al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste;
pusiste en todo la medida tuya,
el *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
la concisión, secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
despéñase tal vez tu fantasía;
mas nunca pasa el término prescrito
por la armónica ley, que á los helenos
las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de Griegos y Latinos!
Alma serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran;
eterna juventud, vigor perenne,
culto sublime de la forma pura,
perenne evocación de la armonía.

¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
afirman que los hórridos cantares
que alegran al sicambro y al scita,
ó al germano tenaz y nebuloso,
oscurecen tus obras inmortales
labradas por las manos de las Gracias,
cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
de teutones y slavos el imperio,
en la ley, en el arte y en la ciencia,
nuestra raza latina sentiría,
y que nombres por tí no pronunciables,
porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
el habla de los Dioses enturbiando,
tu nombre borrarían?

Orgullosos
allá arrastren sus ondas imperiales
el Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio;
yo soy latino, y adorarte quiero;
anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente,
y el beso esquive de la casta esposa,
y el pueblo aparte que su paso impide,
y á los tormentos inmutable torne:
que entre las ruinas del vencido mundo
caiga el atroz Catón, nunca domado:
que Druso á los vindélicos aterre,
como el ave de Jove fulminante
desciende sobre tímida bandada;
que las torres de Ilión maldiga Juno,
dos veces humilladas en el polvo,
de Laomedón por la perfidia insana,
por el inicuo juez y la extranjera;
que la egida de Palas, resonante
á los Titanes otra vez resista:

que las Danaides el acero enpuñen
y en sangre tiñan los nupciales lechos:
que el níveo toro, á la de cien ciudades,
Creta, conduzca la robada Ninfa:
que los corceles del rugiente trueno
lance el Saturnio por el aire vago,
y se estremezca desquiciado el orbe,
mas nunca el pecho del varón constante.

¡Ven libro viejo, ven, roto y ajado!
quiero embriagarme de tu añejo vino,
á Baco ver entre escarpados montes,
á Fauno, amante de ligeras ninfas,
á Hermes facundo, y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques
donde la abeja susurró de Tíbur,
y en los brazos de Lidias y Gliceras
posar la frente, al declinar la tarde,
orillas de la fuente de Blandusia;
ó ante la puerta de la dura Lyce,
que el Aquilón con ímpetu sacude,
amansar su rigor con mis querellas;
ó volar con la nave de Virgilio,
que hacia las playas áticas camina
y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
el *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
el *Carpe diem* que al placer anima,
el *Rectius vives* que enaltece el alma;
canta de amor, de vinos y de juegos,
canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
quiero las calles de la antigua Roma,
con Damasipo conversar y Davo,
reirme de epicúreos y de estoicos,
viajar á Brindis, escuchar á Ofelo,
sentarme en el triclinio de Mecenas,
y aprender los preceptos soberanos
que dictaste festivo á los Pisones!
Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego,

y dancen cual las ninfas desceñidas
que con rítmico pie baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga, mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente oprime,
sus fuerzas agotando en el vacío,
por influjos de nieblas maldecidas
que abortó el Septentrión, ante su lumbre
disípense otra vez. Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos;
cual vencedor de bárbaras tinieblas,
otro siglo lució sobre Occidente,
los pueblos despertando á nueva vida,
vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
una sola familia, un pueblo solo,
por los lazos del arte y de la lengua
unidos formarán. Pero otra lumbre
antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
y esa forma purísima, pagana,
labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la *armonía!*
Así León sus rasgos peregrinos
en el molde encerraba de Venusa;
así despojos de profanas gentes
adornaron tal vez nuestros altares,
y de Cristo en basílica trocóse
más de un templo gentil purificado.

¡Adios, adios, monarca de la lira!
En vano el Septentrión hordas salvajes
de nuevo lanzará: sobre las ruinas
triunfante se ha de alzar el libro viejo,
de mal papel é innúmeras erratas,
que con amor en mis estantes guardo.

Santander, 28 de Diciembre de 1876.

ELEGÍA

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

(*Odas, epístolas y tragedias,* por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; 2.ª edición; Madrid, 1906; páginas 63 á 67.)

¿Por qué dicen, señora,
que es el dolor la tierra conquistada
por el moderno reflexivo numen?
¿No hay lágrimas de ardiente pöesía
hasta en el polvo más menudo y leve
de los sagrados mármoles de Atenas?
Hoy mismo, ¿quién podría
llenar las soledades de tu alma,
con voz más empapada de consuelos,
que la solemne voz medio cristiana,
présaga del dolor de otras edades,
con que Menandro repitió en la escena:
«joven sucumbe el que los dioses aman?»

Le amaron... sucumbió... ¡Triste destino,
nunca cual hoy profundo y lastimero!
No sé que vaga nube,
de futura tormenta anunciadora,
cubrió mi frente, al encontrar perdida,
de un escoliasta en las insulsas hojas,
esa eterna razón de lo que muere
antes de tiempo y sin razón cortado.
¿Te acuerdas? Otro día
la vimos centellar con luz siniestra
en el canto purísimo y sombrío
del amador toscano de la nada,
que en versos no entendidos
del vulgo vil, y á espíritus gentiles,
como el tuyo, señora, reservados,
la secreta hermandad te descubría
del *amor* y la *muerte.*

Acaso tú su altísimo sentido
con entrañas de madre penetrabas:
yo acaso me creía,
con infantil y amarga vanagloria,
digno de las recónditas caricias
que alagan al amado de los dioses
en el tálamo excelso de la muerte:
abrazos regalados,
cual no los dió jamás mortal alguna:

besos que infunden en los labios fríos,
no eterno anhelo, mas el goce eterno
de otra inmortal, fecunda primavera,
rica de nueva flor y granos de oro.
¡Dichoso aquel que cuando joven muere!
Signo de alta fortuna
lleva en su noble, inmaculada frente:
el Sol de la existencia sin ocaso
le nutre con su luz irrestañable:
el fango de la tierra
no salpica el laurel de su corona,
ni el sueño inquietarán de su ceniza
gárrulas voces de enemigo bando:
cuando él no viva, su menor despojo,
su pensamiento apenas germinado,
la impalpable semilla de su idea,
lo que anheló y vivió, lo que soñaba,
de lengua en lengua correrán gloriosos,
materia á ser de admiración y llanto.
Nadie envidia la flor, muchos el fruto.
¡Dichoso aquel que cuando joven muere!

¿Cómo apartar de mi tenaz memoria
la tarde en que le vi por vez postrera?
El velo de la muerte,
que iba envolviendo su gentil semblante:
la fiebre, que sus huesos,
cual indómito monstruo, contundía:
el rápido corcel del exterminio
volando por su sangre generosa:
el flaco respirar del pecho herido,
que ya por otras auras anhelaba,
y el tibio fulgurar de aquellos ojos
profundos y serenos,
que hablarme de otro mundo parecían,
cual lámpara de mago
que á lo más hondo del santuario lleva
y hace patente su riqueza arcana.

¡Tan joven, y tan dulce y tan discreto!
Quizá tú soñarías
con verle domeñar en la carrera
del potro ibero la indomada espalda,
ó en ruda caza fatigar los montes,
ó en el ardua palestra

mover con arte el ya robusto brazo,
al sudor noble de las armas hecho;
ó ya en más alta empresa,
rendir con tierno y laborioso halago,
de la Memoria á las esquivas hijas,
siguiendo fiel el rastro luminoso,
que en torno de él trazaban
las cariñosas familiares sombras
del moro vengador de su linaje
y el penitente Edipo castellano.

Y quizá soñarías
aplausos, y victorias, y loores,
y el tronco de su estirpe,
por él con nuevas y pujantes ramas
de perenne verdor engalanado...
¡Alégrate, señora,
que aún fué mejor su venturosa suerte!
Intacto lleva á Dios su pensamiento;
no deja tras de sí recuerdo impuro,
y ni la envidia misma
puede clavar en él la torpe lengua.
Blanco de ciega saña
nunca se vió, ni de traición aleve,
ni, rota el ara del amor primero,
halló trivial lo que juzgó divino...
Acá le llorarán; allá en el cielo
árbol será firmísimo y lozano
lo que era germen en la ingrata tierra.
Yo le envidio más bien. ¡Qué hermosa suerte!
¡Qué serena agonía,
cual sintiendo posarse
los labios del arcángel en sus labios!
¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,
sino á la luz del sol del Mediodía,
y sobre el mar, que ronco festejaba
el vuelo triunfador del alma regia
subiendo libre al inmortal seguro!
¡Morir entre los besos de su madre,
en paz con Dios y en paz con los humanos,
mientras tronaba desde rota nube
la bendición de Dios sobre los mares!

Julio de 1881.

NUEVA PRIMAVERA

(Odas epístolas y tragedias, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo; 2.ª edición; Madrid, 1906; páginas 79 á 82.)

Brote del labio lo que el pecho siente:
rompa su cárcel el interno fuego
que nutrí con amor por tantos días,
y devorando hasta el postrer rastrojo
del seco campo de mi amor perdido,
inflame el pensamiento
con nueva luz, de dichas precursora,
y el mundo del espíritu convierta
en realidad radiante de hermosura.

¡Cuánto tiempo pasó sin que lograsen,
en el centro del alma, resonancia
los himnos del placer y de la vida!
Y en la región de sombras encantadas
y de flotantes sueños y quimeras,
¡cuánta niebla veló la alzada cumbre!
¡Qué brava tempestad tronchó las flores!
¡Cómo enturbiaba su caudal el río!

Hoy siento que la vida
llama á mis puertas en alegre coro;
hoy reverdece mi esperanza muerta;
hoy se agolpa en tropel mi hirviente sangre
por un filtro genial vigorizada;
hoy tienen para mí caricias nuevas
las fuentes, y las auras, y las flores;
hoy despierta mi espíritu abatido,
más fuerte tras el duelo y la derrota,
como retoña secular encina,
cobrando esfuerzo doble
del hierro mismo que mutila el tronco.

¡Dejadme bendecir la mano amiga
que limó mi asperísima cadena:
si aire de libertad de nuevo inunda
mis sedientos pulmones;
si aún puedo levantar la hundida frente;
si aún soy señor de mí, dádiva es suya:
suyo el recio valor que ella me infunde
con la miel de sus labios persuasivos,

y con el blando, irresistible freno
de su elocuente y clara inteligencia:
ella me rescató, por ella aliento:
dejadme que la rinda
como triunfal despojo mi albedrío!

Nunca amé de esta suerte: ¿y quién negara
admiración y amor á su hermosura?
Belleza, no de estatua,
en su divinidad alta y serena:
mármol que extingue en castas desnudeces
el más osado impulso del deseo;
sino belleza irresistible, humana,
que no impera tan sólo
en las líneas del torso peregrino,
ni se detiene en la gentil cabeza,
ni en los anillos de la forma muere:
halago que traspira
de su voz, de sus ojos, de sus venas,
de las místicas rayas de su mano,
y aun del ambiente mismo en que se mueve.

¡Oh, cuántos años de mi vida diera
por respirar tan encantado aroma,
por vivir de esa luz y de ese fuego!
¡Quién confundiera nuestras vidas juntas,
como dos gotas de la misma fuente,
como dos cuerdas de la misma lira!
¡En su cauce orgulloso
cuál resonara el pensamiento mío,
si á acrecentarle con amor bajaran
de su espíritu egregio los raudales!
¡Qué mundos se abrirían
ante mis ojos en los ojos suyos!
De oro y azul estancias fabulosas,
nunca soñadas de alarife moro;
alcázares de gnomos y de silfos:
escondidos talleres
donde el martillo de los genios suena;
trémulos lagos donde hierve el oro;
y un sol que centuplica sus ardores
sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
é infunde en nueva tierra y nuevos cielos

una oculta virtud germinativa,
de nueva creación producidora.

Y á la luz de ese sol yo acertaría
á perpetuar tu nombre en mis cantares,
cual hembra castellana
nunca ensalzada fué: como aún respiran
las doctas hijas de la antigua musa,
como en Tibulo, Némesis y Delia,
como en Horacio, la gentil Glicera...
¡Ven á alumbrar mis vigilantes horas,
á ser la sal de mi desierta mesa!
Te contaré mil fábulas sagradas
de amores de los hombres y los dioses,
cuanto tejió la griega fantasía
en la serena juventud del mundo,
hasta que al suave y poderoso halago
de tanta juventud y tanta vida,
sientas hervir tu sangre generosa,
caldeada por la llama del deseo.

Junio de 1882.

DEDICATORIA

Nunca del Sol el resplandor se apaga...

Al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo,
maestro de maestros.

Nunca del Sol el resplandor se apaga;
Helios insigne, entre los dioses grande,
célebre arquero, y sobre el carro de oro
hábil auriga.

—

Nunca el Parnaso, el Helicón y el Pindo
su luz perdieron, ni su amor las Musas,
de letras y artes y de ciencias guía,
jóvenes diosas.

—

Su luz penetra los laconios bosques,
salvaje umbría, de misterios llena,
que del Taigeto las pendientes faldas
viste frondosa.

—

Su luz colora las amantes flores
de abierto cáliz que refleja el cielo
y á sus caricias en el verde tallo
brota la savia.

—

Su luz invade las Cycladas islas
que el mar Egeo de collares prende
y hace al de Myrtos producir dichoso
ámbar y perlas.

—

Su luz se extiende por el techo augusto,
del limpio azul por la insondable altura,
y de los dioses en el áureo alcázar
tiene su trono.

—

Su luz corona las serenas frentes,
el pecho ensancha y robustece el brazo,
el rostro anima y la alegría imprime
dentro del alma.

—

Su luz disipa las rosadas nieblas,
su luz desnuda las nevadas cumbres,
su luz despierta en los ocultos nidos
cantos de amores.

—

Podrá la noche combatir su imperio
y al vano influjo de sus ansias locas
reinar, mas sólo en los parajes tristes
de luto y frío.

—

La noche ahuyenta á las alegres auras,
siembra la ruina en los jardines bellos,
guarda en el nido temerosa al ave,
cierra las flores.

—

Podrá una nube detener el curso
del rayo de oro que del Sol venía,
pero en sus copos reverbera y triunfa,
que al cielo vuelve.

—

Y el paso mudo de la infausta nube
sólo, en el suelo prolongada y trémula,
deja una débil y siniestra sombra,
huella de muerte.

Mariano Miguel de Val.

HOMENAJE

AL

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Menéndez y Pelayo juzgado por Valera.

Aunque me repugna emplear frases pomposas, que hacen el estilo declamatorio y solemne, no atino á explicar mi pensamiento sino diciendo que don Marcelino Menéndez y Pelayo ha venido á tiempo á la vida y ricamente apercibido y dotado de las prendas conducentes para cumplir, hasta donde pueda cumplirla un solo hombre, esta misión: para marcar, sin vaguedad y sin exageraciones, nuestra importancia en la historia del pensamiento humano, y para señalar el puesto que nos toca ocupar en el concierto de los pueblos civilizadores, concierto del que formamos parte desde muy antiguo, y del que no merecemos que se nos excluya. La misión, pues, de D. Marcelino, ya que nos atrevemos á llamarla misión, no es puramente literaria, sino que tiene mayor amplitud y transcendencia. Aunque principalmente en literatura, también en filosofía y en ciencias, en todo lo especulativo, en suma, ha procurado nuestro amigo exhibir y hacer valer los títulos de nuestra nobleza, restaurar sus glorias en la mente de los hombres, y reivindicar nuestros derechos, desconocidos por el vulgo. Ha procurado al mismo tiempo, sin deprimir á otras naciones, sino juzgándolas sin prejuicios, sin celos, con justicia y hasta con simpatía generosa, colocarnos, no por bajo ni á la zaga, sino al nivel y al lado de ellas, siendo verídico y justo.

Menéndez y Pelayo está ahora en lo mejor de su vida. Por delante de él hay, probablemente, largos años, que debe esperarse sean de actividad fecunda. Su obra, pues, no ha de considerarse concluída, sino apenas mediada. Y de lo hecho por él hasta ahora aspiro yo aquí á dar completa cuenta y á poner brevísimo resumen.

La misma extensión de su propósito y el constante prurito, de que no acierta á sustraerse nunca, de enlazar el desenvolvimiento intelectual de España con el de otros pueblos, no he de negar yo que producen en uno de sus principales escritos algo que no he de calificar de falta, sino de *sobra,* pero de *sobra* que perjudica ó descompone un poco la proporción armónica que debe notarse en el conjunto de toda obra artística, ya sea del género didáctico, ya sea de otro género.

Tal falta, ó mejor dicho, tal sobra, se advierte, más que en otras producciones de D. Marcelino, en su *Historia de las ideas estéticas*. Esta historia se limita á España en las portadas de los volúmenes que la contienen; pero en los mismos volúmenes D. Marcelino traspasa límites y fronteras, se va fuera de España, y discurre tanto ó más por los países extranjeros que por el nuestro. Tal redundancia, aunque siempre grata porque todo está bien estudiado, sabido y expuesto, se da, no sólo geográfica ó étnicamente, sino también yendo más allá del punto ó materia en que el libro se ocupa. Así, dicha *Historia de las ideas estéticas en España* es casi una historia literaria y artística universal ó de todo el mundo.

La mejor disculpa que sobre este punto puede alegar D. Marcelino en su defensa, es la necesidad que sentía de colocar en su puesto á su olvidada ó desdeñada patria, después de hacer el examen comparativo de sus méritos y de los méritos de otras ilustres naciones. Especialmente desde hace dos siglos, en no pocas historias de ciencia, de literatura ó de filosofía, se prescinde de nosotros ó se nos excluye; y todo progreso y toda nueva corriente de ideas y de sentimientos, gérmenes fecundantes de altas novedades literarias, se supone que brotan en Francia, en Alemania, en Inglaterra y hasta en Escandinavia y en Rusia. Al leer, por ejemplo, la obra celebérrima del dinamarqués Brandes, se diría que España y aun la misma Italia están ya muertas ó han quedado estériles, y que la vida del pensamiento y su virtud prolífica han ido á refugiarse y á concentrarse en el Norte de Europa. Lo cierto es que lo escandinavo y lo ruso es lo que priva y está de moda en el día, donde hay ya encomiadores é imitadores de la literatura escandinava y de la rusa, no inmediatamente llegada á ellos, sino columbrada y entrevista en traducciones y panegíricos franceses.

En otra obra capital de D. Marcelino, en la *Historia de los heterodoxos españoles,* no se le puede acusar de la precitada extralimitación ó redundancia. En dicha historia el autor se ciñe al asunto, y no trata de las extrañas heterodoxias, sino lo que es absolutamente necesario para el conocimiento de las propias y para el enlace de todo.

La *Historia de los heterodoxos* contiene un rico tesoro de rara erudición y de curiosas noticias; prueba que la intolerancia ó el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento, ni le atajó para que no se saliese de las vías católicas en busca de nuevos ideales; patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos; y nos defiende, por último, de la injusta acusación de haber sofocado entre nosotros el pensamiento filosófico, quitándole la libertad, y hasta de haber destruído la civilización hispanosemítica (hebráica y arábiga), como pretende Draper, por ignorancia ó por malicia. Verdaderamente ocurrió todo lo contrario. Los Príncipes y reinos cristianos de la Península favorecieron y fomentaron la cultura de mulsumanes y de judíos; dieron asilo, amparo y refugio á los sabios que huían de la persecución de los muslimes, especialmente en tiempo de las invasiones africanas, y no sólo estudiaron, tradujeron y comentaron la filosofía y la ciencia de los refugiados, sino que la difundieron por toda Europa, dando nuevo carácter á la escolástica de los siglos medios y marcando en ella nueva era.

A la cabeza de esta propaganda figuraron el Arzobispo de Toledo, D. Raimundo, y la escuela que favoreció y que formó de traductores y de imitadores, como Domingo Gundisalvo, Juan Hispalense y Mauricio Hispano. Por ellos, sin duda, fueron difundidas en toda Europa las doctrinas y especulaciones audaces de Ibn Gebirol, Maimónides y Averroes.

Prolijo sería seguir encomiando aquí como se merece la *Historia de los heterodoxos* y enumerar los muchos puntos obscuros que pone en claro en la historia general de la filosofía y de la teología.

No faltan críticos que censuren al Sr. Menéndez, sobre todo al juzgar su *Historia de los heteredoxos,* de intolerante, de fanático y aun de retrógrado, como vulgarmente se dice. La verdad es que el Sr. Menéndez se muestra en esta obra, valiéndonos también de otra palabra empleada por el vulgo en cierto sentido, menos liberal que se ha mostrado más tarde. Pero discurriendo sobre herejías y siendo él sincero y fervoroso católico, no se comprende que deje de reprobar y de censurar á los herejes, á los panteístas, á los materialistas y á los ateos. Aun así, el Sr. Menéndez, impulsado por su amor á la filosofía y á la ciencia, nunca deja de ensalzar la inteligencia y el ingenio de los egregios pensadores, por muy extraviados que los juzgue.

Hay además que tenerlo en cuenta (porque ¿cómo negarlo?) que el espíritu del catolicismo se ha infiltrado, digámoslo así, hasta en la masa de la sangre de los españoles, prevaleciendo en los mismos giros y frases de la conversación familiar, y haciendo que hasta los hombres más revolucionarios y descreídos y más penetrados del espíritu moderno, hablen ó escriban á menudo, sin caer en ello, como pudieran frailes descalzos. Para tildar á alguien de cruel, de perverso y de codicioso sin entrañas, le llaman *judío;* y para decir que alguien no está bien de salud, dicen que *no está muy católico.* No pocos sujetos suelen olvidarse, sobre todo en verso ó en prosa poética, del papel de progresistas que imaginan estar desempeñando, y suelen echar de menos, como el carlista más furibundo, un tiempo pasado que tal vez no existió nunca, y lamentar nuestra corrupción del día, y atribuir á la *funesta manía de pensar* el origen de nuestros males. En comprobación de lo dicho, pudiera yo citar millares de ejemplos; pero basta con uno ó dos. Tassara llama á la filosofía

Carnal matrona de infecundo seno,

á la cual condena porque

Nunca pudo engendrar una creencia,

al revés de como cualquier escéptico, y tal vez el mismo Tassara la condenaría hablando en prosa con más razón, por no haber engendrado sino creencias y no verdades científicamente demostradas.

Y Espronceda, nada menos que en la composición titulada *A Jarifa en una orgía,* atribuye la horrible situación de su espíritu y su furor desesperado á castigo de Dios, por haber pensado mucho en Dios y por haber querido descubrir la verdad velada, como si Dios considerase *delirio insano* y el más feo de los delitos la especulación metafísica y el nobilísimo y alto deseo de penetrar con la razón que puso en nuestra alma, hecha á imagen y semejanza suya, en los arcanos profundos de la esencia, origen y fin de los seres: lo cual, para quien no blasfema de la bondad divina, no es pecado, sino la más sublime de las plegarias.

Todavía, pues, comparado con esta predisposición casi inconsciente, involuntaria y con hondas raíces que se nota en algunos escritores y en la mayoría del público español, el Sr. Menéndez, hasta en la misma *Historia de los heteredoxos,* llega á señalarse por su tolerante y elevada indulgencia y por su

amor á las especulaciones encumbradas, á pesar del riesgo de extraviarse á que se aventura quien se consagra á ellas.

En defensa de nuestro valer científico, ó sea de la ciencia española en todos sus ramos, el Sr. Menéndez ha sostenido brillantes polémicas y ha dado á la estampa notabilísimos escritos, que forman, por lo menos, tres gruesos volúmenes en la *Colección de escritores castellanos,* de D. Mariano Catalina. Curiosísimo, erudito y de no poca novedad para los profanos es el *Inventario bibliográfico* que el Sr. Menéndez ha formado; pero, á mi ver, tiene mayor mérito todavía la elocuente y razonada carta dirigida al Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz. Es esta carta un espléndido cuadro sinóptico, una concisa apología, un epítome substancioso y claro de la historia del pensamiento español, desde las primeras edades hasta el día de hoy. Probado deja el Sr. Menéndez de un modo irrefutable que nuestra cultura tiene carácter original y propio; que en ella no ha habido solución de continuidad, y que el fanatismo y la Inquisición no han sofocado ni atrofiado entre nosotros el pensamiento, ni han impedido que en las más elevadas esferas de la filosofía, de la moral, del derecho y de las ciencias exactas y naturales, discurra, descubra, invente y publique cada cual lo que mejor le parezca. España, pues, amordazada ó aletargada por la intolerancia religiosa, jamás tuvo que salirse del gremio de los pueblos progresivos y civilizadores.

El Sr. Menéndez siempre es juicioso y moderado y no gusta de exagerar y declamar; pero yo confieso mis dudas y vacilaciones sobre cierto punto, y mi recelo de que el Sr. Menéndez, arrebatado por el espíritu de contradicción, y en el ardor de la polémica, pondere algo más de lo justo nuestras cosas al compararlas con las extrañas. Yo creo que la confesión modesta de nuestra inferioridad en tal ó cual disciplina puede muy bien hacerse sin faltar al patriotismo y hasta por patriotismo. No es antipatriótico confesar que en esto ó en aquello hemos sido hasta hoy inferiores; podremos un día elevarnos á la altura de quien más ha subido. Bien podemos jactarnos de que nadie supera el valer y la gloria de nuestros navegantes y descubridores, de nuestros teólogos, dogmáticos y místicos, y de nuestros infatigables misioneros, que al difundir la luz del Evangelio entre apartadas y bárbaras naciones, han traído al acervo común del saber europeo los más peregrinos conocimientos filológicos y etnográficos, y han sido los primeros en mostrar ante los ojos de las personas cultas la flora y la fauna de remotos países, y los ritos, creencias, leyes, costumbres é idiomas de los pueblos que los habitaban. La enumeración apologética de nuestros merecimientos sería muy larga de hacer aquí. Me contento con indicarlo, y la doy por hecha. Permítaseme ahora exponer, no una afirmación que limite la apología, sino una duda que me atormenta, sin saber bastante para salir de ella, ora afirmando, ora negando. La duda es la siguiente: ¿los extranjeros que han escrito la historia del movimiento intelectual la han amañado á su gusto, ó en ciertos puntos las cosas son como ellos aseguran? Lulio, Sabunde, Vives, Suárez, el escéptico Sánchez, Foxo Morcillo y varios otros, son filósofos importantes: ¿pero deben serlo tanto como en la

Edad Media San Anselmo, Alberto Magno, Rogerio Bacón, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y el sutil Escoto? ¿Tenemos en la Edad Moderna filósofos que equivalgan á Descartes, á Malebranche, á Hume, á Leibniz, á Kant, á Fichte, Schelling y á Hegel? Se dirá que los más de ellos fueron impíos, que sus invenciones son vitandas y que sus sistemas son un cúmulo de errores monstruosos. Se dirá que más bien debemos alegrarnos que afligirnos de que no son nuestros compatriotas; pero no puede negarse la admirable potencia sintética de sus espíritus y el atrevido vuelo de ingenio creador y la inspiración soberana que emplearon para crear sus pasmosos sistemas, aunque sean falsos y absurdos. En esto, y mirado todo con puro amor artístico, me inclino á decir como Lessing: que si me pusieran la verdad en una mano, y en la otra el esfuerzo, el brío y el talento que se emplean para buscarla, juntos con el afán deleitoso que se experimenta y se goza buscándola, preferiría todo esto á la verdad misma.

Pero también en las ciencias exactas y naturales, de cuyos resultados nadie niega la verdad, dudo yo de que hayamos tenido hombres como Galileo, Copérnico, Newton, Keplero, Linneo, Cuvier, Lavoissier, Galvani y Volta, Franklin y Edison. No es esto impugnar al Sr. Menéndez y Pelayo, sino exponer candorosamente una duda que él acaso tenga como yo, si bien no podía exponerla tan á las claras, haciendo concesiones á sus adversarios españoles, que creen y sustentan que España ha valido siempre poco filosófica y científicamente.

La cuestión, por otra parte, no está bien estudiada ni bien dilucidada aún. Acaso el Sr. Menéndez logre estudiarla y dilucidarla por completo cuando redacte y publique con la amplitud y el reposo convenientes las hermosas lecciones que sobre el pensamiento especulativo de España está dando en el Ateneo de Madrid, con el entusiasta aplauso de la numerosa y escogida concurrencia que acude á oirle.

Mayores y más extraordinarios que los servicios que el Sr. Menéndez ha prestado hasta hoy á la filosofía y á la ciencia españolas, son los que presta de continuo á nuestra literatura con fecundidad inagotable y con facilidad pasmosa para el trabajo.

Prolijo sería recordar aquí lo mucho y bueno que el Sr. Menéndez ha dicho en la cátedra y ha expresado sobre la materia en sus preciosos escritos, tan agradables de leer por la tersura y elegancia de su claro y fácil estilo, y tan dignos de admiración por el saber que denotan, y más aún por el sereno y recto juicio con que lo aprecia todo y por la elevada comprensión intelectual con que lo ve y lo coordina.

No daré cuenta aquí, ni encomiaré como lo merecen, su *Horacio en España,* sus estudios sobre Arnaldo de Vilanova, *Calderón y su teatro,* escritores montañeses y traductores de la *Eneida* y la *Iliada*. Ni tampoco hablaré de sus eruditos discursos académicos, entre los que descuellan el de la recepción en la Academia Española acerca del misticismo en nuestra poesía, y los elogios de Francisco Sánchez el escéptico y de D. Benito Pérez Galdós el novelista. Me

limitaré, pues, á decir algo acerca de dos obras extensas y capitales que el Sr. Menéndez está escribiendo y publicando ahora.

Es una de ellas la edición monumental de las obras completas de Fray Lope Félix de Vega Carpio, que por encargo de la Academia Española el Sr. Menéndez dirige é ilustra. Ocho gruesos volúmenes van publicados de esta magnífica obra, y todos ellos contienen sendas introducciones y notas que aclaran el texto, y donde el Sr. Menéndez luce pertinentemente su rara erudición, su elevado criterio y la amenidad de su estilo. Sobre cada drama hace una disertación tan curiosa y discreta com entretenida. Si el drama es mitológico, nos refiere el origen y las transformaciones de la fábula que le da asunto, buscándola en la India, en Egipto, en Fenicia, en el Asia Menor ó en el centro del Asia; explicando cómo se modificó y hermoseó entre los griegos, y citando para ello los antiguos historiadores y poetas. Asimismo menciona y juzga los poemas que sobre el mismo asunto se han escrito en otros países antes y después de Lope. Y si el drama es histórico legendario, sube el Sr. Menéndez hasta el manantial de la leyenda, y siguiendo su curso por medio de las viejas crónicas, de la tradición oral y de la poesía popular épica, nos conduce al momento en que Lope se apodera de la leyenda para componer su drama, cuyo mérito aprecia y tasa el Sr. Menéndez, en mi sentir, sin ponderación extremada.

Muy de alabar es igualmente en esta edición de Lope el orden atinado en que hasta ahora van apareciendo las numerosas producciones de aquel autor fecundísimo.

Por encargo asimismo de la Real Academia Española, y con ocasión del cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Sr. Menéndez compuso y dió á la estampa, pocos años há, otro trabajo, cuya importancia no consiente que sobre él se guarde silencio. Me refiero á la *Antología de poetas hispano-americanos*. Consta dicha colección de cuatro tomos bastante voluminosos, aunque no se insertan en ella sino poesías de autores que ya murieron. A mi ver, más puede censurarse esta *Antología* por lo que en ella sobra que por lo que en ella falta, si bien críticos hispano-americanos echan allí de menos un sinnúmero de composiciones y de poetas. Justo es presumir, sin embargo, que el peculiar y exagerado patriotismo de cada uno de los críticos ha influído mucho más que la razón en esta censura. Como quiera que sea, no ha de negarse que los varios discursos preliminares ó introducciones con que el Sr. Menéndez ilustra la colección, forman en su conjunto una excelente historia de la literatura hispano-americana, donde, sin menoscabo del recto juicio, se notan la benevolencia y el amor con que el Sr. Menéndez examina, critica y alaba á los poetas de aquellas Repúblicas, las cuales, por más que estén políticamente separadas de España, tienen por ciudadanos á hombres de nuestra sangre y de nuestra lengua, cuyo valer y cuyos progresos nos lisonjean, y cuya decadencia y esterilidad no podrían menos de desconsolarnos y, en cierto modo, de infundirnos alguna duda sobre la vitalidad y el vigor de nuestra raza y de nuestra cultura castiza.

Más interesante y útil trabajo todavía es el que está haciendo y publicando

el Sr. Menéndez bajo el título de *Antología de poetas líricos castellanos*. Seis tomos de esta *Antología* han salido ya en la *Biblioteca clásica,* de D. Luis Navarro. Las composiciones insertas en ellos no pasan aún del reinado de los Reyes Católicos. Tal vez aquí también podría algún lector descontentadizo tildar al Sr. Menéndez de pródigo en la inserción de versos. Una antología, ora sea hispano-americana, ora hispano-peninsular, es como ramillete de flores y debe contener poca hojarasca y menos espinas. Valga, no obstante, para disculpa de esta acusación, el valer histórico de muchos versos, que no se ponen por el deleite estético que produce su lectura, sino como documentos preciosos de nuestras costumbres, de nuestro idioma y de nuestro pensar y sentir en los pasados siglos. Pero lo que es digno de mayor aplauso para el Sr. Menéndez, son los sendos prólogos que los seis tomos contienen; prólogos tan extensos, que en algunos tomos pasan de 400 páginas, sin que haya en seguida ó apenas haya versos que sean *prologuizados*. Raro es esto; ¿pero cómo ha de ser censurable cuando, sin que lo esperemos y como por sorpresa y con modesto disimulo, el Sr. Menéndez va tejiendo en dichos prólogos una admirable historia de la poesía española? Llámela prólogos ó como se le antoje, bien puede afirmarse que la historia de la poesía española, escrita por estilo magistral, con profundo saber y elevada crítica, quedará terminada y completa hasta el día de hoy, cuando el último tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos* pase de la imprenta á los escaparates de los libreros. Y aún conviene notar que el Sr. Menéndez, no sin que lo requiera el asunto, sino para su mejor exposición é inteligencia, traza á veces, con felices y valientes rasgos, no poco de nuestra historia social y política, que sirve de fondo á los retratos y juicios de los poetas y personajes literarios, los cuales solían ser hombres de Estado y de guerra, príncipes, magnates y aventureros, más notables y más dignos de memoria por sus intrigas, hazañas y lances de amor y fortuna, que por las *coplas* que nos han dejado en los cancioneros, en una edad en que era entretenimiento cortesano, primor y moda el componerlas. Con energía concisa y con mano diestra y fiel nos pinta, no ya meramente como literatos ó versificadores, sino con todas las prendas de su carácter y actos de su vida, al Canciller López de Ayala, por ejemplo; á D. Enrique de Villena, al Marqués de Santillana, á Mosén Diego de Valera, á los Manriques y á muchos otros. Y sus cuadros, por último, de determinadas épocas y de las revoluciones y cambios que abren nuevos horizontes y marcan era, se distinguen á menudo por su fidelidad y por su dicción sintética y jugosa. Así, pongo por caso, la descripción de la galante y sabia Corte de Nápoles en tiempo de D. Alfonso V *el Magnánimo,* y la de aquellas pasmosas mudanzas y rápida transformación, debidas á los Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando, por cuya virtud surgió, del seno de la turbulenta y desbaratada anarquía en que estaba Castilla en el reinado de Enrique IV, España unida y briosa, dilatando su poder por islas y continentes antes desconocidos, dominando en Italia, rivalizando con Francia y aspirando, no sin fundamento, á la hegemonía en toda Europa.

Yo celebro, á par de la mayoría de los españoles aficionados á las letras, la erudición asombrosa del Sr. Menéndez. En su memoria guarda un inmenso tesoro de saber, bien clasificado y ordenado. Apenas habrá literatura que él desconozca, y de todas se diría que ha leído y estudiado las obras maestras en los textos originales: en hebreo, en griego, en latín, en los principales idiomas de Europa, de los que sabe al menos lo bastante para entender y traducir cuanto en ellos se escribe. Pero más aún que todo esto, admiro yo en el Sr. Menéndez la perspicaz agudeza con que penetra en el hondo sentido de las cosas, el dichoso tino con que las expresa luego, y la inspiración y el arte de eminente escritor, de que en tan difícil empeño hace gala.

En todas partes, y en nuestra España también, se escatiman y restringen las alabanzas. El erudito apenas se concibe que sea elocuente y original. A quien se concede gran memoria, se le niega ó se le quita entendimiento, sensibilidad y fantasía. Y rara vez al investigador estudioso se atribuye el don de egregio escritor ó de poeta inspirado. Conste aquí que al juzgar al Sr. Menéndez nos apartamos de esta regla ó de esta costumbre, en general harto seguida, no lo negamos, por motivos y razones que lo justifican, ya que la riqueza y poder de algunas facultades y prendas del alma parece natural que se posean á costa de la carencia ó escasez de otras. Yo, sin embargo, creo que el Sr. Menéndez es tan excelente escritor como notabilísimo erudito, sin que le niegue tampoco el lauro de poeta. No es culpa suya en mi sentir, sino culpa del mal gusto reinante, que no se celebren, al igual ó por cima de muchas celebradas poesías contemporáneas, las dos hermosas epístolas sobre Horacio y sobre los autores griegos, las dos sentidas y elegantísimas elegías *A la galerna* y á la muerte del primogénito de los Marqueses de Aranda, varias canciones amatorias y varias traducciones rítmicas, en especial *El ciego* y *El joven enfermo,* de Andrés Chenier, y *Los sepulcros,* de Hugo Fóscolo.

Satisfecho, sin duda, el Sr. Menéndez con la alta y dilatada fama de que goza como erudito, como crítico y como fácil, brioso y ameno prosista, bien puede consolarse de la poca atención con que el público, reñido ó desdeñoso hoy con los versos, mira, ó mejor diré, no mira ni ve los que el Sr. Menéndez ha escrito. Mientras no amanecen días de más atinado amor á la forma poética, que algunos pretenden hoy que va á desaparecer, bástele al Sr. Menéndez la gloria de concurrir como nadie á la restauración en la mente popular del pasado científico y literario de España, en su mayor amplitud, comprendiendo en esta España á Cataluña, aunque allí se haya escrito y se vuelva á escribir en lengua que no es la castellana; á Portugal, aunque constituya Estado distinto, y á las repúblicas españolas de América, aunque estén separadas de su antigua metrópoli.

Este conocimiento que tiene el Sr. Menéndez de nuestras ciencias, letras y artes, y la eficacia con que le difunde entre el vulgo, importan y valen mucho para conservar la cohesión de nuestro pueblo, cuyas desventuras le abaten y tiran á que se disgregue. No corto influjo ejerce y ha de ejercer el Sr. Menéndez y cuantos le siguen y imitan en su tarea, para que nuestra conciencia na-

cional salga de su letargo, se rejuvenezca, recobre sus antiguos bríos y reverdezcan y florezcan en ella, no vanas ilusiones, sino razonables y altos deseos y bien fundadas esperanzas. La nación que fué grande, que no se olvida de lo que fué, y que al comprender su pasada grandeza no se contenta con extasiarse en su contemplación para consuelo de la miseria presente, sino que la pone como firme base de otros ideales y aspiraciones, y se vale de ella como estímulo para lanzarse á conseguirlos, no es una nación muerta, sino una nación que ha de resurgir activa, feliz y poderosa en mejores días. El gran movimiento intelectual de Italia, iniciado y seguido por Parini, Alfieri, Balbo, Gioberti, Rosmini, Leopardi, Manzoni y tantos otros, allanó el camino á Cavour, Víctor Manuel y Garibaldi, y preparó la unidad de Italia. Y los grandes poetas y filósofos alemanes, desde Lessing hasta Hegel, se diría que destilaron de sus pensamientos la esencia y el espíritu que animó á los Príncipes de Prusia, á Bismarck y Moltke.

JUAN VALERA.

(Del *Prólogo* al *Homenaje á Menéndez y Pelayo;* Madrid, 1899; tomo I, páginas XVII á XXXIII.)

La explicación.

—¿Qué opina usted de la derrota de D. Marcelino?—pregunté á un filósofo, no sé si grande ó pequeño, con quien yo suelo conversar frecuentemente.

—Tome usted estas cuartillas, —me respondió, entregándome cinco ó seis;—en ellas escribí lo que yo pienso en la cuestión. Le advierto que después de escribirlo me tentó Satán y tuve la debilidad de querer que los demás supiesen lo que yo pensaba; remití las cuartillas á un diario de los que más dijeron incomodarse con los académicos, pero el diario no quiso publicarlas; después se lo envié á otro, que hizo lo mismo; luego á otro que tampoco les dió el *exequatur*... La razón de ello la encontré al ver que se me había olvidado untar la pluma con vaselina, pues aunque el escrito iba con mi firma, no tuve en cuenta que en estos benditos tiempos el que usa la pluma al natural, que es como decir florete sin botón, está completamente perdido.

Mi amigo, sin embargo, debía de andar equivocado, porque sus cuartillas no tienen nada de particular, como podrá convencerse el curioso lector. Véanse:

«No me explico que la gente se extrañe de que D. Marcelino Menéndez y Pelayo no haya sido elegido Director de la Academia Española. ¿Es que la intelectualidad literaria ó científica está en las Reales Academias? ¿Hay en ellas, por ventura, más de ocho ó diez que de veras se interesen por las Letras ó las Ciencias? Fuera de esas contadas excepciones, ¿quiénes quedan en el montón? Queda el sabio que se pasa la vida en acecho de la comisión sabrosa, y así que salta una, dispara sobre ella su certera é implacable carabina; el patriarca cuyo nombre es conocido porque se está oyendo desde fines del siglo XVIII; el que hace alarde de barrer hacia afuera y, no obstante, barre hacia dentro en cuanto pesca la escoba; el editor cuco, de gigantesco incensario, que se ha dedicado al estudio y explotación de las debilidades de los grandes hombres; el dómine tabarrista, horror de las tertulias y faraute de los antiguos persas; el que no ha escrito en su vida más que cuatro páginas en octavo y en colaboración; el que no ha escrito ni eso siquiera; el exministro que dice *haiga* en canto gregoriano; el escritor que debe las tres cuartas partes de su fama al mismo á quien abandonó más tarde; el dramaturgo de relumbrón y *chin-chin* que ahorcó la péñola el año 81 para consagrarse en cuerpo y alma á meter su cuchara en las ollas camachescas del presupuesto; el pariente de su pariente; el que con pretexto de no saber latín da pruebas inequívocas de su crasa ignorancia en el sanscrito; el ratón de archivo que emplea años enteros en descubrir lo que en otros tiempos escribieron sus compañeros de insignificancia, sin olvidar por ello descubrimientos más positivos; el poeta de juegos florales que no ha podido lograr calificativo superior al de *ilustrado vate;* el que ganó el sitial por el mérito insigne que supone saber lo que es

una calicata; el aristócrata grafomano que escribe su oscura autobiografía por juzgarla no menos interesante que las hazañas del Gran Capitán... ¿Puede en buena lógica el Maestro tomar á desaire la derrota? De ningún modo. Si el desaire viniese de los hombres de letras ó de los hombres de ciencia, comprendo que Menéndez y Pelayo se marchase de España para no volver; pero no, no viene de esa parte. Precisamente, á los que más bullen en tales corporaciones les tienen completamente sin cuidado las Letras y las Ciencias; van, como se dice, *á lo suyo,* y claro es que para ir por ese camino no han de buscar el guía en el iluso que se pasa la vida trabajando por su patria, sin pizca de sentido práctico, sino en el arriero perspicaz que sepa los atajos, trochas y veredas, y les proporcione el machito para ir á gusto.

»Derrota tal honra al gran Maestro, no menos que le honró aquella otra sufrida al hacerse la elección de Director de la Academia de Bellas Artes, elección que fué ganada por no me acuerdo quién. Decididamente, las Reales Academias no se han hecho para hombres de su talla. Siga D. Marcelino en su modesto gabinete asombrando al mundo con su ingenio, mientras que aquellos centros esplendorosos abren los brazos de sus sillones á vividores como Pérez, como Fernández, como Rodríguez, como López, como González y como García, á los cuales cuando digan que ellos no entienden de estos primores, se les debe contestar lo que el buen licenciado Pero Pérez contestó á Maese Nicolás cuando le dijo que no entendía el libro de Ariosto:

»*Ni aun fuera bien que vos lo entendiérades.*»

Por la copia,

JULIO PUYOL.

Dos palabras sobre Menéndez y Pelayo.

He recibido con verdadero agradecimiento la invitación del Ateneo para llenar unas cuantas cuartillas en honor del ilustre maestro, y aunque mediano de salud y decaído de espíritu, cumplo gustosísimo este deber ineludible.

Mas por breve que haya de ser mi artículo ¡que difícil es la empresa!

Lo más evidente es lo que con más dificultad se demuestra. ¡A ver cómo se prueba que *cuatro* es mayor que *dos!*

Los conceptos más familiares son los que menos sabemos definir. ¿Cómo se define el espacio? ¿Cómo se define el tiempo?

Aquello que más nos asombra es lo que más pone á prueba la impotencia del lenguaje humano. ¡Vengan odas al sol, al cielo y al mar y la salpicadura de la ola más ruin las convertirá en papel mojado!

Pues algo así me sucede, al empeñarme en escribir elogios, por más que sean entusiastas y sinceros, de quien tanto admiramos.

Y es que todos los adjetivos encomiásticos son tan viejos, todas las *frases hechas,* que significan alabanza, están ya tan usadas, tan manoseadas, dijera mejor, tan envilecidas á veces por adulaciones ó excesivas cortesías, que me repugna emplear el vocabulario corriente, tratándose de Menéndez y Pelayo.

¿No basta pronunciar su nombre? ¿Qué otro elogio necesita?

El formidable batallador de los Heterodoxos; el autor de espíritu amplio, profundo é independiente de las ideas estéticas; el que escribió aquellos soberbios prólogos de la Antología; el que en forma breve, soberana y escultural dijo del Quijote, en un discurso de la Academia Española, lo que nadie podrá superar ni por la forma ni por el fondo; el de las inolvidables conferencias del Ateneo, resurrección de tantas cosas muertas; el de innumerables estudios, discursos y trabajos de inconcebible saber; el erudito que pasa de lo extraordinario, dejándole muy atrás, y llega casi á la frontera de lo imposible, dentro de las facultades humanas; el que con toda su inmensa erudición, aunque la erudición sea tentadora de hielos y aburrimientos, ha salvado su cerebro del peligro de verse convertido en biblioteca sin luz ni calefacción, ni conciencia de sí misma, sino que bien al contrario, Menéndez y Pelayo se apoderó del saber de los siglos y de la infinita variedad de los hechos, para darles la unidad de su noble espíritu y el calor y la animación propios de la vida; el crítico claro y penetrante, y de poderoso talento, sin turbias pasiones ó con una sola pasión, el amor desinteresado por la belleza; el escritor, en fin, y el estilista, que en mi humilde juicio, puede servir de modelo, porque armoniza altas cualidades bien difíciles de armonizar: la corrección y la limpieza castiza por una parte, y por otra la energía y el acento dramático; el que todo esto es, ni aún para la alabanza puede estar sujeto á fórmulas vulgares, y hasta el aplauso sube dificilmente á su serena altura.

Menéndez y Pelayo es una gloria española y no sólo española, sino de la literatura universal.

Todos le debemos tributo de admiración, de respeto, de entusiasmo y de simpatía.

Al ensalzarle pagamos lo que debemos.

El nos pagó á todos de antemano, dando su nombre ilustre á la patria española, como un luminar más de brillantísima luz en nuestra gloriosa historia literaria.

José Echegaray.

Un saludo.

Quisiera yo poseer los vuelos intelectuales y los fueros literarios que son menester para tener el derecho, sin dar en petulante, de encararme con Menéndez y Pelayo y decirle en esta ocasión las palabras del Dante á Virgilio:

Tu duca, tu signore, e tu maestro...

Mariano de Cavia.

De artículos publicados.

Sr. D. Mariano Miguel de Val.

Mi querido amigo: Nada me atrevo á escribir en el brevísimo plazo impuesto por la próxima publicación del número de esa Revista dedicado á Menéndez y Pelayo. Mas como yo no me perdonaría nunca que en honor suyo se hiciese algo sin contribuir á ello, te suplico encarecidamente que, en último lugar, insertes esos párrafos entresacados de modestos trabajos míos. En ellos se verá que no es cosa de hoy la admiración que profeso al gran polígrafo, merced á cuyo soberano esfuerzo vamos conociendo, como no pudieron conocerla nuestros antepasados, la historia de las letras españolas.

Tuyo siempre afectísimo amigo y compañero,

Jacinto Octavio Picón.

.....

Durante un cortísimo período de su juventud, cuando sus facultades eran ya extraordinarias, pero aún no estaban equilibradas, intentaron los partidarios de ciertas tendencias apropiárselo, convirtiéndole en instrumento de una secta. Su penetrante sagacidad, y sobre todo, su absoluta y honrada independencia de criterio le hicieron sacudir aquella tentativa de tutela interesada, y pocos años, muy pocos, han bastado para que, sin perder un ápice de entusiasmo, entre en plena gloriosa posesión de sus aptitudes: la clarividencia y la profundidad al considerar las cosas; la serenidad y el aplomo al juzgarlas. Estas excelencias del entendimiento y del juicio forman su personalidad, y mediante ellas, variando de asunto, según la ocasión y el trabajo, va escribiendo con pasmosa fecundidad la historia verdaderamente crítica de nuestra literatura; pues ni puede ni debe darse otro nombre al conjunto que forman los *Ensayos de crítica filosófica,* los *Estudios de crítica literaria*, la *Antología de poetas líricos castellanos* y los *Prólogos* de la magna edición de Lope de Vega hecha por la Academia (1); trabajos todos donde, con ser prodigiosa la cantidad de saber desplegada, aún cautiva más la manera de exponerlo, siempre tan suelta, fácil y espontánea que por ella lo seco se hace jugoso y lo árido resulta interesante.

No me cansaré de repetir que uno de los mayores beneficios que debe á Menéndez y Pelayo la erudición española, es haber transformado en ameno y deleitoso un género de estudios que aquí tradicionalmente era inaguantable á fuerza de pesadez y obscuridad.

---

(1) Agréguense hoy el tomo de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* sobre los *Orígenes de la novela;* la *Bibliografía hispano-latina,* que publica la *Revista de Archivos;* las ilustraciones á la edición de Quevedo, hecha por los *Bibliófilos Andaluces;* las ilustraciones á las obras de Juan de Timoneda, editadas por los *Bibliófilos Valencianos;* el discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes; el estudio sobre la *Propaladia*, de Torres Navarro, y otros varios.

No hay época, escuela ni manifestación del ingenio nacional; no hay figura en que éste se encarne ó lo represente, que no haya él analizado; examinando siempre con imparcialidad los orígenes, causas y caracteres de la belleza escrita para ensalzarlos, vengan de donde vinieren. Ni sus convicciones religiosas le han estorbado apreciar en su justo valor la influencia de moros y judíos en la antigua literatura española, ni su espiritualismo filosófico le ha mermado vigor al proclamar la importancia de los precursores españoles de Kant, ni su sentido conservador ha disminuído el entusiasmo con que enaltece los méritos de algún drama de Lope donde el encanto poético brota de los desórdenes de la demagogía; hasta ha sabido sobreponerse á consideraciones difíciles de sofocar, salvando del olvido la traducción del impío, pero hermoso poema de Lucrecio, con cuyo manuscrito otros tan ortodoxos como él, pero menos amantes de lo bello, hubieran hecho un triste auto de fe.

Tales servicios y cualidades le han consagrado como jefe y guía de cuantos en España se dedican á estudios de investigación histórica y literaria, creando en torno suyo una falanje de discípulos que le consultan á menudo y á quienes nunca niega el consejo ni calla lo que les puede ser útil. Su saber es de los que le rodean ó le buscan, y lo mismo ayuda al muchacho que se prepara á unas oposiciones, que contesta á las consultas sobre cosas antiguas de España que le hacen publicistas extranjeros.

. . . . . .

Comenzó su vida literaria bajo el amparo de los elementos más retrógrados de España. Sus obras en esta época están en perfecta armonía con el espíritu de aquellos protectores; en ellas aparece admirador y defensor apasionado de todo lo tradicional, enemigo franco y terrible de todo lo liberal y revolucionario; mostrando en lo brioso del ataque el ardor de los pocos años, y acaso también cierta hermosa gratitud y secreta complacencia en defender el ideal de aquellos á quienes debía el comienzo de su encumbramiento.

A los animados de espíritu revolucionario nos fué poco simpático aquel joven batallador y agresivo que, armado de punta en blanco, pero con cogulla sobre la armadura, venía lanza en ristre contra todo lo que significara libertad ó progreso: y cuenta que por aquellos días las palabras libertad y progreso, que ahora parecen cursis, eran santas para muchos. Entonces publicó la *Historia de los heterodoxos españoles,* donde no sabe uno que sorprende más, si el profundo saber y la erudición pasmosa ó la saña que palpita entre líneas y desborda en violentas frases contra todo español que fuese ó estuviese cerca de ser judío, luterano, enciclopedista ó cosa parecida. Yo—y perdóneseme este antipático pronombre—confieso que leí con admiración y pena aquellos tres tomos, en cuyos capítulos contemplaba execradas y malditas ideas y figuras que, á prosperar y vencer, hubieran en mi humilde opinión formado una España distinta de la gobernada por la infausta dinastía que comenzó en una triste loca y acabó en un pobre imbécil.

Pero pasó algún tiempo, no mucho, y el autor de la *Historia de los heterodoxos,* abandonando la crítica histórica por la literaria, prefiriendo las apaci-

bles musas á los ásperos frutos de la filosofía, como hubieran dicho nuestros abuelos, comenzó á publicar obras en las cuales va reconstituyendo períodos y resucitando figuras de la literatura nacional.

Sigue siendo profundamente religioso; pero aquella juvenil intolerancia, aquella violenta acometividad, se han ido apaciguando hasta casi borrarse, surgiendo en su lugar un espíritu de justicia, de imparcialidad y dulzura que aun á los que no piensan como él impone respeto y simpatía. El enemigo furibundo se ha trocado en apacible adversario: su espíritu busca la verdad sinceramente. ¡Quién sabe donde la encontrará mañana!

Entretanto, está haciendo á la Patria un servicio inapreciable: porque el conjunto, la totalidad de sus trabajos nos persuaden de que si la literatura es, antes que ninguna otra forma artística, en gran parte reflejo del medio en que se produce, la *leyenda española* no es mentira, sino historia magnífica, recuerdo vivo de un pasado cuya contemplación abre el ánimo á la esperanza.

Posee Menéndez y Pelayo singular maestría para dar idea del carácter de cada época, y luego al tratar de cada autor no hay cualidad que no explique, influencia que no razone, error cuya causa no investigue, acierto que no realice: se inspira siempre para juzgar en el amor á lo bello y en el más excelso espíritu de justicia: y cuando esta pudiera resultar demasiado severa la dulcifica con la más amplia y generosa tolerancia. ¡Tolerancia! La virtud de lo porvenir: porque para ser verdaderamente caritativo hace falta llegar á santo; mas para merecer nombre de tolerante, basta ser justo.... y es lo más que se puede pedir al hombre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

El "zaber„ de Menéndez y Pelayo.

(Fruslería anecdótica.)

Entre decir con alguna novedad de Menéndez y Pelayo lo que es notorio á todo el mundo y contar algo anecdótico tocante á él, sin vacilar escojo esto, por más fácil y por *menos visto*. Á ello, pues.

Al mediar el último decenio del siglo XIX D. Marcelino solía pasar en Sevilla una ó dos semanas del mes de abril. No iba á divertirse en aquella renombrada feria, ni á gozar de aquella luz y de aquellos aromas de un paraiso que dejaría tamañito al de marras; iba á lo que va á todas partes: á ver libros; á extractarlos en breves notas, y, especialmente, á trasladar su jugo al portentoso cerebro, por medio de aquella mirada de águila. ¡Porque hay que ver leer á D. Marcelino!

Habíale caído que hacer en Sevilla, aún más que en las bibliotecas públicas de la ciudad, con ser tan buenas, en dos particulares muy abastadas de libros peregrinos: la del Duque de T'Serclaes de Tilly y la de su hermano el Marqués de Jerez de los Caballeros. Sólo por la noche, en la tertulia del Duque, daba alguna paz á la pluma el maestro veneradísimo. Alguna digo, porque, aun allí, al paso que hablaba afablemente con todos, con la gentil llaneza tan propia de un verdadero sabio, repasaba, burla burlando, muchedumbre de impresos y manuscritos, sin distraerse ni de la conversación ni de su tarea, como si tuviese dos atenciones distintas, hijas de dos entendimientos diferentes.

Allí, entre otros, alguno forastero como D. Braulio Pizarro, opulento terrateniente de Extremadura, grande amigo y admirador de Guerrita, y hombre culto á la par, que lo mismo lanceaba un toro que decía versos y cantaba *alboradas* gallegas y *fados* portugueses, allí, entre otros, digo, Gómez Ímaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves, y los hoy difuntos Torre Salvador *(Micrófilo)* y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos, escuchando á aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el Maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe á mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano en punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el Maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba D. Luis Montoto á algún poeta de Sevilla obscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para D. Marcelino: antes contaba de pe á pa su vida y milagros, y nos recitaba, á la guitarra (como allí dicen), sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del Dr. Torres Villarroel, de su *Diálogo* con el Ermitaño y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el Maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de Alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco dándole á conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La Alquimia en España!*

Pues, con todo esto, no faltó quien pusiera en tela de juicio el pasmoso saber de Menéndez y Pelayo: una pulga (y no es todo metáfora en esta frase) se atrevió á medir al águila caudal con sus retediminutísimos ojos, y, ¿quién

lo imaginara? á medirse implícitamente con ella. ¡Para que demos gracias á Dios porque ha hecho de todo en el mundo!

Al llegar la feria de uno de aquellos años, los amigos de la tertulia convinimos en llevar á almorzar al Maestro fuera de la ciudad: á la por cien estilos famosa Venta de Eritaña. Y allá encajamos. Era una mañana espléndida del abril sevillano, al cual ningún otro abril se aventaja. Entramos en el amplio jardín de la Venta para ocupar el merendero que nos habían preparado y al pasar junto á otro en que se disponían alegremente á almorzar con varios amigos unos toreros de la cuadrilla del Guerra, nos salió al encuentro el buen Pizarro, que con ellos estaba. Hiciéronnos entrar y nos detuvimos allí un poco, gustando unas copas que nos ofrecían y charlando cada cual con quien encartó. Uno de los de coleta, medianillo de cuerpo, que banderilleaba en la cuadrilla del *Califa,* con media arroba de oro en la cadena del reloj y relumbrante de diamantones la pechera, miró con curiosidad á D. Marcelino y, advirtiéndolo Pizarro, le dijo á media voz:

—¿Tú sabes quién es ese?

—¿Quién ez?—preguntóle respondiendo el que, por no dejar la metáfora, llamaré *Pulga.*

—Ese es... ¡casi nadie!—dijo D. Braulio con un mohín de encarecimiento. —¿Tú ves que Guerra es una catedral?... Pues ese hombre es un alcázar y las pirámides de Egipto. Es... ¡Menéndez y Pelayo!

Volvió á mirar al Maestro el de la coleta y dijo á D. Braulio con naturalidad candorosa:

—En mi ziyetera bía lo oí mentá. Y ¿qué ez? ¿Ez generá? ¿Meniztro zi ar cazo?...

—No, hombre; no es general ni ministro—repuso Pizarro;—pero ahí donde tú lo ves, tan humilde en su aspecto, es el sabio más grande que hay en toda España y uno de los primeros del mundo.

Miró entonces nuevamente el torero á D. Marcelino, esta vez despacio y con mirada escrutadora, midióle con ella de pies á cabeza lentamente mientras daba una gran chupada al chicote, y, después de arrojar el humo por donde fumaba y escupía, por junto al colmillo izquierdo, volvió los ojos á su interlocutor para preguntarle entre incrédulo y desdeñoso:

—Y ¿qué ez lo que zabe eze hombre?...

. . . . . .

Fué un juicio, fué un señor juicio el del torero.

En tiempos pasados, cuando las gentes creían en la otra vida—que hoy eso anda perdido—sólo había un negocio digno de toda la atención del mundo: la salvación del alma. En los menguados tiempos que corren ahora hay únicamente otro negocio principal: hacerse rico sea como quiera. Y ¿qué sabe quien no sabe eso?

¡Tenía mucha razón el hombrecillo de la coleta!

«¿Qué ez lo que zabe eze hombre?...»

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Lope de Vega y Menéndez y Pelayo.

Leyendo á Lope comentado por Menéndez y Pelayo, siéntese emoción semejante á la de ver el cielo reflejarse en el mar: son dos inmensidades que se afrontan y en sus ilimitadas lejanías se confunden en una sola unidad sublime. Predestinado á toda exaltación y apoteosis, aquel hombre suma y prodigio que en vida mereció ser llamado «poeta de los cielos y la tierra», y bebió á raudales del vino enloquecedor de la gloria, tres siglos después de muerto, logra historiador y panegirista digno de él. Porque en verdad, que si el cauce en que se tiende el Océano ha de bastar á contenerle, para contener á todo un Lope, se necesitaba todo un Menéndez y Pelayo.

El teatro de Lope es una de aquellas asombrosas síntesis de que sólo fueron capaces los *proteos* del Renacimiento, como que Lope fué el heredero de todo el arte medieval y el fundador de toda la dramática nueva, y semejante esfuerzo pide ser consignado en frase de plástica energía, como la célebre de Víctor Hugo: «Aquel titán del arte puso el Panteón sobre el Partenón é hizo á San Pedro de Roma.» Pero la obra de Lope no es suma de creaciones clásicas, es algo más audaz y antitético, es algo como el alma romántica y bravía de España encerrada en la urna plateresca del Renacimiento; es la Iliada nacional cantada por un Homero *quinientista;* más aún, como con alta conciencia de lo que fué y de lo que no fué Lope, dice el Sr. Menéndez, el mayor triunfo del padre de nuestro teatro consistió en «haber reunido en sus obras todo un mundo poético, dándonos el trasunto más vario de la tragedia y de la comedia humanas; y si no el más intenso y profundo, el más *extenso,* animado y bizarro de que literatura alguna pueda gloriarse».

Asombra el soberano acierto crítico y la genial adivinación poética con que la inteligencia sublime de nuestro gran polígrafo, como raudal de luz viva, atraviesa la prestigiosa penumbra de ese mundo en formación, donde lo irreal y real coexisten en promiscuidad quimérica, donde conviven los dioses mitológicos, los paladines andantescos, las abstracciones y los símbolos, con los hombres de todos los países y de todas las generaciones, y apartando, como un dios, la luz de las tinieblas, la realidad de la invención, la historia de la fábula, ordena el caos, y sin despoetizar la virginal grandeza del recién creado cosmos, con pasmosa clarividencia, le desmenuza, le analiza y le reconstruye mentalmente. Mas así como en manos de críticos jayanes y proletarios que sin respeto revuelven y trasiegan los ideales tesoros de los soberanos poetas, diríase que tales opulencias se simplifican, encogen y merman hasta la anulación, en manos del maestro de nuestra crítica las riquezas de Lope crecen, porque el maestro sabe de Lope y de sus obras más de lo que el mismo Lope supo de ellas; que el poeta no está obligado á conocer la genealogía de los asuntos que trata—¡le basta con inmortalizarlos!—el crítico y el historiador literario sí tienen esa misión, y cuando en el crítico se suman un gran polígrafo y un gran poeta de

la estética, como en nuestro Menéndez y Pelayo, las creaciones de la inspiración se completan y acrecen con las revelaciones del saber y con las especulaciones del juicio. Así en el estudio de Menéndez y Pelayo, lejos de decrecer, se agranda Lope. Mas no sale de sus términos ni rebasa sus márgenes, porque Menéndez, que tanto como á Lope, conoce á los otros dos excelsos dramáticos nuestros, sabe muy bien que nada hubo tan distinto como el genio, la obra, la misión y la personalidad de cada uno de los dioses mayores de nuestra escena clásica. Tanto, que el signo *más* que en Lope significa *extensión*, caótico exceso de elementos, imperio de la acción y de la lírica sobre los caracteres; en Tirso significará *profundidad*, selección, dominio de la realidad sobre la fantasía y de la psicología sobre la intriga, y en Calderón, predominio del idealismo convencional y de época sobre la universal verdad humana, de la intriga sobre los caracteres y de la pompa culterana sobre la sinceridad de la expresión.

Limitados estos campos y sólidamente reconstruída y documentada la biografía de Lope—cuyo desconocimiento extravió el criterio de los preceptistas —en las páginas del maestro, la crítica histórica y la crítica estética se han integrado. Conocedor, como nadie, el Sr. Menéndez de la psicología y aun de la fisiología de Lope de Vega, podía, con lógica rigurosa, deducir del árbol el fruto y del hombre la obra. Y en verdad que pocas personalidades de poetas alcanzaron á ser más grandes y tumultuosas y á verterse más íntegramente en sus creaciones. Profundamente penetró el maestro de nuestra crítica en la psicología complicada de aquel magno Lope, melancólico é imaginativo, megalómano y neurótico, insaciable de triunfos y grandezas, soñando siempre blasones y laureles, amontonando torres en su escudo y citas de filósofos y autoridades en las márgenes de sus libros; poniendo á sí y á sus *Dulcineas* «nombres altos, sonoros y significativos», solicitando elogios y sonetos de *Duques, Marqueses* y *Obispos;* asustado de desagradar á los extranjeros y codicioso de agradar al *vulgo necio;* admirado hasta la idolatría y siempre ferido de punta de envidia y de celos; teniéndose á sí mismo por «único y solo en el ingenio y en las desdichas»; mereciendo que Alarcón le llamase:

«Envidioso universal
de los aplausos ajenos»

y Cervantes: «Monstruo de la Naturaleza», y que de él dijese Tirso:

—«Que niega el habla á su amigo,
cada vez que escribe bien.»

Aquel «hombre de tantos fuegos» (1) y de tantas almas, que vivió la vida de los andantes, de los poetas, de los soldados y de los místicos—¡todo el vivir de sus tiempos!—que escribió poemas,—«Sobre las aguas, entre las jarcias del Galeón San Juan»—sirvió Excelencias, ciñó espada, vistió hábitos y corrió aventuras con ninfas de teatro y con daifas de Lavapiés; aquel hombre de

(1) Así se llamó Lope á sí propio en una de sus cartas.

alma de llama y de borrasca, desencadenado en lo erótico, arrebatado en lo místico hasta desmayarse celebrando misa; pronto siempre á escapar de la realidad por las puertas del ensueño, de la pasión ó de la fantasía, no pudo ser y no fué jamás sereno y desinteresado observador de la vida; por eso en su teatro, lo fantástico, lo alegórico, lo andantesco, lo arcádico, lo heróico y lo novelesco son *lo más,* y lo real es *lo menos;* y esto, en las comedias *de buenas costumbres*, envuelto en veladuras poéticas, y en las de *malas costumbres* hundido en lodazales de vicio. Porque Lope, aunque por su abundantísima lectura y por su no menos rica experiencia personal, érase doctor en vida humana, no nació para vivir en la serena realidad, ni para reproducirla con método y coherencia, ni menos para analizar despacio las leyes de los hechos y las almas de los hombres. Tuvo sí—oportunamente lo va notando el comentador insigne— el instinto y la presciencia de todos los aspectos y perfeccionamientos del arte, y todos los esbozó é inició en su teatro (el sentido de lo pintoresco y de la poesía realista revélase en sus escenas rústicas y villanescas; la intuición del color histórico y local y del espíritu étnico, en la patriarcal nobleza de su estilo bíblico, en el lujo oriental y militares bizarrías de sus cuadros árabes, en el prestigio de lo sobrenatural cristiano, en la abrupta grandeza de la epopeya medieval; la penetrante observación de lo externo y de lo interno, en la transcripción de costumbres y en los felices ensayos de psicología femenina); pero Lope procedía por ráfagas, por llamaradas, por relámpagos; su genio tenía los ímpetus magníficos de las fuerzas ciegas de la Naturaleza; procedía, no con dinamismo calculado, sino por empujes brutales, como el huracán y como las olas; su misión era crearlo todo y no se detenía á modelar individualidades sueltas; y si las modelaba, no se dignaba concluirlas; no era un cincelador de figuras, ni un mecánico de almas, no era retratista; era, como los grandes fresquistas italianos, pintor de multitudes; él sabía reproducir los contornos hercúleos, los escorzos miguelangelescos, las ondulaciones de marea de la muchedumbre; arrastró á la escena olas vivas de pueblo, como en *Fuente-Ovejuna,* y las hizo alentar con una misma vida y una misma conciencia irresponsable y anónima («todos á una»); él volcó en el teatro la Historia de España y casi toda la historia del mundo, la muchedumbre de las generaciones, y hasta las inventadas multitudes mitológicas, andantescas y simbólicas: eso era Lope, un creador de la dramática, un poblador de la escena; su teatro era síntesis del arte arcáico y génesis del arte nuevo, no podía ser análisis, ni perfección, ni equilibrio: él llevó toda la humanidad á la escena, tras él vendría otro que individualizase á toda aquella masa viviente. Y en ésta segura conciencia de lo que fué y de lo que no pudo ser Lope, inspírase su gran crítico desde la génesis misma de su labor ciclópea, la clasificación de aquella producción inabarcable, en la cual, si señala dos divisiones al teatro de costumbres (1) que Lope creó ó inició—como lo inició todo en el teatro español—

(1) Comedias de *malas costumbres* (las «de observación más realista y ejecución más cruda») y comedias «de costumbres urbanas y caballerescas», precursoras de las de *capa* y *espada,* de Calderón, y de las «diversas especies de comedias cultivadas sucesivamente por Tirso, Alarcón y Rojas».

no cree necesario introducir subdivisión especial para las comedias *de carácter,* pues aunque algunas de las de costumbres de Lope puedan considerarse como de carácter, «el carácter—dice el maestro—está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética».

Decir que en el teatro de Lope la *extensión* excede á la intensidad y á la profundidad, que en él «el carácter está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética»; y que «la manifestación épico-dramática es la más alta del genio de Lope», era definir desde el principio, en admirable síntesis crítica, cuanto son el genio y el teatro de Lope. El maestro estudia, desde sus fuentes, los asuntos que fueron objeto de la prodigiosa actividad del gran dramático; estudia al poeta, desde que niño aún de doce años sólo, escribió *El verdadero amante* y el *Garcilaso,* donde Menéndez descubre, con el estilo y las trazas de Juan de la Cueva, las cualidades geniales, características de Lope, que, como Hércules, domaba monstruos desde la cuna, hallándose «al salir de la escuela en posesión de la fórmula generadora de su teatro histórico, *la conversión de las rapsodias épicas en drama*». Esta era el alma poética y la raiz generadora de la obra de Lope. En ella dominan el vuelo desatado de la fantasía, el ímpetu heroico de su espíritu romántico y todo español, y la torrencial corriente de su lírica oceánica.

El curso impetuoso de la inspiración de Lope arranca no menos que de la propia creación del mundo, bordea el sagrado Oriente reflejando escenas bíblicas, vidas ascéticas, leyendas semihagiográficas, historias semifabulosas; fluye entre nieblas de ensueño por las regiones de la clásica mitología; intérnase y corre á rienda suelta por las rientes praderías de la *Arcadia* y por los prestigiosos dominios de la andante Caballería; pero donde se explaya más grandioso, donde hierve con más pujantes bríos, donde canta con más levantados tonos es en los tendidos, gloriosos campos de la épica nacional. Allí es donde Lope se revela entero, allí donde inagotablemente se prodiga; en aquellas «rapsodias épicas dramatizadas—habla Menéndez y Pelayo—con cuyos hilos de oro fué tegiendo el poeta los anales heroicos de la patria común, llevando de frente toda la materia histórica, ó tenida por tal, desde el drama que enaltece la final resistencia de los Cántabros contra Roma, hasta aquellos otros que conmemoran, á modo de gacetas, triunfos del día ó del momento, como el asalto de Maestricht, ó la batalla de Fleurus».

Todo esto escribió Lope, y todo esto ha historiado, juzgado y comentado el maestro de nuestra crítica.

Asombra la suma de erudición que significa la obra inmensa de Lope y su estudio y comentario realizados por Menéndez: los trece enormes tomos de la edición académica y los que aun restan sin publicar, rematados, como el sabio colector ofrece, por «el estudio sintético» en que ha de juzgar «la labor dramática de Lope de Vega en relación con el total desarrollo de nuestra literatura y con la historia general del teatro (1)», suponen una triple formidable

(1) Tomo II. Observaciones preliminares.

bibliografía. Para calcular aproximativamente, la suma de esa triple multitud de libros, empecemos por recordar que Lope era un insaciable bebedor de lectura: Lope lo leía todo, lo arcáico y lo reciente, lo bueno y lo malo, lo genuíno y lo apócrifo, lo sagrado y lo profano, el verso y la prosa, lo sublime y lo monstruoso, el infolio reverendo y la jácara matonesca, la Relación de la última jornada militar, ó del arribo de los galeones de Indias, la canción de ciego, el desalmado vejamen, ó la descomulgada letrilla; diríase que se sorbió toda la materia histórica y aun toda la materia legible de sus tiempos, y toda la convirtió en substancia dramática. Lope lo leía todo y Menéndez sabe, á tres siglos de distancia, todo lo que Lope leía; y esto de suerte, que puede indicarnos el volumen, la edición, hasta la página, de la crónica, del romancero, del cancionero, del ejemplario sacro, de la genealogía nobiliaria, del libro de Caballerías, de la novela italiana ó española, del cronicón apócrifo, de la gesta veneranda, del olvidado poema, de la miscelánea farragosa, de la égloga primitiva, del informe auto, del misterio litúrgico, del centon, ó de la floresta de historias y epílogos orientales de donde Lope tomó cada una de sus farsas.

Añádese á este mundo de lectura la inextricable selva de las ediciones genuinas, apócrifas ó *extravagantes* de Lope, toda la historia bibliográfica de las *quinientas* piezas conocidas del gran dramático y todos los litigios, problemas y controversias con ellas relacionados.

Y sobre esas dos ingentes montañas de libros aun hay que asentar una tercera: toda la abrumadora bibliografía de la historia y de la crítica dramática puesta á contribución por el magno polígrafo para realizar el estudio, el comentario y el juicio de la dramática de Lope. Todo ese caos ha ordenado el maestro de la erudición española; y con esos inmensos materiales ha erigido uno de los más excelsos monumentos de que puede gloriarse la crítica moderna; y esto con infalible acierto de juicio, con dominio absoluto de la materia inabarcable, y en páginas de tan alta y avasalladora elocuencia, que compiten en belleza y en prestigio con las mismas eternas páginas de Lope.

En suma, el estudio colosal de Menéndez y Pelayo completando la obra colosal de Lope de Vega, es, por su valor étnico é histórico, un pedazo de nacionalidad española; por su alcance estético, una biblia literaria; por sus insuperables proporciones, uno de los más grandes esfuerzos de la mentalidad humana.

Y esta labor titánica que requería un hombre, un sabio todo entero y que hubiese quebrado los bríos á los más atléticos luchadores intelectuales, no es toda la obra, es—¡pasma el considerarlo!—una sola de las gigantescas obras de este Atlante de las letras, del único escritor digno de eternizarse en la misma constelación gloriosa al lado del gran Lope, creador de nuestro teatro.

Blanca de los Ríos de Lampérez.

Menéndez y Pelayo y la erudición.

Hay quien admira en el Sr. Menéndez y Pelayo el trabajo de investigación. Lo que él ha averiguado y desenterrado bastaría para formar una sólida reputación. Ni un libro de las bibliotecas, ni un documento de los archivos, ni un papel escrito se ha escapado á su februlenta actividad. Nadie pone en duda que, como investigador, es el primero.

Hay quien admira en el Sr. Menéndez y Pelayo el trabajo de erudito. Lo que él sabe, lo que ha ordenado y sistematizado, el provecho que ha grangeado de sus conocimientos, basta para formar una reputación imperecedera. Nadie pone en duda que, como erudito, es el primero.

Hay quien admira en el Sr. Menéndez y Pelayo la firmeza de su criterio. Ni las peligrosas cuestiones del dogma y de la moral, con que se inició en los *Heterodoxos,* ni las intrincadas teorías de la belleza artística que expone en la *Historia de las ideas estéticas en España,* pudieron turbar un momento la clarísima visión de su inteligencia, ya al exponer, ya al definir tanta materia tratada por tal muchedumbre de autores. Esto sólo, que bastaría para una reputación resonante y admirada, coloca al Sr. Menéndez en primera fila.

Hay quien admira en el Sr. Menéndez y Pelayo al escritor primoroso y estilista, porque en él habla el pensamiento al pensamiento, sin que el lenguaje, siempre fácil y transparente, parezca un medio de expresión, sino un efluvio en que se manifiesta el calor de alma y la precisión de concepto. También como escritor es el primero.

Hay quienes admiran en el Sr. Menéndez y Pelayo la portentosa memoria que le suministra caudal inagotable; la sensibilidad exquisita que le hace apto para sentir y apreciar toda obra de arte, la voluntad perseverante que nos lo presenta como trabajador infatigable. Y en tan ricas potencias, y en el maravilloso equilibrio de las mismas, también aparece como primero.

Hay quien admira en el Sr. Menéndez y Pelayo al verdadero patriota. Sin tocar nunca en popularidad, ha hablado á todas las muchedumbres intelectuales de todos los países de la tierra, y por él ha surgido y renacido toda nuestra gloriosa literatura, el pensamiento que la informa, las formas de que se ha valido, la historia íntegra de su existencia. ¿Quién ha hecho más en este punto?

Y aun hay algo más admirable en el Sr. Menéndez y Pelayo que todas estas facultades y aptitudes, con ser cada una de ellas admirable de por sí y darse el raro caso de unirse todas en su persona. Lo más admirable que en él encuentro es... *la cantera.*

El amigo suyo, y aun el desconocido, que después de estudiar meses y años una sola materia, acude á consultarle, se encuentra sorprendido por los conocimientos que el Sr. Menéndez le suministra. Empieza á hablar con ligera incoherencia, como manantial que busca el cauce, pero, como lo halla pronto, sorprende á su interlocutor y le cuenta punto por punto, detalle por detalle,

fecha por fecha, cuanto se ha dicho, quién lo ha dicho y cómo lo ha dicho de la materia consultada. No es la sangre, es la tinta de imprenta la que corre por sus venas; es el polvo de los archivos lo que le envuelve como vínculo luminoso; es el caudal desatado de la erudición lo que fluye de su boca en cuanto rompe la presa. Y á una consulta sigue inmediatamente otra y otra, y á cada nueva demanda nueva transfiguración; y magnánimo como el potentado, y dadivoso como el que es espléndido, nadie que acude á su sabiduría y á su consejo se vuelve de vacío. Es el Sr. Menéndez y Pelayo de los que se crecen vistos de cerca.

Y si en estas notas pudiera tocar en lo personal, ya que la Providencia me lo deparó como compañero en las aulas, aun diría que hay algo más admirable en Menéndez y Pelayo que su genio y su gloria: el amigo.

JUAN LUIS ESTELRICH.

Menéndez y Pelayo romántico.

Entre las muchas obras que ha producido la portentosa actividad de Menéndez y Pelayo, la *Historia de las ideas estéticas en España* es una de aquellas cuya lectura más honda impresión me causa y más ideas me sugiere. La aparición de cada uno de los tomos que la constituyen, la he considerado siempre como un verdadero acontecimiento literario, y deseoso de reportar de ellos la mayor suma de provecho, no me he contentado sólo con leerlos detenidamente de punta á cabo, si no que las más veces he procurado trasladar al papel las ideas y juicios personales que me han evocado. Algunas de esas notas, escritas al correr de la pluma, son las que van á figurar ahora, sin mérito alguno para ello, en las páginas de esta Revista.

Entre dichas notas he elegido con preferencia algunas de las consideraciones que me sugirió á raiz de su publicación y de su inmediata lectura, el tomo V de aquella monumental enciclopedia literaria, en cuyo pórtico se lee grabado el nombre inmortal de Milá y Fontanals, honra de la Universidad catalana y de España entera, á quien el Maestro por antonomasia saludó entonces en vida con las famosas palabras de Dante á Virgilio, *Tu duca, tu signore, tu maestro,* y después de muerto, con añoranza tan grande como su modestia, con el verso de Silio Itálico al mismo poeta latino: *longe sequar et vestigia semper adoro.*

El tomo V de la *Historia de las ideas estéticas en España,* está consagrado por completo al romanticismo francés en todas sus manifestaciones. Nada más interesante que seguir paso á paso por este campo los juicios personales de Menéndez y Pelayo, sugeridos por la lectura de autores, de cuyo espíritu parecía tan apartado, sobre todo para los que le conocimos en las aulas universitarias, y sorprendimos los primeros indicios de su portentoso talento. El que comenzó su carrera de sabio desempolvando libros viejos, y con paciencia de benedictino rastreando en ellos las huellas del saber de los tiempos clásicos y de la época del Renacimiento, se nos presenta ahora en esta admirable galería de figuras contemporáneas, trazadas con vigoroso colorido, sintiendo el alma de la Musa romántica, de una manera sincera y espontánea, y hasta con simpática benevolencia perdonándole ó excusando sus desafueros, en gracia de su mágica evocación de un mundo de delicados afectos en que no había soñado hasta entonces la humanidad. Tal es la doble y curiosa faz con que se nos aparece el genial escritor montañés. Por un lado español rancio y creyente, adorador fervoroso de todas las tradiciones de la vieja España, sobre todo de la castiza de la casa de Austria, reina del orbe por el doble cetro de la cultura y de las armas; por otro, hombre de su siglo, ánimo abierto á todos los ideales y á todo generoso sentimiento, testigo imparcial de todos los tiempos, ciudadano de todos los pueblos. Por un lado sacerdote ferviente de la Venus Urania, el más ortodoxo pagano moderno, según frase feliz, no se si de don Juan Valera ó del argentino Calixto Oyuela; por otro, sin romper las aras de

sus primeros amores, ni volver la espalda á su sublime Horacio, arca santa del gusto y de la belleza, abjurando de su profesión de fe de la vibrante *Epístola á Horacio,* y de su *Carta á sus amigos de Santander,* y aceptando el que le pareció *sacrílego consorcio de griegos y teutones,* esto es, las bodas de Fausto y de Helena en la cumbre del Taigeto, con que había soñado el Júpiter de Weimar.

Por ello al recibir el libro de Marcelino—y permítaseme que así le llame, pues me dan derecho á ello treinta y cinco años de nunca entibiado afecto, nacido en las aulas, que es donde más hondas raices echan las amistades—al recibir su libro, repito, y al recorrer su índice, mis ojos se fijaron al momento con afán, en Lamartine y Víctor Hugo, los dos prestigiosos nombres que allá en los primeros días de mi juventud, fueron como los magos reveladores de la poesía, que hasta entonces sólo había sentido como una forma brillante y musical, más que como misteriosa é íntima voz de mi corazón. Tarde entró mi amigo en el sendero de los amores de la musa romántica del sentimiento y de la melancolía. A su manera él era un clásico romántico, á lo Cabanyes, que fué el que orientó su inspiración poética, de espíritu indómito y revolucionario, poco aficionado á recoger en estrofas de cincelada rima la hirviente lava de sus pasiones y afectos; pero él sentíase clásico por su educación, y lo era con cerrada intolerancia, sin conceder derecho de beligerancia á código alguno del buen gusto, ni otra ley de la armonía, que los dictados por el cisne de Venusa, *¡el rey de la lira!* En cambio algunos de los que en el aula frecuentábamos su amistad, aspirábamos con mayor fruición, pero á hurtadillas y como temiendo sus burlonas miradas, el incienso vaporoso del cantor de Elvira, en aquella edad de la vida en que todo se ve de color de rosa, y en que se dieran por un puro amor, por un sincero cariño, todo el oro, todo el poder, toda la dicha que esta misma vida encierra.

Lamartine era para mi un ídolo; por él sentía un religioso culto. Sus tomos de *Meditaciones* y *Armonías poéticas* no se apartaban de mi lado, y por más esfuerzos que hacía, las *Odas* y *Baladas* de Víctor Hugo no lograban conmoverme tanto como aquel vago sentimiento de la naturaleza y aquellas melancolías de las perfumadas tardes de primavera ó de otoño en las bahías de Italia, y de las noches serenas en el lago Bourget. Más tanto era el respeto que me infundían el saber y las preferencias literarias de mi amigo, que al hallarle entonces reservado y frío para con las mías, no me atrevía á comunicárselas. Las consideraba como una flaqueza de mi corazón, como un pecado de afeminación estética, que creí debía ocultar á aquel joven escritor, mejor diré á aquel niño portentoso, viril y enérgico en sus gustos y en su lenguaje, enemigo de todo sentimentalismo, y clásico hasta el delirio. Por esto fué mayor y más grata mi sorpresa, al recibir allá por año 1891 el tomo V de sus *Ideas Estéticas*. Pasados más de tres lustros veía aquel mismo Marcelino, hermano de mi alma, cuando tan distante le creía de ella. Lamartine y el ídolo de las mujeres y de los jóvenes, encontraba un admirador también en el corazón del apasionado horaciano. El cantor activo del *culto sublime de la forma pura*

ofrendaba las flores de su admiración ante el altar de la musa romántica por excelencia, la del dulce abandono, y el lento andar de las estrofas, la de los gemebundos y difusos cantos de dolor, la resignada, la creyente, la nostálgica de ensueños y esperanzas. Y con aquel su mágico pincel y su vigorosa plasticidad, y aquel soplo fecundante que da vida á todo cuanto pasa por su cerebro, nos hacía revivir á Lamartine con su profundidad y fuerza lírica, á tan pocos mortales concedida. Leyendo á Menéndez y Pelayo volví á sentir al dulce cantor del *Jocelyn,* del tierno idilio rústico que tan hondamente nos ha conmovido á todos en nuestras mocedades. Nuestro crítico reconoce, y no sin justicia, que un lírico de veras es un fenómeno que rara vez aparece; un lírico épico ó descriptivo á lo Zorrilla ó á lo Víctor Hugo, sin negar ni un ápice de su valor á este Titán de la poesía, ya se vé más amenudo. La realidad exterior ofrece una riqueza suma de aspectos y de fenómenos; inagotable mina de inspiración, para quien sepa explotarla. Lo no tan hacedero es sumergirse en las profundidades de nuestro espíritu, y arrancar luego una nota vibrante para cada vago quejido, encarnar en imagen toda indecisa aspiración, traducir en poesía la música misteriosa del alma. Somos mudos las más veces para expresar los íntimos coloquios del sentimiento, que solo oye esta misma alma en sus adentros, como eco perdido de sublimes armonías celestiales, y cuando se nos presenta un intérprete sagrado que los lleva á la realidad y los fija en inmortales cantos, se lo agradecemos sin tasa, con admiración profunda.

¡Hermosa serenidad y amplitud la de la crítica moderna que ha roto con todos los moldes exclusivos del arte, y acepta la belleza en sus mil encarnaciones distintas! Ella nos depara sorpresas tan gratas como las de que los dos más ilustres clásicos de la raza española en ambos mundos, Menéndez y Pelayo y D. Miguel A. Caro, el adorador de Horacio y el traductor insigne de Virgilio, coincidan en su respetuoso culto por Lamartine, de quien nos ha dado el segundo inspiradísimas versiones. Y sin embargo nada más opuesto que la índole poética del autor de las *Meditaciones y Harmonías* y del escritor montañés. Nada más distinto de la corriente plácida, la suavidad de alma, la dulce resignación de la casta musa lamartinina, que la fogosa y áspera vehemencia del indómito escritor cántabro, que con sus poesías grandilocuentes ó Lidia y Aglaya, se revuelve contra su pasión, como el héroe griego al sentir en sus carnes la túnica fatal de Neso que abrasa sus entrañas. Sus ritmos vibrantes y violentos salen desbordados de su pecho herido, con turbulenta emoción, llenos de sinceridad, ásperos y altivos, y solo nos duele que detenga aquel raudal soberbio de su pasión, rebelde á todo yugo, tal cual rasgo de filosofía platónica, ó alguna alusión mitológica, que parece contradecir el hondo fondo humano de la inspiración.

Nada más he de añadir á esta ligera impresión que apenas me he atrevido ahora á retocar. Otras páginas muy admirables y elocuentes contiene este interesante volumen; pero las he juzgado ya de un modo menos íntimo y personal. Un profundo sentimiento de admiración, tan antiguo como el de amistad, es el que principalmente me ha movido á tomar parte en el justo home-

naje que esta Revista dedica hoy al esclarecido escritor montañés. Por eso he preferido evocar en estas líneas un recuerdo personal, á estampar una impresión crítica. Ni tienen ellas otra significación que la de mostrar una vez más publicamente el estrecho afecto que me une á mi dulce amigo «desde que la suerte quiso juntarnos en aquella cátedra del doctor Milá, donde cada palabra era un pensamiento, y cada pensamiento una revelación».

A. Rubió y Lluch.

Una lección de Menéndez y Pelayo.

Voy á relatar un suceso acaecido hace ya cerca de diez y seis años, en la época *feliz* en que oficialmente fuí, en la Universidad Central, discípulo de Menéndez y Pelayo. Tal vez el maestro no se acuerde de ello; quizá algunos diputen el caso por anécdota insustancial de la vida académica. De todos modos, yo creo que la narración puede resultar interesante, porque pondrá de relieve las excepcionales condiciones pedagógicas del insigne autor de la *Historia de las ideas estéticas,* y hará recordar un tiempo en que las relaciones entre profesores y alumnos eran harto más íntimas y también harto más respetuosas de lo que, por desgracia, suelen ser ahora.

Hablaba el maestro aquel año de Tirso de Molina, y, desde la primera conferencia del curso, nos cautivaron su incomparable plan y el encantador aticismo de su palabra. Era un día de los brumosos de Enero. Habíamos entrado en clase á las tres de la tarde, para salir á las cuatro y media. Aquel día se trataba de la comedia *El rey Don Pedro en Madrid,* y el maestro discutía las atribuciones que á Tirso y á Lope de Vega se han hecho de la referida obra dramática. El maestro se *encaró* (esta es la expresión propia) con la inmortal figura del monarca castellano, comenzó á determinar su representación histórica, y pasó luego á contarnos cómo esa figura había sido interpretada en la literatura, desde Tirso hasta Zorrilla, pasando por Lope de Vega. Más que una conferencia académica, parecíanos aquello un desfilar positivo y real de personajes de carne y hueso, cada uno de los cuales vaciaba ante nosotros su alma y nos revelaba con profunda y maravillosa sinceridad los misteriosos escondrijos de su pensamiento y de su vida. El maestro se hallaba como poseído de un sagrado entusiasmo, y nosotros escuchábamos con la misma recogida y ferviente atención con que el prosélito puede oir la palabra de un enviado del Altísimo. La obscuridad, que cada vez envolvía más intensamente al aposento, el corto número de los que allí estábamos, el silencio imponente que se guardaba, todo contribuía á que la palabra incisiva y vibrante del maestro produjese un efecto más poderoso... Pero, de pronto, alguno de nosotros observó que la hora de salida iba á dar y que *Manolín,* el viejo bedel, entraría en breve á indicar á D. Marcelino que la clase debía concluir... Sin ponernos de acuerdo, surgió la misma idea en nuestras mentes, y un compañero salió á conminar al bedel con las más estupendas penas, á fin de que, por aquel día, no entrase á perturbar nuestra devoción. En efecto, la hora fatídica no fué anunciada, y el maestro, embebecido en el asunto, hablaba y hablaba, y su palabra era raudal inextinguible de ciencia y de *visión* literaria. Y la luz llegó á desaparecer por completo, y el maestro, no pudiendo ya leer en el texto de Tirso, lo recitaba de memoria, y recitaba también á Lope y á Zorrilla, y á un sin fin más, y los interpretaba y comentaba, y sacaba á luz los secretos de su obra, y el encanto de la lección tocaba en los linderos de lo pro-

digioso... Pero dieron *las seis de la tarde* y el maestro hubo de advertir lo avanzado de la hora, suspendiendo la explicación.

Y salimos de clase, silenciosos y conmovidos, absortos en las palabras del maestro, conservando el recuerdo de aquella tarde memorable, como los felices comensales del *Sympósio* platónico guardaron siempre el de los divinos coloquios de Sócrates con la extranjera de Mantinea.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

Dos cualidades de Menéndez y Pelayo.

Al gran público no le suelen herir más que los aspectos exteriores y llamativos del espíritu; en el orden intelectual, la opinión de la masa susceptible de tener opinión ó que cree tenerla, admira en el hombre, ó la fuerza poderosa de sus facultades naturales (que unas veces salta el escollo de la carencia de cultura y la finje en chispazo fugaz, por intuiciones, y otras veces se eleva á síntesis, que son el resultado de una honda penetración de los hechos), ó el «saber» acumulado, que es, en su mayoría, saber de lo ajeno, saber de lo que supieron otros. Así, las dos palabras que sirven casi siempre para demostrar aquella admiración, son las de «talento» y la de «sabio.» No hay incompatibilidad entre ellas, por supuesto; pero rara vez las dice juntas el vulgo, porque lo que le salta á los ojos es lo preponderante en cada individuo—ó lo que parece preponderante—y en ello sólo se fija. Tal ocurre con Menéndez y Pelayo, de quien lo común y corriente es alabar «lo que sabe», la erudición portentosa, no por lo extensa, sino por lo viva y actual en cada momento. Yo también lo alabo y lo estimo en todo lo que vale, que es bastante más de lo supuesto por quienes, sin percatarse de la función esencial de la erudición, la tienen como cosa secundaria en la obra de la inteligencia. Pero contra lo que, probablemente, creerán muchos, no es eso lo que más me interesa en la mentalidad de Menéndez y Pelayo, ni es así, á esa luz, como yo veo su espíritu en lo que tiene de más elevado y personal. La fuerza de ese espíritu, y el poder de atracción que tiene sobre los lectores de sus obras, emana de otras cualidades que unos perciben con toda claridad y otros no, pero que en todos obran iguales efectos. Una de esas cualidades es, á mi juicio, el corte absolutamente *intelectual* de Menéndez y Pelayo. Nunca, creo yo, ha podido aplicarse con más exactitud ese apelativo tan manoseado hoy día. Menéndez y Pelayo es un intelectual, no porque se dedique á trabajos de esa índole ni porque su habitual comercio sea el de los libros, sino porque, lo que en la vida le interesa principalmente, es la manifestación intelectiva, por que ve el mundo á través de ella, y porque la ama de un modo intenso, que le preserva de hacerla servir á ningún otro fin ajeno á ella misma. Si Menéndez y Pelayo no tuviese editores, ni lectores, ni público que lo comprendiera, seguiría estudiando y escribiendo como hasta ahora; porque él no se puso á escribir para conquistar un nombre, ni una posición, sino por necesidad irreprimible de su espíritu, que goza en nutrirse con el fruto de los otros y con el de la propia elaboración personal y que, una vez conseguida ésta, no sabe guardarla para sí, arrastrado por la exigencia de hallar la vibración simpática de los otros, que avasalla á los que aman fuertemente una cosa. Esa misma cualidad explica un hecho que el inolvidable Leopoldo Alas advirtió ya con la agudeza de su talento, cuando dijo que Menéndez y Pelayo, tan acérrimo defensor de la ortodoxia, experimentaba una alegría cada vez que encontraba un nuevo heterodoxo. Y es que á los que son como él nada hay que les encante como el

hallazgo de un pensamiento, cuanto más alto y robusto, mejor; y si pueden despreciar á los insignificantes, por insignificantes y no por contrarios, sienten en lo más íntimo la sugestión avasalladora de la fuerza del espíritu y acaban por concederle todos los honores á que tiene derecho. Muchas cosas de las que el vulgo no entiende en el Menéndez y Pelayo de hoy, quedan explicadas con esto y en esto sobre todo se explican.

La otra cualidad es el corte poético de su alma. Escollo del intelectualismo—y mayor aun de la erudición—es la sequedad. Menéndez y Pelayo no la tiene, porque en él, al lado del erudito, hay un poeta. Para valerme de la terminología de una doctrina novísima que tiene mucho de aprovechable, diré que posee, junto á la lógica de la inteligencia, la lógica de la imaginación, que es la propia de los artistas. Por eso ve la *poesía* de la historia de las ideas, de la historia de los hechos humanos; por eso reconstruye, de modo tan admirable, la vida pasada; por eso proyecta en cuadros vivos, jugosos, el saber de los hechos menudos; por eso encuentra el lazo interno que los une, como signos, que al cabo son, de una corriente ideal, que en su existencia y en su fuerza, en sus luchas por vivir y por imponerse, lleva el germen de la poesía humana; por eso también—y así se juntan las dos cualidades,—le interesan y atraen aún las manifestaciones más contrarias á sus convicciones más íntimas. Quien no sabe ver esto, quien sólo guarda el entusiasmo para una dirección de la vida y á las demás las considera como cosas muertas y sin finalidad, quien no es capaz de hallar lo bello y lo bueno que hay en todo lo humano por el hecho de responder á una aspiración que busca su camino, y no siente vibrar su alma ante el espectáculo del espíritu que tantea el paso hacia la luz, que renuncie á estudiar la historia de los hombres y, sobre todo, que renuncie á escribirla. A fuerza de erudición, no ha de conseguirlo.

Ahora y después de todo lo dicho, yo no creo haber expresado aún todo lo que comprendo en esa cualidad poética de Menéndez y Pelayo, de la que el hecho de haber escrito él versos no es más que una manifestación y no la más característica. Pero quien quiera saber lo que yo digo al decir aquello, que lea, poniendo en la lectura toda su alma, la conocida poesía á Horacio, las páginas dedicadas á Servet en los *Heterodoxos,* los prólogos de la *Antología de poetas castellanos,* el estudio sobre Víctor Hugo que va en las *Ideas estéticas,* los artículos sobre *Temas poéticos perdidos*... y *sentirá* todo lo que yo no puedo ahora decir, en gran parte, por falta de tiempo y de sosiego. Y si no lo siente, peor para él, por muy *admirador* de Menéndez y Pelayo que sea.

Rafael Altamira.

El poeta de la glosa.

Imaginad un alto poeta nutrido de historia—realidad amada de los cortejadores de la poesía, porque en nieblas de leyenda esfuma sus contornos—frente al abigarrado conjunto de una tienda de antigüedades, donde se hacinan y revuelven vestigios y reliquias de pasados siglos. Imaginad que el poeta habla, y escuchadle.

Al conjuro de su palabra, artístico ensamblaje de saber y fantasía, reviven épocas muertas. Tapices, joyas, armas y muebles nos revelan el secreto de su vida, prócer ó humilde, desdichada ó próspera, de amor ó de guerra. Y aquel chambergo de romántica pluma se inclina sobre el rostro cálido de un soldado de Breda, y este acero, que templó el Tajo y que á la luz brilla como los negros ojos de una toledana, cuelga del cinto de un capitán de Flandes, y aquella mohosa coraza, en que se quebró el sol castellano, cubre el pecho animoso de un valiente del Cid.

La mantilla de encaje, cuyo perfume haría temblar á Goya, recata la gracia manolesca de un rostro linajudo; el tic-tac del reloj, latido del tiempo, mide implacable una hora de amargura ó corre veloz y callado para un instante de amoroso deleite; los eslabones de la cincelada cadena alegran con el fausto de su oro la austera ropilla de un hidalgo del Greco; el devocionario oprime, entre la prosa mística del amor divino, el rimado fuego de la sensualidad profana...

Don Marcelino Menéndez y Pelayo es el poeta altísimo, y la tienda de antigüedades, el arca veneranda donde se custodian las joyas de nuestra literatura. ¿Y habréis de negar que al conjuro de su pluma surjen y alientan, y ríen, y aman y lloran los poetas de antaño?

No existe en los viejos cancioneros, ni en las comedias del siglo de oro, ni en los romances que del pueblo pasaron á los poetas ó de los poetas al pueblo, rima, escena, ni estrofa que no haya sido estudiada, analizada y sentida por el insigne crítico. La llama prendida en el corazón del artista caldeó el cerebro del sabio, y, por prestigio de ella, el comento amazacotado y frío, mera exposición documental, conjetura de fechas y cotejo de textos, trocose en glosa evocadora del ambiente y las costumbres, en pintura fiel, caliente y viva del autor y sus contemporáneos. Mutuo respeto guardáronse siempre erudición y fantasía, y en la ponderación y en el equilibrio de estas dos cualidades quizás estriba el mayor mérito de la personalidad literaria de Menéndez y Pelayo.

Su espíritu, rico en complejidad de sentimientos, refleja con exactitud bellezas distintas; y así, lo mismo ríe con el rojo epicureísmo de aquel Arcipreste, *donneador alegre y sabidor de todas juglerías*—su mejor evocación sin duda—que se arroba con las angélicas canciones de San Juan de la Cruz. Flexible su juicio, salta, sin temor de romperse, desde los textos bárbaros del primitivo romance hasta la prosa acicalada y pulcra de Valera. En sus comentarios á

Lope se aprende más historia que en crónicas y en fueros. Y con envidiable ondulación de criterio, llega desde La Celestina hasta Fortunata y Jacinta, desde el bachiller Fernando de Rojas al novelista moderno, que juzgando elemento novelable las vidas mediocres, ha creado la epopeya de la burguesía española.

Para Menéndez y Pelayo no tiene secretos el habla de Castilla. Habituado á la familiaridad con los grandes escritores, ama su lengua con entrañable amor. Castizos jugos ensustanciaron su pluma. Y aprendió sobriedad de los historiadores, dulzura de los místicos, y los poetas le dieron su frondosa lozanía y su brillante boato.

Como todos los buenos hablistas, pregona la excelencia del castellano, tachado con injusticia en todos los tiempos de rígido y pobre, y así como Malón de Chaide, el místico de fastuoso verbo, afirma «que no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanes, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que la tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello», Menéndez y Pelayo, encendido de entusiasmo por la aérea ligereza de la «Noche oscura del alma», prorrumpe: «No hubo abstracción tan sútil ni concepto tan encumbrado que se resistiese al romance de nuestro vulgo; sépanlo los que hoy á título de filosofía le destrozan y maltratan.» No tienen estas líneas pretensión de juicio: rebosan fervor de homenaje.

Con el insigne polígrafo, irrumpieron en el campo de la crítica raudales de poética luz. Su figura será perdurable desesperación de esos eunucos del arte, guardianes fieles de la poesía, pero que jamás con ella se ayuntan ni pocrean.

Dichoso espíritu el suyo, que vive la vida de los poetas muertos para gustar sus obras. Grande ventura la de su alma, que convierte el comento en estrofa y el juicio en canto, sin que la intuición fantaseadora dañe al recto y sabio discernir.

¡Salud, maestro! Los hombres que nos sigan en el correr inexorable de los siglos, y que amarán á otras mujeres ó llorarán por ellas, ensalzarán vuestro nombre como el del más alto poeta de la glosa: la posteridad os hará justicia. Porque nacemos para repetir inconscientes la deliciosa canción del amor, efímera en nosotros, eterna en la humanidad.—Y amor, es poesía.

Enrique de Mesa.

Menéndez y Pelayo

y los estudios de Historia del Derecho.

Digo de Marcelino Menéndez y Pelayo lo que, en ocasión tristísima, dije de mi fraternal é inolvidable amigo Ricardo Macías Picavea; el fecundo literato y maravilloso estilista, autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* y de tantos y tan preciados libros, como el genial novelador de *Tierra de Campos* y profundo sociólogo que nos legó en su testamento científico-literario el *Problema nacional,* no aparecen, para la genialidad de los intelectuales, clasificados entre los grandes jurisconsultos españoles, y, sin embargo, el uno y el otro, verdaderos polígrafos, en el sentido que nuestro tiempo puede y debe dar á esta palabra, no se han detenido confusos y vacilantes en el dintel de la Ciencia del Derecho, antes bien, han penetrado en ella con segura planta y han formulado y resuelto, con sobriedad y precisión admirables, numerosas y fundamentales cuestiones jurídicas, viendo en el Derecho «no un conjunto árido é irracional de fórmulas curialescas, sino un magnífico poema donde se refleja de igual modo que en el arte y en la ciencia el sentir y el pensar de los que nos transmitieron su sangre y la más pura esencia de su espíritu, concretada y traducida en las leyes, con no menos vigor y eficacia que en los mármoles respirantes, en las tablas animadas y en las estrofas que danzan con rítmico pie entre cielo y tierra.» ¡Hermosa identidad de dos grandes genios que parten de opuestos campos y de doctrinas antagónicas, pero que utilizan los mismos procedimientos científicos!

Pocos, muy pocos juristas, aun entre aquellos que han dedicado su poderosa actividad científica casi exclusivamente á ese linaje de estudios, han concebido la Historia del Derecho español y han determinado su modernísima orientación con la alteza de miras y la pasmosa plenitud de pensamiento que Menéndez y Pelayo en el *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia* en la recepción pública de mi buen amigo y compañero Eduardo de Hinojosa (Madrid, 1889), y pocos, muy pocos de nuestros jurisconsultos pueden ostentar los profundos conocimientos que en la Literatura jurídica patria supone el interesante cuadro de ella trazado en el portentoso *Inventario bibliográfico de la Ciencia española* (Madrid, 1889).

Hago justicia, admiro y callo.

RAFAEL DE UREÑA Y SMENJAUD.

Para el historiador de la ciencia española.

Al ingresar en la Real Academia de la Historia el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo leyó un discurso famoso, diputado por una de sus mejores obras, tratando de la Historia como Arte. Fué aquélla ocasión de lucir sus talentos singulares, discurriendo acerca de asunto interesantísimo y nuevo; y aprovechóla para exponer, con su habitual galanura, originales y bien pensadas doctrinas y demostrar de qué suerte la investigación de los hechos, sean éstos del orden que quieran, ha menester del Arte, y artística debe ser la manera de exponerlos, comentarlos é interpretarlos. Narrar acontecimientos, contar aquello que con asídua aplicación se ha descubierto hojeando pergaminos, descifrando inscripciones, ó indagando en los restos de antiguas civilizaciones, es sin duda labor meritoria; pero no constituye la ciencia, siquiera pueda ser su andamiaje y aparato externo; fáltale la relación de los hechos, necesita descubrir sus enlaces y conexiones, sus influencias mutuas y las del medio en que se producen, hasta dar con ellas y ponerlas en claro, con objeto de explicar los antecedentes de los fenómenos, reproduciéndoles en cuanto es posible, ó á lo menos tornándolos á la vida en las narraciones, si son ya pasados. De este modo procedieron, por ejemplo: Voltaire en la *Historia de Carlos XII de Suecia,* Barante en la *Historia de la casa de Borgoña,* Agustín Thierry en la *Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos,* Macaulay en su *Historia de Inglaterra,* Curtius en la *Historia de Grecia;* así hicieron muchos de nuestros historiadores de sucesos particulares de Flandes: D. Bernardino de Mendoza sobre todo y los que escribieron variados relatos de las cosas y acontecimientos de América; y es la aplicación del sistema una de las mayores excelencias de la labor copiosa y á cada punto más aquilatada y exquisita del Sr. Menéndez y Pelayo.

Materiales para ella dáselos su incesante trabajo; su no igualada erudición le ha consentido acumular riquísimo tesoro y aunque lo prodiga á manos llenas, nunca se agota; su inteligencia soberana le permite discernirlos y apreciarlos en su valor justo y su arte incomparable, el verdadero sentimiento de las cosas, es lo que le impulsa á disponerlas y enlazarlas, engarzándolas con los primores de un estilo vigoroso y magnífico, cual corresponde á la alteza de los asuntos tratados y á los talentos de quien los trata.

Bien notado es lo que digo en aquellas lecciones, en mal hora suprimidas, que Menéndez y Pelayo explicaba en la Universidad Central, cuando era catedrático de Historia crítica de la Literatura Española, en especial las consagradas á Lope de Vega y á Góngora, á los cuales acertaba á colocar en su medio, de suerte que parecían tornar á la vida; la respuesta al discurso del Sr. Barbieri en la Academia Española, que es una maravilla de arte y de lengua castellana; la contestación al de Galdós, tan hermosa y tan sincera; las conferencias del Ateneo, verdadero resumen de la historia de la cultura española, en particular la segunda de Séneca, en la cual, artista y sabio, evo-

có antigua civilización y nos hizo vivir, durante una hora, en la Roma del siglo segundo de la Era, y las dedicadas á Maimónides y Ramón Lull; en el discurso de recepción en la Academia de Bellas Artes, que es una gran obra de Arte; en los prólogos que pone á las comedias de Lope de Vega, levantando él sólo un glorioso monumento al fundador de nuestro teatro, y en el discurso que leyó en la Universidad en las fiestas del centenario del Quijote y que es por ventura el mayor homenaje tributado á Cervantes.

Nadie le iguala en este género de estudios y no hay quien haya llegado á enlazar la erudita investigación histórica y literaria con el arte más fino y exquisito, conforme él lo ha conseguido, esculpiendo hermosas ideas en soberanos párrafos de varonil y castiza prosa. Recuérdese si no el prólogo con que el Sr. Menéndez y Pelayo ilustra la comedia de Lope titulada *Paces de reyes y judía de Toledo,* que tiene por argumento las leyendas y tradiciones de la famosa Raquel, utilizadas dentro y fuera de España, antes y después de Lope, para asunto de numerosas composiciones poéticas de todo género. Indaga el sabio los orígenes, desarrollos y variantes de la fábula, entresaca sus elementos artísticos, señala los modos como fueron utilizados, la manera como el gran Lope los sintió y comprendió, llevándolos al teatro aderezados con las galas de su fantasía y añadidos de otros elementos originales, á ejemplo de la entrada del Rey en los palacios de Galiana, la soberana escena de la pesca de la calavera y el trágico final de la enamorada judía y si con aquellos elementos tradicionales y su inventiva de artista y de poeta hizo Lope una hermosa tragedia, Menéndez y Pelayo, aprovechando la obra de Lope, escribe un magnífico trozo de historia literaria, narrando con su arte peregrino las vicisitudes y evoluciones de aquella leyenda que al igual de muchas otras adquiere vida y realidad cuando el gran poeta la hace pasar, por virtud de su genio, de las Musas al teatro.

Carácter muy distinto tiene el prólogo de *Fuente Ovejuna,* en cuyo hermoso drama quiso Lope representar una transformación social de España y del cual hizo protagonista á todo un pueblo, á la multitud que en airada revuelta da muerte á su señor que la oprime y se acoge á los soberanos, ansiando recibir de ellos directamente y no de otros las leyes y ordenanzas. Admirable es el trabajo realizado por el Sr. Menéndez y Pelayo con motivo del drama de Lope y bien puede asegurarse que constituye magnífico capítulo de la psicología colectiva; rico de ideas, campean en él la galanura de la forma y el vigor de la expresión; contiene gran copia de investigaciones históricas y literarias, elevados conceptos acerca de lo que pudiéramos llamar drama social y observaciones en extremo sagaces, en particular tratando de las obras dramáticas modernas, en cuyo punto son de notar las conexiones de *Fuente Ovejuna* con el *Guillermo Tell,* de Schiller, en el que realmente es el protagonista todo un pueblo que lucha por su libertad é independencia. Y no debe extrañar que tenga semejante abolengo el drama del poeta alemán, sabiendo que le eran conocidos nuestro teatro y nuestra literatura. Estos ejemplos bastan, sin acudir á la magna obra de la *Historia de las ideas estéti-*

cas ó á la monumental *Bibliografía hispano latina,* para demostrar como, siguiendo el camino que se trazara en el discurso de la Academia de la Historia, Menéndez y Pelayo, en todos sus trabajos, sabe unir sus cualidades de sabio é investigador, á sus dotes de artista y de seguro es el mayor que en España tenemos. Al igual de Goethe, piensa que Arte y Ciencia son ramas de un mismo tronco, que nacieron á la par y crecieron separadas; pero allá en las superiores regiones de su pensamiento, llegan á encontrarse y se confunden en estrecho abrazo de hermanas, para no separarse nunca.

Obsérvase la misma nota en uno de sus más eruditos libros, que empieza siendo obra de controversia y trabajo de juventud hecho para la polémica, y termina con un catálogo que es compendio del desarrollo de la cultura científica nacional en todos los órdenes y disciplinas. Me refiero al libro de *La Ciencia Española,* que ha sido, respecto de la obra total de Menéndez y Pelayo, á modo de programa, que alcanzó mayores desenvolvimientos en las memorables conferencias del Ateneo referentes á *Los grandes polígrafos españoles.* Sin pretender añadir ni una tilde á obra con tanto acierto dispuesta y con tanta ciencia escrita, voy á permitirme exponer, con motivo de ella, algunas impresiones muy personales.

Dedicado toda mi vida al estudio de las ciencias naturales, dolíame en extremo no encontrar nombres españoles unidos á sus grandes doctrinas, ni á sus peregrinos descubrimientos y esto contrastaba con la viveza del ingenio y la poderosa inventiva, atribuidas de ordinario á nuestros más esclarecidos varones. Contados llegaron á mi noticia y los que conocía parecíanme tan singulares en el pensar y tan intrincados en la expresión de los conceptos, que casi nunca, y eso á duras penas, acertaba á encajarlos en las doctrinas científicas correspondientes á las épocas en que vivieron. Me maravillaba, tocante á la Alquimia, que era el objeto de mis investigaciones, no encontrar por ninguna parte estupendas muestras de la tan decantada fantasía española, que dicen heredada de los árabes, ni casi alquimistas que el nombre de tales merecieran; astrólogos y nigromantes tampoco parecían, ni grandes matemáticos, ni físicos experimentadores, ni siquiera naturalistas de profesión; bien es cierto que yo indagaba noticias de casa en libros extranjeros, por lo general ignorantes ó mal enterados de ellas. Recuerdo todavía, y ya van años de esto, la impresión que me produjo la primera lectura de *La Ciencia Española;* como despertó, á la vez, mi patriotismo y mis aficiones y de qué modo fué estímulo para hacerme emprender investigaciones en el mismo orden, en las que es Menéndez y Pelayo mi guía y maestro, á quien debo cariñosa gratitud por lo que en su libro he aprendido; pues el mismo que con su *Epistola á Horacio,* despierta el amor á lo clásico é impresiona refiriendo en sentidos versos la horrible galerna, es al que he acudido para indagar cosas de Alquimia en España.

Parece raro que el autor de aquellas artísticas disquisiciones de los prólo-

gos y notas de la *Antología de poetas líricos castellanos,* sea el mismo rebuscador de traductores de Cicerón y Julio César y que la misma pluma que escribió aquel capítulo de la música en la *Historia de las ideas estéticas,* haya escrito acerca de los predecesores españoles de Kant, la que dió á conocer la célebre *Antoniana Margarita,* de Gómez Pereira, la que comentó á Ramón Lull y al gran Arnaldo de Vilanova, la que trazó las semblanzas del Canciller Ayala y el Arcipreste de Hita, la que hizo vivir, con no igualado encanto, á los personajes del Quijote; que de tal modo se juntan las mejores cualidades del sabio, del erudito, del literato, del historiador y del artista, para determinar la personalidad de Menéndez y Pelayo, cuya labor, cual no hay otra tan fecunda y copiosa, es ante todo una obra patriótica.

Es sabido que aun siendo general patrimonio de todos el conjunto de la ciencia, en cada país tiene sus notas ó caracteres especiales, lo cual quiere decir que el pensamiento científico y también los propios modos de investigar sienten las influencias del medio y á ellas acomodan sus desarrollos y desenvolvimientos. Merced á esto, la filosofía española, conforme lo ha demostrado cumplidamente el Sr. Menéndez y Pelayo, tiene por carácter dominante el sentido armónico, y añadiré de mi cuenta que lo poco apropiado al medio en los tiempos pasados es quizá la causa de que haya en España tantos iniciadores de sistemas y doctrinas científicas, cuya obra quedó aislada y nadie se cuidó de proseguirla, y vale citar el trabajo del maestro Pedro Sánchez Ciruelo acerca de los polígonos estrellados, que permaneció olvidado hasta el de Laplace. No faltaron en España investigadores famosos, muy adelantados á su tiempo, como el médico toledano Francisco Hernández, quizá el primero que se ocupó en la Historia Natural de América; pero sus obras y sus ideas no tuvieron apenas eco, y sólo á los principios del siglo XIX, el gran Decandolle tuvo una palabra de elogio y de adhesión para sus asombrosos descubrimientos botánicos; y el caso no es único, que varios importantes podrían traerse á cuento para demostrar cómo muchas ideas y doctrinas científicas, llegadas ahora á la plenitud de su desarrollo, en España fueron iniciadas y aquí tuvieron sus precedentes y sus comienzos.

Quien indague las causas de ello, pronto ha de encontrar explicado el porqué no se desenvolvieron en el medio en que habían brotado: fueron simiente arrojada en terreno impropio; nacía y no podía convertirse en lozana planta, puesto que en España no tenían ambiente propicio ni las teorías científicas ni otra ciencia que no fuera la de aplicación. Así son nuestros geómetras, como Herrera en el *Discurso de la figura cúbica,* y sólo de la utilidad práctica ocúpanse, Martín Cortés al demostrar que el polo terrestre y el polo magnético no coinciden, y Alonso de Santa Cruz inventando las cartas esféricas, y Medina con su Arte de Navegar, conforme eran prácticos de mucha cuantía los que trataban en el beneficio de los metales y buscaban sus vetas y con raro acierto las explotaban, sin preocuparse absolutamente nada de la transmutación de los metales, ni de las influencias planetarias que en los senos de la tierra pudieron originarlos, mediante perfecciones sucesivas de la materia corrup-

tible, hasta convertirse en la materia incorruptible del oro, conforme al credo de la Alquimia.

Fueron semejantes tendencias el origen de gran copia de procedimientos metalúrgicos y los principios de la Metalurgia, que bien podemos decir que es una ciencia española. Habida cuenta de la abundancia de minerales de todo género, algunos de extraordinaria riqueza metálica, cuando no eran metales puros nativos y de la antigüedad remotísima de la explotación de muchos de ellos, como el oro, la plata, el cobre, el plomo, el estaño y el azogue, se comprende que no habían de ser numerosos los adeptos de la piedra filosofal y los aptos escrutadores del arte transmutatorio, y no me equivoco asegurando que D. Enrique de Aragón, al cual dan fama de haberlo sido y muy hábil, poseyó un solo libro de Alquimia, en el que lo más interesante es un método para obtener la plata mediante copelación. Conviene traer á cuento el origen español del horno primitivo de boliche, que tantas perfecciones ha tenido en el transcurso de los tiempos, y también diré que nuestras leyendas y tradiciones del oro nada tienen que ver con las leyendas y tradiciones alquimistas; decían del Valle del Oro, en la provincia de Lugo, que era llamado así porque su tierra aurífera constituía un presente de los dioses y el arado no podía profanarla, y el túnel de Montefurado es sólo colosal obra romana de minería, hecha con intento de desviar el cauce del río Sil y poder beneficiar mejor el oro de sus ricas arenas, y la leyenda atribuye á origen milagroso la atrevida perforación de la dura roca.

Resulta que la variedad y abundancia de metales era general y numerosos los medios positivos de extraerlos de la tierra, y así no fué menester practicar operaciones alquimistas para transformarlos y perfeccionarlos, creando en ellos verdadera materia metálica, labor ociosa donde la había ya formada y de calidades tan superiores como el oro y la plata, y el suelo español ofrecía generoso, á los entendidos en las artes metalúrgicas, desde el metal gris y blando, consagrado á Saturno, hasta el perfectísimo que, mediante las directas influencias del Sol, había sido formado, y el que es rojo, como Marte, y el que procede de la Luna, y el que á Venus estaba consagrado, junto con el de Júpiter, y también aquel vivo argento, que era de Mercurio, y argentino y brillante, corría líquido de rojizas piedras. Poseyendo tal riqueza, que por ser considerable y no agotarse, aun explotándola de continuo, á lo que se debe el haber concedido á las piedras y minerales metálicos la facultad reproductora al igual de los animales y de las plantas, no había para qué buscarla indagando la piedra filosofal y todas aquellas otras zarandajas, objeto final de las operaciones de la Alquimia, pero tan mal avenidas con la realidad de la extracción y aplicaciones de los metales.

Generalmente, los que en cosas de filosofía natural trataron tuvieron muchas veces algo más que puntas y ribetes de doctrina alquimista, y es achaque del cual nadie se libró, porque sus teorías trascendieron fuera del campo de las especulaciones positivas ó, como si dijéramos, experimentales, invadiendo otros y extendiéndose á influir en cuanto se refería á interpretar el

origen, desarrollo y relaciones de las cosas naturales. No estaban tampoco exentos de semejantes influencias los mismos metalurgistas prácticos, ni se libró de ellas el propio Alvaro Alonso Barba; pero aquí más correspondieron al lenguaje que á las ideas. Valiéronse mejor de la Alquimia otra suerte de ingenios, cuya raza no se extingue, habilísimos en las artes de las falsificaciones: son los que sabían de la reduplicación del oro y podían hacer de una moneda dos iguales y del mismo valor de la primitiva, ó imitar el metal, de suerte que no era conocido de los mismos artífices que habían de trabajarlo, aplicándolo á diversos usos, y á tanto llegaban estos fraudes, que en Estados cristianos se concertaban pagos en moneda árabe después de dos siglos de no haber allí moros, y la moneda de oro de otros era rechazada por falsa y se mandaba no admitirla en las ordenanzas de famosos puertos y afamadas Casas de contratación extranjeras.

Sólo estos apuntes, resumen de investigaciones llevadas á cabo durante mucho tiempo y cuyos pormenores en gran parte tengo publicados, demuestran el carácter de la ciencia en España, que ha sido constantemente práctica y de aplicación en todos sus desenvolvimientos, y en ello es parte muy principal la influencia del medio, conforme se prueba examinando el conjunto del desarrollo admirable y no igualado que tuvo el *Arte de los metales,* cuyas tradiciones y prácticas vienen de remotísimos tiempos. Para formar tal criterio, sirvióme á maravilla el admirable libro del Sr. Menéndez y Pelayo, y él ha sido también el que impulsó mis indagaciones relativas á nuestra historia científica; y bien quisiera, al rendirle aquí el debido homenaje de respeto, de gratitud y de amistad, poseer su ciencia y tener su arte, que entonces mis palabras serían forma adecuada de sentimientos muy hondos y verdaderos, testimonio de acatamiento al que es pura gloria de la ciencia española.

José Rodríguez Mourelo.

Mi ofrenda.

Nosotros, escritores legos, no aspiramos á definidores de dogmas ni á doctores de ninguna iglesia; nos contentamos con ser atentos observadores de la realidad, cronistas sinceros de la vida y de las costumbres, y alguna vez pensadores sagaces, que al igual de los grandes historiadores de los pueblos, debemos estudiar los sucesos y los hombres desde un punto de vista elevado, comentarlos con la más serena imparcialidad y tener como hijos de nuestro tiempo un concepto particular acerca de Dios, de la Naturaleza, de la ciencia, de la religión, de la moral y del arte; problemas eternos, sinceramente renovados, que se presentan, inevitablemente, en cada generación y á toda poderosa inteligencia bajo un nuevo aspecto. Somos, pues, por desdicha, los que podemos disponer del gran caudal de ciencias y disciplinas varias que serían precisas para avalorar y justipreciar como se merece la obra enorme, compleja y dilatadísima del ilustre maestro de las letras contemporáneas. Esa interminable serie que empieza con la *Historia de los heterodoxos españoles, Odas, epistolas y tragedias, Horacio en España, Calderón y su teatro, Estudios de crítica literaria,* y continúa sin interrupción con la *Historia de las ideas estéticas en España, Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española, Antología de poetas hispano-americanos, Cervantes y el Quijote, Antología de poetas líricos castellanos* y los curiosos y magníficos estudios sobre el teatro de Lope de Vega, con lo demás que no traemos á cuenta, requiere para su examen y apreciación una inteligencia tan lúcida y armónica como la de D. Juan Valera ó tan sutil y originalísima como la de Taine. Y aun cuando poseyéramos la fuerza de concentración del propio maestro aquí alabado, no sería fácil ni hacedero resumir en estas breves páginas las opiniones emitidas por los críticos contemporáneos, empezando por la de don Juan Valera.

Dice así la única cita que me atrevo á intercalar de este último por su brevedad y substancia: «Yo celebro, á par de la mayoría de los españoles aficionados á las letras, la erudición asombrosa del Sr. Menéndez. En su memoria guarda un inmenso tesoro de saber, bien clasificado y ordenado. Apenas habrá literatura que él desconozca, y de todas se diría que ha leído y estudiado las obras maestras en los textos originales: en hebreo, en griego, en latín y en los principales idiomas de Europa, de los que sabe al menos lo bastante para entender y traducir cuanto en ellos se escribe. Pero aún más que todo esto, admiro yo en el Sr. Menéndez la perspicaz agudeza con que penetra en el hondo sentido de las cosas, el dichoso tino con que las expresa luego, y la inspiración y el arte de eminente escritor de que en tan difícil empeño hace gala.»

Cuanto dice el insigne Valera parecerá lo bastante, aunque en realidad y según se considera la patriótica y elevada intención de esta obra de cultura, casi parece poco. Me explicaré: hay que tener presente que al leer con la de-

bida atención los varios volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas en España,* os hallaréis con la historia general ó poco menos de la literatura griega, latina, francesa, inglesa y alemana, es decir, que es como si tuviérais una historia de las literaturas comparadas. Si recorréis las admirables páginas de los diversos prólogos que preceden á la *Antología de líricos castellanos,* podréis saborear una historia social y política de la España de los siglos XIV y XV, llena de felicísimos rasgos, al propio tiempo que la de los poetas líricos que florecieron en aquella época. Si volvéis los ojos á los tres volúmenes de la *Ciencia española,* tropezaréis igualmente con la historia crítica de los filósofos ibéricos, amén de un nutrido índice del movimiento científico ó de toda la intelectualidad española como diríamos hoy, de las pasadas centurias. Y así por el estilo, puede asegurarse que una obra del Sr. Menéndez y Pelayo, por su trascendencia, por su mucho jugo, por su intención y por el arte superior con que se realiza, representa el valor histórico y literario de unos cuantos libros que habriais de leer seguramente, uno tras otro, sin sacar la substancia y la médula que sacaríais de aquella primera con mayor satisfacción de vuestro paladar.

Quiero indicar con esto, que el estilo brioso, claro, castizo y amenísimo con que el insigne maestro cuenta, discute, prueba y rebate los errores, viene á ser un estímulo poderoso para el lector, que le sigue encantado y convencido hasta la última página.

Mi autoridad literaria es muy pequeña, pero mi probidad es grande; y puedo asegurar bajo mi palabra, sin recurrir á testigos presenciales, la enorme impresión de una antigua lectura. Por consejo de un amigo á quien estimo en lo que vale por su cultura y buen gusto literario, empecé á leer con detenimiento la Estética de Hegel, una de las mejores que conozco, y que puede recomendarse sin remordimiento de conciencia á ciertos idólatras de las escuelas literarias de Francia. No es ciertamente un epítome ni un manual para la preparación del bachillerato esta famosa Estética de Hegel, y hay que armarse de un poco de atención y de paciencia. Bastante tiempo después, creo que dos años, llegaba el turno de mis lecturas al tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas,* y en los comienzos del volumen I me encontré con el estudio que el autor dedicaba á la Filosofía y Estética de Hegel. Y entonces vi claro: ¡qué portentosa manera de exponer, de condensar, de transcribir y reducir á breves y substanciosas páginas el pensamiento todo del escritor alemán, sin omitir el menor detalle ni la más nimia idea que pudiera deslucir ó falsear el maravilloso conjunto! Yo, que lo había leído de cabo á rabo, pude admirar y saborear como el que más la labor concienzuda y segura del maestro, que es muy capaz de reducir una biblioteca de diversos autores á media docena de volúmenes con sus correspondientes notas.

Porque es preciso, en efecto, llevar en el cerebro y en la memoria prodigiosa toda una biblioteca, como la lleva, á no dudar, el autor de la *Ciencia Española,* para hablar, comentar, discutir y condensar en seis ó siete libros la historia de las literaturas y en parte de la filosofía contemporánea de Euro-

pa. Digna de encomio y de alabanza es esta labor del poeta, del literato, del crítico, del filósofo, y, sobre todo, la del entusiasta y amante de las glorias intelectuales de España. Cierto que esta labor no habría de llevarse á cabo sin suscitar enojos, sin procurar polémicas, sin encontrarse de frente con la inmensa legión de los rutinarios, de los iconoclastas, de los sectarios, de los que no ven en ciencia, en arte y en filosofía más que al través de las antiparras francesas ó alemanas. Son muchísimos, por lo que vemos y oimos, los que por incuria, por abandono, por ignorancia y por el influjo de las ideas prestadas, desconocen la portentosa riqueza de nuestras letras y nuestras artes, la talla realmente gigantesca de algunos de nuestros pensadores que formaron escuela, y la labor original, fecunda muchas veces, de nuestros hombres de ciencia. Por lo tanto la del Sr. Menéndez y Pelayo, que es labor de verdadero patricio, debe obtener su mayor recompensa el día de mañana.

Cuando la patria vuelva á recobrar su pulso, en un cierto sentido, no la pulsación de la vida, pues ésta jamás ha de perderla, sino la que prueba y confirma esa enérgica y soberana voluntad que desea obrar, luchar, sucederse en todas las direcciones, y recabar para su alta personalidad la independencia necesaria; entonces, á no dudar, colocará á su derecha á los hijos predilectos que supieron glorificarla en los tiempos difíciles y les hablará á las generaciones jóvenes y viriles:

«En horas de desaliento, corroida por una anemia espiritual, mil veces peor que el virus más ponzoñoso, empobrecida por innumerables guerras, fatigada por los disturbios continuos y las luchas estériles, llevada de desastre en desastre por la ceguedad y el egoísmo de todos, sufriendo el agobio de esas fatalidades históricas que parecen inexplicables á los ojos de los contemporáneos, dudando ya de la propia vitalidad como un pobre enfermo desahuciado, solicitando de los extraños y aun de mis enemigos la aprobación de actos que debía esperar únicamente de mi conciencia, en medio del mayor aislamiento y abandono, aún pude hallar un día hijos agradecidos, que recordaran á los tibios y desafectos los nombres de aquéllos preclaros varones por cuyas obras portentosas, por cuyas empresas heróicas, fué pronunciado siempre mi nombre con respeto, con admiración, con simpatía, lo mismo en el continente europeo que al otro lado de los mares.»

Y uno de estos hijos predilectos que la madre España recomendará con mayor eficacia al fraternal afecto, á la calurosa simpatía de las generaciones jóvenes y viriles, será seguramente el ilustre autor de la *Historia de las ideas estéticas,* D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Y aquí terminan estas líneas improvisadas que no pretenden juzgar, ni aun siquiera esbozar una de las personalidades más prestigiosas de nuestros días, porque estas líneas no pueden ser otra cosa que una modesta ofrenda.

José M. Matheu.

Menéndez y Pelayo y la patria.

Padecemos los españoles el vicio de la imitación, vicio de esclavos: la marca extranjera, en todos los órdenes, se luce con alardes. Lo castizo, lo de la cepa hispana se desprecia: esto es cobardía. Así somos un pais de eunucos: los eunucos no crean.

Ved quienes, en todas las manifestaciones de la vida, son los consagrados, arrancan admiración á los más: los que traicionan el *ser* español, los que visten—el cuerpo, el alma, el arte, la política...—á gusto exótico. Mirad los que mantienen encendida la lámpara del neto españolismo: cruzan ignorados por entre la multitud; hacen su labor, su labor de patria, silenciosamente: un vítor, una voz de aliento no los anima, no los conforta.

Alguna vez el espíritu patrio quiere manifestarse y busca un hombre en quien encarnar su ansia de vivir diferenciándose: encuentra un político ó un guerrero. Examinad la historia, y hasta la Constitución del 12 encontraréis que España sólo se conmovió con proezas de sus caudillos; después, durante el siglo XIX, el político-orador venció al general. Guerrero que sólo fuese guerrero hubo Méndez-Núñez, vencido en el sentimiento popular por un matador de toros. O'Donnell y Prim debieron casi tanto, y Espartero debió más, su nombre al brillo de la política que á las glorias de la guerra. Políticos sólo, ¡cuántos y cuántos! Ahora igual.

Y puede ser el político, puede ser el general victorioso, el patriota, el que haga latir el corazón de las gentes. Pero hay quien tiene más derecho al amor de las muchedumbres, al amor de todos: el que hace patria sin consumirla en la fiebre de la lucha de pandillaje, sin debilitarla en tristes días de sangrientos choques.

***

Como veinte siglos ha el Covadonga del territorio, hace falta el Covadonga del espíritu español; que en las ondas infectas de un terrible Guadalete pereció cuanto de España hablaba y de su brío gigantesco y de su fuerza creadora. Unos pocos juntan sus alientos alrededor de un hombre; y allí, donde ellos, donde él infunde energías, tienen que correr, han de agruparse los que quieran ver á la patria resurgir cegadora de luces de las cenizas que se inflaman, á través de los siglos, cuando pasa sobre ellas el espíritu español.

***

Hay que hacer patria: lo que consideramos patria es un andrajo de nación.

Para hacerla hay que fundir las almas en una idea, en un querer; y para que las almas se fundan es imprescindible iluminar las inteligencias, fortalecer los corazones, ahuyentar de todos la cobardía que nace de la duda en el poco valimiento. Esto no se consigue mejor que hablando del alma española de otros siglos: ¿Fué grande, fué espléndida en derroche de todas las gallardías?... Pues ¿por qué no ha de volver á serlo? ¿Por qué llorar la desesperanza de su resurrección?

...Esa es la gran obra de Menéndez y Pelayo. Por eso lo más grande que hay en él es el patriota, patriota con el cual ninguno es comparable; ni Galdós, ese otro excelso espíritu, tallado en la roca ingente de la clásica española.

Menéndez y Pelayo, con paciencia suya, con saber y arte suyos, con inspiración soberana, penetra en las inmensas catacumbas del pasado español y saca á luz tesoros de sabiduría, de fortaleza, de voluntad; pone delante de los ojos de los espíritus acobardados lo que fueron nuestros antecesores y porqué lo fueron, y enseña que podemos llegar á ser tan grandes si bebemos en nuestro vaso y cultivamos nuestro huerto sin rendirnos á la sed ni doblar la cerviz á la fatiga del trabajo. —¡Confianza y labor!— grita el maestro á los que se tumban en el surco del temor y de la holganza.

Eso es hacer patria mejor que con grandilocuencias políticas, mejor que con estampidos de cañones y flamear de banderas al viento gemebundo de los combates.

Nadie como Menéndez y Pelayo influye en la intelectualidad española que, á su vez, transmite á las últimas capas de la nación las enseñanzas del maestro, predicador de que nuestros antepasados hicieron grande á España porque eran grandes, y fueron grandes porque cumplieron su deber, no desdeñando sistemáticamente lo de fuera, pero arreglándolo al modo de casa y manteniendo incólume el trabajo. Ni místicos, ni guerreros, ni poetas, ni navegantes... ni especialmente aquellos insignes procuradores de Castilla, despreciaron en su labor la veta nacional, inspiradora de todos; así fué cabal en su juicio cada uno, y así, á diapasón, las almas entonaron el himno gigante de la grandeza española.

***

Menéndez y Pelayo influye entre nosotros.

¿Fuera? Fuera son sus trabajos de cíclope el fuego español que alimenta el horno en que se confunden las llamas del saber universal.

Fuera, en altos estudios, Menéndez y Pelayo es la genuína representación de España. ¡Por él se conoce á la Real Academia Española, esa Academia suicida, que se puso el *inri* rehusando su dirección!

Es Menéndez y Pelayo un férvido patriota que no ha de matar con una ráfaga de su enojo la vida, robusta sólo por él, de la Academia Española, la luz con que contribuye España al sol de la sabiduría del mundo; pero, á querer, no traspusiera el nombre de la Academia los estantes de algunos escritores, y el espíritu español, que aún vibra en él poderoso como en mejores tiempos, extinguiérase.

Siempre quedaría, siempre quedará el colosal trabajo *Obras de Lope de Vega,* que inmortaliza el nombre de Menéndez y Pelayo, pronunciado con respeto muchos siglos después de no habérsele podido ocurrir á nadie que tuviera el grande hombre una enemiga taifa de enanillos microscópicos, de atomísticos pigmeos...

J-A. Galvarriato.

La Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander.

Aunque esto ha sido un secreto hasta el día de hoy, no creo que porque yo le quebrante ahora hayan de quererme mal mis paisanos; lo mejor que tenemos en Santander es la biblioteca del Sr. Menéndez y Pelayo. Ya está dicho á los cuatro vientos; huelgan, pues, los tapujos. Por cautos y recelosos en demasía, muchos santanderinos (no todos ciertamente) se guardaban bien de decirlo á los forasteros, temerosos de despertar codicias de extraños. Prudentemente ponían por delante el edificio del Banco Mercantil y la manzana del Café Suizo. ¿Pues no es mejor—vengamos á cuentas—que yo les releve de este disimulo engorroso?

La biblioteca del Sr. Menéndez y Pelayo no está situada en el barrio más populoso y movido de la ciudad, no sobre la gran arteria que la atraviesa; sí cerca de ella, en un remanso silencioso y tranquilo. Está en mitad de un jardín. Debieran estar como ella todas las bibliotecas ¿no es cierto?, cada cual en el suyo. Está sola y aparte; no se enlaza por ningún lado con los afanes y el vaivén de la vida. Isla dichosa para el espíritu, lugar de refugio, santuario de la esquiva, abstraida y austera Palas. Sugiere el recogimiento y le impone. Voz íntima, de invencible atracción, tiene para el hombre de estudio; rechaza implacablemente al profano.

El edificio no es lo principal en este monumento; pero tiene interés y fisonomía. Conviene, pues, que se sepa que consta de tres naves, y que la del medio es más ancha, más alta, más clara y más hospitalaria para el visitante estudioso que las otras dos. La luz invade el recinto por vidrieras espléndidas, situados en lo alto; dos enormes mesas de nogal ocupan el centro; en derredor, sin dejar más hueco que el de las puertas que dan paso á las salas laterales, los estantes suben hasta la bóveda. Los más bajos se sirven desde el suelo; dos escaleras y un balconcillo en cornisa dan acceso á los superiores.

De las salas laterales, la una, la del Norte, es el vestíbulo; en ella está la puerta de cristales que comunica con el exterior; los volúmenes que pueblan sus estanterías son obras las más de ellas de gran bulto y de escaso valor bibliográfico; largas colecciones de revistas, de periódicos, de actas de sociedades literarias; diarios de sesiones parlamentarias, anales, etc., etc.; libros de información y no de doctrina. La sala del Sur es, en cambio, el arca del tesoro. Allí están los códices preciosos, los ejemplares rarísimos. En ella, al ángulo S. O. del edificio, separado de lo restante por una puerta, está el estudio del Maestro. Le veréis siempre revuelto y en desorden; libros apilados, cuartillas, pruebas de imprenta, cartas, sobres, tarjetas, plumas partidas, tinteros que se desbordan... ¡una leonera intelectual! Tiene su puesto insigne en el mapa literario de España. Salieron de allí los prólogos de «Lope», los de la «Antología», la historia de la novela... ¡Chitón!...

Sería difícil ¡muy difícil! dar justa idea de la riqueza de esta biblioteca aun disponiendo de espacio conveniente; en un artículo breve se hace impo-

sible. Ha habido y hay en España muy pocas bibliotecas particulares que puedan compararse con ella. Barcelona, por la del Sr. Bonsoms; Valencia, por la del Sr. Serrano y Morales, y Sevilla por la del Sr. Duque de T'Serclaes, entiendo que son las únicas capitales que pueden hoy competir con Santander en este respecto. La que fué del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros (¡desterrada en América por desgracia!), completa el número de las grandes bibliotecas privadas de literatura é historia patrias que hay en el día de hoy: ¡cinco en total! Ni en el pasado abundan tampoco. Podemos recordar de momento la de Böhl de Faber, la de D. Agustín Durán, tan rica en teatro y poesía lírica, la del marqués de la Romana, la de Gayangos, la de D. Serafín Estébanez Calderón, la de la casa ducal de Osuna; la de Salvá y quizá la de Usoz y Río, copicsa en obras rarísimas de heterodoxos españoles y única en este ramo. Alguna pudiera ser que olvidásemos; mas no seguramente una docena. Otras cuya fama sonó entre el vulgo las omito á propósito porque no merecen mención al lado de las que cito.

Volvamos á Santander, á la calle de Gravina. Procediendo por grandes grupos, nos fijaremos primeramente en la sección de la novela española. Es de las más notables. Libros inauditos y peregrinos se ven allí en ediciones originales. Descuella entre todos la colección completa de las ediciones del *Palmerín de Inglaterra,* incluyendo la castellana, de la cual, en efecto, se conocen dos ejemplares: el del Museo Británico y éste del Sr. Menéndez y Pelayo.—La poesía lírica castellana está representada soberbiamente por las más inasequibles obras y ediciones. Allí los cancioneros de Amberes de 1557 y 1573, el cancionero de romances de 1555, el cancionero de Sepúlveda, de Amberes, de 1580; allí los romanceros generales de 1604, de 1614 y la segunda parte del de Miguel de Madrigal de 1605. Los inteligentes conocen bien el valor de estas joyas. Si hablamos de teatro, aquella inacabable colección de comedias de todas las épocas de nuestra escena nacional, causa maravilla. En este ramo, aparte la cantidad inmensa de materiales recogidos de todas partes por el infatigable bibliófilo, han venido á parar á esta biblioteca en su mayor parte las riquezas que en las suyas acumularon pacientemente Cañete, el marqués de Valmar y D. José Sancho Rayón.—La sección de filosofía española es asimismo digna de atención especial. Allí, por ejemplo, se admira una colección muy completa de ediciones lulianas, entre ellas la de Maguncia. Antiguas y raras ediciones de Averroes, de Maimónides y otros pensadores ilustres españoles la hacen digna compañía. Brilla entre todas estas preciosidades la *Antoniana Margarita* de 1554, de Medina del Campo.—Pasaremos como en volandas por las literaturas clásicas, de que existen muchos libros muy buenos, principalmente de humanistas españoles; por las cuatro literaturas modernas: alemana, inglesa, francesa é italiana; por la época moderna de nuestra propia literatura, tan opulenta; por la sección de historiografía española, que es curiosísima; por la de libros viejos de ciencia, donde se hallan tantas cosas extrañas; por la sección de bibliografía; por los libros de música; por las ediciones y traducciones de la Biblia... ¿Y nada he de apuntar de los

códices preciosísimos? De todas las variantes de la *Crónica general* de D. Alfonso el Sabio hay algún ejemplar manuscrito. Uno hay, hermoso en extremo, de la primera y original redacción, en vitela, conservado primorosamente. Otro hay bilingüe, parte en castellano y parte en gallego, de otra redacción posterior. Códice hay y admirable ¡y de qué rareza! de la *Crónica Troyana;* códice de la *Grande é general estoria;* códice de gran mérito de las *Ordenanzas de Madrid Alcalá...* Seguiría, pero ¿á qué más?

Y esta biblioteca rica y selecta, cómoda, silenciosa, inundada en luz, recogida, con todas las excelencias apetecibles, tiene además (y en esto se aventaja infinitamente á sus similares) un alma viva y propia que habita en ella, un *demonio interior* que la posee... ¡Me habéis comprendido! Veréis en otras bibliotecas que el estudioso busca sus libros, aquí al contrario: los libros se salen ellos mismos de sus estantes y se le ponen delante al hombre estudioso. ¡Y aunque él no los conociera! es lo mismo. ¡Y aunque él sospechara de su existencia! Ellos le aciertan lo que desea, se le adelantan, se le ofrecen abiertos por las páginas convenientes. Lo que no halle allí todavía—(¡torpes que somos!)—tiene el recurso de preguntarlo. Le contestará una voz conocida... conocida y venerada en España entera.

No es extraño de ningún modo que quien ha gustado algún día de tan raros y valiosos trabajos, conserve recuerdo largo de la biblioteca de Santander. Acerca de esto pudieran explicarse en distintas lenguas ilustres eruditos contemporáneos. He tratado allí á varios de ellos y puedo atestiguar de sus impresiones. Sé que han de volver si pueden. ¡Es tan fácil allí ser sabio!...

José R. Lomba y Pedraja.

Gajano (Santander), 15 Diciembre.

Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.

En Santander (barrio de la Florida, calle de Gravina) tiene el insigne polígrafo, según muchos saben en medio mundo, su magnífica Biblioteca, y bueno sería que pronto se publicara cabal *noticia* de la misma, pues tan prodigioso «laboratorio» del Maestro es lo que mejor caracteriza su asombrosa «personalidad».

Primeramente, de 1877 á 1891, esa Biblioteca no era más que un pabellón de veinte metros de longitud y cuatro de altura, que dejaba á los libros una sala de quince metros largos; pero tantos, tantísimos traía el sabio catedrático en cada una de sus vacaciones, que su amante padre se decidió á añadir al edificio dos cuerpos más; uno, central, de más de nueve metros de elevación hasta el arranque de la bóveda, y otro, al Mediodía, simétrico con el primero y como él favorecido á todo lo largo por un anchuroso balcón que semeja castiza *solana* montañesa.

Así, desde hace más de quince años, el archivo y taller personalísimos del primer «bibliotecario» de España ocupan, frente al hotelito que él y su familia habitan, y entre dos jardines perfectamente cuidados, uno de los cuales mira por el Oeste á dicha calle de Gravina y el otro por el Sur á la de Rubio, un sólido *chalet* de mucha capacidad y muy bellas proporciones, de sencilla y elegante arquitectura, cuyas tres naves, extendidas de Levante á Poniente, están ya casi llenas de riquezas literarias y tipográficas.

La primera nave, la antigua, contemporánea casi de las celebérrimas oposiciones á la cátedra que dejó vacante D. José Amador de los Ríos, abre sobre el jardín principal ó del hotel, y está dedicada hoy, además de á lugar de clasificación, sobre larga mesa, de los cientos de tomos que vienen por Diciembre y por Julio en el equipaje de MENÉNDEZ, «facturados en gran velocidad», á guardar las innumerables colecciones de periódicos que va reuniendo (algunas muy notables, de periódicos literarios de la época romántica) y el voluminoso diario de las sesiones de Cortes.—Al extremo derecho está el que antes era «cuarto de trabajo» del preclaro escritor y ahora es depósito provisional de los libros de texto y obras festivas de autores de poco nombre, que aún no han tenido tiempo de pasar al *sancta santorum*.

El gran salón central, todo corrido, iluminado á Este y Oeste por dos grandes ventanales y en cada una de las otras caras por tres amplios tragaluces, es realmente la verdadera Biblioteca, el arsenal maravilloso del portentoso historiador y crítico; y en él existen ya, perfectísimamente ordenados en dos inmensos cuerpos de estantería conventual, más de *veintiocho mil volúmenes*. Según cuenta echada en ausencia del nunca bastante alabado D. Marcelino, su incomparable almacén bibliográfico pasa ya de 32.000 tomos, y en esta vasta sala, cuyo eje ocupan dos anchas mesas que sirven para la labor de los eruditos que vienen á estudiar á Santander, hay ya ahora muy cerca de 29.000,

según se advierte en cuanto se compara lo que está ya catalogado con lo que resta de apuntarse.

De esta tarea, que ha de resultar gloriosa, viene encargado hace años el digno hermano del insuperable académico, el culto y delicadísimo literato que ha dado á luz el *Romancero de una aldeana, Desde mi huerto* y *La Golondrina* entre otras, muy bellas, de verso y prosa; y no parece bien que, cuando lleva casi mediado su importantísimo trabajo, se vaya, no ya á desflorarle, sino á profanarle impiamente; pero puede decirse que tanto y tanto tesoro aparece colocado, de izquierda á derecha de la entrada, por este orden, dando la vuelta al salón, abajo y arriba: Literatura castellana.—Literaturas catalana, gallega y portuguesa.—Literaturas francesa, inglesa y alemana.—Literaturas clásicas.—Historia (crónicas, anales, grandes colecciones históricas, historias de pueblos, libros modernos de Historia).—Bibliografía.—Estética y Bellas Artes.—Filosofía.—Filosofía Española.

Y en estas secciones ¡claro está! se halla todo el oro del mundo, habiendo, además, sobrado para saciar el afán del investigador más ambicioso, pues sólo en historias de ciudades y regiones, especialmente hispano-americanas, y en obras de filósofos españoles y Teatro *suelto* (infinitos pliegos de comedias, muchas rarísimas), se encuentran incalculables riquezas, de las que al mismo Menéndez y Pelayo pasman; más reunense también muchas cosas que hablan muy hondamente á su corazón y figuran en «catálogo» especial, entre ellas el magnífico ejemplar de la Biblioteca Griega que le regalaron Pereda, D. Casimiro del Collado, Amós de Escalante y otros escritores y amigos santanderinos y en la tapa de cuyo primer tomo dictó así el ilustre poeta Escalante esta dedicatoria: *Marcelino . Menéndez . Pelayo* || *Ob . Patrias . Litteras . Egregie. Exautas.* || *Certaminibus.* || *In . Academia . Matritensi.* || *Anno* . MDCCCLXXVIII || *Acriter . Consertis. Agriusque . Ablatis* || *Cantabrorumque . Nomen . In . Lucem* || *Gloriosissime . Restitum* || *Concives . Devotique . Ejus.*

Por último, la otra ala del venerando edificio, bien soleada casi todo el día, consta de tres piezas desiguales: una, la del extremo oriental, adornada hoy con un gran mapa de España, espera aún su destino; la del centro, que mide treinta pies y no tiene estantes más que frente á la luz, es el lugar sagrado, el archivo de las mayores preciosidades, manuscritos inestimables y ediciones raras, y la otra, con ventanas sobre el jardín nuevo y sobre la calle de Gravina, es el *despacho* de nuestro sabio por antonomasia, el cual ha escrito y escribe allí casi todos sus libros. Este gabinete no puede ser más modesto ni sencillo: una vieja mesa de ministro al medio, con carpeta de *brillo* y un tintero muy grande de hierro; una silla de regilla junto á la mesa; dos butaquitas, sobre un poco de moqueta, muy cerca de la puerta; una librería desordenada en el muro ciego, con obras incompletas del propio MENÉNDEZ y «papeles» de Cañete, de D. Aureliano Fernández Guerra y de Milá; en otra pared, una fotografía pequeña de los fundadores de *La Unión Católica;* pero es *lo que es,* ¡dónde verdaderamente han nacido las mayores maravillas críticas é históricas de España, pues en Madrid apenas si hace el genial erudito

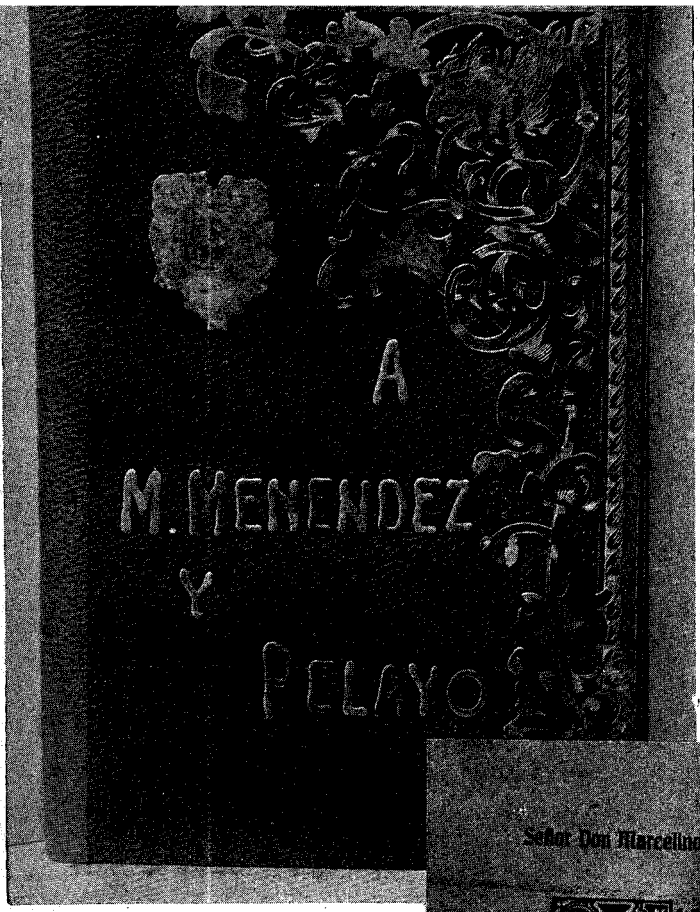
más que prepararlas!, y, por si esto fuera poco, tiene por antesala, por digno vestíbulo, el dicho «salón del trono» en que se admiran ochocientas, novecientas, puede que mil *reliquias* de las más envidiadas. Entre ellas figuran varias Biblias primorosas, varios *Palmerines de Inglaterra,* el mismo Plotino que perteneció á la Reina Católica, una primera edición de *La Dorotea,* cinco *Celestinas* de singular precio, varias primeras ediciones de novelas españolas raras y de poetas castellanos poco conocidos, el autógrafo de una comedia de Lope, un cuaderno con versos autógrafos de los dos Argensolas, libros de los mejores de Salvá y Barbieri, el original de dos actos de la *Blanca,* de Espronceda, etc., etc., etc.

Y se corta así la enumeración, y hasta se pone punto á estas *notas,* porque el *reporter* no debe atreverse á más, y día llegará en que alguien *estudie* debidamente el «monumento» de que se trata. Cuantos se consagran á la erudición española le han visitado, han trabajado en él, de él han sacado abundantes materiales para sus labores, y ya el investigador ruso Dimitri Petrof, ya el simpático holandés F. de Haan, profesor en Brynn Mawr, ya Novati, el profesor de Milán, ya Arturo Farinelli, profesor en Insbrück, ya Martinenche, catedrático en la Sorbona, ya Mérimée, el decano de la Facultad de Letras de Toulouse, ya Léonardon, bibliotecario de Versalles, ya Foulché-Delbosc, el director de la *Revue Hispanique,* ya Mario Schiff, el profesor de Florencia, autor del libro sobre la biblioteca del Marqués de Santillana, ya los otros escritores extranjeros que hemos tenido el gusto de ver en estos últimos lustros en la casa de Menéndez, sabrán corresponder, para mayor gloria de Santander, á tanto favor.

Tocante á eruditos españoles no se diga, pues á tal foco acuden todos los veranos Asín, el profesor de árabe en la Universidad Central; Gómez Izquierdo, el profesor de Filosofía de la de Granada; Víctor Fernández Llera, el doctísimo humanista, que es catedrático en Murcia; José Ramón Lomba, que con tanto provecho estudia el Teatro español moderno; Carmelo de Echegaray, el concienzudo, infatigable y cultísimo Cronista de las Provincias Vascongadas; y éstos sí que podrán dar completas noticias de la Biblioteca mejor que nadie, aun habiendo también parado en ella, en diversas ocasiones, el académico Cotarelo; el académico y profesor de la Central, Ramón Menéndez Pidal; los catedráticos de Madrid, Zaragoza y Barcelona: D. Julián Ribera, D. Eduardo Ibarra y D. Antonio Rubió y Lluch; el Jefe del Archivo de Galicia, D. Andrés Martínez Salazar, etc., etc., etc. Y á ellos hay que remitir al lector, pues es innegable que se necesitan esas explicaciones detenidas y autorizadas como otra base más para la verdadera biografía del inmortal montañés.

Pedro Sánchez.

Un mensaje de Santander.



Señor Don Marcelino Menendez y Pelayo

La ciudad cuna, que, en justo, ufano orgullo ostenta los apellidos de quien supo ser la gloriosa mas honrosa que pudiera ascender en su blasón, hidalgo por cien timbres, rinde, con los más, homenaje de admiración y cariño al más ilustre de sus hijos. Cree que este homenaje ha de sentirlo y agradecerlo, como justo, quien á saber reunido excepcionales y fecundas dotes literarias, que también en el camino de la inmortalidad han abierto surco profundo y en el santuario de las letras bajos de amargura.

Admiradores y enorgullecidos sus paisanos viendo, á compás del tiempo que pasa, crecer la personalidad literaria de aquel y el saberes incesante y colosal de su cerebro prodigioso, de tal suerte que, cuando pronuncian su nombre se hay celebridad universal, saludan con entusiasmo desde estas montañas, donde pues, flas auras de libertad, focas de fiesta y la pena del hierro, al heraldo de la cultura española que derrama la gloria de ella por todo el mundo civilizado, resucitando grandezas muertas y olvidadas, reivindicando timbres de preciado abolengo intelectual, cautivos entre extranjeros, magnificando las

glorias de nuestros padres á todos, empequeñecidos como un enemigo del orgullo de Pelayo y haciendo saber á esta España independiente y culta los ojos de los hombres.

Ampárense los fueros de las buenas letras, obtiene ingresamente méritos y derechos adquiridos adicionados por aclamación entre la opinión imparcial y culta, que, cuanto mayor sea el favorecimiento más se engrandecerá la de siguiente figura del restaurador de las letras clásicas castellanas, del erudito incansable, del arqueólogo de monumentos literarios sacrosantos, del prelado de la ciencia española, del pensador profundo, de sabidor sencillo, del historiador de la su historia, de por trabajos á Descansado, del polígrafo, del político, del escritor ático, del crítico, del poeta, del sabio, del maestro de maestros que, cualquiera que sea el lugar que ocupe, en el cenáculo de pedestre cabeza de la literatura española contemporánea.

Santander, Diciembre de 1900.

El Alcalde

Un mensaje de Cataluña.

Sr. D. Marceli Menéndez y Pelayo.

Molt egregi senyor: Acostumats els que suscriuen á posar els furs del intellecte per damunt tota rahó de jerarquia oficial, se creuen en el cas de proclamar avuy una doble admiració: la que senten envers les insólites facultats vostres y la que producix á tothom el fet d'haver resultat desconegudes aquelles en la derrera elecció presidencial de l'Academia Espanyola.

Vostr' enginy preclar; l'amplada portentosa del vostre esperit, que té pósades fondes arrels en quiscun dels pobles de la vella Iberia y que per elles absorbeix totes les llecon y substancies que componen llur patrimoni; os han permès donar en vostra obra literaria la més gran integració fins avuy coneguda de l'harmonia que presideix á tanta varietat de partes, aptituts y gènis. Ningú com vos ha pogut sentirse consubstancial amb totes elles y magnificar y engrandir á Espanya el sentit de la historia. Havenne esclevingut, per lo mateix, el vincle, casi solitari pero ferm y poderós, de unitat espiritual.

Axí os comprenen y admiran els sotescrits y axí 'ls dol que no hajan pogut transfondre à l'Academia Espanyola la sava generosa que bull en vostres llibres ni aixamplar, á la mida de vostre concepte de la cultura hispánica la influencia que pestany á dita corporació y que no pod dexar d'interesarnos, ni en si mateixa, ni per l'entrelligament amb que s'presenten en l'historia totes les literatures peninsulars.

Reben, doncs, homenatje de nostra més coral simpatia en l'expressió de la qual creyem, sense adulteració ni vanagloria, resumir el sentiment de tots els qui en Catalunya s'adelitan amb els fruyts del pensament humá.

Barcelona, 28 de Noviembre de 1906.

A. Rubió y Lluch.—Joan Maragall.—Miquel S. Oliver.—J. Massó Torrents.—Joaquim Cases Carbó.—J. Pijoan.—Joseph Martí y Sabat.—Manuel de Montoliú.—Joan Givanel Mas.—J. Brossa.—M. Utrillo.—Amadeo Hurtado.—Arnau Martínez y Seriñá.—Joaquim Pena.—Pau Spinola.—A. Colomé.—Rafel Reyes.—J. Cortés Aguiló.—Manuel Ventosa.—J. Pons y Pagés.—J. Carner.—Santiago Rusiñol.—Gabriel Alomar.—J. Torrendell.

Una carta.

Sr. D. Mariano Miguel de Val.

Muy distinguido señor mío: Llega á mis manos su carta pidiéndome un trabajo en honor de Menéndez y Pelayo para la Revista Ateneo, en el momento mismo en que me dispongo á salir de Madrid. Hasta tal punto coinciden ambas cosas, que temo me hagan perder el tren los contados minutos que emplee en contestarle. Y como me dice usted que el trabajo ha de estar en su poder en esta semana—cabalmente los días de mi ausencia—tampoco puedo aplazar para mi vuelta el complacerle.

No sé si lamentar ó alegrarme de la coincidencia, porque si bien es verdad que ella me priva de la satisfacción de unir mi voz al coro general de alabanzas, mientras mayores más justas, en honor del maestro insigne, también es cierto que por ella me libro del compromiso en que la bondad de usted me colocaba.

Declaro con absoluta sinceridad que es empresa superior á mis fuerzas la de hablar de Menéndez y Pelayo, aun con la brevedad que usted desea y tal vez más por la brevedad misma. Hacer un elogio vulgar, decir solamente unos cuantos lugares comunes del que es honra de su siglo, de su pueblo y de su raza, pareceríame casi una profanación, y compendiar en pocas palabras un juicio acertado, envuelto en una alabanza discreta del autor de una obra, cuya fecundidad asombra y cuya profundidad maravilla, sería un esfuerzo crítico tan supremo que no conozco más que á un español capaz de hacerlo—precisamente el único que no lo puede hacer, el mismo Menéndez y Pelayo.

No son estos renglones, escritos á vuelapluma, dignos de la publicidad, pero si á pesar de no serlo, las páginas de Ateneo les prestan honroso albergue, tendré en ello una vivísima alegría; la de que no falte en un número hecho en honor de Menéndez y Pelayo, no mi elogio (que esto no lo es ciertamente), pero sí la firma del que con este motivo ofrece á usted el testimonio de su consideración y su amistad, quedando muy suyo atento seguro servidor q. b. s. m.,

Juan Antonio Cavestany.

11 Diciembre 1906.

———oOo———

BIBLIOTECA MADRID

Sobre Castilla y su belleza.

Parece que en Castilla va surgiendo un arte puro y fuerte, justo y digno de estas llanuras.

Ha habido, de poco tiempo acá, en las almas, una gran ansia de vivir la naturaleza y en ese latido universal de amor á lo libre y abierto de la vida natural, Castilla ha fijado los ojos en sus llanos, y los ha hallado bellos. España entera parece interesarse por esto.

Y apareció una sensación de lo castellano que ha sido un movimiento realmente nuevo.

Como á un golpe mágico—y no niego que acaso influídos por algún artista que vió un momento antes esta belleza—como á un golpe mágico, digo, los castellanos cultos, los jóvenes animosos de lo nuevo y ganosos de lo sano, los jóvenes, principalmente, han comprendido esta escondida y severa belleza del llano tendido. A la vez han comenzado á escribir en Castilla ignorados prosistas y poetas que sienten, al parecer, la naturaleza seria y casta en el páramo de modo semejante.

Y no han sido sólo los castellanos. En la comprensión reciente y altísima de Castilla hay almas grandes que acaso ganen á las almas castellanas.

A maestros he oído hablar de Castilla en términos llenos de altura. Ellos eran de tierras jugosas y frescas. Y á alguno de esos maestros escuché, frente al horizonte amplio de esta tierra, unas estrofas vibrantes y á todos cantar este cielo, este mar de tierra fecunda, estas puestas de sol regias, espléndidas, cuando los cielos se inflaman, los inmensos cielos, y los cerros lejanos se visten con tonos de rosa y de violeta.

El llano, estos árboles ralos, fibrosos y torcidos, duros como nacidos de un corazón de roca, el corazón de esta tierra dura; estos sarmentales... Y estas noches serenas, esta calma infinita, estas grandes alas de la calma cuando se posa y abate sobre la llanura... Todo, todo esto es sentido y cantado por los hombres de alma grande...

Yo les oía hablar y sólo cuando escuchaba de sus labios palabras de esperanza, de redención, cuando oía que la energía, la salvación está aquí, latente en esta raza, bajo esta tierra, entonces dudaba algo... Y ¿por qué no, por qué no ha de existir ese poso de energía, de fuerza, de virilidad salvadora bajo la costra austera de Castilla?

Y esta belleza potente y grande ha aparecido, ha alzado su cabeza que reposaba como dormida, y se ha erguido en el llano como la esfinge. Ahí está. Esa es la belleza de Castilla, la poesía honda y austera de la noble Castilla; es como una esfinge, misteriosa, recogida; es una belieza tan grande y tan fuerte y tan pura que sólo es de iniciados. Y en este momento crítico en que los espíritus han tendido hacia lo natural y sincero, como faltos del oxígeno del alma, como faltos de pureza y de serenidad, como ansiosos de purificarse; en este momento, cuando las almas sentían la necesidad de ir á la naturaleza

para gustar en ella el agua espiritual de la fontana pura, al volver los ojos á Castilla, al buscar lo tranquilo y lo bello, una tarde hemos visto ponerse el sol en el llano y hemos lanzado un grito de asombro y de redención. Porque dimos con la gran belleza, la fuerte, la severa, la noble.

No hay nada tan bellamente grande como las montañas altas y rocosas, el mar y los llanos tendidos.

La fuente de belleza es fuente de poesía y se quiso cantar esta belleza nueva.

Diríase que surgió un noble deseo de pagar á la llanura lo que le debíamos por nuestro olvido.

No era todo ignorancia, sino acaso falta de corazón. Porque si hoy comprendemos el llano es porque le amamos. Dice un fuerte maestro que primero es amar y luego conocer. Es verdad; ahora que unos pocos amamos esta tierra, vamos conociéndola. Se la ama, aunque se la culpe. Debe amarse lo fuerte, y Castilla cuando flagela las espaldas de su siervo con ramalazos de frío y de ventisca, cuando el sol resquebraja la tierra y sacude oleadas de fuego sobre el llano, cuando las caricias tremendas de la tierra y de los cielos hacen perder las cosechas y acabarse las vidas, Castilla es fuerte, es bravía y grande; es pujante y debe ser amada. Y la cantamos poderosa y bella. Vamos conociéndola.

Comenzó, pues, el ansia de entrar en lo castellano y se intentó ver y pintar esta belleza.

***

Es verdad que es una esfinge que se yergue sobre el llano, serena, tranquila, fija en los horizontes lejanos, como viviendo de un ideal, la belleza de esta tierra, esa belleza latente en la llanura pero que no vivió para los hombres sino desde que estos la buscaron con ansia y la sintieron; se descorrió el velo y vimos la esfinge desde siempre serena.

Esta belleza está como en enigma, celada, oculta á los espíritus que resbalan sobre las cosas.

No es este el paisaje femenino, fácil, de los arroyuelos y de los arbolitos accesible á todos como música italiana. Esto es un acorde de Wagner; un acorde incomprensible para los pobres de espíritu. Eso es, sí, un soberbio, infinito, vibrante acorde wagneriano, que acaba en una soberbia fusión, en una armonía única de dos armonías serenas, cuando el cielo y la tierra se abrazan en la lejanía; es un duo de amor entre la tierra y los cielos que termina en un abrazo supremo; un duo en el que los besos son de luz y los abrazos de horizontes, y tiene espasmos y estremecimientos rítmicos en la primavera fecunda, y tiene fruto de oro en el estío cuando los trigales se mueven en oleadas áureas. Un duo de amor es este paisaje incomparable y viril, y su ritmo es tan potente, tan hondo, que sólo los elegidos lo entienden y lo gozan. Esta gran armonía es un trémolo, es una inmensa vibración, un trémolo gigantesco en el que hay fundidas mil armonías distintas, todas acordadas

como en acordes de una marcha lenta, triunfal y majestuosa. Es la llanura inmensa; el paisaje masculino y rudo.

Y, como Wagner, Castilla no levanta el velo de su belleza á los que de una ojeada quieren comprender. No—dice,—hay que amarme para conocerme, hay que buscar mi alma, el alma de la esfinge; hay que ahondar; escuchar mis ruidos; hay que rumiar mis calmas infinitas y anegar la mirada en mi luz y sentir la soledad fría y triste de mi tristeza única; hay que amarme y ese amor será la llave de oro que abra la puerta del misterio.

Y una vez que por el corazón nos iniciemos, el corazón nos hará sentir y conocer.

***

Con la sensación del paisaje vino la sensación de la figura.

Es un espíritu bien conocido el del castellano. Ha quedado estampado en mil obras.

Pero el labriego de estas llanuras, no; no es conocido el hombre sarmentoso y duro de estos lugares pardos, ni la psicología de este jornalero, más sinuosa y difícil de lo que pudiera creerse á juzgar por lo llano de la tierra.

Y se ha visto en toda su poesía hondísima el grupo castellano: la yunta, el mozo á mujeriegas en una mula, el arado con el timón rastreando los caminos, todo al caer de la tarde ó al venir el día, recortándose la silueta sobre un cielo rojo, con la música triste y larga de la gañanada. Este grupo, esta escultura vale cien epopeyas.

Hay que verlo aquí, hay que sentirlo y el corazón se hinche de una emoción religiosa cuando al llegar la noche veis pasar lentamente ese grupo sobre un sendero trillado, marchar sin ruido hacia el lugar; se recibe una sensación de lo infinito y puro al derramar la vista sobre la tierra arada y negra que se tiende cubierta de bruma, y lejos es azul...

¿Comprendéis cómo no es ésto para los que buscan paisajes desde las ventanillas del vagón?

Y al verse este hombre de Castilla, duro, frío, retorcido, silencioso y un poco altivo, poco asombradizo de lo nuevo y grande, poco *paleto,* altivo, dije: al verse este hombre más triste que alegre, se ha visto también á estos buenos animales compañeros del hombre, y tristes también; estos pobres cirineos, estos borriquillos pequeños y sufridos, estos grandes mastines de ojos dulces y de patas fuertes; estos bueyes mansos, enormes, graves, que hunden sus pezuñas en la tierra esponjada cuando tiran del arado cerro arriba; estas gallinas del corral castellano, triste y negro, sin árboles, con unos tinados obscuros, cargados de manojos, con las grandes portonas vencidas...

Y, en fin, se ha comprendido la armonía de todo, el gran concierto de belleza que dan estos elementos bajo el cielo azul y sobre la tierra llana.

***

Pero aquí la naturaleza lo es todo y por ella nos hemos fijado en el hombre

y en los animales. Lo bello é inmutable son el cielo y la tierra, lo demás es accesorio.

Se dió al hombre y á su psicología, muchas veces, el primer papel y si se hablaba del paisaje era de una manera falsa y artificiosa, y así se le pintaba también. Se hacía el paisaje para el hombre y se describía la naturaleza de una manera convenida y con receta, como el escenario, porque los hombres no podían moverse en lo abstracto, y así el paisaje, siendo escenario, tenía la importancia que la habitación, los muebles no eran menos que los árboles ó las rocas y el cielo era tan poco como el techo de la sala.

Acaso la verdadera sea la senda opuesta. Los hombres somos poco más que unos miserables accesorios, acaso notas inarmónicas en el gran susurro de la naturaleza. ¡Pobres de nuestras almas junto al alma infinita, serena de la naturaleza! ¡Pobres de nuestra cólera, de nuestra alegría, junto á la furia de una tormenta ó junto á la risa de luz de un día de sol! La carcajada de sol y la somnolencia melancólica de un atardecer y la calma de una noche estrellada tienen un gran espíritu.

Y como accesorias del alma del paisaje están nuestras almas, atormentadas y pequeñas, y ni aun como accesorias. Lo bello es sereno, y las obras de los hombres han sido más bellas cuanto más se han acercado á la naturaleza, y fueron casi perfectas las que tocaron en la serenidad del dios ó de la naturaleza y las que tuvieron la turbulencia de huracán soberbia de la naturaleza también ó del dios.

Dice Taine que, frente á las montañas se piensa que ellas son los verdaderos, los dignos habitantes del planeta, serenas é inmutables. Y recordad aquel majestuoso diálogo que Turgueneff hace hablar á los Alpes.

El amor á lo natural nos lo ha hecho conocer y sólo merced á un ahínco grande, á una necesidad de lo puro, hemos ahondado en la naturaleza. Nuestro egoismo y nuestra egolatría nos ha impedido subir y salir de nosotros, pero este mismo egoismo es quizás la causa de que amemos la naturaleza más y la busquemos, porque lo hacemos por nuesta propia vida espiritual, pura y fuerte.

Pero dejemos esto.

***

Al hablar de Castilla me he referido siempre á la tierra llana, y he querido hablar de los intelectuales regionales en esa llanada, y principalmente jóvenes.

Yo sé la potente manera de ver esta tierra que tiene el gran Unamuno, yo sé el gesto que tiene este hombre ante el seco terral: un gesto de concentración, apretando los puños y cerrando los labios; como sé las palabras optimistas, llenas de fe, de Vicenti, el maestro, que ha metido su mirada penetrante y aquilina en las entrañas de nuestra historia, de nuestra raza y de nuestro suelo y predica salvación para él; yo vi cómo agarró el alma de Castilla Navarro Ledesma, espíritu castellano pleno de Castilla, y Nogales, el ilustre escri-

tor, ha visto Madrid y Toledo y sus gentes de manera acabada y hondísima, y Mesa sabe cómo son los caminos y los senderos en la llanura y nos lleva por ella en sus versos y en sus prosas hermosísimos.

Y los regionales, los del llano que en el llano viven, ¿acertaron?

Poco puedo yo decir, pues creo que en parte sí.

No es el llano tan monótono como la vista lo da. Tiene este paisaje modalidades distintas y complejas. Sirva de ejemplo la luz, cada instante distinta y variada. Tiene, sí, más permanencia aparente que en lugares sinuosos y quebrados: pero en ellos es más preciso el color, está en las cosas, y aquí está en el aire; parece que es el aire el que guarda el color y lo hace flotar impreciso; aquí, en la extensión infinita del llano, es todo algo difuso: los viñedos, los sembrados, los rastrojos, los barbechos, cambian con los términos, flota la luz sobre ellos...

Y esta variedad la hay en todo, aunque parece imperceptible.

Y esta belleza, es recogida y misteriosa; no todos la sienten, porque tiene mucho de aristocrática. Diríase que es orgullosa. Yo muchas veces pienso que esta tierra está desterrada, desterrada á otros tiempos y á otras cosas que no son los suyos; que es de ayer, cuando atravesaban la llanura ruda sus hombres, aquellos duros, fuertes y secos que cabalgaban cargados con las armas, que iban por el llano con su hueste entre crugir de hierros y hervir de almas viriles. Parece que la llanura tenía en ellos sus figuras... ¡Y cómo se destacaría la áspera tropa de los castellanos un anochecer invernizo, cuando la tierra está negra y dura y brilla el cielo como el oro, claro y luciente!

¡Qué figuras aquéllas más nobles, más grandes?... Y cuando acortaran el paso de los caballos y fueran lentamente por las sendas llanas y tendidas, buscando un poblado, destocadas las testas, en la mano la celada, y las picas punta al cielo, adelante, adelante...

Ahora Castilla abrocha los siete sellos de su hermosura.

Ancha es Castilla y, como ancha, variada y compleja: la luz, la tierra, los hombres, el lugar... El lugar; otro manadero de esta gran fuente de sensaciones.

¡El tranquilo, soleado, calmado lugar! El de las *abrigadas* llenas de luz en las tardes invernales; el de las tardes obscuras cuando cae el agua de los cielos: esas callucas donde las mujeres ponen barreños y herradas bajo el gotear de los canales; el de las calles por donde pasan las yuntas con su místico ruido, por donde pasan de largo los canes del ganado; esas calles que tienen una gran calma al mediodía, con las puertas cerradas, mientras el sol, de plano, abrasa el polvo y los poyos de piedra junto á las zarceras.

¡El lugar! El puebluco lleno de olor á la paja quemada, al morir el día, lleno de tonadas tristes y largas. El lugar también tiene variedad.

Pero estas notas distintas de la gran vibración, del gran trémolo, son tan armónicas, acordadas, semejantes y justas que parecen monotonía; son como las variaciones de la gañanada, apenas perceptibles.

En un lago tranquilo de cada oleada leve arranca el sol un chispazo dis-

tinto y variado; las olas apenas se notan y cada una es un reguero de luz para el que sabe mirar. Una tela blanca tendida al sol parece blanca toda. Preguntadle á un pintor las mil tonalidades que hay esparcidas sobre aquella tela: tras cada arruga una sombra diferente y en todo el lienzo una infinita variedad de reflejos y matices.

El llano, el hombre, el pueblo todo de Castilla llana no es sino eso: la monotonía aparente, la armonía lenta, rítmica, pausada; tan melancólica que hace soñar y llorar. Da una sensación tan vigorosa y divinamente fuerte que es única.

El que ha sentido el alma de esta tierra, gozará quizás todo, pero el trazo indeleble que deja lo firme y vigoroso, lo definitivo, sólo ante el mar, las montañas y los llanos extensos lo recibirá.

En estas variedades, en esta aparente monotonía, paréceme que no pararon mucho los que quieren hacer arte castellano...

***

El viento en los llanos, pasa sobre ellos, pasa y no se para.

El viento tiene unas alas inmensas que, al cruzar por el aire, van recogiéndolo todo y luego, donde se abate, lo dejan; sacude las alas y cuando levanta el vuelo lleva á otras partes lo que aquí guardó.

Por Castilla pasa el viento. Y cuando va de largo, hace chirriar las veletas de los campanarios, agita la cola de los canes, sacude los árboles y los sarmientos de la viñas como látigos, arremolina las hojas en los caminos helados, y pasa. Otras veces se posa en las parameras calvas ó en los terrales blandos.

Por las parameras no andan sino los cuervos tras la carne muerta, y en ellas piérdese lo que el viento mensajero trajo en las alas. Sobre las tierras blandas, el viento posa mansamente, puesto que nada le fuerza á quedarse y podría seguir si quisiera, y deja caer sus mensajes como la nieve. Como el agua de nieve, lo que viene de fuera se hunde en la esponja de la tierra y se hunde para siempre.

Esto hace el aire de fuera en Castilla.

Lo de fuera se perdió y debió perderse, ó lo llevó el viento al pasar sobre los lugarejos muertos. Es este un solar y un solar puro, pobre, acaso agonizante, pero altivo, envuelto en su mortaja de labrador y de guerrero; y en el gesto de agonía tiene esta tierra altivez y hermosura hosca y austera.

Mal sienta aquí lo que se toma de fuera. De nuestro suelo hemos de recibir la inspiración si queremos ser hijos de él, y los que no tengan alma bastante para ello enmudezcan y que la tierra se cante sola con su música divina.

Y á eso debemos tender.

***

Esta afición al paisaje de Castilla y al hombre de este paisaje, como elemento de belleza, es cosa nueva aquí.

Y ha sido la afición tan rápida que fuerza es pensar si será sincera.

Aquella hondura y complejidad efectiva de esta belleza, hacen que esté al alcance de no muchos, y muchos son los que quieren ver el alma de esta llanura con algo de aturdimiento.

De ellos, en lo poco que he podido ver, unos pocos, reciben la impresión sin intermediarios y dan la sensación de Castilla; otros, los más, se inspiran en lo escrito por algunos de casa.

Pero son pocas las impresiones nuevas que se encuentran en lo escrito del paisaje. Se ve mal la variedad.

Aquí nuestro poeta Gabriel y Galán descorrió mucha parte del velo que cubría á Castilla. Gabriel y Galán vió el campo con vista de ojos y lo sintió con su cuerpo y con su alma y le hizo latir en la cuerda de oro de su lira campesina. Rió y lloró sobre el terral y supo conmoverse y fué sincero; oyó la música del llano y agarró matices y delicadezas que hicieron antes vibrar su alma. Porque amó la tierra, ella le abrió su alma y le dió sus secretos. Y él la conoció.

Digo que Galán descorrió mucho velo: es cierto; él despertó á muchos. Y hoy se repiten las impresiones del poeta y se dan como impresiones propias. Acaso esto no sea copiar, sino sentir lo que otro sintió primero. Y Galán sintió tanto...

Nótase monotonía en las pinturas castellanas. Es verdad, y lo sensible es que esta monoritmia sea de fondo. De forma bienvenida sea, si es artística, que ella da con su música, aparentemente monótona, una justa impresión de Castilla. ¿Habéis visto estas sendas largas, inacabables, tendidas sobre la tierra ondulada? ¿Estas sendas que cansan con sólo su vista? Y así la forma, lenta, soñolienta, perezosa, larga...

Pero el fondo... Dejadme que repita, dejadme que os recuerde una mañana de sol. Tiembla la luz, vibra, se agitan millones de partículas en el aire luminoso y dan tonos de infinita variedad sobre las tierras y los viñedos y los tesos blanquecinos. Y esto es lo que hay que imitar y llevar á las cuartillas después de sentirlo en una emoción profunda y fructuosa.

Aunque no todos sientan la llanura directamente, es de alabar que se la vaya comprendiendo y hay que fiar en ello grandes esperanzas, porque todos ponen alma en esa comprensión.

Ya nadie piensan que Castilla es lo que Núñez de Arce pintó en las estrofas del *Idilio,* y esto ya es mucho.

Va habiendo cada vez, entre los cultos, menos espíritus adocenados de esos que muestran un rincón del Duero, entre arboledas, y exclaman: «Vea usted, también Castilla es pintoresca.» ¡Lo pintoresco! Horrendo adjetivo aquí, en esta tierra austeramente hermosa, fuertemente bella.

Bien se me alcanza que los que van conociendo que lo bello de Castilla es lo que antes era feo y desagradable para espíritus mediocres, lo conocen la mayoría por intermediarios, ó fingen conocerlo, pero todo es bueno. Debemos alegrarnos hasta de que lo finjan. Algunos serán elegidos.

Como debemos felicitarnos también de que no lo entiendan directamente

todos. Es una prueba de lo aristocrático de esta belleza y una buena piedra de toque de la belleza misma.

Los que aspiran al sacerdocio de esta divinidad en Castilla manifiestan un profundo amor el suelo y el cielo. Todos han ido al llano.

Y sentimos el llano serio y triste con tristeza no comunicativa y llorona, sino reconcentrada y recogida; el llano rumia su tristeza, y cuando más triste está, que es en el invierno, cubre su pena con una costra dura y helada: se guarda las lágrimas, y las llora con el corazón, no con los ojos, esta tierra admirable.

Se ha visto triste y serio el llano, pero no se ha acertado con su fuerza y rudeza.

He dicho antes que este es paisaje masculino, y con trazos masculinos y viriles hay que pintarlo.

Se han visto las delicadezas, las melancolías de Castilla, pero de una manera afeminada. Esta tierra es triste, pero es dura y fuerte. Ella nos da el ejemplo, que agoniza y sigue altiva y desdeñosa. Hay que ser duros, firmes y fuertes.

Mal se ha visto la fuerza de Castilla, y acaso por este pecado hubiera que condenar á muchos. No se ha apreciado bien la armonía que hay entre lo triste y lo fuerte. No por ser triste ha de ser dulzona, afeminada y humilde Castilla, sino fuerte y altiva.

Lo que sí se ha comprendido es la nobleza de la tierra; bien es verdad que ello es como instintivo aquí para todos los hombres. Todos ven alto y noble lo castellano; esto es congénito aquí.

Sólo un tipo desmiente este aserto; el horrendo señorito de estas ciudades; este burgués que es prototipo de incultura y de vulgaridad. El es el que llama «pintoresco» á un recodo del Duero y lo toma como reivindicación del llano.

Es el señorito de todas partes, acaso más perezoso y más adocenado.

***

Esta elevada y nueva comprensión de una belleza que parecía oculta, teniendo en cuenta lo especial y típica que es, los elementos característicos que la forman, ¿será en su interpretación especial también y llegará como merece á ser notada y conocida la médula castellana por la interpretación acertada?

Yo creo que sí, y hasta que podría constituir escuela artística, si este amor á la tierra es sincero; así de especial puede y debe de ser la interpretación de lo castellano.

Y debiéramos procurarlo; aislar á Castilla más de lo que está, levantar murallas, trabajar para nosotros y de lo nuestro. Tal vez hiciéramos resucitar toda la fuerza vital poderosa que late bajo el terruño, y entonces inyectar energías á quien le faltasen.

Es hora de recogernos y buscar el corazón de esta tierra, que si él es de roca dura es un buen corazón de raza.

Para ello es indispensable aislarse cada vez más; olvidar lo de fuera.

Este ansia de conocernos que parece circular por nosotros tal vez sea el primer paso para ello. Acaso la belleza nos lleve á la fuerza; acaso esta sed de pureza que revive sea algo de la fuerza latente que posa en nuestras almas como una reliquia, como la médula del alma castellana, aquella que se derrochaba por tierras y mares. ¡Pero, qué! si hoy se derrocha y mana eterna. Pues ¿acaso no luchamos hoy mismo con la tierra dura un día y otro y no nos rendimos?

Es energía la que da cosechas y de ella nace el trigo; es la fuerza la que lo hace granar; si el terral es seco, si no hay agua, si sólo el esfuerzo del hombre da aquí el fruto; brota del alma y es fuerza ruda que quinta esencia toda esta gran fuerza del llano y del hombre, eterna, perdurable.

Ahora lo bello, si lo sentimos de verdad, nos redimirá.

El camino está comenzado y abierto, ancho y largo. Hagámoslo laborando y cantando. No nos asuste la soledad, y sépase que la soledad en el páramo, entre cielo y tierra, es infinita soledad. Si vamos solos, el corazón nos servirá de compañía. Trabajemos, pues, pero sin querer curiosear lo que hay detrás del horizonte azul; siempre sobre nuestro llano y apegados á él, que nuestro amor sea efectivo y sincero, no sólo poético.

Y nos redimirá la llanura, su belleza y su fuerza.

Y seremos fuertes.

***

Cuando termino estas cuartillas, en la ciudad vieja y noble, se ha tendido la niebla por la llanada. Está todo más silencioso entre la bruma blanca y fría.

Ayer tarde, al ponerse el sol, cernía sobre los campos su divina luz y la niebla ligera parecía un polvillo de oro flotando sobre el violeta rosado de los montes, «la rubia bruma llena de sol», y unos álamos junto al río eran de oro también.

En el horizonte el violeta era más azul y el cielo limpio, claro, purísimo, tenía un tono de ámbar transparente y luminoso, y el horizonte lo cortaba con un trazo recto, limpio, oscurísimo, como un horizonte de mar.

Francisco Antón.

Lamas Carvajal.

Su obra y su influencia.

En el prólogo de su primer libro de versos, *Espiñas, Follas e Frores,* dice Lamas Carvajal esto que traduzco: «Bien quisiera que este librito llegase á manos de aquellos que pueblan las más arrinconadas aldeas; quisiera despertar en el corazón de mis paisanos el amor á nuestra dulcísima lengua..... pido, pues, por favor, á cuantos lo compren, que si no les place, lo regalen á cualquier aldeano con quien topen en su camino, para que leyéndolo entre los suyos, vean que no es vergüenza, como piensan, expresarse en su rica lengua.»—En estas breves frases pensadas en 1871 (hay que tener cuenta con la fecha), está el retrato moral del autor y tal vez la explicación de lo que es su obra; la guía más segura para hacernos cargo de cómo el poeta vió trocarse en parda nube la clara aureola de aplauso y de popularidad que le envolvió en la primera época de su vida literaria. ¡Vida bien extraña por cierto, puesto que habiendo triunfado en el primer momento, á la gloria del triunfo sucedió la bruma del anticipado olvido!

La muerte del celebrado poeta viene á refrescar los laureles de antaño y á renovar el homenaje antiguo, pero ya no entusiasta, sino piadoso. En toda Galicia se ha sentido su muerte, y todo el mundo apartó los ojos del periodista de ogaño para enternecerse con el recuerdo del poeta de ayer. En esta evocación de la popularidad pasada parece descubrirse un fondo de ternura colectiva. La gacetilla periodística dejó á un lado el molde hecho, ó por mejor decir, vertió en este molde algunas gotas de sincero pesar. Al saber la muerte de Lamas Carvajal un periódico dice: «fué un amante de Galicia, de los pocos que ya quedan» (1). Otro diario (2) exclama: «¡Pobre Valentín! Hace poco más de un mes murió una hija suya, y el dolor de esta desgracia precipitó el triste desenlace de una vida de honrados pero infructuosos esfuerzos.» En casi todos los periódicos pudiera hallarse una frase inspirada, como las transcritas, por un sentimiento afectuoso.

Tan reciente está su entierro, que el sentimiento por el hombre muerto hace vacilar á mi pluma, quitándole ligereza para trazar sobre el papel apreciaciones frías de lo que el poeta fuera en vida. Pero ni aun esto será inconveniente grave para hablar de Lamas Carvajal, porque él ha sido siempre un hombre de pasión, en quien el sentimiento y no el cálculo ha determinado todas sus acciones (iba á escribir todas sus desdichas), y que en el fondo de todas ellas puso siempre una irresistible tendencia al ideal de toda su vida, en el cual supo muchas veces poner la pluma, pero nunca la mano. Lamas Carvajal murió «con ánimo sereno, mirando cara á cara á la muerte» (3); miremos nosotros cara á cara á su vida.

Toda ella se la pasó pensando en los aldeanos de su país. Con certero instinto vió en ellos lo que Vesteiro Torres llama «nervio de la población gallega» (4) y á ellos quería que fueran á parar sus libros, después de leídos, para completar, sin duda, la que debiera ser siempre órbita de la literatura gallega: beber la inspiración en la intelectualidad

(1) *La Gaceta de Galicia,* de Santiago.
(2) *La Voz de Galicia,* de la Coruña.
(3) Frases de su carta del 29 de Agosto último, dirigida á D. Basilio Alvarez; ésta fué la última que escribió el poeta, cuya muerte ocurrió el 5 de Septiembre.
(4) Crónica de Orense.

aldeana, traerla á la ciudad y volver á entregarla, como quien paga un préstamo, á los aldeanos mismos.

Esta concepción vital y salvadora la tuvo Lamas, pero inconscientemente y sólo por adivinación. Engañado por la educación que había recibido de sus propios maestros y por el atraso mortal y suicida que en aquellos años, y aun hoy, estancaba y estanca la intelectualidad ciudadana de Galicia, se sentía atraido hacia los aldeanos por un inexplicable atractivo, no por una razonada convicción. Los aldeanos son en las ciudades de Galicia cosa despreciable. Cuando se habla de ellos se dice tal vez «esos pobres paisanos», pero cuando ellos invaden las ciudades los días de mercado, se les maltrata y desdeña con ceguera inconcebible. La ciudad se cree superior á la aldea, vive encastillada en su pretensa superioridad, cree como artículo de fe que todo se le debe de fuero y se ha constituído buenamente en dominadora de la aldea, á la cual explota, de la cual se burla y de la cual se cree capaz de convertirse en maestra. ¡Cuán triste es la barbarie de levita! ¡Cuán funesto su resultado de imposibilitar la cohesión de su propio país!

Arrastrado por las ideas ambientes, Lamas creía también que era necesario instruir á los aldeanos, imponerles la desoladora vacuidad ciudadana y convertirlos en señoritingos marisabidillos, y pretendía que leyeran su libro para que «vean que no es vergüenza, como piensan, expresarse en su rica lengua». ¿Quién, sino la ciudad, hizo todo lo posible (aunque nada consiguió), para desterrarla de la aldea? ¿Quién, sino la ciudad, fundó en las aldeas esas ridículas escuelas rurales, verdaderos agentes de incultura, en las cuales se prohibe á los niños decir *pai* y *nai?*

Este fué el error de Lamas y lo que hizo infructuoso el esfuerzo de toda su vida; eso fué lo que le impidió alcanzar el fruto del sacrificio que hizo de su posición social, de su influencia política (que le llevaba á ser *el amo* de toda la provincia de Orense), de su vida entera, noblemente consagrada á su pueblo en el ara de su nobilísimo corazón de gran poeta!

Lamas adivinó la grandeza del pueblo aldeano y no supo ir á vivir espiritualmente con él. En lugar de ampararse de la fuerza espiritual que la aldea pudo darle, malgastó la suya en la ciudad agotándose en las funestas y apasionadas luchas de la política de campanario. Estas luchas le dieron todo lo que podían darle, influencia, prestigio, medro personal..... Pero Lamas era siempre el hombre puro: ¿para qué quería él el cacicato de la política? Este cacicato mancha el alma, y Lamas Carvajal, que no quiso nunca manchar la suya, tiró su cacicato por la ventana. Desde entonces se quedó pobre y solo y fracasado; desde entonces se reconoció incapaz para su gran obra soñada; desde entonces le envolvió la parda nube del olvido, y de sus grandezas de antaño no le quedó más que la grandeza siempre limpia de su propio corazón. Derrota dolorosa y triste; tanto más, cuanto que implica una gran pérdida para la causa de su pueblo, al que Lamas se había consagrado con sincero y absoluto desinterés.

Aunque cien codos por encima de ella, Lamas representa como nadie á la clase media de Galicia. Hija ésta de los «hidalgos y señores de aldea» (que leían á Diderot), abandonó sus pazos y sus casas de señores para sustraerse á la tradición aldeana que empequeñecía *los nuevos horizontes*. Era la época en que los visionarios de las Cortes de Cádiz inauguraban el reinado de la palabrería hueca que aun hoy nos mantiene con un siglo de atraso á la zaga de Europa; atribuíanse á las teorías de los escritores políticos virtudes mágicas para hacer florecer la nación, y se hizo de las fórmulas de los teorizantes un centón de conjuros supersticiosos de los cuales habría de brotar todo por

arte de magia: trabajo, comercio y sobre todo florecimiento agrícola; se le pedía á la política una especie de *Libro de San Ciprián,* cuya posesión habría de dar á los españoles «paz y progreso», y una gallina que echar al puchero cada día.

Quienes traían la gallina eran los aldeanos que venían á las ciudades á pagar la renta á los señores, cada vez más enfrascados en la política—discurseadores á ratos y conspiradores cuando llegaba el caso—y cada vez más desamorados del terruño, comiéndose las rentas en la holganza (muchas veces viciosa) de los casinos, mientras allá en la aldea se arruinaba un *alpendre* hoy, y se caía un *valado* mañana, y se filtraba la lluvia por el tejado señorial *pingando* en tenaz gotera, emblema popular de la ruina, sobre el hosco silencio de las cámaras desiertas y de los salones abandonados por sus dueños.

Los señores estaban lejos; se habían ido á la ciudad á entonar ditirambos á la agricultura española mientras dejaban abandonada la de su casa, y á *meter dinero* en minas—colocación de capitales muy grata á la fantasía y que evita el trabajo personal. —¡Cuántas familias no quedaron por puertas por causa de las dichosas minas! Pero de todo ello tenía la culpa, ó daría el remedio, según los casos, la teoría gubernamental que se pusiese en práctica; lo urgente era tener una buena constitución política, de la cual derivar una administración pública copiada de la francesa, sin tener en cuenta que la clase media de Francia, tomando la constitución y la administración que le daban, vivía en el campo trabajando en la tierra todo el día y mandando cada año á casa del notario un pequeño remanente en metálico destinado á forjar esa fuerza poderosísima que ellos llaman con justo orgullo el ahorro francés.

El divorcio entre la ciudad y la aldea fué un hecho, y la clase media de Galicia, al ver que sus rentas del campo flaqueaban, tuvo al fin que pensar en su porvenir. El mismo diablo, sin embargo, no la hubiera aconsejado peor. En lugar de volverse á sus casas y pazos para repoblar el arrasado *souto,* para rehacer el caido *valado,* para encauzar el desparramado *rego* y para ahuyentar la fiebre infecciosa que anidando en el *estrado* del establo hacía extremecer de escalofrío á las mansísimas vacas, arreció en su desprecio de la tierra madre, resumió en una fórmula funesta: *la aldea envilece, embrutece y empobrece,* toda su inopia mental, y se fué á mendigar de la política el mismo bienestar con que le brindaba su propia casa, soñando con alcanzar direcciones generales y contentándose con credenciales de mil pesetas, tras un esfuerzo mucho mayor en valer que la despreciable migaja presupuestaria obtenida sabe Dios á costa de qué clase de bajezas. En esto vino á parar el sueño de oro de la clase media. Triste y doloroso coscorrón contra la dura arista de la realidad.

En tales condiciones apareció en público tras casi una década de esterilidad literaria, un tomo de versos gallegos titulado *Espiñas, Follas e Frores,* escrito por un muchacho orensano que se llamaba Valentín Lamas Carvajal.

Espiñas, Follas e Frores no sólo es el primero en el orden cronológico, sino que también es el más conocido de los libros del poeta. Aunque parezca mentira, es muy fácil encontrar *Espiñas,* pero difícil hacerse con los demás, y ese es el más extendido entre el público; en la Biblioteca nacional (1) es el único que hay. En la bibliografía de Lamas

(1) No sé para qué se pretende, y dicho vaya entre paréntesis, que mantengamos la triste ficción de de una Bibloteca nacional que ni puede ser sostenida por nuestros presupuestos, ni puede ser utilizada en la medida que debiera. Si se organizara bien para poder aprovechar lo mucho y muy bueno que en ella hay, nos quedaríamos sin este nombre pomposo «Biblioteca nacional», pero su actual contenido sería harto más útil; hoy es muy difícil utilizar esa Biblioteca.

Carvajal es el que cuenta con mayor número de ediciones (1). En la fama del poeta es acaso el que tiene la mayor parte. Examinemos con alguna detención su contenido.

Yo confieso que al volver á tomar en mis manos este libro con ocasión de la muerte del poeta, envuelve mi espíritu un efluvio dulce y vago; incierta dulzura y vaguedad de diseño musical que viene á recordarnos, después de muchos años, una melodía muy tarareada entonces y no olvidada jamás. Sentí en todo mi ser el levísimo vibrar de las emociones profundas que sin salir al rostro apresuran el latir de nuestro corazón, y antes de haber fijado mis ojos en la letra impresa, ya estaba yo recitando, con esa palabra interior que no se formula pero que sirve de expresión á los sentimientos muy hondos, aquellos famosos versos (2) reimpresos mil veces en todos los periódicos gallegos y no borrados nunca de la memoria de los hombres de mi generación.

Relembranzas de tempos que foron
van vindo â memoria
como triste cantar, que de lonxe,
moi lonxe,... s'escoita.

Con afán y con amor tomo este libro en mis manos; con afán y con amor recorro sus páginas; de aquí y de allá van brotando ante mis ojos como destellos, un título, un verso suelto, que iluminan mi memoria con el recuerdo de dulzuras ya gustadas; y de composición en composición pasa saltando ante mí la inspiración del poeta con la ligereza y el brío de una muchachuela robusta que logra burlar la vigilancia paterna y la esclavitud del colegio, y que escapando á una y á otra se entrega al arrebatador devaneo de pasearse sola por las afueras de la villa, buscando adrede los vericuetos y parándose sobre cada *petouto* para contemplar, arrobada, la perspectiva encantadora que desde cada uno de ellos se descubre.

No menos grato me es, y siempre con la misma vaguedad de sensación que dejo tan apuntada, percibir por entre la erudita y rebuscada ortografía, llena de antipáticos repulgos de empanada, fría, falsa y desrazonada como ella sola, la fonética vigorosa del gallego en su variedad orensana, la riqueza de sus mil matices, de sus elisiones, de su *liaison* expresiva y fecunda en efectos. Esta evocación de sonidos me inclina á apartar los ojos de las líneas de la imprenta, prefiriendo recitar de memoria á leer de corrido, y en esta recitación tal vez me equivoco aturdidamente; acaso cambio los términos, si cuadra mezclo estrofas de composiciones diferentes, y de todo esto junto me asalta una impresión de poesía soñada y viril, que no es ciertamente la de Lamas Carvajal, pero que no podría yo figurarme ni sospechar siquiera, sino le estuviese leyendo á él, porque esta poesía que yo sueño al releerle, no es sino una modalidad de la que él escribió.—Rectifico inmediatamente: de la que él soñó también.—¡Pobre poeta, recordado con tanto amor hoy, que lo lloramos muerto después de tenerlo un poco olvidado!

Declaro, honrada y espontáneamente, que esta que dejo dicha (ó confesada), no es manera de leer á poeta nacido. Convengo en que cuando se lee un libro hay, ante todo, que respetar el texto y tomarlo tal cual es; reconozco que todo libro dice sencillamente lo que dice, y no, de ninguna manera, lo que nosotros queramos atribuirle... Pero aun

(1) Las cita Carré en su libro *La literatura gallega en el siglo XIX.* (La Coruña 1893). Son cuatro: 1871, 1876, 1878 y 1893. Yo tengo á la vista dos: la de 1878, impresa por Tello, en Madrid, y la de 1893, impresa por *El Eco de Orense,* el periódico de Lamas. Por cierto que entre unas y otras ediciones hay diferencias en el contenido. En la última faltan los dos prólogos y está alterado el orden sucesivo de algunas de las poesías.

(2) Titulados *Amor de nai.*

declarando, confesando y reconociendo todo eso, el extravío de mi imaginación tiene disculpa en la interna contextura del libro de Lamas Carvajal, y más que disculpa origen, porque esto que me pasa con Lamas Carvajal no me ocurre con otros poetas y porque esto que me sucede á mí...—¿lo diré?—le ha pasado también al público gallego de 1871.

De aquí el éxito que entonces tuvo el libro. De aquí la leyenda que todavía conserva hoy. De aquí la celebridad que entonces tuvo el poeta. De aquí el dulce afecto popular cuyo aliento hace tibia y amorosa la sombra que le envolvía al morir.

A mí no me cabe duda; el público ha visto en *Espiñas, Follas e Frores* algo de lo que yo veo ahora; el público, seducido por su encanto, tomó el libro como una llamada á la idealidad y se dejó elevar en la bruma dorada de un ansia indefinida, pero llena de encanto, y siguiendo al poeta en el vuelo saltarín de su fantasía, se dejó sugestionar por el hechizo y forjó un amable engendro de aspiración indefinida á las cosas de la tierra, sin caer en la cuenta de que cuando á la aspiración no acompaña la acción, aquélla es siempre cosa inconsistente, por bonita que aparezca ser. De aquí la afirmación formulada por Lamas Carvajal, en muchos de sus versos, y coreada (aún hoy) por la clase media de Galicia, de que ésta es ingrata para sus hijos, y de que aun conociendo tal ingratitud y sabiendo de antemano que solamente nos reserva desdenes y desengaños, deseamos recibir los besos de sus brisas y beber la linfa pura de sus fuentes de frescas aguas. (1)

Si analizáramos aquí no sólo *Espiñas,* sino también sus otros libros gallegos, veríamos esta afirmación repetida en multitud de lugares, hasta tal punto, que pudiera decirse que esta es la característica del patriotismo de Lamas Carvajal. Son varias las composiciones en que el poeta increpa á su patria. «Si te preguntan naciones ajenas qué haces de los hijos de tus entrañas: ¿qué podrás responderles, desdichada madre?» (2) En otra ocasión nos dice: «De nuestros olvidados genios ved aquí la suerte. ¡Duermen el sueño de la negra muerte como si fuesen un mortal cualquiera!» (3) Por lo que toca al público, aún hoy es facilísimo para todo aquel que tenga ocasión de hablar con gallegos, comprobar que todavía hay muchos que piensan así.

Tal concepto del patriotismo es muy generoso, muy desinteresado, pero muy equivocado también; y como es equivocado, es estéril, y como es estéril, no puede engendrar ninguna cosa buena.

Falsa, aunque caballeresca concepción, ella tiene la culpa del atraso en que todavía yace la intelectualidad de las ciudades gallegas; ella tiene la culpa de la pasmosa esterilidad de la clase media de Galicia, de su ineptitud palmaria, por mucho que sea su buen deseo, para impulsar el adelanto material ni el moral de un propio país.

Nuestro excelente y desdichado Lamas Carvajal, refleja admirablemente en sus versos esta falsa concepción del amor á la patria, á la cual concepción sacrificó el ilustre poeta tantas cosas, y en la cual se encierra y resume la única causa del olvido que

---

(1) .....
Vai por que sinte sede das augas
puras e frescas d'aquelas fontes,
afán dos bicos d'aqueles aires
qu'ecos y aromas do val recollen,
.....

(Amor da patria. Del libro de *Saudades gallegas.)*

(2) En la poesía titulada *No cimeterio d'Ourense. Un recordo o inxenioso e ispirado poeta gallego D. Xosé García Mosquera.*

(3) *De riola por Galicia.*

anubló su obra; de la muerte en vida de su simpática, de su atractiva, de su noble y dulce personalidad literaria.

Es este un punto no tratado aún por nadie, que yo sepa, cuyo estudio da mucha luz para escribir la historia literaria y social de Galicia contemporánea. Inquirir este concepto del patriotismo y precisarlo, es igual á esclarecer muchas cosas que hoy no se entienden bien, verdaderos enigmas de la sociología gallega.

La clase media de este país creyó que bastaba amar su suelo sin meterse á cultivarlo, y dándose y tomándose por adoradora de la serenidad de su ambiente y de la hermosura de su paisaje, dejó que los caciques y las sanguijuelas de la política hiciesen mangas y capirotes de los presupuestos municipales y provinciales. ¡Donosa manera de amar al país, dejar que á su sabor lo exploten los logreros, y aún unirse á ellos, aunque nunca de corazón! Como quiera que las cosas que no pueden ser, no pueden ser, no fué posible tampoco que la clase media de Galicia amase sus prados y sus fuentes y dejase meter la mano hasta el codo en los negocios comunales á los logreros de toda ralea; no fué posible sentir como patriota y obrar como forastero desamorado de la tierra; no fué posible lamentar la emigración de hombres y fomentar la emigración de ideas; no fué posible pretender la reafirmación de la personalidad gallega y laborar por la desaparición de todas sus características. En este desacuerdo entre el sentir y el obrar está la causa del actual y tremendo fracaso de la clase media de Galicia. Y este fracaso no tendría trazas de verse remediado si no las hubiera, que ya las va habiendo, de que la clase media se convenza de que lo que tiene que hacer es volverse á la aldea y trabajar la tierra, y cuidar las vacas, y ganar dinero con una y con otras, porque toda tierra mantiene á quien la trabaja con amor.

Lamas Carvajal es el más fiel y exacto encarnante de la clase media de su época. El creyó que bastaba amar al pueblo aldeano sin beberle el alma; él creyó que bastaba cantar el paisaje sin irse á vivir espiritualmente á él; él creyó que se podía bañar con oleadas de lirismo y aceptar y apoyar la política de un partido de los que mandan en España; él creyó que se podía desear adelantos para su país y prestarse á ser recomendante de ambicioncillas menudas y dispensador de credenciales modestas. ¡Linda manera la suya de escribir sonetos pidiendo á la sombra del degollado mariscal Pardo de Cela «la independencia y la gloria de Galicia» (1), mientras el poeta contribuía con su propio y grandísimo talento, con su propia y gloriosa pluma, á las trapatiestas y embolismos cacicales de alguno de los dos partidos políticos, totalmente ajenos á Galicia, que avasallan por turno sus siete antiguas provincias y sus cuatro provincias modernas!

Es verdad que en los versos de Lamas Carvajal no hay elogio alguno á ningún personaje de tal ó cual partido; pero los hay, en cambio, á porrillo, en su periódico *El Eco de Orense*. Y esto no puede ser, porque no es posible que quepan Dios y el diablo en un costal. No es posible ser á la vez espiritado amador de la tierra y patrocinador de las atrocidades que la política de Madrid impone, como soga de horca, á la política local; no es posible ser cantor de los amores aldeanos entre Pepe y Eugenia en una hermosa alborada de verano (2), y estrechar la mano de caciques altos, dar órdenes á los caciques menudos y reconocer, en el fondo, que todos son igualmente bajos; no es posible

(1) Este soneto es algo así como una licencia poética, absolutamente anodino; pero como la forma es valiente y robusta (no hay que olvidar que tratamos de un gran poeta), valió á su autor no pocos ataques. Pertenece al libro *Espiñas*, que es aquel en que más me fijo ahora. Otro vestido de ese mismo paño hay en el soneto *A María Pita*.

(2) *Alborada* se titula esta poesía, hermosa por cierto, aun cuando en ella el paisaje valga mucho más y tenga mucho más importancia que las figuras, no tan cuidadas en el detalle como parece prometer el brío con que las dibujó el autor.

unirse á los explotadores y decir á su propio hijo aquellos tiernísimos piropos que acaban en aconsejarle «que ame á Galicia como la ama el poeta» (1).—En este desacuerdo entre el sentir y el hacer está la causa del fracaso de la obra poética de Lamas Carvajal, que, vuelvo á repetirlo, es la encarnación más fiel y exacta de la clase media de Galicia. Alguien ha dicho con frase feliz, que Sagasta había sido la encarnación de la clase media española. De Lamas Carvajal bien se ve con cuanta justicia se puede decir lo mismo con referencia de especialización á la clase media de su tierra.

Como Lamas Carvajal era tan personal y tan sincero, se ha retratado á sí mismo en varias de sus poesías; y como era verdaderamente un gran poeta, estos retratos le han salido de mano maestra. Uno de los mejores es el contenido en la poesía que acabo de citar, *O meu fillo,* que por cierto es una de esas obras fantásticas que parecen inspiradas en un sueño y que hacen soñar también á los lectores. Primorosa por el metro, que recuerda—con sus versos hemistiquiados—las cadencias de la música aldeana, es una de las que subyugan más poderosamente el ánimo con la fuerza sentimental que chorrea por todos sus versos. «Ven, joya mía,—dice el poeta á su niño—que tú eres el dulce consuelo del mal que peno; ven, que ya solamente para tí tengo fuego en mis besos, amor en mi regazo y miel en mis palabras.—Cuando crezcas, pequeñuelo mío, te he de hacer un traje de gallego. ¡Verás que gloria, verás que bien! Tendrás para gala en los días de feria montera y calzón de rizo. Y tendrás también un palo con *moca* (2).—Cuando asomes por las calles (3) con ese traje, los hombres dirán: «¡Ay! ¡Un gallego!» y lo mismo las mujerucas. Y tú les contestarás: «Sabed que soy gallego, y de aquí, de Orense, y á mucha honra!»

Y esta sentidísima poesía, en que el amor al hijo y el amor á la patria son igualmente grandes y soñadores, viniendo á fundirse, por extraña síntesis, en una cosa misma, y en no encontrar manera mejor de figurarse airoso y garrido, para cuando crezca el adorado niño, que suponerlo vestido de aldeano—es el retrato de cuerpo entero, la fisonomía moral hecha y derecha de Valentín Lamas Carvajal, poeta gallego. Pero probablemente el hijo del poeta, una vez llegado á mocito, no se habrá paseado nunca por Orense vestido de montera y calzón de rizo, á no ser por excepción y con motivo de algún sonado festejo en que hubiere algún número de trajes ó danzas regionales, ó sencillamente en tiempo de Antroido (4).

Aquí, en esta aldea donde paso mis vacaciones, vuelvo á leer los libros de Lamas Carvajal. Pero no con el ansia y tenacidad con que suelo leer en mi cuarto de trabajo, entre apremios varios que le hacen á uno vivir como la ardilla, en la eterna movilidad de un ajetreo inútil.—Con un libro de Lamas Carvajal en la mano, recitando lentamente á media voz y á veces en voz alta, lo que tan pronto leo, tan pronto reproduzco de memoria, gusto de salir fuera del ancho portón abierto en el muro, y venir á sentarme en el poyo que sirve para ponerse fácil y sosegadamente de á caballo. Aquí la Musa de Lamas Carvajal puede resonar en plena aldea; sus acentos se articulan (ya que no bajo las parras orensanas) bajo la parra ullesa, que casi me sirve de dosel, y van vibrando en las ondas del aire por encima de la huerta frondosa, y del prado vecino,

(1) *O meu fillo.*

(2) *Pau de moca,* bastón que era á la vez decoro y arma de los aldeanos cuando en Galicia no había ni navajas ni pistolas en manos del pueblo campesino. El *pau de moca,* objeto de una esgrima especial, era en manos de los mozos gallegos un arma terrible.

(3) De la ciudad.

(4) Antroido, Carnaval.

y de la fraga inmediata, y del tojal de la casa, á perderse en el espléndido pinar que cubre el monte de enfrente. Este monte cierra el horizonte ante mis ojos; á los lados y por detrás, otros montes lo cierran también con el pintoresco montón de sus pendientes imprevistas; entre todos ellos es imposible la noción de todo lo que sea panoramas desvaídos, ó espacios dilatados, ó grandes inmensidades de cielos vacíos, y el espíritu no se ve solicitado por la tentación de echarse á volar en aventuras locas, ó de dispararse como flecha por la enrarecida atmósfera de la idealidad imaginativa y un tanto casquivana. Aquí no hay más que la realidad del vivir aldeano, hermoso como el paisaje, firme como el peñón que sirve de cimiento á la tierra de labor; aquí, á mi vista, están las parras en plena vendimia, los prados donde las vacas pastan, las *chouzas* donde se hace leña y apañan esquilmos, la agra donde el maíz ondula y *rosma* con meneo y susurros de océano. Y en este paisaje poblado de figuras, estas figuras no son fantasmas ni pastores de abanico del año 1820, sino hombres y mujeres, mozos y mozas, niños y niñas, muchos de los cuales me hablan y saludan con esa franqueza casi filial que es el secreto y el encanto de la aldeana cortesía, y de todos los cuales sé los nombres, la vida y las prendas. No hay ficción. La realidad aldeana es ésta, y ante ella recito los versos de Lamas Carvajal, no por ponerlos á prueba, sino por que en este lugar me ha cogido la noticia de su muerte y la necesidad espiritual que yo siento de tributar al ilustre autor el sincero homenaje de esta lectura que tiene algo de sufragio por el espíritu del poeta muerto.

De esta suerte, pensando mucho más tiempo que leyendo, se me ha ocurrido un día la descabellada idea de ponerme de pie sobre el poyo que me sirve de asiento, llamar por sus nombres á los vecinos que vendimian subidos en escaleras ó simplemente «aganchando» por los valos, gritar para que vengan los que andan por las *chouzas,* detener á Pepe que llega por el medio de la agra con el carro vacío, en conversación con su mujer, su hermano y sus dos cuñadas; llamar á Caitana que está cogiendo hierba para la *poldra* en el prado de enfrente, y hasta al rapaz que no lejos de ella *anda* con las vacas; el pobre Ramonciño Rigueiro, que siempre que me ve salir de casa corta para mí un mimbre bien derechito que sirva de bastón. Y cuando toda esta gente estuviera congregada alrededor de mí, llenos de curiosidad por saber de qué se trataba, decirles yo, mostrándoles el libro que en la mano tenía: «Escuchadme, que os voy á leer, y vais á oir los versos con que un poeta de la villa (1), educado según el plan de Instrucción pública de mil ochocientos y tantos, amamantado en la preceptiva castellana y ejercitado en la lectura de los poetas decadentes del siglo XIX que con arreglo á tal preceptiva compusieron sus odas y sus poesías, ha querido retratar vuestra propia vida y convenceros de que «no es vergüenza, como pensais, expresaros en vuestra rica habla».

Pero esto hubiera tenido que decírselo yo en el habla misma, porque me exponía gravemente, de expresarme en castellano, á que no me entendieran ni jota de lo que yo les quería decir, y porque todos ellos, lejos de tener vergüenza de expresarse en lengua gallega, no emplean otra en su vida y en su casa. Ni entre ellos, ni hablando conmigo.

¿No está aquí, tal vez, la equivocación que amargó toda la vida de Lamas Carvajal, y la que le llevó, siendo un excelente y meritorio poeta, á la triste situación de superviviente de sí mismo?

Hubo un tiempo en que Lamas Carvajal llegó á ser, como hemos visto, el poeta de la clase media de Galicia. Tenía su modo de pensar y su modo de expresarse, cosas ambas que se pueden fundir en una fórmula de tres miembros.

(1) En gallego se llama *vila* (villa), á la ciudad, aunque sea una capital tan importante y famosa como Santiago.

La aldea es bonita.

Galicia da á España muchos hijos ilustres.

Galicia no cuida, como debiera, sus grandezas históricas.

Ni Lamas Carvajal ni la clase media de su país, que le proclamó el Homero Gallego por ser ciego el poeta, se preocuparon, por el contrario, de ninguna de estas otras tres cosas contrarias á aquéllas.

Primera. De que nada ó muy poco importa que la aldea sea bonita. Esto es cosa de la cual la aldea misma se cuida muy escasamente, por lo mismo que el cuidado de la belleza del país, para pasar á ser idea vulgar, requiere un estado muy complejo de cultura. Lo que importa es que la aldea sea fecunda fuente de impulsos y de esfuerzos morales y materiales, ó lo que es lo mismo, de que en la aldea esté la residencia señorial, (el pazo) del alma del país,

Segunda. De que es mortal para la psicología colectiva la perniciosa debilidad espiritual mediante la cual las universidades españolas, cuando perdieron su esplendor de autoridad científica, pusieron puntillo de honor en producir muchos hijos ilustres. No individuos, sino clases sociales ilustres es lo que debe aspirar á tener un país. Clases que desarrollen mucho trabajo y que lo apliquen al mejoramiento de lo privativo y propio; y

Tercera. De que en el desarrollo y vigorización de los pueblos la Historia sirve de bastante poco. Los pueblos no saben nunca su propia historia, por que el conocimiento de ésta es privilegio de los eruditos. Las grandezas que hacen falta son las presentes, no las fenecidas. Lo que guía á los pueblos no es el recuerdo, sino el ideal nacional cuya falta implica la decadencia y la ruina.

Los versos de Lamas Carvajal son un desarrollo, una propaganda y una vigorosa, cálida y vibrante apología de la doctrina contraria, de la contenida en la fórmula tripartita más arriba consignada. Si esa vacía fórmula pudiera ser un ideal, Lamas Carvajal hubiera bastado por sí solo para realizar una obra salvadora, y sería hoy, como lo es Rosalía Castro, poeta nacional de su pueblo. Para lograrlo le sobran condiciones con las que tiene de cálido estilista, musical en el instinto del ritmo, amable en la incorrección que da el encanto de la irregularidad imprevista á muchos de sus versos, no de otro modo que como los lunares que tal vez aparecen en la carita de cielo de una *rapaza bunita,* suelen prestarle nuevos y más delicados atractivos.

Gran poeta era Lamas Carvajal, soñador y apasionado, sentimental y personalísimo. Sus poesías íntimas, esto es, aquellas que expresan sus propios sentimientos y que constituyen la más personal de las cuerdas de su lira, nos dan una gama variada y brillante de matices diversos dentro de una misma nota, amplia complexidad armónica de un solo tono fundamental. Lamas Carvajal es Lamas Carvajal en todas sus poesías gallegas; pero es muy rico en el desarrollo de las infinitas variaciones de su único tema, ese bien intencionado tema que queda condensado por mí en la fórmula trípode más arriba consignada.

La poesía *O meu fillo* ya citada, y que merece serlo por más de un concepto, es una de las intimidades de Lamas Carvajal que impresionan hondamente al lector. Su código ético, que transmite á su hijo en previsión de que él, su padre, no pueda llegar á viejo, se concreta en estas cinco cosas, que son, por el orden en que las expreso: el amor á Galicia, tal y como la ama el poeta; el respeto á los viejos, el temor á la justicia, la bondad para con los pobres y el culto á Dios. Con tales preceptos por delante, recuérdale que los buenos siempre dejan nombre, y acaba pidiéndole que si le sobrevive reze por él sobre su sepultura, y que si fuere poeta, en lugar de llorarle, perpetúe en una

canción lo mucho que ha sufrido.—Así quisiera ser Lamas Carvajal inmortalizado por la lira de su propio hijo, por el renombre de bueno y en gracia de los dolores que tanto le han atormentado.

«Yo soy, en la tierra donde vivo y muero—exclamaba en otros de sus versos— (1) un espíritu ya acostumbrado al sufrimiento, un corazón sin ilusiones y sin sueños, un desgraciado. ¿Quien me llama? ¿Eres tu arcángel de mi cielo? ¡ Ay Virgen santa, celeste Jesucristo! ¿Y me dices que te mire? ¿Acaso no sabes que ya no veo la luz?»

«Yo no se lo que tengo... muero de soledades y de pena sin encontrar un consuelo, ni quien comparta mi padecer; voy caminando hacia la sepultura sin llorar, pues veo en ella la sombra, compañera de mis males; con el corazón dolorido, con mi pobre alma enferma, yo me voy muriendo de tristeza como una flor que se deshoja, como una música que se aleja, como una luz que se apaga. Si en algo encuentro aliento y consuelo es en los aires de Galicia, en los aires de mi tierra.

«Yo he de vivir poco, pues me muero de tristeza; cuando esté sosegado en la tumba, cuando no tenga quien vierta por mi una lágrima desconsolada, ni quien por encima de mi tumba derrame flores; cuando nadie se acuerde de mí y cuando mi nombre se haya perdido, yo pido á Dios que besen la piedra de mi sepultura esos aires ligeros que se quejan y que suspiran en los árboles del soto, en las fuentecillas de la ribera, en los picachos de los montes y en las chozas de las aldeas; los aires de mi tierra, los *airiños* de Galicia» (2).

«¡Patria de mis amores, por Dios bendita seas! No se qué encanto, qué amor, qué poesía tiene este suelo garrido, esta tierra donde nací. En tus alboradas alegres, en tus noches, en tus días, siempre tendrás para mí hechizos, glorias y luz. De niño he aprendido á decir tu nombre con delicia, y hoy lo recuerdo con fuego de pasión. Cuando esté para morirme, diré el nombre de Galicia mezclándolo con el nombre de mi Dios» (3).

Esto, por lo que se refiere á lo meramente lírico. Lírico es todo en Lamas Carvajal, pero en fin, ahora me he venido refiriendo á lo más personal de su personalísima musa, que, como se habrá visto por lo que indicado queda, está bien caracterizada por mi fórmula, tanto en la orientación como en el desenvolvimiento de su actividad artística.

Lamas Carvajal tuvo la visión, la intuición, aunque confusa, hondamente sentida, de la hermosura aldeana.

Es verdad que miró la aldea como quien mira un paisaje de Häes; al verlo, decimos: «¡qué hermoso es esto!», y no queremos pensar en que detrás de aquella hermosura hay una inexpresiva mano de imprimación, y bajo ella una tosca urdimbre de tela grosera claveteada de puntas de tapicero sobre un bastidor con cuñas. Lamas Carvajal, y con él la clase media de Galicia, han visto la aldea así, encerrándola en el marco de lo convencional, y como si detrás de su hermosura no tuviera más que una urdimbre grosera; han visto como si estuviera pintado lo que era vivo, y no han sabido medir cuánto va de lo vivo á lo pintado.

Y, sin embargo de esto, ¡qué hermosas son muchas de las poesías de Lamas Carvajal que pueden tomarse como aldeanas! ¡Cuán bien sentidas en su concepción! ¡Qué hermosamente vertidas en el quebradizo molde del lenguaje!

El buen gusto y el sentido artístico de Lamas Carvajal le hizo imitar la factura

(1) *Un corazón doorido.*
(2) *Os aires da miña terra.*
(3) *O Nome de Galicia.*

popular, acertando á darle en algunas estrofas el gracejo y la movilidad encantadora que imprime la musa aldeana á todo cuanto inspira.

Botan foguetes, toca ó gaiteiro,
As xentes bailan xa no turreiro.
¡Mirai que gracia ten a Sabela!
Fai unhos puntos qu' é groria vela,
Baila a muiñeira como ninguén;
O barballoas do tio Xaviere
Morre por ela, mais non o quere,
Pois xa cortexo na Granxa ten.
.....
—¿Queres bailar, niña xoya?
—Non quero, por que estou cansa.
—Vamos á botar un neto,
—Tampoco; non teño ansia.
—Entón que tés?
—O que teño
A ti non che importa nada (1).

La característica aldeana está bien cogida, tanto en el paisaje como en las figuras, y las figuras están admirablemente pintadas; se vé en ello la tierra y las gentes de la tierra, y el cuadro tiene todo el valor, y la justeza, y la firmeza de trazo que acusan la mano del maestro. De la lectura de *Espiñas, Follas y Frores,* quedan en el alma vagas sensaciones de agrado producidas por todos los pasajes y hasta por todos los versos sueltos (y conste que unos y otros son muchos) en que luce con la luz misma que tiene en el natural, el paisaje y las personas que lo pueblan. Mas el cuadro suele casi siempre tener un marco más ancho de lo debido, muchas veces tendencioso y no pocas de ellas didáctico, por que el autor no prescinde, ni quiere prescindir jamás de mostrarnos, al propio tiempo que lo que pinta, su propia persona; la impresión que en él produce lo visto ó lo narrado, el concepto que él forma de las costumbres ó de las prácticas á que alude, la impresión que dejan en su alma los acentos que oye, las músicas que escucha, las brisas que le besan, el sol que le baña; ni tampoco nos perdona la indicación de lo que los lectores deben hacer después de haberlo leído, y hasta lo que deben entender de la lectura misma, para lo cual la resume, en muchas composiciones, en los últimos versos. «Resabio» llamó á ésto cierto ilustre crítico, y resabio es en efecto (y á mi ver) de la manía predicadora y didáctica que se ha unido en todas ó en la mayor parte de sus obras á la inspiración poética; parecía tener prisa por que la propaganda de su ideal se hiciese en seguida y produjese frutos á escape. Generoso empeño, sin duda, pero que me recuerda un tanto al de aquel sabio naturalista, que para apresurar su crecimiento estiraba las hojas de las plantas.

Así Lamas Carvajal no se contenta con lanzar á su país la simiente de su predicación; no tiene calma para esperar á que arraigue en el hondo y obscuro seno del esponjoso surco; no se resigna acaso á que cayendo en peña ó al alcance de la voracísima gallina resulten á la vez, la siembra inútil y la simiente perdida, y se esfuerza, y se apura, y se empeña, y se obstina en que el lector vea ante todo y sobre todo que él, el poeta, desea la regeneración de su país, y que para eso escribe, y que para eso le

(1) *O dia de festa.*

amonesta, aun partiendo de suposiciones no siempre exactas ó formulando apreciaciones cuya certeza no es incontrovertible. En el soneto á *Méndez Núñez,* su primera palabra es un imperativo ineludible, con el cual pretende obligar al lector á que secunde la obra del poeta, aun antes de haberle leído; y es nada menos en el primero y segundo de los catorce versos donde le dice, sin dar lugar á réplica: «Saluda, viajero, reverente, las cenizas adoradas de este hombre.» Santa y respetable terquedad, pero desprovista de ulterior eficacia; porque el poeta da como razón irrebatible de su mandato, que Méndez Núñez «venció en el Callao como valiente, y le dió á España triunfos y renombre». Pero el lector, (si ha sido capaz de sustraerse á la imposición del falso patriotismo que adultera la historia, haciendo víctimas de su ampulosa inexactitud al poeta y á él), recuerda que los limeños celebran el aniversario del combate del Callao como una victoria suya sobre la escuadra de Méndez Núñez, y entonces los dos primeros versos del soneto pierden notablemente de su fuerza coactiva. No hay que olvidar que las cosas, para llegar al pueblo, han de ser verdaderas, y que, en cambio, las que no lo son por completo, consiguen tal vez engañar á la opinión, pero no llegan jamás á anidar en el corazón de aquél (1).

Hasta en el honrado amor del mozo que echa las cuentas de su pobreza y de lo que él y Sabela andan juntando para comprar algún ganado, pues ya cuentan con dos ejidos que dan maíz y centeno para comer y además con una casa donde guarecerse de las heladas en las negras noches del invierno,—el resabio didáctico del poeta pone también su nota chillona, y el hermoso trozo poético á que aludo termina asegurando que «no hay amores en el mundo como los amores de aldea», cosa muy difícil de probar, si fuera cuestión de tener que hacer la probanza, y sentencia absolutamente inútil para el lector, que se recrea de mejor gana con aquel honrado sueño de vida pobre y trabajadora, que con el comentario final, por nadie pedido, ni por la índole del asunto, ni por exigencias de la forma. Repitiendo casi al crítico aludido pocos párrafos más arriba, diré que sin los cuatro últimos versos ganaría no poco la composición á que me refiero (2).

¡Pero cualquiera se lo hubiera podido decir á Lamas Carvajal! El gran poeta vivía y escribía consumido por la ansia de ver florecer la semilla y dar frutos la predicación, no teniendo labor de más prisa que la de remachar bien en la cabeza de los lectores, á puros martillazos, que todo aquello de sus versos era propaganda y plan preconcebido y afán vehementísimo de la regeneración de su país. La frescura y robustez de su musa eran valuadas en poco por el poeta mismo, que sólo parece tenerla en aprecio en cuanto contribuye á la realización de la citada propaganda. «Poesía publicada, efecto social conseguido»: he aquí la que parece ser su aspiración (nunca lograda, como es natural, por nuestro poeta).

Mírense en este espejo los desorientados poetas gallegos de ahora, los que al asomar á la vida literaria con brío y alientos, tienen por imposible separarse ni el negro de una uña de la preceptiva oficial que se les hizo estudiar en el Instituto. Sobre que nadie les ha enseñado otra, muchos maestros les engañaron haciéndoles creer que la preceptiva castellana tiene su *sancta-sanctorum* en ese seco y estropajoso tratado de la métrica

---

(1) Nada de lo indicado cede en daño del justo renombre de Méndez Núñez, á quien basta la gloria que en efecto alcanzó en aquella jornada, aunque tal jornada no haya sido victoria más que para muchos escritos españoles de la época, que era una época tocada del delirio de las grandezas.

(2) *Os Amores d'Aldea.*

pseudo-latina que parte del error de querer hacer con número de sílabas lo que los latinos de Roma en lo antiguo y los pastores salmantinos ó labriegos del Valle del Lozoya, ó los boyeros de la sierra de Toledo hicieron antaño y hacen ogaño con *pies rítmicos*. Auméntase el engaño de que los mozos estudiantes son víctimas, con el híbrido enjambre de palabras de formación erudita *(cultilatiniparla,* según el gran Quevedo) con que se les hace comulgar dándoles tales ruedas de molino por galas de «la más pura castellanidad», cuando tales aborrecibles palabras ni son castellanas, ni lo han sido nunca, ni las entiende ningún campesino de ambas Castillas, el Alto y Bajo Aragón, la Alcarria, la Mancha, Tierra de Campos y Tierra de Segovia, ni ninguno de los demás territorios, ducados y señoríos de la marca.

Los poetas gallegos, aprendiendo en la cabeza de Lamas Carvajal, deben huir de este embrollado rutinarismo del decadente arte literario que hoy se les enseña oficialmente como si él fuera el único, volviendo los ojos al foco brillante y aplicando los labios al fresco y rumoroso y vigorizante chorro de la «fuente de mina», esto es, la poesía popular de su tierra. Así lo hacen algunos, adoptando el buen acuerdo de no creer lo que les dicen los libros, teniéndolos por cosa muerta y por «argalladas» de eruditos que hacen falsear la vida. Ya no hay que hacer retórica, sino acción, movimiento y vida, según el genio de la tierra, de la raza y del arte gallegos; y así como los jovencillos canijos y las damiselas de alcorza son enviados á la aldea, por prescripción facultativa, para que puedan seguir viviendo, así también la decadente intelectualidad de las ciudades gallegas necesita «tomar aires de aldea» para vigorizarse y evitar que el excesivo adelgazamiento se convierta en rotura del hilo de su vida.

Lo verdaderamente eficaz, fecundo y glorioso en Lamas Carvajal no es su arte de versificador ni su dominio de la estrofa, ni la ampulosidad que de cuando en cuando retoña en sus versos como resabio del aula, ni su lirismo inficionado aún de la levadura romántica, sino el ritmo aldeano que de cuando en cuando supo poner en algunas de sus estrofas, el *bouquet* campesino que las perfuma, y la visión de las *agras* maternas que ellas evocan.

¿Pueden llamarse castellanas las muchas y buenas poesías que Lamas Carvajal ha escrito en el idioma oficial de la nación española?

Sin género alguno de vacilación, sin asomo de duda, debe contestarse á esta pregunta negativamente. Acaso pudiera caber la duda en algunas de ellas por lo bien que encajarían en cualquier colección de poesías castellanas de los alrededores de la Revolución de Septiembre (añadiré «del año 1868» para que me entienda sin esfuerzo la generación que ahora empieza vida y obras un poco, ó más que un poco, olvidada de lo que constituyó la gloria de la generación anterior); acaso se me pudiera objetar que la afectada resonancia del verso, el vocabulario especial que caracteriza los versos castellanos de por aquellos días, y la levadura romántica, son enteramente de las tierras del centro carpetano, y la objeción tendría indudablemente cierta fuerza. El autor mismo decía con el pintoresco lenguaje de aquellos tiempos en que floreció como género artístico la zarzuela: «Me encuentro á los veintisiete años de edad con un alma enferma, sin ilusiones y sin una esperanza que pueda infundirme aliento para conquistar un brillante porvenir. El imperio del idealismo ha sido reemplazado en mí por la tiranía de la realidad más espantosa (1).» Era también Lamas Carvajal aficionado á escribir poesías tituladas

(1) *Desde la Reja, Cantos de un loco.* Dedicatoria.

«Ante la tumba de Fulano» ó «En el cementerio», y en una de las que así se titulan (1) dice:

«Los descarnados huesos
Que miran nuestros ojos,
Que arrojan estas tumbas
Quizá sin compasión,
Son de hombres y de hermosas
Los míseros despojos;
Los débiles fragmentos
De nuestro orgullo son.»

Y en cuanto á la tersura y sonoridad que constituía el mérito más generalmente elogiado por la crítica de entonces, el de que los versos fueran «numerosos y muy entonados», poco trabajo me costaría citar muchas estrofas; mas no quiero hacerlo por abominar de corazón esta clase de cosechas de Ruth, y solamente (y en concepto, además, de probanza de otras cosas arriba dichas) citaré estas estrofas que siguen, por lo mismo que son una imitación de Fr. Luis de León, que la crítica coetánea de Lamas Carvajal hubiera podido calificar de «afortunada», y con toda justicia.

¡Qué importa á quien adora
Gozar de la ilusión de su ventura
Una mezquina hora,
Si luego el desengaño y amargura,
Mas el dolor del corazón apura!

¿Qué importa la esperanza,
Cuando latiendo el corazón violento
Felicidad no alcanza?
¿Qué importa, si avariento,
Cree esperar un siglo en un momento?

Dejad, dejad al alma,
Placeres ilusorios de la vida,
Y no turbéis su calma,
Que ya llora abatida
Sin encontrar la gloria apetecida (2).

Y como muestra «del más puro clasicismo» y para no volver ya á citar ninguna otra cosa, vayan en gracia esos otros versos, en los que Lamas Carvajal resucita el modo de hacer de los poetas castellanos del siglo de oro.

Luchaba el sol en lánguido desmayo
Al ocultar sus tibios resplandores
En una tarde del risueño Mayo;
Los dulces ruiseñores
Entre el ramaje de la selva umbría

(1) En el folleto de versos *Flores de Ayer.*
(2) *En la Ausencia. (Flores de Ayer.)*

Ensayaban sus cánticos de amores
Con tierna melodía,
Y el aura murmurando entre las flores
Con inspirada voz las repetía (1).

De propósito elijo obras de la juventud de Lamas Carvajal para hacer resaltar dos cosas: primera, la influencia de sus maestros, y segunda, su gran dominio del idioma y de la métrica castellana.

Por lo demás, los versos de que aquí dí muestras y muchos otros de los cuales por brevedad no quiero darlas, no son ni mejores ni peores que los de los príncipes de la poesía castellana coëva, de aquella falsa y apedantada poesía que leyeron entusiasmados cuando mozos nuestros padres y en cuya hueca sonoridad habíamos creído encontrar el arquetipo nosotros, los de la generación que ya declina.

Pero á pesar de tener tanto parecido con aquéllos, los versos de Lamas Carvajal son gallegos por la estructura, por la intención y muchas veces por el asunto; la intención, como dicho queda, es siempre la del propagandista de su país, orgulloso de ser natural de una patria hermosa, desgraciada y noble; y esta afirmación no encuentra excepciones á no ser en los versos destinados á cantar amoríos y romanticismos vanos, tan fugaces los primeros como los devaneos estudiantiles, y tan alambicados y llenos de afectada sensiblería ó de falsa desesperación los segundos, tan empapados de la idea de ser la del poeta «un alma cansada y herida», que al leerlos la sonrisa asoma á nuestros labios con involuntaria socarronería.

Lamas había sido educado en la preceptiva de Castilla, entre los estúpidos mandatos de aquella Retórica amañada en la que todo se vuelven tropos, y no podía sustraerse á la tremenda decadencia ambiente, una decadencia producida por la centralización intelectual, que es la mayor culpable, esta última, de la postración á que hoy ha venido á parar el habla castellana, en la que ya no se puede ser correcto sin hacerse arcáico adrede. ¡Inopia terrible!

Tuvo Lamas Carvajal un aspecto muy interesante: el de periodista. Hay en Orense un periódico suyo, por él orientado y por él dirigido durante muchos años, y hasta el momento mismo de su muerte. Según el Sr. Neira Cancela, lo último que Lamas Carvajal escribió fué un suelto para su periódico, un suelto en que daba y lamentaba la noticia de la muerte de una cierta persona muy amiga suya, él que estaba ya, por grave desdicha, á punto de terminar su trabajada existencia. Lamas Carvajal se hizo periodista, allá en tiempos, y al decir de sus amigos, por que los versos no le daban para vivir; Lamas Carvajal murió escribiendo para su periódico, que fué en los últimos años, el lazo casi único que le unía á la vida literaria de su país.

El Eco de Orense, que así se llama el periódico, ha tenido una historia muy movida; no se le puede llamar periódico de partido, porque siempre mantuvo cierta independencia de criterio (último baluarte donde se refugiara la rectitud de espíritu de Lamas Carvajal, asqueado eterno de la política de pueblo en que se vió envuelto lo más de su vida); servía, sí, *El Eco de Orense,* al interés de sus amigos políticos, y zurraba de lo lindo, llegado el caso, con toda la impiedad que es uso en semejantes luchas, en las que

---

(1) *A mi amigo D. Jerónimo J. Pardo.* (Del mismo libro.)

tirios y troyanos se tiran á codillo (1), en vez de unirse, como debieran, para bien del pueblo; pero en más de una ocasión *El Eco de Orense* se les ha negado rotundamente á tal ó cual cosa. Su evolución política, que en honor de la verdad, estuvo bien y prudentemente realizada, acaso haya obedecido á algo de esto; no lo se de fijo; pero si se que alguna vez Lamas se ha negado á sus amigos políticos en determinadas peticiones de éstos, que en honor de la verdad, y dicho vaya de paso también, supieron darle la razón al periodista y retirar la aviesa demanda que le hicieran.

Y es que Lamas Carvajal no servía para político. Lo fué por que el trabajo literario no le producía lo bastante para mal comer, pero se pasó la vida con la ilusión de poder irse á vivir á la aldea, á la vista de los aldeanos, ansioso de horas tranquilas, de paz risueña, de un rincón pintoresco que poder llamar suyo y en el cual dedicarse á escribir versos, sumiéndose en una especie de *vita bona* espiritual. No lo logró nunca ni por asomos. Lamas Carvajal no pudo parar en la aldea sino muy breves temporadas. Encerrado en su despacho de Orense, amargado por pesares propios y por desdichas de personas para él muy queridas, amarrado al duro banco del forzado que constantemente hunde el remo, echando los bofes, en un mar que no ve, este desdichado Lamas Carvajal bogaba, agotándose, en el revuelto mar de la política de provincia, política sin ideal y sin entrañas de la que nunca ha salido nada bueno, y que viene á ser para los pueblos una plaga peor que las siete de Egipto juntas; todo ello para que D. Fulano ó D. Mengano, se paseen por Madrid dándose tono de protectores (que de tal presumen) de sus distritos. Una presunción, basada precisamente en la candidez de los secretarios de Ayuntamiento, porque el día en que éstos se ligaran, se quedarían sin acta los prohombres y los jefes de partido, siendo solamente ellos, los secretarios rurales, quienes vinieran al Parlamento con derecho plenísimo.

¿Tuvo Lamas Carvajal la intuición de esto, que es en mi convicción firmísima?

Yo creo que sí. Si así no fuere, *O Tio Marcos da Portela* no tendría razón de ser, y *O Tio Marcos da Portela* es para Lamas Carvajal su verdadero éxito periodístico y el más activo heraldo de su fama. Es este *Tio Marcos* un «petrucio» á ratos socarrón, á ratos maligno, tan pronto ingenioso como acometedor y encoraginado; unas veces culto hasta la erudición, otras veces bajo en la expresión hasta lo pedestre, pero siempre humorista y atinado, y festivo en la forma (aun cuando el donaire encubra hieles y sangre), que en sus distintas épocas (2) supo salir de Orense (*c'os zocos ao lombo),* y recorrer en triunfo toda Galicia, llegando á ser más ó menos popular y conocido hasta en las comarcas del Norte, desde el Condado de Santa Marta hasta la *Terra de Xallas* y Finisterre.

Con tales prendas y condiciones como las que quedan dichas, fácilmente se comprenderá su éxito. El pueblo gallego lo leyó con avidez. Pertenecía el *Tio Marcos* á una progenie literaria de *enxebre* solar gallego, aquélla cuyos antepasados florecieron en los comienzos del siglo XIX y en las postrimerías del siglo XVIII en obras como *Proezas de Galicia,* de Fernández Neira, *La Tertulia en la Quintana, La Tertulia de Picaños Patria del célebre y honrado Vilos Capataz de Carreteros, O Coloquio da Chainza* (3), y hasta aquellos regocijados, punzantes ó redomados versos que con supe-

(1) Afortunadamente, ya los periódicos gallegos no se entretienen en el cultivo de estas malas mañas. Tal ó cual polémica que de raro en raro surge, acaba pronto por aburrimiento del público y de los propios contendientes.

Tuvo varias, á partir de 1879 en que apareció.

(3) Todos estos escritos tienen el título mucho más largo; este último se titula: *Encuentro y Coloquio que tuveron na Pontela d Chainza, cercana aa Vila de Noya, Gurumete, Pedro de Atanasio e Pepe Alonso, o dia 13 de Noviembr e de 1836, en que se nombron naquela Vila o Auntamento Costituzional.*

rior humorismo y con pocas veces igualada gentileza de ánimo supo zurcir aquel espíritu inquieto y fervoroso patriota que se llamara en vida D. Diego Antonio de Zernadas y Castro, cura de Fruime.

Ya hace tiempo que *O Tio Marcos da Portela* no sale los domingos, pero aún su nombre no está olvidado; por el contrario, ha llegado á ser en toda Galicia casi proverbial. Encarna un tipo vistiendo la encarnación con la misma ropa que el encarnado usa en la realidad. *O Tio Marcos da Portela* habla en gallego y su palabra se le escapa casi siempre por el flauteado registro de la satirilla á medias retozona, á medias levantadora de ronchas. Mucho contienen su lengua los compromisos políticos del autor, que no en vano el periódico dominical *O Tio Marcos* es hermano de tinta y de platina del diario *El Eco de Orense;* no teniendo, como no tiene, casa propia, no puede hablar como seguramente placería á su deseo; pero entre los chistes y las «salidas», entre sus origiginalidades y sus «lerias», va echando todas las pullas que puede, así como quien desahoga á la disimulada. El público gallego leyó estas sátiras, les dió todo el alcance que la propia letra les niega, y viendo retratada en ellas una fase del alma del país, hizo al *Tio Marcos* un éxito no igualado, que yo sepa, por ningún otro periódico satírico en Galicia (1).

El éxito de los periódicos satíricos por muy grande que sea la aceptación que alcancen, tiene algo de vago y de inconsistente, pero por lo mismo se adapta mucho mejor que el de los libros á recibir el aura popular. Se recuerda mal el periódico mismo, pero en cambio se conserva clarísima memoria de su espíritu, y sus sales y agudezas son celebradas más bien por el saborcillo que dejan después de algún tiempo, que por el picante ó el agrete con que nos hacen chasquear la lengua al ser gustadas. El pueblo recuerda frases y versos sueltos, chascarrillos ó agudezas de las que quedan, y se recrea con su recordación. Conforme el tiempo pasa, esta recordación se va haciendo más débil y confusa, pero en cambio se va agrandando y ensanchando, conforme se va eclipsando en el olvido la clara luz de la historia, la dulce bruma dorada de la leyenda. Así, *O Tio Marcos da Portela,* ha pasado á ser en el concepto popular un verdadero centón de sales y donaires. Juicio merecido.

Muchos de dichos donaires andan también desperdigados por la colección de *El Eco de Orense.* La fantasía de Lamas Carvajal, cuando estaba de humor para ello, no sólo vestía «cirolas y monteira», sino que también se honraba, y casi á diario, con la cuca americana y el sombrerito hongo de la correcta burguesía, dejando que la gracia saliera á plaza por las mil anchas puertas del ingenio. *Mostacillas* (2), reunidas por el propio autor en tres tomos, son una chispeante colección de cosillas de poco fuste, pero todas ingeniosas, en las cuales, á pesar de lo puro de la forma castellana, el humorismo genuinamente gallego constituye el aroma y el encanto.

El humorismo ha sido la última fase del talento de Lamas Carvajal. El periódico *El Miño,* su eterno enemigo, dijo al morir el gran poeta, que había llegado á un humorismo sólo comparable al de muy contados maestros de la otra banda del río.—Recorriendo sus poesías gallegas se encuentran deliciosos rasgos llenos de fuerza cómica, de vida y de alma.—Me he propuesto no citar nada más de Lamas Carvajal y sostengo mi

(1) No se si se conservará íntegra alguna colección de este interesantísimo periódico. Creo que no; que ni en la redacción de su hermano *El Eco.*

(2) Buenas ganas se me pasaron de poner por nota una bibliografía de Lamas Carvajal, pero no la he podido hacer completa, á lo que pienso. Además, la Diputación provincial de Orense ha acordado hacer una edición de las obras del celebrado poeta, y supongo (aunque nadie me lo haya dicho), que al frente de ella irá algún trabajo biográfico y bibliográfico todo lo completo y exacto que el caso requiere. Por encima de todo esto, el presente trabajo es de otra índole, no de análisis atomizador sino de síntesis do-

propósito, pero casi casi estoy por arrepentirme y quebrantarlo; no lo hago por la extensión que ya alcanza este trabajo, pero consigno esta fase como última de la vida literaria del poeta. Acaso él acentuó este modo de hacer desde el momento en que perdió la esperanza de que su campaña de toda la vida fructificase antes de ver terminada la suya, porque el fondo de su humorismo es tan amargo que delata, entre las burlas, todo el rosario de dolores que ha venido rezando el alma del poeta.

Bajo este aspecto tiene un valor inapreciable el folleto que en Galicia se llama generalmente *Catecismo do labrego*. Este librito, que en Galicia alcanza el dictado de famosísimo, es uno de los más leidos del autor, y sus preguntas y respuestas son cada una un latigazo al estado social y político de Galicia.

El pueblo lo lee (¡vaya si lo lee!) con verdadera delectación. Lleva ya publicadas trece ediciones sin que haya envejecido la *Doutrina* que el folleto contiene, por que está en íntima relación de conformidad con el pensar y el sentir común. Lamas Carvajal tuvo en su *Catecismo* uno de sus mayores aciertos; prescindiendo en él de su ordinario modo de hacer, vistiendo las veras de burlas, no esgrime en él la *moca* poderosa sino el ligero *bimbio* recién cortado del prado nativo y rezumando savia por la cortadura; con este *bimbio* no parte cabezas, pero levanta cada verdugón que es un contento; hace como que señala y hiere; finge que discretea y desacredita, semeja que sonríe y muerde con corage, arrancando bocado de cada mordisco. Su folleto parece juego y es ariete; parece algo ageno á lo esencial de su obra, al *Corpus productionis* del poeta, y es por el contrario la clave de toda ella, el coronamiento y el sostén del arco, la veleta que señala con su pico agudo por donde viene la *treboada* arrasadora. Hasta la forma misma del librito, su condición de breve folleto, su carácter de producción meramente humorística, facilitan su difusión, que es su triunfo. El catecismo es lo más ardiente, lo más eficaz de toda la propaganda de Lamas Carvajal.

Tiene este *Catecismo* cosas crudas, muy crudas; conceptos que son puñadas en pleno rostro, puñadas de gañán, y acometidas que son mordiscos de «*can de palleiro*». Y sin embargo nadie persigue este libro ni nadie se ha revuelto contra él, y el libro va extendiendo el límite de sus triunfos de más en más cada año, por que su alma es la verdad y su fuerte la representación exacta de un estado de la conciencia popular. Por eso triunfa sin trabas y sin regateos.

En primer lugar, el *Catecismo* es un libro que mira y se refiere únicamente á la aldea, que es el refugio del alma del país. La gente erudita y en general la gente culta, hacen poco caso de este *Catecismo* y en eso son injustos. El *Catecismo* es mucho más leído por el pueblo que todo cuanto ellos escriben y predican; además de ser leído es creí-

---

cumentada, no de examen de elementos ni de circunstancias aisladas, sino de consideración de conjunto, de vida y obras y de examen del efecto por una y otras producido.

Sin embargo, de lo dicho, creo necesario poner una lista de lo más importante publicado por Lamas Carvajal. He aquí la lista:

Espiñas, Follas e Frores. Versos gallegos. Eds. de 1871, 1876, 1878, 1893.

Flores de ayer. Poesías castellanas. Santiago, 1871.

Desde la reja. Cantos de un loco. Coleción de poesías (bilingüe). Orense, 1878.

Gallegada. Orense, 1887.

Catecismo da doutrina labrega, composto polo R. P. M. Fr. Marcos da Portela, Doutor en Tioloxia campestre. Orense, 1877. La última edición es la 13.ª, que lleva la fecha del año actual, 1906.

Saudades gallegas. Tradicións, costumes, tipos e cantos da terriña. Orense, 1880.

A Musa das Aldeas. Versos gallegos. Orense, 1890.

Mostacillas. (Tres tomos de versos humorísticos castellanos.)

Siemprevivas. Leyenda en verso castellano.

O Tio Marcos da Portela. Periódico festivo, semanal. Orense, 1879. Su publicación ha sido interrumpida varias veces.

do á pie juntillas, cosa que á ellos no les acontece jamás; y en cuanto al mérito literario de esta producción originalísima, no basta negárselo si lo tiene, aun cuando haya en él toques demasiado atrevidos, que por cierto no son muchos, ni faltos de justificación. La gente culta y fina suele ser muy rutinaria y muy apasionada en sus juicios; pero yo por mi parte creo que el *Catecismo* es un venturoso acierto del poeta, y que su originalidad, su frescura y su sal le dan muy subido mérito literario. Como que el *Catecismo* está cada día más arraigado en el favor del público.

Es, también, una de las producciones de Lamas Carvajal que mejor marcan y determinan la influencia ejercida por el poeta, en la cual pueden señalarse dos notas ó caracteres principales: la aspiración á celebrar y á gustar de los placeres de la vida aldeana, y la condenación de la explotación inicua de que la tierra y la raza son objeto. La magia del verso y los encantos del estilo dan apariencia á lo primero, hacen que el olvido en que se tiene á Lamas Carvajal no haya podido obscurecer el brillo de su nombre, siempre bien querido en todo el país. La fuerza y el empuje brioso que caracterizan lo segundo, esto es, la condenación de los males que afligen al antiguo Reino y la flagelación de sus autores, eso no está olvidado ni mucho menos, manteniendo vivo y *rufo* al viejo *Tio Marcos da Portela,* ya en su periódico, ya en su cálido y ardiente *Catecismo,* que es el poema de la vida aldeana, de la miseria que la amarga y de la injusticia que la hace insoportable.

Y he aquí cómo por designio que pudiera parecer providencial, la obra de Lamas, que comenzó refiriéndose á la hermosura de la vida del campo, acaba arremetiendo, aunque no con lanza, sino con los menudos alfileres de la sátira, contra «Alcaldes, caciques y Secretarios», abominable trinidad entronizada por la política y única fautora de males sin cuento. Es decir, que á la poesía lírico-propagandista y un tanto alejada de la realidad, que caracteriza la vieja manera de Lamas Carvajal, ha sucedido la poesía (en verso ó no) satírica y humorista que, al sonreir, fustiga, y al burlarse, hiere y maltrata, concitando de este modo á la rebelión, porque no hay nada más revolucionario que el ridículo.

De esta manera influye hoy de dos distintas Lamas Carvajal, y sobre dos clases sociales bien diferentes, ya con sus versos lírico-propagandistas (perdóname, lector, que los llame así), de los cuales surge la visión encantada de la aldea bonita, ya con sus versos y prosas humorísticos, en los que se retuerce y araña la aviesa musa del despecho, rayano en la desesperación. Así como aquéllos brotan de pulsar la lira con el plectro dorado, éstos tañen el violín del ciego socarrón que anda por las ferias, y así como por los primeros se mantiene y agranda cada día la leyenda de un gran poeta entre la clase media, así por los segundos se extiende y difunde cada vez más el ansia de protesta entre la clase baja. El día que la primera comprenda que su salvación está en hacer causa común con la segunda, y que estas dos electricidades se recompongan, ese será un día feliz, porque en él acabará el reinado de los caciques pequeños y grandes que, ya en las ciudades gallegas, ya en el propio Madrid, viven y engordan á costa de Galicia.

La juventud gallega de la clase media (cuyo modo de ser encarnó como nadie Lamas Carvajal, por lo mismo que era un patriota metido á político y un poeta metido á cacique) tiene su porvenir pendiente de que se decida ó no á hacer la fusión de los dos estilos de nuestro poeta. Las cosas se han puesto de tal manera que no estamos ya para vacilaciones ni para perder el tiempo, que harto se ha perdido el siglo XIX, consagrado todo él á tontunas pseudo cultas, con las cuales se pretendían formular aspiraciones puramente palabreras y, por lo tanto, estériles; los tiempos ahora son de acción, y la

clase media debe irse á la aldea para robustecer su intelectualidad y para cuidar de sus intereses y de los de los aldeanos, porque ambos intereses no son más que uno mismo, es á saber: el interés del país contra sus explotadores. La clase media haría bien reconociendo su palmaria ineptitud para el adelanto moral y material de su propia tierra, y solo si va á buscar su fuerza y su éxito en el pueblo aldeano, pensando y sintiendo como él y aliándose á él en comunión fraterna, podrá rectificar en veinte años todo cuanto ha errado en trescientos. La vida del pobre Lamas Carvajal debe servirle de ejemplo y de norma, puesto que nadie como él ha encarnado el espíritu de la clase media de Galicia, y la obra literaria de Lamas Carvajal debe ser para ella como espejo en donde se refleje claramente su propia evolución. La del gran poeta ha terminado, por desdicha, con su muerte; pero como los pueblos no mueren, la de la clase media debe ir hasta el fin, volviendo en veras las burlas del *Catecismo do labrego*, y las sátiras contra los daños, en remedios para los mismos. Hay algo mucho más importante que todas las teorías, y es la vida real, y á las exigencias de ésta debe sujetarse nuestra acción. Las indagaciones imaginativas de Lamas Carvajal no han aportado nada á su obra, y son, por el contrario, las que le han hecho ser menos leído que famoso; pero en cambio, sus transportes líricos hacia el encomio de la vida aldeana (aun sin haber llegado á penetrar en ella), y sus sátiras y rezongueos sobre la realidad de la misma, que son, estas últimas, su éxito más grande y más indiscutible, constituyen el título á la inmortalidad que le salva del total olvido, y la eficacia real de su obra, como lírico, entre la clase media; como satírico, entre la clase baja. Su éxito hubiera sido completo si el poeta mismo no hubiera tenido estas facetas y si el hondo y mortal divorcio existente entre la ciudad y la aldea de Galicia no hubieran quitado á ésta y á los versos la cohesión moral, cuya carencia es la secreta causa de todas las desdichas del país y del poeta.

La muerte de Lamas Carvajal, volviendo al cielo su alma de poeta inspirado y tiernísimo, le habrá hecho dejar acá abajo todas las amarguras que conturbaron su existencia de propagandista de su país, insensible á la fatiga y ansioso siempre de ver lucir la suspirada aurora cuyo presentimiento llenó su vida entera. Esta fué y es su gloria. La equivocación de toda su vida consistió en pensar y en creer que «é necesario que unha mau amiga — vaya esparxindo a lus pol as aldeas» (1), y que á la gente aldeana, «anque en virtudes e valor abonda — fáltalle a ilustracion do pensamento» (2). ¡La eterna manía docente de la ignorancia ciudadana, que, desconociendo la intelectualidad campesina, aspira á enseñar á quien debiera tomar por maestra de vida!

No se si tan reciente como está su muerte cuadrarán bien estas severas apreciaciones críticas; pero entiendo honradamente que ni las glorias de un poeta como Lamas Carvajal necesitan cristal de aumento, ni es dable desnaturalizar su personalidad de exacto encarnante de la clase media de su época y de su país. Además, el mejor homenaje es, á mi ver, el de la sinceridad; porque lo recto del juicio no estorba á lo afectuoso de la reverencia con que toda Galicia le aclama como poeta legendario del entusiasmo por el país natal y como satírico ilustre que supo escribir con caracteres de fuego el poema de las miserias que sufre y de la explotación que aguanta el pueblo aldeano.

Aunque ya no con paciencia.

AURELIO RIBALTA.
Correspondiente de la Real Academia Gallega.

Calbos de Socamino (Ulla Alta), Septiembre de 1906.

(1) *As cartas de Carvaxal* á la Revista *Nova Galicia*, de Buenos Aires.
(2) Ibidem.

PERDURABLE

...Y el corazón henchido de ternura,
que no escapaba por la abierta herida,
llamó á otro corazón—fuego y dulzura—
al promediar la vida.

Caminante cansado de un camino
de amores sin amor,
al corazón, doliente peregrino,
le detuvo el aroma de su flor.

Y al verla el corazón dijo:—«Es aquella
la única flor que quiero.»
Y la flor se ofrecía, roja y bella,
bajo el rayo de amor de su lucero...

Dijo el vivir:—«En marcha peregrino.
Andar solo, es tu suerte.»
.....
El corazón, al borde del camino
junto á su flor aguardará la muerte.

SÉ QUE FUÍ LOCO

Sé que fuí loco. No me arrepiento.
Fuí venturoso con mi locura.
Hoy, ya sensato, tan sólo siento
la gran tristeza de mi cordura.

Son generosos, locos empeños.
Nada más dulce que la quimera.
¡Oh la ventura de los que en sueños,
ven cendal fino, tosca arpillera!

Pródiga fuiste. Pagué con creces
la regia joya de tu hermosura:
te entregué un alma, que no mereces,
á cambio sólo de tu escultura.

Pero orgulloso, jamás me quejo;
si huelo flores pisaré abrojos.
¡Aunque me dicen que estoy ya viejo
estas arrugas que hay en mis ojos!

Por un capricho de tu amor fácil
dí lo más puro de mi amor fuerte,
y en tu ondulado contorno grácil,
—flor de la carne—bebí la muerte.

Pródigamente, toda mi vida
dejé en tus ojos negros y hondos,
en tu aromada boca encendida
y entre tus blancos pechos redondos.

Sé que fuí loco. No me arrepiento.
Fuí venturoso con mi locura.
Hoy, ya sensato, tan sólo siento
la gran tristeza de mi cordura.

Enrique de Mesa.

Del libro *Tierra y Alma.*

EN EL JARDÍN DEL PRIOR

Monasterio del Escorial.

Por lo alto, voluptuosas, en torno del cimborio
as palomas torcaces se huelgan, y su holgorio
suena cual un aliento de vida, y es rotundo
el batir de sus alas, tableteo jocundo
que tiene el noble ritmo de los metros divinos
con que á Venus cantaron los poetas latinos.
Va feneciendo el día con langor indolente.
Un funeral misterio de algo umbrío, silente,
en las aguas oscuras de los estanques yace.
La brisa nocherniega, tibia, ondulada, nace.
A intervalos, rumores diversos, pasajeros,
llegan á este jardín de dormidos senderos;
de dormidos senderos donde la planta humana,
bajo el dulce sosiego que de la hora emana,
huella de tarde en tarde, medrosa y cohibida,
respetando una paz que á honda paz nos convida.
La luz crepuscular agota sus fulgores
sobre las verdes masas de los bojes, señores
de abatidas plazuelas al pie del vasto espacio
que forman las fachadas del austero palacio.
Tras los vidrios translúcidos de unas largas ventanas,
que casi al suelo tocan con sus maderas canas,
se distinguen estancias refugio de lo inerte.
¡Oh mansión palacial! Hosco ceño de muerte,
soledad friolenta, desolado abandono,
inhóspita morada buscaron en tí trono.
El alma del adusto hijo de Carlos Quinto,
recia como de piedra, perdura en tu recinto,
y á todo él comunica enormes altiveces
que hallan ecos enormes en las tremendas preces
de los monjes ascéticos, avaros de ideal,
cuyas voces parecen clangores del metal.
El Angelus. Tres huecas, solemnes campanadas
surgen dominadoras. Y al punto, resignadas
se pierden en la suave placidez del ambiente.....
Los árboles del huerto susurran blandamente.

Angel Vegue y Goldoni.

EL CORZO

La osamenta de un corzo blanqueaba en el suelo.

Huesos finos, que hacían de la carrera un vuelo,
yacen sobre la tierra. Las sutiles palancas
que daban un elástico movimiento á las ancas
y engendraban el salto, parece que, dormida,
guardan la fuerza súbita que las moviera en vida.
¡Pobres restos, que dicen en su lengua extrahumana
una diatriba contra la crueldad mundana!

Era un día de sol, y en el monte perdidos
escucharon los corzos fanfarrias y ladridos.
El guía y capitán de los corzos medrosos
venteaba el peligro; veloces, sigilosos,
los demás le seguían uno á uno. La caza
resonaba sin tregua. La fementida raza
de los perros serviles, coreaba las notas
de la trompa. De pronto, por las malezas rotas
un ciervo aparecía, fugitivo y potente,
hacia atrás dirigida la armiramosa frente,
y su fuga, tal vez, de la selva en un claro
detenía la bárbara precisión de un disparo.

Los corzos escapaban sin daño. Ya caía
la majestad del sol. De la selva sombría
los invasores con el botín se alejaban.
Aquí y allá, los tiros últimos resonaban.
Y cuando ya los corzos, perdido el miedo, errantes,
bajo los arreboles del véspero triunfantes
del manantial buscaban los movibles espejos
en que el cielo vertía llameantes reflejos,
una bala perdida, la postrera, cobarde,
vino á herir al más joven de la manada.

¡Oh tarde!
¡Crueldades humanas, bestial espanto viste,
tú, serena, tú, buena! Y, amargamente triste,
del vapor de la sangre que vertió el hombre-fiera,
formaste un velo rojo que el puro azul cubriera.

El herido marchaba detrás de sus hermanos.

¡Oh, los hubiérais visto, temerosos, lejanos,
atentos al murmullo más insignificante,
volviéndose al herido que, tardo, claudicante,
con un penoso esfuerzo les seguía! ¡Los viérais
á todos bajo el mismo dolor, y allí sintiérais
hasta lo más profundo removidos los posos
del espíritu, en odio de los nombres pomposos—
halagadores con suavidad de caricia—
con que el hombre enmascara su hipócrita sevicia!

Y caería la noche como un vasto consuelo
sobre un dolor inmitigable. Y en el cielo,
cuando la luz primera del alba, opalescente,
para el triunfo del día conquistara en Oriente
las nocturnas trincheras, otra vez los fulgores
del sol se iniciarían, presagiando mayores
desgracias á los corzos. Y otra vez, asustados,
empezarían por caminos apartados
á escapar, angustiosos, de lo desconocido.
Y detrás, lentamente, marcharía el herido.

Hasta que, sin respiro ni valor, jadeante,
manchada horriblemente su hermosa piel brillante
de un líquido negruzco y espeso, que saldría
del flanco herido, que, tibio, ennegrecería
la finura del anca, y en la tierra un reguero
trágico dejaría, su instante postrimero
viera llegado, y en la tierra se acostara
sobre el costado ileso, cual si al cielo mostrara
su martirio, corona de su santa inocencia.

Era entonces el cielo de una gran transparencia.
Ni una nube. De un cuervo, que volaba despacio,
la negrura cerníase, lejana, en el espacio.

Los corzos rodeaban al muerto. Le cercaban
indecisos; algunos, acaso, se alejaban
y volvían al punto. Como una ligadura
de amor los retenía. Su indefensa amargura
se tornaba estupor.
El sol flameaba. Finas,
y serias, leve sombra dejaban las encinas.
De pronto aparecieron seres humanos. Eran
los odiados, los que por crueles imperan,
perturbadores del universal concierto.

Los corzos escaparon dejando solo al muerto.

Sin reparar en él, admirando con vivo
juvenil entusiasmo del bando fugitivo
la rauda gentileza, se alejaron, pausados,
los dos que se acercaban. Eran enamorados.
Ella, bajo el amparo de la roja sombrilla
que ponía un bermejo matiz en su mejilla,
con flores campesinas prendido el blanco traje,
parecía la diosa del silvestre paraje.
El, cogido á su brazo, y hablándola elocuente,
la miraba á los ojos apasionadamente.

Enrique Díez-Canedo.

(Del libro inédito *La visita del Sol.)*

Información ibero-americana.

España.

La validez en España de los títulos académicos extranjeros.

I

¡Loado sea Dios! Quejábame en alguno de mis artículos publicados en el Ateneo de la escasa atención que se concede en España á los problemas pedagógicos y vienen los hechos á desmentir tal aseveración. Grupos numerosos de estudiantes han recorrido en actitud tumultuaria las calles de la corte y de las principales ciudades españolas, después de protestar en reuniones públicas, con gran energía, de las disposiciones legislativas votadas en el Senado: los jefes de las minorías parlamentarias y aun los primates de la política, recibieron la visita de comisiones escolares que impetraban su ayuda para rechazar los ataques inferidos á los derechos de los protestantes; los periódicos de gran circulación, propicios siempre á acoger toda protesta, sobre todo si viene de un numeroso grupo de lectores, han apoyado, defendiéndolas, las conclusiones contrarias al proyecto aprobado y aun se dice de público, que los profesores de determinadas Escuelas especiales veían con simpatía el movimiento escolar, que pronto, por ese espíritu de solidaridad tan vivo en las proximidades de las vacaciones, ha cundido á las universidades é institutos de casi toda España, causando algarada tal, que motivó la interrupción de las lecciones y el cierre de muchos establecimientos de enseñanza.

¿Y qué ha producido tamaño alboroto? ¿Acaso la implantación de algún plan de enseñanza anti-científico, bajo el cual la cultura patria se estanque en vez de prosperar ó vaya paulatinamente decayendo? ¿Tal vez ocurre que los estudios se encarecen de tal modo, que se truecan en inaccesibles á los que no sean adinerados? ¿Se priva á maestros y discípulos de ese ambiente de libertad tan indispensable para que en él florezcan los más preciados frutos de la humana inteligencia?

No, no ocurre nada de esto; la protesta tiende á impedir que puedan ser utilizados en España los títulos conferidos en el extranjero.

¿Cómo?—exclamará algún espíritu orientado hacia ese cosmopolitismo hoy tan en boga.—¿Es posible que en un país culto y que aspira á europeizarse, se establezca la aduana intelectual, el acordonamiento contra la posible difusión de la cultura importada de países productores de más perfectas mercancías intelectuales? aquí, donde se permite que se establezca un modisto parisién, un escultor italiano, comerciantes de todas las nacionalidades ¿se va á prohibir ó dificultar que acudan á formar discípulos gentes instruídas y educadas en centros de cultura, al decir de muchos, superiores á los nuestros?

Por último, no faltará algún espíritu paradógico que piense: «Nosotros pensionamos con los dineros del contribuyente á profesores y á alumnos para que vayan á enterarse de lo que en el extranjero ocurre y allí se formen, á fin de que después propaguen entre nosotros lo aprendido y en cambio dificultamos que hagan esto mismo los que allí se formaron gastándose sus dineros, sin ayuda de nadie y por su propio y espontáneo impulso.»

¿Qué razones hay ó se han dado para esto? El proyecto se ha discutido en el Senado, terciando en el debate los más distinguidos pedagogos senatoriales, algunos exministros y otros ministrables de la pública instrucción; ¿crees, lector pío, tiempo perdido el que empleemos en ver lo que dicen estos respetables y sesudos varones en cuyas manos ha estado, está y estará la alta dirección de la pedagogía nacional?

Pues ponte la escafandra y ven á bucear conmigo por el *Diario de Sesiones del Senado;* ánimo, al agua.

II

Ni es fácil, ni casi posible, reseñar menudamente la multitud de discursos pronunciados, rectificaciones, aclaraciones, explicaciones de frase, concepto y conducta de cada orador, antes, después, con motivo ó á causa del proyecto; declaro esta tarea superior á mis fuerzas, y, además, ahí están publicados para que el que quiera los lea; he de procurar tan sólo apuntar lo de más bulto y pertinente al asunto, pues según vieja costumbre que no falla, allá donde se reunen más de cuatro españoles, en lugar de seguir el prudentísimo consejo de nuestro Cajal de «hablar sólo cuando haya algo nuevo que decir, decirlo, y en cuanto se ha dicho callarse», ha habido quien con motivo de los títulos nos *ha colocado* todo cuanto á su excelso chirumen le ocurría respecto á la organización de la enseñanza.

Los puntos capitales del proyecto aprobado son: 1.°, los títulos obtenidos por españoles en el extranjero no dan aptitud para ingresar en ningún cuerpo de escala cerrada, ni para obtener un destino del Estado de los que se otorgan sin oposición, pero podrán utilizarse para presentarse en oposiciones; 2.°, se podrán revalidar ante un tribunal de cinco profesores oficiales, mediante un examen práctico; el título así reválidado surte iguales efectos que el título español.

Suponiendo que todavía los más cultos espíritus sigan creyendo en la eficacia de los títulos y no sean partidarios de la libertad profesional (hipótesis que hay que admitir, lamentándola) no se concibe que á tales cortapisas puestas al libre ejercicio profesional, se hayan presentado objeciones; y sin embargo, así ha ocurrido, dándose el caso inverosímil de que el exministro conservador, Sr. Allendesalazar haya sostenido las doctrinas más progresivas y los Sres. Jimeno, ministro actual, y San Martín, exministro liberal, las más arbitrarias y rezagadas.

Admitidos los títulos extranjeros en España, con más ó menos eficacia, surge esta cuestión: ¿deben serlo todos los expedidos por establecimientos

extranjeros sin distinción? No, dicen todos á coro; es preciso que el Consejo de Instrucción pública informe en cuáles se da la enseñanza con suficientes garantías; un poco difícil es que este informe de un cuerpo colectivo y referente á establecimientos situados en país extranjero, pueda tener la base de un perfecto conocimiento de la materia de que se ha de informar, pero nuestros pedagogos se aquietan con esta fórmula y pasan por ella; así somos, si hay un membrete y dos ó tres firmas, lo que encima se dice es suficiente para que nadie pregunte más; el estudiante que proceda de un establecimiento incluído en la lista aprobada con un examen de reválida queda capacitado para todo. Y al llegar aquí dice el Sr. Allendesalazar: «El señor ministro estima que es la reválida garantía de aptitud tratándose de alumnos que estudiaron en centros extranjeros, ¿por qué no extenderlo á los que estudiaron en centros españoles buscando la mayor cultura y facilidades para que todo el que estudie, donde quiera que sea y sepa, pueda ejercer su profesión dentro de los requisitos pedidos por las leyes?» Y contesta el ministro liberal: «Porque los alumnos que estudian en el extranjero en establecimiento aprobado y los que en España pasan de una Universidad á otra, han sido aprobados en cada asignatura por un profesor oficial; yo supongo que el haber estudiado bajo un profesor oficial en España ó en el extranjero es garantía bastante y por eso me basta con la reválida; á los que estudian en otros establecimientos, á esos, no se les puede pasar así.»

Y el exministro liberal Sr. San Martín, agrega á esta teoría: «El Estado no tiene sólo á su cargo la expendición de títulos, sino la colación de grados»; es decir, debe sustituir á la iniciativa individual ó social, el monopolio del Estado.

Siguen viniendo otros senadores al palenque; el Sr. Aramburu, exrector de Oviedo, quien se declara partidario de que se fomente la ida al extranjero de españoles, dándoles facilidades de ejercicio en sus profesiones, pues esto, ni entibia el españolismo, ni mata las creencias religiosas; el Sr. Labra, que aboga no sólo por tales ideas, sino por la venida á España de profesores extranjeros, como ocurrió en tiempo de Carlos III, y modernamente han hecho Italia, Austria, el Japón y algunas repúblicas sud-americanas y el Sr. Cortezo, exministro conservador, padre del proyecto, quien agrega á estos argumentos que el decoro del profesorado español no puede resentirse porque vengan profesores extranjeros, pues cita casos de universidades extranjeras que contratan profesores alienígenas para enseñar en ellas, sin que se resienta el amor propio ó profesional de los naturales del país.

No faltó, ¿y cómo había de faltar? en todos esos discursos el consabido problema *del fraile;* quien temía, al abrir la mano á los estudiantes no oficiales, que esto diera facilidades á las congregaciones para difundir su enseñanza; quien afirmó en los debates que la instrucción que el Estado proporciona, aun no siendo muy incompleta, es superior en gran manera á la de éstas; quien sostuvo que la enseñanza es función social y no del Estado, quien lo contrario, á fin de evitar que los religiosos se apoderen de ella, pidiendo la universidad

neutral enfrente de la escuela de secta ó tendencia determinada, quien por último, armonizó estos dos sistemas pidiendo neutralidad en lo oficial sin perjuicio de respetar las iniciativas privadas é instituciones que originen.

No faltaron amargas lamentaciones de que vengan extranjeros á España, y peticiones de proteccionismo intelectual; el Sr. San Martín, decía: «Ni un tubo fabricado en España puede ser empleado en los ferrocarriles franceses; en cambio en España entra sin pago de Aduanas material completo del extranjero», y lamentó que se obtengan títulos en el extranjero beneficiando con el pago de esos derechos á la Hacienda de otros países; se afirmó que la lucha por la vida es cada día más dura y conviene quitar competidores en el mercado nacional.

Aun así, con ese espíritu, pidiendo reválidas al titulado extranjero, declarándose que estos títulos no capacitan para el ingreso en carreras de escala cerrada y sólo en aquellas en las que el puesto se obtiene por oposición, el proyecto ha sido vituperado, su autor, objeto de duros ataques y molestísimos calificativos, la prensa lo trató despiadadamente, y el día 10 de Enero al reanudarse las cátedras en los establecimientos de enseñanza, hará en algunos más de *cuarenta* días que se cerraron á causa de los trastornos y algaradas que la aprobación del proyecto ocasionó.

III

He de repetir una vez más que soy partidario de la supresión de exámenes, reválidas, títulos é intervención del Estado en la enseñanza; que, no obstante, comprendo que hoy no pueden estas ideas ser llevadas á la práctica de un modo absoluto y completo; mas debe, sí, fomentarse toda dirección ó tendencia que á cumplir en parte estos ideales tienda; el proteccionismo intelectual me parece un absurdo; el modernizar ó como se decía hace poco tiempo *europeizar* la enseñanza, una apremiante necesidad, no imitando rótulos de asignaturas, planes de enseñanza, programas y textos, sino espíritu, conducta y sentido ético en maestros y discípulos, y esto sólo se consigue, ó yendo Mahoma á la montaña, ó viniendo la montaña á Mahoma; de otra parte, sólo viendo á quien sabe hacer, se puede aprender á hacer, y sabe hacer quien hace.

Un sucedido pondrá más en claro mis ideas: visitaba hace pocos años la *Azucarera de Aragón,* fábrica establecida en Zaragoza; servíame de guía mi queridísimo amigo Mariano Baselga, antiguo profesor auxiliar de la Facultad de Letras, escritor excelentísimo de costumbres aragonesas, perdido en gran parte para las letras regionales por haberse dedicado á las otras, á las de cambio, y con tan experto mentor iba enterándome de la complicada y curiosa fabricación del azúcar; al llegar al Laboratorio químico, me dijo mi amigo:

—Fíjate en ese que mira por el *cañuto*—era un individuo que anotaba la polarización,—¿quién crees que es?

—No sé, algún químico alemán ó belga.

—Antes eso teníamos; un tudesco que cobraba miles de marcos; el que ves ahora es un antiguo barbero de la calle de las Armas; aquí entró para limpiar los tubos del laboratorio; junto al otro se fué formando y hoy nos sirve tan bien como su maestro y mucho más barato. Lo mismo ocurre con casi todo el personal técnico y principales obreros.

—Acaso si al principio hubiéseis puesto en vez del alemán un español.....

—Ese probablemente nos hubiera disertado sobre la naturaleza y origen de las ondas luminosas en vez de mirar por el agujero y el rapabarbas hubiera aprendido á eso, á disertar.

He podido ver más tarde casos idénticos en varias industrias; en la ciencia ocurre lo mismo; establecer carabineros intelectuales, dificultar en unos casos ó impedir totalmente en otros el fermento que en la masa puede producir la levadura, me parece ganas de hacer pan ázimo, es decir, desabrido; los pasajeros bienes que podría producir el criterio contrario, no compensan los males incalculables que provienen de nuestro aislamiento y rutina que así se consolidan y favorecen; ¡y éste se defiende en nombre de la libertad y del progreso!

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ.

Zaragoza, Diciembre 1906.

Portugal.

El año político.—Lo de siempre.

Después de los días tremendos del ultimatum de Inglaterra, del pronunciamiento de Porto, y de la crisis monetaria, ha sido el año que acaba de pasar uno de los más agitados y revueltos en todas las manifestaciones de la vida pública en el país vecino. Aun torturando mi memoria, no recuerdo, desde aquellos tristes momentos, otro año en que tanto se hayan desencadenado las pasiones, en que de tal suerte se hayan visto combatidas las instituciones portuguesas y en que los partidos se hayan sucedido tan rápida y torpemente en el uso y aun en el abuso del poder.

No podemos los españoles extrañarnos de que en Portugal hayan disfrutado el lujo de gastar en un año tres ministerios completos, sin contar las crisis parciales, porque en año y medio nemos tenido cuatro. No debe causarnos asombro que los primates de los partidos portugueses no se entiendan, porque aquí se entienden menos. No podemos tachar de infecunda la labor de las Cámaras portuguesas, cuando en las nuestras se ha visto retardarse la aprobación de algo necesario y urgente por el obstruccionismo de cualquier aspirante á cacique. Pero lo que no hemos visto aquí, han sido dos disoluciones del Parlamento en un mismo año, una de las cuales de un Parlamento que aún no había llegado á reunirse. No hemos visto—y claro es que hablo de la época actual—ocupar el poder tres partidos en el breve plazo de doce meses. Y ojalá que no lo veamos

nunca, si los frutos de tal inestabilidad han de ser parecidos á los que hoy se padecen en la tierra lusitana.

El gabinete de José Luciano de Castro, autor de una de las disoluciones de la Cámara á consecuencia de un tumulto, y que no llegó á hacer las elecciones por ciertos seniles caprichos de dictador del jefe progresista. El gabinete de Hintze Ribeiro que por fin hizo las elecciones y no atreviéndose á abrir el Parlamento tuvo que caer arrastrando consigo á la Cámara, no constituída todavía. El contrato de los Tabacos pesando sobre unos y otros como una amenaza. Por último, el gabinete de Joao Franco, la encarnizada campaña de propaganda electoral, el gobierno existente gracias al apoyo de José Luciano de Castro, la flamante concentración liberal, las elecciones en que triunfan cuatro candidatos republicanos y el escándalo provocado por ser aplicada á dos de éstos la exclusión temporal. Todo ello ha ido pasando con una rapidez vertiginosa dejando una impresión de tristeza en los ánimos imparciales y serenos, y la convicción de que semejantes caminos no conducen á parte alguna.

En los últimos meses parecía que no obstante la composición heterogénea de la mayoría, el Parlamento actual sería fecundo en obras. El gobierdo presentó proyectos de utilidad indiscutible, el debate sostenido en la Cámara de los Pares acerca de la última crisis hacía creer que se volvería á la pureza del sistema parlamentario, la oposición republicana, si bien no podía ser llamada «oposición de S. M.» por su excesiva templanza, hermanaba un saludable rigor en la fiscalización de los actos del gobierno, con una conveniente mesura de expresión que cortaba conflictos. Todo ello duró hasta que un arranque de ingenuidad del Presidente del Consejo, al discutirse la reforma de la Ley de Contabilidad, confesando que se habían hecho anticipos ilegales á la Casa Real, dió al traste con todas las esperanzas de una labor seria y reposada. Los republicanos no podían perder la ocasión. Aquello afectaba directamente al régimen, aquello no era solo obra de los gobiernos en la que el poder moderador no tuviera parte ni culpa. Y la ocasión fué aprovechada. Alfonso Costa y Joao de Menezes atacaron con lamentable encono la persona del Monarca y les fué aplicada la corrección que el Reglamento de la Cámara autoriza, suspendiéndoles durante treinta días del ejercicio de las funciones legislativas.

Ha pasado ese plazo, han vuelto á ocupar sus sillones del Parlamento los dos diputados, pero se han reavivado los odios, se han aumentado los enconos y ante la efervescencia de los ánimos el gabinete se deja arrastrar por ese afán de dictadura que sienten los gobernantes portugueses que, sin duda dirán: «á país pequeño, gobierno fuerte», y se corre el riesgo de que no sea verdad tanta belleza como se prometía el Sr. Joao Franco.

Mal empieza para Portugal el año 1907 y ojalá todos se percaten de su deber y se contengan dentro de los límites de una patriótica prudencia.

***

La corrección aplicada á Alfonso Costa y Alexandre Braga, ha dado lugar á algo desagradable para nosotros. Me refiero á la actitud de aparatosa patriotería que tomaron los políticos portugueses, sin excluir á los republicanos, con motivo del telegrama que dirigió á sus correligionarios de Lisboa el diputado español D. Alejandro Lerroux. No supieron ó no quisieron leer lo que el telegrama decía y vieron un ataque á su independencia, donde no había otra cosa que la expresión de un noble deseo de aproximación. Ignoran ó aparentan ignorar, que el Sr. Lerroux, en sus generosos aunque utópicos anhelos de fraternidad nacional, es, sí, enemigo de las patrias liliputienses, paraíso de

los caciques de menor cuantía, pero no es un imperialista que sueñe con acrecentar nuestro territorio por las armas, y les ocurrió lo de siempre; les faltó tiempo para redoblar el tambor bélico, desempolvar las banderas de combate y dar suelta á los lugares comunes, cuidadosamente guardados en espera de ocasión propicia. Y no he de hablar de la expulsión de los portadores del mensaje de los republicanos de Valencia, porque ciertas descortesías no se comentan. No digo que todos los portugueses estén olligados á conocer las ideas del Sr. Lerroux, pero sí deben comprender que por mucho que preocupe la actitud de los republicanos portugueses á los que aquí profesan los mismos ideales, ni por parte de nuestros republicanos hubo la intención dolorosamente atribuída, ni la inmensa mayoría de los españoles, aun los que como yo aman sinceramente á Portugal, perdemos el sueño pensando en Alfonso Costa convertido en un nuevo Danton que pidiera se llevase la libertad á todos los ámbitos de la tierra é hiciera vacilar los tronos con su palabra, ni llegamos á imaginarnos al Presidente del Consejo Joao Franco como un Joan, el Terrible modernista que abruma al pueblo con su despotismo. Son unos y otros sobradamente modestos para ello.

Sentimos, sí, por un pueblo digno de buena suerte y al que tantos vínculos nos unen, compasiva simpatía en sus tribulaciones. Ajenos á toda idea de dominación, quisiéramos ver á Portugal libre, próspero y respetado. Pero debemos rechazar enérgicamente el mísero recurso de que intentan servirse unos politicastros de escasa inventiva para distraer la atención del pueblo vejado por ellos, y utilizar el coco del peligro español para sus bastardos fines.

No está el peligro para la independencia de Portugal en nuestras ambiciones, no está en nuestras armas, no lo estaría en el progreso—ojalá lo alcanzásemos—de nuestro comercio y de nuestra cultura, en el aumento de nuestra riqueza, en la democratización de nuestras leyes, en la europeización de nuestras costumbres, en la elevación de nuestros ideales, como há poco indicaba un escritor portugués. El peligro está en ellos mismos, en la falta de estabilidad y de plan en sus gobiernos, en los apuros de su Erario, en el estancamiento de su vida industrial, en la ruina de la agricultura del Douro, en la imposibilidad de fomentar la riqueza de sus extensísimas colonias, en el excesivo coste de una administración central montada con todo lujo, en las incalculables expensas de una armada que aun limitándose á servicios de policía marítima y no contando con una sola unidad de combate, tiene á flote gran número de buques, en la desmedida y opresora extensión de su zona fiscal que distrae en gastos de recaudación lo más saneado de los tributos aduaneros, en sus irritantes monopolios, en el prurito de vivir como una gran potencia, y á más de esto, en el afán dictatorial de los gobiernos, que á la menor contrariedad reniegan de sus propósitos liberales, y oponen á la voluntad del pueblo los sables de la fuerza pública, sin comprender que cuando esa fuerza interviene activamente en las miserias de la política y se convierte en instrumento de la desalentada concupiscencia de los partidos, deja de ser apta para su natural misión, y que utilizada con lamentable frecuencia para reprimir motines callejeros, la espada del guerrero se convierte poco á poco en el garrote del polizonte. Procuren allí evitar el doloroso espectáculo de una multitud elevando á la categoría de héroes dos hombres sólo porque han pronunciado algunas palabras fuertes sin riesgo alguno, y que si se encontraran dueños del poder se verían gravemente comprometidos para remediar los males que censuran, y el también doloroso espectáculo de unos grupos de oficiales que acuden á los clubs del partido gobernante para ofrecer sus espadas al gobierno si pretende dar un golpe de Estado.

En la fecha en que los portugueses conmemoran el aniversario de su independencia,

estalló un tumulto en Porto con motivo de la manifestación de simpatía hecha á los diputados republicanos. A las aclamaciones de la muchedumbre respondieron las durezas de la policía. Los manifestantes, acosados, se defendieron á pedradas, y la caballería de la guardia municipal hizo fuego, causando algunas víctimas, entre ellas, un infortunado obrero, que murió á consecuencia de las heridas.

Demasiado comprendo que mucho y más justificado odio inspira el dominador extranjero, que el tiranuelo propio. Pero á fuerza de apagar las energías de un pueblo, se le acostumbra á la servidumbre y se empequeñece su ardor para los momentos de verdadero peligro. No voy á suponer que alguien renegase en Portugal de una independencia gloriosamente conquistada y que producía tan menguados frutos, más hay que pensar en que si triste fué sucumbir bajo el fuego de los arcabuces de los tercios de Castilla en Alcántara, es triste también, por ejercitar pacíficamente un derecho, caer bajo el fuego de los revolvers de la guardia municipal de Porto.

SALVADOR DÍAZ BERRIO.

Argentina.

Lo que representa Sáenz Peña.—El Derecho público americano y el monroismo.—Los Congresos panamericanos.—Fracaso de un Zollverein.—¡América para la humanidad!—Evolución jurídica argentina.—El equívoco de Drago.—El principio de la no intervención.—El meeting del Victoria.—La conferencia de Río Janeiro.—La elocuencia y las tarifas prohibitivas.—Intercambio continental.—La Argentina y la Haya.

El Dr. Roque Sáenz Peña, que acaba de presentar sus credenciales de Ministro plenipotenciario de la República Argentina en España y Portugal, alcanza hoy una resonancia extraordinaria en toda la América del Sud.

Esta publicación, que no es particularista sino de las figuras de universal carácter, no podría ocuparse de los problemas económicos ni de lo que constituye el Derecho público argentino, sin advertir que, como Alberdi, Sarmiento y Quintana, Sáenz Peña representa en las aspiraciones de grandeza de la patria argentina, la visión de las cuestiones internacionales que antes de pasar por las Cancillerías, pasaron también por el tamiz de las maduraciones populares.

La posición de Sáenz Peña en Madrid merece examinarse, pues, de otro modo que como representante honroso de un país á la vez amigo y hermano. En donde quiera que Saenz Peña esté, no deja de ser el representante de generosos ideales jurídicos que á los latinos nos son comunes, la contraposición racional de una tendencia del Derecho público americano contra el monroismo.

Si se rompiera este eslabón, todo el comercio europeo sufriría una gran derrota en América, como verá el que leyere.

La conferencia aduanera de Washington, el Congreso jurídico de Montevideo. El Congreso panamericano de México y la reciente intentona de Río Janeiro, han dilucidado ya la mayor suma de luchas jurídico-económicas que la independencia legó á los nacientes pueblos del antiguo imperio colonial de España.

Ni nos podían ser indiferentes estas luchas de neta y precisa aspiración para garan-

tir derechos de pueblos que llevan nuestra sangre, ni podemos dejar de meditarlos, hoy sobre todo, que olvidados unos y otros del calvario recorrido por Rivadavia y Belgrano en las Cortes de Europa, estamos principalmente atentos á la cotización de productos y empresas argentinas en las Bolsas de París y Londres.

La conferencia Aduanera de Washington, fué una imitación aparente á crear por los Estados Unidos intimidades en las naciones de América; pero no se trató de derechos ni fraternidad, sino de buscar mercados para sus productos protegidos. El famoso Zollverein se hubiera convertido en prohibición de importar en América productos europeos, puesto que hubieran resultado gravados en un 80 por 100, en lugar de un 10 por 100, si en aquella ocasión famosa y decisiva para los intereses de Europa, Saenz Peña no hubiera lanzado á la conferencia el presente grito: «¡América para la humanidad!»

Para los que estén en condiciones de apreciar que la sinceridad culta y enérgica de los hombres de Estado es mucho más eficiente que las sonrisas modeladoras de reservas continuas, aquel grito subversivo contra el monroismo fué la primera señal de la independencia económica de la Argentina, que llevó tras de sí poco á poco las de grupos de naciones que han ido resolviendo sus conflictos jurisdiccionales definitivamente.

Poco después, en el Congreso jurídico de Montevideo las actuaciones de Sáenz Peña fundamentaron vastos apoyos de un Derecho público americano que ocupa ya muchos tomos. En conferencia de referencia se circunscribió al concepto ético del delito y la pena; mas desde entonces el *americanismo radical* del Derecho privado abrió sus fuentes á un derecho público que demandaba la gran masa inmigratoria de Europa, en contacto perenne con los severos principios que prevalecen todavía en los parlamentos de Europa.

Y del Derecho penal pasó al civil en la forman que consignan puntos tan esenciales de la legislación sud-americana, como la ciudadanía, la extradición, el asilo y el derecho de residencia en países cuyas leyes políticas permiten á los avecindados extranjeros desempeñar cargos en los municipios.

Si la raza sajona se proponía introducir fundamentos más constatados con la naturaleza humana, había de empezar por reconocer que la evolución argentina tiene su proceso en los laboratorios científicos, y de las cátedras conscientes pasa á fomar parte del sentimiento popular que por instituto combate, porque lo es en realidad, lo que cree rémora y fraude de su evolución jurídica.

No había en la conferencia de México necesidad de separar las líneas con que Adacus, Madisson y Jefferson velaron por la independencia de los Estados, vigilando su conducta moral, como personas jurídicas, pero no como soberanas entidades, puesto que esto último es lo que sin duda llevó al Dr. Drago á no distinguir de potencias europeas ó americanas.

Por eso la preocupación de Sáenz Peña, como latino y representante de una escuela de Derecho público, ha sido siempre el monroismo que en América ha derramado ya mares de tinta, y de no llegar á tiempo advertencias tan duras y severas como las de este paladín sud-americano de la independencia *verdaderamente libre*, hubiera ensangrentado vastísimos territorios, demoliendo su existencia política con tercerías innecesarias y gratuítas.

Por lo que hace á este último punto, Sáenz Peña dió un supremo empuje durante la guerra que los Estados Unidos declararon á España, convocando al pueblo argentino en el teatro Victoria. Enardecido por la visión de un porvenir cargado de peligros, se incorporó calurosamente á los sentimientos de España, reconociendo el honor sin mengua

con que se disponía á rechazar la política invasora que desde la Florida acechaba la ocasión de implantar el plan capitolino.

He aquí cómo juzga la intervención yankee en el conflicto hispano-cubano, haciendo vibrar ante el pueblo convocado en meeting sus convicciones:

«La intervención no es un derecho, sino un hecho de aplicación inaceptable en nuestros días. La conquista es la fuerza, ley del bruto é ignominia del hombre, cuando no la comprimen el derecho y la moderación, que es la hidalguía de la fuerza misma; es el bandolerismo de las naciones, es el asalto á las soberanías, despojo sin proceso, crimen sin juez, que insulta al cielo y enrojece la tierra con sangre y con rubor.»

En aquel meeting desarrolló no solamente sus sentimientos hispánicos con lirismos de un poeta de la razón. A un pueblo que anhelaba la libertad del último puñado de terreno sometido á la soberanía del viejo Continente, había que convencerle con la substancia de principios de Gratius, Pufendorff, Rossi, Fiori, Wolf, es decir suscribiendo testimonios de publicistas de todo el globo, precisamente de los publicistas que en ningún caso admiten la intervención extraña que destruye la voluntad interior de los pueblos, interponiendo el fundamento mismo que tuvo el capitolio de Washington para apoyar la política de Inglaterra contra la Santa Alianza, que se proponía dilatar su acción política sobre el hemisferio americano.

Designado últimamente Sáenz Peña para asistir en nombre del gobierno argentino al último Congreso de Río Janeiro, desistió de sostener allí el robusto pensamiento que forma su programa concreto y definido, y prefirió quedar de Embajador en Madrid. Su ausencia bastó para que el Congreso naufragara. Y su estancia en Europa ha sido aprovechada para establecer contacto de doctrinas con la Conferencia permanente del Haya, que no sería indiscreto presumir, porque son la aspiración constante, tenaz de la nacionalidad argentina y por consiguiente el prurito de los indicados á regirla.

Pero no es este el objeto del presente trabajo, encaminado á demostrar que la América latina, Argentina, principalmente, no quiere disimular las desventajas que entrañan para su país las tentativas de América sajona para dirigir la acción económico-social del continente americano, á desnivelar la balanza del intercambio con Europa.

Los artificios de la elocuencia y los guarismos reveladores del comercio intercontinental han chocado hasta ahora en todos los intentos hechos por Norte América, que no quiere Tratados con la Argentina sin imponer tarifas prohibitivas ó diferenciales para las lanas y ganados, que ocupan en Australia el primer rango en la producción del mundo.

Argentina cambia con Alemania 13.000.000 contra 13 de productos libres; á Bélgica le compra 11.000.000, y de ésta recibe 16; á Francia exporta 17 y le toma 22; á Estados Unidos le compra 9.343.056 pesos, y Estados Unidos toman á la Argentina, 5.400.000 pesos. Para deducir lo que significan estas cifras, hay que tener en cuenta que la exportación argentina es de pesos 125.000.000, y la de los Estados es de 724.000.000.

En el intercambio tiene la nación Argentina representadas todas sus doctrinas, habiendo producido instituciones jurídicas como el arbitraje, y triunfos diplomáticos como el tratado de amistad con Chile.

En una palabra, República Argentina no resiste la posibilidad de hacer tratados que respondan á la unidad de pensamiento nacional, pero no se obliga á seguir el criterio de unos cuantos delegados á Congresos y Conferencias, cuyas instrucciones en blanco no van firmadas por ninguna cancillería; no suscribe esa *unidad legislativa,* que le aparta de los principios de sus progenitores; no rechaza la solidaridad americana ni se desprende de los lazos europeos; no va donde le llevan, sino adonde se propone ir;

no abandona las relaciones amistosas con Norteamérica y cultiva con esmero las de México, Nicaragua y Colombia, á pesar de no tener comercio con estas naciones, ha sometido sus cuestiones más arduas al arbitraje de Estados Unidos é Inglaterra, pero no cree, hoy por hoy, en otro arbitraje institucional permanente que el consagrado por Europa en La Haya.

Y las aspiraciones de la Argentina, por expresión de Sáenz Peña, son el tener personalidad en La Haya, dirigida por el Gobierno Nacional, y no por el bloque á que los procedimientos diplomáticos de Estados Unidos darían lugar si prosperasen las definitivamente fracasadas aspiraciones de la última conferencio de Río.

He aquí lo que significa en Europa Sáenz Peña.

JULIÁN DE LA CAL.

Honduras.

Nuevos Códigos de la República de Honduras.

I

Aun á riesgo de ofender la notoria ilustración de los lectores de esta REVISTA, me parece oportuno hacer preceder estos apuntes de algunas indicaciones geográficas, políticas y estadísticas sobre la nación hondureña, tomadas de documentos oficiales.

Sabido es que la República de Honduras es una sección disgregada de la antigua federación de Centro-América; confinante al Norte, con el Atlántico; al Este, con el mismo Océano y Nicaragua; al Sur, con el Pacífico y la República de El Salvador, y al Oeste, con Guatemala; de una extensión aproximada á 45.000 millas cuadradas, 400 de costas en el Atlántico y 60 en el Pacífico; islas y puertos importantes en ambos mares. Es país muy montañoso, y de ésto derivaron su nombre los conquistadores españoles, atravesado por la cordillera de los Andes.

La capital, Tegucigalpa, tiene una población de cerca de 35.000 habitantes y es el centro de una importante zona metalífera; el total de la población de la República es de 500.136 habitantes. El gobierno es representativo, republicano y democrático, dividido en tres Poderes independientes entre sí. El legislativo se ejerce por un Congreso elegido popular y directamente; un diputado y un suplente por cada 10.000 habitantes; se reúne sin convocatoria noventa días, del 1.° al 15 de Enero, cada dos años, y en las sesiones extraordinarias que convoque el ejecutivo. Este se halla á cargo de un ciudadano llamado Presidente, elegido por el Congreso por un período de seis años. El poder judicial se ejerce por una Corte Suprema de Justicia, compuesta de cinco magistrados propietarios y tres suplentes elegidos por el Congreso; cuatro Cortes de Apelaciones; Jueces de letras departamentales, y Jueces de Paz en cada municipio.

La generalidad de los habitantes profesa la religión católica, pero la Constitución establece la igualdad de todas las religiones y garantiza su libre ejercicio.

El Presupuesto de gastos excede de dos millones de pesos, y el de ingresos es algo superior á esta suma. El comercio se hace, principalmente, con los Estados Unidos; se

exporta oro, plata, frutas, ganado, café, cueros, pieles, maderas, tabaco y añil. La renta principal es la de Aduanas y le sigue en importancia la de aguardientes.

II

Por acuerdo de 14 de Noviembre de 1904, se encomendó á una Comisión especial la elaboración de los proyectos de Código civil, Código de procedimientos, ley de organización y atribuciones de los Tribunales, Código penal común, Código fiscal, ley del Notariado, ley de Extranjería y de Inmigración, Código penal militar, leyes de Amparo, de Estado de sitio, de imprenta, municipal, de policía, de elecciones y Código de Instrucción pública, magna obra doblemente difícil por ser emprendida de una vez. La Comisión formó subcomisiones compuestas de los Abogados Leandro Valladares, Mariano Vázquez, Rafael Alvarado Manzano, Jerónimo Zelaya, Manuel Villar, Rafael Alvarado Guerrero, Crescencio Gómez y Francisco Escobar, y puesta mano, sin solución de continuidad, á la difícil obra, en 1.° de Febrero del año actual fueron presentados los Códigos elaborados, con la única excepción del Código fiscal, hallándose ya todos en vigencia desde 1.° de Marzo próximo pasado, mediante una autorización legislativa concedida al Poder ejecutivo.

La Constitución actual de Honduras, decretada el 2 de Septiembre de 1904, estableció que comenzaría á regir cuando se decretasen las leyes secundarias en armonía con ella, pero aunque la Comisión encargada de redactarlas terminó sus trabajos y se procedió á la impresión de dichos Códigos y leyes, no podía examinarlos la Asamblea legislativa con el detenimiento debido y con la brevedad necesaria, y fué autorizado el Poder ejecutivo para emitirlos á fin de que comenzasen á regir el 1.° de Marzo del corriente año, como así se efectuó, rigiendo desde la misma fecha la nueva Constitución política y tomando entonces posesión de la Presidencia de la República el General Don Manuel Bonilla.

III

CÓDIGO CIVIL

Siguiendo el plan del Código chileno, este Código está dividido en cuatro libros: *de las personas; de los bienes y de su dominio, posesión, uso y goce; de la sucesión por causa de muerte* y *de las donaciones entre vivos; de las obligaciones y contratos.*

Extracto á continuación algunas disposiciones notables.

Para fijar el momento de la existencia legal de las personas, ya naturales ó jurídicas, este Código toma por modelo el Código español, que en este punto, según Fiore, dejó atrás á todos los Códigos modernos: la personalidad jurídica es una expansión de la personalidad humana; nace por sí misma, con vida propia, se desarrolla en el tiempo y en el espacio con amplia capacidad.

La prohibición para contraer matrimonio á la viuda, se reduce á doscientos setenta días siguientes á la muerte de su marido, término medio entre el largo plazo consignado por el Código español y el de seis meses establecido por el Código austriaco: podrán rebajarse del plazo indicado, todos los días que hayan precedido á la disolución ó declaración de nulidad del matrimonio y en los cuales haya sido imposible el acceso del marido á la mujer: si el matrimonio fué declarado nulo por impotencia del marido, la mujer podrá casarse inmediatamente.

Incluye el Código entre las causas de disolución del matrimonio, el mutuo consentimiento de los cónyuges, estableciendo su forma y garantizando los derechos de los

hijos comunes. Establece el régimen de separación de patrimonios de los cónyuges; éstos podrán otorgar capitulaciones matrimoniales para separarse parcial ó totalmente quedando así reconocida la personalidad de la mujer para contratar y comparecer en juicio y la igualdad de derechos y deberes entre los esposos.

El Código, siguiendo al portugués, distingue la autoridad paterna, declarando que la ejercen ambos padres simultáneamente, de la patria potestad propiamente dicha, regulada por las leyes civiles y ejercida por el padre, ó en su defecto por la madre.

No hace otra distinción que la de los hijos legítimos ó naturales, estableciendo iguales derechos para éstos, cualquiera que sea su origen; pues establecer en este punto preferencias sería aconsejarse de una sensiblería impropia de la serena calma del legislador ó de una odiosidad á que jamás debe dar abrigo.

Fíjase la mayor edad á los veintiún años. El registro del estado civil comprende, además de los nacimientos, matrimonios y defunciones, la legitimación, reconocimiento de hijos naturales, discernimiento de guardas, sentencias de separación de cuerpos, divorcio, nulidad de matrimonio, declaración de ausencia y de muerte por presunción.

Se suprime la institución del protutor.

Se fija el concepto jurídico de las cosas fungibles atendiendo, no sólo á la naturaleza consumible de ellas, sino á la intención de los contratantes. La propiedad del suelo comprende el subsuelo y el vuelo, hasta donde lo exige el interés del propietario en relación con el uso á que destina la finca, dentro de los planos verticales levantados en los linderos de ella.

Se han suprimido los términos de posesión *natural* y posesión *civil:* la posesión es *regular* ó *irregular*, según que proceda de justo título y haya sido adquirida de buena fe ó que carezca de alguno de estos requisitos; la mera tendencia se caracteriza por el reconocimiento de dominio ajeno.

Bajo el epígrafe general, *de los diferentes modos de adquirir la propiedad,* trata el Código primeramente de las personas como sujetos del derecho, y después, de los *modos naturales* de adquirir (ocupación y accesión), de los *modos y medios civiles y gratuítos* (sucesión y donaciones), y *de las obligaciones y contratos (medios onerosos de adquirir.)*

El Código reglamenta la sucesión intestada atendiendo á las relaciones de familia: descendientes legítimos, ascendientes legítimos, colaterales legítimos, hijos ó nietos naturales, padres ó abuelos naturales, cónyuge y el municipio del domicilio del causante. La libertad de textar no tiene más asignaciones forzosas que los alimentos debidos por ley á ciertas personas y la porción conyugal.

El Código incluye entre las obligaciones que se contraen sin convenio, lo referente á la comunidad de bienes, y regula el aprovechamiento de las cosas que, sin previo contrato, se poseen en común.

IV

CÓDIGO DE PROCEDIMIENTOS

Divídese en dos partes: la primera corresponde á los procedimientos civiles y se divide en cuatro libros, que tratan, *de las disposiciones comunes á todos los juicios, del juicio ordinario, de los juicios especiales, de los actos judiciales no contenciosos;* la segunda parte comprende, *los procedimientos en materia criminal.*

Este Código ha atendido, especialmente, á la imperiosa necesidad de establecer tramitaciones especiales para la eficacia de muchas é importantes declaraciones contenidas en las leyes sustantivas que no llenaban los fines de su institución por la falta de

procedimientos adecuados: así, se establecen procedimientos especiales en las obligaciones de hacer y de no hacer, en el derecho legal de retención, en los interdictos, suspensión ó pérdida de la patria potestad, interdicción del demente, beneficio de separación, acciones provenientes de la comunidad, partición de bienes, pago por consignación, casos de prenda, desposeimiento contra terceros poseedores de la finca hipotecada, juicios sobre cuentas, procedimiento sumario, recurso de revisión en materia civil, sociedad conyugal, juicios de separación de cuerpos, nulidad de matrimonio y divorcio contencioso ó voluntario.

Se suprime el juicio de menor cuantía, pues se estiman bastantes para la declaración de los derechos el ordinario civil y el verbal.

En los actos de jurisdicción voluntaria, los hechos pertinentes pueden acreditarse por medio de *informaciones sumarias*, entendiéndose por tal, la prueba de cualquier especie rendida sin notificación ni intervención de contradictor y sin previo señalamiento de término probatorio. Se incluyen entre los actos de jurisdicción voluntaria, los procedimientos para la emancipación voluntaria, habilitación de edad, inventarios solemnes y expropiación por causa de utilidad pública.

En materia de Enjuiciamiento criminal ha sido excluído de la legislación hondureña (sin que sea esta ocasión propicia para estudiar las causas), el juicio por Jurados, que estableció la ley de 30 de Noviembre de 1894 y regulaba la anterior ley de Procedimientos de 31 de Enero de 1899 (1). Según la ley actual fallan los procesos por crímenes ó simples delitos los *Jueces de letras*, apreciando las pruebas que consten en el proceso, las razones expuestas por la acusación y la defensa, y lo manifestado por los mismos procesados; ultimados el sumario y el plenario, se aplican los *procedimientos posteriores á la prueba* establecidos para el juicio ordinario civil, las partes presentan sus escritos de conclusiones, y son citadas para oir sentencia, dictando ésta el Juez dentro de los diez días siguientes. Los Jueces y Tribunales apreciarán, al resolver, según las reglas de la sana crítica, la fuerza probatoria de las declaraciones: la declaración de dos testigos hábiles, contestes en el hecho, lugar y tiempo y de buena reputación ó fama, podrá ser invocada por el Juez ó Tribunal como prueba plena de lo que afirmaren.

V

LEY DE ORGANIZACIÓN Y ATRIBUCIONES DE LOS TRIBUNALES

Introduce la ley actual escasas modificaciones en la antes vigente de 10 de Abril de 1897, cuyas disposiciones incluí en mi citado libro *La Justicia y el Foro*. Hay en cada cabecera municipal que no exceda de 4.000 habitantes, un Juez propietario y un suplente y dos de cada clase en las cabeceras departamentales ó cuando la población excediere de aquel número: son electos popularmente en el término municipal por el período de un año. En cada cabecera de departamento ó sección hay uno ó más Jueces de letras con el título de Abogado. La Corte Suprema nombra libremente los Magistrados de las Cortes de apelaciones y los Jueces de letras. Los Magistrados y Jueces duran en sus funciones seis años, pudiendo volver á ser nombrados indefinidamente.

El Ministerio público es ejercido en cada Juzgado ó Tribunal por los respectivos Fiscales, nombrados para seis años por la Corte Suprema de Justicia: en los Juzgados de paz hacen sus veces los Síndicos municipales.

---

(1) Véase mi libro *La Justicia y el Foro en las legislaciones comparadas*, cap. XI, pág. 362 y siguientes. Madrid, 1906.

La abogacía y la procuración se podrán ejercer simultáneamente; en este caso, hay derecho á cobrar separadamente la dirección y la representación. La Corte Suprema expide el título de Abogado, previa la presentación del de Licenciado ó Doctor en Jurisprudencia, información de vida y costumbres, examen público sobre las materias de la Abogacía y promesa de ejercer bien la profesión. La ley actual limita el libre ejercicio de la procuración, reglamentándolo convenientemente para evitar abusos muy lamentados.

VI

CÓDIGO PENAL COMÚN

Contiene escasas modificaciones respecto del Código de 1898. Del propio modo que éste divide los delitos, atendida su gravedad, en *crímenes* ó *delitos graves* (los que la ley castiga con penas mayores), *simples delitos* (los que la ley castiga con penas menores) y *faltas* (las infracciones leves á que la ley señala pena correccional). Las penas menores son de treinta y un días á tres años; las correccionales, de uno á treinta días; las mayores, de tres años y un día á doce años.

El Código actual, tratando de las circunstancias eximentes, equipara al sordo-mudo que no haya cumplido catorce años y al mayor de esta edad, á no ser que haya obrado con discernimiento, con el menor de diez años, y con el mayor de esta edad y menor de quince, respectivamente, debiendo los Tribunales en este último caso hacer declaración expresa sobre el discernimiento, para imponerle pena ó declararlo irresponsable. A las circunstancias eximentes se ha añadido la del marido que, sorprendiendo á su mujer en flagrante adulterio, da muerte, hiere ó maltrata á ella ó á su cómplice, con tal que la mala conducta del marido no haga excusable la falta de la mujer; disposición aplicable, en igualdad de circunstancias, al padre respecto al corruptor de sus hijas menores.

Restablecida en la nueva Constitución la pena de muerte, mientras se establece el sistema penitenciario, ha sido preciso hacerla figurar en la escala general, si bien sólo se señala para los crímenes atroces, de parricidio y asesinato, delitos militares de carácter grave y piratería, y aun á éstos sólo se impondrá cuando no concurran dos ó más atenuantes ó una muy calificada y ninguna agravante.

VII

LEY DEL NOTARIADO

La Corte Suprema de Justicia concede el pase ó exequatur para el ejercicio del Notariado, con audiencia del Ministerio público, por considerar tal facultad más propia de los Tribunales de Justicia que del Poder administrativo. Los Notarios han de remitir á la Corte Suprema testimonio de todas las escrituras que autoricen, á fin de subsanar pérdidas del protocolo ó traslado de éste fuera de la República.

Todos los Jueces, incluso los de Paz, actúan como Notarios.

LEY DE EXTRANJERÍA

Es base de esta ley que la ciudadanía debe ser obra de la libertad individual. La nacionalidad de los hijos de extranjeros será determinada por Tratados, y cuando no los haya, los hijos nacidos en Honduras de padres extranjeros domiciliados en el país, son hondureños. Las hondureñas que contraen matrimonio con extranjeros conservan su nacionalidad si continúan residiendo en el país. Se concede libertad de expatriación,

pero ningún hondureño podrá eximirse de los deberes que le imponen la Constitución y las leyes, aunque haya adquirido nacionalidad extranjera, en tanto que tenga su domicilio en la República. Los extranjeros gozan en Honduras de todos los derechos civiles de los hondureños; pueden desempeñar empleos municipales y de simple administración.

LEY DE INMIGRACIÓN

Divídense los inmigrantes en tres clases: sin contratos, en solicitud de colocación; contratados por el Gobierno; y contratados por particulares, sociedades ó compañías para colonización ó para colocarlos en cualquier empresa. A cada clase se conceden diferentes franquicias y auxilios, debiendo consignar el Gobierno lotes de terreno nacional de tres ó más hectáreas á los inmigrantes que se comprometan á cultivarlos con plantaciones útiles en el término de dos años.

CÓDIGO MILITAR

Se han tenido á la vista al redactarlo varios Códigos americanos, pero particularmente el Código español de Justicia Militar de 1890, del cual es casi un extracto, obedeciendo las variantes y supresiones á las condiciones del ejército de esta República. El servicio militar, según la Constitución, es obligatorio, desde los 21 á los 30 años en el ejército activo, y desde los 30 á los 40 en la reserva. Altera un poco este Código Militar la extructura de su similar español, pues trata primeramente de los delitos y penas militares, después de la organización y atribuciones de los Tribunales militares, y últimamente de los procedimientos militares en tiempo de paz y en estado de sitio ó de guerra. En tiempo de paz existen Jueces de instrucción, que lo serán los Mayores de plaza, Comandantes ó Subcomandantes locales; Jueces de 1.ª instancia militares, que lo serán los Comandantes de armas ó de Sección; Cortes de apelaciones de lo criminal, y la Corte Suprema de Justicia, con su Ministerio público y personal habitual; en estado de sitio ó de guerra, Jueces instructores, Consejos de guerra departamentales, de subalternos y de oficiales generales, y la Comandancia general de la República, que conoce en revisión de las causas militares. La tendencia es uniformar el procedimiento militar en tiempo de paz con el procedimiento común, para la mejor aplicación de ambas legislaciones.

LEY DE AMPARO

Combinación entre la institución inglesa del *Habeas corpus* y la ley mexicana de 1869, conocida con el nombre de *Juicio de amparo* (véase mi citado libro *La Justicia y el Foro,* pág. 328, nota); esta ley asegura eficazmente los derechos y garantías constitucionales, estableciendo trámites rápidos para proteger al ciudadano que haya sido privado de su libertad.

LEY DE ESTADO DE SITIO

Limita racionalmente las facultades extraordinarias otorgadas al Poder Ejecutivo para la conservación del orden público, y pone á salvo las garantías constitucionales.

LEY DE IMPRENTA

Se declara la libertad de las industrias tipográficas y de los impresos, pero en vista de los abusos de la libertad en este punto y de la dificultad que ofrecía el Jurado como medio inquisitorio y de calificación, se someten los delitos de imprenta al derecho penal común, de modo que estos delitos se persiguen y castigan como todos los demás, suje-

tándose á los procedimientos comunes. Están exentos del servicio militar en tiempo normal, los directores de periódicos, los gerentes de las imprentas, los cajistas y los prensistas.

LEY MUNICIPAL

La ley actual es trasunto de la de 9 de Julio de 1895, reformada en 22 de Agosto siguiente. Hay Municipio en la reunión de cada 500 habitantes por lo menos; la reunión de tres ó más Municipios forma un distrito, bajo el mando de un Gobernador de Distrito, que será el Alcalde de la cabecera; *Departamento* es la reunión legal de tres ó más círculos ó distritos, y está regido por un Gobernador Departamental, de nombramiento libre del Ejecutivo, asistido por dos Consejeros y dos suplentes que con aquél forman el *Consejo Departamental.*

Son materia de impuestos municipales: la propiedad urbana, cobrándose el impuesto mensualmente, sin que pueda exceder del 2 por 100 de la renta; la introducción de mercaderías (máximo, un peso por quintal); la exportación (3 por 100 del valor); establecimientos de crédito (5 por 100 sobre el capital); compañías de seguros y loterías (4 por 100); agencias comerciales; peaje y piso por acémilas ó carretas; puestos en el mercado; hoteles; espectáculos; billares; inhumaciones y exhumaciones; matrimonios á domicilio autorizados por el Alcalde. Subsidiaria y temporalmente todos los vecinos de veintiuno á sesenta años pagarán una contribución que no exceda de un peso al mes.

LEY DE POLICÍA

Han sido tomados como modelo el Código rural del Uruguay y la ley de policía de El Salvador. Se atiende con sus preceptos á la conservación del orden público, á la seguridad de las personas y de las propiedades, al aseo y ornato de las poblaciones y á la higiene y salubridad públicas.

LEY DE ELECCIONES

El sufragio es público y directo, emitido en alta voz, durando la elección tres días consecutivos.

CÓDIGO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Está inspirado en el de Guatemala y en la ley General de Educación Común de Costa-Rica. La enseñanza se divide en tres secciones: primaria, segunda enseñanza y profesional, y la primera comprende cuatro ramos: escuelas, dirección, inspección y administración. El año escolar comprende un curso de diez meses que comienza el 1.° de Mayo y termina el último de Febrero.

VIII

CÓDIGOS ANTIGUOS QUE SIGUEN VIGENTES.—CÓDIGO DE COMERCIO

Dispuesta una nueva edición de este Código por Decreto del Congreso de 15 de Abril de 1895, y encomendado el trabajo á los jurisconsultos D. Angel Ugarte y D. Jerónimo Zelaya, fué publicado en 15 de Septiembre de 1898 y empezó á regir en 1.° de Febrero siguiente. Se tuvieron á la vista los Códigos de diversas naciones, apropiándose algunas disposiciones del de Guatemala, pero principalmente el español de 1886. Siguióse en general el plan y preceptos de este Código descartando solamente las disposiciones inapropiadas al estado del comercio en el país, como Bolsas, Juntas sindicales, Compañías de crédito territorial y otras que, cuando lleguen á formarse en Honduras, podrán

ser objeto de leyes especiales en forma de contrata ó concesión. Se reduce el número de libros que los comerciantes están obligados á llevar; se suprime el tratado relativo al Registro de comercio.

CÓDIGO DE MINERÍA

En iguales fechas que el anterior fué redactado y puesto en vigor este Código, siendo obra igualmente de los jurisconsultos citados.

Tiende, por medio de las más liberales franquicias, á facilitar la adquisición y laboreo de las minas y á asegurar su propiedad hasta donde la falta de explotación no perjudique al Estado ó á los particulares que deseen trabajar en un punto determinado. Adoptando las disposiciones del moderno Código de minería chileno establece el sistema de canon para el amparo de las minas; el pago se comprueba por instrumento auténtico, y el que paga conserva la propiedad de la mina aunque no trabaje en ella; el canon es de diez pesos por hectárea en las minas de metales preciosos y de cinco en las de carbón, salinas y demás substancias. Habíanse cometido grandes abusos en la concesión de zonas para *cateo* (investigación), impidiéndose á la generalidad llevarlo á cabo, sin que el concesionario á su vez pudiera abarcar todos los terrenos en sus trabajos; el Código limita la concesión de zonas al efecto del simple cateo, debiendo el concesionario adquirir y conservar las minas que descubra en la misma forma que se adquiere y conserva la propiedad de todas las demás.

El Estado es dueño de todas las minas, pero se concede á los particulares el derecho de *catar* y cavar en tierras de cualquier dominio para buscar las minas, el de labrarlas y beneficiarlas y el de disponer de ellas como dueños con los requisitos establecidos. El descubridor de minas donde no se haya registrado otra se llama *descubridor en cerro virgen;* el descubridor en radio de cuatro kilómetros de mina registrada se llama *descubridor en cerro conocido.* Entienden en las concesiones los Jueces respectivos, con intervención de las partes y de ingenieros de minas ó peritos. La explotación y laboreo de las minas está sometida á la vigilancia de la autoridad administrativa. Llámase *avío de mina* un pacto por el cual una persona se obliga á satisfacer los costos que demanda el laboreo de una mina para pagarse sólo con los productos de ella; pueden ser los *avíos* por cantidad ó por tiempo determinado, ó para ejecutar una ó más obras en la mina.

Dr. L. González Revilla,
Oficial Mayor del Consejo de Estado.

La Vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid

CURSO DE 1906 Á 1907

Escuela de Estudios Superiores.

CUADRO DE PROFESORES Y ASIGNATURAS

DIAS Y HORAS	PROFESORES	ASIGNATURAS
Los lunes de 6 á 7....	D. Rafael Salillas.....	La novela picaresca.
Los martes de 5 á 6..	D. Lúcas Fernández Navarro.	Historia geológica de la Península ibérica.
— de 6 á 7..	D. Antonio Flores de Lemus..	Economía política.
Los miércoles de 6 á 7	D. José Marvá.....	Estudios militares.
Los jueves de 6 á 7...	D. José Rodríguez Carracido..	Cuestiones de Química patológica.
Los viernes de 5 á 6..	D. José Ubeda Correal	Higiene social.
— de 6 á 7..	D. Adolfo Bonilla y San Martín	Historia de la Filosofía española.
Los sábados de 6 á 7..	D. Julio Cejador.....	Lingüística comparada.—Paleontología lingüística.

Extensión universitaria.

Conferencias para obreros dadas desde el principio del curso.

Noviembre 25.	Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.	Palabra, poesía, música. (Inauguración del curso.)
Diciembre 2..	Doña Isabel Oyarzábal.....	Lectura de conferencias del eminente actor inglés *Irving* sobre «El arte del teatro y el arte de representar».
» »	D. José Ubeda y Correal.....	Los fraudes de la alimentación.
» 9	D José Rovirosa	El oftalmoscopio como medio para conocer las enfermedades generales del organismo humano.
» »	D. José Marvá.....	I. Seguridad é higiene del trabajo.—Museos sociales.
» 16	D. Enrique de la Vega.....	Lectura del sainete *El señor Luis el Tumbón ó despacho de huevos frescos*, de D. Ricardo de la Vega.
» »	D. José Marvá.....	II. Seguridad é higiene del trabajo.—Museos sociales.
» 23	D. Práxedes Zancada.....	Lectura de algunos fragmentos del libro *El trabajo de la mujer y el niño*.
» »	D. Amós Salvador y Rodrigáñez..	Temblores de tierra.

CONFERENCIA DE DOÑA ISABEL DE OYARZÁBAL

No ha sido mi intención, como demás comprenderéis, al anunciar la lectura de una conferencia sobre el teatro, hacer una defensa *propia* del mismo, ni exponer ideas *mías* sobre la hoy tan discutida cuestión de lo que es el teatro: de su poder como medio de educación y de la influencia que ejerce sobre la sociedad. ¡No! Lo que voy á hacer es meramente á interpretaros lo que sobre este tema dijo y pensó un gran hombre que fué una de las figuras más notables en el mundo del arte de los tiempos modernos, y la autoridad más competente en todo cuanto al teatro puede referirse: el gran actor inglés sir Henry Irving.

Y al leeros lo que él dijo y él pensó sobre el arte á que había dedicado su vida entera, hago, á la par que un acto de justicia á todos los miembros del teatro en España, un pequeño homenaje á la memoria del insigne actor.

Como el teatro es propiedad de todos los países, y el representar, así como las demás artes, no tiene nacionalidad marcada, no tengo reparo en leeros sobre estos asuntos los pensamientos de un actor *inglés*.

Y justo es que antes de proseguir os haga una ligera reseña de lo que hizo sir Henry Irving para el teatro inglés, y á la par para todos los teatros del mundo, porque todos han seguido el ejemplo de Inglaterra, y al fin comienzan á comprender el poder y la importancia del teatro, y la hermosura y delicadeza del arte de representar.

Nació sir Henry Irving, en un pueblecito del Sur de Inglaterra, y fué encomendado su cuidado desde la niñez á una hermana de su madre, mujer buena, pero de ideas limitadas y estricta piedad. Jamás comprendió el temperamento artístico y nervioso de su sobrino, y para inculcar en él un un espíritu sólido y fuerte, intentó persuadirle de que podían conducirle al error todas las lecturas y estudios que no estuviesen basados en las Sagradas Escrituras. Pero Irving no se dejó convencer, y apasionado por todo lo fantástico y poético, compraba cuando le era posible, libros de poesías y de aventuras, siendo de notar que lo que más apreciaba de aquélla, su modesta y primera colección en libros, era una traducción del Quijote, que encontró en un baratillo y obtuvo por poco precio.

A los catorce años encontróle colocación, su padre, en una casa de comercio en Londres, pero pudiendo su vocación natural más que los esfuerzos de su voluntad por complacer á la familia, abandonó su puesto, y tras algunas tentativas vanas que hizo en distintas compañías teatrales, logró al fin ingresar en una compañía de provincias, y se presentó por primera vez al público en un teatro de Sunderland, con un papel de escasa importancia el dia 29 de Septiembre de 1856.

Desde esa fecha hasta la de su muerte, acaecida el 13 de Octubre de 1905, Irving no cesó un instante en su vida de trabajo y constante agitación. Sufrió, como casi todos los actores, grandes privaciones y desengaños en los comienzos de su carrera, pero su espíritu fuerte y natural ambición no se dejaban vencer. Con admirable tenacidad conquistó terreno poco á pocó, hasta llegar á ser reconocido por unanimidad como el primer actor de Inglaterra y el más fiel intérprete de las obras de Shakespeare que se ha conocido.

Y al elevarse él, elevó al teatro; y gracias á sus esfuerzos quedó levantado el estigma social, bajo el cual hasta su tiempo habían vivido los actores y actrices de todos los países.

Fué colmado de honores académicos, y la reino Victoria tuvo á bien concederle un título nobiliario en agradecimiento á su trabajo y en reconocimiento de su genio.

Durante los cincuenta y nueve años de su vida teatral, interpretó muchos y distintos papeles, entre ellos el del Quijote, pues era gran admirador de nuestro inmortal Cervantes, y el año y día en que España celebraba el centenario del Quijote, Irving lo celebraba en Londres con una reunión de personas notables y un elocuente «speech» á la memoria del inolvidable autor del *Caballero de la triste figura...*

Su erudición era vasta y abrazaba ramas muy distintas, pero como era natural, sentía especial predilección por las obras teatrales. Adoraba las de Shakespeare y admiraba las de otros países, sobre todo, como él mismo me dijo en una ocasión, las del teatro Español antiguo, á las que conocía muy á fondo.

Su muerte acaecida, como ya he dicho, el 13 Octubre de 1905, fué trágica en extremo por las circunstancias que la rodearon. Rrepresentaba Irving una obra de Tennyson titulada *Santo Tomás de Bechet,* interpretaba el insigne actor la venerable figura del arzobispo mártir, había sido aplaudido con frenesí en todos los actos y al terminar la obra, pronunció de una manera magistral las últimas frases que dice el arzobispo al morir y al llegar á las palabras: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu», su voz desfalleció y se dejó caer suavemente sobre los peldaños del altar, ante el cual estaba arrodillado.

Cayó el telón y el público entusiasmado aplaudió delirante, pero ni el telón volvía á levantarse ni el actor se presentaba á recibir las aclamaciones del auditorio; sir Henry Irving había muerto realmente al pie del altar, y con sus últimas palabras había encomendado su propia alma.

No es extraño que el país entero se sintiese conmovido cuando la noticia del trágico suceso cundió con rapidez por todas partes. El duelo se hizo general, pues sir Henry Irving era una de las personas más populares de Inglaterra, y sería tarea interminable enumerar los rasgos de generosidad que de él se conocen; imposible saber los que permanecen en la obscuridad. Pero es muy cierto, que jamás acudió á él ningún necesitado en demanda de auxilio, sin que su corazón bondadoso no respondiese con liberalidad á la demanda.

Así, y á pesar de su larga vida de trabajo, murió relativamente pobre, legando á sus herederos un nombre sin tacha y un recuerdo glorioso; pero poco ó nada de bienes materiales.

El pueblo entero deseaba ardientemente que su entierro fuese una manifestación del duelo universal, y la satisfacción fué general cuando se supo que el Dean y Cabildo de la Abadía de Westminster, accedía al deseo de la nación sancionando que, una vez pasado el tiempo marcado por la ley, los restos del actor serían trasladados á la citada Abadía y enterrados con gran pompa en el lugar reservado á las personas ilustres de Inglaterra.

Así, pues, los honores le siguieron hasta la tumba, y Irving dormirá su último sueño rodeado de héroes, políticos, literatos y artistas notables, y el nombre de un actor figurará en esa lista gloriosa con que Inglaterra sabe conmemorar á los que la ennoblecieron é impide queden olvidados los que á ella dedicaron los mejores frutos de su trabajo.

El teatro tal cual es. (1)

SEÑORAS Y SEÑORES:

No os sorprenderéis de que en esta interesante ocasión, haya elegido como tema de las observaciones que me propongo ofreceros *El teatro tal cual es* ¡El teatro! A mi profesión debo el honor de estar aquí, y mis gustos, mis aficiones y mi fidelidad artística, me impelen á honrarlo.

La importancia concedida en otro tiempo al drama, en el sentido abstracto de teatro, ha sido siempre mezquina.

Hoy, por fortuna, se piensa de muy distinta manera. La opinión de antes, era el resultado de arrogancia intelectual, por una parte, y por otra, de temor á la contaminación moral.

Jactarse de apreciar mejor á Shakespeare leyendo sus obras que viéndolas representar, solía ser el cómodo sistema de afectar una especialidad intelectual.

Confío en que ese error grosero y lastimoso vaya desapareciendo. La divisa de los que lo sostenían, era ciertamente de valor muy dudoso. Pensaban así porque esa idea les proporcionaba la oportunidad, poco costosa, de adorarse á sí propios, colocándose sobre el pedestal que ellos mismos se fabricaban.

¿A qué se reducía todo eso? Pues á la presunción vana y ridícula de creer que el lector

(1) Conferencia dada en el Instituto Filosófico de Edimburgo, por el insigne actor Henry Irving, traducidas del inglés por Isabel de Oyarzabal.

pudiera ver por sí mismo lo que durante centenares de años han ido creando y desarrollando los numerosos miembros de una estudiosa y entusiasta profesión.

Tengo la convicción de que hay pocos caracteres y pasajes en las obras de nuestros grandes dramaturgos, que no compensen el estudio del original.

Debiéramos, al menos, reconocer que un actor experimentado, saturado del estudio de la vida, y con la práctica y habilidad propias de su profesión, cuenta con enormes ventajas para interpretar cualquier carácter, por difícil que sea.

Todo el que posea el don histriónico más insignificante, tiene fertilidad dramática natural, y empapado en el texto del autor, adquiere la sangre fría necesaria para interpretar su papel con la debida sinceridad.

El mero hecho automático de ensayar y representar una obra, hacen que el actor se empape en ella y comprenda la verdadera intención del autor, dando individualidad al personaje interpretado por aquél; fiel reflejo de la concepción del dramaturgo.

El gran poder que en este sentido tiene un buen actor, es lo que ha dado origen á que llamen los franceses *crear un papel,* cuando por vez primera es representado, y los autores franceses están tan persuadidos de la extensión y valor de esta cooperación de los actores con ellos que, no sólo no se han opuesto jamás á la frase, sino que, al contrario, prodigan con uniformidad sus homenajes á los artistas que han creado en las tablas lo que ya crearon ellos en el papel.

Debo añadir, como razón adicional para apreciar el teatro, que, mientras sólo hay *un* Shakespeare y son, en comparación, escasos los dramaturgos suficientemente clásicos para ser leídos con atención, existe una buena proporción de trabajo dramático que se adapta de admirablemente á la representación. De este trabajo recibe el público gran placer, como de la ficción en literatura recibe mucha instrucción y estímulo mental.

Algunas de estas obras secundarias son mundanas, otras sociales, unas cínicas y otras cómicas y llenas de ingenio; pero muchas de ellas, aunque de escaso mérito literario, están destinadas á despertar las simpatías del público, sembrando en él la fecunda semilla del bien.

Está claro que aunque satisfaga la simple lectura de las obras de Shakespeare, no por eso el público ha de volver la espalda al teatro ó se perderían con esto las grandes ventajas que obtiene la representación dramática, aunque las obras no sean esencialmente literarias.

Por lo que respecta á otro sentimiento que solía poner más tropiezos que ahora, ó sea el miedo á la contaminación moral, es debido á que el teatro de hace cincuenta años necesitaba de verdadera educación artística en el público que acudía á aquellas representaciones.

Pero el teatro de hace cincuenta años fué reformado.

Si ahora hay aún algunos, como me temo que los hay, que siguen hablando sobre este particular con la idea antigua que abran un poco más los ojos y nos hagan la justicia de considerar, no lo que ha sido el teatro, sino lo que es. ¿Que puede existir contaminación moral en lo que se representa? Bien la puede haber; pero también puede haberla en los bailes en los libros, en los clubs de *lawn tennis,* en todo, en fin, cuanto se refiere á nuestra vida social. Pero, ¿por eso hemos de encerrarnos? Los anacoretas se retiraban á sus ermitas; los puritanos se aislaban, en tenaz abstinencias, de lo que los demás hacían, y hay gente hoy que cree que puede guardar á sus hijos en algodón en rama para evitar toda tentación de cuerpo y espíritu y librarse de nueve décimas partes de responsabilidad propia.

Todo esto es mera fantasía. Hay que vivir en el mundo aunque no sea preciso entregarse á él, y la mejor manera de hacer del mundo una comunidad buena para vivir en ella, es no huyendo de la opinión pública, sino haciéndola á ella disuadirse de sus ridículas preocupaciones.

Hay que fijarse en dos cosas: en que el teatro, en conjunto, nunca está por debajo del sentido moral del tiempo y en que toda producción dramática sube el tono dominante del teatro al nivel más alto que la moralidad general del tiempo puede alcanzar.

Podemos animarnos reflexionando que nunca ha sido esto tan verdad como ahora, debido á la extendida educación y á la unión de gustos en todas las clases sociales y al casi absoluto divorcio entre la escena y las clases más poderosas y elevadas.

Opulencia y aristocracia acuden al teatro y se les da la bienvenida como en tiempo de Isabel; pero no son ya las tablas sólo un accesorio de la vida de corte, ni un espejo reflejador del vicio aristocrático colgado al cinturón del libertinaje elegante, como en los días de Congreve y de Wycherley.

Ahora el teatro es propiedad de las gentes cultas y tiene que satisfacerles ó morir olvidado, y cuanto mayores sean los pedidos tanto mayor será el abasto con que responda á la demanda.

Siendo esto, no sólo un hecho sino un hecho probado, el teatro ya no está proscripto; ya no está bajo anatema; sus miembros no son parias en la sociedad; viven en ella llevando su parte social como los demás; observando decorosamente cuanto forma las dulces santidades de la vida, con el mismo conocimiento de sus encantos y vicisitudes y considerados como los miembros de cualquier otra profesión.

¿No estoy yo aquí, vuestro agradecido huésped, abriendo la sesión de este Filosófico é Histórico Instituto, yo que soy simplemente un actor? ¿No me recibís con amabilidad y cordialidad perfectas? No ya rebajándome, sino cambiando ideas que me complazco en expresar y que escucháis con la misma atención que lo haríais con las de otro hombre que, perteneciendo á clase más elevada, fuese su valer reconocido por una institución tan distinguida como esta, á la que tengo el honor de dirigirme.

Mi presencia aquí marca una época en la estima en que el mundo británico tiene al arte que amo.

Vosotros habéis oído aquí á muchos hombres distinguidos; sus temas han sido generalmente nobles; pero ¿con cuáles de estos temas no tiene mi arte perpetua y constante asociación? ¿No está el teatro identificado siempre con los más nobles instintos y ocupaciones de la mente humana? Si pienso en la poesía ¿no he de recordar que, al compás de su elevada música, el teatro en casi todas las edades ha representado las más grandiosas concepciones dramáticas? Si pienso en la literatura, ¿he de olvidar que de todas las diversiones con que los hombres en distintos grados de la sociedad han distraído sus ocios y refrescado sus energías, la representación de dramas y comedias nunca, ni por un solo día, se ha divorciado del gusto literario? Si medito sobre el patriotismo, recuerdo cuán gloriosamente han sido pisadas las tablas por personificaciones de patriotismo heróico. No hay ningún asunto que el juicio humano por común consentimiento juzgue ennoblecedor que hasta aquí y de un período á otro no haya sido revestido de brillante ropaje y recibido expresión del ardiente lenguaje de la representación teatral. Y ciertamente que, recordando lo que el teatro ha sido y tiene que ser, yo reconozco con orgullo que, salvo raras excepciones, el público ya no se priva de los ventajosos placeres del teatro ni deshonra con un estigma social á los profesores del arte histriónico.

Hablando un día con cierto eminente obispo, le pregunté: «¿Cómo es, señor, que reconociendo la acción educadora del teatro, no asistís jamás á sus representaciones?» «No asisto —me contestó— por temor á los periódicos clericales.»

Yo espero que pronto calmaremos los escrúpulos del más tímido obispo y que desaparecerán esos recelos y temores.

Recordad que esa prevención hostil que, ya comienza á desaparecer, es relativamente moderna. Los sabios y piadosos de otros tiempos daban su apoyo y aprobación al teatro de entonces, como los sabios y piadosos del nuestro dan su sostén y aprobación á ciertas representaciones del día.

¡Bienvenida sea esta restitución del buen gusto, y con él la caridad y justicia que merecemos! No disculpo al teatro, pues no lo necesita. No hay más que nombrarlo para que sea honrado. ¡Bastante tiempo se ha hablado con intención mortificante del *pobre cómico!* ¡Ya hay pocos *pobres cómicos!* Cualquiera que sea la variedad de fortuna que entre ellos exista, todos pueden y deben esperar los mismos grados de prosperidad que los miembros de otras distintas profesiones.

Nunca ha habido tan gran número de teatros y actores.

Concluyeron los antiguos días en que sólo los vagos entraban en la profesión del arte;

y las antiguas costumbres bohemias, en cuanto tenían de malo y deshonroso, también han desaparecido por fortuna. Las filas del arte se nutren constantemente de jóvenes de excelente educación y buena familia.

Pero no debemos, al disipar las restantes prevenciones de la gente de fuera, dar cuartel á las que aún vacilan entre los mismos actores. Algunos de éstos, aunque reconocen el valor de nuestra institución en favor de ellos y su arte, se quejan, sin embargo, de que ya no existan escuelas para actores. ¡Queja bien frívola! Todo actor en ejercicio recibe instrucción en abundancia, y no hay mejor instrucción que la práctica, como no hay mejor escuela que un teatro bien dirigido. La verdad es que los principales secretos para representar con éxito, se hallan dentro del teatro, siendo la práctica el mejor medio de hacer fertilizar estos gérmenes.

El artista ha de reunir una congregación de buenas cualidades y poseer una cultura considerable, aunque no sistemática. Los delicados instintos del gusto deben ser cultivados consciente ó inconscientemente hasta un grado de extrema y sutil exactitud; debe tenerse un poder, á un tiempo refinado y fuerte, de expresar á otros la significación del estilo, de manera que no se pierda ni exagere, por decirlo así, el claroscuro de la frase; debe el artista principalmente, sentir una profunda y sincera simpatía hacia todo lo que sea bueno y grande. El artista que no sienta los impulsos de la bondad y de la grandeza no alcanzará jamás los efectos morales más elevados de su arte.

Poco de esto puede aprenderse solo en una escuela instructiva; pero todo saldrá más ó menos perfeccionado del cerebro del actor en el proceso de aprender su arte por medio de la práctica, pues la manera de aprender una cosa, es hacerla, y se aprende á representar, representando.

Lo que es verdad del arte, lo es también de la vida social del artista. El teatro ha sobrevivido poco á poco á la censura y reproches bajo los que antiguamente se doblegaba, mientras los artistas simultáneamente han ido sobreponiéndose á las prevenciones que los excluían de la sociedad.

Está visto ahora que el teatro es una influencia que no rebaja, sino más bien eleva la moralidad nacional, y actores y atrices reciben en la sociedad, como los miembros de otras profesiones, el teatro que merece su conducta personal.

Lo mismo diría de lo que tantas veces oímos: «¡La reforma dramática!» No la necesitamos. Toda reforma deseada se efectuará mejor por la influencia de la opinión pública sobre la organización de un buen teatro. Esa es la verdadera agencia reformadora, con la gran ventaja de que las reformas que nos vienen por pública opinión son seguras, mientras no podemos contar con las que nos vienen sin ella. Los reformadores dramáticos son personas bien intencionadas; demuestran gran entusiasmo; son, en su mayoría, nuevos conversos al teatro y tienen el celo de recién convertidos, pero no proceden con conocimiento. Estos señores no han estudiado las condiciones de una empresa teatral que tiene que sostenerse como un negocio y cultivar al mismo tiempo un arte.

Es una intrusión injustificable é importuna el venirnos con consejos amañados y tratar de hacernos vivir de manera distinta á la que nos conviene, y será una tentativa completamente inútil querer inducir al cuerpo general de una clase, puramente artística. á que sea más fuerte en virtud y religión que el resto de los mortales. Es un insulto directo á la profesión dramática exigir ó esperar semejante cosa. Igualmente reprensibles é igualmente imposibles son los proyectos de *quijotescos reformadores dramáticos* que quieren ejercer una especie de censo beato sobre la elección y texto de las obras que han de ser representadas. El teatro ha servido al mundo durante centenares de años, produciendo numerosas obras que han servido á millones de personas de placer, más ó menos inocente, según fuera el estado de lo sociedad á que servía de espejo. Pues aunque el teatro no siempre se ocupa de su propio período, las comedias nuevas que se producen generalmente revelan en numerosos detalles el espíritu de la edad en que son representadas.

Si se arrojase de la escena todo, menos lo que conviene á ciertos gustos, ¡cuán tristes serían nuestros teatros! Por mucho que á un aficionado le guste la tragedia, si no se le

ofrecen más que horrores, dirá con mucha razón: ¿Dónde está la diversión para un hombre que desea pasar una velada divertida? La humorada de una farsa podrá no parecerle ultrafina á cierta clase de inteligentes: pero hay millones de personas que encuentran en ella honesta diversión. Y ¿quién después de haber visto á mi antiguo amigo J. L. Toole en algunos de sus famosos papeles y haberse desternillado de risa, no ha salido del teatro más alegre y satisfecho que cuando entró en él? Pues bien; si el teatro ha sido y es tan útil y provechoso, al mismo tiempo que productivo; si la noble fascinación de la escena sabemos que atrae á un inmortal poeta como Tennyson, á quien—lo puedo testificar por propia experiencia—nada halaga tanto como el éxito de una de las obras que en el maduro otoño de su genio escribió para el teatro; si un gran artista como Alma Tadema se enorgullece de dibujar escenas para las representaciones; si en todo cuanto se refiere al teatro vemos gran talento y *casi* siempre buen gusto y sincera simpatía, unidos á los mejores ideales, bien se puede afirmar que el teatro tiene derecho á que se le deje en paz y á hacer su pacto con el público sin la rígida intervención de personas entrometidas, aunque bien intencionadas.

Estas no saben qué condenar ó tolerar. Si se hiciese su gusto, que por fortuna no se puede hacer, autorizarían un número de obras que serían rechazadas por el público en la primera representación, y pondrían un veto, por insuficientes razones, á muchos espectáculos merecedores de un gran éxito.

Creedme; no es esta la dirección en que hemos de buscar la mejora que se necesita. Al escoger el material para el teatro, la verdadera dirección está en la sana crítica y en el discernimiento del público. Creer que los directores pueden disponer á su gusto de la opinión pública, es sencillamente, una ilusión; no tienen, por desgracia, ese poder. Si tienen voluntad, sólo alcanzarán á sostener cierta clase de diversión el tiempo que dure el capital que expongan. Pero no la tienen; siguen con profundo interés el gusto del público. Si éste quiere producciones de Schakespeare,—y me alegro de decir que así es, al menos en un teatro de Londres, y en todos los grandes teatros de la Gran Bretaña,—Shakespeare tendrán; si desean dramaturgos más modernos: Albery, Boucicault, Byron, Burnand, Gilbet ó Wills, tendrán éstos; si piden á Robertson, Robertson estará á su diposición, y si desean opereta, opereta tendrán. ¿Qué quiero decir con esto? Sencillamente que los que prefieren el drama elevado—en cuya representación está concentrado todo el interés de mi corazón,—en lugar de censurar á los directores que les ofrecen algo distinto, debían, como dice Lord Beaconsfield, constituirse en mayoría é imponer su voluntad. Pero si realmente comprendiésemos el valor del teatro, no seríamos demasiado exigentes en nuestras reclamaciones. El teatro es el arte de la naturaleza en acción, pintoresca ó característica. Seamos liberales al disfrutarlo. Tragedia, comedia, farsa, todas las formas de literatura dramática son aceptables. Recordad la frase de aquel poeta de mente amplia: «Todo es bueno si es sano.»

Los peores tiempos para la escena, fueron aquellos en que casi sólo la sociedad algo libre acudía al teatro, como lo demuestran los dramaturgos del tiempo de la restauración. Si las personas sensatas siguen frecuentando el teatro en proporción creciente, la escena será pronto lo que debe ser, si no lo es ya, cumpliendo así el deseo de los más exigentes.

Esto creo que lo ve todo aquel que tenga juicio recto.

Dejadme insistir en la utilidad moral é intelectual de este arte: el más hermoso y el más difícil, por el cual me presento hoy aquí, no para disculparlo, sino para colocarlo en el alto lugar que le corresponde entre las artes que puedan ejercer mejor influencia en la vida.

Todos reconocemos que al leer una obra no podemos apreciar, á veces, los sentimientos más elevados y, por lo tanto, debemos agradecer á su representación el auxilio que nos presta en momentos en que la mente necesita de ayuda é inspiración para poder disfrutar de las creaciones fantásticas de algunos autores ó de la vis cómica y delicado ingenio de otros.

Si esto ocurre á los que se jactan de poseer cierta superioridad intelectual, ¡con cuánta mayor razón debe ocurrirles á los que no tienen gran imaginación! Estos, aunque aprecian los sentimientos de pasión y poesía representados en la escena, no son capaces de buscar por sí solos estos goces en la página impresa; así es que, para ellos, el teatro es el único

medio que les hace comprender el verdadero valor de las obras. Al hombre pensador y estudioso le presenta la vida, el fuego, el color, el vívido instinto que no está á su alcance en el estudio; al hombre común é indiferente, engolfado por lo general en los negocios y socialidades de la vida diaria, le presenta visiones de gloria, de pasión y de aventuras, haciéndole entrever las alturas y abismos de nuestra humana naturaleza.

A todos descubre un mundo; no aquel en que viven y, sin embargo, no distinto.

Observad que no hablo de un ideal irrealizable, ni con exagerada imaginación de lo que *pudiera ser el teatro;* hablo de lo que *el teatro es* en todo lugar donde se encuentren patio, galerías y candilejas.

Poco más ó menos, y tomando una velada con otra, encontraréis apoyo para una entusiasta teoría de moralidad teatral y elevación moral del auditorio, en la mayoría de los teatros del país, y si creéis que lo es menos en los frecuentados por los pobres, estáis en un gran error, pues en ninguno está tan marcado como en éstos.

Con referencia á las clases trabajadoras, todos lamentamos la gran propensión que entre ellas existe á la intemperancia; pero ¿no es una verdad evidente que el teatro, por bajo que sea, les ha de ser provechoso si consigue arrancarlas de ciertos focos de corrupción moral?

Y si la escena, por desgracia, se rebaja á halagar los corrompidos gustos de algunos, debemos reconocer que, por lo general y por fortuna, no son frecuentes esas exhibiciones inmorales.

Cierto tono de decencia envuelve á la persona más ruda al entrar en un teatro, por bajo que sea. Y se me ha ocurrido á veces que, considerando la tendencia á bajar y lo fácil del descenso, una Providencia especial vela por el tono y la moral de nuestro teatro inglés; pero no quiero sobrecargar el elogio; sé que jamás ha habido un tiempo en que la escena no tuviese faltas aparentes, pero tampoco ha habido tiempo en que éstas no hayan sido francamente reconocidas por los más interesados en mantener su superioridad.

En Shakespeare, cuando toca el asunto del teatro, se ven señales de que este gran espíritu, aunque tenía un lado práctico y no ensayaba empresas imposibles, se quejaba de los pedidos de un público que deseaba frivolidades y bajezas que contrastaban con la idea y sentimientos del director poeta.

La inmortalidad del teatro en su parte más noble. Vive, como el alma humana, en el cuerpo de la humanidad, unido á mucho que le es inferior, embarazado por mil estoabos, pero jamás se hunde en la nada; jamás deja de encontrar nuevo y noble trabajo en creaciones de permanente y memorable excelencia.

No permita el cielo que yo parezca encubrir, ni con un velo de cortesía, exhibiciones de inmoralidad deliberada. Felizmente, como he dicho, son poco frecuentes, y aunque los que se prestan á ellas figuran, por nuestra desgracia, como miembros de la profesión teatral, profanan este honroso título y hacen que la censura pública envuelva á todos con un anatema que sólo debía caer sobre algunos.

¡Nuestra causa es buena! Apercibidos para la lucha, con las armas que nos forjó el genio, salimos á batallar con la grosería, la ignorancia, la apatía, contra toda forma de vicios y maldades. En todo pecho humano hay un reflejo de esta brillante armadura. La escena no tiene claros y obscuros que no sean las luces de la vida y las sombras del corazón. A toda percepción humana apela con alternativa tristeza y alegría, y aunque á veces pueda errar, su tendencia será siempre la del bien.

La afición á representar es inherente á nuestra naturaleza; vigilad el juego de vuestros hijos y veréis que, casi siempre, su primer esfuerzo inconsciente es imitar y representar, es en ellos un instinto, é imposible os sería reprimirlo como extinguir su pensamiento.

Cuando este instinto, propio de todos, se desarrolla por cultivo, en algunos se convierte en maravilloso arte, inapreciable por el solaz que proporciona el pensamiento que engendra y el refinamiento que inspira.

Algunas de sus últimas hazañas son dignas de las magníficas que le precedieron, algunos de sus jóvenes adictos están tan orgullosos de glorias y ansiosos de preservarlas como los que ya pasaron.

Es una herencia gloriosa la suya, ¡vosotros la honráis! Ellos tienen una tarea noble, pero á veces difícil. ¡Vosotros los alentáis!

El estudio universal de Shakespeare en nuestros públicos, es una hermosa prueba de que ya no existen prevenciones contra el teatro, y la representación es la que puede, principalmente, verter sobre todo la brillante luz con que Shakespeare iluminó al mundo. Sólo el teatro puede hacernos ver lo que Shakespeare fué para su tiempo, y es en verdad el destino de la escena revisar en estos días esa grandeza, despreciada en otros tiempos. Ha estado muy en uso hablar de Shakespeare como de un hijo de la naturaleza, como de un mozo rudo, dedicado á bajas faenas y que si produjo tan hermosas obras, fué por mera casualidad del destino.

¡Qué supremamente ridículo! ¡Qué totalmente incompatible con la grandeza de aquel espíritu gigante! ¡Qué absurdamente deshonroso para la edad en que vivió! ¡Shakespeare! ¡El escritor más grande de todos los tiempos, el más profundo conocedor del hombre! Y sería hacer una ofensa á la humanidad no hablar de él con todo el respeto que merece. Figuráosle, como realmente fué, el cortesano más notable de su época, el más perfecto caballero de la corte de Isabel. Dominaba de tal modo el Libro Sagrado que, en su presencia, vacilaban los teólogos, temerosos de toda controversia, y la misma reina le miraba con recelo, comprendiendo que para ese genio superior, los corazones de los reyes y el sentir de los pueblos, eran siempre un libro abierto. Tal fué el actor; tal fué Shakespeare, y tal la herencia que de él hemos recibido nosotros: público y actores... ¡Las glorias de nuestro teatro irán siempre unidas á la gloria de Shakespeare!

Si sostenéis el teatro lealmente, con liberalidad y sabia distinción, la escena sostendrá en el porvenir, como lo ha hecho en el pasado, la moralidad de nuestras costumbres, la grandeza de nuestra literatura y el legítimo carácter de nuestra tierra.

Algo debió haber de falso, como lo hubo de lacerante y mordaz, en prevenciones que por tan largo tiempo divorciaron á Inglaterra de su más noble orgullo y sellaron con reproche, ó al menos con descrédito, algunos de los incidentes más brillantes y afamados de su historia.

En cuanto á mí, se enardece mi corazón de orgullosa alegría al pensar que me he presentado hoy ante este Instituto, famoso por su distinción donde quiera que domina la lengua de Shakespeare, siendo escuchado benévolamente al pedir justicia para el arte á que estoy consagrado.

Si, como dice el poeta, «todo hombre, en su tiempo, tiene que representar muchos papeles», necesariamente todo actor de algún rango tiene que haber sondado en diversas ocasiones la «gama» de la sensibilidad humana, desde la nota más baja á la más alta; tiene que haber encontrado curioso pasto para su reflexión, al meditar sobre las sutiles relaciones creadas entre él y su auditorio, graduando la delicada balanza del bien y el mal, en favor siempre del primero. ¡Desgraciado de aquél que, en su cinismo, encuentra goce en la representación de caracteres despreciables!

¡Cuán noble es el privilegio de despertar los más delicados sentimientos de la humanidad! ¡Cuán hermosa la fascinación de esos miles de ojos fijos, simpatías sanas, corazones palpitantes, que confronta el actor al pisar la escena teatral, para desarrollar en ella los pensamientos de una noble obra dramática! ¡Cuán agradable y encantadora la satifacción de consagrarse á un público entusiasta, atraído por las elevadas ideas y arranques de inspiración de un notable autor! ¡Y cómo consuela el recordar que habrá siempre teatro, mientras sea éste la representación viva de cuanto ha habido de grande y hermoso en el mundo!

Conferencias.

Noviembre 12..	D. Primitivo Artigas.....	El corcho y sus aplicaciones.
» 14	D. Bienvenido Roig.....	II. Consideraciones acerca de la enseñanza de la Química general en las Universidades.

Veladas.

El día 28 de Diciembre se celebró una fiesta infantil en obsequio de los hijos de los señores socios, con el siguiente programa:

1.° Cinematógrafo Goumont con multitud de vistas á propósito para público de pocos años.

2.° Égloga travada por Juan del Encina á la Natividad de Jesucristo.

3.° Concierto infantil.

a) *Polka burlesca.* Autor: Jules Garcin.

b) *Sardana de Garín.* Autor: Bretón.

Nuevamente instrumentada para esta orquesta.

4.° Visita de los Reyes Magos y lo demás que viniere.

CLASES DE IDIOMAS Y TAQUIGRAFÍA

HORAS	PROFESORES	ASIGNATURAS
Lunes, miércoles y viernes.		
De 3 á 4.....	D. Luis Terán.....	Francés (1.ª sección).
De 5 á 6.....	D. F. Herbert Noyes.....	Inglés.
De 7 á 8.....	Sr. Roussellot.....	Alemán.
De 9 á 10....	D. José María Hurtevise.....	Francés.—Primer curso (señoritas).
Martes, jueves y sábados.		
De 3 á 4.....	D. Aurelio Ribalta.....	Francés (2.ª sección).
De 4 á 5.....	Doña María Ortiz y Ortiz	Italiano.—Primer curso (señoritas).
De 5 á 6.....	Doña María Ortiz y Ortiz.....	Italiano.—Segundo curso (señoritas).
De 6 á 7.....	D. Andrés Bravo del Barrio ..	Esperanto.
De 7 á 8.....	D. José María Castilla.....	Castellano para extranjeros.
De 8 á 9.....	D. Juan Soto de Gangoiti	Taquigrafía.
De 9 á 10....	D. José María Hurtevise.....	Inglés (señoritas).

Nuevas cátedras.

En el concurso-oposición celebrado para la preparación de las cátedras anunciadas, y que á continuación se expresan, el Tribunal acordó nombrar profesores á los señores siguientes:

Para la de *Constituciones y leyes orgánicas de los Estados que se gobiernan por el régimen parlamentario,* á D. Tomás de Elorrieta.

Para la de *Organización de la Instrucción en los distintos países,* á D. Leopoldo Palacios.

Para la de *Literatura contemporánea en el extranjero,* á D. Pedro González Blanco.

Para la de *Historia y evolución del socialismo,* á D. Augusto Barcia y Trelles.

Para la de *Historia de las relaciones de la Iglesia y el Estado en los pueblos de Europa y América desde fines del siglo XV,* á D. Práxedes Zancada.

Para la de *Historia contemporánea de Europa y América,* á D. Alfonso de Arantave.

Para la de *Historia contemporánea de España,* á D. Rafael Altamira.

El Tribunal, terminados los ejercicios, acordó por unanimidad recomendar á la Junta directiva, que en el caso de ampliarse el programa de sus cátedras, tenga presente los méritos revelados en los ejercicios por los Sres. Iranzo y Freire de Andrade.

Biblioteca.

Revistas é Ilustraciones que se reciben en el Ateneo (1).

ÍNDICE ALFABETICO

Núm.	Nombre
27	A. B. C.
1	Abonos Químicos.
7	Academia Heráldica.
13	Agros.-Revista de Agricultura.
3	Album Ibero Americano.— Madrid.
9	Album Salón.
19	Alhambra (La)—Granada.
10	Alrededor del Mundo.
213	América Científica.
167	American Academy of Political.
161	American Journal of sociology (The).
150	American Journal of Philology (The).
235	Anales de la Acad. de Medicina.
25	Anales del Ejército y de la Armada.
37	Anales de la Sociedad Española de Física y Química.
144	Annales American Academy of Política and Social Science.
80	Annales de Chimie et-de Physique.
250	Annales de Dermatologie et de Syphiliographie.
86	Annales de la Faculté de Lettres de Bordeaux.-Revue des Etudes Anciennes.
92	Annales de la Faculté de Lettres de Bordeaux. — Bulletin Hispanique.
98	Annales de la Faculté de Lettres de Bordeaux. — Bulletin Italien.
251	Annales de l'Institut Pasteur.
252	Annales Medico-Psychologiques
104	Annales des Sciences Politiques
110	Antropologie (L').
206	Archiv für Kriminal Anthropologie und Kriminalistik.
212	Archiv für Philosophie.
218	Archiv für Systematiche Philosophie.
145	Archives des Sciences Physique et Naturelles.
197	Archivio de Psychiatria Neuropatologia Antropologica Criminale.
217	Archivio Storico Italiano.
4	Arquitectura, Bellas Artes y Construcción.
87	Art (L').
93	Art et les Artistes (L').
165	Art Journal.
99	Arts (Les).
31	Ateneo.
272	Athœneum (The).
225	Avante.
265	Bibliografía Española.
267	Bibliographie de la France.
28	Blanco y Negro.
8	Boletín de Administración Militar.
55	Boletín de la Asociación de Propietarios de Madrid.
43	Boletín del Ayuntamiento de Madrid.
162	Boletín de las Cámaras de Comercio.

(1) Los números que preceden á las publicaciones indican el lugar que ocupan éstas en el armario correspondiente de la Biblioteca.

Núm.	Nombre
232	Boletín del Colegio Médico de la provincia de Gerona.
61	Boletín de la Institución Libre de Enseñanza.
172	Boletín del Instituto de Reformas Sociales.
237	Boletín del Laboratorio mensual de Higiene de Madrid.
238	Boletín de Laringología.
266	Boletín de la Librería.
49	Boletín Minero.
16	Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.
2	Boletín de la Real Academia de la Historia.
67	Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid.
14	Boletín de la Sociedad de Historia Natural.
26	Boletín Tecnológico.
121	Bolleti de la Societat Arqueologica Luliana.
253	Bulletin del Institut Pasteur.
209	Bulletin International de Adouanes.
116	Bulletin Mensuel de Legislation Comparée.
122	Bulletin des Sciences Mathematiques.
128	Bulletin de la Société Astronomique de France.
196	Bulletin de Statistique de Legislación Comparée.
254	Bulletin de Therapéutique.
271	Bulletino della publicazione Italiana.
108	Caras y Caretas.
221	Century Illustrated Monthy.
44	Ciudad de Dios (La).
42	Ciudad Lineal.
164	Civilta Cattolica.
239	Clínica y Laboratorio.
114	Comptes Rendus de l'Academie des Sciences.
255	Comptes Rendus de la Société de Biologie.
263	Congreso de los Diputados. Extracto oficial.
171	Connosseur.
157	Contemporary Review.
134	Correspondant (Le).
233	Courrier Européen.
46	Cultura Española.
140	Charivari.
105	Chasse Illustrice (La).
94	Chronique des Arts.
224	Deutsche Rundschau.
65	Derecho y Sociología.
268	Diario Oficial del Ministerio de la Guerra.
207	Domenica del Corriere.
138	Eclairage Electrique.
168	Eco de las Aduanas (El).
186	Economist (The).
198	Economista (El).
192	Economiste (L').
204	Economiste Europeen (L').
149	Edinburg Review.
90	Energía Eléctrica.
50	España y América.
180	España Económica y Financiera.
56	España Moderna (La).
62	Euskal-Erria.—San Sebastián.
64	Evolución.
33	Fígaro (Habana).
111	Figaro Illustrée.
174	Financiero (El).
6	Fliegenden Blätter.
163	Fortnightly Review.
22	Fotografía (La).
241	Gaceta Médica del Sur.
68	Gaceta de Registradores y Notarios.
240	Gaceta Sanitaria de Barcelona.
278	Galicia.
100	Gazette des Beaux Arts.
52	Gedeón (El).
231	Genie Civil.
169	Geographical Journal.
179	Giornale degli Economist.
223	Giornale Storico della Letteratura Italiana.
15	Gran Mundo y Sport.
183	Graphic (The).
38	Guerra Ruso-Japonesa.
219	Heraldo de la Industria.
11	Hojas Selectas.
30	Ilustración Católica.

Núm.	Nombre
39	Ilustración Española y Americana (La).
117	Illustration (L').
123	Illustrations (L') (Supplements).
189	Illustrated London News (The).
201	Illustrazione Italiana.
45	Illustrirte Zeitung.
63	Ingeniería.
275	Johns Hopkmo University Studies.
139	Journal d'Agriculture Pratique
129	Journal Amusant (Le).
146	Journal Asiatique.
152	Journal de Droit International Privé.
202	Journal des Economistes.
175	Journal of The Royal Asiatic Society.
273	Journal Officiel.
277	Journal des Savants.
36	Jugend.
274	Jurado Médico farmacéutico.
58	Labor Nueva.
261	Lancet (The).
17	Lectura (La).
229	Lettura (La).
76	Madrid Científico.
262	Medical Record.
279	Medicina y Jurisprudencia.
29	Memorial de Artillería.
70	Memorial de Ingenieros del Ejército.
20	Memorial de la Sociedad Española de Historia Natural.
156	Menestrel.
57	Mercurio.
82	Mercure de France.
187	Mind and Quartely Review of Psychology and philosophical.
127	Mitjorn.
102	Mitteilungen ans Justus Perts Geographicher.
51	Moderne Kunst.
74	Monde Moderne (Le).
228	Moniteur Scientifique.
23	Mundo Taquigráfico.
214	Musée Social (Annales).
208	Musée Social (Memorias).
120	Naturaleza (La).

Núm.	Nombre
123	Nature (La).
132	Nature (The).
193	Nineteen Century (The).
158	Nostri Contemporaney (I).
199	Notes and Queries.
88	Nouvelle Revue.
106	Nouvelle Revue Historique du Droit Français.
35	Nuestro Tiempo.
34	Nuevo Mundo.
242	Nuevos Remedios (Los).
211	Nuova Antologia.
181	Philosophical Magazine.
269	Polybiblion.
5	Por Esos Mundos.
66	Portugalia.
21	Progreso.
84	Progreso Agrícola y Pecuario.
177	Punch.
173	Quartely Journal of Economies (The).
155	Quartely Review.
41	Razón y Fe.
215	Resúmenes mensuales de la Estadística del Comercio exterior de España.
205	Review of Review.
53	Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
40	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
259	Revista de Caballería.
32	Revista Científico Militar.
59	Revista Contemporánea.
47	Revista Cristiana.
71	Revista de Derecho Internacional.
244	Revista Española de Dermatología y Sifiliografía.
12	Revista de Extremadura.
79	Revista de la Facultad de Letras y Ciencias.
243	Revista Frenopática Española.
77	Revista general de Legislación y Jurisprudencia.
24	Revista general de Marina.
245	Revista Ibero Americana de Ciencias Médicas.

Núm.	Nombre
178	Revista Ilustrada de la Banca y de la Industria.
97	Revista de Infantería y Caballería.
18	Revista Jurídica.
246	Revista de Medicina y Cirugía Prácticas.
247	Revista Médico-Hidrológica-Española.
133	Revista de Menorca.
75	Revista Minera.
85	Revista Moderna.
60	Revista de Montes.
69	Revista de Obras Públicas.
248	Revista Pasteur.
91	Revista Penitenciaria.
72	Revista Politécnica de Porto.
184	Revista Socialista.
190	Revista Social.
103	Revista de Tribunales.
112	Revue (La).
118	Revue Archeologique.
127	Revue de l'Art Chretien.
124	Revue Critique d'Histoire et de Litterature.
130	Revue des deux Mondes.
257	Revue de Chirurgie.
136	Revue de Droit International et de Legislation Comparée.
142	Revue de Droit Public et de la Science Politique.
220	Revue d'Economie Politique.
203	Revue Economique International.
148	Revue d'Etudes Juives.
270	Revue des Etudes Rabelassiennes.
210	Revue general des Sciences.
276	Revue générale de Bibliographie française.
73	Revue Hispanique.
154	Revue Historique.
256	Revue d'Hygiene.
135	Revue Illustrée (La).
227	Revue International de L'Enseignement.
226	Revue International de Sociologie.
258	Revue de Medecine.
89	Revue de Methafisique et Morale.
83	Revue Militaire de l'Etrangere.
95	Revue Nev Scolastique.
101	Revue de Paris.
107	Revue de Philologie Française et de litterature.
113	Revue Philosophique.
216	Revue Politique et Litteraire.
119	Revue Politique et Parlamentaire.
125	Revue des Questions Historiques.
131	Revue des Questions Scientifiques.
222	Revue Scientifique.
232	Revue Socialiste.
151	Revue Suisse.
185	Riforma Sociale.
141	Rire (Le).
191	Rivista Internazionale, Science, Social e Discipline auxiliare.
170	Rivista Italiana per la Science Jiuridiche.
176	Rivista Musicale Italiana.
182	Rivista Penale.
234	Rivista popolare.
188	Rivista Storica Italiana.
137	Romanía.
230	Romanische Forchungen.
249	Salud Pública.
194	Scuola Positiva.
200	Il Secolo XX.
78	Seræs.
260	Semaine Medicale.
264	Senado. Exto. oficial de sesiones
54	Simplicissimus.
109	Sophia.
143	Spectateur Militaire.
195	Studio (The).
153	Theatre (Le).
159	Tour du Monde (Le).
96	Touriste (Le).
115	Unión Ibero Americana.
81	Vida Marítima (La).
160	Vierteljahrsschrift Philosophie Sociologie.
48	Zeitschrift für Bliende kunst.
166	Zeitschrift für Romanische Philologie.

Revistas de Revistas.

ALEMANAS

Universum.—Octubre.

La telemecánica, por el Dr. A. Neuburger.—En los primeros días del verano pasado presenciaron los habitantes de Antibes (costa S. de Francia) un espectáculo curioso: en medio de la rada, maniobraba un torpedero haciendo las más caprichosas y difíciles evoluciones, sin que se viese á bordo de él tripulación ninguna y, al parecer, sin que nadie desde tierra diera impulso y dirección á sus movimientos. Si una persona hubiera podido contemplar la ciudad á vista de pájaro, seguramente que no hubiera relacionado con los movimientos del barco las manipulaciones de un hombre que, sentado en una azotea, junto á una mesa cargada de aparatos extraños, parecía sumido en la investigación de algún problema ajeno en absoluto á las evoluciones del torpedero. Y, sin embargo, éste no obedecía á otra fuerza propulsora ni directiva que las que ponía en acción el hombre de la azotea, que no era otro que el profesor Branly, el eminente físico á cuyos trabajos se debe que la telegrafía sin hilos sea hoy una realidad.

Para explicar la conexión entre los movimientos del barco y los del profesor, hay que seguir paso á paso las investigaciones de éste. Según todo el mundo sabe, la electricidad, lo mismo que la luz y el sonido, se propagan por ondas concéntricas, análogas á las que se producen al arrojar una piedra en un estanque. Pero al paso que podemos comprobar la existencia de las ondas luminosas y las ondas sonoras mediante la vista y el oído, por lo que toca á las ondas eléctricas, no tendríamos medios de darnos cuenta de sus efectos si Brauly no hubiese inventado, en 1890, un sencillo aparato, al cual se ha dado el nombre de cohesor, por el cual, no sólo estamos en situación de enterarnos de la presencia de las ondas eléctricas, sino que también podemos aplicarlas al objeto que nos convenga. Sin este aparato no se hubiera llegado á la telegrafía sin hilos ni al movimiento de los barcos á distancia; por manera que tanto debe la ciencia á Branly, que ha hallado el medio de utilizar las ondas eléctricas, como al propio Hertz, que descubrió la naturaleza y las leyes de éstas.

El laboratorio de Branly está lleno de aparatos para la investigación de los efectos de la onda eléctrica. Allí se puede ver una serie de lámparas incandescentes que se encienden y apagan sin ayuda de hilo alguno, un ventilador que funciona de igual manera, una pequeña grúa que levanta un trozo de hierro por análogo procedimiento, un revólver que se dispara automáticamente.

Pero el experimento fundamental de Branly, el que está llamado á causar más sensación es el que se ha indicado al comienzo del artículo: la dirección de un torpedero desde tierra. Para acabar de describirle resta por decir que el barco consta de dos cuerpos fusiformes; uno de ellos, más pequeño que el otro, va flotando y está provisto de dos mástiles destinados á recoger las ondas eléctricas; el otro, que va sumergido, tiene en la parte de delante el tubo lanza-torpedos, en el centro, una batería de acumuladores y un electromotor, que imprime al barco una velocidad de 17 nudos por hora, y en la parte de detrás, la hélice y el timón. La dirección del barco, así como la regulación de su velocidad y el lanzamiento del torpedo, se hacen desde tierra ó desde cualquier barco, con la emisión de ondas eléctricas. En los experimentos llevados á cabo en Antibes, el acorazado francés *Saint Louis* no pudo evitar el ataque del torpedero dentro de un radio de 8 kilómetros á partir de la costa. Es decir, que hasta esta distancia el torpedero es perfecta y absolutamente dirigible desde la tierra. A una distancia mayor, ya no se consiguen resultados tan decisivos por la consiguiente disminución de energía de las ondas eléctricas.

El profesor Branly tiene la esperanza de perfeccionar y extender todas las aplicaciones de la electricidad á distancia y no deja un momento de ocuparse en experimentos de *telemecánica*, como denomina á la rama de la física que tiene aquéllas por objeto.

Veamos ahora en qué consiste el mencionado aparato. No puede ser más sencillo: un tubito de cristal en cuyo interior se coloca

polvo metálico y por cuyos extremos se introducen dos hilos metálicos, terminados en discos, igualmente de metal, por la parte que entra en el tubo. En cuanto á sus efectos, basta con un sencillo experimento para ponerlos de manifiesto: si lo interponemos en el circuito de un timbre y tratamos de hacer que suene éste estableciendo el contacto por medio del botón, no lo conseguiremos. Si en esta disposición, ó sea teniendo el botón oprimido, hacemos saltar una chispa eléctrica, por cualquier medio, cerca del cohesor, suena el timbre en cuanto oprimimos el botón. La explicación de este doble fenómeno es la siguiente: el polvo metálico que hay dentro del tubo no conduce la electricidad, porque no constituye una masa continua, sino que entre partícula y partícula de polvo hay una pequeñísima cantidad de aire, que hace de aislador, y por eso no suena el timbre en la primera parte del experimento. Ahora bien, tan pronto como el cohesor recoge las ondas eléctricas producidas en sus cercanías, se forma una atmósfera eléctrica, digámoslo así, alrededor de cada partícula, comienzan á saltar chispas entre éstas, queda restablecido el circuito y suena el timbre. Póngase en vez de éste un aparato Morse y hágase de manera que el cohesor, después de recoger cada onda eléctrica, quede de nuevo en estado neutro para poder recibir la siguiente, y ya se tiene un sistema de telegrafía sin hilos. En realidad el único problema que ha tenido que resolver Marconi para llegar á su sistema, ha sido el de la distancia.

Entre los experimentos que se están haciendo en la actualidad para el utilizamiento de las ondas eléctricas á distancia, figuran, en primera línea, los del profesor Bigourdan, que ha conseguido, por medio de ello, el isocronismo de muchos relojes en un radio de varios kilómetros, de la siguiente manera: hay un reloj central, que es el único que tiene aparato de relojería y que cada segundo irradia ondas eléctricas que reciben todos los demás relojes. Estos no son sino aparatos receptor especiales que á cada serie de ondas que recogen hacen avanzar un segundo el minutero por un sencillo mecanismo. Así, el avance es simultáneo en todos ellos y el isocronismo perfecto. Dentro de poco tiempo, la mayoría de los relojes públicos de Viena se regularán por este sistema.

José Ontañón.

BIBLIOGRAFÍA

La patria potestad y la nacionalización; caso práctico de derecho administrativo español y de derecho civil internacional, por D. Leopoldo González Revilla. Madrid. «Revista de derecho internacional.»

Nueva prueba de la laboriosidad del autor de quien vengo ocupándome, es este interesante folleto, en que con pretexto de una reclamación de un antiguo súbdito español, que ahora es cubano, para que se considerasen como extranjeros y como tal esexentos del servicio militar español, á sus hijos menores de edad nacidos en España, se estudian con gran erudición todas las legislaciones vigentes acerca de los cambios de nacionalidad, trayendo á cuenta las opiniones de cuantos tratadistas se ocupan de la materia, especialmente con aplicación á la inteligencia que ha de darse al art. 18 del Código civil español.

Toda clase de encomios merece tan curioso trabajo, especialmente la sana doctrina sustentada por el Sr. González Revilla, según la cual, *al cambiar de patria el padre ó el tutor á nombre del menor, no suplirían la incapacidad de éste, sino que, más bien, contraviniendo á la ley, sustituirían su propia capacidad á la del menor, de cuya mera protección están encargados.*

RAFAEL ANDRADE.

***

Versos de varia edad, por D. Juan Pérez de Guzmán, con una noticia biográfica del autor, por D. Alejandro Larrubiera, dedicados al Marqués de Jerez de los Caballeros, á cuyas expensas se hace esta edición.—Imprenta de Fortanet, 1906.

Es bien conocida la anécdota de aquel músico italiano, que preguntado sobre lo que le parecían las obras de Wagner, contestó con un coro de encomiásticos ditirambos, añadiendo: *ma questo non è musica.* Por el contrario, á la vista de este hermoso libro, á pesar de remontarse algunas de sus composiciones á varios lustros, comparándole con la presente poesía *modernista,* puede exclamarse con perfecta justicia: *esto es poesía.*

Cimentado el gusto literario de Pérez de Guzmán en concienzudos estudios clásicos, en aquella época feliz y que parece enormemente remota en que las llamadas *Humanidades* constituían sólida base de toda cultura, ha pulsado su lira todas las notas, la tierna y sentidísima á las cartas de la madre del poeta, la religiosa, la patriótica, la de la gratitud á sus amigos y protectores; celebrando las glorias nacionales, los progresos de los tiempos, las grandes obras de la ciencia y de la industria, el amor, la belleza; siempre con sabor clásico, inspirado, correctísimo, obra, en fin, de verdadero literato.

Y es bien curiosa esta fisonomía de Pérez de Guzmán, teniendo en cuenta cuán varia y compleja es la naturaleza de este hombre, según lo revela la biografía que va por cabeza del libro actual. Puede asegurarse que Pérez de Guzmán es de los escritores del siglo que acaba de pasar que más han influído con sus trabajos en la historia política de España.

Estuvo al lado del Conde de Cheste durante el tiempo en que éste desempeñó la Capitanía general de Cataluña en 1867, é inspiró en gran manera la generosa política de aquel caudillo en la pacificación del país; fué autor del programa que el mismo Cheste pensó proponer para calmar el espíritu político en las inmediaciones de 1868, del cual Olózaga decía, que con él «la revolución habría dejado de ser posible»; fué quien en 1869, volviendo por la solución dinástica, levantó la bandera del Príncipe D. Alfonso; recordó al Rey Don Amadeo sus deberes constitucionales, en un artículo de periódico que fué en Italia considerado como una conminación de la caída de aquel trono; llevó el peso de la dirección política del periódico *La Epoca,* manteniendo el prestigio de esta publicación que tan decisiva influencia ejerció siempre en las orientaciones de la Restauración, y demostrando su lealtad, su desinterés y su exquisita caballerosidad en múltiples y curiosos incidentes que fueron la *comidilla* de aquellos tiempos; combatió la oportunidad del primer matrimonio de Don Alfonso XII, demostrándose su acierto al verificarse el segundo matrimonio con Doña María Cristina, que orientó nuestra política exterior; produjo con su polémica sobre el Principado de Asturias la primera verdadera crisis política

de la Restauración; estudió la historia económica de España con motivo del tratado de comercio con Francia en 1882; trató en diversas épocas las cuestiones de Gibraltar, de Marruecos, de América y de la guerra con los Estados Unidos, siempre con extenso eco y las más altas miras patrióticas; y en este mismo sentido fué el primero que ponderó las excelencias de una inteligencia política entre España é Inglaterra; y no se olvide que tenemos empezado á andar este camino desde el feliz consorcio de Don Alfonso XIII.

Tales trabajos dieron por resultado una copiosa biblioteca que ya forman los libros y escritos de Pérez de Guzmán, sobre todo en materias históricas, pues especialmente estas últimas han constituído la afición dominante de este autor, acreditado como diligentísimo investigador personal de Archivos y como fuente única de consulta en puntos interesantísimos de la historia nacional. Y sin embargo, al cabo de tantas tentativas para llegar en brazos de los más nobles objetivos á convertir los pensamientos patrióticos en hechos de grande impulso, su vida pasó tan desvalida como el día que huérfano las emprendió. Altivo de carácter, puntilloso como un hidalgo de la vieja cepa, sin disimulos para la libertad honrada del pensamiento, nunca supo transigir ni logró medrar; su divisa ha sido: *el que merece, no pide;* jamás se dejó *laminar*.

Sin duda por esto la fortuna ha sometido á Pérez de Guzmán á pruebas tan duras como injustificadas; durante ellas, con el ánimo tranquilo, la fe en Dios y la necesidad de consuelos puesta en las inspiraciones de la imaginación, se escribieron la mayor parte de las composiciones de este bello libro *Versos de varia edad*. Felizmente, sacudido ya por la Providencia el yugo de las pasadas miserias de los hombres y de los tiempos, nuestro autor ha conquistado en mayor grado cada día el aprecio público, ha sido llamado á las Academias, y es universalmente reconocido como una gloria nacional de las de más sano renombre.

Sirven, pues, las composiciones de este libro como de *corona poética* de autor tan valioso, por cierto artística y bellamente exornada con fotograbados (verdaderas miniaturas) de los sitios en que nació y pasó su infancia Pérez de Guzmán, retratos del autor en varias épocas de su vida, de su madre y de algunos de sus parientes y amigos.

Acerca del mérito de las composiciones, tengo á la vista una carta del maestro de los maestros, Menéndez Pelayo, según cuyas palabras, «el trato frecuente del autor con los mejores modelos de nuestra poesía nacional de los buenos tiempos, ha dado temple y color á su estilo; interesantísima es—añade el maestro—para nuestra historia política y literaria la introducción, y es justa y debida vindicación de un hombre tan benemérito, á quien comienza á hacerse justicia, que siempre es grata aun cuando llega algo tardía, después de una vida de contrariedades, noble y dignamente afrontadas.»

La edición de este libro honra á las prensas de donde ha salido y al generoso Mecenas que la costea, y por añadidura... *no se vende*.

L. González Revilla.

***

España en América (1450-1580) por el profesor yanqui Mr. Edward Gaylord; obra traducida al castellano por el mejicano Ldo. D. Rafael Zayas, y publicada de acuerdo con el Casino español de la Habana.

Mr. Albert Busnhell, profesor de historia de la Universidad de Haward, edita una obra titulada *The AmericanNation;* el tercer tomo se titula *Spain in American,* traducido por inspiración del Casino Español de la Habana, hemos recibido un ejemplar, enviado atentamente por aquella sociedad de Cuba.

El tema parece ingrato; sin embargo, se expone en tal forma, que la obra revela una tendencia, acusa tan gran espíritu de justicia, que alegra ver al fin reconocida la verdad de nuestra historia.

Demuestra en síntesis este libro, que no tienen razón de ser las acusaciones de que se hace víctima á España dentro de América, y se encamina su texto á que exista por parte de los Estados Unidos un ilustrado reconocimiento del gran trabajo, eminentemente civilizador, realizado por España en América.

Los doce primeros capítulos se consagran al estudio de la exploración geográfica del Nuevo Mundo, y desde el capítulo XIII al XXI, á la crítica de la política colonial, del comercio, industria y cultura hispano-ame-

ricana. Describe el autor con pluma vigorosa las dos figuras gloriosísimas de Colón y Magallanes, é intercalada cronológicamente la de Vasco de Gama, también gloriosa, aunque de menor relieve.

1450 es la fecha del nacimiento del genovés Cristobal Colón; ¿en qué fecha nació la idea de buscar por el Occidente la tierra de Cipango, célebre por sus especias? El autor afirma que 1474, ante las cartas del médico y astrónomo Florentino Toscanelli.

Colón hizo cuatro regresos á España; el primero, triunfante; el segundo, discutido; perseguido el tercero, y el último náufrago; desde entonces ahora, su figura ha merecido los calificativos y los juicios más diversos; unos han dicho que era un traficante de negros, y otros en cambio, le suponen investido del título de «apóstol mensajero del nuevo cielo y de la nueva tierra» y á su vez, impetuoso emprendedor de la conquista del Santo Sepulcro por el camino más corto. Lo cierto es que el *navegante de la carabela*, como entonces se le llamó, fué el primero que se arriesgó en lo deconocido del mar de las tinieblas, y que si, como dice Mr. Gaylord, sus descendientes hoy son nobles y ricos, el genovés murió pobre y perseguido, y lo que es peor, ignorando la trascendencia de su empresa realizada.

El autor concede más relieve histórico, más valor moral, mayores dotes de navegante, y por último, más importancia en los resultados obtenidos, á Fernando Magallanes, portugués, naturalizado en Sevilla como súbdito de Carlos V, que realizó en 1519-1522 la primera cicunnavegación al mundo, demostrando de lleno su esfericidad; llevó á cabo lo que quiso realizar Colón, y fué viaje lleno de peligros, lleno de miserias, de enfermedades y de hambre, durante el cual, tuvo que librar un verdadero combate naval, entre su barco, y los otros tres que le acompañaban, sublevados cerca del cabo de Hornos, tomando uno por sorpresa, otro por abordaje, rindiéndose al fin el cuarto; viaje de más de noventa días en el Pacífico, sin ver tierra, sin esperanza de lograrla; verdadera empresa colosal que merecía algo más que la muerte, dada por uno de los naturales de la isla de Matán.

Téngase presente, que en esta fecha no se conocían los recursos astronómicos que facilitan la navegación. Copérnico (N. 1472), es el primer astrónomo que señala el movimiento diurno alrededor del Sol; pero su obra *Revolutions des Corps celestes*, no apareció hasta poco antes de su muerte, hacia 1542; cuando Colón y Magallanes viajaban, se creía cierto el sistema fundado por Ptolomeo, de la escuela de Alejandría (130 d. J. C.), sistema complejo de epicicloides y de excéntricas, siendo la tierra el centro; nuestro planeta se creía esférico; se creía, pero se dudaba, suponiendo inmensa la desproporción entre las superficies de mar y de tierra en favor de la última.

Resuelto el viaje por los 36 navegantes de los 230 que salieron con Magallanes, quedó plenamente probada la esfericidad de nuestro suelo, y esto ayudó en las investigaciones á Galileo, que buscó analogías entre la forma de la tierra y la del sol y la luna, y ya en ese camino aparecieron los cuatro satélites de Júpiter, afirmándose de una vez la exactitud del sistema creado por Copérnico.

Sin elementos de orientación, que tampoco hubieran servido dado lo defectuoso de las cartas; buscando el oeste por la puesta del Sol; en barco de 150 toneladas, de simple cubierta y tres palos con velas latinas; acompañado de tripulantes cosmopolitas, aventureros de oficio de mucho peores intenciones y energías que los maleantes de puerto que hoy conocemos; con todas estas circunstancias reunidas, se verificó el primer viaje alrededor del mundo, debiendo considerar, según Mr. Gaylord, á Magallanes como «el primer navegante de los tiempos antiguos y modernos, y su viaje, como la mayor hazaña humana que se ha realizado».

Entre ambas figuras en orden histórico, se encuentra Vasc de Gama; que en el verano de 1497, con cuatro naves quiso encontrar otras islas para Portugal más al Sur que las halladas por Colón; desviados por los vientos alisios desembarcó á unos 200 kilómetros del cabo de Buena Esperanza; de ese modo cayó por su base la idea de que Colón había navegado por el interior de un golfo, y se vieron desprendidas del Africa las tierras descubiertas por el genovés.

También se mencionan en la obra, los nombres de Pinzón, el primer navegante que perdió de vista la polar internándose debajo del ecuador, y se cita á Vasco Núñez de Balboa, que en 1513 descubrió el hoy llamado

istmo de Panamá, desde donde vió el mar Pacífico, tomando posesión de él dentro de una barca con la espada desenvainada, y pronunciando una brillante alocución al estilo de la época entre mística y guerrera.

Las contrafiguras de esta epopeya marítima se encarnan: en lo científico, en Américo Vespucio y en lo político en el caballero comendador de la orden de Calatrava D. Francisco de Bobadilla y en D. Pedro Arias de Avila, detractores ambos de Colón y de Balboa respectivamente por envidia, obscuridad de juicio y mala fe.

De Américo Vespucio, dice el autor, que su nombre figura en la historia como otros tantos «merced á una feliz combinación de dotes literarias y de anuncio propio con la valiosa cooperación de la prensa». No era marino; viajando primero de aficionado y después como cronista, las descripciones las hacía considerándose como núcleo principal, y variaba las fechas á su capricho y negocio.

Con estas argucias logró eclipsar la fama de Colón y la humanidad unió el «Mundus Novus» al nombre de Américus y de ahí América ya que los títulos de Europa y Asia provenían de nombres femeninos. La historia ha hecho justicia á este personaje, y su carta de 1504 en la que con aquel nombre latino anuncia nuevas tierras ha sido debidamente juzgada; el mismo Colón señaló al regreso del segundo viaje nuevas tierras y en cuanto al nombre, hay un boceto de mapa en 1503, preparado por Bartolomé Colón en el que figura el título «Mondo Novo».

Señala la obra, fechas que son dignas de notarse. El día 2 de Noviembre de 1492, Colón y sus 120 acompañantes vieron fumar por primera vez; se hizo este descubrimiento, de verdadera importancia para el porvenir, en unos indios desnudos que aspiraban el humo de una hoja de la planta del tabaco.

Hoy nos preocupa el problema de la emigración á la América; la sangría nacional, como la llaman los rotativos, empezó el 25 de Septiembre de 1493, fecha de salida en el segundo viaje de Colón. Componía la escuadra 17 buques con dotación de 1.500 nombres, todos ellos á sueldo excepto 200 que buscaban otras orientaciones para la vida; ellos son los primeros emigrantes de la serie que nos recuerdan y nos alarma cuando no hay otro asunto de mayor actualidad.

La segunda parte de la obra, la que se encamina á justificar á España, es hermosa y es triste; se ven las acusaciones injustas, extendidas hoy por todo el mundo empezando por los mismos españoles muy pesimistas en este siglo, y se ve, y esto es lo peor, que aquellos males determinantes de nuestras desgracias no reviven, perduran quizás con más empuje.

El censo que hizo Felipe IV á principios del siglo XVII acusó una emigración grande á la América; pero es de advertir, que las razas se mezclaron por completo, hasta el punto, que el traductor de la obra se enorgullece de pertenecer á la descendencia de los aztecas, de aquellos indios que conquistó Hernán-Cortés á fuerza de engaños; los ingleses por el contrario siempre arrasaron los pueblos indígenas y jamás se mezclaron con ellos; hoy en los Estados Unidos, no figuran los nombres de los indios más que en las relaciones de crímenes cometidos.

Cítase siempre la ferocidad, la crueldad terrible que tuvo España en América y últimamente en Cuba.

Daniel Dantors en 1670, al tratar del rápido descrecimiento de las naturales de Long Island, observa que «por lo general se ha observado que allí donde se establecen los ingleses, una *mano divina* les abre el camino, removiendo ó eliminando á los indios bien por la guerra entre ellos mismos ó bien por medio de una desvastadera epidemia».

Mr. Gaylord hace esa hermosa confesión en su obra; por nuestra parte, recordaremos que en *El Fin del Mundo,* de Camilo Flammarión, cita el astrónomo francés el curioso experimento de la asfixia de ciento veintitrés prisioneros en una de las guerras inglesas en las Indias, verdadero modelo de sistema de colonización.

Dice el autor: «si lanzamos una mirada investigadora sobre la conducta seguida por Inglaterra en Asia y por Francia en la China, nos convenceremos de que no han concluído aun los émulos de los Cortés y de los Pizarros».

No hubo más ni menos crueldad por parte de España que en la colonización de otros países por otros europeos; la administración defectuosa, tampoco fué mejor ni peor, ¿cuál han sido entonces los orígenes de nuestras desgracias?

En esta obra se explica claramente. Desde el comienzo de nuestro dominio, no hubo ni buena ni mala política colonial; siempre el desorden, la falta de un plan fijo sostenido con vigor, la perpetua inestabilidad de las obras de gobierno.

CARLOS BARUTELL.

***

La nueva pedagogía, por Gerardo Rodríguez.

Desde que, hará unos cuatro años, tuve el placer de trabar conocimiento y amistad con Gerardo Rodríguez, hice solemne promesa, ante mi conciencia, de que, en la primera ocasión que tuviera, había de expresar en letra de molde toda la admiración que me inspira. Y hoy, que dispongo de un pequeño espacio en esta REVISTA y que, además, acaba de publicarse un admirable libro del genial maestro, no quiero desperdiciar la coyuntura y diré, dentro de los límites de una nota bibliográfica, algo de lo que, á mi juicio, todo el mundo debería saber de ese talento, casi ignorado, que allá en Santiago de Compostela, rodeado de un medio indiferente, si no hostil, está realizando una labor meritísima, de esas que quedan y perduran de esas que, en España, pocos, muy pocos, saben y pueden hacer. Porque—y esto no es un secreto para los profesionales y para los aficionados á la pedagogía.—Gerardo Rodríguez es un educador original, un pensador con carácter propio, un iniciador de nuevas orientaciones que, tarde ó temprano, han de triunfar en nuestro país. Para comprender lo que valen y representan sus trabajos, hay que conocer nuestra literatura pedagógica. Puede afirmarse, sin restricción alguna, que nada hay de común entre ésta y la orientación, la doctrina y la forma de exposición de Rodríguez García; y cuando sus tendencias y sus ideas triunfen, como triunfarán en definitiva, habrá entrado la pedagogía nacional en una nueva era.

Dejando aparte trabajos anteriores del autor, como *Monografías pedagógicas, Metodología didáctica general* y multitud de artículos en *La Escuela Moderna* de Madrid, la primera obra en que aparece vigorosamente y con amplitud el pensamiento de Gerardo Rodríguez, es la titulada *Preliminares de una teoría de la educación intelectual* (1). No es de este magistral libro del que voy á dar noticia; pero hay que mencionarlo al hablar de *La nueva pedagogía* por la gran relación que con ésta última tiene. *La nueva pedagogía* es un desarrollo natural de *Preliminares;* no de los detalles de esta obra, sino de la tendencia general y de sus ideas fundamentales. En *La nueva pedagogía* se ve ampliarse, definirse, completarse la concepción pedagógica del autor; y lo que en *Preliminares* aparece referido especialmente á una parte de la educación,—la educación intelectual—se convierte en una doctrina completa que abraza todos aspectos de la labor educadora.

Ambos libros son sencillamente admirables. En todas sus páginas brillan una claridad y una precisión á las que no estamos acostumbrados y los pensamientos se suceden sin que el lector pueda permitir que la intensidad de su atención disminuya. Por eso estas obras son difíciles de leer; son incompatibles con la flojedad intelectual reinante y exigen que el lector esté constantemente alerta. Pero esto mismo es un mérito más que añadir á los muchos de Gerardo Rodríguez; bien sabe él que tendría más lectores si se adaptara á nuestra habitual pereza; y, sin embargo, subordina sus intereses á la intensidad de su libro. Día llegará en que este sacrificio se le agradezca en lo que vale.

Refiriéndome ya al libro objeto de este artículo y que pertenece á la *Biblioteca sociológica internacional,* quisiera disponer de espacio para decir de él algo de lo mucho que merece; pero, como es natural, habré de limitarme á breves indicaciones. El fin que me propongo principalmente, es incitar al lector á que lo estudie con detenimiento, y tengo la seguridad de que me ha de agradecer el consejo; porque *La nueva pedagogía* ofrece bases suficientes para que, sobre ellas, se levante una pedagogía grande, nueva, nacional, y encierra una exposición completa y clarísima de lo que debe ser la educación y de lo que en España debe hacerse para solucionar los problemas pedagógicos, que son los más importantes de todos.

Uno de los caracteres más interesantes del libro es, sin duda, el entusiasmo, la profunda

(1) Véndese al precio de cinco pesetas en la librería de Fe.

convicción con que el autor expone y defiende la necesidad de edificar la pedagogía sobre bases científicas, y de aplicar á la educación los progresos contemporáneos de la biología y de la psicología. «La acción que un hombre ejerce sobre otro hombre ó sobre un niño—dice—con intención de influir en el desenvolvimiento de ellos, la educación, que es una de las formas principales de acción social, se viene efectuando completamente á espaldas de todo conocimiento científico. Aquello mismo á que se llama enseñanza científica, se viene realizando sin tomar en consideración las leyes científicas de formación del conocimiento. Y estas leyes son, si ello es posible, menos atendidas aún, cuando se trata de otros aspectos de la obra educadora.» (Pág. 10.)

«Sin conocimiento de la trama fisiológica y mental, fina y complejísima, que constituye la vida, la evolución real del hombre, el problema de acomodar el desarrollo á las circunstancias del ideal pedagógico, siempre artificioso, se convierte en un juego de despropósitos; la pedagogía no puede acertar ni á plantearlo ni á resolverlo; la vida, la realidad, se escapan por entre los dedos groseros del educador; las energías puestas en el individuo por la herencia, aumentadas y transformadas naturalmente por el medio, se abren paso, produciendo formas físicas y mentales monstruosas, separadas violentamente del desarrollo normal.» (Pág. 11).

«Es necesario que frente á la pedagogía filosófica y fantástica que inspira y dirige actualmente la educación, se coloque con toda franqueza una pedagogía científica que transforme esta clase de acción social, llevando á ella, á su conjunto y á sus detalles, las adquisiciones psicofisiológicas contemporáneas, cuya suprema fecundidad, cuya principal transcendencia á la vida, está en la aplicación pedagógica que de ellas se ha de hacer, más temprano ó más tarde.» (Pág. 17).

¿Se quiere una condenación más franca, más terminante, de la educación rutinaria que se da actualmente en las escuelas, y un deseo más ferviente de que la pedagogía se fundamente en bases científicas? Para Gerardo Rodríguez, la función educadora no es un don caído de las nubes con el cual se puedan hacer milagros; «es un recurso natural con que la vida reacciona sobre sí misma; una verdadera fase de la evolución biológica.» Por eso cree que deben abandonarse los «ideales» de la pedagogía tradicional, que consisten en crear «un tipo de hombre, medio imaginario, medio bastracto, en el cual se acumulen cuantas cualidades parecen estimables, sin reparar siquiera en lo que, á veces, tienen de incompatibles unas con otras»; y, en cambio, defiende un ideal amplio y libre que explica en los siguientes términos:

«La generación nueva es una continuación de la generación procedente, pero no una repetición de ella. Nuevas necesidades, nuevas preocupaciones, nuevos ideales, nuevos desarrollos, nuevos trabajos, deben llenar cada día nuevo de la historia. Los ideales pedagógicos encierran—así lo suponen sus definidores—los elementos de una perfección y de una dicha que para nosotros no hemos logrado conquistar: ¿con qué razón, nosotros fracasados de la vida, nos empeñaremos en aplicar á las nuevas generaciones, recetas de perfección y de felicidad que no hemos sabido utilizar en propio beneficio?» (Página 162.)

Forzoso me es concluir esta ya larga nota; pero no lo haré sin llamar la atención del lector sobre los capítulos del libro que tratan de la educación de la voluntad, de la educación moral y física, del valor pedagógico del lenguaje y del realismo en la educación, capítulos admirables que bastarían, por sí solos, para dar fama universal á un pensador ilustre. Yo confío en que ha de llegar un día en que se haga justicia á Gerardo Rodríguez, y en que un ministro de Instrucción Pública, que se proponga, de veras, acometer la gran obra de nuestra europeización, se acuerde del que, allá, en un rincón de Galicia, ha escrito estas hermosísimas frases:

«Educar, no es más que influir intencionalmente en la evolucion que se verifica en el hombre desde que nace hasta que alcanza la plenitud de su desarrollo, la cual está determinada, en general, por el estado presente de la especie humana, y, en cada individuo, por su constitución hereditaria y por las circunstancias particulares de su vida.

Así, concebida la educación, sus pretensiones son modestas, pero representan una obra positiva, una labor efectiva que puede ampliar cada día su alcance y su eficacia, descu-

briendo nuevos puntos de aplicación á sus esfuerzos, perfeccionando su técnica, que se hará cada vez más delicada, que cada vez servirá mejor al educador como instrumento útil y siempre mejorable para influir más de cerca en la evolución del discípulo.»

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ

***

Varias novelas.

Lujosamente editadas por la casa Orrier, y muy bien traducidas al castellano é ilustradas, hemos recibido varias é interesantes novelas.

Los civilizados, de Claude Farrére.
Basilio y Sofía, de Paúl Adam.
Confidencias de una abuela, de Abel Hermant.
Mi Tío Barbassou, de Mario Uchard.
Quien pierde, gana, de Alfred Capus.

Pocas obras literarias habrán logrado excitar en tan alto grado la atención del público literario como LOS CIVILIZADOS. La Academia de los Goncourt le concedió, en su último certamen, el premio de 5.000 francos asignado á la mejor obra literaria de las presentadas á su examen, y el público intelectual, no sólo de Francia, sino también del mundo entero, se apresuró á confirmar el fallo de los académicos, agotando en breve tiempo numerosas ediciones.

—

El autor, Claude Farrére distinguido oficial de la marina francesa y brillante émulo de Pierre Loti, ha trazado en las páginas de esta obra el cuadro más verídico de la vida colonial en el Extremo Oriente, cuadro en que, por cierto, no salen muy bien librados los modernos civilizadores, que suelen llevar á la administración colonial lo más corrompido y menos valioso, es decir, la escoria de la civilización occidental.

Basilio y Sofía es un admirable estudio de la decadencia bizantina. Su lectura bastará para que se comprenda en seguida por qué se desagregó el *Imperio de Oriente.*

Paúl Adam pinta á lo vivo, y á veces con crudeza, aquellos esplendores y atrocidades. El alma de *Bizancio* parece que revive en medio de tumultos y de dramas, de asonadas y de orgías; el culto maniqueo no fué sino el albañal por donde se escurrían todas las impurezas de aquella sociedad corrompida.

Basilio, el aventurero; *Eudoxia Lugerina,* aquella hermosa flor del estercolero; el emperador Miguel, tan jocoso como inmundo; *Sofía,* la voluptuosa é inconsciente Arsácida son monstruos de ambición y de lujuria á quienes inciensa y admira la indolente *Bizancio.*

—

Las Confidencias de una abue'a, de Abel Hermant, datan de antaño, puesto que la primera página lleva la fecha de 1788, y son una novela contemporánea, puesto que la penitente que nos hace su confesión escribe aún en los buenos tiempos del segundo Imperio, de Marieta la Tolosana y del célebre casino de la Calle Cadet

La fantasía y el realismo se dan la mano para pintarnos la agitada existencia de la Marquesa, deliciosa gran señora, á la vez que frívola damisela, la cual, á veces filosofando, y siempre sentimental é ingeniosa, va de amores en amores al través de los tumultuosos acontecimientos de la Revolución y del Imperio.

—

La delicada pluma de Mario Uchard nos da en *Mi Tío Barbassou* una bella encarnación del tipo provenzal, Barbassou aparece á nuestros ojos como un héroe legendario, pero rodeado de una atmósfera de originalidad natural y sencilla al mismo tiempo, que no choca con los sentimientos del lector á pesar de lo extravagante de sus aventuras.

—

Quien pierde gana, es seguramente una de las mejores novelas de Alfred Capus.

En ella estudia las costumbres algo equívocas del mundo de los grandes financieros y de una gran parte de la prensa. Lo que constituye el *tout París* de las primeras representaciones, de las recepciones mundanas, de las grandes fiestas, no sale muy favorecido en el cuadro que de él nos traza; pero los que conocen un poco la vida artificial y bulliciosa del París de los bulevares y y de los grandes cafés, es decir, el París que se divierte, encuentran fácilmente tipos conocidos en los personajes que desfilan por las páginas del libro, tales como el incomparable Farjolle, Moussac, el periodista Veruña, el banquero Letourneur, el maldicieten epicúreo Brassier, las cortesanas Josefina, Noela, etc., y la protagonista Emma, cuya

alma burguesa y egoísta no retrocede ante ningún sacrificio para asegurarse á sí y á su filosófico marido el pan y la tranquilidad de la vejez.

Es este un mundo verdaderamente extraño y real al mismo tiempo, que el autor retrata con una precisión y un colorido admirables. Su estilo mordaz y elegante no perdona el menor detalle.

X.

***

Legislación Hipotecaria.

Seguros estamos de que todos aquellos de nuestros lectores que se vean precisados á manejar la ley Hipotecaria, de estructura tan confusa, deficiente y desordenada que obliga á detenidos estudios para poder interpretarla bien, recibirán con verdadero júbilo la notable labor llevada á cabo por el ilustre abogado D. M. Martínez Moreda en su último libro, que, con el título *Legislación Hipotecaria*, acaba de publicarse y en el que ha sometido tan importante materia á un sistema didáctico, en virtud del cual se coordinan y ordenan sus disposiciones para hacerlas más asequibles á la inteligencia, de forma parecida á como se presentan y ordenan las instituciones en el Derecho Civil.

Consta este libro de dos voluminosos tomos, y en ellos se facilita el estudio y consulta de la legislación hipotecaria, puesto que se maneja como un diccionario de la lengua, por estar ordenadas sus diversas materias por orden alfabético.

Además, para mayor facilidad en su manejo, contiene: un índice general de materias; un índice y sinopsis de los artículos de la ley Hipotecaria; epígrafes bajo los cuales se comenta el contenido de sus disposiciones; otro índice de los artículos del reglamento para la ejecución de la ley Hipotecaria y materias á que se refiere, y otro de leyes, reales decretos, reales órdenes y circulares, todo lo cual facilita el medio de encontrar en un momento cuanto se desee conocer sobre legislación hipotecaria, sin dejar lugar á dudas ni omisiones.

Libros recibidos.

Donativo de los Sres. D. Gonzalo Cerragería y D. Gerardo Martínez y Vargas Machuca, testamentarios de D. Manuel Vargas Machuca y Doña Vicenta Bermúdez.

Methode de anglaises, por Ahan.—París, 1890. Dos tomos.

— *Método de portugués con la clave de temas*, arreglado por F. de P. Hidalgo.—Madrid, 1876. Un tomo.

Estudios Contemporáneos de Ciencia y Literatura, por Rafael Álvarez Sereix.—Madrid, 1889. Un tomo.

Almanaque Bailly-Baillière.—Madrid, 1889. Un tomo.

La Escuela del Pueblo.—Páginas de enseñanza Universal, por Wenceslao Agguado de Izco.—Madrid, 1852-53. Ocho volúmenes.

Tratado clínico de enfermedades de las mujeres, por Roberto Barnes.—Traducción castellana de Angel Pulido.—Madrid, 1879. Un tomo.

Viajes descriptivos. De Palencia á Oviedo, Gijón, Langreo, Trubia y Caldas, por R. Becerro de Bengoa.—Palencia, 1884. Un tomo.

Manuel du voyageur.—Nord de la France, Italie Meridionale, Centrale, Septentrionale, Belgique et Hollande, Belgium and Hollande, Suisse, London and its environs, por Bædeker.—Nueve tomos.

Gramática Italiana, por Luis Bordas y Félix Falguera.—Barcelona, 1830. Un tomo.

Archeologie chretiènne, por J. Bourase.—París, 1867. Un tomo.

Método de Inglés (sin portada), por Braum.—Un tomo.

Arquitectura legal, por Mariano Calvo y Pereira.—Madrid (Aguado), 1865. Un tomo.

Defensorio de las monedas antiguas de oro y plata de España, por Vicente Campos y González.—Madrid, 1759. Un tomo.

Le Nouveau secretaire. Traite générale de la Correspondance, por Jules Clement.—París, 1867. Un tomo.

Descripción y mapas de Marruecos, por Francisco Coello y José Gómez de Arteche.—Madrid, 1859. Un tomo.
Bruxelles en poche et ses environs, por Contry.—París, s. a. Un tomo.
Corte Pontificia (Fotografías).—Un folleto.
Catalogue générale des lamees et pierres gravées de la Bibliotheque Imperiale, por Chambouillet.—París, s. a. Un tomo.
El Libro del Propietario (tercera edición), por Manuel Danvila y Collado.—Madrid, 1878. Un tomo.
Cours elementaire de Mecanique (cuarta edición), por Ch. Delaunay.—París, 1857. Un tomo.
Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca, por Raoul Díez de Pinedo y Peant.—Madrid, 1892 á 1903. Doce tomos.
Cronología Universal, por Dreyss.—Traducción castellana de Antonio Ferrer del Río.—Madrid, 1862. Un tomo.
Tratado de enfermedades de la vejez, por Durand Fardel.—Traducido por Gerardo Díaz y Pedraza.—Madrid, 1896. Un tomo.
Guía de Salamanca, por Modesto Falcón.—Salamanca, 1888. Un folleto.
Henry's french phrase book, por Joseph Fernández.—London, 1877. Un toma.
Planta de Venezia, por Fontana.—Un folleto.
Del Análisis de la orina en la clínica (con un prólogo de D. Santiago Ramón y Cajal), por Alejandro Fortuny Durand.—Barcelona, 1899. Un tomo.
Los Tres Reinos de la Naturaleza.—Museo Pintoresco de Historia Natural, por M. M.ª José de Galdo.—Madrid, 1852.—Ocho tomos.
Cours de Physique (segunda edición), por Ganot.—París, 1863. Un tomo.
Noticia histórica descriptiva del Colegio de Loyola, por Ramón García.—Azpeitia, 1877. Un folleto.
Guía de Burgos, por Julio García de Quevedo.—Burgos, 1888. Un folleto.
Espagne et Portugal (Guide), por Germond de Lavigne.—París (Hachette), 1881. Un tomo.
History of England, por Goldstmith's.—París, 1858. Un tomo.
Manual de contratación bursátil, por Ramón Gómez Moreno.—Madrid, 1866. Un tomo.
Guía del viajero en Avila.—Avila, 1880. Un folleto.
Itineraire de l'Orient, por Isambert.—París, 1878. Un tomo.
Guide de Lyon, por Adolphe Joanne.—París, 1872. Un tomo.
— *Allemagne du Sud et Tyrol.*—París, 1855. Un tomo.
— *Allemagne du Nord.*—París, 1862. Un tomo.
— *Les environs de París.*—París, 1862. Un tomo.
— *Itineraire de la Grand Bretagne.*—París, 1854. Un tomo.
Manuel de la Bourse, por Lamet.—París, 1857. Un tomo
De Cádiz á Roma, primera peregrinación española al Vaticano en 1876, por José León Domínguez.—Cádiz, 1876. Un tomo.
English Gramar, por Sindoley Murray.—London, 1846.—Un tomo.
Breves tratados de la Geografía y de la Esfera, por Juan Cayetano Losada.—Madrid, 1839. Un tomo.
Guide populaire des Mussees du Louvre, por Marcy.—París, 1867.—Un tomo.
Guía del viajero en España (quinta edición), por Francisco Mellado.—Madrid, 1852, Un tomo.
Memoria sobre la conducción de aguas á Madrid (edición oficial).—Madrid, 1849. Un tomo.
Ricordo di Milano.—Fotografías.—Un folleto.
Guide générale du Musee Nationale de Náples, por Domenico Monaco.—Nápoles, 1884. Un tomo.
El templo del Pilar, por Gerardo Mulle de la Cerda.—Zaragoza, 1872. Un tomo.
Itinerario di Roma, por Antonio Nibby.—Roma, 1879. Un tomo.
Historia de la Catedral de Burgos (tercera edición), por Pedro Orcajo.—Burgos, 1847. Un folleto.
París illustrée (Guide artistique).—París (Hachette), 1855. Un tomo.
Toledo en la mano (Guía artístico-monumental), por Sixto Ramón Parro.—Toledo, 1857. Dos tomos.
Historia de la Deuda pública y proyecto de su arreglo y unificación, por María Pastor Luis, 1868. Un tomo.
Vichy et son environs, por Louis Piesse.—París, 1875. Un tomo.
— *Itineraire de l'Algerie, de la Tunisse et de Tanger.*—París, 1888. Un tomo.
Plan de París, 1891. Un folleto.
Compendio de Historia de España hasta la muerte de Fernando VII, por A. G. Ranera.—Madrid, 1837. Un tomo
Recuerdos de un viaje por España.—Madrid, 1849. Un tomo.
Guide du voyageur en France, por Richard.—27.e edition.—París, 1873. Un tomo.
Guía de Galicia, por Cesáreo Rivera y Víctor Vázquez.—Madrid, 1884. Un tomo.
Guide du tourista en Espagne et Portugal, por A. Rosway.—Madrid, 1879. Un tomo.
Higiene de los viejos ó consejos á las personas que pasan de cincuenta años, por J. A. Salgues.—Madrid, 1843. Un tomo.
Lecciones clínicas de las enfermedades de las vías urinarias (traducción de Enrique Simancas), por Henri Thompson.—Madrid, 1880. Un tomo.
Elementos de Cosmografía, por Acisclo Vallín y Bustillo.—Madrid, 1858. Un tomo.
Nueva guía del viajero en España y Portugal, por Emilio Valverde.—Madrid. Diez tomos.
A essay introduction to spanish conversation, por Velázquez.—Nueva York, 1852. Un tomo.
Ricordo di Venezia.—Fotografías.—Un folleto.
Ricordo di Verona.—Fotografías.—Un folleto.

Guide des etrangero.—Vienne.—Vienne, 1870. Un folleto.

L'Ecletriciste chez soi, por Vignes.—París, S. A. Un tomo.

Guia práctico para conservar y recobrar la salud ó tratado completo de Medicina y Farmacia doméstica, por Vallet.—Madrid, 1879. Un tomo.

Dirección general de los Registros Civil y de la Propiedad y del Notariado. Datos para el estudio de la Propiedad Inmueble en España. Tomo I.—Albacete, Barcelona, Burgos, Cáceres y Coruña.—Madrid, 1902; 480 páginas. Un tomo.

Apuntes de Psicologia Cientifica, por José Verdes Montenegro y Montoro.—Alicante, 1903; 234 páginas. Un tomo.

Bocetos de Ética Cientifica, por José Verdes Montenegro y Montoro.—Alicante, 1905; 302 páginas. Un tomo.

La Conferencia Ferroviaria de 1905, por Eduardo Maristany. Tomo III.—Barcelona, 1906; 466 págs. Un tomo.

Tratado de Derecho Remuneratorio, por G. M. Seco.—Mahón, 1896; 322 páginas. Un tomo.

Centenario del Quijote, tercero de su publicación en Vitoria.—Concurso literario.—Trabajos premiados que se editan por acuerdo de la Excelentísima Diputación provincial.—Vitoria, 1906; 530 páginas. Un tomo.

Ayuntamiento de Madrid.—Escrituras y Reales órdenes de Concesión de los Tranvías de Madrid.—Madrid, 1906. Un tomo.

Programa de las asignaturas que se estudian en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos (edición oficial).—Madrid, 1906; 296 páginas. Un tomo.

Juicio de la Tía fingida. Copia de tres ediciones raras y edición crítica de esta novela. Bibliografía razonada de la misma y elenco de voces y frases que hay en ella al par que en otras obras de Cervantes, por Julián Apiauz. Obra premiada por la Academia Española.—Madrid, 1906; 302 páginas. Un tomo.

Emilio Castelar: su vida y su obra, por Julio Mélego.—Valencia, 1906; 175 páginas. Un tomo.

Principios de Lógica Fundamental, por Antonio Hernández Fajarnes.—Madrid, 1906; 694 páginas. Un tomo.

Universidad Central (discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1906-1907), por Rafael Ureña y Semenjaud.

Observaciones acerca del desenvolvimiento de la Historia del Derecho Español (tema).—Madrid, 1906; 156 páginas. Un tomo.

Un paseo por la Sociedad, por Marcelina Gorostiza.—Madrid, 1906; 80 páginas. Un folleto.

Estudio de las aguas minero medicinales de la Alameda de Guadarrama, por Manuel Iglesias y Corral.—Madrid, 1906; 62 páginas. Un folleto.

La Patria Potestad y la Nacionalización. Caso práctico de Derecho Administrativo Español y el Derecho Civil Internacional, por Leopoldo González Revilla.—Madrid, 1906; 36 páginas. Un folleto.

Curso de Geografía y Estadística Económico Industrial y Comercial, por Mariano Carreras y González, con un prólogo de D. José Piernas y Hurtado. Séptima edición arreglada á los últimos datos, refundida y ampliada por Leopoldo González Revilla.—Madrid, 1907; 458 páginas. Un tomo.

Modificaciones y adiciones á los Aranceles de Aduanas de 23 de Marzo de 1906 (edición oficial).—Madrid, 1906; 32 páginas. Un folleto.

Elementos de Derecho Internacional Privado, por Manuel Torres Campos (tercera edición).—Madrid, 1906 Un tomo.

Rosalía de Castro, por José Vales Failde.—Madrid, 1906; 156 páginas. Un tomo.

Las ilusiones del doctor Faustino, por Juan Valera (Ob Comp) (tomos V y VI).—Madrid, 1906. Dos tomos.

El Comendador Mendoza, por Juan.

Roma, por Rafael Errazuriz Urmeneta.—Roma, 1906. Dos tomos.

El Palacio de las Brujas.—Cuentos. por Manuel F. Villegas.—Prólogo de J. O. Picón.—Madrid, 1906; 136 páginas. Un tomo.

Tierra y alma,—Versos de Enrique de Mesa.—Madrid, 1906; 104 páginas. Un tomo.

Trompetas de órgano.—Versos de Salvador Rueda.—Madrid, 1906; 176 páginas. Un tomo.

Los novelistas en el Teatro.—Tentativas dramáticas de doña Emilia Pardo Bazán, por Mariano Miguel de Val.—Madrid, 1906; 184 páginas. Un tomo.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

1906.

ÍNDICE DE MATERIAS

Sección doctrinal.

Números.		Páginas.
VII	*Joaquín Sorolla.* —Aureliano de Beruete y Moret	5
	La Exposición Sorolla.—Angel Vegue y Goldoni	15
	El aspecto internacional de la conferencia de Algeciras.— Gabriel Maura Gamazo	18
	Investigaciones históricas: Intervención de la política de Carlos III en la elección de Clemente XIV.—Antonio García Alix	31
VIII	*El traslado de los presidios de Africa y la reforma penitenciaria.* — Rafael Salillas	97
	La enseñanza laica.—Antonio Royo Villanova	135
IX	*Don Leonardo de Torres y Quevedo.*—A. de Gálvez Cañero	193
	Los inventos del Sr. Torres y Quevedo.— Máquinas algébricas.—El Telekino.—Los Globos dirigibles	197
	Máquinas algébricas.—Su interés científico	199
	Exposición de su fundamento por el Sr. Torres y Quevedo	202
	Informe de la Academia de Ciencias francesa	208
	Informe de la Real Academia Española de Ciencias Exactas, físicas y naturales	209
	El Telekino.—Ideas generales	217
	Dictamen de la comisión informadora española	218
	Experiencias con los aparatos ideados por el Sr. Torres, realizadas en París, Madrid y Bilbao	229
	La patente del Telekino y las experiencias francesas de Antibes	233
	Algunas consideraciones sobre aplicaciones del Telekino	235
	Los globos dirigibles	237
	En justa demanda.—Ateneo	249
	La Opera Nacional.—Tomás Bretón	251
X	*Los discursos de apertura en las Universidades españolas.—El del Sr. Ministro de Instrucción pública.*— Eduardo Ibarra y Rodríguez	289
	Gigantes del mar. —Carlos Barutell	298
	El castillo de la Aljafería.—José Galiay	304
	Nuevo aspecto para el estudio del pueblo atlante.—M. Roso de Luna	311
XI	*El poema del Cid.* (Fragmento de crítica literaria). — Marcelino Menéndez y Pelayo	387
	Menéndez y Pelayo juzgado por Juan Valera	409
	La explicación.—Julio Puyol	419
	Dos palabras sobre Menéndez y Pelayo.—José Echegaray	420
	Un saludo.—Mariano de Cavia	421
	De artículos publicados.—Jacinto Octavio Picón	422
	El «zaber» de Menéndez y Pelayo. (Fruslería anecdótica).—Francisco Rodríguez Marín	425
	Lope de Vega y Menéndez y Pelayo.—Blanca de los Ríos de Lampérez	427
	Menéndez y Pelayo y la erudición.—Juan Luis Estelrich	432
	Menéndez y Pelayo, romántico.—A. Rubió y Lluch	434
	Una lección de Menéndez y Pelayo.—Adolfo Bonilla y San Martín	438
	Dos cualidades de Menéndez y Pelayo.—Rafael Altamira	440
	El poeta de la glosa.—Enrique de Mesa	442

Números.		Páginas.
	Menéndez y Pelayo y los estudios de Historia del Derecho.—Rafael de Ureña y Smenjaud	444
	Para el historiador de la ciencia española.—José Rodríguez Mourelo	445
	Mi ofrenda.—José María Matheu	451
	Menéndez y Pelayo y la patria.—J. A. Galvarriato	454
	La Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander.—José R. Lomba	456
	Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.— «Pedro Sánchez»	459
	Un mensaje de Santander.—Pedro Bustamante y demás firmas	462
	Un mensaje de Cataluña.—A. Rubió y Lluch y demás firmas	463
	Una carta.—Juan Antonio Cavestany	464
XII	*Sobre Castilla y su belleza.*—Francisco Antón	481
	Lamas Carvajal.—Aurelio Ribalta	490

Poesías.

VII	*Marcha triunfal.*—Rubén Darío	42
	A Byron.—Salvador Díaz-Mirón	44
	Preludio.—Francisco A. de Icaza	45
	A todos.—Juan de Dios Peza	46
VIII	*Balada.—Bohemia.*—Enrique Díez-Canedo	146
	Tierra Hidalga.—Tarde.—Enrique de Mesa	147
IX	*La Catedral de Burgos.*—Manuel de Sandoval	262
	Amor, alma del mundo.—Mariano Miguel de Val	265
X	*Fantasía.*—Luis Ram de Viu	335
	Tristezas.—Gaspar Núñez de Arce	337
XI	*Epístola á Horacio.—Elegía en la muerte de un amigo.—Nueva primavera.*—Marcelino Menéndez y Pelayo	390
	Nunca del sol el resplandor se apaga...—Mariano Miguel de Val	405
XII	*Perdurable.—Sé que fuí loco.*—Enrique de Mesa	510
	En el jardín del prior.—Angel Vegue y Goldoni	512
	El corzo.—Enrique Díez-Canedo	513

Información ibero-americana.

	España.	
VII	*Nota política.*— X 3	47
	Un poeta del Perú.—Mariano Miguel de Val	50
VIII	*Nota política.*— X 3	150
	Un gran predicador olvidado.—Mariano Miguel de Val	152
IX	*La apertura del curso.*—Eduardo Ibarra	268
XII	*La validez en España de los títulos académicos extranjeros.*—Eduardo Ibarra.	515
	Portugal.—Salvador Díaz-Berrio.	
VII	*Si estallase la guerra con España.—El delirio de la Unificación ibérica*	54
VIII	*Las elecciones*	160
IX	*Compás de espera.—Diputados retribuídos*	272
X	*Los primeros debates.—Proyectos beneficiosos*	341
XII	*El año político.—Lo de siempre*	519
	América.	
VII, IX y XII	*Argentina.*—Julián de la Cal	57, 274 y 522
VII, VIII y X	*Honduras.*—Antonio A. Ramírez F. Fontecha	60, 163 y 345
VIII	*Méjico.*—Amado Nervo	170

Números.		Páginas.
X	*Perú.*—José Santos Chocano	343
XII	*Honduras.*—Leopoldo González Revilla	525

Información extranjera.

Alemania.—José Ontañón.

X	*Congreso socialista de Mannheim*	352

Francia.—Práxedes Zancada.

VII	*El término de l'affaire*	62
VIII	*La ley de separación*	175

Inglaterra.—Juan Uña y Sarthou.

X	*Situación política*	348

La vida en los Ateneos.

Ateneo de Madrid.

Escuela de Estudios Superiores.

VII	*Historia de la Filosofía* (Extracto de las lecciones de D. Adolfo Bonilla y San Martín)	64
X	*La Sinfonía moderna* (Extracto de las lecciones de D. Cecilio de Roda).	362
XII	*Cuadro de profesores y asignaturas*	533

Extensión universitaria.

XII	Relación de las conferencias dadas hasta fin de año	533
	El arte del Teatro.—Conferencia de Irving, traducida por la señorita Oyarzábal	534

Conferencias.

VII, VIII, IX y X	*El Ferrocarril de Dakar al Estrecho de Gibraltar desde el punto de vista militar,* por D. José Marvá	77, 178, 281 y 355
XII	**Biblioteca**	543
X	**Asamblea Nacional de Agricultores y Fabricantes de Harinas**	379
XII	**Veladas**	542
	Clases de idiomas y Taquigrafía	542
	Nuevas cátedras	542
VII	**Ateneo de Cádiz.**—Juegos florales	88

Revista de Revistas.

Alemanas.—José Ontañón.

VII	Universum (Julio)	90
VIII	Die Woche (Agosto)	181
XII	Universum (Octubre)	547

Francesas.—Práxedes Zancada.

VIII	Revue Politique et Parlamentaire (Agosto)	180

Números. Páginas.

Bibliografía.

VII	*Del anarquismo y su represión,* por Antonio María de Mena.--P. Zancada.	92
	De la tierra española. (Cuentos de M. R. Belmonte).—V. A. L.	94
	La vida y la muerte, por el Dr. A. Dastre	94
	Almas que pasan, últimas prosas de Amado Nervo. — Mariano Miguel de Val	95
	El microscopio, por Ernesto Caballero.—X	95
VIII	*Canalización y regularización del río Manzanares,* proyecto de D. Mauricio Galvo, por Carlos Barutell	183
	Le Mobile du subjonctif, por E. Rousselot.—Adolfo Bonilla	188
	Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de la provincia de Segovia, por Gabriel María Vergara.—A. B	189
	El anarquismo, por Federico Lindholm, traducido por Emilio Miñana.—A. B	190
X	*La Justicia y el foro en las legislaciones comparadas,* por D. Leopoldo González Revilla.—Rafael Andrade	381
	Javier Vales Falde, por Rosalía de Castro.— Aurelio Ribalta	381
	Curso de Geografía y estadística económico-industrial y comercial, por D. Mariano Carreras.—Carlos Barutell	383
XI	*Bibliografía de Menéndez y Pelayo.*—A. Bonilla y San Martín	
XII	*La patria potestad y la nacionalización,* por D. L. González-Revilla.—Rafael Andrade	549
	Versos de varia edad, por D. Juan Pérez de Guzmán.—L. González-Revilla	549
	España en América, por Mr. Edward Gaylord,—Carlos Barutell	550
	La nueva pedagogía, por D. Gerardo Rodríguez.—Juan Téllez López	553
	Varias novelas.—X	555
	Legislación Hipotecaria	556
VII VIII y XII	**Libros recibidos** 96, 192 y	556

ÍNDICE DE AUTORES

Números.		Páginas
XI	Altamira (Rafael).—*Dos cualidades de Menéndez y Pelayo*.....	140
X	Andrade (Rafael).—*La Justicia y el foro en las legislaciones comparadas*, por D. Leopoldo González Revilla (Bibliografía).....	381
XII	*La patria potestad y la nacionalización*, por Mr. Edward Gaylord (Bibliografía).....	549
XII	Antón (Francisco).—*Sobre Castilla y su belleza*.....	481
IX	Ateneo.—*En justa demanda*.....	249
X	*Asamblea de Agricultores y Fabricantes de Harinas*.....	379
VIII	Barutell (Carlos).—*Canalización y regularización del Manzanares*, proyecto de D. Mauricio Jalvo (Bibliografía).....	183
X	*Gigantes de Mar*.....	298
	Curso de Geografía y estadística económico-industrial y comercial, por D. Mariano Carreras (Bibliografía).....	383
XII	*España en América*, por Mr. Edward Gaylord (Bibliografía)..	550
VII	Beruete (Aureliano de).—*Joaquín Sorolla*.....	5
	Bonilla y San Martín (Adolfo).—*Historia de la Filosofía*. Extracto de lecciones dadas en la Escuela de Estudios Superiores.....	64
VIII	*Le Mobile du subjonctif*, por E. Rousselot (Bibliografía).....	188
	Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Segovia, por Gabriel María Vergara y Martín.....	189
	El Anarquismo, por Federico Lindholm, traducido del sueco, por Emilio Miñana.....	190
XI	*Una lección de Menéndez y Pelayo*.....	433
IX	Bretón (Tomás).—*La Ópera Nacional*.....	251
XI	Bustamante (Pedro).—*Un mensaje de Santander*.....	462
VII, IX y XII	Cal (Julián de la).—REPÚBLICA ARGENTINA (Información). 57, 274 y	522
XI	Cavestany (Juan Antonio).—*Una carta*.....	464
XI	Cavia (Mariano de).—*Un saludo*.....	421
X	Chocano (José Santos).—PERÚ (Información).....	343
VII	Darío (Rubén).—*Marcha triunfal* (Poesía).....	42
VII	Díaz-Berrio (Salvador).—PORTUGAL. *Si estallase la guerra con España. El delirio de la Unificación ibérica*.....	54
VIII	*Las elecciones*.....	160
IX	*Compás de espera.*—*Diputados retribuídos*.....	272
X	*Los primeros debates. Proyectos beneficiosos*.....	341
XII	*El año político.*—*Lo de siempre*.....	519
VII	Díaz Mirón (Salvador).—*A Byron* (Poesía).....	44
VIII	Díez-Canedo (Enrique).—*Balada.*—*Bohemia* (Poesías).....	146
XII	*El corso* (Poesía).....	513
XI	Echegaray (José).—*Dos palabras sobre Menéndez y Pelayo*.....	420
	Estelrich (Juan Luis).—*Menéndez y Pelayo y la erudición*.....	432
X	Galiay (José).—*El castillo de la aljafería*.....	304
XI	Galvarriato (J. A.).—*Menéndez y Pelayo y la patria*.....	454
IX	Gálvez Cañero (A. de).—*D. Leonardo de Torres y Quevedo*.....	193
VII	García Alix (Antonio).—*Investigaciones históricas: Intervención de la política de Carlos III en la elección de Clemente XIV*.....	31
XII	González-Revilla (Leopoldo).—*Versos de varia edad*, por D. Juan Pérez de Guzmán (Bibliografía).....	549
	Nuevos Códigos de la República de Honduras.....	525

Números.		Páginas.
IX	Ibarra (Eduardo).—*La apertura de curso*	268
X	*Los discursos de apertura en las Universidades españolas.—El del señor Ministro de Instrucción pública*	289
XII	*La validez en España de los títulos académicos extranjeros*	515
VII	Icaza (Francisco A.).—*Preludio* (Poesía)	45
XII	Irving (W.).—*El arte del Teatro* (Conferencia traducida por la señorita Oyarzábal)	
XI	Lomba (José R.).—*La Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander*	456
VII, VIII, IX y X	Marvá (José).—*El Ferrocarril de Dakar al Estrecho de Gibraltar desde el punto de vista militar* (Conferencias) 77, 178, 281 y	355
XI	Matheu (José María).—*Mi ofrenda*	451
VII	Maura Gamazo (Gabriel).—*El aspecto internacional de la conferencia de Algeciras*	18
XI	Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*El poema del Cid.* (Fragmento de crítica literaria)	387
	Epístola á Horacio. Elegía en la muerte de un amigo. Nueva primavera (Poesías)	290
VIII	Mesa (Enrique de).—*Tierra Hidalga. Tarde* (Poesías)	147
XI	*El poeta de la glosa*	442
XII	*Perdurable. Sé que fuí loco* (Poesías)	510
VIII	Nervo (Amado).—*Algunos mejicanos*	170
X	Núñez de Arce (Gaspar).—*Tristezas* (Poesía)	337
	Ontañón (José).—ALEMANIA. *Congreso socialista de Mannheim*	352
XII	Oyarzábal (Isabel de).—*El arte del Teatro* (Conferencia de Irving, traducida por)	
VII y VIII	Revista de Revistas alemanas 90 y	181
XI	«Pedro Sánchez».—*Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez y Pelayo*	459
VII	Peza (Juan de Dios).—*Á todos* (Poesía)	46
XI	Picón (Jacinto Octavio).—*De artículos publicados*	422
XI	Puyol (Julio).—*La explicación*	419
X	Ram de Viu (Luis).—*Fantasía* (Poesía)	335
VII, VIII y X	Ramírez F. Fontecha (Antonio A.).—HONDURAS 60, 163 y	345
	Ribalta (Aurelio).—*Javier Vales Failde*, por Rosalía de Castro (Bibliografía)	381
XII	Lamas Carvajal.—*Su obra y su influencia*	490
XII	Ríos de Lampérez (Blanca de los).—*Lope de Vega y Menéndez y Pelayo.*	427
	Roda (Cecilio de).—*La sinfonía moderna.* Extracto de sus lecciones en la Escuela de Estudios Superiores	362
XI	Rodríguez Marín (Francisco).—*El «zaber» de Menéndez y Pelayo.* (Fruslería anecdótica)	425
	Rodríguez Mourelo (José).—*Para el historiador de la Ciencia española.*	445
	Roso de Luna (M.).—*Nuevo aspecto para el estudio del pueblo atlante*	311
VIII	Royo Villanova (Antonio).—*La enseñanza laica*	135
XI	Rubió y Lluch (A.).—*Menéndez y Pelayo, romántico*	434
	Salillas (Rafael).—*El traslado de los presidios de África y la reforma penitenciaria*	97
IX	Sandoval (Manuel de).—*La Catedral de Burgos* (Poesía)	262
XII	Téllez López (Juan).—*La nueva pedagogía*, por D. Gerardo Rodríguez (Bibliografía)	553
X	Uña y Sarthou (Juan).—INGLATERRA. *Situación política*	348

Números.		Páginas.
XI	Ureña (Rafael de).—*Menéndez y Pelayo y los estudios de Historia del Derecho*	444
VII	Val (Mariano Miguel de).—*Un poeta del Perú*	50
	De la tierra española, Cuentos de M. R. Blanco Belmonte (Bibliografía)	94
	La vida y la muerte, por el Dr. A. Dastre (Bibliografía)	94
	Almas que pasan. Ultimas prosas de Amado Nervo (Bibliografía)	95
VIII	*Un gran predicador olvidado*	152
IX	*Amor, alma del mundo* (Poesía)	265
XI	*Nunca del Sol el resplandor se apaga* (Poesía)	405
XI	Valera (Juan).—*Menéndez y Pelayo*	409
VII	Vegue y Goldoni (Angel).—*La exposición Sorolla*	15
XII	*En el jardín del prior* (Poesía)	512
VII	X.—*El microscopio*, por Ernesto Caballero (Bibliografía)	95
XII	*Varias novelas* (Bibliografía)	555
VII y VIII	X3.—*Nota política*	47 y 150
VII	Zancada (Práxedes).—*El término de l'affaire*	62
	Del anarquismo y su represión, por Antonio María de Mena (Bibliografía)	92
VIII	*La ley de separación*	175
	Revista de Revistas francesas	180

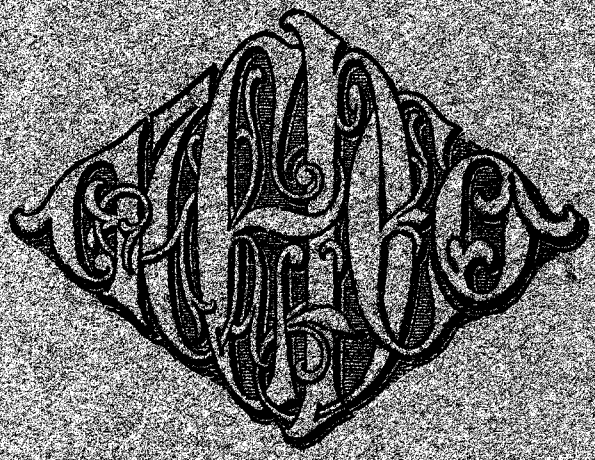
ÍNDICE DE GRABADOS

Retratos.

Números.		Páginas
XI	Menéndez y Pelayo (Marcelino)..... lámina	I
VII	Sorolla (Joaquín).....	1
IX	Torres y Quevedo (Leonardo).....	193

Varia.

VII	Reproducción de los cuadros de Joaquín Sorolla, titulados:	
	«Salida de la barca».....	7
	«Escena de playa».....	9
	«La siesta».....	11
	«El reparto del pescado».....	11
	«Retratos».....	14
VIII	Tegucigalpa: Parque, Cabañas é Iglesia de la Merced.....	168
	Vista general de Tegucigalpa é iglesia de Tegucigalpa..... 164 y	165
IX	Láminas relativas al invento del Sr. Torres y Quevedo..... 224 y	234
	Fotografías de los globos del señor Torres y Quevedo..... 238, 239, 241, 243, 245 y	247
	Mendoza: Calle de San Martín. La vendimia y las ruinas 275, 276 y	277
X	El castillo de la aljafería de Zaragoza. Detalles de su ornamento...	304
XII	Reproducción de un mensaje de Santander á Menéndez y Pelayo...	462



IMPRENTA Y LITOGRAFIA
BERNARDO RODRIGUEZ
S. BARQUILLO, 8.—Madrid